Tomo II

POESIA Y PERIODISMO

José Julio María Matovelle

OBRAS COMPLETAS

OBRAS COMPLETAS

POESIA Y PERIODISMO

José Julio Mª Matovelle

POESIA Y PERIODISMO

Poesías de tema vario.
Poesía Marial.
Poesías a Cristo y a la Sma. Trinidad.
Poesía Dramática.

La Aurora.
La Luciérnaga.
El Reinado Eucarístico del Sagrado Corazón de Jesús.
La República del Sagrado Corazón de Jesús.
El Heraldo de la Hostia Divina.
Veladas del Cenáculo.
La Alianza Obrera.

Una Réplica Infundada. Defensa al Ilmo. Sr. Obispo Dr. Dn. Remigio Estévez de Toral.

El Dogma de la Perpetua Virginidad de la Madre de Dios.

Cuenca — Ecuador
1980

Esta edición de las Obras Completas del Rvmo. P. Julio Mª Matovelle ha sido realizada por la Congregación de Padres Oblatos, Misioneros de los CC. SS. de Jesús y María, siendo Superior General el R. P. Jesús Rigoberto Correa.

Hizo la reordenación de las Obras Completas y dirigió la impresión Juan Chacón Zhapán.

Las fotografías han sido cedidas, gentilmente, por el Dr. Miguel Díaz Cueva.

Edición de 2.000 ejemplares.

Impresión: Imprenta L.N.S., de Editorial "Don Bosco".

Cuenca — Ecuador — 1980.

José Julio Mª Matovelle

POESIA Y PERIODISMO

Poesías de tema vario.
Poesía Marial.
Poesías a Cristo y a la Sma. Trinidad.
Poesía Dramática.

La Aurora.
La Luciérnaga.
El Reinado Eucarístico del Sagrado Corazón de Jesús.
La República del Sagrado Corazón de Jesús.
El Heraldo de la Hostia Divina.
Veladas del Cenáculo.
La Alianza Obrera.

Una Réplica Infundada. Defensa al Ilmo. Sr. Obispo Dr. Dn. Remigio Estévez de Toral.

El Dogma de la Perpetua Virginidad de la Madre de Dios.

Cuenca — Ecuador
1980

Esta edición de las Obras Completas del Rvmo. P. Julio Mª Matovelle ha sido realizada por la Congregación de Padres Oblatos, Misioneros de los CC. SS. de Jesús y María, siendo Superior General el R. P. Jesús Rigoberto Correa.

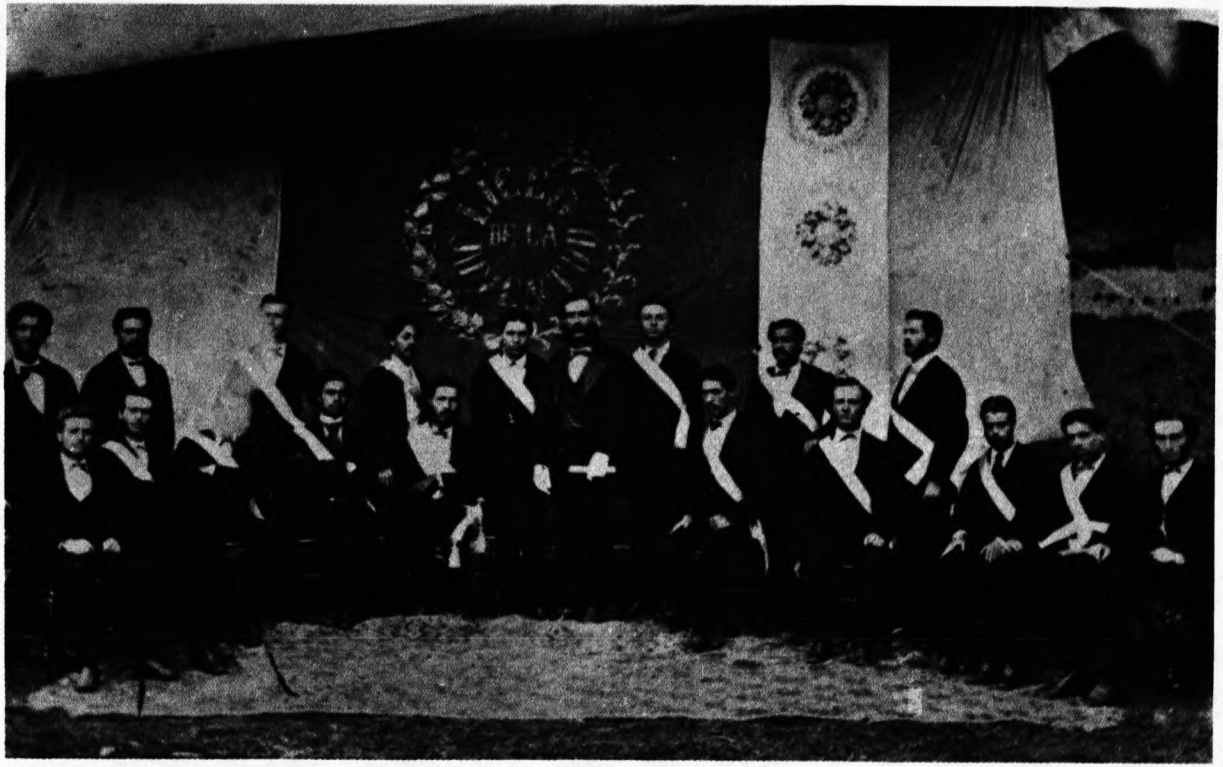
Hizo la reordenación de las Obras Completas y dirigió la impresión Juan Chacón Zhapán.

Las fotografías han sido cedidas, gentilmente, por el Dr. Miguel Díaz Cueva.

Edición de 2.000 ejemplares.

Impresión: Imprenta L.N.S., de Editorial "Don Bosco".

Cuenca — Ecuador — 1980.



MIEMBROS DE LA AGRUPACION LITERARIA
"LICEO DE LA JUVENTUD"

EXPLICACION DE LA FOTOGRAFIA ANTERIOR

De izquierda a derecha:

SENTADOS: Emiliano R. Crespo.— Vicente Arriaga.— Alfonso Malo Tamariz.— Manuel Nicolás Arízaga.— Julio Matovelle (Presidente).— Miguel Moreno.— Carlos Dávila.— Benigno Malo Tamariz.— David Cordero.— Santiago Carrasco.

DE PIE: Rafael María Arízaga.— David Díaz Mosquera.— Manuel J. Alvarado.— Juan José Ramos.— Cornelio Crespo Toral.— Sr. Dr. Luis Cordero (Director).— Honorato Vázquez.— Francisco Xavier Coronel.— Francisco Martínez Tamariz.

Poesías de tema vario

A MODO DE PROLOGO (*)

¿Quién no ha cantado alguna vez en la vida? Las avecillas ensayan sus trinos a la alborada, y el hombre entona sus himnos, al despuntar los rayos de los dorados ensueños, y entre las halagadoras ilusiones de la juventud. Cual más, cual menos, todos tenemos el sentimiento de lo bello, y procuramos hacer participantes a los demás, de nuestras gratas impresiones, para que gocen como nosotros ante los espectáculos grandiosos de la naturaleza, o en la contemplación de los sublimes misterios del orden espiritual. En la edad de los generosos ideales, casi nadie se da cuenta de aquel consejo de la retórica, de que los versos deben ser óptimos y raros; cuando más adelante se quiere volver sobre los pasos, es demasiado tarde: aquellos ensayos literarios hállanse ya circulando en el comercio intelectual, y no es posible retirarlos de él. Una satisfacción nos queda sin embargo, y es, que si bien aquellas humildes producciones no han contribuido a acrecentar el lustre y gloria de la literatura patria, al menos la verdad y la moral no tienen por qué avergonzarse de ellas.

Más todavía. Aquellos pobres versos han ido paulatinamente reproduciéndose en libros, revistas y diarios, y plagándose de no pocas erratas y falsificaciones, de manera que, al cabo de poco tiempo, el propio autor halla trabajoso el reconocerlos. ¿Qué hacer entonces? Devolverles su forma primitiva, para que si no con brillo, aparezcan al menos con decoro en el gran estadio de la prensa.

He aquí el motivo de la presente publicación. Advertiremos que en ésta se contienen no todas nuestras composiciones poéticas, sino solamente aquellas que hemos juzgado nos convenía reproducir.

Quito, Septiembre de 1906.

J. JULIO MARIA MATOVELLE,
PRESBITERO.

(*) De **Miscelánea**. Quito: Tip. de Julio Sáenz R., 1906.

LA INSPIRACION

¡Soplo divino, inspiración sublime
que transformas al hombre en otro ser
y le elevas, del valle donde gime,
a encantadas regiones de placer!

Como al fiat de Dios, omnipotente,
espléndida brotó la creación,
así brotan mil mundos en la mente
que tu calor fecunda, inspiración.

Unas veces terrible y tormentosa,
cual aliento de negra tempestad,
la convulsión produce que penosa
sintió la Pitonisa en otra edad.

Entonces, del Sinaí en la trompeta,
lanzar quisiera el vate horrendo son,
o, en bíblico lenguaje de profeta,
la muerte presagiar su destrucción.

Otras dulces y suaves, cual la brisa
que se aduerme en el cáliz de la flor,
al bardo infundes celestial sonrisa,
y el idioma le das del ruiseñor.

Y, el albo velo del Edén rasgando,
le conduces al coro angelical,
donde, en su lira de marfil cantando,
alterna en el hosanna celestial.

Ya le llevas en nube de metralla,
allí do suena el bélico clarín,
y le eriges en dios de la batalla,
como el cantor ilustre de Junín.

Ya, más allá del tiempo y del espacio,
le muestras al fulgente resplandor
del trono de diamante y de topacio
que levantan los astros al Señor.

Pero, a veces con mano temblorosa,
derramas en el pecho amarga hiel,
que roe las entrañas, ponzoñosa,
y el corazón del bardo mata cruel.

¡Rasga entonces airado sus vestidos
y prorrumpe en horrenda imprecación,
lanzando, como Job, tristes gemidos
de despecho, quizá, de maldición!

Mas le llevas a mágicos jardines
do, el balsámico ambiente al percibir
de azucenas, claveles y jazmines,
su muerto corazón vuelve a latir.

¡Inspiración divina, no el acento
me des del que, feliz, puede cantar.
Dame de Jeremías el lamento;
mi numen es el dolor: quiero llorar!

LA AZUCENA

Sobre el verde tallo, airosa,
se ostentaba una azucena,
de hechizos, de encantos llena,
llena de gracia y beldad.

Que, al contacto de las auras,
exhalaba un dulce ambiente,
cual perfume del Oriente,
en el harén de un Sultán.

El cristalino rocío
que del cielo descendía
su níveo cáliz henchía,
transformado en dulce miel.

Y, viendo las flores todas
gracias tantas y tan bellas,
la eligieron reina de ellas,
soberana del vergel.

El lucero matutino,
al salir por el Oriente,
reflejaba con su alba frente
rayos mil de puro albor.

Mas, ¡ay!, apenas dos tardes
vivió fragante y galana,
y, a la tercera mañana,
seca en el polvo cayó.

Fue porque, vana y ligera,
no resistió pudorosa,
de plateada mariposa
a la seducción infiel.

Por eso perdió su dicha,
perdió su antigua hermosura
su fragancia, su frescura,
sus encantos y su ser.

Tal las hechiceras dotes,
al virgíneo pudor dadas,
mueren todas agostadas,
por la necia vanidad.

¡Primorosas azucenas
de los azuayos pensiles,
nunca en los mimos pueriles
de la seducción creáis!

UN ADIOS

Pálido el rostro, la mirada triste,
camina un hombre por un campo erial;
descalzo marcha, pues, humilde viste
de rústico sayal.

Un campanario se divisa lejos,
entre un tupido bosque de zafir,
dorado por los últimos reflejos
del sol que va a morir.

Allí el silencio más solemne mora;
si canta el ave, canta rara vez;
sólo la brisa mueve gemidora
las ramas del ciprés.

De la campana se difunde lento,
gimiendo el triste, prolongado son,
que a lejanas regiones lleva el viento,
cual voz de la oración.

Llegado el hombre, junto a un pardo muro,
lágrimas surcan su sombría faz:
el choque entre el pasado y el futuro
aún túrbale tenaz.

De pie, por fin, sobre elevada roca,
vuélvese y dice: "¡Para siempre adiós!
Adiós, oh mundo, mi existencia loca
no más te siga en pos!"

"En tu servicio dimidié la vida,
en él se marchitó mi juventud,
por él mi fama lamenté perdida,
mi honor y mi virtud.

"En cambio, tú, de tantos sacrificios,
sin medida brindásteme el pesar,
y en la dorada copa de los vicios
hiel me supiste dar.

"Ahogóse mi alma, respirando tu humo,
que el hombre necio llama su placer,
fuerza es dejarte, que llegó a lo sumo
mi triste padecer.

"En busca vengo de este oculto asilo,
feliz al cabo, me aparté de tí;
poco me falta, moriré tranquilo,
hallando paz aquí.

"A Dios consagro de mi vida el resto,
que nunca es tarde nos ha dicho Dios:
rompí tu yugo para mí funesto;
mundo falaz, adiós"!

A estas palabras, la mohosa puerta
abrióse del convento secular;
devoró al hombre la mansión desierta
y se volvió a cerrar.

Cuando la luna apareció en oriente
y el bosque todo con su luz bañó,
del templo un himno se elevó ferviente,
que el cielo recibió.

MEDITACION

¿Quién es el Dios omnipotente y sabio?
¿Quién lo define? ¿cuál humano labio
o qué finito ser?

¿Qué son espacio y tiempo a su presencia?
¿Quién, sino el mismo, su divina esencia
la puede comprender?

Todo lo rige con su sabia diestra
y su potencia divinal nos muestra
la grata multitud.

De seres tantos que esparció su mano
fecundando la nada, soberano,
por sola su virtud.

¿Véis esas moles de rubí y topacio
surcando ardientes el azul espacio,
cual coro angelical?

¡Ah!, cuando sopla su furor divino,
son de polvo flotante torbellino
que agita el vendaval.

¿Habéis mirado cual los soles todos,
allá en los cielos, de diversos modos,
derraman su esplendor?

Pues, ante un rayo sólo del Eterno,
en carbones se tornan del averno,
sin lumbre ni calor.

Calla el concierto musical del orbe,
terror profundo su canción absorbe,
dulce canción de paz.

Y los querubes caen temblorosos,
ocultando en silencio, pudorosos,
su refulgente faz.

¿Y qué es el universo a su mirada?
Menos que el polvo que pisamos, nada:
es triste vanidad.

A su palabra sola, ¡aniquilaos!,
otra vez todo se tornará caos,
y negra oscuridad.

¿Y qué es el hombre? ¿Qué ha de ser? Gusano
confundido de arena en un vil grano
que casi no se ve.

Su vida dura lo que dura el día:
apenas nace, ya la muerte impía
le huella con su pie.

Nadie en él fija compasivos ojos,
aún los insectos cáusanle sonrojos,
con rabia y con furor.

El fuerte brazo del Eterno mismo,
arrojóle por siempre en un abismo
de llanto y de dolor.

Mas, ¡oh prodigio de maldad no vista!,
osó esta débil diminuta arista,
contra su Dios pecar.

Y luego con sacrílega locura,
su ley excelsa, sacrosanta y pura
lanzóse a desgarrar.

Yo soy este hombre. ¡Dios omnipotente!
el sello de un infame delincuente
llevando voy doquier.

Mas Tú, el excelso Dios, que el firmamento,
pudieras desquiciar de su cimiento,
con sólo tu querer.

¿Cómo por tanto, mi gran Dios, me atrevo,
a hablarte? ¿Cómo mi oración te elevo,
despreciable reptil? (1)

¿Cómo me sufres, lleno de pecado,
de la nada en el seno sepultado,
cómo no soy por tí?

Mas eres grande, eres sabio y bueno
pues, descubriendo tu amoroso seno,
me otorgas tu perdón.

Y, si yo pude cometer la falta,
al perdonarme, tu poder resalta,
cual nunca, mi Señor!

(1) En LA AURORA, I: 5, pág. 56, dice "Yo, insecto vil". (Ed.)

ANSIEDAD

¡Ardiente fuego me devora el alma!
Deseo indefinible, vago, incierto,
que me quita la paz, la dulce calma,
y me destroza, como a seca palma,
batida por el viento del desierto.

Un ansia tengo grande e infinita,
afán inmenso de abarcarlo todo;
pero la tierra mísera y finita,
con cuanto en ella noble y rico habita,
pequeña me parece, polvo, lodo.

Una insaciable sed tengo de gloria,
de ser entre los hombres el primero,
de legar mis recuerdos a la historia,
y de que resplandezca mi memoria,
cual de la tarde el fúlgido lucero.

Mas pienso, luego, que la gloria es nada,
vano rumor que en un desierto zumba,
flor en un breve día marchitada,
astro nocturno, cuya luz plateada
se extingue en el ocaso de la tumba.

Con delirio frenético querría
el cáliz agotar de los placeres,
y de la danza en medio y de la orgía,
embriagarme de gozo y alegría,
cercado en torno de mil bellos seres.

Mas, ¡ay! comprendo que el placer no existe,
que está su copa llena de veneno,
que la ventura mundanal es triste,
y que el amor humano se reviste
de un manto terrenal, de inmundo cieno.

Cuando miro, de noche, alguna estrella
que allá, en el firmamento, resplandece,
cual de la eterna lumbre chispa bella,
y cómo, a veces, su fulgor destella
tanto, que a sus hermanas oscurece;

volar hacia ella rápido quisiera,
pisar los globos de rubí y topacio,
al Genio contemplar que en lo alto impera,
y ver cómo, crujiendo por la esfera,
surcan aquellas moles el espacio.

Mas, ¡ay de mí! que el cielo está distante
y presa yace mi alma en la materia:
ofúscame esa lumbre rutilante:
débil arista soy que vaga errante,
sumida de la tierra en la miseria.

¿Qué es esto?, ¡qué! ¿por un fatal sarcasmo
habré en el valle del dolor nacido?
¿Tal vez me encuentro presa de un marasmo
y en medio del suplicio me entusiasmo
y al despertarme, triste, me hallo herido?

¡Un átomo de polvo soy acaso,
por un soplo impelido que yo ignoro!
¡Tal vez de un mundo desprendido al paso,
a este planeta del dolor me abrazo,
mientras danza del orbe en el gran coro!

¡Ah!, no, alma mía, calme ya tu anhelo,
hay un ser portentoso a quien olvidas:
tras de ese inmenso, azul y limpio velo,
se asienta el trono del Señor del cielo:
junto a él tus ansias quedarán cumplidas.

EL PROSCRITO DE LOS SIGLOS

¡Misterio de terror! ¡La humana gente
aprueba la virtud y la desprecia!
Reprueba el crimen, y, ¡oh conducta necia,
hasta el polvo bajando el alta frente,
como a un dios, le venera reverente!
Un déspota es el crimen y su imperio
de norte a sur abarca un hemisferio.
Es dulce la virtud,
el contento y la paz forman su trono,
mas detestan los hombres, con encono,
su plácida quietud!

Ante la faz fulgente de la aurora,
recoge la tiniebla el negro manto;
ante el águila, vuela con espanto
el mochuelo, que en tristes peñas mora;
la tempestad el ala aterradora
pliega, ante el iris de fulgor divino;
su punta inclina el punzador espino,
humilde, ante la flor:
y ante el justo bajado de la altura,
ante su bella faz y su dulzura,
¡se irrita el pecador!

Al despertar el mundo a la existencia,
dos aras al Señor se levantaron;
las víctimas en ambas se inmolaron,
de bellas flores entre pura esencia:
mas de Dios fue acogida en la presencia,
sólo el ara de Abel; la de su hermano,
fue fabricada por rencor insano;
pues, rudo, pensaba él:
si ante el Señor mi hermano ha sido justo,
su muerte exigen mi placer y gusto.
¡y, luego, murió Abel!

"Corta es la vida, su dulzura es breve,
ciñámonos de rosas y jazmines,
y en danzas apuremos y festines
de sabroso licor la copa leve;
que no exista placer que no se pruebe;
el amor nos embriague con su beso,
¡doquiera reinen dicha y embeleso,
que ya lanzado fue
el justo que aquel ara necio traza!"
Tal de Caín decía la cruel raza,
¡Y el necio era Noé!

"¡Jerusalén, Jerusalén hermosa!
de Cannam y el desierto soberana,
que te ostentas con púrpura y con grana
y aspiras los perfumes de la rosa;
te eligió Jehová por su esposa,
de lino te adornó con blanco cinto,
cetro de oro, calzado de jacinto
y manto de esplendor.
¡Y de tu Esposo con baldón reniegas!
¡Y a pobres extranjeros, vil, entregas,
adúltera, tu amor!"

Así a Salem clamaban los Profetas;
mas Salem, entregada a sus orgías,
entre inicuas y falsas alegrías,
"¿por qué, el justo, gritaba, di, me inquietas
y mis obras, humilde, no respetas?
Y al cisne de Anathoth sumergió en cieno
cual tigre, a Zacarías, rasgó el seno,
y al dulce hijo de Amas
las sienes dividió con ruda sierra,
y dijo: "¡No hay justos en la tierra
que nombren a su Dios!"

La magnífica, sabia, ilustre Atenas,
con la impiedad horrenda del cinismo,
a sus hijos condena al ostracismo,
si del vicio no arrastran las cadenas,
¡ejemplo no contado de las hienas!,
Arístides, a un necio que le odiaba,
¿por qué al justo condenas?, preguntaba,
¿decirme no podrás
la falta que has sabido de aquel hombre?
"La que él indica con su mismo nombre,
El justo: así se llama".

El Justo de los justos, por el suelo,
puro y manso pasaba, cual paloma,
como pasa en las brisas el aroma
que despiden los lirios del Carmelo.
El bien regaba con ardor y celo;
el mísero leproso y el mendigo
respetaban en él a un tierno amigo:
¡su nombre era en Judá
como en la primavera el bello aroma,
como ungüento de nardo y cinamomo
brotados en Sabá!

Mas los hombres del mal, con saña impía,
"¡muera el Justo, clamaron, muera, muera!"
Y al Justo se arrojaron, como fiera
que en el manso cordero su ira sacia;
entre el sarcasmo vil de su alegría,
de oprobios le abrumaron y tormentos,
y hartados sólo fueron y contentos
clavándole en la cruz,
y su nombre abrogaron cual maldito;
era todo su crimen y delito:
¡El Justo ser, Jesús!

Desde entonces, el justo en este valle,
cargado de la cruz del sufrimiento,
saboreando un pesar en cada aliento,
un pie no mueve, sin que espinas halle;
y del dolor por la angustiosa calle,
seguido en pos del rudo victimario,
a la cumbre camina del Calvario.
¿Allí se ha de quedar?
No, que una patria tiene, no distante,
por esto dice con valor constante:
¡los cielos son mi hogar!

ILUSIONES

Ilusiones hechiceras,
como a mentidas quimeras
os detesto:
no me halaguéis engañosas,
idos, idos, mentirosas,
idos presto.

Cercan al niño querubes
y le presentan las nubes
blando armiño;
mas, si adelanta unos pasos,
las nubes se hacen pedazos...
¡Pobre niño!

El que es joven, desalado
busca el lauro ambicionado
de la gloria;
mas, si reflexiona un poco,
advierte que ha andado loco,
tras la escoria.

Linda es la copa, muy linda,
en la que el mundo nos brinda
miel impura;
mas, ¡ah!, que, en la copa de oro,
algo más que hiel y lloro
no se apura.

El amor es sensitiva,
no la toquéis, porque, esquiva,
rueda y muere;
y su magia y embeleso
se evapora, al primer beso
que la hiere.

Así, entre duelos y engaños,
van ajustando los años,
la partida;
y se nos marca una arruga,
por cada ilusión que fuga,
¡Fementida!

Rueda el cabello en pavesa
y se forma en la cabeza
un desierto:
cada cana es flor que nace,
sobre un sepulcro, do yace
algo muerto.

En el pecho sepultado
el corazón seco, helado,
se hace trizas;
y a la dura y yerta fosa
no se regala otra cosa
que cenizas.

Púrpura, cetro y corona
a la entrada se abandona
de la tumba;
en su negro, horrible hueco,
del festín alegre el eco
no retumba.

Ilusiones nacaradas,
no me unjáis con las pomadas
de beleño;
no quiero yo que la muerte
venga quedo y me despierte
de tal sueño.

Mas, ¡ah, necedad sin nombre!
¿Cuándo mira, en esto, el hombre,
cuándo, cuándo?
Entre locas vanidades,
los pueblos y las edades
van pasando.

Y, ¿qué es el mundo y qué es todo?
¡Ay, qué ha de ser sino lodo
fugitivo!
Alma mía, ¿te avergüenzas...?
Razón tienes, cuando piensas
cómo vivo.

A LA JUVENTUD

Composición dedicada a mi queridísimo amigo J. A. Echeverría.

¡Hermosa juventud, orgullo y gala
de la tierna y amada Patria mía!
¿Quién tu grandeza y esplendor iguala?
El ángel de la gloria, con el ala,
la cuna cobijó de tu alegría.

Como águila naciste en alta cumbre,
contemplando, serena, de hito en hito,
sin que la audaz pupila te deslumbre
los torrentes magníficos de lumbre,
con que el rey astro baña el infinito.

¿Do existe, como tú, raza ninguna
de titanes nacida en el regazo?
De los rayos del sol y de la luna,
gigante, resguardó tu limpia cuna
la sombra del altivo Chimborazo.

Cual fénix prodigioso, tú has nacido,
sobre riscos y grietas de volcanes,
del voraz Cotopaxi al estampido;
que el genio, como el cóndor, nunca el nido
suspende entre aromosos tulipanes.

No al arrullo de fadas ilusorias
sino de héroes que ensalza todo el globo,
tu lengua desataron altas glorias,
el himno postrimer de las victorias
de Pichincha, Junín y Carabobo.

¡Gallarda juventud, con cuánto gozo
miro que el vuelo prodigioso expandes!
Con brillo cada vez más fulguroso
te creces, como alud que majestuoso
impele un ventisquero de los Andes.

Con mano infatigable y generosa
los dones de tu estirpe multiplica:
mejor que el ramo de fragante rosa,
sobre tu frente virginal reposa
de lauros bellos la guirnalda rica.

¿Por qué el viril esfuerzo que acaudalas
no sales a lucir como guerrera?
¡Oh! Dame contemplarte, airosa Palas,
de un héroe embellecida con las galas,
con fuerte escudo y fúlgida cimera.

El lauro de victoria te enguirnalde
en medio de la cruda, ardiente liza;
vestida de tisú, con manto jalde,
al orbe manifiestes que no en balde
la frente juvenil al orbe hechiza.

Para tí de la ciencia en el palacio
riqueza nunca vista se atesora;
las puertas de zafir te abre el espacio,
las estrellas te brindan su topacio,
y su trono de nácares la aurora.

¡Oh! Deja, juventud, la muelle falda
que la sirena del placer te brinda;
el néctar del festín al genio escalda,
la corona de perlas y esmeralda
con el casco del héroe no avecinda.

Ya es tiempo juventud: al mundo muestra
que sangre de héroes en tus venas arde;
palmo a palmo luchando en la palestra,
arranque la corona tu alta diestra,
luego, luego, mañana será tarde.

Entonces, juventud hermosa, entonces
te cantará la Fama, en vario tono,
con las sonoras lenguas de sus bronces,
y, abriendo el porvenir sus duros gonces,
subirás de la gloria al arduo trono.

LA VERDADERA GLORIA

¡Oh! ¡Cuánto el hombre por brillar se afana!
Insecto que ignorado se desliza,
en vano con orgullo se engalana;
ese poco de polvo y de ceniza,
que si hoy se mueve, morirá mañana.

¡Qué incesante anhelar, qué ciego empeño
por gozar de una vida transitoria!
Y, ¿qué es la dicha, al fin, y qué es la gloria?
Niebla que pasa, momentáneo sueño,
burla del tiempo, despreciable escoria.

Para vivir de muerto, qué locura,
compra el sabio a la historia los pregones:
por prenderse el guerrero dos galones,
cava él mismo la negra sepultura,
y le prenden con balas los cañones.

Con caireles de perlas y topacios,
el celaje deslumbra en los espacios,
del moribundo sol a los reflejos;
nos miente todo lo que brilla lejos,
nos engaña hasta el humo con palacios.

Cómo encanta falaz y nos traiciona,
contemplada distante la grandeza;
cuán espléndida luce la corona;
mas, aquél que la lleva en la cabeza,
siente sólo y admira lo que pesa.

¡La virtud, la virtud! Ved lo que vale,
más que el cetro, la púrpura y el oro;
en la tierra es el único tesoro,
y, en el orbe, no hay cosa que le iguale,
ni en grandeza, ni en gloria, ni en decoro.

El que quiera alcanzar para sus sienes,
de lauro eterno fúlgida guirnalda,
huyendo del placer la muelle falda
y a manos llenas derramando bienes,
enjugue el llanto que a su estirpe escalda.

La versátil, plateada mariposa,
cuyo breve existir no dura un día,
vive y muere en el cáliz de la rosa,
y, suelta en polvo de oro el ala hermosa,
expira perfumada de ambrosía.

Pero el cóndor, altivo rey del Ande,
airoso huella con seguro paso
la diadema imperial del Chimborazo;
y sobre cimas de terror se expande,
perezoso, batiendo el vuelo escaso.

Así el genio ni mora entre las flores,
sino entre abismos de pesar profundo;
la copa del festín y los amores,
a los menguados que deleita el mundo:
para el genio, la hiel de los dolores.

Es la gloria la estrella de la tarde
que brilla en el ocaso únicamente;
bañando en llanto la angustiada frente,
sobre el sepulcro asoma, la cobarde,
cual solitaria y tímida doliente.

La escena del Tabor, después de muerto,
después de la ignominia del Calvario;
de zarzales el mundo está cubierto:
solo el tigre feroz o el dromedario
encontraron placer en tal desierto.

En el carro del trueno, el iris prende
sus festones de lila y de granada,
y, cuando el rayo los turbiones hiende,
la procelaria audaz el vuelo tiende,
sobre las ondas de la mar airada.

Y el héroe, con titánica osadía,
aumenta en majestad, en gracia aumenta,
al furioso rugir de la tormenta;
y, batiendo las alas a porfía,
los crudos huracanes atormenta.

La escabrosa eminencia no codicio
ni quiero asiento deleznable y falso;
la cumbre está cercana al precipicio
el trono para el malo es un cadalso,
para el bueno, un altar de sacrificio.

Fija en el sol, en dulce arrobamiento,
el águila se eleva al firmamento,
desde el rudo peñón, en que se posa,
los crespones de nube tempestuosa
hollando, con intrépido ardimiento.

Levantada la frente y mudo el labio,
absortos, contemplando de hito en hito
las visiones de mágico astrolabio,
se alzaron, con la viva fe del sabio,
Galileo y Colón, al infinito.

Oh, cuán ricas coronas, oh, cuán bellas,
las que ciñe a los héroes el martirio;
no frágiles y breves, como aquellas
de oloroso clavel y blanco lirio,
sino engastadas de rubíes, de estrellas.

El contento y la dicha, al fin, de todo,
joyas son que no encierra el duro suelo;
si es barro el hombre, de cualquier modo,
primero ha de elevarse de este lodo:
la verdadera gloria está en el cielo.

LAS FLORES Y EL CREPUSCULO

Al despeñarse el sol, en occidente,
y borrarse del cielo el tinte azul,
asomaba el Crepúsculo doliente,
lloroso y taciturno, con la frente
velada con flotante y negro tul.

Cierta ocasión las compasivas flores,
que siempre es compasiva la beldad,
dijeron al Crepúsculo: "No llores,
revélanos, amigo, tus dolores,
y, quizás, calmaremos tu ansiedad".

Deteniendo el Crepúsculo su vuelo,
"Bellas Flores, repuso, con rubor,
aqueste que me aflige rudo anhelo,
remedio no tendrá nunca, en el suelo,
que busco un imposible con ardor.

¡Desgraciado de mí, que adoro loco
a la Luz de radiosa candidez! (1)
Tras ella voy corriendo, ya la toco,
para besar su sien, me falta poco,
y no puedo estrecharla ni una vez.

Yo sostengo la fimbria de su manto
y nunca admiro su rosada faz;
las gasas de su lecho yo levanto,
de su carroza voy uncido al canto,
mas, siempre por delante o por detrás".

El amante calló, triste y sombrío,
inclinando la ajada y mustia sien;
y al instante cayó el primer rocío,

(1) En "La Luciérnaga", II: 28, "radiosa esplendidez". (Ed.)

de las flores llanto pío, (2)
y llanto del Crepúsculo también.
Desde entonces, de tarde y de mañana,
del Crepúsculo al tenue resplandor,
el pensil, como el monte y la sabana,
con puñados de perlas se engalana:
tierno homenaje a un desgraciado amor. (3)

(2) En "La Lucernaga", II: 28: "tímidas flores". (Ed.).
(3) ib. "rico tesoro de la esbelta flor". (Ed.).

CONTEMPLACION NOCTURNA

Es el postrer desmayo de la tarde,
de triste luto el cielo se cobija,
la luz, la hermosa luz, huye, cobarde,
detrás del claro sol, de quien es hija;
las tiendas de la noche, con alarde,
el genio adusto de las sombras fija,
y, cual hachón humeante que no alumbra,
el crepúsculo vaga en la penumbra.

Es un horno apagado el firmamento,
es un carbón sin rastro de centellas;
mas, luego, en paso tembloroso y lento
asoman pudibundas las estrellas
que radiosas se agrupan ciento a ciento,
cual procesión de tímidas doncellas,
mientras levanta la abatida frente
la amante de Endimión, en el oriente.

La apasionada reina de la Caria,
en medio de aflicción terrible y cruda,
visitaba la losa cineraria
del que muriendo la dejó viuda;
así la luna triste y solitaria,
de las estrellas con la corte muda,
avanza macilenta, paso a paso,
a la tumba del sol, al triste ocaso.

Contemplad cuán solemne y majestuosa
escintila esa bóveda inflamada,
cual sala de un festín en que rebosa
la lumbre, por mil lámparas regada;
el alma se recoge respetuosa
de un éxtasis sublime enajenada,
y, al Autor de estas altas maravillas,
le adora, desde el polvo y de rodillas.

Ved, como en raudo, silencioso giro
van pasando los astros, coro a coro,
más fugaz y más breve que un suspiro;
a veces luce un vívido meteoro,
cual desgranada estrella de zafiro
que algún lucero de reflejos de oro
enviado al suelo habrá, con un mensaje,
en misterioso divinal lenguaje.

Mirad, cual ruedan, por la cóncava urna,
cual sartal de diamantes, los planetas;
como el velo de virgen taciturna,
luciente caudal arrastran los cometas:
no de otra suerte, con su luz nocturna,
rebullen las luciérnagas inquietas,
inundando los valles y las cumbres
de repentinas, nítidas vislumbres.

El orbe todo, espléndido, rutila
con miríadas de soles y de esferas,
y el alma, absorta de estupor, cavila
si serán esos astros, cual lumbreras
que un ángel las enciende, despabila
y apaga, cuando asoman las primeras
nubecillas de jalde terciopelo,
con que a la aurora le engalana el cielo.

Cuánto la humana pequeñez contrasta,
con esa obra magnífica y suprema;
quién sabe si esa bóveda tan vasta,
con la fúlgida y láctea diadema,
es una breve pieza que se engasta
en otro inmenso sideral sistema,
y en serie inmensurable de eslabones
se entrelazan esferas a millones.

¿Quién sabe cuántos seres en la altura,
semejantes quizás a los humanos,
habitan esos globos de luz pura?
¿En los cielos, también, habrá tiranos,

y lágrimas y sangre y amargura?
¿Habrá guerras allá y odios insanos?
¿O son razas que gozan de la herencia
del no perdido Edén de la inocencia?

En la mar insondable del misterio,
audaz la mente se fatiga y cansa,
en vano de hemisferio en hemisferio
con alas de relámpago se lanza;
de la ciencia mortal todo el imperio
no logra conocer esa balanza,
en que el Sumo Hacedor el orbe pesa,
cual un poco de cieno y de pavesa.

Vos, Señor, que forjasteis, sin crisoles,
esos globos de lúcido topacio,
Vos, que a puñados derramasteis soles
que el atrio alfombran del azul palacio,
Vos, que al millar de imponderables moles
trazasteis una ruta en el espacio,
decidnos si esos astros vagabundos
son ángeles o lámparas o mundos.

¡Qué grande es Sabaot! El orbe todo
rige con diestra prepotente y pía:
El oye complacido, de igual modo,
del coro angelical la melodía
y el zumbido que, oculto entre vil lodo,
lanza el insecto, cuando muere el día:
El cuida del humilde gusanillo
y del rey astro, de fulgente brillo.

Esto nos dicen, con su voz sonora,
los cielos, en las noches del estío;
la majestad de Dios deslumbradora
se ostenta, con grandioso poderío;
entonces, el justo de contento llora
y se estremece atónito el impío;
el bullicio del siglo, entonces, calma,
y sola ante los cielos queda el alma.

Al contemplar los astros, no comprendo
cómo el hombre a su Dios haya negado,
¿Hay quién, a este espectáculo estupendo,
no se postre en la tierra anonadado?
Los cielos van a Dios enalteciendo,
¿quién sus dulces hosannas no ha escuchado?
¿Podrá negar el polvo vil, la nada,
lo que dice la bóveda estrellada?

Al contemplar los astros se desprecia
el vano fausto, la mentida gloria:
¡Cuán menguadas parecen Roma y Grecia!
¿Se sabe acaso arriba nuestra historia?
¿Y qué la tierra, presuntuosa y necia,
es algo más que un átomo de escoria?
¡Y por ella se matan, enemigas,
nuestras razas, cual míseras hormigas!

Si se nublan de llanto nuestros ojos,
si la hiel apuramos gota a gota,
ante el cielo postrémonos de hinojos,
y esa patria miremos no remota:
pasa la vida, pasan los enojos,
el cáliz del dolor al fin se agota,
y el alma entonces, con radiante vuelo,
sobre los astros se remonta al cielo.

¿QUE ES LA VIDA?

Soñaba yo, de niño, que la vida
era un mágico edén de bienandanza,
do, entre senda florida,
el viajero encantado no se cansa;
do el raudal de la dicha blandamente
arrastra, soñoliento, la corriente.

Pensaba que el supremo y dulce gozo
se encontraba en cazar las mariposas,
y, en plácido alborozo,
recoger azucenas olorosas;
en formar con tejuelos mil castillos
do encerrar prisioneros a los grillos.

Mas, pronto, el llanto, con candente riego,
agostó mi mejilla sonrosada,
mirando, en medio el juego,
muerta una prenda de mi pecho amada...
¿Los castillos fantásticos? Rodaron,
y, al punto, los insectos se volaron.

En seguida arribó la adolescencia,
como flor que desgarra su capullo
vertiendo grata esencia;
trocado entonces, con la edad, mi orgullo,
mi anhelo y mi placer fueron más graves;
perseguir en los bosques gayas aves.

Llegó la juventud: ¡cuántas delicias
inundaron a mi alma de improviso,
cuántas dulces caricias
del mundo ofrece el seductor hechizo!
Edad de los ensueños, edad de oro,
de encantos e ilusión rico tesoro.

La sien altiva presuntuoso elevo:
menguado y bajo me parece un trono;
con ardor siempre nuevo
lo sublime y magnífico ambiciono;

del héroe genovés las altas glorias,
de César y Alejandro las victorias.

El joven, como el águila altanera,
airoso hiende la encumbrada nube,
y, con ala certera,
hasta pisar los astros sube y sube;
y, eclipsando del sol la ardiente llama,
soberano del orbe se proclama.

La vida se desliza encantadora,
entre jardines de aromosas flores,
y nos ciñe la aurora
la guirnalda que tejen los amores,
y el néctar del placer, a grandes tragos,
se liba del festín en los halagos.

Mas basta de soñar, que en lontananza
un terrible espectáculo diviso:
la tempestad se avanza
entre truenos y rayos y granizo;
se acaba la pradera y los abrojos
en las sendas se arrancan a manojos.

Y, luego, de la vida el onda pura
en un lago de cieno se convierte;
la hiel de la amargura
la copa del placer quebrada vierte,
y, en la furiosa mar de las pasiones,
naufragadas se ven las ilusiones.

Las sílfides, venidas desde el cielo
del niño a resguardar la blanca cuna,
el alto y raudo vuelo
emprenden, presurosas, de una en una;
y la guirnalda juvenil deshoja
el desengaño cruel, hoja por hoja.

Y, al caer de la sien las flores mustias,
un cerco dejan de punzante espina:
llena el alma de angustias
en un lecho de zarzas se reclina:

agitaron los vientos la amapola,
¡Y ha rodado entre el polvo su corola!

Esta es la vida, oh Dios! que el hombre, necio,
se afana en prolongar sobre la tierra,
haciendo vil desprecio
del alto gozo que tu cielo encierra;
y el mísero, abrumado de fatiga,
con hiel de llanto la ardua sed mitiga.

Y, por cada ilusión que se hace nada
y que un jirón de nuestro ser se lleva,
surca la sien ajada
del rudo tiempo la fugaz esteva,
hasta arrojarnos, con su bieldo impío,
allá en las trojes del sepulcro frío.

Joven soy; la engañosa de la fama
sus trompas de oro con afán apresta,
y risueña me llama
a subir de la gloria por la cuesta;
mas del duelo en el valle solitario
la cuesta que me place es el Calvario.

UNA GANANCIA ES MORIR

Mihi mori lucrum
SAN PABLO.

¡Ay, la vida! ¿Qué es la vida?
Chispa oculta entre pavesa,
relámpago que atraviesa
tempestad enfurecida.
¡Ay la vida!
Es mal que cura la muerte;
negra cárcel que, al morir,
logra el prisionero abrir:
de tal suerte
que una ganancia es morir.

Dejar espinas y abrojos,
para ceñirse de estrellas,
secar del llanto las huellas
y clavar en Dios los ojos;
¡Ay!, los ojos
que han visto el mundo funesto:
eso es dicha que el que muere
a gloria y cetro prefiere;
y es por esto
que gana mucho el que muere.

¿Qué son los placeres? Humo.
¿Qué, la hermosura? Ceniza
que en el sepulcro se pisa;
cuanto en la tierra hay de sumo,
todo es humo:
plata y seda, todo, todo...!
de manera que se gana
muriendo en edad temprana;
de tal modo
que sólo el que muere gana.

¿Por qué tan ruda ansiedad,
tanto afán, tanta locura,
en ir tras lo que no dura,

en buscar la vanidad?
¡Vanidad
que duelos mil atesora!
Sólo el necio su ganancia
busca en la tierra, con ansia,
porque ignora
que es la muerte una ganancia.

Vivamos, pues, a manera
del cautivo, en calabozo,
que ajeno de risa y gozo,
libertad cercana espera;
de manera,
que pongamos todo anhelo
en la gloria de morir,
sin cansarnos de decir
viendo al cielo:
nuestra ganancia es morir.

A MI PATRIA

¡Tú, amor de mis amores, Patria mía,
Tú, mi dulce ilusión, mi grato ensueño,
Tú, acrecientas mi orgullo y mi alegría!
De tu gloria y honor en el empeño,
¡cómo ensalzarte con mi voz querría!

¡Oh, qué tierno candor! ¡Cuánto donaire
ostentas en tus formas contorneadas!
¡Qué hechizo, qué primor!, cuando las hadas
que cuidan de tus sueños, al desgaire,
tus gracias nos descubren mal veladas.

En la más alta cumbre de los Andes
te posas, como el águila altanera;
sobre las nubes, donde el rayo impera,
el raudo vuelo majestuosa expandes,
contemplando a tus pies la tierra entera.

Eres del astro rey vestal y esposa:
tu bruñido zenit de ópalo terso
es el ara perenne en que rebosa
la vivífica lumbre esplendorosa
que embellece y anima al universo.

El ángel de la hermosa primavera,
vestido de zafir, púrpura y gualda,
te ofrenda los festones de su falda,
y besando tu sien pura, hechicera,
te ciñe, embelesado, una guirnalda.

Más que el banano y cocotero esbelta,
lumbrosa, adamantina como un astro;
en pliegues mil ondeante y desenvuelta
la veste carmesí te pende suelta,
de los hombros de nítido alabastro.

En el coro gentil de tus hermanas,
de las hijas de América galanas,
te ostentas, como estrella matutina

que asoma en el oriente peregrina,
hollando nubes de rubí tempranas.

Presentarte el Señor al orbe quiso
como un remedo fiel del Paraíso,
como púdica virgen, solitaria,
envidiada, en el garbo y el hechizo,
de la tímida y bella trinitaria.

Ignoras tus encantos y, modesta,
entre el lujo y verdor de la floresta,
te ocultas como airosa sensitiva
que, humilde, apenas, de su cáliz presta
aromas a la brisa fugitiva.

La paz de las virtudes te recrea,
como a virgen crecida en el santuario;
en torno tuyo deliciosa ondea
una fragancia mística, sabea,
como aquella que esparce el incensario.

Antes que el sol magnífico deslumbre
inundando de vida el horizonte,
allá del Este, tras la andina cumbre,
brotan raudales de fulgente lumbre
que el cerco doran del opuesto monte.

Así tu porvenir de bienandanza,
¡Oh Patria mía!, tu confín colorea,
y el radioso querub de la esperanza
se levanta, ceñido en lontananza
con la rósea diadema de la aurora.

Errante en el azul del firmamento,
al beso de la lumbre, tiembla y brilla
armiñada y sedosa nubecilla,
cual garza que en el líquido elemento
tiende el plumón de nieve sin mancilla.

¡Ecuador, Patria mía!, así pareces
flotando en la región de tu futuro;
al lampo de la gloria resplandeces

y altiva te columpias y te meces
del libre cóndor en el éter puro·

¿Qué más, oh Patria mía? ¿Qué ambicionas?
¿El áureo cetro que abrillanta el lloro?
¿No eres acaso reina en el decoro?
Se eclipsará el metal de las coronas
ante los brillos de tus bucles de oro. (1).

(1) En "La Luciérnaga", V: 76-77, sigue esta estrofa:
"Ven, ahora, ¡oh Patria amada!, ven y admira
un terrible espectáculo, de lejos,
ven a ver a un gigante cómo expira
y de una hurente y espantosa pira
contempla allá en las nubes los reflejos".

Luego, continúa con la tercera estrofa de **Alerta Patria Mía**, publicada por Matovelle en **Miscelánea** (Quito: 1906), como poema separado, precedido de otras dos estrofas. (Ed.).

¡ALERTA! PATRIA MIA! (*)

Es tiempo ya: levántate, despierta,
Ecuador, Patria mía, ante el ejemplo
con que tanta nación, herida o muerta,
te aconseja seguir la senda cierta
que de gloria y ventura guía al templo.

Un terrible espectáculo se admira,
allá, tras de los mares, allá lejos:
a un gigantesco mundo cuál expira,
entre las llamas de espantosa pira
que proyecta terríficos reflejos.

¿No escuchas, en el aire, cómo zumba
un confuso alarido y alboroto?
Es un mundo que baja hacia la tumba,
es la Europa infeliz que se derrumba,
sacudida de horrible terremoto.

Ve volar, encendidos por los vientos,
tanta hermosa ciudad, tantos palacios,
y, entre ayes clamorosos y lamentos,
volcarse los castillos de cimientos,
inundando de polvo los espacios.

Contempla, más allá, ¡cuadro espantoso!
Es el campo infernal de una batalla:
entre el humo apiñado, la metralla
relumbra, cual relámpago horroroso,
y al herido clarín el trueno acalla.

Abrumadas de cieno y de fatigas,
entre charcos de sangre desbandadas
se abaten las dos huestes enemigas,
cual de extenso trigal febles espigas
por bravos huracanes empujadas.

(*) Esta composición fue escrita en 1876; desde entonces para acá la impiedad y el radicalismo han devastado de tal modo al Ecuador, que es él actualmente uno de los más convincentes y tristes ejemplos del abismo de ruinas y desolación a que puede llegar un país que se aparta de la verdadera fe.

Todo es miseria, confusión y espanto,
el ánimo se enluta y se contrista;
es imposible contener el llanto,
es imposible no apartar la vista
de esa lúgubre escena de quebranto.

¡Ay!, ese mundo idólatra del vicio,
que agoniza en el potro de la afrenta,
el baldón se merece y el suplicio;
en la balanza del eterno juicio,
pesado el crimen, excedió a su cuenta.

Ese mundo orgulloso, con locura
pisó la santa Cruz, excelso emblema
de contento, de paz, gloria y ventura;
y, necio, desató contra la altura
la lengua vil, impúdica y blasfema.

¡Oh, Patria! ¿te conturbas...? ¿Te anonada,
te horroriza y confunde ese castigo,
en que yace la Europa desmayada?
¡Ay!, que la diestra del Señor contigo
no quiera levantarse nunca airada.

Jamás, jamás, ¡oh virgen pudibunda!
aje tu cuello de jazmín y nieve,
esa oprobiosa y bárbara coyunda
que impone la impiedad, tirana inmunda,
a los pueblos del siglo diez y nueve.

¿No ves cómo en tu trono codiciosa
se allega turba vil con odio insano?
Pretenden arrancarte de la mano
la joya más espléndida y valiosa
que te legó Colón, el sobrehumano.

Si probar tu valor al cielo plugo,
que venga el hacha del feroz verdugo,
corales brote el nácar de tu cuello,
mas no vendas del héroe el blasón bello
del apóstata infame por el yugo.

En tu púdica sien, entrelazados,
azucena olorosa y blanco lirio
esperan los claveles encarnados,
que no bordan el musgo de los prados,
sino la ardiente arena del martirio.

¡Abrázate a la cruz, Patria querida,
del cristiano a la enseña bendecida!
¡Abrázate a la cruz, con lazo estrecho,
abrázate al seguro de la vida
o clávala, magnánima, en tu pecho!

A CUBA (1)

Sirena hermosa del Nuevo Mundo,
sobre las ondas del mar profundo,
de mil Nereidas cercada, brillas;
cual soberana de las Antillas,
alzando el cetro de la beldad.

Aún más que Chipre, tú eres hermosa,
y, cual su bella, radiante diosa,
nacer te miro, sobre la espuma,
como en un lecho de blanda pluma
que apenas riza la tempestad.

Tú te sustentas sobre la espalda
de los delfines, cual esmeralda
que, desprendida, bajaste al suelo,
de entre las galas del azul velo
que ante su trono tendiera Dios.

Bajo la sombra de tus palmares,
a los murmullos de tus dos mares,
entre el aroma de tus florestas,
sobre las ondas, bella, te acuestas,
de un mundo hermoso vagando en pos.

En tí agotara naturaleza
el gran tesoro de su riqueza:
aves canoras, limpios raudales,
preciosas flores y los panales
que dan tus cañas, de dulce miel.

Tus bellas hijas cantan en coro,
con armoniosa cítara de oro,
el navegante, desde la aurora,
a ti dirige la rauda proa,
de su arrogante, rico bajel.

---

(1) Antes de su independencia (Ed.).

En tu púdica sien, entrelazados,
azucena olorosa y blanco lirio
esperan los claveles encarnados,
que no bordan el musgo de los prados,
sino la ardiente arena del martirio.

¡Abrázate a la cruz, Patria querida,
del cristiano a la enseña bendecida!
¡Abrázate a la cruz, con lazo estrecho,
abrázate al seguro de la vida
o clávala, magnánima, en tu pecho!

Mas, ¿de qué sirve tanta hermosura,
¡Oh regia virgen!... si, en la amargura,
lloras, perdidos cetro y corona,
y tu verdugo cruel te abandona,
entre los hierros de la prisión?

Tanta riqueza, mísera esclava,
¿de qué te importa, si todo acaba
por ser la presa de avaro dueño,
que rudo siempre te muestra el ceño
y aún sus caricias son tu baldón?

Las odaliscas de los sultanes
cercadas viven de tulipanes,
de mil naranjos bajo la sombra:
de terciopelo la muelle alfombra
tan solo huellan sus lindos pies.

Pero aunque reinas, nobles y altivas,
lloran al verse tristes cautivas,
cual bellos cisnes, pero sin alas;
pues sus amores, riqueza y galas
todo es de un dueño, que odian tal vez.

Mas ya parece lucir el día
en que, venciendo la tiranía,
libre te mires de tus cadenas:
¡mientras te corra sangre en las venas,
proclama invicta tu libertad!

¡Antes la muerte del libre y bravo
que la existencia vil del esclavo!
más de Palmira los tristes restos
son venerados, que esos enhiestos
arcos de Tito, cruel vanidad!

Harto comprendes que dulces sones
nunca destrozan férreas prisiones;
estas se rompen en la batalla,
al fuego ardiente de la metralla,
de mil combates en el crisol.

¡Menguados! gocen con su delirio
fieros verdugos de tu martirio,
necios, ignoran sus frutos bellos:
valientes héroes, cuyos destellos
de gloria igualan en luz al sol.

¿Y quién ignora tu heroica lucha?
¿Quién, conmovido, tu voz no escucha?
¿Quién no te mira batirte sola,
y al mundo todo mostrar la aureola
que en la sien brilla del adalid?

Mas ¡ay! ¿qué ha sido de tus hermanos,
los victoriosos americanos?
¿Por qué te dejan sola en la liza?
¿No eres la hermosa que los hechiza?
¿Acaso temen el ardua lid?

¡Ah! que no quede sombra ni resto
de aquel infame lazo funesto,
que a un mundo todo, con ruda mano,
bárbara y torpe, puso el hispano,
bañando en sangre la humanidad.

Entonces a tierras las más remotas,
el viento lleve las dulces notas,
de un himno santo, de un eco solo,
que alegre exclame de polo a polo:
¡Viva de Cuba la libertad!

DEDICATORIA

En las Bodas de Plata de la M. R. M. Sor Leopoldina Naranjo, de los SS. CC.

Tras de las tapias que de un convento
para los ojos límites son,
ante sus naves y su aislamiento,
siempre ha soñado mi pensamiento,
siempre ha latido mi corazón.

Hallo almas fuertes como las rocas,
flores que aroman la soledad,
místicas preces en castas bocas,
virgíneas fuentes, pálidas tocas,
olor bendito de santidad...

Todo me atrae a este santuario,
¡cómo sonríe mi corazón!
Y hoy que celebras tu aniversario,
¡bodas de plata!, junto al Sagrario
oye cantarse desde Sión.

Feliz mil veces, alma dichosa,
que a Dios supiste presto inmolar
cuanto la tierra, rica y hermosa
los reinos todos, sin faltar cosa,
¡ay!, fementida, pudo brindar.

Veinticinco años son casi nada,
menos que nada, instantes son,
si comparamos con la alborada
de eterna vida, que preparada
hallarla mira tu devoción.

Aquí en el claustro, fiel y rendida,
sin ansiar goces, en soledad,
lejos del mundo pasas tu vida,
a Dios buscando, de Dios querida,
ansiosa siempre de santidad.

¡Oh!, dime, ¿dónde darse podría
mayor contento junto a la Cruz?
Dime, ¿si acaso hubo algún día
que fuera menos en la alegría
que te brindara tu Rey Jesús?

Penas y abrojos del cruel destino
quédanse, sólo, ¡ay! para nos,
que batallamos en el camino,
sin hallar nunca del peregrino
el puerto ansiado, su fin, su Dios.

HIMNO A LEON XIII

En las cumbres altivas del Ande
repercute el cantar melodioso,
que hoy el Tíber levanta orgulloso,
al invicto, deseado León.

Plugo al cielo quitarnos al Pío,
dulce gloria y encanto del mundo:
hoy el duelo se calma, profundo,
ante el digno inmortal sucesor.

¡Padre, Padre!, repiten los ecos,
desde el rojo poniente a la aurora:
todo el globo, sumiso, te implora,
la esperada feliz bendición.

El Eterno te da la diadema,
de rodillas, el mundo, la palma:
tuyo es, Padre, el imperio del alma,
tuyo el trono de gloria y de amor.

Si en prisiones te encierra el impío,
rompe, rompe la dura cadena;
sacudiendo la airosa melena
cual terrible y robusto León.

Si, cobardes, te olvidan los reyes,
o te miran talvez, de soslayo,
nada importe, tú empuñas al rayo,
ese rayo que funde al cañón.

A LA MEMORIA DEL SR. VICENTE ARRIAGA

¡Adiós!, ¡Adiós, amigo...! ¡Qué! ¿nos dejas,
nos dejas y te vas?

¿Conque, al fin, de nosotros hoy te alejas
para siempre jamás?

¿Eres tú, caro amigo, el que sin vida
está dormido así?

¡Y nos vienes a dar la despedida
en un panteón...! ¿Aquí...?

Despiértate y levanta: es tu "Liceo",
¿no le das un adiós?

Mirando estoy tu polvo, y no lo creo:
será verdad ¡oh, Dios!

¿Por qué entonces callado te partiste
si nunca has de volver?

¿Por qué, entonces, ¡adiós! no me dijiste
al abrazarme ayer?

¡Si fuera mi poder como mi empeño,
y férvido anhelar...!

Mas, ¡ay! Que a nadie del postrero sueño
le es dado despertar!

¿Y, luego, para qué, si todo es vano,
y una pena el vivir?

Dicha es dejar el triste lodo humano,
alta dicha es morir.

El valle dejas del que pena y llora
por la Sión eternal.

Dejas la noche por la eterna aurora:
tu dicha es sin igual.

Hoy que terrible con fragor retumba
el trueno del Señor,

Dicha grande es dormir bajo la tumba,
y dormir con honor.

Envidio yo tu venturosa suerte,
celos tengo de tí:

que es muy dulce morir, cuando a la muerte
nada se espera aquí.

MISION DEL SACERDOTE Y DEL PONTIFICE (1)

¡Oh, Religión sublime!,
¡Comunión de las almas, cómo llevas
la paz, el bien y la razón por guía,
donde la Cruz su resplandor imprime!
¡La Cruz, el Sacerdote...! qué invenciones
de la diestra de Dios, la diestra pía,
para curar llagados corazones!

Las oleadas del mal, como diluvio,
envuelven por doquier toda la tierra;
mientras del bien impalpable efluvio,
apenas se percibe en la ardua sierra.
Para sembrar el bien, ¡qué cruda guerra!
¿Dios levanta a la cima del Santuario
a algún nuevo Gineés...? Todo está hecho:
¡contra ese manso, compasivo pecho
irá a chocar la daga del sicario!

En este mundo estéril y sombrío
malógranse los gérmenes de la vida;
todo es ruinas en él; todo vacío,
sin la Cruz que le ampara como égida.

¡Feliz el alma que al romper su oscura
cárcel, de eterno lauro coronada,
vuelve al seno de Dios, intacta y pura,
en tanto que esta edad se hunde menguada!
¡Quién nos pintará la inquietud secreta
del sacerdote que consigo mismo
combate sin cesar, como un atleta,
para sostener al mundo: ¡qué heroísmo!
A este mundo repleto de venganza,
que ajeno a toda gloria y esperanza,

(1) Esta poesía fue declamada en la primera visita que después de su consagración episcopal hizo el Excmo. Sr. Dr. Dn. Daniel Hermida, a los RR. PP. Oblatos de los CC.SS. de Jesús y María, en el convento de la Merced, el 20 de Noviembre de 1919.

presa de rabia y de rencor profundo
va rodando sin fin hasta el abismo.
Sacerdote de Dios, noble Prelado,
¡Esta es vuestra misión: salvar al mundo!

LA CRUZ Y LA AMERICA (1)

¡Oh excelsa y santa Cruz! yo te saludo:
del genio y la virtud blasón hermoso,
y del cristiano pecho férreo escudo,
jamás mi mente pudo
contemplarte, sin plácido alborozo.

Bello emblema de paz y bienandanza,
antorcha refulgente de la historia;
el humano, sin tí, dicha no alcanza,
es vana la esperanza,
y es dorada ilusión hasta la gloria.

Tú engendraste a la vida al Nuevo Mundo,
quebrantando los lazos de la muerte;
él es un hijo de tu amor fecundo;
del piélago profundo,
es perla que arrancó tu brazo fuerte.

Entre las ondas de la mar bravía,
en blando lecho de rizada espuma,
América la hermosa se dormía,
cercada de ambrosía,
bajo las gasas de la nívea bruma.

Como yace una virgen encantada
con copa engañadora de beleño,
en el regazo seductor de una hada,
la América ignorada,
vivió en profundo, dilatado sueño.

De la Cruz a los vívidos fulgores,
la virgen despertó con desencanto,
sobre su lecho de variadas flores,
vestida de primores,
ceñida con guirnaldas de amaranto.

---

(1) En **El Reinado Eucarístico del Sagrado Corazón de Jesús**, Tomo I, Año I: V (II. 1892) págs. 198-200, aparece el título "La América y la Cruz". (Ed.).

A los primeros tintes de la aurora
que, lánguida, se alzaba en el oriente,
una grata visión deslumbradora
la bella soñadora
contempló despertada, de repente.

Brillaban todavía las estrellas,
y un disco de grandioso reverbero,
con su lumbre afrentando a las más bellas,
surgió del mar, tras ellas,
como esplendente, matinal lucero.

Era la Cruz radiosa, sin mancilla,
que a las playas de América llegaba:
Colón, hincando humilde la rodilla,
el pendón de Castilla,
con la sagrada enseña, tremolaba.

¡Oh, América!, refiere tu embeleso
y tu éxtasis de amor, en aquel día,
al sentir en tu casta frente impreso
de la Cruz santa un beso,
henchido de ternura y alegría.

Adán no despertó más dulcemente
del sueño que durmió, por vez primera,
al beso cariñoso, puro, ardiente
que sellara en su frente
la amante esposa que el Señor le diera.

En los bosques, entonces, aroma intenso
esparció toda flor como incensario,
y las aves, en medio de este incienso,
en coro dulce inmenso,
saludaron la enseña del Calvario.

Del humilde salvaje en la cabaña,
el Angel se posó de la armonía,
y, depuesto el odio y la vil saña,
concordia y paz extraña
a todos con celeste lazo unía.

¡Oh excelsa y santa Cruz! ¿Por qué misterio
tu sombra sola al corazón hechiza?
¿Qué mágico poder tienes, qué imperio,
que todo un hemisferio
a tu tierna mirada se electriza?

Tu poder ya comprendo: eres emblema
de celeste y dulcísimo consuelo;
y en el valle de luto y anatema
anuncias un poema,
que han de acabar en nuestra patria, el cielo.

Y el magnífico Mundo, adolescente,
que iba a ser oprimido por mil penas,
te estrechó contra el seno, tiernamente,
como a amiga inocente,
venida a consolarle en sus cadenas.

¡Oh! nunca olvides a tu fiel amiga,
América la hermosa, la galana;
en tu pecho la fe celeste abriga,
y que jamás desdiga
de tu hermosa niñez, tu edad lozana.

La Cruz, la santa Cruz en arduas lides
victoria te dará, paz y progreso,
si de ella el justo amor nunca divides;
jamás, jamás olvides
que despertaste de la Cruz al beso.

LOS MONOS COMUNISTAS

No hace mucho ha, que un viejo pergamino
a mis manos se vino;
en él entre otras cosas, ví el asunto
del idilio, epopeya, o más bien drama,
(como hoy a cualquier cuento se lo llama)
que pretendo narrar punto por punto.

En Egipto, tal vez, o Berbería,
no sé cuando, existía,
un cierto comerciante en animales;
en su casa, a manera de museo,
contemplaba admirando el europeo
las onzas, las jirafas y chacales;
entre aquellos cuadrúpedos colonos,
lo curioso y de ver a todos era,
más que el tigre feroz y la pantera,
una partida indómita de monos.

Esta altanera y revoltosa gente
tan sumisa se hallaba y obediente,
que hasta los más traviesos
con el rabo enroscado entre las piernas,
e inclinando hasta el polvo los pescuezos
moraban en silencio sus cavernas:
era aquello de modo
que reinaba la paz de todo en todo.

Mas, ¡ay!, que la fortuna
es voluble y voltaria cual la luna.
No hay dicha que no gaste
el tiempo, alma de jarro;
empuja un poco su vetusto carro
y es dado todo al traste.

El mercader, incauto, cierto día,
dejó la casa sola,
y los monos selváticos sin guía,
armaron una cruda batahola.

Un macaco, filósofo eminente,
alzóse en ademán grave, oratorio,
y poniendo severo el continente,
habló de esta manera al auditorio:

"¡Ay, desgraciado pueblo; ay, raza esclava!
¿Do está la dulce libertad primera?
¡El mono en estos tiempos, no es lo que era!
Antes, libre, vagaba
por el bosque recóndito y umbroso,
haciendo de su gusto,
sin escuchar jamás el nombre odioso
de aquello es ilegal, esto es injusto.
De breñal en breñal, de rama en rama,
paseábamos la enhiesta
olorosa y riquísima floresta,
que el azafrán y sésamo recama"
(¡Romática elocuencia! ¡Qué no admira!
¡Entre monos también anda la lira!)
"¡Oh, pueblo, pueblo mío!
¿Es pesadilla acaso o desvarío?"
"Un torpe cazador puso las redes,
en que presos nos vimos de la mano;
y a esta cárcel de altísimas paredes
nos redujo un patrón cruel y tirano.
De todo esto concluyo,
¡Pobre pueblo infelice!,
que es un ladrón infame aquel que dice:
esto es mío, eso es tuyo.
"¡Venid conmigo, oh, pueblo! ¡abajo, abajo!
los opulentos y orgullosos ricos;
¡No más esclavitud! ¡No más trabajo!
Quemad todo, romped, haced añicos:
sacudamos el yugo,
y bebamos la sangre del verdugo".

Recibido entre aplausos fue el consejo
de aquel macaco viejo.
Con monadas risibles, progresistas,
declaráronse todos muy ufanos,
estos sansimonianos,
los otros furieristas;

y al verse al fin, sin sujeción alguna,
proclamaron los monos la Comuna.

Entonces fue de ver. Bruta y rabiosa
por paredes, pilares y cornisas,
la muchedumbre se escaló la casa,
y diéronse tal traza,
que a poco no hubo cosa
que por los suelos no estuviese en trizas.
Los estantes, las cómodas, las mesas,
los divanes y escaños fueron presas
de aquella turba indómita, sin freno.
En la techumbre no quedó una teja,
y, del porrazo cruel, más de una vieja
fue de la tumba al seno.

En pos vino el saqueo: allí fue Troya.
Entre las arcas no quedó una joya.
Tanto mono barbudo
que andaba, sin pudor, antes, desnudo,
entonces se paseaba, engalanado,
con jirones de púrpura y brocado.
Y con modales bruscos, descompuestos,
y con risibles muecas,
se calaban, a modo de muñecas,
las banastas y cestos.
En los anchos calzones mamelucos
se ensartaban los brazos de bejucos.
Otro, haciendo bandera de una capa,
jugaba "al quién me coge, quién me atrapa".

Algún mono embustero
se plantaba una bota por sombrero;
un alto orangután sólo en camisa
cabalgaba un bastón a toda prisa.
Otros, haciendo combas con el rabo,
se colgaban traviesos de una viga,
ya puestos de cabeza o de barriga
se estaban como muertos. Ya del cabo
de un extremo hacia el otro se lanzaban,
y, entre brincos y danzas y piruetas,

los puntiagudos dientes rechinaban,
haciendo castañetas.
De la más alta cumbre, con desprecio,
de una pata colgábanse a los aires,
superando en las gracias y donaires
al volatín más diestro en el trapecio.

En medio de la gresca y algazara
un hambriento mandril, de un sólo salto,
se tomó la cocina por asalto.
Al punto, cosa rara,
ignoro por qué causa o qué motivo,
se despertó un incendio asaz activo,
cuyas llamas terribles, bramadoras,
en menos de dos horas,
comunistas y casa, con presteza,
tornaron en pavesa.

Ejemplo breve de la suerte impía
que a la ínclita París le cupo un día.
Lo que pasó después... ya no recuerdo.
Es bonita la historia;
mas, al fin, me parece lo más cuerdo
el confesar que es frágil mi memoria.
Prólogo y todo está, si no me engaño,
el epílogo haré para el otro año.

Poesía marial

A MARIA (1)

"Recibe, oh, María,
la sencilla ofrenda
que en humilde prenda
mi amor te confía,
a Tí, Madre mía".

(1) "Los primeros versos de mi vida, en 1891 y dirigidos a la Santísima Virgen".

A MARIA

Trémulo el labio, la mirada triste,
vengo a tus plantas, celestial Señora;
¡Ay, de aquel pecho que el dolor embiste!
¡Ay, del que llora!

Madre amorosa del que gime y pena
sobre las zarzas de este rudo suelo,
cúrale a mi alma de pesares llena,
calma mi duelo.

Darte quisiera, Madre amada, cuanto
brilla en la tierra: seda, perlas, oro;
pero, ¡ay! no ignoras, que el amargo llanto
es mi tesoro.

Quien ha gustado la mundana dicha,
pisa las pompas, como impuro lodo;
humo es la ciencia, y el placer, desdicha:
mágico todo.

Rico en blasones, adalid valiente,
goces mentidos, con afán pregona,
mientras le rasga la orgullosa frente
áurea corona.

Madre, tú sabes la terrible historia,
que, esquivo, guarda mi llagado pecho,
goces y dichas, ilusiones, gloria,
todo deshecho.

Pérfido el mundo, por subido precio,
cloro y hiel brinda con fingido halago;
¡mísero y triste del que incauto y necio
liba ese trago!

Siempre que el siglo con un haz de abrojos
hiere mi pecho, con desdén impío,
vienen a hablarte mis dolientes ojos,
¡dulce Bien mío!

Himno es tu nombre que al mortal recrea,
mirra, que aromas del Edén exhala,
tu nombre, al labio, como miel hiblea,
cura y regala.

Cuando del mundo la maldad me abruma,
corro a tus plantas a buscar contento,
porque tú acoges esta leve pluma,
juego del viento.

Tu vista sola, con sublime canto,
sana del vicio la mortal herida;
¡sóla tú enjugas nuestro acerbo llanto,
Madre querida!

Calandria triste, por la carne presa,
gime, entre redes, abatida mi alma,
líbrame pronto de esta vil pavesa,
dame la calma.

Lumbre indecisa, solitaria, vierte
trémula estrella, tras las nubes pardas,
¿Eres tú, Madre...? Peno yo, por verte,
¡Ay! ¿Por qué tardas?

UNA VIRGEN ORIENTAL

Bajo un alto sicómoro,
sentada una niña está,
que florecer vio el almendro
doce veces nada más.

De tez mórbida y trigueña,
cual las hijas de Judá,
de mejillas sonrosadas,
cual granados de Galaad.

Cual la flor del terebinto,
en su labio virginal,
cuando el céfiro su broche
entreabierto va al pasar.

Son sus ojos, cual la estrella
que en Fogor cantó Balaam,
son rasgados, son amables:
de paloma es su mirar.

Es su túnica más blanca
que la nieve de Ararat,
y a su esbelto talle presta
una forma angelical.

Es más casta que Susana,
y es tan grande su beldad,
que la envidiaran las rosas
de Jericó y el Jordán.

En su falda tiene flores,
de nardo, clavel y azahar,
y entreteje con oliva
ramilletes sin igual.

Por el valle va un anciano
sacerdote, y, al pasar,
"¿qué hace el lirio entre las flores,
le dice, bella Miriam?"

"Haciendo, señor, tu sierva
dos ramilletes está;
pues ya de los tabernáculos
la gran fiesta va a empezar".

Esto dice y presurosa
se encamina a la ciudad,
pues que del templo se vino
florecillas a tomar.

Cual del Nilo blanco cisne,
himnos entonando va;
ya se oculta en las palmeras,
ya penetra en la ciudad.

LA VIRGEN DE JUDA

¡Quién nos diera de la Virgen
escogida de Judá
el dulcísimo semblante
extasiados contemplar!

Vedla allí: cual imagino
a mi Reina celestial,
cuando tierna, adolescente,
llena de gracia y beldad.

Bajo un alto sicómoro,
la cándida Niña está,
que florecer vio al almedro
doce veces, nada más.

Las miradas en el cielo,
el corazón más allá;
toda encendida en transportes
de divina caridad.

Es más casta que Susana,
y tan rara su beldad,
que envidia causa a las rosas
de Jericó y el Jordán.

EL NOMBRE DE MARIA

Ensayo dirigido al señor Carlos J. Córdova.

Yo he visto, en las tardes, las nubes brumosas
cubrir tempestuosas
del cielo el fulgor,
y en ellas bordarse, con bellos colores,
un iris luciente, cual arco de flores
que sobre un abismo se muestra un primor.

Y siempre he creído que entonces escribía
tu nombre, María,
algún serafín;
Y siempre en su choza postrarse al abrigo,
rezándote, he visto, gozoso, al mendigo,
que el iris miraba del cielo al confín.

He visto en la noche los astros radiantes,
que cruzan errantes,
en gran multitud.
Tal vez hay un coro de vírgenes bellas
que alegres, tejiendo guirnaldas de estrellas,
tu nombre dibujan con rara virtud.

¿Qué sé si, por esto, besando a cada una,
la tímida luna
miramos pasar?
¿Qué sé si, por esto, quien fija en los cielos
sus ojos, recibe mil gratos consuelos
que curan el pecho que abruma el pesar?

¡Qué bellos se ostentan los prados en Mayo,
al lúcido rayo
que vierte su sol!
Descubren las flores su cáliz al aire,
irguiendo sus tallos con gracia y donaire,
y en tintes superan al mismo arrebol.

Entonces tu nombre, con ricos matices,
en muelles tapices,
pintado se ve;
por eso aún las peñas y rocas eriales
descuelgan festones de hermosos rosales,
que al hombre le dicen: no es vana tu fe.

Saltando entre riscos, resuena, agitada,
la limpia cascada
que cubre un zarzal;
tu nombre ella canta, tu nombre sagrado,
así como el coro de cisnes harpado
que flota en un lago de terso cristal.
De tarde, en las selvas, levísimo y blando,
se escucha vagando
un dulce rumor:
tu nombre, Señora, murmura la brisa,
por eso, las flores, con áurea sonrisa,
sus cuellos inclinan de aquella en redor.

El ángel, pulsando su cítara de oro,
en himno sonoro,
te nombra también;
aún más, ¡oh María!, te nombra el Eterno,
y todos los orbes, a un nombre tan tierno,
alegres se mecen, con leve vaivén.

Tu nombre es más dulce que fruta sabrosa,
que miel deliciosa
de blando panal:
ungüento de nardo que esparce el ambiente
tu nombre es, María: mas, ¡ay!, vanamente,
comparo tu nombre, que a nada es igual.

El náufrago triste te llama a sus solas,
al ver que las olas
le bañan la sien;
tu nombre pronuncian, perdido el viajero,
el huérfano pobre, postrado el guerrero
y aquel que al cadalso camina también.

Por esto, en mis penas, te invoco confiado,
pues siempre has regado
tu bálsamo en mí:
Por esto te clamo ¡María, María...!
¡Oh!, ¡nunca he probado mayor alegría!
¡Oh!, ¡nunca en el mundo tal gozo sentí!

PRECES A LA NIÑA MARIA (1)

¡Oh, Reina del Cielo!
¡Oh, Niña María!
Por siervo este día,
me consagro a Tí.

Al mundo ha nacido
una niña hermosa,
la mística rosa,
la flor de Jacob.
Del día de gracia,
matutina estrella:
eres, niña bella,
nuncio del amor.

Ven, graciosa niña,
niña encantadora,
eres, Tú, la aurora
del divino sol.
¡Salve, tierna niña,
te elige Dios Padre
para ser la Madre
del Dios Redentor!

¡Oh, niña! ¡Qué encanto!
Tu nombre es María:
dulce melodía,
cántico de amor.
Lo entonan los ángeles
con las arpas de oro,
y este himno sonoro
se encumbra hasta Dios.

¡Celeste Princesa!
¡Oh, niña María!
Sé, Tú, mi alegría,
mi dicha y mi amor.

---

(1) Tomado de la Novena en honor de la Virgen Santísima, bajo su advocación de Niña María. (Ed.).

Bendícenos, niña;
bendice este suelo:
llévanos al cielo
a gozar de Dios.

Niña Inmaculada,
naces, y tu planta
la cerviz quebranta
del infernal dragón.
Naces, y, ¡oh prodigio !
huyen las tinieblas,
cual huyen las nieblas
al salir el sol.

Lumbre del Calvario
riela en tu aureola:
flor de áurea corola
y rojo fulgor.
Porque, ¡ay, santa niña,
ya desde la cuna,
surges, cual la luna,
reina del dolor!

De Joaquín y de Ana,
lirio de pureza;
por Ti, niña, empieza
nuestra salvación.
No: jamás consientas
que nos venza el vicio:
haz que en tu servicio,
lleguemos a Dios.

SUPLICA A NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

¡Salve, yedra suspendida
del árbol del sacrificio!
¡Salve, manantial de vida
para el pecador propicio!

¡Salve, celestial Señora!
¡Salve, víctima inocente!...
¡Consuelo del que te implora,
salvación del delincuente!

¡Ay del que cruza el camino
solitario del desierto,
sin Ti, luz del peregrino,
sin Ti, fanal de su puerto!

¡Ay! del triste, ¡ay! del que llora:
sin tu amor no halla consuelo,
y a las penas que devora
no halla alivio en su hondo duelo.

No olvides, Madre afligida,
del que, cual Tú, solitario,
lleva en su alma intensa herida,
lleva en su pecho un calvario.

Vuelve a nosotros tus ojos,
óyenos, dulce María,
por los sangrientos despojos
de tu amor, por tu agonía.

Por tu Hijo, tu ardiente anhelo,
que hoy lloras, cadáver frío,
astro oculto de tu cielo,
muerto imán de tu albedrío.

Haz que uniendo nuestras penas
a tus penas, en la vida:
disueltas nuestras cadenas
gocemos dicha cumplida.

ANTE LA PRODIGIOSA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA LA DOLOROSA DEL COLEGIO

Beati qui lugent!

¡Oh, Reina del Amor, cuán compasiva
esta preciosa imagen te nos muestra!
Oleo y sombra nos da, cual fresca oliva,
esa tu caridad dulce y activa
de Madre de Jesús y Madre nuestra.
¡De aquella compasión, en bello ejemplo,
nuestras penas al ver, nuestro quebranto,
rotas las cruces, profanado el templo,
nos bañas con las ondas de tu llanto!

¡Oh, Madre del Amor, cuánto nos dice
ese tu rostro adolorido y santo!
¡El triste pecador, el infelice,
en ese tu mirar aprenden tanto!

En este valle de destierro hay penas,
para el alma riquísimo tesoro;
del justo en las mejillas rueda el lloro,
cual gota de rocío
en el marfil de castas azucenas;
pero hay un llanto que en la faz se pinta,
como mancha de tinta,
el llanto desesperado del impío.

El placer enervante es el sudario
en que el alma se encierra y desaparece;
el monte de la vida es el Calvario;
amar y padecer: eso apetece
el justo en este valle solitario.

Como cándido cirio
del altar, entre el brillo y el perfume,
el alma se consume
irradiando esplendor en el martirio.

¡Oh, Reina del Dolor, mi amante dueña,
dame empapar mis labios,
dulcísima María,
en el turbio raudal de tus agravios
en la copa de hiel de tu agonía!

Pesar de los pesares,
dolor casi infinito en una gota,
indecible amargor que no se agota,
ni llenando con él todos los mares.
Martirio del amor y amor materno:
esa es tu herencia, Emperatriz hermosa.
En tu cáliz rebosa
un inmenso dolor, como de infierno;
y si a tanto no alcanza
lo que pasa veloz y no es eterno,
lo impidieron tu amor y tu esperanza.

En la inclemente roca donde apura
el Redentor la hiel de los dolores,
¡qué compasión no habrá que Tú no implores,
oh, contristada Madre!
¿Cómo entonar un cántico que cuadre
a tanto hondo pesar, tanta amargura?
La vida de Jesús, cual tenue llama
de agotado candil, se está muriendo;
con temblorosa voz: "¡Oh, Padre, exclama,
en tus manos mi espíritu encomiendo!"
Dobla el cuello gentil, llora, suspira,
y, entornando los párpados, expira.

La lágrima postrera de agonía
que derramara en la mortal congoja,
cual mundo, siente descender, María,
al punto que en la sien le cae y moja.

Lágrimas de Jesús, más que diamantes,
hermosas, rutilantes,
de precio sin segundo:
¡Quién no os tributa amor, quién no os adora!
Vosotras y la sangre redentora
habéis salvado al mundo.

A MARIA SANTISIMA EN SU SOLEDAD

Muerto Jesús,
por mí, en la Cruz,
Madre de amor,
por tu Hijo, hoy,
a Ti me doy.

Cuán sola vas
en tu dolor;
qué sola estás,
Madre de amor.

Murió Jesús,
mi dulce amor,
¡oh!, cruel dolor,
murió en la Cruz.

Murió Jesús,
murió por mí:
muerte de cruz
yo cruel le dí.

¡Sola, cual más,
en tu dolor!
¡Qué sola estás,
Madre de amor!

Muerto Jesús,
mi dulce bien,
quiero en la Cruz
morir también.

¡Mundo falaz,
mentido amor,
fingida paz:
adiós, adiós!

Muerte a Jesús
yo, cruel, le dí,
muerta mi luz,
¿qué quiero aquí?

Madre de Dios
ya Tú serás
sola desde hoy
mi amor, mi paz.

¡Muerto Jesús,
por mi crueldad,
junto a la Cruz,
qué soledad!

El mundo cruel,
muerto Jesús,
te da, sin El,
sólo la Cruz.

¡Madre, piedad!
por piedad, sí;
sálveme a mí
tu soledad!

Cuando al morir
me juzgue Dios,
¿dónde acudir
si no es a Ti?

Solo estaré,
solo ante Dios,
entonces a Ti
yo clamaré.

¡Oh, Madre!, sí,
por tu piedad,
líbreme a mí
tu soledad.

SALVE A NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

"Dios te salve, Reina y Madre,
Madre de misericordia,
al pie de la Cruz, constante,
afligida y dolorosa".

Salve, Reina incomparable,
salve, Madre dolorosa,
junto a la Cruz te admiramos
angustiada, como sola.

Vida, dulzura y consuelo
de cuantos con fe te invocan,
firme esperanza del alma
que entre tus brazos se arroja.

A Ti, Reina de bondades,
a Ti suspiran y lloran
cuantos habitan el valle
de lágrimas y congojas.

En este amargo destierro
te clamamos a toda hora,
los errantes hijos de Eva,
pidiendo que nos socorras.

A Ti alzamos el lamento
que nuestras penas provocan,
al vernos lejos del cielo
que es nuestra Patria gloriosa.

Reina augusta de los mártires,
de gracias repartidora,
danos, Madre, acompañarte
junto a esa cruz afrentosa.

Dulce Madre, tus dolores
son del alma ricas joyas,
son espléndidos luceros
de nuestra inmortal corona.

Ea, pues, fiel Abogada,
ea, pues, Madre amorosa,
vuelve a nos esos tus ojos,
ojos de mansa paloma.

Y al terminar el destierro,
danos poseer en la Gloria,
a Jesús, bendito fruto
de tu castidad preciosa.

Oh, Reina, toda clemencia,
oh, Madre, piedades toda,
nuestro consuelo en las penas,
nuestro amor, delicias y honra.

Madre de Dios admirable,
por todos tus hijos ora,
que alcancemos las promesas
de Jesucristo, en la gloria.

SALVE A NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

¡Salve, dolorosa
y afligida Madre!
¡Salve! Tus dolores
a todos nos salven.

Vamos al Calvario
que está ahí nuestra Madre
anegada en llanto,
empapada en sangre.
De la cruz pendiente,
Jesús muerto yace
y no hay quien consuele
a la triste Madre.

De la cruz ya bajan
el cuerpo adorable,
y en los brazos ponen
de su Esposa y Madre:
¡cómo abraza y besa
la Víctima exangüe!
¡Ay, cómo en sollozos
toda se deshace!

Atónitos, mudos,
contemplan los ángeles
a su hermosa Reina
casi agonizante;
lloran las estrellas,
las rocas se parten,
enlútase el cielo
en duelo tan grande.

¡Oh, Reina hechicera!
¡Oh, amorosa Madre!
¿Quién, ¡ay!, quién te ha puesto
en tantos pesares?
¡Ay!, sólo mis culpas,
esas culpas grandes
el verdugo han sido
para atormentarte.

Cesen ya tus penas,
dulcísima Madre,
queden esas lágrimas
para los culpables.
Por esto, en el Gólgota
vengo a acompañarte;
mi agua será el llanto,
mi pan los pesares.

Madre dolorosa,
Reina de los mártires,
dame de tus penas
el amargo cáliz.
Dame tus tormentos,
tus lágrimas dame,
¡y haz que en el Calvario
mi vida se acabe!

¡ECCE MATER TUA!

Hijo tuyo soy, María,
mi Madre te hizo la Cruz;
alcánzame, Madre mía,
que arda yo en sumo amor.

En las rocas del Calvario,
entre dolor sin segundo,
está el Redentor del mundo
agonizando en la Cruz.
¡Cuán amorosos acentos
se exhalan, entre gemidos
de aquellos labios heridos
del dulce, amante Jesús!

Al contemplar ¡qué amargura!
de la Cruz sangrienta a lado
con el Discípulo Amado
a la Reina del amor;
ante estas prendas del alma,
olvidado del tormento
dispone hacer testamento
el moribundo Señor.

"Mira, Madre, aquel es tu hijo",
dice a la Virgen preclara;
"Esa es tu Madre", declara
al candoroso doncel;
trocáronse así, ¡prodigio
que al yerto mundo renueva!,
la Madre de Dios en Eva
y el hombre en un nuevo Abel.

¡Madre amable! ¡Cruel mudanza
que al Hijo de Dios te quita,
la Santidad infinita,
para darte al pecador!;
Trocada estás, ¡qué portento!,
en Madre de pecadores,

causando ellos tus dolores
y la muerte al Salvador.

Omnipotente Palabra,
de los orbes creadora,
que haces de la Virgen ahora
Madre del nuevo Israel:
en mí este cambio realiza:
haz de un siervo del pecado
otro discípulo amado,
hijo de la Virgen fiel.

¡Reina de duelo y quebranto,
si de discípulo el nombre
santo título es del hombre
que busca al Maestro, Jesús;
recíbenos, amorosa,
como a tuyos y demuestra
que eres dulce Madre nuestra;
testigo de ello la Cruz!

Cumplo la divina manda,
hoy por mi Madre te elijo,
adóptame, Tú, por hijo,
tenme siempre junto a Ti;
de tu martirio en el cáliz
están mi heredad y parte;
Virgen, dame acompañarte,
jamás te alejes de mí.

Pues, es tanta mi ventura,
a tanto mi dicha alcanza,
en Tí pongo la esperanza,
que he de lograr por la Cruz,
para mis pecados venia,
tu presencia en mi agonía,
y eternamente ¡oh, María!
ver y poseer a Jesús.

OFICIO PARVO EN HONOR DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

Invitatorio

Que nuestra fe se remonte,
en alas de amor intenso,
de la mirra al sacro monte
y al collado del incienso.

¡Vamos allá, pecadores,
a contemplar los dolores
de la Madre incomparable
que, con amor sin segundo,
amor heroico, inefable,
a amarnos llegó, de suerte
que, por salvar a este mundo,
entregó al Hijo a la muerte!

Del hombre a quien Dios maldijo
hizo de amor un trofeo,
y al Hijo de Dios y su Hijo
puso en la cruz por el reo.

¡Madre dulce, Madre amada,
por mis culpas desolada!
¡Mi amor Tú y el Crucifijo!
Y sin los dos, nada, nada!...

I. A Maitines.

Apenas, ¡oh, Virgen Madre!,
has dado a luz a Dios Niño,
a este imán de tu cariño,
ofreces, luego, a Dios Padre.

¡Cuán grande fue tu pesar,
cuando al anciano Simeón
de Jesús la cruel pasión
oíste profetizar.

¡Entonces aguda espada,
ya jamás desenclavada,
traspasó tu corazón!

¡Oh, cuánto amor te debemos
Madre dulce, incomparable.
que llevaste a los extremos
tu amor al hombre culpable!
Por salvar al vil y triste,
al Santo y Justo ofreciste
en sacrificio inefable!

II. A Laudes.

No bien Jesús ha nacido,
monarca de tierra y cielos,
cuando se ve perseguido
de un déspota, por los celos.

La dulce Madre angustiada
con el tierno Niño en brazos,
a fugar vese obligada,
en medio de noche umbría,
de viles arteros lazos
de implacable tiranía.

El hombre, por el pecado,
del cielo fue desterrado;
por reparar este yerro,
padeció duro destierro
Jesús, el Dios encarnado.
Obténme, viva de suerte,
por este dolor, ¡oh Madre!,
que, cuando llegue mi muerte,
no sea mi alma desterrada,
ni un instante desechada
del seno amante del Padre.

III. A Prima.

En una grandiosa fiesta
sube la Virgen al templo,

y otra espada, allí, te asesta
nueva herida sin ejemplo.

Y es Jesús adolescente,
más bello que el sol naciente,
¡Y le pierde!... ¡Qué agonías,
en tres casi eternos días,
en que el dolor le concentra,
pues le busca y no le encuentra!

¡Oh, Madre de amor! te pido,
que, por tu Niño perdido,
yo nunca, jamás, le pierda
por nuevas culpas: recuerda
qué cosa es perder a Dios:
y eso sin pecado, Tú:
yo, por culpa malhadada,
que es dar a Dios por la nada.

IV. A Tercia.

¡Madre de amor, Madre amada!
¡Tiempo ya: llegada la hora
en que aguda, aterradora,
va a traspasarte la espada!

Todas las cosas dispuestas
por pueblo cruel, sanguinario;
con la cruz pesada a cuestas
Jesús camina al Calvario.
¡Y le sales al encuentro,
y le ves: cerco de espinas
taladra la regia frente;
va de soldados al centro
y entre las voces felinas
de airada y proterva gente!

¡Por este sangriento paso,
en la angustia de mi muerte
concédeme, Madre, verte
y expirar en tu regazo!

V. A Sexta.

En la angustiosa agonía
del suplicio de la cruz,
está pendiente Jesús,
y está, cerca de El, María.

¡Oh, quién dirá lo que fueron
aquel dolor y amargura
de tal Madre, en tal tortura,
cual jamás los siglos vieron!

Del Horeb es zarza que arde,
se abraza y no se consume,
y exhala el dulce perfume
de holocausto de la tarde.

¡Por este dolor inmenso
obtén, oh, Madre de amor,
viva mi alma en el Calvario
y, de ella, cual de incensario,
ascienda el místico incienso
de éste, tu inmenso dolor!

VI. A Nona.

¡Oh, dolor! ¡Jesús ha muerto!...
¡el amable y buen Jesús!
Ya le bajan de la cruz;
y el cuerpo exánime, yerto
en el maternal regazo
le colocan.

¡Oh, María!
¡Intensa fue tu agonía
al dar el postrer abrazo
a ese cuerpo exangüe, inerte,
helado como la muerte!

¡Y verlo todo llagado
con satánica fiereza:
abierto el dulce costado
y espinada la cabeza!...

¡Por ese costado abierto,
y tu amarga soledad,
de mí, si, a la gracia muerto,
de mí, Madre, ten piedad!

VII. Vísperas y Completas.

Es ya tarde...
Sepultura,
en roca tétrica, oscura,
y a la luz de los blandones,
dan los dos santos varones
a Jesús.

¡Oh, qué amargura
sentiste, Madre de amor,
sola, tan sola al quedar,
como náufrago en el mar,
en el mar de tu dolor!...

Yo quisiera, Madre mía,
como hijo abnegado, amante,
hacerte fiel compañía,
en tu inmensa soledad.
¡Oh, dulcísima María!
Concédeme, por piedad,
sea tuyo en adelante:
tu siervo fiel y constante
en tiempo y eternidad.

A NUESTRA SEÑORA DEL TRANSITO

¡Te vas, y en el suelo,
nos dejas, María!
Llévanos al Cielo
en tu compañía,
no nos dejes, no.

Los cielos se entreabren,
rásganse las nubes,
y alados querubes
de níveo fulgor,
"Ya es hora, te dicen,
vámonos a Dios!"

Igneos serafines,
en cuadriga hermosa
fulgente carroza
arrastran en pos:
en ella triunfante
subes al Señor.

Ya surcas el éter
sembrado de estrellas;
ya lucen tus huellas
más allá del sol:
¡adiós, Madre amada!
¡Reina hermosa, adiós!

Desde el alto empíreo,
de Dios a la diestra,
vuelve, ¡oh, Madre nuestra!,
hacia el pecador,
esas tus miradas
radiantes de amor.

¡Este triste valle
de luto y quebranto,
regamos con llanto
de acerbo dolor!
¡Ay!, ¡cuándo veremos
el rostro de Dios!

Cual náufragos tristes
y en la mar bravía,
te hallamos, María,
¡puerto y salvación!;
¡en la eterna playa
sálvenos tu amor!

Cuando llegue la hora
postrer de la vida,
¡ay, Madre querida!
¡ay, Madre de amor!
guárdanos entonces
en tu corazón!

Y al dejar el valle
de llanto y abrojos,
y al cerrar los ojos
a la luz del sol,
haz que los abramos
para ver a Dios.

PRECES A NUESTRA SEÑORA DEL TRANSITO

¡Por tu tránsito glorioso

socórreme, Madre mía!

Al terminar la jornada
de esta triste y mortal vida.

¡Por tu Tránsito glorioso

socórreme, Madre mía!

Cuando enclavado en un lecho.
cercado de angustias gima.

Por tu Tránsito, etc.

En el batallar tremendo
de la postrera agonía.

Por tu Tránsito, etc.

Contra los torpes halagos
de la carne corrompida.

Por tu Tránsito, etc.

Contra los rudos asaltos
del demonio y de sus iras.

Por tu Tránsito, etc.

Contra el seductor encanto
de este mundo de perfidias.

Por tu Tránsito, etc.

Para expirar desasido
de cuanto este siglo estima.

Por tu Tránsito, etc.

Para que se exhale mi alma
de penitente y contrita.

Por tu Tránsito, etc.

Para ofrecerme al Eterno
cual pura y rendida víctima.

Por tu Tránsito, etc.

Para inmolarme cual hostia
de caridad perfectísima.

Por tu Tránsito, etc.

Para que, en acto purísimo
de amor, a Dios dé la vida

Por tu Tránsito, etc.

Para que mi muerte sea
holocausto sin mancilla.

Por tu Tránsito, etc.

Para imitar las virtudes
de Jesús en su agonía.

Por tu Tránsito, etc.

Para morir confortado
por la santa Eucaristía.

Por tu Tránsito, etc.

Para que en tus brazos muera
clamando: "¡Jesús!... ¡María!"...

Por tu Tránsito, etc.

Para que mi alma en el juicio
se presente hermosa y limpia.

Por tu Tránsito, etc.

Para que obtenga sentencia
absolutoria y de vida.

Por tu Tránsito, etc.

Para que del fuego horrendo
del Purgatorio me exima.

Por tu Tránsito, etc.

Para que en mi muerte, al punto,
Dios en el cielo me admita.

Por tu Tránsito, etc.

Para ensalzar sin término
de Dios la gloria infinita.

Por tu Tránsito, etc.

OFICIO PARVO EN HONOR DE NUESTRA SEÑORA DEL TRANSITO

Invitatorio y oración preparatoria

Pidamos a la Santísima Virgen nos haga devotos fervientes de su Asunción gloriosa, y nos alcance del cielo la gracia de una contrición profunda y conversión sincera a Dios.

Serafines: os imploro,
de amor la santa agonía
y la Asunción de María
cantad en eterno coro.
Como de incensario de oro
se escapa místico aroma,
cual sol que en oriente asoma,
tal nuestra Reina a lo inmenso
sube, cual nube de incienso,
cual fugitiva paloma.

¡Dueño amado, Jesús mío!
por tu santa Madre, dame
que tal modo se inflame
en tu amor mi pecho frío,
que, entre lágrimas deshecho,
el pedernal de mi pecho
a Ti rinda su albedrío.

A Maitines

Agonías de amor y ansia del Cielo.— Pidamos a la Santísima Virgen nos alcance el don de la caridad divina.

Tortolilla gemidora
en arenal solitario,
desde Belén al Calvario
tu amor discurre, Señora;
tiempo es ya, llegada la hora,
de dejar el triste suelo;
tu amor levantando el vuelo
sobre el muro que te encierra,

más que ésta ingrata tierra
te hace vivir en el cielo.

Mi corazón, ¡oh, María!
arranca de impuro lodo,
hazme vivir de tal modo,
que ajeno a necia alegría,
sólo en Dios, sólo en la Gloria,
sólo en tu Amor mi memoria
se entretenga noche y día.

A Laudes

La muerte de la Santísima Virgen.— Pidamos a María, por este misterio, nos alcance la gracia de morir en un acto de amor purísimo a Dios.

¿Lo contempláis? ¡Qué dolor!
La amorosa Madre mía
ha entrado ya en agonía,
se está muriendo de amor!
¿A quién nos dejáis, Señor,
del dolor en los extremos?
¿Huérfanos, a dónde iremos?...
¡Ay, pecadores! ¡Alerta!
Nuestra alma Abogada, ¡muerta!,
¡inconsolables lloremos!

Madre de amor, por tu muerte
incomparable y preciosa,
dame, cual Reina amorosa,
que muera yo de tal suerte,
que mi suspiro postrero
sea un: "Dios mío, me muero
por tu amor, para poseerte!"

A Prima

El alma inmaculada de María es presentada en el acatamiento divino.— Pidamos a la Santísima Virgen, por este misterio, que haga de abogada nuestra y nos defienda, cuando nuestras almas sean presentadas en el juicio de Dios.

Ante el trono que sustenta
a la Trinidad augusta,
el alma cándida y justa
de la Virgen se presenta:
humilde rinde la cuenta
de virtudes sin guarismo;
y aquel insondable abismo,
de santidad asombrosa
tan colmado se está y rebosa
inundando el cielo mismo.

El alma gime aterrada
al fulgor de estas verdades:
Señor, de mí te apiades
por tu Madre Inmaculada;
ruégote séme propicio
cuando en tu terrible juicio
se presente a Ti mi nada.

A Tercia

El cuerpo exánime y virginal de María es depositado en el sepulcro.— Pidamos a la Santísima Virgen, por este misterio, que no permita, bajemos ni por un instante, al purgatorio, sino que luego que muramos, entre nuestra alma en posesión eterna de la gloria.

Sobre tálamo de rosas,
inmoble, como tu vida,
no muerta, sino dormida,
bella, extática reposas;
con canciones melodiosas
angélicas jerarquías
circundaron, por tres días,
tu gloriosa sepultura,
mientras reines allá en la altura,
junto a Dios resplandecías.

Madre piadosa, te ruego
que al alzarse libre mi alma
de este vil fango, la palma

de gloria le alcances luego;
Madre mía, Reina amante,
no permitas ni un instante
que baje a sufrir el fuego.

A Sexta

La Resurrección de la Santísima Virgen, al tercero día de su muerte.— Pidamos a esta Madre dulcísima, por este misterio, nos alcance resucitar cuanto antes de la muerte de la culpa, y subir constantemente por la senda de la perfección cristiana.

¡Cual surge la rósea aurora
del seno de noche oscura,
de la yerta sepultura
te alzas, Reina encantadora!
¡Vencida la muerte, llora
bajo tu virgínea planta!...
¡La Inmaculada, la Santa,
con breve sueño dormida,
en los brazos de la Vida
refulgente se levanta!

Madre, desquicia y derrumba
la en que gimo aprisionado
cárcel dura del pecado:
no, mísero, en él sucumba.
Levántame y resucita;
tu diestra excelsa y bendita
me arrancará de la tumba.

A Nona

La Asunción de María Santísima en cuerpo y Alma a los cielos.— Pidamos a la divina Madre, por este misterio, que escuche nuestras súplicas y remedie nuestras necesidades espirituales y temporales.

Los cielos se abren, las nubes
tórnanse de grana y oro;
desciende el celeste coro,

de arcángeles y querubes;
a tu Dios, ¡oh!, Virgen, subes
en carro de serafines,
derramando en los confines
del etéreo domo, inmenso,
gratos perfumes de incienso
con fragancia de jazmines.

Dulcísima Madre nuestra,
vuelve tus ojos al suelo,
mientras por el alto cielo
subes de Dios a la diestra.
¿No nos ven aquí, entre abrojos,
esos tus amantes ojos
de Abogada y Madre nuestra?

A Vísperas

La Coronación de la Santísima Virgen en el cielo.— Pidamos a la augusta Reina, por este misterio, que haciendo uso del admirable poder que Dios le ha dado en el Universo, nos ampare y defienda en todas las necesidades de la vida, y nos haga dignos hijos suyos.

Tus sienes cerca el Eterno
con espléndida corona,
y Emperatriz te pregona
de tierra, cielos e infierno
entre cantar dulce, alterno,
besan tus sagradas vestes
las nueve angélicas huestes;
y cuando ante Dios te humillas
doblan también las rodillas
las potestades celestes.

Ese sin par poderío
con que el Señor te reviste,
para el miserable y triste
es la salvación; confío:
tu pecho por mí palpita,
mía es tu diestra bendita,
luego tu poder es mío.

A Completas

Por el recuerdo que acabamos de hacer de los principales misterios de la Asunción de la Santísima Virgen, pidamos a esta Madre dulcísima, que cuando se aproxime nuestra muerte, venga en persona a asistirnos en la agonía y conducir nuestra alma a los cielos.

Reina de amor, Madre mía,
mi filial confianza implora
tu protección para la hora
de mi suprema agonía.
Para aquel tremendo día
tu amor y ternura aplazo;
defendido por tu brazo,
ganaré la eterna palma,
y en tu manos daré el alma,
reclinado en tu regazo.

¡Oh, Virgen! por la memoria
de los misterios de gozo,
que de tu tránsito hermoso
tejen la divina historia,
alcánzame acompañarte
en los cielos, y hacer parte
de tus triunfos en la Gloria.

ANTIFONA.— La Virgen María ha subido a los cielos, alegraos; porque reina eternamente con Cristo.

V. Ha sido exaltada la Madre Santa de Dios.

R. Sobre los coros de los ángeles, al reino de los cielos.

PRECES A NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS

Ved aquí a vuestros hijos,
Madre de Desamparados.
Reina de amor y clemencia,
protegednos y amparadnos.

En las duras aflicciones
de esta vida de quebrantos.

Reina de amor, etc.

Para volvernos a Dios
y salir de los pecados.

Reina de amor, etc.

Cuando más tristes estemos,
oprimidos y tentados.

Reina de amor, etc.

Al vernos entre las redes
y tentaciones del diablo.

Reina de amor, etc.

Cuando el dolor y miseria
vengan rudos a probarnos.

Reina de amor, etc.

Cuanto más pobres y solos,
cuanto más abandonados.

Reina de amor, etc.

Cuando estemos en peligro
y riesgo de condenarnos.

Reina de amor, etc.

En el punto decisivo
de perdernos o salvarnos.

Reina de amor, etc.

PRECES A NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS (1)

Amparad, Reina y Señora
a todos los desgraciados.

Sed, Vos, nuestra Amparadora,
Madre de Desamparados.

En Vos, Madre de clemencia,
nuestra esperanza se funda;
vuestro amparo nos circunda
en toda humana dolencia.
Para los más desdichados
amor vuestra alma atesora.

Reina de amor, amparad
a todos los desvalidos;
sus clamores y gemidos
conmuevan vuestra piedad;
en vos los desventurados
tengan Reina y Protectora.

Amparad al navegante,
a quien la borrasca lanza,
náufrago sin esperanza,
en las ondas del Atlante;
triste, allí, vuestros cuidados
vuestra protección implora.

(1) Estos versos son tomados de una Novena publicada en Valencia; pero reducidos a mejor forma y dados al gusto azuayo, según la piedad del pueblo cuencano.

Amparad al moribundo
que ignora cual es la suerte
que le reserva la muerte
a la otra orilla del mundo;
reo de horrendos pecados
a Vos, Madre, clama y ora.

Amparad al triste enfermo,
al desolado mendigo,
a quien jamás un amigo
visita en su albergue yermo;
y a cuantos desheredados
el mundo rechaza ahora.

Amparad, Madre, amparad
al niño huérfano y triste
a quien nadie ve ni asiste
en medio de su orfandad,
y sus días malhadados
solitario pasa y llora.

Amparad al que el encono
de injusticia cruel padece
y a quien nadie compadece,
en su mísero abandono;
y de triunfantes malvados
víctima gime y deplora.

¡Oh, Madre, sin par clemente,
amorosa y compasiva!
¿Hay quien entre penas viva
y el dolor experimente
que no sienta los cuidados
de la Madre que él implora?

DEPRECACION A NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

¿Quién como Tú, querida Madre nuestra,
Dueña del alma, Reina de Mercedes?
El cetro del Señor se alza en tu diestra:
poder ninguno alcanza lo que puedes!...

A tus plantas, hermosa, destrozados
están los hierros de infeliz cautivo:
grilletes mil, esposas y candados
trofeos de tu pecho compasivo.

Tuya es, Madre de Amor, tuya esta tierra,
muéstranos que eres Madre y cuanto puedes;
apáguense los rayos de la guerra:
danos la paz, ¡oh, Reina de Mercedes!

INVOCACIONES

Reina del cielo, ¡oh María!
Reina nuestra os proclamamos:
no ha de ser Cuenca, os juramos,
ni protestante ni impía.

Virgen, Madre de Mercedes,
Reina de cielos y tierra:
de la impiedad y herejía,
defendednos, Madre nuestra.

A LA SACRATISIMA REINA DE LAS MERCEDES

¡Madre de Jesús bendita,
soberana intercesora
de todo el que humilde implora
la protección infinita!
Aunque la razá precita
del pérfido Satanás
deje el averno, y, audaz,
mil pueblos ponga en derrota,
haz que Cuenca, tu devota,
no se le rinda jamás.

PRECES A NUESTRA SEÑORA DEL AVE MARIA

Cantemos, ¡oh fieles!
con dulce armonía,
el Ave María
y hosannas a Dios.

Gabriel trajo al mundo
bendito el Ave,
dichosa áurea llave
de la Redención.

¡Oh Ave María,
del triste que llora!
¡Oh plácida aurora
de dicha y amor!

Al Ave María,
Satanás se aterra,
gózase la tierra,
nos bendice Dios.

Al canto de este Ave,
la Virgen María
respóndenos pía,
con férvido amor.

Por él, del averno
ciérranse las puertas;
y, por él, abiertas
las del Cielo son.

Por él, del empíreo
la fúlgida palma
da, en premio, a nuestra alma,
perenne mansión.

COPLAS EN HONOR DEL CORAZON COMPASIVO DE MARIA, REFUGIO DE LOS PECADORES

Madre de amor, Madre pía,
escucha nuestros clamores.

Tu Corazón es, María,
refugio de pecadores.

Tú eres, ¡oh Madre divina!,
del mundo corredentora,
de siglos restauradora,
y de gracias rica mina;
en Ti está la medicina
de los prevaricadores.

Tu Corazón es, María,
refugio de pecadores.

Halla en Ti seguro guía,
el perdido caminante;
en Ti encuentra el navegante
puerto feliz de alegría;
sin Ti, oh Virgen, ¡qué sería
del mundo lleno de errores!

Tu Corazón es, María,
refugio de pecadores.

En tu tierno Corazón
abierto con esa espada
que te anunciara Simeón,
tenemos todos entrada,
de Jesús por la pasión
y por tus crueles dolores.

Tu Corazón es, María,
refugio de pecadores.

¡Oh Corazón de María,
el más precioso legado
que Jesús en la agonía
a los hombres ha dejado!
Eres Tú la herencia mía
y el imán de mis amores.

Tu Corazón es, María,
refugio de pecadores.

Cuando, entre miseria tanta,
airado el Señor, la diestra
contra el pecador levanta,
entonces, en defensa nuestra,
fiel Abogada te muestra,
desarmando esos rigores.

Tu Corazón es, María,
refugio de pecadores.

Cual Abigaíl prudente
que alcanzó a Nabal perdón,
impetras, Tú, remisión
para el hombre delincuente:
tu Corazón no consiente
ver ruinas sin que las llores.

Tu Corazón es, María,
refugio de pecadores.

Por aquel dolor profundo
que tu corazón sintió,
cuando el buen Jesús murió
para redimir al mundo,
dame un dolor sin segundo,
para llorar mis errores.

Tu Corazón es, María,
refugio de pecadores.

Incrédulos, mahometanos
griegos, gentiles, judíos,
haz dejen sus desvaríos
y sean buenos cristianos:
así unidos como hermanos
cantaremos tus loores.

Tu Corazón es, María,
refugio de pecadores.

PRECES AL PURISIMO CORAZON DE MARIA

¡Salve, Corazón clemente,
Corazón inmaculado,
Corazón dulce, inocente,
mística sellada fuente,
hermoso vergel cerrado,
refugio del alma mía
en las pruebas y temores!

¡Oh Corazón de María,
ampara a los pecadores!

Gallardo lirio que afrenta
de la nieve la blancura,
rosa ardiente que fulgura,
con cuanto en el prado ostenta
esbeltez y donosura;
encanto del alma mía,
Corazón, flor de las flores.

¡Oh Corazón, etc.

Amante siempre, aunque herido,
que nada sabes de enojos:
así, perfume escogido
esparce el rosal florido,
aprisionado entre abrojos:
la ingratitud siempre mía,
de Ti siempre los favores.

¡Oh Corazón, etc.

Por más que, fiero, contigo
el pecador te taladre,
eres su mejor abrigo,
siempre, Corazón amigo,
siempre, Corazón de Madre,
consuelo del alma mía,
en el valle de dolores.

¡Oh Corazón, etc.

Corazón, centro, reposo,
templo del divino amor,
tálamo nupcial, hermoso,
donde descansa el Esposo,
como en su trono mejor:
¡oh, si en la yerta alma mía
se encendieran tus ardores!

¡Oh Corazón, etc.

Corazón, todo ternura,
Corazón, todo bondad,
Corazón, todo dulzura,
todo gracia y hermosura
e inefable caridad;
casto imán del alma mía,
Corazón de mis amores.

¡Oh Corazón, etc.

A NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU APARICION.

¿Y he de cantarte, hermosa Madre mía,
Dueña del corazón, Reina del alma...?
¿Podré cantarte, celestial María,
en noche de dolor y sin la calma
que exigen los cantares de alegría?
¿Cuándo de guerra asoladora el luto
silencio nos demanda por tributo
y homenaje a la Patria en agonía...?
Pero el amor no calla, no consiente,
Virgen Santa, olvidar aquella tarde,
en que amable sin par y peregrina,
radiante, apareciste en nuestro cielo,
cual la bíblica nube del Carmelo.
Reina eres de piedad, Madre divina,
eres fuente de gozo y de consuelo;
a tus plantas, de hinojos,
nos postramos humildes; nuevamente
dígnate aparecer a nuestros ojos,
como aurora de paz en el Oriente.

* * *

Era el glacial diciembre: del Pichincha,
la inaccesible y enriscada cumbre,
bañada en resplandores, semejaba
el torno de la luz; la pesadumbre
de la escueta montaña, donde se hincha
la tempestad furiosa, donde se arde
volcánico fulgor, ora ostentaba
los rosados cambiantes de la lumbre
tranquila de la tarde.
El fatigado sol hacia el ocaso
la carroza guiaba, de centellas
tachonando las huellas,
que en la azulada esfera deja al paso.
Del Ande majestuoso en el regazo
la adolescente Quito se adormía;
mas, de pronto, despierta
a las notas del dulce Ave María,

cual los guerreros por la voz de alerta,
el cantar escuchó, con que en la diaria
ferviente procesión, multitud pía
elevaba al Eterno, por plegaria,
entretejiendo el ramillete vario
de rosa, de azucena y trinitaria,
de las célicas preces del Rosario.

En ondas de armonía
que de júbilo inundan los espacios,
las voces del melífluo Ave María
aljófares derraman y topacios;
se enciende el sol en vivos resplandores,
aparecen del iris las guirnaldas,
de los campestres montes a las faldas
desabrochan el cáliz nuevas flores.
La casta, extasiadora melodía
del santo Ave María,
conmueve a todo el orbe,
de rodillas le postra, le arrebata
en impetuosa y rauda catarata
de gozo divinal: todo lo absorbe
aquel de la oración divino beso
que al corazón le encumbra y le dilata
de ardiente caridad en el exceso.

* * *

Al cantar melodioso
levanta el cielo las fulgentes puertas;
en escuadrón airoso
asoman, tras las gasas entreabiertas
de la mansión del gozo,
innúmeros, bellísimos querubes;
suelta la blonda cabellera al viento,
pueblan el firmamento
en grupos vagarosos como nubes;
y, uniendo el puro celestial acento
con las terrestres voces,
en canción alternada,
ensalzan a la Virgen, coro a coro,
entre el tañer de cítara argentada
y el flébil trino de las harpas de oro.

No bien preludia el cántico celeste,
fulgente brilla entre el celaje pardo
el Arcángel Gabriel, que majestuoso
ciñe de nácar estrellada veste
y esparce en torno aromas cual de nardo;
llegando a la felice
muchedumbre de espíritus alada,
con grata voz les dice:
"Vosotros del Señor la santa armada,
el victorioso ejército del cielo,
¿no contempláis el duelo
en que yace la tierra?
El dragón infernal la mueve a guerra,
con ímpetu terrible, furibundo;
a la engañada Europa,
embriaga con la copa
de falsa libertad y goce inmundo;
el cisma de Lutero,
armado de poder, con saña impía,
abate los altares de María,
y amenaza inundar al mundo entero.
De la alma Virgen ya la faz no alegra
las regiones que al ártico avecinan;
el vicio y el error viles, protervos,
en tempestad se hacinan,
y extienden por doquier el ala negra
como bandada lúgubre de cuervos.
¡Ah, que el infierno todo
sumerge ya la terrenal esfera,
entre torrentes pútridos de lodo!
Volvamos al combate, hagamos frente
de la rabia infernal a los extremos.
Angeles del Señor, decid: ¿qué haremos
para humillar ese envidioso encono
de la antigua Serpiente?

"En la mitad del Nuevo Continente
grandioso y bello trono
a la Madre de Dios levantaremos.
No en el oscuro bronce, ni en la piedra
que vil olvido enlutará, con yedra;
no con pincel humano, ni en el lienzo:

del firmamento en el azul inmenso,
pondremos una imagen de María,
con primor esculpida sin segundo,
al resplandor del día,
dándole por peana al Nuevo Mundo".

* * *

Las preces alternadas del Rosario
que salmodiaba Quito,
en alas de los Angeles llevadas,
alzábanse en oleadas,
como esas que levanta el incensario.
Mientras el canto vibra, de repente,
una rara Visión fascinadora
aparece flotante, a la misma hora,
entre el níveo celaje del Oriente;
derrama en torno dulces resplandores,
como lluvia de flores,
de esas que esparce el carro de la aurora.
Una Virgen de fúlgido alabastro,
esculpida en hermosa y blanca nube,
procera se alza, y sube
esplendente, radiosa como un astro.
De regio porte, de actitud serena,
ciñe la imagen imperial corona;
por cetro ostenta un ramo de azucena,
la izquierda mano púdica eslabona
con los abrazos del Divino Niño;
le cubre, por la espalda,
en anchos pliegues majestuoso manto,
velando en copos nítidos de armiño
el talle esbelto y la ondulante falda.
Las plantas virginales
de la Visión celeste y peregrina
descansan en los cándidos cendales
de una densa neblina.
¡Cuánto dieran las rosas,
cuánto, las frescas, perfumadas dalias,
por besar esas plantas pudorosas
y estrecharlas a modo de sandalias;
entonces, cuán gustosas

ofrendaran del cáliz esas perlas
con que el alba acostumbra enriquecerlas!
A los fulgores que destella grandes
la célica Visión en las alturas,
póstrase humilde, de rodillas, Quito;
la cerviz de granito
doblan las altas cumbres de los Andes;
el gallardo Cayambe se conmueve,
yergue la faz ufana
el plateado y fantástico Antisana,
y extiende las alfombras de la nieve
ante esas plantas bellas
que se calzan de soles y de estrellas.

* * *

¡Reina del cielo, amada Madre nuestra,
que, en esta tierra triste,
como radiante nube apareciste,
amparando a este pueblo con tu diestra:
luce ahora tu poder, tu amor demuestra,
salvando al pueblo tuyo que elegiste!
En tu amplio corazón no cabe olvido,
¿y, no ve, Madre amada,
esa tu activa, maternal mirada,
cual tu pueblo escogido,
sobre sangre y cenizas clama herido?
¿Desdeñará, Señora,
tu pronta siempre y compasiva mano
a un pueblo que te implora,
a un pueblo tuyo, el pueblo ecuatoriano?
¡Ah!, la nación que ayer se proclamaba
amante fiel, discípula de tu Hijo,
hoy del error la envilecida esclava,
ante el mundo aparece.
¿Y lo sufre tu amor? ¿Tu afán prolijo,
al mirarlo, no gime, no padece?
¡Peregrina Paloma de los cielos,
aquí donde el cóndor el vuelo expande,
entre las cumbres nítidas del Ande,
con tierna dilección has escogido
lugar para tu nido;

la herencia tuya somos, tus polluelos;
a tu sombra acudimos por amparo!
¿Nos negarás tu amor y tus desvelos?
El buitre no abandona el nido caro,
ni a la tímida prole que le aguarda
buscando el ala amante que le incube:
¿tu tierno corazón, dulce María,
podrá olvidar al pueblo que en ti fía...?
¡Sé Madre nuestra, oh Virgen de la Nube!

CANTICO A NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE

¡Ven, Reina del Cielo:
ven, Nube de Dios:
Reina en este suelo:
Reina del amor!

Columna de incienso,
trémula te asomas,
derramando aromas
que hechizan a Dios;
de puro holocausto
perfumes exhalas,
y llevan tus alas
ecos de oración.

Paloma del Arca,
vuelas fugitiva,
mostrando la oliva,
de paz y de amor;
la peste y la guerra,
nuncios de la muerte,
se alejan al verte,
cual sombras, del sol.

Peregrina te alzas,
Nube del Carmelo,
flotando en el cielo
cual brillante airón;
tímidas al paso
salen las estrellas,
y esmaltan las huellas
que dejas en pos.

Misteriosa Niebla
de sin par aliño,
ornas como armiño
la azul extensión;

y el celeste domo
henchir te contemplo,
consagrando el templo
de la creación.

Púdica azucena
que el sol arrebola,
yergues la corola
de fúlgido albor:
las nevadas cumbres
de nuestras montañas,
con tu luz empañas,
que envidiara el sol.

¡Ven, cándida Nube;
ven, mística Rosa;
ven, Madre amorosa;
ven, Reina de amor!
Reina en esta tierra,
Reina en nuestros mares;
tuyo es cuanto hallares;
tuyo el Ecuador.

¡Ven, Nube argentada,
danos tu rocío;
y en medio el estío,
cúbrenos del sol;
tus alas ostenten
siempre el iris gayo,
y alejen del rayo,
la rugiente voz!

Tú eres nuestro gozo;
Tú, nuestra alegría;
Tú eres, ¡oh, María!
la Nube de Dios;
esa nube hermosa
que alegró al Carmelo,
y que en nuestro cielo
nos habla de amor.

¡Ven, Conquistadora
del nuevo hemisferio;
con la Cruz tu imperio
la América alzó;
por Madre te invoca,
por Dueña te aclama,
Reina te proclama
todo el Ecuador!

PRECES A NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE

Ruega, ¡oh, tierna Madre!, nos conceda Dios,
salud al enfermo, gracia al pecador.

Nube del Sinaí, de vivo esplendor,
que en el seno ocultas al Hijo de Dios.

Ruega, ¡oh tierna Madre!, etc.

Nube más hermosa que la que veló
al Arca de la Alianza con tenue vellón.

Ruega, ¡oh tierna Madre!, etc.

Nube en que gozoso Noé contempló
dibujarse el iris, del diluvio en pos.

Ruega, ¡oh tierna Madre!, etc.

Nube que guiaste al pueblo de Dios
a gozar la herencia de Abraham y Jacob.

Ruega, ¡oh tierna Madre!, etc.

Nube que en el templo del Salomón
flotaste cual humo de etérea oblación.

Ruega, ¡oh tierna Madre!, etc.

Nube, que Isaías, con místico ardor,
Iluévenos, clamaba, llueve al Salvador.

Ruega, ¡oh tierna Madre!, etc.

Nube del Carmelo, donde te evocó
del profeta Elías la ardiente oración.

Ruega, ¡oh tierna Madre!, etc.

Nube que te vistes del divino Sol,
y dones derramas de vida y amor.

Ruega, ¡oh tierna Madre!, etc.

Nube mensajera de gracia y perdón:
cúbranos tu sombra de la ira de Dios.

Ruega, ¡oh tierna Madre!, etc.

Nube que al viajero con sombra de amor
refrescas la frente que abrasara el sol.

Ruega, ¡oh tierna Madre!, etc.

Nube que las lluvias de vida y frescor
nos das cuando quema los campos el sol.

Ruega, ¡oh tierna Madre!, etc.

Nube de las gracias, fragua del amor,
Nube de los cielos, trono del Señor.

Ruega, ¡oh tierna Madre!, etc.

Poesías a Cristo y a la Sma. Trinidad

CANTICO AL NIÑO JESUS

Por tu pesebre y tu cruz,
¡sálvanos, Niño Jesús!

Imán celeste
de mi cariño,
Divino Niño,
mi eterno bien:
por mí, del trono
del cielo bajas,
sobre esas pajas,
Dios de Belén.

¡Divino Niño,
mi dulce encanto,
tu amor, tu llanto
qué amables son!
A Ti consagro
lleno de gozo,
¡Oh!, Niño hermoso,
mi corazón.

Divino Niño,
ven a mi pecho;
con lazo estrecho
me ate tu amor.
En esas pajas
hallo, aunque llores,
más esplendores
que en el Tabor.

Por Ti renuncio
cuanto la tierra
precioso encierra,
bello y gentil.
Lo que ambiciono,

lo que me hechiza
es tu sonrisa
dulce, infantil.

Mundanas glorias
otro celebre,
yo en tu pesebre
hallo mi bien;
con ansia loca
busque otro el oro,
yo mi tesoro
guardo en Belén.

Cual me cautivan,
Rey de los cielos,
de tus ojuelos
ese mirar;
Divino Niño,
mi amor, mi encanto,
por Ti doy cuanto
dan tierra y mar.

EN VISPERAS DEL CALVARIO

¡Jerusalén, Jerusalén, la hermosa,
tú, la reina afamada del Oriente,
la joya del desierto, que la frente
alzas radiante, cual purpúrea rosa,
y te embriagas con sangre de profetas!
¿Por qué ahora con afán inusitado
te revuelves, te inquietas
cual virgen con la cita del amado?

El ancho, altivo muro,
coronan de Salén las hijas bellas,
y en pláticas sabrosas y querellas
y en el mirar ansioso, no seguro,
hablan de un algo que se saben ellas.
El aire de perfumes y canciones
poblando, se desborda
por la puerta de Ofel, a borbotones,
muchedumbre agitada, en grita sorda;
y luego, en ancha calle,
se extiende, en espirales, por el valle.
El suelo alfombran la plateada oliva,
el sonante abanico de la palma
y el clavel encendido en lumbre viva:
todo en el pueblo anuncia, y todo aviva
un intenso placer, placer del alma.

Cual luce entre las nubes de la aurora
matutino lucero,
Jesús, entre la turba que le adora,
camina, sobre un asno, caballero,
y al mirar a Salén, suspira y llora.
Y cuál le tiende el manto,
y cuál, con bullicioso regocijo,
exclama en dulce canto:
"¡Hosanna! ¡Hosanna de David al Hijo!"

Las madres, envidiosas,
giran en torno la mirada inquieta
y se preguntan, entre sí curiosas:
¿Habéis visto a la Madre del profeta?

Entre espinas, oh madres, no entre flores
id a buscar el lirio solitario:
¿A la Reina buscáis de los Dolores?
¡Mañana la hallaréis en el Calvario!

Terminada la fiesta,
en silencio, después de tanto alarde,
a la mansión de Lázaro modesta
sólo Jesús se regresó de tarde.
El torpe escriba, el torvo fariseo,
en la fiebre voraz de astuta envidia,
los negros hilos de la vil perfidia
tramaban contra el Justo Galileo.

Y la Madre envidiada,
a todo regocijo y gloria ajena,
desconocida, pobre y olvidada,
buscaba un hospedaje, en la morada
de Marta y Magdalena.
Para el dolor nacida,
ni el nombre sabe de la humana gloria:
el llanto y la orfandad forman la historia,
la breve historia de su hermosa vida.
El mundo la miró con fiera saña,
y para ella es el mundo tierra extraña:
y es ella, cual viajera golondrina,
extranjera doquier y peregrina.
¿Ni qué, a la Virgen, el humano lodo,
ni pompa vil, ni loco regocijo?
Huérfana y pobre, sólo tiene a su Hijo,
y el Hijo es su riqueza y gloria y todo.
Un ignoto pesar ella presiente,
parece que lo ignora,
y, sin saber por qué, suspira y llora.
Como el púdico rayo de la luna
al valle niega su primera lumbre,
mientras que besa la enriscada cumbre,
y de ésta a aquélla salta, una por una;
así la pena que el futuro esconde,
primero al corazón aflige grave;
contúrbase el espíritu y no sabe
por qué el pesar le embiste, ni por dónde.

Por calmar su recóndita amargura
sale al campo María,
llora, y, al llorar la Virgen pura,
llora la tarde y se oscurece el día.
Cuajado en perlas, el virgíneo lloro
recoge el ángel, en un cáliz de oro,
y, al despertar, la pálida azucena
disputa con el ángel su tesoro
y de topacios la corola llena.
Si alza la Virgen su mirada al cielo,
allí brotan estrellas;
donde se imprimen sus sagradas huellas
nacen lirios, envidia del Carmelo.
Y florecen las viñas,
la Virgen al pasar por las campiñas;
y esparce el cinamomo rico aroma,
reverdece lozana la pradera,
y, pudibunda, la granada asoma,
y todo es luz y encanto y primavera.

PRECES AL SANTO CRISTO DE GIRON

Por tu pasión preciosísima,

¡Misericordia, Señor!

Por aquel pérfido beso
con que Judas te entregó:

¡Misericordia, Señor!

Por los cordeles y hierros
que te ataron, por mi amor:

¡Misericordia, Señor!

Porque juzgado te viste,
como reo, en tu pasión:

¡Misericordia, Señor!

Por la burla, con que Herodes,
como a loco te trató:

¡Misericordia, Señor!

Por tu sangre que, a torrentes,
vertió la flagelación:

¡Misericordia, Señor!

Por la corona de espinas
que tu frente taladró:

¡Misericordia, Señor!

Por la cruz pesada y áspera
que, cual lagar, te oprimió:

¡Misericordia, Señor!

Por los dolores y afrentas
de la cruel crucifixión:

¡Misericordia, Señor!

Por tus cruentas agonías,
en aquel suplicio atroz:

¡Misericordia, Señor!

Por tu santísima muerte,
precio de mi redención:

¡Misericordia, Señor!

Por los clavos, cruz y lanza,
insignias de tu Pasión:

¡Misericordia, Señor!

Por tu glorioso sepulcro,
fuente de vida y amor:

¡Misericordia, Señor!

Y por todos los misterios
de la sagrada Pasión.

¡Misericordia, Señor!

AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Corazón divino
de Jesús paciente,
a Ti te consagro
mi amor y mi mente.

Dios de mis amores,
mi dicha, mi encanto,
deja que tus plantas
riegue con mi llanto.

Yo soy el culpable
desagradecido,
de Ti, fino amante,
echado al olvido.

Dulce Dueño mío,
mi divino Amante,
tu rendido esclavo
seré en adelante.

Tu amor, te lo pido,
tu amor, te lo ruego,
haz que me consuma
cual paja en el fuego.

Tierno Corazón
del mejor amigo,
sólo por amarme
quedaste conmigo.

Mi alma aprisionada
en tus lazos viva,
presa de tus llamas
de tu amor cautiva.

Corazón humilde,
Corazón clemente,
de dulce ternura
inexhausta fuente.

En tu llaga hermosa
danos acogida,
y haz que recobremos
el gozo y la vida.

EL DESPOSORIO O UNA PRIMERA COMUNION

"¡Silencio! ¡De rodillas! Reverente,
ardiendo en amor pío,
"puesta en el polvo la orgullosa frente:
¡Así, corazón mío!

"Un instante no más, silencio, calma,
corazón, te demando;
"sí, mientras una oración eleva el alma,
te ruego, te lo mando.

"¿Ves aquella urna de coral preciosa
que al rosicler insulta?
"¡Oh!, sabe que es un templo aquella rosa,
y, en ella, Dios se oculta.

"¿Percibes el aroma que se exhala
del centro del santuario?
"¿No ves al serafín que, bajo el ala,
agita el incensario?

"¿No te admira ese templo tapizado
de rojo terciopelo?
"En ese puro altar es adorado
el mismo Dios del cielo.

"¿Contemplas ese bando de querubes
que llena el laberinto?
"Corazón, corazón, ¿por qué no subes
a ese excelso recinto?

"Bendecido mil veces el que adora
a su Dios, donde quiera,
"en la flor, en la nube y en la aurora,
el cielo y la pradera.

"Voime a morir si tarda una sola hora
el Bien porque me agito;
"enferma estoy de amor, me devora
la sed de lo infinito.

"Del cáliz de marfil de la azucena
le he de labrar un lecho,
"y, en él, le he de adorar, ya toda llena
de dulce amor el pecho.

"Le he de adorar con lágrimas, callada:
¡Ay! El lo sabe todo;
"Que soy mísera sabe, que soy nada,
que soy ceniza y lodo.

"Que por El despreciaría a todo el globo,
que de ello estoy bien cierta;
"que entre sus brazos, en final arrobo,
quedarme anhelo muerta.

"¡Ah!, líbreme por fin de aqueste mundo;
que la vida es martirio,
"y, en este valle de dolor profundo,
la espina mata al lirio!..."

¿Pensaréis que esta niña enamorada
contaba unos quince años,
lo que es bastante para estar cansada
de tristes desengaños?

¿Que, en la mañana hermosa de la vida,
soñaba ya en amores,
y daba qué decir la fementida
a las cándidas flores?

¡Ay!, quien hablaba así, llena de gozo,
de suave amor primero,
ignoraba del mundo el alborozo
y el gemir lastimero.

Jamás había probado la amargura
de rudos desengaños:
era una niña candorosa y pura
y niña de siete años.

Vestida como un ángel esperaba
su primer desposorio;

y lágrimas dulcísimas lloraba
ante un comulgatorio.

Y, al recibir el matutino beso
de la Hostia sacrosanta,
la niña, del amor en el exceso,
murió como una santa.

EL PRIMER AMOR

Epitalamio

¡Afuera, de rodillas, serafines,
velad en dulce espera!
¡Deshojad las magnolias, los jazmines,
mas deshojadlos fuera!

¡Agitad llameante el incensario,
alzad himno sonoro;
mas cobijad, os ruego, este santuario
con una nube de oro!

¡Al templo de los místicos amores
no entréis, oh Serafines;
derramad, eso sí, fragantes flores
en todos sus confines!

¡Cómo tiembla de miedo, cuál se agita
de gozo el alma toda,
cuando en la noche plácida medita
el día de la boda!

¡Ah, cómo le he de dar abrazo estrecho
y un beso perfumado,
y le he de aprisionar dentro mi pecho
a mi divino Amado!

Cuando venga mi Amado, Serafines,
con él dejadme a solas,
y afuera deshojad vuestros jazmines
y lirios y amapolas.

PARA LA COMUNION

Ven, Hostia divina,
ven, Hostia de amor,
ven, haz en mi pecho
perpetua mansión.

Lirio de los valles,
bella flor del campo,
que al nítido lampo
del naciente sol,
te alzas en el ara,
peregrina y sola,
y abres la corola
de níveo fulgor.

Tras esos cendales
que atan los querubes,
cual tras de las nubes
refúgiase el sol;
se oculta a mis ojos
mi Dueño querido,
pero el pecho herido
me tiene de amor...

Todo calla en torno
del altar sagrado:
¡oh, brisas, cuidado,
ni un leve rumor!
no turbéis, os pido,
no turbéis el sueño
de mi amante Dueño
y amado Señor.

Vino de las vírgenes,
manjar de escogidos,
que en Ti hallan unidos
sustento y amor:
¡ay, de quien no come
el Pan de la vida!
¡Ay, del alma herida
que a Ti no acudió!

¡Oh, Pan de los ángeles!
¿Hay quién no se asombre,
al ver como el hombre
desprecia tal don?
¡Oh, Amor ignorado,
no correspondido,
amor en olvido,
ultrajado amor!

Mendigo del cielo,
muestras tu fineza,
viviendo en pobreza
sin gloria ni honor.
No en palacio de oro
se meció tu cuna,
ni pompa ninguna
se arrastra en tu pos.

Moras en los templos,
cual Rey solitario,
Belén y Calvario
tus altares son:
atónitos gimen
los Angeles mismo
al ver este abismo
de infinito amor.

Himno de silencio
sólo aquí retumba,
parece una tumba
la santa mansión;
la lámpara triste
vierte lumbre escasa,
y es muy pobre casa
la casa de Dios.

¡Oh, Dueño divino!
¡Oh, Amante olvidado!
¡Jesús adorado,
mi Rey, mi Señor!

ya tanta fineza
y tanta ternura
parecen locura,
locura de amor.

¡Ah, no, Jesús mío,
yo que te amo poco,
yo el ingrato, el loco
y el protervo soy;
mas, Dueño adorado,
me rindo y concluyo
por ser todo tuyo:
¡tu amor me venció!

¡VAMOS AL CIELO!

Vamos al Cielo:
vamos a gozar
del amor y vista
de la Trinidad!... (1)

Aquí está el destierro
mansión del pesar;
allá nuestra Patria,
la Sión eternal.

Nada aquí es constante,
todo aquí es falaz;
sólo allá se encuentra
la dicha en verdad.

¡Oh, cuánta delicia,
qué gozo será,
poseer para siempre
la suma Beldad!

¡Ver a Dios, amarle,
de El sin fin gozar
sin temer perderle
ya nunca jamás!

La divina esencia,
no tras luz fugaz,
sino cara a cara,
verla y contemplarla!

---

(1) Esta estrofa oí cantar al pueblo piadoso en una iglesia de Lima; las estrofas siguientes son del autor.

¡Hundirse, qué gozo,
cual pez en la mar,
en Dios, que es abismo
de amor y bondad!

Amar sin medida,
amar, siempre amar
al Bien infinito,
la suma Beldad.

Siempre amar a Dios,
no pecar jamás:
qué gloria, qué encanto,
qué felicidad.

Allá no hay gemidos,
allá no hay pesar;
allá todo es gozo
y dicha eternal.

PRECES AL ESPIRITU SANTO

Ven, divino Espíritu,
ven, divino Amor,
ven, haz en mi pecho
eterna mansión.

Santísimo Espíritu,
de Dios viva llama,
fulgente derrama
en mí tu esplendor;
Dueño de las gracias,
Autor de los dones,
de los corazones
Monarca y Señor.

De mi ánima ingrata
Huésped olvidado,
vives a mi lado
sin saberlo yo.
En mi pecho anidas,
con dulce misterio,
mi almo Refrigerio,
mi Consolador.

Ven, Padre de pobres,
no tardes, te imploro:
ábreme el tesoro
del divino amor;
tu gracia preciosa
engalane mi alma,
y me dé la palma
de la eterna Sión.

¡Oh, mi amante Dueño!
¡Oh, mi fiel Amigo!
Quédate conmigo,
sé siempre mi amor.
En Ti está mi dicha,
En Ti mi reposo:
sé mi tierno Esposo
mi Dios, mi Señor.

Sé el alma de mi alma,
haz de ella tu templo,
haz de ella un ejemplo
de extática unión;
viva para amarte,
viva de tal suerte
que me sea muerte
vivir sin tu amor.

Cuanto hay en el hombre
tú le diste, pío,
de Ti es, Amor mío,
todo excelso don.
Sin Ti somos nada,
la miseria, el lodo,
mas tenemos todo
si nos das tu amor.

Apenas tu amparo
y tu lumbre pido:
susurra a mi oído
plácida tu voz:
me enseñas, exhortas,
reprendes, consuelas
y excelsos revelas
secretos de amor.

Muéstranos la senda
ignota, escondida,
que lleva a la vida,
y conduce a Dios;
por Ti lograremos
la final victoria,
y en la eterna gloria
gozar de tu amor.

ORACION PIDIENDO UNA BUENA MUERTE

¡Por el infinito dolor
que experimentaste en la Cruz,
por mí, tu ingrato pecador,
concédeme, amable Jesús,
muera yo mártir de tu amor!

Poesía Dramática

UN DRAMA EN LAS CATACUMBAS

—Tragedia en cinco actos y en verso—

Fue representada, por primera vez, el 26 de febrero de 1876, en una sesión solemne de "El Liceo de la Juventud" de Cuenca.

UN DRAMA EN LAS CATACUMBAS

Tragedia en 5 actos y en verso (1)

DOS PALABRAS

Al dar a luz la presente obrita, queremos criticarla nosotros, antes que nadie, puesto que también somos los primeros en reconocer su poca o ninguna importancia. ¿Por qué la publicamos, entonces? A explicar esto van encaminadas las **dos palabras** propuestas.

Niños éramos todavía cuando leímos la célebre **Fabiola** de Wiseman, y al encanto inexplicable que su lectura produjo en nosotros, se excitó el deseo de mirar en las tablas esas tiernas y bellísimas escenas de los primeros tiempos del cristianismo. Al efecto, arreglamos un mal zurcido drama, en prosa, con el título de **San Nazario, o el Cristianismo de las Catacumbas**. La travesurilla apenas sí circuló por algún tiempo entre los compañeros de colegio; y luego quedó olvidada para siempre, como debía suceder.— El 26 de febrero del año pasado debía tener lugar una sesión solemne de "El Liceo de la Juventud", para celebrar a nuestro modo la publicación de "La Luciérnaga"; para entonces, en nuestro intento de que todo en aquella sociedad había de ser nuevo, teníamos proyectada la representación de un drama original, sobre un asunto patrio; mas el tiempo avanzaba con más rapidez que la tragedia que apenas llegó a contar dos actos. En tal aprieto, acudimos a nuestro **San Nazario**, modificamos un tanto su plan, lo pasamos de la prosa al verso, y a poco fue a dar... en las tablas. He aquí explicado uno de los motivos de la presente publicación: los recuerdos de la infancia.

Segundo motivo, y el principal: El Liceo, y toda la juventud cuencana deben mucho al señor doctor Luis Cordero, por haber sido este señor uno de los pocos que voluntariamente se ha prestado a dirigir los pasos de la

(1) Publicado en Cuenca: Imp. del Clero, 1877 (Ed.).

adolescencia en los senderos de la literatura. Cuando se fundó la "Sociedad de la Esperanza", fue elegido unánimemente el doctor Cordero para director de ella; cargo que lo aceptó con extraordinaria benevolencia, y lo desempeñó más allá de lo que los electores se habían prometido. Desde entonces, y antes de esto, el literato que nos ocupa ha sido siempre uno de los más decididos por el adelanto literario de la juventud cuencana. Entre estos mentores de nuestra literatura, merece un lugar muy distinguido la nunca bien loada Compañía de Jesús, y entre los miembros de ella que más indelebles y gratos recuerdos han dejado en nuestros Colegios, ocupa a su vez, un lugar eminante el R. P. Teódulo Vargas: uno de los títulos que para ello tiene, es el de haber fundado "La Academia literaria de San Luis", que desgraciadamente terminó con su separación de Cuenca. Por lo que se ha dicho, se comprende cuán justa era, que el Liceo dedicase al señor doctor Cordero el dramita en referencia: don baladí de un grande afecto y reconocida gratitud. Mas lo que de ello resultó fue, que el doctor Cordero se empeñó en que el drama se había de dar a luz tal como fue representado; y así ha sido: a su generosidad y empeño se debe la presente publicación.

Por lo anteriormente indicado se verá, que sobra razón para que tal cual reminiscencia de la Fabiola, u otra obra parecida, resalte en "Un Drama en las Catacumbas". No nos atrevemos a negarlo. **Las Catacumbas** del conde de Fabraquer nos ha servido también mucho para las citas históricas y topográficas que nos ha sido necesario emplear.

Y vaya esto de crítica, ya que la literatura del país no está a más altura que la desgraciada Sevilla de Oro, en el interior de nuestros bosques de oriente. ¿Ni cómo había de ser? Las bellas letras son como una bandada de tímidas torcaces que buscan para posarse los sitios amenos y la estación primaveral: cuando ruge el trueno y se desata la tormenta, emigran a otros países en busca de otros climas y otros aires. ¿En el Ecuador...? ¡Ah!, la política es como el tremendo Cotopaxi que encubre todo con un sudario de ceniza; que destruye todo y nada

edifica... a no ser montañas de lava, como esas que se miran a orillas del Patate. ¿Las flores? Se crían en la frescura de los bosques, no en el cráter de los volcanes. Gemir se puede entre nosotros, como Jeremías; pero cantar no, a no ser que se tenga la melancólica lira de Osian, o el genio escéptico de Byron. Crítica literaria vuelvo a decir... ¿pero a qué?; valiera tanto hablar del Abd-el-kader o el Preste Juan.

El asunto del drama no es completamente histórico, ni del todo ficticio. Histórico es aquel batallar de tres siglos, en que los mártires ahogaron en el acéano de su sangre el soberbio coloso del imperio pagano. Entonces, como ahora, la impiedad y los vicios movieron guerra cruda a la mensajera del Gólgota, a la salvadora Cruz. Pero, ¡ah!, los que se proponían escribir un epitafio sobre las ruinas del cristianismo, vieron abrirse su sepulcro al incesante batir de los bárbaros. ¿Lo que no alcanzaron Nerón ni Diocleciano, lo conseguirán Bismarck, ni los ridículos bufones que lo imitan? La Iglesia, dice Balmes, es una planta divina que tiene las raíces en el cielo, y cubre con su copa la tierra. ¿Quién la arrancará? He aquí lo que significan las Catacumbas, ese primer altar del Catolicismo, esa primera basílica de la Cruz.

No son menos históricos los nombres de los personajes que intervienen en el drama. El 28 de Julio celebra el Martirologio romano "la fiesta de San Nazario y del niño san Celso, mártires, a quienes, en la rabia de la persecución movida por Nerón, mandó pasar a cuchillo Anolino, después de haber sido mucho tiempo maltratados y afligidos en la cárcel". El conde de Fabraquer menciona también a otro niño san Celso, que fue martirizado con otros siete hermanos suyos en Roma, en la décima persecución. Venustiano era gobernador de Toscana, cuando fue convertido por el Obispo Sabino, y poco después padeció el martirio por orden del emperador Maximiliano.

Nada inverosímil es por tanto, en escena, la conversión de un prefecto de Roma. Mártires cuenta el cristianismo no sólo en las clases populares, sino también en

las más elevadas de la ciencia, el nacimiento y los destinos. Allí están para probarlo: Flavio Clemente y su familia, el senador Apolonio, y otros ciento que prefirieron la gloriosa infamia de la Cruz a la infame gloria del absurdo paganismo. Honores, tesoros, placeres, todo lo sacrificaban esos generosos cristianos, antes de renegar de sus creencias. En Arles el notario Danés, que no era más que un joven catecúmeno, se niega a extender una orden dada contra los cristianos, arroja contra las plantas del juez las tablas de escritura, y prefiere morir antes que cooperar a la publicación de una orden inicua. ¿Cuántos otros ejemplos parecidos no nos enseña a cada paso la historia eclesiástica? Toda una ciudad de Frigia, con mujeres y niños, fue quemada porque no quiso obedecer el sacrílego edicto de adorar a los ídolos. ¡Qué tiempos! ¡Qué fe! ¡Qué valor! Cierto, que no faltaron apóstatas, y sobraron **libeláticos,** llamados así, porque compraban a los magistrados ciertos libelos o cédulas, para que no se les persiguiese; pero en cambio, ¡cuántas vírgenes tiernas y fervorosas adolescentes no arrostraron intrépidos el furor de los tiranos!

La historia de la Cruz es una sublime epopeya que principió en el Gólgota y ha de termitar en los esplendores del paraíso. Lo que ocurría en los tiempos de Nerón, está pasando ahora; sólo que hay esta diferencia: que entonces eran paganos, y ahora son cristianos, los que persiguen a la Iglesia. De resto no faltan las cobardes mentiras, ni hipócritas motivos, ni destierros, ni hogueras, ni confiscaciones, ni coliseos. ¿Dónde hay sobre la tierra, un solo punto en que pueda descansar el arca del Señor, batida sin tregua por el diluvio de la iniquidad? Pero, ¡ah!, si ahora, como en los tiempos de Galerio, hay apóstatas y libeláticos, hay también fervorosos católicos que sacrifican tesoros, honra y vida en las aras de la fe. El miedo es la enfermedad de la época, el miedo es el cáncer que devora a los espíritus y anonada los caracteres; el miedo, es el lazo infernal que hace inclinar las cervices al látigo de todos los despotismos; pero vosotros, los cobardes, apóstatas y libeláticos, alzad el rostro y ved. ¡Qué espectáculo tan digno de ángeles no presenta hoy la aguerrida falange del episcopado católi-

lico! En Prusia como en Italia, en Colombia como en el Ecuador, mirad a los sucesores de Ambrosio y de Crisóstomo siempre luchando, pero nunca derrotados; siempre valerosos, jamás con miedo; espirando en los tormentos del martirio, pero ni uno solo vencido ante las aras de la apostasía. Y luego, ¿no os habéis enorgullecido de ser católicos, no habéis sentido inflamarse el pecho de amor y admiración, ante la colosal figura de Pío IX, milagro del siglo, gala de la historia, timbre del papado? ¡Oh!, yo no puedo nombrar a Pío IX sin inundar de lágrimas mis ojos, sin desmayarme de amor, orgullo, gozo, admiración y pena. Atad a Bismarck y Cavour y Mazzini, y a todos los héroes de las sectas, ante los pies del venerable anciano, y veréis lo que son las hormigas ante el trono del águila. ¡Oh!, yo no daría una sola de las espinas que dilaceran las sienes del Profeta del siglo XIX, ni por todos los laureles de Marengo y Austerlitz.

Basta: hemos concluido. Los que tenéis una lira y pulsáis una cítara, no las escondáis en lo profundo de la tierra: cantad las luchas de la religión y la patria, animad a los mártires en medio de las hogueras. Hoy, que los poderosos del siglo derrocan a la cruz de las coronas y palacios, hoy que la destierran del mundo de los ferrocarriles y telégrafos; vamos a buscarla en el Gólgota, vamos a cantarla en las Catacumbas.

Cuenca, julio 10 de 1877.

Julio Matovelle.

AL DISTINGUIDO LITERATO

SR. DR. LUIS CORDERO:

En testimonio de gratitud, estimación y respeto,

dedica este humilde ensayo dramático,

a nombre del "Liceo de la Juventud",

S. a. a. y. s.

Julio Matovelle.

PERSONAJES:

VENUSTIANO, prefecto de Roma y padre de

CELSO, joven amigo de

JUSTINO.

TORCUATO, cristiano renegado.

SEVERO, soldado.

BALBINO, soldado.

TEODOTO

Cristianos.

CRISANTO

Muchedumbre de niños y acompañantes cristianos.

La acción pasa en Roma, en los primeros años del imperio de Diocleciano. El teatro, en todos cinco actos, representa uno de los subterráneos de las Catacumbas, atravesado por dos galerías, la una que empieza en el foro y va a perderse lejos, al frente de los observadores; la otra que se dirige a la izquierda, y se supone ser la que guía a la salida de las Catacumbas. Todas las paredes del teatro estarán cubiertas de epitafios e inscripciones sepulcrales, sobre las cuales aparecerán colgados varios instrumentos de martirio. Entre la galería del foro y la pared de la derecha se verá dibujada en lo alto, una gran lápida, en la que estará escrito con grandes letras: *Fabia*. Sobre esta lápida arderá una antorcha, única luz del escenario.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

TORCUATO, SEVERO y BALBINO

Al correrse el telón, asoma Torcuato, por la izquierda, conduciendo de la mano a sus dos compañeros.

TORCUATO

Detengámonos aquí.

SEVERO

¿Qué nos impide pasar?

TORCUATO

Es necesario observar.
¿Escucháis aquello...?

BALBINO

Sí.

Se ilumina ligeramente la galería del foro y se escucha a lo lejos canto y música, que callan luego.

SEVERO

¿Qué significa ese son?

TORCUATO

Que estos cristianos malditos,
conforme a sus torpes ritos,
van paseando en procesión.
Irán a dar sepultura
al cadáver de un sectario,
con el culto funerario

de esa religión impura.
Estemos aquí un momento,
hasta que pase el tumulto,
que es de temer un insulto,
si sigue el atrevimiento.

SEVERO

Estemos.

BALBINO

Sí, que es prudente.

TORCUATO

Más que el tigre y la pantera,
suspicaz y traicionera
es esta terrible gente.

TORCUATO

¡Ba!, de esto no tengo susto,
antes bien me enciendo en ira;
lo que me aterra y admira
es este lugar adusto;
son esas lúgubres tumbas,
estas tristes galerías,
solas, inmensas, sombrías
que se llaman Catacumbas.
En la cuna del imperio,
este ignorado recinto,
subterráneo laberinto,
fue de esclavos cementerio.

BALBINO

Y, ¿quién de pensarlo había?
¡En los cimientos de Roma
la secta cristiana toma
tanto vigor y osadía!

SEVERO

Y dime, ¿cómo, Torcuato,
este lugar conociste?

TORCUATO

La historia de ello es muy triste;
temo hacerte su relato
compadéceme, ¡oh Severo!
¡Lástima ten de mi suerte,
que digno soy de la muerte!
Mas todo contarte quiero.
Cierta vez, imbécil, loco,
ser cristiano pretendí,
y mi pretensión cumplí
bautizándome, hace poco.
Cristiano, dicen que soy,
no lo niego; mas te añado,
que ante un ídolo sagrado
mañana a postrarme voy.
A Venus, no a Cristo,
que su cruz es muy pesada;
el cilicio no me agrada,
para el placer estoy listo.
Mi crimen quiero purgar,
delatando a mil cristianos;
yo mismo, yo, con mis manos,
les ofrezco atormentar.

SEVERO

Muy buenos designios tienes,
Torcuato amigo, te alabo;
sabe llevarlos a cabo
y obtendrás cuantiosos bienes.
Buen principio tengas ahora,
entregándonos a Celso.

TORCUATO

Juro a Júpiter excelso
que lo tendréis sin demora.

¡Silencio! Que ya otra vez
el canto vuelve a sonar.

BALBINO

Oigámosle sin chistar...!

TORCUATO

Y sin mover aún los pies.

Va aumentando gradualmente la claridad con que se ilumina la galería del foro, y se hacen más perceptibles la música y el canto. En seguida, se ve que atraviesa a lo lejos una procesión fúnebre, con hachas y ceras encendidas, conduciendo al centro un cadáver. Disminuye después, poco a poco, hasta apagarse la claridad, y cesa al mismo tiempo el canto, cuya letra es la siguiente:

CORO

Escala el cielo, virgen hermosa,
de lirio y rosa ceñida vas:
mártir heroica, rasga las nubes,
y entre querubes te sentarás.

Estrofa primera

Con lirios y nardos,
del púdico esposo
el tálamo hermoso
ornad con primor;
ornad, que una virgen
celebra hoy su boda.
¡Oh Sión, salid toda,
que la hora llegó!

Estrofa segunda

¡La túnica nívea,
con sangre bañada,
ostenta la amada

más pura que el sol;
el cíngulo hermoso
purpúreos reflejos
despide a lo lejos
cual gayo arrebol!

Mientras dura el canto, los tres interlocutores hablan en secreto, mostrando zozobra e inquietud; al cesar el canto, continúan hablando en alta voz.

TORCUATO

Cesa el canto.

BALBINO

Yo temía
que a nosotros se vinieran.

SEVERO

Yo deseaba, porque vieran
mi potencia y mi osadía.

BALBINO

Y dime, Torcuato, ¿es cierto
que el joven Celso es cristiano?

TORCUATO

He de cortarme esta mano,
si sale falso mi aserto.

SEVERO

¿Conque el hijo del prefecto
cristiano también? ¡Qué cosa!
Esta noticia curiosa
va a tener gran efecto;
pues sé que el emperador
quiere dar este destino

al pérfido Maximino,
que es un astuto traidor.

BALBINO

Y éste, que medita el modo
de perder a Venustiano,
viendo que su hijo es cristiano,
lo habrá conseguido todo.
¡Si sale bien la tramoya,
hacemos nuestra fortuna
a poca costa o ninguna
y allá que se queme Troya!
Para lograr este empeño,
vinimos a estas cavernas,
donde entre sombras eternas
moran los dioses del sueño.
Grande paga has de tener,
Torcuato, por tu servicio,
si a este Celso en un suplicio
le conseguimos poner.

TORCUATO

El frecuenta este lugar,
y no tardará en venir;
él mismo os sabrá decir,
cuál es su culto y altar.
Yo le hablaré en altas voces,
vosotros estad ocultos,
y escucharéis los insultos
que lanza contra los Dioses.

SEVERO

Hoy degollé con mi mano,
a cierta joven romana,
por sacrílega cristiana
contra el Numen Soberano;
en las gemonias expuesto
el cadáver fue por mí;
mas a robarle de allí

alcanzó un cristiano presto.
Como este crimen nefando
con la muerte se castiga,
con grande anhelo y fatiga
estoy al ladrón buscando.
Mira, Torcuato, si puedes
delatar a este ladrón.

TORCUATO

Todo cuidado depón,
que lo cazaré en mis redes.

BALBINO

Advertid que vienen dos...

Dice esto mirando a la galería del foro.

TORCUATO

Con inquietud.

¡Ocultaos pronto... os ruego...!
¡Como está dicho! Mas... luego,
que no os divisen, ¡por Dios!

Se ocultan los dos soldados en la galería de la izquierda, mientras que por la del foro salen Celso y Justino y se encuentran con Torcuato.

ESCENA SEGUNDA

CELSO, JUSTINO Y TORCUATO

TORCUATO

Hermanos, salud.

CELSO Y JUSTINO

Salud.

Celso y después Justino le abrazan y le besan en la mejilla.

JUSTINO

¿Qué meditas, solitario?

TORCUATO

Con vacilación.

El misterio del Calvario...
La caridad... la virtud...

CELSO

Tu ausencia, hermano de mi alma,
noté en la oración de nona.

TORCUATO

Una ausencia se perdona,
al no ser por ocio; calma...

JUSTINO

Esta ha sido grande fiesta:
entre un himno que entonamos
las reliquias sepultamos
de un mártir que modesta...

TORCUATO

¡Una mártir!

CELSO

Mártir, sí:
de esa función nos venimos,
hace poco que estuvimos
en ese entierro.

TORCUATO

¡Ay de mí!
Junto a esas reliquias santas,
hubiera querido orar.

CELSO

Ocasión has de alcanzar,
gracias de Dios ¡tantas, tantas...!
Y, ¡oh!, qué gran mártir, hermanos,
la que hoy ha muerto por Cristo,
otra más santa no he visto
entre todos los cristianos.
¡Oh, qué virginal pureza!
¡Oh, qué candor, qué dulzura!
Era un ángel de hermosura
y no de humana pavesa.
Con un valor sin ejemplo
los ídolos inculcó,
y airada los destrozó
en su mismo altar y templo.
Yo gustoso liberté
las reliquias venerandas
de las gemonias infandas
do expuesta la mártir fue.

TORCUATO

Permitidme un solo instante,
dentro de poco regreso.

JUSTINO

¿Te vas Torcuato? ¿Qué es eso?

TORCUATO

¡Gozoso voy...! ¡Delirante!

CELSO

El pobre va conturbado;
tal vez algo le importuna.

JUSTINO

Alguna desgracia, alguna...
le tendrá sobresaltado.
¿Te paras en el camino?
Sigamos, pues, continuemos.

CELSO

Aquí un momento estaremos,
si te parece, Justino.

JUSTINO

Hágase como lo quieres.

CELSO

A ti que, sobre este suelo
eres mi dulce consuelo,
y mi paz y mi dicha eres;
en esta escondida parte,
donde ni una mosca zumba,
al pie de esta amada tumba,
anhelo por revelarte,
¡ay!, los secretos que abrigo
entre acíbar de aflicción.

JUSTINO

¿Secretos...? Mi corazón
los guarda bien, caro amigo.

CELSO

¡Oh, mi Justino amado,
yo no sé qué presiento,

parece que me voy ya de tu lado
y se mezclan, en mí, pena y contento!
Con ansia, en estos días,
pido a Dios el martirio,
y pienso, en mi ilusión y mi delirio,
que escuchadas serán las voces mías.
Huérfano soy en el mundo,
bajo esta loza está mi tierna madre,
huello la tierra con desdén profundo,
no hay dicha que me encuadre,
sólo en el cielo mi esperanza fundo.
El saber, las riquezas y la gloria
desprecio como a lodo;
la púrpura y el cetro son escoria
y es todo necedad, y vano todo.
Este valle de abrojos
es de duelo y pesar perenne feria;
mi tesoro es el llanto de mis ojos,
el haber de mis padres la miseria.
¿Ni qué a brindarnos alcanzara el suelo?
¡Oh, vámonos, por fin, vamos al cielo!

JUSTINO

¡Oh, Celso, amigo mío!
¿Por qué apenarme intentas de este modo?
¿Has visto en mí desdén, visto desvío?
Tú eres mi gozo, mi consuelo y todo,
en tí mis dichas y esperanzas fío.
Amigos en la escuela,
amigos en la Iglesia y en la casa:
¿y pretendes dejarme? Esto me hiela,
¡no sé lo que me pasa!

CELSO

¡Qué! ¿Te afliges Justino? ¿Te entristeces?
¿Temes dejar la tierra
do el llanto y el dolor sólo se encierra?
¿No eres cristiano acaso?

JUSTINO

¡Ah!, me duele quedarme en este mundo
de la carne en el lazo.
Para perversos como yo no se hizo
del mártir la corona del Paraíso.
Tú tienes de irte al cielo,
y yo tengo de hollar el barro inmundo
de este desierto suelo.

CELSO

¡Oh, cálmate, Justino!
¿Quién sabe cuál será nuestro destino?
Tal vez Dios satisfaga
tu ferviente deseo, mas no el mío:
¡en mí la voluntad divina se haga!

JUSTINO

¿Son éstas, Celso, las secretas cosas
que anhelabas decirme?

CELSO

Hay otras más recónditas y hermosas;
óyeme atento, resignado y firme.
Anoche como siempre en mi costumbre
a avivar esta lumbre viene
que se arde en el sepulcro de mi madre.
Púseme a orar después, pero rendido
de un abrumante sueño,
sin poderlo evitar quedé dormido.
Un extraño espectáculo mis ojos
entonces contemplaron:
Desde el cielo una escala descendía,
mi madre en lo más alto descansaba
con rostro de alegría,
y con voces muy tiernas me animaba
a que ascendiera por la escala umbría.
Mas, al pie de la escala recostados
estaban monstruos, tigres y panteras,

a tragarse a una víctima alentados
girando en torno sus miradas fieras.
Yo aterrado a esta vista, tembloroso,
no acertaba a mover el débil paso,
y, lleno de embarazo,
me angustiaba en extremo;
cuando entonces mi padre bondadoso
vino a darme su ayuda;
con ella de las fieras, animoso,
subí, pisando la terrible escala,
Y, ¡oh prodigio!, las fieras se rindieron
como mansos corderos a mis plantas.
Lo que pasó después, decir no puedo;
fue cosa inaccesible a los sentidos,
un éxtasis, un rapto celestial,
en que el ánimo ledo
de gozos se embriagó no comprendidos
por los hombres mortales.

JUSTINO

Qué más, ¡oh Celso mío! Basta, basta,
me sale el corazón fuera del pecho:
te vas, Celso feliz, esto es un hecho.
Ese sueño o portento es el preludio
que anuncia tu martirio;
y, ¡oh, que tu madre me alcanzara pía
el que te haga tu amigo compañía!

CELSO

Y, ¡oh, que fuera verdad lo que me dices!
¡Que lo fuera, Justino!
Ya, ¿qué más anhelarámos felices?
Pero no: que mi gloria es fingimiento
¡y mi padre! ¡y mi madre! ¡y Venustiano...?
Conviértele, Señor, que aún es pagano
y, ¡oh pena!, y, ¡oh tormento!,
perseguidor acérrimo y sangriento
del renombre cristiano.
Oh Justino! ¡Oh Justino! No te olvides
de pedir al Señor por Venustiano.

JUSTINO

¡Haciendo, Celso mío, lo que pides,
cumplo un deber de amigo y de cristiano!
¡Adiós, adiós hermano!

Se abrazan y despiden.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

CELSO

Al descorrerse el telón aparece Celso postrado ante la cripta de Fabia, mientras se entona la canción siguiente:

Estrofa primera

¡Oh, joven heroico!
Valor y constancia,
que a corta distancia
estás del Edén.
Valor que está listo
tu trono luciente,
y un lauro esplendente
se apresta a tu sien.

Estrofa segunda

Qué breve es la vida,
su carga tremenda,
mas ya de la senda
estás al confín;
valor que ya acaban,
el duelo y el llanto
y empieza el encanto
y el gozo sin fin.

Al terminar el acto se levanta Celso, como sobresaltado y cual si recordara de un sueño.

¿Qué es esto, qué...? ¿Yo deliro?
¿Dónde estoy? ¿Junto a qué tumbas?
¿Son estas las catacumbas...?
¿Qué es esto? ¿Qué es lo que miro?
Hace un instante me hallaba
en el circo, entre panteras,
y me cercaban las fieras,
y un jabalí me acosaba.
Y entre un inmenso gentío,
y entre sangrientos despojos,
levantaba yo mis ojos,
a Dios que es amparo mío.
Y allá en el cielo, entre nubes,
mil vírgenes se asentaban;
me miraban y animaban
los ángeles y querubes.
Y en medio de mi agonía,
todo en mi sangre bañado,
me esforzada, reanimado
con el canto que decía:

"Valor, tierno joven,
valor, caro Celso,
que dulce el Excelso
mirándote está.....

.....

Valor que ya acaban
el duelo y el llanto,
y empieza el encanto
y el gozo sin fin".

Y en esto se desvanece
esa ilusión, ese ensueño;
¡Oh, torna a mis ojos, sueño,
que mi ánimo desfallece!
Madre mía, madre mía,
Fabia, tú, mi madre amada,
ven socórreme en mi nada,
y alienta mi cobardía.
Y, ¿tengo yo de alcanzar
del martirio la corona?

Aquí el alma me abandona,
¡siento un pavor... un pesar...!
¿Cómo no temblar de miedo;
yo, imberbe joven, luchando
con las fieras? ¿Cómo, cuándo...
y en el circo...? No: no puedo.
¿Y mi amado y tierno padre...?
¡Perecerá de dolor
sin el Celso de su amor,
sin la ayuda de mi madre!
¡Cielos santos, si muriera
después de verle cristiano;
pero qué... si es un pagano
que se ha convertido en fiera!
¡Oh, Dios potente! ¡oh, Dios mío!
En este acerbo dolor,
dame fuerzas y valor,
sosténme, sosténme pío.

ESCENA SEGUNDA

CELSO Y JUSTINO

Aparece Justino por la galería de la izquierda y sorprende a Celso abismado en sus reflexiones.

JUSTINO

¿Qué haces, Celso? ¿En qué meditas?
¿En qué te ocupas, qué piensas...?
¿Estás triste...? ¿Qué te aflige;
qué pesares son, qué penas?

CELSO

Nada, Justino.

JUSTINO

¡Qué! ¿Nada?
Celso, ¿de mí te recelas?

¿Olvidas que soy tu amigo,
y que son mías tus penas?

CELSO

Es la suerte de mi padre,
Justino, lo que me inquieta;
dime si no hay causa
para mi triste reserva.

JUSTINO

Es cierto, pero conviene
hacerse de ánimo y fuerza,
y orar mucho a que del cielo
el supremo auxilio venga;
y, en verdad, que sobran ahora
motivos para querellas.
¿Sabes lo que hay?

CELSO

¿Qué es lo que hay...?
Cómo quieres que lo sepa,
si de aquí no me he apartado
desde anoche.

JUSTINO

Pues comienza
la más cruel persecución
contra la Cruz y la Iglesia.
Diocleciano ha logrado
gran victoria de los Persas,
y, agradecido a sus Dioses
del éxito de la guerra,
ha jurado aniquilar
la santa religión nuestra.

CELSO

¡Que Dios, en este peligro,
nos ayude y fortalezca!

JUSTINO

Si, hasta ahora, todos los mártires
por millones se enumeran,
desde esta persecución
serán más que las estrellas;
puesto que el César Galerio,
en su edicto de hoy, ordena
que a todo cristiano, muerte
sin remisión dada sea.
En el foro, en el mercado,
en las calles y veredas,
ídolos se mira alzarse
innumerables, sin cuenta;
para que ningún viviente
ni compre nada, ni venda,
ni camine, ni tome agua,
ni la lumbre del sol vea,
ni viva, en fin, sin que adore
primero a Baco y Minerva.
Al que delata a cristianos
con grandes dones se premia,
a los que inventan tormentos
se ofrece mil recompensas,
y a los que nos favorecen
se les conmina con penas.
Mil legionarios discurren
ya, por la ciudad entera,
con ansia y furor satánicos,
buscando a quien hacer presa.
En fin, a la Iglesia Santa
arrasar, por siempre, intentan.

CELSO

¡Bendita tu voluntad,
oh Dios poderoso, sea
que según nuestras maldades
nos castigas y nos pruebas!
Mas, ¡qué! ¿Señor, los perversos
vencerán tu omnipotencia?

JUSTINO

De las criptas de Priscila
he venido a toda prisa,
desde la Vía Salara
me extravié por varias sendas,
para imponerte de todo,
y prevenir la sorpresa.
Estoy aquí sin creerlo,
aún no mi pecho se aquieta...
Felizmente, en la Vía Apia,
nadie ha dado con la puerta
de estas largas Catacumbas
de Calixto.

CELSO

¿Qué se ordena
hacer, ahora, a los cristianos?

JUSTINO

Orar a Dios, y prudencia,
y que se huya del peligro
en cuanto y como se pueda.
Nuestro pontífice, Cayo,
ha nombrado a los que deban
prestar auxilio a los mártires,
en medio de las cadenas.

CELSO

¡Si estaré contado entre ellos!
¡Oh qué gustoso me fuera,
esclavo ser de los santos
en sus horas postrimeras!

JUSTINO

No: guárdate mucho, Celso,
no te muestres, que te arriesgas;
pues, sabe que andan en busca

del que sacó de la afrenta
el cadáver de la mártir
que en las gemonias fue expuesta.
Tu padre mismo promete
un sextercio al que lo prenda,

CELSO

¡Bendito Dios! Si mi vida
quiere aceptarla en ofrenda.
¡Oh!, Justino, amigo mío,
¿Qué dicha más grande que ésta?
Ruega al cielo, mi Justino,
a que este don me conceda.
Otro favor, para entonces,
quiero pedirte...

JUSTINO

¿Qué esperas?
¿No sabes bien cuánto te amo?

CELSO

Si quiere Dios que me muera,
has de hacer tú, que me entierren
aquí, en esta cripta, en ésta...

Indicando un sitio, bajo la cripta de Fabia.

Pues, quiero yo que mis restos
con los de mi madre duerman.

JUSTINO

Calla, Celso, te suplico,
pues de congoja me llenas.

CELSO

Desde que murió mi madre,
ardió siempre esta linterna,

Señalando la que pende de la bóveda

Mas si me muero no habrá

ya quien la cuide ni encienda;
te ruego, pues, mi Justino,
que lo hagas tú, cuando puedas.

JUSTINO

¡Ay, Celso, ya no resisto!
No excites tales ideas.

CELSO

Pero lo que más te pido,
y ruego, sobremanera,
es, amigo, que ores mucho,
para que al fin se convierta
mi padre, mi pobre padre...
(¡Oh qué tormento! ¡Oh qué pena!)
que ciego en la idolatría
y encenegado en su secta,
persigue hoy a los cristianos
con tanta saña y crudeza:
que deje de ser Prefecto
de la Ciudad Eterna,
no vierta inocente sangre;
y, al fin, salvarse merezca.

JUSTINO

Todo lo haré, Celso mío;
mas, ¿es posible, me dejas?
¿Tú vas al cielo, y a mí
me abandonas en la tierra?

CELSO

Si haces lo que te suplico,
ténlo ya por cosa cierta,
que alcanzaré yo de Dios
que te dé, en breve, la enseña
del martirio.

JUSTINO

¡Quiera el cielo
que nuestra suerte una sea!

Aparece Torcuato por la galería de la izquierda

ESCENA TERCERA

CELSO, JUSTINO Y TORCUATO

TORCUATO

Salud hermanos!

JUSTINO

Hermano!

Se dan el abrazo de salutación.

CELSO

La salud de Dios nos venga.

JUSTINO

Adiós, hermano *(a Torcuato)*. A la misa,
vámonos Celso.

TORCUATO

Dirigiéndose a Celso

¿Quisiera,
hermano, decirme: dónde
de tarde vérsele pueda?

CELSO

En este mismo lugar
me estaré a la hora de sexta.

CELSO Y JUSTINO

Pues, ¡adiós!

TORCUATO

Con Dios se vayan.

ESCENA CUARTA

TORCUATO, SEVERO Y BALBINO

TORCUATO

Dirigiéndose a la galería de la izquierda

¡Ea, amigos, ea, ea!
Venid hablemos; venid.

Salen Severo y Balbino de la galería de la izquierda.

SEVERO

Y, pues, ¿cómo va la fiesta?

BALBINO

¿Algo se ha hecho en el negocio?

TORCUATO

Mirad, si os gané la apuesta:
os dije que aquí estarían,
y ha sido al pie de la letra.

BALBINO

Esto es broma, yo no pago.

SEVERO

Eso fuera una torpeza;
yo, ¡por Caco! a los ladrones
sé romperles las cabezas.

a Torcuato

¿Conque vienes con embustes?

TORCUATO

Os perdono: no haya gresca.
Ya tengo a Celso en mis garras;
la esquiva fortuna es nuestra...

SEVERO

¡Bien, bien!

BALBINO

Magnífico, bien.

SEVERO

Mañana hay lucha de fieras
y hacen falta gladiadores;
así, nos viene de perla
tomar a Celso.

BALBINO

¡Regalo
exquisito para hienas!
Después que anoche escuchamos
en estas mismas cavernas,
la confesión que hizo Celso
de sus infames creencias,
y de que él había robado
el cadáver de una necia;
me fui corriendo al Prefecto,
a decirle que estaba hecha
la pesquisa del ladrón

y en mis manos su cabeza;
eso sí, sin avisarle
que el ladrón su mismo hijo era;
al escuchar este aviso,
frunció el Prefecto las cejas,
y ordenó que el pobre reo
fuese arrojado a las fieras.

TORCUATO

Ya que todo nos sonríe
en el curso de la empresa,
estará bien que una cosa
para el éxito os advierta:
si Venustiano conoce
que su mismo hijo es la presa,
ha de perdonar a Celso,
y ha de revocar su oferta.
Conviene, pues, que a este su hijo
esta tarde se le prenda,
y le llevemos mañana
al circo, con una treta.
Esto se ha de hacer de modo
que Celso entre infamias muera,
y su padre Venustiano
del cargo depuesto sea.
Mientras la hora de la cita,
vamos a pasear afuera,
escogitando los medios
para coronar la empresa.

SEVERO

Me gusta.

BALBINO

Pues, nos iremos.

A Torcuato.

Aprobamos tus ideas.

SEVERO

Esto es un hecho, Maximino
será Prefecto a la cuenta;
y ojalá que el pobre diablo
en el cargo se sostenga.

TORCUATO

Recordarán, mis amigos,
de la hora: la hora de sexta.

SEVERO

Vamos, pues, a la Vía Apia
a jugar algunas piezas.

BALBINO

Vámonos.

TORCUATO

Vámonos.

SEVERO

Tenemos,
gran plazo para la vuelta.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

EL PREFECTO VENUSTIANO Y CELSO

Celso asoma por la galería de la izquierda, conduciendo de la mano a su padre que se presenta, en la escena, con faz abatida y melancólica.

VENUSTIANO

Paremos aquí un momento,
quiero mirar esta lumbre
que mis pupilas alumbre,
y aliente mi abatimiento.
Por fin la claridad miro:
¡Salve hermosa claridad!
Se acabó la obscuridad,
ahora sí en calma respiro.

CELSO

Como ordenéis, padre mío.
Pararemos junto a la fosa
de mi madre y vuestra esposa.

VENUSTIANO

¿Sueño, acaso, o desvarío?
¿Qué dices Celso?

CELSO

Que estamos
junto al sepulcro de Fabia,
esa romana que sabia...

VENUSTIANO

¿En qué región nos hallamos?
¿Es sueño o realidad...?

¡Qué en estos antros funestos
de mi adorada los restos
reposen...!

CELSO

Fabia: mirad...

Señalando la inscripción de la cripta.

VENUSTIANO

"Polvo de Fabia, matrona
patricia, y santa cristiana!"
¡Oh, Fabia, ilustre romana
de quien el Lacio blasona!
¿Quién me diera que a mi voz
te alzaras sobre la tumba?
¡Ay de mí!; cómo retumba
en mi alma tu último adiós!
Ausente me hallaba y triste
lejos de mis patrios lazos,
cuando, tú, en ajenos brazos,
Fabia mía, te moriste.
Cuando regresé a mi hogar,
mi esposa ya no existía,
mas, ¡ay!, ni su tumba fría
me fue dado visitar.
¡Oh, quién me diera salida
de este mundo de pesares!
¡Oh, Fabia, si me escucharas
libértame de esta vida!

CELSO

Mi amado padre, ella ha sido
la que a este lugar os trajo;
y, en vuestro rudo trabajo,
de ella el consuelo ha venido.

VENUSTIANO

Ella es, hijo mío, es ella,
ella de esposas modelo,

quien me guarda desde el cielo
donde luce cual estrella.
Sabe ya, mi Celso, sabe
que tu padre Venustiano
es un ferviente cristiano...

CELSO

¡Gloria a Dios que a El sólo cabe
tan espléndida victoria!
¡Oh qué gozo! ¡Oh qué placer!

VENUSTIANO

Junto a esta tumba, a saber
vas, Celso, mi triste historia.
Este sepulcro desde hoy
será para mí una escuela,
desde aquí Fabia te vela,
aquí a enseñarte yo voy.
En las Galias centurión
en el ejército fuí,
y entonces me convertí
de Cristo a la religión.
De catecúmeno al grado
me ví de pronto levantar;
íbame ya a bautizar,
mas, ¡ay de mí desgraciado!
entonces, ordenó Decio
una persecución cruel,
y yo temiéndole a él
apostaté vil y necio.
Obstinado en mi delito
dejé discurrir los años,
entre rudos desengaños,
entre pesar infinito.
Fabia que esto lo sabía,
al cielo alzaba mil preces
y llorando varias veces,
conviértete, me decía.
Mas yo sordo a estos lamentos,
continué mi errada senda,

ahogando la voz tremenda
de agudos remordimientos.
A ella y a tí, por cristianos,
os miraba con envidia,
haciendo, entre mi desidia,
cien mil propósitos vanos.
Y cuando al César le plugo
perseguir al cristianismo,
mostréme yo, más que él mismo,
sangriento y atroz verdugo.
Por esto me hizo Prefecto
el terrible Emperador,
pues, por vil perseguidor,
llegué a merecer su afecto.

CELSO

¡¡Oh! no pueden ya mis ojos
contener su acerbo llanto,
me llena esto de quebranto
y me abruma de sonrojos!!

VENUSTIANO

¡Ay, Celso mío! Yo dudo
que quiera Dios perdonarme
tanto crimen; al mirarme
de toda virtud desnudo.

CELSO

Eso no, querido padre,
nuestro Dios es caridad,
confiemos en su bondad
y roguemos a mi Madre.

VENUSTIANO

Ahora escúchame, hijo, el modo
como vine a este lugar:
¡Cosa es de maravillar
porque es prodigioso todo!

Anoche a mi casa vino,
estando mi humor agriado,
a verme cierto soldado
que se llamaba Balbino;
de que era cristiano un hombre.
hízome la delación;
yo, ajeno a toda razón,
de aquel cristiano ni el nombre
averigüé: de tal suerte
era mi negra amargura:
y con rabiosa locura
al punto dicté su muerte.
Al querer dormir no pude
hasta que brilló la aurora,
porque al alma pecadora
ni la paz del sueño acude.
Me levanté de allí a poco,
y subiendo en mi litera
mi congoja horrible y fiera
quise disipar un poco.
Dejando el monte Aventino
por la Vía Apia llegué
y a unos sepulcros llegué
labrados junto al camino.
Por endulzar mi amargura
la litera abandonando
me puse a pasear, vagueando
de una en otra sepultura.
En esto llegué a mirar
olvidadas y secretas,
sobre la peña, unas grietas
de un aspecto singular.
Entre admirado y curioso
hacia aquel sitio me fui,
y un antro profundo vi
inmenso, triste y umbroso.
Confuso y meditabundo
me entré por él más y más,
cuando de repente, ¡zas!...
bajé a un abismo profundo.
Al descender de la altura

me estrellé contra una roca,
y con desdicha no poca
no ví allí mi sepultura.
Me levanté dando un grito,
asiéndome de las breñas,
y dándome contra peñas
de pórfido y de granito.
La vida se me escapaba
de terror y confusión,
sin saber en qué región
o en qué abismos me encontraba.
Pensaba que sin morir
al Averno había bajado,
y eché a andar desesperado
buscando cómo salir.
¡Qué oscuridad tan medrosa!
¡Qué soledad tan horrible!
Es imposible, imposible
situación más horrorosa!
Me imaginaba un tropel
de espectros que me cercaban,
y pálidos me acosaban,
con risa irónica y cruel.
Perdido en los subterráneos,
daba vueltas al acaso,
tropezando a cada paso
en esqueletos y cráneos.
Ya mi desgracia fue tanta,
llegué a verme en tal extremo,
que me puse a aullar, blasfemo,
hasta secar la garganta.
Al cabo en el duro suelo
me desplomé delirante;
estaba casi expirante,
sin ayuda ni consuelo.
Mas entonces a mi mente
bajó de pronto una luz,
¡Ah, me acordé de Jesús
que es la bondad en su fuente!
Y alzándome de rodillas
y poniendo el rostro en alto,
ya de voz y aliento falto,

bañé en llanto mis mejillas.
Y juré que, si lograba
salvar de ese negro abismo,
en aquel momento mismo,
la cruz amaría esclavo.
Y, ¡oh prodigio!, en ese punto,
oí sonar unos pasos,
y resplandores escasos
miré brillar: todo junto.
Y, ¡oh gracia más portentosa!,
los pasos eran de tí,
y la lumbre era de aquí,
de la tumba de mi esposa.
Tú sabes ya lo demás;
ahora, pues, oh Celso, dime:
¿no es ésto cosa sublime
y celestial además?
Mira, pues, si cabe duda
en que el pobre Venustiano
hoy se declare cristiano,
mediante Dios y su ayuda.

CELSO

¡Oh qué gozo, padre mío!
Oyendo estoy y no creo.
¿Es ilusión del deseo,
es tal vez un desvarío?
(¡Oh Dios tierno y bondadoso!
ora sí moriré en calma,
porque has inebriado a mi alma
con inefable alborozo!)
Al Dios de Fabia ensalcemos,
pues, tu conversión, oh padre,
a los ruegos de mi madre
y de tu esposa debemos.

VENUSTIANO

Ruegos de ella y tuyos son
los que, mi Celso querido,
a tu padre pervertido

alcanzaron conversión.
Ven, hijo mío, a mis brazos,
ven y reposa en mi pecho,
que en amargura deshecho,
se está cayendo a pedazos. *(Se abrazan)*.
Tú eres vida de mi vida,
mi única prenda, mi amor,
tú calmaste mi dolor
con tu presencia querida.

CELSO

¡Padre mío! ¡Padre amado!...

VENUSTIANO

Toda mi familia ha muerto,
y en este mundo desierto,
sólo mi hijo me ha quedado.
Odio tanto mi existencia,
con tantos pesares lidio,
que si no acudo al suicidio
es por tu amable presencia.
Detesto al Imperio y Roma,
sus pompas y sus festejos,
y quiero marcharme lejos,
aunque pan extraño coma.
Mañana la prefectura
la renuncio.

CELSO

¡Qué alegría!

VENUSTIANO

Y a la Persia al otro día,
nos iremos con premura,
do viviremos los dos
cual fervorosos cristianos,
sin temor a los tiranos
sirviendo humildes a Dios.

CELSO

Padre amado, a tus palabras
no sé qué cosa experimento;
tú mi dicha y mi contento
con tus expresiones labras.
Ahora, vámonos cuanto antes
donde el pontífice Cayo,
que entre el fervor y el desmayo
median muy cortos instantes.
El Papa con dulce modo,
en la fe te ha de afirmar,
el bautismo te ha de dar;
y, en fin, él ha de hacer todo.
(Perfecciona tu obra, ¡oh Fabia!
concluye lo que empezaste).

VENUSTIANO

Rectamente, Celso, hablaste;
tu palabra es cuerda y sabia;
quiero hacer lo que me dices.
(¡Oh Fabia cumple tu anhelo!).

CELSO

(Alcanza, oh madre, que al cielo
subamos los dos felices).

VENUSTIANO

Vámonos, pronto, porque
quiero en breve regresar,
por si pueda rescatar
a ese hombre que condené,
por ser cristiano, a las fieras.
¡Adiós Fabia!

CELSO

¡Cuánto gozo!
Si a ese cristiano virtuoso
salvar la vida pudieras. *(Vanse)*.

ESCENA SEGUNDA

TORCUATO, SEVERO Y BALBINO

TORCUATO

Saliendo de la galería de la izquierda.

Amigos, salid sin miedo

Salen Severo y Balbino.

A nadie encuentro... ni una alma.

SEVERO

Mirad ahí, cómo ha cumplido
el tal Celso su palabra.

BALBINO

Después de habernos andado
casi toda la Vía Apia,
es la hora de sexta ya,
y Celso a la cita falta.

TORCUATO

Le detendrá, de seguro,
alguna imprevista causa,
porque un cristiano no miente,
esperemos que no tarda.

SEVERO

Hay que dar prisa al negocio,
que, si no, se desbarata.
¿No oísteis lo que me dijo
ese viejo camarada.

BALBINO

¿Qué?

SEVERO

Me aseguró el sujeto,
como cosa cierta y clara,
que el divino Diocleciano
de Roma saldrá mañana;
y nuestra legión con él
se irá también a las Galias,
a reforzar el ejército
que custodia esas comarcas.
Conque, si hoy mismo no hacemos
este negocio, mañana
será tarde.

TORCUATO

Pues prendamos
hoy mismo a Celso.

BALBINO

No vaya
la legión sin que el Prefecto
Venustiano hoy mismo caiga.
La empresa no es muy difícil
y es cuantiosa la ganancia.
Prendamos, pues, hoy a Celso,
aunque después Troya se arda.
Con prenderle está hecho todo,
pues la sentencia está dada.

TORCUATO

Pero hay que cuidarnos mucho
de que quieran revocarla.

SEVERO

Para que esto no suceda
haremos una jugada.

TORCUATO

Mientras ustedes la piensan,
yo quiero buscarme trazas,
para ver si traigo a Celso,
que sobradamente tarda;
y en tanto que yo regrese,
ustedes aquí me aguardan. *(Vase)*.

BALBINO

Calva es la ocasión, lo sabes.
Bien es que vayas.

SEVERO

Bien, anda.

TORCUATO

Mas sabed que también yo
tengo una parte en la paga.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

SEVERO Y BALBINO

Aparecen los dos arrimados a la pared contigua al sepulcro de Fabia, mirando y remirando continuamente hacia la galería del foro.

SEVERO

¿Qué te parece mi plan?

BALBINO

¿Qué me parece? Magnífico.

SEVERO

De este modo hemos de hacer:
después de prender al chico
lo llevamos sin tardanza
no a su padre, que hay peligro
de que absuelva Venustiano;
sino donde el César mismo,
donde el divino Galerio,
que es del Prefecto enemigo.
De este modo a un solo golpe
tres ventajas conseguimos:
la primera, asegurarnos
el sextercio que ha ofrecido
el Prefecto.

BALBINO

¡Padre necio!
Pague la muerte de su hijo.

SEVERO

La segunda es, que del César,
nueva paga recibiremos;
y la tercera, que hacemos
ser Prefecto a Maximino:
el cual, sin duda, muy grato
pagará nuestros servicios,
puesto que nos va a deber
empleo tan distinguido.

BALBINO

A ti te harán centurión;
a mí, procónsul de Egipto.

SEVERO

Calla, necio.

BALBINO

Juro a Baco
que, si logro ese destino,
le haré un templo más hermoso
que los de Efeso o de Gnido.

SEVERO

Mucho se tarda Torcuato.
Tiempo es ya de haber venido.

BALBINO

Mucho tarda.

SEVERO

Mucho tarda.

BALBINO

Y estamos en gran peligro,
solos en estas cavernas
y cercados de enemigos.

SEVERO

Yo temor a nadie tengo,
ni aun al Cancerbero mismo;
pero mi irrita la burla
que el vil Torcuato nos hizo,
dejándonos aquí solos
por tanto tiempo el maldito.
Pues, por Hércules, prometo
que a este renegado inicuo
le burlaré yo a mi turno;
y, por todos sus servicios,
ni un óbolo ha de tomar
de mis manos el judío.
A estos apóstatas viles
les detesto y abomino,

y les ultrajo y afrento
después que de ellos me sirvo.

BALBINO

Tienes razón, camarada,
yo tus dictámenes sigo.
La constancia debe ser
de los hombres distintivo;
y el que pérfido traiciona
a sus más fieles amigos,
y sacrílego se atreve
a blasfemar como impío,
es un infame a quien se honra
poniéndole en un suplicio.

SEVERO

Contra la secta cristiana
un odio mortal abrigo,
porque sé que en sus altares
se degüellan a los niños,
porque profanan su culto
con torpes, infandos vicios,
porque adoran como a Dios
a cierto joven judío,
pescador de Galilea
y mago de mil prodigios.
Su padre fue Juan Bautista
un carpintero de oficio,
y María Magdalena
su madre, según me han dicho;
y este mago, de una cruz
expiró, al fin, suspendido.
Por esta causa aborrezco
la secta del cristianismo,
porque esta secta de esclavos
es una secta de impíos;
mas, con todo, a los apóstatas
con odio y rabia les miro,
porque son unos cobardes
pérfidos, tercos, indignos.

¿Qué dijeras de un soldado
que infiel a sus compromisos
por una vil ambición
traiciona a su partido?
Honra es morir como Régulo;
ser traidor es ser inicuo.

BALBINO

Pues, por mi águila te juro,
a fuer de quien soy, Balbino,
que desprecio a ese Torcuato,
como a un fiero basilisco,
y tengo horror de ponerme
a lado de ese bandido.

SEVERO

Yo después que por su medio
mire mis planes cumplidos,
le he de arrimar mis dos puños
a sus enormes carrillos.

BALBINO

Calla, Severo, alguien viene.

SEVERO

Será ese infame vendido
que a los dos aquí plantados
nos ha dejado, hace un siglo.

BALBINO

El es. Seremos prudentes.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y TORCUATO

SEVERO

Nos ha burlado, mi amigo. *(A Torcuato)*

TORCUATO

¡As!, si supieran ustedes
cuántos y cuántos conflictos
he tenido que pasar,
cuánto de andar he tenido
por hallar a Celso...

BALBINO

¿Y, pues?

TORCUATO

Ya viene.

SEVERO

Miremos listos:
al llegarse le prendemos.

TORCUATO

No: que tengo de advertiros
que se viene acompañado
con otro joven su amigo;
tan luego que éste le deje:
entonces, sí, no hay peligro.

SEVERO

Pero si el tiempo nos urge...

TORCUATO

Pero esto nos es preciso.
—A quien yo estreche en mis brazos,
a quien dé un beso de amigo,
ese es: prendedle.

BALBINO

(¡Qué pérfido!)

JUSTINO

Bien, quedamos advertidos.

TORCUATO

Ahora, ocultémonos quedos,
para atisbar sin ser vistos.

BALBINO

Por ahí vienen.

Aparecen a lo lejos Celso y Justino.

TORCUATO

Idos luego;
que si no, todo es perdido.

Desaparecen los tres por la galería de la izquierda.

ESCENA TERCERA

CELSO Y JUSTINO

JUSTINO

Despidiéndose.

Tú quedarás aquí como acostumbras;
yo regreso de nuevo al mismo punto

do estuvimos: que tengo un gran asunto...
¡Adiós, Celso!

CELSO

Tente un rato, Justino,
no me abandones, ¡ay!, con tanta prisa.

JUSTINO

¡Ah!, que tengo de hacer, porque una misa
se diga ante los mártires. Previno
el Papa, que en la cárcel mamertina
se administren los santos sacramentos
a aquellos que en los últimos momentos
del martirio se ven.

CELSO

Santa, divina
comisión llevas; mas detente un rato,
que aún tengo que decirte muchas cosas,
y las horas discurren presurosas.

JUSTINO

Mas debes advertir que no dilato.

CELSO

Y tú advertir debieras que es posible
que no mires mañana lo que hoy miras...

JUSTINO

¿A hablarme de esto vuelves? ¡Oh! me
(admiras

CELSO

Admira que es posible que estén dando
a Celso la postrer despedida.

¿Qué sé yo si mañana estaré vivo?

JUSTINO

Calla, Celso, por Dios te lo prohíbo...
(Le abraza)
Si te callas, difiero mi partida.

CELSO

¿Y sabes que estoy lleno de alborozo?

JUSTINO

¿Por qué Celso?

CELSO

¡Mi padre es un dichoso!
Ya tú sabes, amigo y tierno hermano,
la feliz conversión de Venustiano.

JUSTINO

Razón y mucha, para estar alegres.

CELSO

Otra dicha mayor yo no la espero:
a no ser la gran dicha del martirio.
Mi gozo va rayando en el delirio,
y por poco a sus ímpetus no muero.
Es mi madre, es mi madre, es ella, es ella.
Quien me pudo alcanzar tanta ventura,
por esto a su sepulcro, alegre vengo
a darle gracias lleno de ternura.

Dirigiéndose a la cripta.

¡Cumpliste mis deseos, madre mía!
Ahora, todo mi afán, ¡oh madre!, es verte:
la muerte, madre amada, sí, la muerte,
¡y será coronada mi alegría!

JUSTINO

¿Qué es esto Celso mío? Tú me asombras;
por qué, mi Celso, por morir te afanas?
¡Ya que a tu amigo para nada nombras,
recuerda al menos las paternas canas!

CELSO

¡Ah, Justino!

JUSTINO

Si aquesto no te mueve,
recuerda y no te olvides de esta tumba,
do el eco de mi voz tal vez retumba,
y a Fabia a despertar se atreve.
¿Quién, sino tú, podrá cuidarla tanto?
¿Quién regarla sabrá de hermosas flores,
quién cubrirla de tibios resplandores,
y quién bañarla de frescura y llanto?

CELSO

¿Y qué puedo esperar yo en este valle
de eterno padecer, de amargo duelo?
¿Qué me puede ofrecer este vil suelo
que en crudo acíbar empapado no halle?
¿Qué es un huérfano triste en este mundo?
Sin lastre, sin timón, es navecilla
que errante por el mar, camina sola,
azotada al empuje de ola en ola,
hasta arrojarse náufraga en la orilla.
Desgarraron mi pie rudos abrojos,
cansados de llorar están mis ojos,
¡ay! sin ver que una mano compasiva,
la lágrima enjugara fugitiva
arrancada al pesar y los sonrojos.
La vida, para quien perdió a una madre,
es larga historia de aflicción y penas,
y no hay gozo ni dicha que le cuadre
de negra soledad en las cadenas.

Al huérfano infeliz no hay más consuelo
que pensar en la muerte y en el cielo.

JUSTINO

¡Ah, Celso, ah, Celso mío! A tus palabras
se arranca el corazón, se allaga el pecho;
y no sé qué decirte; se reanuda
la voz en mi garganta comprimida;
queda ahogada mi voz, mi lengua muda...

CELSO

Anímate, Justino, y no te asombre
al decirte que el hombre
es sutil niebla, breve flor del campo
que se agosta fugaz del sol a un lampo,
antes que el prado mágica enalfombre.
La vida es el destierro y la amargura,
y nosotros pasamos cual mendigos
en extraña nación. Poco nos dura
el consuelo que prestan los amigos;
al querer abrazarlos, en la huesa
se esconden, reducidos a pavesa.
Lejos ya de este suelo en las estrellas,
unidas vagarán nuestras dos almas;
si unimos en el suelo nuestras huellas,
uniremos arriba nuestras palmas.
Y, ¡oh!, qué dulce ha de ser partir dichoso
de este triste destierro,
ofrendando la vida al bondadoso
Señor que en las alturas galardona,
con fúlgida corona,
la sangre que vertió candente hierro.
¡Oh! qué hicieras, Justino, si mañana
me vieses en el circo entre las fieras
bañado con mi sangre? Dí, ¿qué hicieras?

JUSTINO

Morirme de dolor.

CELSO

Alma pagana
parece que tuvieras, caro amigo.
Alegrarte debieras en mis glorias;
y si tienes pesar por mis victorias
mi amigo no serás, sino enemigo.

JUSTINO

¡Al Celso!, no es por esto,
mas, sí, porque dejarme quieres presto.
La guirnalda del mártir es hermosa,
mas ella no se posa
en sienes pecadoras cual la mía,
sino en la frente plácida del justo.

CELSO

La palma hermosa del martirio alcanza
no el que llora en menguada cobardía,
sino el que ora fundado en la esperanza.
Si otra vez me prometes, hoy, cumplirme
lo que ya tantas, ofrecido tienes
espera entonces, valeroso y firme,
alcanzar el laurel para tus sienes.

JUSTINO

¿Dudas de mi promesa?

CELSO

Bien, no olvides
que mi tumba ha de ser esta caverna.

Señalando la que está bajo la cripta de Fabia.

Consolar a mi padre...

Se cubre el rostro con los manos, en ademán de llorar.

JUSTINO

Cuanto pidas
realizado será cumplidamente.

CELSO

No puedo más, no puedo.

JUSTINO

No te aflijas:
tu amigo cumplirá cuanto le exijas.
Consuélate, ¡por Dios! Piensa en la Iglesia,
que tal vez de ti, Celso, necesita,
cuando la cruda tempestad arrecia...
Quisiera estar contigo,
mas es fuerza dejarte, caro amigo,
siquiera tus pesares considero.
Un abrazo: me voy.

CELSO

Será el postrero. *(Se abrazan)*.
¡Justino, adiós!

JUSTINO

¡Adiós! pero contigo.

ESCENA CUARTA

CELSO

¡Oh tierna madre mía!
¡Acude en mi dolor,
y dame en mi agonía,
heroico y fiel valor!
Valor, en mis tormentos,

valor, madre te pido;
escucha mis acentos,
y, ¡adiós, que me despido!

ESCENA QUINTA

CELSO, TORCUATO, BALBINO Y SEVERO

Mientras Celso exclama en su monólogo, como poseído de un éxtasis; sale Torcuato de la galería de la izquierda y llama a los otros dos interlocutores.

TORCUATO

¡Solo ha quedado, venid!
Venid pronto, que ya es tiempo.

Salen Severo y Balbino.

A Celso:

¡Salud, hermano, salud!

Le abraza.

¡Hermano mío! (¡Qué veo!)

Mirando a los soldados.

SEVERO

De orden del emperador,
es usted, ¡oh joven!, preso.

CELSO

Pronto estoy a vuestras órdenes,
ejecutad vuestro intento.

SEVERO

Es usted un criminal,

TORCUATO

Es un cristiano,

BALBINO

Un perverso.

SEVERO

O deja de ser cristiano,
o la muerte y los tormentos.

CELSO

El tormento es mi delicia,
la muerte todo mi anhelo.
¿Tú, Torcuato, contra mí?

TORCUATO

Ligadle bien, por el cuello.
¡Cuidado que se os escape!
¡Cuidado, que es un perverso!

ACTO QUINTO

TEODOTO Y CRISANTO

Al descorrerse el telón aparecen los dos, cavando el uno un sepulcro bajo la cripta de Fabia, y separando el otro la tierra que se desprende de la roca.

CRISANTO

Parece que, en cuanto a lo ancho,
está acabada la bóveda.

TEODOTO

Para el cadáver de un hombre
este espacio basta y sobra.

CRISANTO

¿Quién te ordenó que caváramos,
hermano mío, esta fosa?

TEODOTO

El presbítero Gaudencio,
y un joven.

CRISANTO

. ¿Cómo se nombra?

TEODOTO

No lo sé; mas me dijeron
que la tumba ha de estar pronta
para las vísperas.

CRISANTO

¿Sí?
Pues entonces va bien la obra.
¿Para algún mártir tal vez?
¿Para quién es esta fosa?

TEODOTO

Para un santo confesor
que será mártir a esta hora.

CRISANTO

¿Su nombre?

TEODOTO

No lo recuerdo.
Se me fue de la memoria.

CRISANTO

¿Y su familia y su patria?

TEODOTO

Como en la tierra no hay otras:
es un patricio muy noble
de familia senatoria,
un joven de raras prendas,
el lujo y gala de Roma.

CRISANTO

¡Qué portentos y milagros
que me confunden y asombran!

TEODOTO

¡Venturoso de aquel joven,
a quien por suerte le toca
ascender hoy al paraíso!

CRISANTO

Mas, ¿quién sabe! Muy dudosa,
en estas crudas batallas,
es la palma de victoria.

TEODOTO

Pero Dios a los que escoge
con mil gracias les conforta,
que vencen a los verdugos
y a los tiranos derrotan.
Cuántos mártires han visto,
cual lecho de frescas rosas
el ecúleo y las parrillas
y la hoguera aterradora.

CRISANTO

La tierra que va saliendo

lejos: más lejos arroja.

Tomando una medida de madera e introduciéndola en la bóveda.

La medida. ¿Qué? Ni un dedo
de la medida me sobra.

TEODOTO

Viniendo otra vez al mártir
para quien se hace esta fosa,
dicen que pasó por él
una cosa aterradora.
De los tres que le prendieron
uno murió a pocas horas
en las garras de un león;
los otros dos por una osa
se vieron acometidos,
salvándose a mucha costa,
con las carnes desgarradas
y las piernas casi rotas;
pues los tres habían estado
en el circo.

CRISANTO

¡Triste cosa!

TEODOTO

Dicen más: que el joven mártir
mostró fuerza tan heroica,
que, avergonzado Galerio,
loco de furor y cólera,
ordenó que se le arroje
a las fieras más rabiosas;
pero que ellas, ¡oh portento!
se tornaron cual palomas,
y el santo, en éxtasis dulce,
entregó su alma dichosa.

CRISANTO

¿Y después?

TEODOTO

Aquí termina
esta memorable historia.

CRISANTO

Junto con la narración
terminada está la fosa.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS, EL PREFECTO Y UN CRISTIANO

Aparece el prefecto por la galería de la izquierda, guiado de otro cristiano, que al dejarle en la entrada de la caverna se despide.

VENUSTIANO

Este es el sitio. ¡Gracias mil, hermano!

CRISANTO

¡Adiós señor!

VENUSTIANO

¡Adiós! Mas, ¡ah!, le ruego
se digne regresar.

CRISANTO

Volveré luego. *(Vase).*

VENUSTIANO

(Torno ya, Fabia amada, tierna esposa
torno a regar con lágrimas tu losa).

Crisanto y Teodoto que habían estado ocupados en recoger sus instrumentos, advierten la presencia de Venustiano.

TEODOTO

(¿Quién es?)

CRISANTO

(¿Quién viene?)

TEODOTO

(¡Guárdate! ¡El prefecto!)

CRISANTO

(¡Santo Dios !¡El prefecto, quién creyera!)

TEODOTO

(¡Huyamos!)

Al ir a fugar los mira el prefecto y deteniéndoles.

VENUSTIANO

Aguardad. ¿Qué...? ¡Deteneos!
Si corréis por cristianos,
no tenéis que temer, sois mis hermanos.

CRISANTO

(¿Cristiano?)

TEODOTO

(¡Qué prodigio!)

CRISANTO Y TEODOTO

(Postrándose). A vuestras plantas.

VENUSTIANO

¿Por qué os postráis? Alzad, alzad del suelo:
el prefecto no soy; sí, vuestro amigo.
Habladme sin recelo.

Reparando en la recién abierta cripta.

¿Otra tumba?

CRISANTO

¡Señor...!

VENUSTIANO

¿Qué significa?

CRISANTO

Es la tumba, señor, que se prepara
para los restos santos
de un nuevo mártir, que hoy se añade a tan-
(tos.

VENUSTIANO

¡Un mártir! ¡Dios eterno! !Qué noticia!
¿Y cómo no he dejado este recinto
para salvar al mártir? ¡Con su sangre
mi rostro criminal se encuentra tinto!
¿Habéis visto a mi Celso, por ventura?

CRISANTO

No, señor.

VENUSTIANO

¿Y sabéis quién es el mártir?

TEODOTO

Un tierno adolescente
en linaje y virtudes lleno.

VENUSTIANO

¿Huérfano o con padre?

CRISANTO

Lo ignoramos.

TEODOTO

(A Crisanto)

¿Crisanto, hermano mío, qué esperamos?

(A Venustiano)

Señor, a vuestras plantas.

VENUSTIANO

Un momento,
os suplico, por Dios, estéis conmigo;
es propio de cristiano sentimiento
consolar a los tristes.
—¡Oh mísero, fatal y pobre padre!
El que tiene de ver este sepulcro
en cuyo fondo puestos
del hijo de su amor serán los restos.
¡Pobre padre, infeliz y desgraciado!
Si el hijo que le quitan
fue el único quizá de sus amores,
si muerta llora a la querida esposa,
y prueba, como yo, hiel de dolores.
¿El nombre de este padre no supisteis?

TEODOTO

No, señor.

VENUSTIANO

Saturado de amargura,
vestido el corazón de horrible duelo,
el triste, inconsolado, infeliz padre
gemirá sin consuelo.
A la entrañable, paternal ternura
no hay desgracia más dura
que perder a los hijos.
Mas, ¡ay dolor!, si el hijo es uno solo,
el perderlo es perder la misma vida.
El mundo contemplad de polo a polo
y ved si hay pena que con ésta mida.
El hijo para un padre es la esperanza
de sus postreros, desvalidos años,
es el único amor que jamás cansa,
ni acibara con tristes desengaños.
Y, ¡oh!, quien lamenta prófugo en el mundo
muertas, llorando, sus queridas prendas,
para quien es la tierra impuro lodo,
el hijo postrimero que le queda
es su vida, su amor, su dicha y todo.
Sabedlo, hermanos míos: yo a la tierra
detesto como a cárcel de dolores,
no hay dichas para mí, gozos ni flores,
un rudo cambronal a mi alma cierra.
Como errante proscrito en un desierto,
voy viajando en el mundo solitario;
y el mundo es para mí terrible osario;
amigos y mujer, todos se han muerto.
Y si este suelo piso todavía,
es porque un hijo de mi amor me resta,
sin mirarle no paso un solo día;
y al perderlo, ¡mi Dios!, me moriría.
¡Ah!, por esto me duelo de esos padres,
que con afán prolijo
contemplando el hogar desamparado,
llorando clamarán mártir a su hijo.
Dicha grande es ser mártir, grande gloria,
de que la logre Celso yo me holgara;
mas después que me encuentre en el sepulcro
antes no: me matara.

¿Qué me importa de Celso la victoria,
si ha de dejar, por ella, al padre triste?
No muera, no, mientras su padre existe.
Y un hijo como Celso, ¿dónde se halla?
Tan lleno de humildad, tan manso y bueno,
de amor y caridad se abraza lleno;
o me habla mil ternezas, o se calla.
¡Oh!, ¿dónde está? Decidme. ¿No le visteis?
Vosotros que sabéis estos lugares,
encontrarle podréis sin fatigaros;
si le miráis decidle que se venga,
que lejos de su amada vista peno
abrumado de duelos y pesares.

CRISANTO

Quedad con Dios, señor.

TEODOTO

Vamos a verle.

VENUSTIANO

Decidle si le halláis que venga listo,
que un año me parece no le he visto;
que todo pronto está; pues, el buen Cayo
perdonando mi culpa, en la grey santa
mi nombre colocó; que el plazo fijo
para el bautismo está; que su venida
aguardo para hacer lo que me resta,
y salir de esta Roma fementida.

TEODOTO

Le diremos, señor.

TEODOTO Y CRISANTO

A vuestras plantas.

VENUSTIANO

Que Dios, hermanos míos, os asista.

ESCENA TERCERA

VENUSTIANO

Mientras habla Venustiano, empieza a sonar a lo lejos la música, a breves intervalos, haciéndose cada vez más perceptible.

Feliz el mártir que alcanza
ver cumplida su esperanza,
ver llenado su deseo;
¡infeliz de mí!, que veo
que mi desdicha se avanza.
¡Mártir!, que vienes al lado
de esta tumba que venero,
de Jesús crucificado
benigno alcances espero
el perdón de mi pecado.
Tenga dos intercesores
para lograr lo que pido,
la esposa de mis amores,
y el mártir que hoy ha subido
del cielo a los resplandores.
Acerbo y rudo tormento
a mi alma aflige y destroza,
y que náufrago rebosa
mi pobre corazón siento
en mar de hiel horrorosa.
Ya no resisto al embate
de mis airadas pasiones,
ya mi espíritu se abate;
parece que en mí combate
un millar de corazones.
Ya me decido unas veces
a recibir el bautismo,
ya tornándome al abismo,
siento inflamarme con creces
en amor al paganismo.
Me aguardan, si soy cristiano,
muerte, infamia y vituperio;
mas si prosigo pagano,
me espera, como a romano,

la diadema del imperio.
Y en este cruel batallar
sin perder y sin ganar,
no me puedo decidir,
y entre penar y penar
dejando voy de vivir.

ESCENA CUARTA

Asoma Justino por la galería de la izquierda, lleno de agitación, trayendo dos guirnaldas de flores en las manos; y dice los primeros versos sin apercibirse de la presencia de Venustiano. La música se acerca más y más a la escena.

JUSTINO

(¡Lista está, lista se halla ya la tumba!
¡He cumplido tu encargo, Celso mío!
¡Jesús...! ¡Aquí el prefecto!)

VENUSTIANO

¿Qué tumba...?
¿Celso? ¿Celso...? ¿Qué escucho...?
¿Desvarío
de uno y otro pesar a la balumba?
¿Tú...? ¿Justino...? De Celso confidente,
¿do dejaste a mi Celso? ¿Do le viste?

JUSTINO

¡Oh, padre sin igual, dichoso y triste,
huye de aquí, y aparta prontamente!

VENUSTIANO

¡Jugando está quizás el inocente,
olvidando a su padre, entre cabriolas!
¿Do está mi hijo? ¡Responde, te lo ruego!

JUSTINO

¡Ceñido de laurel y de amapolas
del éter surca las lucientes olas!
Padre feliz, aparta, aparta luego.

VENUSTIANO

¡Ingrato, ingrato Celso, cual me olvida,
por inútiles, vanas travesuras;
ignora que su padre da la vida
cercado de terribles amarguras,
rasgado el pecho con profunda herida.

JUSTINO

¡Pregúntame, señor, cómo no muero,
cuánta pena, mirándote, recibo;
cómo muriendo, sin morirme vivo!
¡Oh, aléjate, señor, huye ligero!

VENUSTIANO

¿Por qué te muestras contra mí severo,
Justino, tú también? Por vez postrera:
¿viste a Celso...? Respóndeme siquiera...
¿Te callas? ¡Ah!, de Dios por el gran nombre!

JUSTINO

¡Oh tormento sin par! ¡Oh pena fiera!
Perdóname, señor, y no te asombre
que te abrace y te bañe con mi lloro...

Se arroja en los brazos de Venustiano.

VENUSTIANO

Y, ¿qué misterio es este que yo ignoro?
¿Por qué no puedo, Celso amado, verte?...
¡Una desgracia acaso...! Sí... no ignoro;
entre tanta desdicha que deploro...
¡Oh, mándame, Señor, manda la muerte!...

ESCENA QUINTA Y ULTIMA

VENUSTIANO, JUSTINO, ACOMPAÑAMIENTO DE CRISTIANOS

A lo último de la escena anterior, mientras Justino llora entre los brazos del prefecto, sale de la galería de la izquierda una larga procesión de cristianos, que se colocan a uno y otro lado del teatro, llevando hachas y ceras encendidas. Al medio de la procesión aparece en alto un pequeño féretro, sobre el que se descubre un cadáver cercado de flores; los que cargan el féretro se adelantan a la comitiva y lo depositan al pie de la recién abierta cripta.

UN CRISTIANO

¡El prefecto! ¡El prefecto!

OTRO

¡El padre! ¡Oh triste!

OTRO

¡Y el hijo, muerto aquí!

VENUSTIANO

¡Jesús, yo muero!

JUSTINO

Tratando de detener al prefecto que intenta precipitarse sobre el féretro:

¡Cubrid esos despojos! ¡Dolor fiero...!

VENUSTIANO

¡Celso ,hijo mío, Celso, Celso!!!

Cae desmayado en brazos de Justino, y los que lo rodean se precipitan a socorrerlo.

JUSTINO

¡Diste,
padre feliz, al mundo otro lucero!

FIN DEL DRAMA.

LA AURORA.

Organo de "La Esperanza," sociedad literaria del Azuai.

AÑO I. } CUENCA, JUNIO 14 DE 1871. { NUMERO 1.

ADEO IN TENERIS CONSUESCERE MULTUM EST.— *Virjilio Georg.*

LA AURORA.

Primeros ensayos.

Un año de ecsistencia lleva la sociedad literaria establecida en esta ciudad por varios alumnos del seminario, sociedad que recibió, desde su inauguracion, el hermoso nombre de *La Esperanza*. ¡ Cuán felizes se considerarian sus fundadores, si las personas ilustradas del Azuai hallasen razon suficiente para decir: *Conveniunt rebus nomina sepæ suis*, refiriéndose a los servicios que ella pudiera prestar a la juventud estudiosa ! Qué honor mas grande que el de ser reputada como la *esperanza* del país ?

Los que la inauguraron un año ha i la han mantenido hasta hoi, atizando en el corazon de los jóvenes el fuego sagrado del entusiasmo, amon tanto al Azuai, que deliran por verle ascender, a toda costa, al rango de los pueblos verdaderamente civilizados i cultos. I, como la realizacion de este sueño dorado, de esta ambicion suprema, no puede alcanzarse, sin dar un eficaz impulso al progreso literario de las jeneraciones que se levantan, necesario les fué agrupar a la juventud i hacer que trabaje, por sí misma, en formarse un porvenir distinguido.

I ella se prestó de mui buena voluntad, contrayendose desde luego a trabajar tan asiduamente i con tal acierto, que es sobremanera notable el adelanto que hasta hoi ha obtenido. Lo demuestran sus *primeros ensayos*, que, si no pueden calificarse de perfectos, siendo como son las primeras pinceladas de una mano temblorosa e inesperta, no por eso dejarán de tener bastante mérito, para quien los ecsamine sin prescindir de una circunstancia esencial: la de que sus jóvenes autores frecuentan todavia las clases de un establecimiento literario; de modo que cada una de sus sencillas i prematuras composiciones debe ser considerada, por todo crítico imparcial, como el boton de una flor que se abrirá mas tarde.

No las publican por vanidad. El reglamento de la asociacion a que pertenecen les obliga a ello; i en verdad que mui atinadamente, pues

LA POESIA

Al dirigir la vista por el vasto ámbito del universo, se encuentra en cada uno de los objetos que él contiene tanta gracia y armonía, que basta uno sólo de ellos para maravillar al que lo contempla. En efecto, ¿queréis admirar la belleza? Ved el átomo que se embebe en un rayo de luz o los inmensos globos que se deslizan por el firmamento; la humilde florecilla que se mece al soplo de la brisa o los cedros del Líbano, que confunden sus copas en el azul de los cielos; el insecto que se oculta entre la yerba o el corpulento elefante que mora en los desiertos arenales de la Libia.

Pero después de esto, aún no habéis visto lo más admirable. Existe un ser, bello como la naturaleza, sublime como la omnipotencia misma de Dios, y que resulta del hermoso cuadro de la creación. ¿Cuál es? El corazón humano. El universo es su dominio, y él es un compendio de éste. Su naturaleza, un misterio tal, que ni los esfuerzos combinados del fisiólogo y del metafísico han hecho otra cosa que tocar la margen de esta tierra virgen que la investigación no ha hollado todavía, según el pensamiento de Buffón. ¿Quién será, pues, capaz de sondear sus nobilísimas facultades? ¿Quién, de penetrar en su interior, que es un arcano reservado solamente a la Divinidad?

Esta lira de Dios llamada corazón, cuyas fibras, como otras tantas cuerdas, producen vibraciones, tan melodiosas que no hay nota con que poderlas expresar; este corazón, presente de la Divinidad, tiene también su idioma, y el lenguaje de los corazones es lo que se llama poesía. Y un idioma tal, cuyas cifras son las flores, cuya expresión es la música, no es sino un destello del cielo, una melodía escapada de esas arpas angélicas, a cuyos encantadores acentos se postran los bienaventurados, en éxtasis eterno, ante el excelso trono de Dios.

Esta centella divina armoniza el mundo; se encarna en el genio, hace germinar la vida, difunde la luz, nos revela el espacio con sus misterios y el tiempo con sus arcanos inescrutables.

Dios mismo, *el gran Poeta de los mundos,* según la frase de Lamartine, se complace en hablar al hombre con este lenguaje. Este *sublime músico* es el mismo que pulsa, con inefable melodía, las fibras del corazón. ¡El fue quien, infundiéndole su espíritu a Moisés, le hizo prorrumpir en un himno sublime, hasta entonces nunca oído! El hizo cantar a Débora: pues no eran palabras suyas las que ella profería, sino que la unción de Dios las hacía brotar de sus labios. El, con su divino aliento, hizo estremecer el arpa del Salmista; por El, se elevaron los profetas a las regiones de la inspiración; por El en fin, aparecen sobre este mundo, de vez en cuando, esos videntes de los tiempos presentes, que han tomado el nombre de *poetas*.

Y no existe un hombre solo que no se halle dominado por el sentimiento de la poesía. Examinemos a los individuos, uno por uno, y observaremos que, desde el silbido del beduino, en los arenales del Sáhara, hasta el himno de los banquetes regios, se deja percibir la inspiración. Dícese que los salvajes de la América del Norte tienen un lenguaje naturalmente poético. ¿Y por qué no había de ser así? Dios que dio al cisne y al ruiseñor melodías tan admirables, ¿no se las habría dado al hombre, habiéndole adornado de una voz, que, como dice Cicerón, suena con la misma armonía que una cítara? Es preciso confesar, pues, que la poesía es uno de los elementos del espíritu humano, y la condición indispensable de su inmortalidad; pues, Buffón ha dicho, también, que una obra pasa a la posteridad, cuando su estilo es admirable, y que la gloria no alcanza cumplidamente su laurel, sino cuando se hermana con la poesía.

LA AURORA. Organo de "La Esperanza", Sociedad Literaria del Azuay. I: 1 (14.VI. 1871), págs. 5-7.

EL CULTO CATOLICO

La religión católica, que encierra en sí tantos tesoros del sentimiento, que es el depósito más abundante de belleza poética, de una hermosa sencillez y de una inefable sublimidad, nunca nos da a conocer mejor sus portentosas cualidades, que cuando despliega ante nosotros la majestad y ternura de su culto. Desde la misa que celebra el misionero, sobre la piedra de un campo, hasta la que pontifica el Sumo Sacerdote, en la imponente basílica de San Pedro, con toda la pompa y magnificencia del catolicismo, se nota en las sagradas ceremonias tanta elevación y grandeza que el alma se transporta a regiones desconocidas y como que goza, con anticipación de la celestial bienaventuranza. En todo se ve el reflejo de la Divinidad, un remedo, si es permitido decirlo así, de la verdad infinita. El espíritu recibe, en tan solemnes circunstancias, una misteriosa expansión, despojándose, en cierto modo, del peso de la materia, para engolfarse en los abismos del éxtasis.

Esa sombra de dulce melancolía que reina en la religión toda y que tan vivamente se deja apercibir en el culto, armoniza de tal manera con las tendencias del corazón, que bien pudiera reputarse aquel como una sola y grande oración que la humanidad eleva hacia el Eterno. De aquí es que se encuentra, en medio de él, ese consuelo en las aflicciones, ese lenitivo en las miserias, que ninguna cosa criada es capaz de ofrecernos.

Compréndese, por esto, que la religión es la única esperanza y refugio suministrados por Dios al alma desterrada, en medio de este vasto desierto, sembrado por todas partes de abrojos y de espinas. ¿Quién no ha agotado, una vez al menos en su vida, su acibarada copa de infortunio? ¿Quién no ha sentido su alma saturada de hiel? ¿Quién no ha experimentado aquellos vértigos que nos impelen hacia la desesperación? ¿Y quién, si ha concurrido entonces a la casa del Altísimo, si ha oído esos cantos tristemente melodiosos que parecen el llanto de la humanidad, no ha sentido descender, a su lastimado

pecho, una gota de bálsamo?

La música religiosa ,sobre todo, se ha elevado realmente a la sublimidad. La música, que, de suyo, tiene una magia inexplicable que es capaz de despertar a la materia de su eterno y profundo letargo, llega en el culto católico a ser el eco de las angélicas armonías. ¡Qué hermoso es, a la caída de la tarde, cuando el sol despide sus últimos rayos y penetran éstos, débilmente, por entre las celosías del templo, qué hermoso es percibir esas ondas empapadas de armonía, que andan vagando en el ámbito de las anchurosas naves, multiplicando el eco de las divinas salmodias, con una melancolía indefinible, capaz de ser comparada a los suspiros de un ángel!

La vista goza y se levanta también ante las augustas ceremonias del culto. Ellas dejan traslucir la presencia del Omnipotente, como si el velo que le oculta a los ojos mortales adquiriese una especie de transparencia. Bien se comprende, en tales momentos, que un culto tan excelso y magnífico no puede tributarse sino a la Divinidad. Un protestante decía a Diderot, que jamás había visto al Sumo Pontífice celebrar en la basílica de San Pedro, circundado por los cardenales y la primacía romana, sin hacerse católico. Y el mismo Diderot confesaba que nunca había visto, sin enternecerse, aquel largo séquito de clérigos, con hábitos sacerdotales y aquellos jóvenes acólitos, vestidos de albas blancas, ceñidos de cíngulos y derramado flores al Santísimo...; que jamás había oído aquel canto grave y patético, entonado por los sacerdotes y afectuosamente repetido, por voces innumerables de hombres, mujeres y niños, sin que su corazón se conmoviese y llenase de alegría, y su rostro se bañase en lágrimas.

Tal es el influjo que ejerce el culto en el corazón humano. ¡Desgraciado del que lo desprecia, pues se priva del único consuelo, de la única esperanza que puede hacerle llevaderas las miserias de este mundo! De aquí proviene que los impíos que no han traicionado sacrílegamente los más íntimos sentimientos de su alma, han recurrido a la religión católica y a su culto, en los mo-

mentos de llanto y de dolor. D' Alembert, después de haber buscado el consuelo en el seno de esa religión, principiaba su testamento: **En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo**. El mismo Voltaire, exhortando a su moribunda discípula la marquesa de Chatelet, la excitaba a que recurriese a los consuelos del catolicismo, y, cuando ella se admiraba de tal conducta, le contestaba: "Preciso es atenerse a lo más seguro, porque, quién sabe lo que en los otros mundos pasa". Aún él mismo pidió un confesor, cuando se hallaba moribundo.

Pero no sólo esto, otro de los maravillosos efectos del culto católico consiste en que es el móvil de la civilización de los pueblos. Si Orfeo y Anfión fueron los que levantaron a la Grecia, de la barbarie a la ilustración, por medio de la música, la religión católica y su culto han levantado a la Europa moderna del oscurantismo de otras edades, al grado de civilización actual. Ellos son los que han transformado hordas de bárbaros en pueblos ilustres. "Culto maravilloso, dice Chateaubriand, que, por una superabundancia de medios, ha creado gobiernos tan sabios como los de Minos y Licurgo".

Pasma, ciertamente, cómo la grieta de una roca, que fue el primer altar de un pueblo, o una caverna subterránea y oscura, hayan sido el foco de civilización actual.

LA AURORA. I: 3 (28.XII.1871), págs. 25-27.

EL PORVENIR

Todo hombre ha sido creado para desempeñar, en la tierra, una función especial; lo difícil está en conocerla. Por esto, el joven se agita, deseando saber a qué está llamado por la Providencia, y cuál será el papel que desempeñe en el mundo: ¿Cuántas veces no nos hemos dicho qué será dentro de veinte años? Mas este descubrimiento es un imposible, y sólo está reservado a la penetrante intuición del profeta. Por otra parte, es un efecto de la bondad de Dios el que nos esté velado el porvenir; más lágrimas esperan al hombre, que gozos; y, el *brillante porvenir* que nos fingimos, es una ilusión, es una bruma, dorada por los horizontales rayos del sol de la tarde, que remeda palacios y jardines, pero que serán disipadas por una brisa.

El joven se afana, baña su rostro con el tibio sudor del trabajo; mas, ¡ay! muchas veces, todas sus fatigas van a parar en los repugnantes andrajos de un mendigo, y, talvez, en el banco de su suplicio. ¡Cuántos se sonríen por primera vez en el lecho de oro y pedrería, y todas sus riquezas y fortuna van a estrellarse ante una desgracia, como esas hinchadas olas del océano, bañadas con los colores del iris, que se deshacen contra una roca!

Es verdad, también, que, algunas veces, las coronas se asientan en cabezas plebeyas, pero esto es tan raro casi como un prodigio, y, si es cierto que un Félix Perelti, pobre pastor de cerdos, llegó a ceñir la tiara de San Pedro; que un Justino, pastor también, se sentó en el solio de Costantinopla; que un Nedier, bandolero persa, fue, después, el conquistador y famoso Shah Thamas—Kouli—Kan; que Napoleón I se hizo emperador de los franceses, y Benito Juárez, indígena que, cuando niño, ni hablar sabía el idioma castellano, fue presidente de Méjico; si todo esto es cierto, es, más aún, que hay un inmenso padrón de reyes supliciados, de coronas arrojadas en el cieno y de púrpuras desgarradas. No ha-

blemos de aquellos que como los Valerianos, Andrónicos o Bayacetos, expiraban en medio de horrendos suplicios, o encerrados en jaulas, abrumados de escarnio e ignominia; recordemos sólo a un Carlos I o a un Luis XVI, y veremos que en cada siglo se realizan tales escenas.

Esto sucede con los reyes; qué diremos de los demás hombres? ¡El mundo es un terrible drama, en el que se ven potentados abatidos hasta la indigencia y hombres que se duermen con la copa del placer a los labios y despiertan con el veneno en las entrañas! Si el mundo es tan variable, ¿no es un beneficio de la Providencia la incertidumbre de nuestra futura suerte? Ese niño que se sonríe de gozo al dar su beso de amor a su madre, lloraría, si supiese que su último suspiro lo ha de exhalar en un cadalso...

II

Era una tarde de verano; los postreros rayos de sol inundaban, con su luz, las altas techumbres de una ciudad; por una colina descendía, hacia ella, un camino, por el cual bajaba un hombre de avanzada edad, de humilde vestido y de aspecto de viajero; luego se sentó bajo un añoso algarrobo. Estaba mirando por un rato la ciudad, con sus variados cuadros, y exclamó: "¡Oh tiempo y cuán diversas no son tus faces! Yo salí de esta ciudad, cuna de mi infancia, joven de 15 años, inflamado en ilusiones. Recuerdo que, cuando niño, en mis paseos me sentaba bajo este mismo árbol. ¡Ah, y qué vida no me fingía! Yo me veía, en mis ensueños, entonces, empuñando el cetro de un imperio; mi esperanza me presentaba los días de mi vida, allá en lontananza, como un horizonte bañado por la luz de la aurora. Ahora vuelvo, y cuántos torrentes de lágrimas no han surcado mis mejillas; me he abrazado con la miseria, con un amigo, con otro, ¡y he palpado mil desengaños! — Cuando abandoné tu suelo, patria mía, me sentaba en este mismo sitio, me despedí de ti y me reí; ¡mas ahora!..."; y lloró el anciano.

III

Al joven todo le es dado esperar: la gloria más grande, los honores más culminantes. Puede aspirar a una tiara, a una corona; todo le es posible, hasta ser el primer hombre de su siglo. ¿Y qué joven no ha esperado mucho? Pero, así como se vive, se van deshaciendo las esperanzas y es más difícil o imposible la realidad; hasta que llega cierta edad, quedan fijados con ella nuestros destinos, de los cuales no nos desviaremos ya. Y el que, ahora, niño, se finge un porvenir de gloria o ignora su suerte, dentro de 20 años, se encontrará, quizás, en la cumbre del poder o confundido entre la multitud; quizás dormido con el sopor de la muerte o en un vértigo de gloria; quizás proscrito o caminando a un suplicio; tal vez en medio de la orgía frenética del mundo, o en el rincón de una celda. ¡En todo caso, 20 años menos de vida y más cercanos a la sima de la eternidad!

LA AURORA: I: 4 (29.II.1872), págs. 38-39.

LAS CORONAS

Coronas hay de varias clases; unas son de oro, otras de laurel, unas de flores, otras de ciprés o de espinas.

Las coronas de oro son las de reyes y tiranos. Y, aunque en su vértice lleven el sagrado signo de la cruz, en pocas armoniza, él, con la mansedumbre y virtud de los portadores.

Las más de ellas son labradas por esclavos, en el yunque de la tiranía y la fragua de la soberbia; y el martillo de que se valen es el formado del hierro de cadenas.

La soberbia ha querido elevar estas coronas a la apoteosis; pero Dios ha lanzado un rayo que las ha reducido a cenizas, fundiéndolas en la frente de los soberbios. Otras, sembradas en el fétido e inmundo cieno de los calabozos, han quedado olvidadas, a par de los tiranos.

Las coronas de oro son las más ambicionadas, y, sin embargo, su peso, peso de un reino, hace reventar en sangre la frente de los reyes.

Coronas hay también de laurel: pero de éstas no se ciñen sino los predilectos de la gloria y del honor.

Las legiones guerreras y vencedoras las ostentaban en sus cascos.

También los hijos de la armonía entrelazan, con ellas, su cabellera y ornan, con las mismas, sus cítaras. Sólo en los campos de la gloria y el honor se siega la planta de que están formadas estas coronas.

La diferencia entre ellas está en que el laurel del guerrero alimenta sus raíces en los sangrientos charcos del combate, y el del poeta en las linfas de un torrente cristalino; en que el primero denota la gloria en la destrucción, y, el segundo, en la creación de un mundo ideal.

Pero, las más veces, la corona del poeta muy pronto se marchita, al fuego de su frente, calcinada por la desgracia; y su nombre queda como el emblema del dolor y de la miseria: tal es la suerte de esta especie de héroes.

Otras coronas son de flores.

La juventud, ebria de placer y de ilusiones, se adorna con ellas, deshojándolas sobre la mesa del convite, y gritando: "Coronémonos de rosas, antes que se marchiten". Pero viene el helado cierzo de la vejez o de la muerte y, entonces, caen mustias y ajadas, dejando sólo espinas punzadoras.

La única corona de flores, hermosa y pura, es la de azucenas que ciñe la inocencia; pues su aroma es encantador y sus níveos y aterciopelados pétalos reflejan el candor angelical.

Adán y Eva la ciñeron en el Paraíso; ahora la llevan las vírgenes y las desposadas.

¡Qué hermoso es ver a una virgen, dormida con el sueño de la muerte, tendida en su lecho funerario, con una guirnalda de azucenas en sus sienes y una palma de jazmines en sus manos!

En las catacumbas, sobre la cripta en que yacía una virgen mártir, colgaba una corona de azucenas que se marchitaba, junto con su rostro.

En el cielo, los coros espléndidos de las vírgenes están ceñidos de azucenas.

La corona de ciprés es la corona fúnebre que se marchita sobre las tumbas, donde mezcla sus perfumes con el olor del polvo de los muertos. ¡Corona sagrada, porque es el último recuerdo y adiós de un esposo, o de un amigo! ¡Cuántas veces no se ve brillar, trémulas, en sus hojas, las lágrimas de una madre que ha ido a llorar sobre el sepulcro de su hijo!

Dos amigos se hallaban proscritos en un lejano país; murió uno de ellos y, el otro, por último recuerdo, clavó en la tierra de su sepulcro una cruz, entrelazando en sus brazos una corona de ciprés. ¡Corona que guarda los últimos adioses!...

Vengamos a la corona de espinas; corona divina, porque la ciñó Dios; corona santa, porque es la del martirio y la penitencia; corona gloriosa, porque las gotas de sangre que ella hace brotar se transforman en estrellas. Corona es también de castigo: por esto la lleva toda la humanidad sobre su demacrada frente. Algunas veces las espinas bajan al corazón; entonces destrozan sus fibras y llevando la aflicción hasta el vértigo, forman esos locos de dolor que se llaman desesperados.

Esta corona es la de la estirpe de Adán y es de todos tiempos, porque, mientras las lágrimas y el sudor del hombre humedezcan este suelo, durará la maldición divina, y mientras ésta dure, la tierra producirá abrojos y espinas que desgarran nuestras sienes.

Pero corona es también de gloria y de esperanza, porque la llevó Jesús, el mártir de los mártires, hermano de dolor de los hombres. ¡Dichoso quien sabe cambiarla, en el Empíreo, por una guirnalda de luceros!

LA AURORA: I: 5 (11.IV.1872), págs. 52-54.

LA FAMILIA

Al formar Dios al hombre y colocarle en medio de los vergeles del Edén, vio que *no estaba bueno* que fuese solo, y le dio una compañera, formada de su misma carne, cuando Adán se hallaba extasiado en un dulcísimo sueño de amor: he aquí la primera familia del universo. El Omnipotente no había criado las cosas por un mero capricho, sino con altísimos fines, y por esto a ningún ser dejó aislado, sino que los eslabonó a todos entre sí y dio medios a los individuos para perpetuarse en su especie. El hombre solo, en la tierra, sin un semejante suyo, era una anomalía en los planes de Dios, quien dijo: *Non est bonum esse hominem solum*.

La familia es una necesidad para el hombre: el padre, la madre, el hijo, he aquí lo que se llama familia, y he aquí el fundamento, la raíz de la humanidad: sin aquella es imposible conseguir ésta, y, lo que es más, ni al hombre como individuo. El Hacedor Supremo dio a todos los seres ciertas exigencias, en relación con su naturaleza, como condiciones para su vida, y, en el hombre, la exigencia más imperiosa es la de la generación. En efecto, nace, es un niño, ¿pero qué niño? Embrión de hombre que necesita del calor maternal para su conservación y desarrollo; joven, se halla rebosando en sentimientos impetuosos, que necesitan comunicarse, sin lo cual le consumirían a él mismo, y, entonces, el amor conyugal se levanta como una tierna flor, fecundada por la juventud. Mas, los días del hombre pasan con la rapidez de un rayo; pronto se encuentra como agostada flor, que ha perdido su hermosura y su lozanía, doblega su tallo y besa el suelo de su tumba; entonces se llama anciano, y sus fatigas y sus dolores y sus miserias necesitan de la compasión de un hijo, que le asista en sus últimos instantes y riegue un puñado de tierra sobre sus restos. He aquí la vida toda del hombre, como un parásito que no puede nacer, vivir, ni germinar, sino arrimado a la familia.

Pero la familia no es sólo una necesidad, es también un placer, es el único goce, quizá, del hombre sobre

la tierra; pues Dios no ha sido, ni pudo ser, un tirano. Por esto, en la satisfacción de todas las necesidades ha puesto el deleite, el goce.

Los más nobles sentimientos, las puras y verdaderas virtudes, los actos más heroicos, tienen su historia en la familia; allí, la ambición, la gloria vana, son plantas exóticas, que mueren por falta de alimento. Los cuadros más tiernos de la naturaleza son tomados de la familia; el buril y el pincel se han cubierto de gloria, siempre que han consignado en el mármol o en el lienzo las escenas tiernas y patéticas de la familia. Uno de los cuadros más celebrados de la antigüedad fue el de Arístides, en el que están representados una madre, que, en el saqueo de su ciudad, expira de una puñalada, y un niño que aún no se desprende del pecho de la infeliz. La tragedia más terrible y conmovedora ha sido el "Edipo", porque en ella se exhiben las desgracias de una familia. En fin, la naturaleza es nada sin el hombre, y el hombre es nada sin la familia; la familia entra en todos los cuadros, escenas y acontecimientos, para darles vida y animación. El hombre no es hombre sino en familia, y por esto, si se quiere conocer a un hombre se va a los secretos del hogar y no al bullicio del mundo, porque en éste no reina sino la ficción.

La orfandad es el más terrible de los males para el hombre, porque es la privación de la familia, porque las lágrimas del huérfano no son enjugadas por el paño de amor maternal, porque sus miserias no hallan alivio. La patria, este nombre tan dulce, tan lleno de tiernos recuerdos, tan seductor, se desvanece sin la familia. El huérfano es un extranjero sobre la tierra, porque la raíz que ata al hombre al suelo es la familia; sin ella no hay patria.

Rousseau, ese misántropo consuetudinario, que miraba a los hombres como enemigos, no tenía familia y, por eso, el huérfano de Ginebra, con su *pacto social*, en vez de expresar un error, manifestó la enfermedad de su corazón. El filósofo griego Timón, miraba la vida como un suplicio, la sociedad como un calabozo y brindaba, como un gran regalo, a sus compatriotas, un árbol

de su huerto, para que les sirviese de horca; pero hay que perdonarle: debía de ser un huérfano, un hombre sin familia. Las más funestas consecuencias de la revolución francesa consistieron en relajar o disolver, con diabólicos principios, los sagrados lazos de la familia. Entonces, una señora tenía vergüenza de ser *esposa* y se gloriaba de la prostitución. Esto fue lo que indujo a esos fanáticos del crimen a mirar a la humanidad como un vil rebaño de animales inmundos, cuya sangre debía agotarse en la guillotina; esto hacía exclamar a Dantón: "La humanidad me fastidia", y a Barrere: "Ya estoy harto de los hombres": ¡justo castigo de sus crímenes!

Al contrario, la familia, en todos tiempos, ha sido el último recurso de los hombres desgraciados. Los que se hastían de las glorias y grandezas humanas, llenos de desengaños, han dejado muchas veces el trono y han arrojado el cetro, para ir a esconder en el seno, siempre dulce de familia, como un Diocleciano en su huerto de Salona, como un Amunat II, en las vegas de Magnesia. Una desgracia de la familia no ha podido ser consolada ni con todos los honores de este mundo. Enrique II de Inglaterra murió de una calentura ocasionada por la rebeldía de sus hijos, sin bastarle el consuelo de ser uno de los más grandes monarcas de su patria.

La soledad más triste y silenciosa se torna alegre, para un hombre, con la familia. El árabe, en su andar errante, vive contento, en medio de los océanos de arena y del abrasador viento del desierto, privado de la sociedad y sus glorias. El salvaje de nuestros bosques, sumergido en medio de una pomposa vegetación, aislado en una vasta soledad, vive contento al lado de su esposa y de sus hijos, sin tener más abrigo que un miserable techo, ni más alimento que las frutas silvestres. La familia buena es la felicidad del hombre en su proscripción sobre la tierra; élla era en la antigüedad la bendición de los patriarcas, y ahora lo es del hombre honrado. La familia mala es la maldición de Dios: este fue el castigo de David, y lo será de todos los hombres malos. El más infeliz de los hombres es el que vive solo.

LA AURORA: I: 6 (21.VI.1872), págs. 61-63.

REFLEXIONES SOBRE LA ADVERSIDAD

¿Por qué ha nacido el hombre tan miserable? Fíjese un momento de atención en esos grandes dolores que pesan sobre la humanidad, que son como el eterno anatema de esa raza proscrita, y asomarán lágrimas a los ojos y se destrozará el corazón. Desde la cuna hasta la tumba, resuenan los sollozos y los ayes, como la sola cadencia, la única expresión del hombre sobre la tierra. Preguntémonos a nosotros mismos cuántos sufrimientos han acibarado nuestra vida, y encontraremos que toda ella es un tejido de penas. Donde quiera las espinas se presentan a nuestros pasos: espinas en el trabajo, espinas en la riqueza, espinas en los honores y en la gloria, espinas en la familia, espinas que brotan de nosotros mismos, como el único fruto espontáneo de este suelo; y todas estas espinas taladran nuestras plantas, desgarran nuestras sienes y penetran hasta el alma.

¿Por qué son tantos los términos que significan nuestros dolores y tan pocos los que expresan nuestros placeres? Cada acción, cada momento de nuestra vida, cada época de nuestra edad, revelan el cansancio y la fatiga que nos produce el vivir: hasta el aliento parece un continuado suspiro. Y si esto es en circunstancias ordinarias ¿qué diremos de esas otras, en que, convertidos en blanco de la adversidad, parece que todo el mundo de los pesares se desploma sobre nosotros; circunstancias en que desfallece nuestra alma y se condensa en nuestra cabeza, como una tempestad de padecimientos que acaban por resolverse en un torrente de lágrimas? Tal es nuestra suerte, que éstas son, a veces nuestro único consuelo. Pero, en fin, ¿cuándo acabaría yo, si quisiese enumerar la inmensa serie de nuestros tormentos? "La historia, desde la primera página, hasta la última, es el martirologio de la humanidad", podemos decir, imitando una expresión de Gregoire.

Mas, si nos es necesaria la adversidad no la aumentemos con nuestros continuos sollozos; busquemos un modo de hacerla, si no dulce, siquiera más liviana. Los filósofos antiguos hallaron dos medios de atenuar nues-

tras miserias: llorar o reír. Demócrito y Heráclito, he aquí los jefes de estas dos escuelas. El uno consideraba todas las cosas de la tierra como dignas de un continuo llanto; el otro, al contrario, como dignas de continua risa; y, en efecto, o desahogar nuestro pecho o encallarlo; o temer a los dolores o despreciarlos. Mas la religión cristiana nos ha dado otro remedio, la resignación. Para practicarla es necesario creer y esperar; creer que esta vida termina pronto, como la flor del heno y que, después de ella, viene el eterno gozo, y esperar que, resignándose a la pena, se alcanzará la corona. Mejor es resignarse que ir a la desesperación; porque así se duplica el peso de la desgracia.

De tal manera nos es necesaria la adversidad, que, aún cuando parece imposible, en medio de ella misma se encuentran ventajas. A la verdad, la primera necesidad del hombre es conocerse a sí propio. Este conocimiento es la base de toda ciencia subjetiva. Niéguese, en buena hora, el universo y sus portentos, si es posible hágase el hombre un ateo; en medio de caos y la nada, se tropieza con una luz que se llama el pensamiento, y, entonces, se dice, con Descartes: pienso, luego existo. Así, nada más necesario que el conocimento de uno mismo: *noscete ipsum*, era uno de los más sabios principios de los filósofos antiguos. Este conocimiento nos es indispensable también para nuestro perfeccionamiento.

Pues bien, nada mejor que la adversidad, nos proporciona este conocimiento del yo, porque, reducidos a la soledad, en esos momentos en que el dolor nos abruma con su inmensa mole, en que nada puede calmar nuestra aflicción, nos encontramos como en medio de un desierto. Todo nos fastidia, y hablamos a solas con nuestro corazón. Entonces, nos conocemos. El orgullo se desvanece; su prisma se rompe, y, pequeños y miserables, defectuosos e ignorantes, así quedamos, tales como somos, en toda nuestra desnudez. ¿Y quién no reporta fruto de este conocimiento? ¿Quién, al mirar sus defectos, no se avergüenza y trata de corregirlos?

Las pasiones, propias o ajenas, son, por veces, la

causa de nuestros padecimientos, y las pasiones, en medio de la soledad, se desembozan y se presentan a nuestros ojos, en toda su fealdad y miseria, como un inmundo cieno, como la pocilga en que nos hemos acostado. ¿Y quién entonces no refrena los ímpetus vertiginosos de sus pasiones? Nada de esto sucede en medio de los placeres: la vocinglería de la multitud nos aturde, el grito de la conciencia se ahoga; sólo permanecen los gritos desordenados de la crápula. Así como el viajero se sorprende más, al contemplar en medio del desierto, los gigantes de piedra, las pirámides, que al verlos en Roma, donde su grandeza se ofusca; así, nuestro ser se percibe mejor en la soledad y se ennoblece en la desgracia.

Mas no sólo nos proporciona ésta el conocimiento de nosotros mismos, sino también el de los demás hombres, tan útil como el primero. En medio de la prosperidad, se presenta, numerosa, la turba de aduladores; la ambición viste con la máscara de amigos a tigres sanguinarios, a serpientes rastreras, que hincan sus garras o derraman su veneno en las entrañas palpitantes de la víctima que han aprehendido. De aquí la dificultad de distinguir a los verdaderos amigos, en aquel sinnúmero de pesares que nos afligen, por tantas defecciones, ingratitudes, felonías. Pero en la adversidad se despoja la hipocresía de su careta, el crimen se presenta horrible, la virtud encantadora: en una palabra, la adversidad es la criba de los hombres; el amigo aparece más generoso, el enemigo más inicuo, lo cual importa la felicidad misma.

Esto es mucho, pero no es todo. La adversidad nos perfecciona, pues, aparte de las virtudes que por ella adquirimos, nos comunica el movimiento y la actividad, condiciones precisas de la existencia. En toda la naturaleza hay una perpetua lucha de dos fuerzas que es la que traza el derrotero de las esferas, la germinación de las plantas, la vida de los seres. El alma también necesita, para vivir y perfeccionarse, movimiento, ejercicio de sus potencias, empleo de sus fuerzas. Para esto se requiere choque, y no hay choque que resista. Por esto, en la adversidad, que es la lucha del alma, se conoce la robus-

tez del genio, la magnanimidad del héroe, la valentía del atleta. Job no habría sido el modelo de la humanidad doliente, si no hubiera apurado las heces del infortunio. Colón no habría sido un genio, si no hubiera sido consecuente en su inspiración, en medio de la burla de los pueblos, de los anatemas del fanatismo, del desprecio de los reyes, de las furias del océano y de las injurias de sus compañeros. Bolívar no fuera el ídolo de los americanos, si no hubiera tenido que luchar contra el coloso de la Iberia, si no hubiese persistido, en medio de sus derrotas, de sus privaciones y, aún, en medio de las acechanzas, en la grande idea de libertar un mundo.

¿Por qué esas continuas reyertas de los pueblos? ¿Por qué, en las leyes de la Providencia, las naciones se perfeccionan en las luchas y la adversidad? "Nunca era Roma más formidable que tras un revés", dice Muller. Sumida en los placeres, reina ya del mundo se dejó degollar inerme, por la horda vil de los bárbaros, pues las naciones, como los individuos, se enervan en medio de una vida voluptuosa, y, entonces, degeneran hasta la cobardía y la ineptitud. Diríamos que el hombre es como una máquina, que, si no se agita se enmohece.

Por último, la adversidad nos conduce a ser felices, lo cual parece una paradoja, y, sin embargo, bien considerado, es una verdad. La felicidad no consiste en la mayor suma de comodidades, al contrario éstas crean más necesidades, y, por consiguiente, más ansiedad. La paz y el contentamiento, he aquí lo que nos hace felices, porque nos proporcionan el reposo y el bien.

Si la adversidad nos exhibe a nosotros mismos en toda nuestra pequeñez, si modera nuestras pasiones, si nos da verdaderos amigos, si es el cincel que modela nuestra alma, elevándola a la perfección, y si nos enseña nuestras necesidades que cuando son legítimas fácilmente se satisfacen, claro está, que por medio de ella encontraremos la paz y, por consiguiente, nos volvemos felices, en cuanto lo permitan las miserias de la vida. Los goces, al contrario, los placeres, aparte de enervar las fuerzas del alma, nos conducen a la saciedad, al fas-

tidio. ¡Cuán miserables los placeres de la tierra! Muchas veces, no son ellos sino el delirio, la ilusión, una gota de miel empapada en acíbar, y, cuando menos, el fastidio que producen todos ellos hacen pagar, doblado, el instante de transitoria fruición. El fastidio a veces, más terrible que el mismo dolor, no admite resignación ni consuelo, sino que lleva a la desesperación. Por esto Byron, pintándose a sí propio, que, exento de pesares y miserias, se había embriagado con los goces de una vida voluptuosa, expresó su fastidio bellamente, en un pensamiento traducido por un poeta colombiano en estos hermosos versos:

"Más es triste y cruel no haber hallado
Nada digno de lágrimas aquí".

Si el dolor es, pues, una triste necesidad de la estirpe humana, si el trabajo es nuestra única heredad, no será bien aterrarse en presencia de los grandes males de esta vida. Resistir con valentía y vigor sus embates furibundos, quedando dueños del palenque; derramar lágrimas, si es necesario, pero nunca rendirse; he aquí el modo de encontrar la miel, tras la corteza del infortunio.

LA AURORA: II: 7 (30.X.1872), págs. 77-80.

PASEO EN VACACIONES

Hermosos días había pasado, hacia los últimos del mes de Septiembre, en una bella hacienda de Tarqui, donde la amistad me prodigó dicha y esparcimiento. Un amigo, cuyo nombre no diré, pero cuyo recuerdo vivirá siempre en mi memoria, me había invitado, desde Cuenca, a dar un paseo por el Portete y visitar el pequeño salto de Girón. Allá, pues, íbamos a marchar el 30 de Septiembre.

Cuatro éramos los del paseo: mi amigo, su hermano, un simpático compañero de clase, y yo. Al efecto, después de almorzar muy temprano, preparamos abundantes y sabrosas provisiones de viaje, arreglamos nuestra cabalgadura y tomamos el rumbo hacia el Portete.

Mas, antes de pasar adelante, diré algunas palabras acerca de excursiones.

Viajar es una necesidad imperiosa y, en el concepto de muchos, una condición precisa, para que un individuo pueda llamarse culto. En efecto, los pueblos, sus costumbres, los monumentos de las artes, los paisajes, son cosas que no se conocen, si no se palpan. De aquí que la juventud, siempre ávida de gloria, entre sus esperanzas, enumera sus viajes alrededor de la tierra. He participado también de este anhelo, y confieso que uno de los más ardientes deseos ha sido y es conocer las ciudades populosas y, sobre todo, esas obras gigantescas de los antiguos pueblos, que son como la osamenta de las civilizaciones antiguas. Roma, Istakhar, las pirámides, las ruinas de Balbec y de Palmira, blanqueando en el desierto, como señal de que por allí ha pasado una parte de la gran caravana de la humanidad, han sido imágenes que, más de una vez, han torturado mi mente. Pero, tanto como esto, deseo conocer los memorables sitios en que se han realizado hechos que hacen estremecer a la Historia. La cumbre agrietada del Gólgota, Troya, el sangriento golfo de Lepanto, en que Octavio y, después, don Juan de Austria, se coronaron de laureles, Wa

terloo y por último, Sedan, ¿a quién no conmueven? ¿No son sitios que es necesario mirar?

Mas debo decir que, entre estos sitios, excepto el Gólgota, ocupan para mí un lugar preferente los campos gloriosos de la Historia Patria. El campo de Boyacá, los riscos de Carabobo, las heladas cimas del Pichincha, la llanura de Ayacucho, la garganta del Portete, han ido a la vanguardia, en mis planes, tal vez ilusorios de viajar. Ignoro si la Providencia los hará efectivos, pero, entre tanto, el 30 de Septiembre de 1872, marchaba ya hacia el gran nudo del Portete.

La hacienda que yo visitaba está situada en una colina; así que fuimos descendiendo al sur, atravesando, ora explanadas, ora pequeñas eminencias, sombreadas todas por retamas en flor, hasta que avistamos el gran llano de Tarqui. Este es uno de los valles andinos que, de trecho en trecho, se encuentran en medio de los montes de la cordillera americana, como canastillas de flores incrustadas entre ásperas rocas. Se extiende como unas cuatro leguas al SO de Cuenca. Al entrar en esta gran explanada, se admira su anchura, que será al principio como de una legua y que, disminuye poco a poco, en una extensión de dos leguas, hasta ir a desembocar en un callejón que tendrá también la extensión de otra legua. Al cabo de éste, se encuentra el límpido riachuelo de Irquis, que en su tortuoso curso, baja por entre una serie de pequeñas desviaciones, como en anfiteatro. Al término de ellas está el Portete.

Por este valle, pues, lanzamos nuestra cabalgata, a paso redoblado. Ibamos admirando las colinas que encierran la explanada, las que en variadas ondulaciones, van subiendo invenciblemente, hasta ir a azulear sus cumbres, allá, en lo lejos, como parte del firmamento. Aquí no se admira esa pomposa y exuberante vegetación de nuestras campiñas; pero, en cambio, se ven multitud de rediles, donde se derraman numerosos rebaños y pingües vacadas, que afluyen a pacer en el llano, verde siempre y hoy bastante cercenado por el cultivo. La llanura está regada, en toda su extensión, por un pequeño

río de su nombre, cuyo lecho parece estar formado en un surco. Sus aguas tranquilas y dormidas prueban la nivelación de la planicie; apenas sí murmuran en las guijas de su lecho o en los raigambres de los sauces de su orilla. Pocas casuchas encontramos en el camino; pero nos divertíamos, mirando los grupos de pastorcillos, que trisCan en el camino, como en competencia de sus corderos. Los balidos de las ovejas y el grito de algún arriero, que anima a sus bagajes, conduciendo las producciones de Yunguilla, es lo único que turba el monótono silencio.

Un sol tibio nos permite marchar cómodamente; así que, al cabo de una hora, estábamos en el callejón. Aquí principia a desigualarse el piso; algunos pantanos hacen más difícil el camino; el paisaje se presenta más montuoso; un viento helado azota los rostros, y varía enteramente el aspecto de la naturaleza. Mientras tanto, nuestra conversación era ya jocosa, ya seria, siempre animada. Recordábamos la batalla del Portete: quien sabe, decíamos, si no era este el sitio desde el cual comandaban el ejército, Sucre o Flores, y nos referíamos mutuamente las tradiciones populares de aquella época. Por un momento mi amigo se fingió mariscal Sucre, y yo el general Flores y los otros dos Heres y Camacaro, y empezamos a impartir órdenes a un ejército imaginario. Luego subimos las pequeñas eminencias de Irquis, cubiertos de matorrales, y dentro de poco tiempo, nos encontramos ya en la boca del Portete.

¿Portete? Sí, me hallaba ya delante de este campo que tanto había ansiado conocer. No sé qué fibras incógnitas de mi corazón retemblaron en mi pecho; me parecía hallarme en medio de batallas ciñéndome una corona; sin embargo, confieso que no me conmoví tanto como yo lo esperaba. Una estrecha y profunda garganta, practicada como a pico en la roca, es el Portete. Dos elevadas y verdes cumbres se asientan, a uno y otro lado de la senda, que, desde el punto en que me hallaba, a la entrada de la peña, forma un declive rápido, hasta el profundo valle de Girón, en que se produce ya la caña de azúcar. A mi derecha miraba un hermoso bosque, formado de árboles seculares, al que difícilmente se pene-

tra. A mi izquierda, altas y tajadas rocas, como muros almenados, y en sus cimientos, un profundo barranco, a manera de fosa. De modo que el ancho todo de la boca medirá unos cuarenta pies, y el ancho de la senda, seis.

Y bien, en este mismo lugar, el 27 de febrero de 1829 por la madrugada, hace ya 43 años, se realizó una terrible escena.— La conducta falaz y traidora de los gobernantes del Perú, en ese entonces, provocó la ruptura entre aquella República y la de Colombia, su libertadora. Después de una campaña de algunos meses, dirigida por el general Flores, bajo las órdenes inmediatas del mariscal Sucre, habían tenido lugar varios encuentros, en los que no llevó el Perú la mejor parte. Noticioso el director de la guerra de que el General Lamar acampaba, con su ejército entre San Fernando y Léntac; estacionó el suyo en Narancay. El 26 de febrero, supo que el ejército peruano, al mando del General Plaza, ocupaba ya a Girón. Sucre resuelve entonces atacar a Plaza, con su división colombiana, la que, en efecto, se pone en marcha para Girón, a las tres de la tarde.

Llegados a Tarqui, una fuerte lluvia detiene su paso; más luego tiene noticia de que, al siguiente día, se reunirían las dos divisiones peruanas, que constaba de 5.000 hombres, y que el general Plaza iba ya a ocupar el Portete. Resuelve pues el mariscal dar un combate decisivo, con sus 3.600 hombres. A este efecto, destaca el capitán Piedrahita, a las siete de la noche, con un cuerpo escogido de unos 150 hombres, para que, cautelosamente ocuparan la boca del Portete. Luego siguió el ilustre escuadrón Cedeño, a las doce de la noche; marchó todo el resto de la primera división, es decir, los batallones Rifles, Yahuachi y Caracas. La segunda división, con más la caballería se detuvo en el campamento. El escuadrón Cedeño, al mando del distinguido general O' Leary, fue el primero que llegó a ocupar la boca, y armando una celada, se colocaron sus infantes a uno y otro lado de la estrecha senda, medio ocultos entre los matorrales.

Cuando los tintes de ópalo de la aurora bañaban ape-

nas el horizonte, y las aves yacían aún dormidas en sus nidos, la vanguardia peruana empezó a subir, segura y callada, la pendiente del Portete. Entonces, una descarga combinada del escuadrón Cedeño los tendió cadáveres, y fue la señal de la batalla. Con todo el furor de la sorpresa, avanza el ejército peruano: los tiros se suceden sin interrupción; huyen las aves despavoridas y retumban los cercanos barrancos con el eco de los cañones. Mas todo el esfuerzo y coraje del general Plaza fue inútil; un montón de cadáveres se hallaba hacinado, ante el pequeño cuerpo que no tenía más parapetos que su valor. Con todo, a un esfuerzo desesperado del enemigo, iba a flaquear y a quedar destruido: después de una hora de lucha, apareció el Rifles, que recrudeció la batalla. Luego se presentaron también los 150 hombres de Piedrahita, que se habían extraviado. La luz indecisa hizo que fuera tomado por Rifles como enemigo, y, por un momento, éste y Piedrahita rompen contra sí sus fuegos; mas, pronto reconocieron su engaño y ambos penetraron por el ala derecha del enemigo.

Casi al mismo tiempo, preséntase el general Flores y, con el Yahuachi y parte del Caracas, se interna por el bosque de la izquierda enemiga: los restantes del Caracas atacan de frente y, con un esfuerzo y valor decididos, arrollan al enemigo entre un fuego espantoso. El general Plaza cae muerto de su caballo, y su ejército es destrozado, después de un largo combate. Mas, entonces mismo, aparece entre las breñas de nuestra izquierda, el grueso del ejército peruano, comandado por el mariscal Lamar, en persona; al propio tiempo que descienden también dos numerosos batallones, con el mariscal Gamarra a su cabeza. Entonces se restableció la lucha y se hizo general la batalla, entre 5.000 peruanos y 1.500 infantes colombianos, con más el pequeño cuerpo Cazadores de Cauca. Lamar, el vencedor intrépido de Ayacucho; Gamarra, jefe famoso por su valor, y el general Cerdeña, impulsaban a sus tercios, que, confiados en el número peleaban con desesperado valor, con el fuego y con la espada. De nuestra parte los generales Flores, O' Leary, Heres, Sendes, guerreros veteranos en las luchas de la independencia, que llevaban en sus cascos los laure-

les de cien victorias, mandan a sus tropas vencer o morir. El general Flores recorría acá y allá el campo de batalla, cuando una bala enemiga dejó muerto a su caballo. Al instante montó en otro y prosiguió en sus maniobras.

El capitán Camacaro, de estatura atlética y denuedo de león, en un vértigo de heroísmo, en lo más recio del combate, acompañado de su segundo Nadal y de Vallarino, segundo comandante del Yaguachi, con la lanza en ristre, se precipitó entre la caballería enemiga. Una multitud de cadáveres le abrió paso, y al fin, él mismo, peleando como un Hércules, cerró esa larga fila de muertos. Por un momento permaneció indeciso el triunfo. El mariscal Lamar, con sus cazadores, sostenía vigorosa y obstinadamente la lucha, entre las breñas de nuestra izquierda. Palmo a palmo, cuerpo a cuerpo, se disputaban el terreno, como si fuera el asalto de una fortaleza; pero la fe en la victoria, el honor y la justicia ultrajadas, infundieron al ejército colombiano tal ardor, que, en una carga decisiva, hizo cejar al ejército peruano que fue roto, deshecho, y perseguido en todas direcciones, a las 7 de la mañana, al cabo de tres horas de sangriento combate.

La segunda división colombiana, no llegó sino a acelerar la victoria, cuyo canto resonaba en las filas triunfantes de nuestro ejército, que acababa de vengar, con sangre, las injurias hechas a los colombianos: 1.500 cadáveres, cubrían el campo de batalla, con 150 de los nuestros. En el mismo campo, fueron ascendidos, por el mariscal Sucre, Flores a general de división, O' Leary a general de brigada, pues ambos se habían cubierto de gloria. Los coroneles Alburu, Guevara y Brown, persiguieron por todas partes, las reliquias enemigas. Resultado de todo fue una victoria espléndida, con 800 prisioneros, abundantes y ricos despojos y una página más de gloria en los fastos de la patria: 1.600 cadáveres, fueron quemados en una misma pira.

Estos eran los recuerdos que se me presentaban, en vista del Portete. Por un momento me pareció como si una maga hubiera evocado la sombra de los muertos,

para que se agitasen otra vez en lucha descomunal. Mas no, todo era silencio. El fragor del combate había despertado, una mañana, a las dormidas peñas; mas, luego, todo había vuelto a entrar en eterno mutismo. No quedó sino una tumba, único rastro que el hombre deja en esta tierra, después de un instante de rumor. El lugar en que fueron quemados los cadáveres, cercanos al en que fueron sepultados, se muestra árido y desnudo. En el sepulcro en que reposan amigos y enemigos, con la fraternidad de la tumba, se eleva una cruz protegida de las lluvias por una rústica techumbre. ¡Singular contraste! el signo de paz y reconciliación sobre los restos de un combate.

En presencia del Portete, no se iba a escapar de mis labios un himno o un gemido: himno por mi patria victoriosa, gemido por un hijo, lustre de Cuenca, Lamar, que perdió sus laureles de Ayacucho en una guerra fratricida, de que no sacó más que ignominia: ¡justo castigo de su ingratitud y parricidio!

Un momento permanecí de pie, sobre un puentecillo echado en el barranco. Un viento glacial que se escurría del valle de Girón, me incomodaba y, al azotar las rocas producía ronco rumor, cual el de un eco eterno, el del fragor de los cañones. Un campesino fue el único que pasó por mi lado arreando su asno. Yo creía que todos experimentarían la misma sensación en vista del Portete, pero no fue así: el campesino pasó indiferente; apenas sí se descubrió en presencia de la cruz. La superstición popular ha creído oír en este sitio, a las doce de la noche, un canto de guerrillas, entonando por voces marciales. A mí me parecía oir un grito de indignación de la humanidad, que así es sacrificada en tantas batallas, dejando por resultado huérfanos sin padres, esposas sin hogar, por sólo la ambición de un hombre.

Negras nubes anunciaban una cercana tempestad; y nos impidieron continuar adelante. Además, mi alma estaba llena de emociones, y cuando el corazón queda impresionado de una sensación, somos indiferentes a las

demás. Los ingleses prodigan sus riquezas, por poseer una bala del campo de Waterloo; yo, por único recuerdo de mi paseo, arranqué una rama de laurel que crecía en la tumba de los guerreros.

LA AURORA: II: 8 (20.XII.1872), págs. 93-99.

LA CIENCIA Y LA POESIA

He aquí dos soberanas de la tierra, más poderosas, a no dudarlo, que todas las testas coronadas; porque su imperio no se apoya en la fuerza, ni una gota de sangre mancha la gradas de su trono.

Todas las cuestiones que agitan el espíritu, que tantas tempestades y torbellinos han excitado en la vida intelectual de las naciones, convergen a estos dos polos: ciencia y poesía, síntesis final de todos los tratados. La naturaleza, en su acepción general, es el vasto campo en que imperan nuestras dos soberanas. La flor que esmalta el prado y el cedro que oprime la montaña; el átomo de luz que absorbe la luciérnaga y el sol que alumbra los espacios; la gota de rocío que tiembla en el cáliz de la rosa y el océano que brama entre las rocas; el colibrí de las florestas y el cóndor de los picos de los Andes; el pececillo del lago y el leviatán del Artico; el murmullo de la brisa y el fragor del trueno, todo, todo, hasta los oscuros abismos de la esencia de los seres, está sujeto a su imperio. En la fachada de su palacio se halla escrito en grandes caracteres: ¡DIOS!

¿Y cómo delinear la figura imponente de la una, y la seductora de la otra? Si tuviera la omnipotencia del genio, o el cincel creador de un Miguel Angel, representaría a la Ciencia como a esas matronas romanas del tiempo de la República, llena de una majestuosa sencillez, con todo el vigor de la vida, brillando en su rostro la hermosura varonil, con la austera rigidez de las facciones de un Cantón de Utica; la nariz de inflexible perfil, los labios contraídos, la tez algo pálida, como la corteza consumida por el fuego interior del pensamiento; los ojos meditabundos, la frente espaciosa y tersa, los cabellos trenzados con abandono y, por complemento, la túnica sencilla y el burdo manto de los filósofos de Academos, rodeando el talle de numerosos pliegues: he aquí el tosco boceto de la ciencia, figura que atrae y conmueve, que hace que se la ame, pero con respeto. Se la ama de rodillas, como a esas reinas seductoras del Oriente, decoradas con el cetro y la corona.

La poesía, al contrario, como una de las Gracias del celebrado grupo de la fábula, esto es, la juventud en todos sus hechizos y encantos, la vida en su florescencia; con su aspecto más femenil, como botón de flor recién abierto, rebosando de aromas y seduciendo con sus matices. La representaría con tez mórbida y nívea, con mejillas rosadas, con labios gruesos y rojos de los orientales, respirando amor al placer; los ojos negros y brillantes; la cabellera de ébano, cayendo en gruesos bucles sobre el esbelto talle; la figura contorneada de las griegas; en suma: el ideal de la belleza, con las nacaradas alas de un Angel de Rubens. Su traje con la variedad de las formas de Proteo: ya, unas veces, el manto de severa gravedad de un senador romano, ya la púrpura del Oriente o el tisú de la India, orlado de anchos caireles de oro, ya el coturno griego o el palum de los emperadores romanos, sujeto al hombro con un broche de diamantes, y, en todas ocasiones, con la corona de laureles sobre las sienes. Siempre con el encanto de las sirenas que atrae y seduce al más austero cenobita.

Las ocupaciones de ambos corresponden a sus continentes. La ciencia, unas veces se rodea de compases y de metros, de esferas y de lentes, de mapas y de cuadrantes; otras, se pasea solitaria al través de sombreadas veredas, o busca el insecto dorado que se oculta bajo la hierba de la pradera, y le deseca y examina. Con el mismo objeto, aprehende al ave del cielo y al elefante del desierto. Otras, penetra en los oscuros antros del globo y se detiene en cada una de sus grietas, como si pulsara sus arterias, contara sus latidos y midiera los grados de su calor vital; ya recoge la flor de los valles, para deshojarla entre sus dedos y contar sus estambres y disecar sus pétalos. Muchas veces sube a los cielos y allí manda a los astros desfilar ante ella y los va pesando, uno a uno, en su balanza. De allí baja a la tierra y en la gota de agua que colora el iris, va a sorprender, millares de mundos, tan hermosos y tan bellos como los que brillan en el vacío. No contenta con cernerse en los ámbitos de la naturaleza, penetra en los confusos limbos de las esencias y probabilidades de la Metafísica.

Con su profunda penetración y alto poderío, ha verificado portentos y milagros. Toma una porción de inerte hierro e infundiéndole un soplo de vida, anima la materia de un ardor febril y esfuerzo de gigante, que, tan pronto teje telas más finas que las de la araña, como deshoja los montes y los cedros. Cautiva los pequeños átomos de la niebla que se arrastra en las sabanas, y, el vapor, preso en una cubeta, se enfurece y brama y tiene que trabajar, ya como un galeote en los mares, ya removiendo peñascos, como Sísifo. No necesita, como Josué, mandar al sol que se detenga en su curso, para proseguir ella sus continuas luchas y triunfos; le basta una pila eléctrica, con la que desafía al negro velo de la tempestad y a las densas tinieblas de la noche. Ella, más audaz que Prometeo, ha robado el rayo de la diestra del Eterno y le ha convertido en humilde correo y portador de su pensamiento. Ha disputado al águila su vuelo y, subiendo en alas de las nubes, ha visto el mundo *a vuelo de pájaro*. Partiendo de aquí, ha examinado el embrión de los seres, ha asistido al primer día de la creación y ha mirado la masa en germen de los mundos, rodando candente en los senos del espacio. Orgullosa de tantos prodigios como ha obrado, ¡dadme un punto de apoyo, exclama y desquiciaré el orbe!

Nada de esto hace la poesía. Acompañada siempre de nueve hermosas vírgenes, llamadas Musas, los únicos instrumentos que la cercan, son los tímpanos y salterios, las panderetas, flautas y cítaras, y también el cincel y las paletas. Recorre las selvas, los mares, pero para admirar su belleza; corre tras el cuadrúpedo, vuela tras el ave, para palpar su aterciopelada piel o su gayo plumaje; en los lagos juega con las algas, y en los mares con las perlas. Toma la flor del prado, pero no para deshojarla sino para adornar con ella sus cabellos o aspirar sus perfumes. También sube a los cielos, y penetra en el paraíso, para formar guirnaldas de astros, no para pesarlos; para extasiarse en la música angélica, no para cortar las ondas sonoras. Unas veces copia los paisajes con sus frescas arboledas y flotantes nubes, otras pulsa su lira y entona himnos de célica armonía. Ya celebra la naturaleza, y su voz remeda los ecos del torren-

te y los murmullos de la brisa, en los campos del trigal maduro; ya los hechos gloriosos de la guerra remendando los bramidos del cañón y los truenos de la tempestad; ya llora las miserias y dolores de la humanidad y sus quejidos semejan al arrullo de la tórtola que perdió su nido. Mas no siempre se muestra severa, muchas veces también, juguetona y traviesa, se cubre de una careta y parodia las ridiculeces de la vida.

Mirad ahora sus portentos: ella, es verdad, no ata el rayo a su carroza, ni desploma los montes; pero al son de su cítara, se levantan ciudades en los desiertos, y palacios en los riscos; se animan los peñascos, los tigres se cambian en corderos, las serpientes se amansan y el salvaje se transforma en hombre culto y delicado. Con sus sones, se dulcifica la amarga copa de la vida, se despierta el sacro fuego del patriotismo y los pusilánimes se convierten en héroes y mártires. Y por último, al son de su lira, el hombre se levanta desde el cieno hasta el paraíso.

Sin embargo del carácter opuesto de la ciencia y la poesía, no se rechazan ni se aborrecen; al contrario, son hermanas, y es su armonía fraternal la que las liga. Es verdad que Platón arrojó a los poetas de su República; pero fue un capricho de su genio, y es uno de los imposibles de esa utópica y, a veces, absurda creación. La ciencia necesita de la poesía, como el árbol de hojas y de flores, como el firmamento de estrellas; la poesía necesita de la ciencia, como las lianas del cedro en que se cuelgan, como las flores un sustentáculo, para formar ramillete.

Todas las cosas se relacionan entre sí. Pretender aislar una de otra, es un absurdo, es querer quebrantar una cadena inmutable. Pretender que la ciencia y la filosofía sean contrarias a la poesía, es pretender que Dios haya creado el universo sin belleza, al hombre sin la mujer; de tal suerte que bien pudieran aplicarse a los partidarios exclusivos de la ciencia o la poesía, aquellas hermosas palabras de la Biblia: *Quod Deus conjunxit, homo non separet*.

La poesía sin la ciencia, destempla sus cuerdas, entorpece sus gracias, se pone demasiado quisquillosa, se vuelve una loca, que molesta y fastidia. La ciencia sin la poesía, es demasiado grave, demasiado austera y ruda, espanta e intimida. Reunidas ambas, instruyen y deleitan, la una saca a los pueblos de la barbarie, la otra les civiliza; la una edifica, la otra embellece; la ciencia es el orden, la poesía la armonía; ambas reunidas conducen este mundo a su destino, la una abriéndole la senda, la otra cubriéndola de flores.

LA AURORA: II: 9 (31.I.1893), págs. 109-112.

EL CATOLICISMO Y LA REPUBLICA

Uno de los caracteres distintivos de nuestro siglo es el espíritu de innovación que reina en todos los pueblos. La humanidad, como de un vestido viejo, ha querido despojarse de las más santas y venerables instituciones, para relegarlas al olvido, como una antigualla a un museo. Pero este sentimiento, que puede ser bueno en algún caso, llega a ser audaz y sacrílego, cuando viene a introducirse en el santuario. Por esto ha sido execrado, mil veces, por todo corazón recto, ese *santo y seña* de las falanges revolucionarias: *¡Abajo las aras! ¡abajo los tronos!* confundiendo bárbaramente la causa de la religión y la de los déspotas. Y esta ignorancia y este ateísmo de las revoluciones, viene de no considerar que la religión es eterna y los tronos perecederos, y más que de esto, viene del amplísimo y, por consiguiente, falso sentido que se ha dado a la voz *libertad,* haciéndole significar nada menos que una absoluta y total independencia, resultando de esto la proscripción de toda autoridad.

Largos y muy largos siglos, casi desde su cuna, había gemido el hombre en el oprobioso estado de esclavo. El cristianismo llegó a redimirle, y, aunque su acción fue lenta, poco a poco vino a hacer conocer al hombre los sagrados principios de libertad e igualdad. Mas, apenas se había inaugurado la era moderna, recién terminada la edad tenebrosa del absolutismo, cuando yacían los derrocados castillos feudales y cuando los pueblos apenas paladeaban la libertad e igualdad políticas, un monje sajón se presentó como el nuncio de las nuevas ideas y fanatizando a los pueblos, con los mentidos discursos de libertad e igualdad absoluta, les enseñó a romper todo vínculo y desconocer toda autoridad. Y, como sucede en el triunfo de toda nueva idea, llevado a la exageración el significado de libertad, los pueblos no se contentaron con la autonomía política que les había dado el cristianismo, sino que proclamaron la autoridad individual, haciendo significar a la palabra libertad nada menos que una amenaza lanzada contra todo orden, vínculo y propiedad.

Pero, examinada a la luz de la razón, no hay doctrina más absurda que ésta. "Se llama *libre*, dice un eminente publicista (1), un principio cualquiera de actividad, considerado en cuanto no está sujeto contra su naturaleza"; y, pasando al hombre, dice: "Es fácil ver que, lejos de ser el orden un dique contra la libertad de los hombres, es más bien el campo donde naturalmente se dilata, se explica y perfecciona esta dote admirable de los seres inteligentes". Por consiguiente, siendo la libertad la facultad de ejercer nuestros derechos, allí hay más suma de libertad, donde mejor se conoce y más bien se practica la moral, es decir, donde las ideas de derecho y obligación son más claras y respetadas.

Ahora bien, ¿dónde se encuentra el código que contenga la moral pura? ¿No es el Evangelio? Y, ¿no es el catolicismo el depositario augusto de tan sagrado tesoro, el único que, a pesar de los trastornos tempestuosos del tiempo, va pasando incólume a todas las generaciones, cual divino testamento del Salvador? Luego, sólo en el seno del catolicismo y bajo su protección, puede existir la verdadera libertad.

¿Y qué es la República? Varias definiciones se han dado a esta palabra; pero de todos modos, viene a significar la forma de gobierno en que el poder tiene menos ocasión de abusar, y el pueblo, más garantías para sus derechos y más independencias en el ejercicio de sus facultades. Y como, por lo dicho, la verdadera y única libertad sólo puede existir en el catolicismo y por el catolicismo, sólo en éste y con éste puede existir la verdadera república.

En efecto, ¿se la pudiera concebir, ni por un momento, sin el respeto y amor a las leyes, sin hábitos de virtud y orden en el pueblo, sin un freno que contenga los ímpetus despóticos del poder? Todo esto, que los publicistas llaman espíritu público, no puede ser sino el resultado de la moral evangélica. Y, para probar que esto

(1) Taparelli.— El Gobierno represent. t. I c. V.

sólo existe en el catolicismo, y de ninguna manera en las sectas protestantes, al menos como doctrina, basta examinar su principio, el libre examen, según el cual el entendimiento de cada hombre es la única norma de las costumbres, debiendo por consiguiente, haber tantos decálogos cuantos son los hijos de Adán.

Y, pasando de la teoría a los hechos, ¿cuál es el pueblo que haya conocido los sagrados principios de libertad e igualdad política antes de la venida del cristianismo? Y después de su venida, ¿se podrá dar una nación en que se representen estos principios, no siendo dentro del cristianismo verdadero o sea del catolicismo? Por de contado la historia de los pueblos antiguos es el cuadro más sangriento de la tiranía, con todos sus terribles suplicios y horribles dramas. Allí el hombre se presenta en la más vil degradación, arrastrándose, como un reptil, ante el férreo trono de los déspotas. Y, si, a primera vista, arguyen tal vez en contrario las repúblicas griegas, la púnica, la romana o alguna otra, bien examinado, se ve que no eran sino una farsa; pues, como dice Cantú (1), "los 20.000 ciudadanos de Atenas y los 450.000 romanos eran naturalmente una nobleza privilegiada, por más que llevase el nombre de pueblo". Y, aún prescindiendo de esa marcada diferencia entre el pueblo y la parte aristocrática de esos gobiernos, llamados *senados, arcontados,* o como se quiera, bastaría la oprobiosa institución de la esclavitud, generalizada en todo el mundo antiguo, para dar en tierra, por su base, con esas pretendidas repúblicas.

¿Quién no se horroriza el leer que en Roma, por ejemplo, los esclavos formaban casi las dos terceras partes de la población, y que toda esta multitud de hombres se hallaba destituída de todo derecho y libertad? ¿Quién no sabe que esclavo romano, ese *res* de sus códigos, podía ser quebrantado por su dueño con más facilidad que un vaso de arcilla? ¿Quién no sabe la mísera suerte de esos *ilotas* de la *virtuosa* Esparta, cazados como fie-

(1) Historia Universal, t. IV p. 558.

ras, en medio de los campos, como refiere Plutarco? (1). No citaremos a juicio, a esos sangrientos tiranos, llámense Lisandros, Dionisios o Silas, porque sus solos nombres son el emblema del despotismo más bárbaro, elevados hasta la apoteosis; y, sin embargo, tales monstruos eran la consecuencia genuina de tales repúblicas. ¿Para qué hemos de remover las ruinas de esas monarquías orientales? Bajo las derruídas cornizas y columnatas de mármol y granito, iríamos a dar con los execrables restos de hienas coronadas, que, en medio de impúdicas orgías, escanciaban más copiosamente la sangre de sus pueblos envilecidos, que el vino que hervía en sus copas de oro. La patria de los parias, de los harenes y de los sultanes, no reconocía y aún no reconoce más igualdad política, que la que existe entre el tigre y su presa, el verdugo y su víctima. Hasta el mismo santuario del hogar no estaba preservado de las furias del despotismo; pues allí, como en todos los pueblos, salvajes o no, en los que no ha entrado el Catolicismo, según lo nota muy bien el abate Gaume, el padre es un tirano, la madre es una sierva y el niño nada.

El Catolicismo es, pues, el único que, por su influjo altamente civilizador, así en la vieja Roma, como en todas las naciones, ha principiado por emancipar a la mujer y al niño de la ominosa servidumbre del padre, y, haciendo conocer y respetar los verdaderos derechos del hombre, ha llegado a establecer gobiernos verdaderamente cultos y populares. Esto es cabalmente lo que, de las consideraciones históricas, llegó a deducir Chateaubriand: "Todo, dice, cambió con el Cristianismo, aunque sólo se le considere como un acontecimiento humano: la esclavitud dejó de ser el derecho común; la mujer recobró su puesto, en la vida civil y social, y la igualdad, principio desconocido de los antiguos, fue proclamada". Hablando de los tiempos del imperio romano, en que los Césares, desde su excelso trono de marfil y oro, miraban al mundo encadenado a sus pies, dice: "El Cristianismo era, a la sazón, democrático, entre la muchedum-

(1) Vidas Paralelas: en Licurgo.

bre romana, entre los grandes talentos y entre las tribus salvajes" (1).

En la edad de las grandes irrupciones de bárbaros, que, a manera de avenidas, inundaban la Europa, el Catolicismo, civilizando a esos altivos y feroces guerreros, les enseñó a ver en los vencidos, no un rebaño de siervos, sino hermanos suyos; y el *¡vae victis!* tan terrible del derecho antiguo, fue abolido en las costumbres europeas. El, por medio de su acción suave y eficaz, fue quebrantando, paulatinamente, el cetro de hierro del feudalismo, y él, como lo ha demostrado el inmortal Balmes, fue el que desde los *ergástulos* romanos, hasta los mercados modernos del Africa, ha empleado toda suerte de sacrificios, hasta lograr romper las mordazas del esclavo y restituirle el sagrado tipo de hombre.

Las repúblicas italianas nacieron bajo las alas protectoras del Catolicismo; los hijos heroicos de Guillermo Tell, roto el yugo germano, establecieron, en las risueñas colinas de la Helvecia, la república más acabada y patriarcal que registrará la historia, bajo los estandartes católicos. Y todas las instituciones democráticas modernas, hasta la *magna carta* de Albión, han bebido su espíritu en las fuentes civilizadoras del Evangelio.

El despotismo ha sido siempre el antagonista más acabado del Catolicismo: contra éste ha dirigido sus más acerados tiros, antes de hincar las garras en su presa; porque sabe que esta religión sacrosanta protege con su manto a sus hijos, como una cariñosa madre, y que no es posible herir a ellos, antes de haber rasgado su pecho. Hasta el mismo Montesquieu ha confesado esta verdad, diciendo: "La religión católica está apartada del rígido despotismo; porque, siendo la dulzura tan recomendada en el Evangelio, se opone a la cólera despótica con que el príncipe se tomaría la justicia y ejecutaría sus crueldades".

(1) Estud. Hist. 1ª parte.

Al ver, el espíritu de error, derrocado su imperio y debeladas las impías huestes con que un tiempo avasallara la humanidad, no se rindió; antes, al contrario, con una hábil maniobra, cambió de baterías y principió de nuevo la lucha, para volver a sumergir la humanidad en el abismo de la abyección y el despotismo. Porque esto y no otro fue el grito que lanzó a la raza humana emancipada de la servidumbre, diciéndole: "Habéis conseguido ya reivindicar vuestros sagrados derechos de libertad e igualdad, tanto tiempo presas de los tiranos; mas ¡alerta! no os vuelvan a encadenar, sacudid, pues, todo vínculo con que os quieran aprisionar; ¡abajo toda ley! ¡toda autoridad es tiranía! ¡todo derecho un robo!". Y el pobre esclavo, recién salido de los calabozos, demasiado tímido, receloso, se dejó seducir por sus falsos aduladores y se lanzó, de lleno, en la revolución, proclamando como único principio social la soberanía del individuo.

Es así como, la mentira, exagerando y adulterando los sanos principios, volvió a sacar a la humanidad del verdadero medio en que le había puesto el Catolicismo y la colocó al extremo opuesto, al despotismo, que es la demagogia y la anarquía. Mas, como los extremos se tocan, volvió el hombre otra vez a caer en las garras de la tiranía y, siendo el Catolicismo, como se ha demostrado, el enemigo más irreconciliable del monstruo, éste ha lanzado contra la Iglesia sus más recusables sarcasmos y su más venenosa hiel, y, mostrándola a los pueblos como la enemiga de toda libertad y de todo principio republicano, cuando, en realidad, no es sino la infatigable destructora de la anarquía y el despotismo. Y es así como los pueblos que han renegado del Catolicismo han vuelto otra vez a ser pulverizados bajo las férreas llantas del carro de la tiranía.

Si se quiere saber la verdadera razón de cómo la anarquía, enemiga del Catolicismo, conduce a la arbitrariedad despótica, óigase a un eminente publicista de este siglo: "El orden político, dice, no puede subsistir, sino en tanto que la voluntad de las masas es contenida y dominada por la ley de Dios y por la ley humana. Allí don-

de la ley de Dios rige en todo su vigor, la ley humana tiene poco que hacer, y es posible la libertad política; pero allí donde la ley divina ha perdido sus ascendientes sobre los espíritus para contenerlos, la ley humana tiene por todas partes que desplegar más fuerza y severidad y el despotismo viene a ser una necesidad. Allí donde ya no se oye el grito interior de la conciencia, es preciso que el grito exterior de los magistrados, resuene más enérgico; allí donde se ha dejado de temer a Dios, es preciso que se tema al hombre; allí donde el hombre no se detiene en la perpetración del mal, por temor a los suplicios eternos, es preciso renovar las amenazas de los suplicios temporales; allí donde la acción del sacerdote carece de fuerza, es preciso recurrir a la acción del verdugo; finalmente, allí donde el pueblo se ha convertido en materia, las teorías libertadoras son un anacronismo y un peligro social; por consiguiente, sólo el absolutismo es posible, y la fuerza debe reemplazar al derecho, porque la materia sólo puede ser dominada por la fuerza" (1). Esta es exactamente la historia de todas las grandes revoluciones modernas. Enloquecido el pueblo con los cantares de libertad exagerada, como un torrente de lava, se ha precipitado sobre cuanto se oponía a su paso, y los tronos han quedado pulverizados, al mismo tiempo que todas las instituciones y monumentos, aún los más sagrados. Y cuando ha calmado ya la fiebre de destrucción, sobre las hacinadas ruinas que se muestran entre charcas de sangre y montones de ceniza, se levanta un tirano sombrío y sanguinario, como un chacal que husmea los cadáveres y devora los mutilados restos que se le presentan, y el pobre pueblo, después de haber agotado su sangre y sus bienes, se encuentra más andrajoso y miserable, herido por el despiadado látigo de un Marat o un Robespierre.

Pero los espíritus ofuscados por el error nada de esto ven, al contrario, persiguen de muerte al Catolicismo, creyéndole antagonista de los principios republicanos y destructor de las teorías sociales. Una república, dicen,

(1) P. Vent. **Poder Publ**. c. 2, § 6.

no es perfecta, sino cuando su constitución es atea; se engañan miserablemente: un gobierno semejante no podrá tener sino una prosperidad material y su existencia durará lo que los buenos hábitos que haya infundido la Religión. Los menos adversos al Catolicismo, le creen bueno para cierta época del oscurantismo, mas no para la edad presente, y así hemos leído textualmente estas palabras en un periódico sud-americano: "Se cree que el Estado no puede vivir sin la Iglesia. Es cierto; pero esta Iglesia no es la Católica, porque hay países que no la profesan y que desafían por su prosperidad, por su moral, por sus hábitos privados y por la elevación de sus miras a otras sociedades desordenadas y dispendiosas que forman la constelación del mundo católico", y, citando, en prueba, algunas naciones europeas, continúan: "Y la América católica apenas pudo ser una república de apariencias". Antes, había dicho el Señor Emilio Castelar, que los gobiernos de la América española eran monarquías militares.

Principiando por la América, no negaremos estas aseveraciones respecto de ella, pero sí preguntaremos, si los gobiernos de América han sido siempre los protectores de la Iglesia. ¿Han respetado el santuario? ¿no han introducido la sacrílega mano de Judas en sus arcas? ¿Sus institutos, sus ministros, sus leyes han recibido el respeto que se espera de gobiernos católicos? Hechos demasiado palpitantes y nuevos están dando una respuesta más elocuente que todas las que se pueden escribir. Si en el suelo de la Amérca han brotado, a veces, tiranos más horribles que un Tiberio o un Nerón, también es cierto que éstos se han convertido en perseguidores de la Iglesia, más terribles que los Valerianos y Diocleciano, y, para no apoyar en el viento nuestros asertos, sabido es, por ejemplo, que el tirano Rosas principió sus barbaridades por declarar **salvaje unitario** a Su Santidad Gregorio XVI y por profanar los templos, como otro Calígula, con su execrable imagen.

Si hay algunos gobiernos que, profesando las doctrinas protestantes, gozan de los derechos políticos y de más felicidad que algunos católicos, esta situación prós-

pera y feliz, no proviene de los principios anticatólicos; antes son los principios opuestos, que infiltrados en las costumbres, vienen a brotar esa felicidad que se halla en contradicción con las teorías del error; y aún esos mismos países, serían mejores, estarían más desarrollados en ellos los derechos sociales, si profesaran el Catolicismo. El Padre Ventura, a quien hemos citado ya, dice más adelante, contestando al argumento de la Inglaterra protestante: "Nunca lo repetiremos suficientemente, si, por ejemplo, el orden y la libertad parece que reinan en la Inglaterra protestante, es porque, admitiendo el **protestantismo religioso,** la orgullosa Albión ha hecho también una revolución para conservar el **catolicismo político;** mientras que, ciertos países católicos han abrazado gustosos el **protestantismo en política,** rechazándolo en el orden religioso. El ejemplo de Inglaterra, bien estudiado y comprendido no hace, pues, más que confirmar nuestra proposición, a saber, que sólo por la influencia, más o menos sentida, y por la acción, más o menos directa, del Catolicismo, puede la sociedad civil obtener la libertad del orden y orden de la libertad. Lo mismo puede decirse de la república anglo-americana, con más que allí, como es sabido, es inmenso actualmente el número de católicos.

Esto, por lo que respecta a estos dos países protestantes, que quizás son únicas excepciones de prosperidad. Mírese el resto de la Europa, y se comprenderá que allí donde se ha renegado del Catolicismo, está la libertad civil amenazada de muerte. La sociedad moderna me parece una plaza sitiada, cuyo único defensor es la Iglesia Católica, sus enemigos el **cesarismo** y el **socialismo** (llámense internacional o comunismo). El primero de estos últimos dirige sus formidables baterías contra el exterior de la plaza, y torreones y muros vacilan ante sus descargas furibundas; el segundo, es decir el socialismo, ayudado de todas las sociedades secretas, va minando ocultamente la plaza; largas galerías subterráneas ha formado ya y no se abisma, gracias a que sus explosiones han sido reparadas por el Catolicismo. El día en que el pueblo reniegue de éste su único campeón, ¡ay de la plaza! El cesarismo entrará triunfante por la brecha, y el

socialismo, entre la explosión de sus minas, echará abajo los cimientos socavados, y la sociedad será tomada a saco por sus enemigos aliados. Este es el problema actual del mundo viejo y quizá del nuevo: los encuentros de las avanzadas están teniendo lugar; esperemos...

Y, para que se vea que no se reniega impunemente de la obra de Dios, la Europa, que blasfemó de la Iglesia, llamando tirana a su libertadora, está sintiendo ya las garras del despotismo: **"La Gaceta Internacional"**, en uno de los últimos números de 1872, decía, hablando de la Europa: "¿Cuál es la situación política y social de este Continente? Es una vasta red de cesarismos tendidos sobre todas las naciones. Europa, hoy, está viendo morir la vida social de los pueblos, ahogada bajo la bárbara presión de dictaduras militares; el derecho está hoy conculcado por la fuerza bruta, y, desde las sagradas, augustas prerrogativas del Pontífice Rey, hasta la última franquicia municipal de la más insignificante aldea, toda sombra de libertad va pereciendo, para dejar exclusivamente la dominación al régimen del sable". ¡Y se dirá que puede haber libertad fuera del Catolicismo! ¿Qué se podrá augurar de las noveles repúblicas que principian persiguiendo a la Iglesia?

De lo anterior resulta, que, así como es una iniquidad consagrar el látigo de los déspotas con el óleo santo del Catolicismo, es necedad perseguir a éste, pretendiendo establecer la república. ¿Comprenderán los gobiernos y pueblos libres que se suicidan hiriendo a la Iglesia de Dios?

LA AURORA: II: 10 (1.IX.1873), págs. 133-139.

SESION SOLEMNE DEL "LICEO DE LA JUVENTUD"

Academia Literaria del Azuay

—Cuenca, Diciembre de 1874— (1)

Hace más de tres años que se fundó esta academia, con el título de "Sociedad de la Esperanza", por algunos jóvenes amantes del progreso de las letras, entre los cuales merece una especial mención el ya célebre periodista señor Federico Proaño. A poco de establecida, comenzó a publicar el periódico "La Aurora", en cuyas columnas se daban a luz los ensayos de muchos de los miembros de la Academia. Esas composiciones, en prosa o en verso, sobre varios temas, exclusivamente literarios, debían adolecer, no hay duda, de algunos defectos, provenientes de la poca pericia y aún corta edad de sus autores; pero contenían también muchas bellezas y presagiaban, con su indisputable mérito, la realización de esa lisonjera esperanza concebida por la juventud del Azuay: la de formar un grupo de literatos, lustre y orgullo de la Patria.

Desgraciadamente, hubo de interrumpirse la publicación del periódico, después de la edición de su número 10º; pues las dificultades e inconvenientes que se oponen a la longevidad de todo periódico en el Ecuador, no perdonaron al de la juventud cuencana. Con todo, no se ha desalentado ésta, sino que, preparando para más tarde la aparición del número 11º y siguientes de "La Aurora", o la de otro periódico, que la reemplace, trabaja constantemente en la adquisición de nuevos conocimientos, a fin de que sus futuras producciones sean más dignas aún del favor público que las pasadas.

La prueba de que trabaja con el mismo afán, en instruirse, por una parte y ensayar, por otra, es que, a pesar de la suspensión de dicho periódico, persiste en celebrar sesiones privadas y públicas, conservando las pri-

(1) Publicado en **El Cuencano**. No se ha podido localizar el ejemplar donde se publica este artículo. (Ed.).

meras su calidad de semanales, y reiterando las segundas, con la mayor frecuencia posible, para manifestar al país que no decae el primitivo entusiasmo, que hay fe en el progreso y constancia en el estudio con que se ha de alcanzar aquel.

La última sesión solemne del "Liceo de la Juventud" fue muy interesante; pues la Literatura se vio auxiliada en esta ocasión por la Ciencia y por el Arte; consorcio bellísimo, que dio al acto una grande amenidad y lo hizo digno de la culta atención que le prestaron los ilustrados concurrentes. Sucedió que el señor Camilo Farrand, insigne fotógrafo, y aún geólogo y químico norteamericano, residente hoy en el lugar, quiso dar a la juventud azuaya una prueba de que ama, no solamente la luz de los astros, que, difundida en la atmósfera, llena de encantos y de vida la creación, sino también aquella otra luz, no menos brillante, que, reflejando de inteligencia en inteligencia, ilumina los espacios del mundo moral. De esta luz había dicho él: God's pacific rays in the cold furrows and shadws of inteligences.

Contribuyó, pues, con las espléndidas y sorprendentes visiones de su magnífico optorama, a solemnizar el acto literario de la expresada Academia, sin otro interés que el muy noble y honroso de acrecentar el entusiasmo de los jóvenes, amigos suyos.

La función tuvo lugar el 4 del presente mes, por la noche, con suma complacencia de los espectadores, habituados ya a favorecer con sus aplausos a los oradores y poetas del "Liceo".

Hemos deseado que se perpetuara el recuerdo del acto, así por estimular a nuestra juventud, como por expresar, siquiera de este modo, el reconocimiento profundo que debemos al señor Farrand. Tales son los propósitos con que pasamos a hacer una suscinta narración de lo ocurrido, insertando, ya que no todos, algunos de los discursos y poesías que se pronunciaron, sin excluir, los brillantes trozos y la sentida peroración de nuestro ilustrado y caballeroso huésped.

DISCURSO DE APERTURA DEL SEÑOR MATOVELLE

Señores:

Propio de un pueblo culto, como el nuestro, es buscar distracciones que den solaz al alma y un rayo más de luz a la inteligencia, en vez de las degradantes disipaciones que proporcionan los vicios. Estimulada por esta idea, se presenta hoy nuestra modesta asociación, a ofreceros, en conformidad con su estatuto, la sesión con que principiará para ella el segundo año de sus tareas; y habiéndose prestado el ilustre norteamericano que nos visita, señor Camilo Farrand, a amenizar este acto, con sus renombradas vistas optorámicas, esperamos que, hoy como siempre, se darán un ósculo de amistad el Arte y la Literatura, "¡Maravillas de la ciencia!", habéis exclamado, señores, al contemplar los portentos de la luz: "¡Maravillas de la ciencia!" viene hoy a repercutir nuestro eco, como el sentido adiós que nos vemos obligados a dar al ilustre viajero y al delicado huésped que se nos va.

Señores, los habitantes de la zona tórrida, en este bellísimo continente de América, hemos sido siempre como hijos mimados de la naturaleza: una vegetación pomposa y exuberante, un clima tibio y voluptuoso y una perenne primavera, nos adormecen con su magia y nos hechizan con sus encantos. Parece que hubiéramos nacido para vivir en eterna juventud. De aquí el que no podamos contemplar la ciencia moderna en el lleno de su claridad, ni calculemos con exactitud el número de sus prodigios. Mas, ¡ah! la naturaleza principia a tratarnos como a hijos crecidos, y nos pone ya su ceño adusto; pues, ¿qué otra cosa significan este brusco variar de las temporadas y esta asolación continua de nuestros campos, sino la terquedad de una madre desdeñosa, que nos dice: "Apartaos de mi mesa y emancipaos de mi protección"? Aprendamos, pues, que el hombre ha nacido para vivir del sudor de su frente y de los esfuerzos de su inteligencia: sepamos ver, en las ciencias, el arsenal inagotable que proporcionan a nuestra estirpe las armas,

para la conquista de la riqueza y la prosperidad que nos niega una naturaleza avara.

El siglo XIX es un siglo verdaderamente grande y el mayor en la escala de los tiempos, porque ha enseñado al hombre a recuperar su perdido imperio sobre la creación. Causa asombro esa serie interminable de portentos, casi divinos, realizados por la sola inteligencia. Un día, con prepotente brazo, desgajó el rayo de la tempestad y, al otro, la convirtió ya en humilde mensajero de la civilización; y, ahora, es de ver cómo el pensamiento, con las alas del rayo, atraviesa peregrino por el mundo y salva los barrancos y cruza las montañas. Un día pensó el hombre que el vapor era un hércules vagabundo y se apoderó de él, y, a la mañana siguiente, bregaba en los mares, como un galeote, amontonaba peñascos sobre peñascos, como un titán, y, con vigoroso vuelo, encumbraba al hombre sobre el trono del águila.

La luz vagaba todavía por el éter, altanera y seductora, como una reina; mas, el hombre supo, luego, asirse de ella, y, ahora, sujeta a su voz, obedece sumisa a sus mandatos, y hermosa y melancólica, como una esclava griega en el harén del sultán, busca el retiro y las sombras, para ejecutar sus milagros, como si se avergonzara de su servidumbre. Pintora admirable, tiene el mágico poderío de sorprender a la naturaleza en una actitud, en un movimiento. Como mariposa que sacude en una flor los matices recogidos en otra, así la luz ostenta en un paraje las maravillas admiradas en otro. En el Ecuador nos hace ver la aurora boreal y las nieves flotantes de los polos, y en estos deja contemplar el cielo sereno y los paisajes frondosos de los trópicos. De esta manera pone en contacto a todos los pueblos y hace a la humanidad verdaderamente cosmopolita.

Pero no es esto sólo: el hombre ha rasgado los velos de lo infinito y ha encontrado nuevos universos, allí donde no se sospechaba que existiera un ser. En los senos del espacio y en los confines de la nada, ha sorprendido mundos y soles, tan grandiosos como el nuestro, y en la imperceptible gota de rocío, que posa en el cáliz

de una flor, ha hallado también un universo, compuesto de millones de seres más pequeños que los átomos. En vista de esto, ¿quién no se siente obligado a ensalzar el poder del Altísimo y a admirar la obra más grande de sus manos, la inteligencia creadora del hombre? "¡Maravillas de la ciencia!", es la voz que involuntariamente se nos escapa del pecho, al meditar en tan sublimes portentos.

Y, ¿qué ha conseguido, me diréis, el hombre, con estos triunfos? Hacerse el rey de la creación, ahorrar sudores y lágrimas a la humanidad, libertar al esclavo de sus faenas, poniendo en su lugar la materia y la máquina, y emanciparse de los caprichos de la naturaleza. Ahora sí que el hombre no está pendiente de ella, como el niño de los pechos de su madre; ahora puede alzar los ojos al cielo, ver que los astros son su corona, deleitarse en su espectáculo y esperar tranquilo la hora del festín.

En estos días, señores, merced a los milagros de la luz y de su hija la fotografía, habéis admirado las espléndidas obras de la civilización moderna; os habéis asombrado, al ver tantos monumentos gigantescos y tan grandiosos palacios; habéis deseado hollar el terciopelo de sus salones y las baldosas de sus calles; habéis anhelado viajar en sus ferrocarriles y navegar en sus vapores. Pue bien, sabed que de estas comodidades y prosperidad disfrutan únicamente los pueblos laboriosos. ¿Qué era doscientos años hace, la que es ahora patria de Washington y Franklin, de Fulton y de Morse...? Y por qué se ha levantado hoy a tan prodigiosa altura...?

Si queremos, pues, no atrasarnos del siglo en que vivimos, recordemos que la moralidad y el trabajo son los móviles del progreso; recordemos que la ciencia es la poderosa palanca de Arquímides, que puede desquiciar el orbe, y que, si la hospedamos en nuestra patria, levantaremos muy pronto el pabellón de nuestra nacionalidad sobre la cima del Chimborazo.

Cuando apareció el sublime cuadro La Creación de los astros, recitó el señor Emiliano Crespo la siguiente composición del señor Julio Matovelle.

"Era el caos la nada: la tiniebla,
como una inmensa niebla,
los senos ocupaba del espacio,
sin ecuador ni polo;
Dios, en su eternidad, estaba solo,
como rey sin vasallos ni palacio.

Mas el supremo Fiat,
cual tenue velo desgarró la nada,
y rota la niebla en mil jirones,
por la luz arrollada
se ocultó del espacio en los rincones.

Ondeante, luego, como polvo de oro
sobre copos de rosas y jazmines,
asomó de los astros el gran coro,
entre nubes de alados serafines.
Del universo, entonces, en los confines,
un himno resonó solemne y tierno,
a cuya embriagadora melodía
la mañana brotó del primer día,
a la sonrisa hermosa del Eterno.

Al punto, por un ángel, desgranados
se esparcieron los globos de zafiro,
y fueron a cada uno señalados,
en la etérea región, el rumbo y giro.
Desde entonces, de noche, entre las nubes,
nos asombran los astros con sus galas,
porque allí los ostentan los querubes,
y de día los cubren con sus alas.

¡Oh, cuánta maravilla
en sus ámbitos guarda el firmamento!
Al esplendor difuso con que brilla

se eleva el alma en dulce arrobamiento:
el poder de la diestra omnipotente
vislumbra entre celajes un momento
y corona de estrellas su alba frente".

El mismo Presidente de la Sociedad, en honra de los gloriosos Manes de la Patria, dijo:

"¡Ilustres genios de la Patria mía!
Los que, en vuestro sendero,
de luz dejásteis fúlgido reguero,
os evoca la luz en este día,
y de la muerte en la región umbría
penetrando altanera y silenciosa,
con su planta de rosa,
se acerca al mármol de la tumba yerta,
y os evoca la luz y ella os despierta.

Contempladlos allí... ¡Cómo rutila
la luz en su pupila!
¡Cómo enciende de nuevo el pensamiento
en la helada cabeza,
y en llama torna lo que fue pavesa!
Y, tejiendo magníficas guirnaldas,
les cerca de luceros y de flores;
que, si ellos en mi Patria la encendieron,
la luz, en cambio, sola,
les da la esplendidez de sus fulgores,
y es su vida la luz, la luz su aureola".

Después de algunos momentos, ejecutó la orquesta un trozo de Moisés en Egipto de Rossini, y, luego, pronunció el señor Matovelle la composición que copiamos:

"¿Qué visión hechicera me deslumbra,
como fantasma de dorado ensueño
del crepúsculo en medio y la penumbra?
¿Es un ángel tal vez el que me encumbra
en las alas de ensueño?

En grato lecho de armiñadas nubes,
por la etérea región me hallo vagando:
lucero de la tarde, ¿a dónde subes?
¿Hacia dónde, bellísimos querubes,
tendéis el vuelo blando?

Mas, ya bajo a la tierra: los portentos
de natura y el arte ledo admiro:
estupendas ciudades, monumentos
que desdeñan la furia de los vientos,
del tiempo aleve el giro.

El Niágara contemplo, el Tequendama,
la sien del Chimborazo adamantina,
la mar terrible, que furiosa brama,
como las ondas, con rubís recama
la estela peregrina.

Del Oriente los mágicos jardines
que aduermen al Sultán, en muelle holganza,
do, apurando el placer, en mil festines,
bayaderas ceñidas de jazmines
hechizan en la danza.

Alcázares grandiosos cincelados
en el nítido mármol o el granito,
de Babel los escombros derrocados,
los arcos de triunfo levantados
a Napoleón y a Tito.

De Farsalia y Sedán el triste osario,
do el Genio de las tumbas bate el ala,
y la agrietada roca del Calvario,
que un perfume de amor, como incensario,
perennemente exhala.

Con el brillo fugaz de los meteoros
y el vibrante esplendor de las centellas,
entre grupos de arcángeles canoros,
los Genios del saber pasan en coros,
coronados de estrellas.

Mas basta ya: la sien enardecida
por la gloria falaz, todo me abraso:
si estéril ha de ser mi oscura vida,
¿por qué me hace que duerma, !fementida!,
una hada en su regazo?

Pasó ya la ilusión: sólo un lucero,
el sueño de mí Cuenca hermosa vela,
y ante mí se levanta un caballero:
—¿Quién eres, dime? —Farrand, el viajero,
de la luz centinela.

¿Tú la visión causaste de mi halago?
Realizaste mis sueños, te bendigo;
ya un genio seas, ya un artista o mago,
no desdeñes, ¡oh Farrand! en tu pago,
la mano de un amigo".

DISCURSO

del Presidente de "El Liceo de la Juventud" en el acto de la inauguración de la Sociedad Filarmónica. (1).

Observando atentamente el orden admirable del universo, se ve que todas las cosas están regidas por la suprema ley de la armonía: desde las estupendas moles que se arrastran majestuosamente en el firmamento, hasta el átomo más imperceptible que se sumerge en un rayo de luz, ni un solo ser que no exista y se mueva al compás de ese ritmo y armonía universal que llamamos música. Dios mismo es el gran poeta y músico de los mundos, según la expresión de un célebre escritor. El hombre es la síntesis de la creación, el que resume en sí la perfección de todas las demás cosas que le están sujetas como a su monarca, es también el que más inmediatamente experimenta los efectos de esa ley prodigiosa; de aquí esa dulce simpatía que existe entre la música y nuestro ser: parece que nuestro corazón fuera un gran instrumento divinamente acordado, pues cada melodía responde a cada una de las fibras de nuestro pecho.

La música es el elemento en que vivimos, ella mezcla sus sones, así a las lágrimas como a la risa: sin música no podemos concebir ni el paraíso; no hay sentimiento del alma por variado y raro que sea, ni por elevado o triste que se nos presente, que no tenga una armonía que le sea propia. Por otra parte en la natural imperfección del lenguaje humano, hay ideas y sentimientos que no se pueden expresar con ninguna palabra, y, entonces, la música viene a ser el complemento necesario del lenguaje, como que siempre ha sido, ella, el idioma inarticulado pero demasiado expresivo del corazón; por esto, muchas veces, nos conmueven más los sencillos cantares del pueblo, que los más elocuentes discursos de los oradores.

(1) Ver la nota del artículo anterior. (Ed.).

He aquí, cómo el arte encantador que nos ocupa, es uno de los elementos más indispensables para la cultura de un pueblo, pues, aparte de la necesidad que tenemos de hacer coro a la creación entera, en el himno incesante que eleva a su Hacedor, estamos obligados a procurar el perfeccionamiento del individuo; y no hay cosa que nos pueda servir mejor para este fin como la música, que, con sus celestiales consonancias, nos separa dulcemente de la dura corteza de la materia, y nos revela por un momento los sublimes destinos del espíritu. Por esto, así cual no ha existido una sola nación sin idioma, no se cuenta tampoco de ninguna que no haya cultivado la armonía: ni cómo había de ser el hombre de peor condición que las aves de la selva, que tienen por lenguaje la música y que se entienden entre sí con las dulcísimas notas de su canto. A medida que los pueblos han adelantado más en la carrera de la civilización, ha sido también mayor el culto que se ha tributado al genio de la melodía. La culta Helena, nacida en su cuna a los deliciosos cantos del ciego de Esmirna, ella que se gloriaba de tener ciudades levantadas a los acordes de la lira, ella, encarnación bellísima del genio de la plástica, supo colocar en el coro de las Musas a Euterpe la inventora de la flauta. En este célebre pueblo, la música era considerada como el ramo principal de la educación de la juventud; en la Arcadia, por ejemplo, prescribía una ley la profesión de este arte, desde los nueve hasta los veinte años de edad. "Los cantos, dice un escritor, eran llamadas leyes", como si entre la política y la música hubiera una misteriosa sinonimia, y Orfeo fue el primer legislador de la antigua Grecia. Quién no sabe los prodigios de que está llena su historia, ¡fueron ejecutados solamente al influjo de una cítara! ¡Quién no recuerda los nombres de Terpandro y Timoteo!

Los anales de la moderna Europa abundan también en mil curiosos hechos ocasionados por la música. De Enrique IV, de Dinamarca, dice Kraunitz, que, deseando experimentar en sí el hechizo de un célebre músico de su reino, lo hizo llamar a su palacio, y que fue tal la maestría del artista en pulsar su instrumento, que, exaltado el monarca, llegó al punto de matar a puñetazos a al-

gunos de los cortesanos que lo cercaban.

Siendo la música, como hemos dicho, el lenguaje del corazón, sufre todos los cambios y transformaciones de nuestros pensamientos, sin dejar nunca de embelesarnos con su magia. En medio de los templos, a los trémulos sollozos del órgano, ella se nos presenta como una reina sobre su trono: a sus graves y majestuosas sinfonías enferma el alma de nostalgia, por esa patria tanto tiempo perdida: parece que escuchamos un eco desviado del canto de los serafines, y que por un momento columbramos un pedazo de ese cielo, por el que tanto gemimos.

Al escuchar Pío IV una misa de Juan de Palestrina, todo conmovido, dijo a sus cardenales: "Verdaderamente que éstas deben ser las melodías, que oyó Juan, el Apóstol, en la Jerusalén celestial, y que, este otro Juan, nos ha traído a la tierra". Si de los templos nos trasladamos a los campos de batalla, veremos aquí a la música, recorriendo, como una ardorosa Palas, las filas de los combatientes o infundiendo valor y ardimiento en el pecho de los campesinos. Sabidos son los prodigios que realizara Tirteo con su canto; los héroes de las Termópilas se durmieron en el regazo de la gloria, coronados de olivo y entre los sones de delicada flauta.

Pero la música no solamente es la inspirada de los templos, la precursora de la victoria y la cortesana de los reyes: ella, más que todo, es la amiga sincera de los pueblos y la consoladora de la humanidad doliente. El canto popular, esa expresión la más hermosa y verdadera de los sentimientos de una nación, se reviste de todos los matices del cielo que le vio nacer: en el Mediodía es ardiente y voluptuosa como un sol, lánguida y muelle como las palmeras y naranjos de Cuba; en la Finlandia o la Caledonia, majestuosa y triste como los peñascos de nieve que rodean el Artico. La música popular es la historia única de la clase más desvalida de la sociedad, es la tradición viviente de las ciudades, como ha dicho un poeta, el arca de la alianza entre los tiempos antiguos

y modernos, donde una nación deposita los trofeos de sus héroes, la esperanza de sus pensamientos y la flor de sus sentimientos. Así los modernos atenienses cantan y danzan el hermoso baile de Ariadna, o el voluptuoso, llamado la Romerca, recuerdo de la tragedia clásica; así los nuestros entonan su lastimero Yaraví, eco perdido de las canciones que deleitaban a Huaina-Cápac y Atahuallpa.

Pero ¡ah! todos estos prodigios de la música no son para nosotros: desdeñamos el sentido canto del indio e ignoramos las notas de La Sonámbula o La Lucia de La menor: nuestros salones se hallan invadidos por vals y bóstones advenedizos que los oímos sin comprenderlos. Nos preciamos de ser amantes de la literatura y el progreso y parece que ignoramos que en el pórtico de la civilización, así como en las antiguas escuelas de Pitágoras y Platón, hay este letrero: no entra aquí el que no tiene de músico. ¿Ni cómo se puede aspirar a la perfección, si no viene el hada de la melodía, y, con su hermosa vara, despierta nuestro espíritu del letargo de la materia? ¿No habéis visto cómo enseñan las madres a hablar a los niños de la cuna?: cantándoles. La música es como la célebre estatua egipcia de Memnon: ella, con sus sones, anuncia al mundo la salida del sol de la civilización sobre un pueblo. La historia es incompleta todavía para nosotros, pues que no comprendemos la gloria de un Mozart, de un Rossini, o un Mercadante, al no deleitarnos con sus armonías.

Mas, de hoy en adelante, ya no será así; ¿no véis que este hermoso grupo de artistas, dedicados al culto de la música, se ofrece, con la más pura generosidad, a encantarnos con las dulces inspiraciones de Bellini y Doniceti? Cuenca que ha sabido producir un Vélez, no será ingrata a los genios de la armonía. Ved, pues, ilustres socios de la Filarmónica, el vasto campo que se presenta a vuestros triunfos: habéis dado principio a esta grande obra, nada más que al impulso de vuestro noble entusiasmo, continuad adelante inflamados del mismo ardor, constancia en vencer los obstáculos, laboriosidad en perfeccionaros en vuestro sublime arte, y el porvenir será

vuestro. Recibid, ahora, el saludo cordial que, como a hermanos, os ha venido a dar, en esta noche, "El Liceo de la Juventud"; y no olvidéis jamás que, con este acto, habéis puesto, sobre las hermosas sienes de mi adorada Cuenca, una corona más de gloria y esplendor.

LA LUCIÉRNAGA.

PERIODICO LITERARIO,

ORGANO DEL "LICEO DE LA JUVENTUD."

N.° 1.°

CONTENIDO.

Nuestro programa......... „ „
La libertad.............. *Sr. Benigno Malo T.*
Cuestiones gramaticales.... *Sr. Honorato Vázquez.*
Apuntes, &c............... *Sr. Cornelio Crespo.*
Actas de la fundacion &c.... „ „
El Génesis, &c............ *Sr. Julio Matovelle.*

A María................ *Srita. Á. M. R.*
Una tarde de recuerdos.. *Sr. Honorato Vázquez.*
La Vírgen de la peña.... *Sr. Miguel Moreno.*
El salvage y la cristiana.. *Sr. Francisco J. Coronel.*
La Noche en el Campo.. *Sr. Rafael Arizaga.*
La verdadera gloria.... *Sr. Julio Matovelle.*
El desencantode la hermosura *N. N.*

Cuenca, febrero 26 de 1876,

IMPRESO POR JOSÉ ANTONIO PEÑÁHERREZ.

EL GENESIS DE TODO HOMBRE

Bellísima y sobremanera deliciosa es la primera página de la historia del humano linaje. El drama del paraíso empieza por los jardines del empíreo y termina por los zarzales de la tierra. Adán, sacado de la nada, se mira, de repente, circundado de los encantos del Edén; mas, luego, siente hallarse sólo en medio de tanta hermosura, y, el Criador le da una compañera, resumen admirable de sus obras y conjunto prodigioso de todas las gracias. Adán y Eva pasaban vida de ángeles acariciados por Dios y disfrutando de los dones de una pródiga naturaleza. Nosotros hubiéramos sido herederos de tanta dicha; pero, ¡ay!, nuestros primeros padres delinquieron, quebrantando el único precepto que les impuso el Eterno, y ellos y su descendencia fueron arrojados a la amargura del valle de dolor. Todos los días, de todos los ángulos del mundo, entre desgarradores lamentos, se levantan acerbas imprecaciones contra la infausta debilidad de los primeros hombres; mas, ¿serán ellos los únicos que tal inculpación merezcan? ¿No se repetirá todos los días el terrible drama del paraíso? Veámoslo.

La existencia del hombre principia por la dichosísima edad de la inocencia. ¡Qué hermoso despertar el del niño en brazos de la razón! Se mira, de repente, en medio de un paraíso, sin saber de dónde vino ni quién le trajo a tanta felicidad. Los años de la infancia transcurren como una ilusión dorada, durante la cual se sueña con ángeles, se juega con las estrellas y se ríe con las flores. Una nube que pasa, el iris que se cuelga en los espacios, un copo de espuma o un fragmento de cristal bastan para deleitar al niño y abismarle en las más dulces complacencias. Una paz sólida e imperturbable, resultado preciso de una completa ignorancia del mal, llena el espíritu de los suaves deliquios de los serafines. Dios habla a los pequeñitos cara a cara, a cada instante, en cada pestañada; se siente una vaga aspiración a los cielos, se mira un esplendor desconocido, y parece que se encuentra uno rodeado de los perfumes del incienso. Nada de este mundo nos preocupa, entonces, y paseamos llenos de alegría y de contento, entre umbrosas

arboledas y mágicos pensiles, sin ambición de ser adulados por la fama, ceñidos de laureles, ni cercados de palacios ni riquezas: no hay más anhelo que cazar mariposas y pintados pajarillos, visitar las musgosas grutas de las selvas y bañarse en las ondas de las cristalinas corrientes. Las pasiones, esos tigres, leones y jabalíes; esas horribles fieras que al andar de la vida despedazan, furiosas, a la humanidad, en la edad de la inocencia son tímidos corderillos, que se dejan atar con un cabello y que nos acarician, lamen, y juguetean postradas sumisas a nuestras plantas. En suma, el niño es un Adán en medio del Edén.

Pero la adolescencia se ha adelantado y el hombre frisa ya con los dieciséis años; sus formas indecisas y casi femeniles hasta ahora, pierden poco a poco su graciosa morbidez y flexibilidad, y principian a pronunciarse los angulosos perfiles del rostro varonil. El niño, hasta entonces bullicioso y juguetón, va poniéndose meditabundo y serio y empieza a sentirse solo y a desear algo que no sabe qué es pero que le hace falta. De repente, una noche se le aparece en sueños una visión; es una sílfide vaporosa, como las nieblas de las mañanas, vaga y transparente como el primer rayo de la alborada: hechicera y linda como la estrella de la tarde, dulce y cariñosa como un beso maternal. El adolescente la quiere detener a su lado, pero la sílfide se escapa y desvanece, y él se queda triste y más solo que nunca. Es joven ya; un negro bozo sombrea sus labios, como una obscura nubecilla que ondea entre las rosas de la aurora; y, este joven, al despertar del sueño, experimenta que algo, como un pedazo de hueso le falta de lado de su pecho; el corazón le late con extraordinaria violencia, parece que quisiera lanzarse por una ventana recientemente abierta: es que Dios ha arrancado una costilla de Adán para formar a la mujer. El horno se ha encendido, y la fuerza de la llama ha hecho saltar en pedazos y convertida en ascuas, la puerta de la entrada. El joven, desde entonces, aumenta más y más en inquietud buscando ese algo que cree va encontrar a cada paso y que no sabe con fijeza lo que es: ya no le placen las flores, ni las aves y sintiéndose incompleto ansía por hallar el peda-

zo de corazón que le ha sido arrancado mientras dormía.

Mas, he aquí que, de improviso, al doblar una esquina, al salir de un templo, al entrar a un salón, en una gira de campo, en casa de un amigo, en el huerto de un pariente, se sorprende el joven, al ver, como por encanto, realizada y encarnada la sílfide de sus sueños; nadie le ha dicho todavía, quién es, ni cómo se nombra, tal vez la ha visto antes y no se acuerda, cuando grita en el interior de su pecho una voz que dice: "esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos". Ella es, en efecto, la otra mitad de su ser, ella es la que buscaba, ella el pedazo de corazón que le fue arrancado. ¿Cómo describir la primera entrevista de Adán y Eva? Eso lo supo decir Milton que aprendió a hablar el lenguaje de los ángeles. En las hermosas mañanas de verano, cuando el cielo se ostenta opalino y terso, como la límpida superficie de un lago, modesta y esplendorosa titila hacia el oriente la tímida estrella matutina; mas sale, de pronto, el sol y ella se disipa y él se torna como de oro fundido, avergonzado y gozoso de encontrar a la amante que buscaba. Ved aquí una imagen de esa primera entrevista que supo dibujar tan bien el ciego vate de Albión. El joven y la joven, se miran, pero, con la celeridad del relámpago e inmediatamente, ella baja pudorosa los negros y rasgados ojos, y él levanta hacia el cielo: dos botones de rosa despliegan sus capullos de púrpura en las mejillas de ella y dos mariposas de oro se posan en el rostro de él. Ni uno ni otro han desplegado los labios, y, con todo, en esa mirada de un segundo, se han contado, recíprocamente, sus ojos un idilio tan hermoso como el Cantar de los Cantares; no han pronunciado una palabra, y los mismos ojos, mensajeros del alma, han celebrado pacto, y él ha dicho: "tú eres mía"; y ella ha contestado: "tú eres mío". Que pareja tan hermosa, se dicen interiormente los que contemplan a los dos jóvenes; ella más pura y más sensible y casta y encantadora que la primera ilusión de la niñez; él más orgulloso, gallardo y altivo que un levantado ramo de jazmines aromáticos, brotado en medio de un cafetal en ciernes.

Adán y Eva se han encontrado por fin. El paraíso

de la vida es ahora más delicioso que nunca. La juventud, en su florescencia, es más seductora que un prado de arirumbas y lirios en las mañanas de mayo: la naturaleza misma parece que sonríe complacida a esos ángeles de candor que se aduermen, como narcotizados por el suavísimo aroma de las primeras impresiones. El y ella se vieron una vez y no vuelven a separarse ya: en casa, en medio del hogar, en el templo, al fervor de la oración, en el campo, en las meditaciones, en el estudio, va él acompañado de su Eva; pero qué Eva tan hermosa y tan pura: no era mejor la que acariciaba Adán. Quién haya leído las *Memorias de Ultratumba,* del cisne Chateubriand, comprenderá los raptos, coloquios y ternezas de esta delicada pareja. En América, como en Africa, la flor de la datilera ama a la flor de la datilera; y sin embargo las palmas que las ostentan se levantan la una a grandísima distancia de la otra, allá, entre apartadísimos bosques y en dos remotos oasis: jamás se han visto las dos amantes flores, la brisa confidente de sus secretos es la única que ofrenda a la una el polvo de oro de la otra y los aromas de ésta a aquélla; y sin embargo se quieren tanto las dos, que sin verse ni conocerse se estremecen y se agitan, temblorosos, en ocasiones. Así esta delicada pareja: esta Eva, no es la Eva mortal todavía, sino el ideal de la mujer; se la ama con amor platónico, se la ve con los ojos del alma, se la adora y no se la palpa. Al despertar, es el ángel que vela a la cabecera del lecho, en el campo, la náyade que se oculta en el cáliz de una azucena, en el río, la ondina que se evapora de la espuma, en la oración, la Beatriz que guía al empíreo, de noche, la Psiquis que se desvanece en un rayo de luz. Se la ama, pero con respeto, se la habla, pero en medio de querubines; es una compañera que no abandona, pero que no toca; Dios va en medio de los dos, conversando entre las glorietas del Edén. Las ilusiones del niño no han desaparecido aún, son los celajes que contornean el firmamento bañado en la luz del mediodía. Esto es: Adán y Eva in paradiso voluptatis.

Pero, en la mitad de este jardín de delicias, hay un árbol que es prohibido tocar. Dijo Dios a Adán: "Come-

rás del fruto de todos los árboles del paraíso, mas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque, en el día que comiéreis de él, infaliblemente morirás". La inocencia es una dichosa ignorancia del pecado y una intuición sublime de todo lo bueno; mas, en medio de este paraíso de la infancia y la juventud, se levanta la tentación de la carne, como otro árbol de fruto prohibido; en los ensueños del niño, y en las ilusiones del joven, se la divisa como una sombra de muerte al través de la frondosa arboleda: el diablo de la malicia incitaba muchas veces, a Adán, a quebrantar el ineludible precepto; pero Adán se acongojaba de sólo pensarlo.

Pero, un día, la insensata curiosidad y el necio orgullo hicieron que Eva, seducida por la serpiente, se acercara al árbol prohibido con su complaciente esposo; y Adán y Eva comieron el envenenado fruto del mal: y al comerlo esos dos seres tan castos y celestiales antes, tuvieron vergüenza por primera vez; es que se vieron ambos cubiertos de materia y esto avergüenza el alma que es puro espíritu. El cristal limpio y transparente, al caer en un lodo, no deja de ser cristal, pero la luz no vuelve ya a pasar por él, bañándolo de sus resplandores; y es entonces, que se ve que el cristal es materia, cuando está caído en el cieno. Adán y Eva, mutuamente, se avergonzaron y corrieron a cubrir su desnudez con hojas de higuera; mas viene entonces la voz del Señor que les grita: "¡Adán, Adán, dónde estás!" Y éste ya muy lejos, allá entre el follaje de los árboles, contesta: "He oído tu voz, pero avergonzado de mi materia me he escondido de tu vista". El Señor reconviene a Adán, Adán culpa a su compañera y ambos salen desterrados del paraíso, porque dejaron de ser espíritus.

Ved ahora: ese joven y esa joven, ayer tan contentos, tan bulliciosos, ahora, al día siguiente de la noche de bodas, tan abatidos y avergonzados; son Adán y Eva, expulsados del paraíso. Fugó la inocencia, volaron las ilusiones y se presentó de lleno la amarga realidad. El varón tiene que ganar la vida con el sudor de su rostro, la mujer que llorar con los tormentos del parto y, ambos, que convertirse en ceniza. Pasó la frescura de la

mañana y han venido los calores de la tarde: ahora es el bregar con las borrascas y el abrir, jadeando, los duros senos de la avara tierra. Las lágrimas se agolpan a los ojos en tempestades, los trabajos acometen en tropel. La hermosura de Eva se marchitó y el gallardo Adán es una palmera encorvada por los huracanes. Los cuarenta años arrugan con su enorme peso las mejillas de los dos; y Caín y Abel juguetean a las puertas de la cabaña.

Y, cuando la prosa del matrimonio desvanece la poesía de la juventud; cuando los zarzales de la vida sofocan los pensiles de la adolescencia; al opaco brillo de las estrellas, al suave calor de los chispeantes sarmientos que arden en medio del hogar, recuerdan los dos ancianos esposos, entre prolongados suspiros, las gratas fruiciones de la infancia. Bastante lejos de Dios, no muy distante del sepulcro, la imagen de la pasada inocencia se muestra ondeando entre las estrellas; el anciano baja, entonces, la vista a su corazón, y, en él, no encuentra sino el nido vacío del canario que voló. ¡Ah!, los recuerdos son el débil aroma que despide la agostada flor.

La pureza es una hada, que, si se va, no vuelve: felices los que durmiéndose en sus brazos, van a despertarse en los de Dios. ¡Oh!, que los hombres se quedaran de ángeles; pero la carne arrastra a la carne, y el polvo que sube en alas de los vientos, al fin desciende a la tierra. El que no se aleja de Dios, no se siente solo y no necesita de compañera; almas hay, que al morir no dejan cenizas, sino que, como el incienso, se reducen a niebla aromática: felices los que no se convierten en carne. ¡Ay, de los que dejan el cielo para morar en la tierra! El alma, que es un ángel, pliega entonces sus alas, recoge su cándida vestidura y empieza a andar por los marjales de la vida, dejando aquí y allá, girones de su manto de armiño; y cuando se llega a las puertas de la tumba, la yerta crisálida queda en el lodo y la dorada mariposa sube a los cielos.

He aquí el Génesis de todos los hijos de Adán. Una mujer es siempre la que arroja al hombre del paraíso de la inocencia; pero en cambio, es ella la que le da la ma-

no en las cambroneras de la vida. Dejemos, pues, de culpar a Adán: su pecado es nuestro; el drama del Edén se representa todos los días, en el globo. Del polvo vinimos, a él hemos de volver; procuremos que el alma, ángel de los cielos, torne, al morir, al seno de Dios, del cual ha salido.

LA LUCIERNAGA: I: 8-9.

LA PERFECTIBILIDAD FISICA DEL HOMBRE

El rey de la creación, la obra maestra de Dios, es el hombre; él fue puesto en el Edén, para ser el dominador, el pontífice y el centro de los demás seres; el universo todo no es más que el palacio de este sublime monarca. Después que, al fiat omnipotente, se formaron los astros y las plantas, los mares y las montañas, las aves y los cuadrúpedos, tomó el Hacedor Supremo en sus manos un poco de barro y lo modeló admirablemente, para que fuese el ara santa, en la que había de arder deslumbrante la excelsa luz del pensamiento, chispa escapada de la soberana inteligencia. Y ved aquí, cuán bello, imponente y majestuoso se eleva el hombre en medio de sus rendidos vasallos. Su gallarda figura revela su celeste origen, airosa y recta, arranca de la tierra como llama que sube al firmamento. Un célebre escritor francés le pinta de esta manera: "El rostro del hombre, dice, es el ideal supremo de la belleza: su frente como aurora que nace refleja la majestad del pensamiento; el cerebro, más grande que el de todo otro animal, duerme abrigado y recogido bajo la bóveda del cráneo; la niña del ojo, que es la estrella de la mirada, irradia, desde el fondo del arco de las cejas, apacible claridad; la oreja abre al aire libre, de cada lado de la cabeza, su concha armoniosa, modelada para las ondas sonoras, como la bahía en la ribera, para las olas del mar; la nariz inclina al suelo su copa, para aspirar al paso todos los perfumes; el pliegue del labio ondula en agraciadas curvas, como arco suelto y movible, dispuesto siempre a lanzar la palabra; la cabellera flota al viento esparcida sobre la espalda, en señal de fuerza, como la melena del león; todos los colores del iris se posan en su rostro en suave gradación: la rosa de las mejillas y la nieve de la frente, el azul celeste del ojo y el oro de los cabellos" (1). Así debía ser, en efecto, porque el hombre es la síntesis suprema de la creación; en él, como en un tálamo nupcial, se han dado un abrazo de amor el ángel de los cielos y

(1) Eug. Palletan.

la materia de este mundo, arreglada como en vistoso ramillete.

Pero Dios, en su infinita sabiduría, nada estableció en el hombre de modo absoluto, sino que todo lo sujetó a la imperiosa ley del trabajo; de tal suerte, que las más sublimes dotes de inteligencia y de cuerpo, son susceptibles de perfeccionamiento, y morirían en germen, si una continua labor no viniera a darles el desarrollo conveniente. Los más de los animales, apenas nacen, ya pueden valerse a sí mismos; mas el hombre cuando niño, es el ente más miserable y débil de toda la creación; y ¡oh!, cuánto tiene que hacer una madre, porque ande y viva esa delicada criatura que no sabe más que llorar, porque ésto es lo único que no se necesita aprender. Y si no fuera por la madre y si no fuera por los maestros, se apagaría la luz de la inteligencia, se enervarían las fuerzas, y el rey de la creación quedaría más abajo que los brutos. La educación es la que forma al hombre, y, con ella, no hay ser alguno que nos pueda igualar, ni en agilidad, ni en fuerza, ni en viveza. Lo que tratamos pues, de progar aquí, es la perfectibilidad física del hombre, esto es, le manifestar con algunos ejemplos, que no hay en nosotros facultad física que no pueda ser educada, ni cualidad que, con su desarrollo, no exceda en perfección a cuantos prodigios se cuentan, en esta materia, de ciertos animales. No hablamos aquí de la inteligencia, porque su nobleza y dignidad son cosa puesta fuera de duda, y la civilización actual ha llegado hasta el delirio de adorar a la razón como a diosa.

Principiando por la forma humana, es sabido que no existe cosa más admirable y perfecta en el universo material que nuestro organismo, cuya sublime disposición ha dejado absortos a los fisiólogos, admirando la infinita sabiduría del que tal obra hizo. El cuerpo del hombre es un mundo en pequeño, es el compendio de cuantos seres existen en el reino animal, vegetal y mineral; todo de una manera eminente y prodigiosa. Mas, esta misma forma tan gallarda y magnífica, es susceptible de perfección; es cosa sabida, que el exterior de una persona es el reflejo de su alma, y que la hermosura del ros-

tro, es indicio de cualidades nobles y elevadas de espíritu. Las razas más bellas han sido siempre las más ilustradas. Grecia, el pueblo sabio de que hace mención la historia, fue la que dio los inimitables modelos a la estatuaria: nación idólatra de la hermosura plástica, que por estar adornada de ella, levantó templos a Felipe de Crotona: que abrió certámenes de belleza para uno y otro sexo, y que en los juegos públicos adjudicaba un premio al beso más melodiosamente dado. ¿Ni cómo había de ser si es el cuerpo el tabernáculo de la inteligencia, y, mientras más grande es el rey, más rico debe ser su trono?

Fijándonos, ahora, en las demás cualidades de nuestro organismo, observaremos que cada una de éstas, bien ejercitada, deja muy atrás a la fuerza del león y a la agilidad de la ardilla, y a la industria del castor y a la perspicacia del lince. Principiando por la fuerza y agilidad, citaremos lo que a este respecto se dice en el *"Museo pintoresco de la Historia natural"* del Sr. Chao, en la pág. 37 del tom. 1º: "Sin embargo de ser el cuerpo del hombre en lo exterior más delicado que el de cualquiera de los animales, es más nervioso y acaso más fuerte, proporcionalmente a su volumen, que el de los animales más robustos. Pues, si queremos comparar la fuerza del león con la del hombre, debemos considerar que estando aquel animal armado de garras y de dientes, nos formamos una idea errada de sus fuerzas, por atribuir a éstas, lo que sólo pertenece a sus armas, y que las dadas al hombre por la naturaleza no son ofensivas... Aseguran que los mozos de cordel o palanquines de Constantinopla, cargan fardos de novecientas libras de peso; en un experimento de Mr. Desaguliers, relativa a la fuerza del hombre, que consiste en un arnés, por cuyo medio distribuía en todas las partes del cuerpo del hombre, puesto en pie, cierto número de pesos, de suerte que cada parte del cuerpo cárgase todo lo que podía cargar, relativamente a las demás partes, y que no había parte alguna sin su carga competente, resultó que por medio de esta máquina cargaba un hombre dos mil libras, sin que el peso le agobiase. Si se compara esta carga con la que, a volúmenes iguales, debe llevar un caba-

llo, resultará que, teniendo el cuerpo de este animal seis o siete veces más volumen que el de un hombre, se podrían cargar a un caballo doce o catorce mil libras, cuyo peso sería enorme en comparación del que hacemos cargar a este animal, aún distribuyendo el peso de la carga lo más ventajosamente posible". Hablando de la ligereza de que es capaz el hombre, dice a continuación: "Los hombres que se han ejercitado en la carrera, se adelantan a los caballos o, a lo menos, sostienen mucho más tiempo este movimiento, y, aún, en ejercicio más moderado, un hombre acostumbrado a caminar, caminará cada día más que un caballo; y, si solamente hace el mismo camino o jornada, cuando haya caminado el número de días necesarios para que el caballo esté rendido, se halla todavía en estado de continuar su camino sin incomodidad. Los Chaters o volantes de Yspahan, que son corredores de profesión, caminan treinta y seis leguas en catorce o quince horas. Los viajeros aseguran que los Hotentotes se adelantan a los leones en la carrera, y que los salvajes que van a la caza del alce o granbestia, persiguen a estos animales que en ligereza exceden a los ciervos, con tanta velocidad que los alcanzan y cogen. Otros mil prodigios refieren de los salvajes en la carrera, y de los grandes viajes que emprenden y concluyen, a pie, por montañas escarpadas y por los terrenos más escabrosos, en que no hay camino ni senda, dando por cosa segura que estos hombres hacen viajes de mil y aún de mil doscientas leguas, en menos de seis semanas o de dos meses". A esto añadiremos algunos casos singulares que traen los historiadores, para probar el punto casi increíble a que pueda llegar la fuerza muscular humana. Plinio refiere que ha visto entrar en la escena a un cierto Athanato, hombre muy jactancioso, vestido con cincuenta corazas de plomo, y calzado unos coturnos de peso de quinientas libras (Libro VIII cap. XX). Del emperador Cómodo, narra Cantú (Hist. Univ. tom. 2º, cap. VI), "que mató en el circo, en una sola ocasión, cien leones, de un flechazo cada uno, que pasó de parte a parte a un elefante con una lanza (siendo sabido que es tan dura la piel de este animal que resiste aún a las balas), y que, en setecientas treinta y cinco veces que combatió con gladiadores, en ninguna fue vencido, sin

embargo de que escogía los más esforzados y robustos". Así se explican también esas estupendas obras de la antigüedad, conocidas con el nombre de construcciones pelásgicas y ciclópeas; la mente se abisma considerando, cómo se hayan podido suspender, en el aire, enormes peñascos y rocas, sin el auxilio de las máquinas que ahora poseemos; y, aunque es verdad que en las primeras edades del mundo parece que existieron ciertas razas de colosal estatura y desmedida fuerza, con todo, es de creer que lo que era natural lo perfeccionaron con un continuo ejercicio. La fábula de los titanes, es la alegoría de los milagros producidos por la fuerza perfeccionada del hombre.

Nuestro asombro se aumentará, si pasamos a ver el grado de perfección a que pueden llegar los demás sentidos. Lo que los viajeros nos cuentan de la vista y oído de ciertos salvajes, supera a cuantas maravillas se refieren, en esta materia, de los animales. Chataubriand en su *Viaje a América,* hablando del modo de guerrear de los indios del Norte, dice en la página 92, "Cuando se avanza en la comarca a cuyo suelo se lleva la guerra, se marcha sin plan, sin precaución y sin temor, siendo generalmente la casualidad la que anuncia la presencia del enemigo; en este caso, un cazador da apresuradamente el aviso de que ha visto pisadas de hombre impresas en la tierra. Oído esto, inmediatamente se manda cesar todo trabajo, con el objeto de que no se perciba el menor ruido. El jefe parte con los guerreros más experimentados a reconocer las huellas, y hay salvajes que oyen los sonidos a distancias infinitas, reconocen las pisadas en los áridos brezos, o en las desnudas rocas, donde otro ojo que el suyo nada advertiría. No sólo descubren aquellos vestigios, sino que pueden decir qué tribu los ha dejado y cuánto tiempo ha; si los guerreros son jóvenes o ancianos, si han ido despacio o de prisa, y cuántos días u horas hace que ha quedado impresa la huella... Bien reconocidas las huellas, los indios aplican el oído a la tierra y juzgan, por murmullos, imperceptibles al oído europeo, la distancia a que se encuentra el enemigo". Esto por lo que hace a los alcances del oído; que, en cuanto a la delicadeza a que puede llegar, es cosa más

digna de admiración. Recuerdo haber leído, no sé en dónde, que, dirigiendo, un célebre maestro italiano, una orquesta de más de cien instrumentos, llegó a advertir que un músico tenía mal templada la cuerda de su violín; vulgares son a este respecto las hazañas del célebre Paganini. Y es tal en algunos la afición que profesan a la música, que tienen con ella cierta simpatía orgánica, habiendo muchos que se despiertan, súbitamente, de su profundo sueño, al más tenue sonido inarmónico. El P. Feijoó refiere, en sus Cartas eruditas, haberse sanado muchos con la música, de enfermedades desesperadas. El malogrado Dotnizet, que llegó a verse muy temprano en una casa de locos, una vez que tocaban el renombrado *septetto* de su *Lucía*, recobró por un momento la razón perdida y dijo suspirando: "¡Pobre Dotnizet: cuán pronto se apagó tu gloria!"

El tacto es susceptible también de gran perfeccionamiento. Lo que se cuenta de los sibaritas, que tenían tal delicadeza en este sentido, que uno de ellos pasó insomne una noche por haberse doblado bajo las sábanas un pétalo de rosa, es algo más que una anécdota; nadie ignora que hay ciegos, a nativitate, que por sólo el tacto distinguen los colores de los objetos. En cuanto al olfato, para no alargarnos mucho, diremos, solamente, que los árabes del desierto tienen narices tan adecuadas, que adivinan, a leguas, el paso de las caravanas. De nuestros salvajes del Marañón se dice también, que tienen un olfato que excede a la perspicacia de los perros, pues, por medio de él, persiguen a sus enemigos y los descubren y toman en sus más ignorados escondites. Por lo que hace al gusto, aunque es el más bajo de todos los sentidos y bien quisiéramos no ocuparnos en él, sin embargo, no le dejaremos sin su parte, poniendo, por ejemplo de su perfectibilidad, a los catadores de vinos y a esos glotones romanos del tiempo de Nerón y Vitelio, que advertían la más leve diferencia de los guisos, que se servían comidas de las cuales un solo plato costaba muchas veces de diez a doce mil sextercios, y que apenas hallaban placer en devorar viandas hechas de lenguas de cisnes y ruiseñores, de sesos de faisán, hígados de escaro y leche de lamprea. ¡La gula tiene también su refinamiento!

No menos admirable y más útil que todo esto, es la destreza que adquieren ciertos individuos, para servirse de la mano izquierda y aún de los pies, con la misma facilidad con que usan todos la derecha. No hay cosa que no esté sujeta, en el hombre, al hábito y a la educación, y, por falta de ésta, nos quedamos sin saber utilizar algunos miembros que no nos han sido dados en vano por el Supremo Hacedor, pero que nosotros, por pura desidia, los hemos convertido en instrumentos inútiles. En el Indostán hay tejedores de seda y otros géneros que se bastan por dos y tres operarios de los nuestros, y es que, desde niños, aprendieron a usarse de la izquierda y aún de los pies con la misma facilidad que de la derecha. Se cuenta de varios individuos, que escribían con los pies, como el mejor calígrafo; y para no recargar de ejemplos, recordaremos, aquí, a aquel manco que se presentó en la última exposición de Chile, ejecutando hermosísimas piezas de violín, con los pies, como lo hacen otros con las manos. Por esto se verá, pues, de cuanta perfección es susceptible, no solamente cada uno de nuestros sentidos, sino hasta el más insignificante miembro del cuerpo humano, como es un dedo del pie.

En cuanto a la agilidad de los movimientos, hay hombres que dejan con ellos muy atrás a las ardillas y los monos: sería inútil citar hechos en la materia, pues creemos que no habrá uno solo de nuestros lectores, que no haya admirado algunos prodigios de prestidigitación y no haya aplaudido a algún insigne acróbata en el baile de la cuerda o en las hazañas del trapecio; hazañas que hacen dudar entre si nuestro cuerpo es de carne o de caucho. De paso, diremos que siempre nos ha parecido algo bárbaro eso de divertirse contemplando a un hombre en lucha con la muerte y los abismos: es cosa más para horripilarse que para reír, eso de ver a un individuo suspendido a inmensa altura, y en posición tal, que el más pequeño descuido le puede dejar reducido a átomos. Más cultos son esos juegos de pantomima, en que la acción sustituye a la palabra, en que se sostienen largas conversaciones sin necesidad de abrir una sola vez los labios. En las escuelas de sordomudos, fundadas por el inmortal abate L' Epee y mejoradas por el no menos cé-

lebre, abate Sicard, se enseña a esos miserables un idioma todo de acción; y es tal la perfección a que se ha llegado en ésto, que hay sordomudos que expresan sus ideas con simples movimientos, con la misma rapidez que otros lo hacen con la palabra. No ha mucho que daban cuenta los periódicos, de una función habida en París, donde un sordomudo gesticuló tan elocuentemente, que hizo derramar abundantes lágrimas al concurso de sordomudos que le atendía. En el *Universo Pintoresco,* se lee que hay en Persia ciertos narradores de cuentos, que divierten al pueblo contándoles historietas, con tal gracia, que uno sólo representa el más complicado drama; de tal suerte que, sólo con fijarse en la acción, queda uno inteligenciado de la narración, aunque ignore la lengua persa; como se dice haber acontecido a un viajero europeo.

Hablemos ahora de esas otras facultades del hombre, que, aunque pertenecientes a su ser físico, están colocadas, digámoslo así, a los lindes del espíritu, por cuya causa determinan, de una manera incontestable, la superioridad de nuestro organismo sobre todas las demás especies animales. La voz humana, signo de nuestras ideas e instrumento armonioso del espíritu, tiene, lo mismo que éste, una escala indefinida de perfectibilidad. El lenguaje es el reflejo de la cultura de los pueblos; y así, las tribus salvajes, sumidas en vergonzosa estupidez, se valen de monosílabos ya agudos y sibilantes, como el chirrido de los pájaros de la selva, ya ásperos y roncos como los rugidos del león y el fragor de los mares; mientras que en las naciones cultas, el lenguaje es sonoro y musical; ahí está para probarlo, el griego entre los antiguos y el italiano entre los modernos, que suenan con toda la suavidad y dulzura de una civilización avanzada. Pero donde la voz humana se muestra con todas sus galas y hechizos es en el canto: ya Cicerón había dicho, que ella es digna rival de la cítara; y Bernardino de Saint—Pierre manifiesta cómo el hombre, "con sóla su voz, imita los silbidos, los gritos y los cantos de los animales; ya volviendo sensible el aire, le hace suspirar en los caramillos, gemir en las flautas y amenazar en las trompetas; ya versátil y poderosa, anima, a su voluntad, el bronce el boj y las cañas". Desde lo más

antiguo, estaba reconocida y hasta divinizada la influencia de la voz; la mitología representaba la elocuencia, por un Hércules que con unas cadenillas de oro que le salían de la boca, arrastraba sin tirantez a un vigoroso león. ¿Quién no ha leído en la historia esos mil portentos verificados por los oradores, las actrices y los cantores, únicamente con la magia de su voz? Citaremos dos hechos. Cuando, en las prescripciones de Mario, fueron unos sicarios a degollar al famoso orador Marco Antonio, éste, saliéndoles al encuentro, de tal manera les rechazó con su voz, que, arrojando los puñales, se pusieron a derramar lágrimas de compasión. En nuestros tiempos, la célebre actriz Mdlle. Desgarcins, debió a su voz la mayor parte de sus triunfos teatrales; apenas se había presentado en la escena y pronunciado algunas palabras, cuando ya todos los espectadores estaban conmovidos y extasiados; en cierta ocasión que unos malvados se introdujeron en su casa para asesinarla, con sólo oir hablar a la portentosa actriz, huyeron desarmados y llenos de vergüenza.

Aunque Descartes, Malebranche y Locke han dicho que la memoria consiste en ciertas impresiones orgánicas del cerebro y nada más, esta doctrina es poco admisible, en razón de su tendencia materialista; más razonable es la división que algunos filósofos indican, *de memoria de reflexión y memoria imaginativa;* entendiendo por la primera aquella que versa sobre ideas puramente espirituales y por la segunda la que tiene por objeto las impresiones sensibles o imaginativas; y, como la imaginación se enumera entre las facultades que pertenecen al ser sensitivo del hombre, tócanos muy bien tratar, aquí, de la memoria imaginativa y del grado de educación de que es susceptible.

La memoria es una facultad eminentemente perfectible; lo que fue muy sabido hasta por los antiguos, como lo prueba la *mnemónica* o arte de recordar, cuya invención se atribuye a Simónides. La experiencia nos enseña también que, con el estudio, se retiene más fácilmente lo aprendido, y, con la desidia se nos vuelve dificilísimo recordar el más pequeño párrafo. El orden y el mé-

todo son los dos más poderosos auxiliares de la memoria, cuya perfección consiste en dos cosas: en aprender con facilidad y recordar breve y puntualmente lo aprendido. Muchísimos y casi increíbles prodigios se cuentan, en este asunto; en nuestros tiempos, Balmes y el P. Ventura han sido admirados como hombres de sor prendente memoria; ni es menos notable el cardenal *Mezzofanti* que sabía como treinta idiomas vivos con sus correspondientes dialectos. En la historia antigua es célebre el gran Mitrídates que sabía más de veinte lenguas, correspondientes a los cincuenta pueblos en que imperaba.

Omitiendo muchísimas cosas que no nos sería difícil apuntar aquí, citaremos solamente dos, uno de memoria tópica, como la llaman algunos a la que se refiere al aspecto de cosas materiales, y otro de memoria verbal. Eugenio de Mirecourt, en la biografía del famoso Horacio Vernet, trae lo siguiente: "Dotado, dice, hablando del artista, de una memoria sorprendente, nada olvida de lo que una vez ha herido su mirada. Los menores detalles, las actitudes, los gestos, la figura de los hombres, las particularidades más minuciosas de un hecho, las circunstancias más fugitivas de una acción, todo se graba, se estereotipa, en cierta manera, en su cerebro; al cabo de veinte o treinta años, se acuerda de una forma, de un movimiento, de una actitud... Una mañana Horacio codeó al marqués de Pastoret en la esquina de Louvre. Este lanza una exclamación de sorpresa.— ¿Qué os habéis hecho, mi querido? No se os encuentra en parte alguna. Hace años que no os veía. ¿Llegáis por ventura de las Indias?, le preguntó el señor de Pastoret.— Os chanceáis, marqués, respondió Horacio, no hace seis meses que os estreché la mano.— ¡Vaya! estáis equivocado. ¿En dónde fue eso?— En el jardín de las Tullerías. Una Señora os daba el brazo.— Que me cuelguen, si no habéis soñado en ese encuentro, amigo Horacio... ¿Una Señora...?— ¡Sí, una señora muy bonita, a fe mía! ¡Mirad, pero al hecho, yo puedo dibujárosla! (Saca, en efecto, una cartera, toma un lápiz, y echa aquí y allá rasgos rápidos sobre una hoja, la desprende y se la ofrece al marqués...) —¿Reconocéis a la dama?, le dice:

—¡Eh, caramba, sí! esa es la duquesa de V***, exclamó el Sr. Pastoret. Yo la llevé efectivamente una tarde a su hotel de la esquina Voltaire, y atravesamos las Tullerías. ¿Cómo dibujáis, diablo de hombre, al cabo de seis meses, un rostro, un aire, un vestido que no habéis hecho más que entrever? Horacio, continúa el biógrafo, ha dibujado, no hace ocho meses, un paisaje que no había visto desde 1816 (es decir más de cuarenta años), en un viaje con el conde de Pontecoulant". El otro caso lo refiere el Sr. Cubí, en su sistema completo de frenología: "Se encuentran, dice, casos milagrosos de memoria verbal, yo he conocido varios... Walter Scott jamás se olvidaba de lo que una vez había oído. Cuenta Lockart, su biógrafo, que el caballero Hogg se le presentó, un día, con mucha pesadumbre, por haber perdido un poema que hacía alún tiempo lo había compuesto. Consolóle Walter Scott diciéndole que creía poderle ser útil en recobrarlo y, en efecto, a pesar de que no lo había oído más que una sola vez en su vida, lo dictó entero a su mismo autor quien lo había olvidado".

A esto añaden otras mil cualidades, propias únicamente del cuerpo humano, como son el poder habitar en los más variados climas del mundo; el hombre es, verdaderamente, cosmopolita: no hay animal que pueda resistir como él, tanto los ardores del calcinado suelo del Maduré, como a los eternos hielos del Polo, donde parece que se ha puesto límite a toda vegetación y vida; según unos experimentos que refiere Bouffon, el hombre puede resistir, sin mayor incomodidad, hasta el grado 120, y aún hasta el 150 de calor, y hasta el 13 bajo cero, en el termómetro Reaumur. También es admirable la resistencia que, a los venenos, puede oponer nuestro organismo, por el largo y gradual uso de ellos. Del ya citado Mitrídates se narra, que, habiéndose acostumbrado desde niño a tomar ciertas sustancias, llegó a un punto, en que no temía la muerte por envenenamiento; y, en Inglaterra, hay ciertos individuos que usan, sin que les sobrevenga la muerte en el acto, una bebida compuesta de ron y ácido sulfúrico. Con razón, pues, se llama al hombre el rey de la creación; justamente es acatada su superioridad por todos los brutos; las fieras

más temibles huyen despavoridas a su vista, y hasta los leones se doman con el poderoso magnetismo del ojo humano; en fin, tan perfecta y hermosa es esta hechura de Dios, que, con razón, se llama la obra maestra de las divinas manos.

Y no se vaya a creer que los diferentes prodigios que dejamos enumerados, sean todos el resultado de algunas naturalezas privilegiadas; esto, en verdad, tiene algo de cierto, pero estas mismas disposiciones naturales serían nada sin la educación, principal causa de casi todos los adelantos ya físicos o intelectuales, individuales o sociales. Y si no nos es dado admirar ahora todo el vigor, gallardía y soltura del cuerpo humano, es porque las razas modernas, principalmente la latina, se hallan enervadas por la corrupción y los placeres. Los frecuentes matrimonios entre consanguíneos y los vicios de los padres, son causa de esos mil defectos orgánicos que van pasando de generación en generación, como una terrible herencia. En los pueblos nuevos aún no corrompidos por una falsa civilización, en donde se admiran los portentos que dejamos referidos; las pesadas armaduras de la edad media, por ejemplo, dejan estupefacta a la presente, porque en ésta, el valor y la vida activa y sobria son un escándalo; ahora el lugar de conquistar laureles no es el campo de batalla, sino el espléndido salón de baile, donde no se aplaude y admira otra cosa que la gracia de las piruetas y la afeminación de los modales. Jovenzuelos imberbes y raquíticos son ya veteranos en otra clase de combates que los de las armas o de las ciencias; la languidez romántica y las convulsiones nerviosas son enfermedades de *gran tono* y que conquistan fácilmente la simpatía de las damas. Por otra parte, es muy de lamentar el modo descuidado con que se forman nuestros niños; poco o nada se hace para desarrollar sus fuerzas y vigorizar su organismo, apenas sí se les enseña a andar; y ya hemos visto que el hombre es un animal de costumbre y que la educación puede hacer de él un héroe o un bandido. Cuán de desearse es que la educación, que se da a nuestros jóvenes, fuese algo parecida, ya que no semejante, a la que se daba en la antigua Esparta; si los ejercicios gimnásticos y otros

juegos parecidos que robustecen al cuerpo y alientan el espíritu fueran las diversiones de nuestra juventud, no tendríamos que lamentar tanta precocidad en el vicio, y el gusano de la disolución no habría roído el tallo de las generaciones en flor; es por esto que se ha observado que en las poblaciones del campo hay menos enfermedades y más ancianos que en las grandes ciudades, centros de molicie y perversión.

Nosce te ipsum, es una de las bellas máximas que nos ha dado la filosofía; conviene, pues, que conozcamos de cuanto es capaz el hombre, para que se busquen y empleen los medios de su desarrollo y perfeccionamiento. Mas, conviene también advertir, que hay facultades físicas que medran en perjuicio de la inteligencia; así que, no debe procurarse el mejoramiento de nuestra parte física, siempre que sea en mengua del espíritu.

Terminaremos este humilde trabajo con uno de los más hermosos pensamientos de Pascal. "El hombre, dice el célebre filósofo, no es sino una caña la más quebradiza de la naturaleza, pero es una caña que piensa. No es menester que se arme todo el universo para estrujarle. Un vapor, un sorbo de agua bastan para matarlo. Pero aunque el universo lo estrujase, el hombre sería todavía más noble que quien le matase, porque sabría que muere; y el universo nada sabría, de si aventaja o no aventaja al hombre. Así que toda nuestra dignidad consiste en pensar: de esto nos hemos de preciar y no de la figura que hacemos o del tiempo que vivimos. Procuremos, pues, pensar bien. Ahí tenéis el principio de la moral filosófica".

LA LUCIERNAGA: II: 17-22.

LAS RUINAS DE TOMEBAMBA

Muy de desear es que nuestra juventud se aficione a estudios serios que ocupan agradablemente el tiempo y formasen los grandes hombres. Por desgracia, el periodismo es el género de literatura dominante en el día, y, su variado aspecto y caprichoso andar, obligan a los periodistas, esto es, a casi todos los escritores de la época, a abarcar conocimientos de enciclopedia, que acaban por sepultar en la medianía a muchos que hubieran sido genios en alguna especialidad. A esto se agrega, entre nosotros y en todas las repúblicas americanas, el poder absorbente de la política en toda clase de publicaciones literarias o no; desde muy temprano nos ejercitamos en discutir y hablar sobre los negocios públicos, y de aquí que haya tan pocos que se dediquen a trabajos que no conduzcan a un alto fin.

Entre las varias ciencias que honran al siglo presente, una de las más hermosas y de más fecundos resultados es la anticuaria; sus brillantes descubrimientos han hecho revelaciones curiosísimas sobre la historia y se han burlado, dirémoslo así, de los esfuerzos del tiempo y del olvido. Al paso que vamos, es de creer que se rasgará hasta el velo que cubre la vida de los pueblos antidiluvianos, pues lo que ni Herodoto pudo, lo han conseguido los sabios de este siglo: han penetrado en los santuarios de Isis, y han dado a admirar al mundo los anales de los Faraones. El cadáver de Babilonia ha sido exhumado y los eruditos de Londres se han puesto a leer en las bibliotecas de Nínive: parece que Dios, lo ha dispuesto así expresamente, para confundir la orgullosa impiedad moderna, por labios de la ciencia y la voz de los muertos.

He aquí, pues, un importante y serio estudio, al que podrían dedicarse los jóvenes con facilidad y provecho. La historia de la antigua América se halla envuelta, todavía, en las sombras del mito, y hay muchos enigmas que descifrar con paciente laboriosidad. El origen mismo de las razas aborígenes es un problema que preocupa a muchas sociedades sabias de Europa y que no se podrá re-

solver, si no es con el concurso de otras establecidas acá. La etnología tiene un campo vastísimo que explorar, y, si, como dice Balmes, la novedad es la condición indispensable para la celebridad de una obra, cualquier anticuario entre nosotros, puede tener la gloria de un Colón, esto es, de descubridor de un mundo. Méjico, Centro América, el Perú, y casi todas las demás secciones del Continente, han sido ya visitadas y estudiadas en sus antiguos monumentos, por notabilidades científicas de primer orden. Mas el Ecuador tiene todavía, en esta materia, como en todas las demás, tesoros que se escaparon, hasta a la vista de Humboldt y Boussingault. Así que, aún por este lado, hay que hacer en nuestro suelo, conquistas preciosas y descubrimientos admirables.

Al decir de los inteligentes, ninguna provincia del Ecuador encierra, como el Azuay, más monumentos, ni tesoros de los olvidados indígenas; lo que se comprende fácilmente, al recordar que en esta provincia tuvieron su asiento pueblos tan numerosos, como el de los Cañaris, y ciudades tan famosas, como la de Tomebamba. Los resultados de las excavaciones, y las diferentes construcciones sembradas aquí y allá, nos advierten, por otra parte, que en este solo punto se han sucedido varias razas o tribus, que quizás fueran vencidas unas por otras, antes de la invasión de los Incas; y que todas, cual más, cual menos, han dejado sus vestigios, sobrepuestos unos a otros en cultura y riqueza; bien así, como los varios estratos terrestres nos indican las diferentes revoluciones del globo. En los parajes más altos de la cordillera, como en la cima de *Guagualshuma,* se encuentra una multitud de cascos de vasijas, que distan mucho de la finura de los vasos encontrados en Chordeleg o en Yunguilla; lo mismo sucede con algunas construcciones, mientras que, en *Cojitambo* y *Curitaqui,* se ven grotescas cavidades trogloditas; en las fértiles orillas del *Jubones,* se admiran los restos regulares de una extensa ciudad. Esto prueba la observación, tantas veces repetida, de que las tribus así como han ido adelantando en cultura, han ido descendiendo de las eminencias a los valles.

Son tantos los restos de los antiguos pobladores, en esta provincia, que bien puede decirse que no hay lugarejo, ni aldea en el que no se haya hallado alguna muestra de esta especie. Chordeleg es muy famoso por sus *huacas*, lo mismo que Cojitambo; Cañar es célebre por su *Inga-pirca*, formado, según Humboldt, de piedras muy gruesas, a semejanza del muro de Nerva en Roma; Nabón, aparte de algunos pucarás dignos de la mayor atención, contiene restos de la gran calzada de Quito al Cuzco, conservados admirablemente; en *Nulti*, anejo de Paccha, existe un acueducto cuya extensión no se conoce, y que provee de agua potable suficiente a sus moradores; en la parroquia del *Sigsig*, sabemos también que se levantan las ruinas de un edificio de forma cuadrangular, de 75 pies de longitud y 30 de latitud, con la especialidad de que sus paredes de piedra tienen la altura de 2 a 3 varas; finalmente, en las cercanías mismas de Cuenca, se encuentran a cada paso, aquí los cimientos de un puente, más allá las señales de un camino, y a no mucha distancia los fragmentos de un acueducto. Todas estas son cosas que se deben observar y describir, antes de que el tiempo o la codicia las haga desaparecer y se pierdan así documentos importantes para la historia patria; el palacio de Cañar debería conservarse como un monumento nacional, a cargo del Estado, para no merecer la nota de bárbaros que, justamente, han recibido los pueblos, que como los beduinos, atan sus caballos en las columnas de Balbec o de Palmira.

Esta reflexión nos ha movido a hacer aquí una breve y sencilla descripción de las interesantes ruinas que cobijan el pueblo del Yunguilla, lugar que, como ningún otro de la provincia, brinda materia abundante para las observaciones arqueológicas; esto y el ser bastante probable la opinión de que la antigua Tomebamba estaba construida a las orillas del Jubones, nos ha hecho dar el título que lleva el presente trabajo. Antes de todo, debemos advertir que, no siendo las antigüedades el tema favorito de nuestros estudios y no habiendo podido disponer de tiempo ni de obras para dedicarnos a ellos, nos consideramos sin la necesaria instrucción para adelantar conjeturas ni hacer deducciones de ninguna clase;

en etnología, nada provechoso se puede aprender sin el estudio comparativo de las diferentes razas; y, aún con él, se debe andar muy a tientas, para no levantar un monte de probabilidades, sobre un átomo de realidad. Nuestra ambición se hallará, pues, satisfecha, si, con lo poco que digamos, alcanzásemos a entusiasmar a los inteligentes a visitar y observar, con detención, tan preciosos monumentos. El tiempo y los huaqueros van aventando una a una todas las obras que nos quedan de los indígenas, y, las que ahora admiramos, mañana será tal vez imposible encontrarlas.

Yunguilla está situado al S.O. y como a dos jornadas de Cuenca: es un ameno y delicioso valle que, descendiendo desde algunos cerros, se halla bordeado por el pequeño río *Naranjos*, y el caudaloso *Jubones*. Las más variadas y hermosas producciones de la zona tórrida adornan este suelo, de fecundidad prodigiosa, que provee a Cuenca de raíces tan sabrosas, como la yuca, y de bellas y exquisitas frutas. En una extensión como de ocho leguas, entre vistosas planicies y graciosas llondonadas, se deleita la vista con las mil plantacione de caña de azúcar que cubren el terreno de un manto de verdura y lozanía. Las casas de habitación sencillas y de poca o ninguna comodidad, son pequeñas chozas formadas de cañas de *pindo*, raras veces cubiertas de una ligera capa de barro; el techado se hace con la paja de las mismas cañas. En cambio no hay casucha, por miserable que sea, que no tenga al lado una corriente de agua, y no esté circundada de un bosque de naranjos y bananos, matizado alegremente de limoneros, chirimoyos, aguacates, papayos, guanábanos y otras plantas, entre las que se aspiran los más voluptuosos perfumes, y donde se posan los *brujos* y los *azulejos* en numerosas bandadas, poblando el aire de chirridos. Los jazmines de café se levantan al lado del oloroso *suchi*, y los abanicos del guineo descubren, a veces, los dorados gajos de su deliciosa fruta.

Todo es encantador y bello; y, al recordar las pintorescas descripciones de Lamartine, en el *Viaje a Oriente* y la *Historia de la Turquía*, cree uno hallarse en los

campos de la Siria, los jardines de Chipre o los ingenios de Cuba. Cuando se sale a pasear por las desaliñadas veredas, a la caída de la tarde, cuando un vientecillo fresco recoge todos los aromas y todos los murmullos de las plantas, las fuentes y los animales, va el ánimo recreado de diversas maneras, ya viendo las espirales de humo que se pierden en los arbolados, ya oyendo el traquido de los trapiches, que aquí y allá exprimen en las cubas el dulce jugo de caña. El cielo claro y sereno de un color opalino, salpicado con nubecillas de grana, corona admirablemente la belleza del paisaje; los ramales de la cordillera, que desde la meseta de Tarqui van descendiendo, como en escalón, hasta perderse en las playas de la Costa, contornean el cuadro con sus salientes y azulados picachos, figurando uno, allá a lo lejos, una cometa que vuela por los vientos. Impresiona, gratamente, el contraste que forman los cerros de occidente, rebozados de un rico manto de vegetación, con los del oriente, que se levantan como fantasmas, desnudos, pálidos, y secos. La atmósfera densa y pulverulenta, presenta los objetos con ese aire de las vistas de un estereoscopio, y el sol, más rojizo y encendido que en la sierra, fluctúa entre una áureola blanquesina y transparente. Por desgracia, en el Yunguilla, el agua no es muy abundante y no son fáciles los riegos y no es raro ver, entre frescos plantíos, incrustaciones de llanuras áridas y desoladas, donde apenas crecen el espinoso *faique* y la cáustica *ortiga de burro*.

Este valle sería un verdadero paraíso, si, en medio de tanta hermosura y riqueza, no se ocultasen, como el áspid entre las flores, las terribles enfermedades de escorbuto y las calenturas intermitentes, endémicas en este lugar. Una población macilenta y raquítica y por lo general indolente o perezosa, compuesta en gran parte de negros y *zambos*, explota la fertilidad del terreno, con la persuasión de que no hay gota de sudor que se pierda inútilmente en los abiertos surcos.

Graciosas y algo originales son también las costumbres de estos moradores, que tienen el desparpajo y el donaire de los costeños.

*

Hermosos, aunque cortos son los días de *vacaciones* para un estudiante, después de diez meses transcurridos entre las cuatro paredes de una clase, con el libro a la mano y el pensamiento fijo en las abstracciones de la ciencia: nada mejor que espaciar el ánimo agradablemente, entre las mil distracciones que, pródigos, brindan nuestros campos. Esto, pues, nos habíamos resuelto hacer en unión de un estimable y generoso compañero y amigo nuestro (1), luego después de terminado el año escolar de 75. El Yunguilla fue el punto que escogimos para nuestros paseos y excursiones; y, efectivamente, el 11 de agosto nos encontrábamos en *Portovelo,* (hacienda situada hacia la mitad del valle), a eso de las cinco de la mañana, listos ya y preparados a realizar nuestro tan anhelado paseo. Una hora después, atravesábamos, veloces, en nuestras briosas caballerías, las alegres veredas de *Patapata,* camino de Zaruma, y en dirección al Jubones. La mañana estaba fresca y deliciosa, el cielo límpido y azulado y todo nos anunciaba que nos haría un día de verano, de esos que sólo se sienten y se ven en *tierra calìente*.

En el número 3º de este periódico, ofrecimos dar una breve descripción de algunos vestigios de construcciones antiguas existentes en el pueblo de Yunguilla; vamos, pues, ahora, a cumplir nuestra palabra, indicando sencillamente lo que tuvimos ocasión de observar en nuestra rápida excursión, dejando a los anticuarios el que hagan o no las conjeturas que tuvieren a bien.

Casi a la conclusión del valle de Yunguilla y hacia el S.E., se unen el *Naranjos,* pequeño río que baja de las sierras de occidente, y el *Shircay* que arrastra su considerable caudal, desde *Léntag,* principio del valle; ambos ríos después de correr unidos por un breve trayecto, se precipitan en el majestuoso Jubones: la porción de terreno que se extiende desde la unión del Naranjos y el

(1) Nos permitimos aquí tributar las debidas gracias, a los señores Vicente y Santiago Carrasco, y a toda su digna familia, a cuya generosidad debemos el conocer las curiosas regiones de que vamos a hablar.

Shircay hasta la desembocadura de éstos, en el *Jubones*, tiene el nombre de *Lacay*. Al principio mismo de este lugar, se miran, esparcidos en la orilla, los vestigios de una antigua casucha de indios, cuyas paredes aunque derruídas tienen el espesor de tres pies, y se levantan en algunas partes hasta la altura de seis o siete pies, desde sus cimientos. Todo el espacio se halla dividido en la mitad por una pared, como si dijéramos, en cámara y antecámara. El material de la fábrica se compone de cierta piedra caliza, cortada naturalmente en forma de pequeños e irregulares ladrillos, unidos por una greda amarilla de consistencia parecida a la argamasa, greda que abunda en todos aquellos terrenos; y las piedras se hallan más regularmente dispuestas hacia fuera, que hacia el interior del edificio. Todas las demás ruinas de que nos vamos a ocupar tienen lo mismo que éstas, exactamente, material, forma y disposición de fábrica.

Esta casucha ha sido descubierta, no hace mucho, en una excavación, y se presume, por los huaqueros, que otras ruinas iguales a las que hemos descrito, se ocultan en unas pequeñas eminencias de tierra que se ven esparcidas por toda la playa del río.

Después de haber andado como una legua, llegamos a mirar de cerca el Jubones, que, imponente y caudaloso, se abre paso por una profunda quiebra, abierta, casi paralela y perpendicularmente, en el cerro llamado de la *Cría*. Verdes y espesos matorrales resguardan en ese punto el nacimiento del río, que desdeñoso ni parece darse cuenta del humilde tributo de aguas, que en ese mismo lugar le rinde el Naranjos. Aquí principia la hacienda llamada *Pilchis*, nombre tomado, sin duda, de la abundancia con que, en esos sitios, se producen las calabazas, que en quichua se dicen *pilchis*. Esta hacienda se dilata por una fértil y vistosa playa que va siguiendo el curso del río y sombreándole con sus verdinegros arbolados. El Jubones, al salir de la Cría, se precipita de occidente a oriente, más luego, estrellándose contra unas rocas, forma un ángulo y se lanza estrepitoso de noreste a sureste.

En este recodo se levanta la playa, ondulada suavemente, y, estrechándose contra unas colinitas, forma un pequeño semicírculo, en cuya planicie se ve una multitud de huecos de hasta dos varas de profundidad. Estos huecos son el resultado de las excavaciones hechas por los huaqueros, en busca de las afamadas riquezas de los indios; pues, todo aquel lugar está cubierto de *huacas* o sepulcros de los aborígenes, que tienen una forma diversa de los que se han encontrado en Chordeleg, y, aún más todavía, de las *tolas* de los Quitus y Caranquis. Estas huacas son unas fosas circulares de tres a cuatro pies de diámetro, a flor de tierra y ceñidas interiormente de una capa de piedras, a semejanza de los hornos de cocer ladrillos. En el fondo de las fosas, se encuentran las momias, de cuclillas, liadas, alrededor, con una tela de algodón o de lana, y sustentando sobre los músculos uno o más cantarillos, los que, según aseguran aquellos que han presenciado las excavaciones, se hallan a veces llenos de chicha: cosa admirable ciertamente, el que se haya podido conservar este líquido a través de trescientos o más años. Sobre el terreno ocupado por la momia, se encuentra una multitud de obras de alfarería y de cobre, dignas todas de atención, principalmente los vasos, por lo agraciado de la forma y la delicadeza y primor de los barnices.

En ninguna de estas huacas se ha encontrado oro o, si se la hallado, ha sido en muy poca cantidad; lo que se explica muy bien, al recordar que entre los súbditos de los Incas, nadie podía usar de ese precioso metal, sino el emperador y los dignatarios de su corte; lo cual debía suceder también en Tomebamba, una de las más afamadas ciudades de los hijos del sol. La abundancia de metales preciosos hallados en Chordeleg, hace suponer, que éstos son vestigios de un pueblo anterior a la conquista peruana.

El color amarillento de la tierra, su desnuda aridez y la desolación del paisaje, daban verdaderamente a aquel sitio el aspecto de una tumba; apenas de trecho en trecho, asomaba la espinosa planta del nopal, y, allá, a lo lejos, en la margen del río, se columpiaban perezosamen-

te los *molles*, que inclinan al suelo, como el sauce llorón, sus follajes de azul claro. En todo el paraje, no se veía más ser viviente que una bandada de cuervos que asechaban, sin duda, alguna mortecina, y que, al pasar nosotros, apenas sí se paraban sobre sus patas, y sacudían, como desperezándose, sus extendidas y negras alas! ¡Pobres indios! ¡No tenían en su cementerio más monumentos que las nopaleras, más gemidos que los murmullos del río, ni más dolientes que unos cuervos!

Desde aquí empieza un camino o más bien, vereda escabrosísima que va serpenteando por una cuesta que se levanta casi perpendicularmente y a notable altura, sobre el cauce del río. Después de andar, como cerca de dos leguas, se asoma uno de repente a una explanada, apenas interrumpida por pequeñas eminencias que se levantan aquí y allá, divertiendo algo la cansada vista. Desde este punto empiezan, otra vez, a aparecer una multitud de vestigios de Incas, esparcidos en confusión por toda la llanura: aquí simulan los restos de un camino, más allá los cimientos de una habitación y a veces se miran los fragmentos de una pared, apoyados a un peñasco.

Muy a los principios de este lugar, nos encontramos con una colinita de apariencia tan regular como la copa de un horno, subimos a su cumbre y nos hallamos, ¡qué placer! en una especie de terraplén perfectamente nivelado, y, desde el cual, se domina todo el paisaje y las otras pequeñas eminencias de que hemos hecho mención. La cima de aquel montecillo se encuentra cerrada, por unos cimientos construidos de piedra arenisca y en forma de un rectángulo perfecto, de 30 pasos de longitud y 15 de latitud; área excepcional entre todas las demás que después tuvimos ocasión de examinar.

Era la hora del medio día, el cielo estaba completa-

te los *molles*, que inclinan al suelo, como el sauce llorón, sus follajes de azul claro. En todo el paraje, no se veía más ser viviente que una bandada de cuervos que asechaban, sin duda, alguna mortecina, y que, al pasar nosotros, apenas sí se paraban sobre sus patas, y sacudían, como desperezándose, sus extendidas y negras alas! ¡Pobres indios! ¡No tenían en su cementerio más monumentos que las nopaleras, más gemidos que los murmullos del río, ni más dolientes que unos cuervos!

Desde aquí empieza un camino o más bien, vereda escabrosísima que va serpenteando por una cuesta que se levanta casi perpendicularmente y a notable altura, sobre el cauce del río. Después de andar, como cerca de dos leguas, se asoma uno de repente a una explanada, apenas interrumpida por pequeñas eminencias que se levantan aquí y allá, divertiendo algo la cansada vista. Desde este punto empiezan, otra vez, a aparecer una multitud de vestigios de Incas, esparcidos en confusión por toda la llanura: aquí simulan los restos de un camino, más allá los cimientos de una habitación y a veces se miran los fragmentos de una pared, apoyados a un peñasco.

Muy a los principios de este lugar, nos encontramos con una colinita de apariencia tan regular como la copa de un horno, subimos a su cumbre y nos hallamos, ¡qué placer! en una especie de terraplén perfectamente nivelado, y, desde el cual, se domina todo el paisaje y las otras pequeñas eminencias de que hemos hecho mención. La cima de aquel montecillo se encuentra cerrada, por unos cimientos construidos de piedra arenisca y en forma de un rectángulo perfecto, de 30 pasos de longitud y 15 de latitud; área excepcional entre todas las demás que después tuvimos ocasión de examinar.

Era la hora del medio día, el cielo estaba completamente despejado, y el sol lanzaba un torrente de luz y de fuego, que ofuscaba la vista y cansaba la respiración. Allá, a lo lejos, se divisaba el Jubones arrastrándose fatigado entre dos playas de desnuda arena; parecía franja de oro brillando en un manto de tisú. Más a la distancia

se perdía el camino de Zaruma, escalando cuestas áridas también y escabrosas; y en torno una inmensa llanura de tierra amarilla que, a los reflejos del sol, brillaba como una plancha de oro. Nunca en mi vida había contemplado un panorama tan desolado y entristecedor; pero, también es cierto, que jamás había admirado al astro rey con más brillo y majestad, que en aquella ocasión. En vista de esto, ¿cómo no pensar que nos hallábamos sobre las ruinas de *Mullucancha*, aquel soberbio templo levantado, por los habitantes de Tomebamba, al *Inti* soberano, al dios de los Incas? Ningún sitio más apropiado que éste, para admirar los esplendores del sol. En medio de su misma idolatría, se nos presentan los peruanos, entendidos y cultos; y a la verdad, ¿cómo encontrar en todo el universo, criatura más hermosa que el astro que inunda de vida y luz todos los ámbitos de la creación? Y este espectáculo es más conmovedor bajo el cielo de la zona tórrida, donde el sol parece que ha fijado su asiento, como si se agradara del culto de nuestra grandiosa y ubérrima naturaleza.

A alguna distancia de este sitio, se extiende un anchuroso y dilatado valle perfectamente plano, limitado, al Sur y al Este, por el Jubones que describe en aquel punto una curva semicircular; al Norte, por una elevada pendiente, en cuyas faldas reposa la llanura, y, al Oeste, por un riachuelo de abundante pesca y de límpidas aguas, que, lo mismo que todo aquel paraje, tiene el nombre de *Minas*. Nombre originado, se dice, de que este río desciende de un cerro, en el que existen abundantes minas de oro, explotadas, en otro tiempo, por el español Salinas. El Jubones, a la terminación del valle, da otra vuelta, se une con el Minas y se precipita, caudaloso, al Sureste, por una estrecha abra, formada entre dos cerros, cortados como a pica; la mayor separación que tienen esos dos cerros, en aquel punto, se dice ser de dieciocho varas. El del lado de Minas tiene el nombre de *Pachamama*, y, el otro, el de *Huascachaca o puente de sogas*, en castellano. Denominación originada sin duda, de algún puente que en aquel sitio debió existir en tiempo de los Incas, puesto que, hasta ahora, se ven u-

nos estribos de piedra, pegados a los dos lados de la roca.

Arrimado al Minas, por el un costado, y, por el otro, a un cerro que se une al río en ángulo obtuso, se ve un inmenso trapecio de ruinas, esparcidas como en una cuarta parte del valle. Su lado más largo y paralelo al Jubones, mide 260 pasos de extensión; el lado paralelo a éste, principia en un montecillo cónico que se levanta sobre el Minas, y mide 160 pasos de longitud; 95 pies mide el un lado menor, que corta en ángulo recto, los otros dos lados mayores; y, el último, del trapecio, está formado por el cerrillo de que hemos hablado y por una línea de piedras que va siguiendo la corriente del Minas.

Todo el trapecio está dividido en dirección de sus lados mayores, en 11 calles paralelas, de ocho a seis pasos de anchura: las líneas son rectas, como tiradas a cordel, y se hallan cortadas, a trechos, por otras, que siguen una dirección paralela también, al un lado menor del trapecio, opuesto al Minas. Todo el conjunto se asemeja a un tablero de ajedrez, con la diferencia de que muchísimas casillas se hallan unidas entre sí, formando cuadros más o menos espaciosos, y, aún, hay calles enteras cuyas líneas de separación han desaparecido. El resto de la llanura está sembrado, aquí y allá, de vestigios semejantes a los arriba descritos.

Toda esta dilatada superficie de ruinas está formada de cimientos, exactamente parecidos a los que observamos en Lacay. Habiendo visto una porción de ellos, se han visto ya todos los demás. Piedras areniscas, ajustadas con casquijo y tierra amarilla, que forman paredes de una vara de espesor: he`aquí todo. A primera vista, el conjunto representa un laberinto de cercas, con las que se resguardan nuestras heredades. De distancia en distancia, y allín donde se ha hecho alguna excavación, las paredes tienen hasta la altura de dos varas. De suerte que, podemos decir que Tomebamba, como Pompeya y Herculano, es una ciudad sepultada bajo un aluvión de tierra, y que espera solamente que alguno la levante de su tumba, para manifestar

a las generaciones presentes los secretos de la cultura de los Incas.

A uno y otro lado del Jubones, en una extensión como de cuatro leguas, hay vastas llanuras, parecidas a las de Minas. Las más notables son las de *Sulupali*, que es una franja de tierra que desde la unión del Naranjos con el Shircay, se prolonga hasta la desembocadura de éstos, en el Jubones. A la conclusión de aquella tierra y al lado de este último río, se encuentra una esplanada, semejante en todo, a la que hemos procurado describir, y en la cual se encuentran ruinas, semejantes también en todo, a las ya indicadas. A la banda del río, en frente del Pilchis y a la derecha del camino que va a Zaruma, se extienden otras dos planicies, sobrepuestas la una a la otra, en forma de anfiteatro, en las cuales se vuelven a encontrar otros vestigios, exactamente iguales a los anteriores, sólo que éstos, se hallan más borrados por el polvo. En esta parte y algo separado de las otras ruinas, se levanta un castillo, construído del mismo material que los demás edificios, y el cual no nos fue dado observar de cerca, porque lo avanzado del día no nos lo permitió. Esta última llanura es tan extensa, que ella sola puede equivaler al plano de Cuenca, y tiene un nombre digno de ser tomado en consideración; se llama *Sumay-pamba (bonita-llanura,* en castellano) nombre muy parecido al de Tomebamba, y que significa lo mismo que él: una razón más para creer, que esta ciudad se halla construida a orillas del Jubones y no a las del Matadero.

Si suponemos pues, que pertenecen a una antigua ciudad las ruinas en que nos ocupamos, lo que casi no se puede dudar, por su regularidad y extensión, debemos creer que Tomebamba era una inmensa ciudad, de casi ocho leguas cuadradas de circuito. Ciudad a la moda de las de los primeros tiempos, interrumpida por dilatados bosques o jardines. De Nínive se dice que tenía tres jornadas de extensión; y esto no debe admirarnos, al reflexionar que las antiguas ciudades eran más bien un hacinamiento de parques y vergeles, que otra

cosa; así también debía ser Tomebamba, si atendemos sólo a lo que de ella nos queda.

Ciertamente, no podemos decir que los vestigios de que nos ocupamos sean tan notables como los de la afamada Palenque, pero también es verdad que no es muy común hallarse con tesoros, como los que encierra el pueblo de Yunguilla. Casuchas miserables debían de ser las de Tomebamba y, todas, de una simetría y disposición monótonas; pero, no se puede negar, que el sitio debía ser bellísimo. Ahora se halla todo árido y desnudo, por la falta de agua; antes, naturalmente, estaría aquel paraje bañado por muchos riegos, como se deja colegir de algunos restos de acueductos que aún se divisan. Y ese terreno, con agua, y entre dos hermosos ríos, habría sido un Edén; porque es difícil hallar un paraje más fecundo, como lo hemos dicho ya, al tratar de Yunguilla.

El que ni una sola de aquellas pobres habitaciones se encuentre ni con restos siquiera de cubierta, se explica fácilmente, al recordar el largo transcurso de años por el que han estado expuestos, a la intemperie, todos aquellos curiosos monumentos. Por otra parte, debemos recordar que Atahuallpa mandó arrasar a Tomebamba, en castido de que sus habitantes se revelaron contra la dominación del nieto de los Shyris. Lo que hay que admirar es que fuesen tan poco famosas, pero ni siquiera conocidas estas regiones; lo que se debe atribuir a lo apartado de ellas, y a que las calenturas intermitentes hacen allí de terribles y horrorosos guardianes. Las huaqueros mismos habrían aventado todas aquellas ruinas, si no fuera porque su codicia ha sido burlada más de una vez, con el miserable producto de excavaciones. Ahora, nos han dicho, que no emprenden aquellos trabajos, sino algunos pobres campesinos que quieren utilizar de los pucheros, vasos y cantarillos que se extraen en abundancia de aquellas huacas.

Antes de separarnos de estos sitios dimos por última vez una ojeada a la llanura de Minas. Su aspecto

nos había entristecido el alma. El fondo del cuadro estaba en consonancia perfecta con los contornos. El azul del cielo contrastaba con el color pajizo o amarillento de los cerros que mirábamos en derredor. La llanura misma estaba cubierta de manto espeso de grama, marchitada a los ardientes rayos del verano. Ni un árbol, ni una planta, ninguna señal de vida se mostraba en todo aquel extendido lugar. Apenas se dejaban ver, medio ocultos, entre los guijarros, algunos grumos de nopaleras y los solitarios conos de la espina blanca. Entre todas aquellas plantas raquíticas y cenicientas, nos llamó la atención una, llamada *Shifin*, por la grosura de su tallo y por la medrada y lozana que se veía. Es planta singular: de un solo tronco, brota una multitud de bejuquillos ramosos que tienen la apariencia de un junco, y, su color verde anaranjado guarda perfecta analogía con la aridez del suelo; al arrancar una de sus ramas brotó abundante y blanquecina leche, que nos dijeron ser un violento cáustico. He aquí el único monumento del pueblo que cayó agostado al soplo de un déspota y fue hollado por bárbaros conquistadores.

El sol iba ya declinando el ocaso y los huracanes de la tarde empezaban a recorrer, furiosos, aquellos desiertos: pasaban bramando por las hondonadas y los peñascos y ocasionaban, a veces, ruidosas avenidas de tierra, que descendían a perderse en el cauce del Minas. Aquello era, en la realidad, nada más que una tumba, nada más que un pueblo de muertos. Era un paisaje de Sahara, con las ruinas del valle de Josafat al centro. La naturaleza se había vestido de luto y, como una madre silenciosa y triste, velaba junto a los olvidados restos de los hijos del sol. Las avispas se paseaban en bandadas numerosas y conducían miel, recogida no sé dónde, para labrar su panal silvestre entre las grietas de las paredes derruidas. Las avispas, con sus zumbidos, eran los solos habitantes de este campo de tristeza y desolación.

Me acordé, entonces, de una de las más sublimes visiones de Ezequiel y deseaba tener la voz del profeta, para evocar a esa nación de muertos y decir: "le-

vantáos, áridas osamentas!". Pero lo que no puede la voz, alcanzó la imaginación; por un momento ví levantarse esos abatidos edificios y poblarse las solitarias calles de un numeroso pueblo de indios. Por un instante ví ondear vistosos penachos de plumas y oí sonar lúgubremente la *bocina* y la *quipa;* pero luego se disipó la ilusión. Tomebamba, la cuna del más célebre de los Incas, del famoso Huaina-Cápac, fue pródigamente hermoseada por este monarca, para perecer a poco, en pena de su odio a la tiranía.

¡Oh!, cuántas reflexiones se agruparon a mi mente, al aspecto de las desoladas ruinas que contemplaba. ¡Si me hubiera podido contar el Jubones la serie de generaciones y razas que pasaron por sus orillas, con más velocidad que las aguas! Los indios también tenían, a su modo, sus glorias, sus fiestas, sus regocijos: mas, vino pronto la conquista, y asoló todo a su paso; y, hoy, que no han transcurrido sino trescientos años desde aquellos sucesos, ya nada resta ni de la opulencia de los Incas ni de la ambición de los castellanos. Los pueblos grandes, como los pequeños, todos hacen ruido un momento y se entierran después en el sepulcro del olvido. El tiempo contempla, desdeñoso, levantarse magníficos reinos y soberbias ciudades, mas hace girar su carro y todo queda convertido en polvo.

El anciano Jubones, con sus murmullos y quejidos, es el único Jeremías que se lamenta, con endechas melancólicas, sobre las ruinas de esta Jerusalén de los Incas. Todavía no ha nacido el poeta que, como Caro, venga a cantar sobre este suelo, dicendo:

"Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.

.....

Este llano fue plaza, allí fue templo;
de todo apenas quedan las señales.

.....

¿Cómo en el cerco vago
de su desierta arena
el gran pueblo no suena?

.....

Todo desapareció, cambió la suerte,
voces alegres en silencio mudo".

Y luego, no sin razón, se podría decir de Huaina-Cápac, con referencia, al imperio peruano, lo que el bardo español dijo de su compatriota:

"Aquí nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
pío, felice, triunfador Trajano;
ante quien muda se postró la tierra".

.....

Al regresar de esta excursión fue, precisamente, cuando recibimos la noticia del terrible asesinato de García Moreno. Júzguese el efecto que produciría, en nosotros, suceso tan horroroso, como inesperado. Veníamos reflexionando sobre la vanidad de las cosas humanas y un nuevo ejemplo venía a avivar nuestras tristes meditaciones.

Esta es la historia de los hombres, unos suben y otros bajan. Pero, ¿a qué, entonces, ese empeño tenaz en subir a las altas cumbres, si pasada una centena de años, apenas ha de quedar memoria de nosotros? Ojalá, que como la nación de los Incas, por vestigios de nuestros pasos, dejáramos nada más que montones de piedras: pero no, que los monumentos de nuestras revoluciones y guerras civiles han de ser, como los que dejaron Timur y Gengis-Khan, rimeros de cráneos, amasados con lágrimas y sangre.

LA LUCIERNAGA: III: 33-35
V: 64-68

EL MUNDO, A VISTA DE PAJARO

Supongamos que nos hemos elevado en un globo aerostático, a las más altas regiones atmosféricas, o, si es necesario, que nos hemos subido más alto todavía, hasta donde no existe más que el impalpable éter: supongamos también que, venciendo a la ley de la atracción, estamos fijos en el espacio, y vemos girar bajo de nosotros, con celeridad de relámpago, este casco de nuevos o desecho de un mundo, que llamamos Tierra.

¿Cuántos años ha que voltea este globo en las inmensidades de los cielos? Nadie lo sabe: algunos se han avanzado a decir que son 300.000 años. ¿Y cuántas revoluciones geológicas han acontecido hasta ahora? Tampoco lo sabe nadie con precisión; lo que no se ignora es que hace 4.000 años tuvo lugar la más terrible y espantosa de las catástrofes terrestres. Y en este corto espacio de tiempo, se han sucedido unas a otras innumerables generaciones, y tantas y tan horrorosas batallas se han verificado, tantas plagas y desgracias han diezmado a nuestra desventurada raza, que bien puede decirse que el mundo es un campo de cadáveres, y aquello otro de un poeta:

"Todos los ríos,
Todos los mares
Están henchidos
De nuestra sangre".

Según el cómputo más probable, 1.300.000.000 de habitantes pueblan actualmente la tierra; y, según el cálculo de algunos economistas, es capaz, ella, de sustentar hasta 12.000.000.000 de hombres; pero no más. Sin embargo, con todos estos cálculos, nadie sabe cuándo vendrá el Día del Señor, en que todos los mundos serán aventados en polvo por los espacios, como el bieldo del labrador desparrama la paja de las eras. Bien que, según otros, el sol es una lámpara, próxima a apagarse; he ahí lanzando ya sus últimos y más vívidos destellos.

Las tres cuartas partes de la superficie del globo es-

tán bañadas de agua; lo que me hace creer que, cuando el sol quiebra sus fulgentes rayos en el anchuroso y límpido espejo de los mares, este puñado de lodo que llamamos tierra, debe de ser tenido, arriba, en Venus o Mercurio, por ejemplo, como una radiante y esplendorosa estrella. Mas, nosotros que no nos dejaremos deslumbrar por el cristalino manto de las aguas, contemplaremos tranquilos lo que pasa en la morada estrecha de los hombres. Parad la vista y decidnos, qué veis.

Mirad: la hija de Jafet, la hermosa Europa, la de dorados cabellos y ojos de color de cielo, la de nevada tez y labios de rosa, la que se viste con la púrpura de la civilización y ostenta el cetro de la ciencia, está visitando a su hermana mayor, la hija de Sem.

Sentada sobre el diván de los sultanes, en la antecámara del harem, medio desnudo el seno, envuelta con la ajustada túnica japonesa, y calzada los ricos pantuflos chinos, sonríe el Asia, crecida en años, pero fresca, como el tulipán nacido en los kioskos de Stambul. Entre curiosa y desdeñosa, recibe la visita de su hermana, pulsando la guzla y al suave perfume de filigranados pebeteros. Morenilla es, pero de graciosa presencia y de ojos chispeantes y negros, como una odalisca de Circasia. Allí están, esparcidos sobre las aterciopeladas alcatifas, el alambre de Morse y la cubeta de Fulton, regalos con que la obsequiara la generosa Europa: ésta en cambio, se ha entrado por las pagodas y se ha cargado con las obras de Confusio y de Zoroastro.

¿Quiénes son esas dos preciosas niñas, que, llevadas de la mano, acompañan a la culta visitante? Alta, esbelta y galana, la una: no estaba mejor Rebeca, cuando la saludó Eliezer: es como una hija núbil de los patriarcas. Cómo resalta su negra y abundante cabellera, sobre el tinte mate de su ovalado rostro; qué dulce y lánguido es su mirar; qué lindos son sus diminutos piececillos; sobre sus hombros de alabastro, cuelga el manto de los Aztecas, y sobre sus púdicas sienes, la nacarada borla de los Incas: ésta es la América, la tierna y encantadora América. Con ella juguetea su infantil hermana:

hermosa, aunque trigueña, se muestra con el sencillo traje de las taitianas: he aquí la Oceanía. Ambas son el fruto con que Dios bendijo el genio y la fecundidad de la Europa.

Tras de ella viene, silenciosa y melancólica, la adusta esclava, la reservada aya del antiguo mundo. Recién salida de infamante ergástulo, aún lleva en sus miembros las cicatrices ocasionadas por el látigo de la servidumbre. Cuántas arrugas marcan la sien y cuántas canas blanquean en el ensortijado cabello, de la que fue madre de tantos sabios. Apenas tiene para cubrir sus espaldas de ébano el rayado alquicel morisco. ¡Pobre Africa! ¡Pobre hija de Cam! ¡Qué ajada está, qué entontecida!

He aquí, pues, que la familia de Noé, se ha reunido en la tienda de sus abuelos, tras de una larga y mísera peregrinación; y, deteniendo el paso de las caravanas, se han sentado todos, como hermanos, a cenar la pascua de la fraternidad y el progreso.

Bajemos ahora un poco de la altura a que hemos subido, contemplemos más de cerca el drama que están representando las generaciones. Fijad la vista en el centro del mundo, en esa corta porción de tierra que se extiende desde Gibraltar hasta el Cáucaso y los Urales. ¿Qué véis?

Mirad: en las orillas del Báltico yace el oso blanco de la Rusia, durmiendo el sueño de su grandeza, sobre los témpanos helados del polo. Durmiendo está, mas, que pase el invierno, y los calores del verano quiebren el cristal de las nieves, y entonces se desprtará la fiera toda enhambrecida y estrujará la presa entre sus garras.

Más acá, el sonido de tambores, trompetas y timbales, está levantando la Alemania su gigantesca estatua, fabricada con el tributo de sus hijos y las riquezas de Francia. De oro es la cabeza del coloso, de plata el pecho, los brazos de bronce y las piernas de hierro. Un

nuevo Nabucodonosor amenaza, con el fuego de sus cañones, al que no adore reverente al recién levantado ídolo: todos los pueblos de la tierra han hincado sus rodillas, sumisos al imperioso mandato; sólo la Iglesia se quedó de pie y por ésto, ahí la tenéis, paseándose ilesa entre las llamas de la persecución. Mas, ¡ay del coloso!; porque sus pies son hechos del cieno de la impiedad, y ha de rodar en pedazos, cuando baje una piedrecita de la Montaña Santa.

Suecia y Dlnamarca, frente a frente de las opuestas orillas del Skager-Rack, sostienen cada una, como humildes lacayas, la cauda imperial de sus dos poderosas vecinas.

¡La Polonia...! La Polonia no existe; las panteras del Norte la devoraron.

A un lado queda la Austria, gigante que se va convirtiendo en pigmeo: uno a uno se irán cayendo los diamantes de su riquísima diadema; y, ahora, los que le quedan, aprieta con ambas manos en las sienes, ciñéndose la espada al cinto y colgándose al cuello el galano toison, mientras saluda respetuosa, como a iguales suyos, a sus antiguos mayordomos de palacio.

Más acá, sobre los campos de Sedan, se está levantando la Francia, pálida, con las heridas aún no bien cicatrizadas. Mas, no temáis: la Francia es como Anteo, cuánto más abatida se halla, más robusta se halla, porque cae siempre sobre el seno de su madre, la Religión: ya veréis, cuán alto levantará otra vez su vuelo, el águila robusta de Austerliz.

A su lado se ve la España, macilenta y mustia; altanera, un día, abandonó la casa de sus reyes, para volver a ella, con vergüenza; es un pródigo renitente que, con hipócrita penitencia, ha regresado al hogar paterno, para cargar con el último resto de su hacienda y disiparlo en sus locas disoluciones.

No lejos se sienta la Italia. Sus hijos, como los del

rey Pelias, han tomado los despedazados miembros de su madre, y los han puesto a cocer en el caldero revolucionario, esperando verla resucitar íntegra y rejuvenecida. Mas, ¡ay!, la resurrección no se efectúa, porque han suelto en el caldero la tiara, y ésta no se puede soldar con las coronas de los reyes.

¿Y dónde está la Helvecia? No preguntéis por ella: el hada candorosa de la libertad se ha trocado en bacante furiosa del libertinaje.

Bélgica y Holanda: esos dos rubíes arrancados de la corona de las viejas monarquías para establecer el equilibrio europeo, excitan la codicia de los que los miran; pero nadie se atreve a tocarlos, porque la paz del mundo resguarda su pequeñez.

La Turquía, la bayadera del oriente que se ha tendido por los suelos embriagada con el cáliz de la corrupción; en vano la han cobijado con manto europeo, que agoniza sin saberlo, sobre su lecho de muerte: sueltas están a sus lados, Grecia y los principados danubianos, joyas que un día brillarán en la corona de Rusia. Las panteras del Norte, sacando afuera las encorvadas garras husmean el cadáver, anhelando dividirse sus despojos, pero nadie los toca, porque se temen mutuamente, y, la desposada del imperio es muy hermosa para dividirla. Mas, cuando el hijo del desierto, pliegue sus tiendas y las vaya a plantar en el interior del Asia, cuando el caballo del cosaco, haga temblar con sus relinchos las dos orillas del Bósforo; entonces el cañón de Sebastopol aterrará al Viejo Continente.

Al frente de ésta, sobre la azul alfombra de los mares, descansa la Inglaterra, la mercadera del mundo, la que abre sus factorías a los cuatro vientos, la heredera de Mogol, la que se engalana con las perlas de Golconda y los diamantes de Delhi. De sándalo y marfil son fabricados sus buques, con seda de la India está hecha la vela que pende del mástil. Todos acatan el esplendor y la opulencia de la mercadera del mundo; en sus manos

está la balanza europea, ¿quién se atreverá a inclinar el fiel?

Atravesad ahora el Atlántico, venid a contemplar a la joven y encantadora América.

Al Norte, los hijos de Penn y Washington se han propuesto levantar una torre más famosa que la de Babel; y entre la admiración universal sigue encumbrándose más y más el prodigioso baluarte de los libres, hasta que vaya a parar en la región de los rayos, donde se fragua el cetro de los déspotas, y, entonces, desplomada al peso mismo de su grandeza, cobijará con sus ruinas desde California hasta la Tierra de Fuego.

A seguida están las hijas de la, un tiempo, maravillosa España; mas, ¡ay!, muy niñas se emanciparon de su madre, y, adolescentes todavía se vieron entregadas a sí propias, entre las seducciones de la falsa libertad y las asechanzas del despotismo.

Méjico, la hermosa y rica Méjico, deslumbró un tiempo y fascinó con su belleza; los reyes la desearon para esposa suya; pero ella, la Aspasia americana, abrió sus puertas a todos: los emperadores y los príncipes, los dictadores y los presidentes banquetearon con ella y bebieron de su vino. Y ahora, ¿dónde está Méjico, la hermosa, la rica, la primogénita de Castilla? Vedla: qué ajada, qué astrosa y mustia se halla; el águila de Moctezuma, abrió sus robustas garras; y, suelta la serpiente de la impiedad, la va extrangulando sobre las espinas de las nopaleras, y ante las anhelantes miradas de los lobos del Meschasevé.

Más acá, se ostenta Centro-América: incauta y simple dividió en cinco pedazos la rica túnica que le tocó en herencia, y, cuando ahora pretende mostrarse engalanada, a la vista de las naciones, no acierta a zurcir los retazos de su traje.

Cuba, aunque exangüe y desmayada, se esfuerza, todavía, por desasirse de las garras del león castellano.

Venezuela, yace narcotizada en brazos del despotismo; en medio del festín de la demagogia, acercó la copa a sus labios y perdió el conocimiento.

Colombia, es la sacerdotisa de la libertad; pero en su frenesí por darla culto, encendió demasiado el fuego del sacrificio, y quemó las brillantes vestiduras de la Diosa; tanto la incensó que la dejó toda ennegrecida: y ahora le ha quedado apenas un ídolo de piedra.

El Ecuador asoma por el oriente, cándido y risueño, como la ninfa de la libertad; pero nada más que como un ensueño, como una visión: fugitiva y vaporosa. Como un cometa de espléndido núcleo, arrastra una larga cauda nebulosa y rojiza que se oculta allá, tras las escarpadas sierras del porvenir.

El Perú, la más opulenta de sus hermanas, gastó su hacienda en las orgías de la demagogia. Y ahora, ¿dónde están sus fabulosos tesoros? Como el gusano de seda, se desentrañó por tejer una lujosa y espléndida mortaja. Como el rey Midas ha visto convertirse en oro, no sólo sus manjares, sino también el corazón de sus hijos, sus galanes, sus magistrados y sus héroes.

Bolivia, es la pudorosa vestal de los Incas; cansada de loquear y maltratada por rudas contusiones, ha vuelto a cubrir su rostro con el velo de la modestia, y parece que piensa un momento sobre la vanidad de los festines revolucionarios.

Chile, aunque, al presente, algo atolondrada y bullanguera, es la más grave de sus hermanas; parece que ha entrado ya en la mayor edad, y, hacendosa y económica, tiene el aire de una joven matrona romana.

A las orillas del Plata, aconteció un espantoso drama: de tres niñas, hijas de una misma madre, se unieron las dos con un extranjero y asesinaron a la más pequeñita; y, cuando asustadas de su crimen, quisieron levantar a su hermana, el Paraguay estaba ya agonizante. Llena de remordimiento, regresó la República Argentina al in-

terior de su hogar, y lo halló todo desbaratado; y aún ahora se afana por sostener la casa que amenaza ruinas. Y a la otra, al Uruguay, le está abofeteando la anarquía en castigo de su pecado.

El Brasil, es un andrajo de púrpura europea, recomendado en el espléndido manto de la libre América. Mas, pronto el alcázar imperial de Braganza volará en pedazos por el viento, cuando el masonismo abra el cráter del republicanismo impío y revoltoso: desaconsejado el emperador puso la antorcha de sus reinos en manos de su enemigo, y éste sabrá convertir, muy bien, la antorcha de gobierno, en tea de incendio y desolación.

¿No es esto lo que actualmente pasa en el mundo, considerado bajo su aspecto político? En ningún siglo se ha levantado la ciencia a más alto grado que en el nuestro: parece que la naturaleza ha rasgado el velo del *Sancta sanctorum* de sus misteriosos secretos; si se levantaran las generaciones de tiempos de Carlos V, nos tendrían como a unos dioses, al vernos manejando el rayo, y haciendo que un buque dé vuelta al mundo en 180 días, y poniendo en circulación una noticia, en todo el globo, en 40 minutos. En historia se han hecho no menos admirables descubrimientos; lo mismo en geología, lo mismo en todos los ramos del saber humano. Si, después de esto, observamos el espíritu de las naciones, notaremos en ellas, una actividad, hasta hoy, desconocida: todas, como impulsadas de una fuerza extraña, tienden a acercarse y unirse: nuevos Colones, como Livingstone, han descubierto y visitado las más ignoradas regiones del Africa; otros han penetrado en los más recónditos senos de la India, allá donde no pudieron alcanzar ni Alejandro, ni los suyos. La China recibe, por primera vez, a los embajadores europeos; el Sha de Persia se pasea por las cortes de occidente; y el Japón manda sus enviados a París y Londres, y aposenta en sus reinos la civilización europea. Sí, el mundo está viejo, él, como los antiguos patriarcas, reúne a todos sus hijos alrededor de su lecho de muerte, y se pone a contar las aventuras de su infancia, y los secretos de su adolescencia; el mundo está viejo, porque los vicios de la época

son la avaricia y el escepticismo, y el mundo de ahora es avaro y escéptico. Ved por otro lado: todas las naciones se acercan y se unen: pero cuidado, que todas ellas, bajo su manto de púrpura, llevan prevenido el puñal del asesino: todas las naciones se acercan entre sí, pero no como amigas, sino como gladiadores que bajan al circo.

Jamás el mundo ha estado tan armado como hoy; y es que Dios prepara a los pueblos, para un terrible y sangriento drama. No pasará este siglo, sin que se haya levantado el telón. Este mundo tiene de morir con muerte violenta; ahora todos los pueblos se miran en silencio; pero observad, es el silencio de los combatientes: unos embrazan el escudo, otros se ponen la cota, otros empuñan la espada. "Todo lo que sucede en este mundo tiene una señal que le precede, ha dicho un profundo filósofo; cuando el sol está inmediato a su nacimiento, el horizonte se colora de mil rayos, y el Oriente se nos presenta como un volcán de fuego. Cuando amenaza la tempestad, óyese en la ribera un sordo murmullo, y como que las olas se agitan por sí mismas". ¿Y pensáis que este mundo se ha de armar en vano? No; este mundo tiene de morir con muerte violenta: sabedlo por qué.

Hemos contemplado a la tierra, bajo su aspecto político, pero nada habremos visto todavía, si no le consideramos bajo su aspecto moral. Este grano de arena, este átomo de lodo, nada valiera ante los ojos del Eterno, si no fuera, porque en él puso su planta el Hijo de Dios; si no fuera, porque este mundo es el ara en que se quema todos los días el incienso de la oración que, en aromáticas ondas, se levanta al cielo. Pues bien, este mundo crucificó al Hijo de Dios, este mundo ha sido el cadalso del Omnipotente; y no es esto sólo: el Crucificado, al subir a su trono, dejó por heredera suya a la Iglesia; y los príncipes y naciones todas se han conjurado otra vez contra el Cristo, y, no alcanzando a darla nueva muerte, han tomado a su heredera, y la han puesto en afrentoso suplicio. Buscad la cruz y no la encontraréis ni en la cumbre de los palacios ni encima de las coronas ni en las ciudades ni en las cabañas; la encontraréis única-

mente en... el Calvario. Si no lo creéis, atended y contemplad la pasión de Cristo, que se está verificando en pleno siglo XIX, con todos los horrores que nos narra el Evangelio; y no vayáis para esto a las naciones infieles, no; observad a las naciones cristianas; que los que crucificaron a Jesús, no fueron paganos, sino judíos. Atended, pues y contemplad, la Iglesia es el Cristo del Siglo XIX (1).

ALEMANIA.— "Buscaban todos un falso testimonio para perder a Cristo y no lo hallaban. Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras diciendo: ¡Qué! ¿todavía necesitamos de testigos? ¡Habéis oído sus blasfemias y cómo decía que él es el Cristo Rey! Mas todo el que se hace rey contraría al César. Si lo dejamos así, creerán todos en él, y vendrán los extranjeros y arruinarán nuestra ciudad y nación. ¿Qué haremos, pues? ¿Qué os parece?" *¿Quaerebant falsum testimonium et non invenerunt: tunc princeps sacerdotum scidit vestimenta sua dicens: quid adhuc egemus testibus? (Mat. 26. 39. 69. 65).— Audisti blasphemiam. (Marc. 14. 64).— Et dicentem se Christum regem esse. (Luc. 23. 2).— Omnis enim qui se regem facit contradicit Caesari. (Joan. 19. 12).— Si dimittimus eum sic, omnes credent in eum: et venient Romani, et tollent nostrum locum et gentem, (Joan. 11. 48).— ¿Quid facimus? (Joan. 11. 47).— ¿Quid vobis videtur? (Math. 26-96).*

BADEN.— "Tú lo has dicho. Reo es de muerte". *Tu dixisti. (Math. 26. 64).— Reus est mortis. (Math. 26. 66).*

BAVIERA.— "¿Qué queréis darme y yo os lo entre-

(1) Escritores tan eminentes como el abate Gaume, en la preciosa obrita **"¿A dónde vamos a parar?"** han manifestado, cómo la Iglesia es hoy el blanco de los mismos ultrajes y afrentas, de parte de las naciones, que las que sufrió Cristo en su pasión, de parte de los judíos. Los textos aplicados a la Europa, los hemos tomado de un artículo intitulado "El Catolicismo ante el tribunal de los Estados europeos", publicado en "La Germania", periódico católico de Alemania.

gare?". ¿Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam? (Math. 26. 15).

BELGICA.— "Por ahora vete; cuando llegue el tiempo oportuno te volveré a llamar". *Quod nunc attinet, vade: tempore autem opportuno accersam te. (Act. Apost. 24. 25).*

DINAMARCA Y SUECIA.— "No he cònocido a este hombre". *Quia non novi hominem. (Math. 26. 74).*

INGLATERRA.— "¿Por ventura nuestra ley juzga a un hombre sin haberle oído primero; y sin informarse de lo que ha hecho? Así pues, os aconsejo, que no os metáis con este hombre y que lo dejéis; porque si este designio o empresa viene de los hombres, ella misma se desvanecerá, mas, si es cosa de Dios, no podréis destruirla". *Numquid lex nostra judicat hominem, nisi prius audierit ab ipso et cognoverit quid faciat? (Joan. 15).*— *Et nunc itaque dico vobis, discedite ab hominibus istis, et sinite illos, quoniam si est ex hominibus concilium hoc, aut opus, disolvetur; si vero ex Deo est, non poteritis dissolvere illud. (Act. Apost. 5. 38. 39).*

FRANCIA. "Yo he pecado, pues, he vendido la sangre inocente. Mi alma experimenta una angustia mortal. Mas, en resucitando yo iré delante de vosotros a Galilea". *Pecavi, tradens sanguinem justum. (Math. 27. 4).*— *Tristis est anima mea usque ad mortem. (Math. 26. 38).*— *Postquam auten resurrexero, praecedam vos in Galileam. (Math. 26. 32).*

GRECIA. "A nosotros, ¿qué nos importa?". *(Quid ad nos? (Math. 27. 4).*

HOLANDA.— "Ningún delito hallo en este hombre". *Nihil invenio causae in hoc homine. (Luc. 23. 4).*

ITALIA.— "El mismo es: prendedlo. Porque es necesario que muera un hombre, para que se salve el pueblo". *Ipse est tenete eum. (Math. 27. 4).*— *Quia expedit unum hominem mori pro populo. (Joan. 18. 14).*

AUSTRIA.— "Todos os escandalizaréis en mí". *Omnes scandalizabimini in me. (Marc. 14. 27).*

RUSIA.— "Heriré al pastor y se descaminarán las ovejas del rebaño". *Percutiam pastorem, et dispergentur oves gregis. (Math. 26. 31).*

SUIZA.— "Quítale a este la vida; porque según nuestra ley debe morir". *Tolle hunc. (Luc. 23. 18).— Nos legem habemus et secundum legem debet mori. (Joan. 19. 7).*

ESPAÑA.— "Ved aquí al hombre. Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos". *Ecce homo. (Joan. 19. 5).— Sanguis ejus super nos et super filios nostros. (Math. 27. 25).*

He aquí, de qué manera ha juzgado la impía Europa en la causa del Cristo. ¿Y la América? Veámoslo.

EE. UNIDOS.— "Inocente soy yo de la sangre de este justo. Verdaderamente era éste Hijo de Dios" *Innocens ego sum a sanguine justi hujus. Vere Filius Dei erat iste. (Math. 27. 24. 54).*

MEJICO — "Hola, tú que derribas el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo: si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz". *Vah, qui destruis templum Dei et in triduo illud reaedificas: salva temetipsum: si Filus Dei es, descende de cruce. (Math. 27. 40).*

CENTRO AMERICA — Uno de los ministros asistentes le dio una bofetada, diciendo: ¿Así respondes tú al pontífice?". *Unus assistens ministrorum dedit alapam Jesu dicens: ¿Si respondes pontifici? (Joan. 18. 22).*

VENEZUELA.— "No a ese, sino a Barrąbás". Y se arrimaban a él y decían: "Salve, ¡oh rey de los judíos!" y dábanle de bofetadas. *Non hunc sed Barabbam (Joan. 18. 40). Et veniebant ad eum, et dicebant: Ave rex, Judaerorum et dabant ei alapas. (19. 3).*

COLOMBIA.— "Si este no fuera malhechor no te lo hubiéramos entregado. Crucifícale, Crucifícale". *Si non esset hic malefactor non tibi tradidissemus eum. (Joan. 18. 30).— Crucifige, crucifige eum. (Luc. 23. 21).*

ECUADOR.— "Aún cuando todos se escandalizaren por tu causa, jamás me escandalizaré yo. Aunque me sea forzoso el morir contigo, yo no te negaré". *Etsi omnes scandalizati fuerint in te, ego numquam scandalizabor. Etiamsi oportuerit me mori tecum, non te negabo. (Math. 26. 33 y 35).*

PERU Y BOLIVIA.— "Y le seguían de lejos hasta el palacio del príncipe de los sacerdotes. Y habiendo entrado, se estaban sentados con los sirvientes, para ver el paradero de todo esto". *Petrus autem sequebatur eum a longe usque in atrium principis sacerdotum. Et ingressus intro, sedebat cum ministris ut videret finem. (Math. 26. 58).*

CHILE.— "Y Jesús, salió a su encuentro y les dijo: ¿A quién buscáis? Respondiéronle, a Jesús Nazareno. Díceles Jesús: Yo soy. Estaba también entre ellos Judas, el que le entregaba". *Jesus itaque sciens omnia, quae ventura erant super eum, processit, et dixit eis: ¿Quem quaeritis? Responderunt ei: Jesum Nazarenum. Dixi eis Jesus: ego sum. Stabat autem et Judas, qui tradebat eum cum ipsis. (Joan. 18. 4 y 5).*

REPUBLICA ARGENTINA.— "Adivina, ¿quién es el que te ha herido?". *Prophetiza, quis est qui te percussit? (Luc. 22. 64).*

URUGUAY.— "Dijéronle pues, ¿No eres tú también de sus discípulos? El lo negó diciendo: No lo soy". *Dixerunt ergo ei: Numquid et tu ex discipulis ejus es? Negavit ille, et dixit: Non sum. (Joan. 18. 25).*

BRASIL.— "No tenemos rey sino a César. Entonces se le entregó para que lo crucificasen. Escribió asimismo un letrero, y púsole sobre la cruz. En él estaba es-

crito: Jesús Nazareno Rey de los Judíos. *'Non habemus regem nisi Caesarem. Tunc ergo tradidit eis illum ut crucifigeretur. Scripsit autem et titulum Pilatus: et posuit super crucem. Erat autem scriptum: JESUS NAZARENUS, REX JUDAEORUM. (Joan. 19. 15. 16. 19).*

EL CATOLICISMO.— "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¡Oh Padre, Padre mío! todas las cosas te son posibles, aparta de mí este cáliz; mas no sea lo que yo quiero, sino lo que tú. Y al tropel que le cercaba dijo: como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos a prenderme: cada día estaba sentado entre vosotros enseñándoos en el templo y nunca me prendisteis. Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros por la virtud de mi Padre, ¿por cuál de ellas tratáis de matarme? ¿Pensáis que no puedo acudir a mi Padre, y pondría en el momento a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Mas, ésta es la hora vuestra y el poder de las tinieblas. Padre mío, perdónales, porque no saben lo que hacen. *'Deus meus, Deus meus, ut qui dereliquisti me? (Math. 26. 45).— Abba, Pater, omnia tibi possibilia sunt, transfer calicem hunc a me: sed non quod ego volo, sed quod tu, (Marc. 14. 36). —In illa hora dixit Jesus turbis: Tanquam ad latronem existis cum gladiis, et fustibus comprehendere me: quotidie apud vos sedebam docens in templo, et non me tenuistis. (Math. 26. 55).— Multa bona opera ostendi vobis ex Patre meo, propter quod eorum opus me lapidatis? (Joan. 14. 31).— An putas, quia non possum rogare Patrem meum, et exhibebit mihi modo plusquam duodecim legiones Angelorum? (Math. 26. 53.)— Sed haec es hora vestra, et potestas tenebrarum. (Luc. 22. 22. 53).— Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt. (Luc. 23. 34).*

¿No es esto lo que está pasando?.

Los príncipes y los pueblos, y, donde no los pueblos, los príncipes, y, donde no los príncipes, los pueblos, se han unido contra el Señor y contra su Cristo. Airados de furor y rebosando de iniquidad como un vaso de ponzoña, aprisionaron a la Iglesia santa y la abrevaron de ig-

nominia. Le arrancaron sus vestiduras, echaron suertes sobre ellas y dividieron su manto. Y con ultraje de su pudor, la expusieron desnuda a la vista de los inicuos. La hija del cielo, la predilecta del Eterno, no ha hallado dónde reposar su cabeza; suspendida está del patíbulo, ceñidas sus sienes de espinas; su cuerpo es una sola llaga.

Y, ¿dónde el Señor que no vindica la causa del Justo? Mirad: sobre el ara santa está quemándose el timiama de la oración. Mirad: ¡ah!, aún no hemos visto nada: alzad los ojos y contemplad: en la cumbre de la Montaña: el patriarca de los creyentes, el Moisés del pueblo escogido. Levantando los brazos, pide a Jehová el perdón de su pueblo; mirad: del rostro del profeta se escapan esplendores de gloria, como los rayos que despide el fatigado sol en el ocaso. Este es el amigo de Dios, éste es el que le habla cara a cara, postrado ante el tabernáculo. El es la gloria del siglo XIX. ¿Valen acaso algo, ante Pío IX, las cien coronas de Napoleón?

Por amor a mi siervo, dice el Señor, aún no castigaré a Sodoma; aguardaré a que él descanse para derramar sobre el impío el cáliz de mi indignación. La mies amarillea; cuidado, que se apresta ya la hoz de los segadores. Ojo por ojo, diente por diente: a los que robaron a la hija del Señor, quitadas les serán sus riquezas; a los que la ultrajaron y la hirieron, les despedazará el furor de la divina cólera. El huracán del socialismo se levanta bramando en los confines del horizonte: lista se halla la mina del masonismo: la espada está fuera de la vaina, una chispa no más, y el mundo salta en pedazos.

Pero no: aún vivirá el mundo; nadie sabe cuándo vendrá el día del Señor, día en que serán aventados los astros al soplo de Dios, como las aristas de una era. Los que peregrináis sobre la tierra, despreciad el falso oropel de las vanidades del siglo, practicad la virtud. y adorad y temed al Excelso.

LA LUCIERNAGA: IV: 55-59.

LA EDUCACION DE LA JUVENTUD.

Una de las más sabias máximas de los filósofos antiguos era ésta: *nosce te ipsum*, conócete a tí mismo. Nada en efecto, nos es más necesario que el averiguar los senos ocultos de nuestro ser, y los más recónditos misterios de nuestra naturaleza. Todos los ramos del saber contribuyen a la perfección del hombre, y, por tanto, todos ellos deben partir de la ciencia del individuo. Tratemos, por consiguiente, ahora, de ver cuáles son el carácter y tendencias de nuestro siglo, y cuál el estado de la juventud de nuestro tiempo, para que sepamos los peligros que debemos evitar, y el camino que debemos seguir.

Grandes y brillantes aplausos han sido tributados al siglo diez y nueve. Por doquiera se le llama el *Siglo del progreso* y la *Era de las luces*. Eugenio Pelletan, uno de sus más elocuentes admiradores, cada vez que se pone a hablar del siglo actual parece, como lo confiesa él mismo, que se halla sobre la trípode sagrada, lleno de sublime estremecimiento de la Pitoniza, y agitados sus cabellos por el viento de la inspiración. Así le hemos oído prorrumpir en exclamaciones como éstas: "Oh siglo XIX: tú eres á los ojos de Dios el más grande de los siglos; porque eres el último que posees el progreso de la historia". Hermosos panegíricos por cierto; mas, para que podamos juzgar rectamente de su exactitud, recurramos a un maestro imparcial, al maestro Opinión Pública: ¿Qué nos dice ésta? —Que el siglo XIX *es el siglo del vapor y la electricidad*. He aquí, en pocas palabras, el único juicio recto y verídico que expresa admirablemente el carácter de la época en que vivimos.

Sí, el siglo XIX es el siglo de vapor y electricidad, es decir, el siglo de la futilidad y ligereza. Y para vindicar a esta aserción de la nota de calumniosa, fijémonos nada más que en su aspecto literario, que es el que hace a nuestro propósito. ¿Cuáles son los distintivos de la literatura actual? La ligereza y la futilidad: Para convencernos de ello, basta fijar nuestras miradas en el periodismo, su hijo predilecto, como es el que más bien la

representa. El periodismo, en nuestros días, se ha absorbido a todos los demás géneros de literatura; es una enciclopedia volante, en las mil faces de un Proteo; él abraza en sus columnas desde la más abstrusa metafísica hasta las más sentimentales endechas del lirismo. Se ha sustituido a la tribuna antigua, y con voz muda, pero enérgica, reta a los tiranos y amotina al pueblo. En suma, el periodismo es la escuela universal, en que aprenden todos los pueblos.

He aquí, pues, los más gloriosos timbres del periodismo. Mas, en cambio, qué revoluciones las que ha obrado en las letras. Teniendo que hablar de todo y a todos, ha vulgarizado todas las ciencias, y las ha sacado del santuario de las Academias, para lanzarlas a la plaza pública y exponerlas a la expectación universal, en toda su desnudez. De aquí que se hable con tanta ligereza de las más encumbradas ciencias; de aquí que se hayan como evaporado todos los conocimientos humanos, perdiendo, por consiguiente, su apetecible solidez; de aquí, en fin, que la civilización actual sea tan superficial y tan poco profunda.

Pasando, de esto, a los individuos, ha resultado, naturalmente, que los hombres ilustres de ahora han ido a afiliarse entre periodistas y no entre graves académicos. La gloria literaria ya no está en escribir enormes volúmenes de a folio, sino extensos diarios. ¿Y qué es lo que se necesita para ceñirse uno de los laureles de Redactor? Instrucción enciclopédica, como si dijéramos una tintura de todo. Y como es imposible, que un entendimiento pueda abarcar todos los variados ramos del saber humano, en toda su latitud, de aquí resulta que éste lo que ha ganado en extensión ha perdido en densidad. Esta es, pues, la razón porqué se dicen tantos dislates en todas las naciones y en toda materia; he aquí porqué hay tan pocos sabios y tanta multitud de pedantes; porque es muy cierto que si en la época actual hay periódicos tan notables, como el "Times" de Londres, ya no se ven obras tan estupendas como las de un Tostado o las de unos Bolandos; hoy no tiene ya aplicación alguna aquel famoso aforismo: Timeo hominem unius libri. Es

verdad, que no faltan, aún hoy, obras como las de un Cantú, de un Rhorbacher, un Amador de los Ríos y otros raros, pero éstas son excepciones que confirman lo dicho.

Al fijarnos en los otros géneros de literatura, se nos presentan a primera vista, alineados como un ejército, los novelistas y los *vaudevillistas* Y verdad, que razón hay para que pongamos la atención en ellos. Porque; en cuanto a los primeros, parece como que todas las imprentas del mundo no se ocuparan sino en publicar novelas, a juzgar por el *infinito número* de ellas, entre las cuales es tan difícil hallar una provechosa, como en algunos ríos un grano de oro, entre la arena. Los vaudevillistas, no pueden ser más admirables, siendo como son una especie de fabricantes de dramas, reunidos para esto en compañías, como las de mercaderes o albañiles.

He aquí pues, trazado a grandes rasgos el carácter de nuestro siglo; juzguemos por ellos, si no es llamado con razón el siglo de *vapor y de electricidad;* y en el cual, para su mayor honra, hasta las reputaciones son vaporosas, cuya duración, pudiéramos expresar con esa bella imagen de la Biblia; *vapor ad modicum parens*. La gloria de un periódico y de sus redactores, tiene apenas la breve vida de las mariposas efímeras de Mayo, que ostentan sus galas por la mañana y mueren a la tarde para nunca más resucitar.

La educación de la juventud es análoga a nuestra civilización. A los estudios profundos se han sustituido los ligeros, a la inflexible perseverancia con que nuestros antepasados devoraban los pesados volúmenes de una biblioteca, se ha sustituido la inconsciente revista de periódicos. Se lee por diversión, no para instruirse; la librería de un joven debe contener en sus estantes algunos pares de novelas y algunos volúmenes de poesías; la elevada metafísica y las profundas meditaciones de los filósofos, están condenadas a servir de pasto a ratas en el rincón de los armarios. Es así, como hay tantos eruditos a vapor, que apenas si tienen noticia de esos pro-

digios monumentos del ingenio humano, como las obras de un Homero, de un Platón, Plutarco, Séneca, &ª, a las cuales se les ha excomulgado con el epíteto de clásicos: baste mencionar, para probarlo, el pánico de muchos literatos al latín y las lenguas sabias. Pero, no sólo es esto, pues, hay muchas obras en lengua vulgar, cuyo mérito ha corrido la misma suerte. ¿No es verdad, por ejemplo, que se lee más a Espronceda y a Zorrilla, que a Calderón y a Garcilaso? El estilo de la época con todas sus galas románticas, es tan rico de palabras, como pobre de pensamiento. Antes, quizás por ser escaso el papel y costosa la escritura, no ponían en los libros más que la sustancia de las ideas. Ahora la imprenta lo ha evaporado todo. En una página de Tácito se encuentra más historia que en volúmenes enteros de los modernos analistas.

De este modo se explica, por qué, en el día, hay más sabios y se estudia menos; al contrario de lo que sucedía en los tiempos de antaño, en que más se estudiaba y menos sabios había. Bueno será poner aquí un interesante párrafo de Llanos, sobre esta materia. Dice, pues, este escritor, hablando de la instrucción que se da a los jóvenes en escuelas y colegios, con aquel donaire que le caracteriza: "En unos cuantos años, bien largos para el bolsillo de los padres, se enseñan a nuestros estudiantes todas las ciencias y todas las lenguas. Con razón se dice que se enseñan, pues no se hace otra cosa más que *enseñárselas* para que las vean, como se acostumbran con las sombras chinescas; pero no para que se queden con ellas, pues son propiedad de los catedráticos. Gradúanse de bachilleres, y les entregan por cierta cantidad un papel que quiere decir: "El dador es hombre que sabe, permítasele sólo la entrada en el campo del saber". Luego se elige una carrera, según hoy se llama, lo que antiguamente se llamaba profesión y no sin fundamento, porque para una profesión, hay que profesar, como profesa una monja, y para una carrera, basta correr, como corre un galgo... ¿Pero quién tiene la culpa de todo esto? La tienen ellos y la tiene el mundo. Ellos por su impaciencia. El público, porque exige hoy más de lo que es debido... Hay uno que se dedica con es-

mero a un estudio dado, y descuida algún tanto los demás; pero anda entre gentes que hablan de todo; él sabe una cosa bien sabida, pero se avergüenza y lo avergüenzan, si de todo no sabe algo: entonces nuestro avergonzado abandona los estudios formales y se lanza a la generalidad; deja el fondo por la superficie, la unidad por la pluralidad, la *ciencia por la enciclopedia*. El mundo ha perdido tal vez un sabio verdadero, pero ha ganado un verdadero charlatán".

Cuán diversos ciertamente eran aquellos tiempos en que un San Gerónimo se limaba los dientes y se encerraba por toda la vida en una gruta, para aprender el hebreo; y aún aquellos en que, un Bossuet, cubierto ya de canas, no apagaba la lámpara de su estudio, hasta la media noche. No podemos resistir al deseo de poner aquí, la pintura que un gran hombre del siglo VI, hacía de sí mismo (San Doroteo). "Cuando yo estaba en el siglo, dice, andaba tan embelesado en mi estudio que no me acordaba, ni parecía que tenía tiempo para pensar en lo que había de comer; tanto que si no fuera por un compañero, muy amigo mío, que tenía cuidado de hacerme aderezar la comida y llamarme a comer, muchas veces me olvidaba de esto; y era tanto el fervor que traía en mi estudio y el deseo que tenía de saber, que estando comiendo tenía delante abierto el libro, y estaba comiendo y estudiando juntamente, y, en viniendo de lección a la tarde, luego encendía luz, y estudiaba hasta la media noche: y cuando me iba a acostar llevaba conmigo el libro a la cama, y en durmiendo un poco luego tornaba a leer &". Y esta aplicación y constancia, no eran propias únicamente de este ilustre santo y sabio, sino de todos los hombres célebres de aquella época. Pero asimismo, ¡qué hombres! Su genio admira y admirará a todos los siglos, como un prodigio de la naturaleza; y sus obras, más estables que las pirámides de Egipto, pasarán incólumes, al través de todos los tiempos, como una muestra de lo que alcanza el espíritu humano.

Aquí terminaremos este trabajo, reportando una consecuencia que se presenta por sí misma. Si la juventud quiere ser útil a la Patria con sus conocimientos

científicos, si desea ceñirse con los laureles de la inmortalidad, produciendo obras que pasen hasta los siglos futuros, si quiere en fin, hacerse un lugar en la historia, es necesario que primeramente se eleve sobre la atmósfera de las preocupaciones vulgares, que se dedique a estudios serios, y abandone la senda de la pedantería, a la que tan fácilmente conducen las lecturas fútiles, es necesario que estudie con constancia y heroísmo, que se acostumbre a trabajos que ejercitan las fuerzas y nutren el entendimiento y, sobre todo, que deje de pretender los conocimientos enciclopédicos, y se aplique a cierto estudio, como se abraza un estado de vida. Sólo así llenará cumplidamente su misión sobre este mundo y podrá dejar su nombre a la Patria, como una herencia de gloria.

LA LUCIERNAGA, VI: 81-83.

EL REINADO EUCARISTICO

DEL

SAGRADO CORAZON

DE

JESUS.

Christum Regem adoremus dominantem gentibus:
qui se manducantibus dat spíritus pinguedinem.

(INVIT. OFF. SS. SACRAM.)

Revista Religiosa mensual

Publicada con licencia de la Autoridad eclesiástica.

DIRECTOR,—JULIO MATOVELLE, PRESBÍTERO.
REDACTOR RESPONSABLE,— TOMAS A. ALVARADO, PRESBÍTERO.

TOMO I.

1891 y 1892.

CUENCA.

IMPRENTA DE "EL REINADO EUCARÍSTICO".

EL PACTO EUCARISTICO DE CUENCA

I

Jesucristo Señor nuestro ha sido constituido, por su eterno Padre, soberano absoluto del universo, dueño de todos los pueblos y naciones, Rey de reyes y Señor de señores. Esta es una de las verdades más hermosas y manifiestas de nuestra santa fe, la cual a pesar de los velos del misterio, en que se envuelve, derrama su luz esplendorosa sobre la vida de la humanidad entera y las vastas regiones de la ciencia. La historia toda se divide en estas dos únicas faces: la *preparación*, y el *cumplimiento* del Reinado de Cristo sobre las naciones. Entonces propiamente principia la historia de un pueblo, cuando entra éste en relaciones con aquel imperio universal y divino. El destino de las más famosas monarquías se encierra en una sola obra, glorificar a Cristo. Aquella es más grande que en mayor escala ha contribuído a la propagación de esta gloria en el mundo; tal es Roma, llamada por excelencia la Ciudad eterna, y predestinada por Dios para plantar con la sangre de sus diez y ocho millones de mártires y la actividad infatigable de sus apóstoles, el imperio social de la Cruz sobre toda la redondez de la tierra.

Dios nuestro Señor es quien graciosa y bondadosísimamente fija desde *ab aeterno* los destinos de los pueblos; pero son éstos los que con el uso expedito de su libertad, corresponden o no a la divina vocación, y vienen así a ser dueños absolutos de sus destinos. Si libre y espontáneamente cooperan a las gracias del cielo, fórmase una alianza, celébrase un pacto entre el soberano Señor de las naciones y aquel pueblo fiel, que engendra obligaciones y derechos recíprocos, si pudiéramos decir así, entre las dos partes contratantes. Premia Dios con profusión de gracias y abundancia de toda clase de bienes, la fidelidad con que las naciones cumplen sus sagrados compromisos; y al contrario, castiga con la reprobación y la ruina a los pueblos inconstantes y ligeros que rompen, sacrílegos, sus pactos, y olvidados de sus grandiosos destinos siguen los senderos escabrosos y difíciles de la apostasía.

Las gracias y bendiciones todas que Dios prepara a los pueblos, las anuncia con esta sola promesa: *Statuam Pactum meum vobiscum* (Isaí. 54. 9-), celebraré con vosotros mi pacto. Así como la causa única de la ruina y desolación de aquellos, es el olvido y ruptura de este Pacto divino: *Delebitur, quia Pactum meum irritum fecit* (Génes. 17. 14). Esta es la clave de la historia, ésta la antorcha que ilumina sus intrincados laberintos, y explica la suerte ya próspera, ya adversa, de todas las naciones. Grandes destinos suponen grandes pueblos, y exigen fe a toda prueba, piedad incontrastable.

Satanás, que es llamado y con razón la mona de Dios, háse empeñado, por su parte, en parodiar grotezcamente estas admirables trazas y amorosas invenciones de la Providencia divina en favor de los hijos de Adán. He aquí por qué al lado de un *pacto divino,* encuéntrase siempre un *pacto satánico,* dando origen a un mismo pueblo, el primero a la *Ciudad de Dios,* y el segundo a la Ciudad del mal.

El único pueblo elegido, en la antigüedad, era el pueblo de Israel, con el cual había celebrado el Señor una firme y solemnísima Alianza, en las cumbres del Sinaí; pues, a semejanza de ella, Satanás celebró también infernales pactos con las ciudades y pueblos más notables del paganismo. Cada uno de ellos tenía su demonio tutelar, a cuyo servicio y culto estaba consagrado. "Esta delegación satánica, dice el ilustre Gaume, es un hecho de la historia universal. Los paganos lo conocían perfectamente. Sabían que en cada reino y en cada ciudad, como en cada individuo, presidían divinidades particulares. Así como en el momento del nacimiento, decían ellos, espíritus diferentes se ponen en contacto con los niños; del mismo modo en el día y hora en que se levantan los muros de una ciudad, llega un *Destino* o un *Genio,* cuyo gobierno asegurará el poderío de la misma. Conocían por sus nombres a las divinidades tutelares de gran número de ciudades. El protector de Dódona era Júpiter; de Tebas, Baco; de Cartago y de Samos, Juno; de Mycenas, Plutón; de Atenas, Minerva; de Delfos, centro del mundo, Apolo; de los bosques de la Arcadia, Fauno;

de Rodas, el Sol; de Gnido y Pafos, Venus: y así de otras muchísimas. Sabían que los dioses tomaban partido para sus protegidos, los asistían con sus oráculos y los animaban con su espíritu. Todos los poetas, todos los historiadores, todos los ritos religiosos deponen en favor de esta creencia" (1). Roma, para proclamarse Señora del mundo, procuró que le fueran propicios los dioses de las naciones, para lo que edificó en honor de todos ellos el célebre panteón.

Estas lamentables supersticiones que habían sido completamente abrogadas por el triunfo de la Cruz en el mundo, trata de resucitar hoy la Francmasonería, que es la restauración del abolido imperio de Satanás. Con esta diferencia: el paganismo era el culto de los demonios bajo el disfraz engañoso de la divinidad, y la Francmasonería es la negación de Dios y la adoración descarada de Satanás como Satanás. "Habiendo advertido, dice un grande y piadoso escritor (2), que en todas partes, el lazo de unión social era una especie de contrato con la divinidad que asociaba a los ciudadanos entre sí, el jefe de la ciudad del mal se había muy blandamente sustituido al verdadero Dios y se hacía adorar, no como Satanás, sino como si fuese un Dios verdadero, a quien se dirigían los homenajes de los pueblos, aunque no apareciese a los ojos de los adoradores, más que a través de las nubes de la mentira y de los sacrílegos disfraces. El verdadero Dios no era negado ni rechazado como verdadero Dios; era más desconocido que despreciado; era el ignorado término de esos honores que iban a buscarle en realidad, a través de aquellas falsificaciones engañosas. Había falsos dioses, pero no se reconocía ningún *anti-Dios*. La *idea* masónica ha conducido a la sociedad, bajo pretexto de contrato social puramente humano, a un contrato social francamente Satánico; lo que es el *non plus ultra* de las reivindicaciones de Satanás

(1) Tratando del Espíritu Santo. Cap. XV.

(2) El Barón de Sarachaga.— Cita tomada de "La Féderación internationale du Sacre-Coeur".— Deuzieme année, Nº 40.

sobre la naturaleza humana que ha jurado envilecer, envidioso de verla divinizada en Cristo. Dios eliminado, Dios vergonzosamente rechazado de todos los asuntos de la sociedad, bajo pretexto de dejar al hombre por dueño único de sus destinos sociales, el universo entero absorbido por un solo Estado, Satanás poseyendo el Estado universal que, a su vez, lo posee todo; Satanás tomando, de esta manera, el imperio absoluto, manifiesto, exterior, sobre todas las cosas humanas, ocupando sin estorbos el trono abandonado y vacío por la ausencia de Dios; he aquí el ideal satánico, he aquí el ideal masónico; he aquí el último término del anti-cristianismo social".

La adoración del Verbo Encarnado, del Dios que reside Sacramentado en nuestros altares, o el culto del demonio, son los dos términos opuestos, hacia uno de los cuales, de grado o por fuerza, tiene que encaminarse toda sociedad. El lazo que ata a los pueblos bajo la obediencia y sujeción de uno de estos dos reinos, es un compromiso libre y voluntario pero indisoluble y solemne; un *Pacto divino* o un *Pacto satánico*. En medio de estas dos encontradas riberas fluctúan perpetuamente las humanas sociedades: si acatan el imperio de Dios, sacuden el yugo del demonio; si se apartan del reinado amabilísimo de Dios, caen bajo el imperio tiránico de Satanás.

II

Cosa por todos reconocida como providencial y divina es la consagración del Ecuador al Corazón Santísimo de Jesús; en virtud de la cual se ha firmado un Pacto solemne entre el Cordero dominador de las naciones, y nuestra humilde y fervorosa República. Pero este hecho singular y magnífico no ha surgido como al acaso y de repente, si no ha sido preparado por otros muchos providenciales también y hermosos, con largos años de anticipación. Uno de estos hechos admirables es el que ahora nos ocupa, y al cual no trepidamos en calificar con el título precioso de *Pacto Eucarístico de Cuenca*.

Desde tiempo inmemorial y remotísimo celébrase en esta ciudad la fiesta de *Corpus-Christi,* y toda su octava, con una pompa y solemnidad regias. Lo más singular y notable es que aquella, aparte de su magnificencia extraordinaria, es un culto verdaderamente *público* y *social,* rendido al Dios del Sacramento por el concurso unánime de las autoridades eclesiásticas y civiles y las clases todas de la sociedad cuencana. Es difícil un concierto más universal y espontáneo, ni un entusiasmo más sostenido y ferviente de todo un pueblo para honrar a nuestro divino Redentor. Mucho antes que en Europa se hubiesen ideado los tan célebres y famosos Congresos Eucarísticos, hallábanse éstos, en cierta manera, establecidos en una de las más modestas ciudades del Ecuador, con una gracia y originalidad en alto grado excepcionales y sorprendentes para todo observador atento. He aquí en prueba de ello, la narración sencilla del modo de celebrar esta fiesta, conocida entre nosotros, con el nombre popular de *El Septenario*.

Al acercarse ella, trasládanse del campo a la ciudad innumerables familias que esparcen la animación y el contento en las calles de la tranquila capital del Azuay; y todas, así las más ricas, como las más pobres, se preparan los más nuevos y hermosos vestidos del año, como si la población entera se hallara invitada a asistir a algún espléndido festín nupcial. Reina en todos los ánimos una ansiedad inexplicable y dulcísima, con la que se quisiera abreviar los días, para que llegue cuanto antes la tan deseada solemnidad. Los niños preguntan inquietos a sus madres: *¿cuándo será el Corpus?;* imagínanse que van a contemplar algo como los esplendores del paraíso.

Llega por fin el anhelado, el invocado, el dulcísimo día de *Corpus,* ordinariamente con una de esas mañanas fúlgidas de Mayo que nos abren de par en par las puertas sonrosadas del empíreo, y derraman en la atmósfera, con las perlas cristalinas del rocío, todos los perfumes de la primavera y esas áuras de vida que nos traen los ecos y los aromas de nuestras siempre floridas montañas. ¡Oh! qué alegre, qué encantador amanecer aquel,

entre las salvas de los improvisados morteretes y el bullicioso y regocijado repique de campanas de la iglesia Catedral. La población entera se precipita en ondas apiñadas a las calles de la festiva ciudad, que aparece convertida en inmenso y magnífico templo. Aspírase en todas partes el perfume de la albahaca y la retama, cuyas verdes hojas y doradas flores tapizan graciosamente el suelo. De trecho en trecho levántanse improvisados y magníficos altares, adornados cada cual con un *Misterio,* esto es, la representación, por medio de estatuas o cuadros, de los pasajes más hermosos del antiguo y nuevo Testamento. Aquí es el *Maná* que en menuda lluvia desciende de los cielos; más allá Santón que saborea el panal de miel labrado en las desquijaradas fauces del león: emblemas todos de la Sagrada Eucaristía. La alegre y piadosa multitud contempla arrebatada esos grandiosos símbolos del más dulce y encantador de nuestros dogmas, y aprende de una ojeada lo que no bastarían a explicar muchos y doctos libros. De esta manera, los *altares* de Corpus son páginas sueltas de esa obra monumental y sencilla que podíamos llamar la *Biblia de los pobres,* valiéndonos de la expresiva frase, con que un célebre escritor ha llamado las vidrieras pintadas de las catedrales góticas. ¡Admirables invenciones de la piedad española!; por medio de ellas es como se ha arraigado tan tenazmente la fe santa en América, que se ha hecho superior a todos los embates de la impiedad y la revolución.

Estos hermosos altares, en los que descansa la Majestad divina, durante la gran procesión del mediodía, son cuidadosamente preparados, cada uno, por uno de los gremios de artesanos de la ciudad, y son por lo mismo el *homenaje social* que la *clase obrera* de Cuenca tributa anualmente a N. Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

A las diez de la mañana, celébrase en la iglesia episcopal la solemnísima fiesta de este día, y luego la gran procesión del Corpus recorre la ciudad, llevando triunfalmente al soberano Señor del universo, entre el cortejo espléndido que forman todas las autoridades eclesiás-

ticas y civiles de la Provincia, el Seminario y las corporaciones religiosas, los niños de las escuelas y un innumerable concurso de pueblo.

Terminada la fiesta, principia la adoración del augusto Sacramento que, por nueve días continuos, permanece expuesto a los más espléndidos y solemnes homenajes. Entonces Jesús es verdaderamente un Rey que, asentado en su trono de amor y majestad, recibe el humilde vasallaje que le rinden, uno tras otro, todos los poderes y clases principales de nuestra sociedad. Nómbranse para ello anualmente, bajo el significativo nombre de *Diputados*, a dos o más ilustres representantes de las clases antedichas, quienes, en el día que les está señalado, costean las erogaciones del culto, y tributan a nuestro Dios Sacramentado los más tiernos y entusiastas homenajes, conforme a las inspiraciones de su piedad y celo. Hemos visto, por ejemplo, en algunos años, al nobilísimo Cuerpo de abogados de la Provincia, hacer por turno la adoración de la Hostia Santa, durante todo el día que le está señalado.

El orden en que los diferentes Poderes públicos y Clases sociales de Cuenca tributan al Santísimo Sacramento estos grandiosos homenajes, es el siguiente: El *Jueves* de Corpus, es honrada la Majestad divina, por una familia respetable que, desde hace largo tiempo, ha tomado a cargo suyo esta laudabilísima empresa. El *Viernes*, lo es por el *Muy Ilustre Concejo Cantonal de Cuenca*, que todos los años registra, en su presupuesto, la suma que debe invertirse en gasto tan edificante como piadoso. El *Sábado*, por el Rvdmo. *Prelado* de la diócesis. El *Domingo*, por el *Clero*. El *Lunes*, por las *Matronas* más distinguidas de la ciudad. El *Martes*, por los *Comerciantes*. El *Miércoles*, por los *Agricultores* y *Propietarios*. El *Jueves*, por las Corporaciones unidas de *Abogados* y *Médicos* de la Provincia. El *Viernes del Sagrado Corazón*, con cuya suntuosa fiesta se clausura esta ininterrumpida solemnidad, es finalmente honrada la Hostia Sacrosanta, por los *Niños* y *Niñas* de las familias principales del lugar.

Hermosos y variados son los homenajes que durante este piadosísimo novenario, recibe la Majestad Sacramentada de parte de su pueblo fiel. La adoración reparadora continuamente renovada, el augusto Sacrificio de la Misa celebrado con pompa y solemnidad singulares, las vísperas de la hermosa octava, cantadas entre torrentes de suave armonía, y la procesión cotidiana, en que es paseado en triunfo el Señor de los ejércitos, por entre una apiñada multitud reverentemente hincada de rodillas: todo esto forma un espectáculo que conmueve hasta el fondo de las entrañas al espíritu más frío e indiferente. Refiérese que una piadosa extranjera lloraba una vez en tales circunstancias, exclamando: "¡Jamás hubiera creído, si no lo viera, que en el Ecuador se honrara en tan alto grado el más santo de nuestros Misteros, tan indignamente olvidados en otras partes!" La suntuosidad de la fiesta es realzada por el grande y escogido concurso que asiste a tales solemnidades; pues, mientras las naves laterales del templo están repletas de Señoras y de toda clase de gentes del pueblo piadoso, la del centro rebosa con la lucida asistencia de los empleados del Gobierno, las Corporaciones e innumerables caballeros de la más alta jerarquía social, en traje todos de rigurosa etiqueta. Aquello es verdaderamente algo como una solemne audiencia que el Señor de la gloria tributa a los grandes de su corte, y un besamanos del dulcísimo Rey del tabernáculo.

Entre los varios edificantes homenajes que Jesús recibe en aquelos días, de parte de su pueblo, es digno de especial mención el anhelo vivo, la santa avidęz con que aquel escogidísimo concurso recibe tarde y mañana el pan de la divina palabra, esa otra comunión en que no menos que en la mesa eucarística se nutre el alma con el celestial manjar de la verdad y la gracia. De catorce a diez y seis sermones se pronuncian entonces en la cátedra sagrada, en los que se exponen la teología del misterio admirable y todas las grandes verdades con él relacionadas, desde las místicas finezas del amor divino, hasta los más grandes problemas históricos y sociales que encuentran explicación a los dulces fulgores de la Hostia santa. ¡Qué oportunidad tan hermosa la que en

tal circunstancia se ofrece al clero cuencano de predicar una misión verdaderamente eucarística y sembrar hondamente la piedad y la fe en las clases más notables e influyentes de nuestra sociedad! (1).

III

A este culto magnífico y excepcional que Cuenca tributa anualmente a la divina Majestad sacramentada, hemos llamado un *Pacto,* por ser un compromiso estable, tradicional, solemne que, en virtud de una costumbre jamás interrumpida, obliga en cierto modo a esta católica ciudad a honrar con la memorada fiesta al Santísimo Sacramento. Tratar de suprimirla sería tanto como querer arrancar el corazón de este pueblo piadoso, que se complace en llamar a aquella: *su Fiesta,* su deseada, inolvidable y querida fiesta. Dios N. Señor ha aceptado por su parte, con singular complacencia, este homenaje espontáneo y generoso de una población tan magnánima y creyente. Aliéntannos a suponerlo así las especiales y numerosas *bendiciones eucarísticas* que como fecunda lluvia han descendido sobre toda la provincia del Azuay; las que por ahora nos limitaremos a enunciarlas solamente, dejando para otro artículo el hablar de ellas con la debida extensión.

La primera de estas bendiciones es el *don de la Fe,* profundísimamente arraigado en todas las clases sociales, en virtud del cual los perniciosos errores modernos y las perversas sectas del Espiritismo y la Francmasonería jamás han podido sentar sus reales en este suelo sinceramente católico. El soplo de la indignación divina, como huracán impetuoso, barre constantemente de nuestra atmósfera social, y los lanza allá a lejanas playas a todos los apóstoles de la impiedad y la revolución, que surgen por acaso, de tiempo en tiempo, en medio mismo de nuestras poblaciones. Finísimo diamante de esta jo-

(1) La autoridad eclesiástica ha dictado prudentes disposiciones, para impedir los abusos que una piedad falsa o indiscreta ha introducido a veces en esta materia.

ya y don tan preciosos es la fe viva, ardiente, amorosa que todo nuestro pueblo profesa al Santísimo Sacramento. La presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía es el dogma, por decirlo así, más profundamente conocido, más universalmente amado por la ciudad de Cuenca.

La *abundancia inexhausta de vocaciones sacerdotales y religiosas,* es otra bendición eucarística. Mientras en las demás diócesis de la República escasean aquellas más y más, en la nuestra surgen siempre con una exuberancia envidiable. De aquí los numerosos adeptos con que cuentan entre nosotros todas las Ordenes y Congregaciones religiosas; de aquí esas bandadas heroicas de jóvenes que como nubes de ángeles levantan su vuelo de entre las zarzas y espinas de este mundo, y van a acrecentar constantemente el coro de las vírgenes que forman la corte escogida del Cordero inmaculado.

Al mismo principio debemos atribuir la *multiplicación* continua en Cuenca de las *obras* e *instituciones de caridad,* que no tienen otro alimento que la savia eucarística de la inmolación y el sacrificio; y el *progresivo desarrollo* de la *instrucción,* hasta en las clases más ínfimas del pueblo, pues, la verdad es uno de los dones más propios del Tabernáculo. Y pasando por alto otras gracias no menos fecundas y excelentes, ¿cómo desconocer que el *genio artístico,* que a manera de oculto manantial bulle constantemente en nuestra clase obrera, y que nos ha enriquecido con los nombres de un Sangurima y un Vélez, procede del mismo origen, esto es, del culto que esa benéfica clase tributa especialmente a la preciosa Sangre?

Cumpla fielmente esta ciudad católica el *Pacto* sagrado que tiene contraído con el Altísimo, y obtendrá en recompensa la predilección amorosa de nuestro Redentor que le prepara, sin duda, destinos grandiosos para el porvenir, pues, es promesa suya que no puede faltar: "quicumque glorificaverit me, glorificabo eum: qui autem contemmunt me, erunt ignobiles". (1. Reg. 2. 80.). ¿Ni qué gloria mayor para Cuenca, que ser una ciudad eu-

carística, escabel y trono de la Hostia Sacrosanta, de la excelsa dominadora de todo el universo?

Pero ¡ay! de aquella, si algún día llega a romper con temeridad sacrílega el Pacto divino con que está ligada; en ese mismo momento Satanás se desposará con la ciudad pérfida, y hará de ella asiento del error y la maldad. Cesará de ser un "centro eucarístico", para convertirse en un "centro francmasónico". Lo hemos visto: apenas ha disminuído el culto de la divina Eucaristía, cuando se han sentido terribles sacudimientos en el recinto del Santuario, y la prensa impía ha vibrado orgullosa su maldita lengua de serpiente. Ocupe Jesús Sacramentado el trono de Rey que de derecho le corresponde en nuestro pueblo, y se afirmará en él perpetuamente el imperio del orden, de la verdad y del amor.

EL REINADO EUCARISTICO... Tomo I; año I: 1, 20 (VII. 1891), págs. 3-15.

REVISTA DE LOS INTERESES EUCARISTICOS

¡Guerra a Dios! es el grito satánico de la Revolución que, desde hace un siglo, trabaja con tenacidad impía e infernal astucia en borrar de los pueblos todo vestigio de influencia divina, toda idea de un orden sobrenatural. Mas, por esta misma causa los verdaderos católicos empéñanse hoy singularmente en levantar, muy alto, el trono de amor de nuestro Dios Sacramentado. El culto de la Sagrada Eucaristía es, en los tiempos en que vivimos, la señal más segura e inequívoca de las ovejas fieles del rebaño de Cristo. El verdadero católico es el que no solamente acata todas las enseñanzas de la Iglesia, sino las practica además, y se confiesta y comulga, y adora al Santísimo Sacramento y asiste devota y constantemente a la santa Misa. De aquí una nueva faz del imperio de Cristo en las naciones, que es lo que con tanta propiedad se llama el Reinado Eucarístico de Nuestro Señor: imperio que se ejerce en una órbita suya exclusiva de acción, y reino que tiene sus especies y propios *intereses*. Hay actualmente en el mundo católico muchas personas, muchas obras, muchas publicaciones destinadas únicamente a sostener los intereses eucarísticos, en las naciones. En la presente revista trataremos, pues, de dar a conocer algo a nuestros lectores de este nuevo y grandioso movimiento de la vida íntima de la Iglesia. Por hoy nos limitamos a dar una breve noticia de algunas obras y publicaciones más notables en este género.

El Museo Eucarístico de Paray—le—Monial.— En la ciudad privilegiada de las revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a la B. Margarita María, existe esta obra singular, llevado a efecto por los esfuerzos y la generosidad de un grande e ilustre caballero católico, el Señor Barón Alejo de Sarachaga. Contiene el *Museo* una colección riquísima y completa de cuantos objetos se han podido conseguir, antiguos o modernos, relativos al culto de la Sagrada Eucaristía. Todas las maravillas del arte cristiano, acumuladas en la serie de los siglos, originales o reproducidas en exactas copias, ostentan allí la concepción creadora del genio realzada por los encantos de la piedad: cuadros, esculturas, cálices, copones,

relicarios, tapices, adornos arquitectónicos, &. &., se presentan a una a dar testimonio irrecusable del reino universal y perpetuo de la Hostia Sacrosanta de nuestros altares. Adjunta al Museo, se levanta la gran *Biblioteca Eucarística,* en formación todavía, y que ofrecerá a los lectores ilustrados "un catálogo completo de obras sobre la Eucaristía y el Sagrado Corazón, concebido con orden y abrazando toda la extensión de la materia; todo lo que proporcionará datos preciosos a los teólogos, a los historiadores, a los liturgistas, a los canonistas, a los literatos y a los artistas, sobre cuanto concierne al augusto Sacramento". Los numerosos peregrinos que constantemente acuden a Paray, después de los santuarios y lugares consagrados por las célebres revelaciones, visitan con particular agrado y edificación las hermosas galerías del gran Museo eucarístico.

El Instituo de los Fastos del Sagrado Corazón.— Las inestimables riquezas de la ciencia y el arte acumuladas en la Biblioteca y el Museo eucarísticos de Paray, han sido magníficamente utilizadas, por la sabia y benemérita Sociedad de "los Fastos eucarísticos", establecida en aquella ciudad renombrada: esta asociación se ha difundido no solamente en Francia, sino también en Italia, España y Bélgica. Nos complacemos en confesar que la presente revista religiosa debe en mucho su existencia a las repetidas insinuaciones, y los poderosos estímulos que, para publicarla, hemos recibido de aquella ilustre Sociedad; por lo mismo, aunque humilde, *"El Reinado Eucarístico del Sagrado Corazón"* aunará sus esfuerzos si débiles y escasos no menos entusiastas, a los poderosos del Instituto de los Fastos, para extender siquiera un palmo más en la tierra, el imperio del Cordero dominador de las naciones.— Los profundos y eruditos estudios que aquella asociación ha hecho en la materia, se publicaron primeramente en "Le Régne de Jesús — Chirst", afamadísima revista ilustrada, que contiene un riquísimo arsenal de datos e indicaciones preciosas para la restauración del reino de Cristo—Hostia en los pueblos. Como continuación de la publicación anterior, sale ahora a luz, la titulada "L' Institut des Fastes du Sacré-Coeur"; en su primer número se expresa claramente

cuál es *el fin de esta Revista:* —"El primer ciclo de la obra del Reino ha sentado en el campo del hecho y del derecho, el dogma fundamental de: *la supremacía social, nacional y de estado de Cristo Hostia y Rey*. El segundo ciclo viene a formular el modo y la expresión de este dogma civil, de importancia capital para el buen orden de las cosas; sobre el cual ha florecido como brote del árbol bendito del Sagrado Corazón: la *Cristiandad*". En los números siguientes de este periódico haremos saborear a nuestros lectores varios de los más notables artículos de las dos memoradas revistas.

OTRAS PUBLICACIONES EUCARISTICAS.— La falta de espacio nos obliga a terminar aquí; pero no sin indicar antes que entre las hermosas y múltiples publicaciones ya eventuales, ya periódicas que se hacen en Europa, para propagar el amor y culto del Santísimo Sacramento, merecen especial mención las dos siguientes: —"Le Trés Saint Sacrament.— Etudes sur l' Eucharistie— Revue des Oevres cucharistiques". Esta hermosa revista se publica en París, por los Padres de la Sociedad del Santísimo Sacramento; y contiene preciosos y extensos artículos relativos, ya a la teología, ya a la liturgia, ya a la devoción del Misterio adorable. "El Centro Eucarístico", *revista mensual religiosa, y órgano oficial de la Asociación del mismo nombre*, se edita en Madrid; y además de muchas y muy variadas noticias sobre el culto del divino Sacramento, en España, ofrece estudios interesantes sobre la misma materia.— J. M.

EL REINADO EUCARISTICO..., Tomo I, Año I: I (20.VII.1891), págs. 63-65.

LOS PACTOS EUCARISTICOS

I

Uno de los títulos más gloriosos del Mesías, y bajo el cual fue constantemente anunciado antes de su venida por los patriarcas y profetas, es el de Rey, todas las naciones de la tierra le están prometidas en herencia, y háse decretado que todos los monarcas le han de rendir humilde vasallaje. Ahora bien, Nuestro Señor Jesucristo aunque desde su ascensión gloriosa está sentado a la diestra del Padre en los cielos, por el misterio adorable de la sagrada Eucaristía reside también real y verdaderamente en la tierra. No habiendo durado sino treinta y tres años de los días preciosísimos de su existencia mortal, en los cuales fue contemplado únicamente de la nación judía, el resto de las naciones, hasta el fin de los siglos, deben reconocer a su Rey adorable al través de las espesas sombras del Sacramento. Es por lo mismo en el Tabernáculo donde se realizan para las naciones y gentes las profecías y figuras del Antiguo Testamento, igualmente que las promesas del Nuevo: en ese misterio es Jesús maná para los pueblos, fuente cristalina en los desiertos de este mundo, Pontífice eterno, Legislador inmortal, Rey de reyes y Señor de señores. Desde el recinto del santuario Jesús rige al mundo, y traza el rumbo que le place al impetuoso curso de la historia.

Esta verdad fue francamente profesada por los príncipes y los pueblos, desde el origen del cristianismo. Obra hermosísima y monumental sería aquella en que se compilaran los anales eucarísticos de todas las naciones, y se trazara un cuadro completo del Reinado de Jesús—Hostia sobre la faz de la tierra, desde los albores del Cenáculo hasta la hora presente. Veríamos entonces los destinos de la humanidad entera agrupados en torno de la Hostia sacrosanta; y correspondiendo siempre a todo aumento de fe, amor y culto a la sagrada Eucaristía, un acrecentamiento proporcional de prosperidad y gloria en las naciones; así como igualmente la devastación y la ruina por consecuencia necesaria de la abominación de la desolación sentada en el lugar santo. El principio

de toda revolución política lo encontraríamos siempre en una revolución religiosa; y las persecuciones y males de la Iglesia por castigo inevitable del apagamiento de la fe y la tibieza en el amor ilimitado que debemos al Dios de nuestros altares.

Pero los pueblos no han entrado de lleno y de una vez en los dominios de este inefable Reinado: hechos inesperados y providenciales los han impelido a contraer solemnes compromisos con la Hostia divina, ya para libertarse de un inminente peligro, ya en reconocimiento de haber alcanzado de su infinita munificencia alguna gracia, constante y fervorosamente solicitada. Así se han formado esos hermosos *Pactos* que bien podemos llamar *eucarísticos*, por estar firmados entre el Dios del Sacramento, de una parte, y los príncipes y pueblos, por la otra: Pactos que consisten en la promesa perpetua y solemne de rendir a nuestro divino Rey inmolado algún homenaje especial de amor y adoración, y que Jesús recompensa con abundancia de fecundas y celestiales bendiciones. ¿Por qué aquella nación, al parecer tan desfavorecida de la naturaleza, crece tan admirablemente en civilización, y alcanza los ápices sumos del progreso; mientras aquella otra, tan bien dotada de ilustración y riquezas, ignoblemente degenera y muere? ¿Por qué en un mismo país algunas ciudades logran magnífico y sorprendente desarrollo, y otras desgraciadas desfallecen y se agostan como víctimas de inexorable maldición? Las ciencias políticas y la historia son impotentes para descifrar estos arcanos; pero la fe lo explica todo. Los pueblos y naciones fieles arrancan las bendiciones del Señor; los apóstatas y perjuros, los que olvidan temerariamente sus sagrados compromisos, se labran a sí propios la ignominia, la degradación y el suplicio.

Las naciones como los individuos tienen su *vocación particular*, que es el llamamiento que les hace Dios para que realicen en este mundo, alguna obra determinada de su gloria. Pero la elección divina no disminuye un punto de libertad humana; de modo que a pesar de aquella, queda un pueblo dueño siempre de sus destinos, y puede a su arbitrio corresponder o no a la gracia de su

vocación. Si escucha la voz de Dios, alcanza en premio magníficas recompensas; si las desoye, y frustra por culpa suya los adorables designios de la Providencia, es suscitado en su lugar otro pueblo fiel; y el impío apóstata es condenado al oprobio, la miseria y la muerte. He aquí como las enseñanzas de la fe son la más segura base de la filosofía de la historia.

II

El Reinado de Cristo en las naciones abraza dos épocas distintas: la de su *preparación* y la de su *cumplimiento*. En la primera, limita aquel Reinado adorable, sus conquistas al campo de la conciencia individual. Por tres siglos permaneció oculta la Iglesia en el seno ignorado de las Catacumbas; durante este tiempo contentábase con dilatar las profundas raíces de la fe, del oriente al occidente, pero sólo en las masas populares. Ilustres y magníficas conquistas se hicieron aún entonces; el Doctor de las Gentes convierte al Procónsul Sergio Paulo, y el Príncipe de los Apóstoles celebra los augustos misterios en casa del Senador Púdens: las Flavias Domitilas y los Apolonios nos demuestran que desde los tiempos apostólicos fue anunciada la fe a los grandes y los plebeyos, a los príncipes y los esclavos. Pero todas estas victorias eran solamente individuales; el Imperio romano no abrazó propiamente el Cristianismo sino con la conversión de Constantino; este fue el grande y definitivo triunfo de la Cruz; triunfo *social* y magnífico que dio por resultado la ruina del paganismo en las instituciones y las leyes, y abrió en la historia la era cristiana, es decir la era de la verdadera y legítima civilización.

El reinado social del Cristianismo en el mundo principió por la solemne alianza celebrada entre el Cordero dominador de las naciones y el vencedor de Magencio. La aparición maravillosa de la Cruz a Constantino, seguida de la exaltación de este signo sacrosanto en el *Labarum,* y las magníficas victorias alcanzadas por la protección divina sobre los enemigos de nuestra santa fe, constituyen el primer *Pacto eucarístico* celebrado entre Dios y las naciones. Decimos con toda verdad un *Pacto,* por-

que aquel acontecimiento prodigioso encierra una mutua promesa: la de Cristo, significada en aquellas hermosas palabras: *In hoc signo vinces:* la de Constantino, en el propósito de abrazar la religión cristiana y entronizarla sobre todo el imperio romano, si el cielo le concedía la victoria. Denominamos eucarístico aquel sagrado compromiso, porque la Cruz revelada al hijo de Santa Elena era solamente un signo del divino Crucificado, de la Hostia adorable del Calvario y el Cenáculo. Así es que pronto fue reemplazada en el Labarum la Cruz por el *Crisma* (1) acompañado de un pámpano de vid, para que se conociera más claramente lo que aquellas letras representaban. De este modo la Víctima incruenta de nuestros altares fue reconocida como la Reina del mundo, y su imperio social sobre el orbe fue acatado por los Césares y las orgullosas Legiones romanas, desde el día mismo en que la Religión cristiana ascendió triunfalmente al Capitolio entre las ruinas de los ídolos. En cambio, fue concedida al piadoso y magnánimo Constantino la gloria singularísima de fundar un nuevo imperio y construir una otra Roma que, en medio de la catástrofe universal producida por la invasión de los Bárbaros, permaneció incólume y de pie, hasta que voluntariamente se precipitó en la vorágine del cisma.

Este magnífico Pacto fue solemnemente ratificado por todos los Emperadores Católicos, en especial por aquellos que más renombre han alcanzado en la historia por sus grandes hechos. Teodosio logra la más ardua de sus victorias, al grito fervorosamente repetido de: "¿Dónde está el Dios de Teodosio?" Justiniano eleva un grandioso templo a la Sabiduría eterna, y es el más afamado

---

(1) Monograma del Nombre sacratísimo de Jesús, usado desde los tiempos primitivos de la Iglesia.— "No tenemos, al menos que yo sepa, **fac-simile** auténtico del Labarum de Constantino; pero tenemos uno del Labarum de Teodosio, según un fragmento conservado en el museo de Este. Para declarar mejor la significación eucarística del Crisma, el monograma está cercado de un pámpano de vid, como se puede ver en los utensilios eucarísticos de las catacumbas". Cita tomada del tomo 4º, página 240 de la hermosa Revista Eucarística de Paray-le-Monial, **Le Régne de Jésus-Christ**.

de los Legisladores cristianos. Heraclio es al mismo tiempo el triunfador glorioso de los persas, y el que sobre sus hombros imperiales tuvo la incomparable dicha de exaltar la santa Cruz, colocándola de nuevo en el Gólgota.

A la caída del imperio de Occidente surgieron de entre sus ruinas las nuevas y poderosas nacionalidades que, desde hace catorce siglos, ocupan tan gloriosamente el suelo privilegiado de Europa. Al sacudir el yugo ominoso de sus errores, y entrar en el gremio de la verdadera Iglesia, cada uno de esos pueblos caballerosos y varoniles rendía humilde vasallaje a Cristo, reconociéndole como al único y soberano Señor de todas las naciones; muchos de ellos celebraron entonces solemne y perpetua alianza con Jesús Sacramentado, estableciendo en honra de este augusto misterio algún público y especial homenaje, que bien pronto llegaba a adquirir el carácter de un voto social o de un Pacto. Citemos algunos ejemplos.

Pocos países del antiguo continente han sido tan favorecidos de la gloria como España; pero entre sus títulos de nobleza ninguno más envidiable que haber sido elegido por el cielo para ser el campeón más denodado del Reinado Eucarístico de Jesús. Ante ella retrocedieron las cenagosas ondas del protestantismo, que devastó a Europa destruyendo en todas partes los altares y templos del Dios vivo. Ella arrancó del océano un mundo nuevo, e hizo de él un magnífico presente a nuestro divino Rey sacramentado. En cambio, ninguna monarquía europea se había preparado tan bien como España a esta misión en alto grado sacerdotal y católica. Las instituciones políticas de la península estaban basadas en el reconocimiento tradicional y público de la soberanía social de la Hostia santa. "En virtud de una cláusula primitiva de los reinos ibéricos, en el pacto firmado por el rey D. Ramiro en Lugo, dicen los unos; en Clavijo, después de la aparición de Santiago, cerca de Nájera, el año 834, dicen los otros: cuando el Santísimo Sacramento va a pasar delante de un cuerpo de ejército en marcha, ese cuerpo debe alinearse en orden de batalla, y des-

prender del centro de la línea el pabellón real; el que se ha de bajar hasta la tierra, en señal de homenaje, para que el sacerdote que lleva el Santísimo Sacramento pase sobre el pabellón. En la fiesta de Corpus, este homenaje debía tener lugar en toda España... En nuestros días se verifica aún todos los años solemnemente en Barcelona. También la circular de la *dirección de infantería de 1828,* ordena que este homenaje se ha de rendir por todas las banderas de los regimientos que han de estar rodilla en tierra. Se exceptúa la bandera del regimiento de Lugo, porque es la única de España que tiene bordada en su fondo la efigie del Santísimo Sacramento". Más todavía: la soberanía social de Cristo debía ser solemnemente acatada no sólo por la enseña de la monarquía española, sino por el Rey en persona, y por todos los grandes y nobles. En el código más célebre de esa nación, en las *Siete Partidas* de Alfonso el Sabio, se prescribe que todo Rey, príncipe o funcionario público de España se descubra en todo tiempo y se arrodille en todo lugar, *si es necesario en el lodo,* al paso del Santísimo Sacramento. Esta ley fue renovada por el Rey don Juan Iº en Bribiesca, y por Isabel la Católica, en la ordenanza de Montalvo; y se halla aún en vigor por estar contenida en la *Novísima Recopilación* (1). Cuando aquella misma reina tan grande como piadosa, y su ilustre consorte lograron conquistar a Granada, hicieron homenaje de aquella hermosa ciudad al Soberano Señor de todas las victorias. Con tal intento celebróse por primera vez, en la antigua capital de los Moros, la fiesta de Corpus con una pompa y magnificencia excepcionales; y desde entonces hasta hoy se ha perpetuado este culto. "Conforme a las prescripciones de los Reyes Católicos, la Municipalidad de Granada decora todos los años suntuosamente, durante la Octava de *Corpus,* la plaza de Bib-Rambla, en el centro de la cual eleva un espléndido santuario en honor del Santísimo Sacramento. En otro tiempo adornaba muchas otras plazas y lugares públicos, con ingeniosas alegorías eucarísticas, sobre las que se ponían inscripciones de la santa Escritura y fervorosas poe-

(1) Le Régne de Jésús-Chris.— Tomo 3. pág. 63.

sías. En la procesión toman aún parte, además del Prelado, el Capítulo metropolitano, el Concejo Municipal, y la Capilla real, todo el Clero de las parroquias de Granada, y los de la llanura y la montaña con sus cruces parroquiales" (1). Esta fe tan viva en el Sacramento del amor, este reconocimiento tan explícito de la soberanía social de Jesucristo, valieron a España aquel poderío formidable en tiempos de Carlos V y Felipe II; cuando esa fe languideció y se echaron al olvido los compromisos sagrados con el Dios del Tabernáculo, el león de Iberia dejó que se le escapara el cetro de dos mundos, y lloró pisoteada su corona por el fiero y orgulloso conquistador de este siglo.

En todas las naciones de Europa hallamos, como en España, por cimiento y base de sus grandezas algún homenaje social público y perpetuo a la Hostia dominadora de los pueblos. No es tampoco raro ver actos semejantes de piedad en el origen de las más grandes y célebres dinastías. El joven conde Rodolfo de Ausburgo cede una ocasión su caballo a un anciano sacerdote que llevaba a pie y fatigosamente el santo Viático, por los ásperos senderos de una pobre aldea; no había pasado mucho de esto, cuando el conde era elevado al trono de Alemania, hacía hereditaria en su casa la dignidad imperial, y aseguraba para siempre la grandeza y los destinos de Austria. "La familia imperial de Austria, dice el Barón de Sarachaga, ha reconocido siempre que el imperio ha sido la recompensa de este homenaje tributado al Santísimo Sacramento". Este hecho ha sido inmortalizado en admirables cuadros por Rubens, y otros genios en el arte.

Permítasenos aquí citar un hecho análogo referido por el Ilmo. Señor Torres, que fue capellán de Bolívar, como antecedente y quizás causa, en los ocultos designios de Dios, de la hazaña más ilustre de Sucre, y del más espléndido triunfo en la larga y encarnizada guerra de la independencia de Sud-América. Hacia el término

(1) Gras y Granollers.— El Pacto de Cristo con España.

de la campaña del Perú, salió Sucre un día acompañado de unos pocos valientes de su ejército a reconocer las posiciones enemigas, cuando fue acosado de cerca y repentinamente por un cuerpo de caballería realista. Retrocedía el general a todo galope con los suyos, cuando encontró al paso a un sacerdote que llevaba el Santísimo Sacramento; apeóse entonces de su caballo, y con una asombrosa intrepidez adoró de rodillas a la Hostia santa, y no subió a su cabalgadura, sino cuando se hubo alejado convenientemente el sacerdote. Poco después el héroe de Pichincha alcanzaba la victoria de Ayacucho, en que fue sellada para siempre la independencia americana.

Ni es cosa singular que atribuyamos a la protección del Santísimo Sacramento el éxito feliz de una batalla; pues, uno de los títulos que más frecuentemente da la Escritura a nuestro Señor Jesucristo, es el de *Dios de las victorias y Señor de los ejércitos*. Hermoso sobremanera es, entre otros hechos que pudiéramos aducir para comprobar esta verdad, el de Simón de Montfort, el héroe de la cruzada contra los Albigenses. En el último de sus triunfos en que al laurel perecedero de la tierra unió la eterna palma de los cielos, viendo atacado ya su campamento por los herejes, mientras asistía al sacrificio adorable de la Misa, a pesar de la inminencia del peligro no quiso absolutamente entrar en combate, antes de haber adorado a la Hostia santa; pero cuando hubo cumplido su deseo, y pasó el momento solemne de la elevación levantóse magnánimo y denodado como nunca, desbarató por completo a sus enemigos, y logró al mismo tiempo la más gloriosa de las victorias y la más dichosa de las muertes.

En la creencia vivísima y arraigada en esta verdad, fundábase una de las costumbres más célebres de la Edad Media, con que se honraba al Sacramento augusto de nuestros altares: el uso de las *carrozas eucarísticas de batalla*. "En todo tiempo, dice un ilustrado autor (1),

(1) El Sr. Canónigo Chabau.— I. e Régne de J.C.— tom. 4.

se han empleado *carros o carrozas* especialmente dedicados al servicio del Santísimo Sacramento. Los carros de batalla eucarísticos, bajo los emperadores Constantino, Constancio y Justiniano, desempeñaron un gran papel en sus victorias, al decir de Sozomeno, Teodoreto y Baronio... En Francia (según el P. Daniel), bajo los reyes de la primera y segunda dinastía, el pabellón sagrado se fijaba en el carro que llevaba la Eucaristía con las reliquias de Santos, el cual tenía un mástil muy alto en el que flotaba el gran estandarte. En Italia se emplearon carros eucarísticos durante todas las campañas de la Edad Media; eran aquellos el *palacio público que iba a la guerra*. La justicia se administraba en el lugar donde se detenía el carro: allí se tenían los consejos de guerra. Terminada ésta, transportábase el carro a una de las iglesias principales, donde servía para la procesión de Corpus-Christi. Sólo después de la invención de la pólvora de cañón, los emperadores y los reyes sustituyeron al carro el altar portátil. El carro eucarístico primitivo contenía una silla o trono, desde el cual el emperador mandaba en nombre de Cristo-Hostia guardado bajo el *Labarum*. El emperador conducía este carro a los campos de batalla para sostener a las tropas por la presencia real del Dios de los combates, como en otro tiempo los reyes y jueces de Israel hacían conducir el *Arca de la alianza* en medio de los ejércitos en marcha. Más tarde, en las ocasiones en que los reyes francos, godos o sajones presidían a una acción de guerra, colocábase la sede real en el carro de batalla que llevaba el gran estandarte con la Eucaristía. Era el carro de honor del reino, que servía para los triunfos del soberano. Apoderarse del carro real en una batalla era alcanzar la victoria; perderlo era una derrota y el colmo del deshonor".

III

Los pocos hechos referidos bastan para demostrar que todo el orden social cristiano descansa sobre uno de aquellos solemnes compromisos con la Hostia divina, que hemos llamado *Pactos eucarísticos*. Ahora es un rey, ahora una dinastía, ahora un pueblo en masa, ahora un ejército o cualquiera otra clase de sociedad, que

celebra con el Tabernáculo del Dios vivo una de aquellas alianzas inmortales que al andar de los tiempos cobra cada vez más importancia y fuerza, y viene a constituir el verdadero *Pacto social* del cual arrancan los destinos de naciones enteras. La Europa cristiana, árbitra por hoy del mundo, y dueño privilegiado de los tesoros de la civilización, debe sus grandezas a aquellos Pactos sagrados; así como de su quebrantamiento y olvido se han originado esos males terribles que tan dolorosamente aquejan al siglo en que vivimos. Viéndose ricos y poderosos se han enorgullecido los pueblos; y he aquí por qué tratan de sacudir el yugo de Dios, cuyas gracias desconocen y niegan, no reconociéndose deudores a nadie, sino solamente a sí propios de los dones que han recibido del cielo.

Estos escándalos de una civilización degenerada y corrompida han cundido desgraciadamente por todo el mundo, y han contagiado hasta a la América, hasta al *Mundo Nuevo,* como por excelencia se le llama. Pero los corazones rectos y los entendimientos ilustrados desechan las quimeras engañosas del error, y buscan la verdad en su fuente, esto es, en Dios. Los únicos políticos que trabajan provechosamente para su Patria y siembran para el porvenir son los que, aleccionados por la historia e iluminados por la fe, no construyen en el vacío de fútiles teorías, ni aran en la mar de la revolución, sino que asientan el edificio social sobre la piedra, que es Cristo. Felices los pueblos que pueden señalar un *Pacto Eucarístico* por la primera página de su historia.

EL REINADO EUCARISTICO... Tomo I, Año I: 2 (IX.1891), págs. 66-78.

LA EUCARISTIA Y EL ROSARIO. NUESTRA SEÑORA DE POMPEYA.

En vísperas del *Mes del Rosario*, creemos oportuno hablar de las relaciones que esta hermosísima devoción tiene con el culto de la sagrada Eucaristía, comprobadas singularmente con la maravillosa historia de *Nuestra Señora de Pompeya*.

Así como Nuestro divino Salvador es el camino que nos lleva al Padre, la Santísima Virgen es el camino que nos lleva a Jesús. Yo soy el camino, dice el Señor; nadie viene al Padre, sino por mí. *Ego sum via: nemo venit ad Patrem, nisi per me. (S Joan. XIV. 6)*. Yo soy el camino, nos dice también María: nadie encuentra a mi Hijo, sino por medio de mí. *Invenerunt Puerum cum Maria matre ejus. (S. Math. II. XI.)*. El modo más seguro y eficaz de establecer el Reinado eucarístico y social del Sagrado Corazón de Jesús en las naciones, es propagar en ellas una devoción sólida y fervorosa a la Virgen Inmaculada. El celo de los misioneros y la elocuencia de los predicadores quedarán sin resultado alguno para la causa de Dios, si previamente no recurren a la Virgen incomparable que tiene en su mano todos los tesoros y gracias del Altísimo.

Entre todas las devociones relativas a María, la más popular, la más hermosa, la más completa, la más fácil, y la más fecunda en bendiciones y gracias, es sin duda alguna el Rosario. Un Prelado ilustre y docto no ha vacilado en llamar a esta devoción encantadora *el Sacramento de María*. Pues bien: uno de los frutos más propios de esta santa devoción es un acrecentamiento grande de amor y culto al Santísimo Sacramento: donde está más generalizado el rezo del Rosario, es más frecuentada la Mesa eucarística y tiene más adoradores y amantes el divino Huésped del Tabernáculo. He aquí porque, en la mayor parte de las asociaciones del Sagrado Corazón de Jesús, se hallan graciosamente hermanadas estas dos prácticas preciosas: la adoración al Santísimo Sacramento y el rezo constante del Rosario. El venerable Vianney, cura de Ars, lo juzgaba así: las dos cofra-

días con que implantó y sostuvo la piedad en su parroquia fueron las del Santísimo Sacramento y el Rosario. En Lourdes se hallan también admirablemente unidas estas dos devociones, y Lourdes es precisamente la tierra privilegiada de los portentos eucarísticos y los milagros de María. Otro ejemplo no menos convincente de esta verdad es la hermosa historia de *Nuestra señora de Pompeya*, de la que creemos conveniente dar una breve noticia, por no ser muy conocida entre nosotros.

A las faldas del Vesubio, en la costa encantadora de Nápoles (1) extiéndese una hermosa llanura, donde en otro tiempo se levantaba la célebre ciudad de Pompeya, que arrancada en este siglo del sepulcro de cenizas en que yacía, forma hoy uno de los principales objetos de la admiración y curiosidad de los viajeros en Italia. Fundada al mismo tiempo que *Herculano*, había llegado a ser Pompeya una colonia romana muy floreciente, cuando el año 79 de nuestra era fue repentinamente sepultada bajo una de las erupciones más terribles del Vesubio. Merced a esfuerzos muy pacientes y sabios la ciudad misteriosa se levanta hoy de sus ruinas, casi tan intacta como al tiempo de su desaparecimiento. Ahí está con "sus murallas guarnecidas de cinco puertas y once torres, descubiertas de 1812 a 1814, con sus calles bastante regulares y anchas, sus aceras muy curiosas, sus dos foros espaciosos, sus circos, sus *ludus gladiatorius*, impropiamente llamado *cuartel de los soldados*, sus dos suntuosos teatros, su anfiteatro majestuoso, sus fuentes en cada calle, sus termas, su cementerio, sus nueve templos magníficos, sus casas con grandes patios adornados de estatuas y ricamente decorados con pinturas; todo lo cual hace conocer la importancia de esta ciudad, entregada por lo demás a una vida muelle y sensual, y consagrada a Baco y Venus. Había también en ella un templo dedicado a Isis, y una escuela *isiaca*, donde se ejercitaban los jóvenes de uno y otro sexo, en los más nefandos

(1) La presente noticia es un extracto del artículo extenso publicado en el tomo 5º de "Le Regne de Jesus-Christ' por D. Vicente Ambrosiani, canónigo y arcipreste, bajo el siguiente título: "La Restauration du Regne de J. C. en Italie".

misterios". Parece ha permitido Dios el descubrimiento de esta ciudad pagana, en los presentes tiempos de monstruosa incredulidad, para que advierta el mundo que su portentosa civilización actual la debe toda a las enseñanzas de la fe, y a la dulce y severa moral del cristianismo.

Junto a las ruinas de la ciudad de Venus ha querido, por singular contraste, la Virgen Inmaculada establecer, en pleno siglo XIX, uno de los más brillantes tronos de su gloria, un lugar de peregrinación, y uno como centro de renovación de la devoción hermosísima del Rosario.

Los instrumentos principales de María, en esta obra de gracia y de portentos, han sido dos fervorosos terciarios de la ilustre Orden Dominicana, el ya para en adelante célebre abogado D. Bartolomé Longo, y su esposa la Condesa viuda de Fusco. Disponiendo los dos de una considerable fortuna, viéndose sin hijos, resolvieron consagrar su vida y cuantiosos bienes a toda especie de buenas obras. Entre otros proyectos grandiosos "concibió aquella cristiana pareja la de construir una iglesia monumental en honra de la Virgen del Rosario, en el Valle de Pompeya, fundar en esta iglesia toda clase de obras caritativas, y edificar en torno de ella *una verdadera ciudad esencialmente católica, bajo la acción de Cristo-Hostia y bajo la protección especial de la Virgen del Rosario,* todo con la mira de establecer allí un foco de civilización totalmente cristiana y el centro de una asociación universal del santo Rosario, e inaugurar así la restauración del Reino de Jesucristo en Italia".

Es de advertir para ello, que aquel hermoso valle se encuentra poblado de gentes atrasadísimas en toda instrucción religiosa: "Aflígese el corazón cristiano cuando piensa que después de diez y nueve siglos de luz divina derramada a torrentes sobre el mundo entero, principalmente en Italia, la instrucción religiosa, la piedad cristiana, la civilización católica hayan permanecido letra muerta para una comarca tan próxima de centros en alto grado religiosos como Nápoles, Torre-Anunciata, Castellamare y otros semejantes. "La mayor parte de aquellas po-

bres gentes "ignoran aún los primeros elementos y los más esenciales de nuestra santa religión". El grandioso proyecto concebido por aquellos dos fervorosos cristianos de establecer la piedad verdadera en aquella población degenerada, se ha realizado plenamente, merced a la intervención maravillosa y directa de la Santísima Virgen.

El valle de Pompeya, con motivo de las tierras que posee en él la Señora Condesa de Fusco Longo, había venido a ser el lugar de las partidas de campo para muchos Terciarios dominicanos de Nápoles, que bajo la sabia dirección del finado Padre Radente, sabio y piadoso religioso del Orden de Santo Domingo, santificaban su solaz enseñando el catecismo y el Rosario a los rudos e ignorantes paisanos de los alrededores. Lo cual fue muy pronto seguido de una misión en forma, que produjo los más felices resultados para aquellas pobres almas. Con vista de esto, los Terciarios de Santo Domingo alcanzaron permiso del Obispo de Nola, Monseñor Formisano, para elevar provisionalmente un altar a Nuestra Señora del Rosario, causa primordial de tantos bienes. Pero muy luego mejorando el proyecto, resolvieron que la obra que se había de construir allí, fuese, no solamente un altar, sino un templo monumental y magnífico en honra de la Santísima Virgen; pues, la intervención directa del cielo se había manifestado claramente en este sentido.— He aquí cómo.

En el almacén de un anticuario de Nápoles, *via della Sapienza,* entre otros muchos cuadros viejos, vendíase el año de 1850 una tela de la *Madona del Rosario,* de autor desconocido, muy deteriorada y hasta enmohecida. Este cuadro de concepción original, en el que la Virgen da el Rosario a santa Catalina de Sena en vez de presentarlo a Santo Domingo, mientras que éste lo recibe inmediatamente del Niño Jesús, no carecía de mérito. El Padre Radente que lo había notado bien, no tardó en reconocer sus hermosas cualidades, y habiéndolo comprado por el precio enteramente módico de cuatro francos, adornó con él su pobre y modesta celda de religioso, en el convento de *S. Domenico Maggio-*

re de Nápoles, donde le conservó durante diez años para su particular devoción.

La hora señalada en los impenetrables consejos de la Providencia había sonado ya: María iba a manifestarse; y Satanás que presentía su próxima derrota puso en acción todas las fuerzas del infierno; pero el mismo medio de que él se valió para deshacer la obra de Dios, se volvió contra él y fue la causa de la regeneración de Pompeya. El Gobierno italiano en su odio ciego contra la Iglesia, acababa de suprimir las órdenes religiosas que son las que la propagan y sostienen. Como para hacer más sensible el golpe decretado contra los Dominicos de Nápoles, el demonio inspiró a sus secuaces que arrojaran a aquellos religiosos de su iglesia y convento precisamente en la fiesta del Rosario. En efecto, mientras se cantaban solemnemente las primeras vísperas, en Octubre de 1865, llegó una orden apremiante del Gobierno, para que lo dejaran todo en el espacio de 24 horas. Toda dilación fue implacablemente rehusada; y esos sabios y piadosos religiosos, entre los que se contaban ancianos venerables y muy renombrados en Nápoles, debieron saborear la amarguísima angustia de abandonar repentinamente sus amados claustros y su magnífica iglesia gótica, que es una de las joyas de aquella ciudad.

El R. P. Radente debió también dejar su morada, y será inútil decir que no olvidó su pobre pero edificantísimo cuadro de la *Madona del Rosario,* y como no tenía ya habitación en Nápoles, confió aquel a una religiosa terciaria de su orden, del *Conservatorio de Porta Medina*. Sin embargo habiendo el Doctor Bartolomé Longo, y su consorte la señora Condesa de Fusco, con otras personas, manifestado un ardiente deseo de llevar ese cuadro a Pompeya, para exponerlo a la veneración de los habitantes de esa comarca, que se habían trocado ya en devotos fervorosos de Nuestra Señora del Rosario, el P. Radente consintió gustoso en ello, y la humilde tela fue encaminada a su nuevo destino. Llegado allí el cuadro del Rosario fue retocado con grande estudio por el pintor Señor Galella, y luego se le colocó, con la mayor so-

lemnidad que fue posible, en el único y pobre altar de la antigua y reducida parroquia de San Salvador del Valle de Pompeya.

Desde que esta santa imagen hubo tomado posesión de la *Ciudad de Venus*, no tardó un instante la reina de las vírgenes, María, en hacer sentir su celestial influencia en esa comarca. Arregláronse las costumbres, floreció la piedad, y adquirió gran celebridad y desarrollo la *"Asociación universal del Rosario de Pompeya"*. A consecuencia de esto se resolvió construir una iglesia monumental en aquel sitio señalado por el cielo, a lo que parece, a ser el teatro de los más grandes y singulares favores de la Madre de Dios.

En efecto se refieren muchos y muy grandiosos portentos atribuidos a la piadosísima imagen de que venimos ocupándonos, y que es ya conocida en el mundo con el nombre de *Nuestra Señora de Pompeya;* citemos brevemente algunos de ellos.

Una señorita, Clorinda Lucarelli, de Nápoles, fue instantáneamente curada de una epilepsia el 2 de febrero de 1876. El 13 de marzo del mismo año, la Señora Antonia Luparelli, de Latiano, fue curada de unas palpitaciones morbosas del corazón, y de violentos ataques al cerebro. El 3 de agosto, otra señora, Concetta Vastarella, de Nápoles, fue salvada de una terrible enfermedad de huesos. Pocos días después, el sacerdote Antonio Varone, igualmente de Nápoles, se vio repentinamente libre de un tifus maligno, complicado con una erisipela gangrenosa. Estos y otros admirables portentos han sido cuidadosamente examinados y confirmados por muchos testigos oculares, y con certificados de médicos los más célebres (1).

(1) Dos publicaciones italianas, **la Storia del nascente Santuario de Pompei**, y la revista religiosa mensual intitulada **Il Rosario e la Nuova Pompei**, se han dedicado a compilar todos los favores obtenidos de la Santísima Virgen, en su nuevo Santuario.

Háblase también mucho de varias apariciones de la Santa Virgen, lo que ha acrecentado en gran manera la devoción de los fieles, el número de los asociados de la piadosa cofradía del *Rosario de Pompeya* y las continuas peregrinaciones de que ha venido a constituir un centro el nuevo santuario. La Señora Muti, de Nápoles, aquejada de diferentes enfermedades, había sido ya abandonada por los médicos más notables de aquella ciudad, cuando el 8 de Junio de 1876, habiéndose hecho celadora de la obra de Nuestra Señora de Pompeya, vio a la Santa Virgen, tal como está representada en el cuadro milagroso, y se encontró completamente curada. La Señorita Martini, de una de las más nobles y ricas familias de Oria, en la provincia de Lecce, joven piadosísima, y que era dirigida en su espíritu por el Señor Dal Bono, Superior de los Lazaristas en Oria, vivía desde largo tiempo retirada en una casa de campo, por ver si curaba de unos penosos ataques al corazón que la tornaban a veces como un cadáver. Habiendo hecho celebrar por ella, la familia de esta joven, una novena de oraciones en Pompeya, la noche del último día se encontró la enferma mucho más reagravada de sus males. Pero he aquí, que pasada la noche, hacia la aurora, la habitación de la enferma fue súbitamente inundada de un dulce y celestial resplandor; poco después apareció en medio de él la Santísima Virgen, deslumbrante de gracia y hermosura. Tenía la sagrada cabeza coronada de hojas verdes, entremezcladas con rosas blancas, los cabellos sueltos y ondeantes en torno del cuello virginal; los ojos eran negros, la tez blanca y sonrosada; las manos graciosamente cruzadas sobre el pecho; un rosario de granos de oro de quince decenas, pendía de la mano derecha. Acercándose la Virgen Inmaculada al lecho de la enferma, la dirigió la palabra, y con ternura maternal la dijo: "Marianina, quieres vivir, o prefieres más bien morir?" —"Como Vos queráis", respondió la joven. Entonces continuó María: "Yo soy la Virgen del Rosario de Pompeya. Si quieres curarte debes ir a aquella ciudad, a mi nueva iglesia. Antes de entrar en ella, es preciso que te descalces, y desde cuatro pasos antes de mi altar, te acercarás a mí de rodillas". —"Pero, ¿cómo podré yo hacer esto?, repuso Marianina; iré mejor a la iglesia de Santo Domingo de

Oria". —"No, no, le replicó María; tú irás a visitarme en Pompeya, porque al cabo de doce días todos tus males habrán desaparecido completamente". La promesa de la Virgen misericordiosísima no podía menos de cumplirse a la letra; y así, pocos días después de este suceso, la Señorita Martini enteramente curada fue a la nueva Pompeya a prosternarse con lágrimas en los ojos, al pie del altar de su celestial benefactora.

Estos y otros muchísimos portentos han hecho ya universalmente célebre la hermosa imagen de nuestra Señora de Pompeya; lo cual, al par que las inspiradas Encíclicas del gran Pontífice reinante, ha acrecentado imponderablemente la devoción encantadora del Rosario. Y cierto que el mundo en nuestros días, tanto o más que en los de Santo Domingo, necesita de esta devoción prodigiosa para salir del abismo de incredulidad y molicie, en que precipitadamente va hundiéndose. Las costumbres públicas y privadas de la sociedad moderna han retrocedido a las infamias más vergonzosas del paganismo: Jesucristo, Señor nuestro, es impíamente ultrajado en el foro, el parlamento, la prensa y el teatro, porque es desconocido en el seno mismo de las familias cristianas. Se blasfema del Rendentor, porque se ignoran los misterios adorables de su santísima vida, pasión y muerte, y los de su resurrección gloriosa; por esto es preciso que el rezo fervoroso y continuo del Rosario venga a recordarlos al incrédulo siglo de las luces. Resuenan las calles y las plazas, las ciudades y los campos, el recinto majestuoso de los templos, y el secreto del hogar doméstico con el rezo del Rosario, con esa profesión solemne y pública de los misterios más santos de la Religión; entonces reinará vigorosa la piedad, florecerán generalmente las buenas costumbres, y la fe echará hondas raíces en el corazón de los pueblos. Cuando al despertar del alba recorren por nuestras calles esos magníficos y populares coros que entonan *el Rosario de la aurora*, paréceme que queda como embalsamada la atmósfera, y que legiones de ángeles se ciernen en ella, mientras huyen despavoridas las legiones infernales. La dulcísima devoción del Rosario es la mejor arma para establecer en los pueblos el Reinado eucarístico y social del Sagrado Corazón de Jesús.

Esto nos prueba admirablemente la historia de *Nuestra Señora de Pompeya*. Merced a esta devoción hermosísima, aquella comarca italiana, hasta hace poco tan atrazada en toda cultura intelectual y religiosa, tan perdida en sus costumbres, es ahora en el mundo católico un centro de peregrinaciones, un dechado de piedad y verdadera civilización. En ese lugar antes desierto y solitario, levántase un templo monumental, obra primorosa del arte, donde reina Jesús Sacramentado entre las pompas más atractivas y espléndidas del culto. En torno de aquel suntuoso edificio constrúyese con rapidez una ciudad sincerísimamente piadosa y católica, que se llama la *Nueva Pompeya;* y todo anuncia que será ella un foco de regeneración cristiana para Italia. El título que se complacen en dar los católicos a aquella población es el de *Ciuda dde Cristo-Hostia y de Maria del Rosario*· Para complemento de estas gracias, la sagrada imagen obradora de tantos prodigios, fue solemnemente coronada en 1887. Dígnese la Reina Santísima del Rosario, realizar, en bien de la humilde República del Sagrado Corazón de Jesús, una parte siquiera mínima de los celestiales favores y portentos que, con largueza singular, derrama en la nueva ciudad privilegiada de Pompeya.

EL REINADO EUCARISTICO..., Tomo I: Año I: II (IX.1891), págs. 95-104.

LA LEY FUNDAMENTAL DE LAS NACIONES

I

El sacrificio es la ley del mundo. Tended vuestras miradas por el universo, y advertiréis que todo él no es otra cosa que un altar inmenso desde el cual se eleva constantemente a los cielos el perfume suave y purísimo de la inmolación. El sacrificio es ley del mundo, porque con aquel testifican las criaturas su propia nada y rinden homenaje a la majestad infinita de Dios, y a su absoluto señorío sobre todas las cosas. Es además ley indeclinable del progreso, pues sólo por el sacrificio se elevan los seres desde el humilde puesto de su condición natural a una jeraquía superior; la vida misma no es más que una serie no interrumpida de sacrificios. Atended a las lecciones que os da la más humilde yerbecilla de los prados: agóstanse las hojas para que broten las flores, marchítanse las flores para que se sazonen los frutos. El sepulcro de una naturaleza inferior, viene a ser la cuna de otra superior: la muerte del cuerpo es la vida del alma.

Si ésta es ley del universo, la hemos de encontrar aplicada en todas partes, hasta en el orden político de los pueblos. Así es en efecto. Los más grandes como los más pequeños, todos se levantan sobre esta piedra angular de los destinos humanos. A la manera que los árboles más frondosos y lozanos son los plantados junto a las corrientes de las aguas, donde bañan y nutren sus raíces vigorosas y sedientas, las naciones más prósperas y robustas son las basadas sobre el cimiento firmísimo de muchas y sangrientas inmolaciones. La más hermosa y sublime de las asociaciones humanas, la Iglesia Católica, descansa en el Calvario, y arranca su origen de ese mar de sangre vertida por diez y ocho millones de mártires; y Roma, su capital, se asienta sobre el recinto misterioso y sagrado de las Catacumbas.

Un medio se les ofrece con todo, así a las naciones como a los individuos, de dulcificar su propio sacrificio, de evadir sus horrores y trocarlo en grato y deleitoso, y

es asociarse al sacrificio eucarístico; pues, en él se ofrece la Víctima divina que borra los pecados del mundo. *Ecce Agnus Dei: ecce qui tollit peccata mundi!*, dice todos los días el sacerdote, al enseñar al pueblo la Hostia sacrosanta. Siendo ésta una Hostia de valor infinito, una sola gota de su sangre adorable basta para purificar a millones de mundos. De donde proviene esta otra ley fundamental de las naciones, y es, que cuanto más se acercan a la Hostia eucarística, otro tanto se afirman en la paz, y adelantan en progreso; y cuanto más se alejan de aquella Hostia divina, otro tanto se desvían de su verdadera felicidad, y se hunden en los abismos de la destrucción y la muerte. Estos son los polos del mundo moral: o el sacrificio incruento de nuestros altares, o la sangrienta inmolación de los pueblos. Si deja de correr la sangre del Dios vivo, derrámase a torrentes la sangre de naciones criminales; si se cierran los templos, y se abandonan los altares de la Víctima divina, la revolución y la guerra levantan por doquiera sendos altares de víctimas humanas. Promover el culto social de la Hostia santa es el mejor remedio contra los males de la revolución, y los peligros inminentes de la guerra.

II

Esta doctrina tan sencilla como hermosa fue lisa y francamente profesada por todos los pueblos cristianos de la Edad Media. Los reyes poderosos y creyentes, de aquella edad dichosa, sabían por experiencia que el modo de asegurar una victoria, o consolidar la paz de sus vasallos, era acudir a la Víctima sagrada, y firmar con ella una de esas alianzas irrevocables y gloriosas que han venido a ser el punto de partida de los hechos más grandes de la historia. Las nacionalidades más ilustres de Europa traen su origen de uno de aquellos actos solemnes y providenciales; así Tolbiac en Francia, y Covadonga en España, serán respectivamente célebres en sus fastos religiosos y políticos. Qué sublime y conmovedor era ver a aquellos invictos y esforzados guerreros, a aquellos reyes tan generosos como altivos, en vísperas de una grande hazaña postrados humilde y fervorosamente delante de un tabernáculo, impetrando con lágrimas

el buen éxito de una expedición o una batalla. ¡Qué hombres! ¡qué hechos!; pero también ¡qué piedad y qué fe!

Marco Antonio Bragadino, el inmortal defensor de Famagusta, nos ofrece un ejemplo de aquel heroismo cristiano, al declinar de la Edad Media y en los albores ya de la mentida civilización moderna. Enciérrase con siete mil hombres apenas, en el recinto de aquella ciudad veneciana, y por once meses continuos sostiene el sitio encarnizado de doscientos cincuenta mil turcos, de los que ochenta mil perecen rechazados por aquel puñado de valientes, entre cien asaltos formidables, y en prolongadas luchas de atroz encarnizamiento. ¿Dónde estaba el secreto de heroismo tan admirable? Al principiar el sitio elevóse en la plaza de Famagusta un grandioso altar en que se expuso solemnemente al Santísimo Sacramento; postrados ante la Hostia santa juraron Bragadino y sus soldados defender la ciudad hasta la muerte. De igual manera, todos los héroes cristianos desde Constantino hasta Sobieski, han encontrado en la soberana protección de la Víctima divina el motivo de su intrépida confianza y el talismán de sus triunfos. Don Juan de Austria enarbola en el palo mayor del buque almirante la sagrada imagen de Cristo crucificado, y es suya la victoria de Lepanto. ¿Y dónde sino al pie, de los altares, adquirieron aquel ímpetu avasallador, aquella su fuerza indomable Carlomagno y el Cid, Hunniades y Castrioto?

Así se han formado todas las nacionalidades cristianas, así aquellos grandes Estados europeos que ahora nos admiran por el esplendor de su civilización y la pujanza de sus armas. Todos ellos se han nutrido de la Sangre divina del Calvario, y han adquirido aquel tan estupendo desarrollo alimentándose con el Pan de los cielos. Este es el misterio que anuncia la Iglesia, cuando canta en el oficio del Santísimo Sacramento: *A fructu frumenti et vini multiplicati sunt*. Cada uno de los templos suntuosos y magníficas abadías de que estaba sembrada la Europa de la Edad Media, eran otras tantas piedras sagradas del edificio monumental de la civilización

cristiana, porque eran el recuerdo de alguna gran victoria, algo como un exvoto de la gratitud nacional de todo un pueblo hacia el supremo Dispensador de todas las gracias. El sacrificio eucarístico es la carta fundamental de todas las naciones: él explica sus triunfos, él demuestra sus progresos, él señala todas sus grandezas y destinos.

Los políticos modernos al ver los magníficos frutos de aquella antigua y robusta civilización cristiana, entre las salvajes y enmarañadas zarzas de la incredulidad contemporánea, se han persuadido neciamente de que la corrupción y la incredulidad producen la civilización, y ahí los tenéis empeñados en edificar, lo que ellos llaman el *mundo del porvenir,* sobre los insondables pantanos del libertinaje masónico y el ateísmo social. El fruto de sus esfuerzos son los montones de ruinas acumuladas sobre la faz de la tierra, a manera de los hacinamientos de cráneos que dejaban las hordas de los tártaros a su paso. Donde cesa el incruento sacrificio de nuestros altares principia la inmolación sangrienta de los pueblos; si desaparecen las aras de la misericordia, conviértense las naciones en altares gigantescos de la justicia divina.

En el siglo pasado contempló atónita la Europa un espectáculo abominable: la conjuración universal de todos los reves católicos contra Cristo y su Iglesia. El siglo de Voltaire lo fue también de José II y de Luis XV, de don José de Portugal y de don Carlos III de España. El siglo XIX ha presenciado el derrumbamiento general y estrepitoso de esos tronos; y ésta es la hora en que los descendientes humillados de aquellos reyes sin fe y sin decoro, recorren los ámbitos de la tierra publicando en todas partes los decretos inflexibles de la divina justicia. La Francia que escuchó esta blasfemia del infierno: "¡Aplastemos al infame!", oyó en seguida el grito de: "¡Abajo los tiranos!". Ella que vio silenciosos y profanados los altares, contempló también el cadalso de Luis XVI, y las ejecuciones en masa del Terror. Poco después, la Europa entera que secundando a la Francia hizo ostentación y gala del más desenfrenado libertinaje y la

más cínica incredulidad, fue súbitamente convertida en un inmenso campo de batalla, donde pasearon triunfantes las huestes napoleónicas, entre regueros de sangre y los destrozados y palpitantes miembros de innumerables víctimas humanas.

Pero el mundo no se ha aprovechado aún de estos castigos ejemplares; las mismas dádivas de Dios parece le hacen más ingrato para con su Benefactor magnífico, y más olvidado de las gracias del Señor. Enorgullecido con los descubrimientos modernos de la ciencia, y los adelantos de una civilización puramente material, el siglo XIX ha renegado a su turno de la Iglesia y ha proclamado el ateísmo social como la única religión compatible con el progreso. La Hostia divina es sacrílegamente despreciada por los políticos soberbios, los conductores obcecados de los pueblos, y los altos poderes sociales. El Vicario de Cristo en la tierra hállase igualmente proscrito y abandonado por aquellas grandes naciones que, por la fuerza de sus armas, disponen hoy de la suerte del mundo. La doctrina del sacrificio y la inmolación que nos predica la Hostia santa, es rechazada como un absurdo por esos sabios altivos que no hablan sino de la rehabilitación de la carne, de la moral utilitaria y la filosofía del placer.

¡Desgraciada Europa! ¡No ve que su divorcio de la Hostia Sacrosanta le ha convertido a sí propia en hostia de la indignación divina! Contemplad ahora a Europa; sí, contempladla: hermoseada está sobremanera con las riquísimas galas de una civilización formada en diez y nueve siglos; envanecida está con los tesoros de una grandeza y poderío sin ejemplo en las edades precedentes. Pero ¡ay! que esos tesoros y galas son las coronas vistosas de flores, son los atavíos que engalanan a la víctima en la hora suprema del sacrificio. Un momento más, y aquel espléndido aparato de soberbia e incredulidad habrá saltado deshecho entre el asordador estrépito de ucombate gigantesco, durante el cual entrarán en liza nada menos que *¡diez y seis millones de soldados!* Entonna batalla continental. Considerad lo que será aquel ces se verá lo que puede una civilización atea y des-

creída, cuando los alcances de su ciencia los emplee todos en forjar armas nunca vistas de destrucción y muerte. ¿Qué altar será aquel que tendrá a un mundo por peana, y a naciones enteras por víctimas de la inmolación? Esta será la lección postrera que antes de expirar dará el siglo de las luces al mundo del porvenir. Y si en esa espantosa pira ha de haber algo que no se queme, y si en ese mar de sangre han de flotar aún algunos gérmenes de vida, esos han de ser los que el culto eucarístico va esparciendo como al acaso entre ese lodazal profundo del libertinaje social de nuestros días.

No son pues, las orgullosas pompas de una civilización puramente material, ni el acumulamiento egoísta de fabulosas riquezas, ni las sabias combinaciones de una política descreída, lo que puede proporcionar a los pueblos el beneficio inestimable de la paz, sino únicamente el reinado de la Hostia santa. Mientras más se esfuerza el hombre por gozar olvidándose de Dios, más expuesto se halla a caer bajo la cuchilla inexorable de su justicia vengadora; y mientras más se acerca a Dios, olvidándose de sí mismo por la virtud del sacrificio, más altos y preciosos son los dones que la diestra divina le prepara.

III

Si el culto eucarístico es la base fundamental de la prosperidad y grandeza de los pueblos, es también su tabla de esperanza en la hora suprema de la expiación. A la manera que el Arca largo tiempo combatida por las ondas del diluvio posó, no en un valle, sino en la cima elevada del Ararat; así, después de esas terribles catástrofes sociales que sumergen en océanos de lágrimas y sangre a naciones enteras, buscan éstas el puerto de refugio, no en los voluptuosos jardines de una civilización mentirosa, sino en el monte santo del Señor, al pie del tabernáculo. La piedra consagrada de un altar es siempre la primera base de la reconstrucción política de los pueblos.

Al hundirse desgraciadamente en el horroroso ca-

taclismo de la invasión sarracena la España gótica del siglo VIII, una de las primeras ciudades arrancadas a la conquista africana por el valeroso esfuerzo de D. Pelayo y los suyos, fue Lugo. La razón de la predilección divina por Lugo la han encontrado los historiadores católicos, en que ésta fue entre todas las de la península la ciudad más eminentemente *eucarística*. En efecto, durante la dominación de los Suevos apareció en Galicia una herejía que negaba el dogma de la presencia real; con este motivo se reunió, en tiempo del rey Teodomiro, un Concilio en aquella ciudad, que sostuvo y defendió victoriosamente la verdad impugnada. Desde entonces, para mayor confusión de los herejes y exaltación y gloria de la Hostia adorable, estableciόse en la Catedral la costumbre, que subsiste hasta nuestros días, de reservar el Santísimo Sacramento en una arca guarnecida con puerta de cristal, e iluminada constantemente por el resplandor de muchas lámparas. De manera que, entre todas las ciudades del orbe católico, Lugo tiene el privilegio de haber sido la primera donde, desde remotísimo tiempo, se ha establecido la hermosísima práctica de la *exposición y adoración perpetuas* del divino Sacramento (1).

Permítasenos que al lado de los ilustres ejemplos de la Europa católica, citemos uno relativo a la historia patria, muy humilde pero hermoso, que comprobará a maravilla todo lo que dejamos dicho, y que nos demostrará además esta gran verdad: que la fe hace ver a las almas puras y sencillas cosas tan sublimes que permanecerán constantemente ocultas a los sabios de este mundo.

Era el mes de diciembre de 1882, y el ejército restaurador avanzaba intrépidamente de Loja hacia Cuenca. Creíase por todos inminente una batalla en el recinto mismo de la última de estas ciudades, donde las fuerzas del Dictador se hallaban atrincheradas, y habían tomado con tiempo formidables posiciones. Para remediar en al-

(1) Gras y Granollers.— El Pacto de Cristo con España.

go los males terribles de un sangriento y próximo combate, se había formado una ambulancia con el personal conveniente de capellanes y médicos. Uno de estos últimos pidió a cierta persona anciana y muy piadosa, le proveyese de hilas y otras cosas necesarias a su intento; a lo que se ofreció gustosa aquella buena mujer, pero le dijo: "batalla puede haber pero no en Cuenca; porque jamás ha de ser empapada en sangre de combates una ciudad donde se rinde al Santísimo Sacramento el Magnífico culto con que es honrada aquí su adorable Majestad, durante la octava de Corpus. Igual cosa se temía el año 29, y se arreglaron las cosas de manera que la batalla decisiva entre Colombia y el Perú, hubo de verificarse en el Portete, pero no en Cuenca. Después, durante nuestras revoluciones, cuantas veces ha sido atacada por fuerzas enemigas esta ciudad, la Providencia divina la ha defendido ostensiblemente; pues, o se han disipado aquellos temores, o si ha habido combate ha sido tan pasajero, que apenas sí se han lamentado una o dos muertes. Mientras Cuenca rinda, como suele, el espléndido culto del *Septenario* al Santísimo Sacramento, nada tiene que temer; la Hostia sacrosanta será su defensa"... ¿Quién había enseñado a esta pobre mujer del pueblo una teología tan exacta como sublime?...

Efectivamente, como lo predijo la anciana, las fuerzas restauradoras abriéronse paso por encima de la ciudad y continuaron su marcha; y la batalla tan temida y esperada a un mismo tiempo, fue a estallar terrible sobre la populosa Quito, porque con torrentes de sangre había de ser borrada la que en su plaza y Catedral derramaron las víctimas ilustres del 6 de Agosto y 30 de Marzo.

La solemne, piadosísima y magnífica procesión de Corpus que, desde hace pocos años, se celebra en la Capital de nuestra República, y la Basílica del Sagrado Corazón que se construye en ella, impedirán en adelante que Quito sea bañada en otra sangre que en la divina de Jesús.

EL REINADO EUCÀRISTICO..., Tomo I, Año I: III, (XI.1891), págs. 106-116.

EL REINADO DE DIOS EN EL NUEVO MUNDO

¡El cuarto Centenario del Descubrimiento de América! — He aquí el gran suceso histórico que se preparan a celebrar en el presente año numerosas asociaciones científicas y literarias de los dos hemisferios. ¿Y no tendrá nada que ver con él nuestra santa y adorable Religión?... Recordemos brevemente los hechos y veremos que pocos acontecimientos son tan gloriosos para el Reinado Eucarístico de Nuestro Señor Jesucristo, como el Descubrimiento de América.

Acercábase a su término el siglo XV. Grandes invenciones científicas se habían realizado durante él; la astronomía, la cosmografía, la náutica habían hecho adelantos increíbles y portentosos. El entusiasmo antiguo por las cruzadas había disminuido mucho, pero en su lugar se había apoderado de los ánimos europeos una ansiedad vaga e indefinible, un afán inquieto por lo desconocido, y un atractivo general por las aventuras y los viajes. Las relaciones maravillosas del Cathay hechas por Marco Polo tenían altamente preocupadas a muchas imaginaciones juveniles y ardorosas. En esto un humilde y piadoso Terciario de San Francisco preséntase ante las cortes y las asociaciones de sabios en Europa, hablándoles de un proyecto que excitaba por doquiera desdén y admiración al mismo tiempo. Génova, Portugal, Inglaterra desechan como una locura las proposiciones de ese genio grande al par que desconocido. Pero entonces existía en el mundo Isabel la Católica, la conquistadora de Granada, esa reina como ha habido pocas en el mundo, de fe vivísima, de corazón magnánimo; ella sola entre los grandes comprendió a Colón y aceptó su empresa.

Costeada con las joyas de Isabel zarpó del puerto de Palos en España, un viernes 3 de agosto de 1492, la flota más célebre que jamás haya surcado los mares, ni que haya llevado un más sublime destino en sus bajeles. ¿Quién podrá pintar a lo vivo esa mezcla indefinible de angustia y de gozo, de dolor y esperanza que durante treinta y cinco días de incierta navegación saboreó el

ánimo generoso del grande e inmortal Colón? Era el 11 de Octubre de 1492 cuando, en medio de la soledad majestuosa del océano, contempló el héroe brillar repentinamente un rayo de esperanza entre las tormentas mil de su acongojado pecho. De las tres gastadas y pobres carabelas de que se componía aquella flota, la *Santa María* era el buque almirante, y llevaba por lo mismo a bordo al ínclito marino, quien fue el primero en descubrir indicios ciertos de la proximidad de tierra: un junco verde aún pasó flotando en las aguas cerca del bajel, y viéronse aparecer en medio de ellas peces de aquellos que no se alejan mucho de las rocas. El aire era más fresco que durante todo el viaje, y el ambiente perfumado con ese olor vegetal semejante al que en Europa anuncia el retorno de la primavera. La *Pinta* divisó un trozo de caña, y recogió una tabla trabajada por mano de hombre. La *Niña* apercibió un ramo espinoso cargado de frutos. Era indudable que se acercaban a tierra. Colón reunió por la tarde, como de costumbre, a la tripulación entera para alabar a Dios y bendecirle, y darle gracias por haberles conservado felizmente en tan dilatado y penoso viaje; y les anunció que al día siguiente arribarían a su anhelado término. Recomendó por lo mismo a todos estuviesen atentos durante la noche, porque ciertamente descubrirían tierra antes que despuntara el alba.

A las dos de la mañana del 12 de Octubre de 1492, la *Pinta* que iba delante de la flota, lanzó la primera el entusiasta grito de: *"¡Tierra! ¡Tierra!...* Acababa de ser descubierta la América. Los resplandores de la aurora ofrecieron muy luego a las ávidas miradas de aquellos navegantes un hermoso y encantador espectáculo: las siluetas de azules y elevadas montañas, al mismo tiempo que colinas del más agradable verdor. Los tres bajeles pusiéronse en marcha a la salida del sol, la *Pinta* que los precedía entonó el *Te Deum*, y le contestaron los demás, llorando todos sus tripulantes de alegría y de contento. Arrojáronse entonces los marineros a las plantas de su Almirante pidiéndole les perdonase las amargas penas que tantas veces le habían causado. Colón fue el primero en saltar a tierra; postráronse luego todos en ella, la cubrieron de besos y la bañaron con sus lágrimas,

entre expresiones de tierna gratitud para con Dios. En seguida plantaron una cruz en el suelo, del que declararon tomar posesión en nombre de Jesucristo y los Reyes Católicos. Al terminar esta conmovedora escena, Colón dio a la isla el nombre de *San Salvador*.

Estos son, suscintamente, los hechos que conmemoraremos en breve el 12 de Octubre del presente año; pero mientras las miradas del indiferentista y el incrédulo no alcanzan a ver en ellos más gloria que la del hombre, los católicos habemos de adorar en este grandiosísimo suceso uno de los más espléndidos triunfos del Reino de Jesucristo sobre la tierra. El Descubrimiento de América por Cristóbal Colón es una página hermosa de la vida de la Iglesia, y uno de los acontecimientos de más fecundos resultados para la suerte de la humanidad. He aquí por qué se nos presenta este suceso revestido de circunstancias providenciales y tan imponente solemnidad como rara vez ofrece semejantes la historia.

El descubrimiento de América fue un premio para la Europa Católica. "Los cristianos, dice Rohrbacher, habían tomado la cruz y combatido contra los infieles para reconquistar la Palestina; Dios les dio en recompensa todo un mundo". Fue además una indemnización anticipada que la Providencia divina preparaba a su Iglesia, por los terribles desastres religiosos que iban a lanzar en breve a naciones enteras en los abismos del cisma y la herejía. Lutero nació en 1483; hallábase, pues, ya sobre la tierra uno de los más audaces representantes de las potestades del infierno, el gran demoledor del antiguo orden social cristiano. Francia e Inglaterra, Alemania y las otras naciones del norte habíanse dormido en la molicie y el regalo, y contemplaban indolentes los avances de los turcos en el Mediterráneo; sólo tres naciones batallaban aún denodadas contra la triunfante Media-luna; y cosa admirable: son precisamente las tres que de modo especialísimo concurren al Descubrimiento del Nuevo Mundo. Italia nos da al gran Colón, Portugal lo hospeda, completa su formación científica y recibe sus primeras confidencias, y España, la vencedora en Granada, recibe la misión sublime de plantar la Cruz en

América. ¡Si entendieran las naciones que los hechos preclaros de la historia son siempre la recompensa de la fe, y la realización de una misión providencial en el orden religioso! Los pueblos incrédulos y corrompidos son como la paja, a propósito únicamente para arder en el fuego, y reducirse a cenizas.

Los dos tercios de Europa fueron envueltos en el fango de la malhadada Reforma protestante. Derribáronse los santuarios, arrasáronse los altares, taláronse los monasterios. La Hostia divina fue sacrílegamente perseguida y profanada; y en todos aquellos países desgraciados fue inexorablemente suprimido el sacrificio adorable de la Misa. Pero no hay que desalentarse de esto: en reparación de tamaños males Dios ha suscitado en medio del océano, no ya solamente a una nación, sino a un mundo entero, donde razas y pueblos y reinos, hasta entonces desconocidos, vendrán a prosternarse ante la Hostia santa y proclamarle la reina del orbe, la señora del universo. Levanten en mala hora contra Cristo y la Iglesia el estandarte de la rebelión Lutero y Calvino, Zuinglio y Enrique VIII; en lugar del mundo envejecido que cae, otro mundo juvenil y vigoroso se levanta a continuar las batallas de la cruz; y los Toribios de Mogrovejo y Franciscos Solano y Luises de Beltrán, conquistarán más almas para la verdadera fe que las que aquellos apóstatas han seducido con sus perversas doctrinas. Las huellas de cieno que han estampado en la historia las Catalinas de Bore y Anas de Boulen, serán luego reparadas por las Rosas de Lima y las Azucenas de Quito, que van a embalsamar el ambiente de la Iglesia con la fragancia virginal de sus heroicas virtudes.

Cuando la santidad de Gregorio XIII llegó a saber los portentos que avaloraban los indecibles trabajos apostólicos del inmortal arzobispo del Perú, santo Toribio, no pudo contener sus lágrimas y exclamó: ¡Bendito sea el Señor que reina en todas partes! Sí: el Reino de Dios es como el sol: al mismo tiempo que se oculta para un pueblo entre las tristes nubes del ocaso, nace para otro entre los resplandores rientes de la aurora. De esta manera jamás se ve defraudada la gloria del Altísi-

mo. Los furores de los Anabaptistas, las revueltas sanguinarias de los Hugonotes, en el antiguo continente, fueron ampliamente reparados en el nuevo, por los fervores sincerísimos y edificantes de los neófitos del Paraguay y los hijos de las pampas.

El descubrimiento de América es una página gloriosísima del reinado de Cristo en las naciones; es por lo mismo un hecho propio de la historia de la Iglesia, y digno de ser celebrado por ella con cristiana y festiva recordación. ¿No es acaso una fecha memorable el advenimiento del Evangelio a todo un mundo?

II

La emancipación política de América verificada entre fines del siglo pasado y principios del presente, viene a perfeccionar la obra sublime de Colón, revelando los altísimos planes de la Providencia divina en el Descubrimiento del Nuevo Mundo.

La Reforma protestante había llegado a su completa madurez, e iba a dar su postrer fruto de impiedad: la Revolución francesa. ¿Quién podrá describir el cuadro de angustias y dolores de la Iglesia Católica, en el último tercio del siglo XVIII? Todo parecía anunciar el desaparecimiento definitivo de esta Iglesia santa de sobre la faz de la tierra. Las ciencias y las artes, los príncipes y los pueblos se habían aunado en conjuración formidable contra la dulce e inofensiva Esposa de Cristo; a tal punto que al morir Pío VI los incrédulos batieron palmas, y se felicitaron de haber sepultado con él al último de los Papas. Desde el tratado de Westfalia la Santa Sede fue expulsada del orden internacional, y las naciones católicas adoptaron descaradamente la política protestante. Los reyes de Francia, España y Portugal, y el jefe del Sacro Imperio Romano habían renegado de las tradiciones cristianas relativas al poder, y habían asumido el absolutismo autocrático de los Césares paganos; el menor desacato contra sus reales personas era castigado con el último suplicio, mientras ellos no se avergonzaban de vejar atrevidamente al augusto Vicario de Nuestro Señor

Jesucristo. Si tal estado de cosas hubiera continuado por un siglo más, a la hora presente se hallaría Europa entera convertida en protestante o atea.

Un distinguido historiador traza el siguiente tristísimo cuadro de las potencias continentales durante el cautiverio de Pío VI en Valence. "Cuando Pío VI fue arrebatado, después de la ocupación de Roma e Italia por los Franceses, la incredulidad, la herejía y el cisma tenían para sus adentros, y aún llegaron a decir muy alto, que el papado había llegado a su término y que Pío VI no tendría sucesor. ¿Con quién, en efecto, podía contar la Iglesia romana? ¿Con el gran Turco, el imperio anticristiano de Mahoma? ¿Con la Inglaterra protestante donde el Papa era tratado de anticristo? ¿Con la Rusia semibárbara, y enfangada en el cisma griego como en un pecado original? ¿Con la Alemania y la Austria infectadas del luteranismo y josefismo? ¿Con los Borbones de Nápoles y España, que desde medio siglo hacía se complacían en atormentar a la Santa Sede?: el de Nápoles engañando a Pío VI y preparándose a despojarle mediante su alianza con la República francesa; el de España aliada de la misma República, y sitiando constantemente a Pío VI en Valence para obtener de él los medios de formar en España una especie de Iglesia nacional e independiente, exactamente como se hallaba la Francia en la misma época, que desesperando de poder suprimir el papado lo hacía ofrecer a un prelado, que más tarde se llamó el cardenal Gregorio, quien rehusó generosamente prestarse a semejante tráfico" (1).

Tan sin pudor se mostraban el cisma y la apostasía, que cuando Napoleón trató de restaurar el orden religioso de Francia, trastornado por la revolución, hiciéronsele proposiciones para que adoptara la Reforma protestante. Pitt tomó de su cuenta el persuadírselo. En las conferencias de Tilsit en Alemania, tornaron a las mismas instancias el Czar y el rey de Prusia. Felizmente Napoleón se negó siempre a estas pérfidas insinuaciones, y

(1) Rohrbacher. Hist. univ. de la Eglise Cath. tom. 14. pág. 395.

continuó siendo católico, pero católico a su modo. Su plan era erigirse él en soberano espiritual de todos sus súbditos, valiéndose para ello del Papa, como de un instrumento de su ambición. Y cuando se frustraron estos impíos proyectos ante la inquebrantable firmeza de Pío VII, reunió una asamblea de eclesiásticos cortesanos para que le sugiriesen un arbitrio con que pudiera pasarse la Francia sin el Papa.

La monarquía católica, esa institución admirable, creada, defendida y consagrada por la Iglesia, había tocado ya a su término. Pervertida por las falsas doctrinas de la Reforma y el Galicanismo, en vez de ser el sostén de la verdadera fe, habíase convertido en enemiga declarada suya. Luis XIV había exclamado: "¡el Estado soy yo!"; pero si hubiera confesado todas sus ambiciones, habría dicho: "¡el Estado y el Papa soy yo!". Avergonzábanse los monarcas de llevar el yugo santo de la religión, no se contentaban con ser el *Obispo exterior;* como Constantino y Teodosio, como San Luis y San Fernando; aspiraban nada menos que a asumir la dignidad pontificia, y ser césares a lo Tiberio y Nerón. Dios desechó entonces aquella institución caduca y pervertida, y suscitó otra nueva, de entre los ocultos tesoros de su inagotable misericordia: la institución hermosa de la *República cristiana*. Pasó el huracán de la revolución y rodaron los tronos y se desmenuzaron los cetros; el mapa de Europa fue rehecho a voluntad de altivos conquistadores; la línea divisoria de las más grandes naciones fue rota y sacudida como lo son los cuadros de un ejército en medio de un combate. Hundiéronse las dinastías en abismos de lágrimas y sangre.

Mientras Europa desaparecía envuelta por el fragoroso torbellino de las conquistas napoleónicas, América ofrecía un hermoso espectáculo, semejante al que contemplara Colón en la espléndida mañana de su inmortal descubrimiento. Rompíanse en reñidas batallas los fuertes lazos de la dominación colonial; cuando he aquí que de repente del fondo de los mares surgió como por encanto un coro de naciones juveniles, llevando todas por divisa el signo sagrado de la cruz, y hermoseadas con

los resplandores de la santa fe católica. Habíase anunciado por los políticos incrédulos que Pío VI sería el último de los Papas, y que la Roma de San Pedro no contaría ya más entre sus súbditos a los reyes; y un nuevo ejército de naciones acude presuroso al Vaticano, a postrarse humilde ante el Vicario de Cristo, y a proclamarle Padre y Pontífice de los nuevos pueblos, profeta y guía de las generaciones del porvenir.

¿Háse reflexionado lo bastante que entre todos los continentes, la América es la única que merece con verdad el alto renombre de *Continente católico?* De las veinte naciones independientes que lo forman, todas a excepción de una sola, acatan el dulce yugo de la Santa Iglesia romana; y esa sola, dentro de muy poco, será la más grande potencia católica del orbe. ¿No se complacía el inmortal Pío IX en repetir: en ninguna parte soy más Papa que en Estados Unidos? Ha desaparecido la augusta asamblea de los monarcas católicos, que presidida por el Emperador de Alemania, y animada y dirigida por los Vicarios de Cristo, tuvo por largos siglos en sus manos la suerte del mundo; esa asamblea augusta que contó por glorias suyas las cruzadas, la derrota del islamismo, la libertad de Europa, el descubrimiento y colonización de un Nuevo Mundo, y todos los prodigios de la actual civilización cristiana. Pero esa asamblea desapareció para no pertenecer ya más, sino al pasado de la historia; y en su lugar se levanta el Senado ilustre de las Repúblicas cristianas, sobre el cual únicamente finca hoy la Iglesia sus esperanzas y al cual por lo mismo pertenece el imperio del porvenir. ¡Qué grande se nos presenta a la luz de sus destinos providenciales la América católica y republicana!— El *Osservatore Romano,* órgano autorizado de la Santa Sede, decía no hace mucho, en su número de 5 de Agosto de 1891, las siguientes notabilísimas palabras: "Vemos al Papado establecido por Dios y los siglos en Roma, y en torno de Roma vemos a tres naciones: Italia, Francia y España, que constituyen como un fatídico Delta sobre el cual se ha apoyado la Iglesia para hacer cristiana a la Europa entera. Es de allí que tendiendo a través del Mediterráneo una mano a Jerusalén, la Roma del antiguo Testamento, y la otra a tra-

vés del Adriático hacia Constantinopla, la Roma de los primeros tiempos de la edad media, la Iglesia restablecerá en el mundo el reinado de Cristo; seguida del *labarum*, llevado al frente de los *Pueblos libres*, puesto que no flota ya más en torno de la Iglesia el estandarte de las monarquías cristianas".

¡Cuánto es de admirar el cuidado exquisito y maternal que emplea Dios Nuestro Señor en la conducción de su Iglesia en la serie de las edades, sustituyendo como juzga mejor su infinita sabiduría, pueblos a pueblos y naciones a naciones, en el servicio, tutela y protección de aquella Esposa Santa! Casi al mismo tiempo que en Francia se promulgaba, a fines del siglo pasado, la constitución civil del clero, y la proscripción del culto católico, en Estados Unidos se decretaba la libertad religiosa, y se abría puerta franca a los triunfos del catolicismo. El 6 de noviembre de 1789 fue firmada en Roma la bula que erigió la primera sede episcopal de Estados Unidos, en Baltimore, cuyo primer Prelado fue el insigne y venerado jesuita Juan Carroll; cuatro días antes, esto es, el 2 de noviembre del mismo año, la Asamblea nacional en Francia pronunciaba el decreto de confiscación de los bienes del clero, y daba así principio a la persecución terrible de que fue víctima la Iglesia Católica en aquel reino, durante la gran Revolución. Por esto lo hemos visto: el propio año de 1889, en que se celebraba en Europa el primer centenario de la Revolución francesa, se festejaba en América el primer centenario también del Establecimiento de la Jerarquía católica en Estados Unidos. Mientras el Catolicismo es perseguido en Europa, se desarrolla rápidamente en América: frente a un mundo que cae, vemos a otro mundo que se levanta.

III

Fijemos ahora la mirada en el cuadro de risueñas esperanzas que para la causa católica nos ofrece en no lejano porvenir la América.

Su admirable situación geográfica la constituye reina de los mares, la intermediaria providencial entre Europa y Asia, y el punto de contacto de las grandes y poderosas civilizaciones oriental y occidental, que están destinadas a dividirse el imperio del mundo. Pero mientras el Asia se nos presenta aún envuelta entre las densas sombras de mil absurdas y tenaces supersticiones, y la Europa fraccionada por el cisma y la herejía, la América ostenta ufana la más compacta y fuerte unidad católica que tal vez se ha visto jamás en el globo. Contemplad ese ejército de jóvenes naciones, varoniles, independientes, altivas; pues, todas son humildes súbditas de la santa Iglesia Romana, acatan sumisas sus decisiones, y se glorían de profesar adhesión constante y generosa a la Santa Sede. Los últimos y casi imperceptibles restos del paganismo americano, hánse refugiado al interior de las más ásperas y enmarañadas selvas, y muy luego serán completamente desalojados por el esfuerzo de mil valientes y abnegados misioneros. El protestantismo no ha asentado su planta, sino en una sola de estas naciones, en la gran Confederación del Norte, y aún allí no hay un solo credo confesional que pueda parangonarse con el católico. Y es tan grande, tan imponente y avasalladora la majestad de nuestro culto en toda la Unión, que en torno de él son las sectas disidentes como nubecillas de verano ante la faz esplendorosa del sol. En el propio seno del catolicismo, pocas Iglesias pueden rivalizar con la de esa gran República, por el fervor, la unión, el celo y la magnificencia de su jerarquía; es necesario evocar los célebres concilios de Cartago o de Toledo, para hallar algo con qué comparar esas asambleas augustas que llamamos *Concilios de Baltimore*. El protestantismo en Norte América, es el cáliz marchito y desgarrado, entre el cual revienta hoy como una rosa de oro la santa Iglesia Romana. Por lo demás, lejos de nosotros la influencia deletérea del judaísmo que hoy está envenenando a la Francia; lejos los escándalos del corruptor cisma griego que mantiene a la Rusia entre ataduras de muerte; lejos la pestilente secta de Mahoma que tiene convertida a Turquía en un cadáver animado. Bien puede el Vicario augusto de Nuestro Señor Jesucristo fijar tranquilo su mirada sobre el vasto Continente america-

no, porque este solo entre los demás, ofrecerá a su espíritu esa unidad encantadora que presentó la Europa en la Edad Media, cuando fue armada de Dios como un ejército para inciar las grandes luchas que han valido los tesoros de la civilización moderna.

Si es glorioso y consolador para el catolicismo el espectáculo que presenta el Nuevo Mundo, tiene de serlo igualmente para el reinado social de la Hostia sacrosanta. Aunque no tenemos estadísticas que nos proporcionen datos exactos en la materia, nos atrevemos a calcular en cuarenta mil el número de sacerdotes católicos que ejercen el sagrado ministerio en las dos Américas. Representados esa inmensa faja de tierra que se extiende del un polo al otro del mundo, y en la cual todos los días, a los esplendores de la mañana, cuarenta mil sacerdotes elevan la Hostia de propiciación! Cuarenta mil veces se derrama la Sangre da la víctima divina, Sangre preciosa que a manera de río desbordado corre de un extremo al otro del globo, fecundando todas las zonas e inundando con torrentes de gracia a todas las latitudes. He aquí como desde Levante a Poniente, y desde el Setentrión al Mediodía "es grande el Nombre del Señor entre las naciones, y en todo lugar, según el anuncio de Malaquías, se sacrifica y ofrece una ofrenda pura a su Nombre divino". Entre esos venerados altares católicos, los hay de recuerdos sagrados y secular antigüedad, como los de las catedrales de Méjico y Lima; los hay improvisados entre flores silvestres y rústico ramaje, como los de los misioneros de las selvas amazónicas. ¡Qué mundo será éste que se prepara para la gloria de Cristo y de su Iglesia, a los ardientes rayos de la Hostia divina, y fecundado por los torrentes de su sangre adorable!

Todo nos anuncia que algo sorprendente y nuevo, algo extraordinario y magnífico va a realizarse en la suerte de la humanidad. Los descubrimientos cada vez más prodigiosos de las ciencias y la industria, la inquietud que devora a las naciones, los grandes problemas sociales que traen desconcertados a los gobiernos: todo, todo nos dice que nos hallamos en una de las épocas más solemnes de la historia. Pero, lo que principalmente nos

confirma en este pensamiento es la persecución universal de la Iglesia Católica, y de modo especial en Europa, pues hace necesario sea trasladada esta Iglesia a otras regiones más hospitalarias y creyentes; con ella emigrarán la civilización, la grandeza y el progreso. Desde luego advertid que el genio de los portentosos inventos no está ya en Europa sino en nuestro Continente. El vapor, el telégrafo, el teléfono, y otros ciento son dádivas que la divina Providencia viene concediendo al mundo por medio de la América. No hace mucho que una sabia revista de Francia llamaba la atención de las potencias europeas sobre el incremento asombroso de la población en Estados Unidos, y hacía ver que al paso que iban en esta materia los dos continentes, dentro de medio siglo contaría la gran República, ella sola, tanta o mayor población que Europa entera. Prosigan los gobiernos masónicos de allende el Atlántico la persecución implacable que han emprendido contra la Iglesia Católica, que el resultado de esos inicuos esfuerzos no será otro que extender a su pesar el Reino de Dios sobre la faz de las naciones. Terribles cataclismos amenazan ciertamente al mundo moderno, pero esperemos de la divina Bondad que no perecerá en ellos sino la Europa masónica y atea; pero de entre las ruinas acumuladas por la temida catástrofe, surgirá de nuevo otra Europa creyente y fervorosa, rejuvenecida por los esplendores de la fe y los ardores de la caridad, la Europa del Sagrado Corazón de Jesús, la cual hermanándose con la América del siglo XX, entonarán juntas el himno de triunfo del Cordero dominador de las naciones.

EL REINADO EUCARISTICO..., Tomo I, Año I: V, (II.1892), págs. 168-184.

UN GRAN MILAGRO EUCARISTICO

EN LA AMERICA DEL SUR.

I

Todo milagro es una prueba incontrastable de la intervención divina en el mundo; por esto la Iglesia Católica tiene constantemente milagros en su favor, porque es la única religión verdadera, que como tal trae su origen de la revelación y no de los caprichos e invenciones de los hombres. Pero no solamente la religión Católica en general, sino además cada uno de sus dogmas ha sido solemnemente confirmado con algún estupendo prodigio; disponiéndolo Dios así, para que nos sean fáciles y hasta gratos los sacrificios que nos exige la fe, pues en torno de sus santas oscuridades vemos ondear la aureloa de luz de las más raras y estupendas maravillas. Así, para no irnos más lejos, Lourdes es la confirmación del dogma de la Inmaculada Concepción; el mundo postrado de rodillas, en pleno siglo XIX, ante la Cátedra de San Pablo, es la confirmación del dogma de la Infalibilidad pontificia.

Entre todos los misterios hay uno que es como la piedra de escándalo para los incrédulos, y una tentación para las almas mundanas y débiles; por ser el misterio con el que nos hallamos en más constante e íntimo contacto, y que hiere inmediatamente a nuestros sentidos; y es el misterio de la "Presencia real" de N. S. Jesucristo en el Santísimo Sacramento; pero tampoco hay otro dogma que haya sido comprobado con más esplendidez de portentos, ni más multiplicidad de milagros. Apenas habrá nación católica en el mundo, en cuya historia no resplandezca, como el sol en el firmamento, alguna de esas grandiosas manifestaciones del cielo a favor del más dulce de nuestros misterios. Tan claras y abundantes son aquellas que la docta "Sociedad de los Fastos" de Paray, ha emprendido en la hermosísima labor de formar un mapa eucarístico de Europa, señalando al recuerdo de las generaciones venideras todas las ciudades y

pueblos del antiguo continente que han sido teatro de algún célebre portento relativo a la Hostia santa.

Ahora bien: la misma rareza de los milagros nos demuestra la incalculable importancia de cada uno de ellos, no solamente en el orden religioso sino en el social, inclusive el político. El sello de las obras de Dios es la eternidad. Cuando el cielo nos habla en el lenguaje sublime de los milagros, y rasga el velo del orden natural, haciéndonos entrar por un momento en las magnificencias del sobrenatural y divino, es porque quiere comunicar alguna gracia singular al mundo. Por esto los lugares consagrados con alguna de aquellas celestiales maravillas se han constituido por el mismo hecho en centros privilegiados del progreso social y la verdadera civilización cristiana. Así no debe extrañarnos que Roma sea en todo el orbe católico la ciudad más favorecida con esas visitas de la omnipotencia divina. En torno a la ciudad pontificia se nos muestran Italia, España y Francia como las que más se distinguen entre todas las naciones por la celebridad y el número de milagros eucarísticos; y son cabalmente ellas las naciones que más han influido en el sorprendente desarrollo de la civilización moderna.

¿Y la América, este Nuevo Mundo creado exclusivamente para gloria de la Cruz, será el único desheredado en el orden de la gracia? Su suelo hermoso y virginal, ¿no habrá sido todavía consagrado por alguna de aquellas fecundísimas visitas de la omnipotencia divina? Lástima grande sería sólo el suponerlo; porque entonces veríamos a América como a un mundo sin esperanzas. Así como los exploradores de las selvas y desiertos auguran para el porvenir la formación de grandes pueblos y hermosas ciudades, allí donde contemplan tierras fértiles, donde ven brotar caudalosos y claros manantiales, y correr ríos de agua dulce y cristalina; de modo semejante podemos ya entrever para lo futuro los destinos de las jóvenes naciones americanas, por los dones de gracia con que les ha señalado el cielo, y que son segura prenda de los que les aguardan para en adelante, si son fieles en corresponder a su vocación divina.

* * *

A mediados del siglo XVII el dogma de la Presencia real de nuestro Señor Jesucristo fue confirmado por el cielo, entre nosotros, con uno de los más raros acontecimientos que acaso se registran en los anales eucarísticos. Intervinieron en él no uno, sino muchos portentos verificados a la faz de la América del Sur, viniendo a ser Quito como el centro de todos ellos; con lo que la divina Providencia manifestaba ya, desde entonces, su predilección singular por la ciudad destinada a ser un día la capital de la República del Sagrado Corazón de Jesús. La fe débil y vacilante de las razas americanas, recientemente convertidas al catolicismo, necesitaba hasta cierto punto de un milagro, que les hiciera palpar que no es el astro insensible al que adoraban los antiguos peruanos, sino Jesús Sacramentado, el Sol resplandeciente de nuestros altares, el único Creador del mundo, Dios de nuestras almas y centro de nuestros corazones.

Un siglo apenas había transcurrido desde la fundación de la actual ciudad de Quito, que tuvo lugar el 15 de Agosto de 1534, y ya la célebre capital de los Shyris era una de las ciudades más notables de la América española. En su recinto se elevaban numerosos templos, donde residía la Majestad Sacramentada; siendo uno de ellos el muy hermoso de Santa Clara, con que remata el austerísimo convento de las religiosas hijas de la insigne discípula de San Francisco. ¡Cosa digna de notarse! Quito tiene por patrón al Serafín de Asís, que le dispensa una especial protección, y le ha dado su nombre, pues se llama la **Ciudad de San Francisco de Quito;** y es precisamente en una mansión de monjas franciscanas, donde las Venerables Sor Juana de Jesús y Sor Gertrudis de San Ildefonso fueron favorecidas con estupendas revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús, casi al mismo tiempo en que lo era también, allá en Europa, la B. Margarita de Alacoque; y es el templo de aquel monasterio el origen de las maravillas de que se ocupa este relato.

La capital del Ecuador se halla surcada por grandes y profundas cimas que descienden del Pichincha y van a terminar en el río Machángara, al que llevan el contin-

gente de sus escasos y turbios raudales. Una de aquellas cimas conocida con el nombre de *Quebrada de Jerusalén,* que limita a la ciudad por el lado del sur, tiene un aspecto melacólico y sombrío; a sus orillas y cerca de las verdes y agrietadas pendientes del Pichincha, se ostenta una graciosa iglesia coronada de una cúpula, que vista de alguna distancia parece formar un solo cuerpo con el monasterio y templo de Santa Clara, de los que en efecto no está dividida sino por una calle. Este modesto santuario está precedido de un atrio cercado de paredes, en una de las cuales se ve un vetusto cuadro, más gastado por la intemperie que por los años, en el que está representado una devota imagen de nuestra Señora de los Dolores, en actitudes de contemplar unas formas regadas por el suelo. Esta pequeña iglesia tiene el nombre popular de *Capilla del Robo,* aunque el primitivo y propio es *Capilla de Jerusalén*. Su historia es la siguiente.

Era el 19 de Enero de 1649, víspera de la fiesta del glorioso márir San Sebastián. Unos indios miserables, faltos de la hermosa virtud de la fe, y cegados por el infame vicio de la codicia, perpetraron un horrendo sacrilegio en la mencionada iglesia de Santa Clara. Penetraron en ella de noche, y violando audazmente el venerando tabernáculo, hurtaron de él la custodia y un copón con las Hostias consagradas que uno y otro contenían. Al siguiente día se cayó en la cuenta del sacrílego robo, pero no se pudo dar con los ladrones ni el paradero de las sagradas formas. Fácil es figurarse el dolor y profunda consternación que causaría, en aquella piadosísima ciudad, un crimen del todo singular e inaudito en aquellos tiempos de fe viva y ardiente. Una tradición popular, que no sé si se halla apoyada por algún documento auténtico, asegura que el paradero de las santas formas se descubrió así: se notó que las cabalgaduras y demás bestias que entraban a la ciudad o salían de ella, por el *camino real* que va por la margen de la *Quebrada de Jerusalén,* todas, en un determinado paraje de la senda, se inclinaban al suelo como si, dotadas súbitamente de razón, quisieran postrándose adorar algún misterioso objeto.

Sea por esta causa, o por las diligencias prolijas que se hicieron, llegóse a descubrir que los ladrones habían ocultado bajo tierra las sagradas formas, detrás del monasterio de Santa Clara, en un sitio contiguo. Aquí principiaron las maravillas. La Hostia santa sacrílegamente arrancada del tabernáculo, yacía por el suelo, pero no hollada por nadie, ni devorada por los insecos, sino encerrada en muy raro y curioso viril: un cerco de apiñadas hormigas hacían las veces de custodia, y formaban la guardia de su Criador y Dios, defendiendo las especies sacramentales de todo ultraje y profanación.

Este prodigio encendió sobremanera la piedad del pueblo quiteño, ya grandemente excitada con aquel hurto impío. Era entonces Obispo de Quito el Ilmo. Señor Dr. D. Agustín de Ugarte y Sarabia, quien ordenó se hicieran públicas rogativas. Cuando se encontrraon las santas Hostias, todo el pueblo acudió con lágrimas y sollozos, al lugar de tan indigna profanación; a su cabeza fue el clero de la ciudad, llevando los pies descalzos y una soga al cuello a recoger las venerandas especies. Hablando de este suceso un cronista, dice: "Enlutóse la ciudad y se hicieron plegarias y oraciones, y una procesión de sangre, en que todos los religiosos, el clero y la nobleza asistieron descalzos para aplacar la ira divina, que hace en la permisión de estos casos, que el delito de uno sea indicio de la calamidad de todos".

No solamente en Quito, sino en Lima y todo su arzobispado se ofrecieron a la Majestad divina oraciones fervorosas, penitencias públicas, procesiones y otros actos de desagravio por aquel tremendo sacrilegio. Lo cual prueba la vivísima fe y amor ardiente, que desde su conversión al cristianismo, profesaba la América al augusto Sacramento; por lo cual, crímenes de aquella clase no se reputaban posibles; y si alguna vez acaecían, eran sus autores, al punto, convertidos en blanco de la excecración universal. "El 25 de Marzo, dice el cronista citado, día de la Encarnación del Verbo, se celebró en la catedral de Lima, en desagravio de esta atroz ofensa, una magnífica fiesta con asistencia del Virrey, Arzobispo,

Audiencia, Cabildo y religiones, que terminó en una grande procesión".

No fueron Lima, Quito y otras grandes ciudades del Virreinato, las únicas que se empeñaron en desagraviar a la majestad de Dios ofendida, tomaron también parte en ello las poblaciones secundarias, y hasta las últimas aldeas. Probablemente la autoridad eclesiástica prescribiría aquellos actos de reparación en todos los pueblos que formaban, en ese tiempo, el extensísimo arzobispado de Lima. A consecuencia de esto se verificaron los postreros y más estupendos prodigios, con los que demostró el cielo cuánto le complacía esta grandiosa manifestación eucarística, la más extensa, fervorosa y universal que acaso se ha hecho jamás en toda América, en honra del Rey Soberano de las naciones, y Dios escondido en nuestros altares. De esta manera lo singular y hermoso de los portentos, unido a lo imponente de las manifestaciones populares, contribuyó sin duda a grabar hondamente, en los habitantes del antiguo imperio de los Incas, una fe indeleble y una piedad muy tierna para con la Hostia Sacrosanta. ¡Página bellísima del Reinado de Jesús Sacramentado en América!

En la costa septentrional del Perú, entre Piura y Lima se halla el pequeño puerto de Eten, que en 1649 formaba apenas un *partido* dependiente del pueblo de Reque. Los indios de Eten hablan un idioma especial distinto del quichua, y por lo despejado de su inteligencia y la gallardía de sus formas físicas, se distinguen ventajosamente entre las tribus o razas de aborígenes que formaban el antiguo imperio incásico. El pueblo de la *Magdalena de Eten* estaba confiado a los Padres franciscanos de la Observancia, de la Provincia de los doce Apóstoles. Habiendo llegado a este pueblo la noticia del tremendo sacrilegio perpetrado en Quito, y los actos de edificante piedad con que en casi todo el arzobispado de Lima se había procurado desagraviar a la Majestad divina por aquel inaudito ultraje, el clero y pueblo de aquel fervoroso partido resolvieron celebrar la fiesta de Corpus, que aquel año caía el día 3 de Junio, con pompa y

solemnidad excepcionales, en reparación de aquel execrable sacrilegio. Al efecto, como es costumbre en toda la América española, dióse principio a la proyectada fiesta el día precedente, 2 de Junio de 1649. Reunidos el clero y pueblo en la iglesia, cantáronse con *gran solemnidad* las vísperas, y se expuso el Santísimo Sacramento en la custodia a la adoración de los fieles. Fue éste el momento elegido por la divina Providencia para la gran manifestación eucarística. Terminada la exposición, subió al altar mayor para encerrar la custodia en el sagrario, el Cura y vicario de dicho pueblo, que lo era el religioso franciscano Fray Jerónimo de Silva Manrique. Entonces ¡oh prodigio!: aparece visiblemente en la Hostia consagrada la figura de un hermosísimo Niño, de medio cuerpo para arriba, que fue visto muy distintamente, tanto del Padre como de todo el pueblo que estaba congregado en la Iglesia. El Niño estaba vestido con túnica morada que resaltaba magníficamente en el fondo blanco de la hostia; miraba de frente a los espectadores; y sobre su graciosísimo rostro caían a uno y otro lado ondeando sus cabellos partidos por la mitad, cuyos rubios y dorados bucles le llegaban hasta los hombros. El pueblo atónito de admiración y gozo con semejante e inesperado portento, se deshacía todo en lágrimas, y puestas las rodillas en tierra, lanzaba voces y gritos pidiendo misericordia al Señor, y dándole gracias de que se hubiese dignalo visitarle de tan maravillosa manera; los músicos cantaban y tocaban sus trompetas y demás melodiosos instrumentos; repicaban las campanas, y todo hervía en gozo y felicidad inexplicables. La noticia de tal portento cundió al instante por todas partes, llenando de alegría a cuantos la escuchaban, y aumentando a su paso por doquiera la fe, el respeto y amor para con el divinísimo Sacramento. No es posible calcular cuanto, con este milagro, creció en América la devoción a la Hostia sacrosanta. El Licenciado D. Fernando de la Carrera, *Cura beneficiado, Vicario y Juez eclesiástico* del pueblo de Reque y partidos de Ciclayo y Eten, siguió luego una información prolija y auténtica de todo lo sucedido.

No terminaron aquí las maravillas. El Padre Presidente del convento de Chiclayo, Fray Márcos López, fue

poco después a Eten a celebrar la fiesta de la Patrona del pueblo, Santa María Magdalena, a 22 de Julio del mismo año. Concluída la fiesta, después de la procesión, deseó el Padre cerciorarse por su propia vista de aquel tan raro portento; y así llamó a los Padres Fray Gerónimo de Silva Manrique, Tomás de Relus y Antonio Crespo, y tomándolos consigo entró en la Iglesia, cuyas puertas y ventanas estaban ya cerradas. Entre los cuatro abrieron el Sagrario, sacaron al Sacramento y lo colocaron en alto, bajo un sitial, entre candelas encendidas. Al instante tornó a aparecer en la Hostia santa el milagroso Niño, cubierto como la vez primera con su vestidura morada o atornasolada, de medio cuerpo para arriba; pues era el busto únicamente lo que se mostraba. Dudaron al principio los religiosos de la formación de la cara, porque sólo parecían los cabellos de la cabeza, hasta que advirtieron que tenía la figura de perfil y les daba las espaldas; pues, mientras ellos estaban hacia el lado del evangelio, el Niño miraba hacia el lado de la epístola. Causóles grande pesar a los espectadores la postura de aquel bellísimo rostro, considerando que de esta manera Jesús les significaba su enojo, por cuanto se habían atrevido ellos a dudar si aquella aparición era natural o sobrenatural. Llenos de dolor con tal acontecimiento no quisieron proseguir con otras experiencias, y así luego bajaron temerosos el Santísimo Sacramento al plano del altar.

Entonces se verificó un nuevo portento, que vino a ser la última prueba de la Presencia real del Salvador en la divina Eucaristía; término al que se enderazaba toda esta serie maravillosa de sucesos que, desde hacía seis meses, tenían grandemente excitados el amor y la fe de la América meridional. La sagrada Eucaristía es, según San Agustín, vínculo de unión, lazo del amor, imán de la caridad; es en la participación de un mismo divino Pan en la mesa eucarística, que se palpa y reconoce la fraternidad incontestable de toda la familia humana. La América dividida en aquel tiempo en dos razas opuestas y rivales de españoles e indios, conquistadores y conquistados, necesitaba mucho de que se le recordase esta gran verdad católica. Esto se verificó con la última y más significativa de todas estas manifestaciones euca-

rísticas. Desapareció, pues, súbitamente la hermosa figura del divino Niño, y al punto se mostraron en su lugar, campeando en la Hostia inmaculada, tres corazones blancos unidos entre sí. Lo que puso el colmo a la admiración y amor de aquellos fervorosos y humildes religiosos (1).

Los efectos admirables que tan repetidos portentos produjeron en América, nos lo dice el Padre Fray Diego de Córdova, que los refiere. "Todos aquellos rededores y pueblos (contiguos a Eten) se han llenado de alegría y gozo, con deseo y afecto a la mayor veneración del Santísimo Sacramento, y a todas las partes que ha llegado la fama de tan grande maravilla la celebran con muchas alabanzas que dan a iDos Nuestro Señor". Más adelante, hablando de la necesidad de recibir informaciones de lo ocurrido, dice que conviene hacerlo, "porque tan grandes maravillas que repetidamente obró Dios en tiempos que no sólo dudan los herejes de la real asistencia de Cristo Nuestro Señor en la hostia consagrada, sino que totalmente lo niegan, y Dios Nuestro Señor que nada obra acaso sino con particular providencia para sus altos fines, (quiere) la averiguación de las presentes (que) serán muy de su servicio para la fe de los indios y en especial en el de este divino misterio del Santísimo Sacramento del altar, y Nuestra Sagrada Religión y todo el pueblo cristiano tendrá nuevos motivos para alabar a Dios Nuestro Señor que es admirable en sus obras".

Que la Hostia divina y sacrosanta que tantas maravillas ha obrado para cimentar su reinado de amor en América, se digne continuar haciendo ostentación de sus misericordias, y librar al Nuevo Mundo de la vil y ominosa servidumbre a que le tienen reducido el libe-

(1) Para la relación de estos maravillosos sucesos nos hermos servido, en cuanto nos ha sido posible, de las palabras textuales de los escritores que nos han dejado memoria de ellos. Debemos advertir aquí, que cuando damos el nombre de **Milagro** a algunos de estos sucesos, es según el modo común de hablar; pero sin querer prevenir en nada el juicio de la Iglesia, a quien únicamente toca decidir tales asuntos.

ralismo y la masonería: y que el Ecuador, prodigiosamente preservado de tan dura esclavitud, jamás caiga en ella, deslumbrado por los nombres mentirosos de libertad y progreso que emplea la secta. *La Capilla de Jerusalén* o el *Robo*, en Quito, es el sello de la vocación eucarística de la República del Sagrado Corazón de Jesús.

* * *

Insertamos a continuación los documentos que nos han servido para el relato que precede. Habiendo buscado inútilmente en Quito los relativos a la *Capilla del Robo*, nos dirigimos al Excmo. Señor Dr. Pablo Herrera, distinguido anticuario de la República, y bondadoso amigo nuestro, para que nos dijera dónde podríamos hallar los documentos originales que buscábamos. En contestación fuimos favorecidos con la atenta carta que copiamos en seguida. Poco después, llegó a nuestras manos el número 495 de la bien acreditada "Revista Católica", de Lima, que nos vino muy oportunamente, pues, hacía tiempo que anhelábamos encontrar una relación detallada de los prodigios eucarísticos de Eten; por lo cual transcribimos también, de aquel periódico religioso, el artículo relativo a nuestro intento.

Quito, Noviembre 11 de 1890.—

Sr. Dr. Julio Matovelle.—

Mi muy apreciado y distinguido amigo:

Indudable es que se haya levantado un sumario y seguido la causa correspondiente para pesquisar el crimen sacrílego del robo del copón y custodia de la iglesia de Santa Clara; pero no se sabe dónde paran estos documentos. La memoria de este acontecimiento se conserva por la tradición y relaciones de algunos historiadores, y lo comprueba el modesto templo que se levantó en el lugar donde se encontraron las formas consagradas; templo dedicado al Santísimo Sacramento y conocido vulgarmente con el nombre de **Capilla del Robo**. Hay dos escrituras públicas

relativas a este acontecimiento. La una otorgada por Doña Sebastiana de Landaverde constituyendo un censo para celebrar una fiesta anual en dicha capilla, y otra de Pedro de Aguayo, de 4 de Marzo de 1688, en la cual funda también un censo con el mismo objeto. En esta escritura se refiere que en Enero de 1649, vísperas de San Sebastián, unos indios se robaron de la iglesia de Santa Clara la custodia y el copón con formas consagradas y arrojaron éstas en la calle real, casi a las márgenes de la quebrada denominada **Jerusalén,** sacrilegio que ocasionó profunda consternación en la ciudad. Se hicieron rogativas y penitencias públicas. Los sacerdotes fueron descalzos y con soga al cuello a recoger las formas y hostia consagradas que se encontraron de una manera prodigiosa. Ascaray, Secretario de Cámara, dice que en tiempo del Ilmo. Obispo Dr. Dn. Agustín de Ugarte y Sarabia, "se cometió por unos indios ladrones el sacrilegio de robarse de la iglesia de Santa Clara en la noche del 19 de enero de 1649, el copón con las formas consagradas, las que fueron encontradas en la calle real, guardadas de hormigas que formaban una especie de muro o cerco; en cuyo lugar, añade, fabricó el Prelado la Capilla que llaman de **Jerusalén,** conocida también por el nombre de la del **Robo"** — En la **Serie de los Señores Obispos de Quito** que se encuentra en el tomo 4º de los "Documentos literarios del Perú", colectados y arreglados por el Coronel Dn. Manuel de Odriozola", se refiere el mismo acontecimiento. "Se cometió, dice, por unos indios el atroz delito de robarse la noche del 19 de enero de 1649, las formas consagradas en el cuerpo de Cristo Nuestro Señor, de la iglesia de Santa Clara y las enterraron tras el Monasterio, en la calle real, donde se hallaron guardadas de hormigas que habían formado un muro en forma de custodia, y en este lugar se fundó la devota Capilla denominada Jerusalén". Este raro acontecimiento en la América española produjo tan grande impresión que no solamente en Quito, sino en otros lugares se celebraron piadosos actos de reparación. Así en el poema intitulado "Lima fundada, o Conquista del Perú", escrito por D. Pedro de Peralta Barnuevo, se hace también mención de este suceso; en la nota de la octava 125, dice: "En el día 20 de enero de 1649, fueron robadas en la ciudad de Quito dos hostias y muchas formas consagradas en

un vaso de plata del Sagrario de la iglesia del Monasteterio de Santa Clara. Enlutóse la ciudad y se hicieron plegarias y oraciones; y una procesión de sangre, en que todos los religiosos, el clero y la nobleza asistieron descalzos para aplacar la ira divina, que hace en la permisión de estos casos que el delito de uno sea indicio de la calamidad de todos. En 25 de Marzo, día de la Encarnación del Verbo, se celebró en la Catedral de Lima, en desagravio de esta atroz ofensa una magnífica fiesta con asistencia del Virrey, Arzobispo, Audiencia, Cabildos y religiones, que terminó en una grande procesión".— El Padre Fray Diego de Córdova y Salinas refiere igualmente este acontecimiento en su Crónica de San Francisco.— Su afmo. amigo y S.— **Pablo Herrera.**

APARICION EN EL PERU DEL NIÑO DIOS EN LA HOSTIA CONSAGRADA.—

(Artículo de la "Revista Católica", de Lima, Núm. 495). Según consta del expediente superabundantemente comprobado, que existe en el Archivo del Convento Máximo de Jesús de la V. Orden del Seráfico de Asís de Lima, en el año de 1649 en la ciudad de Quito, fue profanado el Santísimo Sacramento. Llegó esto a noticia del clero y pueblo de Eten, quienes se propusieron desagraviar a la Divina Majestad preparándose a celebrar debidamente la festividad del Corpus que aquel año cayó el día 3 de Junio. Transcribiremos a la letra para mejor inteligencia y edificación de nuestros lectores, la petición que entonces presentó Fray Diego de Córdova a Fray Luis Lloscos, Vicario Provincial y Comisario General de la Orden Franciscana. Dice así: En este Convento de Jesús de Lima en 18 días del mes de Agosto de 1649 años se presentó esta petición ante su P. M. Ado. Mtro.: Fray Diego de Córdova de la Regular observancia de Nuestro Padre San Francisco, Padre de esta Santa Provincia de los doce Apóstoles de Lima, y cronista de todas las del Perú, me presento ante V. P. M. R. en la vía y forma que de derecho puedo, y digo: que en este Chasque de Quito y Llanos de Saña y Trujillo que llegó a esta ciudad de Lima hoy 17 de Agosto de 1649 años entre los papeles que vuestra P. M. R. tuvo, fue un pliego del Padre Predicador Fray Mar-

cos López Presidente del Convento de Chiclayo, y en el un tanto autorizado en manera que hace entera fe de una información, que a instancia suya hizo según la forma de derecho el licenciado don Fernando de la Carrera, Cura beneficiado, Vicario y Juez eclesiástico del pueblo de Reque y partidos de Chiclayo y Eten, en que por ella constó de la deposición de muchos testigos jurados que por su persona examinó, y de otras diligencias que para ello hizo que el miércoles 2 de Junio de este presente año de 1649, un día antes de la fiesta de Corpus en el pueblo de la Magdalena de Eten, habiéndose dicho las vísperas con gran solemnidad, descubierto el Santísimo Sacramento y colocado en su custodia sobre el Sagrario, al tiempo que el Padre Predicador Fray Gerónimo de Silva Manrique, Religioso de nuestra orden, Cura y Vicario de dicho pueblo, subió al altar mayor para encerrar la custodia en el Sagrario, apareció visiblemente en la misma hostia consagrada una figura de niño muy hermoso, de medio cuerpo para arriba, que distintamente fue visto del dicho Padre Vicario, y de todo el pueblo que estaba congregado en la iglesia; el cual estaba vestido de una vestimenta como morada siendo el círculo de la hostia muy blanco, de manera que salía, que hacía distinción de un color a otro, y los cabellos de la cabeza tenía partidos por la frente, la mitad a un lado y la mitad a otro, rubios que le llegaban cerca de los hombros, la cara y carnes de cuerpo humano que hacían distinción de la hostia. Todo lo cual fue visto clara y distintamente de todo el pueblo, hombres y mujeres, que movidos de devoción y gozo espiritual, las rodillas en tierra daban gritos y voces derramando muchas lágrimas, pidiendo misericordia al Señor y dándole gracias que se hubiese dignado de visitarles con tantas demostraciones, los músicos cantaban y tocaban las chirimías y trompetas y repicaban las campanas, y todos aquellos rededores y pueblos se han llenado de alegría y gozo con deseo y afectos a la mayor veneración del Santísimo Sacramento y a todas las partes que ha llegado la fama de tan grande maravilla la celebran con muchas alabanzas que dan a Dios Nuestro Señor.— Después de haber constado por dicha información jurídica, que la dicha aparición del Señor en la hostia consagrada fue real y verdadera, el Pa-

dre Presidente del Convento de Chiclayo, Fray Marcos López, habiendo ido al dicho pueblo de Eten a celebrar la fiesta de la Magdalena a 22 de Julio de dicho año de 1649, el dicho Padre Presidente, después de la procesión, curioso y deseoso de certificarse por su persona de la maravilla pasada, llamó a los padres Predicadores Fray Jerónimo de Silva Manrique, Fray Tomás de Relus y Fray Antonio Crespo y los llevó a la Iglesia la cual estaba cerrada y las ventanas y entre los cuatro abrieron el sagrario y sacaron el Santísimo Sacramento y lo colocaron en alto sobre un sitial con las mismas candelas encendidas que siempre ha tenido, y al mismo instante apareció segunda vez un niño como de media talla de bulto que parecía de la hostia con la vestidura morada o atornasolada de medio cuerpo para arriba. Dudaron al principio los Religiosos de la formación de la cara porque sólo parecían los cabellos de la cabeza, hasta que advirtieron que tenía el rostro vuelto y torcido hacia el lado de la epístola y los religiosos estaban al del Evangelio; cáusales tristeza la postura del rostro, apesarados de haber dado lugar a la duda, si dicha aparición habría sido natural o sobrenatural y no queriendo proseguir con otras experiencias, bajaron temerosos el Santísimo Sacramento al plano del altar y al punto aparecieron en la hostia tres corazones blancos unidos entre sí, y porque tan grandes maravillas que repetidamente obró Dios en tiempos que no sólo dudan los herejes de la real asistencia de Cristo Nuestro Señor en la hostia consagrada sino que totalmente lo niegan, y Dios Nuestro Señor que nada obra acaso sino con particular providencia para sus altos fines y la averiguación de las presentes serán muy de su servicio para la fe de los indios y en especial en el de este divino misterio del Santísimo Sacramento del Altar y Nuestra Sagrada Religión y todo el pueblo cristiano tendrán nuevos motivos de adorar a Dios Nuestro Señor que es admirable en sus obras. A. V. P. pido y suplico se sirva de tener por presentada esta mi petición y de mandar al Padre Guardián del Convento de Saña y en su ausencia al que V. P. fuere servido y que pida y exhorte al dicho Señor Licenciado, D. Fernando de la Carrera, Cura beneficiado, Vicario y Juez eclesiástico del pueblo de Reque y partidos de Chiclayo y Eten, se sirva

de hacer información de las segundas maravillas aquí expresadas mandando V. P. M. R., hagan sus declaraciones jurídicas ante dicho señor Juez eclesiástico los dichos Padres Predicadores Fray Marcos López, Fray Jerónimo de Silva Manrique, Fray Tomás de Relus y Fray Antonio Crespo debajo de juramento y lo más que conviniere para la entera averiguación de dichas maravillas y concluída dicha información remitan a Vuestra P. M. R. el tanto de ella autorizado en manera que haga fe para que así consten a los Reverendísimos de la Orden, y yo pueda ponerla en estampa para la mayor gloria de Dios, edificación del pueblo cristiano y exaltación de la fe católica y pido justicia.— *Fray Diego de Córdova*.— Y vista por su Paternidad mandó que el Padre Predicador Diego de Albarracín Guardián de nuestro convento de Saña se presente ante el señor D. Fernando de la Carrera Cura beneficiado y Juez eclesiástico del pueblo de Reque y su partido y le pida y suplique haga información del segundo prodigio y milagro que Dios Nuestro Señor obró en su hostia consagrada en el pueblo de Eten a veintidós de Julio de este presente año en el día y fiesta de la bendita Magdalena para que conste jurídicamente la merced que Dios nos quiso hacer, apareciendo visiblemente a los testigos referidos en la petición de arriba para que de ello resulte mayor gloria a su Divina Majestad y consuelo a los fieles y así lo ordenó y mandó y firmó de su mano.— *Fray Luis Lloscos*.— Vicario Provincial y Comisario General.— Ante mí.— *Fray Manuel Herbas*, Secretario General.— Dichas apariciones fueron confirmadas por el testimonio jurado de los testigos Fray Marcos López Cura de Chiclayo, Fray Jerónimo de Silva Manrique, Cura y Vicario de Eten, Fray Tomás de Relus, Fray Antonio Crespo y *de todos los vecinos del pueblo que se hallaron presentes al acto*.— Se puso en conocimiento del Rey de España tan grandioso suceso, y S. M. expidió la Real Cédula que sigue:— El Rey.— Muy Reverendo en Cristo Padre D. Melchor de Liñán y Cisneros Arzobispo de la Iglesia Metropolitana de la Ciudad de los Reyes, en las provincias del Perú, de Consejo Virrey, Gobernador y Capitán General de ellas en Interín; háse recibido una carta de Fray Marcos López, de la Orden de San Francisco, de 1º de Julio del año pasado de 1678, con que

remitió una relación y estampa de la forma en que se apareció, Nuestro Señor, en la hostia, tres veces, en el pueblo de indios de Eten doctrina de los religiosos de su orden y jurisdicción del Obispado de Trujillo y representa que aquella Iglesia, está totalmente agotada con los rigores del tiempo, y tan pobre y necesitada, que si no la asisten con alguna limosna, se estaría arruinada, por ser tan pobres los naturales de aquel pueblo, que no tienen con qué acudir a su reparo, y que así mismo fuese servido de confirmarles los privilegios que los Virreyes de esas provincias les han concedido y habiéndose visto en mi Concejo de Indias y consultándoseme sobre ella he resuelto se libren mil pesos en las tercias partes de vacante de obispados que entraren en mi caja real de esa Ciudad de los Reyes, para ayudar al reparo de la Iglesia de dicho pueblo de Eten, y así os encargo déis las órdenes que convenga a los oficiales de mi hacienda de ella para que cualesquier maravedises, que hubiere en su poder, o a él vinieren precedidos de las dichas tercias partes den y paguen los mil pesos de a ocho reales de plata referidos, que con carta de pago de la persona que fuere parte legítima, la orden que diere, des, y esta mi cédula se recibirán y pasarán en cuenta a los dichos oficiales de mi hacienda de esa dicha ciudad los dichos mil pesos de a ocho reales de plata sin otro recaudo alguno. Y así mismo confirmo y apruebo los privilegios que hubiere dado mi Virrey de esas provincias, a los naturales del dicho pueblo de Eten, y mando se guarden y cumplan, y que contra su orden y forma no se vaya, ni pase, ni consienta ir ni pasar en manera alguna que así es mi voluntad, y de la presente tomarán la razón, mis contadores de cuentas que residen en dicho mi Concejo de las Indias, fecha en Madrid a nueve de Marzo de 1680 años.— Yo el Rey.— Por mandato del Rey nuestro señor D. Francisco Fernández de Madrigal.— La autenticidad del expediente y la circunspección con que se manejan los graves negocios que se someten a la Real decisión, no permiten poner en duda tan faustos acontecimientos.

EL REINADO EUCARISTICO..., Tomo I, Año I: VII, (IV.1892), págs. 273-291.

NUESTRA SEÑORA DE LA RABIDA (1).

Ley indudable del orden sobrenatural es que hemos de hallar siempre a la Santísima Virgen al lado de su Hijo divino, concurriendo con su mediación poderosa a salvar al hombre del yugo del pecado, y hacerle participante de los frutos preciosísimos de la Redención. Ilustres y bien tajadas plumas se han dedicado a demostrar que el Descubrimiento de América por Cristóbal Colón fue obra preparada y dispuesta por la divina Providencia; de manera que el sabio Pontífice reinante ha reivindicado esta gloria como exclusiva y propia de la Iglesia Católica. El nombre de San Salvador impuesta a la primera isla del océano descubierta por Colón; el estandarte santo de la Cruz izado en la carabela almirante; la sagrada Comunión recibida por los audaces marinos antes de partir; los principales sucesos del Descubrimientos acaecidos casi todos en viernes; éstas y otras varias circunstancias análogas nos prueban claramente que el Nuevo Mundo es hijo de la Cruz, y una porción predilecta de la Herencia divina de N. Señor Jesucristo. Pero si todas las gracias descienden a la tierra por manos de la Santísima Virgen, ¿qué nos hace vislumbrar la historia acerca de la intervención sobrenatural de esta excelsa Reina en aquel gran Descubrimiento? ¿Es o no ésta una gracia que la América debe a la intercesión de María?

A poca distancia del puerto de Palos, en las costas de Andalucía, levántase el histórico y célebre santuario de *Santa María de la Rábida,* tan memorable y caro para cuantos hemos nacido en este hermoso suelo de América. He aquí la descripción que nos hace de aquel un escritor distinguido.

"Hoy que tan grande como justa resonancia ha llegado a alcanzar en uno y otro hemisferio el convento de Santa María de la Rábida, creemos que se leerán con in-

(1) Para escribir este artículo nos hemos servido en gran parte de la erudita y apreciable obra publicada últimamente en España, con el título de **Colón y la Rábida,** por el P. Fr. José Coll, Menor observante.— 2º edic. Madrid. 1892.

terés los siguientes apuntes histórico-geográficos. Dista el convento de la Rábida de la capital de Huelva de cinco a seis kilómetros en línea recta, y un doblado trayecto la separa del mar, cuyas aguas salobres se mezclan con las del Odiel y del Tinto, ríos ambos que verifican su confluencia un poco antes de llegar a aquel convento. El embarcadero de Palos está distante unos tres kilómetros de l aRábida. Fácil y agradable es la entrada de ésta, cuando se llega a ella por la parte del Oriente; no sucede otro tanto para los que preceden de cada uno de los otros tres puntos cardinales. Si los que van en demanda de la Rábida llegan por la ribera, ora bajan de la parte de Palos, ora suban de la mar, necesitan atravesar las marismas, especie de yermos cuajados de juncales, cuyas puntas hieren como alfileres. Pero esto es lo de menos: lo peor del caso es lo muy peligroso del camino por la multitud de charcas y canales de que está inundado, gracias a las inundaciones del Tinto, pues como el nivel del terreno es tan bajo, las aguas de las mareas han abierto en él muchas y profundas cortaduras. El puerto de Palos está situado entre Huelva y la Rábida, guardando casi la misma equidistancia entre el uno y el otro de aquellos dos puntos. Al salir de Palos para tomar gallardamente descuella sobre la punta o extremo de un promontorio en frente de los ríos Odiel y Tinto, que allí se juntan para desaguar en el mar por la vecina barra de Saltés, se registra de lleno y sin impedimento alguno leguas antes de llegar a él, siendo tan sorprendentes los efectos ópticos que su vista produce, que, merced a la capa de cal con que, a usanza andaluza, todos los años renueva la Diputación Provincial de Huelva su blancura, semejase a una inmensa pella de nieve desgajada de las nubes, o bien a un cisne colosal que se cierne con reposado vuelo en el espacio. El promontorio aquel hallábase cubierto, en tiempos antiguos, por hermosas arboledas formadas de romerales, naranjos, palmeras, almendros y otros frutales que hacían aquel sitio en gran manera delicioso y apacible; ahora en vez de aquellos hermosos frutales se vé únicamente un corto número de viñas con algunos perales y tal cual higuera, granado y moral.

"En la meseta donde está asentado el convento, y

a unos cincuenta pasos antes de llegar a la portería, álzase una calada cruz de hierro de época reciente, sobre pedestal cilíndrico, cuya base se compone de tres órdenes de gradas circulares. El convento de la Rábida consta de dos claustros con arcadas de medio punto, y habitaciones en la planta baja y en piso alto. En los bajos del primer claustro, que da a un patio todo cubierto de flores, se ven cuatro celdas, una de ellas provisionalmente destinada para cocina, con más la puerta interior de la iglesia, y otra que da entrada a la sacristía. Hoy aquellas cuatro celdas desaparecen.

"El piso alto del indicado primer claustro no contiene más que un departamento con cuatro habitaciones, que servían de enfermería a la antigua comunidad.

"La parte baja del segundo claustro, o patio interior, consta de la estancia del *De profundis*, con asientos de piedra cubiertos por encima de ladrillos, en que caben como veinte personas; y el refectorio, que es anchuroso y claro, donde pueden muy bien acomodarse de cuarenta y cinco a cincuenta comensales. Saliendo del refectorio se entra en el claustro bajo, y en él se encuentran unas diez celdas. Total unas treinta celdas". (1).

Este humilde convento fue el lugar designado por la Providencia para centro eficaz de acción, respecto de una de las más grandiosas empresas que jamás han contemplado los siglos, y que más decididamente han influído en la suerte de la humanidad.

Era el último tercio del siglo decimoquinto, cuando se hallaba de guardián de la Rábida el P. Fr. Juan Pérez, de la Orden de Menores observantes, a que ese convento pertenecía. Un día un pobre extranjero, que llevaba de la mano a un niño pequeñito, presentóse a las puertas de aquel convento pidiendo abrigo y pan, porque se halla-

(1) Los rasgos descriptivos que preceden están entresacados, casi textualmente, de la obra antes citada.

ban ambos rendidos de hambre y de fatiga. El Guardián dio cariñosa acogida a aquel mendigo; y de aquella al parecer entrevista casual del religioso con el pelegrino, sobrevinieron consecuencias tan portentosas como la de enriquecerse la humanidad con un nuevo Mundo, y extender la Cruz sus dominios sobre dos hemisferios. En efecto, aquel franciscano humilde era el antiguo confesor de Isabel la Católica, y aquel peregrino era Cristóbal Colón: los dos personajes a quienes había destinado el cielo, para la grande obra del Descubrimiento de América. Además, "la Rábida es la primera cátedra en España donde Colón, asociado de Marchena, enseñó al mundo que existían por descubrir inmensos territorios y multitud de pueblos sumidos en la barbarie que no habían sido descubiertos hasta entonces; y que, dada la esfericidad de la tierra, el camino más breve para llegar a las Indias Orientales era el navegar hacia el Occidente. El solo nombre de la Rábida electriza de entusiasmo a todo español, en cuyo pecho no se ha extinguido la llama de la fe y el amor de la patria". Otro tanto debemos decir de todo americano.

Según los cálculos más fundados de la crítica, Colón visitó la Rábida por tres distintas veces, antes de su gloriosa expedición. La primera cuando procedente de Portugal, y cansado de solicitar la protección del monarca lusitano, y el amparo de otras cortes de Europa, se resolvió acudir a la de España; por cuyo motivo arribó a la rada de Palos y buscó un refugio en la Rábida, acompañado de su hijo Diego que contaba seis o siete años de edad. Entonces trabó amistad con el célebre Fray Juan Pérez, que entró de lleno en los grandiosos proyectos del marino genovés, y lo recomendó eficazmente ante la corte y muchos grandes de España. La segunda visita tuvo lugar siete años después de la primera, cuando Colón fatigado de las dilaciones interminables que para la realización de sus proyectos encontrara ante los Reyes Católicos, resolvió acudir al de Francia; y así abandonó a Granada, y fue a despedirse de su amigo el Guardián de la Rábida, quien llenó de consuelos a aquel ánimo angustiado, y le decidió a volver por segunda vez ante la gran princesa de Castilla. La tercera visita de Colón a la Rá-

bida, fue ya para equipar en Palos la flota que había de conducirle a su ansiado descubrimiento.

¿Qué maravilloso imán atraía tan irresistiblemente a la Rábida al audaz y heroico navegante? ¿Qué estrella misteriosa brillaba en aquel pedazo del cielo andaluz, que con tan dulce encanto serenaba el ánimo conturbado del héroe, y guiaba tan felizmente sus pasos al término de la anhelada empresa? ¿Era únicamente el trato amable del Padre Fray Pérez, o la conversación ilustrada y docta del sabio Padre Antonio de Marchena? No por cierto.

Desde hacía algunos años se veneraba en el Santuario de la Rábida una devotísima imagen de la augusta Madre de Dios, con el título de *Nuestra Señora de los Milagros;* cuya breve pero peregrina historia formará el remate del presente artículo. Las repetidas visitas a aquel claustro habían familiarizado al piadoso viajero con aquella santa efigie. ¡Cuántas veces se postraría ante ella, para implorar la soberana protección de la Reina de los ángeles, en favor de sus atrevidos proyectos! ¡Cuán ardiente lágrimas derramaría delante de los altares de la que es llamada *Auxilio de los cristianos y Consoladora de los afligidos!* Por otra parte, qué grato es ver cómo las empresas más grandes y benéficas a la humanidad se han concebido, se han desarrollado y han logrado su éxito al amparo siempre de un santuario de María! Por manos de esta Virgen Inmaculada han venido y vendrán todas las gracias al mundo. No el acaso, sino la divina Providencia obligó a Colón por medio de un imprevisto temporal a desembarcar de arriba en Palos, cuando huyendo de Portugal iba en pos de otro país más hospitalario y generoso. Era que en los planes de Dios estaba ya resuelto que a Nuestra Señora de los Milagros había de deberse este portento más: el Descubrimiento de América. Por esto, Colón encuentra en aquel ignorado claustro franciscano la protección que hasta entonces ha buscado inútilmente en toda Europa; allí, al ínclito Marchena que comprende su *locura,* y abraza sus proyectos. Años después, lanzaba el héroe esta sentida queja: *Nun-*

ca hallé ayuda de nadie, salvo de Fray Antonio de Marchena, después de aquella de Dios eterno.

Bien testificada dejó el sabio y piadoso genovés la entrañable gratitud que por tantos beneficios profesaba a la Inmaculada Reina de los Angeles. Consumada finalmente su grandiosa empresa, mandó construir a expensas suyas, cerca de Palos, una hermosa ermita dedicada a María, con el título de *Nuestra Señora de las Flores*. Dispuso que la expedición zarpara de aquel puerto el 3 de Agosto de 1492, al día siguiente de la fiesta de Nuestra Señora de los Angeles, que lo era también de la Virgen de la Rábida. El día mismo de la expedición, después de recibir en la iglesia de San Jorge de Palos el Pan divino de los fuertes, toda la tripulación se dirigió a la Rábida a despedirse de María y recibir la bendición de la que es llamada *Estrella de los Mares*. La carabela almirante fue bautizada con el dulcísimo nombre de *Santa María;* en la que iba enarbolado el estandarte de Castilla, y pintado en él la imagen sagrada de Jesucristo crucificado. ¡Disposiciones admirables del cielo! Santa María, el ojo avisor de Colón fue el primero en divisar aquella misteriosa llamarada, que en la noche del once de Octubre de 1492, anunció a los marinos que estaba ya encontrado el mundo que buscaban! Durante esta larga e incierta navegación, todas las tardes entonaba la tripulación, al acompasado rumor de las olas, el cántico sublime del *Salve Regina*, que encendía de nuevo la esperanza en aquellos ánimos desalentados ya y próximos al despecho y la rebelión.

Encantador espectáculo aquel, cuando Colón, a bordo de la Santa María, llevaba en sus manos ondeante y desplegado el estandarte de la Cruz, y entre las notas dulcísimas del *Te Deum,* que entonaban a coro las dos restantes carabelas, saltó el primero a las playas de América, y plantó el signo santo de la Redención! Hermosa imagen de la primera historia del Cristianismo: cuando sobre las ondas de los tiempos asomó María, llevando en sus entrañas virginales al Hacedor del orbe, y plan-

tó en el Calvario la Cruz que ha salvado al mundo! (1).

La corta, pero singular historia de Nuestra Señora de la Rábida, nos hace también entrever que este santuario estaba preparado por la Providencia para teatro de los grandiosos hechos que en él se realizaron.

Refiere una tradición no despreciable, que en una ermita vecina a Palos se veneraba, desde remotísimo tiempo, una prodigiosa imagen de la Santísima Virgen, con el título de Nuestra Señora de los Milagros, o de los Remedios; muy célebre en toda la comarca por las gracias que dispensaba a sus devotos. "Estuvo la celestial Reina en su casa obrando multitud de portentos desde el año 313 hasta el 719. Por este tiempo dos de los sacerdotes que la custodiaban y cuidaban de su culto,

---

(1) Leemos en un periódico extranjero (**La Defensa católica**, de Bogotá), el siguiente suelto, acerca de la manera cómo ha celebrado España el recuerdo de la memorable expedición de 3 de Agosto de 1492. **La fiesta del puerto de Palos.**— Bajo el cielo azul de la hermosa Andalucía, mostrábase el 3 del mes pasado, el histórico Puerto de Palos de Moguer, alegre y risueño, como candorosa virgen en el día de sus desposorios, y era que el mundo celebraba el 4º Centenario de la fecha en que Cristóbal Colón principiaba la empresa más valerosa que recuerdan los tiempos antiguos y modernos, confiado únicamente en su inquebrantable fe en la Providencia Divina.

Desde varios días antes, multitud de viajeros de diversas naciones llenaban a Huelva y poblaciones cercanas, ansiosas de asistir a tan simpática celebración.

En la mañana del día 2, los buques de la escuadra española zarparon de Huelva para Palos, llevando a bordo al Señor Ministro de Marina y a varios Delegados españoles, y en la madrugada del 3 se celebró el santo sacrificio de la misa en la misma iglesia en que ahora cuatrocientos años el ilustre genovés recibía el Sacramento de la Comunión, como fervoroso católico.

El Ministro de la Marina, en nombre del Gobierno español, y los Delegados a la fiesta asistieron a la misa y una vez terminada ésta, un modelo de la carabela **Santa María**, bajó el río, a la vela, pasando por entre los buques de guerra, que se hallaban colocados en dos filas.

No bien hubo la carabela cruzado la barra del río, como para hacerse a la mar, cuando todos los buques de guerra extranjeros dispararon repetidos saludos y después la escoltaron, encabezando la flotilla el blindado francés **Du Guesclim**, al cual seguían los buques ingleses y argentinos.

Al siguiente día los buques italianos se fondearon cerca de la barra a fin de llevar la delantera, pero los demás buques se acercaron al lugar de partida dejando atrás los buques italianos.

La fiesta del Puerto de Palos será, sin duda, una de las más bellas de la celebración del presente Centenario.

viendo que los moros iban haciéndose dueños de todo el territorio de aquella provincia, clamaban al cielo con continuas plegarias para que los enemigos de la religión no llegasen a ultrajar aquella milagrosa copia de la excelsa Madre del Verbo; y, según narra la tradición, les fue revelado que, si querían salvarla, la escondieran en el mar, como así lo hiiceron, acompañados de dos seglares, ambos muy piadosos". (1)

Pasaron setecientos años, y la milagrosa imagen permanecía aún oculta en el fondo de las aguas. En esto llegó la fiesta de la Inmaculada Concepción, ocho de Diciembre de 1472. Los pobres pescadores de aquella costa, viéndose faltos de lo necesario a la vida, dirigiéronse a los religiosos de la Rábida, en demanda de permiso, para ejercer su arte en aquel día. El Padre Fray Juan Bautista Pedroso les repuso: "que en manera alguna se debía quebrantar el precepto de la fiesta, pero que bien podían echar un lance para comer ellos y la Comunidad". Hiciéronlo así, a presencia del mismo Religioso; pero cuál no fue su asombro cuando, en vez de sacar la pesca que buscaban, miraron salir en las redes una hermosa imagen de la aSntísima Virgen, con el Niño Jesús en los brazos. Sin embargo, este gozo no fue completo, porque la imagen del divino Infante estaba truncada. Volvieron a lanzar las redes, y a poco apareció en ellas el busto del Salvador, que fue devotamente tomado entre las manos del Padre Juan Bautista, quien aplicándolo al lugar correspondiente de la estatua, lo ensambló maravillosamente con ella, hasta formar una sola escultura.

Con la noticia de tan singulares portentos acudió la gente de todos los contornos, a venerar aquella peregrina imagen de la augusta Madre de Dios. Luego pleitearon entre sí los vecinos de Palos y los de Huelva; éstos, porque querían para su pueblo la estatua, por haberla, decían, sacado en sus redes; aquéllos, porque trataban de hacerla quedar en su iglesia, por haberla, contestaban, encontrado en su puerto. La cuestión fue resuelta por el

(1) El Padre Coll, en la obra citada.

Guardián de la Rábida de esta manera: mandó colocar la imagen en una barquichuela, y que se abandonara ésta al impulso de las olas y los vientos. Grande fue la admiración de todos cuando el débil esquife, rompiendo la corriente de las aguas, dejó el mar, y abriéndose paso, a través de la corriente del Odiel y del Tinto, fue a parar en el desembarcadero de la Rábida.

¡Rara y bellísima coincidencia! Aquella santa imagen sumergida por tantos siglos en la mar, iba a tener, pocos años después, postrado ante sus plantas a Colón, que con la inspiración y auxilio poderosísimos de María, iba a arrancar a un Mundo por largos siglos sepultado entre las brumas del océano! Cuántas veces, en los momentos de agitación y duda, la historia de Nuestra Señora de la Rábida ocurriría al ánimo apenado del heroico Almirante, como un presagio consolador, y una estrella de esperanza. (1).

La veracidad del relato que precede puede comprobarse no sólo por el testimonio de una respetable tradi-

---

(1) En un curioso artículo titulado **Colón devoto de la Santísima Virgen** ("La Revista Católica", de Lima, núm. 556), se comprueba nuestro aserto, esto es, que el insigne marino recurría siempre a María, en todos sus conflictos. Dice así: —"Antes de darse a la vela comulgó Colón (otros afirman en Palos) en el monasterio de Nuestra Señora de la Rábida, implorando el auxilio de la celestial Señora, y a las tres de la mañana del 3 de Agosto de 1492, favorecida por suave brisa del Este, partió la pequeña flota con rumbo a lo desconocido, confiando siempre el Almirante en la protección de María, cuyo nombre llevaba por orden suya en la proa la nave capitana, antes llamada "Gallega" o "Marigalante", y todas las noches la tripulación, para obtener próspero acierto, entonaba la Salve, plegaria tan invocada por los marinos en los momentos de peligro en mares aciagos y tormentosos. Surgió la codiciada tierra, y Santa María de la Concepción fue el nombre con que designó Colón a la mayor de las islas, y después llamó a otra Estrella de los Mares y Puerto de la Concepción y Mar de Nuestra Señora.

Llegó el 8 de Diciembre y las carabelas, empavesadas con gallardetes y banderolas, y al ruido de salvas de artillería, celebraron la fiesta de la Patrona de España, invocando las tripulaciones a Santa María del Occidente para unirse en espíritu y en oración a sus lejanos compatriotas. Trabó después Colón estrecha amistad con el cacique Guaraní; como recuerdo suyo le puso al cuello una medalla de la Virgen, y pensando siempre en las glorias de María, llamó a un montículo Cabo del Angel en memoria de la Anunciación.

De regreso a España el 17 de Febrero de 1493, suscitóse tan horrible tem-

ción, sino por un hecho muy significativo; y es el haberse averiguado de modo indudable que la imagen santa permaneció por largo tiempo oculta entre las aguas. Consta esto del siguiente certificado expedido por un ilustrado artista ,en 1718; por el cual se puede formar una idea, siquiera remota, del aspecto original y primitivo de aquella célebre escultura. Dice así el referido documento. "D. Juan de Henestrosa, natural de la ciudad de Moguer, Profesor del arte de la pintura; certifico:— Que habiendo sido llamado al Convento de Nuestra Señora de la Rábida de Religiosos Recoletos de la Orden de N. Sco. P. San Francisco,... para el efecto de dorar y estofar la milagrosa imagen de Nuestra Señora de los Milagros, que se venera en dicho Convento en el altar y capilla del Comulgatorio, se bajó a dicha imagen del altar, y registrada, hallé ser de piedra alabastro, barnizado el rostro y manos sobre colores a temple, muy obscurecidos por la antigüedad, con barnices resinosos y no con encarnación de pulimento en mate, como hoy se estila; y todo

---

pestad que los marinos imploraron el auxilio del cielo. ¿Y qué mejor intercesora podían tener que la Madre de Dios? Propúsoles Colón hacer el voto de ir uno de ellos con los pies descalzos y un cirio de cinco libras en peregrinación a Santa María de Guadalupe, célebre santuario situado en Extremadura. Echóse en suertes quien había de ser el peregrino, y tocóle a Colón representar a aquel puñado de valientes ante la bendita y venerada imagen. Pero la tempestad no cedió; y las olas encrespadas, con furia vertiginosa, cual si fuesen movidas por espíritus infernales, amenazaron sumergir las zarandeadas naves, y en vista del amenazador peligro determinaron ofrecer otro voto: ir al santuario de Loreto, en los Estados pontificios, cayendo la suerte a un marinero llamado Pedro Villa, de la dotación de la barca **Santa María**, encargándose del coste del viaje el Almirante. Aún no satisfechos prometen todos ir en procesión con los pies descalzos y penitentes a la primera iglesia de la Virgen que hallaren al desembarcar, cuando un viernes, al rayar el alba, gritó el vigía: ¡Tierra al Nordeste!, y el lunes desembarcaron en Santa María, la isla más meridional de las Azores, cumpliendo en seguida su voto la tripulación. Embarcados de nuevo el 3 de Marzo, suscitóse nueva borrasca, y se sorteó otra vez cuál había de ser el marino que penitente fuese a Nuestra Señora de la Cinta, en la provincia de Huelva, y la suerte designó otra vez al Almirante. Al fin el 15 desembarcaron en Palos; el 16 fueron en peregrinación a Nuestra Señora de la Rábida, y el mismo religioso franciscano que celebró la Misa de partida celebró también la solemne de acción de gracias, concurriendo muchísima gente, que presenció con edificación y conmovida la recogida actitud y fervorosa devoción, no sólo de Colón, sino de toda la tripulación, desde el pequeño grumete hasta los segundos comandantes que llevaron a cabo, y entre espantosos peligros, tan gloriosa expedición.

el ropaje floreado a lo gótico con ramalajos de oro, sentado con la misma especie de barniz, y no con las sisas que hoy suelen usar, cuyo adorno era sobre el blanco de la piedra, sin tener más añadido de colores que las vueltas del manto. Por lo que toca a fondo nunca se pudo percibir si sería azul o verde, por lo tomado y obscuro que estaba del tiempo. Que puesto por obra el empezar a disponer la imagen para darle los aparejos correspondientes para el dorado y estofado... fue preciso empezar a limpiarla de los dichos barnices y adorno antiguo que tenía, y llegando a los fondos del manto, vueltas de él y demás ropajes, se le halló cantidad como de barro o lama introducida en dichos fondos; por cuya razón se llamó la mayor parte de la Comunidad que la vieran verdaderamente, y que el estar aquella materia en aquel sitio, no podía proceder de otra cosa que de haber estado la Santísima Imagen debajo del agua tanto tiempo como estuvo, según la tradición...".

Otro hombre instruído en el arte ha hecho una descripción circunstanciada del estado en que al presente se encuentra la célebre imagen; extractaremos lo sustancial. "Labrada en mármol la efigie de Nuestra Señora de los Milagros (de la Rábida), ofrécese totalmente colorida y con poco arte encarnada; hállase en ella representada la santa Madre de Dios en pie, teniendo sobre el brazo izquierdo sentado a su Divino Hijo. En actitud de caminar, muestra en la inclinación del cuerpo el esfuerzo natural con que soporta el peso del Santo Niño, cuyas extremidades inferiores apoya en la cadera izquierda; viste larga túnica, que desciende en pliegues paralelos y algún tanto regulares hasta el suelo, asomando por debajo de ella la punta del pie derecho, la cual excede de la peana, sobre la cual asienta la figura púdicamente descotada; cierra la túnica sobre el pecho, dejando al descubierto la garganta y el nacimiento del seno, y tiene la cabeza algún tanto inclinada hacia adelante, siendo la expresión de su rostro reflexiva. Cubierta por un manto que permite ver el nacimiento del cabello sobre la frente, donde se parte al uno y otro lado, simula tener ambas puntas del manto recogidas a la izquierda para abrigar al Niño; y mientras al presente deja caer el brazo derecho a lo

largo del cuerpo, no sin naturalidad y por debajo del manto, el cabo derecho de éste, en ondulantes y escasos pliegues que acusan cierta rigidez, cayendo sobre la túnica, la envuelven horizontalmente y sin gracia". (1).

La gratitud que ha impulsado a la América a celebrar este año, con espléndidas fiestas, la memoria de Colón y de su grandioso descubrimiento, debe con mayor razón impulsarnos a honrar a la Reina de los Angeles, por cuya intercesión poderosa ha recibido nuestro Continente la dádiva inestimable de la Fe Católica y la civilización verdadera. Ojalá que las fiestas del Centenario dieran por resultado un aumento de devoción y amor, de parte del Nuevo Mundo, hacia la Inmaculada Virgen. Ojalá que entre los títulos de gloria que se han complacido los pueblos en dar a esta dulcísima Reina, pudiera contarse este otro que, con tanta justicia le corresponde, de: *Nuestra Señora de América!*

---

(1) El Sr. Amador de los Ríos, citado por el P. Coll.

NACIONES CONSAGRADAS ESPECIALMENTE A LA SANTISIMA VIRGEN

I

El culto de la Santísima Virgen es tan antiguo como el cristianismo; no hay pueblo católico ni edad alguna de la Iglesia que no nos suministren pruebas abundantes de esta verdad. Desde las catacumbas hasta las grandiosas catedrales góticas, hállanse las imágenes de María al lado de las de Jesús; el regazo de esta Madre dulcísima es el trono predilecto, desde el que el Salvador se ha complacido en reinar sobre todas las naciones de la tierra. Una docta Revista francesa ("Le Regne de Jesus-Christ", tomo 6º, uágina 239) hace notar que el Niño Jesús en los brazos de María era la representación más común del Redentor, durante la Edad Media. En Italia, dábase el nombre de "Majestad" a estas hermosas imágenes. "El nombre de "Majestad" (Maestá) es el calificativo de un género especial de retablos grandiosos que constituían en la Edad Media la "Obra maestra del arte" de los más grandes pintores, a contar desde la Escuela de Umbría, engendrada por el genio reformador de San Francisco de Asís. En todos estos retablos se representa a la Santísima Virgen sentada, en actitud de mostrar a su divino Hijo, cercado de legiones de ángeles adoradores. Cada ciudad de Italia exponía sobre el altar mayor de su catedral, "la Maestá" por orden del Pueblo y del Senado, y ante Ella la ciudad entera se consagraba oficialmente a la Majestad de Cristo-Hostia, y venía cada año a renovar sus juramentos" (L' Institut des Fastes du Sacré-Coeur, 4. année. 16. cahier). No contentas con esto algunas ciudades se dedicaron a honrar de una manera todavía más especial a la Madre de Dios, como Sena, llamada por esto "ciudad de la Virgen".

En cambio de estos homenajes de piedad y fe sinceras, María se ha complacido en hacer ostentación de sus larguezas en favor de los pueblos católicos; testimonio de ello son esos innumerables santuarios dedicados a la Reina de los cielos, lugares benditos, donde tiene su asiento la misericordia divina, y que han venido a ser

por esto mismo centro de atracción para todas las almas. Algunas naciones han escogido algún misterio particular de la Santísima Virgen para hacer de él un objeto predilecto de su devoción y culto. En el reinado de Carlos III, las Cortes españolas de 1760 eligieron a la Inmaculada Concepción Patrona especial de la península y todas sus colonias; por lo que aquellas son conocidas con el hermoso nombre de las "Cortes de María". ¡Lástima que aquel monarca no se haya guiado de iguales sentimientos religiosos al decretar la expulsión de los Jesuitas de todos sus dominios!

Estas y otras manifestaciones semejantes de piedad para con la augusta Virgen, forman el fondo de la vida católica, propia por lo mismo de todos los pueblos que profesan la religión verdadera. Sin embargo, en la historia de Francia y Austria hallamos dos hechos singularmente hermosos, por lo que podemos llamar a ambas: "naciones consagradas especialmente a la Santísima Virgen"; título de gloria que en adelante compartirá con ella nuestra pequeña República del Ecuador.

II

Cosa es para admirar cómo durante este siglo la Francia ha venido a ser el lugar predilecto de las más portentosas manifestaciones de la Santísima Virgen. Lourdes y la Saleta y Pontmain nos están diciendo cuánto ama a la Francia la Reina de los cielos; la medalla milagrosa y la celebérrima archicofradía del Corazón Santísimo de María nos revelan que esta augusta Virgen quiere prodigar sus dones al mundo, por medio de la Francia; pero no tenemos que admirarnos de ello, si recordamos que la Francia es una de las pocas naciones católicas oficial y solemnemente consagradas a la Santísima Virgen; de tal manera que el reino cristianísimo ha puesto en ello con justicia el timbre más alto de su gloria: "Regnum Galliae, Regnum Mariae". Si nos fuera dado penetrar en el arcano inescrutable de los divinos designios, acaso halláramos en la misma consagración el motivo por qué la Francia es la nación escogida del Sagrado Corazón de Jesús; pues este Corazón adorable,

¿dónde mejor podía establecer su reinado de caridad que en una nación dedicada especialmente al culto de su Madre sacratísima? Luis VIII consagra la Francia a María, y fruto de este voto es el reinado glorioso de Luis XIV. Poco después de verificada esta consagración, Paray es honrado con las admirables revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús, y la B. Margarita recibe del cielo el encargo de impulsar a este segundo monarca a que consagre su reino a aquel Corazón divino. De modo que la era del Sagrado Corazón en la Francia principió por la consagración de este pueblo a la Santísima Virgen. Estas reflexiones se corroboran con el hecho de que el primer apóstol de la devoción al Sagrado Corazón en la Francia, el V. P. Eudes, fue antes el primer propagador de la devoción al Corazón Santísimo de María; como que no es posible encontrar a Jesús sino al lado de su Madre: *Invenerunt Puerum cum Maria matre ejus. (S. Mateo, II. 11).*

He aquí la noticia que acerca de un acontecimiento tan trascendental nos da un ilustrado y piadoso escritor (1): "La Francia a los principios de Luis XIII fue largo tiempo agitada por diversas facciones y entregada a todos los horrores de la guerra civil. Atacada a la vez dentro y fuera por muchos enemigos poderosos, ese príncipe comprendió sin dificultad la insuficiencia de todos los recursos humanos en medio de circunstancias tan críticas. Tornó, pues, todas sus esperanzas al cielo. Dirigióse con confianza a la Madre de Dios para obtener, por su poderosa intercesión, los socorros que le eran necesarios. Puso bajo su protección especial su persona, su familia, sus Estados y su cetro... La Santa Virgen no hizo esperar mucho tiempo los felices efectos de su protección. El nacimiento de un príncipe que llegó a ser Luis el Grande, y una serie prodigiosa de victorias y prosperidades hicieron ver claramente que, jamás es vana ni estéril una devoción llena de confianza para con la Santa Virgen. La declaración de Luis XIII fue renovada por los reyes Luis XIV, Luis XV y Luis XVI. Después de

(1) Tresor historique des enfants de Marie—par le R. P. Huguet. tom. 2º.

la gran revolución, tan luego que Bonaparte se hizo de las riendas del imperio, se apresuró a hacer celebrar con pompa la procesión que Luis XIII había instituído. En fin, Luis XVIII y Carlos X pusieron de nuevo la Francia bajo la protección de la santa Virgen, queriendo imitar en todo la fe y la piedad de sus antepasados. En nuestros días, el emperador de los Franceses (Napoleón III), ha querido que el 15 de Agosto fuese la única fiesta nacional en el reino consagrado a María". He aquí ahora el texto íntegro del célebre voto de Luis XIII.

CONSAGRACION DE LA FRANCIA A LA STMA. VIRGEN

"Luis, por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra, a todos los que vieren las presentes letras, salud.

"Dios que eleva a los reyes al trono de su grandeza, no contento con habernos dado el espíritu que a todos los príncipes de la tierra comunica para el gobierno de sus pueblos, ha querido cuidar de nuestra persona y de nuestro Estado de una manera tan especial, que Nos no podemos considerar la felicidad de nuestro reinado, sin admirar en él tantos efectos maravillosos de su bondad, cuantos eran los accidentes que antes nos amenazaban. Cuando entramos a gobernar esta corona, la debilidad de nuestra edad, dio margen a mal intencionados espíritus para turbar la tranquilidad pública; pero la divina Diestra sostuvo la justicia de nuestra causa, con tal fortaleza, que la aniquilación de aquellos perversos designios se verificó cuando apenas comenzaban a manifestarse.

"En diversas ocasiones cuando la astucia de los hombres y la malicia del demonio suscitaron y fomentaron divisiones, así peligrosas para nuestra corona cuanto perjudiciales para nuestra casa, plugo a Dios alejar el mal con tanta dulzura como justicia. Cuando la rebelión de la herejía había formado en el Estado un partido cuyo único fin era desquiciar nuestra autoridad, Dios se ha servido de nosotros para abatir su orgullo, y ha permitido que Nos restauremos sus santos altares en los lu-

gares mismos en que la violencia de este injusto partido los había destruído.

"Cuando hemos tomado a pechos proteger a nuestros aliados, El ha dado a nuestras armas éxito tan feliz, que a presencia de toda la Europa y contra la esperanza del mundo entero, Nos les hemos restablecido en la posesión de sus estados, de los que habían sido despojados.

"Cuando las más grandes fuerzas de los enemigos de esta corona se han juntado a conspirar para su ruina, El ha confundido sus ambiciosos proyectos, para manifestar a todas las naciones que así como su Providencia ha fundado todos los Estados, así su bondad los protege y su poder los defiende.

"Gracias tantas y tan evidentes nos impelen a no diferir por más tiempo nuestro reconocimiento; y así sin esperar la paz, que nos vendrá sin duda de la misma mano de la que hemos recibido aquellas: paz que deseamos ardientemente a fin de hacer sentir sus frutos a los pueblos que se nos han confiado; Nos hemos creído obligados, prosternándonos a los pies de la Majestad divina, a la que adoramos en tres personas, a los de la Santísima Virgen, y ante la santa Cruz, en la cual reverenciamos el cumplimiento de los misterios de nuestra redención por la vida y la muerte del Hijo de Dios, a consagrarnos a su grandeza por medio de su Hijo humillado hasta nosotros, y a este Hijo por medio de su Madre elevada hasta El; bajo cuya protección ponemos particularmente nuestra persona, nuestro Estado, nuestra corona, y todos nuestros súbditos, para obtener por este medio la protección de la Santísima Trinadad, mediante su intercesión; y la de toda la Corte celestial, por medio de su autoridad y ejemplo.

"No siendo nuestras manos bastante puras para presentar nuestras ofrendas a la misma pureza, creemos que aquellas manos que fueron dignas de llevarle las tornarán en hostias agradables; porque es cosa muy puesta en razón que habiendo sido mediadora para alcan-

zarnos sus beneficios, lo sea igualmente para elevar nuestras acciones de gracias.

"Por estas causas, hemos declarado y declaramos que, tomando a la Santísima Virgen por especial protectora de nuestro reino LE CONSAGRAMOS particularmente nuestra persona, nuestra corona y nuestros súbditos, suplicándola nos inspire una santa conducta y defienda este reino contra los esfuerzos de sus enemigos con tanto cuidado, que, ya sea que sufra el azote de la guerra, o que goce las dulzuras de la paz que pedimos a Dios con todo nuestro corazón, no se aparte jamás de las vías de la gracia que conducen a las de la gloria. Y a fin de que la posteridad no deje de seguir nuestra voluntad en este punto, como monumento y muestra impercedera de la presente consagración que hacemos, Nos haremos construir el altar mayor de la catedral de París, con una imagen de la Virgen que tenga en sus brazos la de su precioso Hijo bajado de la cruz. Nos estaremos representados a las plantas del Hijo y de la Madre, en actitud de ofrecerles nuestra corona y nuestro cetro.

"Amonestamos a Monseñor el Arzobispo de París, y además le mandamos, que todos los años, el día de la fiesta de la Asunción, haga memoria de nuestra declaración presente en la misa mayor, que se dirá en su iglesia catedral, y que después de las vísperas del dicho día se haga una procesión en la mencionada iglesia; a la cual asistirán las compañías soberanas y la Corte de la ciudad, con pompa semejante a la que se observa en las más solemnes procesiones generales. Todo lo cual queremos que también se verifique en todas las iglesias tanto parroquiales como regulares de la indicada ciudad y sus contornos, y en todas las ciudades, villas y aldeas de la dicha diócesis de París.

"Exhortamos igualmente a todos los arzobispos y obispos de nuestro reino, y además les mandamos, que hagan celebrar la misma solemnidad en sus iglesias episcopales y en las demás de sus diócesis: entendiéndose que deben concurrir a la indicada solemnidad las Cortes del Parlamento y demás compañías soberanas y los prin-

cipales oficiales de las ciudades. Y como existen muchas iglesias episcopales que no están dedicadas a la Virgen, exhortamos a los dichos arzobispos y obispos en este caso, a dedicar la capilla principal de las mencionadas iglesias para hacer allí las ceremonias prescritas, y construir además una altar con la ornamentación conveniente a un acto de tanta celebridad; y amonestar, en fin, a todo nuestro pueblo para que tenga una particularísima devoción a la Virgen, e implore en aquel día su protección para que, bajo una Patrona tan poderosa, esté nuestro reino a cubierto de los ataques de sus enemigos, goce largos años de una dulce paz, y Dios sea tan santamente reverenciado y servido que Nos y nuestros súbditos podamos arribar felizmente al último fin para el que todos hemos sido creados.

"Tal es nuestra voluntad.

"Dado en San Germán en Laye, a diez de febrero, del año de Gracia mil seiscientos treinta y ocho, y veinte de nuestro reinado.

"Firmado: LUIS.
"POR EL REY,
"SUBLET" (1).

III

CONSAGRACION DEL AUSTRIA A LA STMA. VIRGEN

Si bien no tan magnífica y solemne como la de Francia, es también digna de recuerdo la consagración del Austria a la Santísima Virgen. Proporcionados a la grandeza del acto han sido los beneficios que la Reina de los cielos ha prodigado a esta católica nación. Sus más célebres victorias las ha alcanzado en alguna de las principales fiestas de María; y mediante la protección de esta poderosísima Señora ha salvado de peligros que más de una vez han puesto a aquel imperio a los bordes de

(1) **La France et le Sacre Coeur**—par le R. P. Vict. Alet. Cap. VIII. pág. 81 y sgts.

su ruina. El Austria ha sido, por largos años, el principal baluarte del catolicismo contra las invasiones de los Turcos en Europa, y la defensora impertérrita de la fe contra los ataques de la herejía, especialmente la protestante; y todas estas señaladísimas gracias las debe aquel imperio a la intercesión de María.

A principios del siglo XVII fue elevado al trono imperial Fernando II, monarca adornado de preciosas virtudes y de una devoción singular para con la Inmaculada Virgen. Tuvo por competidor a la corona a Federico, elector palatino, a quien derrotó completamente, en la célebre batalla de Praga, cuyo grito de guerra fue éste: "¡Santa María!". Pero después el mismo emperador se vio atacado por la liga protestante, a cuya cabeza se puso el rey de Suecia, Gustavo Adolfo; entonces fue cuando aquel piadosísimo príncipe resolvió consagrar el Austria a la Santísima Virgen. He aquí el relato que de ello nos da el escritor citado arriba (1).

"El año 1629, Fernando II, emperador de Alemania, viéndose amenazado por los suecos recurrió a la protección de la Virgen. Hizo elevar en la plaza mayor de Viena una columna magnífica adornada con emblemas y símbolos de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios; en el remate de la columna se puso la estatua de la santa Virgen que oprime con su planta la cabeza de la serpiente infernal. En la base del monumento se lee en latín la siguiente inscripción: "A Dios óptimo, Sumo, Soberano Emperador del cielo y la tierra, por quien reinan los reyes: a la Virgen Madre de Dios, concebida sin la mancha del pecado original, y por quien mandan los príncipes, elegida en este día por una devoción particular por Soberana y Patrona del Austria; Fernando emperador, segundo de este nombre, entrega, dedica y consagra todo lo que posee, su persona, sus hijos, sus pueblos, sus ejércitos, sus provincias; y para per-

(1) El P. Huguet, en la obra citada; tomo 1º.—Dícese en ella que esta consagración fue hecha por el emperador Fernando III; pero aquello es manifiestamente una equivocación, porque este príncipe no fue elevado al trono sino en 1637, cinco años después de la muerte de Gustavo Adolfo.

" petuo recuerdo de esta consagración, ha erigido esta " estatua".

"No se ha visto jamás fiesta más solemne que la bendición de este magnífico y piadoso monumento. Fue verdaderamente el triunfo de la Inmaculada Concepción, de la Madre de Dios. Desde que amaneció, la iglesia, la plaza mayor y todas las calles estuvieron llenas de gente. El piadoso Emperador acompañado de su hijo e hija, del legado del Papa, los embajadores de España y Venecia, de toda la nobleza, todas las comunidades religiosas y todo el clero; seguido de una multitud innumerable fue procesionalmente a la iglesia de los jesuitas. La misa fue pontificada por el príncipe Federico, Obispo de Viena. Luego que el subdiácono, según la costumbre, hubo llevado la paz al emperador, descendió este príncipe de su trono, y viósele ponerse de rodillas al pie del altar, donde pronunció en alta voz la fórmula de su voto, por el que tomaba a la Inmaculada Madre de Dios por Patrona especial de sus Estados, prometiendo hacer celebrar a perpetuidad la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, y poniendo bajo su poderosa salvaguardia a su propia persona, familia y súbditos.

"Después de la misa, el emperador acompañado del mismo cortejo, fue en unión del obispo a la plaza mayor donde se hallaba erigido el trofeo de la Inmaculada Concepción. Allí, en presencia de toda la ciudad de Viena, el prelado bendijo esta grandiosa columna, mientras las músicas del emperador henchían el aire con las dulces notas de las letanías de la Santísima Virgen, al son de trompetas, clarines, címbalos, y una salva general de toda la ciudad.

"Cuando la corte y el pueblo hubieron pasado el resto del día en los ejerciicos de la más tierna piedad, vino a terminar esta fiesta uno de los más pomposos y edificantes espectáculos. Por la noche, mientras que todas las casas de la ciudad se ostentaban iluminadas como a porfía, principalmente la plaza mayor que sobresalía por su magnificencia, la columna circundada por los

resplandores de blancos cirios, estaba toda como convertida en fuego, y la estatua de la Santa Virgen resaltaba en medio de un iris de luces. Este espectáculo deslumbrante fue más realzado aún por la presencia de los príncipes y princesas y todo su séquito. Dos horas transcurrieron entre oraciones y cánticos entonados con la música imperial, y toda esta solemnidad religiosa terminará con la bendición del Obispo. No es necesario añadir que Fernando recogió bien presto los frutos de su piadosa magnificencia, por las bendiciones que el Cielo derramó sobre sus ejércitos". En efecto, la liga protestante no tardó en sufrir los más serios desastres: el 16 de octubre de 1632, Gustavo Adolfo fue herido de muerte al principio de la batalla de Lutzen en Sajonia, y dos años después el ejército sueco fue deshecho por completo en la acción de Nordlinga.

¿Quién podrá enumerar los beneficios que, desde esa fecha, ha continuado el Austria recibiendo de la Santísima Virgen? A fines de aquel mismo siglo, en 1683, Viena se vio sitiada por un ejército de 200.000 turcos; la defensa era imposible, a no ser por un milagro. Sin embargo, el 12 de Septiembre de aquel mismo año, Sobieski con un puñado de valientes alcanza de los turcos la más espléndida victoria; para recuerdo de esta gracia, Inocencio XI instituyó la fiesta del santo Nombre de María, como que aquel glorioso triunfo se debía enteramente a la protección visible de la divina Madre... Desgracia grande que el Austria haya olvidado sus brillantes tradiciones católicas; el *josefismo* y el espíritu revolucionario le han causado los desastres que han arrancado de sus manos el primer cetro del mundo, y le han reducido a la triste condición de aliada de sus antiguos vasallos, y amiga estrecha del Gobierno expoliador de la Santa Sede.

IV

Estos ilustres ejemplos de piedad y fe dados al mundo por las grandes naciones católicas de Europa, no son propios únicamente de los siglos pasados, también el nuestro los está viendo renovarse hasta estos últimos

días: lo que nos manifiesta que el amor y culto a la Santísima Virgen reinarán en el mundo, mientras exista en él la Iglesia Católica, es decir, hasta la consumación de los tiempos. Citemos sólo dos ejemplos recientes, el uno de una monarquía europea, y el otro de una república americana; y veremos confirmado una vez más este gran principio de que, la civilización y la paz no florecen en pueblo alguno de la tierra, sino al amparo de la religión verdadera.

La Bélgica es una de las naciones europeas más pequeñas por su territorio; pero una de las más grandes y felices por los adelantos de su industria y la sólida prosperidad de que goza. En 1876, el rey Leopoldo II formó una *Asociación internacional para la civilización del Africa,* proponiéndose especialmente combatir la horrible plaga de la esclavitud en aquel gran Continente. Fruto de estos esfuerzos ha sido la creación del *Estado libre del Congo,* que por la organización cristiana que lo rige y los admirables progresos que ha hecho en civilización, en tan pocos años, merece ponerse a la cabeza de todas las posesiones europeas en Africa. Pues bien, ¿cuál ha sido el primer empeño de los organizadores de aquel gran Estado africano? No otro que ponerlo bajo el amparo especial de la Santísima Virgen; a cuyo fin se dirigieron a Roma para impetrar que la Inmaculada Concepción fuese declarada Patrona principal del Congo. El Santo Padre acogió benignamente estas súplicas, y por sus *Letras Apostólicas* de 21 de Julio de 1891, declaró a la Inmaculada Concepción, Patrona principal del Congo belga. "Si Nos hemos sido conmovidos, dice el gran León XIII en aquel documento, viendo el celo de los Belgas por derramar la luz del Evangelio en las regiones africanas, Nos hemos sido aún más regocijados con el espectáculo de su singular piedad, fe profunda y la esperanza que ponen en Dios. En efecto, hay muchísimos que sabiendo que sus esfuerzos por cultivar el campo del Señor, campo áspero y desierto, serán impotentes sin el auxilio del Dueño de la viña, se han encontrado unánimes en el pensamiendo de que es necesario implorar el socorro divino, y acudir a la Inmaculada Virgen María, para por su mediación presentar a Dios sus súplicas. Así, nada les

ha parecido tan eficaz y oportuno para arrancar las poblaciones congolesas a sus errores y supersticiones, atraerlas a la verdad de Cristo, y abolir la esclavitud entre los negros, como el Patrocinio celeste de la Madre del Hijo del Altísimo, de quien hemos recibido la luz de la inteligencia y la libertad de hijos de Dios".

Bolivia es el segundo ejemplo. Uno de sus últimos Presidentes ha dado al mundo un espectáculo tan tierno de piedad para con la divina Madre, que su nombre es digno de sincerísimas alabanzas. Por su parte, la bondadosísima Reina de los cielos no ha tardado en venir en auxilio de aquella hasta entonces desgraciada nación; y así, Bolivia ha venido a ser una prueba más de que jamás se invoca inútilmente a María.

Sabidos son los desastres que esa malaventurada República a experimentado bajo el régimen de gobiernos falsamente llamados *liberales:* azote terrible que ha causado la postración y la ruina de casi todas las jóvenes naciones de la América del Sur. Pero llegó día, en que movido el Señor a compasión de ese pobre pueblo le dio un gobernante católico, cuyo primer cuidado al subir al solio fue implorar la protección y gracias del cielo, mediante la protección poderosa de la Santísima Virgen. Es muy célebre en Bolivia el santuario secular de Nuestra Señora de Copacabana; pues, a ese lugar de peregrinación acudió el piadoso Presidente para inaugurar la restauración social de su patria. "Hace pocos años, vióse al General Pacheco, Presidente de la República, a tiempo de enviar a sus hijos a estudiar en Europa, hacer, con toda su familia, una peregrinación al célebre santuario de Nuestra Señora de Copacabana, para encomendar a su protección aquel viaje. Al siguiente año, el mismo Presidente convocó a todo su pueblo para una peregrinación nacional. Partió de la Paz, ciudad situada a 140 leguas más al sur, acompañado del Vicepresidente de la República, de los Ministros de Estado, ayudantes de campo, oficiales del estado mayor, otros personajes de la más alta consideración en el país, y una compañía de soldados. Después de una jornada de viaje (por el lago Titicaca) en lancha de vapor, el piadoso peregrino desem-

barcó a alguna distancia del Santuario, a donde se encaminó a pie, al día siguiente. La ruta estaba adornada con doscientos cincuenta arcos de triunfo. El Presidente, precedido de las músicas militares y escoltado por la tropa, arribó al mediodía al santuario de la Virgen. Al día sigiuente, durante la misa, *consagró su familia* y su pueblo a la Santísima Virgen, e hizo a la imagen milagrosa el donativo de un rico manto de brocado de oro, que sus hijos habían hecho trabajar en Francia. Semejantes manifestaciones honran a un país y dan testimonio de su fe". (1).

Bolivia ha experimentado los dichosos efectos de la protección poderosa de María; pues a pesar de los esfuerzos del General Camacho y todo el partido liberal de que él es jefe, vienen sucediéndose en el poder presidentes tan católicos como los Señores Arce y Baptista, que al amparo de los principios religiosos van levantando a aquel país de la postración en que yacía, al estado de prosperidad verdadera para un pueblo, que quiere decir paz, orden, moralidad y trabajo. Es una revolución militar que estalló en Sucre, durante la presidencia del Señor Arce, salvó éste como por milagro de caer en manos de sus enemigos; lo que aconteció un ocho de Septiembre, mientras se celebraba la fiesta de la Santísima Virgen en aquella capital; a poco, las fuerzas del gobierno alcanzaron una victoria decisiva y completa sobre los rebeldes. De esta manera ha encontrado Bolivia en la protección de la Santísima Virgen el fundamento sólido de su regeneración y grandeza, que en vano había mendigado antes de ahora al liberalismo falaz y traidor. Con lo cual queda comprobada la justicia con que la Iglesia aplica a la Inmaculada Virgen estas palabras del Libro de la Sabiduría: "Por mí reinan los reyes y dictan lo justo los legisladores": *per me reges regnant et legum conditores justa decernunt*.

---

(1) Les Missiones catholiques, de Lyon.— Núm. 1223.

EL REINADO EUCARISTICO..., Año II, Tomo II: XIV y XV, (XI y XII 1892), págs. 225—241.

MANIFESTACIONES PORTENTOSAS DE LA SANTISIMA VIRGEN EN AMERICA.

APARICION DE NUESTRA SEÑORA DEL EXTASIS

I

Habiéndonos ocupado, en uno de los números anteriores de esta revista, de la más célebre de las apariciones de la Santísima Virgen en el Nuevo Mundo, la de Guadalupe de México, creemos ahora de nuestro deber hablar de preferencia de aquellas con que ha sido favorecida especialmente por el cielo nuestra República. Principiemos por la de *Nuestra Señora del Extasis*, la última que sabemos, pero acaso la más trascendental de las dispensadas por la munificentísima Reina al Ecuador.

Es indudable que esta nación, una de las más pequeñas de la América del Sur, ha sido sin embargo extraordinariamente bendecida por Dios, tanto que ha llegado a ser objeto de santa envidia para muchos y grandes pueblos en el siglo en que vivimos. La patria de García Moreno, "la patria del héroe mártir es, dice el P. Berthe, reliquia bendita de la cristiandad de otros tiempos, o más bien, me atrevo a decirlo, tipo y modelo de la futura cristiandad". El Señor Navarro Villoslada, traductor de la renombrada obra de aquel ilustre religioso, se expresa así: "En el Ecuador, en ese rincón del mundo, tenéis el Estado verdaderamente católico, el modelo del Gobierno que se necesita. No alcéis los hombros con desdén al contemplar su pequeñez; ni los gérmenes de la vida, ni los de la muerte se miden a varas". (1) Todo esto debe el Ecuador a una gracia singular del cielo, a un prodigio de la predilección divina que lo ha arrancado de las garras de la revolución, y lo ha preservado del abismo de desastres y ruinas en que se habría hundido miserablemente, abandonado a sus propias fuerzas. *La República del Sagrado Corazón de Jesús* es un milagro de la diestra del Altísimo en el siglo XIX, siglo de la Revolución y la Masonería, del indiferentismo religioso y las grandes catástrofes sociales.

(1) García Moreno — vengador y mártir del derecho cristiano.

Sin embargo, nos asalta una duda.— Las gracias maravillosas y extraordinarias del cielo son, regularmente, anunciadas de antemano. Dios Nuestro Señor, la Sabiduría infinita, todo lo hace con número, peso y medida; en sus obras no pueden inetrvenir jamás las imprevisiones ni la precipitación. Si una criatura insensible, el sol, no se nos muestra nunca sino después de prevenirnos su salida con los tibos resplandores de la aurora, ¿podremos ni siquiera suponer que los dones más preciados del orden sobrenatural, nos han de llover repentinamente, y como por acaso? El coronamiento y resumen de todos los celestiales beneficios para el Ecuador, están en la magnífica y solemne consagración de esta República al Corazón Sacratísimo de Jesús en 1873, y al Corazón Inmaculado de María en 1892; y bien: ¿dónde está el aviso profético que hemos recibido de lo alto, preparándonos para gracias tan ricas y estupendas? (1). Notemos además que la Santísima Virgen es la Suprema Dispensadora de los tesoros del Omnipotente, ella es la nube benéfica que hace descender hasta nosotros la lluvia fecundante de las bendiciones de Dios; jamás se establecerá el Reinado social del Sagrado Corazón de Jesús en un pueblo, sino mediante el dulce y encantador imperio de María. Testimonio evidente de esta verdad en favor de la República ecuatoriana es la aparición maravillosa de Nuestra Señora del Extasis.

II

A principios del siglo pasado el teritorio actual de la República del Ecuador formaba un solo y extensísimo

(1) Las gracias extraordinarias igualmente que los grandes castigos son por lo común anunciados con prodigios a las naciones. Citaremos un ejemplo de esto último. Pocos días antes del espantoso terremoto que arruinó a Ibarra y sus pueblos adyacentes en 1868, una imagen de la Santísima Virgen, en Otavalo, vertió abundantes lágrimas a presencia de muchos piadosos espectadores. El autor de estas líneas se ha complacido varias veces en visitar aquella milagrosa efigie que representa a la Inmaculada Concepción, y existe en Quito en poder de una familia muy cristiana. Testigos fidedignos le han cerciorado de la verdad del hecho, y le han asegurado que fue aquel tan notorio y admirable, que se valió de él, para hacer al pueblo una fervorosa exhortación, el Ilmo. Prelado de Ibarra, poco después de la catástrofe. Desgraciadamente en el Ecuador los hechos más portentosos y auténticos se olvidan luego por una triste y lamentable incuria.

obispado, sufragáneo de la sede metropolitana de Lima; pero en 13 de Junio de 1779 se fraccionó la diócesis de Quito, creándose con autoridad pontificia la de Cuenca, por cédula real firmada en Aranjuez, en la mencionada fecha. Púsose la nueva Catedral bajo la advocación y amparo de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, cuya devoción se hallaba entonces más ferviente que nunca en España, puesto que en 1760 las Cortes del reino eligieron a la Inmaculada Concepción, Patrona especial de la península y todas sus colonias (1).

No tardó la Santísima Virgen en manifestarse Reina bondadosa y amantísima Madre de la reciente diócesis. Asegúrase que una vez el Matadero, río que corre del extremo oeste al extremo oriente de la ciudad, ex-

---

(1) En el archivo de la Municipalidad de Cuenca, en el tomo de acuerdos correspondientes a las fechas que se expresan abajo, se lee la copia de la real provisión, que anuncia como resuelta ya la erección del nuevo Obispado. El Ayuntamiento resolvió celebrar con espléndidas fiestas nueva tan fausta y regocijada. El documento aludido dice así:

"EL REY

"(Al) Corregidor, Concejo, Justicia, y Regimiento de la ciudad de Cuenca, en las Provincias de Quito.— En carta de nueve de Enero de mil setecientos cincuenta y dos, propuso como conveniente, y aun necesaria el difunto Reverendo obispo Dr. Juan Nieto Polo del Aguila, la división de esa Diócesis, y nueva erección de otra compuesta de los territorios de esa Provincia, y de las de Loja, y Guayaquil, poniendo en esa ciudad la Iglesia Catedral, sobre cuyo asunto se pidieron varios informes, y consiguiente a ellos, y a lo que mi Concejo de Indias le hizo presente en consultas de diez y ocho de Junio de mil setecientos y sesenta y tres, y treinta de Julio de mil setecientos y setenta y cuatro, tuve a bien mandar a mi ministro en la corte de Roma, impetrase las bulas Pontificias correspondientes, con arreglo a la instrucción que a este fin se le dirigió, previniéndole era de mi Real voluntad tuviese la nueva catedral la devoción de la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima Nuestra Señora. En su consecuencia remitió con cartas de diez y nueve y veinte y seis de Enero de mil setecientos y sesenta y nueve, copia de la Real presentación que hizo en aquella Curia, y el Decreto en que su Santidad concedió la referida gracia, cometiendo la execución de todo al Reverendo obispo que fuese de mi Real agrado y reservando la Bula de confirmación para cuando se hallase todo ejecutado. Examinados estos documentos en el expresado mi Concejo con lo que dijo mi Fiscal y habiéndome consultado sobre ello en diez y siete de Marzo del referido año de mil setecientos y sesenta y nueve, elegí para que pasase a hacer dicha división, y nueva erección al Rdo. Obispo de Panamá Don Miguel Moreno y Ollo, y resolví lo executase asociado con el Ministro togado que nombre mi Virrey de Santa Fe; pero habiéndose detenido este negocio algún tiempo, y hallándose ya dicho Prelado en el obispado de Guamanga, he venido posteriormente en poner la enunciada división, y

cesivamente henchido con las lluvias del invierno, salió de madre e inundó todo el valle del Ejido, causando muertes y pérdidas numerosas e irreparables, y que se debió la cesación de la plaga al poderoso patrocinio de María; por cuyo motivo se levantó en honra de la Inmaculada Virgen la pequeña pero muy concurrida capilla titulada de *La Virgen del Río*. Sea de esto lo que fuere es lo cierto que la imagen más fervorosa y singularmente amada en Cuenca y todos sus contornos, y a la cual acuden sus autoridades y habitantes en las calamidades públicas con solemnes plegarias y edificantes romerías, es la Inmaculada Concepción, que con el título de Nuestra Se-

---

nueva erección de obispado en esa ciudad al cuidado del actual Reverendo obispo de Popayán en la forma expresada; a cuyo fin se le han dirigido al despacho de hoy varios documentos. Lo que os participo para vuestra noticia, como que ha de ser esa ciudad capital del nuevo obispado, a fin de que concurráis en la parte que os toque, a que tenga efecto dicha división, y erección por ser de servicio de Dios, y del mío".

"Dada en el Pardo, a trece de Febrero de mil setecientos y setenta y dos".
"Yo el Rey".
"Por mandato del Rey Nuestro Señor"
"Dom. Díaz de Arze".

* * *

"Al Corregidor, Justicia, y Regimiento de la ciudad de Cuenca, con noticia de lo resuelto, sobre la división de aquella diócesis, y erección de nuevo obispado en aquella ciudad".

En la real Cédula que erige el Obispado, se confirma la resolución anunciada de poner la nueva Catedral bajo el patrocinio de la Inmaculada Concepción:— "Con autoridad apostólica, dice aquel documento en el número 1º, instituimos y erigimos la iglesia parroquial de dicha ciudad de Cuenca, o la que para este destino se asignare o fabricare en iglesia Catedral, bajo el patrocinio de la Virgen María Madre de Dios de la Concepción". Es hermosa y digna de ser recordada a nuestros católicos magistrados la ardiente fe y tierna confianza en Dios manifestadas en la disposición del número 27 de la Cédula: "Determinamos y ordenamos asimismo que en dicha iglesia Catedral se celebren cada día dos misas... En los primeros días de sábado de cada mes, será la misa de prima en honra de la gloriosa Virgen Madre de Dios, por la prosperidad y salud de los Reyes de España"; a cuya disposición ordenó el monarca se añada "que también se celebre la misa del Sacramento conforme a la ley de... la Recopilación de Indias".— La bella y suntuosa Catedral que se construye actualmente en Cuenca está dedicada, conforme a las disposiciones que preceden, a la Santísima Virgen: es la **Catedral de la Inmaculada Concepción**. Resta sólo que toda nuestra Diócesis reconozca a la Inmaculada Virgen, Patrona suya especial. No sabemos por qué razón en las oraciones que se llaman **Consuetas**, y se rezan en ciertos días después de vísperas y laudes, se dice que Santa Ana es Patrona de la Diócesis, cuando lo es solamente de la parroquia de Cuenca.

ñora de Guadalupe se venera en la cercana parroquia de Baños. Esta efigie devotísima no es copia de la de México, ni acaso de la Extremadura, que tienen el mismo nombre; lleva túnica blanca y manto azul estrellado, y al divino Niño en los brazos. Una tradición popular que ignoramos hasta qué punto será o no fidedigna, asegura fue encontrada en los *Hervideros*, sitio próximo a la iglesia parroquial.

Baños es una población hermosa y pintoresca situada al suroeste de Cuenca, y a una hora de camino de esta ciudad; la iglesia del pueblo limpia y espaciosa descansa sobre una pequeña planicie cercada de arbolados y colinas, a cuyos pies se desliza murmurador un arroyuelo que da fecundidad y vida a toda la comarca. Desde el atrio del templo se divisa hacia el norte un encantador panorama, el del extenso valle del Ejido regado por los ríos Tarqui y Matadero, y luego más allá, campeando en medio de una alfombra de verdor primaveral, y bajo un cielo sereno y azulado, la ciudad de Cuenca, cuyos blancos contornos occidentales semejan a la distancia las murallas de una fortaleza, coronadas graciosamente por las cúpulas y torres de sus iglesias que se destacan graciosas en el firmamento, sobre los otros edificios.

Baños es muy célebre en toda la provincia, aparte de los motivos religiosos que le asisten, por las fuentes termales que brotan en el suelo, conocidas con el nombre de *Hervideros*, y continuamente visitadas por los curiosos en gracia de los variados y singulares hacinamientos calcáreos a que aquellas han dado lugar. El sabio geólogo de la República, Dr. Teodoro Wolf, en su *Relación de un viaje geognóstico por la provincia del Azuay*, (pág. 63), describe así los depósitos de tobas calizas formadas por esas fuentes:— "En Baños salen las fuentes termales sobre unas cinco o seis grietas de la tierra, cuya dirección está indicada por las colinas de caliza que se han formado sobre ellas. Estas grietas no corren paralelas y se cruzan en distintos ángulos; las principales ocupan un pequeño plano al Este del pueblo. El agua de las fuentes que tendrá la temperatura de unos 60° C, está muy cargada de bicarbonato de cal y desprende mucho

ácido carbónico libre con un poco de gas hidrosulfúrico. Luego que sale al aire libre deposita el carbonato de cal en forma de incrustaciones y de toba alrededor de la boca de la fuente y a lo largo de su curso, y así nace una colina de piedra caliza por la sobreposición sucesiva de muchísimas capas concéntricas, que se distinguen muchas veces por diferentes colores, alternando capas blancas, amarillas, rojas, &, las últimas debidas al óxido de hierro que se deposita junto con la cal. Como el conducto y las bocas de las fuentes se obstruyen poco a poco por la misma cal, estas cambian frecuentemente de lugar, prorrumpiendo sobre la misma grieta terrestre en los lugares de la menor resistencia. Actualmente existen cuatro o cinco fuentes caudalosas en Baños, siendo los manantiales pequeños innumerables; las colinas de toba caliza que han formado tienen de 4 a 8 metros de altura y hasta 200 de largo, siendo su ancho en la base de unos 10 y en la cima solamente de 2 metros. Fuera de estas colinas, que se presentan precisamente como las vallas de una fortificación, en toda la cercanía del pueblo el suelo está cubierto de una costra más o menos gruesa de caliza incrustante. Las capas superficiales y más modernas de la toba son muy porosas y esponjosas, por esto ligeras, como la piedra pómez y no sirven ni para quemar cal ni para material de construcción, mientras las capas inferiores y más antiguas ya se han consolidado por el peso de las capas sobrepuestas y por la filtración continua del agua, que sigue depositando las partículas de cal en los poros de la toba y la convierte poco a poco en una masa dura y cristalino-granosa, que entonces no se distingue en nada del *mármol* del Tejar".

Las fuentes termales de Baños son conocidas vulgarmente con el nombre de *Hervideros*. El agua que se desborda de ellos, elevada a la temperatura de 60° C y en constante ebullición, lanza espesos vapores; apenas sí es posible introducir la mano por breves instantes en aquel ardiente líquido.

Baños ha sido y es todavía centro de piadosas y frecuentes romerías para la vecina población de Cuenca; pero nunca habían sido aquellas tan numerosas y repeti-

das como en la época a que este relato se refiere, cuando aquel pueblo tenía por párroco al ejemplar y celosísimo sacerdote Dr. J. Joaquín Toledo. Había recibido del cielo este virtuoso cura don especial para apartar a las jóvenes doncellas de las seducciones del mundo, e inclinarlas a la vida religiosa, de modo que muchas debieron a sus exhortaciones el desengañarse de las vanidades del siglo, y acogerse al seguro asilo de un claustro. Hemos oído a varias y edificantes religiosas reconocerse deudoras de la gracia de su vocación a aquel venerable párroco. Como que la Inmaculada Virgen de Guadalupe se complacía en colectar en su santuario las azucenas con que habían de embellecerse los jardines del divino Esposo. Era tal el atractivo que ejercía entonces el santuario de Baños en las vírgenes cuencanas, que muchas de ellas no contentas con visitar aquel pueblo en determinadas ocasiones, fijaron su habitaciones en él para servir más de cerca y continuamente a su Inmaculada Reina.

Sucedió, pues, que el año de 1857 una de estas fervorosas doncellas, la Señora Teresa Moscoso, perteneciente a una de las familias más respetables del país, persona adulta así por los años, como por la seriedad de su carácter; incapaz de doblez ni mentira, de un candor y sencillez columbinos que formaban como el fondo de su ser moral, hizo también como otras amigas suyas la romería a Baños (1). Visitó la imagen prodigiosa de la Santísima Virgen con el recogimiento y piedad que podemos suponer, y después de satisfecha su devoción fue a solazarse inocentemente en los alrededores del pueblo, recorriendo, como es costumbre en tales ocasiones, las fuentes y colinas curiosísimas de los *Hervideros*. Acercóse al que en ese entonces era el más caudaloso de todos ellos, o acaso el único; y se quedó suspensa

(1) El mes y el día en que estos sucesos se verificaron no los hemos podido precisar en manera alguna, a pesar de las indagaciones que hemos hecho al respecto; réstanos solamente calcular que debió ser en Septiembre o acaso Diciembre, por ser estos meses consagrados al culto de Nuestra Señora de Guadalupe y los que más peregrinaciones atraen a Baños. En cuanto a la Señora Moscoso, era su virtud tan ejemplar y notoria que nadie habría extrañado verla favorecida con un don extraordinario del cielo.

al ver aquel remedo de volcán o vórtice infernal, aquellas grietas oscuras y misteriosas, desde cuyas profundidades sale el agua hirviendo en borbollones. Contemplando estaba aquel espectáculo tan natural como raro, cuando de improviso miró salir como impelido desde lo más interior y recóndito del hervidero un extraño objeto, que apareció flotando entre las ondas puras y cristalinas de la fuente. "¡La Virgen!...", exclamó, e inmediatamente y sin detenerse por el peligro a que se exponía, introdujo el brazo en el agua, extrajo alborozada de entre aquellos torrentes bullidores de fuego una joya encantadora, la dádiva preciosísima y singular que por medio de los ángeles acababa el Cielo de hacer en aquel instante a la humilde República del Ecuador. Era aquello nada menos que una hermosa piedra calcárea en la cual se hallaba esculpida en alto relieve una perfectísima imagen de la augusta Madre de Dios, con el Niño Jesús en los brazos, y en actitud tan original y peregrina, que no sabemos se haya cincelado jamás por mano de hombre otra escultura semejante, ni en los siglos pasados ni en el presente.

Dejando la descripción de la maravillosa estatua y el estudio de lo que pudiera significarnos su singular actitud para remate del presente artículo, diremos solamente que esta aparición prodigiosa llenó de santo júbilo a la cándida y fervorosa doncella, que ufana de su inapreciable tesoro lo dio a conocer a todas sus compañeras y amigas. La noticia del portentoso hallazgo fue muy pronto sabida en Cuenca, y desde entonces principió a tributarse a la sagrada imagen el culto con que es venerada hasta hoy. Un movimiento general de asombro y alegría circuló por la población; todos deseaban ver con sus propios ojos, y tocar con las manos aquella singular efigie, y todos al contemplarla exclamaban atónitos: "¡La Virgen!... ¡No hay duda: es la Santísima Virgen que ha sido esculpida por los ángeles!... ¡Es una cosa inaudita, es un milagro!...". Los enfermos, los atribulados principiaron a encomendarse a María en esta su nueva copia y representación; todos deseaban tenerla en sus casas, hasta el punto en que se temió por una piedad indiscreta llegara acaso a romperse y aún a despe-

dazarse una joya tan preciosa. Con este motivo la obsequió su dueño a un digno y celosísimo sacerdote de Cuenca, hoy Ilustrísimo Prelado de esta diócesis, Sr. Dr. Miguel León, quien por largo tiempo la ha conservado en su oratorio doméstico, hasta que últimamente la ha confiado a su vez a la Congregación religiosa de "Sacerdotes Oblatos del Sagrado Corazón de Jesús".

III

Al tratarse de hechos extraordinarios es de necesidad, que no sólo de conveniencia, orientar al lector en ciertas reflexiones indispensables para ilustrar su criterio y preservarle de errores en ninguna materia más funestos que en la presente; puesto que la precipitación en el creer falsea la piedad y la hace sospechosa, y una indiferencia tenaz y sistemática no se distingue de la incredulidad que aleja de Dios y anula y rechaza los dones más preciados del cielo. Sin prevenir, pues, en nada los juicios de la santa Iglesia, a quien únicamente toca decidir sobre la naturaleza de tales hechos, nos limitaremos a presentar ciertas razones que, en nuestro sentir, deben convencernos de que la aparición de que hablamos es ciertamente excepcional y maravillosa.

La existencia de la santa imagen es un hecho innegable que está a la vista de todos, y no necesita por lo mismo de justificación. En cuanto a su procedencia, los que no quieren convenirse con un origen prodigioso recurren a hipótesis que nos parecen inadmisibles por las razones que expondremos. La veracidad del relato que precede no ha sido reducida a duda por nadie; bastaba conocer a la Señora Moscoso para persuadirse de que era incapaz de mentira; podía acaso ser víctima de ajeno engaño, pero nunca autora de supercherías; su virtud y candor ingénitos le ponían a cubierto de toda sospecha. Por otra parte no se necesita sino de un ligero análisis, para convencerse de que la imagen está formada de un fragmento de caliza, como todas las de Baños; que ha estado sumergida en los hervideros, como lo demuestra la forma esponjosa de la piedra, y aquel color rojo obscuro de la superficie debido al óxido de hierro.

Las suposiciones que suelen hacerse en contra del prodigio son éstas: o aquella piedra es un producto espontáneo y natural de los hervideros, o bien un escultor para alucinar a la piadosa inventora cinceló la estatua, y la depositó en la fuente, con el dañado intento de fingir una maravilla. Ambas suposiciones son imaginarias y destituídas de todo fundamento real. Es cierto, primeramente, que en virtud de la composición química propia de las aguas termales de Baños, depositan éstas en los objetos que se sumergen en ellas, precipitados de cal, a manera de incrustaciones de mil variadas y caprichosísimas figuras, pero como es natural, todas tan irregulares e imperfectas, que sólo un esfuerzo de imaginación puede asemejarlas a alguna obra de arte. Si con tales incrustaciones se hubiera formado alguna vez una cruz completa, sería cosa para admirar, ¿qué diremos ahora tratándose de una escultura hermosísima de la Santísima Virgen, con el Niño Jesús en los brazos, y en una actitud excepcionalmente artística y original? Si semejante imagen fuera obra del acaso o producto espontáneo de la naturaleza, habríamos dado con el secreto para echar por tierra las prescripciones más severas de la lógica y las reglas de la crítica; nada difícil sería suponer entonces que Murillo y Rafael no han existido, y que las producciones inmortales de su genio pueden ser resultado de la combinación fortuita de colores en una tela. Las célebres y portentosas apariciones de Nuestra Señora del Buen Consejo y la Anunciata de Florencia habría que relegar entre los fenómenos casuales de la naturaleza. Pero quien raciocinara de este modo, no daría pruebas de cordura y sensatez, sino al contrario, de haber perdido el juicio.

No es menos vana y gratuita la segunda suposición. ¿Háse visto jamás a un artista tan recio, que vaya a sepultar el fruto de su desvelos en las profundidades de una zanja? ¿Y si ésta es uno como caldero de agua hirviente, cómo ni imaginarse haya quién arriesgue a desollarse la piel por buscar una cosa desconocida? Pero aún admitidas como razonables hipótesis tan descabaladas, ¿no habría bastado una sola noche de inmersión en los hervideros, para desfigurar las delicadísimas facciones

de la santa efigie, con las nuevas incrustaciones de cal que las aguas hubieran depositado en ella?... Se ve que todas las obras del Cielo llevan en sí mismas su apología y defensa, y que para convencernos de su origen portentoso no exigen de nosotros sino un poco de detenimiento y reflexión.

Desvanecidas estas suposiciones, resta todavía que esclarecer una duda. ¿Quién nos certifica de que la imagen es al presente lo que al tiempo de su invención?

Es verdad que la Señora Moscoso cometió el yerro imperdonable de confiar la maravillosa escultura a un artista para que la pintara, como si no estuvieran de más los colores en una obra del cielo; y el pintor ramplón en vez de hermosearla más no hizo sino afearla. Para corregir en lo posible este desatino, el Ilmo. Señor León acudió a la reconocida habilidad del célebre y malogrado Señor Miguel Vélez, quien sin tocar en lo mínimo la parte escultural, se limitó a enmendar los colores aplicados por el pintor. Testifican de ello cuantas personas existen todavía que vieron la estatua antes que hubiera tocado en ella el pincel profano, y todas se lamentan con razón de que no se haya conservado la obra en su estado primitivo; a juicio de no pocas, aún después de las enmiendas hechas por el Señor Vélez, ha perdido la imagen bastante de su hermosura y gracia originales.

Los sucesos que relatamos fueron tan públicos y célebres en Cuenca, que la autoridad eclesiástica intervino, como era de su deber, en ellos. El Rvdmo. Sr. Provisor y Vicario General del Obispado en sede vacante, que lo era a la sazón el Sr. Dr. Tomás Torres Arredondo, recibió una información canónica acerca de todo lo ocurrido, en la cual declararon personas ilustradas y graves que en su mayor parte viven todavía, lo que sabían respecto a la invención de la imagen, y el estado en que la conocieron antes y después que se la pintara. Por desgracia se ha perdido aquella información, o al menos no hemos podido hasta el presente dar con ella, a pesar del esmero y diligencia que hemos empleado para encontrarla. Según el decir de testigos respetables, el pro-

ceso de las informaciones lo tomó el Ilmo. Sr. Checa, que poco después de los sucesos referidos pasó por Cuenca para hacerse cargo de la administración eclesiástica de Loja; y fue tan grande el entusiasmo que se encendió en el generoso pecho de aquel piadoso Prelado por la aparición maravillosa de nuestra Señora del Extasis, que resolvió impetrar de Roma un oficio especial para conmemorar una gracia tan insigne de la Santísima Virgen; pero entonces precisamente fue elevado a la sede arzobispal de Quito, y se confundió el proceso y no se efectuó el proyecto.

Al juicio y sentir favorable de los antedichos prelados, añadiremos el testimonio de dos personajes los más ilustres que ha tenido el Ecuador en los últimos tiempos: García Moreno y el Padre Solano. Cuando su primer viaje a Cuenca, el insigne Presidente en quien la piedad cristiana estaba al nivel de su grande alma, no bien hubo llegado a la ciudad quiso conocer personalmente la ya celebérrima imagen de la *Virgen del Hervidero:* después de haberse informado minuciosamente de todo lo acontecido en su invención maravillosa, tomó la estatua en sus manos, la estudió muy despacio valiéndose del conocimento cabal que tenía en ciencias naturales, principalmente en la química; y al fin exclamó con acento de verdadero estupor: "¡Esto es admirable!... ¡Es imposible que sea obra de los hombres!... ¡Es una imagen de la Santísima Virgen, labrada por manos de los ángeles!.... Fue tan adelante su entusiasmo y amor por la santa imagen, que deseó adquirirla a toda costa, y llegó hasta ofrecer por ella una gruesa suma de dinero; sin embargo, el Ilmo. Sr. León prefirió disgustar al Presidente, antes que despojar a Cuenca de la posesión de joya tan valiosa.

El R. P. Fr. Vicente Solano, aquel docto y ejemplar hijo de San Francisco, tan severo y acertado en sus apreciaciones críticas, examinó igualmente despacio la maravillosa imagen, y fue de parecer que tenía un origen ciertamente sobrenatural. "Una escultura semejante, decía, es imposible que sea producto espontáneo de la naturaleza; tampoco puede ser obra de ningún artista humano,

porque los hombres hasta en sus invenciones se limitan a copiar, pero esta imagen no tiene precedente en la historia, y es por lo mismo una obra celestial y milagrosa".

En verdad, de todos los testimonios que pueden darse en favor del origen prodigioso de la estatua, ella misma es el mayor, pues siendo tan frágil y esponjosa la caliza, difícilmente puede ser trabajada con tanto primor y delicadeza por el martillo y el sincel; sobre todo la actitud excepcional de la Santísima Virgen y el Niño está diciendo a voces que aquello no es obra de la tierra. A esto se añade cierta influencia suave y misteriosa que ejerce la santa imagen en el ánimo de quienes la contemplan, dejándolo empapado en dulce y suavísima unción; de modo que es imposible verla sin sentir conmoción íntima y profunda. Cuéntase que un sacerdote ilustrado en verdad, pero inficionado no poco del naturalismo pestilente de este siglo, deseó ver la estatua para reírse a sus anchas de la necia credulidad de los que la tenían por un portento. "¿Está ya bendita acaso?", preguntó con tono burlón y desdeñoso; pero apenas hubo visto la copia de la Inmaculada Virgen, cambió repentinamente la risa en recogimiento y el desdén en admiración, y exclamó: "¡Oh! esto no necesita bendecirse; esta imagen ha traído la bendición desde el cielo, de donde ha descendido!".

Si hasta hoy no circunda a la sagrada efigie la aureola de extraordinarias gracias y milagros, ¿no deberemos acaso atribuirlo al olvido en que se le ha dejado, y a no haberla vuelto al sitio en que se apareció? ¿No es allí, donde la piedad fervorosa de los católicos azuayos debió, hace tiempo, fabricar un hermoso santuario a su Reina y Protectora?... Las gracias del cielo exigen cooperación de nuestra parte, de otro modo quedan estériles y no producen los frutos de la bendición encerrados en ellas.

Sin embargo, antes que un olvido culpable, preferimos ver en lo acaecido una disposición amorosa de la divina Providencia. Acaba el Ecuador de consagrarse al Corazón Inmaculado de María, y la imagen de Nuestra

Señora del Extasis que era un enigma para todos antes de este solemne acto de fe, después de él es un libro abierto, en que todos podemos leer los más grandiosos destinos para nuestra República. Aquella aparición al parecer tan sencilla y sin brillo, es en realidad sobre modo extraordinaria y magnífica, pues bajo símbolos misteriosos, y hasta hoy ininteligibles, nos ha anunciado proféticamente los sucesos principales del Ecuador en los últimos treinta años. ¿Acaso está interrumpida toda comunicación entre el cielo y la tierra? En la diminuta imagen que nos ocupa tenemos una carta que nos ha venido de lo alto, cerrada hasta hoy y sellada; abrámosla y leámosla con piedad y recogimiento.

IV

La imagen de Nuestra Señora del Extasis mide siete centímetros desde los pies hasta la corona que le ciñe; es de alto relieve tallado en una piedra caliza de forma cónica de catorce centímetros de alto; la imagen ocupa la mitad superior del cono. Hemos dicho que la actitud de esta sagrada imagen es singularmente rara y original, pues representa a la Santísima Virgen dormida, y que con ese abandono y languidez propios del sueño mantiene al Niño Jesús dormido también, y que descansa no en el brazo o el pecho sino en el regazo de la divina Madre; la que con la mano derecha sostiene la cabeza y la diestra, y con la izquierda estrecha suavemente las rodillas del hermoso infante. María en esta extraordinaria escultura presenta el aire de una persona que hallándose de camino y rendida de fatiga se hubiera por acaso arrimado a una roca del sendero, y cerrado por un instante los párpados abrumados por el sueño; hállase, pues, de manera que no se puede decir si está sentada o de pie, y como si doblara ligeramente la rodilla izquierda, tratando de dar más cómodo arrimo, o tal vez de adorar en ese momento al Niño. Tiene graciosamente inclinada la cabeza sobre el hombro derecho, vuelta la faz plácida y serena hacia el rostro de Jesús. Lleva túnica roja de anchos y abundosos pliegues, que se extienden por el suelo, dejando ver solamente una parte del calzado del pie izquierdo. Cúbrele el pecho un

angosto chal o manteleta blanca, y sobre ella un azulado manto, cuya extremidad izquierda está recogida al cinto, y sobre la cual descansan los pies descalzos del divino Niño, que viste a su vez amplia y graciosa túnica blanca. Tanto la Madre como el Niño muestran un tanto descubierto el brazo por llevar la túnica arremangada hacia los codos. El cabello de María desciende por la espalda suelto y abundoso sobre el manto; y ostenta en las sienes virginales una muy hermosa imperial corona, que remata en una cruz; ésta y los colores de la estatua son, se nos ha dicho por testigos dignísimos y fidedignos, lo único que el arte humano ha puesto en aquella obra singular. Al mirar muy de cerca la imagen, sus facciones aparecen vulgares y sin gracia; mas apenas el piadoso espectador se coloca a distancia respetuosa y conveniente, se sorprende al contemplar una belleza verdaderamente extraordinaria y celestial que no halaga los sentidos, pero atrae el alma y eleva dulcemente el corazón. Para convencerse que el origen de esta escultura es prodigiosa, basta ver que tiene facciones y aire que en nada se asemejan a las obras conocidas de los más célebres artistas de Cuenca.

Hemos llamado a esta hermosa imagen con el título de *Nuestra Señora del Extasis,* porque es sin duda alguna entre los que hemos oído aplicarle, el más propio y que con toda exactitud le conviene; porque los sueños de María, nos dice San Francisco de Sales en el *Teótimo,* eran otros tantos suaves y dulcísimos éxtasis, que le apartaban del trato de las criaturas y el comercio con el mundo sensible, para acercarla más a Dios. Tenemos aquí copiada por mano de ángeles una escena de la vida íntima de María, cuando al contemplar en sus brazos al que es el encanto de los cielos, cerraba *extasiada* los ojos, sin poder detener los torrentes de gozo y caridad que le inundaban.

"¿Qué se habrá propuesto la Santísima Virgen al aparecerse en actitud tan singular y extraordinaria? ¿Querría acaso enseñar al mundo una nueva devoción? Suelen decir los que contemplan esta sagrada imagen. Cierto: les contestamos nosotros; cierto, que sería de grande

provecho para las almas, que tratásemos de estudiar las admirables disposiciones interiores de la Inmaculada Virgen durante sus santos y purísimos sueños. ¡Quién sabe si la divina Madre con la prodigiosa aparición que nos ocupa no exige de sus siervos un culto especial para esta faz de su santísima vida, que encierra quizás gracias nuevas y desconocidas para la situación presente de la Iglesia. En cada siglo el espíritu del mal, en su incesante batallar contra el bien, emplea táctica y armas nunca vistas e ignoradas hasta entonces; el cielo por su parte, para contrarrestar los esfuerzos del infierno, proporciona a la Esposa del Cordero medios mejor acomodados a la defensa, recursos de gracia y bendición antes ni siquiera sospechados. La devoción a Nuestra Señora del Extasis no vendría fuera de propósito en el siglo en que vivimos. ¿No estamos viendo los estragos que el hipnotismo y el espiritismo van propagando en el seno de nuestras sociedades? Esa hermosa Virgen dormida, con el Dios Niño en los brazos, ha de enseñar a esos soñadores de maldades, al *Medium* infeliz a deshacerse de las garras del magnetizador impío.

"¿Qué se habrá propuesto la Santa Virgen al aparecerse en actitud tan singular y extraordinaria?". Enseñarnos verdades y dispensarnos favores extraordinarios y grandes. Nuestra Señora del Extasis representa indudablemente una de las escenas de la Sagrada Familia relativas a la infancia del Salvador. Esa amable Virgen que con el tierno Niño en los brazos duerme al abrigo de una roca desierta y solitaria, es María que se encamina a Egipto huyendo de la bárbara y sangrienta persecución de Herodes. La divina Madre perseguida en todas partes por los gobiernos liberales y ateos de estos últimos tiempos, no ha hallado en todo el mundo sino una sola nación, el Ecuador, donde ha encontrado un asilo contra los Herodes del radicalismo y la Masonería. Nosotros somos la República del Sagrado Corazón de Jesús y su Inmaculada Madre, y Jesús y María nos demuestran el contento y la paz con que moran en este pueblo, cuando se entregan confiadamente al sueño y al reposo, como que nada tienen que temer, puesto que se encuentran en medio de los suyos. *In pace in idipsum dormiam*

et requiescam. Además, el dulce sueño y pacífico de la Virgen nos anuncia que ha llegado ya el término de nuestras grandes catástrofes políticas, y ha principiado ya la era de nuestra regeneración social; Jesús dice ahora a la República lo que en otro tiempo a los Apóstoles: *dormite jam et requiescite;* nada temáis; dormid ya y descansad!

Pero la paz y alegría no brillaron para los apóstoles sino después de Gethsemaní y el Calvario, en los resplandores de la resurrección. De esta manera la tranquilidad de que actualmente disfruta el Ecuador es gracia que le ha concedido el cielo tras angustias de muerte, tras espasmos de dolor. La invención portentosa de Nuestra Señora del Extasis fue anuncio profético de lo que muy en breve iba a acontecer al Ecuador. El año 1857, la situación moral de la República era trasunto fiel de los grandes y repetidos trastornos físicos de que constantemente son teatro los Andes ecuatoriales. Las revoluciones sucedían a las revoluciones; las batallas a los *pronunciamientos;* en sesenta años de vida independiente contamos ya innumerables constituciones, y son tantas las acciones de guerra civil que no hay una sola provincia que no haya sido bañada con torrentes de sangre fratricida. La malhadada República del Ecuador semejábase a un volcán en ignición continua, cuyas faldas y contornos son incesantemente sacudidos por violentas erupciones, y surcados por avenidas pestilentes de lava, y cubiertos por diluvios de ceniza. ¡Cosa notable y curiosa!: los Hervideros de Baños son un facsímile exactísimo de esta parte de nuestro territorio; como si Dios Nuestro Señor como artista sapientísimo nos hubiera dado en aquel pueblo una abreviatura o compendio de esta obra colosal de su diestra. Las colinas de caliza remedan perfectamente los ramales de nuestras cordilleras, las aguas humeantes y sulfurosas que descienden aquí y allí de la cima, vistas de lejos semejan a la lava. Todas aquellas rocas están como sembradas de fuentes cegadas ya, las que imitan con exacta precisión el cráter apagado de un volcán. Al obstruirse la boca de una fuente y hasta que llega ésta a abrirse nuevo curso, los vapores comprimidos ocasionan a veces sacudimientos

locales parecidos a terremotos y temblores; de modo que el vulgo cree que los Hervideros de Baños son un volcán en miniatura. Pues bien, este es el sitio que escogió la Santísima Virgen para su aparición maravillosa; para enseñarnos simbólicamente con ella, que su brazo poderoso y maternal iba a arrancar a la República del Ecuador de las fauces de la Revolución, a la manera que la joven que extrajo la piedra cincelada de entre los torrentes líquidos de fuego. ¿Y cómo se presentó entonces el Ecuador a la faz atónita del mundo? Exactamente como aquel fragmento de caliza: sellado con la marca celestial y hermosa de Jesús y su Santísima Madre, cuyas encantadoras imágenes se muestran como incrustadas en un pedazo de nuestro suelo. El orbe católico prorrumpió en exclamaciones de júbilo al contemplar a la *República del Sagrado Corazón de Jesús*, extraída portentosamente por manos de la Virgen Inmaculada de entre los hervideros del liberalismo y la revolución!...

En el escudo de armas de la República, figúrase nuestra cordillera por un gracioso montículo cónico situado a orillas de la mar. Mirad ahora ese montículo: María duerme plácidamente en él con el divino Pequeñuelo en los brazos. ¡Con qué amor y abandono reclina la hermosísima cabeza sobre este pedazo de tierra que es la suya; como diciendo: "Este es para siempre el lugar de mi reposo; aquí habitaré, porque éste es el sitio que me he escogido!" *Quoniam elegit Dominus Sion: elegi eam in habitationem sibi. Haec requies mea in soeculum saeculi: hic habitabo quoniam elegi eam.* (Salmo 131. v. 13 y 14). ¿Y qué significa el llevar la Virgen y el Niño arremangada la túnica en el brazo, sino el esfuerzo que han hecho el Hijo y la Madre por arrancar a este país de los remolinos bullidores de la revolución? ¡Rasgo verdaderamente providencial! García Moreno, aquel brazo fortísimo manejado por el Señor, fue consagrado por el contacto de Nuestra Señora del Extasis, y recibió de la divina Madre, sin comprenderlo quizás, la misión salvadora que tan perfectamente realizó. El puñal de Rayo se ensañó contra el brazo del héroe, y lo destrozó inicuamente; no importa: el mártir recibió entonces la unción de la sangre, para velar desde el cielo en defensa del Ecua-

dor. No fue tampoco sin particular designio de la divina Providencia que el Ilmo. Señor Checa vino llamado al pie de los altares de la veneranda imagen, puesto que aquel benemérito pontífice de la Iglesia ecuatoriana estaba elegido para unir su inmolación a la del insigne magistrado, y a consagrar con él en fraternal consorcio esta República al Sagrado Corazón de Jesús; he aquí por qué predestinados ambos a unir sus palmas triunfales en aras de sangriento sacrificio, fueron también los más fervientes adoradores y las primicias del culto que el Ecuador ha ofrendado a Nuestra Señora del Extasis.

Pero sobre todos los significados que pueden darse a la excepcional y magnífica aparición, se desprende de suyo con lógica espontaneidad el siguiente. "Las colinas de toba caliza de Baños, dice el sabio geólogo antes citado, se presentan precisamente como las vallas de una fortificación". Por un capricho verdaderamente singular de la naturaleza, aquellas curiosas fuentes han depositado los hacinamientos calcáreos con orden y regularidad sorprendentes, como pudiera haberlo hecho un entendido arquitecto; levántanse aquellas colinas como muros de mármol de "ocho metros de altura y doscientos de largo"; como fortificaciones y defensas de una ciudad invisible. En la cima de aquella no interrumpida construcción mural, tuvo lugar la bendita aparición. Osténtase la Santísima Virgen como en la cúspide de enhiesto montecillo: como centinela apostada en la garita de una atalaya. El Señor había hecho por medio del profeta este anuncio a la Ciudad santa: "Sobre tus muros oh, Jerusalén he puesto centinelas: todo el día y toda la noche estarán alerta, no callarán jamás". *Super muros tuos Jerusalem constitui custodes, tota die et nocte in perpetuum non tacebunt (Isai. 62. v. 6).* Esta espléndida profecía se ha cumplido ya en favor de nuestra República: esas misteriosas fortificaciones de Baños figuran las murallas invisibles que para protegernos ha levantado en torno nuestro la divina Providencia; desde lo alto de esas vallas Jesús y María velan por nosotros. Pero observad que las centinelas se han dormido: María está sumergida en éxtasis profundo, y un sueño apacible y celestial ha entornado los párpados del divino Niño.

¡Centinelas dormidas!... ¿no es lo mismo que muros a disposición del enemigo?... Pero no: fuera de nosotros todo cuidado. El Centinela amoroso de los Cantares nos contesta: *Ego dormio et Cor meum vigilat*. "Yo duermo, pero mi Corazón está velando!" El Señor ha cerrado los ojos para poner más alerta en favor nuestro el Corazón. La República ecuatoriana se ha consagrado solemnemente a los Corazones Santísimos de Jesús y María, y estos Sagrados Corazones quieren demostrarnos que han acogido verdaderamente a este pueblo bajo su soberano amparo, y que son Centinelas vigilantes de esta felicísima nación. ¿Qué importa duerman los ojos, si el corazón está despierto? Nuestra Señora del Extasis es la Virgen prudentísima que aunque dormida no por esto ha apagado su lámpara, antes bien, la tiene preparada y encendida; y esa lámpara es su Inmaculado y amantísimo Corazón. *Haec est Virgo sapiens quam Dominus Vigilantem invenit*.— Nuestra Señora del Extasis es el *Corazón Vigilante de María*.

_____

La aparición de Nuestra Señora de la Nube, en tiempos de la colonia, fue prueba de que la Santísima Virgen velaba por el Ecuador desde sus principios de pueblo civilizado y cristiano; la aparición de Nuestra Señora del Extasis nos demuestra que la divina Madre no ha olvidado a la República independiente y libre, sino que la guarda siempre bajo su especial amparo y protección. La República por su parte no ha desconocido a su soberana bienhechora, acaba de consagrarse a su amor y culto con espléndida y solemnísima fiesta. Todo esto augura un porvenir dichoso y envidiable para esta humilde nación, la más pequeña entre las hijas del Pacífico, pero acaso no la última en los altos designios del Cielo.

Las manifestaciones portentosas del orden sobrenatural no son nunca a manera de fuegos fatuos que brillan por un momento y luego desaparecen sin dejar en las tinieblas huella alguna de su paso; son gracias y origen de una serie no interrumpida de gracias; son manantiales perennes de vida y bendiciones para los pueblos.

¿Cuántos dones inapreciables, y ni siquiera sospechados todavía, se encerrarán para el Ecuador en el desarrollo y propagación del culto a Nuestra Señora del Extasis? Baños reclama de la piedad generosa de Cuenca un espléndido santuario en honra del Corazón Inmaculado de María; y este Corazón dulcísimo exige de toda la República gran acrecentamiento de fe en su excelsa Protectora, y el encendido amor a su divino Hijo; bajo condiciones tan fáciles y cómodas, el Ecuador asegurará para siempre el glorioso título que lleva de *República del Sagrado Corazón de Jesús*. Nuestra Señora del Extasis sostiene entre sus manos la cabeza divina y la poderosa diestra del Niño Soberano; y mientras la augusta Madre está ceñida con imperial corona, Jesús no ostenta otra diadema que la que forman a sus sienes los estrechos abrazos de María. ¿No nos enseña esto claramente que el Sagrado Corazón de Jesús reinará en el Ecuador, pero por medio de la Inmaculada Virgen?

¡Non fecit taliter omni nationi! ¡Infinitas acciones de gracias, gloria, honor y bendición a la Trinidad Beatísima, porque ha hecho dones extraordinarios y grandes a una nación tan humilde y pequeñita!

EL REINADO EUCARISTICO..., Tomo II: Año II: XVII, XVIII y XIX, (II, III y IV. 1893), págs. 352-379.

MANIFESTACIONES PRODIGIOSAS DE LA SANTISIMA VIRGEN EN AMERICA.

NUESTRA SEÑORA DE CHIQUINQUIRA

El Santuario más célebre consagrado a la Santísima Virgen en la vecina República de Colombia es, sin duda alguna, el de *Nuestra Señora de Chiquinquirá*, cerca de la ciudad de Tunja. Las copias de aquella hermosa Imagen son muy conocidas en el Ecuador, por habérsela profesado en otro tiempo muy fervorosa y popular devoción; sin embargo, la historia de aquella aparición portentosa es conocida de pocos, por cuyo motivo vamos a hacer de ella aquí un sucinto relato (1). En la actualidad Quichinquirá es una populosa villa, a cargo de los RR. PP. Dominicanos que sirven el santuario y mantienen junto a él uno de los noviciados más florecientes de su ínclita Orden; prestan además auxilios importantes a los numerosos peregrinos que de todas partes acuden a aquel hermoso sitio, a implorar gracias y favores de Nuestra Señora del Rosario.

"Entre los primeros Conquistadores del Nuevo Reino de Granada, mostróse especialmente devoto a la Madre de Dios del Rosario, Dr. Antonio de Santa Ana, vecino de la ciudad de Tunja; y por sus servicios Encomendero de los pueblos de Suta (que al presente se llama de Merchán) y de Chiquinquirá, que dista del de Suta ocho leguas. Fabricó Antonio de Santa Ana en el pueblo de Suta sus apo-

(1) Extractamos esta relación de la obra publicada en Madrid, en 1694, por el P. Fr. Pedro de Tovar, Prior del Convento de Chiquinquirá, con el siguiente título: "Verdadera histórica relación del origen, manifestación, y prodigiosa renovación por sí misma, y milagros de la imagen de la Santísima Virgen María Madre Dios, Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, que está en el Nuevo Reino de Granada de las Indias ,a cuidado de los Religiosos de la Orden de Predicadores".— El autor asegura que todo lo que refiere está sacado fielmente de las informaciones originales recibidas, por orden de la autoridad eclesiástica, para comprobación de aquella maravilla.

¿Cuántos dones inapreciables, y ni siquiera sospechados todavía, se encerrarán para el Ecuador en el desarrollo y propagación del culto a Nuestra Señora del Extasis? Baños reclama de la piedad generosa de Cuenca un espléndido santuario en honra del Corazón Inmaculado de María; y este Corazón dulcísimo exige de toda la República gran acrecentamiento de fe en su excelsa Protectora, y el encendido amor a su divino Hijo; bajo condiciones tan fáciles y cómodas, el Ecuador asegurará para siempre el glorioso título que lleva de *República del Sagrado Corazón de Jesús*. Nuestra Señora del Extasis sostiene entre sus manos la cabeza divina y la poderosa diestra del Niño Soberano; y mientras la augusta Madre está ceñida con imperial corona, Jesús no ostenta otra diadema que la que forman a sus sienes los estrechos abrazos de María. ¿No nos enseña esto claramente que el Sagrado Corazón de Jesús reinará en el Ecuador, pero por medio de la Inmaculada Virgen?

¡Non fecit taliter omni nationi! ¡Infinitas acciones de gracias, gloria, honor y bendición a la Trinidad Beatísima, porque ha hecho dones extraordinarios y grandes a una nación tan humilde y pequeñita!

EL REINADO EUCARISTICO..., Tomo II: Año II: XVII, XVIII y XIX, (II, III y IV. 1893), págs. 352-379.

sentos, y en frente de ellos una capilla pequeña de vara en tierra, y paja, y con deseo de poner en ella una imagen de la Madre de Dios del Rosario, se fue a la ciudad de Tunja, que dista del pueblo de Suta catorce leguas, y mandó a Alonso de Narváez que era el pintor que había en dicha ciudad, que le pintara una imagen de Nuestra Señora del Rsoario en una manta de algodón (que era el lienzo que había en aquel tiempo). Era la manta más ancha que larga, y porque no quedasen en blanco los campos que quedaban a los lados de la Madre de Dios, mandó pintar a un lado a San Andrés apóstol, y al otro a San Antonio de Padua. Como ideó Antonio de Santa Ana la imagen, así la pintó Alfonso de Narváez; mas al parecer con un defecto, que ha sido reparado siempre de muchos, y sabida la causa de pocos; porque debiendo pintar a San Andrés apóstol al lado derecho de la Santísima Virgen, lo pintó al izquierdo: y discurro yo, sería la causa por parecerle que quedaría más a gusto de Antonio de Santa Ana la imagen, viendo en mejor lugar a San Antonio, de quien tenía su nombre".

Recibió la imagen Antonio de Santa Ana, pintada en la manta de algodón con los colores al temple, y por su trabajo dio al pintor veinte pesos de oro. Acomodó el lienzo en un bastidor de madera, y lo expuso en el altar de la capilla a la veneración y culto así de los españoles como de los indios recién convertidos. Pasáronse algunos años, y por el de mil quinientos y sesenta y cinco se reconoció que la santa imagen estaba sumamente deteriorada, la tela rota en varias partes, los colores perdidos, y toda la pintura casi borrada "a causa de haberse mojado muchas veces, por haber tenido poca cuenta de empajar la capilla; de manera que en el altar donde estaba (el cuadro) entraba cuando llovía mucha agua, que caía sobre el lienzo". Habiendo sido poco después cura de Suta el sacerdote Juan Alemán de Leguisamón, pidió al Encomendero le diese otra imagen para el altar, y no habiéndola obtenido se dirigió a otro caballero, quien le envió una de Cristo crucificado pintada en un lienzo. El cura entonces colocó la nueva imagen en el altar de su pobre templo, y la de Nuestra Señora del Rosario se la devolvió a Antonio de Santa Ana, quien la destinó para su otro pueblo, el de

Chiquinquirá, porque allí no tenía por adornos de capilla más que una cruz de madera y estampas de papel.

Chiquinquirá ocupa una hermosa planicie, cercada por todas partes de altas sierras, y bañada por un caudaloso río; antes de los sucesos que relatamos, dice el P. Tovar, que aquel sitio era un páramo muy frío y casi inhabitable, por las continuas lluvias y neblinas, pero después por un gran favor visible de la Santísima Virgen, se ha serenado su cielo, y ha llegado aquel lugar a ser en gran manera apacible y ameno, y muy abundante además en producciones propias de semejantes parajes. "En este sitio, donde tenía Antonio de Santa Ana sus aposentos, había una choza pajiza con el nombre de capilla, sin puertas, en el mismo lugar donde está hoy la iglesia. Pusieron, pues, en aquella capilla el roto y maltratado lienzo, en que estaba la borrada imagen de la Madre de Dios del Rosario, que del pueblo de Suta remitía el Encomendero de Santa Ana el año de mil quinientos y setenta y cuatro: y desde dicho año quedó la imagen en la capilla, hasta que pasados once años, por el de mil quinientos y ochenta y cinco, llegó al sitio de Chiquinquirá una mujer de buena vida llamada María Ramos".

Era esta piadosa Señora española de nacimiento, de la villa de Guadalcanal, y casada con Pedro de Santa Ana, hermano del Encomendero; habiendo dejado la península por seguir a su marido, se había avecindado con él en la ciudad de Tunja. Pero el ingrato caballero se cansó pronto de su consorte, y aunque ella como verdaderamente virtuosa sufrió largo tiempo sus desvíos, al fin creyó más acertado buscar otro refugio. En esto murió el Encomendero y María Ramos con pretexto de visitar a la viuda, la señora Satalina García de Irlos, dejó a Tunja, y con consentimiento de Pedro de Santa Ana se trasladó a vivir en Chiquinquirá. Devotísima como era de la Santísima Virgen hirióle en el alma ver tan desamparada y maltrecha la imagen hermosa de esta dulce Madre. Halló el precioso lienzo arrojado entre el polvo de la capilla, y arrancándolo de aquel basurero y después de arreglarlo como mejor pudo, tornó a colocarlo en el altar para la pública veneración. Los cuidados y afanes de esta virtuosa mujer, y el

magnífico premio que alcanzaron, nos enseñan una gran verdad: el celo que hemos de tener por venerar las imágenes de los santos ,y que no las hemos de echar en olvido, ni mucho menos despreciarlas, porque las veamos ajadas y descoloridas. Ilustres santuarios de la cristiandad son testimonio elocuente de lo que decimos. Citaremos uno sólo: el de *Santa María de los Montes* en Roma, la iglesia predilecta de San Benito Labré, la cual se dice fue construida con el siguiente motivo.— El día 26 de Abril de 1579, un trabajador removía heno en un pajar, y al dar un golpe con la horquilla en la pared, oyó una voz misteriosa que le dijo: "¡Cuidado, que me vas a herir!"; y como el labriego no hiciera caso alguno de ello, y diera nuevamente otro golpe, tornó la misma voz a clamar: "¡Al menos, no hieras a mi hijo!...". Semejante prodigio excitó vivamente la piedad de los fieles, pues se vio que la voz maravillosa había sido nada menos que de una hermosa imagen de María, con el Niño Jesús en los brazos, pintada en otro tiempo en la pared del refectorio de un antiguo convento de Clarisas; el cual, habiéndose trasladado las religiosas a otra parte, se había transformado en granja, y el refectorio en pajar. Gregorio XIII hizo construir en aquel sitio el magnífico templo de Nuestra Señora de los Montes, donde hasta hoy se ven las huellas del golpe de la horquilla en las imágenes del divino Niño y su santísima Madre.

Contenta la piadosa matrona española de haber rescatado del olvido de los hombres y de las injurias del tiempo aquel venerando simulacro de la Madre de Dios, hizo de él el centro de sus generosos afectos y el blanco de sus continuos ejercicios de piedad. Pero grandemente afligida de ver casi borrada la devota pintura, "apenas entraba en la capilla a hacer oración, cuando con lágrimas y sollozos significaba a la Madre de Dios el dolor grande que afligía su corazón de ver que no veía entre los rasgos del lienzo ni un rasgo de su imagen; mirábanlo y remirábanlo, y viendo que no veía prorrumpía en estas razones: "¡Hasta cuándo Rosa del cielo habéis de estar tan escondida!: ¡cuándo será el día en que os manifestéis y dejéis ver a lo descubierto, para que mis ojos se regalen con tu soberana hermosura que llene de gustos y alegrías mi al-

ma!". Estas afectuosas deprecaciones repetía María Ramos todos los días a esta soberana Señora, que como Madre piadosa la consoló concediéndola lo que le pedía".

Un viernes, veintiséis de Diciembre del año mil quinientos ochenta y seis, la piadosa mujer instaba como de costumbre, pero con más fervor que el ordinario, a la Santísima Virgen, para que se dignase glorificar su imagen: más de dos horas había permanecido en oración, elevando al cielo sus plegarias. Levantóse al fin. entre eso de las ocho a nueve de la mañana, y saludando a María con una profunda genuflexión y reverencia iba a salir de la capilla, cuando a este tiempo pasó por ahí una india cristiana llamada Isabel, que llevaba de la mano a un niño mestizo, de edad de cuatro a cinco años. llamado Miguel. "Al pasar por la puerta de la capilla le dijo el niño a la india: Madre, mira a la Madre de Dios, que está en el suelo; volvió la india a mirar hacia el altar y vio que la imagen de la Madre de Dios del Rosario estaba en el suelo parada, despidiendo de sí un resplandor celestial y tan grande de luz, que llenaba de claridad toda la capilla: quedóse asombrada la india, viendo aquel prodigio, y muy despavorida y asustada le dijo a María Ramos, que iba saliendo de la capilla, estas razones: Mira, mira, señora, que la Madre de Dios se ha bajado de su lugar, y está allí en tu asiento parada y parece que se está quemando. Volvió María Ramos el rostro y vio que la imagen de la Madre de Dios estaba de la manera que decía la india, y admirada de ver tan estupendo portento, llena de asombro y pasmo, dando voces y derramando lágrimas, fue corriendo al lugar donde estaba la milagrosa imagen y arrojándose a sus santísimos pies con mucho temor puso los ojos en ella, y vio cumplidos sus deseos, porque estaba manifiesta la Madre de Dios, con una hermosura celestial y divina, y con unos colores muy vivos y alegres, y con el rostro muy encendido y colorado, despidiendo de sí grandísimo resplandor, que bañando de luces a los santos que tenía a los lados llenaba de claridad toda la capilla, y el alma de María Ramos de un celestial consuelo; y derramando lágrimas de alegría y devoción, prorrumpió en estas razones: Madre de Dios, Señora mía, dónde merezco yo que os bajéis de tu lugar y estéis en mi asiento parada, que yo me iba a ver a aquella pobre ciega".

A los clamores de María Ramos y de la india Isabel acudió Juana de Santa Ana, y juntas las tres piadosas mujeres, llenas de espanto y admiración, postradas de rodillas y con afectos de devoción inexplicables se estuvieron contemplando aquellos maravillosos resplandores que inundaban de luz la capilla. Estaba la santa Imagen en el suelo, parada, un poco inclinada hacia el altar, y libre en el aire sin que nada la sostuviese: descansaba en el mismo lugar del suelo donde María Ramos tenía su asiento, y acostumbraba orar de rodillas. La imagen de la Santísima Virgen, e igualmente las de los Santos estaban completamente renovadas con vivos y celestiales colores; bien que las roturas del lienzo no habían desaparecido, sino que estaban como antes. Después de algún rato cesaron los resplandores, y entonces las piadosas espectadoras de aquel singular portento levantaron el cuadro y lo subieron a su propio lugar. A este tiempo llegó Catalina García de Irlos con varias personas de su servicio, y todas quedaron estupefactas mirando la imagen santa completamente renovada y con aquella tan singular hermosura y viveza de colores, pues el rostro de la Santísima Virgen por todo aquel día permaneció encendido, y sólo al siguiente tomó el color que conserva hasta ahora. Todo aquel reducido pero devotísimo concurso asombrado de tanta maravilla acompañó fervoroso a la divina Madre en su pobre capilla, orando y dando gracias a Dios por tantas mercedes; distinguiéndose entre todas María Ramos, que no se cansaba de manifestar su gratitud a la Inmaculada Virgen, muy especialmente por haberla honrado colocándose en el mismo sitio que aquella buena señora ocupaba de ordinario en aquel miserable templo.

A este prodigio se siguieron otros muchos, sobre todo curaciones súbitas de innumerables y desesperadas enfermedades, con lo que en poco tiempo llegó la santa Imagen a ser famosísima no solamente en Nueva Granada, sino en toda América, y hasta en España. Numerosos peregrinos acudieron de todas partes a venerarla, sacábanla en procesión en las calamidades públicas, especialmente en las epidemias, y no pocas veces fue conducida en triunfo hasta Tunja, y aún hasta Bogotá.

Por orden del arzobispo de esta última ciudad, el Ilmo. Sr .Fr. Luis Zapata de Cárdenas, se siguió una prolija información canónica de todos estos portentos. A consecuencia de lo cual en vez de la primitiva choza se edificó en el mismo sitio una hermosa iglesia, y para servirla convenientemente se estableció a lado un espacioso convento de la Orden de Predicadores.

Entre las raras y estupendas maravillas que se siguieron a la renovación del cuadro merecen no olvidarse las siguientes. La primera es que paulatina y muy suavemente fueron desapareciendo los agujeros y roturas del cuadro, hasta el punto de no quedar después ni un leve rastro de ellos. La segunda es que a distancia de una vara del sitio donde apareció cercada de resplandores la imagen, brotó una agua dulce y clara que aplicada con fe ha curado enfermedades, apagado incendios, fertilizando campos antes estériles, y obrado un sinnúmero de asombrosas maravillas. No solamente el agua, hasta la tierra misma de tan dichoso lugar ha sido empleada con igual éxito. "El color, olor y sabor que tiene esta tierra, dice el P. Tovar, es admirable: el color es de ceniza blanca, el olor muy suave, y el sabor a modo de almidón". De esta tierra hace el pueblo varias imágenes, y unas como cuentas de muy curiosos rosarios y gargantillas, objetos todos de que se ha valido la Santísima Virgen para realizar innumerables portentos. La tercera maravilla es que una lámpara con que constantemente se alumbra el santuario, hallándose varias veces exhausta de pábulo, ha rebosado súbitamente de aceite, derramándolo en tanta copia, que el pueblo ha acudido a recogerlo en botellas; y este portentoso líquido se ha convertido también en instrumento de muchas y estupendas curaciones.

La descripción que de este cuadro admirable hace el citado autor es la siguiente: "El lienzo en que está pintada la bendita Imagen es una manta de algodón que tiene de alto vara y cuarta, y de ancho vara y tres cuartas poco menos. La estatura de la Madre de Dios es de cinco palmos, la disposición de su santísimo cuerpo es peregrina, las proporcionadas facciones de su rostro son

soberanas, y el todo de hermosura tan superior que causa asombro y pasmo a cuantos la ven con una gravedad tan majestuosa, acompañada de tan agradable y extremada modestia y compostura, que arrebata los ojos y la atención, embelesa los entendimientos, y se roba los corazones tan insensiblemente, que lo mismo es poner en ella la vista que quedar presa de sus afectos la voluntad. Sólo quien la ha visto y experimentado este su poderoso atractivo (que creo que son todos los que entran con devoción en su templo) puede hacer entero concepto de esta verdad. Tiene esta Señora los ojos casi cerrados e inclinados con el rostro a su precioso Hijo, que tiene sobre el brazo izquierdo en graciosa disposición; y tan a lo natural, que más parece vivo que pintado; en cuya mano derecha tiene un hilo, que pende del pie de un pajarito de varios colores, que está pintado sobre el pecho de su Santísima Madre: de cuyo rostro el color casi es indeterminable a la vista, y a lo que parece es el blanco color de plata. Tiene en su soberana cabeza una toca blanca, que dejándole cubierto todo el rostro y la garganta, cae por los lados en bien sombreados dobleces y lo recoge sobre el pecho. En la mano derecha tiene un Rosario de color de coral; los trazos del ropaje son primorosos, porque la túnica es de color rosado claro con sombras de carmín oscuro, y del mismo color es el paño en que está envuelto el Niño Jesús del medio cuerpo para abajo, y para arriba está desnudo. El manto es de color azul celeste, y baja de los hombros por los lados, recogiéndose la punta del derecho debajo del brazo izquierdo, y a sus santísimos pies tiene una luna con las puntas para arriba.— En los gloriosos santos, San Andrés Apóstol y San Antonio de Padua, que están pintados a los lados de la Madre de Dios, hay también mucho que admirar, así en la hermosura de sus rostros como en la primorosa disposición de sus cuerpos. Está San Andrés al lado izquierdo, vuelto el rostro a la Santísima Virgen, muy grave y severo, con los ojos puestos en un libro que tiene abierto en la mano derecha, con tanta propiedad, que parece que está leyendo, y debajo del brazo izquierdo tiene la santísima cruz, signo de su martirio. El color de la túnica es rosado encendido con oscuras sombras de carmín; el manto que le ajusta al cuello es de color

de muy fina grana; tiene descubiertos los pies, y la estatura es de cinco palmos. Del mismo tamaño es la de San Antonio de Padua, que está al lado derecho de la Madre de Dios. Tiene el rostro penitente y devoto, y calada la capilla; en la mano izquierda un libro cerrado, y sobre él parado un Niño Jesús con el mundo en la mano; en la derecha tiene el santo una palma verde, signo de su virginidad, y los pies descubiertos".

A los muchos y encantadores prodigios con que el cielo ha cercado a esta santa imagen de María, y que hemos indicado ya, "se añade otro muy singular que de ordinario se experimenta, y es, que desde la grada del altar se ve esta milagrosa imagen con tan perfectas facciones, hermosura y viveza de colores en toda la pintura, que excede toda ponderación, y dejamos referido: subiendo encima del altar a ver de más cerca aquel prodigio de maravillas, lo que se ve en el portentoso lienzo es un género de sombras de unos colores muertos que parece haber sido lavados, y las facciones de la Madre de Dios no se perciben con aquella perfección que vista de lejos; desde donde atendida no sólo se ve muy extremadamente hermosa y toda la pintura de vivos colores, sino que parece es la Imagen de la Madre de Dios de relieve y que se sale del lienzo, con hermosura y graciosidad tan divina y colores tan inimitables, que aunque muchos de los excelentes pintores que ha habido en aquel Reino han querido copiarla, jamás han podido dibujarla con perfección, ni han sabido determinar si la pintura está al óleo o al temple, porque parece lo uno y lo otro, y no es lo que parece. Bastantemente se prueba esta verdad con una declaración que hizo como testigo de vista el Alférez Baltazar Figueroa. Pues siendo tan primoroso pintor, como lo acreditan sus obras, y queriendo sacar de esta milagrosa Imagen un retrato, se le turbó la vista, de manera que confesó públicamente a voces en la iglesia, no poder principar el bosquejo por la mucah turbación que le había causado la vista de esta Soberana Señora. Y siendo el autor Prior de su santa casa vio que sucedió lo mismo a Juan de Cifuentes, pintor; pues habiendo querido a vista de la milagrosa Imagen sacar de ella un retrato, le dio un trasudor y temor tan

grande, que no se atrevió a dar pincelada alguna; ni ha sido posible que pintor alguno haya podido sacar de esta admirable Imagen un diseño que con verdad se diga corresponde al original".

Chiquinquirá es actualmente uno de los santuarios de la Santísima Virgen más concurridos y célebres en América. Un viajero moderno, el Doctor Saffray, en su muy conocida obra "Viaje a Nueva Granada", nos hace traslucir, en pocas palabras, la grande y general devoción que en aquella República se profesa a la portentosa Imagen de María. "Las Vírgenes milagrosas (o sea, imágenes más veneradas de la Madre de Dios) tienen, dice, muchos devotos en Nueva Granada; hasta se ha creado en favor de ellas una cierta competencia en el pueblo; pero hay una especialmente que se invoca a cada momento, oyéndose decir con mucha frecuencia: *¡Válgame la Virgen de Chiquinquirá!* Chiquinquirá significa *brumas:* los indios llamaron así a un valle donde las nubes solían con frecuencia aproximarse mucho a la tierra, valle que formaba parte de los terrenos concedidos a don Antonio de Santana, compañero del conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada. Aquel caballero fundó allí una ciudad, o mejor dicho, mandó construir algunas cabañas". Hace en seguida una breve relación de los sucesos que dejamos ya referidos, y continúa: "El arzobispo Fr. Luis Zapata de Cárdenas aprobó (las informaciones recibidas acerca del prodigio) y acto continuo erigióse una iglesia... En 1823 se levantó un nuevo templo. En este último, sobre el altar mayor, y bajo un dosel con adornos de plata, se ve el famoso cuadro, cubierto de pedrerías y joyas, entre las cuales se observa una media luna de oro con filigrana y esmeraldas, que se ha colocado a los pies de la Virgen. La santa imagen tiene además un cinturón de diamantes, regalo de la duquesa de Alba, y una corona de oro con piedras preciosas: el lienzo desaparece casi bajo tantos adornos. Todos los años van a visitar a la Virgen de Chiquinquirá unos 30.000 peregrinos, procedentes de todos los puntos de Nueva Granada, el Ecuador, el Perú y hasta de España".

En 1829 la Santidad de Pío VIII, a petición de algunos Prelados de Colombia, concedió un rezo especial para conmemorar la manifiestación prodigiosa de Nuestra Señora de Chiquinquirá; en el Ecuador se celebra anualmente su fiesta el 9 de Julio, en cuya fecha rezan todos los sacerdotes de la República el oficio propio asignado a esta solemnidad por la Santa Sede".

EL REINADO EUCARISTICO..., Tomo II, Año II: XX, (v. 1893), págs. 444-475.

LA REPUBLICA

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS

Dabo eis Cor ut sciant me, quia ego sum Dominus: et erunt mihi in populum, et ego ero eis in Deum—JEREM. c. XXIV, *v.* 7

REVISTA RELIGIOSA MENSUAL

PUBLICADA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

DIRECTOR—**José Julio Matovelle,** *Presbítero*

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE—**Manuel María Pólit**

TOMO I

1884—5

QUITO

Imprenta del Clero

NUESTRO PROPOSITO

Beata gens, cujus est Dominus Deus ejus: populus, quem elegit in haereditatem cibi.

Ps. XXXII, 12.

La República del Ecuador, a pesar de ser una de las más pequeñas entre sus hermanas de América, parece que está elegida por Dios para cumplir una grande y hermosa misión en el Nuevo Mundo. La Providencia ha velado por ella de una manera especial, ha derramado sobre su suelo abundantes bendiciones, y la ha preservado del naufragio universal con amorosa y paternal solicitud. El arca santa de la fe católica ha sobrenadado ilesa en las tempestuosas ondas de nuestras revoluciones políticas. Los gobernantes más extraviados en sus ideas y costumbres no han podido llevar sus ataques contra la Iglesia, más allá de un límite invisible, pero de todo punto infranqueable, que les ha opuesto la diestra omnipotente del Altísimo, esa misma diestra adorable que señaló barreras al océano, ante las que retroceden humildes las más deshechas borrascas y tempestades. Los Presidentes más audaces, las Convenciones más avanzadas en el radicalismo no han podido traspasar ese límite; una mano invisible, pero omnipotente, la mano del Señor les ha salido siempre al encuentro, y les ha hecho retroceder en su camino. Por esto, a pesar del trabajo subterráneo de todas las sectas, el edificio de la fe permanece, entre nosotros, intacto, firme, inquebrantable: las negras hojas con que a veces quiere la prensa impía oscurecer nuestra atmósfera, son luego arrebatadas en tempestuoso torbellino por el soplo ardiente del Señor, que luego las devora y las esparce en cenizas. De aquí es que, a pesar de todos los esfuerzos combinados del infierno, la impiedad y el radicalismo serán siempre como plantas exóticas que jamás se arraigarán en el suelo ecuatoriano. La impiedad y el radicalismo han hecho víctimas, pero no prosélitos; y la sangre de esas víctimas, como la sangre de todos los mártires, será semilla fecunda de héroes para el porvenir. La Iglesia y el Estado, estas dos admirables creaciones del Omnipotente,

ambas, casi a un mismo tiempo, han ofrecido al Señor dos ilustres víctimas sacrificadas por despiadados sectarios, la una en el más suave de sus Obispos, la otra en el más íntegro de sus Magistrados. La sangre de esas víctimas, no lo dudemos, afirmará sólidamente, en el Ecuador, la paz de la Iglesia y la prosperidad del Estado.

En verdad que el Ecuador es una nación bienaventurada, porque el Omnipotente le ha elegido para herencia suya, porque es el único pueblo de la tierra que tiene a Dios por su único Señor y Rey. Por tanto, nos parece que la misión propia del Ecuador, el fundamento sólido de su futura grandeza, es *ser siempre una nación profundamente católica, un pueblo todo del Señor.*

Las naciones son grandes personalidades morales, que así como los individuos, y con más razón todavía que ellos, tienen una vocación propia, una misión especial que llenar sobre la tierra. Los políticos, los magistrados deben esforzarse por conocer esta vocación especial de las naciones, para dar a cada una la dirección conveniente, porque sólo así darán con el verdadero camino de su grandeza y prosperidad; los pueblos mismos deben también empeñarse en cumplir su misión propia, y corresponder con afán a las gracias especiales que en ellos ha derramado el Señor. Ahora bien, estudiando la historia de nuestra nación, sobre todo en estos últimos tiempos, podemos decir que la misión especial del Ecuador es verdaderamente ser la *República del Sagrado Corazón de Jesús*. Dios ha elegido a este pequeño pueblo, entre todos los de la tierra, para hacer brillar en él de admirable manera el poder de su brazo; como veló por Moisés, abandonado a las ondas del Nilo, asimismo ha velado la Providencia por la cuna del Ecuador entregada a las ondas de la revolución, para hacer de él un pueblo exclusivamente católico. El Ecuador ha comprendido sus destinos, no ha sido del todo ingrato para con su amante y divino Benefactor; pues es el único pueblo de la tierra que se ha postrado ante el Corazón Sacratísimo de Jesús, le ha proclamado *oficialmente* su Señor y su Rey, se ha consagrado para siempre a su culto; y se esfuerza ahora por levantar un templo que sea monumento perpetuo de tan solemne consagración.

La Iglesia y el Gobierno ecuatorianos han concurrido juntamente, para tributar al Corazón Santísimo de Jesús homenajes tan hermosos de adoración y amor. Contrayéndonos especialmente a la erección de la *Basílica Nacional,* los decretos tanto del Gobierno Provisional como de la Convención relativos a esta obra, han sido acogidos con aplauso por todos los prelados y el clero de la República; el Ilmo. Señor Obispo de Loja y el V. Vicario Capitular de Cuenca, los han celebrado especialmente en dos elocuentes pastorales. El Ilmo. Prelado de la Arquidiócesis ha ofrecido su valiosa cooperación al Gobierno, y sabemos muy bien cuán bellos y magníficos proyectos tiene formados, en favor de esta obra. No ha sido menor el entusiasmo con que todo el pueblo ecuatoriano ha recibido y celebrado los dos mencionados decretos. Sabida es, por ejemplo, la brillante manifestación que tuvo lugar en Cuenca por este motivo, manifestación que hemos visto descrita hasta en periódicos de Europa. Debe por tanto decirse que, *tanto la Consagración de la República, como el voto de la Basílica en honra del Corazón Santísimo de Jesús, son actos nacionales.*

Pero, para que la Basílica llegue a ser una obra propiamente nacional, es necesario que ella se levante no sólo con las subvenciones del Gobierno, sino con las ofrendas de todo el pueblo. Pobres y ricos, corporaciones e individuos particulares, todos deben contribuir, a proporción de sus haberes, para la construcción de este monumento de la piedad y fe católica del Ecuador: monumento que por lo mismo debe exceder en magnificencia a todos los templos que tenemos en la República, principalmente en Quito.

Con todo, el templo material, aunque hermoso y magnífico, no ha de ser sino un símbolo del monumento todavía más bello de amor y adoración que todo el pueblo ecuatoriano debe levantar a su Señor y Dios. Al Corazón se honra principalmente con el corazón; la Basílica invisible, pero sobremanera hermosa, que el Ecuador tiene que levantar, es la unión de todos los corazones de sus hijos, en una misma fe y una misma caridad, en torno al Corazón Santísimo de Jesús. De suerte que el

templo material sea el vínculo de paz entre todos los ecuatorianos, el sagrado recinto donde se levante una oración no interrumpida de toda la República; y así pueda ésta llamarse, con toda propiedad, la *Hija predilecta del Santísimo Corazón de Jesús*.

El objeto de la presente publicación es promover, en la medida de nuestras débiles fuerzas, tan preciosos y sagrados intereses, siguiendo en todo la voz de la Iglesia ecuatoriana representada en sus legítimos pastores. Dicho se está con esto que LA REPUBLICA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS será un periódico de carácter exclusivamente religioso, ajeno por lo mismo a la política, a las discusiones de la prensa, y a todo lo demás que no concurra directamente a lograr el objeto de sus aspiraciones. Estando el Ecuador consagrado en manera especial al Corazón adorable del Salvador, hemos creído de imprescindible necesidad la existencia de un periódico que sostenga y fomente entre nosotros tan preciosa devoción; y manifieste a toda la República el estado de los trabajos relativos a la construcción de la Basílica Nacional. Por lo mismo, todos los que con sus escritos deseen promover tan grandiosa obra, tienen a su disposición las columnas de este periódico.

Tanto el Excmo. Señor Presidente de la República, como el Ilmo. Señor Arzobispo, sabemos que han principiado ya con ardoroso empeño a combinar los medios y planes para la realización de la obra; hasta que ésta se organice definitivamente, el presente periódico se publicará sólo dos o tres veces al año; pero al normalizarse los trabajos de construcción, tomará la forma de una revista mensual. Principiamos ahora por dar colectados los documentos oficiales que manifiestan que el Ecuador es la REPUBLICA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS. ¡Ojalá que nuestros esfuerzos no sean inútiles, y que con ellos logremos siquiera colocar una piedra en los altares del divino Salvador! Con esto habremos cumplido plenamente nuestros propósitos.

LA REPUBLICA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS. I: 1, (VI.1884), págs. 1-6.

LA SALVACION DEL MUNDO

I

La Iglesia Católica atraviesa hoy una de las épocas más tormentosas de su historia. El mundo todo pasa por un estado de crisis, cuyos probables resultados infunden, al considerarlos, pavor y espanto. ¿Dónde hallar un remedio a tantos males?...

Lo que el genio y la ciencia no alcanzan a prever, Dios lo ha anunciado ya de antemano. El espíritu profético, vivo siempre en el seno de la Iglesia, nunca se ha despertado con tanto vigor como en nuestros tiempos: tiempos de tribulación, tiempos de prueba; para que se vea que todos los acontecimientos están en las manos del Señor, y para que lo grande de los dolores no haga desfallecer la confianza de los elegidos.

Los actuales padecimientos de la Iglesia, el castigo espantoso que luego pesará por ello sobre el mundo, el arca providencial que en este nuevo diluvio salvará a la Hija del Calvario; todo está previsto, todo está anunciado por esas almas privilegiadas a quienes Dios revela los secretos del porvenir. Estas revelaciones las hace Dios en favor de sus escogidos: *prophetiae in signum sunt fidelibus*. Por esto, San Pablo ha dicho: *prophetias nolite spernere, Omnia autem probate; quod bonum est tenete*. Prestemos, pues, atención a esos avisos saludables que nos vienen de lo alto; no sea que se nos reproche a nosotros aquello de Jeremías: "el milano conoce su tiempo en el aire; la tórtola, la golondrina y la cigüeña, los disciernen también; y mi pueblo no lo ha conocido". Lo que el Salvador anunció de los últimos tiempos, se verifica también en las grandes tribulaciones. "Lo que sucedió en los días de Noé, eso mismo sucederá en la venida del Hijo del hombre; porque, así como en los días anteriores al diluvio proseguían los hombres comiendo y bebiendo, casándose y casando a sus hijos, hasta el día mismo de la entrada de Noé en el arca, y no pensaron jamás en el diluvio hasta que lo vieron comen-

zado, y los arrebató a todos: así sucederá en la venida del Hijo del hombre".

Ahora tenemos otro diluvio a las puertas: el *Arca* está lista: ¡salvémonos en ella!... ¿Pero, qué arca, qué diluvio, qué anuncios son éstos?... Veámosio (1).

II

Desde luego, la desencadenada y crudelísima persecución por la que actualmente atraviesa la Iglesia, ha sido anunciada por grandes santos y personas de eminente virtud, con muchos siglos de anticipación. Santa Catalina de Sena predijo el gran cisma de Occidente, el *cisma protestante* con sus fatales consecuencias: "eso no será solamente una herejía, había dicho la Santa, sino una herejía que dividirá la Iglesia y la cristiandad; un cisma respecto del cual el de Aviñón será un bocado de *leche y miel*". Santa Hildegarda, en el siglo XII, profetizó la caída del *sacro romano imperio,* realizada por Napoleón I, y como, en seguida de esto, el Romano Pontífice sufriría la pérdida de su poder temporal; "que entonces el temor de Dios sería olvidado de los hombres; guerras atroces y crueles surgirían por todas partes; muchas ciudades se verían convertidas en un montón de ruinas; y que serían suscitados, por la justicia divina, hombres de una ferocidad sin igual, en cuyas manos pondría el Señor una *vara* de hierro destinada a vengarle de nuestras iniquidades".

La *Revolución,* ese monstruo devastador de la edad presente, le fue mostrado a una religiosa franciscana de gran virtud, a la célebre Sor de la Natividad, en Bretaña, mucho antes de sus principios en 1789, bajo un emblema profundamente significativo. Miró, pues, la sier-

(1) Las obras de que principalmente nos hemos servido para este artículo, son las siguientes: 1º **Voix prophétiques**, par l' abbé Curicque. París, 1870. 2º **El gran Papa y el gran Rey**. Reimpresa en Lima, 1873. 3º **Vie et oeuvres** de la B. Marguerite Marie. París. 1876. Algunos números de Las Misiones católicas y **El Mensajero del Sagrado Corazón**, de Barcelona.— A las predicciones consignadas aquí no damos más fe, que la que nos enseña debemos tener en este punto la doctrina católica.

va de Dios, que un gran torbellino de polvo se agitaba en los aires, sacudido horriblemente por un viento abrasador; y de en medio del torbellino se precipitó a la tierra un horroroso dragón, que parecía iba a devorarlo todo. El Señor le explicó que esos vapores groseros eran los de la impiedad, que bien pronto iban a derramar las tinieblas sobre la faz de la tierra, y que el monstruo abominable figuraba la *Revolución*; de cuyas devastaciones sería primero teatro la Francia. El Venerable Bartolomé Holzháuser, que murió en Bingen, cerca de Maguncia, en 1658, en sus comentarios sobre el Apocalipsis, hablando de la edad presente, dice que en ella "los católicos serán oprimidos por los herejes y los malos cristianos. Por todas partes habrá calamidades y guerras terribles; los reinos serán trastornados, los tronos derribados y los monarcas asesinados; los hombres conspirarán para erigir repúblicas revolucionarias, y en fin, la Iglesia y sus ministros serán despojados de sus bienes y sujetos a tributo". La Venerable Ana María Taigi, cuya dichosa muerte ocurrió en Roma en 1837, anunció también con gran precisión los males terribles que causarían a la Iglesia y al mundo las sociedades secretas. Todo ha sido, pues, previsto, todo anunciado. *Qui aures habet audiendi audiat*.

III

Pero tras el diluvio de la iniquidad vendrá también el diluvio de la cólera divina, y si causa dolor indecible el cuadro de las persecuciones de la Iglesia, causa pavor y espanto el anuncio de los castigos que en pos de aquellas vendrán; y como la persecución es hoy universal, universal deberá también ser el castigo.

En las célebres profecías del P. Jerónimo Botín, benedictino del siglo XV, leemos: "y antes que termine el cuarto siglo (es decir, a fines del siglo XIX), los ministros de los altares llorarán y padecerán persecución por la justicia. El Pastor será herido y se dispersará el rebaño... Pero he ahí también llegado el tiempo en que debe el Eterno, por la *grandeza de su venganza*, mostrar la enormidad de los crímenes con que ha sido injuriado". En las no menos célebres profecías de la Religiosa de

Blois, muerta en olor de santidad en 1830, vemos también que el Señor le mostró el cuadro de estos tremendos castigos. "Me encontré, dice, transportada a un lugar tan vasto, que me pareció que se encerraba en él todo el universo... Escuché voces innumerables que gritaban de un modo horrible, y en ese momento me creí medio muerta. Pero llegó a ser más grande mi pavor, cuando oí distintamente que esas mismas voces clamaron por tres veces: *Nosotros somos los vencedores, la victoria es nuestra*. En el mismo momento en que las voces pronunciaban esas palabras, súbitamente ví que se oscureció el cielo y llegó a ser una noche tan profunda, como no la había visto antes jamás. Esa oscuridad fue acompañada de un trueno, o más bien me pareció que el trueno venía a la vez de las cuatro partes de la tierra. Me es imposible describir cuál fue entonces mi terror: el cielo se convirtió en fuego y lanzaba por todas partes flechas inflamadas, con un fragor tan horrible que parecía que el mundo se convertía en ruinas. Yo miré entonces en los aires una nube espesa de color de sangre de buey; esa nube volteaba por todos lados, y me llenaba de inquietud sin saber qué significaba. Entonces percibí una multitud de hombres y mujeres con figuras que causaban espanto; los que se entregaban a toda suerte de crímenes, y vomitaban horribles blasfemias contra todo lo que hay de más santo en el cielo y en la tierra. Sentí entonces un pesar tan grande, que aún hora lo experimento, al escribir estas cosas... El trueno crecía siempre en los aires de una manera aterradora, cuando escuché una voz que me dijo: "No temas, mi ira caerá sobre los que han encendido mi cólera; ellos desaparecerán en un momento. Todo el universo se admirará al saber la destrucción de la más bella y la más soberbia de las ciudades... esa maldita Babilonia que se ha embriagado de la sangre de mis santos". En seguida la vidente conetmpló a una gran ciudad devorada por las llamas, luego... nada, una vasta soledad, una tierra negra cubierta de cenizas y carbón.

El Vble. P. Bernardo Clausi, llamado por sus virtudes y portentos el San Felipe de Neri del siglo presente, ha anunciado también repetidas veces: "que el Señor

preparaba *grandes cosas para la Iglesia y el mundo*, que en estos últimos tiempos saldrían todos los demonios del infierno; pero que después serían relegados, y que todo su poder en lo sucesivo sería limitado. Que los trastornos políticos que hasta ahora hemos contemplado, en comparación del que nos aguarda no eran más que algaradas de poca duración; pues iba a venir una época en que todo sería trastornado, y en que la mano del hombre tendría que confesarse impotente. Que entonces el Señor pondría sus santísimas manos, y todo como un rayo quedaría arreglado, de suerte que hasta los malvados se verían obligados a reconocer la mano de Dios". Pero repetía: "que antes de este último vendría un grande azote que descargaría particularmente sobre los impíos, que aquel azote sería enteramente nuevo, *tal como no se ha visto hasta ahora en el mundo*". *"El azote será terrible*, decía, el cielo y la tierra se unirá para ello; pero esto pasará instantáneamente, grandes pecadores se convertirán, porque reconocerán entonces a Dios. *El azote será universal;* pero antes de llegar éste, los males habrán aumentado de tal modo, que parecerá que todos los demonios han salido del infierno, y los buenos vivirán en un verdadero martirio, por las persecuciones de los malvados. Y los que quedarán libres del azote, añadía, serán en corto número, todos buenos y verdaderamente convertidos. Para los que queden les parecerá que son los únicos en el mundo, a causa de la grandeza terrible *(la terribilitá)* del azote". *Qui aures habet audiendi audiat*.

Pero el mundo continúa insensible a los avisos de la Providencia, y el Cielo quiere aún emplear un último recurso; ya no son los ángeles, ni los santos los que anuncian la proximidad del castigo: no, es la Reina misma de los ángeles y los santos, es la Madre de misericordia, la que se ha visto obligada a descender de su trono para predicar al mundo la necesidad de la penitencia y la oración, y el mundo continúa obstinado en el camino de sus iniquidades. En ninguna época de la historia se han multiplicado tanto las apariciones milagrosas de la Santísima Virgen. En la montaña de la Saleta se presenta la Inmaculada Reina llorando lágrimas de compasión sobre el mundo, y pide que se ore, que se *ore mucho*, porque no

puede ya contener el brazo irritado de su divino Hijo. En Lourdes aparece también con los dulcísimos ojos levantados al cielo, orando por la Iglesia y por el mundo. Pero no hay remedio: el mundo no se convierte; es necesario el castigo. En fin, la divina Madre quiere hacer un último esfuerzo de su amor. En 2 de Enero 1883, se aparece en Lion a una virtuosa joven para pedir otra vez oraciones por el mundo. "Estoy muy afligida, le dice, por la ingratitud de mi pueblo. Con harto trabajo consigo detener el brazo de mi Hijo. Es necesario que se conviertan, que hagan penitencia. Sería bueno que se hiciesen novenas en todas las parroquias y todas las comunidades. Se podrían rezar, prosigue, nueve Padre nuestros y nueve Ave Marías, más nueve veces las siguientes invocaciones: *Madre abandonada, ruega por nosotros.— Madre afligida por los corazones ingratos, ruega por nosotros*. Son éstas, añadió la Santísima Virgen, las últimas súplicas que os pido para aplacar el enojo de mi Hijo".

Finalmente, en Valpolisella, pequeño lugar de Italia, se presenta la angustiada Reina a un niño sordomudo, le cura de su mal, y por medio de una significativa imagen, mostrándole cómo de tres ovejas del rebaño habían muerto las dos, y sólo había quedado viva la una, le dice al pastorcillo: "¿Ves lo que ha sucedido a las tres ovejitas? Pues, esto mismo sucederá dentro de poco a la población del mundo. Una tercera parte solamente será preservada de la muerte improvisa".

Las ondas de la iniquidad han sobrepujado los montes más elevados. Los castigos más espantosos van a desplomarse sobre la tierra. ¿Dónde está el arca que nos salve de este nuevo diluvio de tribulaciones, y más aún de iniquidades?...

IV

Jesucristo Señor Nuestro es el único *Salvador del mundo*. "Fuera de El, dice San Pedro, no hay que buscar la salvación en ningún otro. Pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual debamos salvarnos". Pero los hombres ingratos olvidan fácilmente el beneficio inmenso de la *Redención*, y por esto

el Salvador emplea, en el seno de su Iglesia, medios siempre nuevos para mantener constantemente viva la memoria de tan inefable misterio. La última de las invenciones de la caridad de Dios, en este sentido, es la *devoción al Corazón Santísimo de Jesús*: He aquí el arca de salvación presentada al mundo en estos últimos tiempos. Hoy las naciones se agotan por los excesos del *sensualismo:* pues ese Corazón admirable es todo *sacrificio*. Los pueblos se devoran por los excesos de la *soberbia:* pues ese Corazón divino es todo *abnegación y humildad*. El mundo perece por los excesos del *egoísmo:* pues ese Corazón hermoso es todo *caridad*.

A Santa Gertrudis le fue ya revelado por San Juan Evangelista que Dios había reservado esta gracia para los últimos tiempos, a fin de que el mundo, envejecido y helado por la indiferencia, recobre por este medio los divinos ardores de la caridad. Muchos siglos antes el Profeta Zacarías había anunciado ya, que cuando los hombres tornen sus miradas hacia aquel cuyo Corazón traspasaron, entonces brotará una nueva fuente de vida en Jerusalén, para ablución de los pecados. *In die illa erit fons patens domui David et habitantibus Jerusalem, in ablutionem peccatoris*. Pues bien, ese tiempo ha llegado ya: Nuestro Divino Redentor ha manifestado al mundo su Corazón traspasado, y ha dicho que con ello hacía el *último esfuerzo de su amor*. Por medio de esta hermosa devoción, bien entendida y mejor practicada, ha ofrecido a su sierva la Beata Margarita María, derramar sus más preciosas bendiciones sobre la tierra. Individuos, familias, corporaciones y pueblos, todos hallarán por este medio su salvación. Los pecadores encontrarán en este Corazón divino el océano infinito de la misericordia; las almas fervorosas, el medio más seguro para levantarse a una gran perfección; las familias encontrarán la paz; las comunidades, el fervor... Allí, en suma, está el remedio de todos los males y la fuente de todos los bienes.

Las naciones mismas y los gobiernos escuchen las magníficas promesas que ha hecho en su favor este Corazón divino, si acaso consienten en sujetarse al suave imperio de su amor. En 1689, la Beata Margarita escribía

a la Madre de Saumaise, que los que trabajan por propagar esta devoción admirable se atraen para sí las eternas bendiciones de este Corazón Sacratísimo y un *poderoso protector para su patria*. Hay aún más. En dos cartas escritas sucesivamente en Junio y Agosto de 1689, dice la Bienaventurada a la misma religiosa, que Dios Nuestro Señor le ha manifestado que quiere que la Francia haga tres cosas en honra del Corazón Sacratísimo de Jesús: 1ª que se consagre toda la nación a este Corazón divino; 2ª que levante un templo donde sea solemnemente adorada la imagen de este Santísimo Corazón; y 3ª que esta misma imagen sea también pintada en los estandartes y grabada en las armas nacionales. En cambio de estos tres homenajes de amor, este Corazón Sacratísimo ofrece: 1º ser el aliado invencible del Rey y de la Francia; 2º derramar sobre todas sus empresas las más eficaces bendiciones; 3º dar a ese pueblo la victoria más completa sobre todos sus enemigos, abatiendo ante sus plantas el orgullo y soberbia de todos ellos; y 4º derramar sobre ese dicho país los más preciosos tesoros de gracia y santificación. La Francia ha permanecido hasta hoy sorda a estas insinuaciones del Cielo, y por esto ha rodado de desgracia en desgracia hasta los bordes del horroroso precipicio que hoy contempla aterrada a sus pies. Esas divinas promesas, hechas directamente a la Francia, se refieren también a todas las naciones de la tierra. ¿Y cuál es, hasta ahora, la que dando fe a las palabras del Señor se ha apresurado a poner en práctica medios tan fáciles de salvación, para obtener el cumplimiento de tan hermosas promesas? Ninguna todavía. Sólo el Ecuador ha cumplido ya las dos primeras condiciones, y quiera el Cielo que cumpla la tercera para que se realicen en él plenamente las bendiciones del Señor. ¿Y no es ahora mismo el Corazón Santísimo de Jesús quien se ha constituido en defensor casi visible de esta humilde pero fervorosa República?... Esperemos: este divino Corazón le dará un triunfo completo sobre todos sus enemigos.

Pío IX, en una ocasión solemne, dijo: "La Iglesia y la sociedad ponen todas sus esperanzas en el Corazón Santísimo de Jesús"; el mismo pensamiento lo expresó también la Santidad de León XIII, al principio de su pon-

tificado. Nuestro Divino Salvador mismo manifestó esta verdad a la B. Margarita María; pues dice la sierva de Dios, que por medio de esta devoción admirable "quiere el Señor sacar a muchas almas de la perdición eterna; porque *este Divino Corazón es como una fortaleza y un asilo seguro para todos los pobres pecadores* que quieran refugiarse en él, para evitar la justa cólera de la justicia divina, que como un torrente impetuoso inundará a los pecadores que con sus pecados han irritado la ira de Dios". He aquí el arca de salvación, el asilo y el fuerte donde deben refugiarse los pueblos, naciones e individuos que quieran evitar el torrente de la cólera divina, pronto a desbordarse sobre el mundo.

No podemos, pues, dudar que esta devoción hermosísima es el arca de la salvación del mundo, en el diluvio de males que nos espera. Felices los pueblos y naciones que como el Ecuador llevan ya sobre su frente este signo misterioso de salvación. San Juan, en el Apocalipsis, vio a ángeles que tenían en sus manos copas llenas de la indignación de Dios. "Vi también, dice el profeta, subir del oriente a otro Angel que tenía la marca o sello de Dios vivo, el cual gritó con voz sonora a los cuatro ángeles encargados de hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: no hagáis mal a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta tanto que pongamos la señal en la frente a los siervos de nuestro Dios".

Todas las profecías anuncian para un tiempo bastante próximo el más espléndido triunfo de la Iglesia. Ese triunfo será la obra visible de la mano de Dios, ha dicho el Vble. Clausi. Ese triunfo del Corazón Santísimo de Jesús en su Iglesia lo deberemos, según San Leonardo de Puerto-Mauricio y el Vble. Grignón de Montfort, a la intercesión poderosa de la Santísima Virgen. El arca de la salvación del mundo es el Corazón Sacratísimo de Jesús, y la puerta de esa arca el Corazón Inmaculado de María. *Sanctissimis Cordibus Jesu et Mariae honor et gloria in saecula. Amén.*

LA REPUBLICA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS. I: I y II (VI y XII, 1884).

LA DEVOCION AL SACRATISIMO CORAZON DE JESUS CONSIDERADA EN SI MISMA Y EN SUS RELACIONES CON LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

Dabo eis Cor ut sciant me, quia ego sum Dominus: et erunt mihi in populum, et ego ero eis in Deum.

Les daré Corazón para que me conozcan y sepan que yo soy el Señor: y ellos serán mi pueblo, y yo les seré su Dios.

JEREM., XXIV, 7.

Parece que han llegado ya los tiempos en que debe cumplirse una de las promesas más hermosas hechas por Dios, en el Antiguo Testamento, al pueblo de Israel. "Yo, les anunció, por Jeremías, les daré Corazón, *dabo eis Cor;* para que me conozcan y sepan que yo soy el Señor, *ut sciant me, quia ego sum Dominus;* y si así lo hicieren, ellos serán mi pueblo, y yo seré Dios para ellos; *et erunt mihi in populum, et ego ero eis in Deum*". Y continuó diciendo: "Cuando les hubiere dado este Corazón haré con ellos un pacto de alianza eterna, y ya nunca jamás dejaré de hacerles bien. *Et dabo eis Cor... Et feriam eis pactum sepiternum, et non desinam eis benefacere*". *(XXXII, 39, 40).*

¿De qué Corazón nos habla aquí el Profeta? ¿Acaso Israel era un pueblo sin corazón? ¿O qué regalo es éste tan magnífico, qué talismán tan poderoso, que sólo por atención a él derramará el Señor en su pueblo todo el tesoro de sus bendiciones, y celebrará con él una alianza sempiterna?

Según todos los Padres, el pueblo judío era imagen del pueblo cristiano, y supuesta esta verdad, hallamos la revelación plena del misterio en uno de los acontecimientos más asombrosos de la historia moderna de la Iglesia. En la segunda mitad del siglo XVII, Nuestro Divino Salvador se manifestaba a la B. Margarita María de la Orden de la Visitación, y dirigiéndose por medio de

esta humilde religiosa a toda la Iglesia, hizo la revelación de los tesoros insondables de gracias encerrados en su Corazón Santísimo, y entregándoselo como el don postrero y último de su amor al mundo, pronunció estas magníficas palabras: "He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres". *Dabo eis Cor*.

Sí, el Corazón de Jesús es nuestro, es el último y el más precioso regalo que la Iglesia ha recibido de las manos bondadosísimas de Dios. Es el último, y el más poderoso remedio que quiere emplear la bondad divina para salvar al mundo. "Yo, ha dicho, daré este Corazón a los hombres para que tornen a mí: *revertentur ad me,* y me reconozcan otra vez por su Señor: entonces ellos serán mi pueblo, y yo les seré su Dios". En efecto, la devoción al Corazón Santísimo de Jesús ha sido declarada por la Iglesia, devoción salvadora del mundo, y no únicamente salvadora individual, sino principalmente social. *Erunt mihi in populum*. El inmortal Pío IX lo declaró en una ocasión solemne: "La Iglesia y la Sociedad, dijo, " ponen todas sus esperanzas en el Corazón de Jesús: " El es quien ha de curar nuestros males".

En efecto, Dios, en los tesoros de su inefable misericordia, ha deparado un remedio para cada uno de los males que proveía habían de afligir a su Iglesia en la serie de los tiempos, inspirando a los fieles alguna práctica de piedad que fuese como una nueva aplicación de los frutos inagotables de nuestra santa Redención. Así Pedro el Ermitaño y San Bernardo salvaron al mundo por medio de las peregrinaciones y las cruzadas; Santo Domingo, por medio del rosario; San Ignacio, de los ejercicios espirituales; y así otros muchos. Pero habiendo el mundo por un recrudecimiento de iniquidad tornado casi ineficaces estas admirables prácticas de santificación, ha querido Nuestro Salvador divino hacer, como lo reveló a la B. Margarita, un último esfuerzo de amor por el mundo, enseñándonos la hermosísima devoción a su Corazón adorable. Lo que es conforme a la predicción que San Juan Evangelista hizo cierta vez a Santa Gertrudis, diciéndole que Dios se reservaba dar a conocer los arcanos de amor de su Corazón Sacratísimo a los últi

mos tiempos del mundo, para reencender en él la caridad, que por entonces se hallaría muy entibiada: *Ut ex talium audientia recalescat jam senescens, et amore Dei torpescens mundus*".

Por otra parte, aún muchos siglos antes de la venida de Cristo, habiendo el profeta Zacarías contemplado en visión el porvenir floreciente de la Iglesia, arrebatado del divino espíritu, prorrumpió en esta hermosa y magnífica predicción: "En aquel día protegerá el Señor a los habitantes de la Ciudad escogida, y los más débiles de entre ellos serán fuertes y heroicos como David. En aquel día, dice el Señor, derramaré sobre la casa de David, y sobre los habitantes de Jerusalén, el espíritu de gracia y de oración: y tornarán sus ojos a mí, cuyo Corazón traspasaron: *aspicient ad me quem confixerunt*. En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David, y para los habitantes de Jerusalén; a fin de lavar las manchas del pecado y la inmundicia. Y en aquel día, dice el Señor de los ejércitos, yo exterminaré de la tierra hasta los nombres de los ídolos y el espíritu inmundo". San Juan nos dice en su Evangelio que esta profecía se cumplió cuando la lanza de Longinos rasgó el costado del Salvador muerto en la Cruz, y dejó patente por la primera vez al mundo su divino Corazón. Hoy que los crímenes de los pecadores han renovado terriblemente esta herida, y obligado al Redentor a manifestarnos más claramente su divino Corazón, ¿no debemos esperar que será también más claro y manifiesto el cumplimiento de esta magnífica profecía?

Pero, ¿cuáles son estos males y cuáles los remedios que para curarlos aplica la hermosa devoción de que venimos hablando? Escuchemos al ángel de que Dios se ha servido para revelárnoslo, a la B. Margarita. Hablando de una de las visiones más significativas con que la regaló el Señor: "Se me representó, dice, el Corazón de Jesús, como en un trono de fuego y llamas que despedía de todos lados, más resplandeciente que el sol y transparente como un cristal. En él se describía visiblemente la llaga de recibió en la Cruz. Tenía alrededor una corona de espinas, y encima una cruz, que pa-

recía plantada en él. Mi divino Maestro, agrega, me dio a conocer que aquellos instrumentos de su Pasión significaban, que el amor inmenso de su Corazón hacia los hombres había sido el origen de todos los padecimientos y humillaciones que quiso sufrir por nosotros".

Reflexionemos sobre el profundo significado que encierran esta heridas, estas espinas y esta Cruz. Así recogeremos las enseñanzas divinas que Nuestro Salvador se propuso darnos en tan hermoso, adorable y compendiado símbolo de su infinita caridad. Así también comprenderemos cuáles son los verdaderos males de la época, y cuáles los remedios que los curarán, y de esta manera veremos cómo la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, es la devoción salvadora del mundo.

I

Las enseñanzas que nos da el Sacratísimo Corazón de Jesús son todas de abnegación y caridad. "Aprended de mí, nos dice, que soy manso y humilde de Corazón: *Discite a me quia mitis sum et humilis Corde (Math. XI, 29)*. Efectivamente, ese Corazón divino es adorable por dos motivos: por su unión hipostática con el Verbo, y porque es el trono y el símbolo de la caridad de Dios. Tan ardiente, tan grande fue su caridad que ha llegado a convertirse en víctima de amor: *Cor amoris victima*. Y ved aquí las tres especies de martirio de que ha sido objeto su Corazón adorable, significadas en las tres insignias con que ha querido manifestarse a nuestras adoraciones: la Cruz nos representa el martirio de las humillaciones; las espinas, el martirio de los dolores; y la herida, el martirio del amor. Detengámonos a las orillas de estos tres océanos de inconmensurable grandeza, de estos tres abismos del Corazón Sacratísimo de Jesús, y recojamos las mudas pero elocuentes lecciones que con su mismo admirable silencio nos están dando.

La Cruz, más que los dolores representa las humillaciones infinitas que, por nuestro amor y para redimirnos, soportó el adorable Corazón de Jesús. La Cruz era un patíbulo infame destinado únicamente para los más

abyectos y degradados malhechores, cuya existencia y nombre se quería borrar sepultándolos en un abismo de ignominia; pues éste fue el medio de que quiso valerse nuestro Dios para salvarnos. "Jesucristo nos redimió, dice San Pablo, de la maldición de la ley, que merecíamos por nuestros pecados, habiéndose hecho por nosotros objeto de maldición; pues está escrito: Maldito todo aquel que es colgado en un madero: *maledictus omnis qui pendet in ligno" .Galat., c. III, V. 13)*. ¡Oh! qué inteligencia creada podrá calcular el abismo infinito de humillaciones en que se vio sumido por amor nuestro el Sacratísimo Corazón de Jesús? Desde el instante mismo de su Encarnación, cargó sobre sí todas las iniquidades del mundo, y desde entonces se presentó a su Eterno Padre, como si fuese el pecador universal, el único pecador, el pecado mismo. Esta cubierta de iniquidad y maldición le tenía constantemente tan humillado y confuso que exclamaba: "¡Ay! que mi Corazón se derrite de vergüenza, como la cera en medio de mis entrañas: *Cor meum tanquam cera liquescens in medio ventris mei*. ¡Dios mío! qué otra cosa soy ante Ti, si no es la misma nada?: *Substantia mea tanquam nihilum ante te"*.

He aquí la primera lección que quiere recordar a la tierra Nuestro Divino Salvador, al mostrarnos su Corazón amantísimo coronado de la Cruz. El mundo está repleto de soberbia, de esa soberbia que perdió a Satanás y sus ángeles y causará la ruina postrera de la humanidad en los últimos tiempos. La impiedad es la última palabra del orgullo, de ese orgullo satánico que desconoce a Dios, pretendiendo sustituirse en su lugar; pues nunca, en ninguna época de la historia, ha sido el ateísmo un hecho tan universal como lo es al presente, ni había mostrado un tinte tan monstruoso como el que le distingue en nuestros días. El mundo se muere por falta de fe. ¿Quién, ante el aspecto desolador que presentan las naciones, no cree oír la trompeta del juicio, y alza instintivamente los ojos al cielo, creyendo mirar en él la Cruz vengadora cercada de nubes y ceñida de relámpagos?

Sí, es la Cruz la que se nos muestra, pero no entre

los resplandores del juicio, sino entre las dulces llamas del Corazón de Jesús. El mundo se ha olvidado de la Cruz, los sabios la han pisoteado, los reyes la han arrancado de sus coronas; por esto Nuestro Divino Salvador tona a enseñárnosla, exaltándola y honrándola, dándole por trono su mismo Corazón. Y la Cruz salvará al mundo de la impiedad, como le salvó al principio del paganismo. "Tened confianza, nos dice: yo he vencido al mundo: *ego vici mundem*".

En efecto, Jesús crucificado, escándalo y locura para la impiedad, como lo fue al principio para los judíos y paganos, es el Rey del universo, y lo es precisamente por su Cruz. "Porque se humilló a sí mismo hasta la muerte y muerte de Cruz, por esto, dice San Pablo, Dios le exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que al escucharlo se postre ante él toda rodilla, en los cielos, en la tierra y en los infiernos". La Cruz es el trono real de la humanidad santísima de Jesús, y si vuelve a asentarla en el mundo, es porque quiere aún reinar en él.

Nuestro Divino Salvador es el Rey del universo, es el príncipe de los ángeles y de los hombres, y no sólo en cuanto Dios, sino precisamente en cuanto hombre. Y he aquí el gran crimen de este siglo: las naciones y los pueblos han clamado: "No queremos que reine éste sobre nosotros: *nolumus hunc regnare super nos"*; y han cometido este crimen, precisamente en cuanto naciones; pues la Iglesia ha contemplado atónita la apostasía universal de todos los gobiernos de la tierra, a tal punto que podemos decir con toda verdad que casi no hay un solo gobierno católico en el mundo. Pero nada temáis, la Cruz vencerá al mundo, se abrirá paso a través de las bayonetas y los cañones, y avasallará a los grandes y monarcas. La Cruz resucitará la humildad en el mundo, y con la humildad la fe, y con la humildad y la fe se asentará el reino del Sagrado Corazón en la tierra.

Y ese reino ha principiado ya. Mientras los sabios claman ¡no hay Dios!, y los reyes apostatan de la Cruz, millares de almas corren a los templos a postrarse an-

te su Dios, a reconocer su soberanía, a adorar al Dios vivo, al Dios encarnado, al Dios de la Eucaristía. ¿De dónde, si no es del Sagrado Corazón, sopla ese viento impetuoso en la Iglesia, que conmueve y arrastra a los fieles en masa, a los pies del tabernáculo? ¡Oh! este siglo, decía no hace mucho un santo religioso, será llamado el siglo del Santísimo Sacramento, tan viva se ha levantado en los fieles la fe en este divino misterio. Nunca como hoy ha sido la divina Eucaristía objeto de tantas adoraciones, de tantas y tan variadas manifestaciones de fe y de amor. Hasta hoy, parece que los doctores católicos habían hecho objeto predilecto de sus meditaciones la divinidad de la personalidad adorable de Nuestro Señor Jesucristo: ahora es su humanidad principalmente la que está llamando la atención de todos los sabios, de todos los oradores y poetas. Las blasfemias mismas de la impiedad han contribuido a impulsar más este movimiento extraordinario de fe y de amor. Y es tan grande, tan sublime, tan divina la inefable belleza de esta humanidad sacratísima, que hasta los impíos al contemplarla doblan ante ella involuntariamente las rodillas; y hasta Renán se ha visto obligado a confesar: "Si Jesús no es un Dios, es el hombre más grande que jamás ha existido sobre la tierra". Y esta belleza inefable se abrirá paso y subyugará todos los corazones, y dominará en todas las almas.

Ha principiado ya el reino del Corazón de Jesús en el mundo: démosle paso: asentemos en nuestros pechos su trono, que es la Cruz, que es la humildad, y Jesús reinará en nuestras almas. *Specie tua et pulchritudine tua intende, prospere procede et regna*.

Esto es lo que quiere decir la Cruz: sepamos ahora lo que significa ese cerco de espinas que tan fieramente desgarran el Corazón amantísimo de Nuestro Divino Redentor.

Las espinas, significan el conjunto de dolores y trabajos que hubo de padecer nuestro amantísimo Salvador, desde el primer instante de su Encarnación, hasta el último de su santísima vida en la Cruz. En efecto, las es-

pinas significan los padecimientos que deben herir a la humanidad, en castigo del pecado; pues el Señor, al proscribir a Adán, fulminó contra él esta terrible sentencia: "Maldita sea, dijo, la tierra por tu causa: espinas y abrojos te producirá. *Maledicta terra in opere tuo: spinas et tribulos germinabit tibi*". *(Gen. III, 17 y 18)*. Este castigo debía pesar principalmente sobre nuestro cuerpo formado de la tierra.

Cuando vino Nuestro Redentor al mundo, quiso cargar sobre sí todos los castigos que pesaban sobre la humanidad. Por esto tomó para sí un cuerpo, dotado de una capacidad inefable para el padecimiento, el cual lo presentó como víctima escogida a su eterno Padre, diciendo: "No os habéis agradado, Padre mío, de los holocaustos que se os han ofrecido por los pecados de los hombres, pero me habéis dado un cuerpo para víctima; hélo, pues, aquí: *corpus autem optasti mihi: ecce venio*".

Desde entonces fue constituido Rey de la humanidad, pero Rey de padecimientos y dolores. Y cuando se hubo saciado de oprobios y embriagado con el cáliz de su pasión, quiso en el trono de la Cruz llevar por diadema real una corona de espinas. ¡Oh! y con cuánto gozo para su alma!: pues éste es el que llamaba día de sus desposorios y de la alegría de su Corazón: *in die desponsationis illius, et in die laetitiae Cordis ejus (Cant. III. 11)*. Jesucristo es para la Iglesia un Esposo de sangre; y como la Esposa ha de participar de la dignidad del Esposo, he aquí por qué la mortificación de la carne, el amor a los padecimientos y al sacrifico ha sido siempre en la Iglesia Católica la ley primera de la santificación de las almas. Y con harta razón, porque en virtud del pecado, la carne se ha hecho señora en el hombre, y el espíritu tiene que recobrar su perdido imperio a viva fuerza y por conquista.

Pero el mundo, hace tiempos que ha olvidado por completo esta doctrina, y hoy más que nunca el lujo y todos los excesos de una civilización extraviada, han llegado a persuadir al hombre que su felicidad está en la multiplicación de los goces materiales. La impiedad en

gendra necesariamente la corrupción: la impiedad soberbia del espíritu, la corrupción soberbia de la carne: la soberbia engendra la soberbia. Quien no adora a Dios, adora la inmundicia; quien no reconoce a Dios, desconoce también a su propia alma. "A los que no reconocen a Dios, dice San Pablo, el Señor los entregará a la depravación de sus sentidos: *et sicut non probaverunt Deum habere in notitia: tradidit illos Deus in reprobum sensum*". *(Rom. I, 28)*. Y ésta es la razón porque, después de la impiedad, el sensualismo, la adoración de la carne es la segunda llaga que devora a la sociedad moderna: sensualismo en las ideas, sensualismo en las costumbres. Los políticos, los economistas, los sabios todos no se acuerdan para nada en sus sistemas del alma, ni de la eternidad: la materia es el único objeto de sus especulaciones: la satisfacción de los sentidos, el único bien que anhelan. Ved esa literatura degradada que no respira sino amor a los placeres. El lenguaje de las naciones mismo ha llegado a degradarse, ha tomado formas muelles y afeminadas. ¿Qué digo? hasta la piedad de muchas almas busca la molicie y el descanso, y se ha declarado enemiga de la mortificación y el sacrificio.

Pero no temamos: mientras la Iglesia habite este mundo, la doctrina del sacrificio no envejecerá jamás. El profeta Zacarías nos ha anunciado que el primer fruto de la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús será el recuerdo vivo y constante de los misterios de nuestra Redención. "Pondrán, dice el Señor, sus ojos en mí, cuyo "Corazón traspasaron, y plañirán al que han herido con "sus pecados, como suele plañirse un hijo único; y ha"rán duelo por él, como se suele hacer en la muerte de "un primogénito". Y ciertamente, en ningún tiempo como en el nuestro se han establecido tantas prácticas de piedad, hasta congregaciones religiosas para meditar en la Pasión del Señor. Y, ¿quién se querrá ceñir de flores, al ver el Corazón de nuestro Dois coronado de espinas? Ese Corazón divino es el Corazón de la Iglesia, y si el Corazón está entre espinas, ¿cómo los miembros descansarán sobre flores? ¡Ah! no: ved con qué amor y ternura guarda y estrecha en su pecho la Iglesia a ese Corazón Sacratísimo, exclamando: hacecillo de mirra es mi

amado para mí: en medio de mi seno habitará: *fasciculus mierrae dilectus meus mihi: inter ubera mea commorabitur. (Cant.).*

Los frutos admirables de esta mirra, nos manifiesta esa multiplicación hasta aquí nunca vista de tantas órdenes y congregaciones religiosas, cuyas severas virtudes, si no convierten, por lo menos admiran, si no mueven a amor, mueven a despecho e ira a la civilización corrompida y carnal de nuestro siglo. Pero, esfuerzo inútil: por más que se persiga a esas hijas predilectas de la Cruz, ellas germinan con más vigor bajo las plantas mismas de sus perseguidores. Ni hay que extrañarse de ello: han tenido por cuna las espinas del Corazón de Jesús, entre las espinas crecerán, y a par de las espinas conquistarán a las naciones y salvarán el mundo.

La tercera insignia que contemplamos en el Corazón Sacratísimo de Jesús, es la herida abierta por la lanza. ¿Y será necesario decir que esa herida es herida de amor, y que las lecciones que nos da, son lecciones de amor? ¿Pero qué otra cosa leemos en ese Corazón si no es amor? Ese mismo divino Corazón, ¿qué es, si no la fuente, el símbolo del amor? El trono en que se asienta, lo forman llamas de amor: el amor es su vida, el amor su corona, el amor su martirio. Sí, el amor es su martirio. Jesús ha llevado su amor a los hombres, hasta un exceso que a nuestra insensibilidad nos parece locura. Se ha dado todo, se ha sacrificado todo por los hombres, de quienes sabía que no le habían de corresponder sino con ingratitud y crueldad. Ha amado a sus verdugos, se ha sacrificado por sus mismos enemigos. Pero ¡qué pena ésta para su alma! ¡qué suplicio para su Corazón!: amar, y no ser amado: sacrificarse, y no ser correspondido. Los demás tormentos y ultrajes de su Pasión hirieron la parte exterior de su cuerpo adorable; pero la ingratitud, el ultraje de la ingratitud le ha tocado en lo más vivo, le ha llagado el alma, le ha herido el Corazón. Y esta herida no tiene cura, ahí la lleva viva y fresca en medio mismo de las glorias de su Resurrección. ¡Oh! y cómo siente, cómo le duele que los hombres olviden sus beneficios y menosprecios su amor! "¡Mira, dijo el Sal-

vador a la B. Margarita, mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres, hasta el extremo de anonadarse y consumirse para testificarles su amor; y en pago no recibo sino ingratitudes de la mayor parte de ellos!"

Y, ¿cómo ha respondido el mundo a estas amantísimas quejas de un Dios ultrajado por nuestras iniquidades? ¿Es posible, que después de haber escuchado estas quejas, no esté aún el mundo postrado de rodillas y derretido de amor? ¡Ah! el alma se hiela de pavor al recordarlo, pero es un tristísima verdad, que nunca el mundo ha sido tan impío como en la época presente. Hace notar un escritor profundo, De Maistre, que jamás en ninguna edad de la historia ha revestido la impiedad formas tan horribles como en los días que vivimos. No es la indiferencia por las cosas santas, no es el olvido de Dios, lo que caracteriza a la impiedad moderna: es, tiemblo al decirlo, es el odio a Dios, el desprecio por Dios. Y no es esto un hecho singular relativo a tal o cual individuo aislado: es un hecho universal, es la marca infernal de la Europa moderna. Innumerables sociedades, cuyos adeptos se cuentan por millones, han adoptado por lema de sus banderas esta blasfemia abominable: "¡Guerra a Dios!" Destruída la caridad para con Dios, ha quedado también anonadada la caridad para con el prójimo. En Economía Política, se ha erigido en principio el utilitarismo, que es el dogma del egoísmo llevado a su última expresión; en ciencias sociales, se ha erigido en dogma la soberanía popular, que es el principio de la soberanía del individuo sobre toda soberanía, sobre toda autoridad. De aquí el socialismo, que es la guerra de los ciudadanos entre sí, que es el odio del rico contra el pobre, y del pobre contra el rico. De aquí la revolución, que es el odio de los pueblos contra la autoridad, y de la autoridad contra los pueblos. De aquí la guerra internacional, que es el odio de las naciones entre sí. La Europa, el mundo todo es un gran campo de batalla. El mundo está yerto, el mundo se muere, y se muere por falta de caridad. El pauperismo, el socialismo, la revolución: plagas destructoras de la sociedad moderna. ¿Ni cómo había de ser de otra suerte? La impiedad ha destruido a Dios, el sensualismo ha destruido el espíritu, el socialis-

mo tiene que destruir la sociedad; porque sin espíritu no hay sino materia, en la materia no hay sino individuos, con la materia es imposible la sociedad.

Entonces, ¿el mundo se muere? ¡Ah! no: ahí tenemos a nuestra vista al Salvador del mundo: aún no ha venido a juzgarlo, quiere aún hacerlo salvo: *Non enim misit Deus Filium suum in mundum, ut judicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum. (Joan., III, 17).* El mundo se muere por falta de caridad; pues la caridad se reencenderá en él por medio de la devoción al adorable Corazón de Jesús. Nuestro amabilísimo Dios es todo caridad: *Deus charitas est*; y ahora más que nunca quiere que se le llame así: el Dios de amor, el Corazón de nuestro Dios, y el Dios de nuestro Corazón: no tanto el Dios justo, ni el Dios santo, sino el Dios de amor. Cuando apareció por primera vez al mundo, dijo: "Yo he venido a traer fuego a la tierra, y ¿qué otra cosa quiero sino que arda?" Ahora que vuelve a mostrarse al mundo, torna a repetir estas mismas palabras; pero hoy no tanto lo dice con las palabras, sino con las obras. Ha lanzado sobre el mundo el dardo inflamado en su ardiente Corazón. ¡Oh! esas llamas son omnipotentes: derretirán el hielo de la impiedad, y consumirán las inmundicias de la carne, porque nuestro Dios es fuego devorador: *ignis consumens Deus noster est*.

El mundo arderá en esas llamas; pero —¿qué digo?— está ardiendo ya. Asomaos a la herida de ese Corazón adorable; miradla: es el cráter de un volcán; debajo la capa de nieve de la impiedad moderna, la Iglesia toda está ardiendo en vivas llamas de caridad, ahí dentro de ese horno devorador del Corazón de Jesús. El Espíritu Santo, es el Espíritu de amor que habita principalmente, como en su nido, en el adorable Corazón de Jesús; desde allí ha derramado todos sus dones en la Iglesia. Hoy que ese Corazón ha sido descubierto, ¡cuáles serán los torrentes de caridad, la tempestad de fuego con que volverá a bautizar a la Iglesia ese Espíritu de amor! Sí, hoy, merced al Corazón Sacratísimo de Jesús, se están renovando todas las maravillas de Pentecostés.

¿De dónde, si no, ese torrente de caridad que agita a los fieles, y los arrastra en oleadas impetuosas, al pie del tabernáculo? ¿Cuándo, en qué siglo ha sido como en el nuestro la sagrada Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, la divina Eucaristía, objeto de tantas y tan variadas manifestaciones de caridad? Tras el amor a Dios, el amor a la Santísima Virgen: ¿cuándo, en qué siglo, ha sido como en el nuestro la divina Madre de nuestro Redentor, objeto de tantas, tan tiernas y fervorosas devociones? Tras el amor a la Santísima Virgen, el amor a la Iglesia, el amor al Papa. Y como el fruto de la caridad es la unión, ¿cuándo ha reinado, como en nuestro siglo, más unidad en la Iglesia? Unidad de los miembros entre sí, por esa multiplicación asombrosa de tantas y tan ingeniosas obras de caridad, que reconcilian al rico con el pobre, y al pobre con el rico. Unidad de los miembros con la cabeza, por esa admirable adhesión del Episcopado y pueblo católicos con la Santa Sede, adhesión cual nunca se había admirado en los siglos precedentes. Para hallar un ejemplo de semejante unidad, es menester ir a los tiempos apostólicos, de los cuales dice San Lucas que toda la multitud de los fieles no tenía sino un corazón y una alma: *Multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una. Act., IV, 32).* Ahora también la Iglesia no tiene sino un Corazón, que es el Corazón de Jesús, y una sola alma, que es la caridad. A cada error opone un dogma, a cada vicio una virtud: al error de la soberanía popular, el dogma de la infalibilidad pontificia; al egoísmo, la caridad.

La unidad es la fuerza, la caridad es la vida: no debemos temer por la Iglesia, porque ahora es más fuerte, ahora más viva que nunca. ¿La vemos perseguida en toda la tierra?—no importa: ella bajará a las Catacumbas: sólo que ahora tiene sus catacumbas en la llaga abierta del adorable Corazón de Jesús. Y si de las Catacumbas salió tan vigorosa, ¿cuál no saldrá de ese asilo de la vida y del amor? La paloma que envió Noé a que explorara si habían bajado las aguas del diluvio, al ver que éstas inundaban aún el globo, tornóse otra vez al arca; así la Iglesia, al ver que el diluvio de la iniquidad ha inundado la tierra, sin tener donde reposar sus

plantas, ha tornado otra vez al Corazón Sacratísimo de Jesús, que es el arca santa de donde salió al mundo.

Ahora bien, ¿qué es lo que vemos? ¿un mundo que acaba, o un mundo que principia? Si se atiende a la impiedad, a la corrupción y a la falta de caridad, se creerá que el mundo está en vísperas del Juicio, porque éstas son precisamente tres señales que las Escrituras Santas dan para conocer que el fin de los tiempos se acerca. Pero no: el Sagrado Corazón de Jesús no quiere aún juzgar al mundo, quiere hacer un último esfuerzo de amor para salvarlo; por esto, a la impiedad orgullosa opone la humildad de su Cruz, a la corrupción degradada, las espinas de su Pasión, y al egoísmo desolador, la herida y llamas de su ardiente caridad; y Dios no hace esfuerzos en vano. Así se explican las palabras de una sierva de Dios, muerta en olor de santidad en nuestros días, la Vble. Madre Sofía Barat: "Principian ya, decía, a mani-"festarse las señales que anuncian el último día de los "tiempos, pero esto no será sin que se haya estableci-"do antes en el mundo el reinado del Corazón Sacratí-"simo de Jesús" (1).

II

¿Cómo quiere Dios que se establezca el reinado del Corazón divino de Jesús en el mundo, y se remedien los males que nos afligen? La contestación a esta pregunta, la encontramos en la misma historia de esta devoción hermosísima:

En 1689, último año de la vida mortal de la ilustre hija de la Visitación, se le apareció el Eterno Padre, y le ordenó que se dirigiese a Luis XVI, pidiéndole tres cosas, a saber, una Consagración de toda la Francia al Corazón Santísimo de su Hijo, un templo nacional levantado en su honor, y por último la inscripción de este Co-

(1) Esta primera parte es la misma que, bajo distinta forma, trató el Autor en su panegírico, predicado en la Catedral de Cuenca, el 16 de junio de 1882, fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús.

razón dulcísimo en los estandartes nacionales de la Francia: prometiendo el Señor, si se cumplían sus órdenes, constituiría a esta nación victoriosa de todos sus enemigos, y le daría un reinado perpetuo de gloria imperecedera. Pero la Francia, como nación, ha desoído hasta ahora la voz de Dios, y dos siglos de desastres y revoluciones sin fin, nos dicen muy claro que es una nación rebelde a las órdenes del Cielo.

Mas he aquí que una humilde República de Sud América, el Ecuador, nuestra amada Patria, se ha apresurado a realizar los deseos del Altísimo. Es la primera nación que (en 1873) se ha consagrado solemnemente al Corazón Santísimo de Jesús; es la primera que, hace apenas dos años (en 1883), ha resuelto oficialmente edificar y dedicarle un templo. hoy mismo está a punto de reunirse la augusta asamblea del Episcopado ecuatoriano, a fin de escogitar y llevar a efecto, de acuerdo con el Gobierno, los mejores medios para la realización de la solemne promesa nacional. ¿No tenemos, pues, fundamento sólido para esperar que se verificarán entre nosotros las bendiciones que Eterno Padre ha prometido a la Francia, y que el Espíritu Santo había anunciado ya por Jeremías en el Antiguo Testamento?

Esa consagración solemne de toda la República, y ese templo nacional, nos dicen muy alto que el Corazón Santísimo de Jesús es nuestro: *dabo eis Cor;* luego también debemos esperar que nosotros seremos su pueblo y que el Señor será nuestro Dios: *erunt mihi in populum et ego ero eis in Deum*. Permítasenos, pues, insistir en esta verdad, aduciendo además algunas consideraciones acerca de la erección de la Basílica Nacional, y el imprescindible deben en que nos hallamos de poner inmediatamente manos a esta obra, que es nuestra gloria, nuestra defensa y nuestra salvación.

La Basílica ecuatoriana al Sagrado Corzón de Jesús, es el primer templo nacional que en la América libre se va a levantar oficialmente a Dios. ¿Y qué cosa es un templo? Es una casa que edifican los hombres al Señor, es un nuevo altar de adoración y sacrificio. ¡Ah! y, ¿qué

cosa hay en el mundo más excelsa y noble que un altar? Esta es la piedra misteriosa de la que brotan las razas, y sobre la que se edifican los pueblos. Más fácil es, decía un filósofo pagano, hallar ciudades sin cimientos, que pueblos sin altares. Estas son las piedras divinas con que se ha fabricado la historia de todas las naciones. "La primera piedra de toda sociedad "es un altar, dice un elocuente orador sagrado. Sobre un altar derramó Adán sus primeras lágrimas y ofreció Abel sus puros holocaustos. Un altar elevaba Abraham en cada instante solemne de su vida, un altar elevó Noé, al salir del arca y divisar otra vez la tierra después del diluvio. Un altar dejó consagrado el Hijo de Dios vivo en la cima del Calvario. Y cada una de estas misteriosas piedras ha venido fijando en la historia las grandes épocas del mundo y los pasos avanzados de la civilización". Las más grandes ciudades de Europa y América han brotado como por encanto al calor vivificante de los altares cristianos. Un altar plantó San Bonifacio en el centro de la Europa, en medio de selvas y torrentes, y alrededor de ese altar brotó Fulda, y alrededor de Fulda, la gran nación alemana. Un impío, Gibbon, ha confesado que la Francia ha sido fabricada por los Obispos, como una colmena por las abejas. ¿Qué es la Cruz ,sino un altar?—y al contacto de la Cruz brotó la América. ¿Qué hacen hoy mismo los misioneros, en los desiertos de la Tartaria, y en las orillas del Amazonas? Elevan un altar, y alrededor de ese altar se levantan los pueblos: junto a las corrientes divinas de la Sangre del Cordero, se levantan las naciones, como se levantan los bosques junto a las corrientes de los ríos.

Y con razón, Dios es el Creador de las naciones como lo es de los individuos, y Dios todo lo ha creado para su gloria: *universa propter semetipsum operatus est Dominus. (Sap., c. XVI)*. Una nación para ser grande debe principiar por adorar a Dios. Las naciones que se buscan y adoran a sí mismas, son entregadas a la confusión y aventadas por los cimientos como la torre de Babel.

El hombre se consagrada por la adoración, la tierra

se consagra con un templo. Así como el pecado lo mancha todo, el sacrificio lo purifica todo. Cuando se eleva un templo, se saca a las criaturas irracionales de la servidumbre de la corrupción, y se les devuelve la libertad de los hijos de Dios: *Ipsa creatura liberabitur a servitute corruptionis in libertate gloriae filiorum Dei,* dice San Pablo. (Rom. VIII, 21). Un templo es el universo en pequeño puesto en oración. Todas las criaturas alaban a Dios en un templo. Todo ora en él: el mármol y el oro, las lámparas y las flores. Todas las criaturas contestan con un himno de celestial armonía a la invitación sublime del Salmista: *Benedicite omnia opera Domini Domino*.

Pero un templo católico, no sólo es el cimiento de las naciones, sino también el manantial de su vida, la fuente de su prosperidad. La suerte de los pueblos está unida a la de sus templos. Un templo que cae, es una piedra que se arranca del muro de la civilización de las naciones. La gloria del más grande de los reyes y el más famoso de los sabios, está en haber edificado un templo. Cuando Zorobabel, después del cautiverio de Babilonia, quiso reunir los fragmentos dispersos en su raza, principió por reedificar el templo, porque sabía muy bien que reconstruir un templo es reconstruir una raza.

Ahora bien, ¿queréis saber por qué nuestras estériles repúblicas de Sud América son tan impotentes para el bien, tan fecundas para el mal, destruyen todo y no edifican nada? Porque prescinden de Dios en sus obras, y no toman en cuenta para nada la Religión. Por esto sus glorias son ilusiones, sus leyes ensueños de un día. Todas las obras de nuestros próceres carecen de cimientos, todos nuestros políticos edifican en el vacío. El último grito de Bolívar en Santa Marta fue éste: "¡Hemos arado en el mar!" Y espumas de mar también son verdaderamente las más brillantes combinaciones de nuestras legislaturas; nubes de verano, sus más ideales ensueños. Lo único que nos ha quedado, después de setenta años de vida independiente, son montones de cráneos amasados con sangre en más de cien combates de guerra fratricida.

La prueba más terminante de lo que venimos diciendo la tenemos aquí. ¿Qué es una constitución?— Una constitución, nos responden todos los políticos, es la ley fundamental de un país, es el cimiento de una sociedad. ¡Y bien, el Ecuador, en el reducido espacio de setenta y seis años, ha fabricado nueve constituciones! ¡Y quién sabe si la que hoy tiene, y que apenas ha durado un año, sea la última y definitiva!

Preguntémonos otra vez, porque es menester hacerlo no dos, sino mil: ¿cuál es la causa de todo esto? El salmista nos responde diciendo: *lapidem quem reprobaverunt aedificantes, hic factus est in caput anguli. (Psalm., CXVII, v. 22)*. Es porque los arquitectos han desechado la piedra angular del edificio, y la piedra es Cristo, es la Iglesia, es el altar en que la Iglesia sacrifica a Cristo. Pero dirá alguno: ¿y acaso nuestros gobiernos de América no son católicos? Sí, contesta un publicista europeo, son católicos en religión, pero protestantes en política. Una palabra lo explica todo: si nuestros gobiernos no persiguen a la Iglesia, tienen vergüenza de Dios. La prueba ahí la tenéis: han fabricado, sólo entre nosotros, nueve constituciones, y no han elevado un templo.

En los tiempos cristianos de la Edad Media, tenían como a gala los más ilustres reyes y más grandes naciones proclamarse abiertamente católicos y adoradores de Dios. Todos los actos públicos principiaban con un acto de fe, todas las leyes, por una adoración a Dios. *Viva el Cristo que ama a los Francos,* es la primera palabra del más célebre código de la Francia. *Christus regnat, Christus vincit, Christus imperat,* era la inscripción legendaria de tronos y palacios: la Cruz, el adorno de cascos y coronas. Hoy, los legisladores principian también por adorar... pero no a Dios, sino al pueblo. La primera palabra de nuestras constituciones no es un acatamiento a la Majestad de Dios, sino una adoración a la soberanía del pueblo. Lo que es para Dios, para el verdadero Dios de los cristianos, para el Verbo encarnado, para Jesucristo Señor Nuestro, Rey de pueblos y naciones, no hay lugar en las leyes, no hay espacio en los Congresos. Si

alguna vez se hace acatamiento a Dios, es al Dios abstracto del panteísta, jamás al Dios vivo de la Eucaristía: os ruego me mostréis el nombre adorable de Jesucristo en una sola de nuestras leyes. ¿Y un Dios, cuyo nombre se calla, no es un Dios de quien se tiene vergüenza? *Lapidem quem reprobaverunt aedificantes, hic factus est in caput anguli*.

Por esto, cuando hace dos años, después de los grandes acontecimientos que presenciáramos, oímos la voz de nuestro Gobierno que nos decía: "¡Gloria al Corazón de Jesús! Honra y gratitud eterna al Señor de todas las naciones! Venid, ecuatorianos, levantemos un altar, fabriquemos un templo al Corazón de Dios!"; al escuchar estos sublimes acentos: "Ahora sí, nos dijimos, es el momento de la gloria, y el instante decisivo de la regeneración de la Patria. Esto nos hacía falta: un cimiento para nuestras leyes, un altar nacional para nuestro pueblo. Es verdad, el católico gobierno del más grande de nuestros Magistrados, del inolvidable García Moreno, dio el ejemplo, consagrando solemnemente la República al Corazón Santísimo de Jesús, pero nos faltaba un monumento público que acreditase un hecho tan grande de nuestra historia nacional. Hoy que se llena este vacío, y se satisface esa necesidad, ¿cómo no han de henchirse nuestros pechos de júbilo, nuestras almas de esperanza? Esa piedra bendita que hoy se coloca a las faldas de uno de nuestros más terribles volcanes, es el áncora arrojada en los mares tempestuosos del porvenir, es el cimiento sólido sobre el que se levantará firme la fábrica de nuestras instituciones políticas. En esa piedra va escrita la verdadera constitución de nuestro pueblo, porque va escrita la adoración de nuestro Gobierno a Dios. *Lapidem quem reprobaverunt aedificantes, hic factus est in caput anguli*. Esa piedra desechada hasta hoy por nuestros arquitectos políticos, esa vendrá a ser la piedra angular de nuestra República".

Pero lo más importante de todo es que, con este acto, nuestro Gobierno se declaraba verdaderamente un gobierno católico, y nuestro pueblo, pueblo de Cristo: *et erunt mihi in populum*. El signo inequívoco para cono-

cer que somos de Cristo, es que le conocemos. Yo soy el buen Pastor, nos ha dicho El mismo, yo conozco a mis ovejas, y ellas me conocen a mí: *et cognoscunt meae me*. En pronunciando nuestro Gobierno, delante de todo el mundo, el dulcísimo Nombre de Jesús, le reconocía; en decretándole un templo, le adoraba y le confesaba su Señor y su Dios!

Y, ¿quién ha obrado este prodigio? ¡Quién, si no Vos, Señor de las gracias, Padre de bondades! ¡Cómo el fango podrá reconocer a su Dios! Pues, para esto nos habéis dado el Corazón dulcísimo de Jesús, para que sea nuestro propio; para que Os reconozcamos, no con las frías especulaciones de la mente, sino con la visión hermosa del amor; porque el que no Os ama, no Os conoce, Dios mío. *Dabo vis cor ut sciant me, quia ego sum Dominus*. Ahora sólo falta, Corazón adorable, que nuestras acciones correspondan a nuestras palabras y se realice el voto que hemos hecho, para que ya seamos, y nos llamemos vuestro pueblo: *et erunt mihi in populum;* entonces no restará sino el que seáis también nuestro Dios: *et ego ero eis in Deum*.

Todo lo ha hecho el Señor para su gloria, nos dice el libro de la Sabiduría; *universa proptcr semetipsum operatus est Dominus*. Ahora bien, Dios es glorificado principalmente por Cristo, que es el restaurador de todas las cosas: *instaurare omnia in Christo*. Cristo, Señor Nuestro, aún únicamente en cuanto a su humanidad santísima, es el Rey absoluto de todo lo creado. Las naciones no han sido creadas sino para ser su herencia: *tibi dabo gentes haereditatem tuam;* y los confines de la tierra para ser su propiedad: *et posessionem tuam terminos terrae*. En tanto existe una nación, en cuanto está destinada a dar gloria a Cristo y nada más. Así como los árboles se visten de hojas, y engalanan con flores, y todo únicamente para la formación del fruto, de esos pequeños granos de simiente, que encierran el porvenir y la inmortalidad de la planta; así, todo cuanto hace Dios en los pueblos lo hace por la preciosa simiente de los elegidos. *Omnia propter electos*. El día en que se acaba en un pueblo la raza de los elegidos ,es el último día de ese

pueblo. Entonces Babilonia es enterrada en las arenas del desierto; entonces baja el fuego del cielo que devora a Pentápolis y la convierte en cenizas.

La grandeza de los destinos de un pueblo está en proporción de la misión divina que debe cumplir en el mundo. Roma fue grande, porque a la sombra gigantesca de su imperio debía predicarse el Cristianismo en el globo. España fue grande, porque debía descubrir y evangelizar a la América; Francia fue grande, mientras fue la defensora del Papado; Inglaterra es grande, porque debe convertir a la India. Necios y miserables políticos los que quieren engrandecer a un país quitándole la religión; lo que es lo mismo que querer vestir a un mendigo arrancándole las entrañas. La verdadera gloria de un pueblo, está en la grandeza de sus destinos religiosos. Riquezas de la civilización y progreso material son el ropaje de la gloria, pero no su esencia.

Bienaventurado el pueblo que tiene a Dios por su Señor, dice el Profeta. Bienaventurado el pueblo a quien Dios ha elegido por su herencia. *Beatus populus, cujus Dominus Deus ejus; Beatus populus quem elegit in haereditatem sibi. (Ps. CXLIII, v. 15.— Ps. XXXII, v. 12).* ¡Cuán feliz no será, pues, un pueblo que tiene por Señor al Corazón Santísimo de Jesús! Yo, ha dicho, les daré mi Corazón, y celebraré con ellos una alianza eterna, les daré reinado de gloria y honor, alcanzarán victoria sobre todos sus enemigos, derramaré mis bendiciones en abundancia, y jamás dejaré de hacerles bien. *Feriam eis pactum sempiternum et non desinam eis benefacere.*

Jesucristo, Señor nuestro, es el Príncipe de la paz, y la paz es el primer don que suele conceder a los pueblos sometidos a su imperio: la paz, fundamento de todos los bienes, y preciosa más que cien victorias. Junto con la paz vienen las virtudes, con las virtudes el trabajo, con el trabajo la abundancia y la prosperidad Bienaventurado el pueblo que tiene a Dios por su Rey; sí, porque no sólo a los individuos, sino también a las naciones se extiende el precepto evangélico: buscad primero el reino de Dios, y lo demás se os dará por añadidura.

Según esto, a la luz del criterio sobrenatural que es el único verdadero: ¿no es verdad que se prepara un porvenir de gloria a nuestra querida República? Mirad cómo, desde el principio de su historia, ha velado Dios por su existencia, con ternura verdaderamente paternal. Como veló por la vida de Moisés abandonado en débil cesta a merced de las aguas, así ha velado por nuestra Nación, en medio de las tempestades que la han agitado. Tended la vista a los vecinos Estados, y veréis hacinadas ruinas sobre ruinas: los templos solitarios, los claustros yermos, los altares derribados. ¿Cuál de las otras repúblicas ha tenido el Magistrado sinceramente católico, que supo atraer sobre nuestro suelo las bendiciones de la Iglesia y la admiración del mundo? ¿No parece, en verdad, que el Ecuador ha sido predestinado a ser la República del Corazón Santísimo de Jesús? Ved qué títulos tan gloriosos no tiene para esto: ella es la única que, en medio del silencio cobarde de todos los reyes y potentados, levantó su voz débil, pero enérgica, para protestar contra la usurpación sacrílega de los Estados Pontificios. Ella es la única, que en medio de la apostasía universal de todos los gobiernos de la tierra, se postra públicamente ante el Señor, le confiesa por su Dios y se consagra solemnemente a su Corazón Sacratísimo. Y ahora, vedla ahí de rodillas: ella la única, elevando solemnemente un altar a su Dios: y en medio de las burlas de los impíos, alistándose a construir, como Noé, una arca, en vísperas del diluvio universal. Estas son las verdaderas glorias de la Patria. *Beatus populus cujus Dominus Deus ejus; beatus, quem elegit in haereditatem sibi*.

No parece sino que Dios ha colocado a nuestra amada Patria, en la más alta cima de los Andes, en el centro mismo del mundo, como el faro de la fe, para que brille con luz inextinguible, en medio de la oscura tempestad que agita por todas partes los senos del Océano. Este sol que nos baña siempre con los esplendores del mediodía, ¿no es el símbolo de esta luz gloriosa de la Religión que nos cerca por todos lados con vívida y fecunda claridad? ¿El primer templo nacional elevado oficialmente al Sacratísimo Corazón de Jesús, sobre la ciudad

más elevada del globo, bajo el dosel de la luz ecuatorial, no es invención hermosísima de nuestro Dios? En verdad, nuestra Nación es pequeña a los ojos del mundo, es olvidada y quizás despreciada, de los poderosos: no importa: Dios elige siempre lo débil, para confundir lo fuerte; Dios se complace en las alabanzas de los niños, para confundir las blasfemias de los orgullosos. *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos*.

¡Ah! no nos avergoncemos de lo que constituye el más precioso timbre de nuestro honor católico! De lo que sólo deberíamos avergonzarnos, es de no cumplir nuestra promesa a Dios. Demasiado hemos tardado ya: dos años de meditaciones, de cálculos y de esperas, son más que suficientes. ¿Quién sabe si nuestras últimas desgracias no son el castigo terrible de nuestra poca fe, de nuestro tibio amor? Pero no: no lo creemos; pues la protección del Cielo es visible, aun para los más obcecados e incrédulos: amparo especialísimo del Corazón divino de Cristo, que aceptó, sin duda, el sangriento sacrificio del primer viernes de diciembre (1), y pacificó nuestra pobre y debilitada República, y la contuvo al borde del abismo, para permitirle que cumpliera su promesa y pusiera los cimientos de la paz, asentando aquellos de la Basílica Nacional. Me estremezco sólo al considerar que pudiera, no digo negarse, pero siquiera postergarse la construcción de la Basílica: ¡qué tremendos castigos caerían sobre nosotros por tantas gracias despreciadas, por tantas obligaciones no cumplidas! Mas esta triste conjetura no puede realizarse, ni aun tiene visos de probable: el cuarto Concilio Quitense resolverá la mejor organización del trabajo; el Congreso votará el contingente oficial necesario, aunque sea mínimo; todos los fieles, con un solo corazón, contribuirán a la obra magna con sus recursos, con su personal cooperación, con sus oraciones. ¡A la obra, pues!

---

(1) Ha sido notable coincidencia, que el 5 de diciembre último, primer viernes del mes, dedicado especialmente, como es sabido, al Santísimo Corazón de Jesús, saliera triunfante el Gobierno en el sangriento y desigual combate naval de Jaramijó, y se librara la República de una horrible revolución radical.

Quizás alguno, obcecado como el discípulo infiel por el brillo mentiroso de las riquezas, recalque en la inutilidad del gasto y en nuestra suma pobreza, y exclame: *¿ut quid perditio haec?:* ¿para qué este desperdicio?: nuestra República es pobre: los escasos fondos del tesoro nacional no deben emplearse en levantar un nuevo templo, que bastantes los tenemos, sino en cubrirnos con la red telegráfica, y abrir paso a la locomotora por entre los breñales de la cordillera. Y pregunto yo: ¿cuál pobreza es la vergonzosa, si la del alma, o la del cuerpo? ¿cuál progreso es más apetecible: el del espíritu o el de la materia? ¿Para qué queréis telégrafos que acerquen vuestras palabras, si no hay templo que reúna los ánimos? Poned esos hilos misteriosos en manos de la discordia, y ella os tejerá una túnica inflamada que os hará arder vivos, como al héroe de la fábula. ¿Para qué queréis locomotoras que acorten las distancias, si han de servir de máquinas de destrucción en manos del despotismo? Os da pena el óbolo que da el Gobierno para construir un templo para Dios, y no contáis los millones que devora la avaricia desenfrenada y consume la discordia civil. *Quaerite primum regnum Dei et omnia haec adjicientur vobis*. Elevad un templo a Dios, y ante sus aras veréis tejerse el hilo misterioso de la caridad que acerca los espíritus y aúna los corazones; y al suave impulso de las corrientes vivificadoras del santuario, veréis brotar la actividad industriosa que salta los valles y perfora los montes. Delante de un altar concibió Colón la idea portentosa de descubrir un mundo.

¡Oh! no desconozcamos nuestras verdaderas glorias, ni reneguemos de los venturosos destinos que con larga mano nos prepara el Omnipotente! Toda nuestra gloria está en tener por Señor a Dios: *Et ego ero eis in Deum*. Agrupémonos en torno del altar que hoy debe elevar a Dios nuestra católica República. Hagamos que ese templo sea verdaderamente una obra nacional, contribuyendo todos a su fábrica en la medida de nuestras fuerzas. ¿Qué podremos ofrendar a Dios, por todos los bienes con que nos ha colmado? El nos ha dado en primer lugar su Corazón: *dabo eis Cor;* nos ha constituido su pueblo predilecto: *et erunt mihi in populum;* y se ha declarado

el Señor por auxiliador nuestro y protector especial: *et ego ero eis in Deum*. ¿Serán suficientes todos nuestros caudales para pagar semejantes beneficios?

Cuando Moisés quiso construir una morada para el Señor, el pueblo escogido se desprendió gustoso de sus joyas de más valor. El oro y la plata, diamantes y perlas, pieles preciosas y maderas de setim, fueron los dones con que se fabricó el arca santa. ¿Y qué se guardaba en ella? las tablas de la ley, el maná del desierto. ¿Y dónde hallaremos joyas suficientes para construir una arca digna de contener el tesoro más rico de los cielos, la joya más preciada de los serafines? Si un padre al morir nos hubiese dejado en herencia su corazón, ¿en qué urna encerraríamos legado tan precioso?: conchas de nácar, incrustadas de pedrerías, cubiertas de oro y láminas de plata, aún no bastarían a contentar nuestro afán y saciar nuestros deseos. Pues, ¿qué urna tan rica deberá ser la destinada a guardar en sí el Corazón Santísimo de Jesús, este don preciosísimo que nos ha legado la liberalidad de un Dios? ¿Serán bastantes el mármol ni el oro? ¿Daríamos mucho aunque entregásemos para ello todas nuestras joyas?

Generosos, pues, y decididos, emprendamos la edificación de la Basílica del Sacratísimo Corazón de Jesús: mientras más obstáculos, al parecer insuperables, se presenten, mayor será nuestra fe, y nuestra obra participará más del carácter de las obras inspiradas por Dios. Repitamos el grito entusiasta de los cruzados y los fervorosos trabajadores de la Edad Media: ¡A la obra! ¡a la obra! Dios lo quiere así. (1).

---

(1) Casi todas las ideas de esta segunda parte han sido tomadas del discurso sagrado que pronunció el Autor, en la Catedral de Cuenca, el 10 de agosto de 1883, en que debía colocarse la primera piedra de la Basílica Nacional de Quito.

LA REPUBLICA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS. I: VII, (V. 1885), págs. 425-446.

EL SEGUNDO CENTENARIO DEL CULTO PUBLICO DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS Y LAS ENCICLICAS "IMMORTALE DEI" Y "QUOD AUCTORITATE" DE N. BMO. P. LEON XIII.

La devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús en su esencia y principales fundamentos es tan antigua como el cristianismo. Desde el momento en que el feroz soldado abrió con una lanza el pecho amantísimo del Salvador, dice San Juan, que principió a cumplirse el anuncio de Zacarías, de que todas las miradas se tornarían a Aquel "cuyo Corazón traspasaron". *Facta sunt enim haec ut Scriptura impleretur... Sriptura dicit: Videbunt in quem transfixerunt*. Desgarrado el velo de la Humanidad sacratísima del Señor, quedó patente a todos su Corazón dulcísimo, *sancta sanctorum* del amor, áureo propiciatorio en que arde inextinguible el fuego de la divina Caridad. Como la aguja imantada se vuelve siempre en dirección al norte, así también todas las almas tocadas del amor divino, en todos los tiempos y países del mundo, han gravitado irresistiblemente hacia el centro de la caridad universal que es el Corazón Sacratísimo de Jesús. Por esto de todas las páginas de la historia de la Iglesia, desde las gloriosísimas grabadas con sangre en los muros de las catacumbas, hasta las encantadoras escritas con flores en el suelo de la América, se levanta un himno no interrumpido jamás de amor y de alabanzas a este divino Corazón. El *magnificat* del Sagrado Corazón ha sido entonado en alternadas voces por todos los coros de los santos. El mismo himno de amor que escuchamos en los labios de la Beata Margarita María, es el que se remonta en ecos repercutidos desde Santa Matilde hasta San Bernardo, desde San Agustín hasta San Juan Evangelista, hasta parar en el Corazón Inmaculado de María, tabernáculo y trono del Corazón Santísimo de Jesús. "¿Ni cómo puede imaginarse, dice el abate Bougand, que la Iglesia hubiese permanecido diez y siete siglos sin pensar en el Corazón adorable de su divino Esposo; que tantas vírgenes, abrasadas de amor por El, no hubiesen jamás envidiado la dicha de San Juan durmiendo sobre el pecho del divino Maestro; que tantos Doctores no hubiesen contemplado ni una sola vez ese Costa-

do herido y saliendo de él esa mezcla extraña de sangre y agua; y si es verdad que, según el sentir tanto de la antigüedad, como el nuestro, el corazón es la sede del amor, si todos los pueblos han mirado con respeto y llevado en triunfo el corazón de sus héroes ya muertos, ¿cómo admitir que esos largos siglos cristianos, llenos de tan profundo entusiasmo por la Persona del Salvador, no hubiesen tenido una mirada, un arranque, una adoración para ese Corazón sagrado, el más hermoso, el más noble, el más puro, el más tierno y el más grande de todos los corazones?"

La devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús, en su espíritu esencial y principios fundamentales, ha subsistido, pues, en el mundo desde el origen mismo de la Iglesia. En la forma encantadora en que ahora la contemplamos ha subsistido también desde la más remota antigüedad, mas sólo como patrimonio exclusivo de los santos. ¡Pero llegó un momento solemne en que esos secretos de amor, conocidos hasta entonces únicamente de una Santa Matilde y una Santa Gertrudis, de una Santa Catalina de Siena y una Santa Angela de Foligno, iban a ser comunicados a toda la universidad de los fieles!... ¡Oh! momento verdaderamente solemne en la vida de la Iglesia, aquel en que nuestro divino Salvador hizo al mundo toda esa admirable dádiva, contenido en aquellas inolvidables palabras: "He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres!"

Pero ¡ay! ¡quién lo creyera! el mundo no contestó sino con la indiferencia y el olvido a esta nueva manifestación estupenda de la caridad de un Dios! ¡El mundo no quiso creer en esta caridad! ¡Hubo almas buenas, almas piadosas que opusieron invencibles obstáculos al culto del Amor encarnado! Podemos decir que los principios de la devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús fueron, a semejanza de una erupción de nuestros volcanes, una tempestad de fuego sobre montañas de nieve. Pero, ¿qué puede resistir a la acción del fuego?: el hielo se deshace, los montes se derriten a su paso. Los lauros del combate se adjudicaron al Amor. Al fin de todo, los serafines hicieron resonar las bóvedas del cielo con

este himno de victoria: "El Amor triunfa, el Amor se goza, el Amor en Dios se regocija".

Por lo cual, si es solemne el momento en que Dios dijo: "He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres"; no lo es menos aquel en que los hombres contestaron: "¡he aquí estos corazones que tanto van a amar desde hoy a nuestro Dios!" Ambos momentos son gloriosísimos en la historia de nuestra querida devoción: el uno es el complemento necesario del otro; y ambas fechas deben ser por lo mismo celebradas con indecible júbilo por todo el mundo cristiano. Si las grandes victorias decisivas de la suerte de pueblos y naciones son siempre celebradas de año en año y de siglo en siglo, ¿cuánto más no lo debe ser la victoria decisiva del Amor de un Dios sobre la indiferencia de los hombres?

Ved, pues, aquí el gloriosísimo acontecimiento que trata de conmemorar este año todo el mundo católico: *los principios del reinado del Sagrado Corazón de Jesús en las almas*. Diez años habían transcurrido desde que nuestro divino Salvador manifestó a la Beata Margarita María el deseo ardiente que abrigaba de que su Corazón Santísimo fuese adorado y amado con un culto especial por los hombres; y en este tiempo, demasiadamente largo para una alma amante, el ángel del Sagrado Corazón no había encontrado sino obstáculos y contradicciones por todas partes. Pero llegó al fin la hora señalada por la divina Providencia para los triunfos del Amor, llegó el año de 1686. La madre Greyfié, superiora del monasterio de la Visitación de Semur, conocedora de las principales revelaciones hechas a la Beata Margarita María, movida al fin de superior e irresistible impulso, "hizo ejecutar un cuadro al óleo que representaba el Corazón adorable de Jesús, le colocó encima de un altar en un pequeño oratorio, y a la cabeza de su comunidad se arrodilló y se consagró solemnemente al Corazón de su divino Maestro. No podía reparar más francamente sus vacilaciones, ni hacer un llamamiento más brillante a toda la Orden, de la que había sido ella una de las más eminentes superioras. Además, queriendo ofrecer a la Bienaventurada un presente que le tocase el corazón,

mandó hacer una copia del cuadro, y juntando a ella doce pequeñas imágenes a la pluma, se las remitió como estrenas" (1).

Fue indecible el contento con que la B. Margarita recibió estos presentes y la nueva de semejante consagración. Pero aún no era esto todo, pues faltaba el culto de los primeros viernes, faltaba que el mismo monasterio de Paray-le-Monial, en que se habían hecho tan estupendas revelaciones, se postrase públicamente ante el Sagrado Corazón, y le rindiese los homenajes tantas veces exigidos y tanto tiempo ha rehusados. Pero ¡ah! ¿cómo lograrlo? Entre las religiosas más respetables de esa comunidad, existía una, la madre María Magdalena, des Escures, cuyo parecer era siempre escuchado con veneración por las religiosas, la cual se oponía tenazmente al establecimiento de la nueva devoción en aquel monasterio; parecía, pues, humanamente imposible vencer semejante resistencia. Pero había llegado ya el momento solemne del triunfo del Corazón Sacratísimo de Jesús en las almas, y todos los obstáculos hubieron de ceder ante sus victoriosos pasos.

Escuchemos cómo refiere este hecho gloriosísimo en los anales de la devoción cristiana, el historiador ya citado. "Por grande que fuera la alegría que experimentara la Bienaventurada, al saber la consagración solemne de Semur al Sagrado Corazón, la impresión producida en la comunidad de Paray, y en particular sobre la hermana María Magdalena des Escures, había sido, puede ser más profunda. El monasterio de Paray estaba, por decirlo así, dividido entonces en dos grandes partidos: el partido de las ancianas, rígidas observadoras de las reglas, custodios fervientes de las costumbres, y que tenían a su cabeza a la hermana María Magdalena; y el partido de las jóvenes, formadas por la Bienaventurada, o que obedecían a su santa influencia, y consagradas ya al Corazón de Jesús. Entre esos dos partidos la buena madre Melín mantenía la paz por su prudencia. Se puede decir que la madre Greyfié, tan rígida y firme en su bon-

(1) Em. Bougaud.— Hist. de la B. Margarita Márie.

dad y en su fervor, había sido del partido de las ancianas. Cuando, pues, se supo lo que ella acababa de hacer, se produjo una emoción profunda y nadie la sintió más vivamente que la hermana María Magdalena. De corazón ella había estado siempre tiernamente unida a la Bienaventurada, la amaba y la veneraba; pero de espíritu ella había estado con la madre Greyfié. Conocíala austera observadora de las menores reglas, en nada amiga de innovaciones y que no procedía en sus actos sino según las más serias reflexiones. Había vivido seis años, bajo su gobierno, y la consideraba como un sostén de la observancia, y una de las más firmes columnas del Instituto. Si, pues, la madre Greyfié se había decidido a prosternarse a los pies del Sagrado Corazón, y a inaugurar solemnemente esta devoción, ¿por qué se vacilaría aún en Paray? ¿Quién podía dudar después de semejante ejemplo, que no había en aquella nada de contrario a la letra de las reglas, ni al espíritu de la Visitación; ni mucho menos a la fe de la Iglesia? Habló, pues, a la madre Melín, ganada hacía ya largo tiempo en secreto a esta causa, y de concierto con ella preparó en silencio una reparación pública, un solemne acto de desagravio. Se eligió para esto el viernes después de la octava del Santísimo Sacramento (21 de junio de 1686) día señalado en los decretos eternos para ser en la Iglesia el gran día de al adoración del Corazón de Jesús. Por la mañana, al entrar en la capilla, notaron las religiosas como un pequeño altarcillo en medio del coro. Se aproximaman, miran... Sobre este humilde altar cubierto de un tapiz, una imagen del Sagrado Corazón, la misma miniatura de la madre Greyfié, se hallaba expuesta en medio de flores y cirios benditos. Una esquela prendida al altar y firmada por la madre María Magdalena, invitaba a todas las hermanas a arrodillarse y consagrarse al Corazón adorable de Nuestro Señor. No hubo ya más vacilaciones. Todas las ancianas arrastradas por la madre María Magdalena, todas las jóvenes conducidas e inflamadas por la Bienaventurada se prosternaron como dos coros de ángeles y ofrecieron a Nuestro Señor: éstas, adoraciones llenas de gozo, y aquéllas, oraciones entremezcladas con gemidos; todas, un incienso purísimo, y el más agradable a Dios; porque si las unas le habían

glorificado con su apresurado empeño, aquéllas no le habían servido menos con su prudencia. La Bienaventurada Margarita María, y la madre María Magdalena se abrazaron, y desde entonces no hubo en el monasterio ya más que un solo corazón para alabar, amar y adorar al divino Corazón de Jesús. Se votó, en testimonio de entusiasmo, un grande y hermoso cuadro del Sagrado Corazón ,y la construcción de una capilla donde aquél sería expuesto".

Así principió en la Iglesia el culto público del Sagrado Corazón de Jesús, en un viernes después de la octava de *Corpus*, con sus actos de consagración, reparación y desagravio, con esos cuadros en que el Símbolo de la caridad, el Corazón del Hombre Dios se nos muestra ardiendo en llamas y coronado de espinas, con esas capillas, en fin, cubiertas de flores y perfumadas de incienso, donde se renuevan diariamente todos los prodigios de Pentecostés, donde se borran todos los partidos, desaparecen todas las divisiones, y todos los corazones se funden en uno al fuego irresistible de la santa y divina caridad. Desde entonces las capillas e iglesias donde el Sagrado Corazón de Jesús es amado y honrado como el 21 de junio de 1686, son otros tantos santuarios que atraen sobre los fieles el fuego divino del Cenáculo que realiza sobre la tierra uno de los más ardientes deseos de nuestro amantísimo Salvador: *ut omnes unum sint*, que todos seamos una y la misma cosa. Este deseo del divino Maestro que principió a tener ya su realización más completa en la primitiva Iglesia, hablando de la cual dice el sagrado texto que todos los creyentes no tenían sino un solo corazón y una sola alma, *multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una,* esperamos que será también cumplidamente satisfecho en nuestros días por la acción unificadora de las llamas del Sacratísimo Corazón de Jesús.

¡Coincidencia verdaderamente providencial y admirable! El año de 1886, segundo centenario del culto público del Sagrado Corazón, es el año también del Jubileo extraordinario, es decir, año de conciliación, año de mutua caridad, año de gracia. ¿Y cuál es el motivo que ha

impulsado a la Santa Sede a conceder al universo católico gracia tan extraordinaria? El fin que N. Beatísimo Padre León XIII se propone alcanzar del cielo por medio del Jubileo extraordinario, es la *unión de todos los católicos!*... Esta es la última palabra, y como resumen de las dos admirables Encíclicas *Immortale Dei* y *Quod auctoritate*. Unión del Estado con la Iglesia, unión de los súbditos con los gobernantes, unión de los católicos entre sí, unión de los fieles con los obispos, y de los obispos con el Papa. Unión de todos en la caridad: *Ut omnes unum sint!*...

Todos los males de que se lamenta la sociedad moderna vienen principalmente del resfriamiento de la caridad en el mundo, según lo que está ya anunciado en el santo Evangelio: *et quorum abundabit iniquitas refrigescet charitas*. Luego, para que disminuya la iniquidad en la tierra, hay que reencender en las almas el sagrado fuego del amor. Esta enseñanza es la voz de alerta dada últimamente por la Santa Sede .En la Encíclica *Humanum genus* principia por manifestarnos cómo el origen primero de todos los males que inundan al mundo y la causa eficaz de la multiplicación de las sociedades secretas, están en este resfriamiento de la caridad. En la Encíclica *Inmortale Dei* nos demuestra que esta llaga terrible de la falta de caridad ha atacado hasta los mismos católicos. En seguida nos enseña cómo la ley de la caridad debe regir desde las más altas esferas sociales hasta las más ínfimas.

Escuchemos las palabras textuales de nuestro Beatísimo Padre, Maestro infalible de la verdad católica. Hablando de las relaciones entre la potestad eclesiástica y la civil, resume toda la doctrina relativa a este punto en la siguiente concisa frase: "Es, pues, necesario que haya entre las dos potestades cierta trabazón ordenada; trabazón íntima que no sin razón se compara a la del alma con el cuerpo en el hombre... Esta es la forma cristiana de la sociedad civil... Las palabras siguientes que escribió Ivón de Chartres al Romano Pontífice Pascual II, merecen escucharse como la *fórmula de una ley perpetua:* Cuando el imperio y el sacerdocio viven en

buena armonía, el mundo está bien gobernado y la Iglesia florece y fructifica; cuando están en discordia, no sólo no crece lo pequeño, sino que hasta las mismas cosas grandes decaen miserablemente y perecen". ¿Y cuáles serán los medios prácticos de *reconstituir cristianamente* sobre sus verdaderas bases a la sociedad civil? Estos medios y estas bases se resumen todos en la caridad. Oigámoslo. "Es necesario que los católicos dignos de este nombre quieran, *ante todo,* ser y parecer *hijos amantísimos* de la Iglesia... Hay que conservar, *ante todo, la concordia de las voluntades* y buscar la *unidad de los propósitos* y acciones, lo cual se obtendrá sin dificultad si cada uno toma para sí, como norma de su vida, las prescripciones de la Sede Apostólica, y si obedece a los obispos a quienes el Espíritu Santo puso para gobernar su Iglesia. En verdad la defensa de la religión católica exige necesariamente la *unidad de todos* y suma perseverancia en la profesión de las doctrinas que enseña, etc."

Ha juzgado tan grave este estado de cosas en el mundo N. Smo. Padre León XIII, que no contento con manifestarnos el mal y la manera de remediarlo, ha creído conveniente nada menos que un Jubileo extraordinario para alcanzar las gracias divinas que son las únicas que pueden curar estas deformes llagas del mundo moderno. Y para que nadie dude que el fin del Jubileo es traer el reinado de la caridad sobre los hombres, sanándolos de la gran enfermedad del siglo, el *odio* y la *discordia,* torna a inculcar en la nueva Encíclica *Quod auctoritate* las verdades enseñadas ya en la *Immortalis Dei*. "Y porque, dice, el primero y principal fruto del Jubileo es, el que arriba indicamos, a saber, la enmienda de la vida y la asecución de las virtudes cristianas, *juzgamos especialmente necesario* encomendar se evite aquel mal, que en nuestra precedente carta Encíclica dejamos señalado. Hablamos de las discordias intestinas y casi domésticas que existen entre algunos de los nuestros, las cuales, apenas se puede decir con cuánto daño de las almas, desatan o por lo menos aflojan los vínculos de la caridad. Hemos querido hacer mención aquí nuevamente de semejante mal ante Vosotros, Venerables

Hermanos, que sois los custodios de la disciplina eclesiástica y la mutua caridad; porque queremos que toda vuestra vigilancia y autoridad se ocupe incesantemente en impedir este tan grave daño. Por vuestra parte procurad, ya aconsejando, ya exhortando, ya reprendiendo, que todos se empeñen en guardar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz, y que los autores de tales discordias entren ya en el cumplimiento de su deber, no perdiendo nunca de vista aquello que el Unigénito Hijo de Dios, la víspera de su afrentosa muerte, suplicaba encarecidamente a su Padre, que los que creían o habían de creer en él se amasen mutuamente: *Para que todos sean un corazón y una alma como tú, oh Padre, lo eres conmigo y yo contigo, para que ellos también sean con nosotros una misma cosa (Joan. XVII, 21)".*

Si, pues, como católicos estamos obligados todos a oir la voz del Maestro infalible y practicar sus enseñanzas, todos también debemos esforzarnos por lograr el punto especial que se nos propone alcancemos por medio del Jubileo: *la unión íntima entre todos los que profesamos la misma fe*. ¿Y dónde mejor, podremos alcanzar esta gracia si no es al pie de los altares del Corazón Sacratísimo de Jesús? Recomiéndanos N. Smo. Padre que formemos todos un solo corazón, pero ¿quién unirá a los corazones si no es el Corazón Sacratísimo del Hombre Dios?

¡Coincidencia verdaderamente admirable, pero prevista ya en los planes de la Misericordia infinita: el centenario del culto del Sagrado Corazón debía también ser el año del Jubileo del Amor!... ¿Quién no detestará la discordia y el odio, quién no querrá amar a sus hermanos, a la vista de ese Corazón Sagrado consumido de amor por los hombres?

A las razones ya dichas añádese para nosotros los americanos que el año de 1886 es también el tercer centenario del nacimiento de la gran Patrona de las Américas, de esa fragantísima Rosa de penitencia y caridad, la preciosísima Rosa del Sagrado Corazón. Creemos por

lo mismo que la mejor manera de celebrar a nuestra ínclita Patrona, y ganar el Jubileo extraordinario, es unirnos los católicos ecuatorianos para celebrar práctica y devotísimamente el segundo centenario del culto público del Sagrado Corazón de Jesús; pues, hallándose nuestra República consagrada de modo especial a este Corazón Sacratísimo, creemos que a nadie tanto como a ella le compete solemnizar la fecha gloriosísima del 21 de junio de 1886.

Sabemos ya que se preparan a celebrarla con entusiasmo verdaderamente cristiano los buenos católicos de Francia. Prueba de ello es una de las resoluciones adoptadas en la última Asamblea de Lila (1).

El Congreso católico de Ruan ha manifestado también iguales deseos y adoptado algunas medidas para acrecentar el culto del Sagrado Corazón en su país. Estas y otras manifestaciones de los Congresos católicos, la propaganda activa en que han tomado parte los mejores periódicos, y los brillantes discursos de inspirados oradores nos hacen esperar que en Francia, según el decir de una de sus *Revistas religiosas*, el año de 1886 será verdaderamente el *Año del Sagrado Corazón*.

¿Y será posible que en el Ecuador, la República especialmente consagrada a este Corazón Sacratísimo, no

---

(1) "El Congreso de los católicos del Norte,

Considerando: 1º Que en el tiempo en que nos hallamos la devoción al Corazón de Jesús debe crecer y afirmarse más y más;

2º Que el año de 1886 y la fecha del 21 de junio de dicho año, segundo centenario de la inauguración del culto público del Sagrado Corazón en Paray-le-Monial, parecen dar señal conmovedora para un gran acrecentamiento de confianza y consagración hacia este Corazón divino:

Emite el voto:

De que el segundo centenario del culto público del Sagrado Corazón sea celebrado, con todo el fervor posible y toda la solemnidad que la autoridad eclesiástica juzgare conveniente, en especial con peregrinaciones a los lugares en que el Sagrado Corazón es particularmente honrado".

hagamos los católicos, este año, en honra de nuestro Rey y nuestro Dios, una manifestación nueva y extraordinaria de piedad? El Corazón Sacratísimo de Jesús lo reclama de su República: ¡el mundo todo lo espera!... Y, ¿qué otra manifestación puede ser ésta, si no es cumplir fidelísimamente los ardientes deseos de N. Smo. Padre Leon XIII, es decir, unirnos todos los católicos ecuatorianos al pie de los altares de nuestro Dios, y allí *comulgar!*... y en unión con la Víctima divina, a la faz del mundo, hacer a Dios un acto solemne de reparación por nuestros pecados, implorar las bendiciones de lo alto para nuestro Gobierno y nuestro pueblo, y firmar una alianza indisoluble de amor y de fe entre todos los católicos prácticos de la República del Ecuador?

He aquí los motivos por qué el Ilmo. Sr. Arzobispo tiene intención de promover para el 21 de junio de 1886 un *Congreso Eucarístico ecuatoriano* que deberá reunirse en Quito con el fin de celebrar solemnemente el segundo centenario del culto público del Sagrado Corazón y poner en práctica las saludables enseñanzas de la Santa Sede, contenidas en las dos últimas Encíclicas *Immortale Dei* y *Quod auctoritate*. Además estamos seguros de que todos nuestros celosísimos Prelados promoverán, cada uno en su diócesis, las manifestaciones más espléndidas de reparación y amor en honra del Sacratísimo Corazón de Jesús. De manera que no vacilamos en anunciar que el 21 de julio de 1886 se elevará de todos los ámbitos de nuestra República un solo cántico de amor y júbilo en honra del Corazón amabilísimo de nuestro Dios. ¡Que esta fecha gloriosísima sea el principio entre nosotros de una era nueva de no interrumpida paz y prosperidad para la Religión y la Patria!

LA REPUBLICA... Tomo II: XVII, III. 1886, págs. 565-578.

LA REPUBLICA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

Dabo eis Cor ut sciant me, quia ego sum Dominus: et erunt mihi in populum, et ego ero eis in Deum.— JEREM. c. XXIV, v. 7.

El Ecuador, la más humilde y modesta entre las naciones libres de la América, hase engalanado desde hace algunos años con el hermoso título de *República del Sagrado Corazón de Jesús*, título reconocido unánimemente por propios y extraños, por fervorosos católicos así como por intransigentes incrédulos. En prueba de esto último, citaremos un hecho. Mucho antes de que se publicase la presente Revista, hallándose un joven ecuatoriano en una de las más grandes capitales de Sud América, preguntáronle algunos caballeros: —¿De dónde es Ud.? —Del Ecuador, repuso el joven.— ¡Ecuador!... replicaron en son de burla sus interlocutores; ¡Ecuador!... no hay nación en el mapa que lleve este nombre: la que en tiempos pasados se conocía con él, sabemos que hoy se llama *La República del Sagrado Corazón*... Este calificativo irónico en labios de aquellos incrédulos es cabalmente lo que nos movió a dar a nuestra publicación religiosa el título que lleva; pues lo que a juicio de la impiedad es un insulto, para el verdadero cristiano es una gloria. Si Israel tenía a honra llamarse el *pueblo de Dios*, el Ecuador tiene a honra y gloria ser reconocido como la *República del Sagrado Corazón;* porque bienaventurado el pueblo que tiene por su Señor a Dios, y ojalá se realice en nosotros el anuncio de Jeremías: "Les daré *Corazón* para que me conozcan y sepan que yo soy el Señor; y entonces ellos serán mi pueblo y yo les seré su Dios".

Desde algunos años a esta parte, la prensa extranjera, tanto de Europa como de América, se ocupa con mucha frecuencia del Ecuador; se le ensalza en las publicaciones católicas, se les deprime e insulta en las impías y revolucionarias. ¿Cómo y por qué motivo ha podido llamar la atención del mundo un país tan pequeño y humilde como el nuestro? ¡Ah! es que Dios que se vale

de lo débil para confundir lo fuerte — *Contemptibilia mundi cligit Deus ut confundat fortia* — ha escogido a nuestra modesta República para hacer ostentación de su brazo. Habéis hecho, oh Dios, dice el Salmista, resonar vuestras alabanzas en labios de infantes y de niños para vergüenza y confusión de vuestros enemigos. *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos ut destruas inimicum et ultorem*. Hoy que casi todos los pueblos del globo, soberbios con los adelantos de una descreída civilización material, desconocen al Señor de todas las naciones y proclaman el ateísmo político como el mejor sistema de gobierno, necesario es que se levante una voz, aunque sea la de un niño, que proteste contra semejante locura e impiedad. Si callan los grandes, que hablen los pequeños: álcese, por lo menos, la voz de una humilde República americana contra la apostasía criminal de todas las naciones.

La consagración del Ecuador al Corazón Sacratísimo de Jesús no ha sido, pues, un acontecimiento cualquiera debido al acceso o a la inspiración feliz de un individuo, sino un hecho providencial dispuesto con siglos de anticipación en los planes sapientísimos del Todopoderoso. Un estudio algo detenido de este hecho nos convencerá de la verdad de lo que decimos, y justificará más plenamente el título que nuestra patria ha adoptado de *República del Sagrado Corazón*.

Consagrar una cosa a Dios es separarla de todo uso profano y dedicarla al servicio del Señor. Para comprender esto bien es necesario recordar que, según lo prescrito en la ley mosaica, todo sacrificio perfecto debía constar de cinco partes que eran las siguientes: la primera la *satisfacción* o la *consagración* de la víctima, la segunda la *oblación*, la tercera la *inmolación*, la cuarta la *inflación* o *consumación*, y la quinta la *comunión* de la misma víctima. La consagración o santificación de la víctima consistía en segregarla de todo uso profano, de manera que no pudiese ser aplicada a otra cosa que al culto de Dios; santificación que no podía hacerse por una virtud o autoridad humana sino por la autoridad e ins-

titución de Dios, que levantando la víctima sobre el orden puramente natural, la hacía apta para serle ofrecida como una cosa santa, libertándola del dominio del hombre y de la servidumbre de la corrupción. De manera que, una vez consagrada una cosa a Dios, quedaba por el mismo hecho dispuesta por el sacrificio, comprometida y obligada a la inmolación, todo como efecto de la santificación de la víctima. Pues ella, en virtud de esto último, era debida a Dios en sacrificio; y ya no se la podía considerar sino como una cosa sagrada que pertenecía únicamente a Dios y que en honra del mismo Dios debía ser destruida y consumida (1).

Los sacrificios de la Ley antigua no eran sino figura de los de la Ley nueva, y principalmente del más grande y excelso de todos: el de la Cruz. Ahora bien, como es sabido, el sacrificio es la esencia y el fundamento de la religión; el sacrificio es el único homenaje que la criatura puede tributar al Criador, y homenaje necesario del que nadie puede excusarse, puesto que la religión es el primero y más importante deber de toda criatura racional. En un sentido lato puede decirse que todas las cosas, por el hecho de ser criadas, están ya consagradas a Dios; pues no hay ser alguno que no haya sido criado por Dios para su gloria: *universa propter semetipsum operatus est Deus*. Pero, aparte de esta consagración universal, hay otra más especial que es la que acabamos de exponer.

Según esto, en un sentido lato, todas las naciones están consagradas a Dios por el mismo hecho de ser criaturas; pero, en sentido más estricto, no lo serán sino aquellas que libre y voluntariamente quieran dedicarse de una manera más especial al culto del Altísimo. Consagrar una cosa a Dios es, pues, ofrecerla en víctima. Pero, ¿cómo una nación podrá ser ofrecida en víctima a Dios? — Inmolando el *sacrificio de justicia,* guardando las buenas costumbres, conservando incólume el tesoro de la fe, y estando siempre dispuesta a sacrificarse por

(1) De Condren.— "Idée du sacerdoce et du sacrifice".

el Señor cuando así lo exijan su honor y su gloria.

Esta doctrina inconcusa y clarísima es sin embargo hoy el escándalo de los políticos; y no diremos la filosofía atea, sino hasta el más pacato de los errores modernos, el *liberalismo católico,* se halla en abierta pugna contra esta verdad. La religión, dice este último, es buena y obligatoria para los individuos, pero no para los gobiernos: el Estado como tal no profesa religión alguna. De manera que el Estado como tal no es una criatura sino un dios; y al culto de este ídolo nuevo es a lo que se ha dado con exactitud el nombre de *Estadolatría*.

Contra esta última forma de paganismo contemporáneo, necesario es emplear una forma nueva también de inmolación y sacrificio, necesario es derrocar a Satanás del altar que se ha levantado bajo el solio de las repúblicas como sobre el trono de los reyes. ¡Contra una nueva impiedad, nuevas víctimas ofrecidas al Señor! Y, pues las víctimas deben ser ahora no tanto los individuos como las naciones, he aquí la necesidad de que las naciones como naciones sean consagradas al Señor, y le sean ofrecidas como víctimas sociales. Mientras los pueblos impíos y apóstatas llevan impresa en sus réprobas frentes la blasfemia, que es la señal de la Bestia, los pueblos predestinados y fieles han de llevar grabada en su frente la cruz del sacrificio, que es el signo del Mesías. Y para que esta consagración de un pueblo al Señor sea solemne, ha de ser hecha por los mismos gobiernos, que ellos también como toda criatura han de doblar sus rodillas ante Dios y reconocer y proclamar su infinita soberanía sobre todos los principados y potestades, sobre todos los reyes y señores del cielo y de la tierra. *Ut in nomine Jesu omne genu flectatur coelestium, terrestrium et infernorum*.

Ved aquí la importante y sublime doctrina que ha proclamado la República del Ecuador, al consagrarse solemne y *oficialmente* al Corazón Sacratísimo de Jesús, ante la apostasía universal de los gobiernos de la

tierra. Es decir que el Estado ecuatoriano, precisamente como Estado, se ha ofrecido por víctima al Señor, en reconocimiento de su infinita soberanía sobre todas las naciones, en acción de gracias por los beneficios que de su divina diestra ha recibido, en expiación de todos los crímenes públicos, y también para impetrar los auxilios omnipotentes del Cielo, sin los cuales no puede subsistir ni prosperar pueblo alguno de la tierra, como ni criatura ninguna en todo el universo.

Pero, ¡ah! ¿dónde hallar una víctima pura que ofrendar en las aras del Altísimo? ¿Qué nación en la tierra será bastantemente limpia que merezca ser colocada entre las brasas sagradas del altar? Raras, difíciles de encontrarse son las condiciones que exige en la víctima el rigor de la divina Ley: "No inmolaréis al Señor vuestro Dios, dice el Deuteronomio hablando de los animales que habían de ser elegidos para víctimas, ninguno que tuviese mancha, o fuese cojo, o ciego, o disforme en algún miembro, o estropeado". (XV, 21). Para que el Ecuador pudiera llamarse con verdad una *nación consagrada a Dios,* era necesario que, ya que no a sí misma, pudiese presentar en lugar suyo a una víctima pura, inocente, incontaminada, a lo menos en cuanto lo permite la fragilidad de nuestra especie. Además, esta víctima debía ser manifiestamente aceptada como tal por el Señor: porque la criatura puede en verdad ofrecerse a la inmolación; pero no será verdaderamente víctima si Dios no acepta este ofrecimiento: *Non enim qui seipsum commendat ille probatus est, sed quem Deus commendat,* dice el Apóstol. Nadie puede consagrarse a sí mismo. La consagración de una hostia debía hacerse no por los esfuerzos humanos sino por una virtud de lo alto; y de aquí los signos y ceremonias sagradas que siempre se han empleado en la dedicación de una víctima. ¿Dónde hallar ahora, en nuestra pobre e incipiente República, una alma que reuniera tan difíciles condiciones, para que pudiese ser ofrecida menos indignamente entre el incienso del altar?

¡Oh prodigio de la predilección divina para con es-

te humilde país! — pues esa víctima precisamente la tenemos y preparada por el Señor con dos siglos de anticipación! Esta víctima es nuestra insigne virgen Mariana de Jesús! Desde luego, siendo el sacrificio el fondo de toda virtud, es también el carácter distintivo de toda santidad; pero hay algunos siervos del Señor en quienes resplandece con más brillo este espíritu de inmolación, y una de estas almas privilegiadas es nuestra ínclita virgen quiteña, que floreció como azucena entre las espinas del más rudo y constante sacrificio. No nos extenderemos aquí en desenvolver esta verdad, pues la tratamos en otro artículo de esta misma Revista; haremos sí notar que la ilustre víctima reúne todas las condiciones exigidas por la ley para ser tal. Fue predestinada por Dios desde la cuna, y aún antes de nacer, para la sublime misión que había de desempeñar en su patria, con prodigios manifiestos e inequívocos que comprobaron esta elección divina. Fue una víctima pura hasta donde lo permtie la miseria de la condición humana auxiliada del Señor, pues conservó intacta la inocencia bautismal, y no se cuenta haya cometido jamás una falta venial deliberada. Desde niña su más ardiente deseo fue el de la inmolación y el sacrificio, que llegó a saciarlo con las prácticas de la más espantosa y continua penitencia. Por último, a semejanza del divino Maestro, dio la vida por sus hermanos; pues, para rescatar a su país de las iras justísimas de Dios, aceptó luego y visiblemente esta oblación, haciendo cesar las señales de su cólera y cargando a la inocente virgen de dolores extraños y misteriosos, hasta que por fin murió mártir de su caridad para con la patria. No cesaron aquí los prodigios; pues, no bien cerrado el sepulcro de la tierna víctica, brotó de su sangre virginal una azucena, como para manifestar cuán acepto había sido a Dios el sacrificio de esta admirable heroína. ¡Tierra que produjo tan fragante y celestial azucena, bien podía ya ser consagrada al Corazón Sacratísimo de Jesús! ¿Pues dónde se apacienta el Cordero divino, si no entre las flores de los campos y los lirios de los valles?

Cuando Jefté, uno de los más valientes jueces de Israel, volvió triunfante por las victorias alcanzadas sobre

los Amonitas, quien primero le salió al encuentro fue su hija, la que hubo de ser inmolada como víctima al Señor, en cumplimiento de un voto de su padre y en acción de gracias por los beneficos obtenidos. Así también en el Ecuador la víctima aceptada por el Cielo ha sido la hija primogénita de nuestra nación, la virginal Mariana de Jesús, la primera en salir al encuentro de su patria tanto en los días de júbilo como en los de llanto. ¡Víctima pura, víctima escogida, dádiva la más valiosa que la divina Providencia ha hecho a este suelo, a quien debemos todas las glorias del pasado, y en quien fundamos todas las esperanzas del porvenir!

Si el Ecuador por sí mismo no era digno de ofrecer se como víctima al Señor, ha tenido al menos una hija que al inmolarse por su patria ha sido aceptada por el Altísimo en olor de suavidad. Pero, si absolutamente hablando puede decirse que ninguna nación es digna de ofrecerse en holocausto al Señor, no así en sentido relativo. En efecto, las naciones tienen también su virtud y pureza distinta, pero no menos real que la de los individuos. Esta pureza y virtud consisten principalmente en que reine en un país incontaminada la fe católica, impere las buenas costumbres sobre la sociedad en general, especialmente en los gobernantes, y haya entre la Iglesia y el Estado la coordinación y armonía debidas. Por lo demás, esta virtud y pureza de un pueblo no se destruyen, porque haya en él agunos perversos y se presencien de vez en cuando algunos escándalos públicos. Si de estos males se queja también la santa Iglesia Católica, mientras dura su peregrinación en este mundo, sin embargo de ser la más perfecta de todas las sociedades posibles, ¡cuánto más habrán de lamentarse de ellos sociedades inferiores y menos perfectas como son las políticas! Este segundo género de pureza podemos decir que no es del todo extraño a nuestra República; pues es innegable que a lo menos la fe católica ha sido siempre profesada en ella íntegra, sin mancha, e impera del uno al otro extremo del territorio sobre el trono de la más absoluta unidad. Beneficio singular que en los arcanos de inconcebible misericordia se ha dignado con-

cedernos la munificencia divina; porque, sin una protección verdaderamente manifiesta del Cielo, la unidad católica habría ya naufragado entre nosotros ha muchos años, en el mar incesantemente borrascoso de nuestras revoluciones políticas. Pero Dios, que supo conservar la cuna de Moisés en medio de las aguas, ha preservado también intacta la fe de nuestra República en medio de las tempestades revolucionarias, revelándonos así clarísimamente que su amoroso Corazón tenía especiales designios de bondad para con este humilde pueblo. ¡Sea el Ecuador siempre fiel a su misión, no permita nunca que se arraigue en sus playas la exótica y venenosa planta de la impiedad, guarde siempre incólume el sagrado depósito de la fe, el arca santa de la unidad católica; y entonces sólo conservará el derecho de llamarse a la faz de todo el mundo *¡La República del Sagrado Corazón!* ¡Antes hemos de perder toda la sangre de nuestras venas, que tolerar se nos arrebate tan preciosa joya!

Una vez consagrada nuestra República de *víctima* a Dios, forzoso y necesario es que se inmolen constantemente en ella estas hostias propiciatorias, y de hecho no han escaseado éstas antes y después de aquella consagración solemne. La primera flor de santidad en nuestro suelo, ya lo hemos visto, fue una víctima: la fragante Azucena del Pichincha tiene por raíces hilos de sangre. Prolijos seríamos si hubiésemos de mencionar aquí otras y otras plantas que han brotado al riego de este puro y *rubicundo licor*, y que si no han logrado competir con la Azucena, a lo menos forman su brillante cortejo. Señalemos una solamente. Vísperas casi de la solemne consagración de la República al Corazón Sacratísimo, mostróse en ella con dulce y apacible fulgor un modesto pontífice, en quien esperábamos todos tener no muy tarde al Toribio de Mogrovejo ecuatoriano. Pero apenas se mostró en el cenit esta radiosa y peregrina estrella, cuando luego la eclipsaron las sombras de la muerte. ¿Cómo podrá explicarse la repentina y misteriosa muerte del Ilmo. Señor Yerovi? — La respuesta segura nos parece ésta: fue una víctima ofrecida por la salud de la Iglesia ecuatoriana!... Su elección no había sido a gusto del

liberalismo cesarista, el que se preparaba ya a escandalizar a la República promoviendo serios conflictos al Prelado; pero él, que supo a tiempo que su elección motivaba semejantes peligros, y mientras los buenos católicos buscaban medio favorable para resolver la cuestión, el Ilmo. Yerovi halló luego el más expedito y pronto que tienen siempre en sus manos los siervos fieles del Señor. En una conferencia tenida al efecto, entre Mons. Tavani, Nuncio apostólico a la sazón, el Ilmo. Sr. Yerovi y otro personaje distinguido de esta Capital, testigo de esta escena, después de haber discutido sobre las medidas que convenían tomarse para conjurar el conflicto que amenazaba, el ilustre Pastor de Quito paróse en medio de la discusión y pronunció inspirado estas palabras: "No, Excmo. Señor, no tema S .Sría. por la Iglesia ecuatoriana: Dios no permitirá que mi vida sea un obstáculo a sus progresos; yo moriré cuando sea necesario". Efectivamente, pocos días después, antes que se hubiese reunido la Asamblea legislativa, en cuyo seno había de estallar la tempestad, el Ilmo. señor Yerovi cae repentinamente enfermo. Acuden los médicos y declaran que el accidente es grave, pero que la ilustre víctima aún tiene *bastantes fuerzas para vivir;* acércase a su lecho de dolor un benemérito sacerdote, hoy distinguido Prelado de la República, y le comunica el fallo de los facultativos; el augusto enfermo recibe sonriéndose la noticia y replica al que se la daba: *¡sí, es verdad, bastantes fuerzas tengo... para morirme!* y pocos momentos después expira... La Iglesia ecuatoriana se había preservado de un escándalo, pero también una nueva ilustre víctima debía ser contada ya en los fastos de su historia. Para corroboración de lo que acabamos de expresar, añadiremos que todo el pueblo atribuyó a esta causa la repentina muerte del Prelado. En los apuntes biográficos depositados con su cadáver y firmados por las personas más respetables de Quito, se lee: "Créese que, antes de su última enfermedad, hizo a Dios el sacrificio de la vida, a fin de evitar los males que podían sobrevenir a la Iglesia y a la República, por el desacuerdo en que estaban respecto de la sucesión en el arzobispado". Prueba de ello es también la manera desacostum-

brada con que el celosísimo Obispo concluye la última de sus cartas pastorales, de las que publicaba casi siempre una cada semana; pues, dirigiéndose a su grey, le dice: "Y con esto *me despido,* dándoos mi paternal bendición, deseándoos con ella toda suerte de bienes en el Señor".

Atentos e ilustrados observadores han notado que se despertó admirablemente la fe y la piedad en Quito durante el corto tiempo que presidió a esta Iglesia el Ilmo. Señor Yerovi, y que de entonces para acá y principalmente desde su preciosa muerte, se ha desarrollado el gran movimiento religioso que hoy es la vida de nuestra República. ¡Poder admirable el de una sola víctima! — sí, una sola basta para alcanzar del Cielo lo que tal vez no han logrado siglos de trabajo y lucha. Emulo el Señor Yerovi de las virtudes, principalmente de la austera penitencia, de nuestra tierna heroína Mariana de Jesús, lo fue también de su abnegada muerte. ¿Quién podrá explicar el misterioso influjo que esta ínclita virgen está llamada a ejercer en los destinos de nuestra amada Patria? ¿No parece que su espíritu es el molde en que deben fundirse los verdaderamnte grandes genios de la República?

Preparado de esta manera el campo, llegó por fin el tiempo en que había de consagrarse públicamente el Ecuador al Corazón Sacratísimo de Jesús. Este acto, por el cual ofreciéndose nuestra República en víctima al soberano Señor de todas las cosas iba a hacer la profesión más solemne de su fe en la soberanía social de Nuestro Señor Jesucristo, debía en los planes de la divina Providencia ir precedido de otra grandiosa manifestación de las creencias católicas de nuestro Gobierno. Esta divina soberanía social tiene su realización práctica en el mundo, en el ejercicio de ese sagrado derecho que se conoce con el nombre de *Dominio temporal del Papa,* quien, como primer representante en la tierra y Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, lleva sobre su frente la triple corona de Padre, Pontífice y Rey. Pero de estas tres dignidades la última sobre todo es intolerable para el or-

gullo satánico de la Revolución, la que por lo mismo se ha ensañado contra ella hasta poner bajo sus plantas sacrílegas el cetro paternal del más dulce de los reyes. Al consumarse la impía usurpación de los Estados Pontificios, todas las naciones del mundo sellaron sus labios con el cobarde silencio de la incredulidad o la indiferencia. Pero, en medio de este aterrador silencio que pregonaba la universal apostasía de los Gobiernos, se alzó una voz, no poderosa, pero indignada, que rompió ese inicuo silencio con una solemne protesta; y esa fue la voz de la humilde Nación ecuatoriana. En seguida y como en premio de acción tan generosa, el Cielo le concedió la gracia de que fuese ella la primera entre todas las naciones que se consagrase pública y oficialmente al Corazón Sacratísimo de Jesús. Hablando de esta resolución, en su magnífica obra *De Rationibus Festorum,* dice el sabio Padre Nilles: *Ipsum hoc nostra aetate in suo genere plane singulare Decretum et memoria dignissimun et omnibus sanctissimo huic cultui addictis peraccommodum.*

Pero no bastaba aún esto para que el Ecuador pudiese en verdad llamarse la República del Corazón Sacratísimo; pues la criatura puede en verdad ofrecerse al Señor como víctima, mas sólo a Dios toca el aceptar o no esta oblación. ¿Y podremos decir que ha aceptado el Cielo la consagración del Ecuador al Corazón divino de Jesús?... Un hecho magnífico y elocuente nos permite suponer que sí. Este hecho es la inmolación casi simultánea de las dos autoridades eclesiástica y civil de la República que hicieron de ella esta consagración solemne. Cuatro años sólo habían transcurrido desde este acto memorable, cuando el sacrificio ofrecido estaba ya consumado. Tomando estos acontecimientos por señal de irremediable desventura, decían entonces los impíos mofándose de nosotros: ¡He aquí cuál ha sido en breve el premio que el Ecuador ha recibido de su consagración al Corazón de Jesús! ¡Necios! no comprendían que, al ejercer el infame oficio de sicarios, contribuían ellos mismos sin saberlo a afirmar, no a destruir, los efectos de esta consagración!

Dos hombres se hallaban po rentonces a la cabeza de los destinos de la Patria: el Ilmo. Señor Checa y el ínclito García Moreno; dotados ambos de hermosas prendas, aunque en órdenes distintos. El primero dulce, tranquilo y apacible con la sencillez y la mansedumbre de la paloma, presidía a la Iglesia ecuatoriana, y entre otros títulos de gloria tiene el notabilísimo de haber sido el primero en fundar un seminario netamente tridentino, poniendo con esto sólo la más segura base para una refor ma estable de nuestro clero. El segundo, hijo de las tempestades, desde la primera magistratura de la República daba a ésta el impulso del rayo, hasta lograr arrancarla de las proximidades del sepulcro e infundir en sus exhaustas venas la sangre ardiente de vigorosa juventud. ¿Qué podemos decir de García Moreno, después que el mundo católico todo le ha dado ya un lugar indisputable en los fastos gloriosos del presente siglo? Sólo añadiremos una reflexión que nos parece clave de la historia de este grande genio, y es que lo más hermoso de su destino providencial está en ser una *víctima!*

Dios, que eligió a este hombre extraordinario para que, en medio de la apostasía universal, de los gobiernos, diese al mundo el más heroico ejemplo de fe cristiana consagrando todo un pueblo al Corazón Sacratísimo del Salvador, le adornó también con las cualidades necesarias para llenar cumplidamente misión tan grandiosa, poniendo principalmente en su alma el *amor y la sed del sacrificio*. Cosa notable, en efecto: ese carácter indomable, ese corazón impetuoso ardía en la sed del sacrificio; de aquí ese como desprecio de la vida, ese valor que no conocía peligros, esa serenidad jamás intimidada ni a vista mismo del puñal de los sicarios. García Moreno, Presidente de la Patria de Mariana de Jesús, alimentado frecuentemente con la sagrada Hostia de nuestros altares, sobrada razón tenía para desafiar todos los temores; pues podía él dar la respuesta que aquel soldado francés a quien, en uno de los combates del sitio de Sebastopol, se le preguntó cómo había podido adelantarse tan adentro en la pelea: "Es, contestó el valiente, porque hoy he comulgado". De este mismo origen pro-

cedía también en nuestro héroe ese amor nunca desmentido al sacrificio, que le hacía prorrumpir diariamente en palabras del más fogoso entusiasmo. Hablándole en una ocasión de los peligros que amenazaban a la fe del Ecuador, y que tal vez pronto sería rota en él la unidad religiosa: "Eso no será jamás, repuso; pues, para esto, de-"rramaré yo antes toda la sangre de mis venas"! Cuando se le encargaba que cuidase algo más de la seguridad de su persona contra las tentativas de asesinato que urgían constantemente sobre su cabeza: "No, respondía: Dios cuidará de mí mientras le pueda servir con mi vida; cuando no, aunque sea un niño me matará... Pueden matarme los enemigos de Dios y de la Iglesia; pero Dios no muere!" En estos mismos sentimientos abundan hasta sus comunicaciones privadas; en una de ellas, dirigida desde Guayaquil a un caballero de la Capital en 1867, le decía: "Mucho habrá que luchar en favor de la Religión y de la Patria; pero no importa. Cumpliré mi deber defendiéndolas hasta morir, aunque quede solo luchando por ellas".

Muy pronto debía ser satisfecha hasta la hartura esta sed de sacrificio. Las sociedades secretas de muchas naciones de Europa y América se conjuraron contra el Ecuador y su católico Presidente. Un misionero de esta República, hallándose no hace mucho en París, en una de sus más famosas librerías, tomó por acaso un libro que encontró ser una publicación francmasónica en que se trataba del Ecuador, y en ella leyó estas palabras: García Moreno fue condenado a muerte por las Logias, el día en que cargó la Cruz en una procesión solemne de Quito". ¡Ved aquí su crimen!... Haber levantado sobre sus hombros esa Cruz exaltada en otro tiempo por el emperador Heraclio, y hoy pisoteada por los tribunos y los reyes! ¡Haber agotado sus esfuerzos para dar por su parte cuanto lustre le fue posible a nuestra santa y adorable Religión!

García Moreno supo de antemano esta bárbara y criminal sentencia y la aceptó. Desde entonces no huía su inmolación sino que en cierta manera hasta la busca-

ba. He aquí, si no, la carta que escribió a Nuestro Santísimo Padre Pío IX, pidiéndole su paternal bendición y encomendándose a sus eficaces oraciones: "Hoy que las logias de los Estados vecinos, movidas por las de Alemania, vomitan contra mí toda suerte de atroces injurias y de horribles calumnias, y se busca en secreto el medio de asesinarme, necesito de la protección divina a fin de vivir y morir por la defensa de nuestra santa religión y de este amado pueblo que Dios me ha llamado a gobernar. ¡Qué dicha para mí, Santísimo Padre, ser detestado y calumniado por amor de nuestro Divino Redentor! *¡Y cuán grande sería mi felicidad si vuestra bendición me alcanzara del Cielo la gracia de derramar mi sangre por Aquel que, siendo Dios, quiso derramarla por nosotros en la Cruz!"* Luego escuchó el cielo estos ardorosos votos, y el 6 de agosto de 1875 una nueva e ilustre víctima era inmolada en los atrios del Palacio presidencial de Quito. Al saberlo, las logias todas del mundo batieron palmas, y traicionando a sí mismas su secreto declararon muy alto el motivo de esta inmolación; más explícitos que otros, los periódicos sectarios de España celebraron este crimen, calificando en son de burla al finado, de *víctima del Corazón de Jesús*, aludiendo a la consagración que de nuestro pueblo le hiciera (1). En esto halláronse de acuerdo los buenos con los malos; pues, al par de las logias, la imponente voz de Pío IX manifestó también que García Moreno *había caído bajo el hierro de los sectarios, víctima de su fe y de su caridad cristiana para con la patria*.

No habían transcurrido aún dos años completos, cuando el 30 de marzo de 1877 otra víctima merecedora de inmortal recuerdo, el Ilmo. Señor Checa caía también herido de muerte, abrevado con el veneno de las logias en el altar mismo en que celebraba las augustas ceremonias del culto.

Cuatro años no completos habían transcurrido des-

(1) Véase el número de octubre de 1885 de "El Mensajero del Sagrado Corazón" de Bilbao.

de que el Ecuador se hubo consagrado al Corazón divino de Jesús, y las manos que sellaron ese decreto descansaban ya con palmas triunfales en el sepulcro. Pero, ¡cuántas misteriosas coincidencias, qué grandiosa solemnidad y hasta dramático aparato en la inmolación de estas dos víctimas! El día, el lugar, la manera, todo parece escogido y dispuesto de antemano por un poder superior para dar solemnidad imponente y casi religiosa a estos dos memorables sacrificios. Ambos tienen lugar en la Capital de la República, a pocos pasos el uno del otro, ante numeroso concurso, a plena luz meridiana, en el centro mismo de Quito. ¿No nos hace ver todo esto que era el sacrificio mismo de la República el que, en la inmolación de sus dos principales magistrados, se efectuaba entonces en tan decisivos momentos? ¡Oh qué hermoso espectáculo! no sólo para los hombres, sino hasta para los ángeles: la Iglesia y el Estado ecuatorianos, abrazándose, como en otro tiempo los mártires en el circo, al pie mismo del altar del sacrificio!

Veamos ahora cómo acontecieron esas dos muertes. La del magistrado civil ocurrió el 6 de agosto, primer viernes del mes y fiesta de la Transfiguración gloriosa del Señor; fiel a su costumbre de honor en tales días con una comunión al Corazón Sacratísimo de Jesús, acércase por la mañana a la mesa eucarística y aliméntase en ella del Vino de los fuertes y el Pan de los mártires; ignoraba que esa comunión era su viático. Poco después de mediodía, dirígese a la plaza mayor llevando el mensaje que había de presentar en las próximas Cámaras Legislativas, testamento elocuente que muy luego iba a ser sellado con la sangre de sus venas, en el cual atribuye a Dios todos los beneficios de su administración política, y pide a su Patria le perdone los yerros involuntarios con que acaso le hubiese ofendido. Llegado al atrio del Palacio presidencial, cércanle sus asesinos, hiérenle de muerte, y no le abandonan sino cuando le creen ya un cadáver. Pero el valiente soldado de la Iglesia no debía morir sino a la sombra de esta amorosa madre. Moribundo ya y casi exánime, es llevado a la Catedral,

pasa por última vez delante del trono de amor de la sagrada Eucaristía, y como en lecho postrero de descanso es tendido en el templo, junto a los altares y a los pies de una devota imagen de la Madre del sacrificio, nuestra Señora de los Dolores; allí perdona a sus enemigos, recibe los últimos sacramentos y muere. Pero muere estrechando con un lazo de sangre el templo y el palacio; y muere empapando en ella las baldosas del santuario.

Análoga a ésta y como ella igualmente preciosa fue también la muerte del Pontífice. Principió la secta por conminar su inicua sentencia a todo el ilustre Episcopado ecuatoriano en un libelo infame titulado *Carta a los Obispos*; luego sus tiros más envenenados fueron dirigidos contra aquel que era la cabeza entre ellos. El Ilmo. Señor Checa, como que presentía ya su sacrificio próximo, preparóse a él con algunas semanas de retiro y soledad. Retemplado varonilmente su espíritu, presentóse luego a la lid, valiente y denodado, hasta el punto de concitar contra sí todas las iras de la secta. Llega el Viernes Santo de 1877, y mientras el venerable Prelado celebra las augustas ceremonias de aquel solemne día, manos sacrílegas y audaces derraman el tósigo en el vino del altar. A poco su intento criminal se mira satisfecho: el inocente Pontífice se ha envenenado a sí mismo bebiendo como el divino Maestro en el Gólgota la amargura de la hiel en el vino del sacrificio. Al concluirse las sagradas ceremonias, el Príncipe de la Iglesia ecuatoriana se halla ya herido de muerte, trasládase a su Palacio, y después de inútiles esfuerzos de la ciencia, expira también perdonando a sus verdugos.

De esta manera perfeccionaron su amargo pero glorioso sacrificio los dos principales representantes de la Iglesia y el Gobierno ecuatorianos en la consagración solemne de nuestra República al Corazón Sacratísimo de Jesús. ¡Cuántos misteriosos contrastes y raras coincidencias en estas dos preciosas muertes! El uno recibe el golpe fatal en su palacio y expira en la iglesia; el otro es herido de muerte en la iglesia y expira en su palacio. A cada cual le sorprende la muerte en su puesto, en el

pleno ejercicio de sus funciones. Al uno se le arranca la vida con el sangriento acero, al otro con un cáliz de veneno. Muere el uno en la fiesta del Tabor, el otro en el día del Calvario. Ambos atraviesan moribundos la plaza, y se encuentran como en un punto de cita a la sombra del msimo santo techo, cerca de un mismo altar; y dejan en cierta manera consagrados con su muerte la plaza, el templo y los palacios. Según todos los datos que nos da una crítica imparcial, el Jefe de la República fue asesinado en odio a la cristiana magistratura, y en menosprecio del sacerdocio católico el primer Príncipe de la Iglesia ecuatoriana.

Dícese que vísperas del asesinato del Ilmo. Checa dijo alguien que estaba en los secretos de las logias: mañana se pondrá en Quito la piedra del templo de la masonería. ¡Infelices! Púsose es verdad entonces una piedra más en el templo, pero no de las logias, sino del Sagrado Corazón. Ignoran cuánto alcanza el poder de una víctima: lo creían perdido todo, y entonces precisamente estaba ya salvado todo.

He aquí los cimientos en que reposa y las piedras con que va a edificarse la República del Sagrado Corazón. ¿Serán éstas las últimas víctimas?... No lo creemos. No está aún envainado el puñal de las sectas; y por otra parte esperamos que la tierra empapada en la heroica sangre de Mariana de Jesús ha de ser siempre fecunda en azucenas de pureza y en palmas de martirio. Sangre de víctimas ha de ser el riego con que se nutra, vigorice y prospere la Nación que como una hostia se ha consagrado al Altísimo.

Como en los últimos días de García Moreno, la prensa sectaria de Europa y América vomita hoy diariamente atroces injurias y calumnias horribles contra la inofensiva República del Ecuador, no pueden tolerar que exista en el mundo ni un solo Gobierno netamente católico. Dícese que, hoy como entonces, las logias de una gran nación europea han resuelto ya *aniquilar el catolicismo en el Ecuador!*... Indicio bastante claro de ello es el almanaque fracmasónico de 85 que confesaba con despe-

cho y en son de amenaza *que el único Estado del mundo en que hasta ahora no había podido organizarse la Francmasonería* era el Ecuador; ni lo podrá jamás mientras continúe él siendo la *República del Corazón Sacratísimo. Si Deus nobiscum, quis contra nos?* Triunfe en mala hora Satanás sobre los tronos y los imperios, sumerja al mundo todo en el fango de la idolatría; éstos serán sus últimos triunfos, porque el reinado del Sagrado Corazón ha llegado ya. *Nunc judicium est mundi, nunc princeps hujus mundi ejicietur foras!* Pasó ya el diluvio de la revolución, y descienden más y más sus aguas cenagosas; clarea la aurora de un mundo nuevo, y las altas y nevadas cimas del Ecuador son hoy el Ararat en que descansa ya el arca santa de la fe. Aúnen todas las sociedades secretas sus infernales esfuerzos contra la más débil de las naciones, la inerme República del Ecuador: ¿qué alcanzarán con todo esto si el Corazón Sacratísimo de Jesús está en nuestra defensa?

Lo que decimos, no es un temor vano sino la realidad misma comprobada con hechos. ¿Cuál es entre nosotros la causa motora de nuestras continuas revoluciones? Digámoslo resueltamente: en la mayor parte de ellas, el impulso invisible pero certero parte de ordinario del fondo de los abismos. Lo que en los temblores de tierra, nos ocurre también en los políticos. Los que no conocen las profundidades de Satanás, *qui non cognoverun altitudines Satanae,* buscan el remedio a tantos males en la inútil multiplicación de leyes; pero los que las columbran y comprenden, saben que el remedio está en quebrantar los anillos del dragón que tiene escritos en su frente nombres de blasfemia; y la única arma que alcanza victorias sobre la bestia es la Cruz. Las logias explotan nuestras divisiones políticas, compran el veneno del sacrilegio y el puñal de los asesinos, tienen asalariada una prensa exótica y corruptora, y no pocas veces derraman entre nosotros sus pestíferos libros, corruptor dinero y apóstoles impíos; y tan maestras son e invisibles sus redes que logran prender en ellas a no pocos católicos incautos que, sin saberlo ellos mismos y creyendo servir a un partido, no son más que el instrumento ciego de la secta.

Si, pues, tan vigilantes son para perdernos los hijos de las tinieblas, ¿por qué duermen y nos abandonan los hijos de la luz? ¡Oh! si para salvarnos hicieran los católicos de Europa y América la mitad de los esfuerzos que en nuestra perdición emplean las sociedades secretas de los dos Continentes, hallaríase ya el Ecuador en las cumbres del progreso. ¿No interesa acaso a la gloria de la religión que, en medio de la apostasía universal de todos los gobiernos, haya siquiera uno en la tierra francamente cristiano y católico? Hablando de la consagración de nuestra República al Corazón Sacratísimo de Jesús, ha dicho Mr. E. de Villedieu en su inspirada obra *Chants de Rénovation:* "Desde los tiempos bíblicos se encontrará apenas un ejemplo de una consagración religiosa tan explícita y tan solemne de todo un pueblo, hecha por el poder público": necesario es por lo mismo adunar nuestros afanes para que esta consagración sea permanente, efectiva y práctica.

Pero no podremos llamarnos práctica y verdaderamente la *República del Sagrado Corazón*, sino cuando la fecunda savia de la vida cristiana, que tiene su fuente en ese Corazón divino, desarrolle y nutra hasta la última fibra de nuestro cuerpo social. Para esto es indispensable que la Iglesia y el Estado, los seculares y el clero, las órdenes religiosas con sus variados fines, los seminarios y las universidades, las sociedades católicas y la prensa; en suma, todos los poderes y todas las corporaciones se acerquen a ese Corazón Sagrado, beban en él esos torrentes de vida divina de que es la fuente, y luego los derramen sobre la sociedad entera en las múltiples manifestaciones de la civilización cristiana. Cuando los institutos religiosos docentes de uno y otro sexo se hayan esparcido por todo nuestro territorio y hayan hecho llegar su acción hasta la más remota de nuestras aldeas, cuando los misioneros vuelvan a ocupar su lugar abandonado en las selvas del Oriente, cuando pastores celosos lleven el Pan Eucarístico hasta la choza del último de nuestros indios...; entonces, y sólo entonces, podremos llamarnos con toda verdad la República del Sagrado Corazón. Pero ¡ay! que situación tan dichosa no

es todavía para nosotros más que un ideal halagüeño. ¡Cuántas residencias sin misioneros, cuántas parroquias sin pastores, cuántas escuelas sin maestros y cuántas diócesis sin clero! Acaban de resonar en Europa y hasta en América las sentidísimas quejas del Ilmo. Prelado de Manabí; las mismas quejas que ahogó la muerte en labios del ínclito Yerovi: *Parvuli petiernut panem et non erat qui frangerit eis!... La mies es mucha y los operarios pocos!...* ¿Y cuál es el remedio? — "Pedir al Señor con vehemencia y confianza que nos dé sacerdotes y sacerdotes buenos, sea llamando al estado eclesiástico a los jóvenes virtuosos del país, o sea trayéndonos operarios de cualquier parte". Estas palabras que leemos en la última carta pastoral del Ilmo. Yerovi son tristemente aplicables todavía a las circunstancias actuales de la mayor parte de la República. Hoy que va ésta a renovar por segunda vez su consagración solemne al Corazón Sacratísimo de Jesús en el *Congreso Eucarístico,* que se celebra con ocasión del Centenario del 21 de junio, debemos más que nunca levantar al Cielo esta oración *vehemente y confiada,* para que se arraigue cada vez más la fe de nuestros católicos gobiernos, se afirme y robustezca la armonía entre la Iglesia y el Estado, y se aumente el número de operarios evangélicos que trabajen incansables en esta preciosa viña del Señor.

Para alcanzar tamaños bienes, ¿serán menester aún nuevas víctimas? ¡Dios lo sabe! Mas, ¡feliz la República del Sagrado Corazón, si logra convertirse en templo en que continuamente se inmolen víctimas a la gloria del Altísimo! Hasta la naturaleza física de nuestro territorio parece hablarnos de oración y sacrificio. Las gigantescas cimas de nuestra cordillera que balancean en lo más alto de los aires sus guirnaldas de bosques, y levantan a los cielos sus plateados domos de perpetua nieve iluminados siempre con sendas lámparas de inextinguibles volcanes, ¿no parece que forman adrede, en el centro de vida del globo, en el Corazón del mundo, hermosísimo altar para que en él se ofrezcan incesantemente víctimas al Señor? El Corazón Sacratísimo de Jesús que se ha escogido a nuestra República humilde para mora-

da predilecta suya, la ha dispuesto de antemano hasta en su magnificencia física a semejanza de un templo y a manera de un altar; y altar y templo debe efectivamente ser el Ecuador para que pueda llamarse con verdad la *República* del Sagrado Corazón. Pues ¿cuál es su nombre propio sino *Corazón víctima de amor, — Cor amoris victima!* ¿Y no es en la sagrada Eucaristía donde reside entre nosotros esta sagrada víctima?

Por esto el culto eucarístico es el culto propio de la República del Sagrado Corazón. ¿Y dónde, si no en este sacramento de caridad, ha de beber ella esta vida de sacrificio y abnegación que debe ser su distintivo especial? Cumpla, pues, el Ecuador con fidelidad inquebrantable la grandiosa misión que le ha señalado la Providencia, y asegurará los hermosos destinos que le reserva el porvenir. No se avergüence nunca de doblar sus rodillas ante el Dios de la Eucaristía, levante bien alto la bandera gloriosa de la fe cristiana y tenga siempre a honra singular proclamarse, a la faz del mundo incrédulo la *República del Sagrado Corazón*.

LA REPUBLICA.. Tomo III: XX, (VI. 1886), págs. 7-31.

EL PACTO DE QUITO O SEA LA CONSAGRACION NACIONAL DEL ECUADOR AL CORAZON SANTISIMO DE JESUS.

I

La filosofía atea e irracional del siglo pasado, en su afán de materializarlo todo, llegó a decir que la sociedad humana era obra del acaso, pues traía su origen de una convención imaginaria y contradictoria que se dio en llamar con el nombre de *Pacto social*. Pero si Dios permite la negación de una verdad, es para que brille ésta después con nuevo y más vívido fulgor, a la manera que la luz del naciente sol se nos presenta más hermosa después de las tinieblas de la noche, que si gozáramos siempre de ella sin nubes y sin ocaso. Hoy a las afirmaciones de la fe han venido a añadirse las demostraciones de la razón y la historia, que de consuno nos enseñan ser Dios el único criador así de las sociedades como de los individuos. En vez de hallar el hacha demoledora del materialista y del ateo como base de las naciones, encontramos siempre la piedra consagrada de un altar como origen de sus cimientos y quicio fundamental sobre el que se levantan los pueblos todos de lo presente y de lo pasado.

La Sabiduría infinita que nada ha hecho sino con número, peso y medida; que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza y hasta los instantes que ha de durar la vida del infusorio, no podía haber abandonado con desdén la obra más portentosa de su divina diestra, cual es la existencia y desarrollo de los pueblos. Al contrario, en nada se ostenta con tanto resplandor la magnificencia del Altísimo como en la formación de las naciones, y en el curso providencial que cada una de ellas sigue al través de los siglos hasta alcanzar el destino y cumplir la vocación que el dedo de su Hacedor ha señalado a cada una en el gran cuadro de la historia. Lo que hallamos uniformemente en el origen de todos los pueblos, y aún en el de las grandes épocas de la humanidad, es siempre un acto extraordinario de fe o algún sacrificio heroico en

recompensa del cual Dios saca de entre las sombras del caos y los abismos de la nada a una familia o a un pueblo a quien constituye por tronco de una raza y germen de naciones.

La base de todas las relaciones entre la criatura y el Criador es siempre el sacrificio, esto es, la donación completa y voluntaria que la primera hace de todo cuanto tiene a su Dios. Pues, aunque todos los seres, por el hecho mismo de su creación, pertenecen ya a Dios, sin embargo las criaturas racionales hallándose dotadas de libertad, pueden si quieren, aunque criminalmente desconocer esta necesaria dependencia, y romper así el dulce y amoroso lazo que las liga a su Criador. Por esto Dios mismo no se complace tanto en la primera formación de aquellas criaturas, como en el reconocimiento libre y espontáneo con que ellas tornan a acogerse al bondadosísimo y paternal seno de que acaban de nacer. *Initium aliquod creaturae* es llamado el hombre en la Sagrada Escritura, en cuanto depende de su libertad y fiel cooperación a los dones del Cielo la segunda formación complementaria de su ser. El individuo, como también la sociedad, reciben de Dios en su creación el ser y los elementos indispensables de la vida; pero no alcanzarán su perfección final sino por sus propios esfuerzos auxiliados, es cierto, con la virtud de lo alto. Y mientras más generosa es la criatura en ese primer sacrificio con que se entrega agradecida en manos de su Criador, más abundantes son las gracias y más grandes los destinos que le prodiga en recompensa. Este cambio mutuo de sacrificios y recompensas se nos presenta en los libros santos bajo la forma de un pacto o de una alianza. La religión misma, este lazo doble que nos ata con el divino principio de que procedemos, ¿qué otra cosa es sino una alianza entre Dios y los hombres? ¿Y qué otra cosa es el pecado sino una infracción de esta alianza divina, y este pacto sempiterno? Cuando el Señor se queja de su pueblo lo que le echa a la cara es la violación de su pacto. *Peccavit Israel, praevaricatus est pactum meum. Pactum meum irritum fecit.*

Dios celebró al principio este pacto con la humani-

dad entera cuando dijo a Adán: "Come si quieres del fruto de todos los árboles del paraíso; sé dueño y señor absoluto de él, pero con una condición, y es que has de ofrecer un sacrificio al inefable dominio e infinita soberanía que a mí me corresponde sobre todos los seres: así pues, del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque en cualquier día que comieres de él infaliblemente morirás". El hombre pecó, y el pecado original no es otra cosa que la marca de ignominia que ese divino pacto hecho cenizas ha impreso en nuestras frentes. Pero la Misericordia infinita burlada, mas no vencida por el pecado, en el momento mismo de maldecir al hombre por su perfidia, le promete un Salvador que rehabilitará su linaje, y esta divina promesa de la Redención quedó como base de la religión a cuya sombra vivió el mundo por el espacio de dos mil años.

Cuando Dios airado en gran manera por la corrupción universal resolvió borrar al hombre de la faz de la tierra, acordóse de la promesa que había hecho a Adán y salvó a una familia, con la cual sobre las recientes ruinas del diluvio celebró un nuevo pacto. Al prescribir a Noé que fabricase el arca le había dicho el Señor: *Ecce ego adducam aquas diluvii super terram... universa quae in tera sunt consumentur, ponamque foedus meum tecum*. He aquí que voy a inundar la tierra con un diluvio de aguas; mas contigo yo estableceré mi alianza; y la estableció en efecto, cuando el patriarca hubo ofrecido a Dios un holocausto sobre el primer altar que se elevó en la tierra purificada por las aguas del diluvio. El iris riente que cual guirnalda de flores dibuja el sol en las nubes es la señal de esa alianza. He aquí cómo Dios ha establecido a la humanidad sobre la tierra: con un pacto, con un altar, con un sacrificio. Veamos ahora cómo se ha formado el Señor un pueblo separándolo del haz de las naciones.

Un altar, un sacrificio, un pacto forman el origen de aquel pueblo que había de llamarse el escogido. Manda Dios a Abraham que inmole al hijo de la promesa sobre la cumbre de una montaña. El patriarca obedece, pero Dios le contiene el brazo armado con la cuchilla del sa-

crificio, y le hace en recompensa este magnífico juramento: "Por mí mismo he jurado, dice el Señor, que en vista de que has hecho esta acción, y no has perdonado a tu hijo único por amor de mí, yo te llenaré de bendiciones, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la orilla del mar; tu posteridad poseerá las ciudades de sus enemigos, y en un descendiente tuyo serán benditas todas las naciones de la tierra, porque has obedecido a mi voz". Pacto que renovó el Altísimo con Isaac y Jacob, y luego por medio de Moisés con todas las doce tribus.

Aparte de esta alianza celebrada con todo el pueblo, se establecieron también otras dos con las familias principales de Israel, destinadas a ser como dos candelabros en la casa del Señor. La primera es la que el profeta Malaquías llama el *Pacto de Leví, Pactum Levi;* a cuya tribu en recompensa del celo que empleó en castigar la adoración del beccero de oro al pie del Sinaí atribuyó Dios el sacerdocio. Por esto Moisés asigna como fundamento de las grandezas de esta tribu el siguiente: "Estos, Señor, cumplieron tus mandamientos y guardaron inviolable tu pacto; cuando estés irritado ellos te ofrecerán incienso y holocausto sobre tu altar. *Hi pactum tuum servaverunt... Ponent thymiama in furore tuo, et holocaustum super altare tuum.*

Después de la familia sacerdotal viene la familia real cuyos grandiosos destinos se deben también a las promesas repetidas hechas por Dios a esta casa, en virtud del pacto celebrado con David, tronco elegido de los reyes de Judá. El Salmo 131 expone los fundamentos sobre los que descansa ese pacto. David mereció las bendiciones del Señor, porque: "Juró e hizo voto al Dios de Jacob, diciendo: No me meteré yo al abrigo de mi casa: no subiré a reposar en mi lecho: no pegaré mis ojos, ni cerraré mis párpados, ni reclinaré mis sienes hasta que tenga una habitación para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob". He aquí ahora las magníficas recompensas que el Señor le promete por su celo: "Juró el Señor esta promesa que no retractará: Colocaré so-

bre tu trono a tu descendencia. Con tal que tus hijos sean fieles a mi alianza, *si custodierint filii tui testamentum meum,* y a los preceptos que yo les enseñaré, aun los hijos de éstos ocuparán tu trono para siempre. Porque el Señor ha escogido para sí a Sión, la ha elegido para habitación suya, diciendo: Este es para siempre el lugar de mi reposo: aquí habitaré porque este es el sitio que me he escogido". En todas estas alianzas del Señor, vemos siempre que intervienen como fundamento, de las bendiciones del Cielo un altar y un sacrificio, porque el sacrificio es la única base de las relaciones de la criatura con el Criador.

Pero el altar y los sacrificios de la antigua alianza quedaron terminados el día en que, llegada la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios, el deseado de los collados eternos, celebró con todas las naciones de la tierra representadas por sus doce apóstoles este nuevo y magnífico Pacto: "Tomó Jesús el pan y lo bendijo, y partió, y diósele a sus discípulos diciendo: Tomad y comed: éste es mi cuerpo. Y tomando el cáliz dio gracias y dióselo diciendo: Bebed todos de él. Porque es mi sangre que será el sello del nuevo testamento, la cual será derramada por muchos para remisión de los pecados".

Hablando de este pasaje evangélico, dice Cornelio a Lápide; "Cristo no en la cruz, sino más bien en la última cena al instituir la Eucaristía celebró y selló su testamento y alianza con la Iglesia. Pues hallábanse presentes ahí todos los apóstoles que hacían de personeros de la Iglesia y la representaban: Cristo estaba libre aunque próximo a la muerte, y había víctima y sangre con la cual suelen sellarse las alianzas".

Desde entonces las naciones tanto como los individuos si quieren entrar en el seno de la Iglesia y hacerse participantes de los grandiosos y eternos destinos que a ésta le han sido señalados deben también comer de ese Cuerpo y beber de esa Sangre, y entrar así en el pacto de la nueva Alianza. El cristianismo es la clave que descifra el enigma de la historia universal. Todas

las naciones son propiedad de Cristo, son herencia suya, oíd si no lo que El mismo dice por boca de sus profetas: "A mí me dijo el Señor: Tú eres mi Hijo: Yo te engendré hoy. Pídeme y te daré las naciones en herencia tuya, y extenderé tu dominio hasta los extremos de la tierra". La vocación de las naciones en último término es y ha sido siempre glorificar a Cristo: antes de su venida preparándole el camino, y después de ella propagando su reinado en el mundo. El ingreso de una nación en el seno de la Iglesia Católica entraña por lo mismo la ratificación por su parte del Pacto divino de la nueva Alianza. El día que un pueblo se sienta a la Mesa eucarística, y empapa sus labios en la Sangre del nuevo y eterno Testamento, aquel es el día en que queda sellado con él ese pacto, y entra en el perpetuo y solemne festín de la Comunión cristiana.

La víspera de catástrofes horrendas o el día de grandes cataclismos sociales, cuando parece que los pueblos van a hundirse en la nada de la que han salido, entonces al clamor de su voz arrepentida y suplicante se les presenta el Señor como el iris de bonanza sobre las ruinas del diluvio; arranca con omnipotente brazo a ese pueblo de las fauces del abismo, y dándole por segunda vez la vida establece con él un pacto y le hace entrar en el paraíso de la civilización cristiana. Todas las grandes naciones celebran como origen suyo alguna fecha célebre en la que un puñado de valientes, libertados milagrosamente del naufragio de su raza, o próximos a caer en él, han hecho a Dios un juramento solemne que, infundiendo nueva vida en ese pueblo, lo ha hecho saltar radiante del sepulcro. Este juramento es el verdadero pacto social y cristiano de las naciones. La Francia en Tolbiac, la España en Covadonga han celebrado con el Señor esos pactos fundamento de sus destinos y origen de sus grandezas.

Ved también aquí otro gran hecho semejante a los anteriores, y origen como ellos de otra nación célebre en los fastos de la historia. San Oswaldo, príncipe heredero de la monarquía de Northumbría, viendo a su pue-

blo agonizante ya, como presa infeliz de los victoriosos bretones, no vacila en emprender la reconquista de su país. Reúne en torno suyo una pequeña fuerza compuesta en gran parte de los príncipes de su linaje. La víspera del combate decisivo el joven guerrero planta él mismo con sus manos una gran cruz de madera en la altura que ocupaba junto a un fragmento de la antigua muralla romana levantada contra las invasiones de los Pictos. Esa era la vez primera que la cruz aparecía en el suelo de Bernicia. Ante ella se postran Oswaldo y sus compañeros, y oran al Señor de los ejércitos les conceda la victoria. Esa misma noche se le aparece en una hermosa visión el abad San Columbano, y dice al piadoso príncipe: "Al amanecer es preciso marchar al combate: he obtenido de Dios la victoria para ti; vencerás y reinarás". Al despertar de su misterioso sueño el príncipe refirió su visión a los guerreros anglosajones, paganos aún, que habían acudido a reunírsele, y todos le prometieron hacerse bautizar como él, que era ya cristiano, si salían vencedores del combate. La victoria efectivamente fue suya, y el pacto celebrado con el Altísimo en el *Campo del cielo* (que así se denominó desde entonces aquel paraje) dejó fundada para siempre la monarquía anglosajona.

Estas alianzas de la tierra con el cielo son las que forman el verdadero pacto social de los pueblos, la imperecedera constitución de las naciones, la cual no se ha de buscar en la frágil hoja que reduce a cenizas el primer disparo de una revolución, sino en las bases de granito sobre las que el Omnipotente asienta a los Estados predestinados a cumplir una grandiosa misión en la historia. De esta manera se han formado las más célebres naciones de la civilización cristiana, a todas las cuales ha asignado el Señor desde su origen la obra providencial que, desempeñada fielmente, había de serles corona de gloria, y descuidada, un estigma de baldón. ¡Felices los pueblos que cumplen exactamente los pactos que han celebrado con su Dios! ¡Ay de los ingratos, ay! de los pérfidos que en la cumbre de las prosperidades olvidan la bondadosa mano que les sacó de la nada, y

les hizo sentar en el regio trono de la verdad y del amor!

II

El gran crimen del siglo presente, que quedará en la historia como indeleble marca de oprobio, es la apostasía universal de las naciones. Formadas lentamente con ternura maternal por los cuidados de la Iglesia, al verse entronizadas en la cumbre de la civilización, con negra ingratitud han olvidado todas a su madre y protectora y se han conjurado pérfidas contra Dios y contra su Cristo. La sociedad como sociedad, los gobiernos como gobiernos han renegado, públicamente, del cristianismo, y han proclamado el ateísmo político por principio salvador de la nueva civilización. Los antiguos pactos celebrados por las naciones primitivas con Dios, todos han sido escandalosamente olvidados y pérfidamente rotos. Escuchad si no los gritos de dolor que de las ruinas hacinadas por la revolución se levantan al cielo. "Ahora ¡oh Dios mío, por qué debo hablar de defecciones! Mi corazón se oprime al pensar que la tierra cristiana ha llegado a convertirse en tierra de infieles, y país de la infidelidad. O pueblos de Europa, ¿por qué habéis roto con la Alianza? Cuando vosotros velábais sobre Jesucristo y su tabernáculo, ¿no velaba también Jesucristo desde el fondo de ese mismo tabernáculo sobre vosotros? Al declinar de este siglo XIX yo busco en torno del tabernáculo de la Alianza y de la Iglesia, busco a la Cristiandad o sea la guardia de las naciones; pero las naciones no guardan ya nada, la Cristiandad ha desaparecido (1).

Pero no, el cristianismo no desaparecerá sino cuando desaparezca el mundo, hundiéndose como bajel náufrago en las ondas de fuego del último diluvio; cuando el postrero de los sacerdotes levante la última hostia de sacrificio a las vislumbres pálidas del sol agonizante. Si el mundo ha de vivir aún, no temáis; mirad ahí en la

(1) Les nations fremissantes — par l'abbe Lemann.

mitad del cielo, sobre los pesados nubarrones de la tempestad brillando de nuevo el arco de la Alianza, el iris de la paz. El mismo Dios que en las cimas del Ararat y en las cumbres del Moniale ha celebrado esos antiguos pactos salvadores de la humanidad se presenta hoy en la mitad de la América, en las cumbres del Pichincha a firmar con las naciones el pacto que debe renovarlas. La pequeña República del Ecuado res esta vez el nuevo Israel, la nación elegida, pues ella entre todas ha sido la primera en acudir al divino llamamiento y establecer la Alianza única que puede preservar a los pueblos del diluvio de sangre de la Revolución.

El *Pacto de Quito*, tal es el nombre con que debe recordar la historia a las generaciones venideras el hecho de todo punto extraordinario y singular de la consagración nacional del Ecuador al Corazón Sacratísimo de Jesús, solemnemente verificada en el Congreso Eucarístico de aquella Capital; hecho que creemos es de grandísima importancia no sólo para nuestra República o para la América, sino para los intereses católicos de todo el mundo. No pertenecemos a aquella escuela que en vista de la persecución universal tramada contra la religión en estos tiempos, predice con la ruina próxima del orbe el triunfo definitivo de la impiedad; al contrario nos parece que nos hallamos en una de las épocas más gloriosas de la Iglesia, y así lo que vamos a presenciar en breve no es el triunfo de la impiedad sino la espléndida victoria de la Cruz sobre las cuatro partes del globo. La grandeza del mal preconiza lo eficaz y magnífico del remedio; el gran escándalo de este siglo ha sido la apostasía política de las naciones; pues el acontecimiento del siglo venidero será precisamente la conversión universal de los gobiernos. San Pablo nos ha revelado este misterio de la bondad divina cuando dice: *Conclusit enim Deus omnia in incredulitate: ut omnium misereatur*. ¡Oh! exclamaremos aquí con el Apóstol, ¡oh profundidad de los tesoros de la sabiduría, y de la ciencia de Dios: cuán incomprensibles son sus juicios, cuán inapelables sus caminos!

El curso del mundo, la naturaleza de las persecuciones que hoy se levantan contra la fe, los esfuerzos de la impiedad, el afán de las sociedades secretas, las invenciones modernas de la industria, el punto de batalla de las ciencias, y sobre todo las enseñanzas soberanas del Maestro infalible de la verdad, el Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, todo nos manifiesta que la cuestión vital de la que hoy pende la suerte del mundo es ésta: la *Soberanía social de Cristo y de su Iglesia*. Por consiguiente no lo dudemos, el acontecimiento extraordinario y magnífico que se prepara es éste: la sumisión de las naciones a Cristo Rey y a la Iglesia Reina. ¡Feliz el pueblo que se adelante a todos y sea el primero en tributar sus homenajes al Rey inmortal de los siglos! Una nueva flor va a abrirse en el árbol divino de la Redención, y es la manifestación solemne de la virtud omnipotente del cristianismo para la regeneración social de las naciones. Hasta ahora son los individuos como individuos los que han mojado sus labios sedientos en la vivífica Sangre del Calvario; hoy son las naciones como naciones las llamadas a sentarse en el festín eucarístico. Esperad un momento y veréis cómo a la dulce voz del Amigo del Lázaro saldrán de sus sepulcros naciones enteras envueltas aún en el sudario de la muerte. El mundo ayer cristiano hoy es incrédulo; no temáis: haced que ese incrédulo introduzca sus manos en la llaga amorosa del Corazón divino, y le veréis caer de rodillas ante los pies de Cristo clamando entre sollozos como el incrédulo Tomás: *¡Señor mío y Dios mío!*

Este espléndido triunfo de Cristo-Rey sobre todas las naciones ,no sólo es una esperanza, sino también un hecho que principia ya a realizarse. El grano de mostaza que luego se ha de convertir en el frondoso árbol del Reinado social de Cristo está sembrado ya: la tierra feliz que lo abriga en su seno es la República del Ecuador. Es otro mundo, un mundo enteramente nuevo el que se prepara para el porvenir. Hablando de la consagración de este país al divino Corazón de Jesús, ha dicho un notable escritor: "Desde los tiempos bíblicos se encontrará apenas ejemplo de una consagración tan explícita

y tan solemne de todo un pueblo hecha por el poder público" (1). Otro escritor igualmente notable observa que éste es un hecho tan grande y extraordinario que es difícil hallar otro análogo en la historia (2).

Creemos, en efecto, que el hecho singular de que nos ocupamos ha sido dispuesto adrede por la divina Providencia como la primera palabra del nuevo pacto que quiere el Altísimo celebrar con todas las naciones. Un estudio atento de la historia religiosa del Ecuador nos convencería de esta verdad; veamos hoy por lo menos algunos puntos culminantes de aquella.

Poco tiempo había transcurrido desde que por primera vez fue plantada la cruz en nuestro territorio; a la sombra benéfica de este árbol de vida principiaba ya a crecer vigorosa y lozana la nación que un día había de llamarse República del Ecuador, pero desgraciadamente la corrupción de costumbres llegó a concitar de tal suerte las cóleras del cielo que pudo temerse había la nación incipiente de ser sepultada en su cuna. Erase el año de 1645 cuando toda la antigua provincia de Quito se sintió sacudida por una serie de terribles temblores de tierra. Empezó el azote por la ciudad de Riobamba que fue sepultada entre escombros de inesperado terremoto. A estos males se añadió una pestilencia mortífera que amenazaba sembrar la desolación en todo el país. Pero entonces vivía sobre la tierra la ínclita Mariana de Jesús, que en un arranque de sublime heroísmo se ofreció en lugar de su Patria por víctima de la justicia irritada del Señor. "Dios mío, dijo la ilustre virgen, yo te ofrezco mi vida; salva a mi Patria". El Señor acepta este sacrificio: la víctima fue inmolada, y se salvó el Ecuador. Ese sublime pacto fue el verdadero origen de la nación ecuatoriana .El cielo mismo pareció manifestarlo así por un prodigio tan raro como hermoso. Pocos días después de la muerte de la insigne heroína, vióse con asombro que en medio de su huerto había brotado una azucena

(1) Mr. E. de Villedieu.

(2) Mr. le Vizc. de Maricourt.

que nadie había plantado, y al arrancarla se observó que la cándida flor se había formado de la sangre virginal de Mariana, derramada en sus rigurosísimas penitencias y depositadas ahí por permisión divina. Esa azucena era el símbolo del candor de la virgen, y hermoso emblema de la *República del Sagrado Corazón,* que andando el tiempo iba a brotar de esa sangre inocente y pura.

Dos siglos después, hallábase ya fundada esa República; pero ¡ay! desgraciadamente un nuevo terremoto amenazaba hundirla en los antros de la muerte. Terribles e incesantes revoluciones a manera de aciagos temblores sacudían inclementes la cuna de la recién nacida República. Pero en esto llega el venturoso año de mil ochocientos cincuenta, y Mariana de Jesús sube a los altares, desde donde renueva con el cielo el pacto por el que ofrendó su vida, y el Ecuador se salva.

A poco aparece en la escena política el ínclito García Moreno, fruto preciso de las oraciones de la Beata Mariana de Jesús; y él como primer magistrado de la República la consagra oficialmente al Sagrado Corazón, de acuerdo con todos los Prelados de la Iglesia ecuatoriana, que reunidos al efecto en el tercer Concilio provincial quitense habían sido ya los primeros en presentar esa ofrenda al Señor.

Pero, con todo, esa consagración no era todavía sino un acto oficial, hasta que el 21 de junio de mil ochocientos ochenta y seis, reunida toda la República ecuatoriana en Congreso Eucarístico ratificó la consagración oficial, y la perfeccionó haciéndola nacional, esto es, ofreciéndose la nación entera como si fuese un solo hombre al divino Corazón de Jesús. De esta manera quedó cerrado el pacto de Quito, esa sublime alianza de nuestra República con el cielo. Ese augusto pacto iniciado por una virgen, continuado por nuestros Pontífices, perfeccionado por nuestros magistrados, y consumado por la nación, lleva en sí todos los caracteres de los antiguos pactos bíblicos: vemos en efecto, intervenir en él, la promesa del pueblo por un lado, y la marcada protección del cielo por el otro; hallamos un altar y vemos la sangre

con que ha sido sellada cada una de las páginas de ese pacto. Después de la alianza de 1645, la inmolación de Mariana de Jesús; después de la consagración de la República al Sagrado Corazón, la muerte casi simultánea del primero de nuestros magistrados y del príncipe de nuestros Pontífices. Después del .Congreso Eucarístico... Dios lo sabe, pero si el Señor ha aceptado esta última oblación, no será ya una víctima individual sino social la que debe empapar en su sangre el ara del sacrificio!...

III

¿Quién podrá dudar en vista de esta serie de hechos, dispuestos amorosamente por la divina Providencia, que el Ecuador ha sido elegido en verdad para ser la República del Sagrado Corazón? Sea fiel este venturoso país a la altísima misión que le ha confiado el cielo, y el Señor hará con él cosas tan grandes y maravillosas que todas las naciones se vean obligadas a confesar que Jesucristo es verdadero Hijo de Dios y el único Salvador del mundo.

"¡Viva el Sagrado Corazón de Jesús, Soberano Señor de la República del Ecuador. Juro fidelidad eterna a su reinado social!". Este grito solemne lanzado por toda la nación en el Congreso Eucarístico de Quito es como el sello de la alianza celebrada entre el Corazón Sacratísimo de Jesús, y la República del Ecuador. Sea, pues, ésta, exacta en cumplir las santas obligaciones que ha contraído con el Soberano Señor de todos los pueblos, y alcanzará del cielo gracias tan singulares y portentosas que muy pronto vendrá a ser el Ecuador la envidia de las demás naciones. Dios es fiel, su palabra es eterna, el cielo y la tierra pasarán antes que dejar de cumplir una sola tilde de sus inquebrantables promesas. La suerte de este dicho país está ya asegurada por el lado del cielo, pero, ¿lo estará igualmente por el lado de la tierra?... ¿Será el Ecuador fiel a sus pactos celebrados con el Altísimo?

Dos son las obligaciones que para ello debe cum-

plir esta nación. La primera es preservarse a sí misma de la pérdida de la fe y de la corrupción de costumbres, pues, sólo a condición de ser siempre una azucena de pureza tendrá derecho a llamarse la República del Sagrado Corazón. La segunda de sus obligaciones es el apostolado de la devoción social a este Corazón divino; por que es ley invariable tanto para los individuos como para los pueblos, que las gracias que el Señor nos concede se las hemos de devolver multiplicadas. La semilla que no se siembra se pierde, el talento con que no se negocia se nos quita.

Estas sagradas obligaciones que entraña en sí el *Pacto de Quito* son forzosas, primero para el episcopado y el clero ecuatorianos que, a semejanza de la familia sacerdotal de Leví en el antiguo Testamento, han de ser los custodios de la Alianza celebrada con el Corazón divino. Son forzosas, en segundo lugar, para el Poder público ecuatoriano que, a semejanza también de la familia real de David, ha de cumplir inviolablemente los santos compromisos que ha contraído con el cielo. Son forzosas, por último, para toda la nación que como el antiguo pueblo escogido ha jurado eterna fidelidad al Soberano Señor de la República.

Sea el Ecuador fiel a las promesas de su Pacto, y su aparición en la tempestuosa atmósfera de la historia moderna será algo como esa visión sublime de San Juan de Patmos: "Vi a un ángel que volaba por medio del cielo, llevando el Evangelio eterno para predicarle a los moradores de la tierra, a todas las naciones y tribus y lenguas y pueblos, diciendo a grandes voces: "Temed al Señor y dadle honor y gloria porque es venida la hora de su juicio".

LA REPUBLICA..., Tomo IV: XXXII y XXXIII, (VI. 1887), págs. 273-313.

EL PONTIFICADO Y LA AMERICA.

Jesucristo Señor nuestro es el único Salvador del mundo, y así sólo en El podemos encontrar solución a todos los problemas y remedio a todos los males que conturban a la humanidad en la serie de los tiempos. Esta verdad tan clara y fundamental la olvidan sin embargo los hombres a cada paso; de aquí esas llagas sociales que encanceran a los pueblos, para las que el poder y la ciencia se declaran impotentes, sin encontrar en parte alguna bálsamo que las alivie, ni médico que las cure. Ahí vemos a esas naciones entullecidas por los vicios, mendigando un mendrugo de pan a las puertas mismas de la Iglesia cuya autoridad menosprecian y cuya virtud desconocen, siendo así que a su palabra saltan los cojos y recobran la salud los paralíticos. El milagro de la puerta Hermosa *ad portam templi quae dicitur Speciosa* renuévase todos los días a la voz de Pedro y con toda la sinagoga de los incrédulos no lo reconoce. ¿No véis cómo el Africa, envejecido en la barbarie, despierta por fin a los matutinos fulgores de la civilización? ¿No miráis también al Oriente sacudir su letargo de siglos, y alzarse como el águila en su nido al despuntar de un nuevo día? ¿Cómo explicar estos prodigios?... Abrid los libros santos, y buscad allí la explicación de estos misterios. "Príncipes del pueblo, y vosotros ancianos de Israel, escuchad: Ya que en este día se nos pide razón del bien que hemos hecho a un hombre tullido, y que se quiere saber por virtud de quién ha sido curado, declaramos a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que la curación se ha hecho en nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificasteis, y Dios ha resucitado. En virtud de tal nombre se presenta sano ese hombre a vuestros ojos. Este Jesús es aquella piedra que vosotros desechasteis al edificar, la cual ha venido a ser la principal piedra del ángulo: fuera de El no hay que buscar la salvación en ningún otro. Pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual debamos salvarnos" (1).

(1) Hechos de los Apóstoles, c. IV, VV. 8-12.

Estas enseñanzas de la palabra eterna se han dado no sólo a los individuos sino también a las naciones. Sí, no lo dudemos: Jesucristo es el Salvador del mundo. La historia de la Iglesia no es otra cosa que el cuadro de estas gracias de salvación tanto individuales como sociales prodigadas a los hombres en todo el curso de los siglos.

El que salvó al mundo de las ruinas del paraíso, y lo arrancó de las aguas del diluvio, y lo redimió en el Calvario, lo salvará también hoy y mañana, y al través de todas las edades. La Iglesia Católica es Jesucristo encarnado en la humanidad; y esa Iglesia es la única que lleva en sí los destinos del universo y la salvación del mundo. Ahora bien, la cabeza visible de la Iglesia es el Papa: él es por consiguiente como una continuación no interrumpida de la presencia doctrinal de Cristo en la tierra, y el ministro principal de las gracias de la Redención para el linaje humano. El Pontificado es por lo mismo el coronamiento y la cúspide del magnífico templo de divina hermosura elevado a la gloria de Dios Padre por el misterio inefable de la Encarnación. *Si scires donum Dei!* ¡Ah si el mundo conociese las dádivas de Dios! Si llegase por fin a comprender que en Roma está la Piedra sobre la que descansa el edificio todo de la gran familia humana! La necesidad más grave de la sociedad moderna es conocer al Piloto de las naciones, único que puede salvarlas de la furiosa tormenta en que ya casi náufragas van flotando sin brújula ni timón.

Pero, si a todos los pueblos les son necesarios sumisión y amor filiales hacia el Romano Pontífice, de modo más especial todavía incumbe este deber a la cristiana y juvenil América. Dios la sacó del seno de los mares para que fuese el consuelo de la Iglesia en la vejez del mundo, en estos tiempos de aflicción y duda. Sobremanera hermoso y grande es el porvenir que la divina Providencia tiene reservado al Nuevo Continente, caso de ser fiel a la sublime misión que está llamado a desempeñar en la historia.

El descubrimiento de América tuvo lugar en 1492, casi a igual distancia de otras dos fechas no menos célebres, pero por muy contrario motivo, en los fastos de la humanidad. En 1453 Constantinopla, la gran Capital del Oriente cristiano es tomada por los turcos, quedando así consumada la ruina de esa antigua Iglesia griega, que llenó un tiempo el mundo con los resplandores de su gloria. "¡Prefiero, había dicho esa ciudad cismática, ver reinar en mi recinto el turbante de Mahoma, que no la tiara del Papa"; y esta exclamación sacrílega pesa todavía como una maldición sobre la tumba de la olvidada emperatriz del Bósforo. Apenas sepultado un cisma bajo el terrible peso de la cólera divina, levántase otro nuevo en Occidente. En 1517 estalla en Alemania la revuelta protestante, y al precipitarse este otro dragón, arrastra en su cauda la tercera parte de los luminares del cielo; pues no terminó ese desgraciado siglo sino cuando la mitad casi de Europa había abrazado la Reforma. La terrible catástrofe de Bizancio no había sido bastante a preservarla del error y la corrupción. El mundo antiguo se declaraba incorregible, y era ya necesario un otro mundo, un mundo nuevo para la gloria de Cristo y de su Iglesia. Ved aquí los providenciales destinos de la América, llamada por excelencia el *Nuevo Mundo,* porque ella es, en verdad, el Mundo de la fe y la reparación, criado por Dios para consolar al Papa de las ruinas del antiguo, y recoger la herencia de que se habían tornado indignos el Occidente protestante y el Oriente cismático.

Hoy que el orbe todo vuelve anhelante sus miradas a la Sede de San Pedro, y festeja entusiasmado a nuestro Santísimo Padre León XIII en su Jubileo Sacerdotal, desearíamos sorprender en la frente de la América un destello de fe y un rayo de amor más intensos y vívidos que los que ofrendan a esa Sede inmortal las demás naciones del globo. El Nuevo Mundo debería ser el Benjamín del Pontificado, como el último y por lo mismo el más querido fruto de la fecundidad divina de la Iglesia. Sólo así habrá logrado la América sus destinos y ceñídose las coronas de gloria sin igual que le tiene ya reservadas el Altísimo.

Cosa es ciertamente muy digna de ser notada, que la nación más próspera hoy en el mundo es también aquella que más ampliamente sigue, en la práctica, la enseñanza benéfica del Pontificado romano. "En ninguna parte del orbe soy más Papa que en los Estados Unidos", dijo el gran Pío IX; y en ninguna otra parte tanto como ahí han subido grado más alto el bienestar social y esa grandeza sólida que produce la verdadera civilización cristiana. El catolicismo, semejante a la misteriosa nubecilla del Carmelo, tan reducida un tiempo como la huella de un hombre, cobija hoy bajo sus alas todos los ámbitos de esa venturosa nación. El día en que la Unión pueda llamarse netamente católica será también aquel en que llegue a alcanzar la cumbre de sus destinos y el ápice de sus grandezas.

Pero ¡ay! que no podemos decir lo mismo de sus hermanas las infelices Repúblicas del Sur. Por una extraña contradicción, casi todos los gobiernos de estos mal aconsejados países, si católicos en el fondo, se han hecho protestantes en la forma; y en sus relaciones con la Iglesia y la Santa Sede tratan neciamente de resucitar las pretensiones absurdas del cisma bizantino y el cesarismo germánico. Y ¡oh! qué mal sientan sobre los regios hombros de la joven América estos vetustos andrajos de despotismo, desenterrados por ahí de entre las ruinas de Constantinopla! Lo que, hablando en oro, no es otra cosa que engalanar a una niña con el raído y nauseabundo sudario de un muerto. Los pretendidos derechos de *exequatur y patronato,* y otras vejeces de la lava, han hecho retroceder cuatro siglos a la América Latina, y apartando a sus gobiernos del amor y sumisión que deben a la Santa Sede, los han alejado también de las verdaderas sendas de la libertad y el progreso cristiano. Cuántos de nuestros falsos políticos se han hecho cómplices del crimen de Bizancio, han sucumbido también bajo el mismo anatema de la ciudad cismática. Donde no impera la tiara del Papa levántase el alfanje de estúpidos sultanes. Y, ¿quién podrá prever otras mayores y más terribles calamidades que esperan aún a la América si continúa en adelante infiel a su vocación?

¡Ah, no! Esperamos, y no sin fundamento, que el año del Jubileo Sacerdotal de nuestro Santísimo Padre León XIII será fecundo en gracias y bendiciones para todo el mundo y muy especialmente para la América. Torne ella sus ojos hacia allá de donde únicamente le puede venir la salud, y no tardará en llegarle el socorro de lo alto. Hasta ahora sus sabios y políticos han querido edificar prescindiendo de la Piedra angular del edificio, pero después de inútiles afanes no han cosechado por fruto de sus labores sino tempestades y humo. "¡Hemos arado en el mar!" Este sentido grito de Bolívar en su agonía, será siempre la conclusión postrera de cuantos no pongan el amor, el respeto y sumisión a la Santa Sede, por primer quicio de toda reconstrucción social.

Nótese si no cómo todas las arbitrariedades y tiranías han principiado por tropezar con esa piedra. La lucha con la Iglesia y el rompimiento con el Pontificado es la primera página de todos los despotismos; porque el Papa ha sido y será hasta el fin el centinela incorruptible de los derechos más nobles y sagrados tanto como de las verdaderas libertades de los pueblos. La distinción de las dos espadas es una de las doctrinas católicas que más bienes ha producido a la humanidad, y a la que en gran parte se debe el progreso y superioridad incontestables de las naciones cristianas sobre las que no lo son; y bien, esta doctrina se funda toda ella en la supremacía del Pontificado romano. Trabájese, pues, porque sea acatada esta supremacía de una manera real y práctica por los Gobiernos sudamericanos y se habrá dado al Continente el más poderoso impulso en las sendas de la verdadera civilización.

Tiempo es ya de echar al olvido, y es ahora la ocasión, esos harapos de despotismo bizantino o protestante, que tanto nos afrentan, y engalanar a la hermosa América con el amplio y rico manto que le conviene como a reina del porvenir y heredera legítima de las grandezas de la Cruz. Esta es la gracia que nos atrevemos a esperar de la Bondad divina, mediante las oraciones del Padre Común de los fieles, para el Nuevo Mundo, en este año de bendiciones y gracias extraordinarias. ¡Oh

sí! roguemos al Cielo que el fruto especial de la Misa que por el orbe católico va a celebrar el Vicario de Cristo en el quincuagésimo aniversario de sus elevación al sacerdocio, sea para nuestro Continente la conversión completa y franca de todos nuestros Gobiernos a la verdadera política cristiana. No dudemos que en ese día la América ocupará un lugar preferente en el corazón paternal y magnánimo del ínclito León XIII. El se lo ha prometido, al hacer como una revista de familia a las principales naciones católicas del mundo. "No menos tenemos, ha dicho, en el corazón a España, que por su fe inquebrantable ha merecido el título glorioso de nación católica, y que ha obtenido de su fe una gran parte de su grandeza. Las relaciones íntimas que esta nación fiel y generosa mantiene con Nos, danos certidumbre de que nuestra solicitud paternal por los intereses católicos y la prosperidad de su reino será eficazmente favorecida y secundada. Los estrechos vínculos de origen, de lengua y religión, del mismo modo que la firmeza igual en la fe de sus mayores, que unen las poblaciones de la América del Sur a la población española, nos impulsan a no separarlas en los cuidados particulares que Nos dedicaremos a su común ventaja".

Esta solicitud amorosa que el Supremo Jerarca ofrece desplegar en favor nuestro es el anuncio feliz de un nuevo día, cuya riente aurora inunda de la luz el horizonte. El Ecuador, la República del Corazón Sagrado de Jesús, la primera en romper con la tradición innoble del antiguo despotismo cesáreo, y en acatar humilde y reverente la augusta y paternal soberanía del Pontificado Romano, será también, podemos esperarlo, la primogénita en las bendiciones que en caudalosos ríos descienden hoy más que nunca de esa Cátedra inmortal. Dénos Dios en su misericordia gobiernos siempre franca, decidida y prácticamente católicos, y está asegurado el porvenir de la República.

LA REPUBLICA..., Tomo IV: XXXIX, (XII. 1887), págs. 780-787.

LOS DOS CENTENARIOS

La Iglesia Católica, la más sublime, como también la más hermosa, entre las obras del Señor, ostenta en sí de manera inequívoca el sello de su divino Fundador. Este sello es lo sobrenatural. En la historia eclesiástica admírase la intervención amorosa del Altísimo, en ese cuidado maternal con que previene los avisos y remedios oportunos para cada uno de aquellos grandes males sociales, que afligen a la humanidad en la serie de los tiempos. De suerte que la solución acertada de los más difíciles problemas de la historia se halla siempre en el recinto del santuario. Pero para poder penetrar en esas oscuridades sagradas es necesario deponer previamente la altanería del incrédulo y el orgullo del filósofo; porque la soberbia humana es inepta para entrar en los arcanos de la infinita Sabiduría. La cruz ha sido siempre escándalo del orgullo, y la cruz es la marca de todas las obras de Dios.. He aquí por qué escóndese a veces en una humilde y sencilla devoción católica nacida a la sombra de un olvidado claustro el remedio, sí el único remedio, tras el cual desatentados corren sin encontrarlo jamás el político descreído y el orgulloso sabio. Pedro el Ermitaño y Santo Domingo de Guzmán salvaron a la sociedad en que vivieron, el uno pintando una pequeña crucecita roja en el pecho de humildes peregrinos, y el otro enseñando a los pueblos el sencillísimo rezo del rosario. Y esa humildísima hija de la Visitación, la Santa Margarita María, ha enseñado al mundo la única manera de salvar a las sociedades modernas trazando en un pedazo de papel los inciertos perfiles de un Corazón. ¡Qué hermosa, qué alta y qué divina es la existencia de la Iglesia Católica!

La devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús, ved ahí pues, la clave de todas esas terribles cuestiones que traen cabizbajos y pensativos a casi todos los conductores de los pueblos.

Corría el año de 1689, y la altiva monarquía de los francos habíase subido al pináculo más inaccesible de la

gloria. A nadie se le ocurriría pensar siquiera, entonces, que apenas transcurrido un siglo, ese trono tan sólido y fulgente habría de hundirse fragoso entre abismos de sangre y de ignominia. Pero lo que los políticos y filósofos no alcanzaban a columbrar, ¡ay! que mucho se lo temía aquella humilde religiosa de la Visitación. En uno de esos éxtasis y visiones admirables, recibió del Cielo la orden de dirigirse a Luis XIV y recabar de él tres cosas: 1ª la consagración de la Francia al Corazón Santísimo de Jesús; 2ª la erección de un santuario en su honor; y 3ª la imposición de su imagen adorable en los estandartes nacionales de ese reino. El orgulloso monarca recibió, sin duda, con desdén y menosprecio las indicaciones sencillas que de tan humilde religiosa le venían; pero la historia quedó encargada de vengar con terrible y elocuentísima lección las órdenes del Cielo. En 1689 se hicieron a la Beata Margarita María las famosas revelaciones concernientes a la importancia social de la devoción al Corazón Sagrado de Jesús. En 1789 estalló en Francia la infernal Revolución.

¿Acaso implica alguna misteriosa relación la coincidencia de aquellas dos fechas memorables? Ciertamente que sí. En su infatigable y tiernísima solicitud por la suerte de la Iglesia, mostrábale el Eterno en 1689 el único remedio seguro y eficaz contra los terribles males que habían de tener origen en 1789. En otros términos: acababa de revelar el cielo la devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús, como el escudo más impenetrable de defensa contra los embates del nuevo monstruo que iba a surgir del averno: la Revolución.

El protestantismo y las demás herejías que en los tres siglos anteriores habían despedazado el seno de la Iglesia, presentaban ya en sazón los horrorosos frutos de muerte que para la sociedad entera habían madurado entre sus enmarañadas zarzas. La Reforma que había principiado por desconocer el magisterio infalible del Sobebano Pontífice, trasladando prerrogativa tan excelsa a la inspiración individual, había de terminar necesariamente por desconocer a toda autoridad y proclamar el absurdo

y sacrílego dogma de la soberanía inconsistente de las multitudes .He aquí lo que es la Revolución, el trastorno más cabal y violento de todas las sociedades, porque todo lo resuelve y confunde en ellas, desquiciando las bases fundamentales de las mismas. En la amarga y sangrienta persecución de nueva especie de que iba a ser víctima, la Iglesia Católica, necesitaba también de un auxilio extraordinario y especial que, en efecto, se le había ya preparado por el Cielo en la devoción al Corazón Sagrado de Jesús.

La Revolución proclama la soberbia y ese Corazón divino la humildad. La Revolución ensalza el egoísmo, y ese Corazón es víctima de caridad inefable. El grito de guerra de la Revolución es el *non serviam de Satanás*, el lema de ese Corazón dulcísimo es *obediens usque ad mortem*. Mortificación y cruz nos dice este Corazón; placer, sensualidad nos grita aquella... Un siglo no interrumpido de luchas, y está aún indecisa la victoria.

Pero no: jamás será vencido en sus designios el Rey insuperable y el Triunfador magnífico de todos los ejércitos. Manda y son criadas las cosas, dice y son hechas. Esa enemiga horrorosa y cruel, la Revolución, que hace un siglo está talando desapiadada las naciones es la vengadora del Altísimo. Hace tiempo que los reyes y príncipes de la tierra se han coaligado contra Dios y contra su Cristo, y ahí tenéis a esa enemiga formidable vociferando altanera contra todos los solios, golpeando con furor a la puerta de todos los palacios.

Preguntádselo ahora a cada uno de los pueblos: ¿entre Cristo y la Revolución, qué dueño preferís? ¡Ah! no está lejano el día en que a fuerza de lágrimas y sangre tornarán ellos a reconocer y adorar al único Salvador de todas las naciones. Pero esto no será antes de que las sociedades europeas hayan padecido un supremo y horroroso cataclismo, sintiendo bambolear bajo sus plantas los fundamentos primeros de la tierra. *Videbunt in quem transfixerut, dum moverentur fundamenta terrae*. Tal es la profecía que hace más de un siglo viene en la litur-

gia sagrada repitiéndonos la Iglesia. La República del Ecuador ha sido la primera en experimentar eficazmente en sí misma los frutos preciosos de salvación de este antídoto divino; por ello también es la más obligada a proclamar solemnemente a la faz de las naciones que es la enemiga irreconciliable de la Revolución y la aliada indisoluble del Corazón divino de Jesús.

Entre el Centenario de las revelaciones relativas a la soberanía social de Nuestro Señor Jesucristo y el Centenario de la Revolución, ¿cuál de los dos habrá de celebrar el Ecuador? Acaban las Cámaras Legislativas de la República de dar un testimonio solemne de su fe, negándose a cooperar de manera alguna al segundo; tócales ahora a los católicos ecuatorianos festejar reconocidos el primero. El Ecuador es la única Nación que hasta hoy se ha apresurado a realizar oficialmente los deseos manifestados por el cielo en Paray en 1689, lo cual le ha merecido el título de la *Nación primogénita del Sagrado Corazón de Jesús*, y logrado bendiciones manifiestas del Altísimo: a nosotros, por tanto, nos corresponde celebrar con inusitado regocijo esta fecha dos veces secular y gloriosa. Pues, así como los venenosos frutos de 1789 han embriagado con absintio a toda la tierra, los torrentes de dulzura que inextintos manan de ese Corazón divino también han de inundar a todas las naciones.

Los famosos principios revolucionarios de 1789, tan ensalzados siempre por el liberalismo incrédulo y demagógico, acaban de recibir golpe de gracia con la publicación de la sapientísima Encíclica *Libertad praestantissimum*. No ha sido jamás la Revolución sino la Iglesia la invicta protectora de la libertad humana; aquella la degrada hasta convertirla en libertinaje, sólo la Religión la ennoblece hasta elevarla a la condición de un verdadero reinado y señorío. Jamás ha condenado la Iglesia ninguna forma de gobierno, ella ampara y defiende con igual solicitud a todas, bien sean repúblicas o monarquías; pero lo que ha condenado y condena siempre es el abuso desenfrenado de la libertad, la licencia, que transforma al hombre culto en un salvaje, y a la sociedad más prós-

pera y civilizada en horda de caníbales. La Revolución es enemiga así de los tronos como de los solios presidenciales, sus dardos envenenados no respetan las testas coronadas ni los pechos cubiertos de laureles, ella detesta y odia a toda autoridad. La enseñanza infalible y oportuna del Pontífice nos obliga, por lo mismo, a rechazar con horror los principios y doctrinas de la Revolución, y a no recordar sino con lágrimas sus triunfos detestables de ignorancia y maldición.

LA REPUBLICA..., Tomo V: XLVIII (IX. 1888), págs. 572-578.

LAS FLORES DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

A MODO DE PROLOGO (1)

Cosa de alta perfección y llena de méritos es emplear la vida en ensalzar y alabar a Dios, pero mucho más agradará al Altísimo el alma que, no contenta con alabarle, movida de ardiente caridad se inmolara como víctima (2), al Señor, en aras de su amor. Nadie, según nos enseña el Evangelio, tiene amor más grande, que el que da la vida por sus amigos: *Majorem hanc dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis (Ioan. XV, 13)*. Esta es la prueba más alta, más convincente y persuasiva del verdadero amor; esta es la prueba que nos ha dado Jesucristo, del amor que nos tiene; y es también la que exige de nosotros, en testimonio de nuestro amor: esto es, que hemos de estar listos a sacrificarlo todo y aún a nosotros mismos, cuando así lo exija el amor que le debemos. "Quien ama, dice el Señor, al padre o a la madre más que a mí, no merece ser mío; y quien ame al hijo o a la hija más que a mí, tampoco merece ser mío. Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí". *Et qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus (Math. X, 37 y 38)*. Para ello es necesario que nuestro amor a la Divinidad sea sumo, y que esté en disposición habitual de inmolarlo todo, antes que desagradar a Dios. Por consiguiente, uno de los caracteres distintivos del verdadero amor a

---

(1) **Las Flores del Sagrado Corazón de Jesús** fueron publicadas en **La República del Sagrado Corazón de Jesús**, Tomo II: XVII, Tomo III: XX, Tomo IV: XXXII, XXXIII, XXXIV y XXXV. El Prólogo de Matovelle corresponde al folleto publicado con este título, donde constan varios artículos añadidos. (Ed.).

(2) Ofrecerse a Dios para el martirio, o consagrarse con voto para ser víctimas suyas, son actos verdaderamente heroicos, de los cuales no todos son capaces, pues se necesita para ello especial gracia y moción del Espíritu Santo; pero, aún dentro de las gracias comunes y ordinarias, no hay persona piadosa que no pueda, y aún deba, ofrecerse a Dios, para que su Majestad disponga de ella, como fuese de su divino agrado. Esto último es lo que entendemos por el homenaje de **Inmolación**, de que vamos a hablar; pero sin dejar tampoco de impulsar a los que, movidos de la gracia, aspiran a acciones más heroicas.

Dios, es que no consienta, no tolere que ningún afecto se sobreponga a él; y desde que uno de esos afectos llega a ser émulo del amor predominante, inmediatamente es inmolado en aras de ese único amor, que debe ser el rey y dueño exclusivo de nuestros corazones; de modo que por Dios hemos de amar a todas las criaturas, y si fuera contra Dios, a nadie, ni aún a nosotros mismos.

Debemos, pues, ejercitarnos constantemente en esta vida de inmolación, si queremos adelantar en el amor a Dios. Santa Catalina de Siena, en sus *Diálogos* dice que el Señor le habló de esta manera: "El ardor de la divina caridad se halla tan unido con el amor al padecimiento que no puede existir el uno sin el otro. Desde el momento que una alma se halla resuelta a amarme, debe también sobrellevar con perfecta paciencia, por mi amor, todos los trabajos que yo le conceda, cualesquiera que sean su manera y forma. La paciencia se alimenta de trabajos, y es compañera inseparable de la caridad".

San Juan Crisóstomo, haciendo el elogio de este espíritu de inmolación, y manifestado cuán bello y meritorio sea padecer voluntariamente algo por Cristo, dice: "Aunque no hubiese que esperar remuneración alguna por estos padecimientos ¿no es ya una recompensa, suficiente y grandísima, sufrir mucho por la persona amada? Esto me comprenderán sin esfuerzo aquellos cuyo corazón está lleno de una afección profunda, si no por Dios, al menos por una criatura".

• • •

Pero si esto se puede decir del amor profano, ¿cuánto más del amor divino? Oigamos al mismo elocuente padre y doctor de la Iglesia, en la propia homilía que acabamos de citar, las alabanzas que tributa al gran apóstol San Pablo, por los padecimientos que sobrellevó por el amor de Cristo, y especialmente por las cadenas con que fue aherrojado. "Nada más bello, exclama, como llevar cadenas por Cristo. Ser encadenado por Jesucristo es más glorioso que ser apóstol, doctor, ni evangelista. Quien ame de veras a Jesucristo me comprenderá. Sí:

ese sabrá el precio altísimo que tienen esas cadenas; el que se abrasa en esas divinas llamas y está loco de amor al Señor, preferirá más ser encadenado por Jesucristo que ser ya habitante de los cielos... Si amáis a Jesucristo, comprenderéis cuán eminentes sean esta dignidad, esta virtud, esta gracia concedidas a la naturaleza humana, a saber, el poder llevar cadenas por Jesucristo; es esto quizá más glorioso que estar sentado a su diestra, y más augusto que poseer uno de los doce tronos que cercarán el suyo".

"De los apóstoles, cuando fueron azotados por haber predicado a Jesucristo, refiere San Lucas, que salieron *del Sanhedrín llenos de gozo, porque habían sido juzgados dignos de padecer afrenta por el nombre de Jesucristo*. Que otros nos juzguen como ridículos, cuando decimos que es grande gloria ser ultrajados, y que causa singular alegría ser cubiertos de oprobio por Jesucristo; pero los que suspiran por poseer a Jesucristo mirarán todo esto como una suprema dicha. Si se me hiciera elegir entre el cielo todo entero y las cadenas de San Pablo, yo preferiría estas cadenas; me complacería más en estar aprisionado con San Pablo, que hallarme en el cielo con los ángeles. Si hubiese que elegir entre el honor de vivir en medio de los Tronos y Potestades celestiales, o ser encadenado con San Pablo, yo pediría ser encarcelado, y procedería conforme a toda razón, porque, en efecto, ninguna dicha puede equipararse a tal cautividad... Lo que envidio, lo que admiro en San Pablo, no es tanto su rapto al paraíso, como su prisión por Jesucristo; no me admiran tanto las altísimas revelaciones con que fue favorecido, como sus cadenas y padecimientos... Sí: yo amo más padecer por Jesucristo que ser glorificado por Jesucristo. Sufrir por Jesucristo es una dicha inmensa, y una gloria que sobrepuja a toda gloria: *Mihi est optabilius male pati pro Christo, quam honorari a Christo. Hoc magnus est honor, hoc est gloria quae omnia exsuperat. (Hom. VIII in epist. ad Efes., cap. IV).*

* * *

Si tan grande gloria es padecer por Cristo, ¿cuál no

será morir por Cristo? Esta fue la dicha incomparable de los apóstoles y los mártires; esta la que han ambicionado todos los santos: ser inmolados como víctimas por Jesucristo. Esta consideración, acompañada de la gracia, fue lo que, sublimando a los mártires a las más elevadas cumbres del heroísmo, les hizo no solamente despreciar los tormentos, sino gozarse en ellos. Animado de esta fuerza divina, San Lorenzo, mientras era asado vivo en las parrillas, hacía burla del tirano que presidía su suplicio, y le decía: "asadas están ya mis carnes de este lado, haz que me vuelvan del otro, y cómelas"; Santa Inés oraba fervorosa en medio de las llamas, cual si estuviera entre flores; el bienaventurado Leonardo Kimura, jesuíta japonés, iba ya a morir devorado por el fuego, y se quejaba de que ese fuego no quemaba, porque el ardor de la caridad le tornaba insensible a la acción de aquel elemento destructor. Y aquella incomparable virgen y mártir, japonesa también, la bienaventurada Magdalena Mondo, que en medio de las llamas cantaba alegre sus eternos desposorios con Cristo, e inclinándose al brasero devorador que le consumía, tomó carbones encendidos y los colocó en su cabeza a modo de guirnalda o corona nupcial, significaba con ello el gozo inefable que henchía su alma por haber sido elegida para la gloria del martirio, esto es, por la dicha sin igual que le había cabido en suerte, de dar su vida por Cristo.

Pero, ¿de dónde les venía a los mártires esta fuerza sobrehumana y divina que les hacía superiores a los tormentos y a los instintos e inclinaciones más fuertes e irresistibles de nuestra corrompida naturaleza? Esa fuerza les venía de Cristo; era el Corazón divino de Jesús que hacía participantes a sus mártires de esa gracia y fuerza de INMOLACION de que es fuente el Verbo encarnado, la víctima divina inmolada a la gloria del Padre, desde el principio del mundo: *Agnus, qui occisus est ab origine mundi (Apoc. XIII, 8):* Jesús es el modelo y la virtud generatriz de todo noble sacrificio; pues no hay gracia que no proceda de ese Corazón excelso, que es el océano y el dador de todas las gracias.

Julio Matovelle.

Las Flores del Sagrado Corazón de Jesús

Flores apparuerunt in terra nostra.
Cant. Cantic. II, 12.

La Iglesia de Dios se compara frecuentemente en la Sagrada Escritura a un hermoso jardín cuyas flores más preciosas son los santos. Y así como la gala del campo son las flores, así la riqueza y ornamento de la Iglesia son los santos. A merced de multiplicadas fatigas y prolijos sudores del jardinero, germina una planta, y crece, y se desarrolla, y se cubre de hojas, y se reviste de pompa y galanura; y todo, ¿para qué? Ahí está una flor que se ha abierto al despuntar el alba: y en esa sola flor hay más riqueza que en todo el estéril follaje, y en esa sola se encierra el fruto, esperanza de nueva vida y algo como inmortalidad de la planta. Los santos son, pues, la única, verdadera e inmortal gloria de los pueblos; ellos son el preciosísimo fruto de los afanes de la Iglesia. El profeta Zacarías se propone esta cuestión y la resuelve con las siguientes palabras: "¿Cuál será el bien venido de Dios y lo hermoso que de él nos vendrá, sino el trigo de los escogidos? *Frumentum electorum*. He aquí lo que queda en último término de la gloria de las naciones. Los políticos, los sabios, los literatos son el vistoso follaje de los pueblos; pero al fin ese follaje se marchita y rueda y desaparece: sólo pasa a la inmortalidad la divina simiente de los elegidos. Los santos: ellos son los que forman la suprema, incontestable y verdadera gloria de los pueblos (1).

---

(1) Declaramos aquí que, cuando en este y en los siguientes artículos, tengamos que referir hechos extraordinarios y que parecen milagrosos, pero sobre los cuales no se ha pronunciado aún el juicio de la Iglesia, y asimismo cuando demos el nombre de santo o **bienaventurado** a personas que no han sido aún levantadas a los altares, no entendemos hacerlo sino en el sentido y la medida autorizada por los decretos de la Santidad de Urbano VIII, de 13 de marzo de 1625 y de 5 de junio de 1631. Pues siempre y por todo sometemos nuestro falible juicio al infalible de la Santa Sede, aprobando de antemano lo que ella aprueba, y condenando desde ahora lo que ella condene. N. de la 1ª Ed.

Un célebre escritor, el Cardenal Pitra, en la *Vida del Vble. Padre Liebermann* nos enseña esta regla cristiana de estudiar la historia, hablando del siglo presente. "El siglo en que vivimos, dice, ha podido ser de los más desheredados, porque ningún otro ha disipado como él sus tesoros. Hijo pródigo, ha exigido con arrogancia consumir a su agrado y lejos del padre de familia la parte de herencia que le tocaba. Después de haberse pasado su vida entre cortesanas, está próximo a morir de vergüenza y hambre entre rebaños de inmundos animales. No se le ha rehusado, en verdad, poseer lo que él más ambicionaba, el genio de los oradores elocuentes, poetas, artistas, sabios, grandes capitanes. Lo declaramos gustosos: Dios le ha dado a manos llenas este presente de bajo precio, la menor de sus dádivas. ¿Y qué ha hecho de él? ¿Cuántos de nuestros grandes hombres han llenado su misión sin ser pródigos o ingratos? Mas, mientras que los hombres de ruido se disipaban como el humo, la obra de Dios se cumplía a la sombra, por humildes obreros, desconocidos en las regiones del gran mundo. Un mendigo, el bienaventurado Labre, abría la marcha rociando con sus sudores todos los caminos de Roma. Pobres sacerdotes, restos salvados de la prisión y el destierro, volvían a juntar las piedras dispersas del santuario. Débiles mujeres sostenían con sus manos las columnas del templo. Un cura de aldea, tenido a sus principios como inepto, llegaba a ser el apóstol de los pueblos, no lejos de las Dombes evangelizadas por San Vicente de Paúl. Y mientras que una pastorcilla, Santa Cermana, jugándose con los milagros subía a los altares, Dios elegía a dos pobres niños para glorificar a su madre y a otra pastorcilla para ver a la *Inmaculada Concepción*. En la tormenta indefinible que atravesamos, es bueno y consolador meditar estos caminos de las divinas misericordias".

Esta tormenta que sacude a la Europa no agita menos a la América, y allá como aquí es necesario levantar nuestros ojos al cielo, y fijarlos en las estrellas que fúlgidas arden en sus bóvedas, si queremos acertar con el rumbo que debemos seguir en la mar procelosa de los tiempos modernos. Los santos son esas estrellas, y a ellos hemos de volver la vista para no desesperar de la

suerte futura de las naciones. ¿Quién, por ejemplo, al considerar la historia tempestuosa de la América Latina, no se siente herido de desaliento, y cree ya a estos míseros pueblos próximos a inevitable ruina? Pero no: alcemos los ojos al cielo: la América ha tenido y aún tiene santos, y la tierra donde brota esta hermosa planta de la santidad no es tierra de maldición. Sólo así, que esos santos, esos obreros infatigables de Dios, en su mayor parte viven y mueren olvidados de los hombres, desconocidos de la alta sociedad. Mientras los muertos entierran a los muertos, y los sabios alaban a los sabios, y los poetas a los poetas, y se ensalza en libros y periódicos la insulsa vida del más oscuro coplista, los santos pasan a la eternidad desconocidos del mundo; y a veces no hay ni una sola voz que se levante para recomendar sus ínclitas virtudes a la posteridad. Hace, por ejemplo, nada más que dos años que se extinguía en Riobamba una humilde virgen, gloria de su patria, dechado de virtudes, la *Madre Mercedes Molina,* cuya vida heroica fue la admiración de cuantos la conocieron; y sin embargo no sabemos que en periódico alguno se hayan celebrado siquiera los más principales hechos de esta admirable existencia. Como las estrellas de primera magnitud se esconden allá en las más profundas regiones del firmamento, así los santos emprenden y terminan su curso en las regiones de la luz, y los encubren a nuestros ojos las tempestuosas y fugaces nubes de este mundo. Y con todo, la vida de los santos es lo único que explica la vocación de los pueblos y el destino de las naciones.

Cuatro siglos no completos hace que se descubrió la América, y en este espacio de tiempo han florecido ya en su suelo los modelos más acabados de gracia y santidad. San Felipe de Jesús y el B. Bartolomé Gutiérrez en México, Santa Mariana de Jesús en el Ecuador, Santa Rosa de Lima y San Martín de Porres en el Perú, son flores que han germinado en el bendito suelo de la América Latina. Otras, aunque hijas de España, son también parte de nuestro escaso tesoro, ya porque entonces la América era súbdita de España, y ya también porque aquellas flores, aunque hijas de extraño suelo, desplegaron su pompa en nuestra tierra, y aquí esparcieron

su más preciosa fragancia. Allí están el insigne Santo Toribio de Mogrovejo, modelo de Pontífices, San Francisco Solano, San Luis Beltrán y San Pedro Claver, modelos de misioneros, los Beatos Sebastián de Aparicio y Juan Masías, modelos de almas humildes. ¡Dichosa la tierra donde ha florecido un Santo! Esa es tierra bendita, no puede perecer!

Misteriosos y grandes son los destinos de la América. La historia le ha dado el nombre de *Nuevo Mundo,* y ciertamente sus destinos son los destinos de un mundo, porque ella está llamada a ser el mundo de la reparación, el mundo de la fe, el mundo nuevo. Señora de los océanos, extiende sus brazos del uno al otro polo, y apartada de los demás Continentes ella sola forma un mundo aparte; y, así como es el contrapeso del globo por su mole, es también el contrapeso de la historia por la grandiosa misión que le ha confiado el Omnipotente. En el momento en que la Europa se hundía en las tinieblas del protestantismo y la incredulidad, Dios creó un mundo nuevo, en reemplazo del mundo viejo; el mundo de la fe, el mundo de la reparación, en reemplazo del mundo incrédulo y apóstata; la América, en reemplazo de la Europa.

¡La América! ¡Oh! qué ¡hermosa es la aparición de la América en el gran cuadro de la historia! La América es la hija de la Cruz, es el fruto magnífico de la fecundidad virginal de la Iglesia Católica! No fue la ambición, ni la codicia, lo que la hizo surgir de las olas, sino la fe creadora, el ardiente deseo de extender el reino de Cristo. Comerciantes y aventureros han descubierto también islas y peñascos en los mares; pero sólo Colón ha alcanzado a descubrir un mundo. En los altísimos designos de la Providencia hallábase ya prevenida una nación heroica para ser la misionera del Nuevo Mundo, nación viril, nación creyente, fundida en el crisol de titánicos combates, en siglos de lucha contra el poder de la Media Luna. En premio de la constancia con que llegó a plantar la Cruz en Granada, Dios le concedió que plantase también la Cruz en América. En ese momento solemne Dios revistió a la España con todas las magnificencias de la cien-

cia, el poder y la gloria: la hizo la primera de las naciones y la reina de los mares, para que fuesen manos regias las que sembrasen la simiente de la fe en el suelo americano.

Esa nación de fe inmaculada era también entonces la patria de los santos, porque santos habían de ser los que educasen a la fe cristiana el Nuevo Mundo. Por esto San Ignacio preparaba su falange de apóstoles, Santa Teresa su falange de vírgenes, y todas las órdenes religiosas renovaban su juventud como el águila, para lanzarse como el águila a la conquista de la América, haciéndola pasar de la idolatría a la fe, de la barbarie a la civilización. En efecto, el Evangelio fue predicado en el Nuevo Mundo, con todo el heroísmo de los tiempos apostólicos y todas las maravillas de Pentecostés. Santos de primer orden marcaron el suelo nuevo con las huellas del mártir y los pasos del apóstol, y fecundaron esta tierra virginal con sus sudores, lágrimas y sangre.

Fértil y generosa la tierra americana no fue ingrata a tantos sudores y fatigas, pues luego se cubrió toda ella con las flores más preciosas de virtud y santidad, mostrándose en esto la América del Sur más dócil y pronta que las demás comarcas dle Nuevo Continente. "Debe creerse, dice un célebre historiador de Santo Toribio de Mogrovejo (1), que Dios ha amado con predilección este hermoso país y a sus primeros habitantes dulces, sencillos y llenos de rectitud. En efecto, Dios ha hecho por el Perú más que por toda otra comarca de las dos Américas. Su mano ha derramado allí con largueza la simiente de la santidad, y la Iglesia ha discernido los honores de la canonización o de la beatificación a siete de esos héroes cristianos que nacieron sobre esa tierra nueva o que le consagraron la mayor parte de su existencia".

(1) Dom Berenger. Es lástima que éste y otros igualmente notables autores europeos, al hablar de América, no lo hagan con la precisión geográfica que conviene; pues comprenden, bajo el nombre de Perú, a países que nunca han formado parte de esta nación.

La América fue descubierta cuando se preparaba ya el cielo a manifestar al mundo la hermosísima devoción al Sagrado Corazón: así es que los albores de esta divina luz llegaron también a nuestro suelo, y los vemos reflejándose en esas altas cumbres de perfección llamadas Rosa de Lima y Mariana de Jesús". "Los santos de nuestro siblo, dice Baunard, en la *Historia de la Vble. Madre Barat,* tienen dos rasgos particulares que formarán en la historia su carácter propio. El primero es un amor más abnegado y más tierno por el *centro de la verdad,* que es la *Santa Sede*; el segundo es un amor más ardiente y más generoso por el *centro de la caridad,* que es el *Corazón de Jesús*. Todos llevan escrito sobre sus frentes, como se expresa San Juan, *el nombre de la ciudad Santa,* Roma, de la cual son hijos, apóstoles y soldados y de la que, en caso necesario, sabrían ser los mártires. Todos llevan también escrito en caracteres de fuego el *nombre nuevo de Dios,* como dice el mismo apóstol, el nombre del Dios de amor; y lo que da a su piedad un sello especial de dulzura y fuerza es su devoción profunda hacia el Sagrado Corazón". Pues este distintivo de los Santos de los últimos tiempos, lo vemos también muy marcado en los que han florecido en nuestra América.

Este sello que distingue a los Santos americanos es tan claro y tan hermoso, que bien podemos a estos preciosos brotes del jardín de la Iglesia llamarlos especialmente las *Flores del Sagrado Corazón*. Decimos mal, no somos nosotros, es el mismo divino Redentor quien nos mueve a llamarlos así. ROSA CORDIS MEI, *Rosa de mi Corazón;* he aquí cuál fue el nombre impuesto por el celestial jardinero a la primera y más vistosa joya de este encantador ramillete. Tras la *Rosa* vino la *Azucena,* salpicada también con la sangre de ese Corazón deífico. *Et sicut dies vernis circumdabant eam flores rosarum el lilia convallium:* como un vergel en primavera, la tierna Iglesia americana ha ofrendado a la Humanidad sacratísima del Salvador, las flores de sus rosales y los lirios de sus valles.

Las órdenes más antiguas de la Iglesia y las más preclaras naciones católicas se empeñan actualmente en

manifestar al mundo la parte que les ha cabido en la preparación y establecimiento del reino del Sagrado Corazón de Jesús. Sería privar a la América de una de sus más envidiables glorias, dejar sepultados en el olvido los indisputables títulos que ella tiene a ser contada siquiera sea como la última en esta cruzada hermosísima por conquistar el más alto, el más noble, el más duradero de todos los reinos. A reivindicar esta olvidada gloria de nuestro Continente va dirigido este humilde trabajo; con él no deseamos por ahora otra cosa que excitar el celo de piadosas y hábiles plumas; lo que la nuestra áspera y rota no logre, aquellas lo alcanzarán.

En este imperial cortejo del soberano Señor de todos los corazones, corresponde indisputablemente el primer lugar a la ínclita Rosa de Lima.

I

SANTA ROSA DE LIMA

Quasi flos rosarum in diebus vernis.— Eccl. L. 8. A Christo has voces audire meruit: **Rosa Cordis mei**, tu mihi sponsa esto.— Brev. Roman., die 30 August.

Nació esta admirable virgen en la Ciudad de los Reyes, siendo ya Arzobispo de ella Santo Toribio de Mogrovejo, el 30 de abril del año de 1586. A los pocos meses de nacida, se verificó aquel hermoso prodigio que obligó a los padres de la niña a cambiarle el nombre de Isabel, puesto en el bautismo, con el de Rosa; y fue que mientras ella dormía en su cuna, acercándosele su madre y otras personas a mirarla, contemplaron su rostro transfigurado en la reina de las flores; de manera que, sin perder las facciones humanas, se mostraba al mismo tiempo la niña como una *linda y hermosísima rosa,* al decir de los procesos.

Desde entonces su vida fue un admirable y no interrumpido portento. Adelantándosele la razón a la edad, en la muy temprana de cinco años se consagró ya definitivamente a Dios, y empezó a escalar con seguro y fir-

me paso las arduas cumbres de la perfección cristiana. No entraremos aquí en el examen detallado de sus virtudes, porque no es este nuestro objeto: haremos notar únicamente aquellas que nos demostrarán con evidencia que esta primera flor de la América fue también la *Rosa* del Sagrado Corazón.

La esencia de la devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús se halla comprendida en estas palabras de su oficio: *¡Cor amoris victima!* Amor y sacrificio, *amor inmolado:* he aquí cuánto nos dice y enseña ese Corazón herido, ardiendo en llamas, cercado de espinas y coronado por la cruz. Amor y sacrificio son también las dos virtudes principales que forman como el sello y carácter distintivo de los santos más adictos a este divino Corazón.

Desde luego el sacrificio es la base primera en que se apoya la portentosa fábrica de santidad de nuestra heroína. Los padecimientos de Nuestro Señor Jesucristo eran el objeto más querido de sus meditaciones, y formaban, por decirlo así, todo su encanto, principalmente aquellos que soportó cuando niño en medio de los rigores y privaciones durísimas de Belén. De aquí venía en la Santa, ese deseo ardiente de imitar a su divino Esposo por medio de los ayunos y austeridades más espantosas. Desde su más tierna edad, toleró pacientemente enfermedades que le ocasionaban agudísimos dolores; y practicó las mortificación en grado tan sublime, que ha llegado a ser uno de los dechados más inimitables de la penitencia cristiana. ¿Y qué era lo que excitaba en la inocente virgen esta sed inextinguible de dolores? ¡La caridad! El amor a Dios y la caridad para con sus prójimos, he aquí lo que la constituyó víctima de la más admirable penitencia. "Si amenazaba, dice uno de los biógrafos de la Santa (1), alguna plaga a la monarquía, al reino del Perú, o a esta ciudad de Lima su amada patria, se empeñaba su piedad en disiparla a costa de su dolor, procurando por este medio aplacar la ira de Dios y mitigar su soberana justicia. Ya se sacrificaba como vícti-

(1) Bermúdez.

ma cruenta sin tener lástima de sí misma, por los trabajos de la santa Iglesia que milita sobre la tierra, y por la que padece en el purgatorio, para apagar con su sangre parte del fuego que la abrasa. No se olvidaba de los agonizantes y de sus benefactores, ni puede explicarse el anhelo con que diariamente azotaba sus carnes para la conversión de los pecadores a mejor vida, interesándose sobremanera en que la bondad divina no fuese ofendida con tanta diversidad de pecados que se cometían en el mundo".

Por esto la Iglesia de América, en el oficio de su santa Patrona, la proclama *víctima de amor, ejemplar de inocencia, sostén y protectora del orbe,* porque esa víctima pura fue ofrecida en las aras del amor por la prosperidad del mundo que habitamos.

Hanc primam amoris victimam
Admovit aris India,
Orbis juvamen praepotens,
Exemplar innocentiae.

La caridad y el sacrificio habían dispuesto admirablemente a la heroica virgen para que recibiese los más altos y envidiables favores del Cielo, entre los que leemos algunos tan singulares de parte del Sagrado Corque bien puede ser contada esta preciosa joya de la América por una de las almas predilectas de este Corazón divino. Favores como los concedidos a nuestra heroína, los hallamos sólo en las vidas de Santa Gertrudis, Santa Matilde y Santa Margarita María.

De la primera de estas ilustres vírgenes sabemos que el Señor dijo "que tenía preparada para sí una mansión deliciosa en el corazón de Gertrudis". Semejante a éste es el favor concedido por el divino Esposo a la ínclita virgen limeña; pues refiere su biógrafo que el mismo Señor reveló a una alma contemplativa, que *traía a Rosa en lo más íntimo de su Corazón,* porque sabía era muy bien pagado de ella en el preferente lugar que le daba en su virgíneo pecho, donde El sólo habitaba como

soberano dueño y absoluto Señor. Cuenta, en prueba de esto, que hallándose un día la Santa en oración y arrebatada en éxtasis, se vio repentinamente cercada de rosas esparcidas por el suelo. Admirándose ella de dónde ni cómo hubiese caído en su torno aquella lluvia de rosas, "apareciósele el divino Jesús en brazos de su Madre, llamó amorosamente a Rosa y le mandó recoger aquellas flores. Ofreciéndoselas al Niño, quien le pidió una sola, y recibiéndola con agrado le dijo: esta rosa eres tú; de ella se encarga con especial cuidado mi providencia; dispón de las demás como te parezca".

Si, pues, nuestra admirable virgen tenía un lugar tan preferente en el Corazón Sacratísimo de Jesús, ¿quién duda que este divino Corazón le habrá manifestado sus más ricos tesoros y recónditos misterios? ¿A quién sino a esta su amadísima esposa había de manifestar el divino Niño las ocultas finezas de su Corazón, que iba ya pronto a derramarlas en estos últimos tiempos del mundo, en que está ya como apagado el fuego de la caridad? ¡Quién sabe cuántos secretos de amor se encierran en esa expresiva copla que al son de la cítara entonaba la amante virgen en honra de su dulce Dueño:

¡Ay Jesús de mi alma,
Qué bien pareces,
Entre Flores y Rosas
Y Olivares verdes! (1).

Pero no son éstos los únicos títulos que tenemos para llamar a Santa Rosa de Lima una de las esposas predilectas del Sagrado Corazón: son otras manifestaciones aún más expresas y claras las que nos autorizan a ello; entre las que hay una hermosísima, que quizás es la única de esta especie en la vida de los santos. Refieren los Bolandistas (2) que nuestra virgen durante mucho tiempo miró al Sagrado Corazón de Jesús que brillaba incesantemente sobre su cabeza, a manera de un sol deslumbrador que derramaba en su espíritu inefables delicias; que

(1) Alude a los apellidos paterno y materno de la Santa: Flores y Oliva.
(2) AA. SS. August.

de este divino sol partían rayos vivísimos e inflamados, y que un día uno de esos rayos vino a caer sobre el corazón de la Santa, la que se sintió entonces penetrada de tal felicidad y amor, que quedó toda como extática y desfallecida.

¡Cómo encontraremos un pincel que pueda presentar a lo vivo este cuadro encantador de gracia y poesía! ¿No es en la pompa y hermosura de las flores donde el sol ostenta toda la riqueza y fecundidad de su lumbre? Pues así el divino Corazón de Jesús, sol de las lamas, ¿dónde había de brillar con más gracia y encanto sino en el corazón virginal de la Rosa americana? Por muchos siglos había adorado el Perú como a la primera de sus divinidades al astro rey de la naturaleza; pero he aquí que disipadas ya las tinieblas de la idolatría se nos presenta el Sacratísimo Corazón, como el verdadero sol de las almas, como el único Dios y Señor de todas las naciones. Así la América se despertó a la vida de la fe en la aurora de la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, que, al levantarse como el sol en el cielo de la Iglesia, bañaba ya con sus resplandores matinales las altas cumbres de la santidad donde ostentaba su virginal corola la primera *Flor de las Indias*. ¡Verdaderamente la América es el mundo del Sagrado Corazón!

Pero no pararon aquí los favores. Esta *florecita de las Indias*, como llama un historiador a nuestra Santa, había cautivado con sus encantos al Rey de los cielos, y el divino Sol de la América iba a ser pronto el Esposo de Rosa. He aquí la historia de estos purísimos y celestiales desposorios, tal como la refiere uno de los más conocidos biógrafos de la Santa (1). "Después de tan asombrosos preludios, no faltaba más que el divino Esposo se declarase del todo y convidase a su amada Rosa a la gloria de su tálamo, no ya en símbolos y sueños, sino en vela y sin rebozo. Verificóse esto el domingo de Ramos del año de mil seiscientos diez y siete, último de su preciosa vida. Bendecidas en aquel santo día las palmas y

(1) Bermúdez, Lib. III, Cap. VII.

ramos, es costumbre repetirlas a dos coros mientras se dispone la procesión. Esperaba Rosa, como en otros años, la suya, entre las demás beatas, arrodillada en la Capilla del Rosario. Pero ya fuese olvido del sacristán o singular disposición del cielo, lo cierto es que Rosa se quedó en aquel año sin la palma, que como terciaria recibió en los precedentes. Confusa con la novedad, temía, turbada, no fuese causa de aquel acaso algún demérito suyo que la hicese indigna de ir con ramo en aquella ceremonia triunfal. No por eso dejó de asistir a ella con sus compañeras, aunque triste y con rubor. Acabado todo, se dirigió a la Capilla del Rosario, puerto de sus borrascas y asilo de sus penas. Postrada a los pies de la Santísima Virgen, derramó su corazón en copiosas fuentes de lágrimas, que le salían por los ojos. Se acusaba de haber perdido la palma por excesivo deseo de tenerla o por demasiado remisa en solicitarla. Y clavando la vista en la sagrada imagen, reconoció que su rostro sereno, propicio y a su parecer risueño, la halagaba dulcemente".

"Otras veces había favorecido a Rosa esta milagrosa efigie con lo apacible de su semblante, mas nunca tan a las claras, ni con tantas demostraciones como entonces. Con lo que recobrada la virgen, no trocaría su suerte con las que llevaron palmas en aquel concurso, y exclamó diciéndole a la Madre de Dios: "No quiera su Majestad, Señora, que yo reciba palma de mano de los hombres: Vos, Vos misma me habéis de dar una, que jamás se marchite y me enriquezca". Al preferir esto, advirtió que la Emperatriz del cielo se volvió alegre al Niño, que trae en sus brazos, mirando a Rosa con suavidad y dando felices oráculos de la buena suerte que le esperaba. Conoció también que el divino Infante la vio con tal agrado que prorrumpió en estas palabras: *ROSA DE MI CORAZON, sé mi esposa*. Voces que penetraron en el corazón de la Santa y le renovaron con más viveza las que oyó de su antiguo amante representado en un cantero. Abismada en su nada, luchaba en afectos de amor y temor, y rendida al peso de tan inexplicables mercedes, no sabía más que imitar al modelo de la humildad más

sublime, repitiendo sus soberanas expresiones: "Aquí tenéis, Señor, a vuestra esclava siempre pronta a cumplir vuestras altísimas determinaciones". Ni dejó de explicarse en esta ocasión María, fuente de todas las gracias, añadiéndole a Rosa: *Mira la incomparable merced que mi divino Hijo se ha servido hacerte*.

"Siguieron los opulentos dones y dádivas, con que un tal Esposo dotó y colmó el alma de Rosa en el día de sus espirituales bodas. ¿Qué humana elocuencia, por más que se esfuerce, podrá dar a conocer su riqueza y abundancia? La misma que las recibió y experimentó, preguntada muy en particular por el Doctor Castillo, no halló otro modo de describirlas, sino confesando que eran inexplicables. Y para que tan extraordinario beneficio no se borrase jamás de la memoria, luego que volvió Rosa a su casa trató de perpetuarlo. Y con este designio llamó a un hermano suyo y le previno que con un compás le formase el diseño del tamaño y medida de un anillo, que ajustado a su dedo del corazón, fuese un continuo despertador de su augusto desposorio; que en vez de diamante se había de esculpir un JHS, y que meditase la inscripción que se había de grabar en el contorno del anillo, como si la dijese el Esposo; ¡Cosa admirable! hecho el dibujo, tomó el hermano la pluma y estampó las mismas palabras que le dijo el Niño, sin tener noticias de ellas, ni habérselas repetido. En aquella misma noche se encargó a un platero la obra, que concluyó prontamente, dando el oro María de Oliva (madre de la Santa) y Fernando hermano de Rosa. Se ha reconocido el anillo, y empezando por en medio del cerco se lee *ROSA DE MI CORAZON* (sigue un corazón sobre el que está un *JHS* de esmalte colorado) *SE MI ESPOSA*. La misma santa llevó el anillo a la iglesia de Santo Domingo y rogó al sacristán lo pusiese en el arca, en que el Jueves Santo se deposita el Santísimo Sacramento hasta el sábado en que se le devolvió".

De esta manera fue elevada Santa Rosa de Lima a la singularísima honra de esposa del Sagrado Corazón. Pero el Dios del Calvario es un *Esposo de sangre*, que

tiene por diadema un cerco de espinas, y la cruz por tálamo nupcial; y a este regio tálamo de las vírgenes fue pronto levantada la esposa nueva del Corazón divino de Jesús. Toda su vida había sido de cruz, abnegación y sacrificio; la mortificación más cruel, las enfermedades más prolijas la habían labrado primorosamente en el yunque del dolor; pero llegaba ya el tiempo en que debía consumarse el holocausto de esta preciosa *víctima de caridad*. El Señor hizo comprender anticipadamente a su cándida esposa los agudísimos dolores que muy en breve completarían la corona de sus merecimientos. Contempló, pues, en visión simbólica a la Humanidad sacratísima del Salvador en medio de dos arcos de luz de indecible hermosura, de los que el más alto remataba en una cruz roja, humedecida con sangre, que tenía barrenados los lugares de los clavos y ostentaba en su parte superior el *Inri* triunfal. De esta sacratísima Humanidad deriváronse al corazón de Rosa y a lo más profundo de su alma *inexplicables llamadas y rayos suavísimos de gloria,* según el decir de la misma Santa, que le hicieron comprender lo cercano de su fin, y el dolorosísimo martirio que para entonces la aguardaba. En efecto, pocos meses después de sus desposorios la atacó su última enfermedad que la postró en su lecho de muerte, víctima de misteriosas y extrañas dolencias. Uno de los dolores que más la atormentaban, según lo declaró la misma virgen, fue *uno como puñal de fuego que le atravesaba incesantemente el Corazón* desde el lado izquierdo. Convertida, pues, en una exactísima copia de su divino Esposo crucificado, consumó esta heroica virgen el sacrificio de su existencia el 24 de agosto de 1617, a los 31 años de su edad. *Hanc primam amoris victimam admovit aris India*. Esta fue la primera flor que la América ofrendó al Altísimo en aras de la santidad: pero basta ella para formar la gloria de un mundo, puesto que el Señor mismo la ha proclamado la *Rosa del Sagrado Corazón*.

Un notable orador francés ha dicho últimamente: "Las dos grandes corrientes de la piedad contemporánea, y las dos grandes esperanzas de la Iglesia en sus combates son el Corazón de Jesús y la Inmaculada Concepción, Paray-le-Monial y Lourdes". Cosa en verdad

muy notable; la América se despertó a la vida de la fe, precisamente al calor de estas dos encantadoras devociones. La Inmaculada Concepción y el Sacratísimo Corazón de Jesús, es decir, la Aurora y el Sol de la vida, apresuráronse a tomar posesión del Nuevo Mundo, apenas había surgido éste del seno de las olas. Las dos metrópolis de la América española, México y Lima, presagiaron con años de anticipación las celestiales revelaciones de Lourdes y Paray-le-Monial. La que un día se había de aparecer sobre los rosales del Gave, diciendo al mundo *Yo soy la Inmaculada Concepción*, presentóse ya antes en América, en confirmación del mismo misterio, el doce de diciembre de mil quinientos treinta y uno, entre las rosas también de la colina mexicana de Tepeyac. La célebre aparición de Guadalupe fue, pues, como el principio de las portentosas manifestaciones de Lourdes. De igual manera, las sublimes revelaciones de Paray-le-Monial fueron, en cierto modo, iniciadas en Lima, cuando el Sagrado Corazón se presentó como un sol derramando resplandores sobre la virginal *Rosa de Santa María*. Mandamiento es de Dios que se le han de consagrar las primicias de todas las cosas: el Nuevo Mundo ha cumplido exactamente esta ley, ofrendando en los altares del Altísimo lo más hermoso que hay en el orden de la naturaleza y de espíritu: *las flores y las vírgenes*, la Rosa de Lima y los rosales de México. ¿Y no es esto una especie de consagración de la América hecha por el cielo mismo al culto de la Sacratísima Virgen y al amor del Sagrado Corazón? Sí, la América toda del Norte a Sur, propiedad es de la Virgen Inmaculada, y altar consagrado al Corazón Sacratísimo de Jesús.

¿Qué son, en efecto, los santos sino los más poderosos embajadores y más altos representantes que tienen las naciones ante el trono del Señor? Por esto los dones prodigados a los santos son también gracias concedidas a los pueblos a quienes representan. Los santos son como sacramentos vivientes en la Iglesia, porque son canales portentosos de gracia para las naciones que tienen la dicha de poseerlos. Lo que Dios hace con sus siervos predilectos, lo hace también en cierta manera con la nación y el pueblo felices de que aquellos son el más pre-

cioso fruto. Según esto, las místicas bodas de la virgen limeña, ¿no representan acaso los desposorios del Sagrado Corazón con la Iglesia americana?

¡Ah! necesario nos es levantar los ojos al cielo para disipar los temores que se tienen por el porvenir de esta tan hermosa cuanto desgraciada América. ¡Pero no desesperemos todavía: la América ha sido y es todavía el *Mundo del Sagrado Corazón;* el catolicismo está en el pueblo todo, la impiedad sólo en los Gobiernos! Que se conviertan los gobiernos ,y veréis a la América trocada súbitamente en un mundo de fe, en una región de santos. Esas redes de ignominia, que la masonería y el radicalismo han tenido sobre los palacios de los gobernantes, veréis pronto desaparecer, cual débiles telarañas, cuando se despierten esas auras de vida que se encierran en las tumbas de los santos. ¿Qué es, si no, esa aura de piedad, esa fragancia como de rosa que va cundiendo por la América desde hace pocos años? ¿No sentís ese soplo de vida que agita a muchos pueblos a quienes se reputaba ya exánimes y víctimas de mortal descomposición? Colombia se reconstruye, el Perú se despierta, levántanse los católicos de Chile y la Argentina, los de México se preparan, y el católico gobierno del Ecuador tiene la honra de ser el blanco de las iras de las logias franc-masónicas. ¿Cómo explicar todo esto, si no es dirigiendo nuestras miradas hacia la cuna de la ínclita Rosa de Santa María, Patrona de la América? Los santos no mueren: su intercesión vive siempre para la Iglesia; hoy, pues, que principia el cuarto siglo de esta intercesión gloriosa, parécenos que otra vez se levantan de la cuna de la ilustre virgen esas auras de vida y esa fragancia de Rosa que embalsaman ya nuestro Continente.

Hace, en efecto, como doscientos años que la Iglesia de América, en el oficio de su santa Protectora viene anunciándonos esta que más que una esperanza es una profecía: *Benedicta es tu, Filia, a Deo excelso; qui non pepercisti animae tuae propter angustias, et tribulationem generis tui: sed subvenisti ruinae ante conspectum Dei nostri*. Bendita sea la ilustre orden de Santo Domin-

go, que nos ha dado la Judith del Nuevo Mundo; ella abatirá a nuestros enemigos, ella cortará la cabeza de la impiedad y la revolución.

En cambio de estos favores, ¡con cuánta pompa, con cuán inusitado júbilo no debe celebrar toda la América el tercer centenario del nacimiento de su insigne Defensora! Pero entre todas las manifestaciones posibles de piedad, creemos que ninguna sería más gloriosa para Dios, honrosa a nuestra Santa y provechosa a nuestro Continente, como la *CONSAGRACION DE TODA LA AMERICA AL SAGRADO CORAZON DE JESUS*, hecha en la época del presente Centenario. ¡Cuán magnífico sería que, si no en el presente abril, el 30 de agosto fiesta de la Santa, todos los Ilmos. Obispos de América, desde el estrecho de Behring hasta la Tierra del Fuego, consagrasen todas las diócesis del Nuevo Mundo al Corazón Sacratísimo de Jesús! A este Corazón divino está ya consagrada la primera Rosa de la América: ¿por qué no se le consagraría también lo que menos vale, el suelo en que se produjo tan encantadora flor?

Pobre es la América, pero así y todo no le faltan preciosos dones que ofrecer en los altares de su Dios. ¿No son acaso *Flores del Sagrado Corazón* la Rosa de Lima y la Azucena de Quito? Consagrada ya la flor, ¿por qué no también el suelo?

¡Parécenos que nuestro divino Redentor, como en otro tiempo a la virgen limeña, se vuelve hoy a la Iglesia americana, y con voz casi de súplica le dice: *ROSA CORDIS MEI, TU MIHI SPONSA ESTO: Rosa de mi Corazón, sé mi esposa!*

La República del Sagrado Corazón de Jesús. Núm.: XVII, Tomo II, marzo de 1886, págs. 603 - 619.

LA B. MARIANA DE JESUS, AZUCENA DE QUITO.

LA FLOR DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS MARIANA DE JESUS, AZUCENA DE QUITO.

I

Transición de la Ley Antigua a la Nueva. El Despertar de América a la sombra de la Cruz.— Apostolado de Inmolación.

Sicut lilium inter spinas. (Cantic. 11, 2)

El momento más solemne en la vida de los pueblos es aquel en que éstos pasan de las tinieblas de la idolatría a la luz de la verdadera fe; para entonces Dios tiene reservados los tesoros de su bondad y las magnificencias de su poder. Si la ley del Sinaí fue anunciada a los hebreos al fulgor de los relámpagos, al estampido de los truenos y al resonar de las angélicas trompetas, la ley Evangélica que es ley del amor ha sido predicada a las naciones al suave y dulcísimo resplandor de los fuegos del Cenáculo. La Cruz salvadora se ha paseado al través de todas las naciones y las razas, no lanzando rayos, sino derramando flores. Como en la visión sagrada del Horeb, la llama sacrosanta del Cenáculo prende hasta en la marchita zarza de los pueblos infieles, pero sin devorarlos; porque no es el fuego de la cólera divina, sino el del amor el que prepara el reino del Evangelio, y del cual está escrito: *ignis ante ipsum praecedet*.

Al despertarse la América del sueño de la idolatría a la vida cristiana, fue también ella testigo de estas maravillas encantadoras de Pentecostés. Grandes e infati-

gables apóstoles derramaron la semila evangélica del uno al otro de sus confines, entre un cúmulo extraordinario de portentos, semejantes a aquellos que la historia nos refiere de la primera edad de la Iglesia. Lo que leemos de San Francisco Javier en sus misiones de la India, lo vemos repetido en las admirables vidas de San Luis Beltrán o un San Francisco Solano. Basta el solo nombre de Santo Toribio de Mogrovejo, para recordar los prodigios que acompañaron a la predicación de la fe católica en el Nuevo Mundo: prodigios tales, que al saberlo la Santidad de Gregorio XIV exclamó transportado de júbilo y con lágrimas en los ojos: *Benedictus Deus qui ubique regnat, et ubique ministros suos regnare facit!* Sorprende en efecto el grado altamente heroico a que llegaron, en el santo Arzobispo, la caridad, el celo, la mortificación y demás preclaras virtudes apostólicas. En cambio el Cielo le constituyó el Moisés del Nuevo Mundo, y como tal, pastor, legislador, apóstol y taumaturgo. Poseía el don de lenguas y de milagros, resucitaba muertos, y como legislador hebreo hacía saltar aguas de las rocas y dividía a su paso el curso de los ríos. Veíase con mucha frecuencia lucir sobre su frente una estrella esplendorosa, y veíasele no pocas veces en dulcísimos coloquios con los ángeles. A su muerte se contemplaron los más extraños fenómenos en el cielo, los que no pueden atribuirse a una ciega credulidad porque se verificaron, por decirlo así, a la vista de todo un mundo, y aparecen atestiguados en los procesos por las personas más respetables que entonces habitaban estas comarcas. "Un cometa de esplendor extraordinario, refiere el historiador más célebre del Santo (1), apareció repentinamente en Lima, y durante veinte noches proyectó sus rayos sobre la Catedral y el palacio Arzobispal contiguos el uno al otro. Desapareció la noche misma de la muerte de Santo Toribio. En el mismo momento un prodigio aún más brillante llenó de terror a los habitantes del reino. La luna, que se encontraba entonces en oposición, se eclipsó casi enteramente durante cuatro horas consecutivas, y ob-

(1) El erudito y sabio Don Berangier, Abad de Solesmes.

servadores atentos vieron unas como gruesas lágrimas que se desprendían de tiempo en tiempo de esa masa oscura. Este fenómeno fue tanto más notable, cuanto que ningún eclipse de este astro había sido previsto para esta época por los astrónomos. El Doctor Gaspar de Herrera, gobernador del Tucumán, depone que él mismo consultó en ese instante el boletín de astronomía sin encontrar nada en él. Por lo que, no sólo las gentes del pueblo y la muchedumbre ignorante, sino también los sabios y los altos empleados del Estado, permanecieron en una gran perplejidad. Todos temían una grande desgracia: ignoraban que en esa noche misma su santo Arzobispo expiraba en Saña. Un tercer prodigio no menos admirable vino a anunciar a los peruanos la pérdida inmensa que habían hecho. Se vio en Saña, en el momento en que el santo entregaba su alma a Dios, aparecer en el cielo una cruz luminosa a la que no pudieron eclipsar ni los rayos mismos del sol. Este fenómeno fue notado en diversos lugares: en Saña se le vio del lado del norte; en Arequipa, distante de aquella cuarenta leguas, se le divisó en dirección hacia el sur; en Lima hacia el poniente. Esta cruz milagrosa, después de haber brillado por muchas horas, desapareció repentinamente..."

Esta hermosa aparición de la cruz en América, en el momento en que consumaba su carrera el más insigne de sus apóstoles, era una señal clara de que la fe católica había tomado ya posesión del Nuevo Mundo. *"Hoc signum Crucis erit in coelo um Dominus ad judicandum venerit"*, exclama la Iglesia en la fiesta con que celebra las glorias del santo de nuestra redención; y el juicio de que se habla en este lugar es tanto el pavoroso con que terminarán los siglos, como aquel de que nos habla el Salmista, cuando dice: "El Señor ha reinado, alégrese la tierra y confúndanse los que adoran a los ídolos". En medio de éstos y otros semejantes prodigios fue plantada la Cruz en estas regiones por los misioneros en la tierra y por los ángeles en el cielo.

Faltaba sólo que la Cruz, que tan gloriosamente había conquistado al Nuevo Mundo, tomase también pose-

sión en él de todas las almas y corazones. Esta hermosísima misión fue confiada por el Altísimo a delicadas y tiernas doncellitas: la fe anunciada por los apóstoles había de ser confirmada por la sangre de las vírgenes: tras el anuncio de la doctrina, debía venir la predicación del ejemplo, el que hubo de ser tanto más eficaz, cuanto más débiles eran las personas que lo daban. Hecho hermoso profetizado ya en el salmo 67, que describiendo el camino triunfal de la Iglesia al través de todos los siglos y naciones, dice: *"Praevenerunt principes conjuncti psallentibus, in medio juvencularum timpanistriarum"*: abren la marcha los príncipes seguidos del coro de cantores en medio de jovencitas que van tocando panderos. Al lado de Santo Toribio de Mogrovejo, santa Rosa de Lima. ¡Oh espectáculo embelesador hasta para los ángeles!

Pero en los tesoros de su inagotable misericordia, Dios suscitó a otra no menos admirable virgen, para que en medio mismo de la América, en el *corazón del Nuevo Mundo,* exaltase con sus ejemplos la Cruz predicada en todas sus regiones en medio de tantos prodigios. Esta alma privilegiada fue Mariana de Jesús. Gloria es del Ecuador haber tenido por su principal misionera a una hermosa virgen, en cuyo tierno pecho aunó el Altísimo la pureza del ángel con el celo del apóstol y la fortaleza del mártir. Esta singular misionera no plantó es verdad la Cruz entre nosotros, porque la halló ya levantada, pero la arraigó perpetuamente con el riego de su sangre; pues le tocó en suerte el desconocido, pero el más fecundo de los apostolados, el de la inmolación! La vocación de esta insigne virgen se explica en una palabra: fue una *víctima,* pero ¡qué víctima! de aquellas de que basta una sola para fundar un pueblo e inmortalizar una raza. La incomparable vida de Mariana de Jesús es la clave de la historia del Ecuador; la *Azucena de Quito* explica la *República del Sagrado Corazón;* y sólo cuando esta última haya escalado la cumbre de sus destinos, podrá medirse en su colosal magnitud la grandiosa misión de la primera. No vacilamos en decir que la América toda y hasta el mismo siglo XIX necesitan de Mariana de Jesús, por

que este *ángel del sacrificio* es el modelo más acabado de las virtudes que tanto se echan de menos en este tiempo. Sí, nuestro siglo necesita más que los otros de santos, pero de santos como Mariana de Jesús, que salven a las naciones y a los pueblos por medio de la inmolación. Dios exigió a Abrahám diez justos para perdonar a Sodoma, y hoy el mundo, que todo se ha convertido en Sodoma de corrupción e impiedad, necesita también para salvarse de víctimas! Los santos son estas víctimas que aplican a las naciones los méritos infinitos de la Hostia sacrosanta del Calvario. La Cruz que ha salvado al mundo hasta ayer, lo salvará también hoy y mañana, pero necesitamos de santos que hagan flamear sobre los pueblos el adorable signo de nuestra redención.

Como acontece con casi todas las almas grandes que traen al mundo una misión de extraordinaria santidad, el nacimiento de Mariana de Jesús fue anunciado por el cielo con raros y estupendos prodigios; prueba inequívoca de que el Señor la había escogido para sí desde el seno de su madre, y que desde muy temprano cuidaba con anhelo de la que venía destinada a ser la *Azucena de su Corazón divino*. Fueron los padres de esta dichosa niña el Capitán Jerónimo Flores Zenel de Paredes, natural de Toledo, y Doña Mariana Granobles Jaramillo, natural de Quito; ambos notables por lo elevado de su alcurnia, pero mucho más por la pureza de sus costumbres, pues habían llegado a formar una familia verdaderamente cristiana; a tal punto que su casa era conocida en la ciudad con el nombre de la *Casa de la Oración*. En premio de tan edificante conducta, cuando habían avanzado ya mucho así en los años como en las virtudes, les concedió el Señor tener por hija a la predestinada a ser honor de la Iglesia y Gloria de la América. El cielo y el infierno cada uno por su lado anunciaron a los dichosos padres esta rara maravilla. Próxima ya Doña Mariana a dar a luz el precioso fruto que llevaba en su seno, vióse asaltada de negra melancolía, pues se le puso que llevaba en sus entrañas a la que había de ser el verdugo de su vida, y si bien al cabo de muchas reflexiones logró desvanecer estos funestos presentimientos, "no tardó

Satanás, refiere el Padre Butrón, en hacer patente de donde venía el tiro, con otro descubierto asalto. Dormía ella tranquilamente una noche, cuando al despertar de repente su esposo con el sordo ruido de unos pasos, ve un enorme mastín de aspecto feroz y horrible en ademán de abalanzarse a la consorte. Sorprendido de espanto e incapaz de reflexión, echa mano a lo primero que encuentra, y al lanzar contra la fiera unos zapatos descubre que es una sombra sin cuerpo. Llama sin embargo a los criados, para disminuir la impresión en el ánimo sobrecogido de su esposa, les manda que busquen aquel perro y le arrojen de casa: obedecen ellos y siendo inútil las pesquisas se convencen todos de la operación diabólica dirigida a conseguir el aborto de Doña Mariana y la destrucción de una niña, de quien temía el abismo los primeros instantes".

Si tanto se empeñó el infierno en aterrar a estos cristianos padres, el cielo por su lado se apresuró en consolarlos con un hermoso y estupendo prodigio. Llegada la hora del parto, y mientras todos temían por la vida de la madre, he aquí que sobre el cuarto en que ella yacía apareció de pronto como suspensa una estrella brillantísima y de primera magnitud, la que servía como de base a otra multitud de estrellas pequeñas agrupadas en forma de graciosa palma. Llena de gozo la madre con tal novedad, disipa sus congojas y temores y da plácidamente a luz a la niña, la noche de un sábado, treinta y uno de octubre de mil seiscientos diez y ocho. El cielo que había anunciado con portentos la muerte de Santo Toribio de Mogrovejo, pronosticaba con otros semejantes el nacimiento de Mariana de Jesús; los primeros eran de dolor y los segundos de gozo, y ambos con ocasión de dos víctimas puras destinadas a empapar en su virginal sangre el suelo de la América, sangre aceptada por el Señor como una hostia, y como tal santificada con milagros. Y, ¿qué significaba aquella palma de estrellas levantada triunfalmente sobre la que un tiempo se había de llamar República del Ecuador? Anunciaba tal vez una pléyade de santos que, en torno de la ínclita virgen Mariana,

debía en breve levantarse en nuestro cielo (1). Una palma de luceros y un ramo de azucenas, he aquí las insignias entre las que debía campear el Corazón Sacratísimo de Jesús, en la nación destinada especialmente a ser el trono de sus glorias.

II

Clave de la historia del Ecuador. La incorpórea presencia del maligno en la "Casa de la Oración".— Un sábado 31 de Octubre de 1618, por la noche.— Mariana de Jesús, síntesis misional del pueblo ecuatoriano.— Túnica blanquísima de Virgen.— La Azucena de los Andes.— Ascua de caridad y Angel de reparación.— "Qué de cosas hay en el Cielo".

Las naciones como los individuos, y aún con más razón las primeras que los segundos, tienen una *vocación*, esto es un destino especial que llenar en el mundo. Glorificar a Nuestro Señor Jesucristo de la manera determinada y precisa que Dios ha señalado a cada pueblo al criarlo: he aquí cuál es la vocación especial de todas las naciones, piedra angular sobre que descansa el edificio social de los pueblos, y anillo que sostiene el encadenamiento de su historia en el curso de los siglos. Pero así como un artífice, para formar una estatua, primeramente hace el molde en que ha de ser fundida; a esta manera Dios en el origen de los pueblos les envía varones providenciales, almas grandes y portentosas que en lo heroico de sus hazañas y en lo sorprendente de sus vidas, presentan el tipo en el que han de ser vaciadas las razas y naciones que después se levantan sobre su sepulcro. La vida de los santos es la clave con que se descifra la historia de los pueblos. Por esto los santos son el don más precioso que en las larguezas de su munificencia hace Dios a los hombres.

---

(1) Visión clarísima del Autor de lo que está ya sucediendo. Mons. Yerovi, Mons. Checa y Barba, García Moreno, Hno. Miguel, Sor Mercedes Molina, Padre Julio Matovelle, etc.— N. E. E.

Citemos un hecho. Santa María Magdalena es el primero y más grande apóstol de la Francia, y la historia de este ínclito pueblo está como vaciada en la vida de la ilustre penitente de Betania. La Francia es la Magdalena de las naciones; cierto que ha cometido grandes faltas y extravíos, pero, ¿dónde también hallar caridad como la suya? Por esto no está lejano el día en que, al llorar arrepentida sus culpas, ha de oír del Salvador estas palabras: "Se te perdona mucho porque has amado mucho". Al hablar de Francia, ¿no percibís algo como esencia de nardo?... ¿no os parece contemplar la figura de una mujer que vaga entre las sombras junto al sepulcro del Señor, quejándose amorosamente a los ángeles y a los hombres: *quia tulerunt Dominum meum, et nercio ubi possuerunt eum!*... Unos momentos más, y junto al sepulcro eucarístico, en el que llora muerto al que triunfa ya resucitado, oirá la pecadora arrepentida esa voz que da vista a los ciegos y vida a los cadáveres, que le dirá dulcemente: *¡María!*

El Ecuador, la República del Sagrado Corazón, al nacer a la existencia ha traído también al mundo una misión, humilde como pocas, pero en gran manera hermosa. ¿Y dónde la estudiaremos? En la vida de la Virgen, más pura que hasta ahora Dios ha regalado a este pueblo. La *Azucena* de Quito es el molde en que ha de ser vaciada la República del Sagrado Corazón. La gloria principal del Ecuador, lo excelso de sus destinos está en haberse *consagrado,* esto es en haberse ofrecido la República entera, pública y oficialmente, como una hostia a este Corazón Divino. Pues bien, precisamente en Mariana de Jesús tenemos un ejemplar y un tipo de lo que debe ser una víctima consagrada al Corazón del Salvador. Veámoslo.

Jesús Hostia es el fin y el modelo de todas las víctimas: El mismo en cuanto hombre se ha ofrecido en holocausto a su Padre, y quiere que todos los fieles; miembros de su cuerpo místico, sean también otras tantas hostias inmoladas ante la Majestad Divina, entendiéndose que todas ellas traen mérito de su unión con la Víc-

tima Sacrosanta del Calvario; y este mérito será tanto mayor, cuanto con más exactitud represente la copia con las perfecciones del divino original.

El primer carácter distintivo de la augusta Víctima del Calvario es la *inocencia*. Los libros santos lo llaman el Cordero sin mancha, y la Iglesia le proclama *Hostia santa, Hostia pura, Hostia inmaculada*. Al verle San Juan Bautista en las orillas del Jordán, le mostró a las turbas diicendo: *"¡He aquí el Cordero de Dios; he aquí el que quita los pecados del mundo!"*. Sólo la inocencia infinita podía lavar en su sangre la infinita malicia del pecado. Pues de modo no igual, pero al menos semejante, quién quiera ofrecerse en víctima para la salvación de un pueblo debe presentarse adornado con la blanca túnica de la inocencia adquirida en las aguas del bautismo o al menos en las lágrimas del arrepentimiento. ¿Quién subirá al monte del Señor, o quién se presentará en su santuario? pregunta el Salmista real, y contesta: *innocens manibus et mundo corde,* los que traen limpias las manos e inmaculado el corazón.

Pues he ahí cabalmente el rasgo más distintivo de la belleza encantadora de Mariana de Jesús. Conservó siempre intacta su inocencia bautismal, sin mancillarla jamás no sólo con culpa grave, pero ni aún con venial deliberada. Su túnica blanquísima de Virgen la guardó tan intacta que jamás permitió que el polvo más imperceptible del mundo enturbiase el brillo angelical de su pudor. Desde la cuna manifestó la inocente virgen este apasionado amor de la pureza; pues se refiere en los procesos, que siendo muy niña aún, no consentía que se le sacase jamás a la calle con el rostro descubierto, y lloraba entonces tan inconsolable que no había otro remedio para contentarla que darle gusto. Contaba sólo tres años cuando encontrándola en la calle un caballero amigo de su casa, el doctor Juan Martín de la Peña, al verla tan hermosa, llevado de su cariño, la tomó en brazos para besarla en el rostro. Pero la tierna niña se sintió tan ofendida de ello, y defendió tan obstinadamente su pudor infantil que hubo el doctor de ceder de intento, pro-

fundamente admirado de encontrar en esa diminuta criatura una virtud tan consumada. A los doce años huyó del mundo que ni siquiera conocía, y se retiró a vivir en el huerto de su propia casa, como una anacoreta en las soledades del yermo; donde no permitió la entrada, sino con motivos graves, a muy raras personas de su familia. A la edad de siete años se consagró al Señor con voto de perpetua castidad, y tan exactamente la guardó que afirma uno de sus confesores, que "fue admirable esta sierva de Dios en su pureza virginal, pues en toda su vida no sintió movimiento desarreglado en su cuerpo, ni pensamiento sensual en su alma, de modo que más parecía ángel que mujer". Tan adelante fue en esta virtud que declara con juramento otro de sus confesores, que solía Mariana dar gracias a Dios de que la hubiese librado tan misericordiosamente del vicio contrario, que ni aun imaginarlo podía. La singular pureza de esta admirable virgen fue testificada por el cielo con el prodigio más estupendo que leerse puede en la vida de los santos, cual es haber brotado de su inocente sangre esa azucena misteriosa que ha venido a ser su símbolo y su nombre.

¡El cáliz de la Azucena era la urna de alabastro en que había de guardarse el Corazón del Hijo de la Virgen! ¡La Patria de la Azucena había de ser la República del Sagrado Corazón! El Ecuador es la azucena de los Andes. ¿No veis cómo la azulada cordillera abre hacia el cielo sus gigantescos pétalos de nieve, donde como en ebúrnea copa derrama el sol los destellos más vívidos de luz? El aspecto material de la República es una imagen fiel de sus destinos morales. La fe sin mancilla, la pureza incontaminada de costumbres, han de ser la urna de marfil en que hemos de encerrar el Corazón de nuestro Rey y nuestro Dios.

La primera cualidad de una víctima es la inocencia, la segunda es el amor, amor que se traduce en hambre de sacrificio y sed de inmolación. La inocencia prepara la víctima, pero sólo el amor la perfecciona. La primera es su gala y su corona, el segundo es el fuego que la devora y la consume. *Christus dilexit nos*, dice San Pablo,

et tradidit semetipsum pro nobis oblationem, et hostiam Deo in odorem suavitatis. Cristo nos amó y se ofreció a sí mismo a Dios en oblación y hostia de olor suavísimo. Impulsado de este amor exclamaba: "Con un bautismo tengo de ser bautizado: ¡oh y cómo traigo en prensa el corazón mientras que no lo veo cumplido!" Y hallándose pendiente de la cruz todabía clamaba: *sitio* ¡sed tengo!

En éste como en el primer punto la copia se parece al modelo, la hostia que el cielo ha regalado al Ecuador es semejante a la Víctima divina del Calvario. La pasión más ardiente de Mariana de Jesús era amar a Dios y sacrificarse por sus prójimos. Siendo muy niña aún asistió al elogio fúnebre que de una religiosa muerta con notable concepto de santidad se hacía en el templo de la Concepción de Quito, y oyendo a una parienta que la acompañaba decir con admiración de tan sublimes virtudes: "¡Oh quién pudiese imitar a esta sierva de Dios!" no pudo contenerse la extática Mariana, y como inflamada en caridad le contestó: "¡Todo, todo, mediante Dios, lo puede el amor!"

Desde muy temprano el fuego del amor divino prendió en Mariana con la vivacidad y el ímpetu que se admira en las almas consumadas en perfección, siendo de ello prueba incontestable tanto sus palabras como sus acciones. La frase más habitual en sus labios, en todos sus trabajos, penas y enfermedades era ésta: *Sea por el amor de Dios*. Uno de los confesores de la ilustre virgen, el Padre Juan Camacho ha dado de ella este testimonio: "Digo que Nuestro Señor la levantó a lo supremo de la contemplación que consiste en conocer a Dios y sus perfecciones sin discursos y *amarle sin interrupción*"; y en efecto, tan activa era en ella esta caridad, que solía decir a menudo que *se le abrasaba en amor el corazón*. Sus conversaciones más frecuentes eran acerca del amor divino, y cifraba su mayor empeño en comunicárselo a cuantos la querían oír.

Fruto y al mismo tiempo alimento de esta virtud eran en Mariana su devoción encendida a la Pasión Sacra-

tísima del Señor, y al Sacramento adorable del altar. Jesús crucificado ha sido para todos los santos, pero muy especialmente para la Azucena de Quito, el término de sus deseos y el ideal de sus aspiraciones. De aquí esa incesante y austerísima penitencia que llegó a hacer de Mariana un trasunto perfectísimo del Esposo Divino del Calvario. De aquí también en ella esa hambre insaciable de la Sagrada Eucarisíta. Cediendo a sus amorosas instancias le permitieron los más sabios confesores que comulgase dos y tres veces por semana aún antes de cumplir doce años, y cuando alcanzó esta edad, conociendo la consumada virtud de la tierna niña, no vacilaron en permitirle la comunión diaria. Erale tan necesario este divino Pan del cielo, que en una ocasión que por prueba le prescribió su confesor que se abstuviese de la comunión cuotidiana, cayó gravemente enferma con una fiebre maligna que llegó a causar serios temores por su vida; siendo al fin el único remedio devolverle el sagrado alimento que se le había quitado.

Tan ardiente era el amor de Mariana a Jesús Hostia, que apenas había comulgado quedaba enajenada de los sentidos y arrobada en éxtasis; viéndosela a veces, dice el autor de su vida, con rostro lleno de resplandores y encendido como ascua; y aseguraba uno de sus confesores, que entonces no se la podía conocer, porque se transfiguraba el semblante de la virgen, como si fuera de un ángel, y le hacía dudar si era Mariana de Jesús la que había comulgado. Su mayor delicia era adorar al Dios sacramentado, en cuya dulce presencia permanecía horas enteras de rodillas como si fuese una estatua; principalmente en los días de carnaval, se le admiraba en esta postura desde el romper el alba hasta las seis de la tarde, en un éxtasis continuo, como transformada en ángel de la reparación.

Estos éxtasis y arrobamientos le sobrevenían no sólo en la iglesia, sino también en su casa cuando se ponía a hablar de Dios, como aconteció una vez con una devota amiga suya llamada Petronila de San Bruno. "Sucedió, dice el Padre Morán de Butrón, que visitándola ésta una tarde, la rogó que tocase un poco de guitarra, y sin

hacerse rogar mucho Mariana, deseosa de aprovechar toda ocasión de ofrecer tiernísimos afectos a su dulce Esposo, la tomó y templó, y a muy poco de empezar a tocarla se quedó enajenada y suspensa, fijos los ojos en el cielo, con una mano en las cuerdas y la otra en los entrastes, en cuya postura permaneció desde las cinco hasta las seis de la tarde. Al dar las seis volvió en sí y prorrumpiendo en un amoroso y vehemente suspiro: *¡Ay! hermana Petronila,* dijo, *qué de cosas hay en el cielo!* Esta divina llama que cada día se levantaba más alta en su corazón, la encendía en deseos de morir por gozar cuanto antes de su Dios. Hallándose ya cercana a su tránsito y hablando con la misma amiga, le dijo una ocasión: "Hermana, has de saber que ya se me va hinchando un pie, y no me da pena, porque es tan grande el ansia que tengo de gozar de mi Dios, que deseo ya morir. Háseme aparecido mi madre y querida Santa Gertrudis, y me ha regalado con sus palabras y me ha dicho cómo mi Esposo me tiene guardadas siete sortijas muy preciosas".

III

Sed inextinguible de inmolación: Azucena entre espinas. Tremendas maceraciones de la insigne heroína.— Vocación de Hostia.— Abstinencia perpetua.— Hermosa lozanía y frescura de rostro que forman en Mariana como un velo para ocultar sus austeridades.

El amor es fuerte como la muerte, dice Salomón; sus brasas, brasas ardientes y un volcán de llamas. *Fortis est ut mors dilectio: lampades ejus, lampades ignis atque flammarum*. El alma atormentada con este fuego ansía por el bautismo de sangre, como un refrigerio, y llama a la muerte como una auxiliadora. El espíritu de inmolación y sacrificio es el volcán de llamas en que revienta la oculta hoguera del amor. La mejor prueba de la caridad heroica que animaba a Mariana de Jesús es la sed inextinguible de inmolación que la consumía y que alcanzó en ella grado tan subido que éste es el distintivo singular de su perfección. Pues si la hermosura ideal de Cristo, considerado no en todo su conjunto porque es imposible, sino sólo bajo algunas de sus fases, es el tipo

que deben imitar todos los santos, Mariana de Jesús recibió indudablemente del cielo la vocación especial de copiar en sí el estado de víctima de nuestro Divino Salvador. Jesús inmolado en el Calvario: he aquí la transfiguración más sublime del amor, en cuya contemplación extática abrió al cielo su cáliz la célica Azucena de Quito. Dos rasgos característicos de su vida bastarían para convencernos de ello.

El primero es su amor a las espinas. Parece que Mariana desde muy niña presintió ya su destino de Azucena; por eso el atractivo irresistible a vivir y desarrollarse entre las espinas, realizando a la letra y como instintivamente aquello de la Escritura: como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes: *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias*. De todos los géneros de mortificación corporal, el que se proporcionaba con las espinas era siempre de su mayor agrado; no sólo las buscaba, sino se recreaba en ellas y las amaba con pasión. Siendo todavía de pocos años, la llevó consigo doña Jerónima su hermana, a una hacienda que tenía distante cinco leguas de Quito, en un sitio llamado Saguanchi. Luego que la familia arribó a aquel paraje, mienrtas unos tomaban descanso, y otros procuraban acomodarse en la casa, desapareció Mariana sin que nadie hubiese podido notarlo. Cuando pasó ya el tiempo advirtieron su ausencia, buscáronla con afán sin poderla encontrar en parte alguna; hasta que el mayordomo de la hacienda internándose como al acaso en el cercano bosque fue a dar con ella nada menos que en el durísimo ejercicio de despedazar su inocente cuerpo, que se azotaba con fuerza en las desnudas espaldas con unas como disciplinas hechas de varas de punzadores abrojos. Atónito quedó el hombre del espectáculo tan raro como inesperado, y muy sonrojada la pequeñuela de hallarse descubierta de este modo. Pero no por eso se enmendó, pues hasta por dos veces más fue igualmente encontrada en la misma práctica de mortificación.

Otro día que la nueva solitaria volvía de su amado retiro, echóse rendida de cansancio en los brazos de su hermana, entre los cuales se quedó dormida. Doña Je-

rónima, deseosa de que su hermanita descansase más holgada y tranquilamente, quiso acostarla en su lecho, y cuando con tal intento, sin que ella lo notase, principiaba ya a desnudarla, advirtió sorprendida que la inocente criatura tenía ceñidos al pecho, la cintura y las espaldas con unas zarzas espinosas, que a manera de cilicio le rasgaban el cuerpo y manchaban en sangre sus vestidos.

Una de las devociones predilectas de la tierna niña era el Vía-crucis, el cual lo recorría siempre con actos de la más ingeniosa y ruda mortificación. En cada una de las estaciones de aquel santo ejercicio colocaba de antemano una pequeña cruz cercada de un manojo de cambroneras; y luego suplicaba a las otras niñas que en tales devociones le acompañaban, que cuando se inclinase a besar aquel sagrado signo, cada una de ellas le diese un empellón. Con tan grandes instancias exigía Mariana este servicio, que al fin lograba realizar sus deseos, pues al término de esas dolorosas estaciones hallábase cual nueva Verónica con la imagen divina de Jesús impresa con sangre no ya en lienzo sino en su mismo semblante virginal.

Esto hacía Mariana cuando contaba apenas un lustro de su edad. Más adelante llegó a tan alto grado su mortificación, que bien puede compararse en esta virtud con los santos más penitentes que cuenta en su seno la Iglesia. Uno de los actos más frecuentes de aquella, era llenarse la cabeza con una corona de cardas, la que, en la Semana Santa, era reemplazada por otra de espinas que le ocasionaban agudísimos dolores y le arrancaban sangre viva. Entre las insignias de amor que en el trono de la cruz ostenta Cristo Rey, la corona de espinas era la que más hechizaba a la sierva de Dios, y con más fuerza le arrebataba el corazón; como si a ella sola estuviese dirigida aquella invitación que a todas las almas fervorosas hace el Espíritu Santo: "Salid oh hijos de Sión afuera, y veréis al Rey Salomón con la diadema que le coronó su madre en el día de sus desposorios: *Egredimini et videte, filiae Sión, regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum mater sua in die desponsationis illius,*

et in die laetitiae cordis ejus". Tan grande era el amor que profesaba a esta imperial diadema del Esposo divino, que si le hubiese sido posible habría preferido llevar eternamente en sus sienes la corona de espinas en vez de la guirnalda de estrellas con que ciñen las vírgenes en el cielo. ¡Heroísmo de amor y penitencia que coloca a Mariana de Jesús a lado de ese serafín del Carmelo que en sus éxtasis exclamaba: *¡Pati non mori!* Y en efecto, serafín de caridad fue el título que el docto Padre Alonso de Rojas, su confesor, dio a nuestra ínclita virgen quiteña en la oración fúnebre que pronunció en sus exequias. En prueba de su aserto refirió el hecho siguiente: Un día del achaque último de que murió esta señora, hablábamos ella y yo del amor divino, y entre otras cosas que le dije, una fue: "Vamos al cielo señora a pasear en compañía del Cordero por los campos de la bienaventuranza". *Vamos Padre mío,* me respondió la enamorada virgen. Yo le pregunté: Por ventura, ¿alguna vez ha visto al Cordero Cristo y a las vírgenes que lo acompañan? ¿Háse hallado con ellas en el cielo? Y ella con toda sinceridad respondió que sí. ¡Oh qué ilustrísimas tropas de vírgenes, le dije yo, serán las que acompañan al Cordero! Las vírgenes mártires vestirán de colorado. *Sí visten,* dijo ella. Las vírgenes que no son mártires, vestirán de blanco, dije yo. *También visten de colorado,* respondió la enferma. Y yo repliqué: ¿Cómo pueden vestir ese color, si no son mártires? Porque la virginidad, respondió la virtuosa doncella y discreta anciana, es martirio, y la premia Dios con insignias de mártires. Y porque yo no pensase que la enferma se agradaba como niña de las galas del Cordero y del olor de sus ungüentos levantó la mano hacia un *Ecce Homo* que tenía pintado junto al lecho, y llegó con los dedos a señalar muchas veces la corona de Cristo, como quien dice: *No me agrada tanto de las galas del Cordero, cuanto de sus espinas"*.

Pero nada tan hermoso en Mariana de Jesús, como el último momento de su vida, admirable y bellísima prueba de cuanto úntimamente hemos dicho. Exhortábale en aquel supremo trance el ya citado Padre Alonso de Rojas; y hacíalo de esta manera, según lo refiere el Padre

Morán de Butrón: "Aplicóle a los labios la imagen de Jesús crucificado y le dijo que besase los pies de su Redentor y los bañase en lágrimas, agradeciéndole los pasos que había dado para salvarla y el haberla enseñado a vivir y morir en su imitación y seguimiento. Pasó después a hacerla besar la llaga del costado diciéndole con dulzura: *"Entre, señora, en las entrañas de la misericordia divina, en que nos visitó el sol, que comenzó su carrera desde lo más alto de Dios. Busque como paloma el nido del árbol de la vida, Cristo, la llaga de su pecho, para librarse de la tempestad deshecha de la muerte"*. Aquí se detuvo la enferma por algún tiempo besando la llaga y bebiendo, por decirlo así, con ansia de hidrópica las aguas de la divina gracia que despedía aquel santísimo costado, *cuando de repente y con movimiento ansioso se abalanzó a besar las espinas de la sacrosanta cabeza de Jesús, en cuyo ósculo,* sin los horrores de la agonía, en un visible acceso amoroso, *pasó su purísimo espíritu a las manos de su Esposo celestial,* en edad de veintiséis años, seis meses y veintiséis días, el viernes 26 de mayo de 1645 entre las nueve y diez de la noche".

Así, pues, Mariana, la Azucena de Quito, germinó entre las espinas, entre ellas se desarrolló y finalmente murió en el ósculo extático de las ensangrentadas espinas de Jesús. ¿Y no será el amor heroico de Mariana a esta insignia dolorosa de Cristo crucificado, lo que ha merecido a la República del Ecuador la honra insigne de ser ella la primera que en las sienes gloriosas del Salvador triunfante había de poner la corona de su Reinado social?...

Otro de los hechos de la vida de esta gloriosa virgen que nos manifiestan haber sido ella criada por el cielo para copiar en sí el estado de víctima del Redentor, es el ansia ardorosa que la devoraba de verter su sangre por el Amado. La augusta víctima había dicho: *Baptismo habeo baptizare: et quo modo coarctor usque dum perficiatur!* Con un bautismo de sangre tengo de ser yo bautizado: ¡oh y cómo traigo en prensa el corazón, mientras que no lo veo cumplido! Y estrechado por este deseo principió a derramar su sangre en Belén, bañó con ella

los olivos de Gethsemaní, las calles de Jerusalén y la roca del Calvario, hasta no retener en su cuerpo sacratísimo ni una gota, puesto que la última fue arrancada por la cruel lanzada del soldado.

Mariana imitó admirablemente este rasgo divino de la fisonomía encantadora de Jesús. Desde muy niña le atormentaba la sed del martirio, tanto que se resolvió a dejar su casa e internarse en las selvas amazónicas para morir allí en testimonio de la fe a manos de los bárbaros infieles. Mas, como le fue imposible realizar este designio, se determinó a inmolarse en su propia casa mártir de amor y de penitencia. Consideraba su sangre como cosa que ya no le pertenecía, por haberla consagrado toda al divino Esposo; y así bullíale siempre en las venas, hervía y como que porfiaba con vehemencia a verterse, dice uno de sus confesores. No contenta con arrancársela con su corona de espinas, espantosos cilicios y crueles flagelaciones, dio con la traza de sangrarse continuamente y con tal abundancia que sin un manifiesto prodigio habría debido esto sólo causarle la muerte. Año hubo en que estas sangrías llegaron al número increíble de ciento y setenta, siendo lo notable que todas le fueron prescritas por médicos, que por permisión de lo alto condescendían sin dificultad con sus deseos.

Para que sobre lo referido se conozca algo más la sed de sacrificio y las estupendas maceraciones en que se consumió la vida de esta insigne heroína, reproduciremos fragmentos de dos papeles suyos manuscritos que se encontraron después de su muerte. En un pequeño plan de vida en que determina los ejercicios espirituales en que ha de ocuparse cada día, pone lo siguiente: "A las cuatro (de la mañana) me levantaré, haré disciplina, pondréme de rodillas, daré gracias a Dios, repasaré por la memoria los puntos de la meditación de la pasión de Cirsto... De seis a nueve (de la noche) oración mental, y tendré cuidado de no perder de vista a Dios. De nueve a diez saldré de mi aposento por un jarro de agua y tomaré algún alivio moderado decente. De diez a doce oración mental. De doce a una lección en algún libro de vidas de santos y rezaré maitines. De una

a cuatro dormiré, los viernes en mi cruz, los demás días en mi escalera: antes de acostarme tendré disciplina. Los lunes, miércoles y viernes de los advientos y cuaresmas, la oración desde las diez a las doce la tendré en mi cruz. Los viernes, garbanzos en los pies y me pondré una corona de cardas y seis cilicios de cardas. Ayunaré sin comer toda la semana. Los domingos comeré una onza de pan, y todos los días comenzaré con la gracia de Dios". En otro papel, también de su letra, pide a su padre espiritual licencia para añadir penitencias en un adviento, sin alterar su distribución acostumbrada, en los términos siguientes: "Padre mío: Si V.P. gusta de darme licencia para añadir a mis penitencias que ahora tengo este adviento: siquiera estaréme en cruz todas las noches desde las seis hasta las siete, y los lunes, miércoles y viernes con garbanzos en los pies. Disciplina todas las noches a las once, a la una y a la cuatro. Cilicios, los de cardas todos los días y tormentos en los brazos y muslos con unas cuerdas de cerdas, y un cilicio de alambre de cuatro vueltas en la cintura, desde la víspera de Todos los Santos hasta la víspera de Pascua, si Dios es servido. En los ayunos la regla que mi padre me dejó, de comer cuando la necesidad me obligare. Padre mío, véalo V.P. muy bien; que yo no tengo de hacer más que lo que V.P. me mandare: comuníquelo con su Majestad, que El se lo inspirará si fuere su voluntad; que yo no deseo otra cosa sino es que toda Mariana le sea agradable a sus ojos, y plegue a Dios que sea para mayor gloria suya. Amén".

Pero aún más que todo lo que dejamos dicho, ponen en evidencia que Mariana de Jesús tuvo la vocación de hostia, y fue una víctima preparada y escogida muy especialmente por el cielo, los extraordinarios y repetidos prodigios con que manifestó el Señor cuanto se complacía en la inmolación de su sierva. Parece desde luego indudable que a esta ilustre virgen le fue concedido desde la cuna el uso perfecto de su razón, cosa que no se lee sino de muy pocos santos, como una Hildegarda o un Felipe Benicio. Don tan precioso como raro le fue otorgado a Mariana, para que desde los primeros albores de su existencia principiase ya la vida de inmolación y

sacrificio, para la que había sido puesta en este mundo. Consta de las declaraciones auténticas del proceso, que apenas nacida esta portentosa niña, quiso su madre amamantarla a sus pechos pero por más esfuerzo que hizo no pudo lograr que tomase ni una gota de leche si no es llegada la noche en que se alimentó para no volverlo a hacer hasta la mitad del siguiente día; costumbre que siguió después invariablemente en todo el tiempo de su lactancia. De modo que observando desde entonces el más riguroso ayuno tomaba su escaso alimento sólo dos veces, una al medio día y otra hacia la media noche; pero suprimía esta última refección los lunes, miércoles y viernes de cada semana, pudiendo servir ya en la cuna de modelo al más austero eremita.

Toda la vida de la insigne virgen quiteña está llena de hechos maravillosos que demuestran clarísimamente que fue elegida con vocación muy especial por el cielo para ser una víctima que con su incesante inmolación aplacase la cólera del cielo. El principal de estos prodigios es la misma penitencia extraordinaria de Mariana, imposible de practicarse por las solas fuerzas de la naturaleza. Su abstinencia principió en la cuna, llegó después a grado tan heroico que pasó muchas cuaresmas con sólo seis onzas de pan, y aún fue tan adelante que hubo tiempo en que no comía sino de quince en quince días, y entonces lo mismo que una rebanada de pan que luego se la arrancaba el vómito. Sus confesores la obligaron a que moderase este rigor comiendo cada ocho días alguna cosa, y el escasísimo alimento de que entonces se servía iba las más de las veces condimentado con ceniza, hiel o hierbas amargas, de manera que aún en eso encontraba nuevo ejercicio de penitencia. Dos prodigios convencieron a todos que esta abstinencia era indudablemente milagrosa.

Fue el primero que siempre que Mariana se veía obligada por sus confesores o por las instancias de otras personas a tomar algún sustento por pequeño que fuese, convertíasele este en un verdadero tósigo que la ocasionaba tantos dolores y fatigas, que no hallaba remedio si no es tornando a arrojar lo que había recibido. El segun-

do es la hermosa lozanía y frescura de rostro que el Señor concedió a su esposa, como un velo con que ocultase a las gentes su inimitable mortificación y austerísima abstinencia.

Manifestó también el cielo cuanto se complacía en las demás penitencias de Mariana con otros no menos singulares y admirables portentos. Tan terribles y despiadadas eran sus disciplinas, que sus espaldas estaban casi siempre como dos arroyos de sangre, sobre todo en los días en que se conmemora especialmente la pasión del Salvador, como el jueves y el viernes santo. Pero estas heridas que eran abiertas por el amor penitente de la virgen eran luego curadas milagrosamente por el cielo; pues consta en los procesos la declaración de una religiosa de Santa Clara, a quien hizo Mariana esta confidencia: que las espaldas heridas y maltratadas el jueves santo aparecían el viernes tan tersas y sin lesión como si nunca las hubiera martirizado; con lo que se sentía animada a hacerlo de nuevo en aquel día solemne, pero de un modo más cruel y terrible. Esta sangre que la inocente víctima se arrancaba de las venas ya por sus continuadas y crueles disciplinas o ya por sus numerosas sangrías, era tan agradable al Señor que no se cansó de manifestar claramente que la aceptaba toda en holocausto de suavidad.

Entre estos prodigios merece mención el siguiente: acumulábase aquella sangre recogida de esa suerte en un lugar apartado del huerto de la casa y sin embargo jamás se corrompió, muy al contrario, se conservó siempre fresca y embalsamando el aire con deliciosa fragancia. El mismo olor celestial despedían las paredes y ladrillos de la celda de la virgen, que habían sido empapados en ese purpúreo licor.

Tanto se complacía el Eterno en esa sangre virginal que no consentía que ni una sola gota de ella fuese profanada por la curiosidad más sencilla; sino que la quería toda para sí como ofrenda rarísima de inestimable precio. Cierta ocasión entró a visitar a Mariana que se hallaba enferma, una señora amiga suya llamada doña

María de la Peña, precisamente en el momento en que la estaban sangrando y "llevada, como refiere el Padre Morán de Butrón, de la gran estimación que le merecían las virtudes de la enferma, tomó con no menos ansia que disimulo la taza en que había caído la sangre, y sacando un pañuelo metió en ella una punta y la empapó bien para conservarla como reliquia. Púsole en seguida en la faltriquera, y yéndose a su casa complacida y gozosa como si llevara un trofeo, al querer desdoblarle para enseñar a los suyos la adquisición feliz y luego guardarle como rico tesoro, no daba fe a sus sentidos viendo que el pañuelo estaba tan blanco y sin sombra de mancha como antes de intentar el hurto devoto".

IV

La Azucena del Sagrado Corazón de Jesús.— Agua y sangre como en el Drama del Calvario.— Desarmando la cólera Divina.— Clave que nos explica la existencia de Mariana de Jesús.— Heroica inmolación por los crímenes de su Patria.— El martirio revestido de nueva forma; sacrificio místico.— Los mártires incógnitos salvarán la sociedad moderna.— La omnipotencia de Dios en manos de las víctimas; basta una de ellas para salvar a un pueblo.

Pero si Mariana copió tan exactamente en su cuerpo la divina imagen de Jesús crucificado, con más exactitud todavía imitó en su espíritu el interior incomparable de la víctima sacrosanta. De manera que podemos decir con toda verdad que el Corazón Santísimo de Jesús, ese Corazón dulcísimo que se define en tres palabras, Cor amoris víctima, fue el modelo que siempre tuvo en mira esa hostia virginal inmolada por la salvación del Ecuador. De aquí en la insigne heroína ese amor apasionado por cada una de las tres insignias del sacrificio que adornan a ese divino Corazón: la cruz, las espinas y la herida abierta por la lanza. Ni quién podrá negar cuántas íntimas y dulcísimas confidencias tuvo Mariana con ese Corazón enamorado, cuántos secretos de la Iglesia y de su Patria no habrá leído en El, ni cuántos torrentes de

gracia salidos de la fuente de toda perfección habrán inundado el alma de la apasionada virgen. Sabido es que ella obtuvo como un favor especial del cielo que no se publicasen jamás las secretas y múltiples comunicaciones que su espíritu recibía del Señor, y si obligada a veces por mandato de sus confesores las revelaba a su pesar a algunas personas graves, éstas olvidaban aquellos secretos tan luego como los habían escuchado, y de manera tan completa y absoluta que nada de aquello podían recordar después. Sin embargo, refiérense en su vida dos hechos que bastan para autorizarnos a llamar a Mariana la Azucena del Sagrado Corazón, pues demuestran a las claras cuanto amaba ella a este Corazón divino, y los espléndidos favores que de El recibía en cambio de su generosidad y sacrificios.

Siendo niña todavía acostumbraba hacer Mariana un género de mortificación con el que se esforzaba por copiar en sí de alguna manera, la herida de amor abierta por la lanza en el Corazón Sacratísimo de Jesús. "Viéronla más de una vez, dice su historiador, descubrirse el pecho como quien busca refrigerio en la frescura del aire, y luego a poco hacer un manojo de ortigas y llevada del ansia de asemejarse a su Esposo maltratado por su amor, azotarse la parte descubierta con tanta fuerza, que llegaba a hinchársele con el dolor de que sólo Dios y ella eran testigos, repitiendo entre tanto con ardoroso acento: ¡Oh costado derecho de mi amante Esposo! ¡Oh costado herido de mi Jesús crucificado! Al renovar estas palabras quedaba como muerta a cuanto pasaba en su derredor y sin advertir siquiera que la observaban algunas niñas, de quienes como muy amigas de observar por sus pocos años hemos recibido estas cortas noticias".

Quien siendo muy niña amaba con tanto ardor a ese Corazón divino, podemos suponer en qué llamas de caridad seráfica ardían por el mismo, cuando adulta ya escaló las más altas cumbres de la perfección. Hemos referido antes cómo acercándose los últimos momentos de su vida clavó extática los labios en ese costado abierto, y cómo expiró en el beso de las espinas que forman

la corona del Dios crucificado; ahora mencionaremos un favor muy singular que el Corazón bondadosísimo de Jesús concedió a su esposa, poco antes de que ocurriera su dichoso tránsito. Pero para calcular la magnitud de aquel, es necesario advertir que de las gracias que Dios concede a una alma las más preciosas no son tantos los éxtasis y revelaciones sino aquellas que más le asemejan a su divino modelo; ser semejante al Corazón inmolado del Redentor es sin duda alguna don más excelente que contemplarlo en las delicias de un rapto. Pues bien, el cielo quiso manifestar con un prodigio muy raro que Mariana de Jesús era una copia exacta de ese corazón divino, y precisamente en el acto de su inmolación, cuando fue atravesado sin piedad por el cruel hierro de la lanza.

Hallábase Mariana víctima ya de su última y misteriosa enfermedad, en la que le asistía como médico el Dr. Juan Martín de la Peña. "Visitóla, refiere el biógrafo citado, un día a los últimos de su vida, y conociendo en el pulso la necesidad de una sangría y no queriendo fiarse de mano ajena, tomó la lanceta y con gran júbilo de la enferma, preparando todo lo de costumbre, teniendo la copa para recoger la sangre un cierto José Rodríguez de Paredes, que después fue sacerdote. Miraba éste asombrado y mucho más el médico, el prodigioso efecto de la sangría, porque apenas picada la vena, brotó manifiestamente (son palabras del mismo facultativo) un hilo de agua clara, limpia y transparente, y luego que hubo caído todo en la taza, dio lugar a que saliese la sangre. Miró entonces D. Juan Martín a Mariana, y sin poder contenerse, le dijo: esto, señora, sucedió sólo en el costado de nuestro Redentor; a lo que volvió Mariana una respuesta tan sabia y profunda, que no menos aturdido con ella que por el milagro dijo entre sí el doctor: esta mujer ha estudiado en superior escuela. Hecha la sangría puso él su cuidado en dos cosas: la primera fue recordar la respuesta de la enferma, pero por más que hizo no pudo lograrlo, borrándole Dios las especies sin que le quedase más que de un alto concepto de aquellas palabras; la segunda fue consultar el caso con hombres doctos y de

reputación bien sentada, los cuales concibieron nueva estima de Mariana y apreciaron más de allí en adelante a su médico. Acaeció este prodigio el último viernes santo de su vida. "No paró allí el prodigio, porque "sobre la cicatriz de la sangría se le formó una carnosidad o botoncillo a la manera de la cabeza de un clavo, que le duró hasta la muerte, causándole tan vivos dolores como si en efecto un clavo le taladrase el brazo".

Precisamente de la sangre que se le arrancó a Mariana en las numerosas sangrías que se le hicieron en los últimos tiempos de su vida, brotó la milagrosa azucena encontrada en el huerto de su casa después de su dichosa muerte. No quería el Señor manifestarnos con tantos hechos prodigiosos y simbólicos que la República del Sagrado Corazón, figurada tal vez por esa azucena. había de germinar de la sangre y agua de su costado abierto? Los santos son imágenes vivientes del Salvador, en quienes se reproducen a veces de modo sensible los misterios de la Redención para reanimar la fe de los pueblos. Sí, pues, la iglesia universal es la azucena mística que brotó en la cruz del Corazón rasgado del Señor, la iglesia ecuatoriana es un botón humilde de esa hermosa palma germinada en el Calvario.

Pero, ¿por qué preguntaba cierta ocasión una persona docta, por qué siendo Mariana de Jesús una criatura pura e inocente, prevenida con tantas gracias desde su cuna, y que jamás cometió un pecado venial deliberado se hallaba animada de esa sed insaciable de *inmolación y sacrificio*? ¿Cuáles eran los crímenes ocultos por los que esa castísima Virgen quería satisfacer a la justicia divina con una tan terrible y asombrosa penitencia? ¡Ah! es porque de esos excesos inconcebibles de los santos vivimos los pecadores. Ese exceso de penitencia indebida en los justos es en la balanza de la cólera divina el contrapeso de los criminales excesos de este mundo. Por esto cuando Dios en los arcanos inescrutables de su misericordia quiere salvar a un pueblo envía a él uno de estos ángeles de reparación que se interponen a sí mismos como un muro de defensa entre las iras justísimas

del cielo y los pobres criminales de la tierra. Esta es la misión sobremanera hermosa de una víctima, y ésta por lo mismo la clave que nos explica la existencia de Maria na de Jesús; a semejanza de su Redentor divino la cándida virgen quiteña vivió y murió para salvar a su pueblo.

Un domingo de cuaresma de 1645 alborotóse terriblemente la ciudad de Quito creyendo inminente una catástrofe. Corría toda la población por las calles haciendo pública penitencia y clamando misericordia. Abriéronse las iglesias en las que se expuso por la noche el Santísimo Sacramento, y todos esperaban con la mayor zozobra que diese el reloj las doce. "En tal apurada situación acudieron varios parientes de Mariana a su cuarto y la suplicaron alcanzase del Señor la suspensión del anunciado castigo. Recibiólas ella con palabras de consuelo y los exhortó a que confiasen en la divina misericordia; con que los despachó más animados; pero apenas se quedó sola, entró en su último retrete, y empezó a descargar sobre su inocente cuerpo tal lluvia de fieros golpes y a suplicar con tantos sollozos y lágrimas a su Esposo que aplacase sus iras, que desde la calle se apercibía uno y otro, sus gemidos y sus azotes. "Obtenida la gracia del Altísimo cesó de disciplinarse y envió a decir a sus parientes, de parte de su celestial Esposo, que ya podían estar tranquilos.

Pero si Dios no se cansa de perdonar, el hombre mucho menos de ofenderle; y así pocas semanas después del suceso que dejamos referido subió de punto la cólera del cielo que amenazaba reducir a escombros por sus vicios y pecados a la incipiente provincia de Quito. "Aquejaba ya a la ciudad una pestilencia mortífera de alfombrilla y garrotillo, pero tan tenaz y maligna, que de noventa jóvenes que vivían en el colegio de San Luis, sólo 3 no experimentaron sus rigores, cayendo enfermos los demás y muriendo no pocos. A proporción fue el estrago de toda la ciudad, y llegaron a poblarse sus iglesias y cementerios de cadáveres y a no oírse en ella otra cosa que el clamoreo de las campanas y el alarido de los po-

bres enfermos. Sintiéronse al mismo tiempo en toda la provincia terribles temblores de tierra, quedando en uno de ellos convertida en ruinas la ciudad de Riobamba. En tales circunstancias, predicando un domingo de cuaresma por la tarde, en la iglesia de la Compañía de Jesús, el apostólico y celosísimo Padre Alonso de Rojas concluyó su plática con una fervorosísima súplica dirigida al cielo, en que generosamente ofreció su vida al Señor para que en cambio perdonase la del pueblo. Mariana estaba entonces al pie del púlpito, y al concluir el predicador su ferviente petición, transportada ella de caridad heroica, se ofreció en voz alta al divino Esposo, pidiendo la aceptase por víctima en lugar de aquel generoso sacerdote, para pagar ella sola por todos los crímenes de su patria.

La súplica de Mariana fue escuchada en el acto. "En efecto, dice su biógrafo, pareció que el Señor había aceptado la oferta en el hecho de haber cesado del todo los temblores, empezando a respirar la ciudad desde aquel punto. La epidemia cesó también tan felizmente, que jura el Dr. Juan de la Troya como testigo de vista que por Pascua ya no había un caso siquiera, ni sombra de sus reliquias. Y hubo de costar muy caro a Mariana esta preservación de Quito; pues lo mismo fue retirarse a su casa después del sermón, cuando se vio acometida de tan grave enfermedad, que se reconoció que era la última de su vida, sin darle lugar a que volviese a salir de casa y acabándola en menos de dos meses de extraordinario padecer".

En el momento que expiró Mariana hallábase junto a su lecho un gran siervo de Dios, el Hermano Hernando de la Cruz, quien permaneció entonces por espacio de una hora absorto en profunda contemplación. Al cabo de la cual volvió de su enajenamiento, y con voz animada y semblante risueño dijo a los parientes de la difunta: "No tienen de qué afligirse, señoras, por la muerte de esta felicísima mujer, porque sin parar en el purgatorio se fue derecho al cielo a gozar de Dios con tantos merecimientos, que le sobran muchos para partir con los pobres

que quedamos por acá". En seguida las aconsejó que no gastasen luto ni diesen muestra de sentimiento, pues en aquella muerte no había motivo de pena, sino, materia de gozo y parabienes a la República entera.

¡Gloria a la ínclita Compañía de Jesús que ha dado a la América y a la Iglesia entera la Azucena del Sagrado Corazón: *¡Lilium Cordis Jesu!;* de igual manera que la ilustre Orden dominicana había ofrendado ya en los altares del Salvador a la fragantísima Rosa de su Corazón: *Rosa Cordis mei*.

Terminaremos este relato repitiendo la reflexión que anunciamos al principio. La gran necesidad de la sociedad contemporánea se compendia en una palabra: ¡Sacrificio! El siglo XIX más que ningún otro ha escalado con satánica audacia las empinadas cumbres del orgullo, hasta llegar a lo que se llama la apoteosis del hombre. Los adelantos de la ciencia y los tesoros fabulosos que cada día acopia la industria junto con los goces interminables que ofrece una civilización descreída, han llegado a extinguir en las sociedades toda idea de abnegación y sacrificio; pero la extinción del sacrificio es la extinción de la vida. Luego, pues, o está ya próximo el mundo a hundirse en los abismos de horrorosa catástrofe, o ha de ser bañado en sangre regeneradora de víctimas. Dieciocho millones de mártires rasgaron sus venas para vivificar al agonizante mundo de los Césares ¿dónde hallar ahora almas generosas que quieran como aquellas inmolarse por la salud de la humanidad presente? ¿Dónde? En el mismo seno maternal fecundo que produjo a los primeros: en el seno de la Iglesia Católica. Sólo que hoy el martirio reviste una nueva forma, no ya la cruenta de los primeros siglos, sino la incruenta o mística de los últimos tiempos. Lo que Dios exige actualmente de su pueblo no es tanto la destrucción física del cuerpo sino el sacrificio espiritual del corazón. *¡Sacrifitium Deo spiritu scontribulatus: cor contritum et humiliatum Deus non despicies!* Por lo cual el modelo de inmolación que hoy se nos presenta es un corazón ceñido de espinas, herido por la lanza, coronado por la cruz y ardiendo en fue-

go de inextinguible llama. Este es el martirio que va acendrando a la iglesia; y cuando estos mártires incógnitos se hayan multiplicado por millones entonces se habrá salvado la sociedad moderna. No lo dudemos: el árbol sacrosanto de la cruz hoy más que nunca se levanta lozano y frondoso en el Calvario, y su ambiente perfumado de mirra, que embalsama ya la atmósfera ha de preservar aún al mundo de la corrupción que le amenaza.

¿Queréis aplicar a una nación próxima tal vez a su ruina los frutos preciosos de la redención divina? Bañadle en sangre, en la sangre pura y amante de las víctimas. *Sine Sanguinis effusione non fit remissio*. No son los clamores de la prensa, ni las combinaciones de los políticos, ni la fuerza de los ejércitos lo que ha de salvar a un pueblo; todo esto vendrá después, pero antes y como fundamento de toda regeneración se requiere otra cosa: la sangre de las víctimas. Por esto, de todos los apostolados el más fecundo, aunque el más desconocido, es el de la inmolación. Dios ha puesto su omnipotencia en manos de las víctimas. Basta una de ellas para salvar a un pueblo. Si queréis un ejemplo, ahí lo tenéis en la Azucena de Quito, Santa Mariana de Jesús.

SOR JUANA DE JESUS Y SOR GERTRUDIS DE SAN ILDEFONSO, RELIGIOSAS CLARISAS DEL CONVENTO DE SANTA CLARA DE QUITO, DEVOTISIMAS DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS EN EL SIGLO XVII.

SOR JUANA DE JESUS

La solemne y oficial consagración del Ecuador al Corazón Sacratísimo de Jesús es un hecho verdaderamente extraordinario que con justicia ha llamado la atención del mundo entero. El Gobierno y pueblo todo de la República, no satisfechos con el acto aislado de la consagración, lo han ratificado varias veces con manifestaciones de la más tierna piedad, como las del Congreso Eucarístico de Quito. Por el simultáneo concurso de las autoridades eclesiásticas y civiles hállanse ya iniciados los trabajos de la construcción de la Basílica Nacional ese testigo de piedad que narrará a las generaciones futuras los sacrificios que la presente se impone para hacer práctica y duradera la vigorosa fe que la anima. Hechos son éstos que han merecido ya al Ecuador el dictado hermosísimo de *República del Sagrado Corazón* y que le auguran el más grande y dichoso porvenir.

Sin embargo de todo esto, asáltanos una duda. ¿Habrán sido aceptables ante el acatamiento divino los tiernos votos y piadosas manifestaciones del Ecuador? ¿Hallábase acaso nuestra República, recién salida del caos revolucionario, convenientemente preparada para consagrarse al Corazón Santísimo de Jesús? ¿Era por ventura nuestra nación bastantemente cristiana y fervorosa, para presentarse como una hostia grata a los purísimos ojos de la Santidad infinita? Para ello habría sido necesario que una serie no corta de almas privilegiadas impetrasen con oraciones y sacrificios continuados una gracia tan extraordinaria y grande, como la de que un pueblo pudiera consagrarse como cosa y posesión exclusiva del Señor.

El orden, la armonía, la previsión, son el sello característico de las obras de Dios. Todas ellas son magníficas, todas dan testimonio elocuentísimo de su infinita sabiduría. *Quae a Deo sunt, ordinatae sunt... Confessio et magnificentia opus ejus*. Lo repentino, lo casual es propio de nuestra miseria, es el testimonio irrefragable de nuestra nada que en frecuentes ocasiones se revela. Dios, que todo lo dispone suavemente y todo lo realiza con firmeza, que tiene a su servicio hasta los abusos mismos de la indomable libertad humana; Dios, cuyas miras soberanas jamás pueden ser burladas ni aun por los excesos de nuestra malicia, procede en todas sus obras con majestuosa calma, con dulce y apacible señorío. El fruto es precedido de la flor, el día, de la aurora. Desde la humilde hierbecilla de los campos hasta el astro rey del firmamento, la creación entera nos demuestra que la armonía y la belleza son el sello de las obras del Altísimo.

Esta ley del orden vemos cumplida, con más vigor aún, si cabe, en el mundo moral. Los grandes hechos de la historia son siempre anunciados y preparados con siglos de anticipación. El desarrollo y prosperidad de una nación no es un producto espontáneo de la tierra, es el resultado de incesantes oraciones y prolongados sacrificios; la ciudad de Dios tiene por cimientos los hermosos y firmes collados de la santidad. *Fundamenta ejus in montibus sanctis*. ¿Dónde hallaremos, pues, en el Ecuador las almas privilegiadas que en sus íntimas relaciones con el Señor hayan arrancado de la munificencia divina grandes e inmortales destinos para su Patria?

He aquí un tema de nuestra historia, bello como pocos y provechoso como ninguno, que debería llamar la atención y provocar el celo de cuantos amen la verdadera grandeza de esta humilde pero singular porción de tierra que llamamos la *República del Sagrado Corazón*. Sí, no lo dudemos: este Corazón divino antes de proclamarse dueño y señor absoluto de este pueblo, se ha buscado en él rosas, azucenas y violetas que con justicia merecen ser llamadas las *Flores del Sagrado Corazón*.

Almas puras y santas han conquistado con muchos años de anticipación los sorprendentes destinos de esta incipiente región de la América. La consagración del Ecuador al Corazón Santísimo de Jesús no es una inspiración casual y repentina, es un hecho providencial, dispuesto y preparado lentamente por la infinita Sabiduría (1).

Si Lima ha producido una Rosa de fragancia celestial, que mereció ser llamada con el dulcísimo título de *Rosa del Sagrado Corazón, Rosa Cordis mei,* y que se le mostrara frecuentemente este Corazón divino a manera de un sol, que la circundaba con sus fuegos y resplandores; Quito ha dado a Santa Mariana de Jesús que puede ser denominada con toda propiedad la *Azucena del Sagrado Corazón,* pues brotó entre las espinas de la mortificación más austera, a la que unía una devoción ternísima al Costado abierto de su divino Esposo. Quejándosele una persona de las calamidades públicas y privadas porque tenía que atravesar, contestó la Bienaventurada: "yo para olvidarlas las encierro todas en el Cora zón rasgado de mi amante Jesús". Revelación magnífi ca de ésta su devoción fue el prodigio de que le brotaran sangre y agua de las venas, renovándose el milagro del Calvario, en una de aquellas dolorosas sangrías a que por mortificación se sujetó. Pero aparte de esta insig ne virgen que ha alcanzado el honor de los altares, Quito ha albergado en su seno a otras almas privilegiadas, favorecidas de modo singular por el Corazón sagrado de Jeús. Fijándonos en un solo convento de esta Capital, el de Santa Clara, encontramos en él a las admirables Juana de Jesús y Gertrudis de San Ildefonso, que por sus íntimas comunicaciones con aquel centro de divina cari-

(1) Las obras que nos han servido para escribir este artículo son la Vida prodigiosa de la Venerable virgen Juana de Jesús, por el P. Fr. Francisco Antonio de Santa María, impresa en Lima en 1756 y la inédita de la Venerable virgen Gertrudis de San Ildefonso, por el P. Fr. Martín de la Cruz, carmelita descalzo, obra que se guarda en el Convento de Santa Clara de esta Capital. Sometiéndonos en todo a los decretos de la Santidad de Urbano VIII, no queremos en manera alguna prejuzgar el grado de virtud de aquellas religiosas, ni que a sus revelaciones, que no hayan sido examinadas aún por la autoridad eclesiástica, se dé otro crédito que el puramente humano.

dad, han hecho de su claustro el Paray-le-Monial del Ecuador. Siendo muy de notar que casi al mismo tiempo que la extática Margarita María penetraba en los arcanos riquísimos del pecho del Salvador, aquellas ilustres hijas de San Francisco negociaban para su Patria aquellos inefables tesoros, y fecundizaban con lágrimas y sangre el terreno bendito en que tan bien había de prender esa flor preciosa del paraíso, la devoción al Corazón Santísimo del Señor.

Juana de Jesús nació en Quito el día veinticuatro de julio de mil seiscientos sesenta y dos, y murió el veintiséis de septiembre de mil setecientos tres, es decir trece años después de la insigne virgen de la Visitación. En el humilde puesto de sirvienta de su convento, y como terciaria de la ínclita Orden Franciscana, practicó las más difíciles virtudes, siendo reputada por todos como una santa, en tan alto grado que sus funerales se celebraron con pompa y concurso inusitados. Esta sierva del Señor fue favorecida con muy raras y señaladas visitas del cielo, y en ellas tuvo no pocas y hermosísimas revelaciones del Sagrado Corazón.

Cierta vez que oraba con grande y profundo recogimiento, se le representó en espíritu el Cenáculo, y en él, al Señor cercado de sus apóstoles como al tiempo de la institución del Santísimo Sacramento. Notó Juana con sorpresa que el asiento del Discípulo amado se encontraba vacío, cuando en esto la llamó el Salvador junto a sí, la hizo descansar en la silla del Apóstol y la reclinó con ternura soberana en su amoroso pecho. Entonces se revelaron a Juana de Jesús misterios profundísimos del Corazón del Verbo, y los más inefables arcanos de la Santísima Trinidad. En otra ocasión se le presentaron las Tres Personas adorables de la Trinidad augustísima, revestidas de ornamentos sacerdotales, y sacando el Padre de su seno, como de un riquísimo sagrario, una forma, le dio la comunión; dándole a entender con esto que su Hijo Unigénito y Divino es como el Corazón del Padre.

El Salvador se constituyó maestro inmediato de la humilde religiosa. Enseñábale el modo más provechoso

de visitar sus llagas sacratísimas, y pedíale que le acompañase en las agonías de Gethsemaní. Hacíale orar por la conversión de los pecadores, por la Iglesia universal, y muy particularmente por los magistrados y habitantes de ésta por entonces diminuta colonia de España, mostrándole el divino Costado abierto como el supremo remedio de todos los males. Cierta vez el Señor dio a beber a su sierva de la sangre adorable que brota de su Corazón rasgado, exigiéndole en cambio que también ella le brindase hospedaje en su pecho. Luego la dijo: "Esposa mía, quiero que los dos seamos peregrinos y huérfanos sobre la tierra, andando de puerta en puerta"; y pidiendo su amor, "Sábete, le añadió, que a esta hora (era la una de la tarde) nadie se acuerda de mí". ¿No era esto como un símbolo y anuncio de que la República del Ecuador debía de ser, en no lejano día, la amante fiel del Corazón divino de Jesús, en medio de la común y oficial apostasía de todas las naciones? En otra ocasión le dio a comulgar una forma que el mismo Redentor sacó de su Costado herido, como que en verdad ahí está la fuente de todas las gracias y sacramentos.

Valíase frecuentemente el Señor de su Corazón sagrado, para enseñar a su fervorosa discípula la práctica de las verdaderas virtudes. Púsole, cierta ocasión, al cuello un collar de oro finísimo, y pendiente de él una cruz, la que quedó como impresa y graba en el pecho de Juana. Poco después se le apareció Jesús crucificado, en aquel trono de su amor, y le mandó que introduciendo la mano en la llaga de su Costado, sacase una cadena, tan hermosa y rica que quedó admirada al verla. El Señor le explicó que esa primorosa cadena significaba la virtud de la obediencia. ¿No es esto para los pueblos modernos una provechosísima lección?: ella nos demuestra que en el Corazón Santísimo de Jesús se encierra el único y eficaz remedio contra todos los males del liberalismo y la revolución, el espíritu cristiano de sumisión y obediencia hacia los legítimos superiores. ¡Cuán grandes y poderosos motivos tiene el Ecuador para esperar que este Corazón divino le ha de salvar de los incesantes peligros que le amenazan!

Diferentes veces reveló el Señor a su sierva los tesoros de misericordia y las inefables riquezas de su caridad que se encierran en su Corazón dulcísimo; pero sobre todas es encantadora la siguiente enseñanza: Quiérote manifestar, le dijo, un misterio desconocido. Cuando me crucificaron extendí fácilmente la mano derecha, mas encogí la siniestra; porque aquela simboliza la misericordia en que soy generosísimo, y ésta la justicia, que siempre la escaseo; y si los pecadores no la extendieran con sus culpas, siempre la tuviera encogida. Empero, aunque la diestra dispensa con liberalidad el tesoro de las misericordias, la puerta más franca por donde entran mis escogidos a gozarlas es la llaga de mi Costado".

De esta manera Juana de Jesús debe contarse entre las almas que más regaladas han sido por el divino Corazón. Ella ha compartido con San Juan la dicha de reclinarse en el pecho adorable del Salvador, y la de introducir la mano en su Costado abierto como San Tomás; con Margarita María ha participado de las angustias de Gethsemaní, y con Magdalena y las santas mujeres ha acompañado al Salvador y su Santísima Madre en las agonías de la cruz. ¡Cuántos tesoros de gracia no deberá la República del Sagrado Corazón a la intercesión poderosa de esta alma privilegiada!

SOR GERTRUDIS DE SAN ILDEFONSO

Al mismo tiempo que Juana de Jesús, ilustraba también al claustro de Santa Clara la insigne Gertrudis de San Ildefonso. Nació esta célebre religiosa en Quito el cuatro de noviembre de 1652; fueron sus padres D. Diego Dávalos y Mendoza, distinguido caballero sevillano, y doña Beatriz Sánchez Valverde, matrona recomendable de esta Capital. Muy niña aún entró en el antedicho monasterio, al que edificó con la práctica de las más heroicas virtudes por el espacio de cuarenta y tres años, y murió en 1709 con la muerte de los santos. Su vida fue

un tejido de los más estupendos favores del cielo, de los que referiremos únicamente algunos de los relativos al culto del Sagrado Corazón, por no permitirnos otra cosa los estrechos límites de este artículo (1).

Después de la Comunión se le quedaban frecuentemente intactas las especies sacramentales por varias horas y aún días consecutivos; entonces recibía Gertrudis de parte de su amado Señor carismas y dones tan regalados como es raro encontrar en las historias más extraordinarias de los santos. Una ocasión oyó que el Señor le decía como a Santa Teresa: "¡Gertrudis, ya soy Yo todo tuyo!"; y en seguida vio dos corazones, el uno grande que llevaba escrito este título: *Inmensidad de Dios*, el otro pequeñito, que entendió era el suyo. A esta vista quedó toda confusa y anonadada, como una gota de agua en el océano, como la nada en la *inmensidad de Dios*. Llegó el momento de comulgar, y después de haber permanecido como una hora en los abismos del propio conocimiento la levantó el Señor y dio a entender la tenía guardada en su pecho sacratísimo, y entrándola en la llaga del Costado le manifestó ser ésta la puerta patente y franca para todos los que por ella se dispongan a entrar a su Corazón divino, donde *todas las almas afligidas y pacientes han de encontrar alivio a sus penas en este valle de lágrimas*. "Considerando la liberalidad y misericordias, —son palabras de la misma sierva de Dios—, con que a todos los pecadores el Señor ofrecía su Corazón, le pidió mi alma encarecidamente por la de mi padre espiritual y que lo pusiese en ese puesto en que se hallaba ya la mía". Luego se sintió como sumergida en ese mar de la divina caridad, donde experimentó los transportes y delicias del paraíso, y confundiéndose su corazón virginal con el Sacratísimo de Jesús, repetía enamorada a su Salvador: *ya soy toda tuya*, mientras el Señor le decía también: *Yo soy todo tuyo*. Cosa admirable y ver-

(1) Sabemos que el R. P. Jouet, Visitador de los Misioneros del Sagrado Corazón, se prepara a publicar un compendio de los cuatro tomos en folio en que se contienen, inéditos hasta hoy, la vida y escritos de la V. Virgen Gertrudis de San Ildefonso.

daderamente digna de estudiarse: mientras en Paray se manifestaban a S. Margarita María los tesoros inefables que del divino Corazón de Jesús iban a derramarse sobre toda la tierra, una humilde hija de San Francisco pedía en Quito, al mismo tiempo, al Señor, prodigase esas riquezas en favor de los habitantes de la tierra que, en no lejano día, se había de llamar la República del Sagrado Corazón.

El celo de Gertrudis se extendía no sólo a las almas de su confesor y conciudadanos, sino a las de los pecadores del mundo entero. Habiéndosele mostrado cierta vez el Señor en la cruz, regando del pecho raudales de su preciosísima sangre, enternecida le pidió le diese una gotita de aquella para lavar su alma de toda falta e imperfección. El Redentor a esta súplica desprendió el brazo derecho de la cruz, y estrechó a Gertrudis contra su Costado abierto, haciéndola beber no gotas sino torrentes de esa su sangre divina. Al instante sintió la virgen que le ardía el pecho en llamas de vivísimo amor, y en la boca algo como un panal de sabrosísima miel. Embriagada con el vino de las celestiales misericordias del Señor, "le supliqué, lo refiere ella misma, que participara a todas las almas del género humano redimidas con su sangre este favor, y que se llegasen a aquella fuente sagrada a lavar todos sus pecados en la sangre del divino Cordero. Y después que había pedido por mi confesor y por mi familia, ví que todo el universo se juntaron tantas criaturas que por su multitud no se podían numerar ni contar; las cuales estaban delante de este Señor, en la puerta sagrada de su Costado santísimo, dándome a entender el Señor que todas las almas se llegaban a su Costado y sangre preciosa como abejitas al colmenar". Gertrudis de San Ildefonso, como Margarita María, contemplaba ya en profética visión el reinado hermoso del Corazón sagrado de Jesús difundiéndose sobre la redondez de la tierra.

Varias veces otorgó el Señor a su fiel esposa la gracia de acercarla a su Costado sacratísimo, y reclinándola en él le revelaba *altísimos misterios,* arcanos de

impenetrable caridad. Otras la sumergía en el piélago de su Corazón divino *como a un pececillo en el mar*. Esta lucha de amor era continua; "al paso que me retiraba, decía Gertrudis, el Señor me animaba y fortalecía con su gracia a entrar en lo más interior de su Corazón, que nuevamente más abierto el santísimo Costado y pecho a mi alma manifestaba; y en esos nuevos abismos e interior de misericordias en que el alma se perdía, le comunicaba secretos divinos".

Si Gertrudis habita en el Corazón de Jesús a su vez el Salvador habitaba perpetuamente en el corazón de esta su sierva, como en otro tiempo en el pecho de la ilustre santa benedictina, cuyo nombre llevaba la virgen quiteña.

"Vi, lo refiere ella, que el Señor ponía su nombre sacratísimo por sello en mi corazón; y luego contemplé que este sello indeleble, el dulcísimo nombre de Jesús, se transformó en un hermoso y tierno Niño que se colocó en medio de mi corazón". Pero como el Salvador no va a parte alguna sino acompañado de su cruz, en otra ocasión se manifestó a su esposa todo sangriento y rodeado de los instrumentos de su pasión sacratísima, los que no solamente le regaló sino imprimió en lo más profundo del corazón de su sierva.

Seríamos interminables si quisiéramos referir los favores, siquiera más principales, que Gertrudis de San Ildefonso recibió del Señor. Bástanos con lo dicho para manifestar que esta insigne virgen merece como Juana de Jesús, ser contada entre las almas más privilegiadas del Sagrado Corazón. Sin embargo no podemos pasar en silencio una gracia tan estupenda y grande que no leemos haber sido concedida otra semejante sino a un San Miguel de los Santos y a algún otro. Oía con frecuencia nuestra heroína una voz del Señor que le decía: *Gertrudis, dame tu corazón;* lo que producía en ella tan ardorosos incendios de amor que toda se derretía y aniquilaba. Varias veces después de comulgar experimentó que el corazón le daba vehementísimos latidos en el pe-

cho, como si quisiera huirse de él, *con tal fuerza que sentía quedarse sin el corazón, y que se lo había llevado su dueño, Jesús su divino Esposo. Y en este breve espacio sentí,* son palabras de la sierva de Dios, *que al alma se arrancaba casi ya del cuerpo.* Al verse de este modo como fuera de sí, como que la vida no la tenía ya en sí propia sino en Dios, inflamábanse más y más en ardentísimos deseos de unirse enteramente con el Amado de su alma; y como alivio a sus penas repetía enajenada esta estrofa:

Dame amor, mi Dios,
O daré voces,
Porque dándome amor
En él te goces.

En este punto se le apareció Nuestro Señor Jesucristo y le manifestó que en aquellas ansias y gemidos había, con un dardo, herido Gertrudis su Corazón sacratísimo. "Mi Corazón, le dijo, está herido de tu amor, y no sólo herido sino que me lo robaste. Y supuesto que deseas tal prenda, *dame tu corazón que Yo te daré el mío*". Y aunque el alma conoció ser su amor limitado, no obstante con humilde rendimiento le dio al divino Señor su corazón, todo entero en los afectos, sin reserva ninguna. Luego el divino Esposo le dio el suyo a su esposa. Y noté, dice, que el Señor amoroso juntaba los dos corazones con un vínculo estrecho de amor: Mas como el de la esposa era muy limitado, y no era bastante a la correspondencia de su divino amor, el soberano Señor conociendo el afecto del alma, para que fuera con alguna satisfacción de ella el amar a su Esposo, la entró en su Corazón, como en bodega de divino amor, en que se halló embriagada, conociendo ser infinito el de su Esposo, y el suyo finito y como un rasgo. Entonces parecía que se gloriaba el divino Esposo en ver al alma pedirle una y repetidas veces su amor, para con él amarle cumplidamente. Concedióle esta petición su Majestad, y juntando los afectos del alma con los suyos, se vio no haber más de un amor, que era el de su Esposo. (Duró este favor como una hora).

Si son admirables los hechos de finísimo amor del Sagrado Corazón para con Gertrudis, no lo son menos las encantadoras lecciones que le daba. Muchas de éstas pueden dignamente figurar al lado de las que leemos en las vidas de Santa Matilde y la virgen de Paray. Mostraba el Señor a Gertrudis que en su Corazón santísimo se halla el remedio de los males, la reparación de las faltas, el logro de las virtudes, el mérito de las acciones y el consuelo de las penas. Citemos algunos ejemplos.

Una vez que se sentía desmayada y lánguida, pidió al Señor con instancias le concediese las llamas de su santo amor. En recompensa de esta súplica le fue mostrado un corazón que llevaba escrito el nombre de Jesús, y que estaba cercado de llamas. Este corazón era el de Gertrudis, el que tomó el Señor con sus divinas manos, y lo aplicó al suyo sacratísimo. Al instante se sintió ella devorada por incendios de la más intensa caridad, de modo que recorría los claustros como loca, buscando un lenitivo a sus ardores. Poco después, hallándose empleada en la portería cometió una falta seguramente involuntaria, de impaciencia. Afligidísima recurrió al Señor quien le consoló diciendo que no se turbase, que corría de su cuenta el reparar aquella imperfección. Perseguida por el demonio que la acosaba bajo las formas sensibles de un monstruo, el Señor acudió a socorrerla, y mostrándole su Corazón amantísimo la invitó a refugiarse en él contra todos los embates de sus enemigos. Por último, la enseñó a que todas las obras buenas que practicase las depositara en su Corazón divino, y las uniera con sus méritos, diciéndole que así la acción más insignificante de virtud llegaba a adquirir un mérito imponderable. Creemos que de la vida de Gertrudis de San Ildefonso podrían sacarse prácticas hermosísimas de piedad en honra del Corazón sagrado del Redentor.

¡Cuán dulce y firme esperanza no debe despertar esta relación en los católicos ecuatorianos, al ver como la consagración de esta República al Sagrado Corazón

es un hecho providencial, preparado con dos siglos de anticipación por almas verdaderamente privilegiadas! La angélica Azucena de Quito robó con su blancura intacta las miradas del Señor; y el que se apacienta entre lirios, el Cordero dominador de las naciones eligió desde entonces esta tierra venturosa por urna de su Corazón, por trono de su amor. Juana de Jesús, Gertrudis de San Ildefonso y otras y otras almas desconocidas por el mundo, pero admiradas por los ángeles, han logrado sin duda, con el poder de sus oraciones y sacrificios, que el reinado social del Sagrado Corazón de Jesús iluminase con los destellos de su aurora, antes que los palacios de los reyes, primero las cumbres de esta Nación humilde.

El hombre edifica sobre arena, la Providencia levanta siempre sus obras sobre la roca inconmovible de la oración y el sacrificio. La República del Sagrado Corazón no es un producto de la invención humana, sino una muestra de la misericordia divina; por lo mismo ella durará a pesar del odio de sus enemigos. Avancen más y más las olas cenagosas de la revolución, retuérzase en torno suyo la hidra del radicalismo; no importa: todos los esfuerzos combinados del infierno no podrán desquiciar el trono de amor y misericordia que el Sagrado Corazón se ha erigido en la patria de Mariana de Jesús, en el suelo de la heroica Gertrudis de San Ildefonso.

EL HERALDO

DE LA

HOSTIA DIVINA.

Publicación Religiosa Mensual.

TOMO 1º

(Con permiso de la Autoridad Eclesiàstica.)

CUENCA-1898

Imprenta del Clero.

LA HOSTIA Y EL SOLDADO

De todas las clases sociales la militar es, después del sacerdocio, la más íntimamente ligada con el Sacramento adorable de nuestros altares. Jesús, en ese Misterio, se nos presenta como la Hostia perpetuamente inmolada por la salvación del mundo; el Soldado a su vez es una víctima continuamente dispuesta a ofrecerse al sacrificio por la defensa de la Patria. El lenguaje moderno, duro y frío como el materialismo que le informa, llama al Soldado *carne de cañón;* pero el Catolicismo, con la suave dulzura propia de la verdad que es su dote, ve en el militar algo más que al esclavo de la disciplina y el cuartel, ve al hombre de la abnegación y el sacrificio, llamado a sostener con su vida la honra y dignidad de todo un pueblo. La valentía y el heroismo, distintivos de todo buen soldado, son sin embargo virtudes raras y difíciles, que no brotan espontáneamente, sino al pie del Tabernáculo. Por esto el Cristianismo desde su origen tomó como una de sus obras predilectas la santificación del Soldado, que figura en primera línea en muchas páginas de las más hermosas del Santo Evangelio. ¡Qué grata fue al Salvador la fe del Centurión! Las palabras de ese hombre admirable son las que repite hasta hoy el sacerdote católico cuando enseña al pueblo la Hostia del Sacramento: *Domine, non sum dignus!...* En el Calvario es otro soldado, el Centurión romano, quien descubre en la Víctima santísima de la Cruz, al Hijo verdadero de Dios. Después, cuando el Evangelio se anuncia a los gentiles, hace su primera conquista en otro soldado también, el centurión Cornelio.

Luego, ¿para quiénes son las palmas más gloriosas y envidiables del martirio, y, a veces, hasta del apostolado, sino para los héroes elegidos por la Cruz victoriosa entre las altivas legiones romanas? Los nombres de San Víctor y San Sebastián y la Legión Tebana, destellan torrentes de luz inmortal en la época más heroica de la Historia eclesiástica. Después, cuando las hordas musulmanas devastan el Oriente, y se esfuerzan por avasallar a la Europa cristiana, ¿quiénes defienden la heredad de Cristo de aquellas feroces acometidas de la Media

Luna, quiénes arremeten contra ella, y libertan el Sepulcro glorioso del Salvador del poder de los Sultanes? Los Cruzados, las órdenes militares; sí, las Ordenes militares, esa invención maravillosa de la Iglesia Católica, por la que se aunaron en consorcio bellísimo la vida del claustro y la de los campamentos, el heroísmo del soldado y la austeridad del monje. Así nació la Caballería cristiana, que ha llenado el mundo con el ruido de sus hazañas, que descubrió la América, propagó la civilización del Oriente a Occidente, y ha sido y es todavía uno de los principales factores de la grandeza de Europa. La Caballería cristiana es una institución eucarística.

Apenas Constantino da la paz a la Iglesia, el *Labarum*, es decir el monograma de Cristo unido a la Cruz, se sustituye a las águilas imperiales, y viene a ser la principal enseña de los ejércitos cristianos. Más adelante las carrozas eucarísticas reemplazan al *Labarum;* el Santísimo Sacramento, Arca de la Nueva Alianza, acompaña a los guerreros en la ardua vida del campamento, y es conducido triunfalmente a las batallas como la prenda más segura de victoria.

Seríamos interminable si quisiéramos referir los variadísimos homenajes que todos los pueblos cristianos se han esforzado en todo tiempo por rendir a Jesús Sacramentado en su título admirable de Dios de los ejércitos. Recordaremos solamente dos hechos que nos demuestran elocuentemente el respeto y piedad tradicionales del Soldado católico a la Hostia santa. Cuando los terribles daneses devastaron la Inglaterra, el rey Ethelredo auxiliado de su hermano Alfredo libró, al fin, contra ellos una batalla decisiva. Trabóse ésta al despuntar el alba, y el piadoso rey asistía en ese mismo momento a Misa; Alfredo sólo resistía al ímpetu del combate, y casi deshecho enviaba aviso tras aviso al monarca, para que saliera en su auxilio; Ethelredo permaneció como sordo hasta que hubo terminado el incruento Sacrificio, pero entonces animado de un valor portentoso únese a su hermano, caen juntos sobre el enemigo, y lo desbaratan. De modo semejante Simón de Montfort, en su última gloriosísima batalla contra los Albigenses, no quiso

en modo alguno entrar en la pelea, sino después que el sacerdote elevó la Hostia santa en la Misa, entonces como león se lanzó contra sus enemigos, los derrotó, y logró la muerte más dichosa en medio de la más heroica victoria.

La impiedad moderna que desde hace un siglo viene trabajando por borrar de Europa y de todo el mundo civilizado el sello bienhechor del cristianismo, ha hecho del Soldado el término y blanco más preferidos de su propaganda antirreligiosa; pero, ¿y lo ha conseguido?...

Don Augusto Nicolás González asegura, sobre su palabra, que el Catolicismo se está muriendo de anemia en el mundo civilizado, y que el día en que nuestros militares beban aguardiente en los cálices sagrados, como lo han hecho ya en Riobamba, ese día el Ecuador habrá entrado en la senda de la salvación. ¿Qué entenderá ese escritor descreído por anemia, qué por mundo civilizado? Vengan Francia, Alemania, y España, y todo el mundo, y dígannos si sus soldados han entrado en la *senda* aquella *de salvación* y gloria por la que tan valientemente caminan y avanzan el *Pichincha*, el *Sesenta de línea* y otros soldados radicales que han perpetrado los crímenes horrorosos de 4 de mayo último.

Hemos dicho sesenta de línea, pues esto nos recuerda el siguiente hecho histórico. En 1851, un renombrado periódico francés, *Le Courrier du Haut-Rhin* daba cuenta, en los siguientes términos, de la manera espléndida con que las tropas imperiales acantonadas en Neuf-Brisach habían celebrado la fiesta de *Corpus Christi* en aquel año. "Esta solemnidad, decía el periódico, ha revestido una solemnidad particular, merced al concurso abnegado del *62 de línea*. El bravo coronel de Montenard, cuya vida toda es una larga serie de acciones brillantes... habíase ofrecido a hacer construir con su regimiento uno de los altares de la procesión del Corpus. A la puerta de Belfort, bajo el pabellón militar, ostentábase, pues, un altar espléndido, levantado del suelo sobre cuarenta pequeños escalones, y hermoseado con festones de verdura y guirnaldas de flores. Una barrera, for-

mada con cañones parados sobre la culata y con montones de balas, describía en torno del altar un atrio espacioso; a los lados veíanse agrupados, a modo de trofeos, cascos, corazas y toda clase de armas ofensivas, como humilde y rendido homenaje que de ellas hacían los soldados al Dios de las batallas; encima del altar habíase colocado una estatua de la Santísima Virgen, la gran protectora de la Francia; sobre la santa imagen brillaba el sol de Luis XIV... ese sol estaba formado con espadas, en cuyos pulidos aceros se quebraba la luz del día en los matices variados del iris. Toda la población juzgó era de su deber ajustarse al piadoso cortejo: así es que la procesión del Corpus en ese día contó en sus filas a todos los magistrados, funcionarios y oficiales con el Coronel a la cabeza. La emoción fue general; todos decían con la más viva confianza: una sociedad que tiene por égida una Religión tan excelsa y divina, y por defensa las espadas de un ejército tan cristiano y abnegado, una sociedad semejante no puede perecer".

Pero se nos objetará tal vez que citamos hechos olvidados ya por antiguos; pues vengan otros realizados en estos mismos días, y testifiquen que los pueblos más grandes y civilizados del mundo adoran a Jesucristo en la Hostia consagrada, a fines del siglo XIX, con la misma fe humilde y ardorosa con que lo hicieron los Mártires de las Catacumbas y los Cruzados de la Edad Media; y dígannos si los soldados radicales del Ecuador, al paso que van, caminan por las *sendas de la salvación,* o por los ásperos precipicios de inevitable ruina. ¡Si el soldado ecuatoriano se hace impío, la República queda, desde hoy, a merced de sus más feroces e implacables enemigos? ¡Soldados que beben aguardiente en los cálices y copones podrán ser verdugos, pero nunca defensores de la Patria!

Desde hace medio siglo existe en Francia la obra admirable, ejemplar, bellísima de la *Adoración Nocturna al Santísimo Sacramento*. ¿Y quiénes, suponéis, han contribuido más eficazmente que nadie a la difusión, al sostenimiento y desarrollo de esta asociación hermosa? Pues, los militares. Tenemos a la vista un opúsculo que

será, tenemos por cierto, un escándalo inaudito para D. Nicolás A. González y los de su séquito; el título del folleto dice así: "Obra de la Odoración Nocturna. Asamblea General de la Obra de la Adoración Nocturna, celebrada en París, el 24 de Enero de 1897, en la iglesia de San Germán de Auxerre, bajo la presidencia de S. G. Mons. de Counmont, obispo de Bodona.- Memoria concerniente a las noches pasadas ante el Santísimo Sacramento por los Oficiales, Suboficiales y Soldados del Ejército de tierra, desde el origen de la obra (de 1848 a 1896)". *Rapport sur les nuits passées devant le Saint Sacrement par les Officiers, Sous-officiers et Soldats de l' Arme de terre, &.- París. J. Mersch, imprimeur. 1897.* De este folleto extractamos lo que sigue.

La obra de la Adoración Nocturna fue establecida inmediatamente después de la célebre revolución de 1848; desde el año siguiente, 1849, hállase ya inscritos como miembros de la adoración nocturna de París a un soldado de infantería y a un artillero; en seguida encuéntrase los nombres ilustres de varios generales, intendentes militares, coroneles, jefes de escuadrón de Estado mayor, etc., etc. "En 1849, (o 1850), un capitán talentoso había fundado la Obra de la Adoración nocturna en Bayona. Esta primera tentativa se frustró, pues la Obra cesó de funcionar después de la partida del capitán; pero renació, más tarde, y produjo los mejores frutos, bajo la acción de Juan Methol, antiguo soldado de Africa y la ocupación romana, verdadero apóstol de la Adoración nocturna, la cual ha venido a completar la Adoración perpetua. "Vosotros, Señores (dirígese al autor de este relato a la Asamblea reunida en San Germán), oísteis ya, el año anterior, por esta misma época, la memoria llena de fe viva y energía cristiana, concerniente al puesto que ocupa la Marina (francesa) en la obra de la Adoración. Me contentaré sólo con recordaros que el capitán de fragata, Raimundo de Cuers, fundó en Tolón la obra de la Adoración nocturna en 1851. Exponíase el Santísimo Sacramento en la capilla de la residencia de los Padres Maristas, y gran número de oficales tomaban parte en las vigilias de la Adoración. El ejército de tierra, por su lado,

auxilió a sostener la obra, prestándola su concurso de fe y de oraciones. Citaremos un solo hecho. Era en la época de la guerra de Crimea, durante el invierno de 1855. El capitán de fragata, Jugán, había recibido orden de embarcar a bordo de *La Semillante,* fragata de 60 cañones, a 700 u 800 oficiales y soldados, pertenecientes en su mayor parte a la artillería, para conducirlos a Crimea. Muchos de esos oficiales, que acababan de salir de la Escuela Politécnica, recordando aquella palabra de Nuestro Señor: "Estd preparados, porque no sabéis cuál será el día ni la hora", quisieron antes de entrar en campaña tomar sus pasaportes para el gran viaje. Acompañados de muchos soldados fueron, pues, a la capilla de la Adoración... ¡Qué hermosa debió ser esa última noche durante la que Dios, en su misericordia infinita, se dignó recibir la adoración de esos jóvenes para marcarlos con el sello de sus elegidos! "Ahora sí, exclamaban, al salir de la Mesa santa, podemos ir al encuentro de la muerte: no la tememos". Efectivamente el día inmediato partieron a Crimea, pero la fragata naufragó, sin que se salvase de la catástrofe uno sólo de los tripulantes.

Los estrechos límites de este trabajo no nos permiten extractar otros rasgos tan hermosos y edificantes como los que acabamos de citar; pero vaya al menos este otro. "Había, en el cuerpo de guardia de un cuartel, un grupo de soldados muy piadosos, que tenían de capellán al buen abate Maurín. Seguían con exactitud los ejercicios de la Adoración perpetua, tanto al menos como se lo permitían las necesidades del servicio". Para no faltar a su compromiso valíanse de cuantos recursos e industrias les sugería su prudente y ardorosa piedad; pedían a los jefes permiso para ir a visitar a la familia, asistir al teatro, etc.: y aprovechaban de esos momentos, para ir a rendir sus homenajes a Jesús Sacramentado. Durante el sitio de París por los prusianos, un soldado francés, socio de la Adoración nocturna, hallábase con un destacamento afuera de la gra nciudad; en esa misma noche debía asistir a los ejercicios de la adoración, pero el servicio militar se lo impedía; entonces, ¿qué hacer? Un soldado que estaba designado para hacer de centinela en un puesto avanzado y expuesto a los

tiros del enemigo, tenía necesidad urgente de ir a París, y buscaba quién le reemplazara en su difícil encargo; nadie, como es natural, quería prestarse a ello; sólo el socio de la Adoración nocturna aceptó el cambio, bajo la condición expresa de que su camarada fuese a hacer en París la vigilia de la adoración en lugar suyo". He aquí rasgos de piedad heroica que nos están diciendo a voces que el soldado católico del siglo XIX abriga en su corazón la misma fe que el cruzado de la Edad Media.

No solamente los simples soldados, jefes de la más alta graduación hanse manifestado en nuestros mismos días, en el ejército francés, como dechados de ardiente y generoso amor al Santísimo Sacramento. El general de Cotte, ayudante de campo del emperador Napoleón III, hacía a veces largos viajes por no faltar jamás a las vigilias de la Adoración nocturna. El general de Sonís era exactísimo en asistir a estos ejercicios de piedad, y gustaba de asociarse para ello con otros militares. "Era delante del Santísimo Sacramento donde sobre todo se complacían en encontrarse esos valientes. ¡Qué oración la que se exhalaba entonces de esos corazones abrasados en amor a N. S. Jesucristo, durante esas noches que Sonís llamaba *las Veladas del honor*. A veces los adoradores fatigados iban a descansar algunos instantes en la sacristía, recostándose en un colchón. Cuando se invitaba a Sonís a que hiciese otro tanto, lo rehusaba redondamente, como que hallaba siempre nuevas fuerzas estando cerca de esa hoguera inmortal (el Santísimo Sacramento), donde se encendía la llama de su patriotismo y abnegación; hoguera del amor divino, hablando de la cual decía Sonís: "Cuando uno se pone a amar a Dios, halla que nunca se le puede amar demasiado".

¡Son tan hermosos, tan edificantes estos ejemplos de viva fe ofrecidos por el soldado francés, en nuestros días, que tenemos que hacernos verdadera violencia para no insertar aquí, íntegra, la encantadora *Memoria* que nos ocupa. Dice el autor de ella: "En los designios de Dios, París no había de tener el monopolio de estas *vigilias militares* (cerca del Santísimo Sacramento); réstanos hablar de Versailles, de Fontainebleau y de Aix, en

Provenza". Vaya pues, siquiera una palabra, acerca de cada uno de estos centros de piedad eucarística. La hermosa asociación de que venimos hablando fue fundada en Aix en 1852. "Cuando Monseñor Darsimoles inauguró la Adoración nocturna, la falange eucarística surgió entre los kepis, los cinturones y las charreteras"; desde entonces acá, los soldados han contribuido poderosamente a sostener la obra en todo su fervor. "En Fontainebleau, la Adoración nocturna existe desde 1888. Treinta personas toman parte en ella, y entre esas personas se cuentan varios oficiales. Sin embargo la Obra ha tenido sus pruebas; pues en la memoria de 24 de Enero de 1892 se lee: En Fontainebleau, la Francmasonería no ha retrocedido ante la calumnia ni la delación para impedir esas noches benditas en que toman parte, el primer jueves de cada mes, más de treinta adoradores, entre quienes se encuentran muchos oficiales de la guarnición".

Respecto de Versailles nos bastará presentar a nuestros lectores los siguientes acápites de crónica, acerca del modo como se celebra anualmente en la capilla de *Nuestra Señora de los Ejércitos*, la fiesta del Sagrado Corazón: "Los dos domingos (en Francia, la mayor parte de las fiestas religiosas están trasladadas a los domingos) del Corpus y el Sagrado Corazón, hácense procesiones en el interior de la Capilla. Todos los soldados y casi todos los fieles llevan cirios. Ese espectáculo tiene algo de conmovedor; así, muchos de los concurrentes no han podido guardar en silencio la viva emoción que han sentido al ver desfilar en derredor de la capilla esa larga hilera de soldados, a quienes se oye entonar con tanto entusiasmo himnos al Santísimo Sacramento. Un soldado me decía: "Parecíame que estaba en mi parroquia, y que asistía a la hermosa procesión que se hace allí.— Otro añadía: "No pude venir el domingo anterior, y he sufrido mucho por ello. Cuando no vengo acá, no hay domingo para mí".— Con ocasión de la fiesta del Sagrado Corazón, hemos tenido, como en los años precedentes, *adoración diurna y nocturna al Santísimo Sacramento, por el ejército*. El fin de esta adoración que se hace cada año, es ofrecer a Nuestro Señor en

nombre del Ejército francés el homenaje de nuestras adoraciones, reparaciones y súplicas; por lo mismo es justo que el Ejército tenga sus representantes en esta función piadosa, y ciertamente los tiene, pues soldados de toda graduación pasan de día, y sobre todo de noche, adorando al Santísimo Sacramento. Uno de estos generosos soldados ha pasado este año, *siete horas continuas, sin desamparar su puesto* delante de la Majestad Sacramentada. ¿Por qué no? Si hubiera pasado gustoso todo un día en un campo de batalla, peleando por la Francia, pensaba el generoso soldado que también podía pasarse siete horas continuas delante del Santísimo Sacramento. Hacer de centinela ante el Altar es ciertamente más dulce que hacerlo ante el enemigo".

Con esto basta de Francia; digamos ahora algo relativamente a otras naciones europeas.

En Inglaterra, el gobierno aunque protestante, cuida con esmero, así en las posesiones europeas como en sus numerosas colonias, que no falte nada a la buena formación moral de sus soldados católicos y a la satisfacción de sus necesidades religiosas. Costea con este fin las rentas convenientes de numerosos capellanes de ejército; más todavía: ha erogado últimamente una cantidad notable para hacer reimprimir devocionarios católicos y repartirlos entre los soldados; y vigila porque ninguno de ellos falte jamás el domingo a la asistencia de la Misa. ¡Si los gobiernos de Sud-américa tuviesen el mismo cuidado que el gobierno británico, aunque disidente, lo tiene por sus soldados católicos!...

En cuanto al imperio alemán, he aquí lo que a este propósito leemos en un periódico italiano redactado en Buenos Aires, el *Cristóforo Colombo,* de 23 de Mayo de 1897: "Aunque el soldado católico alemán es súbdito de un gobierno protestante, no solamente goza de plena libertad para tomar parte en las augustas ceremonias de su culto y religión, sino que está obligado a hacerlo así en fuerza de las leyes militares. En Alemania los soldados católicos concurren a Misa en formación, y son conducidos por sus respectivos oficiales; en caso de faltar

oficiales protestantes, quienes en tal circunstancia comandan y conducen a las tropas a una Iglesia Católica. La Misa es, entonces, servida siempre por un soldado vestido de su correspondiente uniforme; soldados en uniforme son también los que auxilian al sacerdote en eso de encender las ceras, cuidar el incensario, etc. Más todavía: en ciertas ciudades la procesión del *Corpus Domini* es hecha por los soldados católicos, los cuales en uniforme militar, siempre, desempeñan todos los oficios de sacristán... De manera que esto (de concurrir y servir a la Misa, etc.), en el ejército de un gobierno protestante, muy lejos de ser motivo de escándalo, es una ordenanza militar, a cuyo cumplimiento se da grandísima importancia... Han observado (los oficiales alemanes) que la instrucción religiosa y la práctica del culto, son no menos necesarias al soldado, que la instrucción militar y la práctica en el manejo de las armas; estos principios diligentemente puestos en obra han hecho del soldado alemán, en nuestros días, un soldado admirable a todo el mundo".

De España podríamos decir muchísimo, pero por abreviar nos contentaremos con tomar algunos sueltos de crónica, de las más acreditas revistas religiosas, de esa ínclita nación. *La Lámpara del Santuario,* en su número de 31 de Marzo último, refiere en estos términos una velada eucarística celebrada en Madrid en una de las últimas noches de aquel mismo mes: *"Adoración nocturna de Madrid* — Llegado el momento de la exposición de Su Divina Majesadt, era cosa de admiración el ver la compostura y reverencia con que más de 150 hombres, en su *casi totalidad* militares de distintas graduaciones, pero en su mayoría de la categoría de jefes, se postraron ante el Rey de reyes. Mas, lo que verdaderamente resultó edificantísimo fue... ver la devoción y actitud humilde con que todos los presentes, entre los que se contaban generales, jefes y oficiales de nuestro noble ejército y de la armada, varios de ellos luciendo sus honrosos uniformes, puestos sin excepción alguna con los brazos en cruz, contestaban al digno sacerdote (que les presidía) en su ferviente plegaria". *La Revista Popular* de Barcelona, de 29 de Abril último, Nº 1377, dice: "De

Zaragoza escriben: "Si edificante fue el ejemplo que nos dio en los últimos días, del finado Marzo (de 1897), el 13º regimiento de artillería de campaña... que llamó la atención la religiosidad con que se acercaron al tribunal de la penitencia y a recibir el pan de los ángeles, desde el primer jefe hasta el último soldado, no ha sido menos ejemplar el tierno espectáculo que hoy hemos presenciado. Eran las seis de la mañana, cuando hemos visto llegar a la iglesia de San Ildefonso al regimiento de pontoneros. Conmovedor y edificante ha sido a la verdad ver la modestia y compostura con que se han colocado al lado de los confesonarios, preparándose para hacer la confesión, leyendo devotamente en el devocionario que cada uno tenía en su mano, y que se les había distribuido de antemano en el cuartel, que parecía que más bien que soldados eran alumnos de un colegio. Pero lo que ha hecho correr abundosas lágrimas de nuestros ojos, ha sido cuando en la Misa de Comunión, celebrada por el Capellán, que ha pronunciado una fervorosa plática, los hemos visto acercarse al pie del altar de cuatro en cuatro, siendo los primeros los dignísimos jefes y soldados siguiendo después hasta el último soldado, dando ejemplo los primeros jefes, que tenían la sabanilla, para que todos comulgasen".

Un rasgo característico del amor ardiente y devoción profunda que profesa la España católica al Santísimo Sacramento es la ordenanza militar que, desde hace muchos siglos se practica hasta hoy, y consiste en rendir la bandera nacional ante el Santísimo Sacramento, al paso de la gran procesión del Corpus; de modo que aquel pabellón glorioso que tremoló en la diestra de Colón al tiempo del descubrimiento de América, y en la de Don Juan de Austria en la batalla de Lepanto, esa bandera ilustre cual ninguna, se tiende por alfombra ante el Sacramento Divino; el sacerdote que lo lleva, pisa en ella y pasa. ¡Hermosísimo ejemplo que nos enseña cuán propio es de pueblos verdaderamente generosos, magnánimos y grandes, humillarse y abatirse para honrar a la Majestad de Dios humillada en el Sacramento!

Austria no cede a España en eso de proclamarse de-

votísima de la Sagrada Eucaristía. Una sola pincelada nos ahorrará el trabajo de bosquejar un cuadro de extensas dimensiones. Todos los años en la gran procesión del Corpus que se hace en Viena, con solemnidad y pompa admirables, el emperador con todos los archiduques y demás príncipes de la corona, y los cuerpos más floridos del ejército, salen detrás del Sacramento haciéndole la corte.

¿Qué diremos de Rusia y los demás países cismáticos? Vaya otra pincelada por un cuadro. En la coronación de los Czares, en el monumental e histórico palacio del Kremlin, el nuevo soberano de las Rusias toma la corona imperial, que acaba de imponérsele, y la ofrenda a Jesucristo, Rey y Señor de todas las naciones. La Rusia a pesar del cisma es tan devota del Sacramento, que si un regimiento de cosacos hubiese perpetrado en la última y más ignorada aldea de Samoyedos, los horrendos sacrilegios, que tienen tan dolorosamente conmovida a nuestra República, los criminales habrían ido a parar todos en una horca.

¿Pero, y en Turquía?... Pues sí, ni aun en Turquía se enseña a los soldados que la salvación y grandeza del país se obtendrá cuando beban ellos aguardiente en los cálices sagrados; al contrario, cuando la procesión católica del Corpus recorre, como lo hace cada año, las principales calles de Constantinopla, es escoltada por numerosa guardia turca, que observa un porte digno y respetuoso. Por último, el hecho que a continuación recordamos nos dirá, si el fanatismo masónico de ciertos ecuatorianos es o no más bárbaro y furioso que el renombrado y terrible fanatismo musulmán de las hordas semisalvajes de los Kurdos.

Durante las horrorosas matanzas de Armenios verificadas en Siria, a fines de 1895, aconteció lo siguiente que leemos en la célebre revista religiosa de Lyon intitulada *Les Missions catholiques,* de 6 de Marzo del año anterior.— En Arabghir (ciudad de la Siria), seiscientos armenios entre católicos y gregorianos, se habían refugiado en la iglesia armenia católica de aquella población;

y hallábanse aguardando una muerte cierta. El cura católico, que era el piadoso sacerdote Esteban Israelián, los había preparado para aquel trance: después de exhortarlos a hacer actos fervientes de contrición, pronunció sobre todo el concurso las palabras de la absolución sacramental. Las hordas fanáticas de los kurdos musulmanes adelantábanse ya al degüello, el saqueo y toda clase de crímenes espantosos. Poco a poco mil ruidos siniestros, precursores de la temida catástrofe, iban acercándose más y más a la iglesia, y concluyeron por formar una batahola infernal. En esto el Sacerdote hace encender todas las ceras de la iglesia, y expone con solemnidad el Santísimo Sacramento; y mientras todo el pueblo permanece de rodillas ante la Hostia Santa, el Misionero alza la diestra y da a todo el concurso una última absolución. En esto apodérase de su ánimo una inspiración extraordinaria; los bárbaros musulmanes golpeaban ya furiosos las puertas del templo, y hacían vigorosos esfuerzos por derribarlas; ¿qué hace entonces el Sacerdote? Dirígese apresurado a las puertas del templo, y por su propia mano las abre de par en par. Los kurdos fanáticos penetran en el santuario como torrente asolador; pero ¡oh prodigio!: al contemplar a la Sagrada Hostia solemnemente expuesta en los altares, detienen el paso, un respeto profundo y un temor invencible se apoderan de ellos; entonces de súbito, cual si alguien les arrojara del templo, salen precipitadamente de él, y echan a huir sobrecogidos de espanto.

¡Compárese ya no con la ejemplar piedad del soldado francés o español, sino con el temor reverente de los feroces kurdos, la conducta observada por los soldados radicales del Ecuador, el 4 de Mayo último, en Riobamba!...

(**El Heraldo de la Hostia Divina**. Cuenca: Imprenta del Clero, I: VIII.1897, págs. 4-16).

EL DOGMA DE LA PRESENCIA REAL (1)

RAZON DE ESTE ESCRITO

La Religión Católica, siendo como es la única verdadera, es también la única que tiene a su favor el testimonio no solamente de los milagros y profecías, sino además de la historia, filosofía y todas las ciencias. Las religiones falsas, lo poco de verdad que tienen, se lo deben a la católica; pero en aquello que se apartan de ésta o la contradicen, en eso ya no son verdad, son fábula y pura invención de los hombres. He aquí por qué ante el severo análisis de las ciencias, en el crisol inexorable de la crítica moderna, se evaporan y desvanecen todas las religiones, sólo crece y se abrillanta la Religión Católica; de manera que entre católico e incrédulo no hay al presente términos medios. ¿Qué son las leyendas del Budismo, qué, los relatos del Alcorán?: cuentos seniles, fábulas propias para engañar a niños. La Francmasonería, esa secta ridícula que lleva tan adelante sus insensatas pretensiones que trata nada menos que de suplantar al Cristianismo en el mundo, ¿qué cosa es? Un tejido monstruoso de los más absurdos cuentos y fábulas detestables, sin apoyo ninguno de la historia ni las ciencias. Invenciones semejantes, buenas sólo para engañar a imbéciles, no son creídas ni por los mismos que aparentan profesarlas. ¡Qué contraste tan manifiesto entre la obscenidad, ridiculez y absurdo propios de estas monstruosas fábulas y la pureza, grandiosidad y brillo deslumbrador de los dogmas católicos! Cada una de estas admirables verdades religiosas es como un astro de primera magnitud; pues, aunque no nos sea dado clavar en ellas los ojos, advertimos su presencia, como la de Isol, por los torrentes de luz que derraman en todo el horizonte de las ciencias.

La única Religión que no teme a la verdadera ciencia, sino que al contrario armoniza perfectamente con ella, y por esto la busca, fomenta y desarrolla, es la Re-

(1) Publicado en Cuenca: Imp. del Reinado Eucarístico, por F. Vintimilla, 1897, 68 págs.

y hallábanse aguardando una muerte cierta. El cura católico, que era el piadoso sacerdote Esteban Israelián, los había preparado para aquel trance: después de exhortarlos a hacer actos fervientes de contrición, pronunció sobre todo el concurso las palabras de la absolución sacramental. Las hordas fanáticas de los kurdos musulmanes adelantábanse ya al degüello, el saqueo y toda clase de crímenes espantosos. Poco a poco mil ruidos siniestros, precursores de la temida catástrofe, iban acercándose más y más a la iglesia, y concluyeron por formar una batahola infernal. En esto el Sacerdote hace encender todas las ceras de la iglesia, y expone con solemnidad el Santísimo Sacramento; y mientras todo el pueblo permanece de rodillas ante la Hostia Santa, el Misionero alza la diestra y da a todo el concurso una última absolución. En esto apodérase de su ánimo una inspiración extraordinaria; los bárbaros musulmanes golpeaban ya furiosos las puertas del templo, y hacían vigorosos esfuerzos por derribarlas; ¿qué hace entonces el Sacerdote? Dirígese apresurado a las puertas del templo, y por su propia mano las abre de par en par. Los kurdos fanáticos penetran en el santuario como torrente asolador; pero ¡oh prodigio!: al contemplar a la Sagrada Hostia solemnemente expuesta en los altares, detienen el paso, un respeto profundo y un temor invencible se apoderan de ellos; entonces de súbito, cual si alguien les arrojara del templo, salen precipitadamente de él, y echan a huir sobrecogidos de espanto.

¡Compárese ya no con la ejemplar piedad del soldado francés o español, sino con el temor reverente de los feroces kurdos, la conducta observada por los soldados radicales del Ecuador, el 4 de Mayo último, en Riobamba!...

(**El Heraldo de la Hostia Divina**. Cuenca: Imprenta del Clero, I: VIII.1897, págs. 4-16).

ligión Católica. Todas las religiones falsas son como el búho, han menester de las tinieblas de la ignorancia y el fanatismo para existir; la Religión Católica, a semejanza del águila caudal, expande el vuelo y se remonta a las alturas a los vivíficos resplandores del sol del mediodía. La enemiga del Catolicismo no es la ciencia sino la ignorancia; ni tampoco la ignorancia humilde, que reconoce su bajeza y trata de salir de su miseria, sino esa otra ignorancia altanera y orgullosa que por un andrajo de verdad con que se cobija, no ve el resto de su vergonzosa desnudez, y cree ya saberlo todo, y pretende dictar leyes hasta al mismo Cielo.

La Iglesia Católica no teme, pues, a las ciencias, antes las fomenta, ampara y ennoblece, y cuenta con ellas como aliados segurísimos de la causa hermosa que defiende en el mundo, esto es, la causa de la verdad y el bien. Prueba elocuente de lo que decimos nos ofrecen hoy mismo Inglaterra y Alemania que a pasos acelerados tornan al seno de la verdadera Iglesia; apostataron ambas bajo la presión tiránica de la fuerza, manejada por príncipes extraviados y perversos; realízanse, en ambas, conversiones admirables y frecuentes a los resplandores de una crítica imparcial y escudriñadora de los sucesos que originaron la Reforma malhadada. Las universidades de Oxford y Cambridge han dado a la Iglesia Católica, en Inglaterra, a un Manning, a un Faber, un Newmann y últimamente a un Maturín. ¿Podrá esta Iglesia temer nada de cuatro periodistas atolondrados en el Ecuador?...

No por necesidad de defender la verdad de nuestros sacrosantos dogmas, sino por la de ilustrar al pueblo, a cuya sencilla fe se tienden lazos insidiosos, emprendemos en este trabajo humilde, con el fin de ofrecerle armas con que defenderse de sofismas rebatidos mil veces por la ciencia teológica de los más ilustres doctores, y desvanecidos completamente por las luminosas enseñanzas de la Santa Sede; y como el dogma de la Presencia Real de Jesucristo Señor Nuestro en el Santísimo Sacramento, es hoy entre nosotros el blanco de los ataques de la secta francmasónica, principiamos nuestra labor por

hacer una sucinta exposición de los invencibles argumentos que afianzan nuestra fe en este Misterio admirable.

El Radicalismo, triunfante hoy en nuestra República ha declarado guerra a muerte a la Iglesia Católica, y para llevar adelante su propósito vomita dicterios y lanza horrendas blasfemias contra las enseñanzas y dogmas más augustos de nuestra santa Religión, especialmente contra el excelso y divino Sacramento de la Eucaristía. He aquí lo que, hace poco, se atrevía a expresar, con flasfema y sacrílega audacia, uno de los periódicos de la secta. *La Nación* de Guayaquil, en una correspondencia de Babahoyo (12 de Junio último) dice, aludiendo a lo ocurrido en Riobamba el 4 de Mayo del presente año: "Yo soy de los que creen que si fuera cierto (como lo es) que los soldados del *Pichincha* hubieran bebido aguardiente en los cálices, el país habría entrado en la senda de la salvación, porque eso probaría que el respeto fanático a *todas las invenciones* de una religión que se está muriendo de anemia, en el mundo civilizado, se había perdido en el pueblo más católico del universo". El mismo escritor impío ha estampado en otro lugar esta horrenda blasfemia: "El Ecuador no progresará mientras continúe adorando a un Dios de harina..." Pero, como se ve aquí, la impiedad está basada en la más crasa y estúpida ignorancia. ¡La Sagrada Eucaristía no es más que un puñado de harina, y eso es lo que los católicos adoran como a Dios!... ¡Todo lo relativo a la Eucaristía no se encuentra en la Biblia ni siquiera en alguna de las sectas cristianas disidentes, todo eso es pura invención del fanatismo católico!... A esto se reduce la portentosa erudición de los seudo reformadores, y con estos argumentos formidables van a aniquilar entre nosotros el imperio de Cristo y de su Iglesia.

Los que saben el catecismo y han leído algunos libros que tratan de religión no pueden menos de sonreirse de indignación y lástima, ante audacia tan temeraria unida con una ignorancia tan profunda; pero, ¡ay!, ¿cuántos otros, por un descuido deplorable de sus deberes religiosos, por la liviandad de sus costumbres y una com-

pleta nesciencia de lo que concierne a la fe, a pesar de que se llaman católicos, hacen coro con los impíos, y acogen, si no aplauden, sus blasfemias? Esto explica la necesidad premiosa, ineludible, de la presente publicación: ojalá con ella logremos llevar la luz y el convencimiento a algunos corazones vacilantes, y robustecerlos contra los esfuerzos desesperados de la propaganda masónica.

Este escrito va, pues, dirigido exclusivamente al pueblo; los sabios y doctos nada encontrarán en estas páginas que pueda aumentar el caudal de sus conocimientos; lo que diremos aquí es lo mismo que se halla en cualquier libro de apologética y teología católica, con la única diferencia de que nuestros razonamientos y lenguaje serán sencillos y al alcance de los lectores en cuyo favor se ha compuesto este pequeño trabajo. ¡Quiera Dios N. Señor bendecirlo y hacerlo fructificar, fortaleciendo la fe de nuestro pueblo contra los furiosos embates de la impiedad!

Cuenca, Agosto 15 de 1897. Fiesta de la Asunción de la Sma. Virgen.

JULIO MATOVELLE,
Presbítero.

CAPITULO I

DE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO

Antes de exponer los fundamentos sobre que se basa nuestra fe en la Sagrada Eucaristía, es necesario decir dos palabras, aunque sea de paso, acerca de la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. A los impugnadores del dogma de la Presencia Real hay que preguntarles previamente: ¿Creen Uds. en Dios? ¿Creen Uds. que Jesucristo es Dios? Si no creen en Dios son ateos y quizás escépticos; con éstos nada tenemos que hacer, no se dirige a ellos este opúsculo. Para convencer a escépticos y ateos de sus errores tendríamos que entablar una larga discusión filosófica, y no es este nuestro propósito. Si no creen en la Divinidad de Jesucristo no son cristianos; serán judíos, musulmanes, paganos, o lo que es peor que todo, serán incrédulos, esto es, hombres sin religión de ninguna clase, y ya hemos dicho que con semejante raza no tratamos de entendernos. Con todo, de esta consideración previa se desprende una importante verdad, y es que los adversarios de la Sagrada Eucaristía son casi en su totalidad, a lo menos hablando de nuestra República, hombres sin Dios, ni ley, ni conciencia, hombres que no creen ni aún en su propia alma, a quienes primeramente hay que convencer que son hombres, y no puramente bestias, antes de enseñarles la verdad de nuestra Religión.

Sin embargo, hay muchos que se califican de incrédulos, y luego se contradicen, pues hablan de Dios, y declaran que también creen en Jesucristo, pero no en cuanto Dios, sino como si fuera sólo un gran hombre, el más grande de todos los hombres, el primero de todos los filósofos; a estos seudoincrédulos, que no tanto son incrédulos cuanto libertinos con máscara de incrédulos, que afectan no creer en nada para entregarse más libremente a sus innobles pasiones, a estos tales valga la siguiente brevísima observación, tocante a la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Los que por imitar a Renán, y a otros impíos de la misma escuela, confiesan ciertamente que Jesucristo es la figura más hermosa de la humanidad, el tipo más encantador de la belleza creada que se ha visto jamás en el mundo, el primero de los filósofos, el más sabio y grande de los moralistas, etc., pero niegan redondamente que sea Dios; los que tan triste y monstruoso error profesan, caen en lamentable contradicción, porque no hay medio: o se cree que Jesucristo es Dios, o hay que convenir en que el más grande de los hombres es un impostor o un iluso. Si Jesucristo no es Dios, no ha hablado con sinceridad, dice San Buenaventura, y entonces no es ni filósofo, ni siquiera un hombre honrado, es el más miserable criminal de todos los impostores *superbissimus hominum, imo et daemonium;* el soberbio de los hombres y hasta de los demonios, porque Lucifer, con ser Lucifer no dijo que era Dios. Si confesáis, pues, que Jesucristo es un gran hombre y un eminente filósofo (podemos argüir a los impíos) tenéis por el mismo hecho que confesar que Jesucristo es Dios; porque sería una contradicción tener que admitir que un tan gran hombre sea el más miserable de todos los impostores.

En efecto, léase con atención el santo Evangelio y se verá que todas las sagradas páginas demuestran claramente la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo; pues los milagros que hace el Salvador, las imprecaciones que dirige a sus enemigos, los razonamientos con que enseña a sus discípulos, todo comprueba que Jesús es verdadero hombre. ¿Qué hombre ha hablado jamás como Jesucristo? Sólo El ha podido decir: "¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?"; sólo El ha dicho, sin exageración ninguna, que es la verdad y la vida, que ha existido aún antes de la creación, que tiene poder de purificar a las almas, y darles la vida, y otras expresiones semejantes que no pueden aplicarse sino a Dios. Si convienen pues nuestros modernos incrédulos, como es forzoso hacerlo, en que la moral del Evangelio es sublime y el tipo y carácter históricos de Jesucristo incomparables; si es imposible suponer siquiera que una virtud tan excelsa, una doctrina tan hermosa y pura vayan unidas

con la impostura más criminal, o la alucinación, es ineludible y forzoso confesar que Jesucristo es Dios.

Además todas las pruebas que se emplean para demostrar la santidad, la hermosura, la acción benéfica y civilizadora, etc., etc., de la Religión Católica, sirven por el mismo hecho para demostrar la Divinidad de Jesucristo, pues el catolicismo (y aún pudiéramos decir el Cristianismo, en general), tiene por uno de los dogmas más fundamentales de su credo la Divinidad de Jesucristo.

Las reflexiones anteriores las hemos expuesto rápidamente, y ya hemos dicho, *como de paso;* pues siendo otra verdad religiosa de la que queremos tratar en este opúsculo, damos ya por comprobada y plenamente admitida, en el ánimo del lector, la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

CAPITULO II

DE LA AUTENTICIDAD Y VERACIDAD DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS, ESPECIALMENTE DE LOS EVANGELIOS

Otra verdad que suponemos ya reconocida por el lector es la autenticidad, veracidad e inspiración divina de nuestros Libros santos, señaladamente los Evangelios; sin embargo diremos también dos palabras acerca de este importante asunto.

El Código religioso de la humanidad civilizada es la Biblia; no solamente de la Iglesia Católica, cuyos hijos se representan por la elevada cifra de trescientos millones, sino además todas las confesiones cristianas, esto es, griegos cismáticos, rusos, protestantes, lo cual equivale a decir, Europa, y no pequeña parte de Asia, Africa y Oceanía, reconocen el carácter divino de la Biblia, inclusive los judíos que están de acuerdo con los cristianos en cuanto a los libros del Antiguo Testamento, y hasta los musulmanes que veneran grandemente nuestra Es-

critura santa. Hablamos por supuesto, de la Biblia en general, prescindiendo de las divergencias que dividen a las sectas entre sí y de la Iglesia Católica, sobre tal o cual libro sagrado, o pasaje de alguno de ellos en particular. El hecho es que la Biblia, tomada en general, es el Código religioso de la humanidad civilizada, lo que es ya por sí sólo una prueba fortísima a favor de nuestros Libros santos, puesto que si no fueran auténticos, verdaderos y divinos no habrían causado un efecto tan sorprendente como es la civilización de la humanidad, porque de otro modo el efecto sería mayor que la causa, la verdad sería resultado del error, y la civilización de la mentira.

Por otra parte la sagrada Biblia lleva en sí misma su defensa, pues la sencillez y la claridad con que en ella se exponen los hechos, la ingenuidad de las expresiones todo nos hace palpar, por decirlo así, la verdad contenida, sin mezcla ninguna de error, en todas y cada una de las páginas de este Libro admirable. No es así ciertamente como se han escrito los mitos y leyendas. La ciencia incrédula y atea se ha declarado enemiga de la Biblia, la ha combatido sin tregua ni miramientos, pero al cabo ha sido derrotada, pues los esfuerzos combinados de la ciencia no han producido otro resultado que vindicar plenamente los Libros inspirados de la nota de apócrifos o erróneos, con que gratuitamente los habrían tachado sus enemigos.

Hablando en particular de los Evangelios, algunas escuelas protestantes de Alemania se atrevieron a dudar de su autenticidad y a suponerlos apócrifos. Un siglo basta, según Strauss, para que un hecho histórico cualquiera se altere, degenere primero en leyenda, y luego se transforma en mito. ¿Quién nos garantiza, pues, decía el impío, de que los Evangelios no hayan sido escritos muchísimos años después de los sucesos que en sus páginas se relatan? Luego los Evangelios son un mito. Pero la crítica histórica más sabia y concienzuda, el hallazgo inopinado y providencial de documentos antes no conocidos, todo ha venido a confirmar lo que ya desde el principio se sabía, esto es, que los Evangelios han sido escritos por autores contemporáneos de los hechos

que ahí se relatan. Esos sagrados Libros no han podido después ser suplantados o corrompidos, porque la Iglesia ha cuidado en todo tiempo esmeradamente de su integridad. Los escritores eclesiásticos desde el primer siglo de la era cristiana citan ya pasajes enteros de los Evangelios. Además las variadas y numerosas sectas heréticas que principiaron a brotar desde el origen mismo del Cristianismo, vigilábanse severamente las unas a las otras, y todas se tornaban enemigas del Catolicismo; en tales condiciones, ¿cómo habría sido posible inventar hecho ninguno relativamente al Redentor, sin que al momento se descubriese la impostura? ¿Será posible, nos preguntamos, atribuir ahora a Napoleón o Bolívar hechos de armas que no han acontecido, victorias que no alcanzaron? Nuestro Señor Jesucristo apareció en el mundo en la época más florida y brillante de la civilización romana, en el pueblo más austero, religioso y tradicionalista del antiguo mundo; en tales condiciones es imposible el mito; luego, pues, los Evangelios tienen a su favor todas las notas de autenticidad y veracidad, y en grado tan alto como no lo ofrece obra alguna, puramente humana, en el mundo. Nadie duda que Herodoto, César o Tácito sean autores de los libros que se les atribuye, ni que sea verdad lo que refieren; y sin embargo estas obras no pueden, ni de lejos, ofrecer una mínima parte de las pruebas incontables que afianzan la autenticidad y veracidad de los Evangelios.

Tan luminosas, tan indiscutibles son estas pruebas, que al fin hasta la misma impiedad se ha visto obligada a rendirse a la evidencia; hoy ya no disputan los sabios disidentes sobre la verdad o autenticidad de los Evangelios, niegan solamente que sean inspirados. Pero tocante a la inspiración, ¿qué podrán decirnos los impíos, si se obstinan en negar, audaz y temerariamente, todo fenómeno del orden sobrenatural, y hasta la existencia misma de este orden? Esto sería como si un ciego que se empeñara en negar la existencia de la luz, quisiese después hablar de colores.

El único juez competente en esta materia es la Iglesia Católica, por ser también la única que presenta en

favor suyo las notas sobrenaturales de la verdadera Iglesia que son: la santidad, los milagros y las profecías, etc. Por consiguiente, si la Iglesia Católica ha reconocido en todo tiempo la inspiración divina con que han sido escrito los Evangelios, si hasta la ciencia incrédula da testimonio de la verdad y autenticidad de ellos, claro está que así ante la Religión, como ante la impiedad, valen las pruebas fundadas en los textos de esos Libros inmortales.

CAPITULO III

EL DOGMA DE LA PRESENCIA REAL

¿La verdadera Iglesia qué nos enseña acerca de la Sagrada Eucaristía?

Antes que exponer los fundamentos en que se apoya nuestra fe relativa al misterio adorable, es necesario decir cuanto creemos acerca de este punto importantísimo de la doctrina católica.

Con respecto a la Sagrada Eucaristía creemos: que Jesucristo Nuestro Señor, Dios y Hombre verdadero, la noche de su pasión, en la última Cena, tomó en sus manos sacratísimas el Pan, en seguida el Vino, contenido en un Cáliz, y en virtud de su omnipotencia, por estupendo milagro, cambió ese pan y ese vino en su propio cuerpo y sangre, y luego los distribuyó a sus apóstoles, dándose a Sí mismo en comunión a ellos, bajo las especies de pan y vino.

Cristo comunicó a sus apóstoles, y en persona de ellos a todos los sacerdotes, válidamente ordenados, el poder de consagrar el pan y el vino en el cuerpo y sangre del mismo Cristo, exactamente, con igual cambio portentoso al que se verificó en la noche de la Cena. Este Misterio adorable que renueva de una manera mística e incruenta el sacrificio sangriento del Calvario, es el único sacrificio que tenemos en la Ley evangélica, y

así como ha venido ofreciéndose constantemente desde Jesucristo hasta nuestros días, continuará ofreciéndose, igualmente, hasta el fin de los siglos. En el misterio de la Eucaristía creemos pues, los siguientes puntos fundamentales, a saber:

1º Que todos los sacerdotes válidamente ordenados reciben el poder de cambiar el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo;

2º Que pronunciadas por el sacerdote las palabras de la consagración, en lo que parece pan no queda ya sustancia de pan sino sólo los accidentes de tal; color, olor y sabor de pan, y en lo que parece vino no quedan ya sino sólo los accidentes del vino; pues la sustancia del pan y del vino se cambia totalmente, por la consagración, en la sustancia del cuerpo y sangre de Cristo;

3º Que como Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere, tanto bajo los accidentes de pan, como bajo los accidentes de vino, está todo Cristo indivisible, con cuerpo y sangre, alma y divinidad, vivo y glorioso como en los cielos;

4º Que desde el instante de la consagración hasta que se corrompen los accidentes de pan o de vino, Cristo permanece en la Sagrada Eucaristía, no sólo de un modo simbólico o representativo, sino real, verdadera y sustancialmente; y cuando se corrompen esos accidentes y Cristo deja de estar allí, queda aquello mismo que habría quedado si el pan y el vino no hubiesen sido consagrados, y se corrompiesen.

5º Que el sacrificio adorable de la Misa es la renovación incruenta y mística del sacrificio de la Cruz; y,

6º Que la Sagrada Eucaristía es uno de los siete sacramentos de la Iglesia; instituido no solamente para ser nuestra Hostia, sino también el alimento espiritual de nuestras almas, el cual reciben los católicos que, con las debidas disposiciones, participan de la Santa Comunión, bien sea bajo una sola de las especies, como los seglares, o bien bajo ambas, como los sacerdotes.

Aparece, pues, de aquí que no es el pan, o una simple masa de harina, como impíamente se ha dicho por algunos incrédulos ecuatorianos, lo que adoramos los católicos en la divina Eucaristía, sino Jesucristo Señor Nuestro, que reside real, verdadera y sustancialmente en el Santísimo Sacramento, bien que oculto bajo las especies de pan y de vino. Y como Jesucristo es no sólo hombre, sino Hombre-Dios, esto es, la segunda persona de la Trinidad Santísima, el Verbo eterno encarnado en el seno purísimo de María Virgen, claro está que la Sagrada Eucaristía, que es Jesucristo Sacramentado, ha de ser adorada con el mismo culto que lo es Dios, con el culto supremo de latría. Luego los que la desprecian, ultrajan y pisotean, no es a un pedazo de pan, o una masa de harina, sino al mismo Dios encarnado. Por último, la Sagrada Eucaristía no es una invención del fanatismo, ni siquiera una institución de la Iglesia Católica, puesto que la Iglesia con todo su poder, no inventa ni crea sacramentos; la Sagrada Eucaristía ha sido instituida por el mismo Jesucristo. Esto es en resumen lo que la doctrina católica nos enseña acerca de este dogma admirable. Veamos ahora las principales pruebas que afianzan nuestra fe en el sublime Misterio.

CAPITULO IV

SOBRE QUE FUNDAMENTOS DESCANSA NUESTRA FE EN LA SAGRADA EUCARISTIA.

¿Estamos seguros de que hay sol?— Sí; pues basta abrir los ojos en un día sereno y resplandeciente para ver que hay sol en el cielo. De ello estamos tan seguros, como que dos y dos son cuatro. ¿Y estamos seguros de que hay en Europa las célebres ciudades llamadas Roma, París, Londres, etc., aunque nunca hayamos pisado el viejo Continente? Sí; porque no es necesario que nuestros mismos ojos hayan visto aquellas ciudades, para saber que existen. El testimonio de los demás hombres, cuando está revestido de las condiciones debidas, engendra en nuestro ánimo certidumbre tan grande y firme

como la que puede darnos el testimonio de los sentidos, o el conocimiento de las verdades más obvias de la metafísica o las matemáticas. Así, pues, tan seguros estamos de que existen Roma y París en Europa, como de que hay sol en el cielo, y de que dos y dos suman cuatro.

¿Y si tanta certidumbre tenemos de algunas verdades naturales, fundados solamente en el testimonio humano, por qué no tendremos igual y mayor certidumbre de la existencia de las verdades sobrenaturales, fundadas en el testimonio de Dios? Si alguien no increpara porque creemos que hay Londres, dándonos motivos para su increpación de que jamás debemos creer lo que no hemos visto con nuestros propios ojos; a hombre tan sin seso lo tendremos seguramente como loco. ¿Pues qué diremos de los impíos que nos increpan nuestra fe en la Presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, dándonos por motivo de esta increpación que no vemos con nuestros propios ojos al Salvador bajo los velos del Sacramento? ¿Si creemos a los hombres, por qué no creemos a Dios?

La Santa Iglesia Católica es órgano autorizado y auténtico que Dios ha establecido en el mundo para enseñar qué es lo que debemos creer o no creer en materias de religión. No solamente la fe, aún la historia, la filosofía y nuestra propia razón nos convencen de que debe haber una verdadera Iglesia en el mundo, y que esta Iglesia verdadera no es otra que la Católica, pues es la única que tiene a favor suyo las credenciales de una misión sobrenatural que son los milagros, la santidad de la doctrina, la santidad de muchos de sus miembros, etc. Ahora bien, esta Iglesia admirable, nos enseña, nos manda creer, que Jesucristo reside real y verdaderamente en el Santísimo Sacramento, ¿por qué no lo creeríamos con tanta mayor seguridad con la que creemos que aquí que los católicos proceden cuerda y atinadamente hay Londres y París en el mundo? Aparece por tanto de cuando sin entrar en más raciocinios ni pruebas, bástales para profesar un dogma saber que esto nos manda creer la Iglesia. ¿Y si ésta es buena norma para un sabio, por qué no será todavía con mayor razón para un ignorante?

¿esto cree la Iglesia Católica? Pues esto es lo que creo yo. He aquí el primer fundamento sobre el cual estriba nuestra fe en la Sagrada Eucaristía. Sin embargo para que esta fe tenga un grado más de firmeza y convencimiento veamos qué motivos presenta la Iglesia, en qué se ha apoyado, para definir como dogma de fe católica la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Estos motivos o fundamentos son: 1º La Sagrada Escritura, 2º La tradición.

CAPITULO V

EL DOGMA DE LA PRESENCIA REAL ANTE LAS ESCRITURAS

El dogma de la Presencia real hállase manifiesta y clarísimamente enseñado por muchos pasajes del Nuevo Testamento. De los cuatro Evangelios, el de San Juan nos refiere la promesa, y los tres restantes, o los Sinópticos, como hoy se los acostumbra llamar, nos dan la historia de la institución de este divino Misterio, historia que está corroborada además por un texto explícito de las Epístolas de San Pablo. Hagamos una breve exposición de estos lugares importantísimos del Evangelio.

Promesa de la Eucaristía:— Refiere San Juan, en el Capítulo VI de su Evangelio, que hallándose en cierta ocasión Jesucristo en la ciudad de Cafarnaúm, cercado de una gran multitud, que atónita y entusiasmada le buscaba, por haber visto poco antes el prodigio estupendo de la multiplicación de los panes, tomando ocasión de esto el Señor les anunció que muy pronto daría al mundo un alimento más admirable que el maná que comieron los israelitas en el Desierto: "Yo soy, les dijo, el pan vivo que descendí del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi misma carne, la cual daré yo para la vida del mundo". Et panis juem ego dabo caro mea est pro mundi vita (v. 51 y 52).— Traducción de Torres Amat.

Los judíos al oir este razonamiento escandalizáronse grandemente, y comenzaron a altercar unos con otros, diciendo: "Cómo puede éste darnos a comer su carne?". Pero el Salvador sin responderles palabra a esta observación, tornó a afirmar, con nueva insistencia, que los que querían salvarse tenían forzosamente que comer la carne y beber la sangre del Hombre-Dios; "Jesús, empero, les dijo –continúa refiriendo el Evangelio– en verdad, os digo, si no comiéreis la carne del hijo del hombre, y no bebieries su sangre, no tendréis vida en vosotros... Porque mi carne es verdaderamente comida: y mi sangre, es verdaderamente bebida". Caro enim mea vere est cibus :et sanguis meus vere est potus. (Vrs. 54 y 56).

De los pasajes del Santo Evangelio que acabamos de citar se deduce: 1º Que Jesucristo para probar que era verdaderamente el Mesías anunciado por los profetas ofreció dar en breve, para vivificar al mundo, un pan incomparablemente mejor que el maná, y dijo expresamente que este pan portentoso sería su cuerpo y sangre divinos; 2º que los judíos allí presentes, tanto los discípulos y amigos, como los enemigos de Cristo Señor Nuestro, entendieron todos, igualmente, que no se trataba entonces de carne y sangre simbólicas o representativos, sino de carne y sangre del Verbo Encarnado que habían de ser tomados en alimento por cuantos quisiesen arribar a la vida eterna; esta doctrina disgustó en tal manera a muchos de los circunstantes que llegaron hasta a murmurar, contra el Salvador, y no pocos discípulos le abandonaron desde ese día; 3º finalmente, que el Señor, en vez de disuadirles de este concepto, como habría hecho si hubiese sido errado, los afirmó explícitamente en él, diciéndoles que sí, que su propia carne y su propia sangre, la carne y la sangre verdaderas del Hijo de Dios, era lo que los hombres tenían que comer y beber si querían salvarse. Según el sabio Cardenal de Wisseman, esta frase: comer la carne y beber la sangre no tiene en toda la Escritura santa, más que dos sentidos: el 1º que es el natural y obvio, significa tomar la carne y sangre en alimento; y 2º, que es figurado, significa complacerse alguien en la ruina y destrucción de su enemigo. Por ejemplo, en el Salmo XXVI leemos: Dum appro-

piant super nocentes ut edant carnes meas: Mientras que están para echarse sobre mí los malhechores, a fin de devorar mis carnes; esos enemigos míos que me atribulan, etc.

Si, pues, Cristo, en el pasaje citado del Evangelio, hubiese hablado en sentido figurado, como quisieran los protestantes, la frase en cuestión podría ampliarse así: "En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su sangre, esto es, si no os tornareis enemigos suyos, no tendréis vida en vosotros": pero esto, a todas luces, es un contrasentido y absurdo; luego es forzoso tomar las palabras de Cristo en su sentido obvio y natural, y admitir que alguna vez el Salvador ha de haber dado verdaderamente a comer su carne y beber su sangre; y si alguna vez se efectuó esto fue sin duda en la institución de la Sagrada Eucaristía; luego este Sacramento divino es la verdadera carne y la verdadera sangre del Hijo de Dios.— Este argumento no tiene réplica.

La institución de la Sagrada Eucaristía:— Así como San Juan nos refiere la promesa de la Eucaristía, los otros tres Evangelistas nos cuentan el modo como esta promesa se cumplió.— Vísperas del día Solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, reunió a sus Apóstoles para comer por última vez, con ellos, el cordero pascual. Juntos ya todos en el Cenáculo y llegada la hora solemne, principió el Salvador por decir a sus discípulos, con frase propia a hacer vislumbrar que algo extraordinariamente grande iba a realizarse en esa Cena, estas ardientes y significativas palabras: "Con deseo he deseado; *desiderio desideravi:* comer esta pascua con vosotros, antes de mi pasión".

A la manducación del cordero pascual se siguió la institución del Santísimo Sacramento, figurado por aquel sacrificio meramente representativo; he aquí el relato que San Mateo hace de esta admirable escena: "Mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, y le bendijo, y partió, y dióselo a sus discípulos diciendo: tomad, y co-

med: este es mi cuerpo. Y tomando el cáliz dio gracias, lo bendijo y diólo, diciendo: bebed todos de él. Porque esta es mi sangre del nuevo testamento, la cual será derramada por muchos para remisión de sus pecados. "Hoc est corpus meum: *Hic est sanguis meus (Cap. XXVI, v. 26, 27 y 28)*.

Tan claro, tan concluyente es este lugar del Santo Evangelio a favor del dogma de la Sagrada Eucaristía, tal como lo profesamos los católicos, que basta este solo texto para pulverizar de un golpe todos los vanos argumentos de los protestantes, y demás incrédulos que niegan la realidad de este misterio. ¿Confesáis la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Reconocéis la autenticidad y veracidad de los Santos Evangelios? ¿Sí?: pues tenéis que confesar que la Sagrada Eucaristía es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del Salvador, ya que El mismo lo ha dicho: *Hoc est corpus meum: Hic est sanguis meus*. Sabéis, dice el sabio cardenal antes citado, que en otros dos evangelistas se halla la misma narración hecha por San Mateo, con las mismas circunstancias y casi con las mismas palabras, y también la epístola primera de San Pablo a los de Corinto; ante la unanimidad de sus testimonios es infundable la más mínima vacilación, y es imposible añadir fuerza, ni claridad a expresiones de suyo sencillas, claras y convincentes.

Para sostener sus errores los protestantes, torturando el sentido común, y echando a un lado las reglas más elementales de la lógica, afirman con desvergonzada impavidez que significan lo mismo estas dos expresiones tan diversas: Esto es mi cuerpo, y Esto es figura de mi cuerpo. Dando por probado aquello precisamente que tratan de probar; y todo su falso raciocinio no es otra cosa que un tejido de absurdas suposiciones. Refiere Monseñor de Segur, en su hermoso opúsculo sobre la Presencia real, que allá en tiempos de Lutero y Calvino, se publicó en Alemania, como argumento concluyente contra las doctrinas perversas de la Reforma, un grabado en que se representaba al Salvador, en medio de los dos heresiarcas: tenía cada cual una hostia en la mano. Debajo de la enseñada por Jesucristo leíanse estas pala-

bras del Cenáculo: Esto es mi cuerpo. Debajo de la mostrada por Lutero: Esto, a un tiempo que pan, es también mi cuerpo. Es mi cuerpo en el pan. Debajo de la hostia alzada en manos de Calvino: Esto no es mi cuerpo, sino solamente figura de mi cuerpo. Para admitir las teorías de Lutero y Calvino, hay que convenir previamente en que el sí y el no son una misma cosa. Sobre el sofisma y el absurdo se han edificado todas las herejías; y sobre fundamentos tan negros y tristes se levantan las teorías más tristes aún de nuestros incrédulos y radicales: álzase la impiedad basada siempre en la mentira.

CAPITULO VI

EL DOGMA DE LA PRESENCIA REAL ANTE LA TRADICION

No solamente la Escritura Santa, contenida en varios libros del Nuevo Testamento, la tradición ni interrumpida de todos los siglos afianza nuestra fe en el dogma admirable de la Presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Los apóstoles, los discípulos, los primeros fieles, los primeros doctores, los primeros mártires, y después todos, los cristianos de todos los siglos, a excepción de un número relativamente corto de herejes, han creído invariablemente que, por virtud de las palabras de la Consagración, el pan se cambia en el cuerpo, y el vino en la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y que por consiguiente la Sagrada Eucaristía es el Sacramento del verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Nuestro Salvador Divino.

Los testimonios de la Tradición en favor de este misterio son tan claros y convincentes que no dejan resquicio a la duda; son tan numerosos que hay que clasificarlos por series, y podrían formarse bibliotecas enteras con la colección de documentos concernientes a cada una de ellas.

He aquí cómo, según un ilustrado escritor belga, pudieran clasificarse aquellos testimonios rendidos sin interrupción por todos los siglos. Hállanse aquellos con-

tenidos: 1º en innumerables decretos de los Papas y los Concilios; en antiguas profesiones de fe contenidas en las Liturgias y prácticas religiosas de las Iglesias occidental y oriental, católicos y cismáticas; y en los escritos de los Santos Padres; 2º en las Historias, las herejías; Hechos de la historia eclesiástica; Actas de los mártires y vidas de los santos; 3º en varios Monumentos históricos, como son: pinturas, esculturas, medallas, inscripciones lapidarias, sepulcros, catacumbas, santuarios y objetos de arte. Digamos una palabra ya que no de todos, a lo menos acerca de los principales testimonios de la Tradición.

Escritos de los Santos Padres:— Extractamos de Mons. de Segur, en su precioso opúsculo intitulado *La Presencia Real*, los siguientes testimonios de los Padres, siglo por siglo, desde el tiempo de los apóstoles hasta la época de la invasión de los bárbaros.

San Ignacio, Obispo de Antioquía, y discípulo de San Juan, dice en su carta a los fieles de Esmirna, hablando de ciertos herejes turbulentos de su tiempo: "No quieren la Eucaristía, porque no quieren reconocer que la Eucaristía es la carne de Nuestro Señor Jesucristo". San Irineo, Obispo de Lión, martirizado en el año 202, dice a su vez: "El pan sobre el cual se ha pronunciado la consagración es el cuerpo de Jesucristo, y el vino es su Sangre". Tertuliano, que vivió entre los años 160 y 245, dice también: "Nosotros (los cristianos) recibimos en nuestra carne el cuerpo y la sangre de Cristo, a fin de que nuestra alma viva y se alimente de Dios". San Atanasio, el Ilustre Patriarca de Alejandría, que murió hacia el año 373, dice: "Antes de las palabras de la Consagración, no hay más que pan y vino sobre el altar; mas, inmediatamente después, por aquellas, el pan se cambia en el cuerpo, y el cáliz en la sangre de Nuestro Señor Jesucristo". San Hilario de Poitiers, San Basilio, San Cirilo de Jerusalem, San Efrén, San Jerónimo, San Ambrosio, San Agustín, y todos los más ilustres padres y doctores testifican de modo clarísimo e indudable la fe que siempre ha profesado la Iglesia en este adorable Misterio. "Si se hubiesen de reunir, dice el autor citado,

todos los testimonios de los padres de la Iglesia sobre la Presencia real de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, formaríanse muchos y abultados volúmenes. Esta es prueba suficiente para convencer a cualquier hombre de buena fe... Con la antigüedad toda, con los Mártires, con los Apóstoles, con el Evangelio, creemos y profesamos lo que San Remigio decía, al primer rey cristiano del mundo, Clodoveo, glorioso jefe de la monarquía francesa: Jesucristo se halla realmente presente en la Eucaristía y aunque en ella no se vea más que pan, es verdaderamente el cuerpo de Jesucristo".

Las Liturgias:— La romana, que viene de San Pedro, y las orientales, especialmente la de Jerusalén, que viene también de los Apóstoles, todas atestiguan uniformemente la misma fe en la Presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía; todas hablan de la conversión del pan en el Cuerpo, y del vino en la Sangre del Salvador. Esas Liturgias sagradas son un eco que han llegado hasta nosotros, de la primitiva Iglesia del Cenáculo; tenemos, pues, en ellas una prueba clara, convincente, irrefutable de que creemos nosotros hoy lo mismo que creyeron entonces los Apóstoles.

Testimonio de las Iglesias separadas:— Sin embargo, los enemigos obstinados de la verdad católica, replícannos obstinados todavía: que durante las tinieblas de la Edad Media, entre la terrible conflagración producida por las invasiones de los bárbaros, entonces se alteraron esos escritos y corrompieron esas liturgias. Pero nótese, desde luego, que tal suposición se basa en una contradicción lamentable; pues si la ignorancia de esos tiempos hace según nuestros adversarios, fácil la superchería, la misma ignorancia la tornaba imposible. ¡Cuando toda la sabiduría del mundo es impotente para comprender el menor de nuestros misterios, la ignorancia de la Edad Media habría bastado para inventar el dogma admirable, bellísimo, encantador de la Presencia real!...

Pero sin detenernos a refutar tales suposiciones destituidas de fundamento alguno, contentémonos con oponer a ellas el testimonio clarísimo y convincente que

rinden en nuestro favor hasta los mismos herejes, separados del seno de la Iglesia Católica, en los primeros siglos. Si el dogma de la Presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento es una invención del fanatismo católico, invención que data solamente de los tiempos de barbarie de la Edad Media, claro está que aquel dogma no debe encontrarse en las profesiones de fe de los Coptos, los Jacobitas, los Nestorianos, separados del catolicismo en los primeros tiempos de la Era cristiana; pero es así que todos esos herejes, sin excepción, aunque opuestos a la Iglesia Católica en otros puntos, en éste se hallan plenamente de acuerdo con ella, luego, el dogma que nos ocupa no es inventado por la Iglesia Católica; luego es una verdad de fe profesada desde los primeros tiempos, como si dijéramos desde la institución de este misterio. Ahora que son fáciles los viajes, y que con tanta rapidez se puede recorrer el mundo desde la una extremidad a la otra, invoquen los protestantes en su favor el testimonio de una sola de las iglesias separadas del Oriente. Pero, ¡qué ha de invocar!, si desde Abisinia hasta Alemania, desde San Petersburgo (ahora Leningrado) hasta Constantinopla, todos los herederos de alguna fracción del cisma oriental están ahí para confundir a los enemigos del Santísimo Sacramento, para testificar, a voces, que Jesucristo reside verdadera, real y sustancialmente en la Hostia Santa, ya que ésta es la fe de todas las Iglesias primitivas.

Del *programa* que se publicó en 1897, anunciando al mundo católico el Congreso Eucarístico de Jerusalén, celebrado poco después, extractamos lo siguiente: "El dogma de la Presencia real no había sido jamás atacado en la Iglesia de Oriente, hasta que los protestantes de Alemania se esforzaron en vano por atraer a su herejía a los patriarcas cismáticos de Constantinopla y Alejandría; el ambicioso Cirilo Lucaris fue el único que abrazó sus errores, pero el Oriente indignado se levantó contra él. El sucesor de Lucaris, en Constantinopla, Cirilo de Berea, convocó un Concilio al que asistió Teófanes, patriarca de Jerusalén, y en esa Asamblea se lanzó excomunión contra el blasfemador de la Eucaristía".

En otras varias ocasiones han tornado a testificar las Iglesias cismáticas de Oriente acerca de su fe invariable de todos los siglos en el dogma de la Presencia real. A solicitud de un religioso capuchino, dos patriarcas de Oriente, Pasios de Alejandría y Nectario de Jerusalén, contestaron que la fe en el misterio de la transubstanciación era tan antigua como sus Iglesias. Poco después, en 1972, Dositeo, patriarca de Jerusalén, reunió otro numeroso Concilio de cismáticos en Belén donde se anatematizó igualmente a quienes abrazasen la herejía calvinista que niega el dogma de la Presencia real. "Creemos (todos los orientales, testificó el Concilio), que es necesario adorar el Cuerpo y Sangre de Jesucristo en el Santísimo Sacramento con adoración de latría".

Otras pruebas que corroboran la Tradición:— La brevedad que nos hemos impuestos en este opúsculo no nos permite seguir desarrollando los demás testimonios de la Tradición, en favor del sublime Misterio que nos ocupa: nos contentaremos solamente con indicar de paso algunos de los principales.

Las Catacumbas de Roma, esos subterráneos y silenciosos recintos donde los Apóstoles, y después de ellos los cristianos de los tres primeros siglos, buscaron un refugio durante la era de las persecuciones, ¿no nos dirán algo acerca de la fe de primitiva Iglesia en el Santísimo Sacramento? Sí: allí están las paredes de esos misteriosos subterráneos, cubiertas con frescos y otras pinturas, que son otros tantos símbolos de la Sagrada Eucaristía, diciendo a todos cómo, desde San Pedro hasta nuestros días, los católicos han profesado siempre el dogma de la Presencia real.

La Disciplina del Arcano, esto es, la prohibición impuesta a los catecúmenos de asistir a la celebración de los sagrados misterios, revela esta misma fe; pues si la Sagrada Eucaristía hubiese sido tenida únicamente por símbolo o figura del cuerpo del Señor no la habría guardado con cuidado tan exquisito.

Finalmente hasta las *Calumnias de los gentiles* que imputaban a los primeros cristianos el supuesto crimen de inmolar en sus asambleas a un niño cubierto de harina, y devorar en seguida sus carnes palpitantes, demuestran como había llegado a traslucirse por de fuera la fe de los primeros fieles en la Eucaristía, y por consiguiente, las ceremonias esenciales del culto católico que consisten en la Misa y la Comunión.

Aquí nos detenemos, sintiendo no poder desarrollar, con mayor extensión, pruebas tan claras y convincentes de la fe invariable y siempre constante de la Iglesia Católica en el Santísimo Sacramento. Por tanto, cuando un escritor impío, se ha atrevido a decir en el Ecuador que el dogma de la Presencia real de Jesucristo en la Eucaristía es una invención del *fanatismo católico*, ha dado pruebas no solamente de impiedad, sino de crasa ignorancia, en puntos tan incontrovertibles y conocidos de la historia eclesiástica.

CAPITULO VII

EL DOGMA DE LA PRESENCIA REAL COMPROBADO POR GRANDES E INNUMERABLES MILAGROS

El milagro es el testimonio que el Cielo nos da de la verdad de una doctrina. El error no tiene, ni tendrá nunca, milagros en favor suyo, porque Dios, autor principal del milagro, siendo como es la verdad infinita, no puede engañarse ni engañarnos.

Por esto la Religión Católica, la única Religión verdadera, la única también en cuyo seno se efectúan los milagros; las sectas disidentes, y mucho menos las instituciones absurdas del paganismo, no pueden invocar en comprobación de sus sistemas el testimonio divino de milagros. Estos se han verificado siempre en favor así de la Religión Católica en general como de las verdades santas que ella enseña; y entre los dogmas católicos el de la Sagrada Eucaristía es quizás el que nos ofrece con más abundancia esta prueba inconcusa del prodigio.

Ciertamente, el estado ordinario de la Hostia Santa es de humillación y abatimiento; la vemos conculcada por los impíos, profanada por los sacrílegos, blasfemada por los incrédulos, sin que se abra la tierra, ni desciendan rayos para castigar inmediatamente estos atentados; sin embargo, no ocurre así siempre: a veces la misericordia divina se ha dignado manifestar con portentos señaladísimos la Presencia real del Salvador en la Sagrada Eucaristía. Tan numerosos y repetidos estos portentos que apenas habrá siglo ni nación que no los haya presenciado. Referimos aquí algunos de tales milagros eligiendo aquellos que están comprobados plenamente por prolijas y exquisitas investigaciones, de modo que revocarlos a duda, sería desconocer en absoluto el testimonio de la historia.

El milagro de Bolsena y el Santo Corporal de Orvieto:— Entre los milagros eucarísticos el de Bolsena es, sin contradicción, uno de los más importantes, ya a causa de los monumentos que lo recuerdan, y la información pontificia que acerca de él se sustentó, ya sobre todo, porque este prodigioso suceso motivó en gran parte la institución de la gran fiesta católica de *Corpus Christi*.— La historia es así:

Un piadoso sacerdote alemán viéndose frecuentemente asaltado de terribles tentaciones contra el dogma de la Presencia real, pidió con insistencias a Dios Nuestro Señor le iluminase, en esa lamentable oscuridad de su mente por medio de un prodigio. Emprendió para ello una devota peregrinación al sepulcro de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. Habiendo llegado a Bolsena, población italiana, situada en los estados romanos, y perteneciente a la diócesis de Orvieto, celebró la Misa en la iglesia donde se venera el Cuerpo de Santa Cristina, dentro de la cripta que guarda su sepulcro. Después de la consagración, llegado el momento de tener la Hostia sobre el cáliz, tomó ella la apariencia de verdadera carne, empapada en sangre rubicunda, a excepción de la parte que cubrían los dedos del celebrante, que conservó su aspecto primitivo; aquella sangre prodigiosa brotó en abundancia, tal que muchas gotas cayeron sobre el

corporal y lo mojaron. El sacerdote, avergonzado de su escasa fe y grandemente conmovido trató de ocultar el milagro, cubriendo la Hostia con los corporales; más por un nuevo portento, cada gota de sangre que tocaba en los paños sagrados, imprimía en ellos una figura humana. Aterrado entonces el Sacerdote, suspendió la Misa sin poder continuarla y trasladó la Hostia maravillosa a la sacristía; inmediatamente después se encaminó a Orvieto donde se encontraba el Papa Urbano IV, a quien refirió el suceso, e imploró perdón por su falta de fe. El Pontífice ordenó al Obispo de Orvieto que fuese a recoger en Bolsena la Hostia y los corporales; el mismo Urbano IV acompañado de multitud innumerable salió a recibir afuera de la ciudad aquellas especies sacratísimas, adoró a la Hostia milagrosa y la colocó en el Sagrario de la Iglesia de Orvieto. En seguida ordenó a Santo Tomás de Aquino que compusiese Misa y Oficio propios para la fiesta del Santísimo Sacramento, señalando para ello el jueves después de la Octava de Pentecostés, concediendo numerosas indulgencias a los que asistiesen bien a la Misa, bien el oficio de esta fiesta. El milagro tuvo lugar en 1263, y la bula de Urbano IV, instituyendo la solemnidad de *CORPUS CHRISTI,* data de 1264. Consta lo dicho de varias inscripciones y otros monumentos auténticos que se conservan hasta hoy en la Iglesia de Orvieto.

Aunque la Hostia milagrosa y los santos corporales fueron llevados a Orvieto, el Señor quiso dejar algunas huellas del portento de Bolsena. Cuando el sacerdote suspendió la Misa llevándose consigo el Sacramento, algunas gotas de sangre prodigiosa cayeron en el mármol blanco, delante del altar.

Cuatro piedras conservan hasta hoy muy visiblemente los vestigios de aquella milagrosa sangre; pues a poco del acontecimiento se las quitó del lugar donde se hallaban, y se las guardó cuidadosamente en cajas dispuestas al efecto, hasta 1693. Por este tiempo sucedió otro prodigio, y fue una doble aparición con que se manifestó la imagen del Salvador en las gotas de sangre: el 17 de abril del año indicado, a una sola persona, y ba-

jo la figura de niño. Y por segunda vez, el 21 de abril y días siguientes, a una multitud innumerable de personas, bajo la figura del *Ecce-Homo*. El Obispo de Orvieto tomó informaciones del hecho, en consecuencia de esto el Papa Inocencio VII, informado de todo, envió una suma de dinero para auxiliar la restauración del santuario que era por entonces poco digno del *tesoro que encerraba*. Renovado el santuario, colocóse una de las piedras en el sitio mismo en que aconteció el milagro de 1263; las tres restantes fueron puestas en el altar mayor, entre tersísimos cristales, y encerrados en marcos preciosos de cobre.

En cuanto al santo Corporal de Bolsena, fue trasladado, como ya se ha dicho, a Orvieto para mostrarlo al pueblo y conservarlo con la veneración que se merece. Se construyó un magnífico relicario, una de las obras de arte más preciosas que tiene Italia; "Este relicario es una obra sin rival en su género", dice el sabio autor, de quien tomamos esta breve noticia. Para este afamado relicario se erigió la suntuosa Catedral de Orvieto, tan afamada por el corporal y las pinturas relativas a su historia. Estas pinturas son obras de Hugolino de Prette, quien las ejecutó por orden del Papa Inocencio VII; todas alusivas al misterio del Santísimo Sacramento.

La Hostia milagrosa de San Juan de Greve:— En una iglesia de París, llamada San Juan de Greve, conservábase hasta los días de la Revolución francesa, una Hostia portentosa; he aquí su historia: comprobada por las tramitaciones judiciales a que dio origen, y el fallo del tribunal que conoció la causa.

Aconteció en París, en el año de 1290, bajo el reinado de Felipe el Hermoso, que una pobre mujer tomara en préstamo una suma de dinero, equivalente, en la moneda actual, a cincuenta francos, de manos de un judío, garantizándole con ciertas prendas de vestir. El dos de abril, pocos días antes de Pascua de Resurrección, acudió aquella mujer a su prestamista, suplicándole le devolviese sus vestidos, para poder asistir decentemente

a la Iglesia y cumplir con el precepto pascual.— "Lo haré gustosamente, dijo el judío, te devolveré la ropa, y para siempre, y no cobraré interés alguno, con una condición, y es que me traigas ese pan que vosotros los cristianos recibís en la Iglesia y que decís que es vuestro Dios: quiero ver si es así". La infeliz mujer cayó en el lazo, comulgó en su parroquia de San Merri, guardó la Sagrada Forma y se la entregó al perverso israelita. Este, viéndose poseedor pacífico de tan ambicionada presa, colocó la Hostia santa sobre un cofre y se puso a despedazarla a puñaladas... Pero, ¡oh, prodigio!: la Hostia maravillosa permaneció intacta, aunque empezó a brotar de ella un torrente de sangre. Al ver esto el impío encendióse en mayor furia; tomó la Sagrada Forma, y la clavó a golpes de martillo. Entonces la sangre continuó fluyendo de la abertura causada por el clavo. El judío más rabioso todavía arrancó el clavo y arrojó las Sagradas Especies en el fuego. Pero por un nuevo portento, la Hostia Divina se levantó en medio de las llamas, y elevándose en los aires voltejeaba aquí y allá, dentro de la habitación. El sacrílego no se desalentó por ello, tomó nuevamente la Sagrada Hostia, la fijó en un poste, y la flageló; en seguida se esforzó por despedazarla, valiéndose de un cuchillo de cocina. Y como a pesar de todo la Hostia permaneciese siempre intacta, loco de furor, el israelita la condujo a las letrinas de la casa, y allí tornó a fijarla en la pared con tres gruesos clavos, y empuñando una gran lanza la hundió en aquella Hostia paciente y silenciosa: torrentes copiosísimos de sangre manaron de la Sagrada Víctima, aunque continuó siempre entera y sin lesión alguna. Ya no sabía el judío qué hacer para saciar su incesante rabia, asió pues la Sagrada Forma, y la arrojó en un caldero de agua hirviente. Nuevo portento: el agua aquella se ensangrentó al instante, y la Hostia adorable tornó a surgir intacta del caldero, se levantó en el aire, y esta vez en lugar de la Hostia apareció la imagen de Jesucristo Crucificado, tan patética y conmovedora, cual si en ese momento acabase de expirar en el madero de la Cruz. La familia del judío había presenciado con indolencia esta espantosa escena; pero al ver la imagen del Salvador llenáronse todos de miedo; la mujer de

aquel malvado increpó entonces a su marido de cuanto acababa de perpetrar, y éste abrumado de remordimiento fue a ocultarse en un sótano de la casa.

En aquel momento llamaban a misa en una iglesia vecina, y la gente piadosa de los contornos se apresuró a acudir al augusto sacrificio. Uno de los hijos pequeñuelos del judío, impresionado por lo que acababa de suceder, salió también fuera, y encontrando a un niño cristiano, camarada suyo, le dijo: "En vano os dirigís los cristianos a la iglesia; ya vuestro Dios no existe: mi padre después de haberle atormentado mucho, acaba de hacerle morir". Oyó esto una mujer del vecindario, y grandemente conmovida por las palabras que oía quiso descifrar el misterio que encerraban. Va, pues, al instante, a la casa del judío, bajo pretexto de pedir fuego: entra de improviso, y he aquí lo que presencia: la imagen sangrienta del Divino Crucificado, sobre el lugar donde estaba situado el fogón. Aquella cristiana piadosa postróse en tierra, y con sentimientos de vivísima fe y caridad adoró al Salvador; luego desapareció la imagen del Crucificado, y en vez de aquella quedó la Hostia que descendió por sí misma y vino a colocarse en un vaso que la mujer tenía en las manos; ésta viéndose depositaria de semejante tesoro lo ocultó cuidadosamente y corrió a depositar en la Iglesia de San Juan de Greve.

La Hostia maravillosa fue colocada por los sacerdotes en un sol riquísimo de oro, y allí permaneció venerada de todos los fieles, siendo objeto de piadosas visitas y solemnes fiestas, hasta los terribles días de la Revolución francesa.

En cuanto al judío, se vio apresado inmediatamente con todos los suyos; la causa de este horroroso crimen fue prolijamente investigada ante el correspondiente tribunal, donde se comprobó cuanto acaba de referirse.

La mujer e hijos del criminal se convirtieron con muchos otros israelitas; por la atrocidad del crimen, fue el miserable condenado a muerte; sentencia que se ejecutó en la misma Plaza de Greve.

La Santa Hostia de Douai:— Traducimos textualmente del precioso opúsculo la Presencia real, antes citado, la relación siguiente: En el año 1254, un sacerdote que acababa de distribuir la Comunión en la Iglesia de Saint-Amé, de la ciudad de Douai, en Flandes, encontró una Hostia caída sobre el pavimento. Grandemente conmovido se postró para recogerla, cuando de súbito la Sagrada Forma se alzó por sí misma y fue a descansar sobre el purificador... El sacerdote llamó a los canónigos, que acudieron en el acto y contemplaron con sorpresa y maravilla, no ya la Hostia, sino el cuerpo Sagrado de Jesucristo, bajo la figura de un niño de belleza celestial. Convocóse igualmente al pueblo y todos indistintamente fueron testigos del mismo prodigio.

"A la noticia del milagro, fui yo mismo a Douai, escribe un historiador contemporáneo, concurrí a la Iglesia de Saint-Amé, y habiéndome acercado al Deán, de quien era particularmente conocido, le pedí me hiciese ver la Hostia milagrosa. Accedió a ello ,se descubrió el copón, y ví la Hostia Santa... Todos los asistentes pusiéronse entonces a clamar y contemplaban con sus ojos al Salvador... pero en cuanto a mí no miré otra cosa que el Sacramento en su forma ordinaria. Sorprendido y triste examiné mi conciencia, deseoso de saber si alguna falta secreta me privaba de la gracia que regocijaba a los demás; ocupábame en esto, cuando de repente ví la faz adorable de Nuestro Señor Jesucristo, lo que me hizo experimentar sentimientos tales que jamás podré expresar. No era un niño pequeño lo que ví: presentóseme el rostro del Salvador, del lado izquierdo, casi de perfil, y ligeramente inclinado sobre el pecho; la Sagrada Cabeza estaba coronada de espinas, y dos gruesas gotas de sangre resbalaban por las mejillas. Postréme al punto, adorando y orando entre torrentes de lágrimas... cuando (después de algún rato) me levanté, la corona sangrienta había desaparecido, y solamente ví al Divino Maestro, tal cual debía ser durante los años de su vida pública: la nariz era larga, las cejas arqueadas, los ojos bajos, la cabellera flotaba sobre las espaldas; la barba rala cerca de las orejas y en contorno de los labios, era espesa en el rostro, y combada en dirección al pecho; la frente le-

vantada y majestuosa, el rostro enjuto, el cuello alto y un poco inclinado, de igual manera que la cabeza. Todas las facciones de este divino rostro respiraban bondad".

Miraban (aquellos otros testigos que, como el anterior, tuvieron la dicha de hallarse presentes a este prodigio), miraban a Nuestro Señor Jesucristo en diferentes formas; unos le veían extendido sobre la cruz; otros, en la majestad del juicio; la mayor parte, en figura de niño...

Este milagro de Saint-Amé fue examinado escrupulosa y judicialmente no sólo por las autoridades eclesiásticas de aquel tiempo, sino también (años después) por los Sumos Pontífices, Paulo IV y Clemente XIV, y dio origen a la célebre cofradía del Santísimo Sacramento, erigida en aquella Iglesia, y que desde su fundación ha contado entre sus afiliados a multitud de personas distinguidas por la jerarquía y piedad.

El milagro de Turín:— Exilles, pequeña aldea de la Italia septentrional, fue saqueada el año de 1453, durante la guerra del Duque de Saboya, Delfín de Viena. Mientras el saqueo, un hombre desalmado entró en la Iglesia y robó la Custodia juntamente con la Hostia consagrada; metióle en saco con otros objetos de su rapiña y se marchó camino de Turín. Atravesó esta ciudad a las cuatro de la tarde, del día 6 de Junio del año mencionado; mas al pasar por la plaza de San Silvestre, la mula en que iba se echó al suelo y permaneció ahí inmóvil: desatáronse por sí mismas las cuerdas que cerraban la boca del saco, y salió de él, a vista de todos, la Custodia, pero en vez de caer en el suelo, se elevó, lenta y majestuosamente, por los aires, hasta cierta altura; y quedó, allí expuesta ante el inmenso concurso que luego a la noticia del prodigio se reunió de todas partes. La nueva cundió por la ciudad, con la rapidez del relámpago, la población entera acudió en masa a contemplar el portento. Entonces el Obispo de Turín, Ludovico de Romachano, acompañado de todo el clero, fue procesionalmente al lugar del milagro. Al llegar el Obispo, la Custodia cayó al suelo y la Hostia Santa quedó en el aire, lanzando torrentes vi-

vísimos de luz. El pueblo al ver ésto no pudo contener su entusiasmo y también su pena, pues parecía que el Sacramento Divino trataba de abandonarlo. Clamaban unos, gemían otros, y, los ojos empapados en lágrimas, gritaban: *Mane nobiscum, Domine:* Señor! quédate con nosotros. El Obispo tomó en sus manos el Cáliz y levantándole, pidió al Señor que se dignase de bajar y permanecer entre sus fieles. ¡Cosa admirable! Al momento la Hostia principió a descender lentamente, y fue a colocarse por sí misma, dentro el Cáliz. Lleváronle procesionalmente a la Catedral de San Juan, donde se conservó largo tiempo en un Tabernáculo de mármol. Un grandioso monumento elevado en Turín, y que subsiste hasta hoy, atestigua la verdad de suceso tan maravilloso ("El Pan de los fuertes" — Por Trione: Turín).

El Mesías prometido:— Léese en la vida de Santo Tomás de Villanueva, que fue llamado una vez junto al lecho de un judío moribundo, el cual desde hacía tiempo se había vuelto cristiano, aunque muchos dudaban de la sinceridad de esta conversión. El enfermo dijo entonces al Santo: "Os he llamado, porque me parece que no moriré en paz si antes no os revelo un secreto; Padre mío, vos habéis sido el protector, el médico y el guía espiritual de mi pobre alma, y así quiero manifestaros lo que motivó mi conversión al Cristianismo. Siendo todavía muy joven iba cierta ocasión en compañía de otro judío de mi misma edad, y sucedió que de una en otra conversación llegamos a tratar del Mesías. "¡Ah!, nos decíamos: si fuésemos tan felices que viviésemos en tiempo en que debe venir! ¡Si le viéramos con nuestros propios ojos!". Con esto nos inflamamos de manera que ardíamos en deseos de tan suspirada ventura. De pronto una luz extraordinaria partió de lo alto, como si se abrieran los cielos. Entonces, llenos de confianza en Dios, nos postramos de rodillas, y pedimos al Señor con toda la devoción de que éramos capaces que se dignara de enviar al Mesías en nuestros días, y hacernos ver a Aquel a quien tan vivamente esperábamos. Apenas habíamos hecho esta súplica, he aquí que, en medio de esa luz resplandeciente, se nos presentó un cáliz deslumbrador, con una Hostia encima, de forma igual a la que los

sacerdotes católicos elevan en la Misa. Un gran terror se apoderó de nosotros, ante esta visión: pero luego desapareció el terror y una luz interior disipó los errores de nuestro espíritu y nos hizo comprender con claridad que en la Sagrada Eucaristía se hallaba real y verdaderamente presente el Mesías a quien vanamente aguardábamos. Esto motivó mi conversión, a la que siempre he sido fiel, como bien lo sabéis, padre mío". Después de la muerte del joven convertido, Santo Tomás de Villanueva creyó de su deber referir este hecho desde el púlpito, como lo hizo para la pública edificación.

Los milagros de Lourdes Eucarístico:— Por una admirable disposición del cielo, Lourdes, la ciudad predilecta de la Virgen Inmaculada, es, en nuestros días, el trono de las más hermosas manifestaciones eucarísticas. Cada año, durante la Peregrinación francesa, llévase desde la Basílica hasta la Gruta, en procesión al Santísimo Sacramento, escoltado por muchísimos Prelados, Clero numerosísimo, y prodigioso concurso de veinte, treinta y hasta de cien mil personas. Quinientos, ochocientos, mil y más enfermos colócanse, formando calle al paso del Santísimo; y luego, hacia la Hostia Santa levántase un clamor general de aquella conmovida multitud, pues los ciegos ven, los cojos saltan, los tullidos recobran el uso de sus miembros. ¡Espectáculo asombroso, como no se ha visto igual sino en los días de la vida mortal del Salvador! Una sociedad de doctos médicos estudian detenidamente los milagros, y cada año se comprueba la realización de diez, veinte y más portentos de distinta clase. ¡Demostración insigne, ofrecida por el cielo, en nuestros días, de la Presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Sagrada Eucaristía!

CAPITULO VIII

DE ALGUNAS OBJECIONES CONTRA EL DOGMA DE LA PRESENCIA REAL

No siendo posible dentro de los estrechos límites que nos hemos impuesto en este opúsculo, el ocuparnos

en muchísimas cuestiones, relativas a la Sagrada Eucaristía, para continuar este humilde trabajo expondremos las principales objeciones con que la incredulidad combate el dogma de la Presencia real; estas objeciones pueden reducirse a las siguientes:

1º La Eucaristía es un misterio; por tanto no creo en ella:— Es de moda hoy entre los impíos y cuantos se proclaman sectarios del radicalismo, exclamar con aire de triunfo: "Yo no admito dogmas; no esclavizo mi inteligencia a las invenciones de la superstición; no profeso más verdades que aquellas que alcanza a comprender mi razón". ¡Cuántos monstruosos errores, en tan pocas palabras!

Desde luego; decir: no admito más verdades que aquellas que mi razón alcanza a comprender, equivale a divinizarse a sí mismo, es atribuir a la miserable razón humana lo que es propio, exclusivamente de Dios. Sólo la inteligencia de Dios, siendo una inteligencia infinita, tiene también una capacidad infinita de conocimiento y se comprende a Sí propia, porque es la verdad infinita y el arquetipo supremo de toda verdad; pero la inteligencia humana finita, limitada, imperfecta, ¿podrá ser norma de toda verdad?... ¡Cuán poco lo que conocemos, qué inmenso lo que ignoramos!... La naturaleza entera está llena de impenetrables oscuridades para los más grandes sabios, y pretendemos nosotros, miserables, erigir nuestro pobre entendimiento en norma suprema de las ciencias? ¿No podemos decir adecuadamente lo que es una hormiga, y alcanzaremos a comprender la esencia de Dios?... ¡Véase, pues, hasta dónde llega la soberbia insensata del racionalista! "Todo lo que sale de las manos de Dios lleva el sello del misterio, dice Monseñor de Segur: en la naturaleza como en la Religión todo es misterio, es decir, imposible. Para quien sabe reflexionar, el retoñar de los árboles, la germinación de las plantas, el crecimiento de los animales, la nutrición, las pulsaciones del corazón, ¡misterios tan impenetrales! Para nosotros son grandes los misterios del Cristianismo, y en particular, el misterio de la Presencia real. Explicadme el ser de las cosas que acabo de proponeros, y me comprome-

to a explicaros el fondo del misterio Eucarístico. Cuando hayamos comprendido cómo una bellota se transforma en una encina, y cómo el pan con que nos alimentamos se convierte en nuestra carne y sangre, entonces podremos comprender cómo Nuestro Señor Jesucristo se halla presente en la Sagrada Hostia". (La Presencia real).

Pero admitir un misterio, ¿no es lo mismo que admitir un absurdo?— No: porque misterio no quiere decir absurdo, sino verdad altísima, incomprensible para nuestra inteligencia limitada, pero comprensible para una inteligencia superior. Dios no comprende el absurdo, porque el absurdo es la nada, la contradicción, el imposible absoluto; pero comprende el misterio, porque si hay absurdos, ¿el misterio de la Sagrada Eucaristía es un absurdo?— No; admirablemente es un misterio; quiero decir una verdad altísima, y por lo mismo, incomprensible para nuestra pobre y limitada inteligencia. "La razón más hostil (al dogma de que tratamos) se fatigará sondeando todas sus profundidades, dice Monseñor Bougand, y no encontrará jamás en él sinrazón, contradicción, imposibilidad ni absurdo ninguno. Lo único que hallará es la incomprensibilidad; pero ésta es precisamente el carácter de lo divino. Si el hombre comprende plenamente una obra, señal de que esta obra es humana, de que ha sido creada e inventada por el hombre. Pero no así lo incomprensible, eso no puede traer su origen del espíritu humano, eso viene necesariamente de más arriba, y es por consiguiente, divino. Y lo que añade fuerza mayor a esta prueba es que en esta oscuridad (del misterio Eucarístico), en esta impenetrabilidad no se hallan contradicciones. Veinte siglos ha que han pasado, sin encontrarse una sola. Nada más claro que una contradicción, salta a los ojos; si hubiese una sola (en el misterio eucarístico), todos la verían, la tocarían con las manos, y no existiría ya la institución eucarística. Mas, ved aquí que desde hace veinte siglos, esta institución admirable atrae y agrupa en torno suyo a miles y millones de fieles, entre transportes de adoración y amor; tenéis en esto una prueba de que la Sagrada Eucaristía no es contradictoria

ni absurda sino solamente incomprensible, es decir, divina!" (Le Christianisme et les temps présents—Tom. V).

2º No comprendo cómo Jesucristo puede estar presente en la Sagrada Eucaristía:— Todos los argumentos que la impiedad acumula contra este dogma admirable se reducen a la postre a decir que es una verdad incomparable; pero no hay que extrañar nada de esto, porque la Iglesia Católica es la primera en confesar que cada una de estas verdades sublimes es un misterio, una verdad que excede a los alcances de nuestra inteligencia; por lo mismo es necesaria la fe en esta verdad que no comprendemos. Pero hecha esta confesión, vamos a ver que no hay absurdo alguno en la doctrina que la Iglesia nos enseña, y cómo nuestra fe en los dogmas de la Religión santa que profesamos es una fe prudente y racional.

Con una sola palabra nos enseña la Iglesia cómo se verifica este misterio, y esa palabra es la *Transubstanciación*. Pero la virtud omnipotente de Cristo, a quien representa, el sacerdote válidamente ordenado al pronunciar las palabras de la consagración sobre el pan y el vino, cambia la sustancia del pan en el Cuerpo, y la sustancia de vino en la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo; pero como Cristo resucitado es inmortal, allí se hace presente todo Cristo con cuerpo y sangre, alma y divinidad. De modo que el *quid* de este misterio está en la Transubstanciación. Pero, ¿cómo es que la sustancia del pan se cambia en la sustancia del Cuerpo, y la sustancia del vino en la sustancia de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo?... Esto es lo que no podemos comprender, mas no porque sea un absurdo, sino porque es una verdad que excede a nuestros alcances; si la transubstanciación eucarística fuera un absurdo, tendríamos también un absurdo en toda transubstanciación natural. ¿No estamos viendo todos los días cómo el pan y el vino y cuántos otros alimentos tomamos se cambian en nuestro propio cuerpo y sangre? ¿Y quién ha dicho jamás que eso sea un absurdo? Absurdos serían entonces la germinación, el desarrollo y la vida de los animales, pues vemos que estos seres transforman en sustan-

cia propia la de otros seres inferiores de que se nutren y viven. La doctrina católica de la transubstanciación eucarística no se nos propone, pues, para que creamos absurdo alguno, sino solamente una verdad altísima, basada en la enseñanza del mismo Dios; si nuestra razón nos dice que no podemos comprender este misterio, la misma razón nos persuade que no hay en él absurdo alguno.

3º **Como Cristo que está en el cielo puede al mismo tiempo hallarse presente en el Sacramento:—** Cristo en cuanto Dios está en todas partes, en cuanto hombre está circunscrito a determinado lugar; pero esto no obsta a que pueda multiplicarse su presencia adorable en cuantos lugares lo determine su voluntad santísima. Cómo se realiza esto, no lo comprendemos; pero sí advertimos que aunque hallamos un misterio, no aceptamos un absurdo ni un imposible. Hasta la naturaleza física nos ofrece ejemplos, si no del todo semejantes, análogos al Misterio divino que nos ocupa. El Sol distante millones de leguas de nuestro planeta, multiplica sin embargo su presencia sobre toda la faz de la Tierra; y ese mismo sol que brilla en los cielos, nos ilumina y calienta con sus rayos y fecundiza nuestros campos. De modo semejante, Jesucristo reina en lo más alto de los cielos, y habita al mismo tiempo con su Iglesia en este miserable mundo; la diferencia está en que el Sol no desciende a la Tierra, pero Jesucristo, sí, sin dejar el cielo mora en nuestros tabernáculos, y se esconde en nuestros pechos. Pero, ¿qué cosa hay difícil a la omnipotencia divina? Otro símil más claro todavía. El alma humana, aunque es sustancia espiritual, no está ni puede estar en todas partes, sino que se halla circunscrita a cierto y determinado lugar; sin embargo, véase como el alma multiplica su presencia real y sustancialmente en todas y cada una de las partes del cuerpo al cual informa. Se amputa un brazo o pie, retira entonces el alma su presencia de ese miembro, pero sin que el alma misma se contraiga, estreche ni altere en modo alguno. Pero Cristo que vivifica y anima a la Iglesia, no habitará en este cuerpo místico, de modo semejante a aquel con que el alma habita en todo nuestro cuerpo? Todo esto resulta un misterio, ciertamente, pero es una verdad; ¿y si no al-

canzamos a comprender ni aun los fenómenos más triviales del orden natural, podremos sondear los misterios altísimos del orden de la gracia?

La teología cristiana nos enseña además, que sin multiplicarse Cristo, sino permaneciendo uno y el mismo, está verdadera, real y sustancialmente en todas y cada una de las Hostias consagradas, pero de modo tan maravilloso que uno y el mismo Cristo está en todas las hostias juntas, como en cada hostia separadamente, y aún en la partícula más diminuta de una hostia; y así quien comulga con una hostia de mayor proporción no recibe más que quien recibe sólo una partícula. Pero todavía: al partirse, dividirse o romperse una hostia, no se parte, rompe ni divide el Cuerpo de Cristo, que permanece siempre intacto y el mismo. Pero, ¿cómo? Repetimos que es un misterio, y no podemos explicarlo; sin embargo he aquí un símil que nos hará entrever siquiera sea entre sombras, la verdad de este arcano divino. Todas las naciones civilizadas del mundo tienen un símbolo que las representa, y es su bandera; allí donde está, por ejemplo la bandera francesa, allí está moralmente la Francia. ¿Hay un millón de banderas francesas en los numerosos buques de la marina y múltiples legaciones de esa nación? Pues un millón de veces se ha multiplicado la presencia moral de la Francia, siendo así que ella permanece siempre una y la misma. Sea la bandera grande o pequeña, no importa, rásguese en un combate el pabellón francés, no importa; la Francia permanece siempre una y la misma bajo cada jirón de su estandarte, sin que ella se rasgue, parta o divina. Este símil nos da alguna luz, pero no explica plenamente el Misterio, porque en un pabellón se representa sólo figurativamente un pueblo, mientras que en el Santísimo Sacramento está Cristo real, verdadera y sustancialmente. Sin embargo, no olvidemos que las especies sacramentales son también un signo, por lo cual Santo Tomás dice con grande exactitud teológica: "Fracto demum Sacramento, — Signi tatum fit fractura: — qua nec status, nec statura — Signati minuitur". Esto es: cuando se divide una hostia, advierte que la división se hace solamente en el signo, sin

que Cristo representado por ese signo se divida, ni sea rebajado en su modo de ser, ni en su estatura.

4º Es imposible que el cuerpo natural de Cristo se halle reducido a las pequeñas dimensiones de una Hostia: —Para rebatir la presente dificultad veamos lo que la Iglesia nos enseña en este punto. El Santísimo Sacramento es la sustancia del Cuerpo y Sangre de Cristo, pero sin los accidentes; esto es, sin la extensión, figura, color, etc. propias de aquellas dos porciones de la humanidad sacratísima del Salvador. Sustancia y accidentes, son dos cosas enteramente distintas, y por lo mismo separables, a lo menos para el poder infinito de Dios; así en el Santísimo Sacramento tenemos sustancias sin accidentes, y accidentes sin sustancias; porque el Cuerpo y Sangre de Cristo están allí sin sustancia. Y como la sustancia de las cosas nos es desconocida, pues lo que afecta a nuestros sentidos, en todos los objetos que nos rodean, eso es el accidente, no la sustancia, resulta que los incrédulos no saben lo que dicen cuando aseguran que es imposible que el Cuerpo Sacratísimo de Cristo se halle presente bajo las especies diminutas de una hostia. Las ciencias modernas, especialmente la química, han dado con el secreto de extraer los principios activos de muchas cosas, hasta reducirles, a veces, a la gota imperceptible de un líquido, y esto obrando sobre la materia revestida de la forma pesada y crasa en que la vemos, ¿y hemos de negar a Dios poder para realizar las maravillas del Sacramento, obrando sobre la sustancia purísima de un cuerpo resucitado y, como si dijéramos, divino?

"El globo y todos los astros, dice Monseñor Bougaud en la obra ya citada, podrían ser encerrados en el hueco de la mano, si dispusiésemos de poder para ello. Por otro lado, tomad una gota de agua, echadla sobre el fuego, y adquirirá inmediatamente una potencia tal de expansión que ocupará un espacio catorce mil veces mayor que antes.

Si tal es la materia en su estado natural, ¿quién dirá lo que puede llegar a ser cuando Dios la quiere subli-

mar?... ¿Qué será el cuerpo de Dios mil veces más espiritualizado que el más alto de los bienaventurados? En una palabra: ignoráis cuál es el ser de la materia, ni de qué modificaciones es susceptible; por tanto os falta el primer elemento de que necesitáis para señalar una contradicción en el Misterio Eucarístico. Un campesino ignorante a quien se le dijese que pueden caber en la punta de una aguja dos millones de pequeños seres perfectos, completos, capaces de vida y reproducción, reiríase, estamos seguros, pero con la risa insensata, la cual no sentaría en vuestros labios".

Todos los argumentos de la incredulidad, contra el altísimo Misterio que nos ocupa, no son, pues, en último resultado, otra cosa que dificultades de la ignorancia: No alcanzamos a comprender este misterio, luego lo negamos. ¿Puede concebirse injusticia más clamorosa, ni aberración más insensata?... Si negamos todo lo que no comprendemos, entonces desaparece para nosotros casi todo el horizonte de las ciencias. ¡Cuán cuerdo y sabio es el proceder de los fieles sencillos, dóciles y humildes que confiando, ciegamente, en la veracidad de Dios creen cuanto la Iglesia les enseña!

CAPITULO IX

DEFINICIONES DOGMATICAS DE LA SAGRADA EUCARISTIA

La fe en los dogmas que profesamos no es una virtud natural que nos inclina a dar nuestro asenso a las enseñanzas superiores de la Religión, sino un don gratuito del Cielo, una gracia sobrenatural que ilustra nuestra inteligencia y mueve suavemente nuestro corazón para que creamos cuanto Dios nos ha revelado y la Iglesia nos enseña. La fe se infunde a todos los cristianos con el santo bautismo, y se desarrolla y fortifica implorando del Señor nuevos auxilios, y practicando actos explícitos y frecuentes de esta virtud preciosa. Hemos visto en este pequeño opúsculo, los fundamentos inconmovibles sobre los cuales se basa nuestra fe en la Sagrada Eucaris-

tía; los impíos que se apartan voluntariamente del camino de la verdad, no se declararán vencidos ante argumento alguno por poderoso y convincente que sea, porque su obsecación no proviene tanto de error de inteligencia, como de una corrupción de corazón; para convencer a estos desgraciados no bastan los raciocinios, es necesaria una gracia victoriosa de lo alto, que rompa la obstinación de sus empedernidos corazones. En cambio, el católico humilde y sencillo, que no ha perdido la gracia de la fe, aquilatará esta virtud divina con el estudio de las verdades religiosas y el mayor reconocimiento de las enseñanzas de la Iglesia. Réstanos, pues, para concluir este trabajo hacer una exposición, siquiera sea compendiosa y brevísima, de las principales definiciones dogmáticas acerca de este adorable Misterio.

El santo Concilio de Trento, reunido especialmente para rebatir los errores monstruosos y perniciosísimos del protestantismo, los anatematizó en los siguientes cánones:

1º "Si alguno dijese que el Sacramento de la Santísima Eucaristía no contiene verdadera, real y sustancialmente el Cuerpo y Sangre, junto con el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, ésto es a Cristo todo íntegramente, o dijera que Jesucristo no está allí más que en símbolo o figura... 2º Si alguno dijese que en la Sagrada Eucaristía permanece la sustancia de pan y de vino con el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, o se atreviese a negar este admirable cambio de toda la sustancia del pan y del vino en la sustancia del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, cambio después del cual no quedan más que las apariencias del pan y del vino... 3º Si alguno dijese que en la Sagrada Eucaristía Cristo no está contenido todo entero bajo cada una de las especies, y bajo cada parte de cada una de las especies... 4º Si alguno dijese que en el Santísimo Sacramento, Cristo, Hijo único de Dios, no debe ser adorado exteriormente, no debe ser llevado solemnemente en procesión, o expuesto públicamente a la adoración de los pueblos... *Anathema sit:* ¡sea excomulgado!".

La Sagrada Eucaristía no es solamente Misterio de fe, sino también de amor, pues en ella Jesucristo, como dice el mismo Concilio de Trento, hizo el último esfuerzo de su amor en favor de los hombres: *divitias divini sui amoris effudit*, por tanto, este misterio santísimo es como un compendio de todas las verdades de la Religión, y un resumen de todas las maravillas del Altísimo. ¿Quién extrañará, en vista de esto, que el Sacramento divino de nuestros altares sea un tejido de portentos, y la obra maestra de la omnipotencia amorosa y sapientísima de nuestro Dios? Los incrédulos e impíos hallan dificultad en este dogma, porque se ha extinguido la caridad en ellos, y su corazón inerte y duro encuentra imposibles las maravillas del amor.

Los Santos, al contrario, han hecho de la Eucaristía las delicias de su corazón y el encanto de su vida, porque inflamados ellos mismos en el fuego de la caridad y ardiendo en sed de abnegación y sacrificio, nada les parece difícil al amor. ¿Cómo habrían de escandalizarse de los prodigios que encierra en sí el Misterio de caridad por excelencia? Sí: Amemos mucho al Santísimo Sacramento, y esforcémonos por amarle siempre más y la caridad avivará en nosotros la fe, y nos será dulce y encantador creer lo que ahora por la frialdad del corazón nos parece tan difícil y costoso. Muy sabida y célebre es aquella hermosa frase de Ana de Gonzaga, princesa palatina: "Dios que ha realizado tantos portentos en la Encarnación, ¿qué no habrá hecho en el Misterio del amor? La fe nos será dulce si creemos en el amor que Dios nos tiene".

La Fracmasonería, el Radicalismo y las Sectas protestantes hánse dado una cita para asediar y destruir, si pudieran, la fe católica en el Ecuador. En este diluvio de males, nuestra Arca de salvación ha de ser el Santísimo Sacramento; postrados ante sus altares elevemos con la Iglesia esta ferviente súplica:

¡O salutaris Hostia,
Quae coeli pandis ostium.
Bella premunt hostilia
Da robus, fer auxilium!

EL HERALDO DE LA HOSTIA DIVINA. II: (X. 1897): 35-47; III: (I. 1898): 79-85; IV (III. 1896): 124-130; VI (VII. 1848): 193-202.

VELADAS

DEL

CENACULO

COLECCIÓN DE PRACTICAS PIADOSAS, MEDITACIONES Y LECTURAS ESPIRITUALES, PARA USO DE LOS SOCIOS DE "LA ADORACIÓN NOCTURNA".

POR J. M., Presbítero

CUENCA

1897

Impr. de "El Reinado Eucarístico." Por F. Vintimilla.

VELADAS DEL CENACULO se publicaba el segundo jueves de cada mes, a partir del Jueves Santo de 1896. Salieron diez fascículos, con numeración continuada, hasta la pág. 206. Se reunieron en un solo tomito, en 1897, añadiéndose un índice al final. (Ed.).

LA ADORACION NOCTURNA

AL SANTISIMO SACRAMENTO

Entre las admirables invenciones de la piedad cristiana en nuestro siglo ocupa un lugar preferente la *Adoración Nocturna al Santísimo Sacramento*. Esta bellísima asociación se propone desagraviar a la Majestad divina, de los continuos ultrajes que le irrigan la corrupción y la impiedad, adorando al Sacramento augusto de nuestros altares durante el silencio y soledad de la noche, que es precisamente cuando se perpetran los más grandes crímenes. La Adoración Nocturna ha resucitado en pleno siglo XIX las fervientes Vigilias de las primeras edades de la Iglesia, derramando a manos llenas frutos de bendición en todas partes. En la República del Ecuador hállase también establecida tan edificante obra en la ciudad de Cuenca; para la Adoración Nocturna se construye actualmente la preciosa iglesia del *Santo Cenáculo:* por lo cual damos a esta humilde Revista mensual el título muy apropiado de "Veladas del Cenáculo".

FINES DE ESTA PUBLICACION

El año de 1892 algunos caballeros reunidos en la "Casa de Ejercicios del Corazón de Jesús", resolvieron fundar en Cuenca la hermosa asociación de la *Adoración Nocturna al Santísimo Sacramento,* y dieron principio a aquella edificante obra en la noche del Jueves Santo de aquel mismo año. El grano de mostaza diminuto y casi imperceptible ha germinado ya, y ofrece convertirse en árbol, puesto que aquella sociedad piadosa no sólo ha durado cuatro años, sino que ha tomado a pechos la construcción de un nuevo templo en esta ciudad, el *Santo Cenáculo,* dedicado al culto especial de la adorable Eucaristía. Para impulsar aquella obra importante y, sobre todo, para promover un punto más la devoción al augusto Misterio de nuestros altares y sostener la constancia de los Socios de la *Adoración Nocturna,* damos

principio a las *Veladas del Cenáculo*, que reemplazarán en adelante a la esquela de invitación que se ha acostumbrado repartir mensualmente para cada una de las noches de Adoración Eucarística.

PUNTO DE MEDITACION PARA LA VELADA.

LA INSTITUCION DEL STMO. SACRAMENTO.

Texto evangélico.— San Juan expresa así el misterio de infinito amor contenido en la institución de la adorable Eucaristía: "Víspera del día solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre: como hubiese amado a los suyos, que vivían en el mundo, les amó hasta el fin". (Cap. XIII. v. V).

Explicación del Texto: I.— Víspera del día solemne de Pascua: *Ante diem festum Paschae*. La Sagrada Eucaristía es instituída en la noche, víspera de Pascua, para significarnos que viene a reemplazar la inmolación del cordero pascual. El sacrificio eucarístico, que no es otra cosa que la continuación incruenta del sacrificio divino del Calvario, nos liberta de la servidumbre del pecado y nos constituye en la libertad hermosa de los verdaderos hijos de Dios. La Institución de la Sagrada Eucaristía es nuestra fiesta por excelencia. ¿Qué gratitud no debemos a Jesucristo Señor nuestro, por una gracia tan insigne y tan colmada? En este adorable Misterio se renuevan en el orden espiritual todos los prodigios que en el orden material se realizaron a la salida de los israelitas de la servidumbre de Egipto.

II.— Sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre: *Sciens Jesus quia venit hora ejus ut transeat ex hoc mundo ad Patrem*. La Sagrada Eucaristía es la prenda más preciosa del amor de Jesucristo a los hombres; es el recuerdo que nos dejó al despedirse de nosotros, cuando llegó la hora de salir de este mundo. ¿Cuánto no debemos amar a la Hostia San-

tísima, recuerdo de los misterios más tiernos de nuestra religión, dádiva riquísima del padre generoso y esposo amantísimo de nuestras almas?

III.— Como hubiese amado a los suyos, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin: *Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos*. La Sagrada Eucaristía es el mayor exceso de amor de Jesucristo a los hombres; con ella nos ha dado todo cuanto tenía, se ha dado a sí mismo, se ha dado *hasta el fin*. Se ha dado a todos los hombres, así a los santos como a los pecadores; hasta los sacrílegos pueden hacerse de la Hostia Santa, para ultrajarla y pisotearla: *¡hasta el fin!*

Resoluciones.— En testimonio de nuestra gratitud por la Institución de la Sagrada Eucaristía, visitemos frecuentemente al divino Prisionero del Tabernáculo; recibámosle muchas veces en la Santa Comunión: y nuestro fervor y compostura en los templos manifiesten la fe viva que tenemos en la presencia real de Jesucristo en este misterio adorable.

MAXIMAS EUCARISTICAS.

León XIII, hablando al Superior General de una Orden religiosa invitó a las almas generosas que se ofreciesen a Dios como *víctimas*, para atraer las bendiciones de Dios sobre la Iglesia. Quien tal hiciese, dijo el gran Pontífice, prestaría a la Iglesia el más grande servicio que jamás se le pueda hacer.

"La Reparación está destinada a salvar a la sociedad", dijo Pío IX. Los males sociales son el castigo providencial de los crímenes públicos. Lo que borra los crímenes y aparta los castigos es la expiación. Donde no hay expiación no hay perdón, ni es posible que cesen las calamidades públicas.

La B. Mariana de Jesús, en una ocasión en que la cólera del cielo amenazaba destruir a Quito, se ofreció por víctima al Altísimo. Dios aceptó la ofrenda: la ilustre

virgen perdió la vida, pero Quito se salvó. Si ahora en la República hubiera almas penitentes y puras que se ofreciesen por víctimas a Dios para suspender las calamidades repetidas, con que desde algún tiempo es probado el Ecuador, Dios aplacaría su justa cólera sobre nosotros y renacerían la paz y la bonanza.

Palancas poderosas son ciertamente la prensa y la tribuna para el adelantamiento social de un pueblo. Sin embargo, la suerte de este mundo no es obra exclusiva de los políticos. Una sola alma adornada del espíritu de inmolación puede más en favor de un pueblo que todos los sabios y políticos, más que ejércitos enteros dispuestos en orden de batalla.

¿Dónde hallar almas adornadas del espíritu de inmolación y penitencia?... Al pie del Tabernáculo. La Hostia santa es el modelo divino de las almas inmoladas; la sagrada Eucaristía es la fuente del espíritu de abnegación y sacrificio.

¡Almas pecadoras, almas tibias, no os desalentéis por vuestros pecados!: venid a uniros con la Hostia divina y sacrosanta: tenéis en los altares al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

UNA VICTIMA DE JESUS SACRAMENTADO.

Extractamos la relación siguiente de la célebre revista eucarística intitulada "Le Tres Saint Sacrément".

El Barón Arturo Sujet joven protestante, riquísimo, viajaba una vez por Italia. Hallándose en Liorna, durante la fiesta de *Corpus Christi,* presenció la solemne y grandiosa procesión acostumbrada en aquel día. Mientras todos caminaban con gran devoción y respeto, Arturo con ademán atrevido e insolente se burlaba de la piedad del pueblo, y se reía de lo que él llamaba la *superstición de los papistas*. En esto pasa el Santísimo Sacramento, y he aquí que el joven incrédulo cae súbitamente de rodillas prorrumpiendo en clamorosos gemidos y en un deshecho llanto. ¿Qué acababa de pasar en aquella alma oscurecida por las tinieblas del error?...

El mismo Sujet lo refirió de esta manera: "Mientras miraba yo con ojo incrédulo el centro del ostensorio, me pareció que Jesús, Salvador nuestro, lanzaba sobre mí una mirada de indecible dulzura, tristeza y reconvención; entonces se realizó en mí un algo indescriptible, caí de rodillas, creí y adoré".

Poco tiempo después abjuró sus errores y entró en la Compañía de Jesús, en la cual vino a ser un religioso distinguido por su virtud y talentos. Era admirable el amor que profesaba al Santísimo Sacramento, a cuyo culto consagró su elocuencia, sus trabajos, penas y la existencia misma; pues, todos los días ofrecía al Señor la vida en expiación de los ultrajes irrogados por los hombres a la divina Eucaristía. El cielo aceptó esta generosa ofrenda, y el P. Sujet murió víctima de su amor al Santísimo Sacramento.

Hallábase en las montañas de la Sabina prestando sus servicios espirituales en una retirada aldea, cuando aconteció que el párroco fue llamado a confesar a un enfermo, y el religioso quedó solo en la casa presbiterial. Muy entrada la noche salió fuera de las habitaciones a contemplar el cielo, y ofrecer a Jesús Sacramentado las más fervientes adoraciones, envidiando la suerte de la lámpara solitaria que ardía constantemente delante del tabernáculo. Suspendido se hallaba en estas dulces meditaciones, cuando le pareció divisar unas sombras negras que se movían dentro de la Iglesia. ¿Qué es aquello? ¿Acaso bandidos que han penetrado con fines inicuos en el interior del santuario? ¿Qué va a ser de la Hostia santa?...

Corre el piadoso jesuíta, penetra cautelosamente en el templo, y ve a dos ladrones que rompiendo las puertas del tabernáculo extraían el santo copón, y se disponían ya a fugar. En esto se les acerca el religioso, les impone desde luego con su alta y majestuosa estatura, y les arranca de las manos el vaso precioso de las Especies sagradas. De pronto los bandidos quedaron como aterrados, e iban ya a correr, pero viendo en seguida que

no era más que un hombre indefenso quien se oponía a su rapacidad, arremetieron furiosos contra él. Estaba el P. Sujet arrimado al altar estrechando con ambas manos contra el pecho el sagrado copón; los bandidos descargaron sus pistolas sobre el heroico sacerdote, que cayó herido mortalmente, pero estrechando siempre en las manos el divino Sacramento. A este ruido llegan el Cura y algunos vecinos del pueblo, y encuentran al denodado religioso con la frente traspasada por una bala, bañado en sangre y casi agonizante. Toma el párroco el vaso consagrado de manos del moribundo, le administra allí mismo el santo Viático y la Extremaunción; y como quisiese consolarle de aquella inesperada catástrofe: "No: exclama el agonizante: no os lamentéis de mi suerte, amigo mío. Al contrario, gozaos conmigo porque acaba de realizarse el deseo más ardiente de mi vida: muero por el Dios de nuestros tabernáculos!" Y diciendo esto con dulcísima sonrisa en los labios, y una expresión de bienaventuranza anticipada en el semblante, expira el Mártir de la Sagrada Eucaristía, y su hermosa alma vuela desde los altares de aquella ignorada aldea a adorar eternamente a su Dios en los esplendores de los cielos.

FLORECITAS DEL CENACULO

El Don de Dios.— ¡Tanto amó Dios al mundo que no paró hasta dar a su mismo Hijo unigénito La Sagrada Eucaristía es el don de los dones, es la dádiva más rica que el Eterno Padre ha hecho a los hombres. ¡Si comprendieran los hombres este excelso del infinito Amor!

Santa Angela de Foligno acercándose una vez a comulgar oyó una voz que le decía: "Tu muy Amado, tu único Bien está ya en ti; y he aquí que vas a recibir a tu Amado". La Santa comprendió por estas palabras que Jesucristo es un bien infinito a quien nuestra limitada capacidad no puede recibir nunca en toda su plenitud, por más que le recibamos infinitas veces.

La Sagrada Eucaristía y los Angeles.— Los santos ángeles son los adoradores asiduos de la Hostia divina, y se ocupan continuamente en reparar con su amor los ultrajes que irrogan los hombres al augusto Sacramento. Un día contempló Santa Angela de Foligno a Jesucristo en el Santísimo Sacramento cercado de una multitud innumerable de Angeles. "Admiré, dice la Santa, la magnificencia de que estaba cercado el Señor. Pregunté el nombre de los Angeles que veía. "Son los tronos", se me respondió.— Me deslumbraba su multitud verdaderamente innumerable; y s iel número y la medida no fuesen como leyes propias de toda la creación, habría creído que la multitud sublime que contemplaba no tenía número ni medida. No alcanzaba a divisar donde terminaba en su latitud ni en su profundidad esa multitud inmensa".

Otra ocasión celebróse la fiesta de los Santos Angeles, en Septiembre, la Santa quiso comulgar, y al intento dirigió a San Miguel y los Serafines la oración siguiente: "Oh Angeles Administradores, que habéis recibido de Dios el oficio de comunicárnosle por el conocimiento y el amor: yo os suplico que me presentéis a Jesús tal como el Padre de las misericordias nos lo ha dado a los hombres, tal como quiere nuestro mismo Salvador divino ser recibido y adorado, esto es, pobre, paciente, despreciado, herido, ensangrentado, crucificado y muerto". Los Angeles le respondieron con dulzura indecible: "Pues que has hallado gracia delante del Señor, helo aquí: le tienes ya contigo. Nosotros te lo presentamos". El ofrecimiento de los ángeles se realizó inmediatamente. "En efecto, dice la Santa, vi en el Santísimo Sacramento, con los ojos del espíritu, la presencia real del Señor; vi al que había querido ver, y tal como le había querido ver: paciente, ensangrentado, crucificado y muerto. Me pareció que iba a estallar mi corazón; mas, por otro lado, la presencia de los Angeles me inundó de tal alegría, que si no la hubiera sentido, no habría juzgado que la vista de los ángeles pudiese causar semejante gozo (1).

(1) Libro de las Revelaciones de Santa Angela de Foligno.

UNA NUEVA IGLESIA.

Las sociedades secretas, en particular la Masonería paládica, han hecho de la Hostia santa el blanco de sus odios infernales; tan horribles y repetidos son los sacrilegios que no se los puede ya enumerar ni referir. Mas, por lo mismo, el amor y devoción al Sacramento admirable se han desarrollado entre los verdaderos católicos de modo extraordinario también y singular. ¿Quién podrá contar el sinnúmero de templos, asociaciones y toda clase de obras erigidas en honra de tan augusto misterio? Fijándonos solamente en las iglesias construidas para la Adoración perpetua: hay muchas de ellas en Europa y América; hace poco se consagraba otra nueva en Roma, por el Eminentísimo Cardenal Vicario, casi al mismo tiempo que en New York se fundaba una obra con el mismo fin. El Ecuador, por felicidad, va también a tener, en breve, un templo dedicado especialmente a la Adoración perpetua, y es el que se construye en esta ciudad con el título hermoso de *Santo Cenáculo*.

¡Cuántas bendiciones se derramarán de este santuario sobre toda la República! Cuenca merece en verdad el dictado de ciudad del Santísimo Sacramento, por la fe y amor ardientes que profesa a este misterio divino; pero el Santo Cenáculo será, sobre todo, lo que asegurará para siempre aquel glorioso título. ¡Qué empeño, por tanto, no deben poner los cuencanos en acelerar la conclusión de aquella obra importante, con generosas y multiplicadas limosnas! El Cenáculo será el trono donde el Rey de reyes y Señor de señores escuchará las súplicas humildes de este pueblo, y remediará benigno todas nuestras necesidades. El Cenáculo será el pararrayos que apartará de nosotros los azotes del cielo, que justamente merecemos por nuestros pecados.

No haya en Cuenca una sola persona que no se honre contribuyendo, siquiera con un óbolo, a aquel monumento humilde pero piadoso erigido en homenaje a la Sagrada Eucaristía.

VELADAS DEL CENACULO, Nº 1. Cuenca: Imp. del "Reinado Eucarístico", por F. Vintimilla, Jueves Santo, 1896.

MES DE NUESTRA SEÑORA DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Con este hermoso título se complacen en invocar a la Virgen Inmaculada los adoradores del Santísimo Sacramento . El V. P. Eymard, muerto no hace mucho en olor de santidad, propagó esta devoción en Europa. Ultimamente el Congreso Eucarístico de Turín pidió a la Santa Sede se concediese, a la Iglesia universal, celebrar fiesta y oficio especiales en honra de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento. Hallándonos actualmente en el hermoso Mes que se llama por excelencia el *Mes de María*, consagramos a Nuestra Señora de la Hostia Sacratísima, la presente entrega de las Veladas del Cenáculo. Que la Reina de los Apóstoles nos prepare a celebrar santamente las magníficas fiestas de Pentecostés y Corpus Christi, que ya se acercan.

PUNTO DE MEDITACION DE LA VELADA.

MARIA SANTISIMA EN EL CENACULO.

Texto de la Escritura.— Refiere el libro sagrado de los Hechos de los Apóstoles, que éstos y los Discípulos del Señor se congregaron en el Cenáculo después de la Ascensión; y que allí "todos ellos, animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oración con las mujeres piadosas, y con María la Madre de Jesús, y con los Hermanos, esto es, los parientes de este divino Señor" (C. I. v. 14). Por este pasaje se nos presenta la Santísima Virgen, en el Cenáculo, como modelo del verdadero adorador del Santísimo Sacramento.

Explicación del Texto.— I.— Todos los Apóstoles y Discípulos hallábanse animados de un mismo espíritu: *Hi omnes erant perseverantes unanimiter*. En el Cenáculo, donde se instituyó el Santísimo Sacramento, fue igualmente comunicado el Espíritu Santo a la primitiva Igle-

sia; como para enseñar aquello que dice San Agustín: no pueden participar del Cuerpo de Cristo, sino los que están animados de su Espíritu. Para participar de los dones y frutos de este divino Espíritu, es necesario estar con María, la Madre de Jesús: *erant cum Maria matre Jesu*. Felices las almas verdaderamente devotas de la Reina Santísima: a ellas se les comunica abundantemente el Espíritu Santo; a ellas, las gracias más preciosas y escogidas de la Sagrada Eucaristía.

II.— Los Apóstoles y Discípulos asociados a María, perseveraban juntos en oración: *erant perseverantes unanimiter in oratione*. Si queremos adorar como es debido al Santísimo Sacramento; si queremos saborear el espíritu de dulzura, propio del Vino que engendra vírgenes, apliquémonos con perseverancia a la práctica de la oración. Pero ¡ay! cuántos que mientras están materialmente arrodillados en un reclinatorio, espiritualmente divagan por las calles y plazas públicas sumidos en los vanos cuidados del mundo!... Sus labios murmuran oraciones junto al Tabernáculo; ¡pero su corazón está lejos de Dios!

III.— Para precavernos de tamaña desgracia, siempre que nos pongamos en oración, imaginémonos estar con María en el Cenáculo; y entonces como niños que nada saben, y que piden ser instruidos por su madre, elevemos a la Santísima Virgen la súplica de los Apóstoles: *Doce nos orare:* enséñanos a orar. Esta Madre dulcísima nos educará en la ciencia difícil de la oración, y hará de nosotros perfectos adoradores de su Hijo sacratísimo.

Resoluciones.— Es práctica muy provechosa acudir a la intercesión de María Santísima, para que nos alcance gracias del cielo, antes de hacer cualquiera obra buena, a fin de que esta salga perfecta, especialmente tratándose de orar, comulgar o visitar al Santísimo Sacramento.

DEBER DE LA REPARACION

Deber estricto de todo verdadero cristiano es reparar con homenajes de amor y devoción los agravios e injurias irrogados por la impiedad a la majestad infinita de nuestro Dios. Esta reparación debe ser más fervorosa y espléndida todavía cuando se trata del Sacramento adorable de nuestros altares, puesto que el Salvador divino se ha quedado en él sólo por amor a nosotros. De aquí es que en todos los pueblos católicos no bien se tiene noticia de alguna profanación o un nuevo y escandaloso sacrilegio, cuando ciudades y aldeas se levantan como un solo hombre para ofrecer al Cielo actos solemnes de desagravio, públicas muestras de dolor y penitencia por el crimen monstruoso y detestable que ha ultrajado la honra divina; almas privilegiadas ha habido que, transidas de pesar al relato de semejantes iniquidades, han consagrado el resto de su existencia a austeridades severísimas, en reparación de aquellos crímenes.

¿Pues, qué no deberán los católicos hacer en nuestros días, para desagraviar a la majestad divina, por los horrendos y multiplicados sacrilegios que con inaudita insolencia perpetra continuamente la Masonería?

Las recientes revelaciones de Leo Taxil, el Doctor Bataille, Margiotta y Diana Waughan, confirmadas por los relatos constantes de la prensa católica, demuestran que las sociedades secretas, muy especialmente el Paladismo, han adoptado el sacrilegio, la profanación de las Hostias consagradas, como práctica diaria de su nefando y satánico culto. He aquí algunos datos verídicos extractados de célebres publicaciones católicas acerca de la Masonería.

"En la capital del Piamonte, desde hace algún tiempo, una secta de filiación masónica que tiene por título *Misas negras*, organiza empresas satánicas. Despoja los santos tabernáculos en las iglesias católicas, lleva luego

a sus antros tenebrosos las Sagradas Formas robadas, y las ofrece sacrílegamente en holocausto a Satanás, con ceremonias horribles" (1).

Profanaciones semejantes se perpetran igualmente en los Triángulos (logias) del Paladismo o Luciferismo. "De algunos años a esta parte, esos sacrilegios han tomado un desarrollo increíble en Francia. En el año último (1894), sin ir más lejos, se han verificado hasta en los más remotos parajes del territorio. En Nievre, Loiret, Jonne, han sido forzados los tabernáculos y extraídas las Sagradas Formas. Trece templos de la diócesis de Orleans han sido teatro de iguales crímenes... De sur a norte se propagan estos atentados". (El Dr. Bataille: *Le Diable, etc.)*.

En la misma secta luciferiana, las Hermanas masonas deben cometer estos horrendos sacrilegios, si quieren ascender a grados superiores. "Para ser iniciada Maestra Templaria, que es el supremo de los honores paládicos, prescribe el Ritual que la candidata dé, de puñaladas, a una Hostia consagrada de los católicos".

Diana Waughan ha revelado que Adriano Lemmi, Pontífice anetrior de la Masonería, tenía constantemente en su escritorio una Hostia consagrada, y que siempre que tenía algo que escribir "empleaba no la pluma sino el *calamus transfigens*, que se vanagloriaba de haber recibido del demonio Sybacco, y que con él, antes de escribir, atravesaba la Hostia adonaíta, es decir consagrada".

Estas abominaciones monstruosas exigen, de parte de los católicos, reparaciones extraordinarias en homenaje a la divina Eucaristía. No es, pues, de admirar que se hayan multiplicado tanto en nuestros días las obras eucarísticas; antes sería de lamentarse que hubiera un pueblo, una ciudad que careciesen de alguna fundación destinada a estas edificantes y solemnes reparaciones.

(1) Grandes Revelaciones de los secretos de la Masonería.— Lima.

VICTIMAS EUCARISTICAS.

¡Felices los pueblos y naciones donde hay almas generosas que no rehúsan inmolarse como víctimas, ya para reparar los ultrajes irrogados a la Majestad divina por los pecados de los hombres, ya para detener los castigos que aquellos merecen por sus culpas! ¡Diez justos habrían bastado para salvar a Pentápolis: una sola alma dotada del espíritu de inmolación puede salvar a todo un pueblo!

El B. Raimundo de Capua refiere que Santa Catalina de Siena ofreció a Dios la vida, para rescatar la del Papa Urbano VI, gravemente amenazada por el furor de hombres impíos y rebeldes a la suprema Autoridad de la Iglesia. Dios Nuestro Señor oyó las súplicas de la insigne Virgen: murió ella víctima de padecimientos misteriosos y terribles; pero el Papa y la Religión se salvaron de las manos de sus enemigos.

Monseñor de Segur, lo cuenta su biógrafo, habiendo sabido que se había perpetrado un horrendo sacrilegio contra la Sagrada Eucaristía, ofreció, en reparación, hacer todos los días de su vida una hora de adoración al Santísimo Sacramento; lo que cumplió con religiosa exactitud, hallando en esta piadosa práctica un manantial fecundo de gracias y bendiciones.

La Masonería ha declarado guerra a muerte a la Hostia Sacrosanta y al Sacerdocio católico: ¿dónde se hallarán víctimas de reparación que se inmolen por tan noble y santa causa?

UNA HOSTIA DEL DIVINO AMOR.

La Sabiduría divina nos declara en los Libros santos que ha hecho, como jugando, las magnificencias todas del universo: *ludens in orbe terrarum*. Compárase Ella misma con la luz: Yo soy la Luz del mundo; pues, como luz que juega, se cierne en todas partes, derrama torren-

tes de gracia y santidad en medio de las más espesas tinieblas, y busca a sus elegidos hasta en el seno del error. La gracia divina se quiebra, como la luz en el iris, en los obstáculos que le salen al paso; y las simas más profundas y las rocas más estériles son bañadas con los tintes espléndidos de la Sangre adorable de nuestra Redención. ¿Quién podría figurarse a una émula de San Luis de Gonzaga en medio de una familia herética, a una hermana de la B. Imelda Lambertini en el regazo mismo de un Ministro protestante?

Extractamos, traduciendo del *Bolletino Salesiano* de Turín, de Marzo último, la siguiente relación tomada a su vez de una Revista católica de Estados Unidos; con la advertencia de haber ocurrido el prodigioso suceso en nuestros mismos días y ser referido por un testigo presencial.

Hace poco, notábase grande inquietud y alarma en casa del Obispo protestante de Filadelfia. Toda la familia, especialmente el médico de la casa, clamaban: "¡qué se traiga, que se llame a un sacerdote católico!". Inmediatamente acudieron a un distinguido Misionero católico, el P. Juan Duun. El Sacerdote quedó vivamente sorprendido de tal llamada: ¡cómo, dijo, para sus adentros, un sacerdote católico invitado a ir donde el Obispo protestante, bien reconocido por su odio inconciliable contra el *Romanismo:* llamado para prestar los servicios del ministerio sagrado! Con todo lé daban prisa para hacer aquella misteriosa visita, y sin detenerse más en estériles consideraciones partió el Sacerdote. Llegó a casa del Prelado protestante, donde es cortésmente recibido en un magnífico salón, adornado con el lujo y elegancia propios de la capital de Pensilvania. En el fondo del salón, sobre un pequeño lecho, yacía recostada una niña de nueve años de edad: mostrábase pálida y consumida por una enfermedad desconocida enteramente a la ciencia médica. ¿Qué pretendía esa criatura angelical, de parte del sacerdote católico?

Sena, tal se llamaba la niña, era por su hermosura, sus gracias, y sobre todo, por su índole incomparable, el ídolo de la familia: sus padres adoraban en ella. Siempre había gozado de excelente salud, y se manifestaba constantemente alegre. Mas, he aquí que, de improviso, una nube de tristeza asomó en la frente de la niña; principió a languidecer, y al fin hubo de postrarse en el lecho. Acudió el médico, protestante también, pero por más esfuerzos que hizo no pudo dar con la enfermedad ni la causa de ella. No uno, muchos facultativos de los más inteligentes y expertos fueron llamados, y nadie pudo adivinar el misterio que se encerraba en todo esto.

Finalmente una vez, hallándose un médico muy avisado, junto al lecho de la enfermita, observó que la madre, en un arranque de disgusto decía: "Ah, sirviente papista!"... El Doctor tomó inmediatamente estas palabras como una clave para descifrar el enigma, y valiéndose de ellas, por medio de averiguaciones hechas con la Señora, llegó a descubrir lo siguiente.

Sena era despejada, de una inteligencia muy vivaz y precoz. "Hemos sido muy imprudentes, dijo la Señora al Dr.; pues hemos tomado de criada a una joven irlandesa católica. Un día esta criada salió a paseo con la niña, y entonces la condujo a una iglesia católica; desde ese momento le ha venido a mi hija la manía terrible del papismo, lo que le ha conducido al extremo en que se encuentra". La criada fue despedida al punto de la casa.

Efectivamente, la niña y la criada entraron aquel día en un templo católico, a tiempo que estaba el Santísimo Sacramento expuesto en la custodia, e iba a darse la bendición. La vista de la Hostia Santa conmovió a la niña hasta lo más profundo de su espíritu; una luz resplandeciente llenó su alma, conoció la verdad de la Religión Católica y quedó ardientemente apasionada del Sacramento divino del amor. Había recibido válidamente el Bautismo; siendo inocente como era, no tenía que hacer retractación alguna, bastábale ser bien instruida en las verdades de nuestra Religión. La criada irlandesa desempe-

ñó este cargo a maravilla; por tanto Sena se había declarado a sus padres abiertamente católica. No quiso ya en adelante rezar las oraciones de la secta ni practicar cosa alguna del culto protestante por esfuerzos que para ello emplearon sus padres.

Pero lo que sobre todo consumía y mataba a Sena era el amor ardiente a la Sagrada Eucaristía, era el deseo, el hambre devoradora de recibir la santa Comunión; mas, ¿cómo obtener este imposible?... He aquí la enfermedad misteriosa que ningún médico acertaba a descifrar. Si esto es así, dijo el Dr., no hay más remedio que llamar a un sacerdote católico; y toda la familia convino en ello, a excepción de la madre que se oponía mucho a tal visita.

El médico protestante que se afanaba porque ningún cuidado se negase a la niña, pensaba que el sacerdote haría alguna ceremonia externa, la cual obrando sobre la imaginación de la enferma, le procuraría un resultado feliz. Por cuyo motivo permaneció al pie de la puerta, para observar lo que pasaba. Mas, cual fue su turbación al ver que en el momento en que el sacerdote penetraba en la habitación, la pequeñuela se sentó inmediatamente en el lecho, como sacudida por invisible resorte; hecho esto, volvióse hacia el Ministro del Altísimo con las manecitas juntas, y el rostro radiante de alegría, y con voz de júbilo y suplicante, exclamó: "Vos me traéis a mi Señor! ¡Oh, que yo no quería salir de este mundo sin recibirle!...".

Al oir estas voces y ver este ademán, fue tan grande la sorpresa del Padre Dunn como del Doctor protestante. Procuró el Sacerdote calmar a la enferma; pero ello, extendiendo sus débiles manecitas hacia el pecho del Padre: "Ahí está, decía con indescriptible vivacidad: ahí está, no me lo neguéis!"

Cosa admirable y portentosa: ciertamente el Sacerdote, al salir de su casa para la del Obispo, juzgando que acaso le llamaban para administrar los últimos sacramen-

tos a una criada católica, tomó consigo una Hostia consagrada y la llevó consigo en el pecho. Pero ¿quién había revelado este secreto a la niña...? Profundamente conmovido por este prodigio, la preguntó acerca de las verdades de nuestra santa Fe, y la halló perfectamente instruída, en especial en todo lo tocante al Sacramento divino del amor. Lo que acrecentó todavía más el estupor del Sacerdote.

"Querido Señor, exclamó el médico, lleno de ansiedad y angustia al contemplar esta escena: querido Señor, satisfaga U. prontamente los deseos de esa niña; mire que su vida está en inminente peligro". El Sacerdote que comprendía tanto y mejor que el médico, la necesidad urgentísima de hacerlo así, no vaciló un instante. La inocente niña después de recitar con encendido fervor los actos de contrición y caridad que le sugirió el misionero, recibió finalmente la Hostia sacramentada. Después de comulgar, con una sonrisa propia del paraíso, se acomodó modestamente y cruzó en el pecho las manecitas; con esto, y mientras el Padre Dunn lleno de profunda conmoción la bendecía, la niña expiró dulcemente, y su alma pura, cual nuevo ángel de la Sagrada Eucaristía, voló a los cielos.

EL SANTO CENACULO.

Uno de los santuarios más célebres de Jerusalén, y de todo el orbe católico es el Cenáculo, donde Jesucristo Señor nuestro instituyó la Sagrada Eucaristía, se mostró después de resucitado a los apóstoles, y convidó a Santo Tomás que introdujese la mano en la llaga del costado: donde finalmente descendió el Espíritu Santo y se fundó la Iglesia. Según asegura la tradición, en ese mismo lugar murió la Santísima Virgen, después de haber pasado allí los últimos años de su preciosa vida. ¡Cuántos misterios adorables, cuántos recuerdos santísimos se relacionan con ese santuario, tan célebre como el Calvario, Belén o Nazareth.

El Cenáculo fue la primera iglesia del Catolicismo; llamábasele la Santa Sión. San Epifanio dice que no pereció en la destrucción de Jerusalén por Tito, de modo que en el siglo V de la era cristiana, en que visitó el sabio Obispo aquel santuario, subsistía éste probablemente tal como en los días del Salvador. Después llegó naturalmente a deteriorarse con el transcurso del tiempo; por lo cual fue reconstruído en 1355 por los Franciscanos, pero guardando siempre la traza del primitivo edificio, y con los mismos materiales de que aquel se componía. El Cenáculo se encuentra desde hace muchos siglos en poder de los musulmanes.

Monseñor Dalfi, en su apreciada obra *Viaje bíblico en Oriente*, describe así el santuario de que nos ocupamos, conforme le encontró al visitarle por los años de 1857 a 1866: —"Por dos veces tuve la dicha de ir a arrodillarme en ese sagrado recinto y venerar el lugar donde fue instituída la Santísima Eucaristía. Una parte de la antigua basílica ha sido convertida en mezquita, y lo restante destinado a habitaciones por los propietarios musulmanes. Entramos a un patio por un largo pasadizo abovedado; luego dirigiéndose a la izquierda y subiendo una informe escala de dieciocho escalones, penetramos en el Cenáculo", el cual como se sabe estaba construído en alto.

"El Cenáculo es un vasto local en el piso superior, dividido en dos partes iguales por cuatro columnas, dos de las cuales están empotradas en las paredes. Estas no son todas de la misma forma, ni de piedras de la misma clase, y sostienen tres arcos. Esta sala tiene catorce metros de largo por nueve y quince centímetros de ancho. Recibe la luz, por tres elevadas ventanas abiertas en la pared del mediodía, que es la misma en que está la puerta que da al patio. Existe todavía, y quizás desde los tiempos antiguos, en la pared de levante, en el fondo del Cenáculo, una especie de nicho, o mejor diríamos, un fragmento de cátedra bastante adornado que sostiene una especie de dosel. Aquí es donde ordinariamente, obtenido el permiso (de los guardianes turcos)

se celebra la santa Misa; y es designado como sitio en que hubo de sentarse el divino Maestro al instituir la Sagrada Eucaristía".

Los edificios del Cenáculo, vistos desde lejos, semejan un antiguo castillo coronado por una imponente cúpula, y comprenden cuatro santuarios: el lugar de la Cena del Señor, el del Lavatorio de los pies, que está situado en el inferior de la basílica; el de la Venida del Espíritu Santo, y el de la Muerte de la Santísima Virgen.

Detrás de la sala donde fue instituído el Santísimo Sacramento, hay otro departamento muy venerado por los musulmanes a causa del sepulcro del santo rey David, que según una antigua tradición se conserva en ese sitio. En ese lugar no pueden de modo alguno penetrar los cristianos.

¡Cuántos recuerdos inmortales, cuántos misterios augustos ligados al solo nombre del *Santo Cenáculo*!

REVISTA EUCARISTICA.

Necesidad del movimiento eucarístico.— El Estado sin Dios, las escuelas sin Dios... en una palabra, el *Ateísmo social,* he aquí la enfermedad más terrible de las naciones modernas. Pues, ¿qué remedio? Atraer a las naciones todas a los pies del tabernáculo. El culto público, social, solemne, continuo de la Sagrada Eucaristía: es el mejor y más eficaz de los remedios. Los políticos quieren componer todo con las armas; los escritores, todo con la pluma; pero los verdaderos católicos saben que el supremo de los remedios está en la protección divina. Y, ¿qué se hace ahora en el Ecuador para merecer esta protección del Cielo?... ¡El mismo *Jubileo Reparador,* establecido por el Ilmo. Sr. Ordóñez, no se continúa sino en Quito y Cuenca, y nada más!

Congresos Eucarísticos.— Se multiplican en todas partes. En Turín se celebró, hace poco, con magnificen-

cia verdaderamente regia. Prepárase otro que se reunirá en Orvieto, donde se veneran los famosos corporales de Bolsena; los días 5, 6, 7 y 8 del próximo mes de Septiembre, son los designados para las sesiones del Congreso. Su S. León XIII ha concedido un jubileo extraordinario a los que intervengan en aquel.

La Adoración Perpetua al Santísimo Sacramento en la basílica de Montmatre, en París, ha alcanzado un éxito prodigioso. Mil quinientas Señoras, de lo más distinguido de aquella capital, hacen de día la corte al Santísimo. Las noches están reservadas a los hombres; en 1895, se han repartido las noches de adoración entre doce mil caballeros, sacerdotes y religiosos. De mil quinientos a dos mil obreros comulgan semanalmente en aquel templo, fuera de una multitud innumerable de personas de otras clases y condiciones. Así es como se renuevan los pueblos, así se regeneran las naciones.

Un nuevo Cenáculo.— El jueves próximo, fiesta de la Ascensión del Señor, se inaugurará en Cuenca la casa de las *Veladas Eucarísticas*, destinada especialmente a la adoración del Santísimo Sacramento. Los que quieran tener uno o varios días consagrados al retiro espiritual, la adoración y otros ejercicios eucarísticos, son invitados a concurrir a las Veladas; todas las obras buenas que allí se practican son encaminadas al culto del Santísimo Sacramento. El retiro del *Cenáculo* es la primera obra establecida en la República del Ecuador, con un fin exclusivamente eucarístico.

VELADAS DEL CENACULO, Nº 2. Cuenca: Imp. del "Reinado Eucarístico", por F. Vintimilla, Marzo de 1896.

PUNTO DE MEDITACION PARA LA VELADA.

EL CUERPO SANTISIMO DEL SEÑOR ES PROPIEDAD DE LOS HOMBRES.

Texto de la Escritura.— Nuestro Señor Jesucristo al instituir la Sagrada Eucaristía dijo, según nos enseña San Pablo, estas palabras: Tomad y comed: este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado. *Accipite, et manducate: hoc est corpus meum, quod por vobis tradetur (1. Corinth. XI. 24).* Meditemos estas magníficas palabras que propone la Iglesia a nuestra consideración, durante la grandiosa Octava del Corpus.

I.— Nuestro Salvador divino es el don más precioso que la caridad infinita del Eterno Padre ha hecho a los hombres. El Salvador ha ratificado este don, cuando en la víspera de su pasión santísima nos dio su Cuerpo adorable, diciéndonos: *Accipite:* tomad, recibid: este es mi Cuerpo. La donación está ya hecha, y de modo irrevocable; resta únicamente que la recibamos. Preparémonos a ello con una contrición sincera de todas nuestras culpas, y una mudanza eficaz de vida: pues, ¿cómo recibiremos al Dios de la Santidad, sino apartándonos del pecado y purificando esmeradamente nuestras conciencias?

II.— No solamente quiere el Señor que aceptemos dádiva tan rica, sino que nos manda que le comamos: *Accipite et comedite:* tomad y comed. Para esto se sacramentó bajo las especies de pan, para significarnos que su Cuerpo Santísimo es el verdadero alimento de nuestras almas. Si a pesar de tener a nuestra disposición alimento tan divino, permanecemos todavía enfermos por las pasiones y las culpas, débiles en el camino de la virtud, inconstantes en nuestros propósitos y resoluciones, no tenemos que quejarnos de ello sino únicamente a nuestro descuido en no saber aprovecharnos del Pan sagrado de los ángeles que se nos ofrece cada día en el altar.

III. —Este es mi Cuerpo que por vosotros será entregado. Para que haya llegado hasta nuestras manos este Tesoro valiosísimo de los cielos, cuántos ultrajes, cuántas abominaciones ha debido sufrir ese Cuerpo sacratísimo durante mil ochocientos años! Continuamente blasfemado por los herejes, afrentado por los sacrílegos, y vilipendiado por los impíos, el Cuerpo santísimo del Señor hállase entregado hasta el fin de los siglos por blanco de todos los desprecios!... ¿Con qué amor, con cuán profunda gratitud no debemos adorar y frecuentemente recibir el Cuerpo inmolado de la Víctima divina! Si los deberes de la vida no nos obstaran, habíamos de pasarnos perpetuamente de rodillas junto a nuestros Tabernáculos. Al menos durante la Octava de la presente solemnidad cumplamos asiduamente este deber tan grato a corazones verdaderamente piadosos y reconocidos.

Resoluciones.— Las dos prácticas principales del culto católico son la audición devota de la santa Misa y la recepción frecuente de la Comunión. Resolvámonos a no omitir jamás por voluntad nuestra prácticas tan del gusto de Nuestro Señor Jesucristo, y tan provechosas para nuestras almas. Además, visitemos continuamente al Santísimo Sacramento, y ofrezcámosle nuestras humildes reparaciones en desagravio de las injurias que los hombres desagradecidos y perversos irrogan a la Hostia sacrosanta.

MILAGROS EUCARISTICOS.

Como el dogma de la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento, es una de las verdades más fundamentales de nuestra Fe, y que más directamente tocan a nuestros sentidos, pues tenemos todos los días la Hostia consagrada a nuestra vista, el Cielo ha multiplicado extraordinariamente los prodigios para testificarnos la realidad de aquel dogma incomparable. No hay nación ni siglo que no cuenten muchos portentos de esta clase. La autenticidad de la mayor parte de ellos consta de manera que no es posible revocarlos a duda, sin contradecir los testimonios de la historia.

Referiremos algunas de estas maravillas, eligiéndolas entre las mejor comprobadas como auténticas.

I.— *El Milagro de Turín:* Exilles, pequeña aldea de la Italia Septentrional fue saqueada el año de 1453, durante la guerra del Duque de Saboya con el Delfín de Viena. Mientras el saqueo un hombre desalmado entró en la iglesia y robó la custodia juntamente con la Hostia consagrada; metióla en un saco con otros objetos de su rapiña y se marchó camino de Turín. Atravezó esta ciudad a las cuatro de la tarde del 6 de Junio del año mencionado. Pero he aquí que al pasar por la plaza de San Silvestre, la mula en que iba se echó al suelo y permaneció ahí inmóvil. En esto suéltanse por sí mismas las cuerdas que ataban la boca del saco, y sale de él a vista de todos la Custodia, pero en vez de caer en el suelo se eleva lenta y majestuosamente por los aires, hasta cierta altura, y queda allí expuesta ante el inmenso concurso que con noticia de tal prodigio se reunió al instante. La nueva cundió por la ciudad con la rapidez del relámpago; la población entera acudió en masa a contemplar el portento. Entonces el Obispo de Turín, Ludovico de Romagnano, acompañado de todo el Clero fue procesionalmente al lugar del milagro. Al llegar el Obispo la custodia cayó al suelo, y la Hostia Santa quedó sola en el aire, lanzado de sí torrentes vivísimos de luz. El pueblo al ver esto no pudo contener su entusiasmo y también su pena, pues parecía que el Sacramento divino trataba de abandonarle. Clamaban unos, gemían otros, y con los ojos empapados en lágrimas gritaban: *Mane nobiscum Domine:* Señor ¡quédate con nosotros! El Obispo tomó en sus manos un cáliz y levantándolo pidió al Señor que se dignase bajar y permanecer entre sus fieles. ¡Cosa admirable! Al momento la Hostia principió a descender lentamente, y fue a colocarse por sí misma dentro del cáliz. Lleváronla procesionalmente a la Catedral de San Juan, donde se conservó largo tiempo en un tabernáculo de mármol. Un grandioso monumento levantado en Turín y que subsiste hasta hoy atestigua la verdad de suceso tan maravilloso. (*"El Pan de los fuertes"*, por Trione. Turín).

El Mesías prometido a los Judíos.— Léese en la vida de Santo Tomás de Villanueva, que fue llamado una vez junto al lecho de un judío moribundo, el cual desde hacía tiempo se había hecho cristiano, aunque muchos dudaban de la sinceridad de esta conversión. El enfermo dijo entonces al Santo: "Os he llamado, porque me parece que no moriré en paz si antes no os revelo un secreto. Padre mío: vos habéis sido el protector, el médico y el guía espiritual de mi pobre alma, y así quiero manifestaros lo que motivó mi conversión al Cristianismo. Siendo todavía muy joven iba cierta ocasión en compañía de otro judío de mi misma edad, y sucedió que de una en otra conversación llegamos a tratar del Mesías. ¡Ah: nos decíamos: si fuésemos tan felices que viviésemos en el tiempo en que debe venir! ¡Si le viéramos con nuestros propios ojos! Con esto nos inflamamos de manera que ardíamos en deseos de tan suspirada ventura. De pronto una luz extraordinaria partió de lo alto, como si se abrieran los cielos. Entonces, llenos de confianza en Dios, nos postramos de rodillas, y pedimos al Señor con toda la devoción de que éramos capaces, que se dignase manifestar al Mesías en nuestros días, y hacérnoslo ver a Aquel a quien tan vivamente esperábamos. Apenas habíamos hecho esta súplica, he aquí, que en medio de esa luz resplandeciente se nos presentó un cáliz deslumbrador, con una hostia encima, de forma igual a la que los sacerdotes católicos elevan en la Misa. Un grande terror se apoderó de nosotros a esta visión; pero luego desapareció el terror, y una luz interior vivísima disipó los errores de nuestro espíritu, y nos hizo comprender con claridad que en la Sagrada Eucaristía se hallaba real y verdaderamente presente el Mesías a quien vanamente aguardábamos. Esto motivó mi conversión, a la que he sido siempre fiel, como bien lo sabéis, Padre mío". Después de la muerte del joven convertido, Santo Tomás creyó de su deber referir este hecho desde el púlpito, como lo hizo, para la pública edificación.

Los Milagros eucarísticos de Lourdes.— Por una admirable disposición del cielo, Lourdes, la ciudad pre-

dilecta de la Virgen Inmaculada es, en nuestros días, el trono de las más hermosas manifestaciones eucarísticas. Cada año, durante la *Peregrinación nacional* francesa, llévase desde la basílica hasta la gruta, en procesión al Santísimo Sacramento, escoltado por muchísimos Prelados, Clero numerosísimo, y prodigioso concurso de veinte, treinta y hasta cien mil personas. Quinientos, ochocientos, mil y más enfermos colócanse formando calle al paso del Santísimo. Al ver a la Hostia Santa levántase un clamor general de aquella conmovida multitud, pues los ciegos ven, los cojos saltan, los tullidos recobran el uso de sus miembros. ¡Espectáculo asombroso, como no se ha visto igual sino en los días de la vida mortal del Salvador! Una sociedad de doctos médicos, estudia detenidamente estos milagros, y cada año se comprueba la realización de diez, veinte y más portentos de esta clase. ¡Demostración insigne, ofrecida por el Cielo, en nuestros mismos días, de la Presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Sagrada Eucaristía!

El Dios de los Ejércitos.— La Hostia Santa es la Reina absoluta del universo; y de modo especial, la Protectora omnipotente de los pueblos católicos. Ved aquí un muy reciente ejemplo. *Les Missions catholiques*, de 6 de Marzo último, refieren el siguiente prodigio acontecido en Siria, a fines del año anterior, durante las horrorosas matanzas de armenios verificadas por los turcos. En Arabghir, seiscientos armenios entre católicos y gregorianos, se habían refugiado en la iglesia armenia católica de aquella población; y hallábanse aguardando una muerte cierta. El cura católico, que lo era el piadoso sacerdote Esteban Israelián, los había preparado para aquel trance: después de exhortarlos a hacer actos fervientes de contrición, pronunció sobre todo el concurso las palabras de la absolución sacramental. Las hordas fanáticas de los kurdos musulmanes, adelantábanse ya al degüello, el saqueo y toda clase de crímenes espantosos. Poco a poco mil ruidos siniestros precursores de la catástrofe temida, se acercaban a la iglesia y concluyeron por formar una batahola infernal. Las puertas del templo hallábanse a punto de ceder a los esfuerzos

rabiosos que hacían los asaltantes para romperlas. En esto el Sacerdote enciende todas las ceras de la iglesia y expone solemnemente el Santísimo Sacramento; y mientras todo el pueblo permanece arrodillado a las plantas del Salvador, el Misionero se levanta, da a todos una última absolución, y dominando por una inspiración extraordinaria, dirígese a las puertas del templo, y las abre de par en par. Los musulmanes penetran en el santuario como un torrente asolador; pero oh prodigio: ¡al ver la Hostia santa expuesta en el altar, un pánico invencible se apodera de todos ellos, y echan a huir precipitadamente como si un enemigo formidable les persiguiera! De este modo, por un milagro incontestable del Sacramento divino, aquellos piadosos cristianos lograron salvarse de un exterminio inevitable.

MODO DE PREPARASE A LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

La devoción al Sagrado Corazón tiene por objeto recordar a los hombres los excesos de amor de ese Corazón divino manifestados principalmente en su Pasión adorable y en la institución del Santísimo Sacramento. Por esto las devociones al Sagrado Corazón y al Santísimo Sacramento hállanse íntimamente enlazadas, de modo que el mejor culto que tributar podemos al Corazón del Hombre-Dios es recibir continua y fervorosamente la santa Comunión, visitar muchas veces al Señor en el Tabernáculo, y honrar cuanto en nuestras fuerzas esté al Sacramento del amor.

Entre los escritos de la B. Margarita María, hállase el siguiente dispuesto para sus novicias. Daremos sólo un extracto, porque no nos permiten más los reducidos límites de "Las Veladas".

"*Desafío* (entre las novicias, y también entre toda clase de personas piadosas) *para prepararse a la fiesta del Santísimo Sacramento, y del Sagrado Corazón de Jesús*.— Todos los días al despertarte te representarás al

Sagrado Corazón, y le consagrarás todo tu ser, para no emplearlo sino en su gloria.— Cuando ores mentalmente o reces, unirás tus súplicas a las del Sagrado Corazón en el Santísimo Sacramento; y cuando asistas a Misa te unirás a las intenciones de ese Corazón inmolado, pidiéndole que te aplique el mérito de su sacrificio según sus adorables designios.— En el refectorio, en la recreación, en tus conversaciones te unirás a ese Corazón divino, y permanecerás dentro de él, cuidando de no salir de allí por la disipación; atenderás solícita a que tu lengua que le sirve tan frecuentemente de patena en la Comunión, no se manche con alguna chanza, murmuración o falta contra la caridad.

"Unirás tu silencio con el que Jesús guarda en el Santísimo Sacramento. Amarás la pobreza y la obediencia para honrar estas virtudes tan admirablemente practicadas por Jesús en el Tabernáculo. Cuando cometieres faltas, después de haberte humillado tomarás del Corazón de Jesús la virtud contraria a tu falta y la ofrecerás al Eterno Padre en reparación de tus pecados. Te conservarás en la presencia de Dios, considerando en todo cuanto hicieres, las virtudes y operaciones de Jesús en el Santísimo Sacramento, según la relación que tienen con tus ejercicios, y ofreciéndolas al Padre Eterno por lo que quisieras hacer y no puedes.

"Cuando te arrodillares delante del Santísimo Sacramento, dirás dentro de ti misma: Todo se incline delante de vuestra majestad, ¡oh grandeza infinita! Al besar la tierra dirás: Esto, Señor, es para honrar vuestra grandeza humillada en el Santísimo Sacramento".

LAS VICTIMAS DEL SAGRADO CORAZON.

De una preciosa hoja de propaganda católica, impresa en Bélgica en 1886, tomamos las siguientes ideas relativas al verdadero espíritu de la devoción al Corazón sagrado de Jesús.

"Busco una víctima que se consagre a mi Corazón y que consienta en ser inmolada para el cumplimiento de mis designios". Esta invitación hecha por el Salvador a la B. Margarita María, se dirige hoy a todas las almas que tratan de honrar de veras al Sagrado Corazón. Porque los crímenes que hoy acumula el mundo son inauditos; parece que el infierno se hallara ya a punto de arrastrar a la sociedad entera a los abismos de perdición. Para oponer un dique a este torrente devastador, para alcanzar la santificación del Clero y los Institutos religiosos, y el triunfo de la Iglesia, es menester que haya almas piadosas que se dediquen a las prácticas de penitencia y la oración, y consientan en inmolarse como víctimas para la mayor gloria del Sagrado Corazón de Jesús.

La Italia que, a principios de este siglo, nos había dado en la Ven. Ana María Taigi, un tipo admirable de víctima por la Iglesia, nos ha dado un ejemplo de alma consagrada especialmente a orar por la Iglesia, el Clero y los Institutos religiosos en la V. Madre María Inés Steiner, muerta en 1862. "¿Cuál fue la misión providencial de esta santa Religiosa? Anunciar, decía el P. Ramiére, los castigos que han caído sobre Italia y toda la sociedad cristiana; predecir que terminará la crisis religiosa actual, con el triunfo completo de la Iglesia y la regeneración de la sociedad; pero exigiendo, en nombre de Dios, como condición indispensable para el cumplimiento de estas promesas, un fervor más grande en las Comunidades religiosas, y un espíritu de verdadera santificación en el Clero". La Madre Steiner declaró que la Santísima Virgen le había hecho conocer que sólo trabajando eficazmente por la santificación del Clero se libraría la sociedad cristiana de los azotes que la amenazaban, y que sin ésto la Madre de Dios no alcanzaría la cesación de los castigos públicos.

Las almas que se dediquen a orar y sacrificarse porque cesen las persecuciones de la Iglesia, y porque el Señor derrame abundantes gracias de santificación en el Clero y los Institutos religiosos, harán una obra verda-

deramente grata al Cielo, y merecerán el dictado de *Víctimas del Sagrado Corazón de Jesús*. ¡Felices las naciones donde haya muchas de estas víctimas, ellas atraerán las bendiciones de Dios sobre su país!"

LA VIDA EUCARISTICA

Cada una de las fases de la vida de Nuestro Señor Jesucristo es un ejemplar divino propuesto por el cielo a nuestra imitación. El Venerable Olier y, antes de él su santo maestro, el P. Condren, se propusieron imitar la vida inmolada de nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía; y con la gracia de lo alto lo consiguieron. Nunca ha sido tan necesaria como al presente esa imitación para contrarrestar el amor al lujo, las riquezas y placeres que con el nombre de rehabilitación de la carne domina en nuestro siglo.

Todas las almas piadosas, con la gracia de Dios, pueden imitar aunque en distintos grados la vida eucarística de Nuestro Señor. Ved aquí estos grados:. 1º *aceptar con resignación* las pruebas que la Providencia nos envía; 2º *ofrecerse voluntariamente* como una víctima para ser inmolado según el beneplácito divino; y 3º *pedir a Dios* humillaciones, trabajos y aún la muerte más dolorosa y terrible, para mejor conformarse con la Víctima divina. Todo esto repugna a la naturaleza y aún es imposible a nuestras solas fuerzas; pero la gracia de Dios vence estas repugnancias y hace prodigios en las almas.

El célebre y piadoso caballero León Harmel, apóstol de los obreros en Francia, ha formado una asociación cuyo programa dice así: "Cada día suplicamos a la Misericordia divina nos envíe las pruebas a que quiera sometemos, ofreciéndole nuestros sufrimientos y hasta la vida misma por la salvación de los obreros. Si una desgracia nos amenaza, si tememos tal o cual acontecimiento, nos apresuramos a aceptarlo de antemano, puesto que para nosotros sufrir por Dios es la mayor y más apetecible felicidad".

VELADAS DEL CENACULO, Nº 3. Cuenca: Imp. del "Reinado Eucaristico", por F. Vintimilla, Junio de 1896.

PUNTO DE MEDITACION PARA LA VELADA.

LA PRECIOSA SANGRE ES EL ALIMENTO Y RESCATE DE NUESTRAS ALMAS.

Texto evangélico.— "Tomando el Señor el cáliz, re fiere San Mateo, le bendijo, y diósele a sus Apóstoles diciendo: Bebed todos de él. Porque esta es mi Sangre que será el sello del nuevo Testamento, la cual será derramada por muchos para remisión de los pecados". *Hic est enim Sanguis meus novi testamenti, qui pro multis affundetur in remissionem peccatorum (cap. XXVI. v. 28).* Este pasaje evangélico nos enseña que la Sangre adorable de nuestro divino Salvador se nos da en la Sagrada Eucaristía, primero, por alimento, y segundo, en rescate de nuestras almas.

I.— Es de fe que siempre que comulgamos recibimos no solamente el Cuerpo, sino también la Sangre de nuestro Señor Jesucristo por alimento de nuestras almas: pues aunque en fuerza de las palabras de la consagración el pan se transubstancia en el cuerpo, y el vino en la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, como este Cuerpo y Sangre divinos son ya inseparables, quien comulga con la Hostia Consagrada, aunque no beba del cáliz recibe al mismo tiempo el Cuerpo y la Sangre del Redentor. ¡Qué amor, qué gratitud no debemos tener para con esta Sangre divina que se ha hecho nuestra bebida, el sustento admirable y sobrenatural de nuestras almas! Si adoramos con fe viva y caridad ardiente el Cuerpo Santísimo del Señor, adoremos de igual modo su Sangre preciosísima que empapa nuestro espíritu y baña nuestros corazones siempre que recibimos la santa Comunión. Este es el Vino que engendra vírgenes, este es el tesoro más valioso que encierran los cielos y la tierra.

II.— El segundo motivo porque debemos adorar con culto especial de amor y gratitud la Sangre divina de Jesucristo es por ser Ella el precio de nuestra reden-

ción; pues la efusión de esa Sangre inmaculada fue lo que más señaladamente constituyó el misterio de la cruz. Por esto dijo el Salvador: "Esta es mi Sangre que será el sello del nuevo Testamento, la cual será derramada para remisión de los pecados. Pero ¡ay! ¿cuán variados y atroces tormentos no arrancaron esa Sangre adorable de las venas del Redentor? ¡La flagelación, la coronación de espinas, la crucifixión!... Esa Sangre divina fue ultrajada, pisoteada, mirada con desprecio por los verdugos; empapó el pretorio de Pilatos, las calles de Jerusalén y el Calvario! ¡Cómo no debiéramos inflamarnos de amor a la presencia de esa Sangre santísima que tan a lo vivo nos recuerda las escenas más dolorosas de la Pasión!

III.— A imitación de los más grandes Santos amemos y honremos con particular devoción la preciosísima Sangre. Sta. Catalina de Siena se extasiaba al pensar en ella: estimulados por su recuerdo los Mártires dieron la vida en los tormentos; para hacerla fructificar en las almas predicaron los Apóstoles el evangelio en las más apartadas regiones del orbe. ¿Qué hacemos nosotros para honrar esta Sangre divina?

Resoluciones.— Cuando asistamos a la santa Misa, veneremos especialmente la preciosísima Sangre que se ofrece a nuestras adoraciones contenida en el cáliz del altar. Cuando comulgamos figurémonos, conforme al consejo de San Juan Crisóstomo, que aplicamos nuestros labios al costado abierto del Redentor, y que allí bebemos los vivíficos torrentes de su Sangre divina. Y cuando la tribulación nos visita, pensemos que entonces es tiempo de pagar amor con amor, dando nuestra honra, nuestros bienes, nuestra salud, y si es necesario, nuestra sangre y nuestra vida en testimonio de gratitud a la Sangre divina del Redentor tan generosamente derramada por nosotros.

UN MILAGRO DE LA PRECIOSA SANGRE.

Son innumerables los prodigios realizados por la diestra del Altísimo para comprobar la verdad del dogma católico que nos enseña que bajo cada una de las sagradas Especies eucarísticas se halla realmente presente nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, que al comulgar se recibe no sólo el cuerpo sino también la Sangre preciosa de nuestro Salvador divino. Referiremos uno de estos portentos ocurrido en Bélgica a principios del siglo XV, por ser muy célebre, y haberse proclamado auténtico por la autoridad eclesiástica.

En el castillo de Bois-Seigneur-Isaac situado en el Brabante, a una legua de Nivelles, vivía un piadoso caballero llamado Juan de Huldeberghe. Una noche, era un martes de Pentecostés, 2 de Junio de 1405, mientras dormía el caballero tranquilamente en su lecho, fue despertado por un misterioso personaje que se le mostró en medio de una luz resplandeciente, todo cubierto de heridas que destilaban sangre viva, y atravesando el costado por una herida que traspasando el pecho llegaba hasta el corazón. Levantando el rico manto azul que le cubría, con gran dulzura y majestad: "Mira —le dijo la celestial aparición— mira, amigo mío, cómo han maltratado todo mi cuerpo; apiádate de mí, y busca a alguien que me cure". Y como el caballero, enternecido hasta derramar lágrimas, respondiese que era imposible curar tantas llagas: "A lo menos procura vendármelas", repuso el desconocido. Juan de Huldeberghe extendió la mano para hacerlo así, y al momento desapareció la visión.

Esta se repitió las dos noches siguientes. En la tercera, siendo reconvenido el caballero por su negligencia en practicar lo que se le pedía: "¿Cómo podré realizarlo, contestó, si aquí no hay médicos? y aunque los hubiera, no sé quién sois vos, Señor, ni dónde habitáis". "Anda a la capilla del castillo, dijo entonces el noble y maravilloso personaje: allí me encontrarás en el altar y sabrás quién soy yo". Parecióle, en efecto al caballero, continuando la misma visión, que se encaminaba a aquel

lugar donde, como se le había anunciado, contempló a Cristo Señor nuestro suspendido en la cruz, todo cubierto de llagas y vertiendo torrentes de sangre, especialmente de la llaga del costado. Terminada la visión volvió el caballero en sí, contristadísimo por el doloroso espectáculo que acababa de contemplar, y sin saber lo que esto significaba.

Aquella misma noche el cura de la parroquia de Hautlttre recibió también del cielo una advertencia misteriosa. "Levántate -le dijo una voz extraordinaria- y ve a decir la Misa de la Santa Cruz en la capilla de Bois-Seigneur-Isaac". Obedeció el sacerdote inmediatamente. Celebrando ya el adorable sacrificio, en el ofertorio desdobló los corporales, y al hacerlo encontró una muy considerable partícula, como la octava porción de la Hostia consagrada, que en la Misa anterior, precisamente del martes 2 de Junio, había dejado olvidada por negligencia. Quiso el sacerdote tomar la sagrada Partícula para colocarla a un lado, pero por esfuerzos que hizo no lo consiguió; antes, por el contrario, principió a brotar de ella gota a gota una sangre milagrosa que empapó los corporales. Asustado el cura llamó cerca de sí a Juan de Huldeberghe, quien al ver aquel prodigio comprendió el sentido de sus anteriores visiones: el descuido y desprecio con que tratan los hombres al Santísimo Sacramento renueva en cierto modo la pasión del Salvador, y abre su costado con ancha y profunda herida. Trajéronse otros corporales para la santa Misa; pues la Partícula milagrosa continuó durante cinco días vertiendo sangre gota a gota y lentamente. La noticia del portento divulgóse al punto por toda la comarca: una multitud innumerable de personas de todo estado y condición acudió presurosa a la capilla a contemplar el milagro. Expusiéronse para ello los corporales sobre el altar, y todos los peregrinos vieron brotar poco a poco sangre de la Hostia consagrada; de modo que esta sangre maravillosa formó un coágulo de tres dedos de ancho y un dedo de espesor; sobre el coágulo alzábase blanca siempre como la nieve la Partícula sagrada. La Sangre empapó hasta seis dobleces del corporal, llegando a enrojecer ligeramente

el séptimo. Después de diez días, esto es en la fiesta del Santísimo Sacramento, la Sangre milagrosa se secó repentinamente.

El sabio cardenal Pedro de Ailly, Legado a latere de la Santa Sede, se informó minuciosamente de lo ocurrido, declaró auténtico el milagro y permitió el culto público de aquella Sangre portentosa, que es conocida desde entonces con el nombre de *Santa Sangre del milagro*, y objeto de numerosas y frecuentes peregrinaciones en Bélgica (1).

LA SALVACION DE LOS PUEBLOS.

Las naciones de igual manera que los individuos son personas morales que deben responder de sus actos ante la justicia divina. Hay naciones piadosas y naciones impías; naciones ilustres por sus virtudes, y naciones célebres por sus crímenes. La paz, el bienestar social, la prosperidad en todo orden son premios que Dios concede a los pueblos justos y exactos en cumplir los preceptos de su ley santa: las guerras, las revoluciones, los trastornos políticos son el castigo ordinario de los pueblos prevaricadores, que apartándose del recto sendero se precipitan por los despeñaderos de la corrupción o la impiedad.

Si las calamidades públicas afligen a una nación, si las sectas llegan a dominar un Estado, la causa de tamaños males se encuentra siempre en el olvido de Dios; por esto, no hay medio más eficaz para alcanzar las bendiciones del cielo en favor de la Iglesia, de un pueblo, de una sociedad cualquiera que impulsar a sus miembros para que enmienden sus faltas, hagan penitencia por e-

(1) Extractamos esta noticia de la revista eucarística de París intitulada "Le Tres saint Sacrament".

llas y se dediquen seriamente a trabajar con el auxilio de Dios en la propia santificación. He aquí testimonios elocuentes y autorizados que nos convencerán de esta verdad.

León XIII ha dicho: "La fuente de todos los males que nos afligen está en el olvido de las virtudes cristianas" (Constit. del 30 de Mayo de 1883); "Por la enmienda de nuestras faltas serán debilitados nuestros enemigos que tienen poder para oprimirnos, poder que se lo dan no sus méritos, sino nuestros pecados" (Enc. p. el Jubileo de 1879). "Santificarnos a nosotros mismos para así alcanzar gracias para la Iglesia, dice Mons. Gay, es el concurso más *cierto*, más *importante* y más *urgente* que podemos prestar a la Iglesia de Dios. Las almas más unidas a Dios, según doctrina de Luis de Blois y el P. Saint-Jure, son más útiles a la Iglesia en una hora, que las otras en muchos años". ¿Por qué? Santo Tomás nos lo explica: Porque al cumplir exactamente la voluntad de Dios, merecemos que Dios realice el deseo que tenemos de la salvación de los otros. (Citas tomadas de una hojita intitulada *Santificarse* por la Iglesia).

Las épocas de tribulación son épocas de gracia; el negocio está en saber aprovecharse de la tribulación recibiéndola con un santo abandono en manos de la Providencia. Para aprender esta ciencia difícil del padecimiento acudamos solícitos a la cátedra de la abnegación que es el Tabernáculo. Las almas verdaderamente devotas del Santísimo Sacramento son las que más fácilmente aprenden a ser almas de abnegación y sacrificio, y son por lo mismo las más útiles a la Iglesia.

Por esto la propagación del culto eucarístico es el medio más eficaz y excelente para alcanzar del cielo gracias escogidas y abundantes y procurar la verdadera salvación de los pueblos. El Sacramento divino es el remedio de todos los males.

FLORECILLAS EUCARISTICAS.

LA B. IMELDA LAMBERTINI.

Esta santa niña nació en Bolonia, el año de 1322, de la noble y antigua familia de los Lambertini, de la cual cuatro siglos más tarde salió el ilustre pontífice Benedicto XIV. Desde la más tierna infancia manifestó Imelda las felices disposiciones con que le había dotado el cielo, y principió a escalar la difícil senda de la perfección cristiana con tanto ahínco que en pocos años llegó a la cumbre de las virtudes heroicas. El décimo de su edad había cumplido apenas cuando ingresó de religiosa en el convento de las Dominicanas, llamado de Santa María Magdalena, y situado a poca distancia de la ciu dad de Bolonia; este triunfo le costó grandes y multiplicados sacrificios, pues sus padres no consintieron fácilmente en ello.

En el monasterio le cambiaron el nombre de Magdalena que había recibido en el bautismo, por el de Imelda; y aunque no se hallaba aún en edad de ingresar en el noviciado, la vistieron el hábito religioso conforme a la costumbre de aquellos tiempos. Pero aunque no era profesa, ni siquiera novicia, Imelda fue en breve tiempo un dechado de todas las virtudes, no sólo para las jóvenes sino hasta para las religiosas más antiguas. Distinguióse especialmente por una singular devoción y un encendido amor al Santísimo Sacramento; en las recreaciones no hablaba de otra cosa que de este Misterio adorable. A las que habían comulgado en aquel día les preguntaba: "decidme, ¿cómo es posible comulgar, recibir a Jesús Sacramentado en el pecho, y no morir de amor?"

Acostumbrábase en Bolonia no conceder a los niños la primera comunión, sino a los catorce o más años de edad. Imelda había cumplido ya los once, y como se le hacía intolerable no poder recibir aún el Sacramento del Amor, acercóse al confesor del monasterio, y le pidió humildemente permiso para hacer su primera comunión. El buen sacerdote, sin miramiento alguno a la virtud extraordinaria de la niña, teniendo únicamente en cuenta la

práctica establecida, le negó el permiso. Este rechazo en vez de resfriar los deseos de Imelda no hizo más que inflamarlos; así volvió por segunda y tercera y muchas veces a solicitar la misma gracia, pero siempre sin efecto. Mas, si las fervientes súplicas de esta alma enamorada de su Dios nada habían alcanzado de los hombres, habían penetrado ya los cielos, y sido bien despachadas ante el acatamiento divino.

Era el 12 de Mayo de 1333, y celebrábase en ese día la gran fiesta de la Ascensión del Señor. Toda la Comunidad se preparaba ya a la comunión, cuando Imelda con heroico esfuerzo se acercó nuevamente al sacerdote a pedirle el permiso ambicionado: otra negativa tan fría y seca como las anteriores fue toda la respuesta. "Con el corazón destrozado, dice un historiador de la ilustre virgen (1), por el nuevo rechazo que acababa de sufrir, Imelda se volvió a la iglesia del monasterio, para asistir a la Misa, y unir su sacrificio al de la adorable Víctima. Llegado el momento de la comunión todas las religiosas, sin exceptuar una, fueron a colocarse recogidas y dichosas en torno de la Mesa santa. Sola Imelda hubo de quedarse en la parte inferior del coro. Arrodillada en ese sitio, ocultando su rostro entre las manos, dio libre curso a sus lágrimas, pensando en la felicidad de sus hermanas. Quejábase ardientemente a su divino Esposo de que permaneciese sordo a sus ruegos, y le conjuraba con instancia no dilatase por más tiempo satisfacer sus deseos...

"Como continuase todavía en sus oraciones y lágrimas he aquí que una hostia se escapa milagrosamente del copón, se eleva en el aire, atraviesa las rejas del coro, y va a detenerse sin que mano ninguna le sostenga, sobre la cabeza de la Niña. Imelda arrodillada, con los ojos fijos sobre la santa Hostia, adoraba a su Dios que estaba tan próximo a ella, y como que se unía a los ángeles en un movimiento de respeto y amor. Las Religiosas atónitas apenas daban crédito a lo que contem-

(1) El Padre Lataste.

plaban sus ojos: pero como persistiese el milagro viéronse al fin obligadas a dar aviso de ello al confesor. Acercóse éste con una patena, en la que vino entonces a colocarse por sí misma la sagrada Hostia, que había permanecido hasta allí inmóvil en el aire. No dudando ya más de la voluntad de Dios, el sacerdote tomó con veneración la Hostia milagrosa y la dio en comunión a la dichosa Niña.

"¡Imelda acababa de hacer su primera comunión! ¡Sus votos estaban ya cumplidos! y como si no pudiese en un cuerpo mortal soportar tan grande alegría, inclinóse como desfallecida, abismada en profunda contemplación; así se doblega una pequeña flor, cuando desciende en ella el rocío del cielo y no puede sostener su peso. Las manos cruzadas al pecho, los ojos dulcemente cerrados. Imelda parecía entregada a un delicioso sueño. ¡Cuán rápidamente debieron pasar las horas durante ese éxtasis de amor! Al ver sus labios entreabiertos, un tanto descoloridos, pero como iluminados por una sonrisa celestial, y algo como agitados por ligero extremecimiento, se habría creído que murmuraban estas palabras de los Cánticos: *Mi Amado es todo para mí, y yo soy toda de mi Amado*.

"Por largo tiempo las Religiosas la admiraron en silencio. No se cansaban de contemplarla... ni de alabar a Dios en el fondo de sus corazones, porque es bueno y su misericordia se extiende a todos los siglos. Sin embargo como la viesen siempre inmóvil y arrodillada, una vaga inquietud principió a apoderarse de ellas. La llaman, exhortan, la suplican y ordenan que se levante; pero Imelda, tan pronta siempre a obedecer, esta vez ya no obedece. Quizás, dicen las Religiosas, no nos ha oído: tómanla, pues, en brazos, la levantan y advierten que... ¡estaba muerta! ¡Muerta a los once años de edad! ¡Muerta de amor a su Dios, en el día y la hora de su primera comunión! ¡Oh muerte dichosa, oh felicísima Niña!"

El 16 de Noviembre de 1826, S. S. el Papa León XII autorizó a la Orden Dominicana a celebrar la fiesta

de la bienaventurada Imelda, teniendo en cuenta las heroicas virtudes y los insignes prodigios que, en todo tiempo, se han realizado en el sepulcro de esta víctima ilustre del más puro y encendido amor a la Sagrada Eucaristía.

REVISTA EUCARISTICA.

Dos Congresos eucarísticos nacionales deben celebrarse este año, el uno italiano en Orvieto, el otro español en Lugo. Nunca el movimiento católico se ha mostrado, durante este siglo, tan general y ferviente como en nuestros días.

VELADAS DEL CENACULO, Nº 4. Cuenca: Imp. del "Reinado Eucarístico", por F. Vintimilla, Julio de 1896.

PUNTO DE MEDITACION PARA LA VELADA.

LA SAGRADA EUCARISTIA ES EL VERDADERO PAN DE VIDA PARA LOS PUEBLOS.

Texto evangélico.— Nuestro Señor Jesucristo al anunciar el gran misterio de la Eucaristía lo hizo con estas palabras: "Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne, la cual daré yo para la vida y salvación del mundo". *Ego sum panis vivus, qui de coelo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum: et panis, quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. (S. Joan. VI. 51 y 52).* En lo cual se nos enseña que el Salvador es el verdadero Pan bajado del cielo, que este Pan se nos da en la sagrada Eucaristía, y que quien coma de este Pan vivirá eternamente.

Explicación del Texto.— I.— Nuestro Señor Jesucristo es el Verbo encarnado, la Sabiduría eterna del Padre puesta al alcance de todos los hombres en el misterio adorable de la Encarnación. Ahora bien: así como el cuerpo vive de alimentos materiales, nuestra alma vive de la verdad; he aquí porqué siendo Jesucristo Señor Nuestro la verdad sustancial y eterna, es por lo mismo el alimento sustancial y eterno de todas nuestras almas. Cuando el Salvador viendo que algunos discípulos se escandalizaban del anuncio que acababa de hacerles de la Eucaristía, preguntó a los Apóstoles: "¿Y vosotros queréis también retiraros?" Respondióle San Pedro: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna: y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios". Este es el Pan divino del cual viven los ángeles en el cielo y que desde el cielo ha bajado a la tierra para hacerse nuestro sustento y comida. ¿Quién podrá nunca alabar debidamente esta dignación infinita de nuestro amantísimo Dios?

II.— El misterio en que de modo especial se da Jesucristo Señor Nuestro por alimento de nuestras almas es la Sagrada Eucaristía; este Sacramento divino fue instituído expresamente para mantenernos, robustecernos y hacernos crecer en la vida espiritual. El Bautismo nos hace hijos de Dios, la Confirmación nos enrola en la milicia de Cristo, la Penitencia lava las manchas que contraemos por los pecados personales; pero sólo la Eucaristía nos alimenta y fortalece en las penosas luchas de la vida. Sin este Pan divino desfalleceríamos pronto en la ardua senda que conduce al cielo. Al recordar estas finezas de amor del Verbo encarnado, deberían rebosar nuestros corazones en sentimientos de tierna y profunda gratitud; pues dice San Juan Crisóstomo: mientras las madres se desdeñan muchas veces de criar por sí mismas a sus hijos, y los entregan a nodrizas, Dios Nuestro Señor nos alimenta con su propia carne y sangre. ¡Con cuánto celo y amor no habíamos de acercarnos a la Mesa eucarística, si meditáramos despacio estas grandes y consoladoras verdades!

III.— Pero advirtamos que el Salvador no se ha contentado con decirnos: "Quien comiere de este Pan vivirá eternamente", sino que ha añadido a la promesa esta amenaza terrible: "En verdad, en verdad os digo que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros". Comentando estas palabras San Cipriano dice: "Cuando el Salvador enseña que el que come de su pan vivirá eternamente, es claro que aquellos sólo viven cuando se acercan a su Cuerpo sacratísimo y reciben debidamente la comunión de la Eucaristía, así como por el contrario hay mucho que temer, y se debe orar para evitar semejante desgracia, que aquel que huye de participar del cuerpo sagrado de Cristo, por el mismo hecho se aleja de la salvación" *(De orat. dom.)* ¡Oh Jesús dulcísimo: que bien mostráis cuánto nos amáis, cuando para obligarnos a corresponderos nos amenazáis con vuestro enojo! Pero, Señor: ¿qué ventaja os puede resultar de nuestro amor mezquino y miserable? ¡Ah, no es ciertamente vuestra ventaja, sino nuestra salvación lo que anhelabais al

quedaros entre nosotros sacramentado, y al daros en alimento a nuestras almas!

Resoluciones.— Para corresponder de algún modo a la caridad infinita que Jesucristo nos ha manifestado en la institución del Santísimo Sacramento, acerquémonos con la mayor frecuencia que nos sea posible a la Mesa eucarística, y esforcémonos por comulgar siempre con la debida preparación y el fervor que podamos, con el auxilio de la divina gracia.

LA HOSTIA Y EL SACERDOTE.

Una de las pruebas más convincentes e incontestables de la presencia real de Jesucristo Señor Nuestro en la Sagrada Eucaristía es el odio que en todo tiempo han manifestado los herejes, y hoy muy especialmente las sectas masónicas, contra el Santísimo Sacramento. Hielan de espanto y temor las revelaciones hechas últimamente acerca de los misterios nefandos y sacrílegos de la Masonería paládica. Los desgraciados que la forman, instigados por el diablo, persiguen con furia infernal a la Hostia sacratísima, no porque ignoren la santidad de ella sino precisamente porque saben que Jesucristo está presente bajo las especies eucarísticas. Por esto lo que buscan los sectarios son Hostias consagradas, las hostias depositadas en los tabernáculos y altares católicos; para arrastrarlas a los antros tenebrosos de la secta, y allí despedazarlas con sacrílego puñal, o clavarlas con alfileres en las paredes de las logias, o arrojarlas en el cieno y la inmundicia.

Pero no para aquí el furor de estos impíos, va mucho más adelante todavía. *Dositea de Berlín*, grande dignataria en el Paladismo, alimenta a sus perros con las Formas consagradas, robadas sacrílegamente de las iglesias católicas. Háse inventado una especie de joyas, joyas infernales y masónicas que consisten en diminutas cajitas de cualquier metal, en las cuales depositan una partícula de Hostia consagrada, contenida y atravesada

por espinas o alfileres; con estas cajitas cubiertas por un cristal forman prendedores de corbata, broches de camisa para los hombres; zarcillos y otros adornos para las mujeres. Los masones se engalanan a porfía con estas joyas; y estas execrables invenciones de la impiedad actual tienen el nombre de *joyas a la Holbes*.

¡Ah! si hay fe en nuestros corazones, al escuchar el relato de abominaciones tan monstruosas como nunca las había visto semejantes el mundo, debemos arder en vivísimos deseos de reparar con la comunión frecuente, las visitas al Santísimo Sacramento, la adoración perpetua y otras prácticas de devoción bien conocidas, tantos ultrajes y profanaciones irrogados hoy contra la adorable Eucaristía.

De este furor implacable contra la Hostia santa nace también el odio satánico que profesan los francmasones al Sacerdocio católico. Saben ellos muy bien que sin sacerdotes no hay Eucaristía, pues para que la Hostia desaparezca, si posible fuera, de la faz del mundo, o al menos de una nación, se empeñan tanto en infamar y perseguir a los Ministros sagrados. La masonería tiene también su jerarquía y sus ministros; se empeñan, por esto, en que desaparezcan los sacerdotes de Dios, para que no queden sino los sacerdotes del diablo; hacen burla de las ceremonias sagradas, para poner en honor las ceremonias satánicas; extinguen los monasterios de vírgenes para hacer casas de prostitución; persiguen la virtud para que triunfe el vicio.

¡Qué gloria para el sacerdote católico tener su suerte unida, en cierto modo, a la del divino Maestro!

Despréndese de las consideraciones anteriores que el carácter distintivo de los verdaderos católicos, en nuestros días, ha de ser un amor entrañable al Santísimo Sacramento, y una veneración profunda a los sagrados ministros de la Religión, sobre todo al Romano Pontífice y los Obispos. En sus oraciones, en sus penitencias,

en todas sus buenas obras unan siempre estas intenciones, como preferentes: la mayor gloria de la Hostia Sacratísima y la santificación del Clero.

A MARIA SANTISIMA EN SU ASUNCION GLORIOSA.

De todos los misterios que la Iglesia propone a nuestras meditaciones, relativamente a la Santa Virgen, los de su Muerte y Asunción gloriosa están enlazados de modo muy estrecho con el célebre santuario del Cenáculo. La tradición cristiana, atestiguada por los más ilustres Padres y Doctores de los primeros siglos, nos enseña que la Inmaculada Virgen, después de la Ascensión del Señor a los cielos, habitó en Jerusalén, en el Monte Sión, en una modesta casa contigua al Cenáculo; esto fue hasta el día de su dichosa muerte acontecida en este mismo venerado sitio, reconocido en la sagrada Biblia con el nombre de Ciudad de David. Publicándose esta Revista religiosa con el fin de promover la construcción de un templo que lleva el título de *Santo Cenáculo,* y estando próxima la fiesta de la Asunción, que se celebra el 15 de este mes, dedicamos a la Reina de los cielos, considerada en el grande y sublime misterio de su Tránsito precioso, la partes restante del presente número.

PEREGRINACION ESPIRITUAL A LOS SANTUARIOS DE LA MUERTE Y ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN, EN JERUSALEN.

No a todas las personas piadosas les es dado visitar corporalmente los *Santos Lugares,* consagrados por la presencia de Nuestro Señor y su Inmaculada Madre durante los días de su existencia mortal sobre la tierra; pero a todos les es posible, si quieren, visitar espiritualmente aquellos Lugares venerandos. La Iglesia aprueba esta práctica, según se ve por las numerosas indulgencias concedidas a las Estaciones del Vía-Crucis; y grandes santos se han dedicado a ella, como se lee en sus

vidas. De santa Liduvina se refiere que constantemente hacía estas peregrinaciones espirituales acompañada de su buen Angel custodio, y sacaba de esto inexplicables consuelos y muchos acrecentamientos de gracia para su alma. Igual devoción tenía la célebre Ana Catalina Emmerick, como nos lo manifiestan sus revelaciones bien conocidas de todos.

Uno de los modos más dulces y provechosos de prepararnos a las grandes festividades del Señor y la Virgen es hacer una de estas peregrinaciones espirituales, imaginándonos hallarnos en Jerusalén, o cualquier otro lugar de la Palestina donde se verificó el misterio que contemplamos, y ejercitándonos en aquellos actos de piedad que haríamos si real y corporalmente nos halláramos en aquel paraje bendito.

Conforme a este sistema tan sencillo como hermoso trasladémonos en espíritu a Jerusalén, durante la hora de la próxima Adoración Nocturna al Santísimo Sacramento, y en compañía de los Angeles visitemos los Lugares santificados por la Muerte y Asunción gloriosas de María, dividiendo estos santuarios en la forma consabida de estaciones.

Después de cada estación podrá el peregrino, según le aconseje su piedad, rezas las Letanías lauretanas, una o más decenas del Rosario, o cualquier otra práctica de devoción en honra de la Santísima Virgen.

ESTACION 1ª

El Santo Cenáculo

Saliendo de Jerusalén hacia la parte meridional, y atravesando sus murallas por la puerta de Sión, tócase en el monte o collado del mismo nombre. En la cima del Monte Sión están los vastos edificios del Santo Cenáculo coronados por una cúpula y un minarete. Subamos a la parte alta del edificio al lugar llamado propiamente el

Santo Cenáculo, a la gran sala donde fue instituído el Santísimo Sacramento. Penetramos humildes y reverentes en este recinto sagrado: esta fue la primera iglesia del cristianismo; aquí se congregaban los apóstoles y los primeros fieles después de la venida del Espíritu Santo; acá venía constantemente la Santísima Virgen, durante los últimos años de su preciosa vida para asistir a la celebración de los santos Misterios, y recibir la Sagrada Eucaristía. ¡Quién podrá referir los encendidos afectos de su Corazón inmaculado cuando se hallaba presente a la celebración de la Misa, cuando adoraba a su Hijo divino bajo las especies sacramentales, y sobre todo, cuando le recibía en su pecho?

Pidamos, en esta estación, a la Reina del Cenáculo que nos alcance la gracia de profesar una devoción ardentísima al Santísimo Sacramento, adorarle en nuestros tabernáculos con gran recogimiento y piedad, recibir siempre fervorosos la sagrada Comunión, y lograr de ella los debidos frutos, especialmente nuestra verdadera santificación y salvación eterna.

ESTACION II:

El anuncio del Angel.

La Santísima Virgen durante su permanencia en Jerusalén acostumbraba, según se asegura, recorrer constantemente los sitios santificados por los grandes misterios de la vida mortal y Ascensión gloriosa de su divino Hijo! ¡Cuántas veces subiría a la cima del Olivete, para recordar más a lo vivo este último misterio! Fue en este santo Monte donde, según refiere la tradición, se apareció a María el Arcángel San Gabriel y le anunció su cercana y dichosísima muerte, diciéndole "que resucitaría al tercer día y entregándole al mismo tiempo una palma en señal de su entrada triunfal en el Paraíso. Los cristianos para perpetuar la memoria de esta tradición, que nos transmitieron Juvenal Obispo de Jesrusalén, Metafraste y Nicéforo, construyeron aquí (en las faldas del

Olivete) una capilla a la Madre de Dios; pero hoy no se hallan ni los cimientos que acabaron de desaparecer en 1882". Ofrezcamos aquí al Señor el sacrificio de nuestra vida como y cuando sea de su divino agrado disponer de ella; y pidamos a la Stma. Virgen, por el anuncio que recibió del Arcángel, nos libre de una muerte repentina, y nos alcance la gracia de salir de este mundo después de recibidos los últimos sacramentos y con todos los auxilios de la Iglesia.

ESTACION III:

La Santa Sión.

Saliendo de los edificios del Cenáculo, a muy poca distancia, se encuentra el sitio donde, según la tradición, estuvo la casa de San Juan Evangelista, en la que habitó la Santísima Virgen después de la Ascensión del Señor, hasta el día de su glorioso Tránsito. Esta casa, según dice el historiador Nicéforo Calixto, la compró el Apóstol vendiendo cuanto poseía anteriormente en Galilea. En esta humilde y pobrísima casa próxima al Cenáculo recibió la Stma. Virgen las visitas de los santos Angeles, cuando se acercaba su muerte; aquí, según San Juan Damasceno, se congregaron los Apóstoles en torno de su Reina, para recibir sus últimos consejos y bendiciones. ¡Cuántos y cuán grandes sucesos se verificaron en este precioso lugar! Sobre él construyeron los cristianos de los primeros siglos la primera de las basílicas católicas llamada de la *Santa Sión*, de ella, como refiere un viajero de nuestros días, "no queda más que un pedazo de tierra inculta rodeada de escombros, la que se dice ser la casa del Apóstol amado de Jesús". Besemos en espíritu este pedazo de suelo consagrado por la presencia de María Stma., pidiendo a esta dulce Madre nos alcance la gracia de que toda nuestra vida sea una continua preparación para la muerte.

ESTACION IV[a]

El lugar donde murió la Santísima Virgen.

Desde la Santa Sión tornemos al Cenáculo. Junto a la sala donde fue instituído el Santísimo Sacramento se muestra al peregrino otra más modesta y reducida, sitio en el cual, según la tradición, ocurrió el Tránsito glorioso de María. Desde aquí su alma inmaculada voló a los cielos. Este sagrado recinto se vio entonces lleno de los Apóstoles y fieles de la primitiva Iglesia, y de legiones innumerables de espíritus angélicos. Consideremos aquí detenidamente estos grandes y sublimes misterios; y pidamos por ellos a la Stma. Virgen nos alcance la gracia de una dichosa y santa muerte.

ESTACION V[a]

De Sión a Getsemaní.

Los Apóstoles y los fieles condujeron el cuerpo virginal y purísimo de María al valle de Josafat, para darle allí honrosa sepultura. Refiere San Juan Damasceno que mientras este solemne acompañamiento descendía las pendientes del Sión, salió a su encuentro un judío perverso con ánimo de estorbar la santa ceremonia; al efecto extendió su mano atrevida contra el lecho mortuorio en que descansaba el cuerpo inanimado de la Virgen; pero al instante se le secó la mano al sacrílego. "Un trozo de columna en la bajada del Sión muestra el lugar donde esto sucedió. Gánase en este sitio indulgencia de siete años y siete cuarentenas". Veneremos en espíritu este lugar, y ofrezcamos a la Santa Virgen nuestros más humildes y fervorosos desagravios por los ultrajes que todos los días le irroga la impiedad. Pidámosle en cambio nos alcance del cielo nuestra verdadera conversión y la de todos los pecadores.

ESTACION VI[a]

El Sepulcro de la Santísima Virgen.

Empléase una media hora en ir desde el Cenáculo a Getsemaní. Descendiendo del Monte Sión a lo más profundo del Valle de Josafat, pasando el torrente de Cedrón y aproximándose a las faldas del Olivete, a un lado del huerto de Getsemaní y excavada en la roca se encuentra una hermosa Iglesia, de construcción antiquísima, que contiene el sepulcro en que fue encerrado por tres días el cuerpo santísimo de María. Este sepulcro, a semejanza del de N. Señor Jesucristo, ha sido labrado en la roca. "El sepulcro de la Virgen María se halla en el interior de una iglesia subterránea, a la que se desciende por bellísimas escalas de mármol. Inmediatos a la puerta se ven otros dos sepulcros que se cree ser los de San Joaquín y Santa Ana, abiertos en la roca como aquel". Llenos de la más profunda veneración penetremos en espíritu en este recinto sagrado, descendamos por la escala de mármol y acerquémonos al sepulcro bendito de María. Apoyemos nuestra frente sobre aquella roca privilegiada que encerró por tres días el Arca del Nuevo Testamento, el Cuerpo virginal y santísimo de la Reina de los cielos. A la luz de las lámparas que mantienen alguna claridad en ese subterráneo, imaginémonos ver a los Apóstoles que cercan esa tumba preciosísima; oigamos las incesantes melodías angélicas... ¿Qué diremos, qué pediremos a María, junto a su glorioso sepulcro...? Pidámosle que nos alcance gracias eficaces para morir al mundo y todas sus pompas, y lo que es más a nosotros mismos; para ascender continuamente por la senda de la perfección cristiana, lograr una santa muerte, y después de esta vida subir rectamente al cielo sin tocar las llamas terribles del purgatorio.

ESTACION VII[1]

La Piedra del Cinto.

Dejado el templo del sepulcro de la Stma. Virgen y el huerto de Gethsemaní, al continuar subiendo por las faldas del Monte Olivete, a unos treinta pasos más adelante se encuentra "la *Piedra* llamada *del Cinto de María Santísima,* por indicar el sitio donde, según la tradición transmitida por S. Epifanio, el Apóstol Santo Tomás, que no había asistido con los demás al Tránsito de la Virgen, tuvo el gran consuelo de verla subir al cielo, y recibir de sus manos el cinto que usaba ella misma durante su vida mortal. Dicho cinto se conserva en Prato (ciudad) de Toscana". Postrémonos en este sitio del Olivete, de aquel sagrado monte testigo de la Ascensión del Señor y también de la Asunción de su Madre Santísima a los cielos. Desde aquí contemplemos a nuestra amada Reina encumbrándose sobre los Principados y Potestades, colocándose a la diestra de su divino Hijo, y coronada por la Trinidad beatísima por Emperatriz soberana de todo el universo. Demos fervorosas acciones de gracias a Dios por este Magnífico triunfo de la humildísima Virgen, y pidamos a esta poderosa y amante Madre nuestra nos dé como a Santo Tomás, el cinto de la mortificación y la castidad para pasar santamente la vida y después acompañarle en la gloria. Amén (1).

(1) Los datos precedentes están tomados textualmente de las obras: **Guía del Peregrino en Tierra Santa; Viaje bíblico** De Dalfi, etc.

VOTO EN HONRA DE LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

En la guirnalda hermosa de singulares y altísimos privilegios que ciñe a la Reina de los ángeles, guirnalda en la que a modo de preciosos diamantes brillan los dogmas de la Maternidad Divina y Concepción Inmaculada, esperan los fieles que lucirá muy pronto la definición pontificia de otro artículo de fe relativo a la Santa Virgen, el de su Resurrección gloriosa al tercero día de su muerte y su Asunción en cuerpo y alma a los cielos. Varios Padres del Concilio Vaticano pensaban ya en tratar de este asunto, entre otros el piadoso y docto Obispo de La Habana, que con tal motivo escribió y publicó una sabia disertación acerca de esta hermosa verdad. Desgraciadamente el Concilio se interrumpió, y el importantísimo proyecto quedó indefinidamente rezagado. Toca a los fieles devotos de María Santísima apresurar con fervorosas oraciones el momento dichoso de tan anhelada definición.

Sabido es que para obtener del cielo la proclamación solemne del dogma de la Concepción Inmaculada, grandes Santos, ilustres Doctores y personajes católicos de toda condición hacían frecuentemente *voto* de defender esta verdad, hasta con la efusión de la propia sangre si fuere necesario, y se obligaban voluntariamente a practicar rigurosas austeridades para impetrar del cielo la definición deseada. A la hora de la muerte ninguna cosa les regocijaba más que haber cumplido exactamente este sagrado compromiso. ¿Por qué las personas piadosas de nuestro tiempo no harían un voto semejante para alcanzar del cielo la pronta definición dogmática de la Asunción gloriosa de María en cuerpo y alma a los cielos?... Y si espanta la idea de voto, ¿por qué no formular al menos una promesa? Los grandes prelados, los teólogos y controvertistas podrían poner su influjo y ciencia al servicio de tan noble causa; pero hasta el menestral podría ofrecer a la Santísima Virgen rezar semanalmente el Rosario, o cualquier otra práctica piadosa en honra de María Stma. para alcanzar del cielo que sea definido artículo de fe su dichosa y santa Asunción.

LA FIESTA DE LA PRECIOSA MUERTE DE LA SANTISIMA VIRGEN.

La Iglesia celebra la fiesta de la Asunción de María Santísima el 15 de Agosto; y como según enseñan los más ilustres y antiguos Padres, la Virgen Inmaculada resucitó y subió al cielo al tercer día después de su preciosa Muerte, es claro que ésta aconteció el 13 de Agosto. En efecto, así lo asegura la tradición de las Iglesias orientales, que celebran este Tránsito dichoso bajo el título de *Sueño de la Bienaventurada Virgen: De Dormitione Beatae Mariae Virginis*. En un calendario de las fiestas de María Santísima publicado en Francia en el siglo XVII se lee lo siguiente: "Agosto 13. *Muerte de Nuestra Señora,* en presencia de los Apóstoles, excepto Santo Tomás; pues la Santa Virgen, según la opinión común, murió a semejanza de su divino Hijo, tres días antes de su resurrección y Asunción". Véase a Orsini, en su obra: *Historia de la Madre de Dios*.

Las personas piadosas acostumbran prepararse a la gran fiesta de la Asunción conmemorando devotamente la muerte de la Santísima Virgen el 13 de Agosto, y permaneciendo espiritualmente en éste, el y siguiente día, en unión de los Apóstoles, junto al sepulcro glorioso de la Reina de los ángeles.

VELADAS DEL CENACULO, Nº 5. Cuenca: Imp. del "Reinado Eucarístico", por F. Vintimilla, Agosto de 1896.

PUNTO DE MEDITACION PARA LA VELADA.

LA INSTITUCION DEL SANTISIMO SACRAMENTO (1)

Entre los portentos realizados en su vida mortal por Nuestro Señor Jesucristo la institución de la Sagrada Eucaristía merece un recuerdo más especial y constante, tanto por haberlo recomendado así nuestro mismo Divino Salvador, como por ser el misterio que se halla en más íntimo contacto con nosotros. La santa Misa es la conmemoración solemne de este acto de infinita caridad del Verbo Encarnado pero la Iglesia no se contenta con que asistamos a aquel augusto sacrificio, quiere que meditemos asidua y fervorosamente el tiempo, el modo y demás circunstancias con que nos fue regalado el Santísimo Sacramento. ¡Cuán de desear no sería que las personas piadosas dedicaran una hora, cada jueves por la tarde, para acompañar a Nuestro Señor Jesucristo en la Institución de la Sagrada Eucaristía!... Para incitarnos a ello la Iglesia nos ofrece el rico tesoro de sus Indulgencias. Leemos en la *Colección de Oraciones y Obras piadosas* aprobada por la Sagrada Congregación de Indulgencias lo siguiente (2): "A fin de que los fieles cristianos se muevan más y más siempre a dar gracias a Nuestro Señor Jesucristo por haber instituído el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, en los días en que la Santa Iglesia hace memoria de esta institución, Pío VII, con dos rescriptos expedidos por conducto de la Secretaría de Memoriales, el uno en 4 de febrero de 1815, y el otro el 6 de abril de 1816, que existen en la Secretaría de Indulgencias, concede indulgencia plenaria a los que el Jueves Santo practicaren pública o privada-

---

(1) No habiendo sido posible por las perturbaciones políticas del país publicar oportunamente las entregas de esta Revista correspondientes a los meses anteriores, damos ahora unidas las de Septiembre, Octubre y Noviembre; por cuyo motivo el Punto de Meditación es mucho más extenso de lo acostumbrado. Aprovechamos de esta oportunidad para dar a luz la **Hora Eucarística**.

(2) Edición española de Barcelona. Librería religiosa. Imprenta de Riera

mente, *por espacio de una hora*, algún devoto ejercicio en memoria de la institución del Santísimo Sacramento, con tal que se confiesen y comulguen aquel día u otro de la semana siguiente; concede asimismo, con las expresadas condiciones, indulgencia plenaria en la festividad del *Corpus Christi*, y otra indulgencia de 300 días en los demás jueves del año, a los que practiquen con corazón contrito dicho piadoso ejercicio".

De conformidad con los designios de la Santa Sede y para llenar las aspiraciones de los Socios de la *Adoración Nocturna*, ofrecemos al público la siguiente práctica piadosa en una forma que hasta ahora no nos ha sido dado encontrar en ningún devocionario, y que nos parece la más adecuada para conmemorar el admirable misterio que nos ocupa.— Llamamos a este ejercicio *Hora Eucarística*, para diferenciarlo de la Hora Santa que está dedicada a la meditación de las agonías del Salvador en Getsemaní. Ojalá los amantes de la Sagrada Eucaristía dedicasen un momento, todas las tardes de los jueves, a la consideración de esta Institución admirable y divina.

LA HORA EUCARISTICA.

Preludio.— El Santísimo Sacramento fue instituído el jueves por la tarde, víspera del día de la Pasión del Salvador: *ante diem festum Paschae*, víspera del día solemne de la Pascua de los Judíos, como dice San Juan. Las fiestas en aquel pueblo constaban de primeras y segundas vísperas, costumbre que ha seguido la Iglesia Católica; las primeras vísperas principiaban al ponerse el sol del día anterior, y las segundas vísperas acababan a la puesta del sol del día siguiente; por esto desde la puesta del sol hasta las doce de la noche del Jueves Santo se realizaron en la Pasión del Salvador las grandiosas y sublimes escenas de la manducación del cordero pascual, o Cena legal, el Lavatorio de los pies, la Institución del Santísimo Sacramento y la Oración en Getsemaní.

Imaginémonos, pues, hallarnos en Jerusalén la tarde de aquel día sacrosanto. Nos encontramos en la cumbre del Monte Sión, en la casa venerada del Cenáculo; a nuestros pies se extiende la ciudad deicida; hacia un lado tenemos el Valle de Josafat: limítale el huerto de Getsemaní que descansa a las faldas del Olivete. Los últimos rayos del sol poniente penetran por las tres ventanas del Cenáculo, y bañan con la luz tibia y macilenta de la tarde las blancas paredes de aquel augusto recinto adornado con sencilla y majestuosa pompa. Frente por frente de las ventanas del salón, bajo una especie de dosel o nicho practicado en la pared está el asiento de honor, o triclinium del padre de familia, a su lado los demás asientos, y por delante la mesa. Allí está el Salvador cercado de todos sus Apóstoles: es la hora más solemne de su vida mortal; van ya a rasgarse las sombras, realizarse las figuras y cumplirse las profecías: van a cesar los sacrificios de la Ley antigua y ofrecerse el Sacrificio de la Ley nueva. ¡Oh, qué divina expresión de majestad, amor y tristeza a un mismo tiempo resplandece en el rostro dulcísimo del Señor! Es el Maestro que se despide de sus discípulos amados, el Padre que antes de morir va a dar la postrera bendición a sus hijos, hacer el testamento y dejarles por herencia la dádiva más rica de cuantas hasta el presente les ha regalado; va en fin a hacer en favor de los hombres la demostración más espléndida, el último esfuerzo de su infinita caridad. Asistamos, uniéndonos en espíritu con los ángeles y los santos y la Reina de todos ellos, María Santísima, con grande recogimiento y encendida caridad, a los sacrosantos misterios que el Hijo de Dios va a realizar en nuestra presencia.

Jesús amantísimo, pues nos concedéis la gracia singular de asistir en espíritu a los portentos inenarrables del Cenáculo, dadnos vuestro auxilio para corresponder de algún modo a las finezas extremadas de vuestro corazón. Los ángeles están atónitos ante la realización de tan estupendos misterios y la efusión de vuestra caridad incomprensible en favor de los hombres miserables; y nosotros, los favorecidos, habíamos de permanecer in-

sensibles a vista de semejantes prodigios! Jesús dulcísimo ¡dadnos amor y más amor: dadnos la comprensión de los bienaventurados y las llamas ardorosas de los serafines para meditar el Misterio inefable de vuestro amor a los hombres!

PUNTO 1º: LA CENA LEGAL.

"Las ceremonias del banquete pascual estaban fijadas por la ley con aquella solemnidad sencilla y grandiosa que se advierte en todas las cosas del Antiguo Testamento. La pascua era una comida de acción de gracias por la libertad del pueblo de Dios, la cual a su vez era símbolo de otra libertad más sublime que había de ser realizada por el Mesías. Servíase desde luego un plato de hierbas amargas en recuerdo de aquel pan de la servidumbre que los antepasados (del pueblo de Israel) habían comido en Egipto. En seguida, para recuerdo de las lágrimas derramadas durante la esclavitud, acercaban (los comensales) a sus labios algunas gotas de agua salada mezclada con vinagre. Venía después una especie de pasta de higos, manzanas y almendras, cocida toda en vino, en recuerdo de los hermosos frutos y magníficos racimos, de las higueras y los almendros floridos que el pueblo al salir del desierto encontró en la tierra prometida. Todos estos manjares eran servidos entre cánticos, narraciones y acciones de gracias por el gran beneficio concedido al pueblo judío al darle patria y constituirle en nación. De tiempo en tiempo circulaba entre los convidados una copa de vino mezclado con agua; todos debían acercar aquélla a sus labios en señal de que estaban unidos sus corazones; y cada vez que esto se hacía se cantaba un salmo. El padre de familia invitaba a tomar la primera copa con expresiones que testificaban la más viva alegría por la dicha que tenían en poder celebrar la pascua; la última copa, que se escanciaba con más solemnidad aún se llamaba la copa de la bendición, porque se cantaba un himno mientras era pasada de mano en mano" (1).

(1) Monseñor Bougaud.— **Le Christianisme et les temps presents.**

Entre todas estas ceremonias la principal era la manducación del cordero, manducación que completaba el sacrificio de la víctima pascual que era la figura más clara y expresiva así de la inmolación sangrienta del Calvario como del sacrificio incruento de la Eucaristía. Quiso Cristo Señor nuestro en la institución de este Sacramento divino que la figura precediese inmediatamente a la realidad para que comprendiésemos en algo la grandeza del don que nos iba a regalar, junto con los demás frutos admirables de la Redención. Pero ese corderillo de un año, sin mancha alguna, fijo en una especie de cruz, y tostado al calor de devoradoras brasas, representaba a lo vivo los tormentos y dolores atroces de la Pasión. ¡Qué bondad tan tierna, qué generosidad tan ilimitada la del Corazón divino de Jesús que para darnos en alimento su cuerpo y sangre preciosísimos no repara en sacrificios, ni hace cuenta del penosísimo costo de tal dádiva!

En ese Cordero inmolado se contemplaba Cristo a sí propio pendiente de la cruz en el Calvario. De manera que mientras el Salvador se preparaba a hacernos la manifestación más admirable de su amor, a esa misma hora se preparaban también los hombres a hacer en contra de El el último esfuerzo de horrorosa crueldad y pérfida ingratitud. El Cordero Divino iba a ser torturado y muerto, para que los pobres pecadores alcanzasen la vida eterna y fuesen perpetuamente felices. Cristo había de ser no solamente preso y ligado, sino ignominiosamente enclavado en un madero, para que los criminales hijos de Adán saliesen de la servidumbre del demonio. ¡Cuántos misterios de infinita caridad nos recuerda la Sagrada Eucaristía! Sr. Jesús amantísimo: fue necesario que murieseis entre indecibles dolores, y os vieseis devorado por las brasas del sacrificio para que tuviéramos vuestra carne y sangre en alimento de nuestras almas. ¡Vos sois, Señor, el verdadero Cordero de nuestra pascua, Vos el precio de nuestro rescate y libertad!

Pero este contraste conmovedor entre la ternura infinita de nuestro Dios y la maldad incomprensible de los

hombres, esta escena significativa y hermosa de la preparación de la pascua y la celebración de la Cena legal es necesario leerlos en las mismas páginas inspiradas del Santo Evangelio: escuchémoslas.— "Acercábase ya la fiesta de los Azimos, que es la que se llama Pascua: y los príncipes de los sacerdotes, y los Escribas, andaban trazando el modo de dar muerte a Jesús: mas temían al pueblo. Entre tanto Satanás se apoderó de Judas, por sobrenombre Iscariote, uno de los doce Apóstoles: el cual se fue a tratar con los príncipes de los sacerdotes, y con los prefectos de las guardias del templo, de la manera de ponerle en sus manos. Ellos se holgaron, y concertáronse con él en cierta suma de dinero. Obligóse Judas; y buscaba oportunidad para entregarle sin tumulto. Llegó entre tanto el día de los Azimos, en el cual era necesario sacrificar el cordero pascual. Jesús pues envió a Pedro, y a Juan, diciéndoles: Id a prepararnos lo necesario para celebrar la pascua. Dijeron ellos: ¿Dónde quieres que lo preparemos? Respondióles: Así que entraréis en la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidle hasta la casa en que entre: y diréis al padre de familia de ella: El Maestro te envía a decir: ¿Dónde está la pieza en que yo he de comer el cordero pascual con mis discípulos? Y él os enseñará en lo alto de la casa una sala grande bien aderezada, preparad allí lo necesario. Idos que fueron, lo hallaron todo como lo había dicho, y dispusieron la pascua. Llegada la hora de la cena, púsose a la mesa con los doce Apóstoles: y les dijo: Ardientemente he deseado comer este cordero pascual, o celebrar esta Pascua, con vosotros, antes de mi pasión. Porque yo os digo, que ya no la comeré otra vez, hasta que la Pascua tenga su cumplimiento en el reino de Dios. Y tomando el cáliz dio gracias a Dios, y dijo: Tomad, y distribuidle entre vosotros: porque os aseguro que ya no beberé del zumo de la vid, hasta que llegue el reino de Dios" (1).

(1) Traducción parafrástica del Ilmo. Torres Amat, de la cual igualmente tomaremos los demás pasajes que citemos en adelante.

ORACION.

¡Jesús dulcísimo, Hostia divina de propiciación por nuestros pecados: Vos sois el único y verdadero Cordero pascual, el Cordero de Dios que quitáis los pecados del mundo! A vuestra inmolación sangrienta en el Calvario debemos el beneficio insigne de la Redención; por vuestra muerte preciosísima el verdadero Israel, que es el pueblo cristiano, ha salido de la esclavitud de Faraón, esto es, de la servidumbre del pecado y del demonio, y habiendo atravesado las ondas regeneradoras del santo Bautismo, ha entrado en la libertad de los hijos de Dios, y se encamina a la conquista del Paraíso que es la anhelada tierra de promisión. ¡Hostia santa, Hostia divina, Hostia de amor, cuántas finezas de infinita caridad, cuántas gracias de valor inestimable nos recuerda vuestra amable y continua presencia en nuestros altares! Cordero de Dios que borráis los pecados del mundo, sumergidnos en vuestra Sangre redentora, para que muramos a la culpa, y vivamos únicamente para serviros y amaros en tiempo y eternidad. Amén.

PUNTO 2º: EL LAVATORIO DE LOS PIES.

Terminada la Cena legal y antes de instituir la Sagrada Eucaristía quiso el Señor preparar a sus discípulos a la participación del más augusto de los sacramentos extirpando de sus ánimos la pasión altiva de la soberbia, dándoles para ello un nuevo ejemplo de admirable humildad. La Fe es una virtud que no puede existir sino en corazones verdaderamente humildes y abnegados, y la Sagrada Eucaristía se llama el *Misterio de Fe* por excelencia. ¿Cómo un espíritu soberbio podrá jamás creer que Dios se rebaje tanto que se dé en alimento a los hombres miserables?

Pero mientras el Señor estaba lleno de estos asombrosos designios de humildad y amor, los Apóstoles no pensaban en otra cosa que en grandezas mentirosas y mundanas. Sabían que era ya llegado el tiempo en que

debía establecerse el reino del Mesías, y juzgaban que sería al modo del de Salomón un reino basado principalmente en la pompa, el fausto y las riquezas de este siglo; y así disputaban entre sí, sobre cuál de ellos obtendría un puesto más encumbrado, cuál sería el favorito del Mesías en aquel nuevo orden de cosas.

"Suscitóse entre los Apóstoles una contienda sobre quién de ellos sería reputado el mayor, al establecerse el reino del Mesías. Mas Jesús les dijo: Los Reyes de las naciones las tratan con imperio: y los que tienen autoridad sobre ellas, son llamados bienhechores. No habéis de ver así vosotros: antes bien el mayor de entre vosotros, pórtese como el menor; y el que tiene la precedencia como sirviente. Porque, ¿quién es mayor, el que está comiendo a la mesa, o el que sirve?, ¿no es claro que quien está a la mesa? No obstante, yo estoy en medio de vosotros como un sirviente. Vosotros sois los que constantemente habéis perseverado conmigo en mis tribulaciones: por eso yo os preparo el reino celestial como mi Padre me lo preparó a mí. Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino: y os sentéis sobre tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel" (1).

¡Oh dulce y amabilísimo Maestro que nos enseñáis no sólo con la doctrina sino también con el ejemplo la santa y hermosa humildad, infundid en nuestros corazones un amor constante a esta virtud y gracias eficaces para practicarla, a fin de que abatiendo la altanería y soberbia de nuestro espíritu penetremos siquiera en parte en las profundidades insondables de caridad y humillación de vuestro sacrificio eucarístico!

Después de haber dado el Salvador esta enseñanza sublime de sencillez y humildad, quiso añadir el ejemplo a la doctrina, lavando El mismo con sus manos divinas los pies a sus discípulos. Con lo cual quiso advertirnos también el grande y esmerado cuidado que debemos emplear en purificar nuestras conciencias antes de

(1) San Lucas. cap. XXII.

acercarnos a participar del banquete eucarístico. Porque si bien el Señor ha llevado sus abatimientos hasta descender desde el trono de su gloria a los abismos de nuestra bajeza, exige en cambio que le preparemos en nuestros pechos una morada lo más limpia posible, lo cual se obtiene por la contrición sincera de nuestras faltas, y una vigilancia continua en evitarlas, y sobre todo, por el uso piadoso y frecuente del sacramento divino de la Penitencia.

Animado, pues, el Salvador de estos designios de la bondad más tierna y compasiva para con nuestras miserias "Levántase de la mesa, y quítase sus vestidos *exteriores*; y habiendo tomado una toalla se la ciñe. Echa después agua en un lebrillo, y pónese a lavar los pies de los discípulos, y a limpiarlos con la toalla que se había ceñido. Viene a Simón Pedro, y Pedro le dice: ¡Señor! ¿Tú lavarme a mí los pies? Respondióle Jesús, y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, lo entenderás después. Dícele Pedro: Jamás por jamás no me lavarás Tú a mí los pies. Respondióle Jesús: Si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo. Dícele Simón Pedro: Señor, no solamente mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dice: El que acaba de lavarse, no necesita lavarse más que los pies, estando como está limpio todo lo demás. Y en cuanto a vosotros, limpios estáis, bien que no todos. Que como sabía quien era el que le había de hacer traición, por eso dijo: No todos estáis limpios. Después, en fin, que les hubo lavado los pies, y tomó otra vez su vestido, puesto de nuevo a la mesa, díjoles: ¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor: y decís bien; porque lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro, y el Señor, os he lavado los pies: debéis también vosotros lavaros los pies el uno al otro. Porque ejemplo os he dado, para que pensando lo que yo he hecho con vosotros así lo hagáis vosotros también. En verdad, en verdad os digo: que no es el siervo más que su amo: ni tampoco el enviado mayor que aquel que le envió. Y añadió: si comprendéis estas cosas, seréis bienaventurados, como las practiquéis". (San Juan, cap. XIII).

ORACION.

¡Cuán culpables somos y dignos por tanto de vuestros castigos, oh Salvador amantísimo de nuestras almas, por no haber sabido aprovecharnos hasta ahora de los ejemplos de humildad y dulzura que nos habéis dejado consignados en vuestro santo Evangelio, y que los hallamos repetidos diariamente en vuestra vida eucarística sobre nuestros altares! Sanad, Señor, la herida profunda que el pecado ha causado en nuestros corazones; desaparezca de ellos el veneno infernal del orgullo que nos mueve a buscarnos en todo a nosotros mismos. ¿Cómo podremos venerar debidamente el Misterio de la abnegación inefable, el don por excelencia de la caridad infinita, sin amar ni practicar la humildad evangélica? Comunicadnos, Señor, junto con una devoción encendida al Santísimo Sacramento, la gracia de imitar fielmente las admirables virtudes que en este misterio nos enseñáis. Hacednos mansos y humildes de corazón, para que podamos llamarnos con verdad discípulos vuestros, siervos y adoradores del Sacramento divino de la humildad, la dulzura y el amor.

PUNTO 3º: LA INSTITUCION DE LA EUCARISTIA.

LA TRAICION DE JUDAS.

Después de haber lavado los pies a sus discípulos, sentóse nuevamente el Salvador a la mesa, y procedió a instituir la Sagrada Eucaristía. ¿Quién podrá expresar jamás los inefables sentimientos de caridad divina que inundaron entonces al Corazón amantísimo de Jesús? ¡Cuán grandes, cuán vastas y elevadas hubieron de ser las ideas que en ese momento solemne se agolparon a su mente purísima ilustrada por la luz de la visión beatífica! San Juan nos hace entrever algo de los sublimes pensamientos que llenaban en esta ocasión el alma santísima de Jesús, cuando al narrar esta indescriptible escena dice en su evangelio estas concisas pero profundas y altísimas palabras: "Víspera del día solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsi-

to de este mundo al Padre: como hubiese amado a los suyos, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin. Y así acaba la cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas hijo de Simón Iscariote el designio de entregarle: Jesús, que sabía que el Padre le había puesto todas las cosas en sus manos, y que como era venido de Dios, a Dios volvía" (1), después de haber lavado los pies a sus Discípulos instituyó la Sagrada Eucaristía.

¡Oh Jesús dulcísimo! quién nos diera un corazón encendido como los serafines, para derretirnos en amor a Vos contemplando estos misterios de inefable dignación, estos extremos de vuestra caridad infinita en favor de los hombres!

Pero ¡ay! que el Salvador, entonces, en vez de mirar en torno suyo almas amantes, almas fieles y agradecidas, como deberían ser todas las que participan del divino Sacramento, vio a la turba de sacrílegos representados en Judas, y a aquella otra inmensa multitud de indiferentes y tibios representados en los discípulos que en esa misma noche habían de renegar de El o le habían de abandonar cobardes en manos de sus enemigos! Y entonces ese Corazón amante hasta el exceso, pero también tierno y delicadísimo, se exhaló en dulces quejas en protestas y reconvenciones capaces de derretir hasta las mismas rocas.

"No lo digo por todos vosotros: yo conozco a los que tengo escogidos: mas ha de cumplirse la Escritura: Uno que come el pan conmigo, levantará contra mí su calcañar. Os lo digo desde ahora, antes que suceda: para que cuando sucediere, me reconozcáis por lo que soy" (2). "Verdad es que el Hijo del hombre, según está decretado, va su camino: pero ¡ay del hombre que le ha de hacer traición! Inmediatamente comenzaron (los Apóstoles) a preguntarse unos a otros, quién de ellos podía ser el que tal hiciese" (3). "Habiendo dicho Jesús

(1) San Juan, cap. XIII.

(2) San Juan.

(3) San Lucas, cap. XXII.

estas cosas, se turbó en su corazón: y abiertamente declaró y dijo: En verdad, en verdad os digo: Que uno de vosotros me hará traición. Al oir esto los discípulos horrorizados, mirábanse unos a otros, dudando de quien hablaría. Estaba uno de ellos al cual Jesús amaba, recostado a la mesa sobre el seno de Jesús. A este discípulo pues, Simón Pedro le hizo una seña, diciéndole: ¿Quién es ese de quien habla? El entonces recostándose más sobre el pecho de Jesús le dijo: Señor, ¿quién es? Jesús le respondió: Es aquel a quien yo ahora daré pan mojado. Y habiendo mojado un pedazo de pan, se lo dio a Judas hijo de Simón Iscariote" (1).

Pero ya el libro de la Sabiduría había profetizado que el amor de Jesús sería más poderoso que la muerte, y todos los ríos de la ingratitud humana no podrían apagar el incendio devorador prendido en su corazón amantísimo. Olvidando, pues, en cierto modo la malicia de los pecadores, y no consultando más que las inclinaciones generosas de su caridad infinita, el Salvador se da finalmente a los hombres en el más augusto y santo de todos los misterios. El cielo, la tierra y los abismos hallábanse en ese momento supremo pendientes del Cenáculo; legiones innumerables de ángeles, principados y serafines cercaban aquel sagrado recinto: la creación entera estaba atenta a aquel nuevo fiat que iba a salir de los labios omnipotentes del Verbo Encarnado: ¿qué dice, qué hace entonces Jesús?...

"Mientras estaba cenando tomó Jesús el pan en sus santas y venerables manos, y levantando sus ojos al cielo, hacia Dios su Padre omnipotente, le tributó acciones de gracias, luego bendijo el pan, lo rompió y dio a sus discípulos diciendo: *Tomad y comed de esto todos, pues éste es mi Cuerpo*. De igual manera, después que hubo cenado, tomando también el cáliz en sus santas y venerables manos, dio otra vez gracias al Padre, bendijo el cáliz, y lo dio a sus discípulos dicendo: *Tomad y bebed*

(1) S. Juan, cap. XIII.

de él todos, pues éste es el Cáliz de mi Sangre, del nuevo y eterno testamento: misterio de fe: que será derramado por vosotros y por muchos en remisión de los pecados" (1).

Humillemos nuestra frente hasta el polvo y desde el profundo abismo de nuestra nada adoremos a la Hostia Divina que acaba de ser consagrada en manos del Salvador; y tributémosle nuestros más rendidos homenajes de acción de gracias, de alabanza y de absoluta y completa sumisión de todo nuestro ser. Es la Hostia pura, la Hostia Santa, la Hostia Inmaculada; es la Hostia dominadora del mundo en cuya presencia debe doblarse toda rodilla en el cielo, la tierra y hasta en los infiernos. ¡Adoraciones, gracias y alabanzas sean tributadas en todo momento al Santísimo y divinísimo Sacramento!

¡Quién podrá decir lo que en esta hora solemne pasó en el corazón de los Apóstoles fieles, especialmente de San Juan que se había reclinado como embriagado de amor en el pecho mismo de Jesús! Fue entonces después de haber comulgado, que San Pedro prorrumpió en aquellas ardorosas protestas de amor y fidelidad al divino Maestro que nos refiere el Evangelio.

"Antes de partir dijo Jesús a sus discípulos: Todos os escandalizaréis por ocasión de mí esta noche, según está escrito: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas. Pedro le dijo entonces: Aun cuando fueses para todos los demás un objeto de escándalo, no lo serás para mí. Jesús le replicó: En verdad te digo, que tú, hoy mismo en esta noche, antes de la segunda vez que cante el gallo, tres veces me has de negar. El no obstante se afirmaba más y más en lo dicho, añadiendo: Aunque me sea forzoso el morir contigo, yo no te negaré. Y lo mismo decían todos los demás" (2). Sin embargo aquella misma noche Pedro renegó hasta por tres veces de su

(1) Citas tomadas conjuntamente del Cap. XXVI de San Mateo, y del Canon de la Misa.

(2) San Marcos, Cap. XIV:

divino Maestro, y los demás Apóstoles le abandonaron, a excepción únicamente de San Juan que permaneció fiel hasta el Calvario. ¡Tan grande es la debilidad humana, que sin la oración y la fuga de las ocasiones, cae miserablemente a pesar de haberse alimentado con el Cuerpo Santísimo del Señor, y formado los más fervorosos y bellos propósitos de permanecer firme en la virtud!

Finalmente el Salvador se despidió de sus discípulos, anunciándoles que era ya llegada la hora de su pasión, y que la cena que acababa de celebrar era la última de su existencia mortal sobre la tierra. "En verdad os digo, que de hoy más no beberé del fruto de la vid, hasta el día en que la beba de nuevo en el reino de Dios. Y dicho el himno de acción de gracias salieron al Monte de los olivos" (1).

ORACION FINAL.

¡Oh Salvador dulcísimo!, esposo amante de nuestras almas, dueño exclusivo de nuestros corazones: ¿qué acciones de gracias podremos tributarte, que sean dignas de Ti por la dádiva riquísima que te has dignado hacernos quedándote real y verdaderamente presente con nosotros hasta la consumación de los siglos en el Santísimo Sacramento, y entregándonos en él tu propio Sacratísimo Cuerpo en comida y tu Sangre adorable en bebida? ¡Quién jamás se hubiera atrevido a imaginar siquiera don tan precioso, dignación tan infinita! Adórente, Señor, los serafines, y la creación entera te tribute incesantes alabanzas por la institución del más alto y amable de todos nuestros misterios y sacramentos. Con la frente en el polvo, llenos de indecible e inmensa gratitud, te alabamos, Señor, te bendecimos, y deseamos ensalzarte por los siglos de los siglos.

Pero ¡ay! que la miseria humana en vez de pagar tu dignación amorosa con reconocimiento y gratitud, lo hace muchas veces con irreverencias, profanaciones y sa-

(1) San Marcos, Cap. XIV.

crilegios; renuévanse continuamente la traición de los judíos contra tu adorable persona en el Divino Sacramento. ¿Qué lengua podrá expresar, Jesús mío, las penas de que es víctima tu Corazón amante por este olvido, ingratitud y perfidia de los hombres? ¡Quién nos diera poder reparar tantos crímenes con la expiación del amor que hace suyos los agravios del amado, y borra las ofensas de otros con la generosidad del propio sacrificio! Perdónanos, Señor, la frialdad e indiferencia de nuestros corazones: perdónanos el que no hayamos correspondido hasta hoy con prontitud y celo a las finezas de tu amor. En adelante la Sagrada Eucaristía será el blanco de nuestros afectos, el centro de toda nuestra vida, el término de nuestros deseos y aspiraciones. Concédenos, ¡oh Salvador amantísimo!, una devoción tierna, constante, indeleble al Santísimo Sacramento, que este Pan divino sea el alimento diario de nuestras almas, el consuelo de nuestras penas, la fortaleza de nuestra debilidad, el remedio de nuestras enfermedades, y el viático que nos acompañe en el formidable paso del tiempo a la eternidad. Alabanzas, adoraciones y acciones de gracias, gloria, honor y bendición al Santísimo Sacramento por los siglos de los siglos. Amén.

CINCO ACTOS DE ADORACION Y DESAGRAVIO A JESUS SACRAMENTADO.

I.— Os adoro profundamente, ¡oh Jesús mío sacramentado!, os reconozco por verdadero Dios y verdadero hombre, y con este acto de adoración me propongo suplir la frialdad de tantos y tantos cristianos que, al pasar por delante de vuestros templos, y tal vez hasta por delante del sagrado tabernáculo, en el cual os dignáis permanecer a todas horas con una amorosa impaciencia de comunicaros a vuestros fieles, ni siquiera os saludan, y con su indiferencia se muestran como los hebreos en el desierto hastiados de este maná celestial; y os ofrezco la preciosísima sangre que derramásteis de la llaga

de vuestro santo pie izquierdo, en desagravio de tan repugnante tibieza, y dentro de esta llaga repito una y mil veces:

Alabanzas y gracias sean dadas en todo momento al Santísimo y Divínisimo Sacramento.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

II.— Os adoro profundamente, ¡oh Jesús mío!, os reconozco presente en el Santísimo Sacramento, y con este acto de adoración me propongo suplir el desconocimiento de tantos cristianos, que viendo que váis a daros a los pobres enfermos para confortarlos en el grande viaje de la eternidad, os dejan sin acompañamiento, y apenas se dignan tributaros un acto de externa adoración; y en desagravio de tanta frialdad os ofrezco la preciosísima sangre que derramásteis de la llaga de vuestro pie derecho, dentro de la cual repito una y mil veces:

Alabanzas y gracias, etc.

Padre... Ave... Gloria...

III.— Os adoro profundamente ¡oh Jesús mío, verdadero Pan de vida eterna! y con esta adoración me propongo compensar las muchas heridas que sufre vuestro corazón cada día con la profanación de las iglesias, en que os dignáis estar bajo las especies sacramentales, para ser amado y adorado de vuestros fieles; y en reparación de tantas irreverencias os ofrezco la preciosísima sangre que derramásteis de la llaga de vuestra mano izquierda, dentro de la cual repito a cada instante:

Alabanzas y gracias, etc.

Padre... Ave... Gloria...

IV.— Os adoro profundamente ¡oh Jesús mío, Pan vivo bajado del cielo! y con este acto de adoración me propongo reparar tantas y tantas irreverencias como co-

meten cada día vuestros fieles durante la Santa Misa, en la cual por un exceso de amor renováis el mismo sacrificio, aunque incruento, que consumásteis ya en el Calvario por nuestra salud, y os ofrezco en reparación la preciosísima sangre que derramásteis de la llaga de vuestra mano derecha, dentro de la cual uno mi voz a la de los Angeles que os hacen devota corte, diciendo con ellos:

Alabanzas y gracias, etc.

Padre... Ave... Gloria...

V.— Os adoro profundamente ¡oh Jesús mío, verdadera víctima de expiación de nuestros pecados! y os ofrezco este acto de adoración en desagravio de los ultrajes sacrílegos que recibís de tantos ingratos cristianos que se atreven a acercarse a recibiros en la comunión con el alma manchada con pecado mortal. En reparación de tan abominables sacrilegios os ofrezco las últimas gotas de vuestra preciosísima sangre que derramásteis de la llaga del costado, dentro de la cual vengo a adoraros, bendeciros y amaros, y a repetir junto con todas las almas devotas del Santísimo Sacramento:

Alabanzas y gracias, etc.

Padre... Ave... Gloria...

(Están concedidos 300 días de indulgencias por cada vez que se recen estos cinco actos.— Pío VII, en rescripto de 26 de Agosto de 1814).

ORACION DE SAN CAYETANO EN HONRA DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Respice, Domine, de Sanctuario tuo, et de excelso caelorum habitáculo, et vide hanc sacrosanctam Hostiam, quam tibi offert magnus Pontifex noster sanctus Puer tuus Dominus Jesus pro peccatis fratrum suorum; et esto placabilis super multitudinem malitiae nostrae. Ecce vox sanguinis fratris nostri Jesu clamat ad te de Cruce. Exaudi, Domine; placare, Domine; attende, et fac, ne moreris propter temetipsum, Deus meus, quia nomen tuum invocatum est super civitatem istam, et super populum tuum; et fac nobiscum secundum misericordiam tuam. Amen.

Vuelve, Señor, los ojos desde tu Santuario y desde la excelsa morada de los cielos, y mira a esta Hostia sacrosanta que te la ofrece nuestro gran Pontífice, Hijo tuyo y Señor nuestro Jesucristo, por los pecados de sus hermanos: y aplácate sin tomar en cuenta la multitud de nuestras iniquidades He ahí que la voz de Jesús nuestro hermano clama a Ti desde la Cruz. ¡Oh Señor! escúchale y aplácate; atiéndela y sálvanos: por amor de ti mismo, oh Dios mío, no lo difieras, pues ha sido invocado tu Nombre sobre esta ciudad y este pueblo; procede, Señor, con nosotros, según tu misericordia. Amén.

San Cayetano compuso la oración anterior con motivo de una terrible revolución que llenó de sangre y luto a la ciudad de Nápoles; entonces el Santo hizo exponer en su iglesia al Santísimo Sacramento, y permaneció en su adorable presencia día y noche, hasta que al fin ofreció su vida misma y murió efectivamente por alcanzar la salvación de Nápoles.

A los que después de visitar al Santísimo Sacramento, expuesto o reservado en el tabernáculo rezaren la o-

ración precedente, están concedidas las indulgencias siguientes: haciéndolo el primer jueves del mes, indulgencia plenaria; los jueves restantes siete años y siete cuarentenas; cualquier día del año, cien días de indulgencia. (Pío VI por prescripto de 17 de Octubre de 1796).

VELADAS DEL CENACULO, Nov. 6, 7, 8. Cuenca: Imp. del Clero, por Luis Granda C,. Noviembre de 1896.

PUNTO DE MEDITACION PARA LA VELADA.

BELEN O LA CASA DEL PAN.

Texto evangélico.— El Angel que anunció a los pastores el misterio de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, lo hizo con estas palabras: "No tenéis que temer: pues vengo a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo: y es, que hoy os ha nacido en la ciudad de David (Bethlehem) el Salvador, que es el Cristo o Mesías, Señor Nuestro. *Natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus, inn civitate David*. Entre los misterios de la vida mortal del Salvador, el de su Natividad gloriosa se halla en relación tan íntima con la Sagrada Eucaristía, que podía decirse que Belén no es más que un Cenáculo anticipado, como lo vamos a considerar.

PUNTO 1º.— El Verbo Divino, la Verdad Increada, que es el verdadero pan de las inteligencias, ha entrado por grados en contacto con los hombres; primeramente se nos dio por Salvador de la humanidad en general, en el misterio de Belén: *Natus est hodie vobis Salvator*; y luego esta misma gracia de salvación se dividió para cada uno de los individuos del pueblo cristiano, entregándose el Redentor a sus discípulos, uno por uno, como pan de sus almas en la Sagrada Eucaristía: *Et acepto pane fregit et dedit eis (S. Lucas, cap. XII)*: Tomó el pan, le partió, y dióselo. De modo que Belén es como el Cenáculo de la humanidad en general, y el Cenáculo ha venido a ser el Belén de cada alma en particular. El pan de los Angeles, el Pan de la verdadera vida que descendió del cielo a modo del maná sobre las pajas humildes de Belén, este es el Pan que fue repartido a todos los discípulos individual y separadamente en el Cenáculo. Por el misterio sublime de la Encarnación la humanidad entera se desposó con el Verbo Divino; por el misterio amabilísimo de la Eucaristía cada alma en particular es invitada a contraer estos desposorios admirables.

¡Oh Verbo Divino, amante apasionado de nuestras almas, derramad en ellas el fuego de la caridad, para que contemplándoos, gracioso Niño, en el pesebre, o bien oculto bajo las especies de pan en el altar, ardamos únicamente en vuestro amor, despreciando los atractivos mentirosos de las criaturas!

PUNTO 2º.— Dice San Gregorio Magno que Cristo Señor Nuestro nació no por acaso, sino muy de propósito en Belén, "porque Belén quiere decir *casa del pan;* pues El es quien dijo: "Yo soy el Pan vivo que descendí del cielo. Así, pues, el lugar donde el Señor nace se llamó desde antes casa de pan, porque estaba decretado que allí se había de manifestar vestido de nuestra carne. El que alimenta y sacia con el pan de la verdad las mentes de sus elegidos". Esta verdad divina se comunica a nuestras almas por las iluminaciones internas de la gracia; iluminaciones que vienen de la palabra de Dios anunciada por sus ministros o contenida en las Sagradas Escrituras, de las inspiraciones, y sobre todo, del Sacramento admirable de la Eucaristía que nutre y fortifica al alma, y le reviste de vigor sobrehumano para luchar contra los enemigos de la salvación. Por esto cada templo católico es un nuevo Belén, verdadera casa del pan, porque allí se consagra y distribuye la Sagrada Eucaristía, alimento celestial de todos los pueblos que están en comunión con la Iglesia Romana.

¡Oh santa fe católica, don el más precioso que nos ha dispensado el Cielo, con cuánto afán y cuidado debemos guardarte, como la joya más rica de nuestros corazones! Tu luz nos hace ver vivos y palpitantes todos los misterios de nuestra Religión.

PUNTO 3º.— Cuando el Angel anunció a los Pastores el nacimiento del Mesías, ellos rebosando de júbilo a tal noticia, dijéronse entre sí: "Vamos hasta Belén, y veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder, y que el Señor nos ha mostrado: *Transeamus usque Bethlehem*. ¿No debería ser este mismo, el grito de nuestras almas en el tiempo hermosísimo en que nos encontramos? Sí: vamos hasta Belén; vamos hasta el Taber-

náculo, donde torna a nacer cada día a la vida eucarística el divino Niño de Belén. Más felices que los pastores podremos no solamente cubrirle de ósculos amorosos y estrecharle en nuestros brazos, sino esconderle en nuestros pechos y reclinarle en nuestros corazones. ¡Qué dicha tan inefable la de una sola comunión! ¿Y cómo hay católicos tan tibios que apenas recuerdan de la Sagrada Eucaristía, apenas sí la visitan, y no se les da nada alejarse meses y aun años de la Mesa Eucarística? ¿No es la Comunión que hace de nuestros pechos como un universo en compendio, donde se renuevan con todo su calor y vida los más sublimes misterios de nuestra Religión santa? ¿Cómo agradeceremos jamás al Redentor una gracia tan inesperada, una dignación tan amorosa? ¡Oh Jesús dulcísimo!: ¿qué os daremos en retorno de las inefables riquezas de vuestra caridad con que nos habéis colmado?

RESOLUCIONES.— Uno de los mejores modos de celebrar el misterio hermoso y encantador de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, es considerarlo reproducido sobre nuestros altares en el Santísimo Sacramento, y cercar y venerar a este Sacramento divino, con el mismo empeño, caridad y fe con que lo haríamos si rasgados los velos eucarísticos contempláramos, cual se mostró en Belén, al Niño pequeñito y gracioso, conquistador de nuestros corazones. Sobre todo afanémonos por recibirle el mayor número de veces que podamos en la Santa Comunión.

EL MILAGRO EUCARISTICO DE BOLSENA Y LOS MONUMENTOS DE ORVIETO (1)

Entre los milagros eucarísticos, el de Bolsena es sin contradicción uno de los más importantes, ya a causa de los monumentos que lo recuerdan, y la información pon-

(1) Extractamos en este artículo la extensa noticia publicada, acerca de este asunto, por Mons. Barbier de Montault, en los **Fastes Eucharistiques** de Paray, y los **Annales catholiques** de París.

tificia que acerca de él se recibió, ya sobre todo, porque este prodigioso suceso motivó en gran parte la institución de la gran fiesta católica de *Corpus Christi*.

Un piadoso sacerdote alemán viéndose frecuentemente asaltado de terribles tentaciones contra el dogma de la presencia real, pidió con instancias a Dios N. Señor le iluminase en esta lamentable oscuridad de su mente por medio de un prodigio. Emprendió para ello una devota peregrinación al sepulcro de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. Habiendo llegado a Bolsena, población situada en los Estados Romanos, y perteneciente a la diócesis de Orvieto, celebró la Misa en la Iglesia donde se venera el cuerpo de Santa Cristina, dentro de la cripta donde está colocado su sepulcro. Después de la consagración, llegado el momento de tener la Hostia sobre el cáliz, tomó ésta la apariencia de verdadera carne empapada en sangre rubicunda, a excepción de la parte por los dedos del celebrante, que conservó su aspecto primitivo; aquella sangre prodigiosa brotó en abundancia tal, que muchas gotas cayeron sobre el corporal y lo mojaron. El sacerdote, avergonzado de su escasa fe y grandemente conmovido trató de ocultar el milagro, cubriendo la Hostia con los corporales; mas por un nuevo portento cada gota de sangre que tocaba los paños sagrados imprimía en ellos una figura humana. Aterrado entonces el sacerdote, suspendió la Misa sin poder continuarla y trasladó la Hostia maravillosa a la sacristía; inmediatamente después se encaminó a Orvieto, donde se encontraba el Papa Urbano IV, a quien refirió el suceso, e imploró perdón por su falta de fe. El Pontífice ordenó al Obispo de Orvieto fuese a buscar en Bolsena la Hostia y los corporales; el mismo Urbano IV acompañado de multitud innumerable salió a recibir afuera de la ciudad aquellas especies sacratísimas, adoró a la Hostia milagrosa y la colocó en el santuario de la Iglesia de Orvieto. En seguida ordenó a Santo Tomás de Aquino que compusiese Misa y Oficio propios para la fiesta del Santísimo Sacramento, señalando para ello el jueves después de la octava de Pentecostés, concediendo numerosas indulgencias a los que asistiesen bien a la Misa, bien

al Oficio de esta fiesta. El milagro tuvo lugar en 1263, y la bula de Urbano IV para la institución de la solemnidad de Corpus Christi, es de 1264. Consta lo dicho de varias inscripciones y otros monumentos auténticos que se conservan hasta hoy en la iglesia de Orvieto.

Aunque la Hostia milagrosa y los santos corporales fueron llevados a Orvieto, el Señor quiso dejar algunas huellas del portentò en Bolsena. Cuando el sacerdote suspendió la Misa llevándose consigo el Sacramento, algunas gotas de la sangre prodigiosa cayeron en el pavimento de mármol blanco, delante del altar. Cuatro piedras conservan hasta hoy muy visiblemente los vestigios de aquella milagrosa sangre; pues a poco del acontecimiento se las quitó del lugar donde se hallaban, y se las guardó cuidadosamente en cajas dispuestas al efecto, hasta 1693. Por este tiempo sucedió otro prodigio, y fue una doble aparición en que se manifestó la imagen del Salvador en las gotas de sangre; el 17 de Abril del año indicado, a una sola persona, y bajo la figura de niño; y por segunda vez, el 21 de Abril y días siguientes a una multitud innumerable de personas, bajo la figura de un *Ecce Homo*. El Obispo de Orvieto tomó informaciones del hecho, y a consecuencia de esto el Papa Inocencio VII, informado de todo, envió una suma de dinero para auxiliar la restauración del santuario, que era por entonces poco digno del tesoro que encerraba. Renovado el santuario, colocóse una de las piedras en el sitio mismo en que aconteció el milagro de 1263; las tres restantes fueron puestas en el altar mayor, cubiertas con tersísimos cristales, y encerradas en marcos preciosos de cobre.

En cuanto al Santo Corporal de Bolsena, fue trasladado, como ya se ha dicho, a Orvieto; y para mostrarlo al pueblo y conservarlo con la veneración que se merece, se construyó un magnífico relicario, una de las obras de arte más preciosas que tiene la Italia; "este relicario es una obra sin rival en su género", dice el sabio autor, de quien tomamos esta breve noticia. Para este afamado relicario se erigió la suntuosa Catedral de Orvieto, tan afamada por el Corporal y las pinturas relativas a su

historia. Estas pinturas son obra de Ugolino de Prete, quien las ejecutó por orden del Papa Inocencio VI; son todas alusivas al misterio del Santísimo Sacramento.

En Orvieto acaba de tener lugar el último Congreso Eucarístico de Italia.

LOS CONGRESOS EUCARISTICOS DE ORVIETO Y LUGO.

Algunos radicales americanos no se cansan de gritar a voz en cuello: que pasaron ya los tiempos de la fe, que el Catolicismo es una religión anticuada, y que en el siglo próximo la impiedad dominará como reina en todo el mundo. ¡Infelices, ellos pasarán como polvo arrastrado por el viento; no quedará ni rastro de sus nombres, y la Religión Católica, la única Religión divina y verdadera, continuará brillando sobre el globo como el sol en la mitad del firmamento! Es cierto que el masonismo y la impiedad dominan en las regiones oficiales de muchísimos Estados; ¡pero qué despertar tan hermoso de la fe, qué eflorescencia tan magnífica de piedad se admiran en estos mismos días en Italia, Francia, España, y todo el mundo! Parece que estuviéramos en los tiempos de San Francisco y Santo Domingo, en la edad clásica de la devoción, piedad y fe católicas. ¡Qué siglo tan hermoso va a ser el siglo XX!... La historia de nuestros impíos y radicales del pobre siglo XIX será tenida dentro de poco como leyenda de brujas y aparecidos. Para prueba de lo que decimos daremos breve idea de los dos últimos Congresos Eucarísticos de Lugo y Orvieto, extractando algo de las bellísimas cosas que de esas dos asambleas nos refieren las revistas católicas de España e Italia.

LUGO es la ciudad de España donde desde tiempo inmemorial se tributa un culto solemne y perpetuo al Santísimo Sacramento. Por este motivo se ha elegido a Lugo para sede del segundo Congreso Eucarístico espa-

ñol. Háse celebrado éste del 26 al 30 de Agosto último, con asistencia del Cardenal Casañas, los Arzobispos de Santiago, Burgos y Madrid-Alcalá, quince Obispos, e innumerables sacerdotes, religiosos y caballeros los más distinguidos de la península; hánse pronunciado hermosos discursos y formado excelentes proyectos y resoluciones; todo encaminado a la mayor gloria del Santísimo Sacramento. Han participado de la Mesa Eucarística personas de toda clase y condición en número prodigioso; y las peregrinaciones a santuarios célebres, las veladas eucarísticas, y otras manifestaciones de piedad han sido verdaderamente edificantes y dignas de los más grandes encomios.

ORVIETO más que ninguna otra ciudad del mundo católico merece el nombre de *eucarística*, tanto por el prodigio de Bolsena, como por haberse dictado en ella la bula de institución de la solemnidad de Corpus Christi. El Congreso Eucarístico italiano celebrado en esa ciudad, los días 5, 6, 7 y 8 de Septiembre último ha alcanzado un éxito admirable. He aquí algunos rasgos de la descripción encantadora que de aquella fiesta nos hace *Il Messaggere del S. Cuor di Gesú*, de Roma:

"Formaron parte del Congreso Eucarístico de Orvieto, cuatro Cardenales, cincuenta Obispos y un número grandísimo de eclesiásticos y seglares pertenecientes a diversas clases de la sociedad. ¡Qué sermones tan doctos, qué discursos tan magistrales los que se pronunciaron en aquella asamblea!

No fue menos edificante la solemnísima procesión, que puede calificarse en verdad como una de las más imponentes manifestaciones religiosas de Italia en el presente siglo. Después de la Misa que se celebró a las siete y media, el 8 de Septiembre, fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, principió a desfilar el sagrado cortejo. Lo componían las confraternidades de la ciudad y sus contornos, con sus respectivos estandartes y bellísimas antorchas: centenares de niños de la primera comunión, trescientos sacerdotes con planetas; cuaren-

ta y ocho obispos con mitra y hábitos pontificales, y entre ellos ocho de rito oriental ostentando espléndidas vestiduras; luego seguían los cardenales que iban contiguos a la preciosísima Reliquia del Santo Corporal, en el cual se divisan todavía las manchas de la Sangre milagrosa. Sobre este Sagrado Corporal, y dentro del mismo Relicario, habíase colocado en otro, hecho al propósito, el Santísimo Sacramento. El Relicario que tiene la forma de una espiga de trigo es muy pesado, y así era conducido a espaldas de doce sacerdotes revestidos con planetas, que se alternaban continuamente gustosísimos. La procesión tardó como dos horas en recorrer su trayecto, atravesando toda la ciudad. Las ventanas de las casas estaban empavesadas, las calles cubiertas de flores, que llovían desde los balcones sobre el Santísimo Sacramento; las campanas todas echadas a vuelo; el pueblo inmenso en la actitud más piadosa y reverente; hasta el sol que brillaba despejado en el firmamento, parece que con sus fulgores trató dar más esplendidez y júbilo al triunfo del Santísimo Sacramento. ¡Oh cuántos ojos, escribe un testigo presencial, cuántos ojos se bañaban en lágrimas al contemplar ese espectáculo arrebatador; al ver esos coros innumerables de niños y niñas vestidos de fiesta y coronados de flores, por ser ese el día de su Primera Comunión. Esos hermosos angelitos que marchaban entre los conciertos de la música, los coros de los sacerdotes, los variados hábitos de los religiosos e insignias de las cofradías, el brillo deslumbrador de las vestiduras pontificales de los Prelados, todo esto venía a formar un espectáculo admirable, un verdadero cuadro del paraíso. De modo que el Congreso Eucarístico de Orvieto ha venido a ser uno de los triunfos más bellos y completos del Santísimo Sacramento en este siglo".

PAJITAS DE BELEN

Santa Rosa de Lima acostumbraba prepararse a la gran fiesta de Natividad practicando austerísimas penitencias, diciendo: tantas disciplinas, &, serán las pajas, los pañales que regalaré al Divino Niño que va a nacer en mi pecho. ¿Y no es éste el mismo Niño que renace

en nuestros corazones, cuantas veces comulgamos? ¿Dónde, si no, los ricos pañales, estarán al menos las *pajitas* con que dispondremos una pobre cuna?... Las visitas al Santísimo Sacramento, las horas de adoración nocturna o diurna, las comuniones sacramentales y espirituales, la limosna, el ayuno, esas serán las pajas del pobre Belén de nuestros corazones.

San Cayetano, orando una noche de Navidad, en la iglesia de Santa María del Pesebre (o Santa María la Mayor) de Roma, alcanzó el favor altísimo de que se le apareciese la Santísima Virgen, y le pusiese en los brazos a su Hijo Sacratísimo. Acudamos solícitos a visitar durante el Adviento nuestros pobres Tabernáculos, y la Santísima Virgen nos entregará en la comunión de Navidad al propio hermosísimo Niño que tuvo San Cayetano en sus brazos.

VELADAS DEL CENACULO, Nº 9. Cuenca: Imp. del "Reinado Eucarístico", por F. Vintimilla, Diciembre de 1896.

PUNTO DE MEDITACION PARA LA VELADA.

LA ADORACION DE LOS MAGOS.

Texto evangélico.— Apenas nacido el Salvador en el pobre establo de Belén es adorado no solamente por los pastores, sino también por los santos Reyes Magos, que emprenden un largo viaje por rendir sus humildes homenajes al Mesías. Dice el Evangelio: "A la vista de la estrella se regocijaron por extremo. Y entrando en la casa hallaron al Niño con María su Madre, y postrándose le adoraron, y abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra". *Et apertis thesauris suis, obtulerunt ei, aurum, thus et myrrham.* En este pasaje se nos presentan estos piadosos Reyes como el tipo y modelo del verdadero adorador del Santísimo Sacramento, según vamos a considerarlo.

PUNTO 1º.— Durante los días de su existencia mortal no recibió el Salvador una adoración tan pública y solemne como la que le tributaron los Magos. La primera virtud que resplandece en ellos y que hace tan hermosa su adoración es la fe. No se escandalizan de la humildad del pesebre, de la pobreza de los pañales, ni de la soledad ni aislamiento en que encuentran al Divino Niño, que no tiene otro cortejo que el que le forman su Madre Santísima y su Padre putativo; en medio de todas estas humillaciones reconocen al Salvador del mundo, al Rey de cielos y tierra, el Hijo Unigénito del Eterno Padre, y le adoran como a tal ofreciéndole oro, incienso y mirra. De modo semejante, el que se acerca a nuestros tabernáculos para adorar a la Hostia Santa, debe ante todo afirmarse sólidamente con la gracia de Dios, en la hermosa virtud de la fe para no escandalizarse de la soledad de nuestros templos, la pobreza de nuestros altares, ni el desdén de los hombres para con nuestro Dios Sacramentado. Al través de estas tinieblas espesas de la fe, hemos de aprender a buscar a nuestro Rey divino, nuestro Salvador amantísimo, nuestro único y verdadero Dios. ¡Ay! cuántas veces la aridez del espíritu y el te-

dio del corazón quisieran separarnos de los pies del tabernáculo; pero entonces más que nunca es necesario recordar que la Fe, como todas las virtudes, no puede existir sin continua y profunda abnegación de todo nuestro ser.

PUNTO 2º.— La segunda virtud que resplandece en los santos Reyes Magos es la *generosidad* en corresponder a las gracias del cielo. Apenas han contemplado lucir en el Oriente la estrella portentosa, dejan patria, familia y bienes y emprenden un viaje largo y penoso para ir a adorar al Mesías. Cuando después de vencidas las contradicciones y pruebas de aquel dilatado camino encuentran por fin al Salvador, no se contentan con una admiración estéril, sino que le ofrendan los tesoros más ricos de sus cofres: oro, incienso y mirra. De modo semejante, quien quiere de veras ser adorador del Santísimo Sacramento tiene que sacrificar con generosidad las repugnancias de la naturaleza y hollar valerosamente el respeto humano, la ociosidad y la molicie; sólo a este precio encontrará a nuestro Salvador Divino. Y cuando le haya encontrado en medio de las santas oscuridades de la Fe, le ha de ofrendar los sacrificios que el Señor le pide con la voz de las santas inspiraciones; le ha de prestar generosamente el incienso de la oración, la mirra de la mortificación y el oro de la caridad.

PUNTO 3º.— La tercera virtud de que nos dan ejemplo los santos Reyes es la constancia en realizar su propósito. No se arredran por la indiferencia de los unos, las burlas de los otros, el desdén de casi todos. El desaparecimiento de la estrella les contrista, pero no les hace volver atrás. La alarma de Jerusalén y los recelos de Herodes tampoco les hacen desistir de su propósito; y a pesar de todas las dificultades perseveran firmes hasta que logran la inapreciable dicha de adorar al Hijo unigénito del Eterno Padre, al Verbo Encarnado, a quien Herodes perseguirá muy luego, y los judíos incrédulos entregarán más tarde al suplicio de la cruz. Hoy como entonces el Salvador permanece ignorado para muchos que no le encuentran jamás, aunque habita en medio de e-

llos; continuando en realizarse aquellas palabras de San Juan: "En el mundo estaba, y el mundo fue por El hecho, y con todo el mundo no le conoció: Vino a su propia casa, y los suyos no le recibieron". ¡Cuántos viven al lado de una iglesia católica sin darse nunca cuenta de que en ella habita Nuestro Señor Jesucristo! Sólo las almas de viva fe, las almas generosas y constantes logran la dicha de poseer a Jesucristo en la tierra, es decir, de gozar las delicias anticipadas del paraíso.

RESOLUCIONES.— A imitación de los santos Reyes Magos, hagamos de Jesucristo Señor nuestro el blanco de nuestros afectos y el término de todas nuestras aspiraciones; busquémosle constantemente a través de las dificultades de la vida, recordando que el sagrado Tabernáculo es el verdadero paraíso de Dios en este mundo.

UN MODELO DE ADORADORES DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

La Providencia divina que con maternal solicitud atiende siempre a remediar oportunamente todas las necesidades de su Iglesia, en estos desgraciados tiempos en que la Masonería y demás sectas anticristianas mueven una guerra tan encarnizada e implacable contra los misterios más augustos y venerandos de la Religión Católica, especialmente contra el Santísimo Sacramento, ha suscitado almas ardientemente apasionadas de este Sacramento adorable; la más notable entre todas ellas es San Benito José Labre que floreció en el siglo pasado, y cuya dichosa muerte aconteció en Roma el año de 1883. Este admirable siervo de Dios es el modelo más perfecto, que tenemos a caso en estos últimos tiempos, de un verdadero adorador del Santísimo Sacramento. Desde muy niño se hizo ya notar por una atractivo irresistible hacia la Hostia Sacrosanta; para hacer cesar sus lloros e inquietudes infantiles no había mejor remedio que llevarle a una iglesia, a los pies del Tabernáculo. Cuando joven, tenía todas sus delicias en servir las Misas haciendo de acólito. Después, cuando emprendió aquella austerísima vida de peregrino y pobre voluntario,

que le hizo copia acabada de un San Alejo y un San Francisco de Asís, no tenía gozo mayor que visitar los santuarios y los templos donde está reservado el Santísimo Sacramento.

En 1777, San Benito Labre fijó definitivamente su residencia en Roma; desde entonces su ocupación principal fue visitar los santuarios de la Ciudad eterna, en especial aquellos donde por cualquier motivo se exponía el Santísimo Sacramento; por lo cual era conocido generalmente con el título de "el Pobre de las Cuarenta Horas", porque era el adorador más asiduo de la Hostia Sacratísima, durante aquel célebre Jubileo. Vez hubo en que los concurrentes advirtieron había el Santo estado de rodillas hasta trece horas continuas delante del Tabernáculo; y cuando lograba que los guardianes de una iglesia le concediesen pasar una noche entera en adoración, era el regalo más de su gusto con que se le podía obsequiar. En otras ocasiones buscaba los templos más abandonados y solitarios y allí se estaba horas y más horas delante de su Dios Sacramentado, inmoble como si fuese una estatua enclavada en el pavimento.

¡Y qué adoraciones aquellas! "Ante Jesús Sacramentado, dice León Aubineau, uno de sus mejores biógrafos, perdía enteramente el sentimiento de las cosas visibles. Se veía, según un testigo, que el Señor le llamaba continuamente y le embriagaba con sus comunicaciones: se comprendía esto al ver sus ojos, su rostro y su actitud al adorar a Jesucristo". Muchas veces se le contempló entonces arrebatado en éxtasis y levantado en el aire. En cierta ocasión un eclesiástico, el Sr. Pompei, al "entrar en una iglesia vio a Benito delante de la Santa Eucaristía. El Bienaventurado con la cabeza derecha estaba en la actitud de la contemplación. De repente su rostro comenzó a lanzar rayos de luz, se iluminó rápidamente y lució con tal brillo que parecía que se abrasaba. Centellas de fuego se escapaban de la cabeza del Pobre y caían sobre el pavimento de la iglesia".

Tanto se agradaba Dios N. Señor en estas adoraciones de Benito que le concedió el don de bilocarse, pues los testigos de sus virtudes declaran en los procesos haberle visto adorando al Santísimo Sacramento en dos y más santuarios a la vez. Parecía que Benito Labre había venido al mundo como una lámpara envïada del cielo, para arder, brillar y consumirse única y exclusivamente delante del Sacramento adorable. En efecto, al salir de una de estas fervientes y extáticas adoraciones, de la iglesia de Santa María de los Montes, todo extenuado y consumido por las llamas de la caridad, cayó exhausto en el atrio del templo, y poco después de llevado a una casa vecina, expiró.

¡Quiera el Señor difundir entre los socios de la Adoración nocturna una chispa de ese horno inflamado de devoción y caridad que consumió a San Benito Labre delante del Tabernáculo!

UNA VELADA EUCARISTICA AL PRINCIPIAR UN NUEVO AÑO.

Todos confiesan que París es la Babilonia del mundo moderno, pero no todos saben los ejemplos admirables de piedad que los verdaderos católicos dan constantemente en medio de esa ciudad depravada. ¡Oh si nuestros católicos ecuatorianos fuesen tan fervorosos como los católicos parisienses!... Daremos en prueba de esto el extracto de una relación de un testigo ocular acerca del modo como en Nuestra Señora de las Victorias, templo colocado en el centro de uno de los barrios más ricos y populosos de París, se celebra el principio de un nuevo año. El Jubileo de Cuarenta Horas tiene lugar cada año en la mencionada iglesia en los dos últimos días de Diciembre y 1º de Enero; durante estos tres días permanece el Santísimo Sacramento continuamente expuesto en la custodia, y adorado de día por toda clase de personas, de noche solamente por los hombres. Oigamos ahora al testigo anteriormente citado.

"Algunos (de los que concurren al Jubileo, especialmente los socios de la Adoración nocturna) no contentos de los ejercicios ordinarios, toman parte en una cere-

monia especial y muy conmovedora que tiene lugar todos los años en Nuestra Señora de las Victorias, la noche del 31 de Diciembre. Diremos dos palabras sobre esta ceremonia, a la que nos ha sido dado asistir este año.

"A las once y cuarto de la noche, se abre una de las puertas laterales de la iglesia, y entran por ella diversos grupos de hombres (regularmente eclesiásticos y caballeros de la más alta distinción social) que aguardaban ya en los alrededores. Otros grupos siguen bien pronto a los anteriores, entre los que notamos a varios eclesiásticos de diferentes parroquias de París. A las once y media nos hallábamos ya reunidos como doscientos en el santuario. Después de algunos momentos de silencio y adoración, cada cual deja desbordar su alma en los sentimientos que le inundan; pues ciertamente no hacen falta los buenos pensamientos ante el extremo límite de un año que va ya a perderse en los abismos de la eternidad. ¡Qué profusión de gracias y beneficios no se ha recibido de parte de Dios, y por la mediación de su Madre Santísima, durante un año entero! El primer sentimiento que se apodera del corazón en esa coyuntura es la gratitud; por esto la piadosa asamblea principia aquella función hermosa recitando el *Te Deum* y el *Magnificat*. Pero ¡ay! si Dios se ha mostrado bueno, liberal, pródigo para con nosotros; ¿cuántas veces no ha recibido en retorno, de parte nuestra, más que ultrajes e ingratitudes? En reparación, pues, de las faltas cometidas durante aquel año, se reza en seguida el *Miserere*. Pero el tiempo estrecha, y no nos es dable olvidar a aquellos de los nuestros que faltan a la velada por haber partido antes que nosotros: la última oración del año es, por tanto, un *De Profundis:* piadoso recuerdo consagrado a los amigos y consocios difuntos. Con todo esto el momento solemne se aproxima; no faltan ya más que cinco minutos, para que suenen en el reloj las doce de la noche. A una señal dada por el Cura de la Magdalena, que cae el primero sobre las gradas del altar, todos los asistentes se prosternan, rostro por tierra. ¡Qué espectáculo tan conmovedor el que me ofreció aquella postración ante el Santísimo Sacramento expuesto, y a una hora tan misteriosa!... ¡El

recuerdo de esta escena no se borrará jamás de mi alma! Al toque de media noche levántanse todos. ¡es un nuevo año que principia!: salúdanle todos con este sublime grito tres veces repetido: *Sit Nomen Domini benedictum ex hoc nunc et usque in saeculum!* ¡Excelente manera de desear un buen año a nuestro amantísimo Padre, a nuestro bondadosísimo Dios: cuán sensible no ha de mostrarse a este sencillo y filial homenaje de año nuevo! Después de una invocación al Espíritu Santo, el Presidente recita en voz alta dos conmovedoras oraciones: la primera es un gemido lanzado hacia Dios, pidiéndole el remedio de las necesidades de la Iglesia y sus hijos, la segunda, compuesta por Madama Isabel (la desgraciada y angelical hermana de Luis XVI, durante las horrendas tribulaciones de la Revolución francesa), es un acto de abandono en manos de la Providencia, y de completa sumisión a la voluntad de Dios. Es una hermosísima oración, digna de ser conocida, dice así:

"¿Qué estará para sucederme, durante este nuevo año, oh Dios mío?... Nada lo sé. Todo lo que yo sé es que nada me acontecerá que no lo hayáis, Vos, Señor mío, previsto, arreglado, querido y ordenado desde toda la eternidad: esto me basta. Adoro humildemente vuestros eternos e impenetrables designios, y me someto a ellos con todo mi corazón, por amor a Vos. Quiero, Dios mío, todo, y acepto absolutamente todo lo que Vos dispongáis; os hago entero y completo sacrificio de todo cuanto soy y tengo, y os ofrezco este sacrificio uniéndolo con el de mi adorable Salvador. En su nombre os pido, y en virtud de sus méritos infinitos, os dignéis concederme la paciencia en mis penas, y la más perfecta sumisión a vuestra voluntad santísima en todo cuando quisiereis o permitiereis que suceda. Amén".

"Después de esta oración la piadosa asamblea implora la protección maternal y poderosa de María Santísima, por medio de la admirable súplica que principia *Sub tuum praesidium*. Con esto se termina la ceremonia pública. En seguida va cada uno, según su devoción particular, a saludar privadamente a la Santísima Virgen,

a San José, al Sagrado Corzón, & (en los diferentes altares del templo); y después de estos *buenos días* del alma, de este saludo íntimo y matinal, retírase cada uno a su casa, muy contento y feliz por llevar consigo las primicias de las bendiciones del Cielo para el nuevo año que principia". (Extracto de los "Annales de l' Archiconfr. du T. S. et I. C. de Marie", de París, del Nº de Febrero de 1894).

UN SIGLO QUE ACABA.

¡Nos hallamos ya en 1897! Tres años más, y habrá concluído el siglo XIX, y principiado el XX de la era cristiana. Es indudable que el siglo presente ha sido uno de los más luctuosos y terribles en la historia de la Iglesia; principió sobre las ruinas acumuladas por la Revolución francesa, y va a terminar sobre los escombros causados por la Masonería satánica. Grandes santos y siervos de Dios, de fines del siglo pasado y principios del presente, habían anunciado con mucha anticipación: que iba a desatarse una persecución contra la Iglesia Católica; que esta persecución sería universal, y llegaría a todos los pueblos; que durante ella el infierno abriría sus fauces, y legiones de demonios se precipitarían sobre el globo para hacer prevaricar, si posible fuese, hasta a los mismos elegidos. Que el blanco principal de estos ataques serían el Romano Pontífice, los Obispos, el Clero y las comunidades religiosas. Todos estos anuncios se han cumplido, por desgracia nuestra, con rigurosa exactitud: todos somos testigos de ello; hoy la oleada de la persecución ha llegado a nuestra misma República!...

Pero la Providencia divina que con solicitud maternal se dignó advertirnos del peligro que nos amenazaba, nos ha indicado también oportunamente los remedios con que podríamos evitarlo. ¿Qué remedios son éstos? Ahí están para decírnoslo no sólo las advertencias de los grandes siervos de Dios, sino principalmente las enseñanzas infalibles del Vicario mismo de N. S., el Pon-

tífice Romano. El principal remedio contra todas las calamidades actuales no está ciertamente en las combinaciones de la política, ni el fragor de los combates, sino en la renovación del verdadero espíritu cristiano en los pueblos, en la práctica de las virtudes evangélicas, y especialmente en la oración. La lucha actual de la Iglesia no es sólo contra la carne y sangre, sino contra los principados y potestades infernales, contra los espíritus de las tinieblas que están llenando toda nuestra atmósfera. Tomemos, pues, las armas de la fe, la penitencia y la oración, y Satanás huirá de nosotros. Oigamos algunas célebres predicciones de la V. Madre María Inés Steiner, cuya causa de beatificación se trata ya de introducir al amparo del sabio y prudentísimo León XIII, que tan de cerca trató a la sierva de Dios, y conoció sus heroicas virtudes.

"En cierta ocasión (habla la Venerable Steiner) la Santísima Virgen me dijo: Es necesario que mi Hijo castigue al mundo por sus grandes ingratitudes y pecados, y por la poca fe que tienen los cristianos, a pesar de la obligación que tienen de mostrarse hijos verdaderos de la Santa Iglesia". La languidez y casi desaparecimiento de la fe, y la corrupción de costumbres: he aquí la causa principal de las grandes calamidades que afligen a muchos pueblos católicos, especialmente al Ecuador.— *(Continuará)*.

VELADAS DEL CENACULO, Nº 10. Cuenca: Imp. del "Reinado Eucarístico", por F. Vintimilla, Enero de 1897.

PUNTO DE MEDITACION PARA LA VELADA.

EL NUNC DIMITTIS.

Texto evangélico.— Refiere San Lucas que cuando el Niño Jesús fue presentado en el templo, cuarenta días después de nacido, el santo anciano Simeón tomándole en los brazos exclamó: Ahora, Señor, saca en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa. Porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado.— *Nunc dimittis servum tuum Domine secundum verbum tuum in pace. Quia viderunt oculi mei salutare tuum*. ¡Qué hermoso ejemplo nos ofrece este admirable anciano, de los sentimientos, afectos y disposiciones que debemos llevar a la Comunión!

PUNTO 1.— Uno de los títulos más gloriosos del Mesías es el de *Deseado de las Naciones*. No solamente el Pueblo de Dios aleccionado por las Sagradas Escrituras y la voz de sus patriarcas y profetas, todos los pueblos antiguos, cual más, cual menos, enseñados por la tradición primitiva, esperaban la venida del Salvador prometido al linaje humano. ¡Con cuán fervorosas ansias clamaba Isaías que se rasgasen los cielos, que se abriese la tierra, y se presentara el Salvador! Esa dicha que no lograron los más grandes santos de la antigua Ley la alcanzamos nosotros. Abraham ardió en deseos de contemplar estos tiempos de la venida del Mesías, los contempló en visión y se llenó de gozo; ¿y cuál es la alegría que sentimos nosotros de poseer al Salvador? Ante la fría indiferencia de muchos católicos para con el Santísimo Sacramento, ¿no pudiera increpárseles como a los judíos con aquellas palabras del Evangelio: Los naturales de Nínive se levantarán en el día del juicio contra esta raza de hombres, y la condenarán, por cuanto ellos hicieron penitencia a la predicación de Jonás. Y con todo el que está aquí es más que Jonás. *Et ecce plus quam Jonas hic*. La Reina del mediodía hará de acusadora en el día del juicio contra esta raza de hombres, y la condenará: por cuanto vino de los extremos de la tierra pa-

tífice Romano. El principal remedio contra todas las calamidades actuales no está ciertamente en las combinaciones de la política, ni el fragor de los combates, sino en la renovación del verdadero espíritu cristiano en los pueblos, en la práctica de las virtudes evangélicas, y especialmente en la oración. La lucha actual de la Iglesia no es sólo contra la carne y sangre, sino contra los principados y potestades infernales, contra los espíritus de las tinieblas que están llenando toda nuestra atmósfera. Tomemos, pues, las armas de la fe, la penitencia y la oración, y Satanás huirá de nosotros. Oigamos algunas célebres predicciones de la V. Madre María Inés Steiner, cuya causa de beatificación se trata ya de introducir al amparo del sabio y prudentísimo León XIII, que tan de cerca trató a la sierva de Dios, y conoció sus heroicas virtudes.

"En cierta ocasión (habla la Venerable Steiner) la Santísima Virgen me dijo: Es necesario que mi Hijo castigue al mundo por sus grandes ingratitudes y pecados, y por la poca fe que tienen los cristianos, a pesar de la obligación que tienen de mostrarse hijos verdaderos de la Santa Iglesia". La languidez y casi desaparecimiento de la fe, y la corrupción de costumbres: he aquí la causa principal de las grandes calamidades que afligen a muchos pueblos católicos, especialmente al Ecuador.— *(Continuará)*.

VELADAS DEL CENACULO, Nº 10. Cuenca: Imp. del "Reinado Eucarístico", por F. Vintimilla, Enero de 1897.

PUNTO DE MEDITACION PARA LA VELADA.

EL NUNC DIMITTIS.

Texto evangélico.— Refiere San Lucas que cuando el Niño Jesús fue presentado en el templo, cuarenta días después de nacido, el santo anciano Simeón tomándole en los brazos exclamó: Ahora, Señor, saca en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa. Porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado.— *Nunc dimittis servum tuum Domine secundum verbum tuum in pace. Quia viderunt oculi mei salutare tuum*. ¡Qué hermoso ejemplo nos ofrece este admirable anciano, de los sentimientos, afectos y disposiciones que debemos llevar a la Comunión!

PUNTO 1.— Uno de los títulos más gloriosos del Mesías es el de *Deseado de las Naciones*. No solamente el Pueblo de Dios aleccionado por las Sagradas Escrituras y la voz de sus patriarcas y profetas, todos los pueblos antiguos, cual más, cual menos, enseñados por la tradición primitiva, esperaban la venida del Salvador prometido al linaje humano. ¡Con cuán fervorosas ansias clamaba Isaías que se rasgasen los cielos, que se abriese la tierra, y se presentara el Salvador! Esa dicha que no lograron los más grandes santos de la antigua Ley la alcanzamos nosotros. Abraham ardió en deseos de contemplar estos tiempos de la venida del Mesías, los contempló en visión y se llenó de gozo; ¿y cuál es la alegría que sentimos nosotros de poseer al Salvador? Ante la fría indiferencia de muchos católicos para con el Santísimo Sacramento, ¿no pudiera increpárseles como a los judíos con aquellas palabras del Evangelio: Los naturales de Nínive se levantarán en el día del juicio contra esta raza de hombres, y la condenarán, por cuanto ellos hicieron penitencia a la predicación de Jonás. Y con todo el que está aquí es más que Jonás. *Et ecce plus quam Jonas hic*. La Reina del mediodía hará de acusadora en el día del juicio contra esta raza de hombres, y la condenará: por cuanto vino de los extremos de la tierra pa-

ra escuchar la sabiduría de Salomón, y con todo, aquí tenéis quien es más que Salomón. *Et ecce plus quam Salomon hic. (S. Math.).*

PUNTO 2º.— Los pueblos, especialmente el judío, esperaban con ardiente anhelo la venida del Deseado de las naciones; y sin embargo, cuando se realizó esta venida no le recibieron. "En el mundo estaba, y el mundo fue por El hecho, y con todo el mundo no le conoció. Vino a su propia casa, y los suyos no le recibieron". (S. Juan). Apenas sí un número corto de almas sencillas y justas como el anciano Simeón, reconocieron en el Hijo de María al verdadero Hijo de Dios, al Salvador prometido a las naciones. Este misterio aterrador se repite cada día en el Sacramento adorable de nuestros altares. Todos los hombres buscan sin cesar un algo desconocido y jamás encontrado en parte alguna, que llaman *felicidad*; es decir buscan a Dios, porque sólo Dios es la verdadera e infinita felicidad. Pero muy pocos la encuentran, porque los unos ponen la felicidad en las riquezas, otros en los placeres, otros en los honores. De donde resulta que aunque la felicidad habita en medio de nosotros, sacramentada en nuestros altares, nadie la conoce, sino en las almas sencillas, humildes y verdaderamente piadosas. Jesús es todavía y lo será para siempre el Deseado de las naciones, todos le anhelan, todos le buscan, pero no le poseen ni le gozan sino los que a través de los velos oscuros de la fe y las ignominias de la Cruz, reconocen al Salvador en la Hostia menospreciada de los altares católicos.

PUNTO 3º.— Mas, ¿quién podrá decir el contento, quién expresar el torrente de felicidad que inunda a una alma que encuentra al Salvador, y que llega a poseerlo en la Sagrada Comunión?... Entonces halla satisfechas todas sus miras, realizados todos sus deseos; ya no resta que poseer sino el cielo, ya en esta vida no hay más que desear cuando se ha recibido la Comunión. Todo el que comulga debería exclamar con el anciano Simeón: *Nunc dimittis*. Ahora sí, Señor, saca en paz de este mundo a tu siervo, porque mi sed y hambre de poseeros es-

tán ya satisfechas, todos mis anhelos se ven ya colmados. Santa María Magdalena de Pazzis solía decir que cuando se recibe la Comunión es el caso de exclamar: *¡Consummatum est!:* ¡consumado está; nada ambiciono ya más sobre esta tierra!

RESOLUCIONES.— Entre las disposiciones para la Santa Comunión ninguna es más provechosa que la de los vivos y ardientes deseos de recibir el Pan Divino de los ángeles; procuremos, pues, despertar en nosotros el hambre de este manjar celestial, antes de acercarnos a la Mesa eucarística; porque así como el alimento material no aprovecha al que lo recibe sin apetito, tampoco aprovecha la Comunión a las almas que participan de ella sin hacer el debido aprecio de este don el más admirable que tenemos.

SACRILEGIOS RECIENTES. DEBER DE LA REPARACION.

El fin principal de la obra de la *Adoración Nocturna* es desagraviar a nuestro Salvador Divino de los ultrajes que constantemente le irroga la impiedad, en estos desgraciados tiempos, ensañándose contra el Sacramento adorable de nuestros altares. Pero si el desagravio es un deber imperioso tratándose de crímenes perpetrados en otras naciones, ¿qué diremos cuando esas abominaciones se cometen en nuestro propio país? Para no hacer causa común con los malhechores, ni contraer la complicidad del silencio, es necesario protestar en alta voz contra estos horrendos crímenes, los más monstruosos que pueden consumarse en una nación, pues van directamente contra la Persona adorable de Nuestro Señor Jesucristo, que por amor a nosotros se ha quedado sacramentado en nuestros altares. Esta humilde publicación protesta pues, con toda la vehemencia que le es posible contra los excecrables sacrilegios que vamos a referir, perpetrados últimamente en nuestra República.

El muy celoso Obispo de Loja, Ilmo. Sr. Masiá, en su hermosa Pastoral fechada en Lima el 20 de Diciembre del año anterior, dice: "Creemos que se os habrá caído

la venda de los ojos (habla a los católicos amigos del liberalismo) después de haber experimentado los efectos del radicalismo entronizado en esa República (el Ecuador) desde Junio del año próximo pasado; y si todavía sois tan ciegos para no reconocer la calidad de las cosas, aparte de lo que publicamos en nuestra anterior Pastoral, agregaremos en la presente lo que se refiere en *El Bien Social* de esta ciudad (Lima), de 11 de Diciembre, Nº 98: —"Una correspondencia de Ibarra comunica que en días pasados salió un sacerdote llevando el Sagrado Viático para un enfermo de esta ciudad (háblase de Ibarra); al pasar por el cuartel, la guardia hizo *los honores de ordenanza* al Augusto Sacramento: el impío Jefe, cuyo nombre callamos, inmediatamente hizo relevar y flagelar al guardia, por haber cumplido con ese acto de deber y de piedad al Dios de la Majestad. En seguida sacó del cuartel unos perros bravos y los echó sobre el sacerdote; las fieras se abalanzaron y le ocasionaron gravísimas heridas al Ministro de Dios, rompiéndole la sotana y tendiéndole por tierra, que sólo por un milagro de la Providencia las fieras abandonaron su presa, a pesar de seguir azuzándolas el bárbaro e impío oficial. Los acompañantes que se componían de mujeres y niños, huyeron despavoridos, temerosos de ser devorados por los rabiosos canes. Al segundo día de este hecho salvaje, aconteció igual escena con otro sacerdote, con diferencia que en esta ocasión, el guardia no se atrevió a manifestar ningún acto de reverencia a su Dios, por temor de ser flagelado. Entonces el Ilmo. Sr. (Obispo de Ibarra) González Suárez tuvo que intervenir y protestar contra semejante sacrilegio, nunca visto en los pueblos cristianos. En *Chisinchi*, hacienda de la Sra. Josefina Flores, acontecen otras escenas no menos repugnantes. Cuando fue despojada (de aquella hacienda) la Sra. Flores, no tuvo tiempo para sacar el cáliz, el copón y ornamentos sagrados que tiene su hermosa capilla, quedando todo en poder de la escolta que desde entonces está posesionada de ellos. El impío jefe de esa soldadezca, Julio Toma, todos los días hace llamar a Misa, se reviste de los ornamentos sacerdotales, coge el cáliz y el copón, echa aguardiente y haciendo movi-

mientos grotescos e inmorales, invita a sus cómplices a tomar en los vasos sagrados!"...

En presencia de estas sacrílegas profanaciones deber estricto es, para todos los católicos ecuatorianos que aman y practican la Religión santa que profesan, acudir a los templos y llorar lágrimas de sangre, si posible fuese, en reparación de los ultrajes irrogados por la impiedad triunfante a la Hostia Sacratísima. Hoy más que nunca el verdadero católico debe distinguirse por un amor entrañable al Sacramento augusto de nuestros altares, y ha de esmerarse en multiplicar los homenajes de la piedad más ferviente en honra de la Divina Eucaristía; entre estos homenajes ninguno es más hermoso y atractivo que la Adoración Nocturna, instituída especialmente con un fin reparador.

VALOR DE LOS HOMENAJES EUCARISTICOS.

El dogma de la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento está admirablemente comprobado no solamente por los argumentos de la teología, sino además por los testimonios de la historia. Sí: la historia toda del Cristianismo está llena de los sublimes beneficios y las maravillas asombrosas realizadas por la Hostia Sacrosanta en favor de los pueblos católicos que se esfuerzan por honrarla. ¡Cuántas veces un solo sacrilegio ha causado la ruina de toda una nación; y cuántas otras un homenaje sincero de fe y amor tributado a este Sacramento Divino, ha obtenido en recompensa el engrandecimiento súbito de familias y pueblos enteros a la cumbre de los más gloriosos destinos sociales; y ¿no es ésto prueba irrecusable de que adoramos a Jesucristo en la Hostia consagrada, como nos enseña la fe, y no un simple pedazo de pan, como blasfeman los impíos? ¿Podrá jamás un pedazo de pan realizar tan estupendas maravillas? Citaremos un hecho.

El origen del colosal imperio del Austria está en un hermoso homenaje rendido por un príncipe piadoso a la Hostia Sacrosanta. Rodolfo de Habsburgo hallábase cier-

ta ocasión en un bosque, cuando divisó a un sacerdote que caminaba a pie llevando el Santo Viático a un enfermo; al instante el devoto príncipe se apeó de su caballo y lo ofreció al sacerdote, luego mezclándose con la comitiva acompañó a la Majestad Sacramentada hasta la casa del enfermo. Poco después Rodolfo fue elegido emperador de Alemania, y vino a ser el fundador de la grande y poderosa casa de Austria. Este imperio ha principiado a decaer desde que se ha debilitado en él la fe y se ha resfriado el amor al Santísimo Sacramento. Refiérese que en el siglo pasado se perpetró un horrendo sacrilegio en Viena, contra la Hostia Sacratísima, durante una solemne procesión de Corpus; el emperador miró con indiferencia este crimen y nada hizo para castigar a los malhechores; este fue el principio de las siguientes calamidades y la actual decadencia de la Austria. ¡Ay de los pueblos que no se conmueven ante la malicia horrorosa de un sacrilegio, y que cuando se cometen esta clase de crímenes no se empeñan por desagraviar a la Majestad Divina directamente ultrajada por éstos!

La docta sociedad de los *Fastos Eucarísticos* de Paray, ha demostrado con brillantes argumentos históricos que casi todas las naciones modernas de Europa deben su engrandecimiento y prosperidad a uno de aquellos solemnes y generosos homenajes eucarísticos, semejantes al ofrecido por Rodolfo de Habsburgo.

LA PIEDRA ANGULAR DE LAS NACIONES.

Jesucristo Señor nuestro es la piedra angular de todas las naciones, y como Jesucristo reside real y verdaderamente en el Santísimo Sacramento, de aquí que esta Hostia adorable haya venido a ser el quicio, la piedra fundamental de todos los pueblos cristianos. La América fue descubierta y colonizada al influjo poderoso de esta Hostia Sacrosanta; y Ella misma es la que esparce hoy legiones de misioneros sobre el viejo continente africano. Respecto de la Austria, oigamos el siguiente conmovedor relato.

Un célebre e intrépido explorador europeo descubrió el Continente australiano. "Quirós era uno de esos famosos marinos españoles del siglo XVI, en quien el ardor de la fe y piedad cristiana brillaba aún más que su genio y valor. Habiendo partido en exploración del Callao, el 8 de Diciembre de 1605, fiesta de la Inmaculada Concepción, hallóse el día de Pentecostés de 1606, frente a una vastísima tierra a la que dio el nombre de *Tierra austral del Espíritu Santo*. La bahía en la cual ancló recibió el nombre de *Santa Cruz*, y el primer cuidado de la tripulación, apenas desembarcada, fue erigir una cruz en la orilla. Luego edificaron una iglesia con el título de Nuestra Señora de Loreto, donde se celebraron hasta veinte Misas. Llegada la fiesta de *Corpus Christi* organizaron una procesión solemne: el Santísimo Sacramento fue entonces conducido en triunfo a través de su nuevo imperio. La relación oficial advierte que el cortejo penetró muy adentro en el interior de esas tierras, a fin de que el Dios escondido las santificara con su presencia..."

"Cerca de dos siglos después de este memorable descubrimiento, un bajel inglés penetraba en Botani-Bay (lengua de mar a cuyas orillas se ha edificado la ciudad hermosa de Sidney, capital de Australia), y depositaba en las riberas un millar de emigrantes, de los que 696 eran reos condenados a deportación. Entre estos últimos se contaban trescientos católicos irlandeses. Estos pobres deportados, a los que conviene añadir cinco colonos libres, formaron las primicias de la fe en Australia. La condición a que se vieron reducidos fue lamentable: sin sacerdote ni culto, viéronse obligados bajo pena de ser apaleados a asistir a las funciones religiosas de los protestantes. Por un refinamiento de barbarie se les arrebataron sus hijos que fueron entregados en casas de huérfanos heréticas, que se encargaron de educarlos en el error. Los desgraciados católicos se esforzaron como pudieron en suplir a esta falta absoluta de todo auxilio religioso. ¡Cuántos conmovedores relatos contiene esta humilde historia de la Iglesia australiana! Un prisionero habíase hecho tallar una cruz tosca de madera por

uno de sus compañeros de cautiverio, y ante este informe recuerdo de la Pasión del Salvador, exhalaba en prolongadas oraciones sus quejas y deseos.

"Al cabo de algunos años, un pobre sacerdote injustamente condenado y deportado, un verdadero mártir de la fe y de Irlanda, vino a ser el primer pastor de este rebaño largo tiempo abandonado. El P. Dixon, a fuerza de instancias, obtuvo poder celebrar la Misa una vez cada tres semanas, en presencia de los deportados. La Policía vigilaba la celebración del santo sacrificio. Uno de los reos había fabricado un pequeño cáliz de estaño, y había compuesto una casulla con los restos de una cortina vieja. El P. Dixon pudo regresar a Europa en 1808, y hasta 1818 los católicos, cuyo número aumentaba cada año, se encontraron en el más completo abandono.

"Entonces fue que un santo sacerdote (irlandés) el P. Flynn, concibió el generoso proyecto de ir a ejercer su sagrado ministerio entre los pobres deportados de Australia; pero el gobierno (inglés) rehusó dar la autorización solicitada por aquel digno sacerdote. Sin embargo de esto, el P. Flynn se embarcó, llegó al lugar de su destino, y permaneció oculto en la casa de un ferviente católico, de donde salía por las noches para asistir a los enfermos y moribundos. Descubierto y preso fue encerrado en un calabozo, y poco después enviado a Londres, todo tan de improviso e inopinadamente que no tuvo tiempo siquiera para consumir las Sagradas Especies. Entonces ocurrió aquel suceso grandemente conmovedor y admirable de la Sagrada Eucaristía (abandonada sola en medio del vasto continente de Australia), donde hubo de permanecer por dos años en medio del pueblo fiel privado de todo pastor. Ocultas y guardadas dentro de un armario de cedro, las preciosas Hostias fueron continuamente cercadas de las adoraciones y oraciones piadosas de los católicos. Una lámpara ardía perpetuamente ante el Dios dos veces escondido. El rezo del rosario alternaba con el canto de los salmos y otros cánticos piadosos en torno del Tabernáculo. Jesús había querido reservarse a sí mismo el cuidado de consolar la

prolongada expectación de su pueblo, hasta que al fin le plugo satisfacerla colmando todos los deseos. Cuando en Mayo de 1820 (al cabo de dos años de hallarse abandonadas las sagradas Hostias), arribaron (a Sidney) los primeros capellanes oficialmente reconocidos (por el Gobierno de Inglaterra) encontraron los sacerdotes que las Sagradas Especies se conservaban sin corrupción alguna.

"Tal fue el primer Templo que el verdadero Dios tuvo en el continente de Australia" (esa humilde vivienda de un católico, ese pobre armario de cedro); hállanse hoy reemplazados por tantas catedrales, iglesias y capillas. Sobre el lugar consagrado por este gran recuerdo se levanta hoy la iglesia de San Patricio, confiada al celo de los RR. PP. Maristas, en quienes continúan siempre vivas la piedad y abnegación de los primeros sacerdotes católicos de Sidney" (1).

Hoy la iglesia de Australia es una de las más florecientes del orbe católico, tiene por primado al Eminentísimo Cardenal Morán arzobispo de Sidney, cuenta con clero numeroso, y goza de una libertad desconocida en muchos países que se llaman católicos.

VELADAS DEL CENACULO, Nº 11. Cuenca: Imp. del "Reinado Eucarístico", por F. Vintimilla, Febrero de 1897.

(1) **Les Missions Catholiques**.— Nº 1415.

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Con la presente *Velada*, que es la duodécima, se completa la serie correspondiente al año primero de esta publicación; aunque dedicada ella especialmente a los socios de la *Adoración Nocturna*, ha sido benévolamente acogida por el Clero y cuantos aman entre nosotros las glorias del Santísimo Sacramento. A todos los favorecedores de esta humilde hoja, les manifestamos aquí nuestro reconocimiento y gratitud, ofreciéndoles llevar adelante esta pequeña obra, si continúan dispensándonos su eficaz cooperación; Nuestro Divino Salvador Sacramentado será su recompensa.

Cuenca, Marzo de 1897.

La Redacción.

PUNTO DE MEDITACION PARA LA VELADA.

LA ENCARNACION.

Texto evangélico.— Dice San Juan: "En el principio, esto es desde la eternidad, era ya el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros". *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis* (Cap. I. v. 1 y 14). Estas profundas y admirables palabras del Evangelista nos enseñan, entre otros misterios, la relación íntima y profunda que ata el misterio de la Encarnación con el de la Sagrada Eucaristía, como lo vamos a meditar.

PUNTO 1º.— El primer portento que nos ofrece el misterio de la Encarnación es Dios unido al hombre, el Verbo hecho carne, según la enérgica frase del Evangelio: *Et Verbum caro factum est*. ¿Puede imaginarse siquiera una maravilla comparable a la Encarnación? ¡Todo un Dios unido a la vil criatura, esto es, el Ser infinito unido a la nada, el Omnipotente a la debilidad, el Eterno, el Impasible unido a lo que es mortal y perecedero?

¿Qué lengua bastará a ensalzar como se merece una dignación tan infinita? Pero este misterio tan grande, tan hermoso se reproduce en nuestros pechos siempre que recibimos la santa Comunión; por medio de ella Dios viene a habitar en nuestros corazones con una unión que, después de la hipostática, es la más íntima que puede concebirse; es, dice San Cirilo de Alejandría, como si de dos pedazos de cera se formase uno sólo. El Salvador instituyó la sagrada Eucaristía, para que por medio de ella participásemos nosotros también, en algún grado, de esa unión divina e incomprensible que tiene su Humanidad santísima con el Verbo: de modo que si el Verbo se hizo carne en el misterio de la Encarnación, el mismo viene a habitar en nosotros por medio de la Comunión. *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. ¿Qué ofreceremos al Señor en reconocimiento de dádiva tan preciosa? *¿Quid retribuam Domino pro omnibus qui retribuit mihi?*

PUNTO 2º.— La unión portentosa realizada por la Encarnación entre el Verbo divino y la Humanidad santísima de Cristo es la unión de las dos naturalezas divina y humana en la única e indivisible persona del Verbo; de modo que Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, pero este hombre perfectísimo y completo no tiene otra personalidad que la del Verbo. Esto nos enseña el dogma católico acerca de la Encarnación; veamos ahora lo que pasa en nosotros cuando recibimos la Comunión eucarística. Cristo desciende a nuestros pechos y se une a nuestras almas, y sin que el Salvador ni nosotros dejemos de ser lo que somos, verifícase una unión mística tan admirable que podemos exclamar entonces con el Apóstol: "Vivo yo ciertamente, pero de manera que no soy yo quien vivo, sino Cristo es quien vive en mí. *Vivo autem, jam non ego: vivit vero in me Christus!*...

PUNTO 3º.— El misterio de la Encarnación ha sublimado la naturaleza humana a una altura prodigiosa. Dios, dice San Agustín, se ha hecho hombre, para que el hombre se hiciese Dios. En la sagrada Comunión sobre todo es donde se palpa, por decirlo así, este fruto

admirable de la Encarnación; pues, por medio de la Eucaristía el alma llega a ser no solamente el santuario de la Divinidad, sino la esposa amada del Verbo, esposa dichosísima a quien pueden aplicarse los elogios del Cantar de los Cantares. Los desposorios contraídos por la naturaleza humana con el Verbo divino en el misterio de la Encarnación, se renuevan con cada alma en particular en la Comunión eucarística; Dios se ha hecho hombre en Cristo Señor nuestro, para que este Dios humanado habite en cada una de nuestras almas y las eleve a la sublime y hermosa dignidad de esposas suyas. *¡Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis!* ¿Quién podrá jamás alabar como es debido una dignación tan inefable y amorosa de nuestro Dios?

Resoluciones.— Siempre que comulguemos, meditemos en el misterio santísimo de la Encarnación, y procuremos imitar las virtudes que la Santísima Virgen practicó en este misterio.

UN SIGLO QUE ACABA (1)

Dios ama a la Iglesia; si la somete a la dura prueba de la tribulación es para purificarla, no para perderla. El siglo presente es testigo abonado de esto; durante él, la Iglesia católica ha visto renovarse contra ella en muchas naciones las persecuciones de los tiempos primitivos; mas, por esto mismo se presenta a nuestros ojos tan gloriosa y resplandeciente como en las mejores épocas de su historia. Pero ¡ay de los traidores!; ¡ay de los apátridas!; ¡ay de los que vencidos por cobarde interés reniegan de la fe y se echan en brazos de la incredulidad!: ¡para estos desgraciados una persecución religiosa es ya de suyo el más grande y espantoso castigo, porque quiere decir no solamente la pérdida de la Fe, sino también de la salvación eterna!

(1) Véase la pág. 784 de la Velada 10ª.

La V. M. Inés Steiner, cuyas célebres predicciones venimos refiriendo, dice que el Señor le manifestó que se preparaban para la época presente castigos terribles contra los católicos tibios y olvidados de sus deberes. "Habrá muchos castigos, y el más grande de todos dictado por la cólera de Dios, será la perdición de no pequeño número de almas, de aquellas que han abusado de gracias innumerables y de las buenas inspiraciones que el Cielo les había sugerido. Habrá además otros tres castigos particulares, a saber: muertes súbitas muy frecuentes, la pérdida de la Fe y la persecución contra la Santa Iglesia, acompañado todo esto de desórdenes así en las aldeas como en las ciudades". ¡Los católicos tibios y descuidados que abandonan fácilmente sus santas creencias y abrazan la causa de la impiedad, no advierten que esta triste facilidad es para ellos el más horroroso de los castigos con que les hiere el Cielo!...

"Las ingratitudes de los cristianos, dijo el Señor cierta ocasión a su querida sierva Steiner, claman hacia a mí. Oh ¡cuántos podrían salvarse! Mas ellos no me reconocen ya por su Criador, y aun cuando asisten a mis iglesias, en vez de adorarme me ofenden. Sus corazones están de tal suerte endurecidos que ni los castigos ni las gracias les aprovechan, y así no me reconocerán hasta que me verán residenciando como juez a mi pueblo de predilección (el pueblo católico)".

Pero, ¿y cuáles serán los medios con que lograremos desviar de sobre nuestras cabezas tan espantosos castigos, o siquiera aminorarlos? —"Ora, dijo el Señor a la V. Steiner, ora a mi Corazón, a fin de que mi Padre use de misericordia. Cuando tú meditas acerca de mi Pasión, yo estoy contigo y te hago participar de mis dolores. Tú recuerdas (y oras para que no acontezcan) los trastornos, guerras y males que te he mostrado y encargado anunciar (a mi pueblo); cumple, pues, mi voluntad; dile qué es lo que Yo exijo" (1).

(1) La Servante de Dieu M. Agnes C. Steiner-par le R.P. de Reus.

Lo que el Señor exige para salvar a su pueblo, libertándole de los males que le amenazan, es la santificación en el Clero, el fervor en las Comunidades religiosas, un nuevo despertar de la piedad y la fe en todas las clases sociales. La devoción al Corazón Santísimo de Jesús, a su Pasión adorable y a la Sagrada Eucaristía; una filial confianza para con la Virgen Inmaculada, y la reforma general de costumbres: he aquí los medios eficaces para que un pueblo salga del Radicalismo y logre la libertad de los hijos de Dios.

Es muy de notar que una de las prácticas piadosas que el Señor pidió especialmente y con grandes instancias a su Sierva Steiner, es la de las súplicas nocturnas; y como replicase ella que muy pocos querrían ofrecerlas: "¿Qué importa que no sean más que tres?, le dijo el Señor. Con esto basta. Quiero que por la noche canten ellos mis alabanzas, en lugar del mundo que yace perdido en su ceguedad". ¿No nos demuestra esto cuánto agrada al Sagrado Corazón de Jesús la *Adoración Nocturna* al Santísimo Sacramento, y como los pueblos y ciudades, donde hay una sola asociación de esta especie, deben reputarse al abrigo de las cóleras del Cielo? ¡Oh si se propagara la obra de la Adoración Nocturna en nuestra República, sería aquello un dique poderoso contra la oleada de Masonismo e impiedad que nos inunda!

MARAVILLAS EUCARISTICAS.

Refiere Laurenti en la preciosa obra *Le meraviglie del SS. Sacramento* (Turín), que en Suiza había no hace mucho un campesino muy devoto de la Sagrada Eucaristía, el cual continuamente pedía al Señor no le hiciese morir sin recibir en aquel supremo trance el santo Viático. Aconteció que una noche llamaron con grande insistencia al párroco para que fuese a dar los últimos sacramentos a un moribundo, señalándole el lugar donde éste se encontraba. El celoso sacerdote partió al momento, caminó toda la noche por ásperas y silenciosas montañas, y a la madrugada llegó al lugar que se le ha-

bía designado. Encontró allí a un anciano labriego que estaba cortando leña en el patio de su casa; preguntóle el párroco dónde se hallaba el enfermo en favor de quien se le había llamado. El anciano repuso que no sabía hubiese enfermo alguno por aquellos contornos; y en efecto, a pesar de las indagaciones que se hicieron no se pudo dar con el misterioso moribundo. En vista de lo cual el sacerdote resolvió regresar a su parroquia; en tal coyuntura el pobre anciano suplicó al cura le confesase y administrase la sagrada Comunión, haciéndole notar que por su extremada vejez le era ya imposible concurrir a los ejercicios piadosos de su pueblo. El párroco convino en ello; confesó a aquel buen campesino y le dio la sagrada Comunión. Hecho esto regresaba ya para su iglesia, cuando a pocos pasos fue llamado nuevamente. ¡Cuál no fue su sorpresa al ver agonizante al anciano a quien acababa de asistir!; pero este asombro se cambió en gratitud para con Dios, cuando el moribundo le declaró que la insigne gracia dispensada de modo tan maravilloso respondía a la súplica que durante toda la vida había hecho, de no morir sin recibir antes los últimos sacramentos... ¡Efectos admirables de la tierra y constante devoción a la divina Eucaristía!

No solamente los católicos, hasta los mismos herejes e incrédulos sienten no pocas veces en sus almas la influencia divina del Sacramento. El célebre Cardenal Manning confesaba deber su conversión al Catolicismo a la Hostia sacrosanta. "Hallábame en Roma (siendo todavía ministro anglicano) visitaba los museos, las iglesias; y ninguna idea me había venido aún de cambiar mis creencias religiosas. Una mañana entré al templo de San Luis de los franceses. En el altar estaba expuesto el Santísimo Sacramento para la bendición, función piadosa a que nunca había asistido antes. Sin embargo, nada más sencillo que eso: cirios encendidos, incienso, sacerdotes en hábito coral; al pie del altar, algunos fieles que oraban de rodillas".

Esta ceremonia tan sencilla decidió la conversión del ilustre Manning, que de ministro de la secta anglica-

na vino a ser uno de los más doctos, piadosos y grandes prelados que ha tenido el Catolicismo en este siglo. ¡Maravillas de la Eucaristía!

UN AMANTE APASIONADO DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Todos los santos sin excepción han profesado devoción especial y amor ardiente al Santísimo Sacramento; pero hay entre ellos algunos que han sobresalido de modo maravilloso en este amor y devoción. Tal es entre otros el venerable siervo de Dios, Padre Mateo de San Paulino, de la Orden de Agustinos descalzos (1), de quien diremos algo por no ser su vida conocida entre nosotros.

Antes de ser elevado al sacerdocio, siendo todavía estudiante, ardía ya de tal modo en amor de la Sagrada Eucaristía, que muchas veces al acercarse a la Comunión se le vio levantarse en los aires y volar al encuentro de la Hostia santa, como impelido por una fuerza prodigiosa. Ordenado de sacerdote, puede calcularse cuánto se acrecentaría su amor al divino Sacramento; cuando celebraba la Misa, al tiempo de la consagración, elevábase más de un palmo sobre el suelo, y quedaba arrebatado en éxtasis. Cierta ocasión mientras, con su acostumbrado fervor, recitaba el *Domine, non sum dignus,* la sagrada Hostia se escapó de las manos de Mateo y fue a colocarse por sí misma en sus labios, como impaciente por unirse cuanto antes con una alma tan cándida y fervorosa.

No podía oír el nombre del Santísimo Sacramento sin caer en los más dulces deliquios de contemplación extática; lo cual le acontecía no solamente en el templo, en la celda y en el claustro, sino hasta en las plazas; a tal punto que las multitudes se detenían y agolpaban para admirarlo. Como viajase una vez con dos religiosos

(1) Extractamos esta breve noticia de la excelente revista eucarística de Nápoles, **La SS^a Eucaristía,** vol. II. pág. 364.

de su Instituto, éstos, para probarle, pusiéronse a hablar entre sí de la sagrada Eucaristía; al instante mismo el venerable Mateo principió a elevarse en los aires; pero luego, haciéndose una extrema violencia, y conteniéndose el pecho, cual si tratase de estallar, separóse de sus compañeros de camino, fuese a un prado próximo, y allí, por distraer su pensamiento, iba arrancando flores, y diciendo: "¡No, Señor: no, único Tesoro mío: no, ahora!... ¡Déjame estar en mí, por ahora!...

Habíase fabricado un pequeño tabernáculo, en el cual de un lado se miraba una imagen de la Santísima Virgen, y del otro la figura de la Hostia circundada de llamas que salían de un corazón, algo a modo de una custodia. Este diminuto sagrario llevaba consigo en todos los viajes; delante de él se arrodillaba y hacía oración, y lo mostraba frecuentemente a sus amigos exhortándoles a profesar devoción y amor a Jesús Sacramentado. Tenía a gran delicia adornar con sus propias manos los altares donde estaba depositado el divino Sacramento, al que llamaba *Su Prisionero*. Procurábase con este designio colgaduras, candeleros, y toda clase de objetos preciosos conducentes al objeto; cuidando que el sagrado Tabernáculo estuviese siempre cercado de frescas y fragantes flores que él mismo disponía en vistosos jarrones y macetas. Estas flores llegaron a ser instrumento de estupendas maravillas, pues muchos enfermos recobraron la salud a su contacto, como se refiere señaladamente haber ocurrido a un niño de una piadosa señora llamada Armenia Migliore.

La piedad de este extraordinario siervo y amante de la Sagrada Eucaristía inflamábase sobremanera en el día y octava de la gran fiesta de *Corpus Christi*. Veíasele entonces rebosando júbilo, y por la abundancia del gozo como fuera de sí y transformado en un ángel. Decía que ésta era la fiesta de los sacerdotes, y excitaba a todos que la celebrasen con particular devoción. Eran tan vivos los ardores en que se derretía su alma cuando se preparaba a ofrecer el santo sacrificio de la Misa, como también durante aquella privilegiada octava, que parecía

que el pecho le iba a reventar por el ímpetu y violencia con que le palpitaba el corazón, en grado tal que se veía obligado a apoyar fuertemente la mano derecha sobre el costado izquierdo, y no pocas veces exclamaba: "¡Basta ya, pobre corazón mío; basta ya!"... Un hermoso prodigio vino a confirmar el anterior; pues, cuando muerto este gran siervo de Dios, fue sepultado su bendito cuerpo con las manos juntas sobre el pecho, como se acostumbra, al abrir años después el sepulcro, se encontró que el cadáver había tomado por sí mismo una posición diversa: tenía la mano derecha comprimiendo la región del corazón, como solía hacer el santo Sacerdote cuando vivo; demostrando con esto que aquel corazón dichoso continuaba siendo, aún entre el polvo del sepulcro, relicario de amor a la sagrada Eucaristía.

Este siervo de Dios floreció en Viena, capital del Austria, donde tiene la Orden un célebre Convento; en este pasó Mateo la mayor parte de su vida, y en él murió y fue sepultado; vése hasta hoy un retrato suyo en aquel monasterio con la siguiente inscripción en latín: "El Venerable Mateo de San Paulino, que tan lleno estuvo de amor a la Sagrada Eucaristía, que bastaba su recuerdo para ponerle extático".

VIA SACRA EUCARISTICA

Reparemos con la Sma. Virgen los ultrajes irrogados por la impiedad al Santísimo Sacramento.

CONSIDERACION PRELIMINAR.

En el precioso ejercicio del Vía-Crucis las tres últimas estaciones nos presentan un misterio profundo y admirable que, según juzgamos, debe excitar muy especialmente la consideración e inflamar la piedad de los católicos, en los tiempos desgraciados en que nos hallamos; pues los horrorosos sacrilegios que, desde hace algunos años, perpetra audazmente la Masonería contra la Hostia sacrosanta, renuevan hoy las circunstancias de

este misterio, con una realidad tan viva y cruel que espanta el meditarlo. Muerto ya Cristo Señor nuestro, su cuerpo sacratísimo quedó todavía, por más de una hora, pendiente en la Cruz, y continuó siendo el blanco del odio y furor sacrílego de los judíos; entonces la lanza despiadada del soldado desgarró el pecho y Corazón amantísimo del Hijo de Dios. ¡Quién podrá expresar el dolor vehementísimo que experimentó María así en este paso como cuando tuvo en sus maternales brazos el cuerpo exánime del Salvador, cuando le dio sepultura, y cuando hubo finalmente de separarse del Calvario y dejar, por decirlo así, abandonado en medio de sus enemigos, ese sepulcro que encerraba el tesoro más grande que jamás se podrá encontrar ni en la tierra ni en el cielo? ¿Y no debe ser como una copia, siquiera sea imperfecta, del dolor de esta Madre Santísima, el que deben experimentar hoy los verdaderos católicos al ver a la Hostia adorable de nuestros altares profanada atrozmente por la impiedad moderna? Los periódicos católicos de Europa refieren con frecuencia los robos de tabernáculos y copones, y las abominaciones apenas concebibles que con las sagradas Formas sacrílegamente arrebatadas comete la infernal secta de la masonería: ¿quién podrá expresar la honda y dolorosísima impresión que debe experimentar un corazón sinceramente cristiano ante crímenes tan monstruosos y detestables? ¡Quién tuviera la caridad ardiente y la compasión tierna y abnegada de la Santísima Virgen, para acompañar a Nuestro Señor en este nuevo Calvario!

Parece, en efecto, que la Divina Madre quiere que nos asociemos a sus penas para reparar de algún modo la gloria ultrajada de su Santísimo Hijo, en vista de los admirables portentos realizados en Italia. El 22 de Marzo de 1888, dos aldeanos que se hallaban en el campo, a alguna distancia de Nápoles, en el territorio de Castelpetroso, vieron repentinamente aparecérseles la Santísima Virgen en una actitud verdaderamente extraordinaria: estaba de rodillas la Madre Dolorosa, derramaba llanto en abundancia y tenía delante de sí, colocado en una sábana, el cuerpo yerto y ensangrentado de su Divi-

no Hijo. Esta aparición maravillosa subsistió por muchos días, fue contemplada por innumerables personas, y ha dado origen al santuario célebre ya de Nuestra Señora de los Dolores, de Castelpetroso. Poco después en Osimo, pequeña ciudad episcopal cerca de Loreto, se perpetró un horrendo sacrilegio contra la Hostia Santa, e inmediatamente una imagen de la Virgen Dolorosa que se veneraba en la pequeña capilla de Campocavallo, próxima a Osimo, principió a derramar lágrimas misteriosas y a mover maravillosamente los ojos, como invitando a los fieles a hacer lo mismo, y a contemplar el cuerpo sacratísimo de Jesús, ensangrentado y muerto, que aquella Imagen portentosa sostiene en el regazo. Es, pues, indudable que complaceremos a la Madre Inmaculada, y consolaremos a su Corazón angustiado, si nos asociamos a sus penas, para desagraviar a la Hostia divina de nuestros altares, de los ultrajes, sacrilegios y profanaciones que le irroga la impiedad masónica. He aquí el objeto que se propone la *Vía Sacra Eucarística*.

ORACION PREPARATORIA.

¡Oh María, Madre dulcísima! ¿quién podrá decir cuál fue vuestra pena al contemplar pendiente de la Cruz el cuerpo exánime y ensangrentado de vuestro Divino Hijo? ¡Ese cuerpo sacratísimo era digno de rendidas adoraciones puesto que permanecía unido hipostáticamente al Verbo; y sin embargo no recibía más que ultrajes y maldiciones de parte de los judíos! ¡Y lo que es más doloroso todavía, estas mismas profanaciones sacrílegas vienen renovándose sin cesar desde entonces con la Hostia sacrosanta de nuestros altares! ¡Y todo lo sufre Jesús para testificarnos su amor, y hacer fiel compañía a nuestras almas en el Santísimo Sacramento, hasta la consumación de los siglos! Alcanzadnos, Madre amantísima, la gracia de imitar las admirables virtudes que practicásteis durante la Pasión del Salvador, para que a ejemplo vuestro, y en unión con vuestro Corazón compasivo, podamos ofrecer a nuestro Redentor sacramentado una humilde y fervorosa reparación de las inju-

rias que le prodiga la impiedad todos los días. Quiera el Cielo concedernos por fruto de este devoto ejercicio un gran amor al Santísimo Sacramento, una tierna devoción a vuestros Dolores, la perseverancia final en la gracia, y la salvación eterna.— Amén.

ESTACION I^{a} — El Cuerpo Santísimo del Señor pendiente de la Cruz.

Consideración.— Representémonos cuál sería el dolor que experimentó la Virgen Santísima al ver morir a su Divino Hijo, y contemplar cómo quedaba aún pendiente de tres clavos en la Cruz su cuerpo sacratísimo. Ese cuerpo, aún después de muerto, estaba unido hipostáticamente a la Divinidad, era digno de adoraciones infinitas, y sin embargo continuaba expuesto, cual si fuese el vil cadáver de un criminal, a las injurias y profanaciones sacrílegas de los judíos. ¿Qué adoraciones tan rendidas tributaría la Virgen Santa, allá en lo profundo de su Corazón, a ese cuerpo divino y sacratísimo?

Súplica:— ¡Oh Madre amabilísima! el cuerpo sagrado de Jesús continúa aún pendiente en nuestros tabernáculos, como en un nuevo patíbulo, expuesto a todas las profanaciones de los impíos! Ese cuerpo adorable está adherido a esta ingrata y miserable tierra, ya no solamente con clavos de hierro, sino con la fuerza omnipotente de la palabra sacramental que le ata irrevocablemente a las manos del Sacerdote! ¡Cuánto amor, cuánto reconocimiento debemos a Jesús por esta dignación infinita en favor nuestro! ¡Oh María!: prestadnos vuestro Corazón inflamado, para ofrecerlo a vuestro divino Hijo en reparación de nuestra tibieza, y de la negra ingratitud con que el mundo impío corresponde al progidio más estupendo de la caridad de Dios para con los hombres.— Un *Padre nuestro,* tres *Ave Marías* y un *Gloria Patri;* y así en cada Estación.

ESTACION II^{a}.— La transfixión del Corazón Smo. de Jesús.

Consideración.— La Madre de Dios reveló a Santa Brígida que uno de los más intensos dolores de su alma fue cuando miró al soldado traspasar con una lanza el

costado y Corazón de Cristo. Compréndese fácilmente el motivo. Cuando el Salvador vivía, él mismo era, para expresarnos así, su protección y defensa; pero muerto ya, la Santísima Virgen tenía que ser la guarda y la defensa de ese cuerpo sacratísimo; y ¡he aquí que contempla que un audaz soldado irroga a ese cuerpo divino y adorable el ultraje más sangriento y cruel, capaz por sí solo de dar la muerte a Jesús, si estuviera aún vivo; y María nada puede hacer para impedir o contener ese sacrílego golpe! ¡Qué dolor y angustia para esa Madre tan tierna! Pero, ¡ay! ¿y cuánto no padecería la Inmaculada Virgen, si existiera aún en carne mortal, en vista de las horrendas abominaciones con que la impiedad moderna ultraja a la Hostia adorable, despedazada con puñales, traspasada con espinas?... ¡Y no hay una voz que la defienda, ni una mano que la proteja!...

Súplica.— Corazón de mi Jesús, tan cruelmente tratado por los hombres en la Sagrada Eucaristía, yo os ofrezco, en desagravio de esta inconcebible perfidia y negra ingratitud, los actos de amor y reparación que practicó vuestra Madre Santísima, cuando fue rasgado vuestro amantísimo pecho en el Calvario. Concededme la gracia de ser una víctima constantemente inmolada a vuestra gloria.— Amén.— *Padre nuestro,* etc.

ESTACION III[a].— Jesús muerto, en los brazos de María.

Consideración.— Luego que José y Nicodemus bajaron de la Cruz el cuerpo sagrado del Señor, lo depositaron en brazos de su Madre Santísima. ¡Con qué ósculos tan amorosos, y abrazos tan tiernos, recibiría la Virgen esos despojos sangrientos del adorado Hijo de sus entrañas! Pero, ¡ay! ¡cuánto no hubo entonces de acrecentarse su dolor y angustia, al contemplar de cerca y tocar con las manos las profundas heridas causadas por los azotes, las espinas y los clavos en la Víctima adorable! Cuando comulgamos recibimos también nosotros, no ya solamente en los brazos, sino dentro del pecho, a la misma Hostia Santísima del Calvario que María tuvo en su regazo. Contemplemos entonces con tierna compasión

y encendido amor, cuántos ultrajes, cuántas ignominias ha tenido que tolerar durante diez y nueve siglos esa sacratísima Hostia, para llegar a nuestros pechos.

Súplica.— Jesús dulcísimo, Hostia pura, Hostia santa, Hostia inmolada por los pecados del mundo: concededme la gracia de que cuando os reciba en la Comunión lo haga siempre con las debidas disposiciones; para ello os ofrezco desde hoy los admirables sentimientos de vuestra Madre inmaculada en el Calvario, cuando al bajaros muerto de la Cruz, os lo depositaron en sus maternales brazos; dignaos recibir los efectos encendidos de su Corazón purísimo en desagravio de mis comuniones tibias, y en reparación de los sacrilegios abominables perpetrados por la impiedad y la Masonería contra el Sacramento de vuestro amor. Amén.

ESTACION IV^{a}.— El Cuerpo santísimo del Señor es depositado en el sepulcro.

Consideración.— Después de embalsamado el sagrado cuerpo con los abundantes y preciosos aromas llevados por José y Nicodemus, y envuelto cuidadosamen-en una sábana limpia y nueva, fue depositado en el sepulcro ¡Cuán grande y penetrante hubo de ser este otro dolor para la Santísima Virgen! Recordémosle siempre al hacer nuestras visitas al Santísimo Sacramento: el templo nos representa el huerto contiguo al Calvario, y el Tabernáculo el sepulcro. Los judíos no depusieron su odio contra el Salvador ni aun por verle ya muerto y enterrado, pues alcanzaron de Pilato que les concediera una guardia de soldados para custodiar con ella el sepulcro, e impedir que nadie rindiese homenajes de adoración a ese cuerpo sacratísimo. Esta iniquidad renuevan los impíos modernos cuando cierran los templos católicos, se apoderan de ellos, e impiden que los fieles se acerquen a venerar a su Dios sacramentado. Reparemos solícitos estas indignas profanaciones, e imitando los sentimientos y afectos de María en el paso que meditamos, visitemos continuamente al Santísimo Sacramento oculto en el sagrario, como en la tumba en que le tiene relegado la ingratitud de los hombres.

Súplica.— Jesús amabilísimo, que por el excesivo amor que nos tenéis permanecéis de noche y de día en nuestros altares, a pesar de que la ingratitud de los hombres os ha relegado al olvido, cual si se tratase de un muerto depositado en el sepulcro: perdonad también a los impíos que os persiguen hasta en el fondo del tabernáculo, y aceptad en desagravio de tantos crímenes la solicitud generosa, los encendidos afectos y humildes adoraciones con que vuestra benditísima Madre os honró al encerraros en el sepulcro; haced de nuestros corazones otros tantos sagrarios de caridad y pureza, para que cada una de nuestras comuniones sea un ferviente homenaje de amor y reparación. Amén.

ESTACION V^{a}.— La Sma. Virgen se despide del Sepulcro y del Calvario.

Consideración.— Sepultado el Señor, la Santísima Virgen obedeciendo a las prescripciones de la Ley, pues iba ya a principiar el gran Sábado de los judíos, vióse obligada a abandonar el Calvario y tornar a Jerusalén: pero antes de esto, ¿quién podrá decirnos las expresiones de ternura y los sentimientos de amor con que la angustiada Madre hubo de despedirse de la Montaña Santa, donde aquella misma tarde se habían realizado los más grandes y augustos misterios de la Redención? ¡Qué dolor tan agudo torturaría al tierno y delicadísimo Corazón de la Virgen al alejarse del santo Sepulcro, donde quedaba encerrado ese cuerpo virginal y divino unido hipostáticamente al Verbo, esa Hostia sacratísima que acababa de redimir al mundo, ese Templo único en todo el universo, templo preciosísimo donde habita la Divinidad corporalmente! ¡Y déjanle abandonado en manos de sus crueles y encarnizados enemigos!...

Súplica.— Amabilísimo Redentor mío, sacramentado por mi amor, os adoro y acompaño en la soledad y abatimientos del altar, donde renováis los misterios del gran día de la Redención. ¡Quién me diera visitaros con esa fe viva y caridad ardiente con que la Sma. Virgen os adoró encerrado en el Sepulcro! Dadme Señor, dadme

una caridad fervorosa y una devoción constante a vuestro Sacramento divino, para que él constituya mi único tesoro, y en él tenga encerrado siempre mi corazón. Aunque en fuerza de mis ocupaciones tenga yo que alejarme de vuestros altares, mi alma quedará prisionera en el sagrario, haciéndoos fiel y amorosa compañía. En desagravio de las irreverencias que se cometen en nuestros templos, y de la ingratitud y olvido con que hasta los que se llaman vuestros amigos os abandonan en el Santísimo Sacramento, yo os ofrezco el dolor incomparable con que vuestra Madre Santísima se arrancó del Sepulcro y del Calvario, dejando allí junto a vuestro sagrado cuerpo enterrado también su Corazón; que este Corazón dulcísimo y atribulado sea el reparador de mi tibieza.— Amén.

ESTACION VI^{a}.— La Sma. Virgen recorre los lugares de la Pasión.

Consideración.— Al bajar nuestra amantísima Reina del Calvario y penetrar en Jerusalén, fue recorriendo la *Calle de la amargura* y visitó el Pretorio y demás lugares donde se habían verificado las principales escenas de la Pasión; y encontró a la ciudad deicida bañada en la Sangre del Redentor. Sí: allí estaba esa Sangre divina, fresca y rubicunda aún, en las piedras de las calles, las vestiduras de los verdugos, la columna de la flagelación!... ¡Esa Sangre divina, Sangre unida hipostáticamente al Verbo, y digna por lo mismo de infinitas adoraciones, era escupida, blasfemada y pisoteada!... ¡Qué dolor para el Corazón Smo. de María!: ¡cómo habría querido multiplicarse para adorar hasta la más imperceptible gota de esa Sangre redentora, y hacerla compañía allí donde la encontrase! ¡Cómo se esforzaría por suplir con los más encendidos afectos de su alma, el homenaje de adoración y amor que los hombres se negaban a tributar a esa Sangre profanada!...

Súplica.— ¡Sangre divina y adorable de mi Redentor, que palpitáis dentro del sagrado cáliz, en el sacrificio augusto de la Misa, cómo quisiera multiplicarme para adoraros en todos y cada uno de los altares del orbe

católico! Inundáis como un mar de bendiciones al mundo todo; y sin embargo el mundo ingrato y criminal ni os quiere reconocer, ni os adora! ¡Ay!, desde aquí contemplo los innumerables lugares donde, sobre la redondez de la Tierra, ha sido el Santísimo Sacramento ultrajado y pisoteado; no encuentro una sola nación, ni un pueblo solo que no se confiesen reos de atroces sacrilegios! En la impotencia en que me veo de reparar tantas profanaciones, ruego a los Angeles del cielo lo hagan ellos por mí; pídoles que cubran de besos y santifiquen con rendidas y humildes adoraciones cada uno de esos desgraciados lugares donde mi Dios ha sido ultrajado. ¡Oh María! ¡madre mía dulcísima! como visitásteis las calles de Jerusalén, recorred ahora los pueblos, ciudades y altares de este mundo criminal; allí donde encontréis que la Masonería, la impiedad y el sacrilegio han perpetrado algunos de sus horrendos crímenes contra la Hostia sacrosanta, allí ofreced vuestras valiosas reparaciones, lavad esos lugares con vuestras purísimas lágrimas, e implorad misericordia para el mundo consumido por la corrupción y la impiedad.— Amén.

ESTACION VII^{a}.— La Santísima Virgen en el Cenáculo.

Consideración.— Como principiara ya el Sábado, la Santísima Virgen hubo de permanecer encerrada en el Cenáculo, en aquellos tres días amarguísimos de soledad que precedieron a la resurrección de su Divino Hijo. Durante ellos, aunque con la presencia corporal estaba María en el Cenáculo, con el corazón y el alma permaneció en el santo Sepulcro, allí perseveraba de rodillas junto al cuerpo santísimo del Redentor, adorando sus humillaciones, besando sus llagas preciosísimas y ofreciéndole al Eterno Padre como Víctima de propiciación por los pecados del mundo. Recordaba una a una las escenas de la Sagrada Pasión, abismábase hasta la nada y derretíase de amor y gratitud considerando la caridad infinita de Dios a los hombres, que así amó al mundo que llegó a dar para salvarlo, a su mismo Hijo Unigénito. A imitación de la Santísima Virgen los amantes de la Eucaristía, en medio mismo de las más premiosas o-

cupaciones, aunque con el cuerpo ausente del tabernáculo, han de tener el corazón y el alma estrechamente unidos a la Hostia sacrosanta; amar a esta Hostia divina, adorarla, ofrecerla al Eterno Padre por la salvación del mundo, tal debe ser la vida del verdadero devoto del Sacramento.

Súplica.— Jesús amabilísimo, yo os ofrezco este piadoso ejercicio con cuanto en mi vida haya de hacer y padecer auxiliado de vuestra gracia; os ofrezco especialmente mi muerte con todos los dolores y humillaciones que, según vuestra divina voluntad, le han de acompañar, en reparación de mis ingratitudes y pecados, y los de todo el mundo, particularmente de aquellos con que se ultraja al Santísimo Sacramento. Deseo que mi muerte sea una expiación de esas indignas profanaciones. Y para que mi pobre y humilde oblación sea aceptable en vuestro acatamiento divino, os la ofrezco en unión de los méritos de los Angeles y Santos más amantes de la Eucaristía, en unión, sobre todo, de los méritos y dolores de la Santísima Virgen, de aquella abnegación completa de sí misma, y ese ardentísimo amor, con que, cuando morísteis en la Cruz, os acompañó solícita en el Calvario y el Sepulcro. Concededme la gracia de morir limpio de toda culpa, y en un acto purísimo de amor, para que en ese instante supremo pueda presentarme como una hostia agradable y acepta ante vuestros divinos ojos.— Amén.

DEPRECACION AL CORAZON CONTRISTADO DE LA SMA. VIRGEN

Oh Corazón dulcísimo de María que, junto a la Cruz, fuisteis atravesado por la espada de dolor profetizada por el santo anciano Simeón; Corazón el más tierno y compasivo de todos los corazones, copia acabada y perfecta del Corazón divino de Jesús, que ardéis y os consumís en llamas de la más intensa caridad, ¿quién podrá medir la profundidad insondable de ese océano de amarguras en que os anegásteis durante la Pasión de vuestro adorado Hijo? Pero ¡ay! que la iniquidad de los hom-

bres no satisfecha con haberos abrevado de dolor en el Calvario, renueva hoy esa Pasión santísima con los ultrajes, blasfemias, sacrilegios y abominaciones de toda clase que prodiga contra el Santísimo Sacramento. Los altares católicos hánse convertido por estas profanaciones en otros tantos Calvarios, junto a los que agoniza de dolor vuestro Corazón, ¡oh Madre amabilísima! ¡Quién me diera ocupar el puesto de San Juan y la Magdalena para haceros fiel compañía en este nuevo Calvario, y permanecer junto a Vos, de pie y constante, cercando a la Hostia Inmaculada y Divina que se inmola incesantemente por los pecados del mundo! Esta es la gracia que os pido. Amén.

VELADAS DEL CENACULO, Nº 12. Cuenca: s. l., Marzo de 1897.

AÑO VII CUENCA, 22 DE AGOSTO DE 1912. NUM 346

LA ALIANZA OBRERA

SEMANARIO DE INTERESES GENERALES.

DE ACTUALIDAD

Al concluir las fiestas peruanas, en conmemoración de su grande fecha histórica; tras el regocijado interregno de sus litigios; después del urbano y mutuo *tête-à-tête*, de las dos *juventudes* peruana y ecuatoriana; ésta tan bien recibida en Lima; aquella tan cultamente saludada en Guayaquil. Tras esto y lo de más allá; tenemos que las *entendederas* no estén en armonía con la gravedad de la causa, cerca de un siglo perseguida, ni con el valor de un criterio más patriótico que aquel que se desvanece al humo de amistosas libaciones.

No tenemos que verlas con el Perú? Ni nada que reclamarle? Ni él nada que darnos?

Al imitir a Chile, con haber aceptado las hidalgas deferencias del Perú; al descontentar a Colombia, con no seguir el ejemplo de su reserva, debimos pensar en nuestra *demanda*, y ver si se parece a las que tienen urdidas con el mismo Perú las naciones del Sur y la del Norte.

Nuestro caso presenta analogías con el perúchileno?

De ninguna manera: ese no es un problema irresoluto como el nuestro; no lo es: Chile no acostumbra a dejar vencerse plazos tras plazos en sus reclamaciones. Y sabe muy bien lo que no le pertenece, y lo que si; otra cosa muy distinta es que aguarde más o menos tiempo para el *finiquito* de sus operaciones, cuanto le sugiera la mayor de las sagacidades que se llama la *prudencia de los estados*.

Chile es Chile: y le conoce el Perú.

Colombia no ha dado tregua, con un paréntesis de cumplimientos, a sus protestas contra el común enemigo: conocería que esa era su conveniencia. No por eso nos alzamos a mayores, ni reprobamos el ajustamiento de juveniles simpatías entre los dos pueblos discordes: el nuestro y el del Sur. Pero, enemigos de celejes pardos, quisiéramos que las *conservas de guindas y las ciruelas claudias, que los quesos de Flandes y la miel de abejas*, no fueran sino *entradas* a pactos más duraderos y mayormente dignos de la legalidad y la conciencia pública.

Hay su peligro en la familiaridad de los grandes; creense tan iguales que mutuamente se niegan acatamiento, y ninguno se tiene en menos, cuando han discurrido para ellos juntos, días de sabrosa compaña.

Trae sus inconvenientes el comer y beber de la misma vajilla. No podremos nunca, decía el Gral. San Martín, hablando de las pretendidas dictaduras atribuidas a Bolívar, no podremos nunca obedecer como a Soberano a un *individuo* (vaya con la impersonalidad) con quien en el campamento hemos fumado juntos nuestro cigarro.....

Dos pueblos, cuyas cuentas no van saldadas, y se parten ya del mismo confite, están en riesgo de echar la capa al toro. Tiene su peligro la familiaridad entre *mayores*.

Bendita la paz y la concordia con el Perú. ¿Pero, los *límites*? —No sea que el olvido de ellos figure en el gran *Menú* con que la Vecina ha celebrado sus bodas. ¡Carísimo fuera el postre!

Sáquenos de temores el Señor Congreso.

ACUERDO

La Sociedad Obreros de la Salle, en sesión extraordinaria del 15 de los corrientes,

CONSIDERANDO:

Que ha fallecido, en la mañana de hoy, el benemérito obrero Señor Dn. José Tarquino León, Vicepresidente de la Sociedad, quien se ha distinguido por su acrisolada honradez, exactitud en el cumplimiento de los deberes que impone la sociedad y verdadero anhelo por el progreso de ella;

Que el Señor León ha sido además, excelente padre de familia y ejemplar ciudadano;

ACUERDA:

1º Deplorar, como en efecto deplora, la sentida muerte de tan benemérito socio.

2º Oficiar al Señor Dr. D. Agustín Cuesta V. suplicándole que tomara la palabra en el cementerio, a nombre de la sociedad.

3º Invitar a todos los obreros del país para el sepelio del cadáver.

4º Concurrir, en corporación, a todas las ceremonias religiosas.

5º Celebrar las honras reglamentarias, el 15 del próximo mes; y

6º Enviar una corona fúnebre y un ejemplar del presente acuerdo a la familia del malogrado socio.

Dado en la sala de Sesiones, a 15 de Agosto de 1912.

El Presidente, ANGEL M. FIGUEROA. El Secretario, AURELIANO VÁZQUEZ.

El Obrero
Sr. José Tarquino León.

La muerte ha arrebatado de la Sociedad de la Salle a uno de sus mejores socios. ¡Qué corto tiempo hubo de acompañarnos el Sr. Dn. José Tarquino León!

Ingreso en el Circulo Obrero de la Salle el 10 de Octubre de 1910. Pronto los compañeros conocieron las relevantes prendas que adornaban al Sr. León, y en 1911, fue elegido Vicepresidente. Como en el desempeño de su cargo desplegara todas las energías de su espíritu emprendedor, al año siguiente, fue de nuevo reelegido. Durante este corto tiempo en la Sociedad, el Sr. León se distinguió por dos bellas cualidades, que formaron como el perfil de su fisonomía moral: firmeza de carácter y ascendrada caridad.

Carácter: el Sr. León fué inquebrantable en sus principios religiosos; exacto en el cumplimiento de los deberes del Círculo; fidelísimo padre de familia; hasta el último día de su existencia, buscó, honradamente, el pan de sus idolatrados hijos.

Caridad: ésta fue el distintivo del alma del Sr. León. Si luchó durante tantos años por organizar el centro de "La Alianza Obrera", fué, únicamente, por mejorar la situación del menestral; jamás el pobre llegó a los umbrales de su modesto hogar, sin que el Sr. León, compartiera con él, el pan de sus hijos; se apropiaba de la desgracia ajena, con tal interés, que varias ocasiones se le vió recorrer las calles de la ciudad en demanda de una limosna para infelices viudas y de pan y medicinas para desgraciados enfermos postrados en el lecho del dolor.

De costumbres ejemplares y maneras delicadas, el Sr. León supo captarse la simpatía de sus hermanos, los

LA ALIANZA OBRERA

CONGRESO OBRERO

PROYECTO DE ACUERDO (1)

de los puntos sobre los cuales convendría el Acuerdo de todos los Centros Obreros de la República:

1º—La organización de la Clase Obrera en el Ecuador, de modo que los artesanos de una provincia, puedan ser auxiliados por los hermanos de las otras.

2º—La creación de Talleres Modelos de cada arte, en Guayaquil, Quito, Cuenca y Riobamba; y el modo de obtener el Título de Maestro.

3º—La manera eficaz de conseguir subsidios del Gobierno, para que los alumnos inteligentes en cada arte, puedan ir a Europa a perfeccionar sus conocimientos, con la obligación de enseñar a los aprendices del país; así como la liberación de los derechos de Aduana para herramientas y más útiles de artes, oficios e industrias; gravando con fuertes derechos las obras, que pudiendo trabajarse en la República, vinieren del extranjero.

4º—Promover exposiciones artísticas e industriales en las principales ciudades.

5º—Trabajar con empeño porque se deroguen leyes y costumbres que degradan a la clase obrera.

---

(1) Estos 12 artículos los redactó el Rvmo. P. Julio Matovelle y los entregó a la Sociedad "Alianza Obrera" del Azuay, cuyo Directorio aprobó íntegramente en la sesión del 8 de agosto de 1905 y publicó en "El Eco del Azuay" Nº 30, de 26 de agosto del mismo año. Actuó como Presidente accidental el señor don Luis Arcentales y Strio. J. Tarquino León.— Lo que sigue es del mismo Rvmo. Padre. (Nota de la 1ª Ed.).

6º—Crear Montes de Piedad o Cajas de préstamos para auxiliar a los artesanos cuando necesiten.

7º—Fundar Sociedades de Socorro Mutuo, en favor de los mismos artesanos, para los casos de enfermedad, invalidez y muerte; como también para auxiliar a sus viudas y huérfanos.

8º—Establecer una casa central de huérfanos para la educación mutua que pudieran prestarse a los artesanos que en edad temprana han perdido a su padre.

9º—Acordar los auxilios y protección mutua que pudieran prestarse a los artesanos de la República en viaje de una provincia a otra.

10º—Solicitar la creación de Tribunales especiales para resolver controversias que se susciten entre el dueño de la obra y el trabajo.

11º—La fundación inmediata de Escuelas Nocturnas con textos apropiados para la clase obrera.

12º—Escogitar los medios de allegar fondos con independencia para sostener los Centros Obreros del Azuay.

Estos mismos puntos enviados al Director nacional de obreros, Sr. Dn. Virgilio Drouet fueron acogidos y patrocinados por tan respetable personaje; quien los publicó, en uno de los diarios de Guayaquil. Además, cábele a Cuenca, el honor de haber enviado una Comisión a exponer las ventajas del Congreso que ahora preocupa a las clases trabajadoras del país y cuyos primeros movimientos de iniciación se dejan sentir en los distintos centros industriales de la Nación Ecuatoriana.

Invitados por el Comité Directivo de los Obreros federados en Guayaquil a manifestar nuestras opiniones acerca de la futura labor del Congreso, no retrocedemos en indicar de nuevo, los puntos que a nuestro humilde parecer deben ser dilucidados concienzudamente en la Asamblea del año de 1906.

En efecto: dos escollos debemos evitar en el camino de nuestro desarrollo y progreso: La rutina, empleada hasta ahora con escaso éxito; y las innovaciones disociadoras, contraproducentes a los fines que nos proponemos. No debemos ser como la rueda que se encasquilla en su camino; ni como la locomotora descarrilada, que si sorprende con su carrera vertigïnosa, acaba sin embargo, en el precipicio.

La clave o punto de partida en nuestras operaciones debe sintetizarse en estas breves frases: Método en el trabajo; Mutuo auxilio de talleres, y Amor a toda clase de hombría de bien. Todas las demás declamaciones que atacan a la propiedad o zahieren a la honrada riqueza nunca ha producido otro resultado que la demagogia de proletarios; más terrible que la demagogia política, y el pauperismo de las masas, muro donde se estrellan el orden y el pudor de la familia. Creemos, y quizá no vayamos equivocados, que al programa preinserto no peca por retrógrado, ni deja de ser modesto. Algunos de sus artículos determinan lo que pudiéramos llamar: Método en el trabajo. Con respecto a los otros dos fines, cuales son el Mutuo auxilio de talleres y el Amor a toda clase de hombría de bien, se obtendrán prácticamente mediante la organización de Centros Obreros, y de Escuelas Nocturnas; en estas últimas, la inteligencia y el corazón recibirán el sello del saber y la virtud, tan indispensables en las relaciones del hombre con sus semejantes.

A pesar de todo obstáculo, no dejaremos los artesanos de Cuenca, de contribuir siquiera con un grano de arena a levantar el monumento de una sólida organización de talleres que servirá para el futuro engrandecimiento del Ecuador.

LA ALIANZA OBRERA, IV: 153. 17 de diciembre de 1908.

HOMENAJE DE FILIAL ADHESION AL ILMO. Y RVDMO. SR. DR. D. MANUEL MARIA POLIT, DIGNISIMO OBISPO DE CUENCA.

Ilustrísimo y Reverendísimo señor:

Cuando hace cerca de un año, entrasteis por primera vez en la Capital de nuestra Diócesis, un pueblo inmenso, compuesto de todas las clases sociales, salió a recibiros entre vítores y hosannas, con otras entusiastas manifestaciones del más intenso júbilo. Los once meses transcurridos, desde entonces acá, han bastado a comprobar cuán laudable y fundada fue aquella santa alegría, y vuestra Grey principia ya a saborear los excelentes frutos de vuestra infatigable solicitud pastoral, al mismo tiempo que se halla grandemente edificada con el hermoso ejemplo de vuestras virtudes, principalmente vuestra incesante aplicación al cumplimiento de vuestros arduos deberes episcopales.

La recompensa de vuestro celo y abnegación, bien sabéis, Ilustrísimo Señor, que os aguarda allá en el cielo, no sobre la tierra. No ignoráis tampoco que sois ministro y representante de un Dios Crucificado, y que, por consiguiente, los dicterios, calumnias, persecuciones y cruces de toda clase deben formar vuestra herencia episcopal en esta vida, como premio de vuestras labores, y en señal de que ellas han sido gratas y aceptas ante el acatamiento del Altísimo. Efectivamente, comenzáis ya a probar las primeras gotas del cáliz de la tribulación, y es por eso que nos apresuramos a presentaros este respetuoso homenaje de nuestra amorosa y filial adhesión a vuestra sagrada persona, para testificaros que no estáis solo en el día de la prueba, sino que vuestro Clero os acompaña, que hace suyos vuestros dolores, y detesta con toda el alma las injustas y escandalosas acusaciones que se han pretendido entablar contra algunos de vuestros actos episcopales y hasta contra la misma san-

ta y divina autoridad que os compete como a Obispo católico y a legítimo Prelado de esta Diócesis. Reprobamos, pues, altamente tan indignos procederes y queremos que conste a toda la República que los infrascritos miembros de vuestro Clero nos gloriamos por teneros por nuestro Pastor y Padre, y os veneramos como a uno de los mejores Obispos del orbe católico, a quienes el Espíritu Santo ha puesto en este mundo para regir a su Iglesia.

Llegada esta oportunidad de hacer pública profesión de nuestra fe, declaramos que no reconocemos otra autoridad, *en el orden espiritual y religioso,* que la de la jerarquía eclesiástica divinamente establecida por N. S. Jesucristo, con perfecta y completa independencia de todos los poderes temporales; jerarquía cuya suprema cabeza es el Romano Pontífice, a quien únicamente, en virtud del primado de honor y jurisdicción que tiene sobre la tierra entera, corresponde nombrar e instituir a los Obispos de ella, en todas las regiones del globo, crear nuevas diócesis, suprimir las ya existentes y hacer cuantos arreglos juzgue convenientes en virtud de su soberana potestad. Por una mera y graciosa concesión de la S. Sede, algunos Gobiernos temporales tienen el privilegio de poder presentar para los Obispados y otros beneficios eclesiásticos, sujetos a quienes el Santo Padre, si juzga dignos y cree oportuno, acepta y nombra para tales beneficios, pero sin que en manera alguna pueda decirse que el patronato sea jamás sin derecho inherente a las soberanías temporales de una nación, cualquiera que fuere.

Nuestro Smo. Padre, Pío X, en uso de su altísima y soberana autoridad de Pontífice Sumo, os ha instituido, pues, Obispo de Cuenca: no acatar vuestro poder ni reconocer vuestra autoridad de legítimo Prelado de esta Diócesis, sería apartarse de la unidad católica y lanzarse de lleno en los despeñaderos de la apostasía, el cisma y la herejía.

Imploran de rodillas vuestra bendición y besan respetuosamente vuestro cayado y anillo pastorales.

Gregorio Cordero, Deán; Benigno Palacios, Arcediano; León Piedra, Dignidad; Mariano Borja, Dignidad; Manuel Antonio Alvarez y Miguel Antonio Coronel, Canónigos de primera institución.— Juan M. Cuesta, Penitenciario.— Lizardo Abad, Javier Landívar, Joaquín Martínez T. y Tomás A. Alvarado, Canónigos.— Manuel Crespo Arévalo, Canónigo de la Diócesis de Guayaquil; Manuel de la Cruz Hurtado, Canónigo honorario; Julio Matovelle, Canónigo honorario y superior de la Comunidad de Oblatos; Guillermo Harris M., canónigo honorario y Rector del Seminario Conciliar.— Jesús Arriaga, Ignacio Palomeque, Elías Mora y Clodoveo Vázquez, Superiores del Seminario.— Daniel Hermida, Nicanor Aguilar, Manuel M. Vintimilla, Francisco de Paula Correa, Alberto M. Ordóñez y Manuel J. Avilez, Profesores en el Seminario.— Abelardo Ortega, Cura Rector del Sagrario; José Napoleón Piedra, Cura de San Roque.

Siguen las firmas del Clero secular y regular.

LA ALIANZA OBRERA. IV: 153, 17, diciembre, 1908.

NUEVA PROTESTA

de adhesión al Ilmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis por parte del Vble. Capítulo y Clero de la misma.

Ilmo. y Rvdmo. Señor:

Profunda lástima nos ha causado el absurdo folleto que, con el presuntuoso título de *Anulación*, ha dado a luz un obcecado señor Sacerdote de esta Diócesis, contra el Auto expedido por Vueseñoría Ilustrísima. En reprobación de los numerosos errores tenazmente sostenidos por aquel, en varios escritos, escandalosamente difundidos por medio de la prensa.

Creíamos, Ilmo. Señor, que el mencionado Auto de US. Ilma. y Rvdma. habría bastado para que el mal aconsejado sacerdote, reconociendo humildemente sus desaciertos, impetrase, como en la primera ocasión, la paternal indulgencia de su Prelado y volviese a la abandonada senda de la verdad; pero, desgraciadamente, no ha sucedido así: por la más extraña desventura, ha subido de punto el deplorable ofuscamiento de ese infeliz sacerdote, el cual ha venido a ser, en el seno de esta católica ciudad, una piedra de escándalo, desde que tan temerariamente desconoce la alta y legítima autoridad de que Vueseñoría Ilustrísima se halla investido como Obispo de la Diócesis.

Unimos, pues, nuestra voz a la de todas las clases sociales de esta noble sección de la República, para protestar, como enérgicamente protestamos, contra los conceptos heterodoxos que contiene el expresado folleto, igualmente que contra los groseros insultos con que su infortunado autor ofende a la veneranda persona de Usía Ilustrísima y Rvdma.

En medio de toda la sociedad, extraordinariamente exasperada por tan desatentado proceder, no podemos los sacerdotes permanecer indiferentes, teniendo en cuenta, sobre todo, la triste circunstancia de ser persona del clero diocesano la que con tanta audacia se alza y vocifera contra su legítimo y venerable Padre y Pastor; proceder tanto más detestable cuanto que los relevantes méritos, aventajada ciencia y ejemplares virtudes del distinguido y preclaro señor Obispo de nuestra Diócesis, son conocidos y debidamente estimados, no solamente por toda la República, sino aun por el Supremo Jerarca de la Cristiandad.

Cumplimos, por tanto, Ilustrísimo Señor, con el imperioso deber de vituperar las erróneas doctrinas del extraviado sacerdote y de protestar, nuevamente, que acatamos concordes las enseñanzas de Su Sría. Ilma.; nos sometemos de buena voluntad a sus disposiciones; aplaudimos su digno comportamiento; admiramos su infatigable actividad y solicitud, y nos gloriamos de ser fieles súbditos y colaboradores suyos, en la grande obra de la santificación de las almas y la dirección espiritual de esta católica diócesis.

Quédanos todavía, a pesar del funesto desacierto que deploramos, la esperanza de que este pobre hermano nuestro reconozca, por fin, su lastimoso descarrío, se humille ante su legítimo superior, y recobre así la paz de su conciencia, eximiéndose del afrentoso estigma de la reprobación social y librándose del formidable riesgo de la perdición eterna.

Gregorio Cordero, Benigno Palacios, Mariano Borja, León Piedra, Miguel Antonio Coronel, Lizardo Abad, Alberto Ordóñez, Juan María Cuesta, Javier Landívar, Joaquín Martínez T., Tomás A. Alvarado, Manuel Cruz Hurtado, Guillermo Harris, Nicanor Aguilar, Julio Matovelle, Abelardo H. Ortega, Víctor Avilez, José N. Piedra.

Siguen numerosas firmas.

LA ALIANZA OBRERA. IV: 180, 25, Junio, 1909.

CARTA ABIERTA

AL ILMO. Y RVDMO. SR. ARZOBISPO DR. DN. FEDERICO GONZALEZ SUAREZ.

Ilmo. y Rvdmo. Señor:

Como Superior, aunque indigno, de la Congregación de Sacerdotes Oblatos, que tiene a su cargo la obra de la Basílica del Sagrado Corazón, en Quito, juzgo de mi deber manifestar al público que me adhiero plena y cordialmente a la Protesta del dignísimo Clero de esa Arquidiócesis contra las calumnias y dicterios lanzados por algunas publicaciones de la Capital, contra el por mil títulos ilustre Metropolitano de la Provincia eclesiástica quitense.

Usía Ilma. y Rvdma., como centinela vigilante de la casa de Israel, defiende intrépida y valerosamente los derechos de la Iglesia que le ha sido confiada; por ello el Radicalismo impío y demoledor se ha atrevido a vomitar aquellos insultos y calumnias, sin advertir que las más hermosa corona que puede ceñir las sienes de un Prelado, es la de espinas. El Ecuador está hoy ofreciendo a la tierra y al cielo el más hermoso espectáculo de toda nuestra historia: los Obispos, el Clero y los buenos católicos, unidos entre sí estrechamente, y formando un invencible baluarte en defensa de los derechos sacrosantos de la Religión, sin tener para ello más armas que la oración y la protesta. A Vuestra Sría. Ilma. y Rvdma. le ha tocado la gloria de dirigir la combatida navecilla de la Iglesia ecuatoriana, entre las borrascosas y airadas ondas de la persecución más desenfrenada. Sírvale de consuelo saber que en todos los ámbitos de la Nación hay innumerables corazones que respetan, veneran y aman a la sagrada persona de Usía Ilma. y Rvdma. y le acompañan en la ardua batalla sostenida por la causa de Dios y la Religión, en esta infortunada República.

Cuenca, Agosto 15 de 1909.

Julio María Matovelle.

LA ALIANZA OBRERA. IV. 188, 19, Agosto, 1909.

EL SR. PRESBITERO DN. ELEODORO VILLAFUERTE

Uno de los sacerdotes ecuatorianos más distinguidos, en estos últimos tiempos, ha sido indudablemente, el eclesiástico cuyo nombre encabeza estas líneas. Ocupaba en la culta capital de Chile, donde ha residido cerca de treinta años, un puesto honorable, por su ilustración y virtudes, entre el, por mil títulos, preclaro y benemérito Clero de esa católica nación. El Sr. Villafuerte nació en Quito, hace cincuenta y siete años: recibió su primera educación en su ciudad natal; su excelente natural y piedad sobresaliente le inclinaron a la carrera eclesiástica, cuyos últimos estudios los hizo en el Seminario Conciliar de Guayaquil. Hallábase adscrito a esa diócesis, cuando, a consecuencia de la persecución religiosa y grandes trastornos políticos que sobrevinieron a esta República, después de la muerte del ínclito García Moreno, y a raíz de la exaltación del General Veintimilla a la presidencia, el Sr. Villafuerte, de igual manera que otros muchos sacerdotes, hubo de salir del país y tomar el camino de la proscripción; entonces fijó su residencia en Santiago, donde ha trabajado con celo muy laudable, así en las obras del ministerio, como en la publicación de varios libros, y muchísimos opúsculos ascéticos, que colocarán al laborioso sacerdote entre los escritores más fecundos del Ecuador, en el siglo XIX. A su pluma se deben: la *Vida de la Venerable Madre Mercedes Molina,* fundadora de la Congregación de Marianitas, *"El Cristiano de conciencia ilustrada, El Espíritu de Compunción,* la *Vida de San Clemente María H. Hofibarrer,* las *Magnificencias de María"* y muchas hojas de propaganda. El *Diario Espiritual,* obra de un autor italiano, traducida a nuestro idioma por el piadosísimo P. Martínez, del Colegio de Misioneros Franciscanos en Quito, fue editado con muchos y notables aumentos por el escritor ecuatoriano, a quien corresponde, por lo mismo, la gloria y el mérito de la gran difusión que esa obra tiene actualmente en América.

Este tan recomendable sacerdote ha muerto el 22 de julio del presente año, en la ciudad de Santiago de Chile, con la santa y preciosa muerte de los justos. De algu-

nos diarios católicos y de una carta de esa Capital, extractamos los siguientes pormenores que, estamos seguros, serán leídos con interés por los numerosos amigos que el distinguido sacerdote tenía, así en Cuenca, como en las demás ciudades de la República.

"Hace pocos días, el 22 de Julio del presente año, Nuestro Señor llamó al descanso eterno a esa alma pura que tal fielmente le sirviera, durante cincuenta y siete años, empleados la mayor parte en procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas, mediante las fecundas obras del ministerio sacerdotal. En estos ministerios encontró la santificación de su propia alma, por el ejercicio de todas las virtudes sacerdotales. ¡Qué delicadeza de conciencia, qué abnegación de sí mismo, qué paciencia y dulzura con el prójimo! Fruto, todo esto, de su grande amor a Dios y de su filial confianza en la protección de la Santísima Virgen, a quien invocaba tiernamente a la hora de su muerte. Si fue edificante su vida, no lo ha sido menos su tránsito a la eternidad. Tenía su espíritu completamente abandonado en manos de la Providencia; durante la última enfermedad, que fue una pulmonía doble, no exhaló una queja, siendo así que tenía sus espaldas hechas una llaga, por los remedios enérgicos que se le aplicaron, especialmente por un cauterio de fuego con que se le quemó. En medio del agudo dolor que hubo de causarle esto último, en vez de exhalar un ay: "esto es broma, dijo, que vuelvan a aplicarme el mismo remedio dentro de una hora". Recibió los últimos sacramentos y la postrera absolución de manos del Superior de los *Religiosos Sacramentinos*, establecidos hace seis meses en Santiago, merced a la iniciativa y constantes esfuerzos del Sr. Villafuerte, que tuvo la dicha de exhalar su espíritu en manos de ese mismo piadosísimo religioso. Los restos mortales del Sr. Villafuerte descansan en el cementerio católico de Santiago".

He aquí algunos párrafos extractados de varios artículos necrológicos publicados en los diarios de Santiago: "El Sr. Villafuerte fue hombre de espíritu superior;

todas sus fuerzas las dedicó, con celo de apóstol, a la predicación del Evangelio, especialmente a las clases pobres. Con esa bondad y dulzura del verdadero enviado del Señor, ¡a cuántas almas extraviadas no trajo al verdadero aprisco de la Iglesia, haciéndose todo para todos, para ganarlos a todos, para Cristo!— Hasta los últimos días de su padecida existencia continuó con igual celo que en los primeros, dirigiendo su palabra evangélica a los socios de S. José. Testimonio de su abnegación y celo son las Casas de Ejercicios de S. Juan Bautista y San José.— Amante del trabajo y del estudio, consagró los momentos libres de su ministerio sacerdotal, a la publicación de obras importantísimas para el pueblo y almas devotas. "El Cristiano de conciencia ilustrada", "El Diario espiritual", "El Espíritu de Compunción", "La Vida de S. Clemente María Hofbarrer", "María y sus Magnificencias" y otros muchos folletos y hojas católicas, demuestran claramente su espíritu de trabajo, revelando su vastísima ilustración, y ponen de manifiesto su gran celo por la salvación de las almas.— Deseando aumentar los operarios en el ministerio sacerdotal para ganar más y más almas para Dios, construyó en S. Bernardo un Convento, donde los RR. PP. Redentoristas, instalaron su noviciado; cooperó eficazmente a la fundación de la misma Congregación en Valparaíso, como también ayudó a los PP. Pasionistas en su fundación de su casa de Misiones de Ñuñoa y trabajó con gran empeño para la venida e instalación de los PP. Sacramentinos en Santiago. Como hombre todo de Dios, tenía que experimentar los efectos de las contradicciones humanas, con que Dios prueba a los justos y constituyen el crisol donde se purifican hoy las almas..., y, en efecto, muchas y muy variadas en el cuerpo y en el espíritu llenaron el amargo cáliz de su vida que apuró hasta las heces con la mansedumbre y resignación de un santo".

LA ALIANZA OBRERA. IV: 192, 16, Septiembre, 1909.

CUMPLIMOS UN SAGRADO DEBER

Profundamente reconocidos para con la culta y católica Sociedad Cuencana que el día de ayer, 28 del presente, se ha dignado hacer tantas y tan hermosas manifestaciones de simpatía y benevolencia en favor de nuestro Instituto, con motivo del *Vigésimo Quinto Aniversario* de su Fundación, cúmplenos declarar públicamente que: es intensa y grande la gratitud que, por ello, debemos a Cuenca en general, y muy especialmente al Ilmo. y bondadosísimo Sr. Obispo de la Diócesis y su V. Capítulo, al virtuoso Clero y beneméritas Comunidades Religiosas, a los Comités de distinguidos caballeros e ilustrados jóvenes, a los inteligentes Redactores de "Alianza Obrera" y la República, a la "Unión Católica", las dos notables *Asociaciones* de Obreros establecidas entre nosotros, Asociaciones piadosas, señaladamente las de Terciarias Dominicanas, Mercedarias y Servitas, y Apostolado del Inmaculado Corazón de María; y de modo particular al Rvdmo. Sr. Deán, Dr. D. Gregorio Cordero; Rvdmo. Sr. Canónigo Dr. Dn. Nicanor Aguilar y Respetable y entusiasta señor doctor don Jacinto Flores. En la imposibilidad en que nos vemos de pagar bastantemente esta sagrada deuda, pedimos a Dios N. Señor colme de bendiciones y gracias a cuantos tan espontánea y generosamente nos ha favorecido, en la solemnidad de ayer, y haga de Cuenca un centro cada día más próspero de la fe, piedad y verdadera civilización en toda esta cristiana República.

Cuenca, Septiembre 29 de 1909.

Los SS. Oblatos de los CC. SS. de Jesús y María.

LA ALIANZA OBRERA. IV: 194, 30, Septiembre, 1909.

LAS ORDENES RELIGIOSAS DURANTE LA INDEPENDENCIA.

La inquisición histórica, excitada por los recuerdos del Centenario, va produciendo, como era de esperarse, el esclarecimiento de algunos puntos controvertibles y el descubrimiento de hechos y personajes sobre quienes algún día habría tendido el tiempo el impenetrable velo del olvido.

El Ilmo. Sr. Obispo de Cuenca, Dr. Dn. Manuel María Pólit, en el discurso pronunciado en la Catedral de su Diócesis, el 10 de Agosto de 1909, para conmemorar el Centenario de la Independencia del Ecuador, al hablar de la parte que le correspondía al clero en la causa de la Independencia, se expresa así: "el pueblo avezado durante tres siglos de monarquía, no se inclinó y entregó sino paulatinamente al partido de la Independencia; y mucho me equivocaría, si no fuese cierto que este cambio de la opinión pública, en los doce años que mediaron entre el 10 de Agosto y la victoria del Pichincha, no debiera atribuirse en gran parte al Clero de la Presidencia de Quito".

En confirmación de lo dicho por el Ilmo. Pólit, y como un homenaje a la memoria de aquellos prohombres que contribuyeron directamente a darnos Libertad y Patria, de cuyos beneficios no hemos sabido aprovecharnos aún; reproducimos algo de lo mucho que se ha publicado con relación a las órdenes religiosas; salvando al mismo tiempo de los abismos del olvido, páginas de historia que pudiéramos llamar inéditas.

"Ni tampoco sería justo que la historia deje de consignar entre los Padres de la Patria al M. Ilustre R. P. Maestro Fray Alvarado Guerrero, vocal de la Junta Soberana de 1809, tío de los Condes de Selva Florida, y hom-

bre de gran prestigio, por sus respetos, talento y patriotismo. Por eso también Montes, después de su triunfo, asestó contra él la persecución, saqueó grandes tesoros de su familia que tenía depositados en el convento, lo destituyó del Provincialato y llenó de amarguras hasta que murió el venerable anciano, sin el consuelo de ver alzarse la amada Patria. Los Padres Pablo Suárez y Manuel Quinchi le sirvieron y acompañaron en todo".

En tales términos, recomendó el patriotismo de sus hermanos el R. P. Reconret en 1817, desde la cátedra sagrada; y este esclarecido religioso, lujo verdadero de la Orden Mercedaria, no siquiera fue compatriota nuestro, para que su juicio lo creamos apasionado, sino chileno, que a la sazón desempeñaba entre nosotros el cargo de Visitador Apostólico de la provincia Mercedaria Ecuatoriana, conservando su carácter de Provincial de la Provincia Chilena.

Este modo de sentir de Rencoret ha sido corroborado por el P. Joel L. Monroy, en su obra "El R. P. Ontaneda y el Fundador de la Recolección del Tejar" cuando dice: "El R. P. Alvaro Guerrero, natural de Riobamba fue religioso de virtud y patriota insigne, a quien el Ecuador le debe muchísimo para haber llegado a ser nación libre e independiente".

He aquí el fragmento de una carta dirigida desde Quito, al Gral. de la Orden Mercedaria, Fray José María Palomo, por uno de los Padres Visitadores, y con fecha de 5 de Mayo de 1819.

"En la funesta revolución de estas provincias, ninguno de los religiosos dio tantos escándalos como este reverendo, Fray Antonio Albán, pues tuvo la audacia de sacar una cañería de plomo, que conducía el agua a la pila de este convento de San Nicolás de Bari; y darla al gobierno revolucionario para que de ella, haciendo balas, contrarrestasen al éxito de la causa de Nuestro Soberano. No contento con esto, armó cuatro o cinco religiosos, equipándolos de todo lo necesario hasta ponerlos en

campamento que resistía a las armas del Rey, exhortándolos sostengan con el último vigor el derecho de los rebeldes. No solamente paró en esto, sino que, como un falso apóstol oficiaba a los religiosos de la Provincia, como que estaba de Conmendador y tenía la primera voz, para que si no podían ellos personalmente concurrir al campo, a lo menos presten los auxilios que quepan a los rebeldes".

No examinaremos aquí el aspecto, edificante o no, que haya tenido en medio de la sociedad el comportamiento de los religiosos con motivo de la emancipación. Mucho se ha debatido acerca de punto tan delicado. Dígase lo que se dijera; el amor al mejoramiento de la Patria es innato en todo corazón bien formado. Por lo mismo que en los monasterios se tiende a la extirpación de las pasiones nocivas, las honradas y sanas propensiones se cultivan indirectamente con el ejercicio de la piedad: se necesitaba, pues, haber llegado a un grado no común de ascetismo para mirar con santa indiferencia la suerte del país, y tenerse pasivos en el desenvolvimiento de los acaecidos que preparaban la aparición de una patria propia y libre.

Como fruto de remotas lecturas, recordamos que en uno de los pueblos de Quito, junto a otros eclesiásticos, figuraba uno de apellido Rodríguez, que mereció *pro patria*, entre los próceres, el año nueve, castigos políticos bastante acerbos, que no se les *infligieron* a los demás insurrectos.

Tradiciones hay también que prueban la participación que tuvieron en la independencia, comunidades aun de religiosas, en la Diócesis de Cuenca, a pesar de la severa actitud asumida por las Autoridades Eclesiásticas, a favor de la Corona.

No hacemos sino apuntar ideas que azucen la curiosidad investigadora de los amantes de crónicas, tradiciones y archivos.

LA ALIANZA OBRERA. V: 217, 10, Marzo, 1910.

MISIONES DEL ORIENTE

Felices anduvieron nuestros adversarios, cuando por razones, dignas, ahora, de eterno olvido, quedaron suprimidas las Misiones católicas del Oriente.

La sola presencia de los apóstoles emisarios de la fe, era de suma importancia en esas comarcas, tan alejadas de los centros civilizados y del influjo de la autoridad.

Todos nuestros escritores sobre límites están de acuerdo en deplorar los males que ha ocasionado la imprevisión irreligiosa en el Ecuador, concerniente al pleito de fronteras.

Pocos años después de los tratados de Tarqui, el piadosísimo religioso, Fray José Manuel Plaza, que llegó a ser Obispo de Cuenca, sostuvo con su acción y su palabra, los derechos territoriales de esta nueva República. Los coleccionistas de gacetarios, podrían hallar, en los "Andes", de Guayaquil publicados documentos auténticos de lo que aseveramos. A ejemplo del Sr. Plaza, supieron sus sucesores, inculcar en las tribus orientales los principios de la fe y de la verdad; y hacerles conocer sus deberes de ciudadanos ecuatorianos.

En las Misiones sostenidas por los Jesuítas, varias veces hicieron ellos resistencia moral contra las pretendidas invasiones del Perú. Hubo ocasión, que quiso sorprender la piedad y buena fe del R. P. Tobía, rector de las misiones, quien, cuando menos lo pensaba, recibió la cortés salutación del Obispo de Trujillo, que ofrecía a los Padres misioneros todas sus atenciones, y las facultades necesarias, para ejercer *jurisdicción en el territorio en que se encontraba*.— El P. Tobía con la astucia que el caso requería, y la penetración digna de un jesuíta, aceptó las cortesías del Sr. Obispo, y rechazó la jurisdicción ofrecida, porque *no le era necesaria*, desde que estaba en posesiones ecuatorianas.

Con razón se dijo, que los religiosos en medio de las tribus orientales, fueron a más de sacerdotes, los *guardas*, la *policía*, los *cónsules* y aun el *ejército* que vindicaba los derechos de la patria.

Se asegura que el Congreso extraordinario ha decretado el restablecimiento de las misiones.

Sería un paso de gran civismo y de mucha previsión; enteramente distinto de esos decretos que, cerrando las puertas del Ecuador a sacerdotes extranjeros, han comprendido entre ellos al Ilmo. Vicario Apostólico de Gualaquiza, a quien, en las presentes circunstancias, no solamente se le debía permitir, sino también urgir el regreso a su importante Vicariato.

No hay mejor triunfo que el que se obtiene en un pueblo, mediante la unión de todos los elementos y fuerzas morales.

Las misiones bien organizadas pueden preparar en el Oriente una colonización honrada, sumisa, no absorbente ni indiscreta, y útil para el país.

Si algún día pensamos ciertamente por el bien de todos, tendremos mucho que rectificar, arrepentidos de la ligereza con que hemos destruido costumbres e instituciones irremplazables.

LA ALIANZA OBRERA. V: 233, 1, Julio, 1910.

MISIONES DEL ORIENTE

En nuestro número anterior tocamos tan importantísimo asunto, que acaba de ser dilucidado por los Ilmos. Obispos de la Provincia ecuatoriana.

Nos alegramos en el alma haber estado en un solo sentir con los autores sapientísimos del último manifiesto, digno de la atención legislativa y la de los poderes públicos. Deberíamos convencernos, cualquiera que fuere nuestro credo religioso, de la justicia y sensatez que distinguen el luminoso alegato, con que sostienen los obispos ecuatorianos la civilizadora necesidad de la evangelización y la consiguiente colonización de las inmensas regiones, en las que finca el Ecuador su futuro engrandecimiento.

Por el documento que insertamos comprenderán nuestros lectores, que los jefes de la iglesia ecuatoriana no se han contentado únicamente con la exposición de patrióticas teorías, sino que su acción eficaz se ha resuelto en la formación de centros económicos, que allegando fondos para el sostenimiento de las misiones quede consultada la perpetuidad de las mismas.

He aquí el erudito y célebre manifiesto de nuestros Obispos.

(Sigue el Manifiesto episcopal firmado en Quito, a 16 de Junio de 1910).

LA ALIANZA OBRERA. V: 234, 8, Julio. 1910.

DIPLOMATICOS ECUATORIANOS

Entre los que figuran en varias principales naciones del mundo, vemos con interés que ellos merecen, para honor de la patria, la galante acogida de los círculos políticos e intelectuales de los cultos países en donde ejercen su carrera.

Hoy nos complacemos en reproducir los notables conceptos de la prensa española, concernientes a Dn. Honorato Vázquez, quien no pocas veces ha merecido mayores encomios de los extraños que de los propios.

Lo más granado de la península reconoce los talentos y virtudes del Dr. Vázquez; gran argumento moral en favor de la causa que nuestro abogado sostiene; pues que la hombría de bien nunca es sacrificada en aras de un litigio injusto, aun cuando fuese la patria quien lo sostuviera.

(Sigue el artículo tomado de "Anales Hispano Americanos", de Madrid, 25 de julio de 1910).

LA ALIANZA OBRERA. V: 246, 22, Septiembre, 1910.

LAS MAS RECIENTES GLORIAS DEL CATOLICISMO

(Editorial).

Los pueblos con los que no hemos estrechado relaciones mercantiles, no nos son muy conocidos, cuando ellos no pertenecen, especialmente a nuestra raza. Eso nos sucede con el Canadá, pueblo digno de envidia y de admiración, en cuyo seno juntamente con los progresos de la civilización moderna, es inmenso el incremento que va tomando el Catolicismo.

El Canadá pertenece a nuestra América, principia en las cascadas de Ontario y del Niágara, al Norte de los Estados Unidos y confina con las eternas nieves del Setentrión. Conquistado por los franceses, diéronle su espíritu de fe; de la fe de ahora cuatro siglos, con cuyo prestigio las Galias dominaron la tierra. Cayendo después, en poder de la Gran Bretaña, el Canadá heredó de los ingleses el amor a la libertad y el esfuerzo para las atrevidas empresas. Esta privilegiada tierra que está ligada al gobierno inglés con los estrechos lazos de la dependencia, goza de su relativa autonomía; no es una colonia vulgar, es un dominio, el Dominio del Canadá; su vida de sujeción oficial no embarga en nada los esfuerzos de su propia actividad, manejándose como libre en el rol de las naciones. El Canadá ha recibido el nombre de Nueva Francia, y al mismo tiempo el de América Inglesa; porque en amarle se disputan Inglaterra y Francia.

Tanto ha progresado en esas comarcas la fe católica, que fueron elegidas, este año, para teatro del más pomposo Congreso Eucarístico, de cuantos se registran en los anales de esa soberana institución. Montreal, que es como la Capital de todo el dominio, fue la ciudad destinada para el efecto. Allá se dirigió, pues, el Legado del Papa, Cardenal Vannutelli, que acompañado de un centenar de Obispos, ha sido el glorioso testigo de una de las espléndidas manifestaciones religiosas del presente siglo.

Cada día, durante el Congreso, se ha distinguido por un nuevo homenaje prestado a Jesucristo, a quien se le ha proclamado por cientos de miles de personas, Rey de cielos y tierra, en los distintos actos de piedad y fe prescritos y organizados por la Asamblea.

La armada, la juventud, la policía, el mismo gobierno protestante han tomado parte para que las fiestas Eucarísticas de Montreal revistieran carácter excepcional de grandeza, de pompa, de maravillosa fe. En una de las principales procesiones de aquella santa temporada, al llegar el desfile, después de larguísimo trayecto, al altar preparado en una de las pequeñas eminencias de la ciudad, el Legado del Papa, que conducía la sagrada Custodia, dio la bendición con el Augusto Sacramento a un concurso arrodillado de 500 mil canadienses, que con lágrimas y voces de amor, admiración y ternura, aclamaban al reinado de Jesús sobre la tierra.

Numerosas son las conversiones que con este motivo han tenido lugar, y apenas han podido centenares de sacerdotes atender a las muchedumbres apiñadas a los confesionarios, de modo que el día de la clausura del Congreso, 11 de Septiembre, fueron incontables las comuniones distribuidas, entre las que ha sido muy edificante la de un grupo de cinco mil caballeros, que representaban lo más florido y notable de los gremios católicos, en la prensa, la industria, el profesorado y las artes.

Veinte mil jóvenes, de lo granado de todo el dominio canadiense saludaron al Papa, en persona de su Legado, rindiéndole el homenaje a que es acreedor el Vicario de Jesucristo: aquel espectáculo llegó a ser sublime.

Como que no ha sido menos patética la presencia de una delegación de semisalvajes, indios Cahuaguas, que iniciados en las grandes verdades de la Religión, llegaron a los pies del Cardenal, vestidos de sus túnicas primitivas, a rendirle el testimonio de filial amor.

Por contar con la exactitud de datos, habíamos retardado hasta hoy la relación de acontecimiento tan ex-

traordinario, y decisivo en la vida secular de la Iglesia. Así se expresa uno de los cronistas belgas de la famosa Asamblea:

"La América y tal vez el mundo entero, no ha visto demostración más completa de la fe católica. Jamás, en opinión del Cardenal Legado, la Religión de Cristo ha sido más firmemente manifestada".

Si a solemnidades iguales ha dado Europa brillo más artístico; si mediante el concurso de sus legendarias tradiciones ha rodeado de mayor riqueza las sagradas ceremonias ella no ha podido atraer hacia los pies de Jesucristo Sacramentado una multitud más sinnúmera y más sincera en sus creencias".

Montreal puede desde ahora estarse orgullosa de haber dado cabida entre sus muros, al más triunfante Congreso Eucarístico de cuantos se han celebrado en el Orbe cristiano.

LA ALIANZA OBRERA. VI: 255, 24, noviembre, 1910.

EL BIEN COMUN (Editorial)

Suele en política, a manera de contagio, cundir en todas las esferas sociales, una sola idea, que va como aletargando las demás, con no poco peligro de las instituciones y de la marcha correcta de los más graves negocios públicos. ¡Pequeñeces de nuestra vida republicana!

Hoy la obsesión ha tomado una forma: la de *candidaturas*. Y pudieran creer los que nos ven de lejos, que realmente existen candidaturas, y no que se trata, como se trata en efecto, de una sustitución accidental en el poder, sabida y concertada como cosa hecha, sin miramientos a la forma democrática, ni respeto a lo que antes se llamaba libertad. Una cierta alucinación, pues, nos hace suponer que todavía votamos y que nosotros elegimos Presidentes.

El célebre publicista don José Joaquín Mora supo muy bien describirnos en su juicio acerca de las Repúblicas Sudamericanas. "Toda la cuestión se reduce a saber quién ha de mandar; la piedra de escándalo es siempre un nombre propio", decía hablando de nosotros; porque en efecto, las cuestiones constitucionales tan agitadas en Europa, sobre la mayor o menor amplitud del Poder Ejecutivo, sobre responsabilidad ministerial, sobre mayor o menor franquicia del voto electoral, no excitan políticos. Los Jefes de la Nación se suceden empujándose unos a otros de la silla del mando.

Así éramos antes; de modo que el *nombre propio* era una bandera. Ahora, pues, han pasado para siempre hasta esos escalofríos que producía la opinión popular, que si bien no eran un factor del progreso, revelábanse a lo menos como síntomas de vida.

Ahora aguardamos solamente al que nos imponga: quiera el cielo que fuera lo menos malo. No hay por lo mismo razón de preocuparse con el asunto candidaturas.

Lo que sí debiera importarnos y hacernos pensar en la existencia ulterior de la República, encarnada con el litigio con el Perú. Y ciertamente habríamos visto con extrañeza el alejamiento del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, aun cuando hubiera sido precario, del centro de sus operaciones, como se anunciaba; el asunto elecciones, es sumamente transitorio, y de política ciertamente privada. La solución de nuestro eterno problema internacional merece la consideración mundial, y arguye de definición de nuestros derechos permanentes, de los que si nos vemos privados, por incuria o mal gobierno, nada nos podrá indemnizar. Como éste, que es el mayor de nuestros intereses, hay otros, en todos los ramos de la administración pública, que empiezan a ser descuidados, por atender a los compromisos clandestinos de los próximos comicios.

Escribamos, pidamos, hablemos cuanto nos sea posible, por ver si se regulariza la Beneficencia, la Hacienda, la Instrucción Pública. El honor del Ejército, la vida de la Escuela y el sostenimiento de sus maestros, cuántos temas prácticos para plumas honradas que se fatigan por el bien común.

Quizá, lentamente, de una buena organización, surja sin trabas el sufragio, que por ahora está reducido a una triste alucinación democrática.

LA ALIANZA OBRERA. VI: 260, 22, Diciembre, 1910.

QUE NO SEA VERDAD

La ligereza en aceptar comentarios nos ocasiona, cuando menos, el trabajo de arrepentirnos. Pues que, muchas veces, las aseveraciones de la prensa quedan al otro extremo de la verdad. Ojalá la renuncia de su cargo, que le ha elevado, según se asegura, el Dr. Rafael M. Arízaga, no sea consecuencia del intríngulis de Galápagos.

Por el cable anunció, que él no tenía ni remoto conocimiento del negociado en cuestión: con esta declaración no sólo dio a conocer la verdad, sino que manifestó tácitamente su opinión desfavorable al arrendamiento. ¿Este leal proceder ha disgustado a los gobiernos? Luego, debe apartársele de su cartera? Si esto: ¿debe subrogarle algún plenipotenciario arrendatista? Y yendo más lejos: ¿los gobiernos de Washington y de Quito están resueltos a perpetrar aquel atentado de lesa América?

En materia tan ardua no aventuremos opiniones, ni anticipemos juicios.

Lo único cierto puede ser, que la mediación, ofrecida por los Estados Unidos en nuestra cuestión de límites, vuelta indefinida, atormente la honrada misión del Dr. Arízaga, que tal vez desatendido en sus justos y urgentes reclamos, se vea obligado a abandonar caballerosamente, su cometido.

Difícil es penetrar en las trastiendas del servicio diplomático: terreno justamente vedado a la inquisidora curiosidad de los cronistas.

Esperemos que caiga el velo.

LA ALIANZA OBRERA. VI: 272, 23, Marzo, 1911.

POESIAS DE STA. TERESA DE JESUS

Nuestros hombres de letras tienen conocimiento de la notable empresa acometida por las Carmelitas de París, de una nueva y la más completa traducción de las obras de la Santa Fundadora, al francés. En esta labor, religiosa, patriótica, literaria, tomó parte muy principal el Ilmo. Sr. Pólit, que ha representado con este motivo a tres nacionalidades, que de veras le estarán reconocidas. A la culta y estudiosa Francia, a cuyo idioma se ha vertido los escritos, aun los inéditos, de la gran Doctora; a la Madre Patria, que vería con orgullo, que sus libros del siglo de oro, han sido estudiados y comentados por un erudito americano; y ha representado al Ecuador, en cuyas comarcas florecen los primores del habla castellana, y los virginales Cármenes de Teresa de Jesús.

De tan importante Obra, se ha extractado, en edición aparte, el libro de poesías, entre las que figuran algunas muy ideales y místicas, que durante tantos siglos permanecieron inéditas. Felicitamos ardientemente al docto Obispo por su valiosa cooperación en aquel monumental estudio. Y acusamos recibo del ejemplar de poesías que se nos ha remitido.

LA ALIANZA OBRERA. VI: 272, 23, Marzo, 1911.

POR PAUTE PATRIOTICO

En las columnas de este acreditado semanario manifesté la importancia que reportaría, el bienestar y el engrandecimiento patrio con las vías de comunicación para las selvas orientales. ¿Hasta cuándo disfrutaremos del producto de la exuberancia de aquella virgen naturaleza, del oro que esconde el corazón de sus montañas, y de sus otras valiosísimas producciones? A estas preguntas sencillas los Gobiernos anteriores han contestado con entusiasmo y rara facilidad, enseñándonos un enjambre de proyectos ferroviarios, unos con rumbo al Curaray y otros al Amazonas.

Con inefable júbilo leímos también el manifiesto del Sr. Estrada, al tomar posesión del solio presidencial. Allí se muestra elocuente, patriota acendrado, de carácter inquebrantable, de honradez acrisolada y muy amante del engrandecimiento de la Nación; y hablando de líneas férreas, dice así: "Enderezaré mis esfuerzos en el sentido de que sea una realidad el ferrocarril de Tulcán, el de Pasaje a Cuenca y Loja, y, sobre todo, los del Oriente". ¿Podrá el Sr. Estrada cumplir promesas tan lisonjeras...? No perdamos la esperanza; en su gobierno puede el Sr. Presidente, vigilando con toda escrupulosidad la inversión de los caudales públicos, dar a la Patria las riquezas amazónicas, llevando allá, el verdadero progreso y constituyéndose en el atalaya de la defensa nacional. Mientras esto se realice, como lo esperamos, vemos en lontananza el más halagüeño porvenir para estas provincias.

Los habitantes, de los Cantones Paute y Gualaceo, cansados ya de esperar las promesas ferroviarias iniciaron, hace algún tiempo, los trabajos al Oriente, los primeros a Méndez, los segundos a Indanza, y dieron apertura a las respectivas trochas. Hoy es digna de todo encomio la actitud que han tomado las autoridades de estos entusiastas pueblos, señores Alvear y Ríos, quienes a costa de laudables sacrificios, se hallan en la actualidad a-

briendo caminos de herradura para los puntos mencionados. Al presente hemos visto noticias oficiales del Sr. Alvear, al Sr. Gobernador de esta provincia, y correspondencias particulares en las cuales se manifiesta que la trocha a Méndez tiene 15 kilómetros, fuera del camino de herradura que sale de Palmas atravesando el páramo andino, hasta encontrarse con la nuevamente principiada.

No dudamos de que el Sr. Gobernador recabará del Ejecutivo que se ponga en vigencia la ley de caminos vecinales para llegar de este modo a cima una labor de tanta importancia. Vayan nuestras felicitaciones a los habitantes de Paute y Gualaceo, que siempre han dado muestras de ser amantes del progreso en todas sus nobles manifestaciones, y en especial a sus patriotas Jefes Políticos, que en los trabajos mencionados se han puesto a la altura de sus deberes.

—Un espectador—

LA ALIANZA OBRERA. VII: 303, 26, Octubre, 1911.

UNA VIOLETA EN EL PENSIL DE LA IGLESIA CUENCANA

Entre las varias obras de caridad cristiana que embellecen a la iglesia cuencana hay una que en medio de este ameno jardín cultivado por el celo y abnegación de la piedad católica, podía ser comparada con la violeta, por la humildad y modestia que la distinguen.

Esta obra preciosa, y todavía no bien conocida entre nosotros, es la Asociación de las *Señoras de la Caridad,* fundada por S. Vicente de Paúl en 1617, cuando era Cura de Chatillón-les-Dombes. Ocurrió entonces que al salir el santo al púlpito, un día de fiesta, para hacer una exhortación al pueblo, una señora que había ido a oírle, lo detuvo para suplicarle que encomendara a la caridad de los feligreses una numerosa familia que ahí cerca perecía de hambre y de miseria. Con esta ocasión el Santo reunió a varias señoras piadosas de la localidad, para que atendiesen a enfermos abandonados y hogares menesterosos, y se estableció la bellísima obra conocida bajo el título de "Señoras de la Caridad" que tanto bien ha hecho y hace actualmente en el antiguo y nuevo mundo.

Esta benemérita Asociación se fundó en Cuenca hace tres años merced a la generosa iniciativa de algunas dadivosas y distinguidas matronas y señoritas de esta ciudad. El Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis fue quien les insinuó la idea de reunirse al amparo del gran Santo, declarado por la Sede Apostólica, Patrón de las empresas de la Caridad; acogida con entusiasmo esta alta y respetable insinuación, así por las beneméritas religiosas que llevan con tanta gloria el título de *Hijas de la Caridad,* como por las ya mencionadas señoras y señoritas, estableciόse enseguida la obra expresada con todos los requisitos canónicos, y durante el año de 1910, fue la Asociación reconocida como persona jurídica, por el supremo Gobierno de Quito.

El domingo último, 14 del mes en curso, celebró la Asociación el tercer año de su establecimiento en Cuenca, con una función piadosa que tuvo lugar en la capilla de la Escuela Central de Niñas, por la mañana, y con la reunión general de todas las socias, por la tarde, en la casa de Huérfanas; pues, por su institución, la obra antedicha debe estar siempre bajo la vigilancia y la alta dirección de las Hermanas de la Caridad. El Ilmo. Prelado de la Diócesis que es en rigor el fundador de esta obra en Cuenca, y quien la ampara y protege con el celo y entusiasmo que le son propios, cuando se trata de favorecer a semejantes establecimientos, presidió la reunión memorada, y después de haberse leído en ella la cuenta anual de los ingresos y egresos de la obra, su Ilma. dirigió a las señoras concurrentes una hermosa y ferviente exhortación, animándoles a proseguir la empresa comenzada, y a darla todo el desarrollo y crecimiento convenientes. Entre otras cosas dijo, que en toda la República era bien conocida la alta y ejemplar piedad de las señoras del Azuay, pero que, sin embargo, faltaba en ellas la Acción Católica, indispensable hoy más que nunca, para aliviar las miserias del pobre; porque, si bien la hermosa virtud de la caridad jamás ha dejado de existir en Cuenca, especialmente en el sexo piadoso, sin embargo, se echaba de menos una obra creada por las señoras y dedicada de modo particular al remedio de tantas y tan apremiantes necesidades como aquejaban a nuestra sociedad: vacío que felizmente está ya lleno con el establecimiento de la benéfica obra de las "Señoras de la Caridad", a que es, por lo mismo, de desearse que pertenezcan el mayor número posible de asociadas.

A pesar del escaso número de éstas, la institución que nos ocupa en los tres años que lleva de existencia, ha realizado ya obras dignas de todo encomio, en Cuenca así lo demuestran, la cuenta de ingresos de la Asociación, publicada al fin del primer año, y la correspondiente a 1910 y 1911, que insertamos en seguida. Fijándonos solamente en la última, aparece de ella que esta benéfica sociedad ha colectado e invertido la can-

tidad de S/. 1.086 sucres en bien de la clase más necesitada y menesterosa de nuestra población: lo cual es mucho para una obra que principia.

Con los fondos antedichos la Asociación de las "Señoras de la Caridad" ha creado, en nuestro Hospital, una sección que antes no existía, y que era grandemente necesaria, a saber, la de *Incurables*, donde sostiene dos camas. En la Casa no menos benéfica del Buen Pastor, ha contribuído a la fundación de la sección de *Preservadas*, mediante el sostenimiento de cuatro niñas pobres. Ha atendido al socorro de varias familias menesterosas y vergonzantes. Finalmente ha hecho la adquisición de un amplio y hermoso sitio donde la Asociación se propone construir un asilo de niñas pobres y abandonadas, con alojamientos contiguos para familias igualmente menesterosas y desamparadas.

Todo esto se ha realizado con el reducidísimo personal de diez Socias Activas, según consta de la lista adjunta. Bien es verdad que han sido éstas auxiliadas por las diez y nueve *Socias Honorarias* y los seis *Socios Protectores*, que con sus subsidios pecuniarios han contribuido eficazmente al sostenimiento y desarrollo de tales obras de caridad; muy especialmente el Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis es acreedor al reconocimiento de la Asociación y a la gratitud de todo el público, por la parte principalísima que le toca en la fundación y prosperidad de esta obra de beneficio. Los cuadros y las cuentas presentadas por las dignatarias de la Asociación son las siguientes:

(Sigue el Cuadro de los Protectores y Socias Honorarias y Activas de la Asociación).

LA ALIANZA OBRERA. VII: 317, 25, Enero 1912.

LOS MORLACOS

Dios y la Patria son los principales centros del corazón humano, sus dos más grandes amores y sus dos móviles más poderosos. Defender la Patria, esto es la Nación a que uno pertenece, y hasta el pequeño rincón de tierras en que uno ha nacido, y defenderla, no solamente cuando se trata de los altos intereses sociales, sino aun de los más pequeños, se ha considerado siempre como obra de un corazón bien puesto y de toda alma noble y generosa. *Pulchrum est benefacere Reipublicae; etiam benedicere haud absurdum est. (Salustio).* "Defender la Patria es un deber, una virtud cuya práctica es tan recomendable como la de todas las virtudes morales", dice el erudito y célebre P. Solano, al principio de su curioso opúsculo, intitulado *Defensa de Cuenca*. Los mismos motivos que impulsaron a aquel distinguido escritor para componer la obra antedicha, ponen hoy la pluma en nuestras manos, para añadir algo a lo brillantemente expuesto por el invencible polemista, en pro de la causa de esta sección de la República, que llamamos la provincia del Azuay.

El Tren, periódico radical de Quito, ha creído lanzar un descomunal insulto contra los habitantes de esta provincia, dándoles el apodo de *Morlacos*. "¿Cuál será el Dios y la Patria tan especialísimos de aquellos *Morlacos* de Cuenca?", estampa el pobre semanario aquel (1). Replicando *"La Prensa Libre"* a las inepcias del periódico mencionado, dice: "Desearíamos reproducir lo que dice el sabio Solano en defensa de Cuenca, cuando el ilustre

(1) Aunque hace años que desapareció **El Tren**, sin dejar ni memoria de sí, ni rastro de su paso en la prensa ecuatoriana, el presente artículo, escrito para replicar aquel periódico, no carece hoy de oportunidad, por lo que juzgamos conveniente publicarlo, ya que entonces no fue dado a luz, por cuanto el periódico aludido desapareció casi en seguida y dejó de lanzar aquellos dicterios contra Cuenca.

LA ALIANZA OBRERA. VII: 328, 11, Abril, 1912.

Caldas, profirió, en un escrito serio, el vocablo *morlaco*; pero nos abstenemos de hacerlo desde que los que ahora nos insultan, valen tanto como la carabina de Ambrosio". No solamente Caldas, también Irizarri usó muchas veces, contra el propio P. Solano, del despectivo de *Morlaco: Fray Molondrio de Morlaquia,* y otras lindezas por el estilo, eran en labios del escritor centroamericano, grano de anís con baño de azúcar. Pero nosotros en vez de tomar como un insulto, el dictado de *morlaco,* lo aceptamos gustosos, porque al contrario de lo que han juzgado nuestros detractores antiguos y modernos, creemos que el vocablo aquel nos honra no poco, como la vamos a demostrar. (No sigue la demostración).

LA ACCION CATOLICA DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD AZUAYA (1)

(Histórico)

La más preciosa herencia que nos legaran nuestros padres ha sido indudablemente la Fe católica que profesamos, y que tan bien se ha arraigado en nuestro suelo que subsiste hasta hoy lozana y vigorosa, a pesar de todos los esfuerzos del Radicalismo por arrancarla de nuestros corazones. La católica España, a quien Dios confiara la protección y tutela del Nuevo Mundo, implantó la Cruz en América, y tan solícitamente cuidó de ella, que este árbol santo extendió sus ramas desde México a la Argentina, cobijando bajo de ellas a innumerables pueblos y razas que, merced a su educación cristiana, se sientan hoy con gloria en el banquete de la civilización. Pero a lado de estos y otros trascendentales beneficios que debemos a los tiempos de la dominación española en nuestra tierra, adviértese en ella un enorme vacío, y es la falta de acción social católica en nuestras clases sociales, principalmente en la mujer. El Gobierno de la Colonia lo hacía todo: fundaba y sostenía escuelas, colegios y hospitales; edificaba templos, construía asilos; y el individuo no tenía que hacer otra cosa sino disfrutar tranquilamente de los beneficios resultados de esta dominación paternal. Actualmente las cosas pasan muy de otra manera: los Gobiernos que nos rigen han dado las espaldas a la Iglesia y hacen profesión de ateísmo oficial; las obras católicas en vez de hallar protección en los altos poderes públicos, tienen las más de las veces que sostener luchas desesperadas con ellos, para subsistir

(1) El domingo 12 del presente mes, conforme se anunció en el Nº 2º de "La Voz del Sur", la benemérita Asociación de las "Señoras de la Caridad" celebró en la Casa de Huérfanas de esta ciudad, una solemne sesión, presidida por el Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis y con un concurso selecto de señoras y señoritas; entonces se leyó el Cuadro de Ingresos y Egresos de 1912 que reproducimos a continuación.

y desarrollarse. Ahora es absolutamente necesaria la acción de los individuos para la creación y mantenimiento de esas múltiples obras con que la caridad católica sabe remediar las miserias de la sociedad contemporánea.

Para suscitar este espíritu de abnegación y celo en los individuos en pro de los grandes intereses católicos y sociales es indispensable dar al pueblo una educación especial, acomodada a las críticas circunstancias por las que atravesamos; señaladamente la mujer ha estado entre nosotros hasta hoy, alejada de este campo de acción, de cuyas labores y victorias espera el Catolicismo el más poderoso refuerzo para su existencia y desarrollo en el porvenir. La acción femenina tan decisiva en el hogar, no lo es menos en la sociedad política y hasta en la religiosa; sin su concurso las obras más bien ideadas desfallecen por falta de esta tan necesaria y eficaz cooperación. Concretándonos a las empresas de caridad, por ejemplo, es necesario reconocer que las asociaciones de hombres, únicamente, son impotentes para remediar muchísimas miserias a donde sólo la delicadeza y la abnegación de la mujer católica podrían derramar el bálsamo destinado a curar tantas llagas, en nuestra *clase proletaria*.

He aquí por qué jamás se alabará lo suficiente el establecimiento entre nosotros de una asociación católica de señoras que se propongan un punto cualquiera de la propaganda cristiana en la sociedad. En Cuenca va a la vanguardia de esta clase de benéficas asociaciones la de "Las Señoras de la Caridad" que desde cuatro años subsiste en esta ciudad, y que por la cuenta que cada año rinde, conforme a lo prescrito por sus Estatutos, de las obras de celo realizadas por su generosa y desinteresada actividad, consta haber llevado a cabo, dicha asociación, obras bellísimas de caridad, dignas de todo encomio. Por el Cuadro que a continuación reproducimos verán nuestros lectores cuáles hayan sido en el año último; aquí mencionaremos las más dignas de llamar nuestra atención.

Aparece de dicho Cuadro que la Asociación de "Las Señoras de la Caridad" ha prestado eficaz auxilio a ocho niñas o señoritas que por especiales circunstancias domésticas y la pobreza de sus familias se hallaban expuestas a graves peligros, de los cuales se han salvado merced a la solicitud de la mentada asociación y a los oportunos socorros que les prestara, colocándolas como alumnas en el seno de alguna de las Comunidades religiosas, principalmente en la del *Buen Pastor,* tan benemérita de la sociedad cuencana por los importantes servicios que presta al bello sexo, dentro de los fines propios de este ilustre Instituto.

La misma Asociación de Señoras de la Caridad ha socorrido a muchas familias menesterosas, llevándoles sus limosnas a domicilio, y procurando satisfacer sus necesidades dentro de su respectivo hogar, ascendiendo la suma invertida en tan plausible objeto a 554 sucres 60 centavos.

Ha favorecido también la misma Asociación a seis enfermas pobres, proporcionándoles médico y medicinas; aliviando con esto la suerte de personas que se hallaban en la mayor necesidad por no poder acudir al único hospital de caridad que hay entre nosotros, y por carecer de lo indispensable para ser atendidas en su propio hogar.

La misma Asociación sostiene una cama en el hospital, para atender a enfermos de dolencias incurables y que, por los reglamentos de dicho establecimiento, no podían ser recibidos en él. Desde que se fundó en Cuenca la Asociación de "Las Señoras de la Caridad" han sido sostenidas por ella, en el hospital mencionado, una paralítica, una tísica y una cancerosa; las dos han muerto asistidas con todos los auxilios de la caridad y la religión, subsiste solamente la primera.

A todas estas bellas obras hay que añadir la fundación reciente de una Casa, denominada "Asilo de San José" para familias pobres que la Asociación expresada trata de instalar el 19 de febrero próximo. Actualmente

pueden ser acogidas en dicho local hasta cinco familias menesterosas, pues consta aquel de las piezas suficientes para el objeto; con cinco patios independientes que están a ellas contiguos. La casa destinada a esta obra excelente de caridad está ya comprada, y tiene un pozo de agua potable, una acequia de regadío para huertos y jardines, y el agua suficiente para los desagües; tiene además un sitio extenso en el cual podrán construirse hasta quince habitaciones separadas con sus respectivos patios. Pero para llevar a efecto un establecimiento tan benéfico, y llamado a remediar una tan imperiosa necesidad como es la de habitación para familias pobres y desvalidas, es necesario que la caridad pública venga en auxilio de la Asociación mencionada. Esta, doloroso es decirlo, ha sido hasta hoy pospuesta, y casi desatendida por completo en la distribución de los donativos de las personas piadosas; durante los cuatro años de existencia de dicha sociedad, no puede mencionarse un solo testamento en el cual se le haya dejado un legado aunque mínimo para atender al sostenimiento de sus tan importantes obras.

Háblase mucho en la prensa y en no pocos discursos de circunstancias de la altísima trascendencia de la acción social de la mujer, pero cuando se trata de llevar a la práctica esta tan halagüeña teoría, sobrepónense a ellas las preocupaciones de inveteradas costumbres, y, al fin, la influencia de la mujer católica en nuestra sociedad queda no sólo desatendida, sino menospreciada. Tiempo es ya de despertar de este letargo y de prestar una cooperación eficaz a estos felices ensayos de la acción católica del bello sexo en la sociedad azuaya. (Sigue el cuadro de Ingresos y Egresos del año de 1912).

LA ALIANZA OBRERA. VIII: 368, 23, Enero, 1913.

PROTESTA CONTRA LAS INCULPACIONES INJUSTAS

La sociedad toda de Cuenca tiene ya perfecto conocimiento del juicio entablado contra mí por la señorita Florencia Astudillo, a propósito de lo cual el Sr. Dr. don Miguel Peña en un remitido intitulado "Por la Justicia", publicado en el número 32 de "El Tren", me hace inculpaciones gravísimas y sumamente deshonrosas, para desvanecer las cuales me es indispensable reproducir mi escrito de contestación a la demanda y hacer las siguientes rectificaciones.

1ª Es completamente falso que la señorita Florencia Astudillo me haya propuesto, por sí ni por medio de otra persona, antes de presentar la demanda, ningún *arreglo pacífico*, como asegura el Dr. Peña; lo que desde principios de este año ha exigido de mí, con tenaz insistencia, ha sido *pura y simplemente*, que le *devuelva* las dos casas adjuntas al templo del Santo Cenáculo, casas que jamás han pertenecido a dicha señorita, sino al Instituto de Sacerdotes Oblatos, por compras hechas por éstos, si bien con dinero donado por ella. En mi contestación a la demanda lo he probado así, no necesito por tanto volver sobre este punto. En una carta que fue como un *ultimatum*, dirigida al Rvdmo. Sr. Vicario Landívar, para que la mostrase a mí, resumió dicha señorita todas sus propuestas en esta concisa frase: "pretendo pura y simplemente recoger las casas donadas de poder de la Asociación de Oblatos para destinarlas yo a la fundación de la Escuela Apostólica de San Juan Bautista". Esto no era proponer un arreglo pacífico, sino el más violento desarreglo de una donación hecha espontáneamente, celebrada conforme a los trámites prescritos por la ley, y que había surtido ya todos sus efectos. No siendo yo el dueño de esos bienes, sino la Congregación de Sacerdotes Oblatos, y en sustitución de ellos la Autoridad Eclesiástica, ¿cómo podía entregar a la demandante lo que ya no le pertenecía, sin faltar a la justicia e incurrir en las censuras fulminantes contra los defraudadores de bienes eclesiásticos? El verdadero arreglo pacífico que, por medio del Rvdmo. Sr. Vicario General, Dr. Javier Lan-

dívar, propuso el infrascrito, de acuerdo con el Ilmo. Sr. Obispo, a la señorita Astudillo, fue hacer, en nombre del Instituto de Sacerdotes Oblatos, cesión de todos los bienes donados a esta Congregación por dicha señorita Astudillo, en manos del Prelado Diocesano, previa, por supuesto, la autorización del Excmo. Sr. Delegado Apostólico residente en Lima. La donante no convino en este arreglo, que era el único aceptable para mí, y a pesar de la intervención valiosa del Sr. Dr. Dn. Rafael María Arízaga y de los esfuerzos por la paz del Rvdmo. Sr. Vicario, se entabló la demanda. Al conceder la venia canónica, para iniciarla, el Ilmo. Sr. Pólit se expresó en estos términos: "le concedemos (a la peticionaria) muy a pesar nuestro el solicitado permiso (de arrastrar a un sacerdote a un tribunal laico) lamentando, después de haber agotado los medios de conciliación, el escándalo que de ellos resultare y salvando nuestra responsabilidad.— El Obispo".

Véase, pues, si el doctor Peña ha tenido razón para estampar estas líneas: "Conviene que el público sepa que la señorita Astudillo ha agotado cuantos medios ha estado a su alcance para evitar la demanda de que ha principiado a ocuparse la prensa local. Varias veces llamó a su casa al influyente hombre público, Sr. Dr. Dn. Rafael María Arízaga, para que como amigo del Sr. Canónigo Dr. Dn. José Julio Matovelle, hablara con la autoridad eclesiástica, y convenciera al señor Matovelle de la necesidad de llegar a un arreglo pacífico... Demanda que si (la señorita Astudillo) ha hecho extensiva al Rvdmo. Sr. Vicario General de la Diócesis, es porque se trata de la nulidad de una escritura en que ha intervenido dicha autoridad. Mas sea ésta una ocasión para hacer presente al Público, que la señorita Astudillo jamás se habría lanzado al terreno judicial, si acaso hubiera tenido que entenderse sólo con el Rvdmo. Sr. Vicario General, que ha manifestado la mejor voluntad para que el Sr. Canónigo Dr. Matovelle, arregle particularmente, lo que ahora es ya materia de litigio; litigio que lo ha iniciado previa la respectiva *venia* del Prelado diocesano.

2ª Pero todo esto es nada en comparación de lo que sigue. Agrega el Sr. Dr. Peña, con mucho aplomo, que la demanda se ha propuesto porque, no habiéndose aceptado por mí *aquellos arreglos pacíficos*, no se ha logrado hacer "desaparecer las dificultades creadas por ciertas *supuestas escrituras* públicas, que sin conocimiento de la señorita Astudillo hicieron pasar los bienes donados al dominio de particulares, dando así al traste con la donación hecha por aquella señorita". ¿Si se creerá que no existe ya el octavo precepto del Decálogo, tal vez en vista de las estupendas calumnias que la prensa radical lanza diariamente contra la Iglesia y el Clero?... Cualquiera que no habite en Cuenca y lea las aseveraciones citadas creerá que he falsificado escrituras públicas, y, mediante ellas, *he hecho pasar los bienes donados al dominio de personas particulares*, quizá de mis parientes y he *dado así al traste con la donación* que nos ocupa. Por felicidad la misma señorita Astudillo se ha encargado de dar anticipadamente el más solemne mentís al Dr. Peña, cuando, al entablar su demanda contra la autoridad eclesiástica de la Diócesis y el infrascrito Superior de la Congregación de Sacerdotes Oblatos, reclama, no que se declaren insubsistentes y falsificadas aquellas supuestas escrituras públicas, ni que se arranque al *dominio de particulares aquellos bienes donados* por ella, sino que los demandados devuelvan esos bienes, alegando por causa *la nulidad de donación y del instrumento en que esta consta*. Quien va a dar al *traste con aquella donación* no es, pues, el infrascrito, sino la misma señorita Astudillo y los que le han aconsejado proceder de esta suerte.

Si con aquello de *escrituras supuestas y traspaso de los bienes donados al dominio de particulares*, ha querido el Sr. Peña hacer alusión a la venta que me hizo el Sr. Dr. Castro, de la casa adquirida en su nombre, ¿quién no ve que en este caso el particular era más bien el mencionado Sr. Presbítero que no el Superior de la Congregación? Indudablemente mejor asegurados quedaban en cabeza de este último los *bienes donados*, porque entonces todo el Instituto venía en conocimiento de que

le pertenecían esos bienes, y la nueva escritura era un nuevo testimonio de ello, que si todo hubiese permanecido oculto y dejado a la conciencia de una sola persona por honorable que esta sea, ya que una muerte imprevista u otra cosa semejante podía en un instante hacer pasar esos bienes a terceros. Esa traslación de dominio se hizo sin conocimiento de la señorita Astudillo, porque también yo ignoraba fuera ella la donante del precio con que se adquirió aquella raíz; por lo mismo, el que esto escribe no tenía que consultar a otra voluntad que a la del ya citado Dr. Castro quien, con generosidad verdaderamente sacerdotal, me manifestó que esta adquisición había hecho para el Instituto de Sacerdotes Oblatos, con dineros erogados para ello por manos piadosas; no estaba en mi deber entrar en más detalles sobre este asunto. Todo esto se hizo de modo confidencial, por exigirlo así los tiempos calamitosos que atravesamos, en que son desconocidos los derechos más esenciales de la Iglesia y los Institutos religiosos, pero no por apego alguno de mi parte ni a casas ni a predios de ninguna clase, que felizmente no los necesito, sino es para dedicarlos a objetos de piedad o beneficencia públicas. Si antes del litigio no accedí a los reclamos de la señorita Astudillo fue porque no podía yo disponer de bienes que no eran míos; pero entablada la demanda me he allanado a ella y puesto a disposición de la autora de tales bienes por no haber ninguna ley que me prohiba a este allanamiento, dejando, eso sí, a salvo los derechos que a la Autoridad eclesiástica y al templo, por ella representado, les competa sobre esas raíces o su precio. (1)

(1) A este pleito injusto, promovido por la señorita Florencia Astudillo, contra la Autoridad Eclesiástica Diocesana, en la persona del Rvdmo. Señor Dr. Javier Landívar, Vicario General de la Diócesis, el Rvdmo. Padre Julio Matovelle, el Rvdo. Padre Virgilio Maldonado Toral y el ex-Padre Miguel Castro: el Rvdmo. Padre Julio Matovelle, de acuerdo con el Rvdmo. Sr. Vicario, por ausencia del Excmo. Sr. Obispo Pólit, se allanó de inmediato, y, si de parte del Rvdo. Padre Maldonado se sostuvo el pleito, fue únicamente a petición expresa del Excmo. Sr. Obispo Pólit. Mas, como las casas del Cenáculo, materia del pleito, eran bienes eclesiásticos, el Excmo. Sr. Obispo, para dar término a este malhadado pleito, acudió a la Delegación Apostólica, entonces en el Perú, para entregar las casas del Cenáculo a la señorita Florencia. La contestación de la Delegación Apostólica fue de que se entregue a dicha señorita las casas mencionadas, con el fin de evitar graves dificul-

Esta es la verdad de los hechos; el público sensato pronunciará el veredicto que fije las responsabilidades que emanan de ellos.

Cuenca, Abril 22 de 1913.

Julio Matovelle,
Superior de la Congregación de Sacerdotes Oblatos.

LA ALIANZA OBRERA.
VII: 391, 24 abril, 1913.

---

tades, como venían originándose, pero, haciendo ver a la citada señorita que esas casas son y serán siempre bienes eclesiásticos.

No hace mucho tiempo que el Excmo. Sr. Obispo, Dr. Daniel Hermida, entregó el cuidado del templo del Santo Cenáculo a los Rvdos. Padres Jesuítas, y, como consecuencia la señorita Florencia Astudillo entregó también a los Rvdos. Padres de la Compañía las casas del Cenáculo, mediante escritura pública. Con todo, después trató de que se las devuelva, mediante juicio...—N. de los EE.

CONTESTACION A LA DEMANDA

Señor Alcalde Cantonal 3º:

Julio Matovelle, Sacerdote de la Diócesis, domiciliario de esta ciudad, y Superior de la Congregación Religiosa de Sacerdotes Oblatos, ante usted, con respetuoso acatamiento, expongo:

El día once del presente mes fui citado con la copia de una demanda propuesta contra el infrascrito, ante ese Juzgado, por la señorita Florencia Carlota Astudillo y Valdivieso, mediante su mandatario el Sr. Dn. Ezequiel Sánchez; la demanda se contrae a solicitar que se declare nula la escritura de donación de veintitrés mil sucres, hecha por la mencionada señorita al Instituto de Sacerdotes Oblatos, donación que fue aceptada por el compareciente, a nombre y en representación de dicho Instituto, en calidad de Superior de él. Aunque la señorita donante ha expresado ya en su demanda algo sobre los antecedentes que motivaron dicha escritura, juzgo necesario hacer algunas aclaraciones más, para que se comprenda mejor el fin y objeto a que fue encaminada la donación de que me ocupo.

Construído el templo del Santo Cenáculo hízose necesario adjuntarle una casa de habitación para la Comunidad de Sacerdotes, religiosos o seculares, que hubiesen de servir dicho santuario; y, como este hubiese sido confiado por la Autoridad Eclesiástica Diocesana al cuidado de la expresada Congregación de Sacerdotes Oblatos, la señorita Astudillo, con generosidad y desprendimiento dignos de elogio, hizo la donación ya indicada de los veintirés mil sucres, a los RR. Padres Virgilio Maldonado y Miguel Castro, para que con ese dinero comprasen dos casas contiguas al templo, pertenecientes a los señores: Dr. Dn. Miguel Fernando Abad y Dn. Luis Astudillo; así lo efectuaron, y con el dinero sobrante de la compra hicieron las reparaciones y fábricas que ac

CONTESTACION A LA DEMANDA

Señor Alcalde Cantonal 3º:

Julio Matovelle, Sacerdote de la Diócesis, domiciliario de esta ciudad, y Superior de la Congregación Religiosa de Sacerdotes Oblatos, ante usted, con respetuoso acatamiento, expongo:

El día once del presente mes fui citado con la copia de una demanda propuesta contra el infrascrito, ante ese Juzgado, por la señorita Florencia Carlota Astudillo y Valdivieso, mediante su mandatario el Sr. Dn. Ezequiel Sánchez; la demanda se contrae a solicitar que se declare nula la escritura de donación de veintitrés mil sucres, hecha por la mencionada señorita al Instituto de Sacerdotes Oblatos, donación que fue aceptada por el compareciente, a nombre y en representación de dicho Instituto, en calidad de Superior de él. Aunque la señorita donante ha expresado ya en su demanda algo sobre los antecedentes que motivaron dicha escritura, juzgo necesario hacer algunas aclaraciones más, para que se comprenda mejor el fin y objeto a que fue encaminada la donación de que me ocupo.

Construído el templo del Santo Cenáculo hízose necesario adjuntarle una casa de habitación para la Comunidad de Sacerdotes, religiosos o seculares, que hubiesen de servir dicho santuario; y, como este hubiese sido confiado por la Autoridad Eclesiástica Diocesana al cuidado de la expresada Congregación de Sacerdotes Oblatos, la señorita Astudillo, con generosidad y desprendimiento dignos de elogio, hizo la donación ya indicada de los veintirés mil sucres, a los RR. Padres Virgilio Maldonado y Miguel Castro, para que con ese dinero comprasen dos casas contiguas al templo, pertenecientes a los señores: Dr. Dn. Miguel Fernando Abad y Dn. Luis Astudillo; así lo efectuaron, y con el dinero sobrante de la compra hicieron las reparaciones y fábricas que actualmente existen en dichos sitios. Ambas adquisiciones se realizaron, mientras el infrascrito se hallaba en

Lima, la primera vez, y en otro lugar distante de esta ciudad, aunque dentro de la misma República, al tiempo de la segunda compra. Para obviar el peligro de que las dos adquisiciones indicadas pasasen a morir súbitamente, el Sr. Dr. Dn. Miguel Castro me confirió la propiedad de la casa comprada por él, y el Sr. Dr. Dn. Virgilio Maldonado hizo en mí favor una escritura de hipoteca de la casa adquirida en su nombre, en atención a que era yo el Superior de la Congregación de Sacerdotes Oblatos, y a que, en mi testamento que tengo ya otorgado, dejo plenamente a salvo los derechos de la Congregación. La Srta. Astudillo, sin embargo, no convino en ello, y acudió a la Autoridad Eclesiástica de la Diócesis, con cuya intervención celebró la escritura de donación de treinta de Junio de mil novecientos ocho, en que, de manera clara y expresa hizo constar la donante que ella había erogado la cantidad de los veintitrés mil sucres para la compra de las casas y construcción de las fábricas que quedan indicadas. Debo advertir que la mentada escritura fue redactada en todas sus partes por la dicha señorita o su abogado, que es lo mismo, de acuerdo con la Autoridad Eclesiástica de la Diócesis, que intervino en ese acto; el infrascrito se limitó únicamente a firmar la escritura; por tanto, los títulos de Fundador y Superior de la Congregación de Sacerdotes Oblatos que se me dan en este documento los ha dictado la Autoridad Eclesiástica y los ha reconocido la señorita donante.

Al presente, dicha señorita pide al Juzgado que declare la nulidad de la escritura pública de aquella donación por los motivos que alega en el escrito de demanda; causas o motivos que en manera alguna podía aducirlas en su favor la donante por haber ella misma celebrado la donación en un instrumento firmado de su mano y que no adolece de nulidad absoluta, como lo probaré después, aunque la señorita Astudillo lo asegura así; pues es terminante y clara a este respecto la disposición del artículo 1673 del Código Civil que prescribe que la nulidad absoluta "puede alegarse por todo el que tenga interés en ello, excepto el que ha ejecutado el

acto o celebrado el contrato, sabiéndo o debiendo saber el vicio que lo invalidaba". A pesar de esto, y como si no existiese tal disposición legal, voy a demostrar que no es admisible ninguna de las causas de nulidad alegadas en la demanda.

Las dos primeras están formuladas así: "1ª La Asociación de Sacerdotes Oblatos, fundada por el Sr. Canónigo Matovelle, no tiene verdadera existencia canónica. 2ª Dicha Asociación de Sacerdotes tampoco tiene existencia legal, por cuano no es persona jurídica". Estas dos razones propuestas por la demandante son absolutamente inaceptables y el Juzgado no puede tomarlas en cuenta, por cuanto es atribución propia y exclusiva de la Autoridad Eclesiástica reconocer y resolver las cuestiones religiosas, concernientes a la institución canónica de los Institutos religiosos. Si así no fuere, la autoridad legal podría erigirse en juez de causas meramente canónicas, y resultaría una contradicción lamentable entre el Prelado eclesiástico que reconociera, como reconoce en nuestro caso, la existencia canónica de un Instituto religioso, y el juez civil que podría decretar lo contrario. Si la señorita Astudillo quiso alegar esta supuesta causa de nulidad, debió acudir previamente al Tribunal Eclesiástico, obtener allí un fallo que le fuese favorable, sobre la no existencia de la Congregación de Sacerdotes Oblatos, y presentarse ante el Tribunal Civil, con una copia de esa sentencia eclesiástica, para así obtener la nulidad de la donación que nos ocupa.— La segunda causa alegada es deducción lógica de la primera; pues si el antedicho Instituto religioso no existiera, según pretende la demandante, claro está que no tendría personalidad jurídica, puesto que lo que no existe no es persona, ni ser de ningún orden. Felizmente la Congregación de Sacerdotes Oblatos fue establecida a tiempo en que, no solamente según la legislación canónica, sino también según la civil vigente entonces, todos los Institutos religiosos gozaban de personalidad jurídica.

Agrega la demandante: "Ni se podría decir que el contrato subsiste, a falta de la mentada Asociación, en

beneficio de la Autoridad Eclesiástica; porque el mismo orden de sustitución, establecido en el título, presupone la existencia del primer donatario". Este raciocinio es palmariamente contrario a lo estatuido por las leyes civiles; según ellas la donación en sí considerada, es distinta de la aceptación, son dos actos distintos y separables, tanto que la segunda presupone la existencia de la primera, y una y otra se rigen por disposiciones que les son peculiares. Siendo pues, como lo demostraré más abajo, válida la donación impugnada, para juzgar si hay o no nulidad en la aceptación, debemos acudir a las reglas concernientes a la validez de las aceptaciones de herencias y de legados, según lo dispuesto en el inciso tercero del artículo 1.401 del Código Civil, que dice así: "Las reglas dadas sobre la validez de las aceptaciones y repudiaciones de herencias y legados se extienden a las donaciones". Por consiguiente no pudo el procurador de la señorita actora decir que "el título presupone la existencia del primer donatario", y que este no existe, puesto que de modo expreso, como lo advertí antes, tanto la autoridad eclesiástica como la señorita donante, me reconocieron Fundador y Superior de la Congregación de Sacerdotes Oblatos, y en calidad de tal acepté la donación. Más, aún dada la hipótesis de que hubiese sido nula la aceptación, no por ello se invalida la donación cuestionada, porque precisamente en ese caso tendría lugar la sustitución de la Autoridad Eclesiástica, según lo expresamente dispuesto en el artículo 1.147 del Código Civil que reza: "La sustitución que se hiciere expresamente para alguno de los casos en que pueda faltar el asignatario (o donatario en el caso presente), se entenderá hecha para cualquiera de los otros en que llegare a faltar; salvo que el testador (o donante en nuestro caso) haya expresado voluntad contraria". Ni puede decirse que haya llegado a faltar el donatario sustituto, pues el inciso tercero del artículo 1.146 del mismo Código Civil dice expresamente: "No se entiende faltar el asignatario (o donatario en nuestro caso) que una vez aceptó, salvo que se invalide la aceptación". Mas ocurre que ni se ha invalidado la aceptación de la Autoridad Eclesiástica, ni la donante ha expresado en el título

voluntad contraria, sino antes bien favorable a la sustitución en favor de la Autoridad Eclesiástica, para el caso en que llegue a faltar el primer donatario; pues la escritura de donación expresa formalmente que, "caso de extinguirse dicha Congregación o que el Gobierno, por alguna ley que se expidiere, pretenda apropiarse de las raíces, materia de la donación, por el mismo hecho pasará el dominio de ellas a la Autoridad Eclesiástica de la Diócesis, quien las destinará precisamente a cualquiera otra Congregación religiosa o Asociación de Sacerdotes, que se haga cargo del referido culto". Por consiguiente, en la intención de la señorita donante era indiferente que nuestro Instituto fuese una Congregación religiosa o una simple Asociación de Sacerdotes para la validez de la donación; pues lo que ella quería en todo caso, es proporcionar una casa de habitación a los sacerdotes que debiesen atender al culto del Santísimo Sacramento, en el templo del Santo Cenáculo, ya que según sus propias palabras todo su deseo fue "fomentar la piedad pública". De todo lo cual aparece claramente que la donación a la Congregación de Sacerdotes Oblatos se ha otorgado en forma de asignación modal, de manera que el templo antedicho, o sea su genuino representante que es la Autoridad Eclesiástica, son en rigor los verdaderos dueños de los bienes donados; luego en manera alguna puede la Autoridad Eclesiástica ser excluída de la sustición estipulada, sin herir los derechos más claros y terminantes de la justicia canónica y civil. Sin embargo, este es punto que lo sabrá defender mejor la misma Autoridad Eclesiástica de la Diócesis, a quien se extiende también la demanda.

La tercera y cuarta causas de nulidad invocadas en favor de su intento por la señorita donante se refiere a la falta de ciertas solemnidades externas requeridas por la ley, para la validez de ciertos instrumentos públicos, como el del que actualmente se trata. Estas últimas causas aparecen ciertamente revestidas con visos o apariencias de probabilidad en favor de la invalidez que se pretende; sin embargo, en realidad de verdad, las causas de invalidez invocadas por la demandante no tienen

valor alguno ante la ley, como lo voy a demostrar. Lo que la señorita Astudillo ha donado a la Congregación de Sacerdotes Oblatos, en favor del templo del Santo Cenáculo, no son bienes raíces, sino sumas de dinero, o sea los veintitrés mil sucres con que los PP. Maldonado y Castro han adquirido las dichas raíces y hecho las fábricas construídas en ellas. Ahora bien, para la validez de la donación de una suma cualquiera de dinero no se necesita instrumenta alguno; sólo para la prueba se requiere instrumento, y esto cuando la cuantía del dinero donado pasa de de ciento sesenta sucres; para probar la entrega de las cantidades donadas por la señorita Astudillo está la escritura de treinta de junio de mil novecientos ocho, la cual aunque no pudiese pasar como escritura pública, tendría que valer forzosamente como escritura privada conforme a lo dispuesto en el inciso segundo del artículo 1.691 del Código Civil, que dice: "El instrumento defectuoso por incompetencia del empleado, o *por otra falta en la forma,* valdrá como instrumento privado, si estuviese firmado por las partes". Por consiguiente, es ciertamente válida la donación hecha por la señorita Astudillo, y esta donación se ha hecho irrevocable desde que se ha entregado la cantidad donada, porque el contrato que nos ocupa es consensual y real. Para mayor abundamiento añadiré que la tercera razón asentada como fundamento de la demanda, a saber "el no haberse presentado el Sr. Dr. Matovelle con poder especial y suficiente del Sr. Dr. Maldonado", no tiene valor alguno, pues si era preciso que interviniese en celebración de la escritura el último de los señores mencionados era solamente para que declarse que había recibido de la señorita donante la cantidad indicada por ella, esto mismo pudo asegurar el infrascrito sin necesidad de presentar para ello poder especial, declaración que poco después fue ratificada por el Dr. Maldonado. Tampoco se ha de invocar como causa de nulidad el no haberse protocolizado *los documentos relativos a la personería del Sr. Vicario Landívar,* porque es doctrina corriente en el foro y así se practica siempre, que las Autoridades del orden eclesiástico, civil o político, como Obispos, Vicarios generales, Ministros de Estado, Gober-

nadores, Alcaldes, etc., cuando intervienen en actos propios de su cargo no están obligados a presentar instrumentos que acrediten el empleo o autoridad que ejercen.

Por todo lo expuesto se verá que tengo razones sólidas y fundadas para oponerme a lo que se pretende en la demanda; podría proponer excepciones perentorias, no solamente dilatorias si el litigio se hubiese trabado por una persona cualquiera, pero desde que la misma que hizo tan espontáneamente la donación, es quien ahora insiste en anularla, juzgo más conveniente allanarme por mi parte, como lo hago por el presente escrito, a que se declare sin efecto legal la donación discutida, y vuelvan las cosas al estado en que se hallaban antes.

Al fin del libelo de demanda, el procurador de la señorita Astudillo dice: "La cuantía de la demanda es de veintitrés mil sucres que constan en la escritura más tres mil sucres dados con posterioridad por la señorita Astudillo para continuar las fábricas de las referidas casas; y los intereses que por ley le corresponden". No expresa el procurador por qué sea nula esta segunda donación, ni señala quién, entre las cuatro personas demandadas, haya recibido aquellos tres mil sucres, ni expresa tampoco la razón por qué reclama aquellos intereses legales. Según la confesión constante en la misma demanda, todo el dinero dado por la señorita donante se ha invertido en los objetos destinados por ella, por consiguiente no tiene derecho de percibir intereses de ninguna clase por las cantidades donadas. Por mi parte declaro, que no se me ha entregado, ni he recibido dinero alguno. El único objeto que me transfirió, por la respectiva escritura de venta, el ya varias veces citado Presbítero, Sr. Dr. Miguel Castro, fue la casa comprada, por él, al Sr. D. Luis Astudillo, casa que desde entonces ha ocupado y sigue ocupando hasta hoy, el mismo Presbítero Sr. Castro; la cual tan pronto como se falle el presente litigio, estoy listo a transferir al mismo señor que me la vendió, o a la señorita Astudillo, según ella determine, pero sin reconocerme obligado a pagar

interés alguno.

Declaro además que con este mi allanamiento a la demanda, en los términos que quedan expresados, no quiero perjudicar en lo más mínimo a derecho alguno de terceros; por consiguiente dejo enteramente a salvo las obligaciones naturales que del contrato resuelto, por la insubsistencia de la escritura, pudiesen provenir, y los derechos que la Autoridad Eclesiástica de la Diócesis, y el mismo templo por ella representado, pudieran acaso hacer valer en juicio o fuera de él.

Julio Matovelle.

Abril 24 de 1913.

LA ALIANZA OBRERA.
VIII: 381, 24 abril, 1913.

EN DEFENSA DEL CLERO AZUAYO

En uno de los diarios radicales de Quito, "La Prensa", en el número 1.163, se ha publicado una correspondencia intitulada *Del Azuay*, en que se estampan conceptos grandemente injuriosos, no sólo a la Congregación de Sacerdotes Oblatos, especialmente al infrascrito, sino al Clero todo de esta Diócesis; esto nos obliga a hablar una vez más, para poner las cosas en claro, y defender la honra del sacerdocio tan sin motivo ni fundamento, audazmente vulnerada.

Dícese en aquel escrito: "Se habla (en Cuenca) de supuestas escrituras celebradas por los Sacerdotes Maldonado y Castro al doctor Matovelle; se habla de una escritura en que se exponen verdades; haciendo rectificaciones; y se dice que se publicará un folleto, donde salgan a luz ciertos manejos indecorosos y nada dignos. Es probable que la prensa se ocupe de estos asuntos, y que el pueblo al ver ciertos hechos, dude en adelante del desinterés del Clero azuayo". Con este conjunto de suposiciones calumniosas, con semejante tejido de falsedades se pretende cohonestar el desgraciado pleito suscitado por la Srta. Florencia Astudillo contra la Autoridad Eclesiástica de Cuenca y la expresada Congregación religiosa. Ya antes, en dos publicaciones hechas en esta ciudad, la primera en el Nº 32 de "El Tren" y la segunda en un impreso anónimo, de 26 de abril de este mismo año, que apareció bajo el título pretencioso de "La Voz del Pueblo" (¿) se hicieron otras aseveraciones parecidas a las que ahora reproducimos. En la publicación primeramente mencionada se dijo que el pleito había surgido porque no había sido posible hacer "desaparecer las dificultades creadas por ciertas supuestas escrituras públicas que sin conocimiento de la Srta. Astudillo, hicieron pasar los bienes donados al dominio de particulares, dando así al traste con la donación hecha por aquella señorita". En la segunda hoja se amplió la inculpación preinserta con la explicación siguiente: "Es el caso que la señorita (Astudillo) donó la suma de veintiséis mil sucres a los referidos Sacerdotes Oblatos,

quienes necesitaban una residencia cercana al Santo Cenáculo...Compradas y reedificadas dos casas contiguas, el señor doctor Julio Matovelle exigió de los Sacerdotes que aparecían como compradores de dichos inmuebles declaraciones falsas que desvirtuaban por completo el objeto de la donación. En efecto, era así; pues uno de los compradores (el Sr. Castro) le transmitió al Sr. Matovelle el dominio de la una casa, expresando que la había comprado con dinero propio de dicho señor; y el otro de los compradores (el P. Maldonado), hizo igual declaración, en una escritura hipotecaria, añadiendo que el precio había provenido de la venta de una propiedad rural del señor Matovelle ya mencionado y del cobro de algunos créditos activos del mismo". He aquí acusaciones gravísimas, felizmente tan contradictorias y vanas, tan desprovistas de toda razón jurídica, que no merecen siquiera el honor de ser refutadas; vamos sin embargo, a tomarnos este trabajo para evitar que con nuestro silencio triunfen la mentira y el sofisma, y quede inicuamente oscurecido el buen nombre del Clero azuayo.

Para rebatir victoriosamente tales acusaciones nos bastará poner en claro los tres hechos siguientes, confesados repetidas veces por la misma actora en el pleito.

1º *La Srta. Florencia Astudillo,* al entregar el dinero de que se habla en el párrafo anterior, *hizo y perfeccionó una donación.* Ahora bien, *donar una cosa* no es *prestarla,* ni *ponerla en depósito,* sino deshacerse de ella y transferir su dominio al donatario, quien puede y tiene derecho, de llamarse *dueño* de la cosa donada, sin que esto sea *declaración falsa*. La mencionada Srta. "donó la suma de veintiséis mil sucres a los referidos Sacerdotes Oblatos", sin reservarse ningún derecho de administración sobre la cosa donada; pasó, pues, ésta íntegramente al dominio exclusivo de los donatarios.

2º *La donación* hecha por la señorita Astudillo a los Sacerdotes Oblatos no fue de casas ni otro género de inmuebles, sino *de dinero*. Como lo hemos advertido ya

en otra publicación: para la validez y perfeccionamiento de la donación de una suma cualquiera de dinero no se necesita instrumento alguno; por consiguiente, dicha donación se perfeccionó e hizo irrevocable desde que la expresada Srta. entregó la cantidad donada, porque este contrato es consensual y real. Pero, demos que no hubiese habido tal donación sino solamente préstamo, ¿qué dice de él nuestra legislatura civil en su artículo 2.184, basada en las prescripciones más claras y obvias del derecho natural?: "el contrato de préstamo a mutuo no se perfecciona sino por la tradición, y la tradición transfiere el dominio"; aunque no hubiera sido pues *dada* sino solamente *prestada,* por la señorita Astudillo, la suma aquella, los Sacerdotes Oblatos tenían perfecto derecho para decir y declarar en los actos y contratos realizados con estos dineros, que estos eran suyos, sin que ello hubiese falsedad ni mentira de ninguna clase, ni estuvieren obligados a expresar de dónde ni cómo procedía aquella cantidad. ¿Quién será tan ignorante o desadvertido que al hacer la adquisición de un inmueble u otro objeto cualquiera, diga: compro esta casa con dinero que me han dado a mutuo, o proviene de una herencia o donación?. Compro por tal precio, dirá, sin creerse obligado a hacer otras explicaciones al respecto.

3º La donación de que tratamos se hizo no al R.P. Maldonado, ni al R. P. Castro, sino a la Congregación de Sacerdotes Oblatos. Aquí, sin embargo, surgió una grave dificultad. Las leyes cismáticas que actualmente rigen a esta República desconocen por completo la personalidad jurídica y otros derechos esenciales de los Institutos religiosos, ¿cómo hacer a éstos donación alguna? La Srta. Astudillo resolvió el problema entregando el dinero donado, a los sacerdotes expresados, quienes compraron las dos casas contiguas al Santo Cenáculo, para la Congregación ya mencionada, de que eran miembros, pero expresando que las adquirían con su propio dinero y para sí. Tocábale al Instituto asegurar esas dos raíces de modo que no pasase su dominio a terceros por muerte súbita de alguno de los compradores, u otra causa semejante; en este arreglo concerniente al régimen pura-

mente interior y económico de la Congregación, no tenía absolutamente derecho a intervenir la señorita Astudillo, ni, por lo mismo, había obligación de consultarla. Con tal que los bienes provenientes de la donación permaneciesen aplicados a su objeto, esto es no se arrancasen del dominio de la Congregación, ésta era libre para asegurar esa propiedad como mejor le pareciese. En esta virtud, consultado el asunto con distinguidos jurisconsultos se resolvió que en cada una de las adquisiciones mencionadas interviniesen dos miembros del Instituto, debiendo el Superior de éste ser precisamente uno de aquellos; en consecuencia, el P. Maldonado otorgó una obligación hipotecaria sobre la raíz comprada por él, en favor del Superior mencionado, y a él transfirió el P. Castro la propiedad de la raíz comprada al Sr. Dn. Luis Astudillo. De esta manera si uno cualquiera de esos adquirentes nominales hubiese tratado, por desgracia, de arrebatar esas raíces, el otro le habría salido al encuentro, y se hacía muy difícil y casi imposible toda defraudación. Por qué estos ardides y combinaciones, se nos dirá acaso; y responderemos: porque a ello nos obligan las leyes inicuas e impías que hoy tiranizan a la Iglesia Católica en el Ecuador.

Esto motivó el otorgamiento de las dos escrituras que, ahora, gratuitos y encarnizados adversarios de esa misma Iglesia Santa y de todo el Clero en general se esfuerzan por presentar como *escrituras falsas, supuestas* y como fruto de *manejos indecorosos y nada dignos,* cuando en realidad son todo lo contrario: documentos redactados conforme a la verdad y la justicia, y de acuerdo con todas las reglas de la dignidad y el decoro, según lo vamos a ver.

En la escritura de venta otorgada a favor del infrascrito, en 26 de Febrero de 1908, en Cuenca, ante el Sr. Escribano, Dr. Abelardo Arízaga, declara el vendedor Sr. Castro, que compró al Sr. Dn. Luis Astudillo unas tiendas contiguas al templo del Santo Cenáculo, y luego todo el resto de la casa de dicho señor, y agrega lo que sigue: "El precio por el que adquirió (dicho señor Castro) estas

tiendas fue el de cuatrocientos sucres. Que el dinero con que hizo ambas compras, fue del primer compareciente señor doctor Matovelle por cuyas instrucciones las verificó, sin que hubiese concurrido, a la celebración de los contratos, este señor, por haberse hallado ausente, pero que en verdad fueron para él tales compras, circunstancia que no se expresó en dichas escrituras. Que derruídas las tiendas y parte de la casa enunciadas, se ha levantado una nueva fábrica, a expensas de sólo el compareciente señor doctor Matovelle. Que en estas circunstancias, y con el objeto de que el primer compareciente tenga un título exclusivo de dominio de las raíces citadas, declara el segundo, que vende al señor doctor Matovelle las tiendas y casa de que viene hablando, por el precio de tres mil sucres que confiesa haber recibido, sin quedar sujeto a responsabilidad alguna por las cantidades empleadas en las compras antedichas". ¿Hay en estas declaraciones nada de contrario a la verdad, la justicia ni el decoro? La Congregación de Sacerdotes Oblatos era con toda verdad, dueño exclusivo y absoluto del dinero donado para la compra de esas raíces, luego el Superior del Instituto, hablando en nombre y representación del mismo, podía y debía decir que hacía esa adquisición con dinero propio, y así debía también declarar el vendedor.

Igualmente digna, exacta y verdadera es la escritura hipotecaria, otorgada en favor del mismo Superior por el Rvdo. P. Maldonado. La Srta. Astudillo al verificar su donación lo había hecho de un modo enteramente confidencial y reservado, para impedir que los bienes donados llegasen a ser presa de las expoliaciones de nuestros gobiernos radicales; había, pues, que asegurar dichos bienes, pero continuando el mismo sistema de ocultación y secreto, impuesto por la donante. Durante mi ausencia en Lima, el R. P. Maldonado había vendido una finca de mi propiedad, en mil quinientos pesos, cantidad que empleó en pagar las deudas de la Congregación; además había recibido los cuatro mil quinientos sucres donados, al mismo Instituto, por la señorita Astudillo, declaró pues, que "habiendo el Sr. Dr. Matovelle salido

de esta República, durante todo este tiempo (de su ausencia) el exponente (P. Maldonado) manejó y administró los bienes de dicho señor Matovelle (entre los que se comprendía los de la Congregación), vendió una quinta que dicho señor tenía en el Ejido de Cuenca, por el precio de mil quinientos pesos, recibó algunas otras cantidades de dinero que le pertenecían al mismo (es decir a la Congregación, como la suma donada por la señorita Astudillo); parte de todas estas sumas empleó en pagar sus deudas que había tenido dicho señor Matovelle, (esto es, el Instituto), y con el resto (o sea con los cuatro mil sucres donados) compró mediante escritura que está inscrita, una casa de propiedad del Sr. Dr. Miguel Fernando Abad, etc.". En todo esto se oculta ciertamente el hecho de la donación, porque así convenía por los motivos ya expresados, pero no se falta ni un ápice a la verdad. No estamos obligados a decirlo todo, podemos y aún debemos ocultar muchas cosas; lo indigno, lo malo, lo indecoroso es faltar a la verdad.

Que con la celebración de las dos referidas escrituras no se intentó absolutamente defraudar nada ni a nadie sino asegurar los derechos del Instituto y el templo, manteniendo el secreto impuesto por la donante, se deduce de que, habiendo ésta salido de su reserva y acudido al Prelado eclesiástico, el Superior y demás miembros de la Congregación que habían intervenido en la celebración de esos documentos, declararon llana y sencillamente todo lo ocurrido, y firmaron gustosos la escritura pública de 30 de Junio de 1908, en que se hizo constar la donación y declaraciones antedichas, aun a riesgo de que con ello se suscitasen dificultades provenientes de las leyes anticatólicas dictadas, por el radicalismo, a la República.

He aquí completamente desvanecidas estas tan repetidas inculpaciones de escrituras *supuestas, falsas,* etc., con que gratuitos adversarios se han empeñado en denigrar la reputación del Instituto de Sacerdotes Oblatos, la mía, en particular, y hasta la del Clero en general.

Añadiremos, porque es necesario: nuestro proceder, en todo este asunto, ha ido estrictamente ceñido a las prescripciones de los sagrados Cánones; se nos acusa, pues, por haber ajustado nuestra conducta a esa norma admirable de sabiduría, rectitud y justicia.

1º Se me acusa de haber *exigido* a los PP. Maldonado y Castro la declaración de que las casas compradas en su nombre no eran de ellos, sino del Instituto; pero desde que la donación no había sido hecha a ellos, sino a la Congregación, *estaban obligados* a hacer esta declaración sin que tuviera yo necesidad de constreñirles a esto; pues tal es el deber que impone el Santo Concilio de Trento a los religiosos (Sess. XXVI.—*De Regular*, cap. II). Felizmente ninguno de aquellos dignos sacerdotes necesitó de que se le compeliese a cumplir ese deber, sino al contrario, ambos lo hicieron de una manera espontánea y libre.

2º Por haber arreglado que, en cada una de las dos adquisiciones de las raíces cuestionadas, interviniesen dos miembros del Instituto, y no uno solo como se había hecho al principio, durante mi ausencia, se me acusa de haber hecho pasar a particulares la propiedad de los bienes donados; sin embargo es terminante la disposición dictada por la Sagrada Congregación de Negocios Extraordinarios, que, en 13 de Julio de 1878, estableció que en aquellos países donde, como actualmente sucede en el Ecuador, se desconoce la personalidad jurídica de los Institutos religiosos y su capacidad para tener y poseer bienes inmuebles, pueden éstos adquirirse por los dichos religiosos, actuando como personas particulares, pero debiendo dos o tres de ellos intervenir en cada una de esas adquisiciones. (1)

3º Se me inculpa de haber celebrado las escrituras

(1) Eclesia constituit ut proprietates entium moralium inscriberentur in publicis tabulis nomine duorum vel trium Religiosorum, qui realiter non sint nisi **fiduciarii**, quique ad invicem alios substituant, qui loco ipsorum, eveniente morte, succedant in eadem inscriptione.— Bargilliat - Proelect. Juris Canon., tract VIII, c. IV.

aquellas, sin el previo beneplácito e intervención de la señorita Astudillo; pero en manera alguna estaba yo obligado a ello, pues ninguna persona extraña, ni aun los benefactores insignes, tienen derecho para inmiscuirse en el régimen interior y económico de un Instituto religioso. Así lo han resuelto varias veces las Congregaciones romanas; citaremos aquí una decisión solamente de la Sagrada Congregación del Concilio que, acerca de un litigio promovido, por una causa análoga, contra el Monasterio de Santa Radegundis, de Milán, resolvió en 12 de Mayo de 1736: *Liberum est abbati, veluti superiori ordinario alicujus monasterii, absque ullo penitus interventu, sive consensu protectorum, oeconomicoe ejusdem monasterii administrationi incumbere, etc. (Zamboni-Collect. declarat. SS. Congr. Conc.).*

Mi proceder en toda esta enojosa cuestión ha sido, por tanto, recto, justo, decoroso y arreglado a las prescripciones canónicas. Además, todos los reclamos que a este propósito podía entablar la señorita Astudillo quedaron dilucidados y terminados con la escritura pública de donación de 30 de Junio de 1908, ¿por qué los sacan a lucir ahora que no tienen ya razón de ser? En esa escritura se dieron explicaciones satisfactorias sobre la celebración de las escrituras impugnadas, y reconoció la dicha señorita que tales instrumentos se habían hecho sólo como una *medida de seguridad;* nada tienen, por tanto, que ver ellos con la litis trabada actualmente. ¿Habrá hidalguía ni buena fe en resucitar incidentes, presentándolos como nuevos, cuando están ya discutidos y han pasado, en cierto modo, en autoridad de cosa juzgada?.

Escrito lo anterior llega a nuestra mano una otra (Sic) diatriba, intitulada *Explicaciones Obligadas. Nº 1º.* Los cargos que en ella se nos hacen son los mismos que dejamos ya desvanecidos; no tenemos para qué insistir en el mismo asunto; la única novedad que presentan es hallarse exornados con amplificaciones declamatorias. La ventaja que ofrecen es reproducir el texto de las escrituras sobre las que versa esta odiosa discusión; cual-

quier espíritu sereno y desapasionado, con vista de ellas y teniendo en cuenta los antecedentes que dejamos expuestos, nos hará, esperamos, completa justicia. Con respecto a la última publicación mencionada nos limitaremos a hacer, en ella, las siguientes rectificaciones:

1º Como Superior de la Congregación de Sacerdotes Oblatos he debido saber qué donaciones se han hecho a ella. Lo he sabido en efecto, en lo que hace a la substancia de las mismas, pero sin creerme obligado a entrar en la averiguación de detalles, cuyo conocimiento corresponde al Superior de cada casa, no al de toda la Congregación. En Noviembre de 1901 encontrábame todavía en Chile; por consiguiente, apenas si habré hecho alguna rápida indicación acerca de nuestras casas de Cuenca; a los Superiores de ellas correspondía ocuparse de tales asuntos.

2º Insiste el autor de *Explicaciones Obligadas* en demostrar que las declaraciones hechas por los Presbíteros Sres. Maldonado y Castro son falsas, porque aseguran en ellas que compraron esas raíces en cuestión, con dinero que había sido mío. Ahora bien: ese dinero había sido donado a la Congregación, era ya propiedad de ella; luego hablando yo, en tales escrituras, en nombre y representación de aquel Instituto, no sólo *podía* sino *debía* decir que ese dinero era mío; y *debían* declararlo así los dos antedichos sacerdotes. ¿Qué injusticia ni falsedad había en tales declaraciones? En los países donde, como en el nuestro, se halla desconocida y perseguida la Iglesia, permite la Santa Sede que los religiosos adquieran bienes para sus respectivos Institutos, actuando dichos religiosos en nombre propio, como si fueran dueños exclusivos de tales adquisiciones: ¿habrá en tal caso la Sede Apostólica autorizado una mentira? El padre de familia, el tutor, el fiduciario, el albacea de igual denominación, hasta el agente oficioso que compra una raíz en nombre suyo, pero para otra persona, hablan muchas veces como si fuesen ellos, no sus representantes, los dueños de ésta y la otra propiedad, ¿y el Superior de un Instituto religioso no había de poder hacer

otro tanto, cuando su cargo le impone la obligación de defender y asegurar los bienes de esa persona moral por él representada? Pero pongamos otro ejemplo todavía más claro y decisivo. Según nuestros mismos impugnadores, los Presbíteros señores Castro y Maldonado procedieron rectamente cuando, con los dineros que puso en sus manos la señorita Astudillo, compraron en nombre propio, como si adquiriesen para sí, no para su Congregación, las casas aquellas del litigio. ¿No es esto así? Pues, no, procedieron muy mal, porque al P. Castro (o en su caso al P. Maldonado) podemos también sujetar al consabido interrogatorio: "¿Supo o no supo el Padre que el precio de la casa comprada por él no era suyo? ¿Supo o no supo que jamás había sido suyo el dinero que empleó en esa compra? ¿Supo o no supo que ese dinero había sido donado a la Congregación, por una persona piadosa, y si lo supo, por qué no lo expresó así en la escritura de compra? ¿Supo o no supo...? Pero basta: ¿quién no ve en todo esto una serie de argucias sofísticas, encaminadas únicamente a mancillar reputaciones limpias?.

Laméntase el elocuente autor de *Explicaciones Obligadas*, de que hayan pasado los buenos tiempos de la Caballería, en que respecto al anciano, el niño y la mujer eran como un distintivo de los más nobles y valientes guerreros; pero es de advertir que a este tan laudable respeto unían esos héroes la veneración más profunda al sacerdocio y la Iglesia. Pedro de Terrail, Señor de Bayart, uno de los más renombrados de aquellos campeones, al envainar su victoriosa espada después de la célebre batalla de Mariñán, exclamó dirigiéndose a ella: "Serás guardada como una reliquia, y jamás te esgrimiré sino contra Turcos, Sarracenos o Moros". Nuestros Bayardos radicales en sus empresas guerreras de la espada o la pluma, las han de esgrimir, de preferencia, contra clérigos, religiosos y monjas. Para ejemplo, lo que está pasando actualmente entre nosotros. El R. P. Virgilio Maldonado, sacerdote cuencano, distinguidísimo, apreciado muy justamente en la Capital por sus relevantes virtudes y méritos, al otorgar un poder incurre, por

olvido, en una equivocación de ninguna trascendencia y muy fácil de justificarse, y que la enmendó en seguida; pues esto ha bastado para echarle encima un andanada de cieno, y presentarle como un truhán. ¿Será esto proceder conforme a las reglas de Caballería? "Sabemos, se dice en aquel escrito, quiénes sostienen al Sr. Dr. Maldonado; quiénes los que erogan los gastos del pleito a su nombre: sabemos las nuevas ventas que están en proyecto: sabemos mucho más". Mucho saber es éste, del cual conviene que algo participe el Público; pues bien, es llegado el caso de decir: el probo e inteligente abogado Sr. Dr. Alfonso M. Mora, al hacer de apoderado del distinguido sacerdote que nos ocupa, sostiene no los intereses de este último, sino los del Templo del Santo Cenáculo; ha ofrecido allanarse a la demanda, y devolver a la Srta. Astudillo todo el dinero dado por ella, al R. P. Maldonado, para la compra de la casa que fue del Sr. Dr. Miguel F. Abad, más las otras sumas empleadas en las construcciones y reparaciones hechas en aquel predio, por ser la devolución de ese dinero lo único a que tendrá derecho la dicha señorita, al hacerse el allanamiento y declararse la insubsistencia de la donación; pero la casa aquella no se le devolverá, porque será adjudicada permanentemente al servicio religioso del templo, del cual forma parte integrante e inseparable, y enajenar aquella raíz sería destruir el Santuario. Este arreglo efectuado por el señor doctor Mora, con la Autoridad Eclesiástica de la Diócesis no perjudica en nada a los intereses de la señorita Astudillo, y asegura al Cenáculo una posesión propia e independiente de las emergencias del juicio. ¿Hay en esto algo que no sea altamente laudable de parte de la V. Curia Eclesiástica y el P. Maldonado?.

Queda otro cargo por desvanecer. Que los defensores de los Oblatos han dejado maltrecho el nombre y la honorabilidad de la respetable señorita Florencia Astudillo. Excúsennos nuestros gratuitos adversarios si les decimos que son ellos, no nuestros abogados los que han tomado sobre sí tan ingrata y vituperable tarea. En su afán de desacreditar al Clero y presentarle como el

deshecho de la sociedad, no advierten las contradicciones indecorosas en que hacen incurrir a su cliente. Asegura la opulenta señorita haber hecho donación a la Congregación de Sacerdotes Oblatos la cuantiosa suma de ventiséis mil sucres; y, a renglón seguido, los defensores de la donante recriminan, injurian y denuestan a los Oblatos por haber éstos declarado en escrituras públicas que eran suyas aquellas sumas provenientes de la donación, y suyas las casas compradas con ese dinero. ¡Habían creído los simples, en su candidez, que lo que se dona llega a ser propiedad del donatario, y he aquí que de repente se les exige la devolución de lo donado, y eso con los intereses devengados! ¿Entonces aquello habrá sido un préstamo? Tampoco; porque el mutuario tiene derecho perfecto para llamar suya la cantidad que le ha sido prestada, y, por haber declarado así los Oblatos, se dice que han presentado *"exposiciones inventadas,* a las que la ley califica con un nombre vergonzoso". Entonces aquella donación no ha sido donación, ni préstamo, ni nada. Ha sido un mero depósito, o, más exactamente aún, un comodato. Creyeron aquellos sacerdotes que las casas adquiridas con ese dinero habían sido para la misma señorita Astudillo, quien se había reservado el derecho de disponer de ellas, como su única propietaria y dueña. He aquí el verdadero concepto, bajo el cual se había hecho aquel ya famoso regalo, por cuyo motivo se tachan de *manejos indecorosos e indignos,* hasta las mismas *medidas de seguridad* empleadas para impedir que esos bienes llegasen a ser presa de una expoliación fiscal. ¿Qué ha sido, pues, aquella donación? Nada, si no es algo así como una caja de Pandora o un caballo de Troya, uno de esos regalos que solían hacer los antiguos para perder a un enemigo.

¿Y el desinterés del Clero azuayo? Adviértase que el templo del Santo Cenáculo, con sus casas adjuntas y todas sus dependencias es un edificio público, hecho y construído para el servicio religioso de una populosa ciudad; cualquiera Comunidad religiosa que se adjunte a él tendrá la guarda de ese Santuario, pero no medro alguno para su bolsillo. Si varios sacerdotes hemos te-

nido *interés* en la construcción del templo, en la adquisición de las casas contiguas, y en el mejor servicio religioso del mismo, no ha sido para consultar con ello nuestro provecho, sino sólo el acrecentamiento de la piedad en el público. Por lo demás, ahora como siempre, las calumnias, los dicterios, las contradicciones mil de toda clase: he aquí el único lote que se reserva ordinariamente, en recompensa, al sacerdote que trata de hacer algún bien a sus conciudadanos. ¿Interés en esas casas...? ¿Por qué ni para qué? Ya en 1908, cuando la señorita Astudillo hizo sus primeros reclamos, fui del parecer que se le devolvieran las casas donadas, porque entonces esa devolución pendía en parte del infrascrito; las cosas se arreglaron de otro modo y se firmó la escritura pública de donación de 30 de Junio de aquel mismo año, en la que se confirieron derechos especiales a la Autoridad Eclesiástica, sobre aquellas raíces; desde entonces la Congregación no podía por sí sola resolver las controversias que surgieren con respecto a aquel documento; pero apenas se presentó la donante solicitando se declarase la insubsistencia de ese instrumento, me allané inmediatamente a la demanda sin reserva ni reticencia ninguna; para la facilidad de estos arreglos he comprometido a mi distinguido y noble amigo, el Sr. Dr. Dn. Remigio Crespo Toral, una de las personas más prominentes de esta localidad, para que haga a la generosa señorita Astudillo la devolución de la casa, objeto del litigio, ¿dónde ni en qué ha estado nunca ese mezquino interés, que se nos echa al rostro, ahora, como una afrenta, a los Sacerdotes del Azuay?

Cuenca, Julio 1º de 1913.

Julio Matovelle.

LA ALIANZA OBRERA VIII: 391, 3, Julio, 1913.

EL PLEITO DEL CENACULO ANTE LAS LEGISLACIONES CANONICA Y CIVIL.

En el Nº 1º de *El Popular*, semanario político que ha principiado últimamente a redactarse en esta ciudad, en la sección llamada *Miscelánea*, se me invita a una *Tregua*, mientras al mismo tiempo, en el Nº 44 de *El Tren*, en el remitido intitulado *Opiniones imparciales*, se me impugna, a propósito de aquel pleito, con los siguientes conceptos: "En la contestación de la demanda, ¿no viene el Sr. Dr. Matovelle allanándose a ella? Quien se allana con una demanda, ¿no la da ya por perdida de su parte y ganada por la de su adversario..? Y si todo esto es así... ¿por qué no haber ido más bien a la transacción...?" Quien tales frases haya leído habrá juzgado, seguramente, que mi allanamiento proviene de que conozco no ser justa la causa que sostengo; además supondrá que he llevado el capricho y la terquedad hasta el extremo de negarme a los arreglos pacíficos y razonables intentados por la actora antes de que trabara la litis. Felizmente es todo lo contrario. En publicaciones anteriores que han circulado profusamente en el país, he demostrado que jamás se me ha propuesto ningún arreglo pacífico ni razonable. Por otra parte, cinco años antes, para terminar de modo amistoso y conciliatorio los reclamos que la misma señorita Astudillo presentara contra mí, ante la Venerable Curia Eclesiástica, accedí a la transacción que entonces me propuso, y firmamos la escritura de 30 de Junio de 1908, con lo cual debía haber terminado ya todo litigio; y ahora, ¿han de volver otra vez las cosas al principio como si jamás se hubiera hecho tal arreglo...?

La injusticia de la litis trabada contra la Congregación de Sacerdotes Oblatos quedó claramente demostrada en mi contestación a la demanda. Reproduciré aquí, por ser necesario, los siguientes fragmentos: "Para la validez de la donación de una suma cualquiera de dinero, dije en aquel escrito, no se necesita instrumento alguno; sólo para la prueba se requiere tal instrumento... Por consiguiente, es ciertamente válida la donación hecha por la señorita Astudillo, y esta donación se ha hecho irrevoca-

ble desde que se ha entregado la cantidad donada, porque el contrato que nos ocupa es consensual y real... Por todo lo expuesto se verá que tengo razones sólidas y fundadas para oponerme a lo que se pretende en la demanda...; pero desde que la misma persona que hizo tan espontáneamente la donación, es quien ahora insiste en anularla, juzgo más conveniente allanarme, etc.". La causa motivada de mi allanamiento no ha sido, pues, la justicia de la demanda, sino única y exclusivamente la volubilidad de la donante. Téngase en cuenta además que mi allanamiento, por sí solo, no puede hacer desaparecer la donación, pues según la escritura de ésta, al faltar el primer donatario, esto es la Congregación de Oblatos, debe sustituirle la Autoridad Eclesiástica de la Diócesis; por consiguiente, el único efecto que había de provenir de mi conformidad con la demanda debía ser que las raíces de las que hasta entonces aparecía dueño la Congregación expresada, debían pasar al dominio de la Vble. Curia diocesana; pues, para esto, dije expresamente, en el escrito antes citado: "Declaro que con este mi allanamiento a la demanda no quiero perjudicar, en lo más mínimo, a derecho alguno de terceros; por consiguiente dejo enteramente a salvo... los derechos que la Autoridad Eclesiástica de la Diócesis, y el mismo templo por ella representado, pudieran acaso hacer valer en juicio o fuera de él".

Veamos ahora las razones, deducidas del Derecho Canónico, que demuestran clara y evidentemente que la señorita Astudillo no ha podido proponer tal demanda, ni mucho menos insistir en ella, sin ir directamente contra los más altos y sagrados deberes de católica; y esto de manera que, si prosigue en su intento, se expone a incurrir en censuras gravísimas decretadas por la Santa Sede contra los defraudadores de bienes eclesiásticos. He aquí las principales de esas razones:

1ª Una persona es libre para dar o no una parte de sus bienes a Dios o a su Iglesia; pero una vez que los dio, y se perfeccionó esa donación, ya no es libre para retractarse. Según todos los moralistas, canonistas y civilis-

tas, el carácter propio de la donación entre vivos es ser *irrevocable,* esto es lo que la distingue de las donaciones por causa de muerte o testamentos, que no quedan firmes ni valederas sino por la muerte del testador. Por lo demás, ambos géneros de donación se equiparan entre sí de tal suerte que se rigen casi por idénticas disposiciones civiles o canónicas.

2ª La Iglesia Católica es una sociedad completa y perfecta que tiene derecho a gobernarse por sí misma con independencia del Estado. En uso de este derecho la Iglesia ha legislado y dispuesto: "que no es necesario que se observen las solemnidades del derecho civil, en las últimas voluntades (sean donaciones entre vivos o por causa de muerte), para que, ante el derecho, se tengan por válidas, y puedan sostenerse como tales las disposiciones piadosas; lo cual es privilegio propio de las *causas pías;* pues basta que de cualquier modo conste que existe la disposición piadosa, y que se demuestre esto por medio de argumentos deducidos del derecho natural, y comúnmente admitidos y reconocidos". (Cap. *Relatum, De testamentis.*— Cf. plures S. C. C. et S. Poenit, responsiones.— Bargilliat.— Praelection. Jur. Can., Tract. IX, cap. VI, art. II). La razón de esta disposición canónica explica así Grandclaude: "porque, dice, tratándose de una donación hecha a una iglesia o a otra causa pía, esta clase de promesas se hacen a Dios, que inmediatamente las acepta". *Si donatio facta esset ecclesioe vel ad aliam causam piam... ejusmodi promissiones Deo fiunt, qui statim acceptat (Jus Canon, juxta ord. Decret.— Lib. tertuis Decret., tit. XXIV, Sect. 1ª).*

3ª Hecha y perfeccionada una donación piadosa, el donante no puede ya aplicarla a otro objeto, aunque sea igual o mejor que el precedente; por ejemplo: si se ha dado una cantidad de dinero a una iglesia, no se la puede quitar ya esa suma, para dar o otro templo, ni a ninguna otra institución. Así ha decidido la Sagrada Congregación del Concilio: *"Donatio facta ecclesiae revocari nequit per alteram posteriorem, licet in favorem alterius ecclesiae (Fir. 16 Marz. 1793, p. 9.—Zamboni—Collect.*

Declar. S. C. C., in verb. Donat).

De estos tres principios obvios e inconcusos del Derecho Canónico aparece clarísimamente que la señorita Florencia Astudillo de manera alguna ha podido reclamar la devolución de las sumas donadas al Santo Cenáculo, mucho menos de las casas compradas con ese dinero para el mejor servicio del templo, ni alegar para ello como causa de su demanda, la falta de solemnidades civiles en la escritura de donación; ni es motivo suficiente para tal proceder el que la señorita mencionada trate de aplicar las tales casas a otra fundación piadosa, a saber, la Escuela Apostólica de San Juan Bautista. Lleve en buena hora a efecto esta fundación segunda, pero sin perjudicar en nada a la del Cenáculo. "Pura y simplemente pretendo recoger las casas donadas, del poder de la Asociación de Oblatos, para destinarlas yo a la Escuela Apostólica de San Juan Bautista", escribió la demandante al Rvdmo. Sr. Vicario General de la Diócesis, para que lo pusiese en conocimiento mío, según tengo ya dicho en una publicación anterior. ¿Podía yo aceptar semejante propuesta ni hacer ninguna transacción sobre esta base? Es principio de derecho canónico, y aun de legislación civil, que no puede transigir quien no puede enajenar; *Cui fas non alienare, eidem transigere nefas est*. Para que sea válida la enajenación de bienes raíces propios de una iglesia o cualquier otro lugar pío es necesario el beneplácito Apostólico, según otra decisión de la Sagrada Congregación del Concilio: *ad validam alienattionem bonorum ecclesioe, seu loci pii, requiritur beneplacitum Apostolicum (Zamboni, ib. verb. Alienat)*. Si vender no podía, mucho menos me habría sido lícito el regalar aquellos bienes del Cenáculo a nadie, aunque fuese a una institución *igual*; no digo *mejor*, porque no puede concebirse fundación más excelente que la del Cenáculo, templo construído con el exclusivo objeto de rendir culto de amor y reparación al Augusto y Divino Sacramento de nuestros altares.

Pero demos caso que hubiese accedido temerariamente a las pretenciones de la señorita Astudillo; entonces ella y yo habríamos incurrido *ipso facto* en excomu-

nión mayor *nemini reservata*, de conformidad con la censura impuesta en la bula *Apostolicae Sedis* a los *"Alienantes, et recipere proesumentes, bona ecclesiastica, absque beneplacito Apostolico, ad formam Extravagantis Ambitiosoe de rebus Ecclesiae non alienandis"*; ya que, según esta antigua disposición pontificia, incurren en dicha excomunión los guardadores, administradores, etc., de los lugares píos, que ordenan y hacen en nombre propio enajenación de los bienes eclesiásticos que les han sido confiados, sin obtener previamente para ello la debida autorización de la Sede Apostólica; e incurren también en la misma censura los que se atreven a recibir tales bienes sin que haya precedido ese beneplácito Apostólico.

De todo lo que acabo de expresar se deduce que el Ilmo. Prelado de la Diócesis habría podido muy bien no allanarse a las pretensiones de la señorita Astudillo y hacer oposición sostenida, a la demanda; sin embargo, teniendo en cuenta que las leyes actuales de la República son hostiles a la Iglesia, se ha allanado también, por medio de su Vicario General, y con esto, en todo rigor ha concluído la litis. Lo único que ahora el apoderado del R. P. Maldonado, de acuerdo con la Vble. Curia, defiende es el derecho que tiene el templo del Santo Cenáculo a quedarse al menos con la una, y eso la más pequeña de las casas compradas, por ser *absolutamente indispensable* ese predio para el servicio religioso del templo. ¿Qué injuria se irroga con esto a la señorita Astudillo...? ¿No se le van a devolver íntegramente el precio de aquella casa y el costo de las mejoras hechas en ella?

Ojalá dicha señorita entrara en mejor acuerdo, y volviera por el prestigio y realce de su nombre, terminando una litis tan llena de sinsabores, de la que ningún provecho reporta a nadie, sino el radicalismo y la impiedad. La Congregación de Sacerdotes Oblatos está lista a transferir, a la Autoridad Eclesiástica de Cuenca, el dominio sobre aquellas dos casas, cuya propiedad fiduciaria ha constado, hasta hoy, bajo su nombre, ¿por qué no convendría en este arreglo tan conforme a los Cánones, aquella distinguida y respetable señorita, de cuyo acendrado catoli-

cismo no hay que dudar? Con esto pondría en salvo no solamente su bien sentada reputación, sino, lo que es más, su conciencia, y devolvería la paz religiosa a esta ciudad y a toda la Diócesis.

Julio Matovelle.

Cuenca, Julio 14 de 1913.

LA ALIANZA OBRERA. VIII: 393, 17, Julio, 1913.

EN DEFENSA DEL TEMPLO DEL SANTO CENACULO (1)

Cuenca se halla vivamente interesada en el litigio promovido acerca de la pretendida nulidad de una donación hecha en favor del referido templo, por ser éste el santuario, predilecto, no solamente de esta católica ciudad, sino de la Diócesis entera; por tanto, es indispensable disipar con el relato verídico de los hechos las sombras que la pasión trata de acumular sobre una cuestión de suyo tan sencilla y clara.

En estos últimos días ha aparecido una nueva publicación impresa, intitulada *La Voz del Pueblo* (?), en que el autor se esfuerza por hacerme aparecer como ladrón y falsario, a pesar de las explicaciones dadas ya en el número anterior de esta importante revista (2). En mi vida no he perjudicado a nadie, y ahora, ¿iba a robar, no a media noche, ni alguna bolsa escondida de dinero, sino dos casas contiguas a un templo concurridísimo y célebre, en cuyo dominio y posesión se interesaban vivamente un Instituto religioso, la Autoridad Eclesiástica y el Público todo?... ¿Y esto lo he de haber verificado a la luz del día, y mediante escrituras públicas?... Inverosímil ha de parecer esta aberración a cualquier lector desapasionado, y, sin embargo, esto es lo que ofrece demostrar el articulista con abundancia de *documentos y comprobantes*. Los indicados escritores, a quienes nada costará dar a la estampa folletos y aun libros, pues serán ampliamente remunerados por ello, pueden multiplicar cuanto quieran estos impresos, que todos se disiparán como el humo ante la exposición verídica de los hechos, que son los siguientes:

1º "La señorita Florencia Astudillo (lo confiesa ella misma en su libelo de demanda), deseosa de fomentar

(1) No se publicó esta defensa a petición del Excmo. Sr. Obispo Manuel María Pólit. (N. de la 1ª Ed.).

(2) "La Alianza Obrera".

la piedad pública, resolvió donar una considerable suma de dinero a la Asociación de Sacerdotes Oblatos, a fin de que adquiriesen las casas contiguas al Santo Cenáculo, y las reedificasen transformándolas en Convento de dichos Sacerdotes"; y así lo verificó efectivamente, entregando la suma de veintitrés mil sucres a dos de los mencionados sacerdotes, los SS. Virgilio Maldonado y Miguel Castro; desde entonces la donación quedó perfecta y completa, y el dinero donado, llegó a ser verdaderamente propiedad de la Congregación de Sacerdotes Oblatos y éstos y su Superior pudieron muy bien decir en escrituras públicas, y en toda clase de documentos, que ese dinero era suyo, sin faltar en nada a la verdad. Pues no solamente cuando se dona, aun en el caso de darse a mutuo, o préstamo, una suma de dinero o cualquiera otras cosas fungibles, los que han recibido tales cosas tienen derecho perfecto para decir que esos objetos son suyos. Los señores Presbíteros Maldonado y Castro, al comprar en nombre propio las dos casas contiguas al Cenáculo, expresaron, pues, que tales compras las hacían con su dinero propio. Esto no disgustó en manera alguna a la señorita Astudillo; los reclamos, las demandas ante la Curia Eclesiástica vinieron cuando el infrascrito trató de asegurar la donación, de modo que el Instituto de Sacerdotes Oblatos no se viera en las contingencias de perder de un momento a otro ese dinero o las casas, por muerte súbita de los compradores, u otra causa semejante. Y, sin embargo, la mencionada señorita no tenía derecho de hacer tales reclamos contra mí. Ella había hecho sus donaciones de modo enteramente *confidencial*, no quería que se publicara su nombre, y debía quedar todo en secreto; y por otro lado, tenía yo, como Superior de la Congregación, obligación gravísima y urgente de asegurar cuanto antes para el Instituto y el templo del Santo Cenáculo la propiedad de las casas donadas, so pena de hacerme personalmente responsable de su pérdida, si ésta llegaba a acontecer. Para obviar esta dificultad el mejor de los recursos habría sido hacer constar la donación en una escritura pública, pero las leyes cismáticas dictadas últimamente en el Ecuador desconocen los derechos más esenciales e imprescriptibles de los

Institutos religiosos, ¿cómo celebrar esa escritura pública?...

2º En tales conflictos el único recurso que me quedó fue asegurar en cabeza del Superior del Instituto la propiedad de aquellas casas; y esto es lo que se hizo con la escritura hipotecaria otorgada en mi favor por el Sr. Maldonado, en Quito, a diez de Octubre de 1906, y la de venta, hecha igualmente en favor mío, por el Sr. Castro, en Cuenca, a veintitrés de Febrero de 1908. Con esto, si el Superior quería hacerse dueño de aquellas casas, le salían al encuentro, los SS. Maldonado y Castro, y si estos señores morían súbitamente, o acontecía otra cosa semejante, no había ya peligro de que esas casas pasasen a poder de terceros, ni se perdiesen para la Congregación y el Cenáculo. Fue esta la única y mejor medida de seguridad que por entonces se pudo escogitar, después de consultar el asunto con varios jurisconsultos ilustrados y probos. No había pasado un mes de haberme transferido el Sr. Castro el dominio de la casa comprada por él, cuando la señorita Astudillo, sin entenderse para nada conmigo, entabló directamente sus reclamos ante la Curia Eclesiástica, fundándolas en que trataba yo de entregar el templo del Santo Cenáculo, y las casas adjuntas, a un instituto de religiosas. Ciertamente en años anteriores había pensado el que esto escribe, transferir ese templo a los RR. Padres Franciscanos de la Observancia, pero como viese que para realizar esto había que vencer dificultades insuperables, desistí de este intento y además en manera alguna había verificado este proyecto, sin consultar previamente a la donante, y sin autorización y venia de la Autoridad Eclesiástica, a quien únicamente compete arreglar tales asuntos. Esta circunstancia hará ver al público que jamás he tenido un apego criminal a aquellas casas, y que al asegurarlas del modo que queda dicho, lo único que he intentado es cooperar en la medida de mis fuerzas, al incremento de la piedad en Cuenca. Felizmente todas estas divergencias terminaron con la intervención del Ilmo. Sr. Pólit y la celebración de la escritura pública de donación cuya nulidad pretende ahora que se declare por

el juzgado la misma señorita donante, como lo sabe ya el público.

En la citada escritura declararon los SS. Maldonado y Castro que el dinero con que compraron las casas dichas, había sido de la Congregación, por haber sido donado a ella por la señorita Astudillo; quien, a su vez, confesó que la escritura hipotecaria y de promesa de venta otorgada en mi favor por el Rvdo. P. Virgilio Maldonado "se celebró únicamente como medida de seguridad", para impedir que pasase a terceras manos la casa donada. A pesar de esta declaración y confesión tan explícitas, constantes en un documento público, me acusan ahora los defensores de la mencionada señorita de haber falseado las dos escrituras iniciadas. El impreso publicado por *Observadores* dice: "Compradas y reedificadas las dos casas (contiguas al Santo Cenáculo), el Sr. Dr. Julio Matovelle exigió de los sacerdotes que aparecían compradores de dichos inmuebles, *declararon falsas* que la señorita Astudillo creyó con razón *que desvirtuaban por completo el objeto de la donación*". Los SS. Maldonado y Castro al comprar aquellos inmuebles dijeron, y pudieron decirlo que, *los compraban para sí* y con *dinero propio,* y en esto, según mis impugnadores, no hubo falsedad alguna; y cuando dijo esto mismo, en otras dos escrituras análogas, el Superior de la Congregación, que podía hablar en nombre de ella y representarla, con mejor título que sus súbditos, entonces, sí *hubo falsedad* y se *desvirtuó la donación*. ¿Quién no ve una prevención gratuita contra mi persona y una contradicción palmaria en esta aseveración de *Observadores?*... Continúan estos diciendo: "En efecto, era así (esto es, se falsea o desvirtuaba la donación); pues uno de los compradores, le trasmitió al señor Matovelle el dominio de la una casa, expresando que la había comprado con dinero propio de dicho sesor; y el otro de los compradores, hizo igual declaración, en una escritura hipotecaria, añadiendo que el precio había provenido de la venta de una propiedad rural del señor Matovelle ya mencionado, y del cobro de algunos créditos del mismo". De estas dos afirmaciones del articulista, la primera es verdadera, y la segunda

es falsa y contraria al texto de la escritura hipotecaria.

En cuanto a la afirmación primera, dadas ya las explicaciones anteriores, esto es el propósito de asegurar del mejor modo posible para el Instituto el dominio y posesión de aquellas casas, transfiriéndolas al Superior de la Congregación, ¿qué tenía de falso, el que hablando éste en nombre del Instituto, dijese que compraba aquellas raíces con dinero propio? ¿No era esto verdad? ¿No se había entregado para esas compras dinero propio de la Congregación? ¿Había necesidad de expresar cómo ni de qué manera se había obtenido ese dinero? Si este silencio hubiese afectado a la verdad de aquellos títulos, entonces casi todas las escrituras públicas serían falsas, porque sería necesario que los compradores de un inmueble o cualquier otro objeto, declarasen previamente cómo y de dónde consiguieron el dinero consignado por precio de la cosa comprada, si lo adquirieron por herencia, donación, mutuo o simple préstamo. ¿A quién se le ha ocurrido semejante extravagancia?

La segunda afirmación de ser falso el texto de la escritura hipotecaria otorgada en mi favor por el Sr. Maldonado, pues lo que en ella se dice no es lo que con tanto aplomo asegura el articulista, sino que, hallándose el que esto escribe en Lima, el Sr. Dr. Virgilio Maldonado que hacía entonces de personero del Sr. Matovelle "vendió una quinta que este señor tenía en el Ejido de Cuenca (lo que es exactísimo y conforme en todo a la verdad), por el precio de mil quinientos pesos, *recibió algunas otras cantidades que le pertenecían al mismo* (aquí se incluyen los 4.500 sucres donados al Instituto por la señorita Astudillo) parte todas estas sumas (los 1.500 pesos provenientes de la quinta, íntegramente), empleó en pagar sus deudas que había tenido dicho señor Matovelle, y con el resto compró mediante escritura que está inscrita, una casa de propiedad del señor doctor Miguel Fernando Abad, contigua al Santo Cenáculo, etc.". ¿Qué falsedad ni propósito de defraudación puede encontrarse de estas afirmaciones conforme en todo a la más estricta verdad?

Que con la celebración de estas escrituras no se intentó absolutamente defraudar nada ni a nadie, sino asegurar los derechos del Instituto y el templo, manteniendo el secreto impuesto por la donante, se deduce de que, habiendo ésta salido de aquél y acudido al Prelado eclesiástico, el Superior y demás miembros de la Congregación que habían intervenido en la celebración de estos documentos, declararon llana y sencillamente todo lo ocurrido, y firmaron gustosos la escritura pública de 30 de Junio de 1908, en que se hizo constar esa donación y las declaraciones antedichas, aun a riesgo de que con ello se suscitasen graves dificultades, provenientes de las leyes anticatólicas que hoy imperan en la República. Adviértase además que, las *medidas de seguridad* tomadas con aquellas escrituras han *asegurado* ciertamente y de modo tan firme la donación, que ésta no se había invalidado jamás ante ningún tribunal, si la misma donante no hubiese insistido con tanto empeño en anularla, la que ha movido no solamente al infrascrito, sino a la misma Autoridad Eclesiástica, a prescindir de sus legítimos derechos y allanarse a la demanda. No ha sido, pues, como un improvisado y gratuito adversario mío se atrevió en días anteriores a decir, por la prensa todo lo contrario; ni he falsificado ni *supuesto escrituras públicas,* pues todas han sido celebradas conforme a la verdad, a la justicia y a las formalidades prescritas por la ley; ni *he dado al traste* con la donación, sino la he afirmado sólidamente; ni ella ha pasado al dominio *de particulares,* porque, al revés, he hecho casi imposible ese traspaso.

El gran pecado mío, al decir de mis impugnadores, está en haber asegurado en cabeza del Superior de la Congregación aquellos bienes provenientes de la donación y, sin embargo, es esto precisamente lo que debía hacerse si quería conformarse con el espíritu de los sagrados cánones. Pío IX, en su Constitución apostólica *Quum illud* de 1º de Junio de 1847, prescribió a los Obispos que, cuando las leyes del país en que moran, impiden dejar a sus iglesias catedrales lo que están obligados a hacer por los cánones, lo aseguren en sus perso-

nas y lo trasmitan por testamento, de modo que éste surta sus efectos hasta en el foro civil; disposición que se ha hecho extensiva aun a superiores de Comunidades religiosas. Y esto es precisamente lo que el infrascrito había practicado en el presente caso.

Para concluir advertiré que el litigio promovido por la señorita Astudillo contra mí está ya terminado, por mi allanamiento a la demanda: ¿qué se pretende, pues, con la publicación de tantos otros folletos e impresos de toda clase con que me amenaza *Observadores?* ¿A dónde tiende todo esto, sino a echar por el fango el honor, el prestigio y la dignidad del Sacerdocio y de la Iglesia? ¿Y una persona que se precie de católica podrá contribuir a ello de manera alguna? Es táctica bien conocida de la Secta, calumniar ahora a éste, después a aquel prelado o simple sacerdote, para luego arremeter contra todo el Clero en general. Los enemigos de la Iglesia mienten, insultan y difaman, y aseguran muy serenos que no son ellos sino el Clero católico quien comete tales desmanes. "El verdadero sacerdote no se encoleriza, no injuria, no hiere. El verdadero sacerdote tolera, perdona y bendice"; he aquí las caritativas amonestaciones que nos dirigen nuestros adversarios. Callaremos, pues, y esta *Rectificación* sea nuestra última palabra, a no ser que nuevas inculpaciones injustas nos obliguen a dejar nuestro silencio y volver por el honor del Sacerdocio y de la Iglesia.

Julio Matovelle.

MISION DE LA PRENSA

Entre los dones hechos por la Providencia Divina a la humanidad en los últimos siglos, cuéntase con razón, entre los primeros, la Prensa, por ser uno de los medios más eficaces y excelentes para la propagación de la verdad en el mundo. He aquí por qué se dice *Magisterio de la Prensa* a la nobilísima función que los escritores públicos asumen sobre sí, cuando se erigen en doctores y maestros de las naciones y los pueblos. ¡Cuán alta, pero también cuán ardua es esta misión, y cuán grande responsabilidad pesa sobre quienes no cumplen como deben un oficio y cargo tan sublimes! El sorprendente desarrollo de la civilización moderna, y su difusión hasta entre las últimas capas de la sociedad es obra de la prensa sana, así como la corrupción del proletario y los avances del anarquismo socialista son resultado de la prensa impía y disociadora.

Como a un hombre se conoce por su palabra, a un pueblo se le distingue por la Prensa. Una célebre sentencia dice que de la abundancia del corazón habla la boca. Según eso, ¿qué juicio formarán dentro y fuera de la República los que lean las producciones periodísticas de Cuenca...? En este suelo privilegiado por los ingenios no vulgares que ha producido en abundancia, la labor de la Prensa no ha correspondido siempre a los talentos e instrucción de los escritores públicos. Luchas estériles de partido; difamaciones sistemáticas de nuestros más grandes hombres; rencillas domésticas que jamás debieron manifestarse fuera de los dinteles del hogar; mezquinas pasiones, caprichos femeniles: he aquí los móviles que por meses y aun años manejan a plumas distinguidas, que en vez de levantarse a las alturas se arrastran por el lodo, y en vez de dejar una estela de luz a su paso, marcan con su senda un reguero de cieno, sangre y lágrimas. ¿Esto es civilizar a un pueblo? ¿A esto se ha de reducir el nobilísimo magisterio de la Prensa entre nosotros?

Mientras tanto, cuestiones de la más grande importancia para el porvenir de la Provincia, y aun de toda la

República, se hallan echadas al olvido. El campo de los estudios históricos, las ciencias sociales, la Geografía, etc., etc., apenas sí son desflorados por nuestros escritores públicos. Hasta ahora no tenemos una monografía de la Historia de esta Provincia; los prohombres de Cuenca, como un Dr. Benigno Malo, un Dr. Mariano Cueva, un Dr. Vicente Cuesta, etc., carecen de biografía. ¿Cómo salvaremos la situación económica del país? ¿Cómo levantaremos entre nosotros el nivel de nuestro bajo pueblo, y contribuiremos a la civilización del indio...? Estos y otros problemas importantísimos no serán resueltos jamás, mientras todo el afán de nuestros hombres públicos se reduzca a valerse de la pluma o la espada para asesinarse física y moralmente los unos a los otros.

Necesario es, pues, emprender en una cruzada de verdadera civilización, trabajando, con todas nuestras fuerzas, por extirpar de nuestro suelo el cáncer que corrompe y destruye las fuerzas vitales del noble pueblo cuencano; necesario es poner uno como cordón sanitario que impida la propagación de este virus en las nuevas generaciones. A la Prensa malsana, a los periódicos disociadores, a los órganos de la difamación debe fulminárseles una como excomunión social, comprometiéndose a no recibir ni leer tales hojas periodísticas o volantes que tanto nos rebajan a la mirada atenta y desapasionada de un observador inteligente e imparcial. Tiempo es ya de empeñarnos con todas nuestras fuerzas en que Cuenca ocupe, en el palenque de la Prensa, el alto puesto que *La Unión Literaria, La Voz del Sur* y otras publicaciones semejantes le han deparado en la República.

LA ALIANZA OBRERA. VIII: 394, 24, Julio, 1913.

PIO X

† 20 de Agosto

Amenazada terriblemente la Iglesia en estos últimos tiempos, por un cúmulo de novedades en la doctrina y la moral cristianas, que con sistema propio y táctica fascinadora habían penetrado en el seno mismo de ella, apoyada la nueva herejía, como posteriormente se ha probado, por los protestantes de Alemania, los anglicanos de Inglaterra, los metodistas y valdenses de América, el *Modernismo* iba absorbiendo para sí, sin que fuese advertido, elementos aún sanos, la sangre misma de la Iglesia y serpenteaba por su seno, haciendo víctimas inconsciente, envenenando la doctrina, corrompiendo las inteligencias. Al principio fue oculto el mal; las frases eran de doble sentido, las pinceladas del error no bien marcadas, y muchos o no advirtieron, o lo creían inofensivo y de corta duración. Apenas Pío X fue elevado al trono pontifical, a la Cátedra de Pedro y dirigió ya su mirada a la Iglesia Universal, descubrió el mal, aplicó el remedio.

Condenó la herejía y empezó su sistema de gobierno en la Iglesia; toda la acción pontifical de Pío X puede decirse que se ha reducido a este principio *"Concentración y defensa interna"*. Para esto su celo por el mejoramiento de los Seminarios, sus exhortaciones al Clero, la enseñanza del catecismo en los pueblos, la comunión frecuente y la primera comunión de los niños, y todas las modificaciones en el gobierno y disciplina eclesiásticas y su admirable Encíclica *"Pascendi"* con la que descubrió ante el mundo la incidiosa herejía. Un profesor racionalista de una Universidad italiana, después de la Encíclica "Pascendi" así se expresó: "El Papa ha tenido razón, y vosotros católicos, no advertiais que se desmoronaban a pedazos los cimientos de vuestra religión". Y Pío X antes de morir ha recogido los frutos de su Apostólico Pontificado: los nuevos apóstatas han arrojado la máscara, la Iglesia Universal los ha conocido, se ha separado de ellos; los católicos han iniciado una acción más rigurosa contra las sectas, el clero ha emprendido

con más ahínco la lucha contra las potestades infernales.

Nueva sabia por consiguiente corre en el jardín de la Iglesia, el árbol secular resucita a nueva vida. Pío X conforme a su ideal de *instaurarse omnia in Christo* ha reconcentrado todas las fuerzas del Catolicismo, todas las energías sobrenaturales de la gracia para fortificar la acción del Clero, la fe de los pueblos, la fuerza divina de la Iglesia contra los ataques del porvenir y el rudo golpe que durante el pontificado de sus sucesores, tal vez tenga que sostener la Iglesia de Cristo. Admirable es la asistencia de Dios a su Iglesia; para cada época su Pontífice, y para la presente Pío X: hijo de un obrero, conocía a fondo las lágrimas y las estrecheces del hogar desheredado, del pobre, del infeliz. Pontífice religiosísimo que aplica su labor a la renovación del espíritu religioso de las masas, para que la Iglesia con nuevo espíritu y vida más sobrenatural reconcentre todas sus fuerzas para la futura expansión, y tal vez para el triunfo definitivo sobre la revolución de los siglos 18 y 19.

Con la convocación que hizo al mundo cristiano para celebrar las fiestas del Cristianismo con motivo del Edicto de Constantino parece que quiso recordar a todos, aquel espíritu de la primitiva Iglesia que triunfó sobre el paganismo y del que quería ver nuevamente animado a la Iglesia de hoy, para su triunfo. Gobiernos paganos los de aquel tiempo, gobiernos ateos los de hoy, fabricadores de ídolos los pueblos gentiles, fundadores de sectas los actuales. A aquellos venció el espíritu sobrenatural de la Iglesia, estos caerán también en fuerza de la acción de un gran Pontífice que ha renovado en la Iglesia el espíritu sobrenatural que la anima.

LA ALIANZA OBRERA. IX: 451, 27, Agosto, 1914.

VEINTICUATRO DE SEPTIEMBRE

I

LA PATRONA DE LAS ARMAS DEL ECUADOR

Hoy conmemoramos, entre nuestras filiales reminiscencias, la del antiguo protectorado del Ejército Nacional, que confiado a la Augusta Reina de las Mercedes, fue la garantía del orden y la Constitución.

La historia religiosa y social de Sud-América registra en sus capítulos de oro, las prodigiosas misericordias de la Redentora de cautivos. Importada de España la legendaria devoción, en varias naciones de este continente, fue acogida con muestras de adhesión y rendimiento, de parte misma de los gobiernos.

En el Ecuador, Quito surgió al amparo de la Virgen de las Mercedes, y Ella fue, de manera muy providencial la fundadora de la Provincia de Manabí. Elegida Patrona de las armas ecuatorianas, presidentes, altos graduados de la milicia, magistrados y hombres públicos inclinaron "humildosa la cerviz" ante la excelsa Soberana

Día de duelo fue para el Ecuador católico aquel en que un Decreto legislativo declaraba insubsistente y abolido aquel otro glorioso decreto, que reconocía a la Virgen de las Mercedes, Reina de nuestras armas. Los ultrajes directos a Dios, ofenden y hieren el alma nacional de los pueblos católicos, y son escándalos cuya sanción no se hace esperar.

El periodismo honrado y verdaderamente popular debiera cumplir siempre con su deber de protesta contra atentados de lesa religión, que nunca prescriben en el corazón de las masas, empeñadas en la pompa y esplendor de su fe. A través del brumoso prisma de nuestra destrucción política, no alcanzamos aún a ver el glorioso día de las reivindicaciones de nuestra fe y de nuestra dignidad nacional.

Cuándo volverá a grabarse en nuestro escudo de armas el nombre de Aquella que por sí sola ha vencido a los enemigos de Dios, la Iglesia y la Patria.

II

EL ANIVERSARIO

No olvidaremos nunca que el 24 de Septiembre de 1913, mientras recorría por las calles de la ciudad la devota procesión de Ntra. Sra. de las Mercedes, cundió la temerosa noticia de los *pronunciamientos* de Esmeraldas.

¡Revolución!, se dijo, y durante un año, el vocablo terrible, desolador, no cesa de ser escuchado y proferido por los ámbitos de la República. ¡Cuán triste aniversario el de una guerra luctuosa, empecinada e indefinida!

La eterna crónica de nuestras revueltas ha tenido paréntesis largos y muchas veces honrosos, en los que se han procurado para la patria engrandecimiento, civilización y educación de las masas; pero la guerra radical del 5 de Junio de 1895 apenas ha dejado tregua en los campos de combate, que ningún reposo concede a ese otro batallar contra las instituciones, la Religión y las costumbres.

En estos últimos doce meses, la campaña, en todo orden y en todo aspecto, prolonga la difícil situación y el violento modo de ser en que ha entrado la República desde el 11 de Agosto de 1911. No seríamos exagerados si dijéramos que la guerra no concluye desde ahora tres años. Nuestro retroceso es, pues, seguro y diarios nuestros pasos atrás; y esto a costa de tantos y legítimos estímulos y aspiraciones de bienandanza; puesto que, orgullosos, podemos aseverar que el pueblo ecuatoriano es uno de los de Sud América, más impacientes por llegar a la altura envidiable, en que se encuentran otras naciones hermanas.

Fuera de lo expuesto en las regiones de lo especulativo, el año de guerra ha diezmado nuestro ejército, y segado la bella existencia de ciudadanos útiles, jóvenes y distinguidos; hános expuesto a la bancarrota pública, paralizado el progreso de la instrucción, de la industria y de las obras nacionales. El Congreso del presente año, por ejemplo, queda sin trascendencia alguna, en los fastos de nuestra legislación. Vivimos, sólo, a impulsos de la rutina; como un móvil que recibió el primer golpe del motor, y camina mientras él perdura, sin que el esfuerzo se produzca otra vez.

No nos cansamos de verificar con hechos nuestra constante tesis: *Nada ha sido para el Ecuador más estéril que el radicalismo*.

LA ALIANZA OBRERA. IX: 455, 24, Septiembre, 1914.

DISCURSO DEL RVDMO. P. JULIO MATOVELLE EN LA SOLEMNE SESION DE LAS SEÑORAS DE LA CARIDAD.

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo de la Diócesis, Venerable Comunidad religiosa, muy distinguidos señores y señoras:

La benemérita Asociación de Señoras de la Caridad, establecida en Cuenca hace más de seis años, celebra hoy una de las juntas generales prevenidas por su reglamento, en la cual se nos va a dar cuenta del movimiento de la obra y de sus resultados en los dos años precedentes; por cuanto en Enero de 1914 no pudo celebrarse la expresada junta por los trastornos políticos que, al sacudir a la República y todas las provincias, hacen imposibles las manifestaciones pacíficas y concertadas de la vida social. Principaré por tributar, a nombre de toda la Asociación, los más rendidos homenajes de gratitud y reconocimiento a la Bondad Divina, por haberse dignado sostenerla aunque tan humilde y pequeña, en medio de los mil obstáculos que se oponen a su marcha, y las múltiples causas que, sin cesar, conspiran a su ruina; congratulándome en testificar que el medio de que la Providencia se ha valido principalmente para ello es la protección eficaz y decidida que el Ilmo. y celoso Prelado de esta Diócesis ha dispensado desde sus principios a esta sociedad de Beneficencia.

Entre las mencionadas causas de ruina y destrucción, la primera es la nativa inconstancia del hombre en los caminos del bien, inconstancia que, por grande desgracia nuestra, ha venido a ser como el sello característico de los habitantes de esta provincia; de las muchísimas señoras y señoritas de la alta clase social que se alistaron para dar principio a esta obra, tenemos el sentimiento de anunciar que se han separado más de los dos tercios; con lo que no solamente ha disminuído el número de socias activas y honorarias, sino también el fondo de los subsidios pecuniarios que aquellas proporcionaban para cubrir los gastos de las varias empresas de caridad que la Asociación había tomado a su cargo. Una

de estas empresas benéficas era la fundación de una sala de incurables en nuestro hospital, a que se dio principio de la manera más halagüeña y consoladora, pues, merced a las fatigas y erogaciones de las Señoras de la Caridad varios tísicos, cancerosos y tullidos fueron atendidos solícitamente en el hospital mencionado, y acabaron santamente sus días en el ósculo del Señor; pero la deserción de las socias y la disminución consiguiente de los fondos han hecho imposible el sostenimiento de esa fudación tan benéfica y meritoria.

Otra causa principal que retarda el incremento de la Asociación y pone obstáculos a su marcha próspera es, según lo indicamos ya en otra junta general, la falta de costumbre, en las provincias azuayas, para la actuación de la mujer en estos centros caritativos. Por dicha, varias niñas de nuestra alta clase social, estimuladas por su piedad sincera, han ingresado últimamente en la Asociación, y esperamos de ellas, que adiestradas desde su adolescencia en las arduas labores del sacrificio y la abnegación, que exige la caridad cristiana, serán más constantes en ella, y darán por lo mismo más vigor y consistencia a la obra.

A pesar de todo, ésta ha seguido su marcha ascendente, si no en cuanto a los fondos, sí, en cuanto a las empresas caritativas, según consta del cuadro de ingresos y egresos que se os leerá a continuación. En el bienio último la Sociedad ha socorrido con dinero y otros recursos periódicos, a catorce familias vergonzantes. Ha proporcionado alivio, en sus visitas a domicilio, a diez y seis enfermos o enfermas, costeándoles los medicamentos necesarios para obtener el restablecimiento de su salud. Ha sostenido en el internado del Buen Pastor a seis niñas pobres, suministrándoles libros, ropa, calzado y otras cosas necesarias.

Ha suministrado ropa de primera comunión, y libros para el aprendizaje de primeras letras, a diez niñas menesterosas, en distintos colegios y escuelas de la ciudad.

Además la Sociedad ha colectado, entre familias que gozan de alguna comodidad, varias clases de mieses, y no poca ropa usada, que ha distribuído entre diez y ocho familias que yacían en la indigencia y la miseria.

Ha emprendido, asimismo, en la formación de un taller para confeccionar ropa con que subvenir a las necesidades de los leprosos de nuestro lazareto, y a las de tantas niñas infelices de la clase indigente, que ni siquiera pueden vestirse con el decoro y decencia indispensables, por su extrema miseria. El taller indicado se compone de todas las socias activas; reunidas una hora antes de cada sesión quincenal, se ocupan bajo la discreta vigilancia de su abnegada Directora, la R. M. Josefina Bobeé, en coser ropa blanca; para lo que previamente, y en días determinados del mes recorren los establecimientos mercantiles de la ciudad, impetrando de la caridad pública retazos de lienzo, muselina y otros géneros para la confección de esas piezas de ropa.

Finalmente, a costa de ingentes sacrificios, la Sociedad sostiene el Asilo de S. José, en el que ha proporcionado ya alojamiento cómodo a diez familias pobres. Las demandas para obtener igual gracia son verdaderamente innumerables y a diario; causa honda pena haber de rechazar tales solicitudes, pues una de las más imperiosas necesidades para todos, pero más especialmente para una familia, es la de habitación; sin embargo, los escasos fondos de la obra no permiten dar mayor ensanche a aquel edificio, en el que, si se dispusiera de recursos suficientes, podría construirse con toda holgura hasta veinte departamentos separados para familias menesterosas ya que el área es extensa y suficientes el riego y agua potable con que está dotado el establecimiento referido.

De cuanto acabamos de decir aparece que a pesar de los tropiezos y dificultades que la miseria humana opone casi siempre al sostenimiento y desarrollo de obras semejantes, la protección divina se ha sobrepuesto a todas estas causas de destrucción, y la Asociación de Señoras de la Caridad ha continuado adelante su marcha

altamente benéfica y civilizadora. Quiera el Señor multiplicar sus gracias para el sostenimiento y desarrollo de esta pequeña fundación de caridad verdaderamente cristiana, en esta ciudad y Diócesis. Nuestros votos de entusiasta y perenne gratitud al Ilmo. y abnegado Prelado de la Diócesis, que con sus sabios consejos y generosos subsidios ha contribuído tan eficazmente para la creación, el sostenimiento y desarrollo de esta obra; no menor gratitud debemos al ilustre Instituto de las nunca bien alabadas de las Hermanas de la Caridad, muy especialmente a la R. M. Bobeé, ya mencionada, pues a su activo celo y a su acertada dirección, no menos que a su noble ejemplo se debe la conservación de esta obra entre nosotros. Esperamos que bajo auspicios tan poderosos subsistirá ella aún largo tiempo, para alivio de nuestra clase desvalida, y para que exista una escuela práctica más, donde el bello sexo del Azuay se ejercite en las santas y triunfales lides de la santa y divina caridad.

(Sigue cuadro de Ingresos y Egresos de la Sociedad de "Señoras de la Caridad").

LA ALIANZA OBRERA. X: 474, 28, Enero, 1915.

LA SIERRA

Menéndez y Pelayo no podía describir, ante los accidentes del paisaje de montaña, todas las impresiones ya solemnes y severas, ya risueñas, ya melancólicas, ya grandiosas que suscitan la contemplación de la Cordillera vista con ojos de amor y con aquella intuición poética, que sabe discernir y leer el sentido oculto bajo los caracteres de la naturaleza.

Si las celebridades del arte han penetrado la misteriosa profundidad de las montañas, plumas divinas han descrito, para la inmortalidad, las dulces y privativas costumbres montañezas, que diferen de las de más allá, como las reconditeces de la Sierra difieren de las riberas caldeadas del océano.

En el Ecuador la Sierra es hermosa, es llena de encantos, honradamente regionalista y profundamente patriota. Vive del esfuerzo agrícola y de la industria comunal; el cambio de sus producciones y manufacturas le causa una cómoda medianía, como término proporcional entre las fortunas que no llegan a la opulencia y la pobreza que no toca a la miseria.

Pero en el movimiento nacional, la Sierra nuestra, en más de sus dos terceras partes ha sido infortunada, no obstante de haber contribuído al bien general con ciudadanos que llegaron a ser personajes en todos los ramos de la vida pública: la fecunda madre no merece hasta ahora las recompensas que los romanos y aún Napoleón concedían a las progenitoras de buenos hijos.

La vida expansiva del gobierno para el adelanto e incremento de la mejora social, se restringe en el Ecuador, a zona limitada y siempre la misma, en todas las administraciones, con excepción de la de García Moreno, que llegó a exigir de sus magistrados de provincia algo de la acucia y laboriosidad que a él le distinguían. Las obras fiscales en la Sierra meridiana de la República se cuentan en los dedos: el patriciado de lugareños inteligentes y cívicos, y un atrevido anhelo de lo mejor,

llevado a cabo por el Clero, sacrificado y celoso, nos han indemnizado en parte hasta ahora del olvido a que vivimos sujetos del lado de los gobiernos supremos: "Las comunicaciones (de ciertas provincias), se arrojan a la cesta, nos decía un oficinista, sin que el Ministro del ramo se moleste en romper el sobrecito". ¡Prueba evidente de lo que valemos!

Nuestros gobiernos supremos, enemigos del sacrificio y del trabajo, no hacen en sus operaciones, sino seguir las huellas, que encuentran trazadas por la rutina: y no comprenden que un *statu quo* de gran parte de la comarca serraniega debilita aun el esplendor de aquella parte de la República, que hoy se atrae las deferencias y miramientos del poder. Antes era norma de la riqueza explotar al pobre; en los modernos códigos de economía, que popularizan los pueblos sajones, los capitales comercian con capitales, y surge el polimillonarismo, como triunfo de la energía y de la labor.

Apliquemos la misma forma que rige en los procedimientos del comercio de los individuos al comercio de las provincias entre sí, y nacerá esa generosa competencia, que se observa en las confederaciones, sobre fomento, sobre industria, ilustración y riqueza.

Cuánto bien habrían reportado las regiones malsanas de la Nación, si habilitados los caminos hacia la Sierra, establecida la cómoda inmigración al Interior, hubiesen hallado salud, en nuestras atmósferas pletóricas de bienestar, generaciones enteras más que diezmadas por la muerte.

Decaído el clero, a quien con tanta ingratitud se le denigra, sin medios de avanzar y fiscalizado por la impiedad; coartada la acción de ciudadanos de luces y de noble intrepidez, por obra de una política pequeñita y de exclusivo medro; ¿qué le queda a la Sierra si acaso no cuenta con la equidad en la distribución de las propiedades nacionales?

Aun el despotismo ecuatoriano ha buscado la Sierra

para teatro, muchas veces trágico, de imposiciones con las que se quiere escarmentar a instituciones e individuos. ¡Con envidia solemos oír, declaración como ésta: *en la Capital; o en tal o cual ciudad, no se procede como aquí, allá se respeta el derecho de los ciudadanos!*

¡Qué siempre va resultando mentira la soñada democracia!

Como ley hidráulica, mientras las aguas no llegan al equilibrio de la superficie, para obtenerlo luchan y se gastan en necesarias sacudidas. Así todos los pueblos de una misma ciudadanía, deben equilibrarse en la mancomunidad de prosperidades, que den por resultado el total mejoramiento y la paz definida de aquella igualdad a que aspiran nuestras instituciones y constituciones.

Uno de nuestros eminentes estadistas, en el más célebre documento político de estos tiempos, al tratar de la eficaz libertad de sufragio, consigna las siguientes importantes ideas, que vienen a nuestro propósito:

"Si en cualquiera nación republicana es (la ley de sufragio) condición de existencia, lo es mucho más en el Ecuador, cuya dualidad orgánica no ha merecido hasta hoy el profundo estudio de nuestros estadistas, y sólo ha dado ocasión a que agitadores, sin noción de patriotismo, pretendan convertirla en estímulo de la discordia civil. El Ecuador está compuesto de dos regiones que difieren entre sí, no sólo por la naturaleza de sus accidentes topográficos y climatológicos, sino también por la índole, las ideas y costumbres de sus habitantes. Puede afirmarlo tranquilamente quien conoce a fondo ambas regiones, quien sabe amarlas por igual y anhela verlas más identificadas en el amor de la Patria común, una e indivisible, como indivisible y una es la historia de sus luchas y de *sus triunfos* en la conquista de la vida soberana. Pues bien; mientras una y otra no sean igualmente dueñas de hacer oír su voz en las aclamaciones de la plaza pública, en las discusiones del parlamento y en los consejos de gabinete; mientras una y otra no ejerzan con igual libertad el derecho de sufragio, jamás resultará que

las leyes e instituciones tengan un carácter verdaderamente nacional, y por tanto respetable y duradero, como obra de la fraternal conjunción de las ideas e intereses de las dos regiones, dentro de una atmósfera de amplia equidad y sabia moderación. Igual libertad para las dos, igual respeto a sus derechos respectivos, y en la organización administrativa un tanto de mayor desarrollo de la vida provincial: he aquí cuál sería en el Ecuador el secreto de la unidad real y permanente del Estado; he aquí el remedio con aquella miseria del regionalismo, arma suicida que esgrimen a menudo demagogos sin conciencia y aspirantes temerarios".

LA ALIANZA OBRERA. XI: 551, 6, Julio, 1916.

EL ORIENTE

Inesperada aceptación ha recibido nuestro editorial "La Sierra" del número anterior, quizás, cuando menos su oportunidad haya realzado entre la pobreza del pensamiento y de la forma. Nuestras ideas lanzadas en aquella página las han hecho suyas, durante estos días, estimables escritores políticos.

Los que no escribimos por compromisos de pandilla y de secta, acertamos, cuando menos en la intervención del tema; así aconteció desde fundada nuestra hoja, relativamente al Oriente de la Provincia azuaya. Solos, literalmente solos, en el palenque de las opiniones, movíamonos por la colonización y la cristiana misión de nuestras selvas. Díjosenos entonces que nuestro Semanario se tornaba ilegible y se volvía antipático por las largas descripciones de la región Oriental, y por la propaganda de su habilitación tantas veces birlada.

Y ahora como se observa un feliz cambio de opinión de la prensa, que también ha transformado la de nuestro público, hoy podemos decir: el problema del Oriente ocupa a todos y a todos interesa.

Con plena satisfacción hemos visto nacer y crecer las Juntas colonizadoras del Oriente en Guayaquil y Riobamba, y con no menos orgullo hemos oído resonar la última palabra sobre misiones del Oriente en las augustas Asambleas del simpático Congreso Catequístico de Quito, que producirá por resultado la creación de dos Subcomités en la Capital en favor de las mismas.

Más aún, el problema no respeta vallas, partidos, opiniones y creencias y es por eso que el misionero encuentra todas las puertas abiertas: la del Ministro del ramo, como la del Gobernador de la provincia, la del Obispo Diocesano como la del Diplomático extranjero, la del Periódico y la del Colegio, en que su palabra es escuchada porque a unos interesa las almas, a otros las tierras, a todos la Patria, el territorio.

Hoy el Oriente es más conocido de nosotros por mano del misionero, que un día manejara la pica para abrir caminos, otros para bautizar al jíbaro y más tarde para regalarnos cartas y relaciones tan interesantes y completas que merecen elogios de geógrafos e historiadores de nota.

Y un buen día, con el óbolo del pobre y del rico, del niño y del dignísimo Prelado de la Diócesis cuencana, levantará puentes, mejorará caminos, nuevos centros, esperanzas ciertas de expansión futura de las poblaciones cercanas, apenas aparezca una buena ley de colonización que sabemos prepara la Junta Colonizadora.

Y aun, los medios materiales comienzan a llegar y no faltará sino que siga nuestra labor de periodistas y de patriotas; pero era necesario dar a los Misioneros del Oriente un nuevo aliento y más que todo asegurarles que la Divina Providencia les asista; y para esto ha venido el *Apostolado de la Inocencia*, que no es otra cosa que una liga de obras buenas para agrado y consuelo de los misioneros bendecida, aprobada y encomiada por todos los obispos y a la que se han agregado los alumnos de los colegios católicos de ambos sexos de Quito, Latacunga, Ambato, Riobamba y Guayaquil y bien pronto nuestras niñas y juventud azuaya emulará a sus colegas en entusiasmo y fervor por las misiones.

¡Quisiéramos aventurarnos en decir que todo parece que está en nuestro favor, y por esto nos sonríe la dulce esperanza de que bien pronto acompañaremos con nuestro aplauso a los primeros colonos, que irán a poblar Indanza, y a los entusiastas empresarios que se alistan a entrar con sus máquinas y obreros a los lavaderos de oro de Santiago, de Méndez!

¿Por qué no podremos esperar eso y vislumbrarlo ya como un hecho real?

¿Y no queremos repetir una vez más que la Iglesia

Católica, con su influencia y con la caridad de sus hijos, está preparando a la Patria ecuatoriana esos centros de población más tarde verdaderas ciudades?

LA ALIANZA OBRERA. XI: 552, 13, Julio, 1916.

PROTESTANTES EVANGELISTAS

Desde los primeros años de nuestra juventud nos llamó la atención, y la leímos con todo aplomo, la *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes,* de Bossuet, "el más poderoso ingenio que en la edad moderna ha producido la Francia".

Desde entonces comprendimos que el Protestantismo era todo menos religión; o que más bien podía clasificársele como una oprobiosa religión, es decir la sanción, la aprobación de todas las pasiones. Por eso el Protestantismo, que se confunde también con el *cesarismo,* prospera bajo el amparo de los gobiernos que quieren unificar en sí el poder civil y religioso; es decir la peor de las formas del despotismo. Ya en el Ecuador, como muchas veces lo hemos notado, en nuestra misma hoja semanal, se ve atraído el Protestantismo por las tristes concesiones que hace, al error, la carta fundamental, como por especiales miramientos que se le prestan en toda ocasión: cuando se trató en Alemania, (la gran divulgadora de las apostasías de Lutero) la fundación de una escuela normal para Quito, púsose por condición que sus profesores habían de ser protestantes.

Hoy por todos los ámbitos de la República pasean libremente los sectarios que convienen con nuestro gobierno, en el odio incondicionado a la Iglesia Católica; pues como escribe Balmes, "El Protestantismo, considerado en masa no ofrece sino un informe conjunto de sectas innumerables, todas opuestas entre ellas; y solamente de acuerdo sobre un punto: *protestar contra la autoridad de la Iglesia*".

La Reina Victoria, de Inglaterra, que tocó a nuestros días (dice uno de sus biógrafos), conservaba en el fondo de su alma profunda simpatía por las doctrinas católicas; fue gran amiga de León XIII, mas nunca pudo decidirse por el Vaticano, que da a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, poderes distintos en conciencia, y que los unió Rusia cismática en una sola co-

rona, y en un solo cetro, la Inglaterra de Enrique VIII. ¿Qué han hecho todas las falsas religiones del mundo para poder afianzar su dominio? Establecerse a la sombra de los tronos, y reconocer en el Soberano el Jefe de la nación y pontífice de las conciencias.

He ahí la única razón por la que las sectas protestantes, llámense, ora evangelistas, ora anglicanas, ora pietistas, ora presbiterianas, ora con extraños y diferentes nombres, prevalecen e imponen en poderosos y numerosos pueblos, los más de los cuales están hoy sumidos en tan bárbara guerra, que nos da la prueba inequívoca e histórica de que en los códigos de sus falsas creencias, no encuentran la santa palabra que les diga al corazón: *amaos los unos a los otros; todos sois hermanos de una misma familia, cuya cabeza invisible es Jesucristo, y cuya cabeza visible es el Romano Pontífice. Pronto seréis un solo rebaño y un solo Pastor.*

Por más que, en su pobreza teológica, los protestantes hayan tomado de la misma santa religión católica, para adulterar a su modo, dictados y atributos tan santos, como el de *evangelistas*, está probado que su doctrina no es otra cosa que, *la libertad de conciencia, según la cual el alma no tiene otra regla de fe que la Sagrada Escritura, interpretada por cada lector; y que no hay en el hombre otra culpa, que la culpa de incredulidad.* Doctrina destructora del Evangelio, que ha producido el racionalismo, la indiferencia, el amor a la riqueza y los placeres; el amor libre, el divorcio y el radicalismo político.

Por lo demás, cedemos la palabra en punto a doctrina a uno de los más prominentes filósofos de la secta Uhlich, en su *catecismo protestante*, escrito para el uso de las familias, formula una profesión de fe, que es la quinta esencia de todo el sistema, cuando dice: *Nuestro dogma consiste en no reconocer ningún dogma.* Quienes recogen tan nítida protesta aseguran que ella fue una explícita confesión, de que el protestantismo había muerto como religión y como verdad. Y sin embargo, con la

osadía de la impiedad satánica, que vuelve las espaldas a Dios, las sectas que queman el Evangelio de Jesús, llevan principalmente sus ataques contra el Adorable Sacramento de la Eucaristía, centro del Catolicismo; contra los dogmas amabilísimos de la Virgen María, alimento de toda esperanza y toda piedad; y contra la autoridad de la misma Iglesia, el Romano Pontífice, que recibió de Jesucristo el primado de honor y jurisdicción.

Desconfiad, pues, de los lobos que llegan a vos, oh pueblo católico: los gobiernos liberales e impíos los atraen y favorecen, porque la obra o el proyecto del rojismo, brote del infierno, es el engendrar por todas partes, la más triste confusión.

Mientras los propagandistas de la herejía reciben de los gobiernos de donde proceden, y de los gobiernos a donde llegan toda suerte de comodidades y auxilios, el clero católico es rechazado a los umbrales de la patria ecuatoriana, y los misioneros que nos procuran colonización, caminos, territorios y autonomía, viven y se mueren de limosna. Así se prueba, por la persecución, la verdad del Catolicismo, y la falsedad de las sectas queda demostrada, con demostrar que ellas no se propagarían si no fueran la triste religión de las pasiones, la religión del cálculo y la riqueza, y no contaran con el apoyo de la fuerza y del despotismo.

LA ALIANZA OBRERA. XI: 559, 31, Agosto, 1916.

CAMINO AL ORIENTE

Hagamos nuestro el Territorio Oriental de la República

Hase despertado últimamente en todo el Ecuador un entusiasmo grande y general por colonizar nuestros territorios de la Zona Amazónica; casi todos los periódicos, sin distinción de poderes políticos se ocupan en el asunto: esto es evidentemente signo de vida y demuestra que progresamos en el terreno de las ideas y del patriotismo verdadero. Hasta ahora los ecuatorianos estábamos abatidos contra nuestros poderes vecinos, y hasta rendirle la vida por defender esa porción del patrimonio, que nos legaron nuestros mayores; pero en el campo de los hechos, no habíamos realizado obra ninguna, de grande y trascendental importancia, para impedir las depredaciones de colindantes codiciosos. Los misioneros, que desde hace años, han tomado sobre sí la ruda y difícil tarea de evangelizar, en las tribus nómadas, que habitan entre aquellas inmensas y enmarañadas selvas, han sido los únicos que en verdad han defendido aquella porción del territorio nacional, de las incursiones frecuentes de sus poderosos adversarios.

Lo que es ahora, este importante asunto sigue un rumbo diferente. Varias asociaciones colonizadoras del territorio oriental se han fundado en Guayaquil, Cuenca, Riobamba, Paute, etc., que prometen un porvenir lisonjero para la cultura y civilización de esa porción querida de la Patria, hasta hoy tan olvidada de nuestros gobernantes. El modo real, práctico y eficaz de hacer nuestro todo el vasto territorio oriental contra todas las codicias y ataques de nuestros adversarios, es colonizarlo. Esto es precisamente lo que van haciendo nuestros tradicionales enemigos. En cuanto a esto último, digámoslo con franqueza republicana, tan culpable es la desidia de los gobiernos como la de los particulares, por el abandono y olvido en que mantienen esas feracísimas regiones. Los españoles, apenas conquistaron el imperio de los Incas: sin detenerse en la altiplanicie, se lanzaron inmediatamente al descubrimiento y colonización de las sel-

vas amazónicas; la **República del Ecuador,** en un siglo de vida independiente no ha descubierto un río ni fundado una ciudad en toda aquella vastísima región. ¿No seremos grandemente culpables por ello?

A nuestro juicio, gobiernos y particulares deben aunar sus trabajos en la realización de esta grandiosa empresa: hacer nuestro el territorio oriental por la colonización. Obra del gobierno debe ser principalmente el fomento de las misiones y la apertura de caminos, porque sin sacerdotes que atiendan al servicio religioso de los **colonos,** la tal **colonización,** será una quimera; y sin caminos, esa tan deseada **colonización,** sería un imposible. Si nuestros gobiernos quisieran ser verdaderamente patriotas y servir, no tanto a sus intereses sino al bien estable y positivo de toda la Nación, deberían dedicar una suma considerable de los caudales públicos a la apertura de esos caminos. Por ese motivo, todo ecuatoriano, verdaderamente amante de su país, debe regocijarse de esta corriente de entusiasmo colonizador que va apoderándose de nuestras poblaciones, así serraniegas como costaneras, con tal que esas Juntas con toda verdad patrióticas, no lo esperen todo del Gobierno, sino hagan también algo por su propia cuenta. Sería muy de desear que las principales provincias que tienen acceso a las selvas amazónicas abra cada una un camino propio a aquellas feracísimas regiones. Esas rutas en vez de perjudicarse se auxiliarían y sostendrían mutuamente; así la de Riobamba a Santiago del Morona ha venido a dar vida a los colonizadores del Indanza y la ruta de este nombre a ser un auxiliar poderoso de la naciente población de Santiago. Puesto que los gobiernos de esta desgraciada tierra no hacen cosa de provecho para reivindicar aquellos riquísimos territorios de las continuas usurpaciones extranjeras, los municipios y hasta los simples particulares, deben emplear sus fuerzas e invertir sus caudales en la apertura de caminos y colonización de aquellas extensísimas regiones. El cantón de Gualaceo, en la provincia del Azuay, ha dado a este respecto un hermosísimo ejemplo a toda la República, pues a sus esfuerzos se debe todo lo que hasta hoy se ha hecho en la re-

gión de Indanza, con el auxilio valiosísimo de los Misioneros Salesianos.

Aunque, según acabamos de expresar, abogamos por la apertura de todos los caminos posibles para el Oriente, sin embargo, no desconocemos que la ruta que se trata de hacer desde Paute hasta el Pan, y desde aquí a Chupianza, tiene una importancia realmente excepcional y de suma trascendencia para toda la República. Basta saber que abierto ese camino, desde la hermosa importante villa de Paute hasta la naciente población de Santiago del Morona no habría más que tres jornadas, por un sendero casi llano, no obstruído por montañas ni por ríos, trazado por la misma naturaleza en un callejón de la cordillera, en él podrían transitar hasta enfermos, al amparo de una temperatura suavemente abrigada y uniforme. No pocos exploradores de aquella región avánzanse a afirmar que con el costo de cinco mil sucres y al cabo de tres meses, tendríase concluído un camino de herradura desde el Pan hasta las orillas del Chipianza, y, embarcados en sus ondas, podrían los colonos, con la más grande facilidad ser transportados hasta el corazón del Oriente. En el trayecto de esta ruta se encuentran los riquísimos lavaderos de oro de Namangoza, en los cuales de una tonelada de tierra, el peón más desidioso obtiene, diariamente, hasta dos gramos del precioso metal. Es verdaderamente increíble la incuria de nuestros gobiernos, que escatiman unas cuantas pesetas cuando se trata de empresas colosales y trascendentales como la colonización de nuestro Oriente, mientras prodigan, sin escrúpulo alguno, millones de sucres si se proponen favorecer a un paniaguado o llevar a cima empresas financieras de interés únicamente privado.

Que la hoya de Paute sea en toda la República la ruta más breve, directa y fácil para llegar a los ríos navegables de la vasta región amazónica, lo reconocieron ya los misioneros jesuítas del siglo XVIII, que después de querer abrirse paso por aquellas regiones por Quito, Ambato, Riobamba y Loja, al fin se convencieron de que entre todas las rutas la más conveniente y rápida para su

intento, era por Cuenca, y por esto establecieron aquí la última residencia de Misioneros que crearon dentro de la Presidencia de Quito. Este mismo fue el parecer de Requena, encargado por el Rey de España de informar sobre el modo de organizar las Misiones de Mainas y Yaguarzapongo, después de la inicua expulsión de los jesuítas decretada por Carlos III. Juzgamos, pues, de la más alta y vasta trascendencia la empresa sumamente patriótica que han tomado a pechos las juntas promotoras de colonización oriental, a las que deseamos feliz éxito en sus labores.

LA ALIANZA OBRERA. XI: 563, 28, Septiembre, 1916.

JUNTA PROMOTORA DEL FERROCARRIL DEL SUR (1)

El martes último, a la una de la tarde, en casa del Sr. D. Roberto Crespo T., se efectuó la primera sesión general de esta asociación benemérita, llamada a defender los intereses de la vía férrea de nuestras provincias meridionales.

Asistieron a la sesión los señores Presidente, D. Roberto Crespo T.; Vicepresidente, D. Arcesio Pozo; Vocales: Dr. D. Julio Matovelle, Miguel Cordero D., Remigio Tamariz C., Gonzalo Cordero D.; Tesorero, D. Alfonso Ordóñez; Secretario, D. Francisco Tálbot y socios activos D. Adolfo A. Torres, Alfonso M. Borrero, Benigno Polo, Agustín J. Peralta, Luis C. Jaramillo, Miguel D. Bustos, Benjamín Sojos, D. Ricardo Crespo, D. Benigno Merchán, D. Belisario Ríos y D. José María Astudillo Regalado.

El Sr. Secretario dio lectura a la excusa del Sr. D. Octavio Cordero P., quien dice que no concurre porque no conoce todavía el objeto que se propone esta Junta. La Presidencia ordenó archivar el oficio.

Como se ve, esta respetable Asamblea no dejó nada que desear por lo selecto del personal que la compuso, así como por la exquisita cultura que reinó en sus deliberaciones. La discusión versó principalmente sobre el título de *Ferrocarril del Sur*, dado a la línea que arrancando en Pitishí deba avanzar hasta Cuenca, y continuar por los territorios del Oro y Loja; se advirtió que el mencionado título era el más propio y adecuado para designar la porción de la vía que en realidad no es otra cosa que la prolongación del Ferrocarril central hasta los límites más australes de la República. Con mucha razón se ha dado el nombre de Trasandino al que principiando en Guayaquil, llega hasta Quito y debe continuarse en

(1) El Sr. José Mª Astudillo R., afirma que esta información se debe a la pluma de Matovelle. (N. de la 1ª Ed.).

los territorios del Norte de la Nación; por tanto debe llamarse en rigor *Ferrocarril del Sur* el destinado a poner en comunicación a aquel con las provincias de Cañar, Azuay, El Oro y Loja.

Se discutió y aprobó provisionalmente el Reglamento, según el cual debe funcionar y tomar sus acuerdos la Junta; advirtiendo que todas las disposiciones de esos estatutos se hallan informados por un alto espíritu de prudencia y grande respeto para con las autoridades públicas. Según dicho Reglamento pueden ser miembros de la Junta todos los ciudadanos de las provincias del Sur, sin atender a su color político, con tal que estén animados de verdadero amor patrio y quieran trabajar por la prosperidad de esta sección de la República.

Los miembros de la Junta se dividen en cuatro comisiones: 1º *de Propaganda;* 2º *de la Prensa;* 3º *de Mediación oficial,* la que tendrá por encargo atraer la simpatía y benevolencia a los principales empleados de la administración pública, en favor de la obra del ferrocarril; y 4º *de Información,* que procurará estar al corriente de los trabajos de la vía férrea para ponerlos en conocimiento de la Junta y de toda la Sociedad Azuaya.

Se prescribe, además, evitar en las manifestaciones públicas toda aspereza respecto de los mandatarios políticos; de manera que las actuaciones de la Junta no puedan despertar recelos de ninguna clase en las regiones del Gobierno, y, al contrario, la expresada asamblea, componiéndose, como se compone, de muy probos y distinguidos ciudadanos será un excelente nexo de aproximación entre el pueblo y las autoridades, dentro del orden, la justicia y la cultura.

El Dr. Borrero hizo la moción, que fue unánimemente aprobada, de que se exija el cumplimiento de la ley de 2 de Octubre de 1915, objetada por el General Plaza, el 7, e insistida por las Cámaras el 8, finalmente, puesta el Ejecútese el 19 del mismo mes y año; así como la reforma del Decreto Ejecutivo relativos al ferrocarril

que pretende llevarlo a la práctica esta Junta.

Hacemos, pues, votos porque la *Junta del Ferrocarril del Sur* viva largo tiempo hasta ver coronados por el éxito sus propósitos tan nobles como patrióticos.

LA ALIANZA OBRERA. XII: 571, 16, Noviembre, 1916.

TERCER CENTENARIO DEL JURAMENTO HECHO EN LA ANTIGUA RIOBAMBA DE SOSTENER EL MISTERIO DE LA INMACULADA CONCEPCION.

Entre las naciones de la América Latina el Ecuador no ha sido la última en el amor y culto a la Santísima Virgen, especialmente en el misterio de su Concepción Inmaculada; prueba de esto último son los varios monasterios de religiosas que llevan ese glorioso título en Quito, Riobamba, Cuenca y Loja. También testifica en favor de esto mismo el hermoso hecho histórico cuyo Tercer Centenario celebrará mañana, con gran pompa y regocijo la segunda de las ciudades mencionadas.

Uno de los más ilustres y celosos obispos de Quito, el Ilmo. Sr. Solís, movido por varios célebres y bellísimos portentos verificados en Sevilla del Oro con una devota imagen de la Madre de Dios, representada en el misterio de su Concepción, trasladada después desde Macas a Riobamba, fundó en esta última villa el Monasterio de Conceptas que subsiste hasta hoy, bien que trasladado también a la misma ciudad del mismo título; cada año, desde la fundación de este claustro celebrábase la fiesta de la Inmaculada Concepción, en la iglesia anexa a aquel, con solemnidad verdaderamente extraordinaria. El 8 de Diciembre de 1616 el entusiasmo de la concurrencia piadosa compuesta de religiosos de S. Francisco, las autoridades políticas y civiles, el Clero y lo más selecto de los vecinos del lugar, subió de punto, hasta el grado en que, movidos todos como por un solo resorte hicieron públicamente el juramento de sostener aquel dogma, que entonces era sólo creencia católica y de sostenerlo, si fuese necesario, hasta a costa de la vida.

He aquí las frases principales de aquel célebre juramento: "En la Villa del Villar Don Pardo (nombre que tenía entonces la antigua Riobamba), viernes, a ocho días del mes de Diciembre de mil seiscientos diez y seis años después de haber celebrado la fiesta de la muy Limpia Concepción de la Sacratísima Reina de los Angeles,

en el convento de Monjas de esta dicha Villa, asistiendo el Clero y Padres de las Religiones, Cabildo y Regimiento, nobles y plebeyos de todos estados, toda la dicha Villa, unánimes todos los fieles que estamos y habitamos en dicha Villa, de su grado y voluntad juran, prometen y se obligan, desde ahora y para siempre jamás, defender en paz y en guerra, en público y en secreto, la Santísima Concepción de aquesta Virgen Soberana, haber sido sin pecado original; y en esta defensa arriesgarán y expondrán sus personas, haciendas, vida y almas, todas las veces que se ofrecen, etc."

No contentos con esto mandaron a esculpir en piedra, que fue colocada en la fachada de la misma iglesia, la siguiente inscripción:

"Nadie pase de este umbral
sin que jure por su vida,
fue María Concebida
sin pecado original".

a esta piedra monumental que por fortuna se conserva hoy en la nueva Riobamba se le ha dado el bello título de *Piedra del Juramento*.

Hecho tan hermoso y trascendental bien merece ser, no recordado solamente, sino celebrado con festejos públicos en todas las Iglesias de la Nación solemnemente consagrada al Corazón Purísimo e Inmaculado de María.

LA ALIANZA OBRERA. XII: 574, 7, Diciembre, 1916.

LAS DOS JUNTAS PROMOTORAS DEL FERROCARRIL DEL SUR

El patriotismo cuencano interesado vivísimamente en que se levante el espíritu público de las cuatro provincias meridionales del Ecuador, por medio de la obra tan generalmente deseada del ferrocarril que partiendo de Sibambe deba recorrer todos estos territorios hasta el Macará si posible fuese, saluda con ardiente entusiasmo la fundación así de la Junta de Obras y Mejoras Públicas, como la de su similar "Junta del Ferrocarril del Sur". Prometíanse todos los habitantes de esta porción austral de la República, que esas dos asociaciones formadas de personas caracterizadas y competentes, la una dentro del elemento oficial, y la otra con individuos de todas las clases y condiciones, se darían entre sí la mano y prestarían mutuo auxilio para llevar avante empresa tan colosal y proficua para el país; desgraciadamente susceptibilidades políticas, que todo lo envenenan, amenazan dar al traste con una combinación tan bien ideada y patriótica.

Efectivamente, la Junta popular denominada *Promotora del Ferrocarril del Sur,* es de absoluta necesidad, porque es ley de los pueblos regidos por gobierno representativo, que los contribuyentes para las obras y empresas del Estado deben tener conocimiento de la marcha de éstas, y tener alguna participación en el movimiento y dirección de ellas. En Inglaterra, por ejemplo, la Cámara de los Comunes jamás daría una nueva ley de distribución, sin que ella se ajuste a estas condiciones. En el Ecuador, todo al contrario: se exprime al pueblo con insoportables pechos y gabelas, y se cohíbe al pueblo para que no intervenga de ningún modo, ni tenga siquiera conocimiento del buen empleo o desfalco de aquellas rentas.

Desde hace varios años, las provincias azuayas sudan sangre para contribuir con cuantiosos dineros para la obra del ferrocarril mencionado, siendo así que esos caudales se han invertido, en su mayor parte, en desfal-

cos vergonzosos denunciados por la prensa. Para evitarlos es, pues, indispensable, que el pueblo contribuyente vigile la recta inversión de esas cantidades, y este es el alto fin para el que, según nos parece, ha debido fundarse la "Junta Promotora del Ferrocarril del Sur".

Pero como ésa carece de representación oficial, la "Junta de Mejoras y Obras Públicas" venía a llenar este vacío; de modo que hermanadas las dos asociaciones y caminando unidas por la misma senda, esperábamos, daría poderoso impulso a nuestra vía férrea. El Gobierno, por su parte, debía proteger y alentar el sostenimiento de estas juntas que si bien fiscalizarían sus actos, relativos a la obra, darían por otra parte, gran popularidad y prestigio a su administración. ¿No es esto precisamente lo que se llama hoy *política ferrocarrilera?* El mejor modo de alejar las revoluciones y cimentar la paz de una nación, es tener contento al pueblo; éste viendo que se respetan sus derechos, proteje sus intereses y llevan adelante sus obras públicas no puede por menos que estar del lado de mandatarios tan probos como benéficos. Cabalmente esto sucede ahora con el Gobierno del Excmo. Dr. Baquerizo Moreno, del cual no tiene el pueblo azuayo queja grave que formular en su contra, sino al contrario, se siente movido a apoyarlo con todas las fuerzas de su simpatía y gratitud, pues ve que sostiene y fomenta la tan anhelada obra del Ferrocarril del Sur.

Sensible en gran manera sería pues, que se pronunciase desacuerdo entre las dos Juntas y mucho más aún que dejase de existir una de ellas, pues de su acción mancomunada dependerán la prosperidad y bienestar del país.

LA ALIANZA OBRERA. XII: 574, 7, Diciembre, 1916.

DE ECONOMIA MIXTA

Para las lecturas en que se interesa al pueblo conviene evitar las citas y los términos científicos, como la erudita manía de evocar autores y autoridades. Enseñar sencillamente a las multitudes, y despertar en la mente de los públicos funcionarios el recuerdo de sus más imperiosos deberes, tal ha sido siempre la norma seguida por escritores, patriotas de verdad.

Nadie desconoce que, excepción hecha de la persecución religiosa, el mal que acarrean los gobiernos radicales no es otro que el despilfarro de la hacienda, el cual origina imposiciones que gravan a todos los ciudadanos. El Fisco que de un lado se derrumba, se fortalece de otro, y al fin quedan habilitadas las fortunas de los gobernantes y cruelmente vulneradas las de los particulares, no menos que restringidos los esfuerzos de las industrias, y de las honradas negociaciones. Así vemos que cada Congreso presenta proyectos, en su mayor número, de impuestos fiscales, capaces de producir muy luego el oneroso resultado de que los ciudadanos acrecientan, a costa de sus sudores, mucho más la hacienda nacional que el propio patrimonio.

A más de deplorar el hecho de vernos constreñidos, diariamente por tantos impuestos, quisiéramos que a lo menos en el terreno de las especulaciones no olvidemos los dictámenes de la filosofía política siquiera en lo que ya tiene de establecido la *Economia Política*. Las imposiciones pecuniarias que establece la ley, las unas son penales, y las otras tienen semejanza de tales. Si en tal punto los doctores dividen su opinión, nadie puede rebatir el hecho humano de que se siente tristeza (o pena) cuando erogamos al superior una parte de los frutos de nuestro trabajo, sin que veamos, a los ojos vistos, el bien inmediato que de ellos nos viene. Gravamen es gravar, es decir oprimir.

Tal pena se hace clara y ostensible cuando la autoridad quiere alejar a los ciudadanos del negocio nocivo, que fluye en peligro de los asociados: como la venta de tósigos, de sustancias narcóticas, de armas de deco-

miso, etc., etc. Pero queda oculta la intención del legislador que grava la *industria* por la *industria;* el *negocio* por el *negocio;* fuera de aquellos casos comunes con la *alcabala* mediante la cual la autoridad se pone al frente de los derechos privados para sostenerlos en caso necesario.

Mucho se ha hablado en las escuelas jurídicas de la América Meridional del aparente abuso que se observa en Rusia, respectivamente a impuestos; recordamos la frase habitual de uno de nuestros profesores: *allá,* solía decir, *se paga hasta el aire que se respira* Y sin embargo, lo hemos comprendido después que había mucho que atenuar en la ponderación o si se quiere en la condenación que hacíamos de aquel despotismo del monarquismo absoluto. Esas exageradas gabelas, muchas a lo menos, fueron transitorias, y además de ello, el pueblo estuvo al corriente de la inversión y conoció los compromisos más o menos urgentes de la corona imperial. Así no sucede en países como el nuestro, calificado de republicano y libérrimo. Comprendemos, al contrario, que la única razón para el incremento del ramo de contribuciones con que se quiere gravar toda operación judicial, no es otra que la que mira al sostenimiento de la política, de los hombres que representan la causa: la vida del partido.

Los impuestos están fundados en un principio filosóficamente equitativo. Es algo tácitamente bilateral: es un *da tú para que yo dé;* un *haz tú para que yo haga*. Y en efecto, el pagador al Fisco sobre documentos que representan sus operaciones pecuniarias, debe recibir de los poderes nacionales, en cambio de lo que él eroga, una seguridad más en la posesión de sus capitales; los poderes nacionales deben estar del lado del pagador cuando se atenta contra su derecho. Así lo pide el equilibrio de la justicia. Esa es la explicación del *papel sellado,* por ejemplo; pagar al Estado algo de la ganancia privada, a trueque de una mayor solemnidad que garantiza la propiedad. Si se obliga a pagar sobre dinero a mutuo, sobre aseguración hipotecaria, y aun en el otorgamiento de testamentos, el legislador está obligado, en conciencia y por la conciencia de la economía política privada,

a comprender al Estado para que, de su parte, dé mayor solidez a esas declaraciones de la voluntad, en su público ejercicio. Y nada de esto preocupa al legislador ecuatoriano: se impone porque se impone; se grava porque se grava. Un testador que ha pagado al Fisco, por ejemplo, un tanto por ciento de los capitales que dispone, debe quedar garantizado contra ese gran número de peligros que amenazan la ejecución de un testamento. Y nada de esto sucede; aquella redacción de la *última voluntad*, queda como siempre bajo la aviesa mirada del *foro*, las más de las veces enemigo declarado del libre ejercicio de nuestros derechos. Un testador que paga al Fisco debiera ser considerado de mejor condición del que antes no ha pagado, y no encontrar tropiezos en la ejecución de su voluntad; de otra manera los impuestos son el ejercicio más cruel del despotismo.

¿Acaso tantos gravámenes del tráfico diario no son, así, descaradamente arbitrarios, ya que no los resguarda garantía alguna, que sea como una indemnización moral del impuesto satisfecho?

Por el especioso pretexto de los *tiempos que atravesamos*, vivimos en la plena conformidad de abusos. Por satisfacer a la conciencia católica de los asociados en su gran mayoría, se fijó el tres por mil, entre las unidades de Aduana, para gastos del Culto público y dotación del Clero. El objeto no se cumple pero el tributo se paga. Es el cinismo en las exacciones sancionadas por el mismo Poder legislativo. Así en todo lo demás.

Resumamos: los impuestos no se dictan gratuitamente; ellos deriban del espíritu de la pena, o de la necesidad comprobada; y en uno y otro caso el contribuyente es deudor del Estado en un aspecto, y acreedor suyo en la forma que prevea y determine la pública equidad. Estos obvios y rudimentarios principios los va olvidando por completo el legislador ecuatoriano para quien la economía política no es sino política.

LA ALIANZA OBRERA. XII: 576, 21, Diciembre, 1916.

miso, etc., etc. Pero queda oculta la intención del legislador que grava la *industria* por la *industria;* el *negocio* por el *negocio;* fuera de aquellos casos comunes con la *alcabala* mediante la cual la autoridad se pone al frente de los derechos privados para sostenerlos en caso necesario.

Mucho se ha hablado en las escuelas jurídicas de la América Meridional del aparente abuso que se observa en Rusia, respectivamente a impuestos; recordamos la frase habitual de uno de nuestros profesores: *allá,* solía decir, *se paga hasta el aire que se respira* Y sin embargo, lo hemos comprendido después que había mucho que atenuar en la ponderación o si se quiere en la condenación que hacíamos de aquel despotismo del monarquismo absoluto. Esas exageradas gabelas, muchas a lo menos, fueron transitorias, y además de ello, el pueblo estuvo al corriente de la inversión y conoció los compromisos más o menos urgentes de la corona imperial. Así no sucede en países como el nuestro, calificado de republicano y libérrimo. Comprendemos, al contrario, que la única razón para el incremento del ramo de contribuciones con que se quiere gravar toda operación judicial, no es otra que la que mira al sostenimiento de la política, de los hombres que representan la causa: la vida del partido.

Los impuestos están fundados en un principio filosóficamente equitativo. Es algo tácitamente bilateral: es un *da tú para que yo dé;* un *haz tú para que yo haga*. Y en efecto, el pagador al Fisco sobre documentos que representan sus operaciones pecuniarias, debe recibir de los poderes nacionales, en cambio de lo que él eroga, una seguridad más en la posesión de sus capitales; los poderes nacionales deben estar del lado del pagador cuando se atenta contra su derecho. Así lo pide el equilibrio de la justicia. Esa es la explicación del *papel sellado,* por ejemplo; pagar al Estado algo de la ganancia privada, a trueque de una mayor solemnidad que garantiza la propiedad. Si se obliga a pagar sobre dinero a mutuo, sobre aseguración hipotecaria, y aun en el otorgamiento de testamentos, el legislador está obligado, en conciencia y por la conciencia de la economía política privada,

a comprender al Estado para que, de su parte, dé mayor solidez a esas declaraciones de la voluntad, en su público ejercicio. Y nada de esto preocupa al legislador ecuatoriano: se impone porque se impone; se grava porque se grava. Un testador que ha pagado al Fisco, por ejemplo, un tanto por ciento de los capitales que dispone, debe quedar garantizado contra ese gran número de peligros que amenazan la ejecución de un testamento. Y nada de esto sucede; aquella redacción de la *última voluntad,* queda como siempre bajo la aviesa mirada del *foro,* las más de las veces enemigo declarado del libre ejercicio de nuestros derechos. Un testador que paga al Fisco debiera ser considerado de mejor condición del que antes no ha pagado, y no encontrar tropiezos en la ejecución de su voluntad; de otra manera los impuestos son el ejercicio más cruel del despotismo.

¿Acaso tantos gravámenes del tráfico diario no son, así descaradamente arbitrarios, ya que no los resguarda garantía alguna, que sea como una indemnización moral del impuesto satisfecho?

Por el especioso pretexto de los *tiempos que atravesamos,* vivimos en la plena conformidad de abusos. Por satisfacer a la conciencia católica de los asociados en su gran mayoría, se fijó el tres por mil, entre las unidades de Aduana, para gastos del Culto público y dotación del Clero. El objeto no se cumple pero el tributo se paga. Es el cinismo en las exacciones sancionadas por el mismo Poder legislativo. Así en todo lo demás.

Resumamos: los impuestos no se dictan gratuitamente; ellos deriban del espíritu de la pena, o de la necesidad comprobada; y en uno y otro caso el contribuyente es deudor del Estado en un aspecto, y acreedor suyo en la forma que prevea y determine la pública equidad. Estos obvios y rudimentarios principios los va olvidando por completo el legislador ecuatoriano para quien la economía política no es sino política.

LA ALIANZA OBRERA. XII: 576. 21. Diciembre, 1916.

LOS PRINCIPALES OBREROS DE LA CIVILIZACION EN LA REGION ORIENTAL.

La experiencia de siglos y el testimonio unánime de los historiadores demuestran que el principal obrero de la verdadera civilización en los pueblos salvajes y territorios desiertos es el Misionero católico. Apenas anunciado el Evangelio al mundo, la acción admirable de los Apóstoles y de sus discípulos removió el mundo pagano, y en todas las partes en donde se dejó sentir aquella, brotaron fecundos gérmenes de cultura y progreso, aun en el orden meramente material. Los mismos emperadores de Roma, cuando abrazaron el cristianismo, acudieron a los misioneros para civilizar la Arabia, la Libia y demás territorios incultos de aquella extensísima monarquía. En tiempos posteriores los monjes y misioneros pulieron las costumbres de los bárbaros; San Cirilo y San Metodio convirtieron a los eslavos, San Bonifacio a los germanos; apenas hay pueblo del antiguo mundo que no recuerde el nombre de algún insigne misionero como el del primer propagador de la verdadera civilización cristiana en su suelo. Cuando el descubrimiento de América por Colón, los excesos lamentables de los conquistadores españoles fueron magníficamente contrarrestados por obra de los misioneros católicos. Protestantes como Roberston, Prescott y otros semejantes se han visto obligados a confesarlo así.

Se trata ahora en el Ecuador de asegurar nuestra Región Oriental, y abrirla a la ilustración y el progreso bien entendidos, y los directores de la acción gubernativa presciden, en esta obra colosal y difícil, del elemento verdaderamente civilizador, cual es el Misionero. Nuestros sectarios radicales son lastimosamente fanáticos, pues, por llevar adelante sus mezquinos ideales sacrifican sin escrúpulo los más grandes y sagrados intereses de la Patria. Arrojaron del territorio Oriental a los misioneros que habían hecho surgir más de veinte pueblos florecientes, formados de aquellos infelices y miserables habitantes de las selvas, y hoy todos esos territorios son presa de la ambición peruana. En el último

Congreso, a propósito de colonización oriental, se levantaron algunas voces que, en favor de esta difícil empresa, solicitaron la cooperación de los misioneros; pero el Dr. Juan Benigno Vela, líder del sectarismo entre nosotros, declamó agriamente contra esos insignes obreros de la civilización. Ciertamente el fanatismo radical ecuatoriano es más estrecho y mezquino que el musulmán. Bajo los gobiernos impíos y descreídos de Francia, todavía se ha protegido y subvencionado a los misioneros en las colonias, y cuando alguien hizo este reparo, Gambetta contestó: "El anticlericalismo no es artículo de exportación". Sólo en el Ecuador se lamenta esta anomalía, a saber: se pretende civilizar al salvaje, haciendo guerra al Misionero.

Felizmente desde hace uno o dos años a esta parte, se nota una saludable reacción en este sentido: en el último Congreso se habló ya de misioneros, y *El Día,* en uno de sus últimos números, nos hace saber que en una junta formada por todos los empleados de la provincia oriental, reunidos en Quito bajo la presidencia del Sr. Ministro Carbo, "se trató de puntos relacionados con la buena administración de aquel territorio", y siquiera "por incidencia se insinuó la idea de que convendría enviar algunos misioneros franciscanos" a esas regiones. Desgraciadamente el periódico citado, al mismo tiempo que comunica esta buena noticia, desahoga su clerofobia, declamando contra "el abuso de ciertos misioneros" y apuntando la idea, para cuando se envíen aquellos obreros evangélicos a la región oriental "que la mayor parte o casi todos (de esos misioneros) sean nacionales para que se interesen verdaderamente por el terruño, pues los extranjeros, añade el periódico citado, con pocas excepciones, se interesan tan sólo por el bien propio".

Protestamos contra estos conceptos altamente injuriosos de *El Día,* por ser totalmente contrarios a la verdad. A la vista tenemos a Monseñor Costamagna y los Misioneros Salesianos, extranjeros en su mayor parte, y que, sin embargo, con desprendimiento y abnegación superiores a todo elogio, emplean no solamente las exiguas

limosnas con que se les favorece, sino el dinero que les envían de Europa, emplean, lo repetimos, en abrir caminos, construir puentes, levantar templos y dar vida, en todo orden, a nuestra región oriental. La construcción del puente sobre el río Indanza y la actual apertura de caminos a Santiago de Méndez cuesta a los misioneros *sacrificios pecuniarios* indecibles. De los millones de renta que tiene el Gobierno ecuatoriano, ¿qué suma dedica a la gran obra de civilizar nuestra extensísima Región Oriental?... Mientras tanto los pobres misioneros se quitan el pan de la boca, por decirlo así, para atender aquella empresa tan ardua y difícil, por la que ninguna remuneración les espera; si no es la eterna de los cielos.

Si "la mayor parte o casi todos los misioneros debiesen ser nacionales", los Salesianos tendrían que clausurar los centros florecientes de su misión: *Santiago, Indanza y Gualaquiza*.

Los misioneros no son extranjeros en ninguna parte de la Iglesia Católica, mucho menos en el territorio cultivado por sus sudores. El Ecuador es para ellos su segunda patria, deben amarla como a tal; pero también los hijos de ella deben favorecerles con sus subsidios, o al menos con una voz de aliento y de aplauso; y no denostarles, ni desconocer los ingentes sacrificios que diariamente han de realizar en la obra dificilísima que tienen a su cargo.

(Amigos desinteresados de los Misioneros).

LA ALIANZA OBRERA. XII: 577, 28, Diciembre, 1916.

POR LOS MUNICIPIOS

Los grandes problemas políticos y las cuestiones de bulto, como la de Galápagos, que bien pudiera entrañar una andaluzada, ocupan la atención nacional. Y para el régimen de los pueblos ecuatorianos, y más, para los apartados de la Capital, la fuente donde puede tomarse la prosperidad que se traduce por el bienestar común, es la institución *Municipal*.

Demos vida a la región; hagamos de la comarca un blanco de miramientos y tendencias, y pronto veremos que el esfuerzo restringido a la casa propia, dará más o menos temprano, fruto de verdadero engrandecimiento.

La vida comunal desembarazada del estorbo político que todo lo invade con la manía del partidarismo, es la única que queda a la sección serraniega del Ecuador, en mira de sus intereses.

Y efectivamente, el prurito de bandolerismo público va invadiendo el sacrosanto recinto de las Municipalidades: templos de ciudadanía, que, cuando los profana el maligno espíritu de la política, presentan algo así como el bíblico espectáculo de la *abominación en la desolación*.

No nos inquietamos con el origen del personal concejil en los distintos cantones de la provincia: sabido lo tenemos que el sufragio, en todas las formas de la elección republicana, ha hecho quiebra para la ciudad y la república. Pidamos a nuestros ediles, una vez constituídos en lugartenientes del pueblo, la más intangible libertad en sus actos. El poder nacional se detenga a los umbrales del Concejo Municipal, aun en el menos notable de los cantones. Si la ola de la conmoción política del partidarismo, arrastrara el elemento municipal, el cuerpo más respetable de la familia local, perdería el derecho al respeto, y su fe pública sería *la fe púnica*.

Desgarrador es el espectáculo de las municipalidades, antes honradas, que van ahora entrándose por un camino de empleomanía y personalismo. Hacerse de las arcas cantonales para distribuirlas entre propincuos y compadres; comprar con empleos, al momento de distribuirlos, alguna ganga personal; reducirlo todo a círculos dinásticos, donde se echa el guante para el reparto de la hacienda, sin cuidarse para nada del pueblo que suda los impuestos, todo esto es reducir a la más triste de las ruinas el último baluarte que nos queda en la vida social. Sin acceso a los poderes supremos, sin honorabilidad en los concejos patrios, ¿qué nos resta ya en calidad de agrupación?

Hace algunos años, en el Concejo de un importante Cantón, tomaba asiento, cierto caballero honorable, digno y recto en sus procedimientos; la camarilla que lo rodeaba no pudo tolerarle; mediante resortes que nunca faltan al leguleismo de los políticos, el Concejo aquel arrojó de su seno al incorruptible ciudadano, y después, a la sombra de la noche, se le buscó y acosó en su propia vivienda: molestaba allí la presencia de un hombre honrado, que pudiera, alguna vez, militar denodadamente por los intereses de un pueblo, y se logró su expatriación de la comarca.

Ediles que se empeñan en compromisos municipales como el de remates y se esconden tras empresarios de obras públicas o de cualquier manera medran de las exiguas rentas de la familia cantonal, verán seguramente retroceder el grande o pequeño progreso que alguna vez se esperaba.

Cuando la propia y miserable especulación no está por en medio, el protectorado de los municipios es eficaz; sus resoluciones están inspiradas en el interés común, y el ahorro decente de gastos evita la bancarrota que amenaza ciertos tesoros, que no estaban presididos por el cálculo.

Si de estas consideraciones genéricas nos es permi-

tido descender a las apreciaciones particulares, la Municipalidad de Cuenca está en su hora *psicológica*, si hemos de abusar también nosotros del terminajo de actual circulación. La responsabilidad de los enormes dispendios que han dado margen a impuestos pesadísimos, corresponde, porque así son las cosas, no al Municipio pasado, de quien fue la inconsideración, sino al presente Ayuntamiento, de cuya laboriosidad, cálculo y desinterés pende la solución del problema económico de la luz eléctrica, y de otros puntos de la vida cantonal.

Por los demás municipios de la provincia, siempre hemos estado porque la prensa se ocupara en sus resoluciones: toda la provincia debe enterarse de los manejos concejiles de los departamentos; la sanción pública vale mucho para detener el abuso y para estimular el mérito.

Desde que la vida fiscal es tan tenue para nosotros hagamos de los centros municipales el corazón de la provincia.

LA ALIANZA OBRERA. XII: 578, 4, Enero, 1917.

VIDA NACIONAL

Son pocos los pueblos que no normalizan su situación. Si la guerra europea hubiera sobrevenido en el Viejo Continente, en horas de desequilibrio económico, haría ya tiempo que la derrota de los unos y la victoria de los otros se habría definido, borrando linderos del mapa político. Nada destruye más la vida de los pueblos que la poda lenta e incorregible de la riqueza pública.

Las leyes de hacienda con que ahora tropieza el criterio nacional, prueban que vivimos en mantillas relativamente a la Economía en todas sus acepciones. La oscilación en que se encuentran las distintas normas del estado rentístico, deplorablemente sujeto al capricho de los bandos políticos, nos desopina ante las civilizaciones y nos restringe a la vida de iniciación. Vivimos principiando.

Condición esencial para todo nacional progreso es la fijeza casi inmutable de las leyes de Hacienda. La saneada riqueza del tesoro es el punto de partida de todo engrandecimiento.

La codicia y el despilfarro de los últimos lustros corren parejas; y como es necesario que aumente el derroche, porque se lo tiene como medida de paz, se hace indispensable que acrezca el fisco que paga a los sospechosos de revolución, a los adictos a la causa, y cubre el inverosímil presupuesto de la guardia nacional. Nada importa que vacile la República, con tal que un Presidente acabe en paz su período constitucional: tal es la tesis. Entre tanto la prensa más o menos pagada, entretiene con temas humorísticos, con donaires salerosos y noticias de la guerra europea al inexperto pueblo que va acabando por convencerse de que hemos llegado con la pica a Flandes.

La nueva generación; es decir, las dos terceras partes de la República, no tiene idea de cosa mejor; supone que así es la vida nacional, y que así debe de ser.

A eso contribuyen las legislaturas, no ocupadas en más que en echar la suerte al dado de la fortuna, con nuevas leyes de hacienda y de gabelas, que no pasan nunca de meros ensayos.

Creemos firmemente que nuestro atraso arranca de la deficiencia en la administración rentística del país.

Sea lo que fuese nuestra riqueza, si ya no nos viésemos asediados por el continuo comején de una nueva disposición que amenaza, al emprender industrias y normalizar aun la vida privada, sería de lo más fácil para los ecuatorianos.

Como lo notó en las Cámaras cierto observador representante: *Los propietarios, en el Ecuador, están acosados de los impuestos de la revolución que casi nunca faltan y los de la Legislatura que se inventan cada año.*

Nos desopinamos temerariamente; y de los pueblos pobres como de los que viven en compromisos externos e internos abusan sus contendores. En las circunstancias que complican económicamente nuestra situación, podían haber impuesto a su agrado nuestros contendores sobre límites. Conocen las flaquezas del Erario ecuatoriano y su imprevisión para la defensa. Por eso no hemos aplaudido el patriótico empeño que muestran muchos al desaprobar los tratados últimos sobre fronteras. Desgraciadamente nuestra situación no es aparente para reclamos, que sólo puede llegar a hacerlos quien puede vindicar sus derechos al empuje de las armas. El *statuo quo* sería desastrozo para un pueblo como el nuestro, cuya política interna alarma por su irregularidad y falta de normas aun en lo más elemental y rutinario, como lo palpamos a diario.

Cómo sería de desearse una cruzada de la prensa que previene de antemano las determinaciones de la Legislatura, y la *encanilara,* convenciéndole de la necesidad en que vivimos de fijar ya definitivamente el movimiento de la riqueza nacional, hasta el punto de ensanchar la industria, y amparar el esfuerzo individual, alla-

nando para los ciudadanos el camino del trabajo, y haciéndole conocer por siempre, sus ulteriores derechos y deberes para la hacienda pública.

¿No es triste para la agronomía ecuatoriana, aun la más trivial, aguardar de año en año, con cierto innegable sobresalto las *nuevas leyes y decretos del Congreso?*

Con más invariabilidad en las leyes de hacienda gozaríamos de más bienestar, de paz más asegurada y de mejores estímulos para el progreso, en todas sus manifestaciones. Normalicemos, en cuanto sea posible, las leyes sobre riqueza pública y empezará para los ecuatorianos la *vida nacional*.

LA ALIANZA OBRERA. XII: 580, 18, Enero, 1917.

LA ACCION SOCIAL

Las naciones sienten hoy necesidad de Dios, de su Iglesia y de lo sobrenatural. Nadie negará que ese sentimiento íntimo se levante en nuestros días, pujante y ferviente, del fondo de todas las conciencias rectas en todos los países. De aquí también el diario afán de encontrar, fuera de los principios que ahora regulan los pueblos, y que han sido insuficientes, una norma que reemplace los principios cuyo sostenimiento ha sido la causa inmediata de la guerra europea.

Los católicos preparaban su regreso a la política militante de los viejos continentes. La acción colectiva exterior de los católicos seglares era casi desconocida en Europa y por consiguiente en América, antes de 1848; de esta proposición histórica, exceptúase la actitud de Irlanda, y alguna que otra iniciativa de índole privada, como las Conferencias de San Vicente de Paúl; hoy, todo al contrario: después de los primeros programas de Ketleler, de Demun, de varios Obispos, y sobre todo de León XIII, en el espacio de sesenta años ha progresado tanto, que al presente se halla la acción católica organizada de mil maneras en Europa, América y aun en la Oceanía.

En Repúblicas de poca vida como la nuestra, la acción católica de las juventudes no se hace sentir porque las deslumbra el brillo de la actuación política. Y no comprenden que en ninguna parte se luce con más esplendor que en el sostenimiento de la verdad y de la virtud, cuando éstas deben ser defendidas a costa del heroísmo.

Con lástima oímos decir a universitarios de talento: si no tomamos parte en las ocupaciones oficiales, y nos acercamos al presupuesto quedaremos sin ser conocidos ni figurar. Para ellos precisamente, para quienes con su talento, sus iniciativas y entusiasmo prometen mucho, ha sido hecha la acción católica social. Luis Veuillot no mendigó para figurar en una plaza en el gabi-

nete de la Francia, y fue el primer periodista y polemista de su época. Montalembert, en medio de las insidias anticristianas del Orleanismo fue el genio más elocuente en defensa de Pío IX. Ozanam, participó del filosofismo de su época, y, joven de veinte años, se encumbró a un pedestal que nadie se lo ha disputado. Y Donoso Cortés, y Aparissi Guijarro y el sublime O' Connell, precisamente fueron más célebres porque se opusieron a la corriente gubernamental de los príncipes impíos y por lo mismo déspotas. Las persecuciones que la juventud alemana sufrió valerosamente, de parte del Culturkampf, la abnegación de los católicos italianos, callando y sufriendo bajo el ominoso estigma de la infamia pública y bajo el peso del ostrasismo de la vida civil; los generosos e inexhaustos sacrificios de los franceses y de los belgas, para la propaganda popular contra el socialismo, en las escuelas y en las misiones, son todo ello virtudes dignas de los primitivos cristianos y prendas de cierta resurrección.

Nuestras juventudes, reivindiquen, con el esfuerzo de la opinión y de la limosna, el ataque que la causa buena y cristiana experimenta entre nosotros. No desesperemos.

Es digno de consideración el observar que, no obstante hallarse de continuo contrariada y aun fieramente combatida esa acción católica, son tales los valientes impulsos de su marcha progresiva, que, de conquista en conquista, propónese ya al presente, no sólo la defensa negativa de sus propios intereses, sino el objeto positivo de conquistar resueltamente y formar parte de los ramos todos de la vida social, desde los económicos hasta las mismas instituciones civiles y políticas. Lo es, finalmente, el que, si bien no puede aún gloriarse la acción social católica de una victoria o preponderancia numérica o cuantitativa en sus fuerzas militantes, pero sí, de una transformación cualitativa intensa en la exposición de la verdad, en cuanto que trabaja a la luz de la experiencia; comparando el laicismo con el cristianismo.

Es, pues, tan magnífico y admirable dicho movimiento católico, que él, a despecho de la más cruda guerra del laicismo moderno, abriga la firme esperanza de que, en día no lejano, será restituída a la gran familia humana la posesión de la ciencia revelada, fundamento no tan sólo de la filosofía y la doctrina sagrada sino de las ciencias políticas y civiles.

Pueblos aun como el Japón, observa Armando Castroviejo, han llevado de la Europa cristiana muchas semillas que pudieron fructificar en copioso árbol de civilización; para nosotros, si las nuevas generaciones dan todo el prestigio necesario, a la causa de la Iglesia, no lo dudemos, día vendrá —pensamiento es éste y augurio del gran León XIII— en que los pueblos, que hayan atendido a restaurar con tiempo las quiebras sufridas en su Religión, se admirarán y se felicitarán, al ver que juntamente han salvado su sociedad y su patria. Y en verdad ni la Iglesia ni tampoco nuestra nación olvidarán jamás, que era un apostolado de fe, de penitencia y de amor, aquel del pobrecito de Asís; pero que sus efectos fueron aquella cristiana y patriótica democracia que, al propagarse por todas las naciones realizó las más completas y magníficas transformaciones de la mundial civilización.

LA ALIANZA OBRERA. XIII: 640, 7, Marzo, 1918.

EL ORIENTE

Por la ausencia ocasional del Ilmo. Sr. Costamagna, que desde lejos ve mucho, muchísimo por su Vicario, el R. P. Domingo Comín se encuentra entre nosotros, con el cargo de Pro-Vicario de las misiones salesianas del Oriente, y ya hemos tenido ocasión de admirar sus apostólicas empresas en el difícil campo que le ha tocado.

Cual hombre de acción sea el P. Domingo Comín lo pueden ya decir las Misiones que existen en su Vicariato; misiones que él ha visitado, venciendo con heroico sacrificio gravísimas dificultades, al través de caminos imposibles, difundiendo, víctima de su ardiente celo, innumerables bienes, sin darse un momento de descanso, desde las alturas del Matanga hasta las dilatadas jibarías del Bomboiza, desde la Cordillera Oriental hasta las lejanas tribus de Indanza.

Hoy regresa de las alturas del Cerro Negro. Visitó el camino de Méndez con especialísimo interés. Se conmovió su corazón hasta derramar lágrimas ante el espectáculo triste de la miseria, que encontró en algunas casas del Pan, y sin demora organizó la marcha a Méndez, de otras dos familias entre las más pobres, proveyéndolas de todo lo necesario y comprometiéndose a sostenerlas hasta que hayan formado su nido, en unión de las siete que ya existen en las orillas del Namangoza.

Nosotros saludamos al infatigable apóstol de los jíbaros con las palabras de Isaías: *aedificabuntur in te deserta saeculorum:* serán por ti restaurados los lugares desde tanto tiempo desiertos.

LA ALIANZA OBRERA. XIII: 641, 14, Marzo. 1917.

POLITICA CONSERVADORA

En la sesión del 20 del pasado mes, celebrada por el Directorio Conservador del Azuay, el Presidente Dr. Rafael M. Arízaga, después de una exposición de motivos de la suspensión de las labores del partido, hizo formal llamamiento a la reorganización de los elementos que forman el desideratum de la libertad en la justicia y en el orden.

Después de que espíritus pesimistas y descontentadizos, dentro del mismo partido, consideraban a este en estado de descomposición, secundando, puede decirse, la tenaz e intencionada campaña de los escritores liberales, en orden a sostener el aniquilamiento definitivo del conservadorismo ecuatoriano, vienen alentadoras y estimulantes, las elocuentes y autorizadas palabras del jefe, con que pone de manifiesto la vitalidad intensa que palpita en las entrañas de la comunidad política, tras largos años de postergación y alejamiento del Gobierno de la República.

La prensa que se ha interesado por la reorganización del Partido y ha asentado ya sus bases generales en cuanto al modus operandi, debe preocuparse ante todo, con limpiar la maleza del campo conservador, para dejarle expedito a la unión y a la concordia, excitando al olvido y deposición de los odios y disensiones, que surgieron en estos últimos tiempos, en el seno propio de la familia conservadora, a causa principalmente, de divergencias de criterio en la intervención del partido en asuntos nacionales encomendados por el adversario. La pasión se apoderó obstinadamente de algunos hombres visibles del conservadorismo, y se disparó con saña contra miembros de la misma colectividad, que con levantado espíritu ajustaban su conducta a grandes fines. Se llega a desconocer principios fundamentales del programa y a aceptar alianzas y a compartir responsabilidades con fracciones del enemigo común, dividiendo, maquiavélicamente para reinar...

No hacemos recriminaciones, queremos sólo que la reflexión serena venga a remediar los errores y desaciertos pasados, para emprender la obra de reconstrucción propuesta, y a la que prestará decididamente su energía y entusiasmo la vigorosa e inteligente juventud católica del Azuay, bajo la dirección de sus aguerridos e ilustres jefes, acreedores a la gratitud, al reconocimiento y al respeto de quienes estiman una larga carrera de sacrificios y merecimientos, consagrada a la Patria y a la causa del bien.

En países en donde el campo de acción de los partidos políticos es más amplio y las libertades más efectivas que en el Ecuador, la Dirección general del Partido es unipersonal, esto es, está a cargo de un jefe con quien colaboran directorios seccionales o departamentales. Así se proyectó en nuestra República, en el movimiento de reorganización de 1895, y se designó para caudillo a un benemérito conservador quiteño.

Siguiendo tal sistema, de reconocidas y múltiples ventajas, sería ya tiempo de fijar la atención en un jefe que pudiera ser elegido por una Asamblea general del partido, o en la forma de más fácil ejecución, previa renuncia de intereses personales y prejuicios y suspicacias de círculo o de regionalismo, y con ánimo de estricta sujeción disciplinaria.

Muy claras son las ejecutorias y muy conocida la actuación en la República de las cabezas del Partido Conservador, para que haya de suscitarse desacuerdos en la elección de una de ellas, para la conducción y organización de la gran mayoría nacional, que lleva en su bandera el glorioso lema de Dios, Patria y Libertad.

Se ha discutido por la prensa acerca de la nueva denominación que se dice convendría dar al partido que de organizar se trata, y se han indicado denominaciones que se supone podrían atraer mayor número de adherentes, que fundan su apartamiento de la política de acción y su falta de filiación definida, en un falso concepto del sig-

nificado y sentido vulgar de los nombres de los partidos políticos. Estaríamos por el rechazo de tan pueril y engañosa preocupación, y por la conservación de los nombres históricos y tradicionales. Bien sabido es que las diferencias sustanciales de los bandos contendientes no están en las denominaciones; y que en el Ecuador como en todas partes, las ideas y doctrinas cuyo predominio se disputa en el gobierno de las naciones, se concentran y cristalizan en lo que se llama *conservadorismo* o *liberalismo* o *radicalismo*.

Toca, eso sí, a los elementos pensantes del partido conservador, introducir en su programa las reformas que exigen las necesidades de la época actual y el curso de los acontecimientos: *Nova et Vetera*.

LA ALIANZA OBRERA. XII: 644. 4, Abril, 1918.

DE POLITICA

La proposición sobre el cambio de nombre del Partido Conservador considerada como accidental por los que la presentaron, ha motivado largas disenciones en la prensa, interpretaciones y comentarios desfavorables para la deformación que se intenta. Los inconvenientes de esa proposición fueron previstos por quienes opinaron no por la reforma sobre denominaciones sino sobre los puntos que miran a las necesidades actuales y a la evolución de los tiempos, conservando la integridad de la doctrina y los sanos principios.

Estas discusiones que entorpecen las labores políticas y provocan nuevas disenciones necesitan suspenderse por medio de una pronta declaración formal de los jefes, en orden a no introducir innovaciones en el nombre del Partido Conservador histórico.

La juventud de arraigadas convicciones y de notorios antecedentes no pide para alistarse en las filas conservadoras el repudio de las tradiciones ni pretende tomar las riendas de la política, porque sabe según lo expresó nuestro sabio franciscano, que "la dirección de los negocios públicos ha menester mucho tino y que éste es el efecto de la edad media del hombre y de la docta experiencia".

La agrupación conservadora, en uso de las garantías constitucionales, va a terciar en las elecciones de diputados para el bienio de 1918 a 1920.

El Partido que cuenta con elementos de gran valía, y que en mejores tiempos ha llevado hombres eminentes al Parlamento, sabrá dirigir la opinión de las clases populares para la acertada elección de miembros capaces de sostener el derecho, las libertades legítimas o las justas reivindicaciones y que poseen la debida preparación y conocimiento pleno de las funciones de las Cámaras Legislativas, para que con la expedición de leyes patrióticas sirvan al bien común y a los intereses generales.

Si bien es cierto que, en Repúblicas democráticas como la nuestra, la soberanía es colectiva y reside en la nación entera, no se ha de entender el sufragio ni las democracias en el sentido de que cada gremio, orden o sección elija entre los suyos para la formación de los poderes públicos, sino en el concepto de que dentro del orden social establecido puede el pueblo estar representado en quienes le ofrezcan garantías y sean por sus condiciones, aptos para la ingerencia en los asuntos públicos. Sería dar lugar a trastornos y faltar a las disciplinas del orden, pretender que los intereses de cada círculo o grupo, sean representados por individuos pertenecientes a ellos.

El pueblo conoce bien a sus hombres y sabe quiénes le prestan seguridades, y mal se le puede dirigir implantando prácticas inusitadas en las democracias cultas, que giran siempre alrededor de expertos y grandes conductores de la política.

A este respecto, enseña el Vizconde de Bonald, que *nunca es absoluta la democracia,* pues que ella misma respeta y proclama la aristocracia del prestigio, la de los capitales, y más que todo la del talento y la doctrina. *"Hay aristocracias que no mueren"*, y sin las cuales no pueden funcionar los estados, nos permitimos reflexionar nosotros.

LA ALIANZA OBRERA. XIII: 649, 9, Mayo, 1918.

SEAMOS EXPLICITOS

Cuando en nuestras pasadas ediciones, hablamos, satisfechos, de la actitud conservadora, que en el Azuay, como en otras partes de la República, daba pruebas de vida y reorganización, recordamos a nuestros colegas de la prensa la conveniencia de olvidar pasados rencores y de borrar divisiones, cuyas causas anotamos, al correr de la pluma, aludiendo a antiguas diferencias dentro de la colectividad.

Y, ¡extraña conducta la de un diario caracterizado católico, "El Ecuatoriano" en su edición del 27 de Abril pasado, aviesamente inquiere sobre nuestra reticencia y por desgracia, contra todo espíritu de conciliación, vuelve a la carga, a ejercitar su animosidad y apasionado dictamen acerca de quienes se hallan por encima de infelices rencillas de gacetilla!

Y pues el pertinaz colega nos estrecha, manifestámosle que al aludir a divergencias de criterio respecto a la intervención del conservadorismo en asuntos nacionales, encomendados por el adversario, nos referimos a misiones confiadas a jefes de nuestro Partido, y que algunos conservadores, entre los cuales se cuenta "El Ecuatoriano" empecináronse en que fuesen rechazadas, no por el *Diplomático* sino por el *Conservador,* y mal puede ahora el mencionado diario establecer diferencias que entonces no estableció.

Al hablar de tales animadversiones no hicimos referencia a disconformidad de opinión sobre teorías discutibles, sino a la destemplada ofensiva de personalidades, en torno de magnos problemas de la Patria, en cuya solución intervinieron las principales inteligencias de la República, calificadas, a vista y paciencia de "El Ecuatoriano", como inteligencias *locas o malvadas*.

Muy delicada misión desempeña el escritor católico; sus mismas pasiones políticas han de estar encauzadas, de modo que su desborde no dé al traste con la

reverencia y el honor de la santa causa que defiende. Somos los primeros en deplorar los males que el General Plaza ocasionó a la Iglesia de Dios, pero hemos de desaprobar también la resonancia simpática que obtuvo en conservadores disidentes, la perversa revolución de la fracción radical, que ensangrentó al Ecuador, en 1914, 15 y 16, cuando uno de sus bárbaros episodios ocurridos en Esmeraldas, el de la Cruz Roja, halló una voz de justificación en diarios que llevan por lema: Verdad y Justicia. Dígasenos, pues, si para la unión conservadora no necesitamos, conocer nuestros errores y repararlos en gracia de la concordia de principios y de acción.

Así pensamos y deseamos, desde el humilde puesto en que servimos de últimos soldados de la causa. Mas, ¡oh desilusión! Cuando esperábamos que "El Ecuatoriano" que ha reaparecido en un ambiente nuevo, no hubiera trasladado a la Capital, con sus talleres tipográficos, sus antiguas infundadas aversiones, y que iniciara una política de unión y solidaridad conservadora, que sirviera mejor de lo que sirve, a los intereses de la Patria y la causa católica, hemos sido tristemente sorprendidos con la reanudación de hostilidades contra el conspicuo copartidario nuestro Dr. Muñoz Vernaza, con motivo del pueril incidente de la excusa de este Diplomático para no aceptar un nombramiento honorario en el Directorio Conservador del Azuay.

Con la entereza que caracteriza al notable estadista azuayo, ha desvanecido las torcidas y malévolas interpretaciones de su actitud, manifestando por la prensa, que cuando fue llamado por el gobierno del General Plaza para representar al Ecuador y defender los derechos territoriales en Colombia, y cuando el gobierno del Dr. Baquerizo Moreno quiso que continuara al frente de la legación, supieron ambos gobernantes radicales que el Dr. Muñoz Vernaza pertenecía al bando contrario, y no como simple afiliado, sino como valeroso jefe, que se sacrifica por la Patria y los principios y que no confunde a éstos con los hombres y aquélla con los partidos políticos.

Nada tiene de extraño que en un momento dado, miembros de un bando se recaten de aceptar ciertas designaciones. No ha mucho, caballeros conservadores de la Capital no admitieron cargos en el Directorio Central, y entre nosotros, en el Directorio Regional, un esclarecido Presidente se separó, por renuncia, de su elevado puesto, sin que nadie le haya acusado al respecto tomándole por tránsfuga. Mucha falta de reflexión sería proponerse extrañar de nuestras filas, por aberraciones indignas de una política seria, a un personaje que en otros países y en otro orden de cosas, ocuparía el eminente puesto que corresponde a sus méritos.

No nos cansamos en pedir la concordia de ánimos, sin nimiedades y obsesiones de criterio, cuantos trabajamos por la Patria, dentro de las hermosas y divinas prescripciones del Catolicismo, cuya base es la caridad; apoyados en ella los escritores públicos, probaremos a nuestros enemigos, ante la nación entera, la superioridad de nuestro patriotismo.

LA ALIANZA OBRERA: XIII: 650, 16, Mayo, 1918.

CORRESPONDENCIA LOCAL

Sr. Director de la "Alianza Obrera".— Presente.
Sr. Director:

De los puntos más especiales de la prensa actual, el principal sin disputa, es el que roza con nuestra situación económica.

En la penuria de víveres, y la dificultad de conseguirlos aun lejos del país, no deberíamos pensar en renovaciones legislativas sobre el modo de ser de nuestros contratos agrarios. Es un desacierto inexplicable abocar a las Cámaras Legislativas los contratos de jornaleros, a la hora de la suprema crisis. Por buenas que sean las resoluciones, en puntos de vida y muerte, en el bienestar de una raza, hay que expiar para una nueva orientación los momentos normales, que nunca pueden serlo los de transición ni los de excepción, como los presentes. Pero no es lo más digno de atención el tema puntualizado; mientras nos devanamos los sesos por aliviar la situación de los comarcanos del Azuay, en el reducto de su mayor pobreza, cual es la que circunscribe al indio, nunca hemos visto más urgencia de parte de la *Hacienda* y de la *Municipalidad* por el cobro de gabelas y pensiones individuales; apena contemplar a esas numerosas familias indígenas, apremiadas más que en tiempos de los conquistadores para el *rendimiento del tributo*. ¡Y se habla de misericordia para con el labriego! ¿Y se pide el medio de alimentarlo, bajo un cielo de bronce y sobre una tierra estéril? Recuéntanse los caídos y tantas cuentas antiguas en el cobro de subsidiarios, fondos rústicos, y qué sabemos nosotros, y para hacer efectivo el tributo, no van en busca de los deudores los agentes de las distintas oficinas, sino que, con gran detrimento de ellos se les compele a aparecer, en la ciudad, donde no tienen dónde acogerse ni con qué alimentarse.

La corrección de estas irregularidades se hace imperiosa, como un litigio en el que debe conocer el inape-

lable Tribunal de la prensa honrada y justiciera. A ella vamos cuando tenemos a honra elevar nuestra queja al público, desde las columnas de su apreciable y moralizador semanario.

Del Sr. Director atento S.S.,

Corresponsal de ocasión.

LA ALIANZA OBRERA. XIII: 661, 1, Agosto, 1918.

SEPTIMO CENTENARIO

De la aparición de Nuestra Señora de las Mercedes

La intervención de la Emperatriz de los Cielos, en la historia vivida de la Iglesia, durante veinte siglos, constituye *lo maravilloso* en la sagrada Epopeya del Catolicismo.

Lo sobrenatural en el desarrollo temporal de los acontecimientos humanos, prueba hasta la evidencia cómo la Religión es el inquebrantable vínculo de oro que ata la tierra al cielo. Mientras más noble papel ha desempeñado un pueblo en el escenario del movimiento religioso, más favorecido aparece también en el orden a la protección de la Providencia.

La impiedad se sobrecoge de indignación al aspecto del milagro; mientras agota los recursos de sus negaciones, la verdad del prodigio desuella día a día más espléndida y evidente. Sírvanos de ejemplo esa serie de milagros, tangibles por decirlo así, ejercidos por Dios, en favor de la Francia, con la misión de Juana de Arco. —Cinco siglos de controversia, de negar y blasfemar volteriano—, como golpes de misterioso martillo que descantillaron cuanto de material y terreno pudo esconder y velar la portentosa autenticidad de la prodigiosa Doncella, salvadora de su Patria. Vencidos y vencedores, incrédulos y católicos derraman ahora flores de esperanza a los pies de la guerrera que no es solamente una heroína en los fastos de la Francia, sino más que todo una santa en los altares de la Iglesia. Este recuento histórico nos facilita, aun ante los miopes de la incredulidad, la prueba de nuestro acerto: el milagro atrae la tierra hacia el cielo y confirma la divinidad de nuestra sacrosanta Religión.

En la Historia Media de la España, en el período trágico y caballeresco de la invasión de los moros; cuando se plegaba como una tienda el solio de los Césares y se derrumbaba como un astro sin nuevo oriente el Im-

perio de Roma, en aquella época de terribles y trágicas leyendas, cuando los godos y los suevos se apoderaron de España, y principiaron esos eternos siglos de lucha infatigable de la Península, cuando a la dominación vandálica seguía la musulmana, el verdadero español, que presenta por entonces un modo de ser único, en la historia de la humanidad, no perdió su fe ni su valor: era no sólo la espectación del orbe, sino la del Cielo.

Y España atrajo la misericordia de María: santos extraordinarios y un noble príncipe reciben su visita, siete siglos hace. La Madre predilecta de aquella nación que guarda en su seno, como una reliquia, a Zaragoza, *desciende* dice la Iglesia, hacia los suyos a libertar y consolar a los cristianos cautivos de los moros; y funda la gran Señora su Orden Militar, gloriosa a través de los tiempos. ¿Quién negará el hecho del prodigio si, para recibir a la ínclita Milicia abren paso los mares, y se descubren nuevos mundos? La elocuencia de los hechos, su lógica es incontrastable, ni la ciencia de la razón, ni el poder de la política, nada, las puertas mismas del infierno no prevalecen contra la imposición soberana de la Providencia Divina, en sus amorosas manifestaciones. Por eso vale tanto en las efemérides del tiempo la celebración de recuerdos como el que ahora nos ocupa. Qué de dinastías desde los alanos hasta los aragoneses y castellanos; qué de reyes y Condes como los Rodrigos y Julianes; qué de huestes como los que manejaban los Muzas y los príncipes de la Barbería; cuántos conquistadores que atravesaron los Pirineos o el Gibraltar han pasado dejando en la historia nada más que un capítulo de lágrimas y de sombras; mientras que una visión que dura un instante, ¡María ante los ojos de Pedro Nolasco!, permanece como una estrella fija que alumbra en tantas centurias, los Reinos y los Continentes.

¡La visión de Pedro Nolasco, más viva y duradera que toda la grandeza de los reyes y la política de los estadistas!

He aquí, en nuestro modo de pensar, cuál debe ser

el punto de vista más digno de atención en estas grandiosas fiestas, espectro luminoso en la tenebrosa noche de la historia humana.

¡Gloria, pues, a la Virgen, Emperatriz del Cielo y Soberana del Orbe; a la Virgen cuyo cetro de amor, salpicado con nuestras lágrimas, rige los destinos de la doliente humanidad!

LA ALIANZA OBRERA. XIII: 662, 8, Agosto, 1918.

LAS PUERTAS DEL ORIENTE

Tomamos los siguientes conceptos del P. Moroni, misionero jesuita del Oriente, de una relación escrita en Quito, en 1738.

Cuatro son las puertas para entrar a la región de los jíbaros, de las cuales la primera es la villa Zamora, cuyos vecinos se han acercado hasta poder oír los gallos y perros, y a no temer tanto a esos bárbaros que llegaron al punto de Logroño.

La segunda puerta es la ciudad de Cuenca, de donde han hecho varias entradas algunos individuos particulares, por el río Paute, pero con éxito tan fatal, que han tenido a gran fortuna regresar siquiera con vida.

Es de advertir que esta entrada es la que ofrece camino más corto, por estar Logroño al Oriente de Cuenca, casi en línea recta.

Los de Macas, que es la tercera puerta, han hecho también algunas correrías a jíbaros, parte, saliendo muy maltrechos, parte sacando algunos jíbaros. Junto a Macas pasa un río del mismo nombre, que engrosado por varios arroyuelos que descienden de la Cordillera, forma el río Morona, que desemboca en el Marañón, poco más abajo de la ciudad de Borja; y esta parece ser otra puerta por donde algunos han pretendido entrar, aunque sin efecto. La cuarta y última puerta por la cual se han hecho las principales entradas con armadillas de españoles e indios guerreros de nuestras misiones es el río de Santiago, el cual se forma de los ríos Paute y Zamora, y entra en el Marañón, medio día antes de la ciudad de San Francisco de Borja. Por esta puerta el primero que entró a jíbaros después de su alzamiento fue el Capitán Francisco Cisneros, con mucha gente de la ciudad de Santiago; pero volvió sin conseguir cosa de provecho, y aunque asegurando otra entrada, tuvo ésta el mismo resultado que la primera.

LA ALIANZA OBRERA. XIII: 666, 5, Septiembre, 1918.

GLORIAS RELIGIOSAS DE QUITO

Después de la conquista, verificada bajo el cetro de los reyes de España, la América, como dice el P. José Coll, restituyó a la Europa las naciones de las que le privó el cisma de Lutero, y cada una de las Capitales del Nuevo Continente hispano, desde México hasta Magallanes, constituyose en un baluarte inconmovible de la fe católica, que, en los designios de Dios, han constituído, más o menos, los medios eficaces y, si pudiéramos decirlo así, históricos, para el establecimiento de la Religión en América, y su consiguiente difusión. Cuán reputada y renombrada no es Lima, la ciudad de los Virreyes, en las gloriosas dípticas de la Iglesia, en su forma activa, para la expansión de la doctrina y la disciplina eclesiástica: la corte de sus Santos podía envidiarla cualquiera de esas cunas afamadas de virtud, como Sevilla, como Asís, como León. Quien haya siquiera saludado los anales de la capital grandiosa de México, no puede menos de convencerse, que una providencia especial la ha asistido, salvaguardándola del inminente Luteranismo, y haciendo de ella modelo precioso de ortodoxia.

Santa Fe de Bogotá, tan apostólica como magnánima con la Santa Iglesia, no menos que la legendaria Charcas, vivieron, hasta la Independencia, en comunión de noble y alta simpatía de piedad y fe con nuestra Capital, por tantos títulos ilustre y católica, a boca llena. Las glorias religiosas de Quito son innumerables; ni la historia civil, que toca en ellas incidentalmente, nos da a conocer tales, cuantas y como son; las leyendas aisladas, a manera de monografías, que con algún motivo, salen a luz pública, llenan el vacío de una completa *Historia de la Religión*, cual la merece, en muchos volúmenes, la católica e hidalga ciudad de Quito, tan favorecida del cielo, en toda clase de aspectos espirituales, y con prodigios famosos que atestiguan la predilección divina. Desde luego su elenco de Obispos es de lo más notable, pocos constan en él, en quienes no luzcan con maravilloso esplendor, la ciencia, la virtud, el don de gobierno y el celo del apostolado; qué nombres los de La Peña, Solís, Montenegro, Polo del Aguila. Ni es menos digna de aten-

ción la saludable influencia de un medio centenar de religiosos, de uno y otro sexo, cuya existencia más que virtuosa reprodujo, a este otro lado de los mares, el recuerdo de los santos fundadores y fundadoras que eran la gloria de la Europa y el lujo de la Iglesia; a la sombra de esos enclaustrados, florecían bellos espíritus, cultivados en las letras, y también almas de exquisita perfección, como la virgen Mariana de Jesús. Las obras materiales, obedecían al gusto cristiano en la escultura, la pintura y más que todo, en la portentosa arquitectura de los templos. Pues bien, como si el cielo, se pusiera de acuerdo con la buena voluntad de los hombres, y correspondiera al celo de tantas almas justas, regaló a su pueblo, no ya con favores comunes, sino con manifestaciones extraordinarias. En Quito las amables y religiosas manifestaciones de la Santísima Virgen María han merecido libro aparte en la historia de la piedad. !Qué apariciones las de Ntra. Sra. de la Paz, la del Amparo, la de la Nube, la de la Dolorosa del Colegio! ¡Y qué imágenes tan prodigiosas las del Divino Salvador, y las de la Inmaculada Señora, que como el santo Cristo de los Agustinos, y la Virgen del Quinche, constituyen la muy dulce gloria de la fe de Quito! No cesan para con esta cristianísima y privilegiada Capital los extraordinarios beneficios; acabámoslo de ver con la augusta *Coronación* de la tradicional y venerada Imagen de *Nuestra Señora de las Mercedes*, pues entre todas las célebres imágenes de la América, se ha llevado la palma de tan trascendental y excelsa distinción, que muy rara vez conceden los Vicarios de Jesucristo. Por las breves líneas que nos inspira el tema, que apenas hemos abordado, tan hermoso y fecundo, queremos manifestar, sin dilucidarlo demasiado, nuestra convicción de los grandes fines y altísimos destinos a que está llamada esa celebérrima Ciudad por donde han pasado, o donde han procedido los más afamados personajes y los acontecimientos más trascendentales de la historia de América. No ha obrado Dios con los demás pueblos, con tanta predilección cual con la que se ha manifestado por la legendaria y cristiana Quito.

LA ALIANZA OBRERA. XIV: 681, 19, Diciembre, 1918.

JESUCRISTO ANTE LA HISTORIA

Impresionados por la actitud que ha acogido la prensa guayaquileña, resuelta a *descatolizar* la Patria, acude, a toda pluma leal, por la verdad y respetuosa por la Religión, el deseo de la vindicta; no porque se suponga que los escritores de la prensa diaria de Guayaquil desconozcan la evidencia de la verdadera Religión, sino por reforzar con datos filosóficos e históricos, uno u otro aspecto de la verdad católica. Con dolor profundo e inenarrable comprendemos que la Divina Persona de Jesucristo es por hoy blanco de la pública impiedad del periodismo satánico; y que olvidados aun del aspecto humano del Hijo de Dios Encarnado se le irrogan injurias que rechaza la misma ciencia racional.

Tendamos por un momento sobre la Divina Persona del Señor ese velo que oculte al Autor de la gracia, de los Sacramentos y de la Iglesia, y apreciémosle solamente a la luz de los acaecidos humanos, y díganos si hay algo que valga en el mundo más que Jesucristo.

Jamás religión alguna, en expresión de Harnack, se presentó con un plan tan social y poderoso como la Religión del Evangelio.

La ciencia y la filosofía declaran a Jesús como el más grande Doctor universal que ha escuchado la Tierra. Nadie enseñó ni antes ni después de El, con tanta majestad, autoridad y sabiduría.

Buda, Platón y Aristóteles se dirigen a su tiempo y a su raza; el Hombre-Dios habla al Orbe, a la humanidad de todos los tiempos, sus doctrinas son, por tanto, universales como el conjunto de los grandiosos dogmas que predica.

He aquí las palabras del Dios-Hombre: "Amaos los unos a los otros", así dio muerte al egoísmo.

"Lo que no quieras para ti, no lo quieras para nadie". Así se anticipó a herir las doctrinas del siglo XX,

principalmente el socialismo.

"Amad a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a vosotros mismos". Así cimentó la política del Evangelio.

"Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", fue la respuesta al que le preguntó si debía pagar el impuesto. Esta frase cayó como un trueno, ante la humana conciencia, esclavizada por tantas tiranías en el mundo de la fuerza.

¡Luego, qué serenidad en su expresión y cómo contrasta con la de los antiguos profetas, lanzándose irritados a la pelea por defender a los débiles! El veía, sin duda alguna, que las clases elevadas, los sacerdotes y los fariseos, hasta tal extremo celaban por el culto y la justicia ritual, que el celo ahogaba en ellos todo sentimiento de misericordia hacia los desgraciados.

El armonizó el respeto de los jerarcas y la compasión al infeliz.

Cuando la democracia judía quizo nombrarle Rey, El rehusó huyendo del pueblo que le glorificaba.

Por eso se contenta con mostrar su predilección por los afligidos de este mundo. Consuela a las viudas, cura a los enfermos, alimenta a los famélicos, condena a los ricos malos, por medio de terribles parábolas, y en el Buen Samaritano, presenta al tipo del hombre de misericordia.

La originalidad de esta doctrina social resalta aún más, por su sello característico de adaptación a las sociedades de todos los tiempos.

No están lejos los que buscan en el Evangelio la fuente de economía política, o el programa eterno, por decirlo así, de todos los códigos. El sermón de las ocho bienaventuranzas, ha dicho un esclarecido sociólogo "tendrá perpetuamente el mismo valor social".

Lo que preocupó fundamentalmente a Jesús en su ministerio, dice Peabody, fue la revelación del alma humana y de sus relaciones con Dios.

El programa de su doctrina está contenido en estas palabras: "Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura".

El ser sensible, inteligente, al ganar el mundo, puede perder su alma. Porque escrito está: "El que se haga pequeño como un niño, será el más grande en el reino de los cielos".

Si ahora predicase, personalmente, Jesucristo, no expondría otra doctrina sino la que expuso ahora veinte siglos.

El error y las pasiones que quieren ser libres, no han podido nunca refutar a Jesucristo, sólo han podido negarle.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 730, 20, Noviembre, 1919.

LA SOCIEDAD DE LAS SEÑORAS DE LA CARIDAD Y SU ULTIMA PRESIDENTA

Esta benéfica institución debe su existencia al genio de S. Vicente de Paúl, y desde que fue fundada en Francia, hasta nuestros días, ha llenado el mundo con las obras más insignes de abnegación y sacrificio en favor del pobre. La Sra. Herlinda Toral y la señorita Dolores Arízaga fueron las iniciadoras, la segunda continúa en esta noble labor de esta bellísima Asociación en Cuenca, que fue patrocinada por el Ilmo. Obispo de la Diócesis, Mons. Pólit, y ha realizado ya no pocos beneficios en pro de las clases más desheredadas de nuestro pueblo. A "las Señoras de la Caridad" se debe el reparto de ropa en el Asilo de elefanciacos durante varios años; la creación del Asilo de San José para mujeres indigentes, la visita a domicilio de muchas familias menesterosas, proveyéndolas de los auxilios oportunos, especialmente en caso de enfermedad; la asistencia al Hospital de varias de las principales matronas de la población; la fundación, en la Casa del Buen Pastor, de la Sección de Preservadas; y además en varias ocasiones, las "Señoras de la Caridad" han sostenido a enfermos incurables, ya en sus casas particulares, ya en el mismo Hospital. Estas y otras obras semejantes sostenidas con recursos muy exiguos, durante diez años continuos, merecen indudablemente no sólo el aplauso sino la cooperación eficaz de las personas acomodadas de Cuenca.

El alma de estas obras, la inspiradora y sostenedora de ellas, como fundadora y presidenta, reelegida muchas veces en la sociedad antedicha, ha sido la señora cuya muerte lamentamos hoy. Jamás se sabrá sino sólo en la eternidad, el sinnúmero de sacrificios, y actos heroicos de abnegación, de constancia y valor cristiano, que la señora Toral tuvo que realizar para llevar a efecto las empresas antedichas. Por lo mismo, la mejor corona que Cuenca puede ofrendar sobre el sepulcro de esta noble dama es continuar la Asociación por ella fundada y sostenida. Esperamos que las señoras y señoritas distinguidas que actualmente forman esa institución, se

esmerarán por continuarla, movidas de los ejemplos que les ha dejado, como en herencia, su virtuosa y activa presidenta; y otras muchas, igualmente dignas, que no han pertenecido aún a la asociación, ingresarán en ella para dar mayor realce y lustre a la mujer cuencana, y sobre todo, para practicar a la faz del público la admirable y santa caridad cristiana, que Jesucristo, nuestro soberano Rey y Modelo, nos ha predicado con el ejemplo y la palabra.

Sociedades como la de "Señoras de la Caridad" atraen las bendiciones del cielo sobre los pueblos venturosos donde tales obras germinan; pues son como el Evangelio puesto en acción, a la vista del mundo entero.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 731, 27, Noviembre, 1919.

AÑO XX

Y en el siglo veinte, para el Ecuador augura las esperanzas que todavía como en germen guarda, al calor de la Independencia, nuestra sociedad, despierta plenamente ya, hace una centuria, a los goces del Derecho, en oposición al tutelaje de la colonia.

No participamos nosotros de la idea hiperbólica, sostenida al impulso del patriotismo, que confunde los Virreinatos de este lado del mundo, durante 300 años, con el dominio de la más negra tiranía. Casos aislados de tragedia, abusos macabros que sí los hubo, son constantes aún en naciones libérrimas. A pesar del inmenso océano que nos impedía gozar de la inmediata protección de España, no sentimos, como en Europa, al esplendor mismo de sus siglos de oro, en la vecindad de pueblos grandes y autónomos, como Florencia y Venecia, esas hondas tiranías que dejaba prevalecer allá la debilidad del Imperio. Aquí no vimos gobernantes, como es Ferranto de Nápoles, que se complacía en encerrar a sus enemigos en jaulas tan férreas que a poco quedaban reducidos a momias; cual Juan María Viscanti, de Milán que cazaba a hombres, valiéndose de perros indómitos; ni semejante a Agnello de Piza, que se dejaba servir de rodillas. Para esos monstruos, que no se reprodujeron a este lado del Atlántico, no hubo más inspiración que la pagana; para aquellos déspotas de la Edad Media, nada pudo con sus ciencias públicas y su brújula de orientación cristiana: no así en esta América colonial, donde hubo libertad para hacerse santos y hacerse sabios. Ni mucho menos hemos de desconocer el incalculable beneficio que causó en las tribus y ciudades que se fundaban, el apostolado de la Iglesia, representada las más veces, en el inmenso Obispado de Quito por prelados, religiosos y clero virtuosísimos, doctos, celosos y emprendedores.

Ni nuestra índole podría resignarse a una situación muy esclavizadora.

Ciertamente: por lo visto hace cien años; y como lo estamos viendo ahora; no hemos nacido ni para muy esclavos ni para muy libres. Faltábannos la expansión de la escuela; el gran bienestar que reporta la inversión de la riqueza, allí mismo donde se produce; faltaban sobre todo el bien de la autonomía, de la vigilancia comunal, distribuída, como el alma en el cuerpo, donde hay grupos de corazones y cerebros: necesitábamos del gobierno libre de la cristiana civilización. El año XX del siglo XIX nos abrió el campo al glorioso logro de las aspiraciones humanas, cimentadas no en esos exagerados derechos del hombre, sino en las aspiraciones a la perfección, tan legítimas en el individuo como en la sociedad.

Sea lo que fuere en este cómputo de apreciaciones, más que históricas, políticas, el año XX recordaranos nuestro acceso a la libertad, que ni aun puede dejar de ser conocida y amada, porque el esfuerzo nuestro no correspondió siempre a la realidad. Vamos a saltos, retrocedemos las más veces, perdemos lo andado; nos declaramos el odio de partidarios; oprimimos a la Iglesia; cerramos escuelas; derrochamos rentas, aniquilamos la riqueza, imprimimos el sufragio, pero no por eso abdicamos por completo, ni siquiera a medias, la herencia del año XX, la conquista de nuestra libertad, para reunirnos en pueblo, que, a pesar de sus miserias políticas, ha dado ya página de honor a la historia de América, que ahora mismo presenta con orgullo, a las márgenes del glorioso golfo de su nombre, la opulenta ciudad del Nueve de Octubre, que frente al mar del sur, osténtase, cual uno de los nobles factores de la riqueza universal.

Como que la Providencia bendecía la liberación del antiguo Reino de Quito, un año después del siglo XX, nacía bajo el cielo de Guayaquil espléndida, García Moreno, el Genio de la República cristiana y del progreso fincado en la honradez; el que indemnizó a la Patria de sus claudicaciones y torturas de treinta años de difíciles gerencias republicanas; que encarriló, hasta ahora, el gobierno de la beneficencia, el de la instrucción pública y el del respeto a las instituciones católicas, bajo cuyo

pabellón, desde entonces hasta nuestros días, han florecido artes, ciencias y eminentes virtudes morales y cívicas. Bajo la férula del coloniaje el Ecuador no inscribiera aún su nombre en la lista de los pueblos útiles, que producen para la humanidad hombres que trabajan, piensan y se sacrifican.

Saludamos, pues, con noble orgullo de ecuatorianos, la aurora del año excelso, como que nos recuerda el capítulo de gloria que significa en los anales del tiempo el año XX de ahora un siglo.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 742, 20, Enero, 1920.

LA IGLESIA CATOLICA EN HUNGRIA DESPUES DE LA CAIDA DEL BOLCHEVIQUISMO

La tempestad bolcheviquista que pasó en Hungría, en medio de los males enormes que ha causado, ha producido también esto de bueno: que muchos pudieron palpar cuáles son los extremos a los que puede llegarse cuando son olvidados los principios del orden y de la religión. El exceso del mal ha producido también en el antiguo reino de S. Esteban, la saludable reacción del bien. En Hungría como en otros Estados nacidos de la ruina de la vieja monarquía austro-húngara, habíanse manifestado, juntamente al desorden civil, no despreciables manifestaciones de indisciplina en los mismos ambientes eclesiásticos. El nuevo orden de cosas había servido de fácil pretexto a los elementos turbulentos del clero para manifestar teorías subversivas de la disciplina fundamental de la Iglesia, y esta agitación religiosa ha repercutido en el sentimiento piadoso y en las costumbres del pueblo.

El mismo Sumo Pontífice creyó de su deber intervenir para llamar a los sanos principios a los que se habían alejado de ellos, y lo hizo con una carta al Cardenal Primado Eminentísimo Genoch, Arzobispo de Strigonia. En ella Benedicto XV, sin tergiversaciones, deplora que algunos sacerdotes se hubiesen metido demasiado en política, confirmaba la firme voluntad de la Iglesia en no permitir que sea discutida la ley del celibato del clero latino, y condenaba la opinión formulada de los rebeldes, según la cual los bienes eclesiásticos debían pasar, con plena libertad de uso, en propiedad y administración del "Consejo" de los católicos. La palabra firme del Pontífice produjo en gran parte efecto saludable, y muchos que sin ver el abismo en que iban a precipitarse habíanse dejado arrastrar por las deplorables agitaciones, con la corrección de Su Santidad, volvieron a más sanos y sabios consejos.

Llegó después la dominación bolcheviquista con sus horrores, y en la universal subversión de todo orden es-

tablecido, dirigió sus más furiosos ataques contra los Institutos religiosos. Los Obispos, los Seminarios, las Comunidades religiosas fueron expulsadas de sus sedes: sus propiedades saqueadas y secuestradas. Se impuso a los sacerdotes y a los religiosos un juramento civil opuesto con los deberes de su profesión. Las violencias personales acompañaron esta coerción moral. Bajo esta férrea persecución el clero halló inmediatamente unión y espíritu de disciplina y de sacrificio. Hoy puede decirse que el doloroso experimento bolseviquista ha servido para eliminar las agitaciones mucho más de lo que se hubiera podido alcanzar con sólo las disposiciones de la Autoridad Eclesiástica. Al presente, las agitaciones de los sacerdotes han desaparecido por completo: ninguno tiene idea de volver a ellas. Los jefes han sido avisados y castigados por sus obispos y han debido resignarse a su pena. Los que los habían seguido, han conocido el error en el que habían caído y los han abandonado a su suerte. Las Congregaciones y Ordenes religiosas en su conjunto han dado, bajo la persecución bolcheviquista un ejemplo magnífico de disciplina y de fidelidad a la Iglesia Católica. Las defecciones han sido muy pocas, y en gran parte de individuos que desde antes, dejaban mucho que desear, y que si fueran alejados definitivamente de las filas eclesiásticas no serían llorados por nadie. A la declaración de apostasía impuesta por el gobierno, la gran mayoría no ha querido prestar su firma. Aun entre los pocos que suscribieron, los más obraron por temor y sin darse cuenta de todo el mal que hacían. Los demás, que son la mayor parte, han preferido sufrir toda clase de injurias y vejámenes antes que firmar un documento injurioso contra la Iglesia. A este digno comportamiento del clero hizo noble corona la energía y el fervor nuevo que se desplegó entre los fieles, dignos compatriotas de Isabel de Hungría.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 744, 26, Febrero, 1920.

EL NUEVO PRESIDENTE DE FRANCIA

Plácenos conocer la historia de Francia con simpatía limítrofe de la que nos anima por la patria propia; y no es sin razón esta tendencia ecuatoriana hacia el país que ha influído grandemente en su prosperidad.

El inculpable contendor de Clemenceau, Mr. Paul Deschanel, llama la atención, como Presidente elegido de aquella República grata y hermosa, y cábenos la satisfacción de detallar algo de sus líneas morales, rectificando de paso apreciaciones muy ligeras que acerca de él hemos visto en la prensa diaria.

Si en verdad que en Francia no ocurre, ni puede ocurrir, como entre nosotros, que sea el Presidente el alma y la fuente de la vida nacional, desde que el gabinete imprime el movimiento e impone el programa administrativo, y desde cuando el Congreso vitalicio rige los diarios acontecimientos, sin embargo asume el Jefe del Estado la representación oficial, ¡quién creyera! más intensamente, ante el mundo que dentro de las instituciones privadas del país. Por eso el Presidente de la Francia debe ser personaje de tanta distinción que ocupe eminente puesto en el coro de las naciones, y merezca llegar a esa magistratura personaje cuyas ejecutorias le afamen ante el mundo civilizado.

Así ha ocurrido con el Presidente Deschanel, célebre como político y hombre de letras.

En este segundo aspecto, pertenece a los cuarenta inmortales de la *Academia*. Graduado en lenguas sabias, es acaso el más notable de sus estudios el que versa sobre el estupendo genio del cómico Aristófanes; cuya inimitable censura de los vicios inspiró al mismo príncipe de la elocuencia cristiana: S. Juan Crisóstomo. La crítica de Deschanel es digna de todo un académico francés. Extendió también un juicio literario a los *Clásicos* y los *Románticos*.

El nuevo Presidente de la Francia, dechado de cultura y maneras finísimas, puede en gallardía de trato y cortesanía eclipsar a cualquier príncipe de Europa: se le ha tenido siempre, en los más aristocráticos salones como a tipo de la elegancia.

Nació en París, y es hijo de otro hombre público. En política pertenece a los *Selectos;* y ha ejercido 20 años la presidencia de la Cámara. De actuación menos bulliciosa pero más discreta que la de Clemenceau, resultó sin embargo una novedad la simpatía de sus electores.

Como espiritualista, el célebre hombre público de quien tratamos distínguese como católico a lo Félix Faure, a lo Casimir Périer: de tal modo resulta sereno y moderado en su programa liberal.

En sus discursos académicos, y más todavía en los que ha pronunciado en la Cámara, con ocasión de la guerra, trata respetuosamente de Dios; en no pocas veces ha hecho el elogio de la caridad, sintetizada en San Vicente de Paúl; y más todavía ha elevado hermosamente su juicio en prueba de la inmortalidad del alma.

No es pues, inverosímil que su elección haya alegrado al afligido espíritu del Pontífice.

Detalladamente podemos consignar algunas ideas sanas del distinguido Magistrado.

"Propongo, decía a sus colegas de la Legislatura, movido por tantas razones sociales y lugareñas, que prescindamos ya de extremar la persecución a las Congregaciones religiosas".

Aún es muy explícita la siguiente afirmación suya y que la divulgó la prensa: "La guerra continental que acabamos de presenciar ha sido un azote de la Providencia más terrible que el que nos flageló en 1870; y esto se explica: porque tuvimos que expiar menos de lo que ahora sobrellevamos con la responsabilidad de nuevos errores y desaciertos".

El último décimo de mi existencia lo sacrificaré por mi Patria, ha dicho a sus íntimos, pues cuento con la no cómoda edad de 64 años.

Casóse ahora 19 años y dio mucha pompa a su matrimonio religioso que lo efectuó en la gran parroquia de la Magdalena: era ya presidente de la Cámara.

Que bajo este nuevo gobierno pase feliz la Francia, y que sus inspiraciones políticas y religiosas sean sanas en favor de las Repúblicas de Sud América, y más del Ecuador, que la tienen por modelo.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 745, 4, Marzo, 1920.

LA IGLESIA CATOLICA Y NUESTRO ORIENTE

Aquel poder que maneja en la tierra las llaves del cielo, y cuya jurisdicción se extiende por el mundo, lleva a todas partes el dulce y saludable imperio del verdadero patriotismo.

La Caridad y la Cruz suprimieron los límites del egoísmo en la faz de la tierra: y donde existen almas que salvar allí la Iglesia fija, dulce, la mirada y tiende el manto de su compasión, como hermana y como madre.

En las invernosas estepas de Rusia, en los arenales del Africa, en las soledades de la Zelandia, no menos que en las tribus del Putumayo y del Morona, aquí a pocas leguas de distancia de centros civilizados, la Iglesia descubre mundos que civilizar, y allí se está, palpitando, en el corazón de fuego del misionero.

Sólo por la expansión misteriosa de la caridad puede explicarse aquella como multiplicación de la Iglesia, más allá de las fronteras de la civilización, hasta la cabaña y la oscura selva, donde se guarecen la fiera y el hombre, más feroz todavía.

Largos años fuimos testigos de la abnegación con que visitó en nombre de Dios y su Iglesia, nuestras selvas de Méndez y Gualaquiza, un anciano Obispo; discípulo inmediato del gran Don Bosco; ilustre en santidad y gracia, Mons. Costamagna; personaje que se acerca a los 75 años de existencia. Su avanzada edad le ha obligado a salir de nuestras jibarías, después de haberlas organizado en tres secciones que facilitan el ejercicio de la misión, y abren insensiblemente espacios de industria y trabajo a los vecinos de la dilatada comarca del Sígsig, Gualaceo y Paute.

Los indios merecieron siempre de la Santa Iglesia, privilegios especiales en su legislación canónica, y ahora vemos, particularmente desde que la Congregación Salesiana tomó de su cuenta la dirección de las misiones en la hoya dilatada de las jibarías, que la solicitud de Roma acrecienta a diario en favor de las tribus ecuatorianas.

Así, pues, aceptada la dimisión de su Vicariato Apostólico, que presenta Mons. Costamagna, fundándola en razones sumamente canónicas, la Congregación de *Propaganda Fide* ha propuesto para tan abnegado ministerio, a otro benemérito salesiano, Monseñor Domingo Comín, que acaba de ser preconizado obispo *impartibus infidelium*, y Vicario de Méndez y Gualaquiza. El nuevo *obispo electo* permanece, con interrupciones, en esta zona de su apostolado, y forma con el P. Albino Del Curto, el P. Matías Buil, el P. Joaquín Spinelli, y otros ilustres religiosos de su magnífica Asociación, el centro talvez más respetable para cristianización de nuestro Oriente, de cuantos hemos poseído hasta aquí. Su obra a más de católica y sobrenatural, hase hermanado con la propaganda netamente patriótica de la colonización de Méndez. ¿Quién ignora la paciente y titánica labor de los exploradores de ese mundo, que al golpe del mismo acero, abren senda su paso, desgajan para la vida el fruto del árbol y derrotan la fiera que les amaga?

Felices aquellos países concordatarios, donde de consuno la Religión y el Estado llenan su altísimo fin de conducir a los pueblos hacia la eterna y la temporal felicidad.

Quédenos a los católicos de la Prensa el hacer eco a la voz de la Iglesia y corresponder agradecidos al amor y solicitud con que mira las necesidades de nuestra Patria.

Y sirvan estas líneas de respetuoso homenaje al mérito y virtudes de Mons. Comín, quien en nombre de Jesucristo y su Vicario sobre la tierra queda incorporado al número de obispos ecuatorianos entre los que brillará por sus ejecutorias de celo, piedad y doctrina. Que los misioneros del Oriente Azuayo, al amparo de tan ilustre jefe viertan sus sudores, y si es menester, su sangre por la fe y la civilización del Ecuador, su segunda Patria.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 744, 25, Marzo, 1920.

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

¡La más hermosa de las mujeres convertida en la más triste y desolada de las Madres; la mejor de las madres, de quien es hijo el mismo Dios, deshecha en llanto del mayor de los dolores. La han cantado Dámaso, Poe, Dante, Goete, Larmie, Zorilla; la han celebrado los inspirados oradores, los apologistas y los santos. Todavía el tema permanece intacto. Fray Luis de Granada agotó acerca de Nuestra Señora de los Dolores los recursos de su ingenio, y el tema quedó todavía fecundo en pensamientos y sentimientos. ¡Salve dolorosa y afligida Madre!...

LA ALIANZA OBRERA. XV: 748, 25, Marzo, 1920.

EL MERITO SE IMPONE

Con el correspondiente permiso de su autor nos es grato publicar las siguientes líneas de carta privada, en homenaje al Ilmo. Sr. Arzobispo.

"Quito aguardaba con poco entusiasmo el arribo del nuevo Arzobispo; prejuicios más o menos fundados habían enajenado al antiguo Vicario General de la Arquidiócesis muchas simpatías, restadas, sin duda, por efecto de la orientación que imprimió en los negocios de la iglesia el joven Prelado, en contraposición al sistema de dulzura y tolerancia establecido por el Arzobispo González Calisto. Presentado de una vez en este escenario Mons. Pólit algo como el aislamiento sintió en torno suyo; mas el mérito hízose lugar más pronto de lo que se esperaba. La primera carta pastoral, obra en la que el mismo escritor difícilmente se reproducirá fue la piedrezuela que lanzada desde su alto ingenio derribó al gigante de la rivalidad. A la expresión de su talento, de su corazón y de su pluma, siguiose la admiración como su consecuencia, y muy fácil y eficazmente transformose la admiración en afecto; pues, a su primera carta episcopal siguió el valioso documento en honor del Ilmo. Sr. Yerovi, y otros actos, enseñanzas y manifestaciones hermosas de cuanto valía el nuevo Arzobispo. Su despacho fue luego salón de consultas, de cultísimas recepciones, y muchas veces de interesante, sabrosa y elocuentísima conversación. Esas fases que busca actualmente la sociedad en cuantos ocupan los preeminentes puestos, procuraron al Ilmo. Sr. Pólit una simpatía que otro cualquiera no la hubiera podido conquistar tan presto, tan fácilmente; y así cuando llegó a Quito la magistral biografía por Remigio Crespo Toral, cuantos la leyeron pudieron decir: El pintor lo ha fotografiado, ante todo, y después le ha trasmitido el colorido: esta biografía es una foto en colores.

"Quito hizo, pues, justicia al excepcional mérito de su Prelado excepcional también; y esperamos que en

torno a su cayado se reformará mucho de lo que ahora en esta sociedad necesita reforma, se conservará la fe colonial de esta Arquidiócesis y un impulso de acción social partirá desde la urbe metropolitana a las más apartadas regiones del Pichincha, León y Tungurahua..."

LA ALIANZA OBRERA. XV: 748, 25, Marzo, 1920.

LOS INDIOS

Tema tan complejo apenas puede ser tratado como in abstracto, aunque es verdad que parece conjurarse ya la situación. Para unos los indios son lo que son, esos infelices de la raza, que obran porque obran, inconscientemente; o quedan considerados como grandes viciosos, que buscan robo y aguardiente.

Para liberales suspicaces, los indios forman, en la hora actual, vanguardia de oposicionistas revolucionarios, quienes son delatados por declaraciones de los mal heridos: ¡pura política! Para los no políticos la causa de la situación, como no hubo otra, fueron los impuestos y los abusos de los formadores de los catastros, delegados incautamente, por principales que no quisieron cumplir sus deberes personales. Quienes ven en la sublevación de indígenas el efecto de muchas causas, poco a poco aglomeradas; para unos esas causas podrían fácilmente quitarse; en concepto de muchos, la suerte del indio no tiene remedio.

Tal vez estaríamos nosotros por la opinión de cuantos miran en el presente conflicto el resultado de antiguos y próximos abusos y atropellos, eliminados los cuales acaso podría el indio volver a su tranquilidad proverbial.

I

LAS CAUSAS INMEDIATAS

Podemos asignar para la nueva sublevación de los indígenas la apatía que siguió a la pacificación de las huelgas de Ricaurte, Llacao, Sidcay, etc., etc.

En efecto; los abusos denunciados por esos pueblos contra las autoridades civiles daban mérito para la des-

titución de los mismos siquiera como medida preventiva; restituídos después de pocos días a sus funciones, justamente sintiéronse burladas aquellas parroquias. En prueba de lo que decimos, los ciudadanos de Ricaurte han concretado, por telegrama dirigido al Sr. D. Alfonso Ordóñez M., su pliego de peticiones, que no son sino las mismas que antes elevaron, a saber: El *relevo* de empleados; la exoneración de nuevos impuestos y la liberación de trabajos forzosos. Al mismo tiempo aquellos juiciosos ciudadanos protestan que su ánimo, al hacer uso del derecho de petición, no es de ninguna manera agresivo, y no pretenden, como se afirma de otras comarcas entrar la ciudad a sangre y saco.

Todo esto manifiesta que las autoridades de la Provincia después de la primera sublevación debieron *visitar* las parroquias que habían levantado el grito de su reclamo, e instruir allí procesos siquiera verbales que habrían puesto de manifiesto como la voz de los pueblos sería atendida.

Creemos que la indolencia que siguió a los primeros motines indignó a los pueblos limítrofes de los que se levantaron, y que nuevamente aparecen en la zona de la insurrección.

Como causa próxima del levantamiento de S. Juan podíamos también señalar el silencio que se ha guardado sobre las resoluciones tomadas: la de interrumpir el censo, la de suspender el cobro de impuestos y de otras más, que si bien se han llevado a la práctica, no fueron publicadas para tranquilizar así la inquietud de los ánimos.

Ojalá este nuevo incendio que de pronto parecía inextinguible no contagie a los pueblos y provincias que aún permanecen en calma. En las razas más débiles es punto averiguado que la imitación inmoral se propaga con más rapidez y seguramente la estrechez de criterio de nuestros infortunados labriegos háceles aceptar co-

mo valederas las inepcias y patrañas que propalan algunos aventureros más despavilados de la comarca.

II

CUESTION RELIGIOSA

Al indio se le ha aislado privándole de su acercamiento a los sacerdotes. La supresión de *doctrinas*, para él, único centro social, púsole en mayores casos de nunca reflexionar sobre sus derechos y sus deberes. En el indio como en nadie obran los dictados de la fe; él acepta sin objeción, la verdad que en nombre de Dios se les transmite. El domingo del indio en las parroquias era su día civilizador, cerca del templo y de su párroco; ahora es su día de borrachera. Si alguna vez debiera no separarse el Estado de la Iglesia, sería precisamente cuando se trata de hacer el bien a los infelices. Los poderosos, por de pronto, no necesitan de Dios, que es a su vez la única esperanza del desvalido. El indio es naturalmente religioso, y se le mata cuando se le priva del ejercicio del noble e innato sentimiento de su fe. Impedido, por ley, de las manifestaciones del culto; encarcelado por el inofensivo motivo de sus procesiones; ahora un año, paseaba por las calles de la ciudad, levantando en alto la cruz, ahora blandiendo su machete.

El indio aceptó, amoroso, la Religión de Jesucristo. En Guatemala algunas inconsideradas disposiciones obstaron el culto católico externo; a poco los habitantes del campo, habían eregido ídolos en sus cabañas. Cuando los superiores cayeron tardíamente en la cuenta del mal que habían hecho, el mal ya no tenía remedio: el indio centroamericano profesó la idolatría.

Hace algunos años lo apuntamos ya. Nadie en el mundo vive sin el desahogo de la fiesta; la humanidad

civilizada es una sola orgia; nuestros aborígenes unen en su regocijo a lo profano lo sagrado, y dada la obtusidad de su inteligencia, hay mucho que tolerarles. Las ordenanzas de policía contra tan inofensivas costumbres, han entristecido hondamente a nuestros indios; su carácter ladino y emboscado no lo hace traslucir, pero en el fondo de su alma fermenta la amargura de esas contrariedades y estamos viendo los resultados.

La Semana Santa del indio fue siempre de piedad; para él nada valía tanto como una ceremonia religiosa, y tiene a gloria formar parte de ella, como *prioste, gisionero, llavero,* o en cualquier concepto que le acepte la costumbre piadosa de su pueblo; nuestros indios no pueden concebir un viernes santo sin procesiones; no son como nosotros, *católicos civilizados,* que aceptamos todo hasta la supresión del culto de la *Sagrada Eucaristía,* el día adorable del Corpus.

Hace algunos años, los devotos de las fiestas, bien intencionados indiezuelos de San Roque, y otras parroquias, pagaban carísimamente la licencia de levantar sus altarcitos en la plazuela, y *rodear* su procesión.

Nos consta que en el Perú, suprimidas las procesiones de Viernes Santo, por Decretos episcopales, los indios prescindieron de los curas, y cargaron con las sagradas imágenes para pasearlas por la población. En vista de esto los obispos cedieron a ese impulso de sencilla fe.

En una palabra: afán del liberalismo ecuatoriano es alejar al indio del clero, al indio del culto, y por lo tanto de Dios y sus leyes, los resultados los vamos sintiendo. Dentro de poco, nadie quedará más desautorizado ante el indio que el sacerdote, pero no habrá entonces quién lo

reemplace en su conciencia, ni quién suavice, siquiera en parte, su nativa rudeza.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 750, 8, Abril, 1920.

FUERA BUENO

De los justos deseos del pueblo alarmado, parécenos digno de manifestar, dentro de la presente situación lo siguiente:

Que el Gobierno local publicara un Boletín, haciéndonos conocer el estado del actual conflicto. Se ponen en boca del Supremo Gobierno tantas incoherencias que causan grima: dícese por ejemplo que el Gobierno de Quito quiere que se mate a troche y moche. Que ha desaprobado la conducta conciliadora que al principio animó al señor Intendente; sabemos que ambas aseveraciones resultan falsas.

Anhélase también que haya serenidad en el partido imperante, y que no propale la prensa liberal la inadecuada impostura de que el partido de la oposición quiere medrar para sus fines del movimiento de los indígenas. Es decir, haya seriedad en el criterio; por alguna petulancia de cuatro o cinco ciudadanos aturdidos no se calumnie a un partido tan respetable y avezado a la política, como es el Conservador. Desearía el pueblo que los religiosos y el clero, principalmente, los sacerdotes que manejan el quichua, emprendieran una como cruzada de apaciguamiento de los pueblos de indígenas, donde todavía es escuchada la palabra de los obispos y sacerdotes; quizá quedaría hoy bien una exhortación en quichua del Ilmo. Sr. Obispo; así se haría presente a sus ovejas, que las creemos aún dóciles a su primer pastor. El acuerdo de conformidad de las dos primeras autoridades influiría mucho en el corazón de los rebeldes para lo posterior.

También sería de solicitar que a los insurrectos, conocida su inepcia, se les combata, *militarmente*, como acaba de verificarlo, en caso supremo, el señor Comisario don Jorge Montesinos, con general aceptación. Y que de ninguna manera se permita cazar indistintamente tal

vez a los infelices inculpables, consternando así a la misma población, y, atacando el sagrado derecho de la vida. Nuestros pobres indios están volviéndose casi bárbaros, nosotros no lo seamos.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 750, 8, Abril, 1920.

LA SANTA SEDE Y EL CUERPO DIPLOMATICO

En 1872, cuando el nuevo imperio alemán púsose a perseguir a la Iglesia, Pío Nono, desarmado y cautivo ya, fue el solo Monarca que justiciero tuvo sobrado valor para increpar de su conducta al emperador victorioso y a su omnipotente Ministro; poseída de miedo callaba la Europa, quien se pasmaba de la energía del Papa, del mismo Pío Nono, que años antes, príncipe todavía de sus Estados, puso a raya las demasías de Alejandro II de la Rusia.

Heredero de los grandes prestigios de sus antecesores, pudo León XIII crear ya en torno suyo una aureola de diplomáticos, que, en nombre de los poderes de la tierra cortejaban ¡cosa admirable! a un rey a quien habían usurpado sus estados. En el tejido de dolores y alegrías de la Iglesia, cúpole a Pío X presenciar la casi desención de la Francia oficial de las filas de honor, que, como hija primogénita de la Iglesia, ocupa en el mundo católico. Ahora asegúrase, que una corriente de simpatía hase establecido entre la Santa Sede y el gobierno francés, que acaso tendrá por término una reconciliación política entre las dos potencias; si así sucede, bien por la hermosa y heroica Francia, si no la Iglesia lo sentiría por su hija; que por sí misma, nada tiene que esperar del mundo, afianzada como vive en el poder infinito de Dios.

Con motivo de tales perspectivas publicamos el siguiente cuadro de las relaciones internacionales de la Santa Sede.

El Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, en el anuario Pontificio del año 1920, presenta notable aumento y variaciones.

El año pasado lo componían: un Embajador, el de España, y 15 Enviados Extraordinarios y Ministros Plenipotenciarios, a saber: los de Argentina, Bélgica, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Gran Bretaña, Nica-

ragua, Holanda, Perú, Portugal, Prusia y Rusia.

Figuraba, además la embajada de Austria-Hungría, privada de titular, y las Representaciones del Ecuador, Francia, Haití, Honduras, Mónaco (principado), Santo Domingo, San Salvador y Uruguay, sin personal de representación, o porque las relaciones con la Santa Sede están interrumpidas, o porque las relaciones con ella son ejercidas directamente por los gobiernos locales, sin el intermedio de un representante en Roma.

En este año, las embajadas figuran en número de 3, la de España, y las del Brasil y del Perú, que de legaciones fueron elevadas a este grado el año pasado.

También el número de legaciones se han aumentado, porque en estos últimos meses se han establecido las de Polonia, del Estado Servio-Croato-Esloveno, y de Venezuela.

Con esta República las relaciones ya existían, y en Caracas reside el Internuncio Apostólico Mons. Marchetti-Selvaggiani, pero no estaban integradas con la representación en Roma, que ahora está confiada a la persona del señor Bagnino.

Con la Polonia las relaciones fueron iniciadas apenas se reconstituyó la Nación, y los titulares de las dos representaciones el Nuncio Mons. Ratti y el Ministro Prof. Kowalski, fueron nombrados el año pasado. Con la Servia desde 1913 existían relaciones directas instituídas al fin del Pontificado de Pío X; era representante el señor Luis Bakotic, con el título de Delegado del gobierno servio.

Ahora ha sido instituída formalmente una legación para el Estado Servio-Croato-Esloveno y el mismo señor Bakotic es el titular.

El Decano del Cuerpo Diplomático ante la Santa Sede es el embajador más antiguo del oficio, y al presente lo es el embajador de España, Marqués de Villasinda.

Además de estas representaciones Diplomáticas oficiales, la Santa Sede cuenta con otras confidenciales, habiendo entrado en relaciones de hecho con las otras nuevas naciones: la Lituania, la Estonia y la Checo-Eslavia; la Finlandia está representada por el Rev. De Christierson; la Lituania por el Canónigo Narjanskas, y se ha anunciado que la Checo-Eslavia ha pedido el agremant para el Prof. Krofte, designado para el oficio de Ministro Plenipotenciario. A su vez la Santa Sede tiene un representante oficioso en Praga, en la persona de Mons. Clemente Micara, y otro en Berna, en la persona de Mons. Luis Magcone.

Estas son las variaciones ya efectuadas en las personas adictas a las relaciones de la Santa Sede con los Estados, seguirán otras ciertamente, sobre todo por las transformaciones que sufrirán las representaciones de los países alemanes. Estos cambios y aumentos demuestran la intensidad de la vida internacional de la Santa Sede y el progresivo aumento de su prestigio mundial.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 751, 15, Abril, 1920.

DIA DE FE Y AMOR PATRIO

Así podemos calificar el de mañana, que desde ahora dos siglos y medio le dedica el augusto Corazón de Jesús.

Nuestra nación a El vive entregada; a El está consagrada nuestra Diócesis. El mundo de León XIII le rindió el homenaje de profunda adoración el primer instante del siglo veinte.

La epidemia, el hambre, la guerra, la pobreza, concurren como circunstancias únicas, excepcionales, en la época actual, para apresurar nuestro recurso a Dios; nuestra patria oficial vive de la orgía, se deleita en los regocijos de sus triunfos, pero quienes no llevamos vendadas las pupilas nos estremecemos ante esos regueros de sangre que provoca la revuelta de nuestros aborígenes, quienes rocían con esa sangre una tierra que nunca más será suya. Hablemos claro: desde las asonadas de Latacunga hasta las actuales de Riobamba, sin olvidar, las de San Juan, Quinjeo y Tablón, los indios mueren en número mucho más alarmante de lo que aparece en la información (1). Estamos en verdadera campaña si no de armas a lo menos de sangre, y no correspondía a época así luctuosa la celebración, desprovista de criterio, de una fiesta de luctuosa memoria. Que la Costa, ciertamente divorciada de la Sierra, en efectos y tendencias, haya evocado ese calamitoso recuerdo, se explica, pues, su alejamiento de las regiones interandinas vuélvenla indiferente a las penas de estos pueblos, donde la raza indígena está profundamente ligada a sus costumbres, a la industria, a la vida misma de nuestra organización social. En el interior ecuatoriano, el indio representa más de la mitad de la agrupación, no tanto por el número de sus familias, cuanto por su circulación en las vísceras de la or-

(1) La guerra de indios, la comenta "El Conservador", en los números de esta semana; y de Riobamba nos dicen: **"Matan a los Indios que es un prodigio, y danzan los liberales"**...

ganización comunal. Inhumanitaria resulta la alegría del partido imperante, mientras el clamor de toda una raza hermana sobrecoge los espíritus bien formados. La iglesia ecuatoriana deplora de mil maneras la situación del país, que si no se entromete en asuntos de política palpitante como los desastres del sufragio, tampoco olvida los acaecidos verdaderamente nacionales para presentarlos a la adorable mirada de la Providencia, y atraer sobre ellos su misericordia.

Hoy todo eso significa la vuelta de la República del Ecuador católico, al Divino Corazón de Jesús.

La filosofía del espíritu nacional, cuando es independiente, y más todavía, sincero, como la aguja se dirige siempre a un único norte, a Jesucristo y esas entrañas de misericordia las mostramos abiertas a los que, enemigos del respeto humano, puedan entonar el himno que atraiga bendiciones sobre este pueblo, himno de alabanza y de verdad que rompió, el primero en la América del Sur, García el Grande, quien hizo de su país la República del Sagrado Corazón de Jesús.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 759, 10, Junio, 1920.

EN EL AREA DE LA VIRGEN DE CULLCA

El día 31 de Mayo del año del Señor de 1920, a las dos de la tarde, se reunieron los infrascritos, vecinos de la ciudad de Cuenca, señores Dr. José Julio Matovelle (fundador de la Congregación de Sacerdotes Oblatos), Canónigo Dr. Nicanor Aguilar, Canónigo Dr. Isaac Peña, Canónigo honorario, Dr. Abelardo A. Ortega, Dr. Rafael María Arízaga, Dr. Honorato Vásquez, que representaba también al Dr. Remigio Crespo Toral, ausente hoy, pero unánime en el propósito a que se refiere esta acta, Dr. Ezequiel Márquez, Dr. Miguel Merchán y D. Ignacio Domínguez C.; y se tarsladaron a la colina de Cullca, a un sitio dividido hoy por un camino público, de él en que antes, hace muchos años, se rendía culto devoto de la ciudad y de estos alrededores a Nuestra Señora del Rosario, con el nombre popular de la *Virgen de Cullca*.

Los concurrentes tuvieron en cuenta: 1º Que, por muerte de los dueños de la finca en que primitivamente se rindió ese culto a Nuestra Señora y por sucesivas discusiones en el terreno judicial, fue trasladada la efigie de Ella a la iglesia de San Francisco, donde se encuentra actualmente, en el rincón de una nave que tiene que ser destruída, con motivo de la reconstrucción de esa iglesia emprendida por el benemérito párroco del Sagrario Sr. Dr. D. Ignacio Peña; 2º Que, con el recuerdo del antiguo culto, las generaciones siguientes de Cuenca han deplorado no se lo diese en el primitivo sitio, desde el cual todas las noches irradiaban a la ciudad las luces que encendía la devoción; 3º Que, hasta la poesía cuencana interpretó estos sentimientos, aparte de otros con el delicado poeta Miguel A. Corral, que en Colombia publicó el Cordón de Luces; 4º Que el Sr. D. Cornelio Merchán con dadivosa piedad obsequia un retazo de terreno en su finca (en la que se hallan los que suscriben) para que allí se edifique una Capilla, en que se deposite la sagrada Imagen; y 5º Que hallándose presente el Sr. Dr. D. Miguel Merchán, hijo del generoso donante, se procedió a medir el área del terreno, con intervención del expresado Sr. Dr. Merchán.

Practicado esto resultó que el área obsequiada tiene esta limitación y cabida: cincuenta áreas de terreno, limitado así: por el norte y occidente propiedades del donante.

Los concurrentes agradecidos a esta generosidad del Sr. D. Cornelio Merchán, acordaron conste su reconocimiento en esta acta, para que constando también así en ésta el nombre del devoto iniciador de la proyectada capilla, reciba la gratitud del pueblo de Cuenca y la de los habitantes de las comarcas circunvecinas de aquella.

Para el edificio que se levante, es delicada voluntad del Sr. Merchán: 1º, que la capilla pueda ser mirada en todo o en parte por los infelices reclusos en el Lazareto, edificado al centro de la vertiente norte de esa capilla; y 2º que la escritura de donación del terreno se extienda a favor de la autoridad eclesiástica de la Diócesis de Cuenca, para que ella efectuase el piadoso intento del donante.

Luego se procedió a organizar el Directorio de la obra: Comité: Presidente, Dr. Honorato Vásquez; Arquitecto, Isaac M. Peña; Secretario, Ezequiel Márquez; Tesorero, Sr. Ignacio Domínguez C. Vocales: Dr. Julio Matovelle, Nicanor Aguilar, Abelardo A. Ortega, doctores Rafael M. Arízaga, Remigio Crespo Toral, Miguel Merchán, Miguel O. Bustos.

Se resolvió comunicar estos acuerdos al Ilmo. y Rvdmo. Sr. Obispo Dr. D. Daniel Hermida, para los respectivos fines, y a la sombra de un nogal que se acordó se conservase cuidadosamente, el Sr. Dr. Matovelle rezó la Salve y Ave María con los concurrentes en acción de gracias y petición de favor divino para la obra proyectada y su piadoso iniciador Sr. Dn. Cornelio Merchán. En testimonio de lo expuesto firmaron esta acta los concurrentes, y además los vecinos de este sitio que acaban de reunirse gratamente sorprendidos por el proyecto a

que ella se refiere.— Julio Matovelle, Honorato Vásquez, Rafael M. Arízaga, N. Aguilar, Isaac M. Peña, Abelardo A. Ortega, Ezequiel Márquez, Miguel Merchán, I. Domínguez C., Francisco Santacruz, Luis Flores, David Vélez, Luis Merchán, Víctor M. Merchán, Heliodoro Jaigua, Andrés Aspi.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 759, 10, Junio, 1920.

LA SANTA SEDE Y EL CUERPO DIPLOMATICO

El cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, en el anuario Pontificio del año 1920, presenta notable aumento y variaciones.

El año pasado lo componían: un Embajador, el de España, y 15 enviados Extraordinarios y Ministros Plenipotenciarios, a saber: los de Argentina, Bélgica, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Gran Bretaña, Nicaragua, Holanda, Perú, Portugal, Prusia y Rusia.

Figuraba, además, la embajada de Austria-Hungría, privada de titular y las representaciones del Ecuador, Francia, Haití, Honduras, Mónaco (principado), Santo Domingo, San Salvador y Uruguay, sin personal de representación, o porque las relaciones con la Santa Sede están interrumpidas, o porque las relaciones con ella son ejercidas directamente por los gobiernos locales, sin el intermedio de un representante en Roma.

En este año, las embajadas figuran en número de 3, la de España, y las del Brasil y del Perú, que de Legaciones fueron elevadas a este grado el año pasado.

También el número de Legaciones se ha aumentado, porque en estos últimos meses se han establecido las de Polonia, del Estado Servio-Croato-Esloveno, y de Venezuela.

Con esta república las relaciones ya existían, y en Caracas residía el Inter Nuncio Apostólico, Mons. Marchetti - Selvaggiani, pero no estaban integradas con la representación en Roma, que ahora está confiada a la persona del señor Bagnino.

Con la Polonia las relaciones fueron iniciadas apenas se reconstituyó la nación, y los titulares de las dos representaciones el Nuncio Mons. Ratti y el Ministro Prof. Kowalski, fueron nombrados el año pasado. Con la Servia desde 1913 existían relaciones directas insti-

tuídas al fin del Pontificado de Pío X; era representante el señor Luis Bakotic, con el título de delegado del Gobierno servio. Ahora ha sido instituída formalmente una legación para el estado Croato-Esloveno y el mismo señor Bakotic es el titular.

El decano del cuerpo diplomático ante la Santa Sede es el embajador más antiguo de oficio, y al presente lo es el embajador de España, Marqués de Villasinda.

Además de estas representaciones diplomáticas oficiales, la Santa Sede cuenta con otras confidenciales habiendo entrado en relaciones de hecho con las otras nuevas naciones de Lituania, la Estonia y la Checo-Eslavianne, la Finlandia está representada por el Rey De Dhristierson; la Lituania por el canónigo Narjanskas, y se ha anunciado que la Checo-Eslavia ha pedido el agremant para el Prof. Krofte, designado para el oficio de Ministro Plenipotenciario. A su vez, la Santa Sede tiene un representante oficioso en Praga, en la persona de Mons. Clemente Micara, y otro en Berna en la persona de Mons. Luis Magcone.

Nadie ignora las buenas relaciones que existen entre el Gobierno de los EE. UU. de Norte América con la Santa Sede, y asimismo con las naciones de Centro América, en donde el Romano Pontífice sostiene su delegado Apostólico, y lo es Mons. Juan Marenco, salesiano.

En Pekín, capital de la China, ya se ha establecido el delegado Apostólico, es Mons. Pedro Pessiere.

El Japón, y hasta la Turquía han manifestado grande interés en acreditar su representante cerca de la Santa Sede, y últimamente el nuevo presidente de Francia ha reanudado con S. S. Benedicto XV las relaciones diplomáticas interrumpidas desde hace tiempo, con grande perjuicio del católico pueblo de Clovis y Carlomagno.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 760, 16, Junio, 1920.

CRUZADA DE CARIDAD

Tiempo hace que debía haberse formado. Tan estrechas se presentan las circunstancias del país que no podemos resistir al imperio del deber: el de mirar por las más urgentes necesidades de gran número de nuestros conciudadanos.

Innegables son los derechos del pobre sobre las superfluidades del rico. Cristianamente debemos pensar y sostener lo que decimos.

Para nada necesitamos ser más católicos que para atribuir al pobre los derechos que el Autor de la naturaleza le señala. Familias enteras que visten de harapos, no se sostendrán por mucho tiempo en esa inclemente situación. Puede muy pronto presentarse ante nuestros ojos el espectáculo desgarrador de la desnudez.

Junto a ese mismo clamoroso espectáculo, la imaginación nos lleva a contemplar en el fondo de afortunadas viviendas, la serie de guardarropías y perchas; de armarios y baúles rellenos de vestuarios, delatores mudos de la frivolidad de sus dueños: indumentaria sobre la cual pesa el fallo de *moda que pasó*, o de *tela que ya no se usa*...

¡Qué contraste! En el rincón de oscura morada, se esconde de frío y de pudor familia que, en la crisis de hoy, vive casi desnuda; no tiene de qué vestirse. Y en la casa de los ricos depositanse ropas de las que nadie se sirve para vestir a nadie.

Qué otras contradicciones no se observarán en ese teatro del gran mundo, que llamaba Darío, *la oficina dorada de las injusticias*. Cuántas livianas criaturas, se desnudan, en escotes irreligiosos, por impudicia y elegancia: si su corazón fuera bueno, el pedazo de telas que cercenan al túnico y al corpiño, podía servirlas en sus caritativas manos, para cubrir la miserable desnudez de sus semejantes, que las miran admirados y envidiosos.

Vistámonos menos bien, pero vistamos a dos: nuestra persona y la de un prójimo.

Reflexionemos cristianamente: por eso no es bueno prescindir de la fe: que de lo sobrenatural que se echa al olvido viene la injuria del nihilismo. Todavía podemos pensar ajustándonos al Evangelio. ¡Dichosos nosotros que aún no hemos prescindido de él!

El Padre Nuestro que está en los cielos, tendría muchos medios de vestir al desnudo, como viste al ave y al lirio; su divina mano no se ha acortado para el pobre, ni en su poder se agotaron los tesoros; pero quiere que el rico *gaste* la gloria de sostener al pobre. ¡Qué más honor que ser tesorero de Dios!

Cuando ahora veinte siglos el Señor andaba por la tierra, fue íntimo amigo de los ricos de buen corazón: la riqueza, ciertamente, no es el primero de los bienes, pero es un grande bien, pues como todo lo bueno, procede de las manos de Dios.

No sé, lector querido, si hayas rumiado este pensamiento: *Los ricos pueden dar la vida a sus semejantes*.

Al país donde van sus cortesanos el Rey los recomienda ante los próceres del reino amigo. Los pobres están recomendados ante los ricos: Dios no se descuida de ellos.

¿Será posible que en tiempos tan angustiados no cuente Cuenca con una alcancía para los infelices?

Como nunca hemos sentido nuestra incapacidad y debilidad de esfuerzos, que traicionan nuestros mejores sentimientos y ambiciones. Pero felizmente: *Maestros tiene Israel*. Toca a los óptimos de la sociedad, a quienes eleva el cielo al frente de las necesidades de sus pueblos, pensar en algún modo de conjurar la pobreza, en su forma horripilante de desnudez.

Créasenos, como en circunstancias excepcionales,

la limosna se vuelve imperiosa; no es ya solamente un efecto de la caridad. En la sociedad, bajo la mirada de justiciera Providencia, derechos y deberes, para la conservación de esa misma sociedad, son relativos en el concepto de compasión y humanidad.

En esta cruzada que debiera idearse, alguna corporación de personas dadas a la acción social, podría ocuparse en recoger gastadas prendas o piezas de vestir, inservibles ya para familias acomodadas, y que con breves reparaciones llegarían a ser útiles para los pobres.

Al presente de exigencias sociales encontrámonos ahora en vísperas de exámenes; increíble es el número de niños y niñas, profundamente atribulados y contrariados por carecer de su *postura* de exámenes...

Talvez en el tema que nos ocupa, podía ser un número de nuestro programa de caridad, el acuerdo de los poderes de Instrucción Pública locales, previniendo a las escuelas el no obligar, pero ni siquiera amonestar, el que los alumnos se presenten al acto público de sus exámenes con otro vestuario que el que ordinariamente llevan.

Imagínense de esta manera los modos de disminuir las penas que la escasez va ocasionando en la mayor parte de los hogares; y por Dios y por la humanidad, convengámonos en el mutuo auxilio que se presten pobres y afortunados.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 761, 24, Junio, 1920.

GARCIA MORENO Y LAS MISIONES

Las Misiones del Oriente ecuatoriano fueron muy bien atendidas en el siglo XVIII por la Compañía de Jesús, que logró formar reducciones a cristiandades, especialmente en el Marañón. Cuando los Jesuitas fueron suprimidos y retirados por orden del Rey de España de sus Misiones fueron éstas encomendadas a sacerdotes seculares, que no pudieron seguir. Los salvajes, semiconvertidos se volvieron a vivir en los bosques como antes.

García Moreno, desde 1862 concibió el proyecto de intentar de nuevo la evangelización del Napo, y por eso en su convenio con la Compañía de Jesús, designó un doble objeto a los religiosos: fundar colegios en lo interior de la República y misiones en la provincia del Oriente.

De hecho, mediante los recursos proporcionados para los objetos y por el Estado, los Jesuitas se establecieron en cuatro centros principales: Macas, Napo, Gualaquiza y Zamora, de donde se derramaban en medio de las tribus nómadas.

En 1864 el P. Pizarro, nombrado ya Vicario Apostólico, se encontraba con sus misioneros en las orillas del Napo, cuando los cómplices de Maldonado, Jaramillo, Samothac y consorte (revolucionarios) habiendo sido condenados a la deportación, invadieron aquella tierra, y se dejaron caer sobre la casa de los Jesuitas. Los misioneros fueron encadenados, abofeteados y llenados de insultos y malos tratamientos. Después de haber saqueado la Capilla, profanado los vasos sagrados y cometido las más odiosas exacciones, aquellos facinerosos se dispusieron a ganar las fronteras del Perú, llevando consigo a los misioneros de la naciente cristiandad. Los obligaron a meterse en un bote, a presencia de los indios que en pie, a la orilla, lloraban con ardientes lágrimas. Cuando el barco se alejó, los salvajes se pusieron a dar

gritos de desesperación, pidiendo de rodillas la bendición postrera. Luego corrierón a orillas del río Napo, para vigilar la canoa hasta perderla de vista.

La peor barbarie es el satanismo revolucionario.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 764. 15. Julio. 1920.

ANHELAMOS UN BUEN CONGRESO

Cuando la República, dirigida por mano firme y hábil, emprende su marcha, como navío que hiende las olas en la majestad de su fuerza; cuando la autoridad se afirma sobre sus verdaderas bases; entonces, en presencia de esos poderes que se suceden desde la cima de la escala hasta el último peldaño, ante el espectáculo hermoso de la paz, nada más busca el ciudadano que adelantar en su sendero.

Una de nuestras razones de retroceso, no obstante los méritos de la paz, consiste en la división de partidos. Y cuando llega la hora, para nosotros, sociológica, de la reunión de las Cámaras, cómo que desesperamos de no ver, en el concurso legislativo, siquiera una minoría de representantes de los círculos tan dilatados de esos partidos políticos hace muchos años relegados a la postergación.

Sin embargo, la paz es un elemento de vida. El más aprovechable de los elementos que constituyen el bienestar de las naciones.

Cuando la paz gobernaba la tierra, los pueblos progresaron hasta lo increíble; estalló la guerra, y ahora hemos retrocedido, en la humana sociedad, mucho más, dicen los estadistas, de cuanto adelantamos en estos dos últimos siglos llamados de luz.

Aprovechemos de la paz de la República.

Mucho es que ella no haya desmedrado, durante todo un período constitucional; cuando el anterior fue todo él de sangre.

Gozamos de paz, decimos todos: pues bien: que el Congreso de 1920, piense mucho por el pueblo. Dando de mano a disquisiciones de pura teoría; a reivindicaciones exclusivamente personales; a disputas en que corren tiempo y dineros; la actual legislatura vea por la vi-

da económica de la nación; facilite, en esta crisis del comercio y del mercado, los medios de existencia, de modo que la emigración no se constituya en ley de necesidad.

Ya las ciencias públicas manifiestan y enseñan, que la grandeza y el valor de las naciones derivan del número y calidad de los asociados.

¿Cuál Congreso ecuatoriano, pensó nunca en detener adentro de sus fronteras a incontables hijos de la patria que buscan la vida lejos de ella?

Hoy en Europa, en países que se despueblan, se restablecen garantías, se escogitan medios para conjurar el mal; y el estudio y el estímulo se ponen en juego ante el cáncer de la despoblación.

Establecen cimientos más sólidos para la Beneficencia. Desde que el Socialismo impera con sus sofismas, la justicia de la caridad se le impone, multiplicándose en obras esencialmente eficaces en bien del que padece.

La relativa estrechez de nuestras rentas nacionales no permiten prometer mucho al pobre, pero tampoco el pobre, entre nosotros, exige tanto como en otras partes. Lo que más falta a nuestra beneficencia oficial es la reglamentación, y el íntimo conocimiento de las necesidades y miserias, que podrían y deberían quedar atendidas.

No han de ser solamente los que gobiernan y sus allegados, los que forman el partido, quienes han de merecer las deferencias del Congreso, las leyes de Hacienda, las del presupuesto, atiendan, igualmente, al bienestar de todos.

A pesar de que los congresos nuestros no son la resultante de las fuerzas salvadoras del sufragio, en ellos fijamos las miradas como en una esperanza que luce, en esta noche de atraso en que vivimos. Una legislatura bien intencionada, así no sea la expresión del voto nacio-

nal, está en capacidad de trabajar por la República, estimulando la industria; premiando a útiles ciudadanos; viendo por la formación de las juventudes; respetando las instituciones benéficas, civilizadoras, como las de la Iglesia; facilitando la vida y extendiendo el territorio en los despoblados que yacen inhábiles en el Oriente y en el Occidente.

Para el civismo no hay mejor atmósfera que la paz.

Aprovechémosla, y volvámonos fuertes para nosotros mismos, y temibles a nuestros adversarios.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 768, 19, Agosto, 1920.

LA REBELION EN LOS CAMPOS

Temíamos ya que la deplorable anarquía de El Tablón y Llacas produjera de parte de la Policía la aplicación de medidas extremas, como sucedió ya, entre el sábado y domingo de la semana pasada. Desplegada, pues, numerosa multitud de indios que circunvalaban los valles de Chaullabamba y Ucubamba; escoltas de la Intendencia trataron de repeler el movimiento, al principio sólo con su presencia, mas, rodeados y atacados a hondazos los celadores acudieron a la fusilería, y algunas descargas pusieron en polvorosa a los insurrectos y causaron víctimas. ¿Cuántas?... he aquí la indespejable y terrible incógnita. Tal vez fueron más de las necesarias para la moralización y escarmiento.

Tal es el hecho de armas último.
Ahora, ¿en qué consistió la rebelión?

Primero: en perseguirse los indios, unos a otros, fundados aquellos en la superioridad de fuerzas y en cierta autoridad, para *ejercer justicia,* de que ellos creían gozar, en bien de la colectividad. En este supuesto conminaron a malhechores lugareños, con pena de muerte, y ciertamente, la aplicaron, pues, esos improvisados árbitros y dictadores eran jueces y testigos de graves crímenes perpetrados en sus comarcas, donde hacen de las suyas, ladrones, asesinos, concubinarios y perjuros.

Tan peligroso procedimiento de unas cuantas secciones de indígenas, no despertó mucho en las autoridades azuayas el espíritu de una legal reivindicación de los más elementales derechos de gobierno y justicia constituídos; lo que exasperó fue la actitud de amenaza y cerco empleados por un grupo considerable de indígenas, que merodeaban a la zaga de propietarios y en torno de valiosas haciendas; y con persistencia y resolución tal que ponían en alarma constante a los pacíficos moradores de esas tierras.

Todos sabemos que los abusos de mandatarios, y la inclemencia más o menos excesiva con que los gobiernos tratan a los indios dio origen a su levantamiento; los indios no soportaron el catastro.

Ellos, sin embargo, se extralimitaron en las represalias, y quisieron hacerse más justicia de la que se les debía.

Erraron, desdichados *analfabetos* en la teoría y en la práctica.

Toca a los civilizados pintar los puntos sobre las íes; y devolver las cosas a su estado normal y civil.

El acontecimiento de revuelta y sangre pasó ya; con él no se preocupará ni la historia. ¡Cuestión de indios!

Mas, queda en pie la resolución persistente y urgente acerca de *impuestos* pagables por nuestros labradores, cuyas condiciones sociales difieren mucho a las de los blancos y habitantes de las ciudades.

Los empleados y representantes de la opinión pública, formulan así su conclusión:

Los impuestos son a las cosas no a las personas, ni el indio es propietario de raíces o tierras, queda sujeto a los mismos gravámenes que pagan los dueños de fundos.

Ciertamente, la ley ecuatoriana nos iguala para los deberes; pero acaso la naturaleza de donde dimana la diversidad de razas, las costumbres inveteradas y otros fundamentos más, se oponen a la hegemoneidad de nuestros derechos. Y así nuestros labriegos soportan constantemente la parte más pesada de la ciudadanía, y no gozan, como los blancos, de los beneficios del erario: con ellos no habla nunca el presupuesto, en cuyo torno giran los grandes intereses de la política. ¿Qué reciben ellos, por ejemplo, del beneficio que brindan a las juven-

tudes urbanas las rentas, y las leyes de instrucción secundaria y universitaria?

Talvez, esta apreciación sería digna de considerarse en una legislatura, llamada a hacer el bien a las distintas clases sociales, sin excluir la indígena, por abyecta y subyugada.

LA ALIANZA OBRERA. XV: 769, 26, Agosto, 1920.

EL DOGMA DE LA INMACULADA CONCEPCION

I

Debemos estimar como una gracia especial del cielo habernos hecho nacer y vivir en una de las épocas más gloriosas de la Iglesia como es la que atravesamos.

Durante muchos siglos se debatió con gran entusiasmo y acaloramiento la creencia universal de la Iglesia, concerniente a que María Santísima había sido preservada de toda mancha de pecado original desde el primer instante de su Concepción; desde la más remota antigüedad Padres y Doctores los más célebres, así de la Iglesia griega como de la latina, tales como S. Epifaneo, San Jerónimo, S. Agustín, S. Germán de Constantinopla; y en tiempos más recientes, sabios como Muns Scott, Alejandro de Halles, S. Buenaventura y otros muchos autores, insignes por la piedad y la doctrina, habían defendido con vigor y empeño este privilegio singular de la Madre de Dios, pero la Cátedra Apostólica, el Oráculo infalible de la fe religiosa, si bien, con un sinnúmero de disposiciones y actos litúrgicos, se inclinaba manifiestamente en favor de esta creencia, sin embargo nada había definido todavía al respecto. El santo Concilio de Trento, al hablar del pecado original y de cómo todos los hijos de Adán habían incurrido en él, declaró expresamente que no debía incluirse en esta caída a la Madre Santísima del Divino Redentor; esta declaración era del más alto precio para la cuestión que se debatía, pero no era aún la definición terminante, clara y expresa de la Inmaculada Concepción de María, que tanto anhelaban se diese la casi totalidad de los fieles.

Entonces, Colegios, Universidades, Ordenes Religiosas, príncipes y reyes, Naciones y pueblos enteros, en un inmenso y no interrumpido coro, solicitaron, siglo tras siglo, de la Santa Sede, la definición tan ardientemente anhelada. "Verdad es, decía, en 1854, una sabia Revista alemana, que todos los pueblos cristianos han rivalizado santamente en celebrar las glorias de su excelsa Reina; pero entre todos llevó la palma, de tiempos

atrás, en tan sagrado concierto de alabanzas, el pueblo español. El autorizado historiador de los dogmas, Schwane, asegura que en España fue donde se luchó con mayor ardimiento en favor de la Inmaculada Concepción. Más significativo es y más glorioso el dicho de Mgr. Malón, Obispo de Brujas, referido y adoptado por el P. L. Bachelet, jesuita francés, ambos historiadores del Dogma de la Inmaculada, el primero al tiempo de la definición, el segundo al de su jubileo en 1904. Con verdad se puede decir, escribía el Prelado de Bélgica y repite el escritor francés, con verdad se puede decir que, humanamente hablando, España fue el instrumento de la Providencia para allanar los caminos a la definición del Misterio" (1).

Los monarcas Españoles, Felipe III, Felipe IV, Felipe V y Carlos III extremaron sus instancias ante la Sede Apostólica con el fin de ver cumplidos cuanto antes los ardorosos propósitos concernientes a la proclamación de este dogma. Sus colonias de América participaron de esta fe entusiasta de la Madre Patria; podría formarse una bella e interesante historia de los muchísimos testimonios de piedad dados al respecto en estas tierras.

II

Mientras tanto, acercábase ya el tiempo en que, según los decretos de la Divina Providencia, debía darse aquella definición faustísima. Grandes siervos de Dios, entre ellos el insigne misionero apostólico, S. Leonardo de Puerto Mauricio, anunciaron proféticamente que se aproximaba ya el tan deseado día en que había de verificar aquel trascendental acontecimiento, y que la definición de ese dogma sería el principio de una nueva era de triunfos, en la tierra, para la Reina del Cielo y para toda la Iglesia.

Al aproximarse aún más la gloriosa fecha, prodigios inauditos verificáronse sucesivamente en diferentes lu-

(1) En el artículo intitulado "Devoción de los Reyes de España a la Inmaculada Concepción" de la célebre revista **Razón y Fe**, Nº 208

gares de Europa, para advertir al pueblo católico que principiaba ya aquel tiempo en que con justicia podría llamarse la *Era de la Inmaculada Concepción*. Recordaremos aquí uno solamente. El 27 de Noviembre de 1830, en París, en la iglesia de la Casa Madre de las Hermanas de la Caridad, aparécese la Virgen Santísima a Catalina Labouré, novicia de dicha congregación religiosa, y ordénale que, valiéndose de sus Superiores, haga acuñar la celebérrima medalla de la Inmaculada Concepción, conocida actualmente con el título de *Medalla Milagrosa*. En una serie de bellísimas manifestaciones de la Madre de Dios a esa dichosa novicia, le fue significado el diluvio de gracias que iba a derramarse sobre la tierra como resultado de la proclamación tan ambicionada de aquel dogma. En una de esas celestiales manifestaciones de la Virgen Santísima, tomó en sus manos el globo que figuraba el mundo, lo estrechó contra su pecho virginal, y lo presentó al cielo como implorando las bendiciones de Dios sobre la tierra. Luego cambió la escena: la Reina del Cielo se mostró de pie sobre una ovalada esfera que simbolizaba igualmente al mundo: "Estaba yo, refiere la vidente, toda aplicada a contemplar a la Virgen, cuando he aquí que inclinó sus miradas sobre mi persona y oí una voz interior que decía: "el globo que ves figura el mundo entero". De las virginales manos de la celestial Señora caía, entre tanto, una lluvia copiosísima de luz que era "otro símbolo de gracias inenarrables que por intercesión de María iba a descender sobre la tierra".

III

Llegó por fin el ocho de Diciembre de 1854, día eternamente memorable en los festejos gloriosos de la Iglesia, cuando la Santidad de Pío IX, el *Pontífice de la Inmaculada,* definió con la autoridad de su magisterio infalible, que María había sido concebida sin mancha alguna de pecado original desde el primer instante de su ser, por privilegio especialísimo que le concediera Dios, en virtud de los méritos previstos de Jesucristo su Hijo Divino, y que esta creencia es obligatoria para toda la Iglesia.

Cuatro años después en los vertitas de los Pirineos franceses, muy cerca del territorio de España, y a orillas del río Gave, presentábase María a Bernardita Soubirous, en la más célebre aparición suya, de los tiempos modernos, y le decía: *"Yo soy la Inmaculada Concepción"*.

Desde entonces Lourdes es la fuente bendita e inexhausta de una catarata de gracias y bendiciones celestiales que corre a raudales sobre la tierra. Curaciones innumerables, manifiestamente milagrosas, conversiones sorprendentes, el afianzamiento de la fe católica en todo el mundo, la derrota y confusión de la impiedad: todo esto y mucho más debemos a la interseción poderosísima de nuestra Reina Inmaculada. Al triunfo de María ha seguido el de la Iglesia. En ninguna época de su historia se ha presentado más gloriosa que ahora. Ya no es el brazo de Constantino ni de Carlo Magno el que la ampara y la defiende; al contrario, en todas partes es rudamente combatida por los poderes del siglo, y, sin embargo en todas partes también triunfa de las potestades infernales, y tan espléndida se muestra que hasta sus mismos enemigos se ven obligados a rendirle parias, y proclamar que el Catolicismo es la más grande y excelsa de las religiones, lo que equivale a confesar que es la única verdadera religión.

¿No es dicha haber nacido en tiempos en que hemos podido contemplar en el lleno de su gloria este triunfo espléndido de María y de la Iglesia sobre el Infierno?... Y aun hay más todavía. El complemento de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción será la proclamación de este otro dogma: el de la corporal Asunción de María al Cielo, al tercer día después de su muerte. ¡Grandioso suceso que se avecina ya!... ¿Qué otro singular triunfo de la Iglesia contemplará entonces atónito el mundo? Procuremos cooperar al pronto advenimiento de ese venturoso día con nuestras multiplicadas y fervientes oraciones al cielo.

LA ALIANZA OBRERA. XVI: 785, 9, Diciembre, 1920.

LOS PORTENTOS DEL CRUCIFIJO

Entre las imágenes del Salvador la del Crucifijo es indudablemente aquella de que se ha valido el Cielo, en todos tiempos y lugares, con más preferencia, para derramar preciosas bendiciones y gracias sobre los pueblos. Bástenos recordar, para prueba de lo que decimos, al Santo Cristo de Limpias que desde hace más de un año mueve y admira a toda España con el esplendor de sus prodigios, cuya fama se ha extendido ya por todo el orbe católico.

También en Sud América venéranse celebérrimos crucifijos como el de Buga, en Colombia, y el *Señor de los Milagros,* en Lima. En esta última hanse verificado últimamente dos estupendas maravillas, cuya relación vamos a reproducir en seguida, tomándola de un periódico digno de toda fe, por ser uno de los voceros más autorizados de la opinión católica en la capital mencionada. Al leer sucesos tan extraordinarios y que llevan el sello de verdaderos milagros, ocurre preguntar: ¿por qué entre nosotros no se verifican iguales portentos? La respuesta que viene casi espontáneamente a los labios es: "porque carecemos de esa fe viva y ardiente que hace violencia al cielo y obliga, en cierto modo, a Dios a dispensar a los hombres gracias y favores tan prodigiosos".

Tenemos actualmente entre nosotros al celebérrimo Crucifijo, venerado casi desde la fundación de Cuenca, con el título de el *Señor de Girón*; despertemos nuestra fe y avivemos nuestra lánguida piedad y no será difícil que presenciemos también en nuestro suelo algunas de esas maravillas que forman el honor y la gloria de pueblos más creyentes y fervorosos que el nuestro.

(Sigue la transcripción del prodigio verificado en este año, en Lima, que lo trae el Nº 666 de "La Tradición", periódico católico de Lima).

LA ALIANZA OBRERA. XVI: 787, 23, Diciembre, 1920.

SALVEMOS NUESTRO TERRITORIO ORIENTAL

El Ecuador está expuesto a desaparecer como nación, si todos los hijos de esta infortunada Patria no nos empeñamos en salvarla de los peligros mil que por todas partes le cercan. Uno de ellos es la rapacidad peruana que ha resuelto apoderarse de toda nuestra región oriental. El Gobierno de la República debería ser el primero en tomar a pechos esta magnífica empresa; pero, desgraciadamente, no es así. El Decreto Ejecutivo de organización del territorio mencionado, publicado en Diciembre último, comprueba palmariamente nuestro aserto; la prensa del Sur ha protestado unánimemente contra los errores geográficos y administrativos que encierra esa resolución, uno de los cuales, y el principal, es haber señalado a Zamora, población que no existe, por capital de la gobernación austral de nuestras tierras amazónicas.

Dos sociedades de alto prestigio y renombre existentes en nuestra ciudad, para precautelar los intereses de esa sección, guardaban silencio acerca de aquella tan errónea y nada patriótica medida, lo cual era motivo de quejas y recriminaciones; pero felizmente, éstas se han desvanecido por completo con la importante exposición que publicamos en seguida. Tiempo es ya de que el Supremo Gobierno abandonando las estrechas y torcidas sendas de un ciego partidismo, que no tiene más empeño que enriquecer a sus adeptos, tome por el camino real del austero patriotismo, y oiga el clamor desinteresado de estas abandonadas Provincias del Sur, dotándolas con caminos al Oriente y a la Costa, y no con una turba de empleados inútiles que se absorben el presupuesto.

LA ALIANZA OBRERA. XVI: 797, 3, Marzo, 1921.

EXPOSICION

que sobre asuntos de la región oriental dirigen al Sr. Presidente de la República el "Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay" y la "Junta Promotora de Colonización Oriental".

Señor:

Uno de los asuntos más graves y trascendentales que debe arreglar nuestro Gobierno es la colonización de nuestra vasta región oriental, protegiéndola del mejor modo posible contra las incursiones peruanas que día a día van cercenando nuestro territorio. Por este motivo recibimos llenos de alborozo el decreto que el Encargado del Poder Ejecutivo expidió el 15 de Diciembre último "dividiendo dicha Región en dos Provincias, y éstas en Cantones y Parroquias". Desgraciadamente fue grande nuestro desencanto al leer detenidamente el texto de ese Decreto, pues su art. 5º dice así: "La Capital de la Provincia Norte del Oriente se señala a Zamora como capital". Prescindiendo hablar aquí de la primera de las dos provincias nombradas, nos ocuparemos únicamente de la segunda.

La prensa de Cuenca y Loja se ha ocupado ya largamente del Decreto Ejecutivo en referencia, y ha manifestado clarísimamente el enorme desacierto cometido al señalar a Zamora como Capital de la Provincia Oriental del Sur; pues 1º Zamora no existe, porque pocos lustros después de fundada por los españoles de la conquista, fue arrasada por los jíbaros, hasta los cimientos; no nos atrevemos a repetir en esta Exposición los calificativos durísimos dados por las publicaciones mencionadas a esta resolución gubernativa, solamente diremos que carece de seriedad y es a todas luces inconsulto señalar por Capital de una Provincia a una población que no existe y está aún por crearse, echando totalmente en olvido, y de la manera más injuriosa, a centros como Macas y Gualaquiza, que cuentan con numerosos habitantes y gozan de relativo bienestar y prosperidad; 2º Aun

dado el caso que existiese Zamora y que fuese una población importante, de manera alguna podría ser Capital de la Provincia Oriental del Sur, porque vendría a estar colocada en sitio enteramente inadecuado para servir a los altos fines de la administración pública a que están dedicadas las capitales de provincias; pues, ¿cómo el Gobernador de Zamora, desde el extremo último de toda la región oriental podría atender oportunamente a los reclamos urgentes que se le hiciesen de Macas o Indanza? Erigir a Zamora en Capital de la Provincial Oriental del Sur es como declarar a Celica o Tulcán capital de la República.

Tan clamoroso desacierto por decir lo menos, se ha llevado a cabo, con desconocimiento absoluto de las imperiosas necesidades que reclaman pronto y eficaz remedio en nuestros ricos, al par que abandonados territorios amazónicos, y con olvido no menos lamentable, de las poblaciones en ellos existentes. Gualaquiza, en tiempo del Presidente Cordero, fue ya elevada a la categoría de Capital de toda la región circunvecina; merece ser mantenida en esa alta posición, porque es población próspera, tiene numerosos entables, templo y misión perfectamente organizada, cómodo y vasto caserío con más de quinientos habitantes; sus terrenos son feracísimos; y a esa tan noble villa se llega a caballo por caminos regularmente conservados. Gualaquiza está situada casi al centro de la nueva Gobernación y tiene, por lo dicho, las condiciones necesarias para ser capital de ella, en vez de Zamora que no existe y pasarán muchos años para que pueda resurgir de sus ruinas.

Por todo lo expuesto recurrimos a Vos, Señor Presidente, cuyo desinteresado patriotismo, noble corazón y alta inteligencia reconoce la Nación entera, para que os dignéis corregir los defectos y llenar las deficiencias del Decreto ejecutivo de que venimos ocupándonos, y que fomentéis con medidas prácticas y eficaces la colonización y desarrollo de la parte más rica y extensa de todo nuestro territorio, por lo cual merecéis que os bendigan agradecidas las presentes y futuras generaciones de

nuestra, hasta ahora, desventurada República.

Remigio Crespo Toral, Miguel Cordero, Dr. Remigio Astudillo, Juan José Díaz, Julio Matovelle, Agustín Iglesias, Ezequiel Márquez, Víctor A. Moscoso V., Gonzalo Cordero D., Luis Pauta R., Luis Cordero Crespo, J. M. Astudillo Regalado.

LA ALIANZA OBRERA. XVI: 797, 3, Marzo, 1921.

NUEVAS DECEPCIONES DEL PATRIOTISMO

La provincia del Azuay ha sido una de las más entusistas de la República, en favorecer de todas maneras la colonización de nuestros vastos territorios orientales; los esfuerzos de los misioneros auxiliados por los sacrificios de los entabladores han dado por resultado la fundación de las poblaciones de *Indanza* y *Méndez* y el sostenimiento y desarrollo, cada día más prósperos, de *Gualaquiza* y los villorrios y caseríos circunvecinos. El gobierno del señor Baquerizo subvencionó, en varias ocasiones, aunque con sumas módicas, la apertura de caminos con dirección a las regiones amazónicas. Esperábamos que el Sr. Tamayo protegería aún más decididamente esta obra de salvación para la República; pero, desgraciadamente, no ha sido así.

Por las frecuentes ausencias de la Capital, de nuestro primer Magistrado, hace sus veces el Presidente de la Cámara del Senado, en el último Congreso, Dr. D. José Julián Andrade, que, a lo que se está viendo, profesa inquina a esta provincia, inspirado como está por el Dr. D. Pío Jaramillo Alvarado, enemigo gratuito de Cuenca, y nombrado por el actual Gobierno *Director de Oriente*. Así lo demuestran palmariamente los dos Decretos ejecutivos publicados en estos últimos meses sobre el asunto que nos ocupa; el último de los documentos mencionados tiene la fecha 19 de Febrero de 1921 y principia de la siguiente manera: "El Presidente de la Cámara del Senado, encargado del Poder Ejecutivo, Decreta: Art. 1º Para el cumplimiento de la letra 3ª correspondiente al art. 1º del Presupuesto especial de Oriente, se dispone administrativamente la *distribución*, etc.". ¿Cuál es la parte que en esa distribución de las cuantiosas sumas asignadas en el Presupuesto, para el Oriente, se aplican a las poblaciones Gualaquiza, Méndez e Indanza?... Es cosa que no solamente extraña sino indigna, ver la preterición que el Dr. D. José Julián Andrade y su colaborador asiduo, el Dr. D. Pío Jaramillo Alvarado, hacen calculada y sistemáticamente de Méndez e Indanza, que ni siquiera son mencionadas en la larga lista de

las poblaciones de Oriente; por lo mismo no se aplica en favor suyo cantidad ninguna, por mínima que sea, del Presupuesto, para escuelas, correo, policía, ni ningún otro servicio administrativo; mientras otras poblaciones menos importantes, y aun otras que ni existen como Zamora, están dotadas magníficamente. Las asignaciones fijadas para Gualaquiza, en todos los ramos indicados, son tan mezquinas e insignificantes que apenas sí alcanzarán para cubrir ni los servicios públicos más indispensables. Bien puede decirse que para los doctores José Julián Andrade y Pío Jaramillo Alvarado, ni Gualaquiza, ni Méndez, ni Indanza existen en el mapa del Ecuador.

Con semejante proceder, en que brilla por su ausencia el más elemental patriotismo y campean el odio y las más rastreras pasiones, es ilusorio esperar protección de nuestros *gobiernos radicales* en favor de la colonización del Oriente.

Véanse en muestra de lo que decimos las disposiciones siguientes del Decreto mencionado, del 19 de Febrero último.

En la Provincia *Napo-Pastaza*. Se establecen escuelas: en el Pun, Putumayo y Santa Rosa; en Papallacta, Archidona, Napo, La Coca, Tena y Aguarico; en Mera, Indillana y Puyo. En la Provincia *Santiago-Zamora*, en Macas, Suñac, Alapicos, Gualaquiza, Zamora, Sabanilla, Zumba y Chito. Nótese que en esta Provincia no constan los pueblos de Méndez ni Indanza, ni se les dota con ninguna escuela.

El servicio de *correos* se distribuye en la siguiente forma: oficinas en el Tena, Puyo y Macas, con un administrador. En los cantones Napo y Sucumbíos, dos correos mensuales; un correo de Quito al Tena; del Tena al Aguarico; del Tena a Cononaco; de la Coca al Loreto; de Santa Rosa a Sucumbíos, a Puerto Asís por Putumayo; dos correos de Pun a Tulcán, etc. En el Cantón Pastaza. Dos Correos de Baños a Puyo a Tena y un correo de Puyo a Cononaco por Canelos. En el Cantón Morona: dos correos de Riobamba a Macas por Guamboya y Ala-

picos; un correo de Macas a Miasal. En el cantón Santiago: dos correos de Sígsig a Gualaquiza. En los cantones de Zamora y Chinchipe: dos correos de Loja a Yacuambi por Zamora, un correo de Yacuambi a Gualaquiza, y un correo de Loja a Chito y Zumba. Adviértase que el servicio de correos con que se favorece generosamente a todos los pueblos de la región oriental con dotaciones desde S/. 70 para abajo, está restringidísimo para Gualaquiza, y esto con rentas igualmente restringidas.

El servicio de *Policía*. Diez celadores en Aguarico, cuatro en Cononaco, cuatro en Río Tigre, cuatro en Río Corriente, tres en Pastaza, seis en Sucumbíos y dos en la Coca, uno en Canelos, uno en el Puyo, cuatro en Papallacta, tres en el Tena y dos en Mera. Cuatro en Macuna, cuatro en Miasal, cuatro en Zamora, cuatro en Jacuambi, uno en Chiguaza, uno en Alapicos, uno en Guamboya, cuatro en Zuña, cuatro en Macas, dos en Santiago, dos en Gualaquiza y dos en Zumba. Un comisario en Macas. Téngase en cuenta que el servicio de Policía se establece únicamente en Gualaquiza, y en esto como en todo lo demás se prescinde absolutamente de Méndez y de Indanza.

El servicio de *tamberos*. En Farfán, Dureno, Sasaguarí, Cuyavemis y La Bermeja. En Papallacta, Alejandría, Baeza, Cosanga, Urcusiqui, Fondachi, Nachinyacu, en Río Topo, Charurcu, Quilot, Signin, Indillama, Montalvo y Anzo. En Huilca, Ramos, Cutucú, Cusnipacha, Río Sordo y Alapicos. En el Rosario e Indanza. En Sabanilla y Nambija y en Palanda. Por primera vez menciona el Decreto ejecutivo en cuestión las poblaciones del Rosario e Indanza, de las cuales no se acordó absolutamente para dotarlas de escuelas, policía, etc., y tratándose de Méndez el mismo silencio en todos los ramos de administración.

El *servicio de colonias* se establece en el Cantón Napo y en los Cantones Zamora y Chinchipe. Adviértase igualmente que se prescinde en absoluto de Gualaquiza, Indanza y Méndez para favorecerlas en la colonización de sus territorios.

Para *Misiones* se destinan veinte mil sucres, distribuídos en el Napo, Pastaza, Santiago y Zamora. Entendemos que esos S/. 20.000 se distribuirán a razón de S/. 5.000 para cada uno de los Centros de Misiones, últimamente nombrados; si esta distribución se hace de esta manera, será la única equitativa y justa.

LA ALIANZA OBRERA. XVI: 798, 10, Marzo, 1921.

LOS INDIOS

Adrede hemos dejado transcurrir algunas semanas sin informar a nuestros lectores de lo practicado por la Justicia en el delicado y trascendental asunto de rebeliones indígenas. En este intervalo, directa e indirectamente se nos ha pedido de otras provincias nuestro juicio e información acerca de hechos tan desfigurados por una parte, y por otra tan complejos. A nuestra vez respetuosos del público y amparados quizá de la imparcialidad del criterio, no hemos querido opinar, y hémonos servido de la ajena pluma de uno de nuestros hombres públicos, sano como juez, letrado y observador, para que, condescendiendo con nosotros, haga de cronista, principalmente de los atentados de Sidcay y sus consecuencias.

"Los indígenas, dice nuestro cronista, cansados de soportar la desapoderada opresión que en ellos ejercen los Tenientes Políticos, que no sólo les obligan a trabajos forzados, les sustraen sus bienes so pretexto de indemnizarles de multas, sino que también raptan a sus hijos menores, valiéndose de medios al parecer legales, y los consignan en calidad de sirvientes domésticos en casas de sus autoridades superiores; cansados, decimos, de estos verdugos, en uso del derecho natural de defensa, común hasta a los irracionales, pidieron que se les mudasen esos funcionarios abusivos. Desatendido el reclamo, apelaron los infelices al último extremo: la rebelión. Invadieron la habitación de Tenientes Políticos, quienes con sus familias se pusieron en fuga; y los vecindarios veían con gusto el ostracismo voluntario de sus opresores.

Cambiadas al fin las autoridades hubo relativa tranquilidad, mas por la ley de inscripción militar la amenaza de Tenientes con cárcel y multas para quien no se inscribía, y aun el cobro de derechos por las papeletas de inscripción, sublevaron nuevamente el ánimo de los indígenas y empezaron sus atropellos y venganzas contra las autoridades. El señor Gobernador y la Corte ordena-

ron a los Jueces de Instrucción, se trasladasen a una de esas parroquias, a Sidcay para instruir el sumario; ya, en días anteriores, el Comisario Nacional 1º fue a ese lugar con una escolta de treinta hombres y recibió declaraciones a las viudas respectivas de Miguel Sinchi y Anselmo Guamán, quienes habían sido cobardemente asesinados en sus casas. Las declarantes expresaron que tarde de la noche entró el Teniente Político en sus domicilios, con otras personas a quienes no conocieron y con tiros de revólver mataron a los referidos indígenas quienes tranquilamente dormían con sus familias. Igual relación había hecho el mismo Teniente a varias personas, explicando que aquel procedimiento suyo obedecía a que aquellos indígenas victimados habían sido los cabecillas de las rebeliones.

A la misma parroquia, dos días después y al mando de una escolta se dirigieron también los Jueces Letrados, quienes levantaron el auto indagatorio, reconocieron el lugar y recibieron algunas declaraciones en el sumario por la destrucción de la casa y del Archivo del Juez parroquial, Miguel S. Solís y de la casa de Eloy Campos, relojero, de quien habían robado relojes y despedazado toda la ropa; así como de la habitación del Teniente Político, de la que se hallan rotas las puertas. Los perjudicados niegan todo, tal es el miedo cerval que se ha apoderado de ellos, de que los indígenas sindicados los maten en caso de que se descubran los autores. Con todo se ha dictado auto de retención contra Ramón Muñoz, Escolástico Sincasa, Rudecindo Paucar, José Miguel y Eduardo Chiqui, dos de éstos se hallan presos.

Quizá con estas medidas activas que han tomado los Jueces del Cantón principie la calma y ojalá no se repitan hechos tan arbitrarios de parte de los unos; y tan bárbaros de parte de los otros".

Con el precedente relato respondemos pues al interés de otras provincias, relativo al nuevo conflicto que desde ahora catorce meses agrava la situación de esta

provincia, y del que huelgan comentarios inspirados por esa obsesión de partido que mina entre nosotros toda esperanza de enderezamiento hacia la civilización y la cultura.

LA ALIANZA OBRERA. XVI: 805, 28, Abril 1921.

EL PACTO EUCARISTICO DE CUENCA

Tiene este título y con mucha razón y justicia, el compromiso antiquísimo y tradicional, por el que las principales clases sociales, el Municipio, el Cabildo Eclesiástico y el Obispo de Cuenca, contribuyen anualmente, en días determinados, a honrar al Santísimo Sacramento, en la solemnidad de Corpus Christi y todo su octavario.

Para dar con el origen de este movimiento de extraordinaria piedad, a los principios de la Colonia, debemos recordar que los españoles del tiempo de la conquista eran hombres de fe viva y ardiente, aunque no siempre las costumbres de todos ellos estuvieron de acuerdo con esta fe; profesaban especial devoción al Santísimo Sacramento y a la Inmaculada Madre de Dios. Eran aquellos tiempos en que S. Francisco de Borja, San Pascual Bailón, el Bto. Juan de Rivera y damas de la más alta aristocracia española, como la Condesa de Feria y Dña. Teresa Enríquez viuda de Don Gutierre de Cárdenas, primer Duque de Maqueda, llamada por el Papa Julio II, la *Loca del Sacramento,* por su entusiasmo ardoroso y generosísimo en honrar este Divino Misterio, y otros insignes personajes hacían tales extremos de amor para con el Augusto Sacramento, en la península ibérica, que han quedado como modelos de esta virtud para los cristianos de todos los siglos. Al venir a América los conquistadores trajeron consigo esta fe y esta piedad; de aquí tantas prácticas hermosas y edificantes que nos dejaron en herencia, muchas de las cuales subsisten hasta estos días como encarnadas en nuestro pueblo.

A los indios les enseñaron la hermosa salutación de: "Alabado sea el Santísimo Sacramento". Los libros de nuestro Municipio principian y acaban con esta misma invocación. De aquí el fervor con que desde la fundación de Cuenca celebraron nuestros mayores la fiesta de *Corpus Christi,* llamándola frecuentemente el Municipio, en sus principales actos y resoluciones: *"Fiesta de Cuenca, Fiesta de la Ciudad".*

Desde el principio fue conocida con el nombre de *Septenario;* porque los siete primeros días de la solemnidad de *Corpus* se celebraban en la Matriz, y la *Octava,* en todas las iglesias parroquiales urbanas. Quienes costeaban el culto en tales circunstancias eran los vecinos de Cuenca; pero poco a poco se introdujo la costumbre de que cada día del Septenario corriese a cargo de una de las principales clases sociales de la ciudad, siendo los Agricultores y los Comerciantes los primeros en contraer este compromiso, a lo que parece. Cuando Cuenca fue elevada a Sede episcopal, probablemente entonces, y no después, tanto el Obispo como el Municipio y el Clero, tomaron un día del Septenario a su cargo. Después de nuestra emancipación política de España, en tiempos ya de la República, y cuando abundaban en toda ella los generales, coroneles y demás militares de la Independencia, entonces las esposas de éstos tomaron otro día del Septenario a su cargo, que por esto el pueblo, con estilo algo bárbaro, llamaba a aquel el *día de las Militaras,* que hoy se dice sencillamente: *día de las Señoras*. Finalmente, cuando se estableció la Universidad en Cuenca, tomaron a cargo suyo otro día del Septenario los Abogados y Médicos de la Provincia. De esta manera, lentamente, al través de años y aun de siglos, quedó formado ese hermoso *Pacto de Cuenca* con la Divina Eucaristía, en virtud del cual todos los años es honrada aquí la Majestad Divina, en ese sublime Misterio, por los habitantes católicos de la región, en esta forma: los tres primeros días del Octavario de Corpus por el Obispo de la Diócesis, el V. Capítulo Catedral y el Municipio de Cuenca; el domingo inmediato, por el *Clero;* el lunes siguiente, por *las Señoras;* el martes, por los *Comerciantes;* el miércoles, por los *Agricultores;* finalmente el jueves, por la ilustre Corporación de *Doctores* de las Provincias Azuayas. Los designados cada año para rendir este culto de adoración y amor a la Majestad Divina se llaman *Diputados,* desde tiempos de la Colonia, pues su cargo es tributar aquellos homenajes al Santísimo Sacramento, en representación de la clase social a que pertenecen.

Un erudito, inteligente y activísimo investigador de nuestro archivo municipal ha publicado por la prensa, en

sendos artículos de periódico, bajo el título de "El Septenario", preciosos datos concernientes a este último, en relación con nuestro Municipio; extractamos de ellos algo que comprueba con documentos lo anteriormente expuesto.

Nuestro "Ilustre Ayuntamiento, apenas fundada Cuenca, tuvo el mérito y una y mil veces glorioso de ser el iniciador social, así como el promotor social primero, del culto público, social también, a la adorable Eucaristía... *La Fiesta del Corpus Christi, la fiesta de la Ciudad,* la llamó al principio en sus anales de gloria, empezó a costear parcialmente los gastos de la gran *fiesta de la Ciudad,* el Corpus Christi, desde el 21 de Mayo de 1692". Ese tan creyente y católico Municipio de Cuenca se preocupaba entonces no solamente de que la procesión de Corpus se hiciera con aseo, pompa y solemnidad, sino hasta de proporcionar fondos para la cera y *lámpara del Santísimo,* en la iglesia Matriz de Santa Ana, como consta del Acta siguiente: "En la muy noble e muy leal Cibdad de Cuenca en veynte e nueve días del mes de mayo de myll e quinientos e sesenta e cuatro años se juntaron a cabildo segundo qe. lo ande uso e de costumbre los muy magníficos señores Gonzalo de las Peñas, etc... y juntos en dicho cabildo se acordó y trató lo siguiente... *Fiesta del Corpus Cristi*. En este cabildo se trató por los dichos señores tenyentes y regidores: dixeron que la fiesta del Corpus Cristi viene muy cerca que mandaban e mandaron que se pregone por las calles públicas desta cibdad que los vecinos dellas limpien sus Pertenencias y las tengan limpias para el jueves venidero día del Corpus Cristi y so pena de seys pesos, la mitad para cera del Santísimo Sacramento, y así lo mandaron y firmaron de sus nombres y con esto se cerró el dicho cabildo.— Alonso de Cabrera.— Gonzalo de las Peñas, etc.".

Finalmente, para perpetuo recuerdo de este inquebrantable Pacto de la ciudad de Cuenca para con el Divino Sacramento, hase construído, a expensas de la misma, el hermoso templo del Santo Cenáculo, dedicado de

modo especialísimo al culto de la Sagrada Eucaristía, y confiado actualmente al Clero secular de la Diócesis, como monumento que debe testificar constantemente a las presentes y futuras generaciones que *"Cuenca es la ciudad del Santísimo Sacramento"*.

LA ALIANZA OBRERA. XVI: 809, 26, Mayo, 1921.

LA SEMANA DE JESUS

Así llamaba el Dr. D. Luis Cordero, con la clara y sencilla originalidad de su expresión, la hermosa fiesta Eucarística a la que estamos asistiendo.

Necesítase más que el imperio de la honradez y del orden que tanto hemos menester, del gobierno de la fe que opone a las dificultades de la crisis pública, necesítase, decimos, afrontar contra toda catástrofe nueva la persona misma de Jesucristo.

Cuando los pretores del César desmayaban ante el peligro, la sola presencia del Augusto fortalecía a sus huestes y ahuyentaba al contrario.

Nada significa para la dispersión de la mala cruzada el esfuerzo cotidiano de los hombres; el Caudillo Sacrosanto con sola su mirada confunde al adversario y reorganiza las fuerzas de su ejército: ¡Jesucristo en medio de los hombres todavía! Vencedor el vencido, vivo y triunfante el que murió.

Qué obra más espléndida podemos imaginar para la victoria de la Cruz.

La Semana de Jesucristo equivale a una revista de gala a que sujeta El a las fieles compañías de su real cortejo.

Un pueblo que riega a los pies del Señor todos los afectos del corazón y le levanta himnos de Hosanna, de triunfo y adoración difícilmente se perderá en el concierto de los pueblos, y al contrario, ganará como pocos en el estadio de la civilización que brota de la palabra de Jesús y de la ley de su Evangelio.

Jesucristo presente en el mundo cuando el mundo le combate, y los poderes de la tierra le disputan un palmo, equivale al constante triunfo de su Altar y a la derrota simulada de sus enemigos.

Explíquennos ellos cómo puede erguirse como Rey todavía, en pedestal de corazones ese agredido Capitán, ese Angel del futuro siglo, blanco a la vez de las protestas de aniquilamiento, al frente de las aguerridas falanges de la edad moderna. Si la Eucaristía no fuera un Divino Misterio, tampoco sería posible explicar qué otra fuerza interna sostiene este gran elemento de fe, que lleva aturdidas a las generaciones disidentes y a los sofistas que reniegan de su propaganda ante un átomo adorable de pan consagrado.

Que la Semana de Jesús sea para Cuenca la época más gloriosa del año: que el perfume de este olor de Cristo llene los corazones, las familias y la sociedad. Y de Cuenca se extiende por los confines todos de la República esta fe salvadora, esta fe en Jesucristo, conducida por doquiera mediante sus sacerdotes, sus misioneros y sus impertérritos católicos, que afiancen de esta manera con su prestigio, su pluma y su palabra el honor y el bien de la Patria.

No hay pueblo más grande que aquel que triunfa con Jesucristo a la cabeza.

Sea Cuenca el perenne altar de la Sagrada Eucaristía.

LA ALIANZA OBRERA. XVI: 810, 2, Junio, 1921.

EL TRANSITO DE NUESTRA SEÑORA

Luis Veuilliot, el jefe del periodismo socialmente cristiano, que guerreó contra el liberalismo católico, atribuía a este sistema político el olvido de lo sobrenatural, el respeto humano, en aquello de apertrecharse al fuero de la conciencia, y no permitir que asome ni a la pluma ni a los labios la evocación de nuestros grandes misterios. "Quién es el valiente entre ellos —decía— que ose invocar a Dios y a Jesucristo en presencia de una academia, ante un concurso de políticos. Nombrar a los santos, por quienes se civilizó la tierra, o a la Reina de los Santos, por quien se dignificó la humanidad, eso no lo hacen los espíritus fuertes, cuya energía consiste en doblarse como el hierro falsificado y no en quebrarse con el templado acero".

Que no sea para nosotros el reproche del irreemplazable renovador del periodismo francés, que tengamos en cuenta, antes que nada, el honor de nuestra fe. Enseñemos hasta con el débil ejemplo de nuestra modesta propaganda a gloriarnos con los misterios de la adorable religión. Hoy que la Iglesia conmemora el recuerdo más celestial de la Virgen María, pensemos que su tránsito a los cielos, además de que es un dogma futuro, constituye también un dato de piedad histórica que más enaltece la fe de los grandes reyes de Polonia y Francia. En efecto, esas antiguas dinastías a cuyo eclipse hemos asistido, inundáronse valientes en los resplandores hermosísimos del Tránsito de María. La fidelidad de Polonia a esta creencia acaba de devolverla a su autonomía. El conjunto de hechos civiles y religiosos de los principales de la cruzada francesa desde los progenitores de S. Luis hasta Luis XV, prueban con la solemnidad de la crónica que la Reina de la tierra, transportada por los ángeles al Cielo, es ya la Emperatriz de los cielos y la tierra. "De la verdad no parece ni un átomo, dice el Angel de las Escuelas; y era verdad difundida por el mundo u oculta bajo el velo de los siglos resplandece derrepente; chispa de incendio que estalla; y así lo observamos desde ahora cuatro lustros, cuando al rayar del siglo XX, un impulso de fervor constriñe a la Santa Sede, con el ob-

jeto de proponer a su inefable criterio el estudio más profundo y contraído que cabe con la definición del Dogma del Tránsito. ¡María en los cielos en cuerpo y alma! He ahí en un solo término toda la tesis de la ver dad que, como misterio de fe, coronará, con nimbo divino, las sienes de la Inmaculada Concepción. Europa, Sud América, y no menos que ellas las regiones católicas de la América del Norte, varias iglesias del Africa y del Asia y colonias misionadas de la Australia y el Archipiélago, todos elevan con mucha frecuencia peticiones a Roma, en mérito de la definición que se ansía, y atribuyen a la más respetable de las antigüedades la devoción a María en el misterio de su Asunción. Dichosas las generaciones que asistan a esa excelsa fecha, cuando en el mismo punto y a la misma hora, mediante los vehículos y los medios que la ciencia pone en manos del hombre, se oiga hasta el último rincón del mundo: Declaro yo, en nombre de Dios, desde mi Cátedra, como Vicario de Jesucristo, que la Virgen María fue asumida a los cielos en cuerpo y alma por el poder del Altísimo; y el que lo negare quedará fuera de la comunión de la Iglesia. Cuando así suceda realzará definida hasta en sus últimos detalles la glorificación estupenda de Aquella que es la Madre de Dios: nueva derrota para el infierno, victoria espléndida para la raza de Adán a la que pertenecen un Dios Hombre, y su Madre sin mancha, la Reina de los Angeles. Que estas esperanzas de nuestra fe se cumplan cuanto antes, para que este nuevo oráculo de la verdad infalible, como una esencia que desinfecta al mundo del error, prevenga ya el reinado de Jesucristo.

LA ALIANZA OBRERA. XVI: 819, 18, Agosto, 1921.

ABSOLUTA NECESIDAD DE SANCION SOCIAL EN LAS DEMOCRACIAS

Impunidad de nuestro Gobierno.— Acefalía del pueblo.— El Diputado Cordero Dávila y otros Diputados.

Todo gobierno, cualquiera que sea su forma política, bien monárquica o republicana, necesita del estímulo de la opinión pública para proceder recta y acertadamente; de otra suerte el ímpetu de las pasiones se sobrepone casi siempre a la voz de la justicia y la razón; pero en las Democracias en las que el control del pueblo es como su vida, necesitan más que las monarquías del acicate continuo de la opinión sensata para no extraviarse en sus actos.

Una de las causas del mal proceder de las autoridades políticas y de los agentes de la administración pública, entre nosotros, es la indiferencia musulmana con que el pueblo en general, y hasta la misma prensa, no pocas veces, miran los actos de los encargados del gobierno en cualquiera de sus dependencias. Si un juez inicuo es querido y respetado al par del justiciero y probo: ¿qué estímulo tendrá el segundo para permanecer firme en la senda del honor y la rectitud?... Si un magistrado, por ejemplo un gobernador, dilapida los fondos públicos, oprime a la Provincia cuya dirección se le ha confiado, la esquilma de cuantas maneras están a su alcance, y este tal es reconocido y hasta celebrado como mandatario ejemplar, ¿con qué derecho se le podía exigir que corrija sus errores y mejore su conducta?... Gran filosofía encierra por lo mismo aquella célebre frase del Conde de Maistre: "Cada pueblo tiene el gobierno que se merece".

Apliquemos ahora estas reflexiones a nuestras circunstancias presentes. Acaba de clausurarse el Congreso de 1921, en el que nada se ha hecho para bien de la República, por la inercia, apatía y falta de idoneidad de los que han sido encumbrados al difícil y arduo cargo de representantes del pueblo. ¿Cómo se les debe recibir a su regreso a las respectivas Provincias? Un Dr. Mi-

guel Cordero Dávila que ha hecho ostentación del más abnegado patriotismo y de muy preclaros talentos mediante los que ha desviado de sobre nuestras frentes el aluvión de males con que querían abrumarnos diputados ignaros y egoístas, ¿no merecerá que la culta y católica Cuenca le reciba en medio de una estruendosa ovación?. ¿Qué recompensa dará nuestro pueblo a quien tan noblemente ha defendido sus más caros intereses, como son las escuelas católicas y los institutos religiosos?... En una correspondencia de Quito, de 7 del presente, leemos lo que sigue: "La pasión sectaria del diputado (de los desafíos) hizo que ultrajara a la culta sociedad cuencana, diciendo que vive ésta bajo la dominación del oscurantismo. El Dr. Cordero Dávila protestó virilmente contra (estos) conceptos injuriosos... Pero otro diputado manifestó que Aspiazu no había ofendido a su ciudad natal diciendo la verdad. ¿Este será digno de pertenecer a la culta ciudad cuencana?... ¿Qué hará el pueblo de Cuenca para manifestar su gratitud al dignísimo representante suyo, el Dr. Cordero Dávila y su justa indignación contra ese otro *indigno de pertenecer a la culta sociedad cuencana?...*

LA ALIANZA OBRERA. XVII: 826, 13, Octubre, 1921.

VIDA OBRERA

Con vehemencia esperábamos ver cumplidos en un día en que no ha estado muy lejano, los deseos de que en Cuenca, la ciudad del talento y del buen gusto, se fundara un círculo de obreros católicos.

En nuestra República a iniciativa de un entusiasta caballero guayaquileño el señor don Virgilio Drouet, se ha dado comienzo a tales funciones.

No era posible que Cuenca quedara sin este adelanto más para bien del pueblo trabajador. El día 18 del presente la Sociedad Alianza Obrera por su Directorio ha dado comienzo a la magna obra de verdadera regeneración para la mujer cuencana.

La agrupación de señoras y señoritas que han concurrido entusiastas a la invitación previa, que se les ha hecho, han acordado llamar a su círculo: "Sociedad de Socorros Mutuos de la Inmaculada Concepción". Se dejaba sentir apremiantemente la necesidad inaplazable de dar principio a una obra que más tarde hará ver sorprendentemente sus ventajas.

Después de comprender los innumerables beneficios que les resultará, las sesenta personas, entre señoras y señoritas, que han concurrido, han nombrado el personal directivo, que, dadas las prendas de virtud y honradez que le adorna, es reelecto.

Para Presidenta, ha sido designada la virtuosa señorita Cruz Chacón; Vicepresidenta, la entusiasta señorita Concepción Luzuriaga; Tesorera y Secretaria, respectivamente las honradas señoras Filomena y Adela Hidalgo. Para Vocales principales las competentes señoras: Asunción Montesdeoca, Carmen Alvear y Margarita Galán; Vocales suplentes: Dolores Tello, Josefa Valladares y María Chacón.

Las socias han fijado el primer sábado de cada mes

para sus reuniones piadosas, y para la Sección General el Primer Domingo de cada mes a las dos de la tarde.

Cada socia pagará la cuota mensual de cuarenta centavos que se depositará en la Caja de Ahorros y servirá para beneficio de las asociadas.

En caso de enfermedad grave, tendrá derecho a que la Sociedad le proporcione médico, medicinas y un diario para su alimentación. En la recepción de los últimos Sacramentos las socias acompañarán en corporación a la ceremonia religiosa.

Igualmente, asistirán en corporación a los funerales y entierro de una socia difunta.

Como se ve, el programa no puede ser mejor. Hacemos votos porque la Sociedad de Socorros Mutuos de la Inmaculada Concepción tenga feliz éxito en todas sus empresas y que las bendiciones celestiales no escaseen jamás en el nuevo círculo de obreras cristianas que se han puesto al amparo de María Inmaculada.

Ojalá las hijas del pueblo cuencano acudan presurosas a alistarse a tan hermosa agrupación femenina que tan necesaria es en nuestros tiempos.

LA ALIANZA OBRERA. XVII: 853, 20, Diciembre, 1921.

¡FALTA UN HOMBRE!

27 años de vergüenza.— Al mejor postor.— Sólo nos queda la protesta.

Al fin hemos llegado al caso de exclamar, en vista del desastre económico que está descargándose sobre la infeliz nación ecuatoriana, víctima ya cerca de veinte y siete años de la explotación de politiqueros ambiciosos, que con el antifaz del patriotismo que nunca tuvieron, han buscado sólo el medro personal, explotando y enriqueciéndose a costa del pueblo. He ahí los frutos que estamos cosechando, después que la República entera ha gemido bajo el peso de la carga impuesta por los especuladores de la política, que no les importó la suerte de la nación mientras se hallaron gozando al amparo de leyes y decretos dictados en exclusivo beneficio.

No hay el hombre, capaz de detener la crisis y señalar el camino que se ha de seguir o los medios que se han de emplear para salvarse del naufragio en que seguramente pereceremos sin remedio.

Crisis económica, desbarajuste comercial, impuestos exhorbitantes, carestía de la vida, y por último la hacienda pública en manos de incapaces de manejarla y de contener el desastre que le amenaza. Acaso no dicen claramente los que conocen al Ministro de Hacienda recientemente nombrado, Sr. Emilio Cucalón, ¿usted entenderá de cualquier cosa y será bueno hasta para dirigir la aviación, pero no sólo dudamos de su competencia en materias de hacienda pública, sino que en el puesto en que le colocó su amigo el doctor Tamayo, usted no sabrá ni en dónde se para...?

Ahora se empeña cierta prensa en aconsejar al Gobierno que contrate un experto extranjero, para que salve a la Hacienda Pública del abismo en que le ha metido el *partido de la luz*, con el sinnúmero de leyes, decretos y sistemas rudimentarios de recaudación incapaces de llenar con su objeto.

Acaso no estamos viendo lo que es y significa, por ejemplo la renta de aguardientes y el modo como maneja el Gobierno cuando está en sus manos. Cada año el Congreso liberal que se reúne dicta una ley especial, repleta de penas, multas para los contrabandistas, pero dejando mil puertas de escape para que cada cual se burle de ella y por consiguiente nadie obedezca.

Así marchan las rentas públicas en el más lamentable desorden, sujetas a leyes, fruto de la ignorancia de la mayor parte de los legisladores de estos tiempos, que con tal de ganar los veinte sucres diarios que se hacen pagar por el Erario y de cumplir cierta consigna de política sectaria y antirreligiosa, hicieron poco o ningún caso de estudiar las necesidades del pueblo, ni los medios de salvar al país del desastre a que le ha conducido la ambición desenfrenada de pésimos gobernantes.

¿No es una vergüenza que tengamos que llamar a un extraño para el manejo de nuestra casa y de nuestros propios bienes, porque somos incapaces de arreglar lo que nuestros administradores de la cosa pública han dejado alborotando?

Pobre Dr. Tamayo, en qué época tan aciaga le ha tocado dominar; por más buena voluntad y patriotismo que le sobre, para conjurar la crisis económica, siempre saldrá mal librado de ella; pero es justo reconocer que el mal actual es la herencia dejada por los gobiernos anteriores, que se preocuparon tan sólo de hacer política liberal, en el sentido que ellos entienden y de enriquecer a sus agnados y cognados.

¡Qué necesario es un García Moreno para estos tiempos!...

LA ALIANZA OBRERA. XVIII: 864, 14, Enero, 1922.

¡NO SABEMOS AUN QUIENES NOS REPRESENTAN!

Las listas para las diputaciones se suceden, se modifican, se alteran inusitadamente. Un día están liberales y conservadores en contrapeso igualitario; otra vez, aparecen tan sólo liberales, y de entre estos mismos, varían las listas hasta lo indecible.

No ilusionemos al pueblo. Acaso el domingo, día desocupado para el obrero, pueda éste ir a terciar en las elecciones, y la lista propuesta y sostenida por el pueblo obtenga notoria mayoría; trátase también de cierto aparente barniz de libertad electoral; porque en los días restantes, ya el voto popular ni se lo toma en cuenta, y con abrumadora y sorprendente mayoría triunfa la lista venida desde las inaccesibles alturas de la omnímoda voluntad ejecutiva.

Y causa espanto, por otra parte, no saber a qué atenernos en punto a nombres candidatizados: hoy Juan; después de una hora, Diego; y en las listas enviadas a pueblos y cantones, consta ya el nombre de otro postulante.

Bien está que lluevan nombres propuestos a la consideración del pueblo cuando éste discute, que se escoja lo mejor de lo mejor, pero sin aquellas escaramuzas, sin esa infinidad de escamoteos que al fin y a la postre, dan mucho que decir sobre la gran inconsecuencia liberal.

El ocultismo, la camarilla, los conciliábulos, que el liberalismo atribuye al conservatismo, es precisamente el *modus operandi*, de los secuaces de la transformación del 95. ¿Por qué no hay limpieza en estos días de interés público?

Que sepa el pueblo quiénes van, que sepa quiénes saldrán, y no se les sorprendan con listas de última hora.

LA ALIANZA OBRERA. XVII: 913, 16, Mayo, 1922.

LO QUE DEBE LEERSE

"Yo creo que la lectura es el molde del alma" y que son las lecturas las que hacen a los hombres: "Dime con quién andas y te diré quién eres".

Yo creo que el temperamento intelectual se forma como el temperamento del cuerpo: "con las comidas que se le sirven".

Yo creo que las "malas lecturas" son tan perniciosas para el alma como el veneno lo es para el cuerpo.

Yo creo que la lectura de las novelas hasta aquellas que se dan por "buenas", sacan el carácter de su "gravedad" y a la vida su "seriedad", al corazón su pureza y a la voluntad su fuerza.

Yo creo que un gran número de personas se hacen graves ilusiones sobre las lecturas que leen o dejan leer a otros: un pasatiempo, una página muy bien escrita, un medio de conocer el mundo y no ser engañado, un recurso contra el aburrimiento... esos son los pretextos para hacer callar las alarmas de una conciencia cristiana.

Yo creo que las personas que permiten, favorecen, imponen y aconsejan lecturas peligrosas, malas y aún frívolas, contraen una terrible responsabilidad ante Dios.

Yo creo que en el momento de la muerte, una multitud de ilusiones se disiparán tarde con detrimento de muchas almas.

Yo creo que si las almas perdidas por las malas lecturas se nos aparecieran de repente, nos horrorizaría su número.

Yo creo que si los libros malos pudiesen hablar, revelarían cosas espantosas sobre el apostolado de la prevención que han ejercido en las almas.

Yo creo, en fin, que no hay obligación de tener libros peligrosos; su sola presencia es una hoguera permanente de corrupción. Y todo eso lo creo en nombre del buen sentido, de la experiencia y de la fe.

LA ALIANZA OBRERA. XVIII: 927, 20, Junio, 1922.

POR EL ORIENTE

Entre varias personas verdaderamente cristianas y patriotas germina la noble resolución de fundar un cepillo destinado a ayudar a los misioneros, que, llenos de caridad y celo apostólico se dedican a la evangelización de los salvajes de Oriente.

Por datos fidedignos se sabe que en algunos lugares de la misión, se carece de todo recurso. Fueron los misioneros a las selvas, se internaron llenos de amor a Dios y a su patria, el Gobierno ofrecióles su apoyo, protección y auxilio pecuniario, y hoy, desde hace tiempo, nadie se acuerda de ellos y están en situación tan mísera, que corren peligro de perecer de necesidad.

Será justo que en una sociedad cristiana y generosa no haya un impulso de compasión hacia estos abnegados sacerdotes que llevados del don de Dios renunciaron su tranquilidad, sus modestas comodidades, el consuelo de sus hermanos de religión y que en medio de su heroica virtud la sociedad permanezca indiferente.

El Gobierno de la República tiene para todos los gastos de la administración, cada mes hay unas cuantas recepciones, comilonas y zarandajas, y a los patriotas, defensores de la integridad nacional niegan todo recurso, al misionero que es el único adalid y valiente defensor que con la cruz en la diestra planta el pendón patrio en los dilatados confines.

Que haya equidad y justicia para estos nobles ciudadanos, compatriotas nuestros; que no se olvide él de su solemne compromiso de cuidar siquiera de su modesta sustentación, y si es necesario que la caridad y sentimientos humanitarios de esta culta sociedad intervenga en socorro de las misiones del Oriente ecuatoriano, que se abra paso el proyecto de las almas nobles que han motivado estas líneas.

LA ALIANZA OBRERA. XVII: 954, 26, Agosto, 1922.

HONORATO VAZQUEZ

La personalidad de este hombre público, por su vasta ilustración, sagacidad y cultura intelectual, es conocida en el Ecuador y en la América, estimada en Europa, especialmente en España, donde se le honró como Individuo de número de la Real Academia, por la perfección de sus conocimientos lingüísticos.

A estos esclarecidos merecimientos, enmarca la rara virtud de la prudencia, don de inestimable valor para las altas funciones del Estado.

Nuestros Gobiernos han reconocido en el Sr. Dr. Honorato Vázquez, tan elevadas prendas sociales, confiándole desde muy joven delicados puestos en la administración de la República. Diputado a la Convención de 1883 y Secretario de ella; Subsecretario en el Ministerio de lo Interior cuando Ministro don José Modesto Espinosa; en la honrada administración de D. Luis Cordero, Ministro de RR. EE., y, luego, Enviado Extraordinario en las misiones diplomáticas de Venezuela y el Perú en compañía de Crespo Toral; y por fin, a instancias del General Plaza, Plenipotenciario del Ecuador ante la Corte de España para el pleito de límites con los vecinos del Sur. La personalidad del Dr. Vázquez, reconocida y aplaudida por los hombres de letras, ha recibido múltiples testimonios de culto homenaje a sus virtudes.

En la instrucción pública es donde sus conocimientos de Maestro y Director de asociaciones científicas y literarias han resplandecido mejor; debido a ellos tenemos estadistas formados por él que sirven hoy a la Patria con gran provecho.

Si hemos traído a la memoria estos antecedentes, es porque ha llegado el tiempo en que, según la ley, el Congreso debe nombrar Rectores y reorganizar Universidades.

Preguntamos ahora, ¿a quién debería confiarse tan elevado cargo? ¿Cuál sería la persona que reuniendo en

sí altas prendas de saber y probidad pudiera sentarse con honor en el sillón del Rectorado Azuayo? ¿Quién el llamado a reemplazar con gloria a los Malo, Cueva, Vázquez Juan B., Ilmo. León, Palacios Correa, Cordero y otros más, sino el esclarecido Honorato Vázquez?

El maestro de la juventud, en sus dos últimas administraciones, ha colocado a la Universidad del Azuay en el rol de las modernas universidades a pesar de los adversos tiempos y continuas crisis de la Nación. La nueva y elegante Escuela de Medicina; la actual construcción del Palacio Universitario, en la plaza "Abdón Calderón", que reclamará un nimbo de gloria a su nombre y al de sus dignos colegas los miembros de la Junta Administrativa; el mejoramiento de la Biblioteca Pública, de las clases de dibujo, pintura, litografía y talleres de imprenta. Luego, ¿quién será el llamado a continuar y perfeccionar tan monumentales empresas, sino el mismo que las concibió y las puso en ejecución con arte y talento?

Necesario es prescindir de la pasión política para apreciar las cosas como son. Para el Sr. Dr. Vázquez, en el santuario de las ciencias no hay espíritu de partido; y el profesorado universitario, a pesar de sus contrarios principios políticos, no han sido óbice para que en unidad de acción, la enseñanza superior continuara por los nuevos rumbos que señala el progreso, sin apartarse de los Reglamentos; y si se tratase de juzgar de la conducta administrativa de su Rector, en solidaridad de servicios con las Facultades de Jurisprudencia y Medicina y de la misma Junta Administrativa, los censores tendrían que enmudecer tributando un fallo de admirativos aplausos.

Hay, pues, hasta cierto punto, hombres irreemplazables; cuya ausencia significa muerte; hay cerebros superiores llamados a dirigir la vida de una colectividad, la que no podría perdurar privada de ellos. Esto acontece con el actual Rector de nuestra Universidad; y bien haría el Congreso de 1922 si atendiera a la insinuación que hacemos; con lo cual honrándose a sí mismo, rendiría testimonio de general homenaje al indiscutible adalid de

la prosperidad universitaria del Azuay.

¿Jubilación para el Sr. Dr. Vázquez?... No es llegado el tiempo de agasajarle en esta forma, con descanso inmotivado, cuando aún trabaja con pleno vigor juvenil; pues la Patria demanda su cooperación, esa cooperación de luces, de experiencia, preciado fruto de la edad provecta, distinguida por una moral intachable y una honradez acrisolada; prendas de las que aprovechándose las presentes generaciones, servirán de sabia para la formación de la posteridad.

LA ALIANZA OBRERA. XVII: 961, 12, Septiembre, 1922.

EL PERU AVANZA, EL ECUADOR DUERME

Hiere la delicada fibra del amor patrio, cualquier noticia que dé a conocer la audacia de los peruanos posesionándose del territorio sur y oriente de nuestra República. Hace pocos meses, a título de derrotados, recorrieron varios espías toda la zona oriental de los Andes, tomando nota de la topografía y cualidades geológicas del terreno para levantar planos y llevar al Gobierno peruano mensajes concluyentes sobre nuestra indolencia y absoluta impericia. Ayer circularon mapas, mandados a trabajar por el Gobierno de nuestros seculares enemigos y en los que los límites del Ecuador estaban señalados por una estrecha porción comprendida desde Paute hasta Carchi, y desde Guayaquil a Esmeraldas, con exclusión completa del Oriente ecuatoriano. Hoy se denuncia que de años atrás en las escuelas de los pueblos de la provincia de Loja, servían de texto geografías editadas en el Perú...

¿Y qué dice el Supremo Gobierno? y ¿se preocupa, a lo menos remotamente, de atender la gran provincia oriental? ¿Se calcula el significado del sordo avance peruano, no solamente adueñado de los ríos tributarios del Amazonas, sino lo que es desesperante, introduciendo autocamiones hasta el mismo cantón de Celica que forzosamente necesita del comercio de Paita? El 10 de Agosto, como un sarcasmo a la celebración de nuestra Independencia, hicieron los habitantes de la vecina del sur, la primera excursión desde Sullana hasta Alamor, en mudo alarde de posesión de aquellas comarcas, por cuyos caminos ruedan autocamiones y automóviles peruanos.

Mientras el Congreso no se preocupa sino de oprimir la conciencia católica y a los Misioneros, el ejército peruano planta sus banderas y cobija y ampara con sus leyes y su comercio a las tribus salvajes que declaran guerra a muerte a las demás tribus de Macas.

No necesitará el Perú apoderarse del Ecuador, mediante la fuerza de las armas; bastan la miseria y apatía

en que vegetamos para que, con la ironía en los labios, cuando menos lo pensemos, nos opriman manos enemigas.

Sullana, Celica y Macará esas pobres comarcas olvidadas hace siglos por el Poder Nacional, no tienen otra salvación que la salida al mar por Panta, y con el confort que les ofrecen los automóviles de propietarios peruanos, que, sin engañar eternamente con ofertas de trenes ilusorios, se han puesto manos a la obra, y han terminado las carreteras que les servirán desde el punto de vista del turismo, de la propaganda y de la estrategia.

La política peruana, intrigante y camarillezca trabaja sin descanso para apoderarse del resto de nuestra región oriental, abandonada, relegada, y apenas visitada por uno que otro apóstol de las Misiones religiosas.

Parece que desde que se pensó en la Dirección de Oriente, el Oriente ecuatoriano fue a reclinarse en manos del Perú. La Dirección de Oriente resultó una farsa ignominiosa, creada, no hay duda, para satisfacer la ambición de una familia, de una sola familia.

El Perú avanza; el Ecuador duerme. El Perú cree que juega con el Ecuador como el felino con su indefensa víctima.

Dolorosamente nos asiste la convicción de que clamamos en el desierto.

LA ALIANZA OBRERA. XVII: 965, 21, Septiembre, 1922.

SANTA TERESA DE JESUS

Santa Teresa de Jesús es admirada de muchos, mas imitada de pocos. Muchos quieren ser sabios como ella, pero no humildes. Todos desean sus luces, más pocos como ella renuncian a su propio parecer, sentimiento y juicio: no obstante eso es indispensable para llegar a la unión con Dios. Esta renuncia y abnegación es la piedra de toque para distinguir la verdadera devoción de la falsa, y la verdadera contemplación de ilusiones y engaños. Ten por sospechosas las luces de aquellos que no quieren renunciar sus propios conocimientos.

La humildad y la obediencia hicieron de Teresa la más instruída de todas las mujeres; mas su amor hizo de ella la más diligente de las esposas de Jesucristo. Hay dos secretos de amor: uno que obra, y otro que padece: el de Santa Teresa era como un fuego, siempre en acción. Era tan ardiente, que ya en su infancia le inspiraba a dejar la casa paterna para correr el martirio: era tan puro, que hizo voto de practicar todas sus acciones con la mayor perfección que conociera posible; era tan universal, que extendía hasta querer convertir a todo el mundo; era tan fuerte y constante, que jamás se enfriaba.

Santa Teresa hizo grandes cosas por Dios; pero todavía fue mucho más lo que por Dios padeció. Dios, los hombres, los demonios probaron su amor y ejercitaron su paciencia. Dios con desolaciones, los hombres con sus persecuciones, y los demonios con tentaciones. Es verdad que Dios dispensó por esto gracias y favores extraordinarios; mas estos precisamente aumentaron sus dolores por la incertidumbre de su estado y por la diversidad de pareceres entre sus directores. El mismo Hijo de Dios le aseguró que era El mismo quien le hablaba, y ella se privaba de su presencia por obedecer a sus confesores. La obediencia la salvó y la impidió que cayese en ilusiones.

Su amor era insaciable en padecer. Veíase afligida continuas enfermedades, y con todo atormentaba su

cuerpo con penitencias: "O padecer o morir", decía. "Las cruces voluntarias ayudan a llevar las necesarias". Santa Teresa logró lo que deseaba cuando Nuestro Señor la recibió solamente por su esposa; pues un Serafín se le apareció con un dardo encendido y le traspasó el corazón. Desde entonces en adelante "sentía el fuego de aquella divina llaga, que la consumía de amor; y el dardo que le penetraba y hacía desfallecer de dolor". "Yo no sé, decía escribiendo a su confesor, ni soy yo la que habla, la que vivo y la que respiro; más me parece, que alguien habla, vive y respira en mí". El amor hizo tal impresión en su corazón, y el dolor en su cuerpo, que no pudiendo resistir al uno ni al otro, enfermó; y después de haber dado señales bien claras de su humildad, caridad, pobreza y obediencia, entregó su espíritu a Dios, diciendo que moría la más contenta del mundo; porque moría hija de la Santísima Virgen y de la Santa Iglesia.

Finalmente, Santa Teresa es la Madre más venturosa de todas las madres, siendo la única en su sexo, que haya fundado una Orden de religiosos y religiosas. ¡Y cuántas penas sufrió al dar a luz a estos sus hijos! ¡Qué de persecuciones no sufrió de los mismos que debían contribuir a sus designios! No obstante, llevó a cabo su intento: su Orden se halla hoy extendida por toda la tierra y Teresa es reconocida por una de las más santas, más fecundas, más dichosas y más gloriosas de las madres de espíritu.

LA ALIANZA OBRERA. XVIII: 975, 14, Octubre, 1922.

EL AÑO JUBILAR

Cómo se concibió la idea de la Congregación del Ecuador

El R. P. Manuel J. Proaño, S.J., en 1870, ejercía el cargo de Director de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, en la Capital de la República, y aprovechando una ocasión confidencial para manifestar sus ideas a García Moreno, le expuso que el mundo se perdía a causa del naturalismo.

¿Y cómo acogió García Moreno el proyecto que por vez primera se le presentaba? "No puede concebirse, contestó, idea más plausible ni más conforme con los sentimientos que me animan de promover en todo sentido la prosperidad y ventura del país cuyo gobierno me ha confiado la Divina Providencia, dándole por base la más alta perfección moral y religiosa a que nos llama la profesión práctica del cristianismo. Reconozco la fe del pueblo ecuatoriano; y esa fe me impone el deber sagrado de conservar intacto su depósito, aunque sea a costa de mi vida. No temo a los hombres; porque más alto está Dios; y si en algún tiempo fue deber indeclinable de todo sincero hijo de la Iglesia confirmar la fe del corazón con las más explícitas, reiteradas y solemnes profesiones de los labios, no hay duda que urgentemente lo es la época actual cuando, aún entre los pueblos creyentes, la enfermedad endémica del siglo es la debilidad de carácter. A mí me odia la secta; me aborrecen de muerte los perversos; pero yo, en el acatamiento de nuestro Padre Jesús, me reconozco indigno de tamaña gloria. No temo, pues, a los hombres; más digo: ¿será el Ecuador una ofrenda digna del Corazón del Hombre Dios?... Este Corazón es Santo, Inmaculado: ¿hemos logrado ya moralizar bastante a los pueblos? ¿Hemos santificado el hogar doméstico? ¿Reinan la justicia en el foro, la paz en las familias, la concordia entre los ciudadanos, el fervor en el templo?... El Corazón de Jesús es trono de sabiduría: ¿acepta sus enseñanzas el pueblo ecuatoriano? ¿es dócil y sumiso a este divino magisterio? ¿recibe y acoge con amor sus inspiraciones, rechaza prácticamente todos los errores del siglo y se sobrepo-

ne a toda la perversión actual de las ideas?... No temo a los hombres, pero temo que este país no sea ofrenda digna del Corazón de Jesucristo. Pidamos con fervientes plegarias al Señor que nos envíe misioneros santos, apóstoles infatigables. Vengan a lo menos cincuenta sacerdotes celosos y caritativos que recorran todo el territorio de nuestra Patria, visiten nuestros pueblos sin dejar rincón, y enseñen y prediquen el Evangelio, y conviertan, si es posible a los pecadores; y entonces podremos presentar con manos puras al Dios de la pureza un pueblo purificado con la Sangre Divina; entonces alzaré yo al Deífico Corazón un nuevo templo!..."

Hondamente conmovido, aunque sin sorpresa alguna, había escuchado el P. Proaño; mas, haciendo pie en las mismas razones de García Moreno, le repuso con espíritu de asceta y firmeza de teólogo que la Consagración del pueblo ecuatoriano al Divino Corazón requería, ciertamente, la más alta perfección moral, no sólo de los individuos y de las familias, sino también de la sociedad en general; pero que era igualmente cierto que esa misma perfección no es realizable, ni siquiera concebible, sin los auxilios sobrenaturales de la Divina Gracia la cual se derramaría de seguro muy copiosa sobre este pueblo, si con *espíritu de reparación*, daba un testimonio público y solemne de su fe religiosa contra la apostasía casi general de los gobiernos; y que Dios, en premio abriría las alas de su protección sobre nosotros, y apartando sus ojos de nuestras miserias, se complacería tan sólo en aquello que de nuestra parte tendía a reparar de algún modo sus ultrajes y a volver por su honra y por su gloria.

A tales consideraciones el cristiano Jefe de la República, no replicó, e hizo suya la idea, consultó con los Prelados, y el Congreso de 1873 dictó el Decreto respectivo.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.016, 25, Enero, 1923.

¿LIBERTAD DE SUFRAGIO?

Con motivo de acercarse la época eleccionaria se andan los partidos del actual gobierno, pregonando que no habrá candidato oficial para la Presidencia, y que, lo que es más, en esta vez va a realizarse el milagro de tener los ecuatorianos verdadera libertad de sufragio. ¡Libertad de sufragio!... ¡el Sr. Dr. Tamayo! Si no tuviéramos pruebas en contrario, y pruebas elocuentes, quizá pudiéramos engañarnos por centésima y última ocasión; pero esto no es posible racionalmente hablando, porque con justicia mereceríamos el título de candorosos.

Nada de engaños y de ilusiones: el Dr. Tamayo nos ha de imponer candidato, aunque no sea oficialmente; el Dr. Tamayo ha de cohibir la libertad de elecciones, aunque sea por medios distintos de los de la fuerza, a la cual también ha de apelar si llega el caso, porque tampoco él como buen liberal, ha de dejar perder por papeletas lo que su partido ganó por la fuerza de las armas.

De modo que, no crea el pueblo ecuatoriano que esta vez va a presenciar el milagro de la libertad; pero no crea tampoco que, con la convicción de la falta de esa libertad, tiene derecho para quedarse en su casa, librándose de toda obligación y responsabilidad. No, el pueblo tiene que hacer acto de presencia, cueste lo que costare, porque se trata de un derecho suyo inalienable de su vida ciudadana, que tiene que ejercerlo aún con grandes sacrificios. De no ejercerlo, es preferible que se borre el título glorioso de ciudadano ecuatoriano, porque ecuatoriano cobarde y apocado no se concibe, después de las legendarias proezas civiles y políticas que, de los ciudadanos patriotas, llenan la historia del Ecuador.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.022, 8, Febrero, 1923.

JUNTA ORIENTALISTA

Esta Corporación, que de modo tesonero, aunque silencioso trabaja por todo lo que tiende al bienestar de nuestra hermosa región levantina, tan digna de ser mirada con verdadero interés patriótico por los Poderes Nacionales, celebró sesión el día martes 6 del presente, con arreglo a la correspondiente disposición reglamentaria.

En dicha sesión se trató de la inaplazable necesidad de recabar del Ejecutivo el pago de las subvenciones mensuales para el camino del Pan a Méndez, así como que se provea de unos mil tiros de dinamita, para que pueda proseguirse la construcción del mismo camino, hoy suspenso por falta de dinero y explosivos, siendo tan importante la apertura de esta vía que en concepto del distinguido italiano don Luis Malvetzi, es ella la salvadora del Oriente ecuatoriano, por reunir las condiciones de un camino de media costa, sumamente directo y que ofrece durabilidad indefinida. La Junta comisionó a su Presidente, Dr. Miguel Cordero Dávila, a que haga las gestiones del caso.

También se ocupó la Junta del asunto relacionado con la ocupación peruana del Yaupi, en el Santiago; disponiendo que se eleve al respecto un informe al Supremo Gobierno, a fin de salvaguardar los derechos nacionales en esas regiones tan próximas a Méndez donde había osado poner su planta el invasor. La Corporación acordó dejar constancia de su protesta y recabar del Poder Nacional las medidas que el caso demanda, excitando desde luego el celo y patriotismo de los heroicos y apostólicos Misioneros Salesianos, para que sin dilación ocupen la población de Macas, expuesta también a una invasión semejante.

El Sr. Presidente manifestó la necesidad de no desentenderse de la buena conservación del camino del Sígsig a Gualaquiza, vía que es indispensable no sólo para la expedita posesión del territorio oriental aledaño, sino para que no perezcan por aislamiento e inanición las

importantes poblaciones del Rosario y Gualaquiza, que son centros florecientes de civilización e industria en el corazón de la selva.— Puso de relieve que las autoridades locales de el Sígsig abundaban en voluntad patriótica para la inmediata reparación del camino enunciado; pero que se hacía también inaplazable solicitar del Supremo Gobierno el pago de las subvenciones destinadas para tal vía en el Presupuesto Nacional vigente, a fin de que puedan llevarse a efecto las reparaciones.— Agregó el Sr. Presidente, que hablaba con perfecto conocimiento de causa y que sería criminal indiferencia abandonar a los numerosos pobladores de Chigüinda, El Aguacate, El Rosario, Cuchipamba y Gualaquiza en medio de los bosques privados de comunicación con la región interandina. Que de tal modo, tratándose de formar nuevas colonias en el Oriente como un justo anhelo nacional, se iba a dejar perecer en breve las ya formadas que eran dignas de toda atención. La Junta, tomando en cuenta tan justas observaciones, determinó aceptar las insinuaciones de su Presidente y que se las exprese en el Informe para ante el Supremo Gobierno, que elevará en breve la Corporación.

Después de haber tratado de otros asuntos de menor importancia relacionados con la misma Región Oriental, se levantó la sesión, excitándose el civismo de todos sus respetables miembros, para no desmayar en el patriótico empeño que la Junta viene persiguiendo infatigable desde hace ya varios años.

Hemos creído conveniente publicar reseñas consecutivas de las labores de la Junta Orientalista, que no dudamos interesarán a todos los ecuatorianos patriotas de los cuales la Junta espera benevolencia y apoyo para su noble y desinteresada labor.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.024, 17, Febrero, 1923.

¡SALVAD AL ECUADOR!

Este grito del alma repetido constantemente a los pies del Divino Corazón Sacramentado será un día atendido: nos lo enseña la fe; nos lo dice elocuentemente la esperanza. Nunca hemos estado los católicos peor que ahora, porque estamos en manos de Juliano el Apóstata, porque la secta maldita de la masonería, artera y solapada, trabaja eficazmente con guante blanco y, más experimentada en sus falsías y atentados, ha dejado por un momento el puñal asesino y hace uso del beso de Judas y de las cortesías de Pilato; el pueblo se engaña con estos manejos, los católicos candorosos se acercan confiados al monstruo, les lame las manos y les ciega los ojos; los Judas abundan y los Pilato son muchos en el Ecuador.

¡Pobre Patria: desventurada Religión que ya no tienen defensores y apóstoles! En lo humano todo está perdido, pero cuando escuchamos en nuestros templos aquel clamor constante de la oración fervorosa: ¡salvad al Ecuador!, nos parece que el Supremo Rey de las Naciones, compadecido de la suerte de su pueblo y satisfecha su justicia del castigo que 28 años ha pesado sobre ese pueblo prevaricador, abre sus divinos labios, levanta su poderoso brazo y dice: ¡basta! Sí, ya es bastante para una nación, no tan mala como la nuestra, los largos años de dolores, miserias y vergüenzas que nos ha hecho sufrir el liberalismo; ya se ha extremado el mal y es ley moral que lo violento no dura; debemos estar en el principio del fin.

A los católicos nos toca hacernos dignos de la realización de esta esperanza. ¿Cómo? Sencillamente volviéndonos de veras a Dios en esta Cuaresma; purificando nuestra vida para influir en las demás; salvando nuestra alma para salvar la Patria. Entonces se realizará la gran promesa de la eterna Misericordia, aquella que pedía sólo unos pocos justos para salvar a un pueblo. ¿En el Ecuador no tenemos justos? Sin duda, cuando hasta ahora estamos sufriendo la gran desolación de la impiedad y el vicio; pero, como nunca es tarde para hacer el

bien, es tiempo todavía de hacernos dignos de la compasión del Cielo, presentando ante su trono esos gustos que nos hacen falta y que pide la Soberana Voluntad.

Levante, pues, el católico ecuatoriano su corazón a Dios, pero levántelo como digno soldado de Cristo, dejando que pasen por debajo los honores del mundo, los sueldos de la impiedad, las amenazas del vicio, las debilidades del miedo.

Sólo cuando pongamos el corazón, así, en alto, muy cerca de Jesucristo, podremos merecer el título glorioso de salvadores de un pueblo.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.030, 3, Marzo, 1923.

NUESTRA SEÑORA DEL SSMO. SACRAMENTO

El mes de María termina hoy, en el Santo Cenáculo, con la festividad de Ntra. Sra. del Santísimo Sacramento, la Virgen de Pío X.

El Papa de la Eucaristía, en su ardor porque el mundo no se sacie del Pan de toda consolación, puso la Hostia en manos de María, a fin de que los hombres recibieran de Ella, que es la madre de la familia católica, el sustento cotidiano de las almas.

La Hostia Santa es la flor del Corazón de María; "carne de mi carne, sangre de mi sangre". El vínculo de Jesús con la Inmaculada Madre no puede romperse jamás; Jesús Sacramentado es Hijo de María, y en consecuencia, ella guarda relaciones maternales para con el Santísimo Sacramento. Cooperadora de su Hijo en la obra de la redención durante su vida mortal, ha de ser también en sus obras eucarísticas; no es posible suponer que Jesucristo en el Adorable Sacramento se encuentra como en orfandad de su dulcísima Madre. Los brazos de María presentaron a Jesús a la Adoración de los Reyes y pastores; los brazos de María le ofrecieron en Víctima a los brazos de la Cruz; "que en sus manos la Hostia amada—ofreciendo al mundo está" como cantó uno de nuestros poetas.

En el Santo Cenáculo que es el templo por excelencia de la Divina Eucaristía, se rinde culto especial a Nuestra Señora del Santísimo Sacramento. Quiera Dios que el apostolado mariano del infatigable Rector del mencionado templo, halle resonancia en el corazón de Cuenca, la ciudad eucarística del Ecuador. Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, desde su altar de espigas y racimos, presida las bodas del alma con el Divino Cordero: ¡que todos reciban de sus manos la hartura de Dios!

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.063, 31, Mayo, 1923.

CAMPANADAS DE ALARMA

El Archipiélago de Colón se va.— El país debe saber la verdad de este asunto.

No sabemos con qué fundamento circulan rumores de que Estados Unidos de Norte América gestiona la adquisición de las islas que componen el Archipiélago de Colón o Galápagos, como comúnmente se las llama en el Ecuador.

Ya hemos tratado de este asunto a raíz de la llegada a Guayaquil del *"Birmingham"* con oportunidad de los mismos rumores que ahora se acentúan.

El territorio de la República es inalienable; la Carta Fundamental lo dice claramente y los ecuatorianos exigen de parte de los gobiernos el cumplimiento de ese precepto.

Sin embargo de esto, se dice insistentemente que el Archipiélago se va, que se esfuma de nuestro poder para convertirse en asiento del poder naval de una potencia extranjera, reconocida como imperialista y desgraciadamente fuerte y rica en exceso.

No somos partidarios de que la Cancillería lance a los cuatro vientos el trabajo diplomático que desarrolla; reconocemos que la prudencia debe regir todos los actos de un Ministro de Estado; y sabemos que el sigilo es indispensable para lo que constituyen negociaciones secretas.

Pero este caso de las negociaciones sobre Galápagos es distinto a todos los demás que incumben a la Cartera de Relaciones Exteriores, y los ecuatorianos como propietarios que son del solar patrio, tienen perfecto derecho a saber qué grado de verdad hay en las versiones que circulan sobre la venta de esas islas.

Y por lo mismo que puede mediar el interés político de los partidos individualistas en que está fracciona-

do el bando liberal, pensamos que es oportuna la hora de que el Gobierno aclare al pueblo qué hay al respecto de esas negociaciones, siquiera por aquello de que "quien calla otorga".

Mucho puede la ambición de mando; y no sería un imposible el que algunos de los candidatizados para la presidencia de la República en el próximo período, fueran los interesados en lanzar al público la versión de que nos hacemos eco; pero esta misma circunstancia hace necesaria la declaración oficial a fin de tranquilizar los ánimos. Lo contrario es despertar sospechas, dar pábulo a protestas y suscitar dificultades al Gobierno, porque es natural que se suponga que el pueblo prefiera cualquiera situación antes de consentir que se enajene la menor parte del territorio de la República.

Lucido quedaría el Ecuador: estrechado por el Oriente y por el Sur, mermado por el Norte y defraudado en los bastiones del Océano. La Patria, quedaría así reducida a un punto geográfico un poco más grande que la Patria de San Marino, en Italia, y menos de la tercera parte de lo que fue el Ecuador al recibir la libertad de manos de Sucre el invicto y Bolívar el grande.

El momento político de América es delicado: la Historia contará de un pueblo que avasallaba la soberanía de los Estados, dictaba soluciones e imponía desenlaces. ¿Chile y Perú tenían cuestiones pendientes? Pues una sentencia salomónica los reconciliaba. ¿Panamá y Costa Rica reñían? Pues, niños no vale la pena de pelear ustedes por aquello con que he de ensanchar mi territorio en ocasión oportuna. Y tomaba y daba como si se trata de cosa propia, y a vista y paciencia del mundo entero. Un buen día trazó una canal; otro día quiso unas breñas en medio del océano para construir en ellas fortalezas y formar estaciones navales secretas. Pues con oro y mucho de despotismo consiguió cuanto se propuso y tuvo todo lo que necesitó. Los hombres de ese tiempo, adoradores del becerro de oro, obedecieron al coloso e impusieron a sus naciones las más grandes afrentas y detestables sacrificios.

Ecuatorianos de estos días; eso dirá la Historia a nuestros descendientes, cuando se les delate los principales actos de la actual vida política americana.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.075, 28, Junio, 1923.

¿REINA EL SAGRADO CORAZON DE JESUS EN EL ECUADOR?

Después de las magníficas manifestaciones sociales de fe y ardiente amor al Divino Corazón realizadas en el mes de Junio en toda la República; después de esa serie interminable de fervorosas comuniones distribuídas en todos nuestros templos, de esas oraciones e himnos que se han elevado al cielo desde el fondo de innumerables corazones; después de haber presenciado el espectáculo conmovedor y dulce de nuestras ciudades primorosamente engalanadas ostentando por doquiera la imagen y el emblema del Corazón de Jesús, ¿podremos todavía dudar de que este Soberano Señor reina en el Ecuador?

No hay duda, la fe está profundamente arraigada en nuestro suelo; treinta años casi de demoledora impiedad en las leyes y en los gobiernos, no han sido suficientes para arrancarla y exterminarla. Es verdad que esta noble reacción católica se debe, en parte al menos, al completo desprestigio en que va cayendo el liberalismo en el Ecuador y en todo el mundo, en vista de su labor no sólo infecunda y estéril en el bienestar de los pueblos, sino también maléfica y desastrosa desde que logró apoderarse del Poder y dirección de los Estados. La gran guerra abrió los ojos a muchos que conservaban aún ciertas liusiones acerca de este sistema por las apariencias de progreso material a que casi únicamente atiende: esa guerra que utilizaba esos mismos adelantos materiales para la destrucción de la humanidad de la manera más cruel y bárbara porque los principios morales de justicia y caridad estaban casi extinguidos, sirvió de lección eficaz y práctica haciendo palpar que el liberalismo adorador de la materia y destructor del espíritu y de la moral, conducía a las Naciones a su más completa ruina. A esto se añade el malestar social, que día tras día se agrava, como legítima consecuencia de los principios proclamados desde hace un siglo por el liberalismo. En vista, pues, de los frutos que este árbol produce en el mundo, las sociedades y los individuos que no están del todo degenerados quieren reaccionar contra él, reacción

que se manifiesta ya en la proclama que lanza el Imperio Británico a todos sus dominios, declarando que los principios cristianos son el fundamento de todo gobierno estable, ya en la organización de lo que llaman fascismo, es decir el orden y la justicia en los poderes públicos, ya finalmente en la aproximación cada vez más marcada de los Estados hacia el Vaticano.

Esta reacción hacía exclamar al gran Mussolini: "La grande experiencia que ha sucedido a la guerra ha probado que se puede gobernar fuera, encima y contra el liberalismo". Reacción que si en alguna parte debe dejarse sentir pujante y avasalladora, es en el Ecuador, en vista del abismo a que le ha conducido el liberalismo.

Sí; hemos palpado que Jesucristo reina en nuestra Patria, en parte al menos. Decimos *en parte*, porque el reinado de Dios en un corazón o en un pueblo es perfecto, cuando a la fe viva se añade la pureza de las costumbres, que es la más segura manifestación de la caridad, sin la cual no es verdadero ni firme ese reinado. Y hay que confesar que en este punto nos falta mucho a los ecuatorianos, y que el sensualismo en sus múltiples manifestaciones va extragando de una manera alarmante las costumbres públicas y privadas haciéndonos concebir serios temores de que al fin la fe se ahogue entre el fango de tanta depravación. Y precisamente a eso tiende el liberalismo, a que se extinga la fe, cuando proclama el libertinaje, el divorcio, el matrimonio civil, y favorece de mil maneras el culto de la voluptuosidad. Algo se ha hecho en el Ecuador en favor de la enseñanza y prensa católicas, pero casi nada en lo que directamente afecta a la pureza de las costumbres, y de aquí ese desenfreno en las diversiones públicas tales como los cinemas y otras, en las modas femeninas y en la general desenvoltura. Si queremos afianzar el reinado social de Jesucristo en el Ecuador, es preciso que, sobre todo las señoras, se organicen en defensa de nuestras costumbres, persuadidas de que todo lo perderemos más tarde o más temprano, si éstas no son verdaderamente puras y cristianas.

¿Y el reinado de Cristo en las leyes y en los gobiernos? Cuando la fe y las costumbres de la mayoría de los ecuatorianos sean lo que Dios quiere que sean, entonces el que es Arbitro de los destinos del mundo establecerá en el Ecuador su reinado oficial y público...

Julio 7 de 1923.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.079, 7, Julio, 1923.

AVANZA LA CRIMINALIDAD

LA Acción Social

Alarmante es el progreso diario del crimen. No hay semana que no tengamos que lamentar algún suceso trágico y espeluznante, ya en los pueblos como en la misma ciudad.

El P. Granada ha dicho: "el mejor vino es el mejor vinagre". Cuenca ha sido una ciudad muy buena, ha gozado siempre de fama por su intachable moral tanto privada como pública; pero, desgraciadamente, la ciudad privilegiada, pierde su buen nombre, porque pierde el nervio de su bondad y sanas costumbres: la fe.

Pese a quien pesare, estos frecuentes crímenes manifiestan palmariamente la falta de instrucción religiosa del pueblo, el abandono de las prácticas cristianas, el olvido del Decálogo, y sobre todo, la ninguna sanción para los criminales.

El último hecho sangriento (1), que tanto ha preocupado la atención de todo un pueblo, manifiesta de cuanto es capaz el corazón sin temor de Dios y sin virtud.

Si el pueblo se aleja de Dios y de las prácticas cristianas, el crimen que tanto ha conmovido la sociedad, no será sino el principio de otros mayores; mientras no se enseñen a las masas la salvadora ley del Decálogo y las autoridades velen por el castigo de los delincuentes.

Se quitó la pena de muerte y se dejó la vida a merced del más fuerte y astuto; se prescinde del único freno capaz de contener el corazón humano, la moral, se

(1) Se refiere al crimen inaudito de Huataná al oriente de Cuenca. Antonio Solís dio muerte destrozando el cráneo con hacha a Eloy Loja, su mujer María de Loja, Julia, niña de 7 años y Leticia, de 5 años; éstas murieron estranguladas. Este macabro acontecimiento sucedió en el octavario de Corpus de 1923. (N. de la 1ª Ed.).

multiplican los medios de perdición y, cosa graciosa, nos asustamos de las funestas consecuencias del principio del mal.

Si se multiplican los garitos, cantinas y casas de juego, seguiremos sembrando el hambre, la muerte y la miseria en los hogares.

Si se burla la ley y no se da la debida sanción a estos crímenes; mañana no serán cuatro las víctimas, sacrificadas por la crueldad y fiereza humanas, sino infinitas las inmoladas en el silencio de la noche y con la más negra alevosía.

Justa alarma de la sociedad cuencana; pero pongamos el dedo en la llaga; veamos que la causa de estos grandes crímenes vienen de la ausencia de Dios en el corazón, de la falta de instrucción catequística y de la falta de castigo para los delincuentes. Sin Dios y sin sanción, caminamos rápidamente hacia la más horrorosa anarquía.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.081, 12, Julio, 1923.

PROTESTA

Con fecha 31 del pasado la Junta Promotora del Ferrocarril; considerando que el Decreto Ejecutivo el 12 de Julio ha dado el golpe de muerte a una de las más grandes aspiraciones nacionales, al disponer que el ferrocarril Puerto Bolívar vaya por la absurda vía de Zaruma, sacrificando las enormes sumas colectadas merced a heroicos sacrificios de nuestros pueblos, *Acordó* llevar ante el Congreso Nacional su más enérgica protesta, por cuanto el Ejecutivo ha condenado al fracaso una de las más altas e interesantes obras nacionales, desvirtuando las leyes creadoras de fondos para el gran ferrocarril meridional, para el que el Azuay ha contribuído enormemente.

Acordó también manifestar su absoluta reprobación a que se contrate obra ferroviaria alguna con la Compañía Minera de Portovelo, la misma que ha escarnecido a la Nación faltando al cumplimiento de sus deberes como concesionaria de yacimientos de oro en el suelo ecuatoriano. Finalmente, recomendó a los Legisladores patriotas que levanten la voz en el recinto del Congreso para que conste que se ha hecho caso omiso de los estudios de eminentes ingenieros, que se ha desoído al clamor general de nuestros pueblos y que la justicia y la conveniencia nacional deben prevalecer al tratarse de los intereses patrios.— Firman.

El Presidente, Miguel Cordero Dávila.— Los Vocales: Remigio Crespo Toral, Julio Matovelle, Juventino E. Vélez, Miguel O. Bustos, Roberto Crespo Ordóñez, Ernesto López, José María Astudillo Regalado, Rafael Peña J., Secretario.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.090, 4, Agosto, 1923.

LA FIESTA DE LA ASUNCION

Entre las solemnidades de la Santísima Virgen, la de su Concepción Inmaculada y la de su Asunción gloriosa a los cielos son las principales: en el primero celebra la Iglesia el primer instante de la admirable vida de la Madre de Dios, y en la segunda, la coronación de la existencia fecundísima en virtudes y méritos de la más grande, entre las puras criaturas, de cuantas han habido ni habrá jamás en toda la serie de los siglos. La primera, esto es la Concepción Inmaculada de María, es ya un artículo definido de nuestra santa fe; la segunda, su corporal Asunción a los cielos, se espera, habrá de definirse muy pronto por la Cátedra Apostólica.

Según noticia última de Europa, el Pontífice actual, Pío XI, trata de convocar a todos los Obispos del Orbe católico para que en 1925 se reanuden las labores del Concilio Vaticano, desgraciadamente interrumpidas por más de cincuenta años; si llega a realizarse tan fausta noticia, es de creer que una de las definiciones dogmáticas de esa augusta asamblea será la relativa a la Asunción corporal de la Santísima Virgen a los cielos. ¿Cómo deberán prepararse los fieles a tan trascendental acontecimiento?...

Se comprende por esto la importancia excepcional que en nuestros días tiene la fiesta que nos ocupa, y la piedad y magnificencia extraordinarias con que ella debería celebrarse en este y los siguientes años para testificar así los vehementes anhelos que nuestras poblaciones, tan católicas como fervorosas en el culto a la Madre de Dios, abrigan por la pronta definición de ese dogma.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.094, 14, Agosto, 1923.

SALVEMOS NUESTRO ORIENTE

Esa porción del Ecuador que se dilata desde las vertientes de los Andes hasta los linderos del Brasil, surcados por ríos de oro tributarios del Amazonas, debe preocuparnos como el tercer problema a resolver, después de la defensa nacional y conflicto ferrocarrilero con la "Guayaquil and Quito R.W.C.".

La magna obra de los hijos de D. Bosco ha involucrado en la eficiencia de sus nobles actividades la salvación del Oriente, y desde que el misionero salesiano posó su planta sobre estas comarcas, polarizó sus afanes en dos magníficas empresas: la educación de la infancia y la colonización oriental. A esta última, quizá imposible para cualquier sórdido conquistador, ha dedicado lo más glorioso de sus energías, venciendo la valla granítica opuesta por la misma monstruosa cordillera, volando mejor que vadeando sobre el caudal de esos atronadores ríos de la selva y llegando al corazón del bosque virgen entre una escolta de jíbaros, hasta plantar un rancho custodiado por fieras salvajes y arrullado por el salmo pateista de la naturaleza plena y sublime; allí está el misionero de luenga barba, sonriendo optimista, armado caballero de la Cruz y departiendo alegre y confiado con los bárbaros trogloditas hijos de la montaña y del torrente.

Para el incremento de la Obra de colonización oriental la Musa de la Armonía ha puesto en el profesor P. Crespi sus más originales y polífonas inspiraciones. El P. Crespi, soñador y entusiasta, con el entusiasmo indeficiente atizado día y noche por la divina vestal de su alma de artista, hase propuesto consagrar las dádivas de su genio para la construcción del camino a Méndez.

Y los motivos de sus producciones musicales serán las efemérides patrias, la nota de Píndaro y la trompeta griega de los himnos triunfales: al 10 de Agosto, al 24 de Mayo, al 3 de Noviembre, propónese dedicar las geniales de su numen pulsado por Euterpe.

Ya tuvimos ocasión de escuchar al mismo P. Crespi los melodiosos acordes que con tanta magistralidad y dominio arranca del piano, nerviosa y devotamente. Su latría por el arte, su virtuosísima y alada fantasía evocativa tráennos a la memoria a Orfeo, a Anfión y a los dioses de la fábula al son de cuyas arpas los árboles lloraban, las fieras se amansaban y las rocas eran todo oídos: así nos lo imaginábamos al P. Crespi cuando vaya de viajero por los zarzales de la selva.

Coadyuvemos en esta obra, pues las ideas de los artistas de vocación han sido siempre precursoras de proféticas hazañas; la música del P. Crespi nos sirve de Canto, como a Fasón para emprender en la conquista y salvación del Oriente Ecuatoriano.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.905, 18, Agosto, 1923.

TIRANICA OPRESION TRIBUTARIA

Opiniones de la Capital

Según rudimentarias leyes de economía política y social, los impuestos, para que cumplan bien su finalidad de satisfacer las necesidades públicas y los servicios de administración de un Estado, deben ante todo consultar las condiciones esenciales de toda tributación justa y equitativa, que es menester sea oportuna, suave y no merme nunca las fuentes mismas de la riqueza y muy menos atente contra el derecho de propiedad y de dignidad personal contribuyente; penetrando en interioridades, huraneándole todo y sometiendo a los ciudadanos a una ofensiva irritante fiscalización de sus bienes, obligándoles a exhibir los últimos rincones de sus hogares y los más insignificantes enseres de uso o consumo, so pretexto de establecer impuestos al comercio, a las propiedades raíces y muebles suntuarios...

Y es tan despótica, irritante y abusiva la forma con que se cobra muchas gabelas, que no nos admira las resistencias, serias protestas, algaradas y aún actos de violencia frecuentes por parte del público y especialmente de la gente indígena, que todo impuesto lo considera indistintamente como una expoliación escudada por el derecho de la fuerza...

Pero, la causa de tan anómalas circunstancias y desorientación en los contribuyentes, se debe principalmente a la falta de honradez, patriotismo y espíritu de justicia en los hombres de la Administración liberal, que en todo procuran poner en vigencia la ley del embudo, disminuyendo o eximiendo del peso de impuestos y más obligaciones cívicas a sus amigos, cognados o correligionarios, y recargando en cambio, al pueblo y a los católicos, que son los mulos de renta, destinados a soportar la casi totalidad de los gastos y desfalcos del Régimen.

No existe ningún catastro regular para el avalúo de las propiedades raíces urbanas, y con este motivo continuamente se hacen, a ojo de buen cubero, los cálculos

sobre el valor de las casas, etc.; cálculos que de ordinario resultan recargados cuando se trata de pertenencias de católicos o de personajes que no gozan de las simpatías de los empíricos tasadores de la baja burocracia, que son, a no dudarlo, los más hostiles y extremistas en sus procedimientos de persecución a la mayoría católica del país.

Y respecto al impuesto sobre el producto de las ventas comerciales e industriales, la tiranía no puede ser más irritante, al exigir a los comerciantes la presentación de los libros, cuentas, etc., que muchas veces por razones de economía interna no conviene exhibirlos; y en esto, como en las fábricas de aguardiente y otros ramos de producción, se echará mano del arbitrio, inmoral por cierto, de tener los libros por duplicados; los unos para el régimen privado del propietario, y estos serán los verdaderos; los otros ficticios, en los que aparecerá una cuenta o producto mínimos para presentarlos a los señores recaudadores e inspectores y según aquellos pagar los impuestos en un porcentaje exiguo que no alcanzará ni para el sueldo de los encargados del cobro.

¡Ah la tiranía del régimen liberal!; como va acanallando, envileciendo la conciencia de los ecuatorianos, obligándoles a realizar engaños vergonzosos, subterfugios innobles, con el fin de librarse, siquiera en parte, de la montaña de gabelas ruinosas, que van esquilmando la propiedad privada y por lógica consecuencia, la pública. Y todavía nos han de atronar los oídos predicando a los cuatro vientos las garantías, libertades y ventajas traídas.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.132, 17, Noviembre, 1923.

LA CRIMINALIDAD

El desbarajuste político que debiendo traducirse en obra nacional se traduce en obra de partido al quitar a la multitud el freno coaccionante de la ley civil, la deja en absoluta libertad para ocupar cualquier sendero, por más que éste la conduzca, por el crimen, a la degeneración racial.

Esto es lo que actualmente sucede en el Ecuador: mientras la política de camarilla se preocupa sólo de sus asuntos gerenciales, el pueblo, sin más obstáculo que la sanción natural, casi siempre postcriminal, se precipita en los fangales del vandalaje público. Sobre todo en la Costa, no hay día que los periódicos no traigan reseñas, al vivo, de acontecimientos espeluznantes, tanto dentro del crimen del garrote y el puñal, como dentro de la satiariasis.

Es un hecho unánimemente observado por los escritores sociales que, según el grado de falsa civilización, esto es, según el grado de desarrollo cultural, comercial e industrial de un pueblo, este se reduce a teatro de criminalidad; así, los grandes centros europeos en lo general y en lo particular, nuestros pueblos costeños.

Hurgando en el ovillo de las casualidades, no encontraremos otro centro matriz del actual estado de cosas, que la falta de fuerza direccional en la multitud, fuerza sinónima de Religión. Aun los sociólogos más anticatólicos reconocen, como utopía, la moralidad de las masas sin religión.

Hay más todavía, de algún modo la ley civil puede corroborar a la índole religiosa del pueblo, en lo que respecta a sus fines morales: mediante el castigo, pero, ni aun la sanción legal deja de ser letra muerta en la legislación ecuatoriana.

Lo que más nos llama la atención es el reclamo que hacen los periódicos, publicando, con lujo de detalles, escenas de inmoralidad inconcebibles, y editando los retratos de los héroes de la jornada...

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.134, 22, Noviembre, 1923.

EL AÑO JUBILAR

Cuenca ante el Sagrado Corazón. Origen de la fiesta (1)

El Programa aprobado por el Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para la conclusión de los festejos jubilares, del quincuagésimo aniversario de la solemne consagración de nuestra República al Sagrado Corazón de Jesús, cumplióse en todas sus partes.

En la misa de Comunión General se repartió el Pan de los Angeles a las diversas Congregaciones piadosas que acudieron junto con los niños y niñas de las escuelas católicas de la ciudad.

Durante la exposición del Santísimo Sacramento las Corporaciones y Asociaciones religiosas, en turno constante, renovaron los actos de desagravio y consagración a Jesús, Rey de las naciones.

Uno de los infatigables apóstoles del Divino Corazón, al rememorar el origen de esta festividad se expresa en estos términos: Plenamente autorizada ya por el Gobierno, partícipe en la magna obra, ya por el pueblo entero previamente preparado, la Iglesia Ecuatoriana dio todos los pasos en orden a la realización plena y perfecta de aquel solemne y público acto de religión. La Consagración no pudo ser ni más canónica ni más autorizada, ni más ratificada y acatada. Desde el momento de la sanción papal quedó la República comprometida, por su efectiva entrega al Divino Corazón a reconocer y admitir la soberanía social de Jesucristo. Así lo han reconocido siempre y sin contradicción el pueblo, la Iglesia y todo el mundo, tanto el impío como el católico; y nadie fuera de la mala fe y la fantasía impía, pudo suponer jamás que se trató entonces sólo de una adhesión piadosa o de mística alucinación popular. Ni la menor duda pudo ca-

(1) En este mes y año el autor del presente artículo dio ejercicios en la Catedral de Cuenca con el fin de renovar con más fervor la Consagración de la República al Divino Corazón de Jesús. (N. de la 1ª Ed.).

ber sobre la extensión del acto que, según sus propios términos, comprendía todo el pueblo católico del Ecuador en comunión con la Santa Sede: "Deseando, dice, alcanzar esta gracia especial (la pureza de la fe) para la República, y estando íntimamente persuadido que la implantará si se ofrece la Nación al Santísimo y Amantísimo Corazón de Jesús: Decreta: "El Concilio ofrece y consagra solemnemente la República del Ecuador al Santísimo Corazón de Jesús".

A manos sacerdotales, a la autoridad Pontificia revestida de amplísima delegación, competía de suyo la ejecución de tal acto de religión. Pero nada impedía que, a mayor abundamiento, el Poder Civil quisiese dictar, por su parte, un Decreto paralelo referente a la misma materia. ¿A quién extrañará, por ejemplo, el que, al entregamiento de Israel a Jehová por ministerio de Samuel, viniera Saúl en dar un manifiesto semejante del que resultara un carácter oficial, un sello plenamente nacional y político en toda la extensión del vocablo?

El Decreto de Agosto contiene la proclamación auténtica, plena y legal de la soberanía social de Jesucristo sobre la católica República del Ecuador y todos los fieles que la componen. El Decreto de Octubre, prescindiendo de la adhesión que tanto honró a la Legislatura, era una nueva proclamación de la misma soberanía, un nuevo compromiso sagrado con el Corazón de Jesús de todos los ciudadanos de la Nación Ecuatoriana.

Reconócese, por consiguiente, pública y solemnemente comprometido en dos pactos, con el Corazón de Jesús, ambos distintos, ambos eficaces ya con eficacia general que consiste en una verdadera consagración del pueblo, ya con eficacia peculiar, que dimana de la peculiar procedencia de ellos. A la consagración eclesiástica vino a juntarse la civil que entraña un carácter político; y la combinación de los dos coloca al pueblo y al Estado Ecuatoriano en una categoría aparte, superior a otros pueblos vinculados únicamente por la palabra de los Poderes Públicos. Esta dichosa unión de ambas Potestades entre sí, con el pueblo todo y con el Divino Sobera-

no, es la que tan admirablemente se realizó en la Catedral de Quito el día 25 de Marzo de 1874, al pronunciar su fórmula de consagración el Arzobispo Mártir: fecha memorable y gloriosísima, cuyo quincuagenario ha celebrado con el corazón, con lágrimas de gratitud y reparación el católico pueblo de la *República Primogénita del Corazón de Jesús*.

* * *

En muchas casas flameaba desde el balcón el tricolor de la patria como lengua que publicara a los cuatro vientos la fe de los hogares en donde vive entronizado Jesucristo Rey.

* * *

Las campanas de la Catedral con voz de fiesta augusta no cesaban de imprimir en el aire sus aleluyas de júbilo; y bajo las vibraciones broncíneas como bajo un pabellón de celestial armonía desfilaban, entraban y salían agrupaciones sociales para adorar en perpetuo turno a Su Divina Majestad expuesta en el Santo de los Santos, a la dulce, a la sabia, a la noble, a la humilde fe del pueblo católico. La Congregación de la Sagrada Familia presidida por sus directores, los infatigables Padres Redentoristas acudió entusiasta a posternarse ante el Tabernáculo que parecía un incendio de Amor, cuyas llamas no queman, sino levantan el alma a las serenas regiones de la gracia. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas entraron a rendir su homenaje de adoración con los niños que aprenden las primeras letras junto con la piedad que salva y la religión que conforta; los cánticos de esas voces angelicales iban derechamente a encontrar su eco en el Corazón que tanto amó a los hombres; ¡himnos y cantos ofrecieron los niños de las EE. CC...!, lo que ofrecen las aves, lo que da de sí el cristal de las aguas y la Naturaleza a su Creador.

Las Asociaciones del Santo Cenáculo, bajo la dirección del Apóstol de la Eucaristía, R. P. Castro; las de la Merced y otras y otras... todas a clamar: *Perdón, Señor, perdón*.

La Corporación de Hijas de María acudió también a rendir el tributo de su adoración filial, acompañada del virtuoso y modesto sacerdote Dr. Agustín Vázquez, que desde años atrás viene formando y modelando el corazón de la joven cristiana en el troquel purísimo del Corazón de María.

Y entraban las niñas de las escuelas, el pueblo, el señorío y el campo... La Catedral, la Santa Madre Iglesia, recibía a sus hijos, porque el eco de sus solemnes campanas lo devolvían los montes y collados y hasta la última florecilla de retama crecida en lo más escabroso del último barranco de nuestras montañas, añoraba no estar de fiesta como sus otras hermanas que estarían efluviando su perfume al pie del Divino Corazón de Jesús, en el Año Jubilar de su Reinado Eucarístico del Ecuador.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.171, 27, Marzo, 1924.

EL EVANGELIO

Para las pupilas de la crítica sin fe queda el examinar por qué la figura de Nuestro Señor Jesucristo es la línea limítrofe entre dos eras de socio-organización; por qué su nombre es hasta hoy la síntesis de todas las aspiraciones humanas; por qué la trayectoria de la democracia nació en Galilea para morir en Rusia comunista pasando por la Francia del 79; para nuestros ojos de creyentes, queda la visión de las páginas de la Filosofía y Amor que hacen de la vida de Jesús el texto para moldear almas superiores. Ahora, cuando el Orbe católico conságrase a la dulce meditación de las augustas escenas de la Pasión y Muerte del Divino Salvador, el ideal de sus sabias doctrinas triunfa sobre las negaciones del siglo.

A pesar de Renan y de Strauss la enseñanza de la Verdad camina sobre los corazones, desde la cumbre trágica del Gólgota hasta el Palacio de la Paz del Vaticano y desde allí hasta la más humilde vivienda donde una efigie cristiana derrama tónicos de fe. Y es que la boca que unió al amargor de la hiel, la dulzura de una frase de perdón, no pudo hablar sino la Verdad, la única Verdad. Aún Zola desde el lecho de cieno donde se revuelca, al leer la "Vida de I. C.", escrita por historiógrafos impíos, hace que su pluma se crispe en algo como una oración: "El Ser que vivió una vida de tanta perfección intelectual y moral no puede ser sino Dios", tal la frase marmórea del más degenerado de los herejes.

Humanitaria y comprensadora es la norma del Evangelio: sin ella el animal multitudinario, reviviera en toda su salvaje desnudez, sacudiendo los cimientos de la organización social y abandonando a sus instintos que tanto horror nos causan en la lectura de la historia primitiva; sería imposible para el progreso y la verdadera civilización.

Lírica religión llena de símbolos; adorada por el arpa de los más grandes e inspirados poetas porque eres Bella y porque eres Buena. En la Semana Santa el pue-

blo creyente se arrodilla ante el Calvario, ¡y sin embargo la vieja Jerusalén incomprensora revive en tantas almas! Para ellas está la Madre Dolorosa que a las tres de la tarde del Viernes Santo recibió como legado supremo, la adopción filial de los hijos de los hombres.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.177, 17, Abril, 1924.

DIPLOMACIA ECUATORIANA

Embajada Pontificia

Sólo la miopía sectaria es capaz de negar la entidad de poder más que nacional, mundial, que constituye la personalidad del Vaticano la página de alta moral que, en un derroche de virtud filantrópica y humanitaria, volteó junto con la página sangrienta de la Gran Guerra última, llevando la caridad cristiana a los escombros de los hogares y las sociedades mientras el furor fratricida hacía que las naciones se enfermen de antropofagia, en la imposición definitiva del mundo católico sobre la conciencia de los hombres.

Las entidades nacionales de más alto valer en la cotización del mercado del progreso, los estados cuyo grado de civilización y cultura les pone a la vanguardia de la organización social: las naciones de la vieja Europa, entre otras, mantienen relaciones diplomáticas con el núcleo católico representado en el Santísimo Padre.

Hubo una época en la vida de la humanidad caracterizada por la cristianofobia y eran ejércitos morales los de los escritores que blandían proyectiles de odio sobre la santa serenidad de la Iglesia; sin embargo la Cúpula de Roma, indolente a los ataques de los hombres ha persistido aún y, en el reloj de los grandes hechos históricos, ha sonado la hora en la cual las naciones más grandes y conspicuas llevan a mucha honra el mantener vínculos de cordialidad con la Sede Romana. No es pues, el liberalismo del Ecuador, el seudo liberalismo, inconsciente y ad hoc, el llamado a rechazar, con todo el salvajismo de una tribu bárbara, errante todavía de los bosques, la representación pontificia que Su Santidad se ha dignado ofrecer con motivo de la próxima elevación a la Magistratura Suprema del ciudadano Gonzalo S. Córdova.

Por felicidad, el torrente de la opinión nacional sigue otro derrotero y el fanatismo anticatólico de unos pocos, es el único que se opone a simples hechos de cortesía internacional que juzgados según el mismo criterio liberal, nada tienen de nocivos.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.178, 20, Abril, 1924.

EN LA VIÑA DEL SEÑOR

El último correo capitalino, tráenos la discusión entre el "Boletín Eclesiástico", órgano de la Curia Metropolitana, (que hace algún tiempo no lo recibimos con la exactitud acostumbrada) y los diarios conservadores redactados por jóvenes inteligentes y activos, acerca del modo cómo deben dilucidarse, por la prensa, los puntos religiosos, entre los que luchan bajo la bandera blanca de la doctrina católica.

El problema creemos que puede presentarse bajo dos facetas: si el punto pertenece al bloque de lo que constituye la individualización de la entidad doctrinaria del catolicismo, si la doctrina pertenece a lo que sin constituir la esfera de los dogmas, está en relación con la capacidad intelectual del interpretante: en el primer caso, conformes con los doctores de la Iglesia, coadyuvamos el principio sentado por el "Boletín Eclesiástico", principio que, por otra parte, no es nuevo: el rebaño debe pensar con la cabeza del Pastor, porque de otra manera quedaría de hecho separado de la comunidad de la Iglesia Militante, y, como los arbitrios sustituyentes de Dios, Verdad Infalible, son los dignatarios eclesiásticos, parécenos acertado el modo de pensar que sujeta a la censura los asuntos medulares.

Podría alegarse que la decisión anterior supone la petición de principio de que los periodistas apellidados *católicos,* son inconscientes de su misión; pero nosotros podríamos contestar que no siempre la censura indica reprobación; sino muy al contrario, la mayor parte de las ocasiones eso es aprobación, con esto se eliminaría la divergencia que, con pena, notamos entre periódicos que llevan marca de católicos, para dar lugar a la homogeneidad característica de una asociación sólida.

Hace pocos meses, algunos periodistas, embrazaban la bandera roja de la revolución, y la pastoral del Ilmo. Sr. Arzobispo proclamó ideas de paz, como un eco de Galilea, tierra de unciones y martirios: tales conceptos

antípodas desaparecerían al llevarse a cabo la sujeción absoluta a los Prelados.

Precisamente uno de los lineamientos más típicos de la religión Católica y Romana, es la diferencia de planos morales, hasta tal punto, que el Sumo Pontífice es el César nuevo, porque el Evangelio mismo lo estatuyó con ese carácter.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.185, 15, Mayo, 1924.

DEPRECACION

Corazón de Jesús Sacramentado, Redentor del mundo, Padre de las naciones, Patrón y Guardián del Ecuador: todas sus provincias, sus ciudades, cantones y aldeas, hace cincuenta años, que conociendo tu misericordia, te constituyeron su Patrón y Protector.

Hoy, siguiendo la tradición santísima de la piedad de nuestros padres, confesamos que bajaste del Cielo a restaurar tu trono sobre la Tierra, en la paz del alma de los redimidos y en la ventura de los pueblos que no se apartan de la Ley de amor, sancionada con tu sangre en el Calvario.

Por eso, renovamos su voto de alianza con tu Divino Corazón, para que sigas siendo nuestro Padre, Patrón y Protector; y sean los cincuenta años transcurridos, principio de los siglos en que vivas, reines e imperes en nuestra Patria.

Inspira a nuestros Legisladores leyes justas, que establezcan el orden, la economía y la paz de la justicia.

Inspira a nuestros mandatarios amor a la verdad, respeto a la conciencia, odio a los delitos, visión clara de los deberes y fortaleza para hacer la felicidad de la Nación en el bien y por el bien.

Encamina a los pueblos por el sendero del deber, sin odio a las desigualdades inevitables de la naturaleza, con noción verdadera de lo que constituye la felicidad del individuo y de la sociedad; y sin miedo para confesar y practicar tu santa doctrina, como particulares y como ciudadanos.

Haz que radique en nuestras aspiraciones, educación y costumbres el sistema republicano, como el más conforme con la naturaleza humana; pero basado en la honradez, el patriotismo y todas las virtudes que constituyen la perfección de las almas y de las sociedades.

Da al país sus propias fronteras, para que pronto sea innecesario el ejército armado; y mientras subsistan, que sea guardián y no instrumento de ambiciones, que asegure los derechos y no los usurpen y escarnezcan, que sea digno de nuestras banderas.

Gracias, Corazón Paternal y Divino, por los bienes concedidos, hasta aquí, a la República y porque no nos ha sobrevenido mayor número de males. Te proclamamos Padre, no nos abandones; Patrón, defiéndenos; Protector, cólmanos de los bienes de tu gracia.

Corazón poderoso de Dios: dadnos seguridad, salud, independencia y libertad. En todo el mundo, y de modo especial en el Ecuador, tu pueblo: triunfa, reina, impera.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.195, 26, Junio, 1924.

SITUACION DE NUESTRO ORIENTE

Del informe ministerial de Relaciones Exteriores, que el señor Ministro Dr. Ponce dirige a la Nación, en el presente año, se desprende que la situación del Oriente ecuatoriano es triste y lamentable.

Las misiones católicas, la única esperanza y salvación de las regiones orientales, han sido totalmente descuidadas por la actual administración; y, en gran parte, se tiene la culpa nuestro Canciller de la falta de apoyo a esta obra importantísima y de tan vital trascendencia. ¿Por qué el Dr. Ponce no ha hecho valer todo su poder e influjo para atender a las misiones católicas del Oriente? Mientras el dinero de la Nación se ha derrochado en fiestas y regocijos, esas misiones han carecido de unos tantos centavos que pudieran haber recibido siquiera como una oportuna caridad.

Nunca lamentaremos suficiente este censurable descuido del actual gobierno; *nunca alcanzaremos sino el día en que palpemos la triste realidad,* el enorme perjuicio que se ha causado a la Patria con ese descuido y esa mezquina tacañería. Un día, viendo el avance del usurpador y el abandono total del territorio patrio, querrán los gobiernos liberales, para evitar responsabilidades, enmendar los errores pero ya será tarde para remediar el mal, porque esos abnegados misioneros habrían abandonado ese fecundo campo, para no morirse de hambre y abandono.

Es tan clamorosa, por no decir criminal, esa especie de prevención con que el actual gobierno ha mirado las misiones en nuestro Oriente, que de nada sirven los relatos de prosperidad y grandeza que, en otro orden de cosas, nos hacen los informes ministeriales. En efecto, ¿de qué nos vale que estemos en buena armonía con todas las naciones extranjeras, que tengamos ciudades pavimentadas a la europea, que tengamos representaciones en todo el mundo, que seamos muy civilizados en el callejón interandino, si en las dilatadas regiones orientales somos todavía salvajes y bárbaros, si esas regiones las vamos perdiendo día a día, si vamos a quedar redu-

cidos a la estrecha faja de tierra estéril entre las Cordilleras de los Andes? Y todo, ¿por qué?: por una tacañería sucia; por un sectarismo mal entendido que impiden que se atienda, que se socorra con lo indispensable a los abnegados centinelas de nuestro codiciado territorio.

Francamente nosotros esperábamos, dados los altos antecedentes de nuestro Canciller, que en su Informe último hubiera abogado eficazmente por esas abandonadas misiones; que hubiera dado cuenta de lo mucho que debía hacer y no ha hecho por esos propagadores de nuestra nacionalidad y defensores de la integridad territorial. Pero el desengaño más definitivo ha venido a confirmar por la prensa lo que ya sabíamos se había realizado por los hechos.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.208, 10, Agosto, 1924.

EL ORIENTE ECUATORIANO

Según el Informe del Ministerio del Ramo

Hemos leído con atención y curiosidad el documento antedicho y vamos a resumir aquí las impresiones que hemos recibido con esa lectura.

En primer lugar nos hace saber el Dr. Ponce, actual Ministro de Relaciones Exteriores, que: "La situación general de las provincias orientales no ha variado de un modo sensible en el curso de este último año"; lo cual es una triste noticia, pues, mientras todo adelanta y progresa, sólo nuestro Oriente se exime de esta ley, y en vez de adelantar va siempre atrás.

En segundo lugar: nos hace saber el mismo Sr. Ministro, que se ha invertido alrededor de cien mil sucres en la construcción de un camino de herradura de Quito al Napo, por Papallacta y Baeza; camino que al decir de los periódicos, tan pronto se construye como desaparece, porque descansa todo él sobre un lecho pantanoso; además, invierte el gobierno, actualmente veinte mil sucres desde el Napo a Mera, etc., etc... Todo está bien; pero, ¿y cuándo gasta el Gobierno en la vía principalísima también desde Cuenca a Méndez y Macas?... Oigan ustedes este desolante colosal del Comandante Bejarano, Jefe Político del Cantón Morona: "En conclusión tenemos, que, salvo las pequeñas (pequeñísimas debería decir) cantidades que se erogan para el camino de Méndez, para que las demás vías lleguen a Macas no se necesita dinero alguno del tesoro público, sino de todo el apoyo de la autoridad". Estos conceptos los hace suyos el señor Ministro; por consiguiente, debemos saber que, para en adelante, para caminos de penetración al Oriente, por valles interandinos del Sur de la República, "no se necesita dinero alguno del tesoro público". Los Diputados y Senadores que representan en el actual Congreso a nuestras provincias australes, están en el deber de protestar por estas aseveraciones gravemente nocivas a la colonización de nuestros territorios orientales.

La parte del Informe del Ministerio aludido que nos parece fundada y aceptable es la contenida en el párrafo siguiente:

"Para mejorar la administración (de dichos territorios) conviene dividir la provincia Sur Oriental en dos: la una cuya capital sea Macas, debe componerse de los cantones Morona y Santiago; y la otra, cuya capital debe ser Zamora, comprendería los cantones Chinchipe y Zamora. La enorme extensión de aquella provincia dificulta en sumo grado su administración, si ya no la vuelve imposible. La primera de las dos provincias podría denominarse Morona-Santiago, y la segunda, Zamora-Chinchipe".

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.210, 28, Agosto, 1924.

NO MAS IMPUESTOS

Aunque estamos convencidos que nada conseguiremos con dirigirnos a la Legislatura actual, dice uno de los más prestigiosos diarios de la causa del orden, pidámosle, sin embargo, tenga compasión de las víctimas y del pueblo menesteroso, que se ve impulsado hasta los límites de la desnudez, hambre y miseria, a causa de los enormes impuestos que, hoy más que nunca, pesan con mayor gravedad sobre el infeliz consumidor.

Los llamados representantes del pueblo, antes que aumentar sus dietas y gravar más y más a la República con nuevos tributos, deberían, por sentimientos de humanidad y conmiseración, preocuparse de derogar impuestos homicidas que como el de las ventas no han hecho sino intensificar horriblemente la carestía actual, con el alza indefinida de precio en todo artículo.

Si para pedir el aumento de dietas se quejan de la crisis, ¿por qué no reflexionan en el calamitoso estado de los infelices que no son empleados, que nada poseen y sólo cuentan para la subsistencia con sus iniciativas, el esfuerzo de sus brazos y el perenne sudor de su frente?

Si las repercusiones del aflictivo estado económico han avanzado hacia los privilegiados del Régimen, ¿cómo soportarán los parias que llevan todo el peso de los tributos y no gozan de los derechos inherentes a su calidad de ciudadanos?

Si en las Cámaras hay ecuatorianos y patriotas que deseen remediar en alguna forma la angustiosa situación de la República, deberían hacer tenaz campaña para derogar las asoladoras gabelas sobre las ventas y las herencias y, sobre todo, no permitir ningún nuevo impuesto.

¡No más impuestos! es el grito del obrerismo ecuatoriano.

LA ALIANZA OBRERA. XIX: 1.211, 31, Agosto, 1924.

A PROPOSITO DE TIPOCOCHA-TAMBO

Ajenos al bregar periodístico de las opiniones candentes, nos hemos mantenido en un plano de serenidad en la discusión del ferrocarril licitado; pero, ya que ventajosamente la "Constructora Azuaya" ha sido acreedora a la deferencia del Ejecutivo, vamos a fijarnos en las consecuencias económicas e industriales que este acto representa a la faz de la Nación.

La primera inversión de capitales nacionales en obras de aliento y también nacionales, traerá, a no dudarlo, la estela del ejemplo imitario tras de sí; ya en la ciudad de Ibarra se ha formado, según correspondencias periodísticas, una sociedad análoga a la nuestra. Dado nuestro carácter latino de *inacometividad* y pequeña indolencia era necesario el primer avance hacia el campo de lo autóctono industrial, luego lo demás vendrá de suyo, y quizá más tarde todas las obras públicas, pasen, en contratas apropiadas, a manos de nacionales emprendedores y activos.

A la vez que nos sacudimos de la dominación extranjera en estas materias de tanta trascendencia, también el dinero particular progresa en amplias esferas de actividad, huyendo de la terrible amortización del interés, única manera de negociar de gran parte de los capitalistas ecuatorianos y, sobre todo, cuencanos.

Como todo se concatena rigurosamente en el devenir sociológico, el hecho de la formación de la Compañía Azuaya no lo consideramos como un fenómeno aparte, sino como el inicial de una serie de análogos que darán, como consecuencia, la vida propia del Ecuador, y no la terrible sujeción a la bota extranjera.

En un estudio lato y tomando en cuenta todas las relatividades circunstanciales, podemos decir lo que nos ha hecho falta no son capitales, sino más bien el don financiero de la acometividad de las empresas, don que el yankee los posee en alto grado que se ha vuelto un hombre superior y como tal se impone.

En suma, el camino está abierto, el camino de la regeneración económica que es la base de todas las regeneraciones sociales y políticas del Ecuador. Quizás las energías latentes de nuestros capitalistas tiendan a dirigirse en este sentido, con la seguridad de que entonces, y sólo entonces, veremos el albor de nuestras ruinas.

LA ALIANZA OBRERA. XX: 1.225, 15, Enero, 1925.

LA MASONERIA, MADRE Y MAESTRA DEL SOCIALISMO

La Masonería, *hija legítima* del Protestantismo, engenera y fomenta el Socialismo con el fin de destruir en el mundo la Iglesia Católica y establecer sobre sus ruinas y escombros el tiránico imperio del Mal. El centro masónico se halla en Roma y hay Logias masónicas en todo el Mundo, sus jefes principales son los judíos. Para engañar a los incautos, los masones dicen que forman una sociedad filantrópica y de beneficencia. La Masonería es una secta condenada por la Iglesia y sus adictos son excomulgados. El espíritu del mal los dirige y les enseña el modo de combatir a Dios y a su Iglesia. El secreto les impide manifestar sus designios y proyectos infernales. *La estrella de los cinco puntos es la señal distintiva de la Masonería*. ¿No la veis en todas partes y en muchos objetos de comercio? Católicos ¡alerta! Si os dicen que no es cierto que se aborrece a Dios, contestadle que el masón Carducci dijo: *"Salud, oh Satanás, o rebelión, o fuerza vindice de la razón. A ti se ofrece incienso y votos; haz vencido al Jehová de los sacerdotes"*. Y que Shelling declaró Dios a Satanás. Michelet profetizó los triunfos de Satanás sobre Dios; que Quinet pretendió sumergir en el fango al cristianismo para colocar en su lugar a *Satanás*, como príncipe que *deba unir todos los corazones*. Proudhón invocaba a Belial como su enamorado, exclamando con enfática ternura: "Ven, oh calumniado de los siglos; ven, oh dilecto de mi alma; ven para que se te abrace y te aprete sobre mi corazón". El 30 de junio de 1876 Eugenio Pober en Bruselas, hizo el elogio de Satanás y concluyó diciendo: "Nuestro Dios, viva Lucifer". La Masonería le tributa culto de Latría, le quema incienso, le ofrece sacrificios, celebra fiestas en su honor.

Un periódico alemán escribía: "Los masones no son revolucionarios en los países protestantes, más deben serlo y lo son en los países católicos, para hacer triunfar por medio de la revolución los principios de la reforma protestante, que son los más conformes a los principios masónicos". El objeto final de la Masonería

es el de Voltaire y de la revolución francesa. Anonadar para siempre el Catolicismo, y con él toda idea cristiana.

En la Asamblea general de las Logias, el 2 de Junio de 1897, se estableció descristianizar los pueblos por todos los medios posibles; más especialmente ahorcando al Cristianismo, poco a poco, con nuevas leyes contra el Clero y llegar hasta la clausura de las iglesias. ¿Y no es eso cabalmente lo que hace el liberalismo, hijo legítimo de la Masonería? Y a eso añadieron diciendo: Dentro de ocho años *en gracia de la instrucción laica* sin Dios, tendremos una generación de ateos; y entonces se compondrá un ejército que se lanzará contra la Europa. En 1883, el masón Galopin decía en París: es necesario que la mujer, por el corazón o por la mente, pertenezca del todo a los masones. Luego, ya no más Bautismo, ni Confirmación, ni Comunión, ni Matrimonio religioso; no más agua bendita en la hora de la muerte. Para destruir el Catolicismo es necesario destruir el corazón de la mujer, y siendo eso imposible, *debemos corromperla"*.

Ved, pues, oh señoras y señoritas, lo que se proponen los que os hablan de emancipación, de feminismo, etc., etc.

LA ALIANZA OBRERA. XX: 1.251, 15, Febrero, 1925.

TRABAJEMOS POR NUESTRO ORIENTE

La prensa toda del Ecuador se ocupa en la actualidad, de todo lo relativo a nuestra vasta y riquísima región oriental; no puede ser de otra suerte: pues si estamos listos a derramar hasta nuestra sangre por conservar incólume esa posición de nuestro territorio, ¿podríamos escatimar sacrificios ni dinero para colonizar y adquirir para la civilización, esas bellísimas comarcas?...

Pues ahora se presenta una oportunidad para que las autoridades y patriotas cuencanos demuestren prácticamente su interés por esas regiones. Algunos acaudalados guayaquileños y hasta el vapor "Italia" de la armada de esa gran nación, han regalado una considerable cantidad de cables metálicos para la construcción de puentes sobre los caudalosos ríos del Oriente azuayo. Por desgracia, no habiéndose presentado el número suficiente de conductores, esos cables están regados entre Huigra y Azogues, y corren peligro de oxidarse y desaparecer, antes de haberse aplicado a su destino. Es, por tanto, de urgente necesidad que las autoridades de las provincias del Azuay y Cañar, y los buenos patriotas de ellas, organicen mingas y otros métodos usados en el país para la pronta traslación de esos cables a la región oriental: trabajo que sería favorecido eficazmente por los abnegados y entusiastas misioneros de la comunidad Salesiana.

¿Se prestará oídos a este nuestro reclamo en favor de Méndez y Gualaquiza?

Con pequeños sacrificios y algo más de generosidad y patriotismo, si llegara a secundarse esta nuestra voz de alerta, habríamos obtenido la colocación de innumerables puentes sobre ríos actualmente invadeables. Es decir, se habría resuelto en gran parte el gran problema de surcar con caminos nuestro vastísimo territorio amazónico.

LA ALIANZA OBRERA. XX: 1.278, 10, Mayo, 1925.

POR EL ECUADOR —POR EL ORIENTE— Y POR LA OBRA SALESIANA

El anhelo justo de saber hasta dónde podemos llamar nuestro el suelo del Oriente patrio, ha conducido a la Diplomacia, al Gobierno, a las Misiones religiosas y a algunos buenos ecuatorianos a consagrar intenso tributo de energías a cuanto se refiere a conocer, explorar y delimitar la gran selva amazónica.

Los protocolos, casi siempre difíciles, han ido cercenando nuestras líneas orientales hasta el punto de borrar su linderación con el Brasil y dejarlas formando el ángulo que separa Colombia del Perú. Sea por las onerosas concesiones diplomáticas, sea por el avance de los usurpadores seculares, la ilimitada selva ecuatoriana se va acortando como si un maleficio fuera retirando la línea divisoria y replegándola hasta reducir quizás a la nada lo que otrora fuera la magnífica esperanza de la Nación.

Nadie como los hijos de D. Bosco para aquellos de penetrar sin trochas y sin auxilios hasta organizar entables en el corazón de la jibaría; ellos y sólo ellos nos han enseñado la geografía, la fauna, la flora, costumbres y leyendas de estas tribus, y a su apostolado, en el que resumen virtudes y heroísmos, debe el Ecuador y debe el pueblo no únicamente el camino hacia la ignota región de los ríos que dan oro y los pájaros que hablan, sino la educación de la niñez en la más pedagógica de las normas, librándola del respeto humano, enseñándole a reír, a desarrollar y a cumplir con el deber.

Para las múltiples manifestaciones de la Obra Salesiana hay por fortuna en todas las ciudades fervientes cooperadores, y en estos mismos días, desde la inefable festividad de María Auxiliadora, sigue la Casa Salesiana atrayendo a sus amigos y ex-alumnos con el encanto de programas selectos referentes ora a la celebración de las Bodas de Plata Sacerdotales de Mons. Domingo Comín y a conferencias orientalistas y a la perenne exposición de productos y artefactos de la zona de Gualaquiza, Macas e Indanza.

Decididamente el nombre del R. P. Ceslao Moreno O.P., a quien ha tocado sustentar la próxima conferencia orientalista, acarreará el más numeroso auditorio a la Casa Salesiana. Literato, poeta y orador, el P. Moreno reúne a sus brillantes dotes las de su espíritu entusiasta y emprendedor para todo lo patriótico, lo noble y lo santo. Sobre las alas de su palabra viajaremos por las majestuosas virginidades de aquellos bosques con tanta sublimidad descritos por el autor de Cumandá; el pegaso inquieto de su fantasía conducirá el espíritu hacia la hermética avaricia de las tierras madres del oro, de la plata y de las miríadas de piedras preciosas.

Honrada la tribuna de la propaganda para la salvación del Oriente, cábenos aplaudir al sapiente conferencista en su triunfal subida al paraninfo.

Parte principalísima del jubileo salesiano es la celebración de las Bodas de Plata de Mons. Comín: números escogidos hacen del simpático programa un índice de oro que cierra el sugestivo libro pleno de la alegría espiritual de los hermanos de Savio, Cagliero y Costamagna. Sea esta ocasión para reiterar nuestras felicitaciones al ínclito Obispo Salesiano.

¡Ayudemos a estos misioneros!: cooperar en la obra de la colonización, es servir a Dios, a la Patria y a la humanidad.

LA ALIANZA OBRERA. XX: 1.283, 28, Mayo, 1925.

LABOR DE UN PATRIOTA

Este bisemanario se ha ocupado siempre de todo lo que concierne a la colonización de nuestro Oriente, por lo mismo no podemos permanecer indiferentes ante la labor patriótica del Teniente D. Luis F. Mora, que acaba de llegar de la Capital, donde con sus esfuerzos y los del Capitán Machuca y otros distinguidos personajes ha logrado alcanzar del Supremo Gobierno, importantísimas medidas y concesiones para llevar adelante la colonización de nuestros vastos territorios amazónicos; entre estas conquistas, ocupa el lugar preferente la carretera que muy pronto se trabajará para unir Paute con Macas.

Felicitamos, pues, al señor Teniente Mora por su regreso a esta ciudad, y en nombre de la Junta Promotora de Colonización Oriental le hacemos presente nuestra profunda gratitud por sus desinteresadas gestiones acerca del Gobierno y las ciudades del Norte.

LA ALIANZA OBRERA. XX: 1312, 6, Septiembre, 1925.

LA MULETILLA DE 30 AÑOS

Lo que ha sido el peligro conservador.— Pruebas irrefutables de la conspiración clerical.— Nihil innovetur.

Ayer no más la prensa liberal en unísono alarmante pedía la compactación de las filas liberales y la defensa de los principios amenazados por el fanatismo clerical y la actitud de la Asamblea conservadora que se presentaba fuerte y unida, en son de desafío, pretendiendo hacer retrogradar a la República, a la época garciana, donde el patíbulo, las cadenas, la esclavitud, el amordazamiento de la prensa, y más muletillas de uso acostumbrado para engañar incautos, vendrían a reemplazar a las amplias libertades públicas y el régimen de tolerancia actual, a esta era de paz, de abundancia, de honradez y de felicidad que para buen provecho gozamos los dichosos habitantes del Ecuador.

Para nosotros verdaderos hijos del pueblo que no tenemos otros interés que la ventura de la Patria, nos causa hondo desconsuelo al escuchar ese clamoreo injusto y mentiroso de la prensa roja, que tiene por consigna calumniar al adversario cuando más efervescentes se hallan las ambiciones de los secuaces del propio bando. La farsa no es sólo de ahora, ésta ha venido repitiéndose mes por mes, año tras año durante todo el tiempo de la dominación radical, del 95 a esta fecha; y si no, recuérdese la historia de cualquiera de los presidentes que han dominado la República desde Alfaro a Córdova y véase si en todo caso y para cohonestar todo acto de mala administración, para disimular todo desfalco, para secundar la más cínica ambición, siempre se usó de la farsa del peligro conservador.

Como la rutina es la misma y lejos de haber mejorado en los métodos y procedimientos, vamos por igual y quizá peor camino, hoy se ha vuelto a lo mismo de siempre. Por felicidad los hechos hablan mejor que las palabras, y en el momento en que se pregonaba la unión ante el peligro común, se alza el velo que cubría el miste-

rio de tanta halaraca y se pone en claro la verdad de los hechos. La unión liberal ante el clericalismo, no ha sido otra cosa que la ambición porfiada y siempre fracasada de uno de los leaderes del partido de las luces, quien nombrado hace poco miembro de la Comisión Revisora de las leyes de la República, a pesar de ser lego en la materia, se dice que ha estado en connivencia con varios de los caídos de la víspera por su labor de ineptitud, de latrocinio, de sinvergüencería y no sé cuantas cosas más, descubiertas por sus propios conmilitantes, para dar el golpe que les haga escalar el poder, con la mira, es claro, de hacer más dichosa la suerte de los ecuatorianos...

A los tales, como buenos liberales, qué les importa el estado internacional de la República si lo que trataban no era de salvarla de la situación en que se halla, sino de ocupar los destinos públicos con el fin de ganar más y explotar más al pueblo, so pretexto de libertarle de los actuales gobernantes. Y vaya a decantarse nuevamente la pureza de las doctrinas liberales, la lealtad del ejército, el desinterés de los aspirantes al poder, si estamos viendo y palpando todo lo contrario.

Es por esta política de mentiras y de infamias que el pueblo de Cuenca no ha podido tragar jamás la píldora de las doctrinas liberales, buenas para los aspirantes a empleos públicos, que con tal de atraparse cualquier destino, son capaces de decir que ni siquiera son bautizados. Pero los obreros, los que vivimos del trabajo honrado que nos proporciona nuestro arte, los que no necesitamos de los cargos del Gobierno para nuestra subsistencia, no tenemos por qué renegar de nuestros principios católicos para adaptar doctrinas que están en pugna con nuestras creencias. *Nihil innovetur*. Sí; no queremos evolucionar en la forma que usan los modernos liberales, ayer Luises de Gonzaga y hoy Volterianos aventajados, sólo por tener derecho a un sueldo del Gobierno.

Prueba de todo lo que hemos dicho, ahí está la historia íntegra del liberalismo de nuestra tierra. Basta de

prédicas que no convienen, ni de declaraciones ponderativas de la bondad de los principios. No hay más principios para el liberalismo, que el estómago; todo lo demás es pura farsa...

LA ALIANZA OBRERA. XX: 1.330, 22, Noviembre, 1925.

EL FERROCARRIL A CUENCA

Acaba de firmarse el contrato ferroviario Sibambe-Cuenca, por el Sr. Ministro de OO.PP. y empresarios señores Dobbie y Simmons; saludo efusivamente al pueblo azuayo y me uno de corazón a su justo júbilo: viva la Patria; viva la Junta de Gobierno, viva el Ejército, viva Cuenca y un hurra especial para el doctor Boloña, Ministro de Obras Públicas que tanto interés ha desplegado, en este importante asunto, conquistándose imperecedera gratitud de regiones australes. Afmo. compatriota y servidor.— Gobor. Torres.

A manera de comentario al telegrama que antecede cúmplenos exteriorizar la más explícita de las alegrías enviando al mismo tiempo nuestra ferviente gratitud a la honorable Junta de Gobierno, al Sr. Ministro de Obras Públicas y a cuantas personas han tomado parte activa en el esperado contrato que es la fórmula de salvación para esta parte casi olvidada, a pesar de ser la más patriota y la más menesterosa de la Nación Ecuatoriana...

Latente ha estado en la preocupación cívica el arreglo de este trascendental negocio; y cruzando y salvando escollos, al fin parece llegada la hora de la realidad.

Clara a todas luces como es la ventaja del transporte para incrementar el comercio, la industria, el trabajo, y por lo mismo, la fuente pública de la riqueza en los pueblos beneficiados, nada debemos añadir, siquiera a título de alusiones y esperanzas, sobre los adelantos que engrandecerán a la patria chica, cuando atruene sus collados el silbido de la locomotora y salude a su cielo florentino el enorme plumón de la humareda, mientras el traquetear de ruedas y campanas, como respiración de fatiga y optimismo, traiga nuevas, y lleve nuevas, colmando el espíritu de los moradores de ambiente más moderno, más activo y más en armonía con el pensamiento universal.

Latente y como en potencial ha permanecido mucho tiempo la ansiada solución de este problema patrio; gobernantes y contratistas alucinaron el entusiasmo patriótico ora con promesas, ora con licitaciones, sin que has-

ta el presente haya pasado el ferrocarril a Cuenca, de una fantasmagoría y sueño. Pudiera decirse que mientras no palpemos los rieles y no nos sentemos en el vagón y no **metamos el dedo** en la llaga de las rocas y caminos abiertos por la piedra, no daremos, decimos, credulidad a este espejismo.

Nos está pasando lo del lobo del cuento; tanto mintió el muchacho al pastor, que al fin, *cuando la mentira fue verdad,* creyéndola siempre falsa, el pastor siguió durmiendo...

Nosotros que vivimos curados de espanto, ya no nos debemos alarmar mucho: si el contrato se ha hecho, santo y bueno y ojalá sea verdad tanta belleza.

Demás está decir que no por eso vamos a cerrarnos en un mutismo pesimista; todo lo contrario, nunca faltarán en estas columnas la voz de aliento y el ruidoso aplauso a cuanto diga teórica o prácticamente, progreso, mejora, adelanto.

Cuenca necesita tren imperiosamente: la copa de sus energías está desbordando; el cuerno de Ceres y la cesta de Pomona rebosantes están de palpitaciones y fecundidades; y si debemos fe a los expertos en ingeniería, Cuenca ante todo es un filón de minas, sus mármoles, su hierro, sus arcillas se están desnudando espontáneamente casi sin trabajo de explotación. Volvemos a repetirlo, Cuenca, más que otra cosa, reclama ferrocarril, y lo pide con tanto derecho y justicia.

No podemos adelantar el prejuicio, mas sí diremos que ésta no sea la muletilla de siempre; que este contrato tenga realización y sea en el hecho y en la práctica, sin quedar de simple y baladí promesa o efímera esperanza.

Entonces, el Gobierno que nos haya puesto el lazo de oro para convivir junto con nuestras provincias hermanas, verá su nombre grabado en el alma de sus provincias azuayas siempre agradecidas e hidalgas por tradición y por temperamento.

LA ALIANZA OBRERA. XXI: 1.338, 10, Enero, 1926.

SAN JOSE

San José reducido a la más oscura condición de la vida, se somete, sin murmurar, a los designios de la Providencia. Descendiente de cien reyes, siente todavía las impresiones de grandeza, que permanecen en el corazón largo tiempo después de la decadencia de una familia ilustre; se ve, sin quejarse, caído de la más alta cumbre de la gloria humana, en el desprecio, inseparable compañero de la indigencia; se contempla precipitado del pináculo del poder soberano a las apreturas de una condición baja y oscura. La elevación de una casa extranjera al trono de Israel no vertió en su corazón el veneno de la envidia. Lejos de rebelarse contra la tiránica autoridad, da ejemplo de fidelidad y sumisión pagando el tributo debido a los que tienen derecho a mandar. Instruído de que el Hijo de Dios no ha de triunfar en los corazones con la pompa y majestad; sabedor de que la gloria del Mesías ha de nacer de las humillaciones y oprobios; convencido de que el Redentor ha venido al mundo para confundir el orgullo de los hombres e inspirarles, con el ejemplo, desprecio a los bienes temporales y caducos, entre de lleno en la simplicidad evangélica, y es el primer discípulo de Jesucristo humillado, fiel y constante en el orden de la sumisión, nada quiere, nada desea si no es permanecer en la pobreza, en que lo ha hecho nacer la Providencia, y prefiere la obscuridad al destino más brillante, conformándose alegre con las divinas disposiciones.

No admiramos, talvez, como merece, el amor que tuvo a su estado San José. La sumisión al Ser Supremo que hace al hombre contentarse en todas las situaciones de la vida, no se encuentra en nuestros corazones; por el contrario, sentimos cierta rebeldía contra la voluntad soberana, cuando no es conforme a nuestras miras o se opone en algo a ellas. Queremos que nada turbe nuestros placeres, que nada contraríe nuestro orgullo, que todo se rinda a nuestros proyectos; el más ligero contratiempo nos abate, en la misma prosperidad no nos mostramos menos rehacios que en la aflicción, siempre falta alguna cosa a la avidez de nuestros deseos. Mientras más nos elevamos más se dilatan nuestros corazo-

nes. La ambición es la ruta que determina y dirige nuestros pasos, pone en movimiento todos nuestros conatos, y hace de todo el mundo un teatro de confusión, donde nadie está en su lugar; donde el orgullo y la temeridad suben a los primeros puestos, en tanto que el verdadero mérito yace olvidado sin ninguna recompensa; donde el que se empeña en salir de la oscuridad de la vida privada es incapaz de sostener la vida pública.

No pretendemos condenar con esto la noble emulación que conduce a la gloria por el cumplimiento del deber los hombres destinados a los honores, tienen que tener delante de sus ojos grandes asuntos; sería una ignominia y una vergüenza para ellos dejarse llevar de inclinaciones bajas y vulgares; no les bastan las virtudes privadas. La indolencia y el amor al reposo les deshonran. La religión que condena en los grandes el insaciable deseo de levantarse sobre las ruinas de los demás, reprueba de igual modo la vida muelle y obscura que los aleja de los cuidados públicos para no pensar sino en sí mismos.

De cómo debemos proceder en todas estas circunstancias nos lo enseña *San José* con su ejemplo. En la pobreza, en la humillación se muestra resignado a la Voluntad Divina; en la grandeza y dignidad a que Dios lo destina de esposo de la criatura más alta, de Padre putativo del Rey de los siglos, se conserva en su puesto, obedeciendo el querer del Omnipotente.

Si comprendiéramos esta verdad, convencidos con el ejemplo del *Esposo de María,* la felicidad sería nuestra, y en todo nos someteríamos a las disposiciones de la sabia Providencia, nos mantendríamos contentos en el lugar en que Ella nos ha colocado, y no sería el mundo un teatro de confusión.

LA ALIANZA OBRERA. XXI: 1.352, 31, Marzo, 1926.

LA DOLOROSA DEL COLEGIO

El 20 de Abril de 1906 tiene en la historia de las misericordias de la Madre de Dios para con el Ecuador, un recuerdo especialmente tierno e indeleble. Ha veinte siglos María, mientras ungían y embalsamaban el adorable cuerpo del Divino Redentor, reservaba entre sus manos la corona y clavos ensangrentados; buscaba al través de las encendidas hachas con angustiosas miradas algún alivio a su dolor, en los corazones de las santas mujeres y piadosos amigos de Jesús, y en especial en el pecho del discípulo amado. Y ha veinte años que la Virgen Dolorosa, en la noche del 20 de Abril de 1906, desde el cuadro que representaba su augusta Imagen, en el Colegio de los RR. PP. Jesuitas en Quito, buscó expresar sus maternales deseos de salvar al Ecuador, abriendo y cerrando sus ojos llenos de misericordia a los niños educandos de aquel Colegio. Este milagro canónicamente comprobado, bien recuerda a toda la nación ecuatoriana cuán grandes son las miras de la Madre de Jesús para con el pueblo consagrado al Corazón Divino de su Unigénito e igualmente suyo.

El 10 de Julio de 1892, el Ecuador se consagró solemnemente al Purísimo Corazón de María y el Congreso Nacional se adhirió a ese grandioso hecho promulgado esta memorable ley: "Considerando: 1º que los Ilustrísimos Prelados de esta Provincia Eclesiástica han consagrado la República al Corazón Inmaculado de María, y 2º que en todo tiempo ha alcanzado esta Nación los más señalados favores y gracias del cielo por la mediación poderosa de la Santísima Virgen, decreta: Art. 1º La Legislatura, por su parte, consagra también el Ecuador al Corazón Inmaculado de María y reconoce a la Augusta Madre de Dios por Excelsa Reina, Amantísima Madre y especial Protectora de esta República.

Artículo 2º El Poder Ejecutivo, de acuerdo con los Ilustrísimos Prelados, impetrará de la Santa Sede que el Corazón Inmaculado de María sea declarado, después del Divino Jesús, Patrón Principal de la República.

Artículo 3º Para recuerdo y testimonio perpetuo de la consagración antedicha, se erigirá en esta Capital, en la cima del Panecillo, y con fondos de la Nación, una estatua de bronce, de la Santísima Virgen, con esta inscripción en el pedestal: "El Ecuador a la Madre de Dios, Augusta Reina, Amabilísima Madre y Soberana Protectora de esta República.— Dado en Quito, a cinco de Agosto de mil ochocientos noventa y dos".

El 4 de Marzo de 1895, León XIII (s.et.f.r.) por medio de la Sagrada Congregación de Ritos, nombró al Purísimo Corazón de María, Patrona principal de la Nación Ecuatoriana, con oficio doble de primera clase y octava.

LA ALIANZA OBRERA. XXI: 1.356, 18, Abril, 1926.

LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

La gran verdad católica de la Asunción de la Santísima Virgen en cuerpo y alma a los cielos, celebra la Iglesia todos los años, el 15 de Agosto, con solemnísima fiesta, y espérase que pronto será definida como uno de los dogmas de nuestra Santa Fe.

Innumerables asociaciones piadosas y científicas, es decir agrupaciones de teólogos católicos, promueven actualmente con sus escritos y oraciones la dilucidación de esta hermosísima verdad que, si todavía no está clasificada entre los dogmas, es una creencia universal, próxima a la fe, profesada por las iglesias de Oriente y Occidente, desde el origen del Cristianismo; por tanto, debemos todos elevar al Altísimo nuestras preces, porque se dé esa anhelada definición por la Sede Apostólica, y la esperanza de todos los católicos se convierta en dichosa realidad. Con la proclamación dogmática del triunfo último de la Santísima Virgen, es de creer vendrá también el triunfo de la Iglesia sobre el Liberalismo, la Masonería, el Socialismo y demás sectas anticristianas que actualmente mueven tan cruda guerra contra la Esposa del Cordero.

En Italia, Francia y otras naciones católicas de Europa son populares, ahora, varias oraciones aprobadas por los señores Obispos de muchas diócesis, para impetrar del cielo la definición indicada; copiamos aquí las propagandas últimamente en España, con el mismo intento, y que desearíamos fuesen adoptadas por los prelados del Ecuador, y difundidas entre nuestro pueblo piadoso, y rezadas diariamente. Dicen así: "Si es cierto que Enoc y Elías pasaron de esta vida sin experimentar la corrupción del sepulcro, con mayor verdad podemos afirmar lo mismo de María".— "Por el amor infinito que tenéis, ¡oh Trinidad Beatísima! a nuestra Madre y Señora la Inmaculada Virgen María, concedednos la pronta definición dogmática de su gloriosa Asunción a los cielos. Amén".

LA ALIANZA OBRERA. XXI: 1.372, 15, Agosto, 1926.

OPINION AUTORIZADA

El viaje al Oriente del Dr. Daniel Córdova Toral, bien lo supusimos, debía arrojar la luz necesaria para esclarecer las apreciaciones sobre la colonización de esas selvas; y como él mismo lo confiesa, lo que más satisfacción ha causado en su ánimo, es la conducta y el apostolado de los hijos de Don Bosco, cuya labor fue desvirtuada por el egoísmo y la intriga, unas veces sin aventureros sin Dios ni Ley, y otras por hombres avezados al zarpazo intransigente de la consigna.

Por esto, nos es grato transcribir las frases del ilustre viajero, quien es muy conocido de sus compatriotas, por el caballeresco desinterés, sus miras nobles y limpias, su altruismo e independencia de criterio; y a pesar de no contarse entre los del bando tradicional, luce para honor de los misioneros su palabra imparcial que la reproducimos:

"Debo decir, ante todo, que he experimentado hondas y agrabilísimas emociones, al visitar ese girón de suelo patrio, respecto de cuyo floreciente estado, había yo dudado mucho, suponiendo que cuanto de él se decía no pasaba del terreno de una mera ilusión; y esto, no porque haya podido caber en mí sombra alguna de prevención a la manera de colonizar nuestro Oriente y a la labor realizada por los Religiosos Salesianos; sino porque, francamente, mi concepto no se inclinaba del lado del optimismo con relación a tan ardua empresa.

Pero, sin exageración de ninguna clase, confieso como ecuatoriano, como hombre de honor, que la colonia de Méndez se halla tanto más floreciente de lo que se puede imaginar, lo cual es sumamente consolador para quien siente circular en sus venas el fuego del amor patrio.

Los Religiosos Salesianos, queridísimos por otra parte, entre los salvajes, desde que ejecutan una obra de admirable abnegación, han trabajado con tanto ahínco y constancia, que han logrado incrustar en plena selva un

foco de civilización. Su labor merece todo mi aplauso y el de todo ecuatoriano; y creo que es indispensable apoyarles, con cuanta mayor eficacia sea posible, para que su radio de acción siga internándose en la floresta y reivindicando, con firmeza y seguridad, nuestro derecho.

Estoy íntimamente convencido que si Méndez no hubiera sido ocupado por la Misión Salesiana, éste era el momento en que el invasor del Sur se hubiera establecido allí, lo que casi equivale decir en Paute, pues relativamente es muy corto el trayecto que media entre los dos lugares.

Los Salesianos cuentan allí con una confortable casa, han implantado una escuela de primeras letras, a donde concurren muchos niños jíbaros, algunos de los cuales leen y escriben con bastante corrección; también han establecido un pequeño hospital que cuenta con reducido pero bien formado botiquín; en suma, su labor es tan proficua y tan halagadora, que se lo digo con toda franqueza, ya querríamos contar con un centenar de paladines de la civilización, como el P. Albino del Curto y sus compañeros, para la definitiva incorporación del Oriente a la soberanía nacional..."

LA ALIANZA OBRERA. XXIII: 1.447, 1º, Abril, 1928.

LA ASUNCION DE MARIA

San Juan Damaseno dice: sabemos por una antigua tradición que cuando llegó el tiempo del bienaventurado Sueño de María, todos los Apóstoles que se hallaban dispersos por el mundo trabajando en la salvación de las almas, fueron transportados en un momento a Jerusalén. Reunidos junto a la Virgen Santísima, recibieron sus últimos recuerdos y su santa bendición, tuvieron una visión angélica, y músicas celestiales deleitaron sus oídos. Como llevada por estas divinas armonías, la hermosa alma de María voló al seno de su Criador. Por tres días oyéronse estas mismas melodías en Getsemaní, donde fue depositado el Sagrado Cuerpo, después de los cuales cesaron por completo.

Entonces llegó Tomás, el discípulo incrédulo que no había estado presente al glorioso *Tránsito* de la Madre del Salvador, y quiso verla por última vez. A este fin los Apóstoles apartaron la losa que cerraba el sepulcro, pero no encontraron allí el Sagrado Cuerpo. Lo único que encontraron fue el sudario en que había sido envuelto, el cual exhalaba un delicioso perfume. Profundamente conmovidos a la vista de este prodigio, cerraron el sepulcro quedando bien persuadidos de que el Verbo Divino que había querido encarnarse en el Seno Inmaculado de María, no había permitido que aquel cuerpo virginal estuviese sujeto a la corrupción, sino que lo había remitido y llevado al Cielo antes de la resurrección universal.

La preciosísima muerte o Tránsito felicísimo de la Virgen María aconteció el 13 de Agosto y su gloriosísima Resurrección y Asunción a los Cielos fue el 15 del mismo mes.

En este día fue coronada por la Santísima Trinidad como Reina de todo el Universo y Madre de Misericordia. Fue además constituída Medianera Universal de la Iglesia, para que todo recibamos por sus benéficas manos. Ella es la Tesorera y dispensadora de todas las gracias. María es, pues, Omnipotente por gracia como

Jesucristo, su Hijo Divino, lo es por naturaleza.

Al celebrar esta Fiesta de la Asunción de la Virgen Santísima debemos: 1º Felicitar a María por su dicha inefable; 2º Agradecer a la Santísima Trinidad por haber ensalzado a nuestra Reina; 3º Pedir con confianza su Protección y Auxilio y proponernos evitar toda mancha e imitar sus virtudes, para mostrarnos verdaderos hijos suyos y merecer su Patrocinio durante nuestra vida y especialmente en la hora de nuestra muerte, para alcanzar la dicha de ir a formar parte en su Corte en el Paraíso por toda la eternidad, cantando sus glorias y misericordias en compañía de los Angeles y Bienaventurados.

LA ALIANZA OBRERA. XXIII: 1.465, 19, Agosto, 1928.

CONGRESO OBRERO

Las ideas acerca de la necesidad de reunir en el Ecuador un Congreso de Obreros en el que deberían estar representadas las diversas asociaciones de trabajadores de toda la República, fueron lanzadas en Agosto de 1905 por la Sociedad que celebra hoy sus Bodas de Plata. Por tal motivo reproducimos el proyecto relativo a dicho Congreso:

En el Nº 30 de "El Eco del Azuay", correspondiente al 2 de Agosto del presente año, publicó el Directorio de la "Alianza Obrera" un proyecto de acuerdo en que se podrán convenir los demás centros de Artesanos de toda la República.— He aquí:

Puntos sobre los cuales convendría el Acuerdo de todos los Centros Obreros de la República: "1º La organización de la clase obrera en el Ecuador, de modo que los artesanos de una provincia, puedan ser auxiliados por los hermanos de las otras.— 2º La creación de talleres modelos en cada arte, en Guayaquil, Cuenca y Riobamba; y el modo de obtener el título de Maestro. La manera eficaz de conseguir subsidios del Gobierno, para que los alumnos inteligentes de cada arte, puedan ir a Europa a perfeccionar sus conocimientos, con la obligación de enseñar a los aprendices del país; así como la liberación de los derechos de Aduana para las herramientas y más útiles de artes, oficios e industrias; gravando con fuertes derechos las obras que pudiendo trabajarse en la República, vinieren del extranjero.— 4º Promover exposiciones artísticas e industriales, en las principales ciudades.— 5º Trabajar con empeño porque se deroguen leyes y costumbres que degradan a la clase obrera.— 6º Crear Montes de Piedad o Cajas de préstamo para auxiliar a los artesanos cuando necesiten.— 7º Fundar sociedades de Socorro Mutuo, en favor de los mismos artesanos, para los casos de enfermedad, invalidez y muerte; como también para auxiliar a sus viudas y huérfanos.— 8º Establecer una Casa Central de huérfanos para la educación de hijos de artesanos que en edad temprana han perdido a su padre.— 9º Acordar los auxilios y protección mutua que pudieran prestarse a los artesanos de la

República en viaje de una provincia a otra.— 10º Solicitar la creación de Tribunales especiales para resolver las controversias que se susciten entre el dueño de la obra y el trabajador.— 11º La fundación inmediata de Escuelas Nocturnas con textos apropiados para la clase obrera.— 12º Escogitar los medios de allegar fondos, con independencia, para sostener los Centros Obreros. Aprobado por la "Alianza Obrera" del Azuay, en sesión del 8 de Agosto de 1905.— El Presidente Accidental, Luis Arcentales.— El Secretario, J. Tarquino León".

Estos mismos puntos enviados al Director Nacional de Obreros, Sr. Virgilio Drouet, fueron acogidos y patrocinados por tan respetable personaje, quien los publicó, en uno de los diarios de Guayaquil. Además, cábele a Cuenca, el honor de haber enviado una Comisión, a exponer las ventajas del *Congreso* que ahora preocupa a las clases trabajadoras del país, y cuyos primeros movimientos de iniciación se dejan sentir en los distintos centros industriales de la nación ecuatoriana.

Invitados por el Comité Directivo de los obreros federales en Guayaquil, a manifestar nuestras opiniones acerca de la futura labor del Congreso, no retrocedemos en indicar, de nuevo, los puntos que a nuestro humilde parecer deben ser dilucidados concienzudamente en la Asamblea del año de 1906.

En efecto: dos escollos debemos evitar en el camino de nuestro desarrollo y progreso: *La rutina* empleada hasta ahora con escaso éxito; y las *innovaciones* disociadoras, contraproducentes a los fines que nos proponemos. No debemos ser como la rueda que se encasquilla en su camino; ni como la locomotora descarrilada, que si sorprende con su carrera vertiginosa, acaba sin embargo, en el precipicio.

La clave o punto de partida en nuestras operaciones debe sintetizarse en estas breves frases *método en el trabajo; mutuo auxilio de talleres, y amor a toda clase de hombría de bien*. Todas las demás declamaciones que atacan a la propiedad o zahieren a la honrada riqueza, nunca han producido otro resultado que la demagogia de

proletarios, más terrible que la demagogia política, y el pauperismo de las masas, muro donde se estrellan el orden y el pudor de la familia.

Creemos, y quizá no vayamos equivocados, que el programa preinserto no peca por retrógrado, ni deja de ser modesto. Algunos de sus artículos determinan lo que pudiéramos llamar: *Método en el trabajo*. Con respecto a los otros dos fines, cuales son el *Mutuo Auxilio de Talleres* y el *Amor a toda clase de Hombría de bien*, se obtendrá prácticamente mediante la organización de centros obreros, y de escuelas nocturnas; en estas últimas, la inteligencia y el corazón recibirán el sello del saber y la virtud, tan indispensables en las relaciones del hombre con sus semejantes.

A pesar de todo obstáculo, no dejaremos los artesanos de Cuenca, de contribuir siquiera con granos de arena, a levantar el monumento de una sólida de talleres que servirá para el futuro engrandecimiento del Ecuador...

Como se ve, los problemas que actualmente preocupan a nuestros magistrados, sin llegar a ninguna solución práctica que se cristalice en bien de la clase obrera, ya fueron estudiados por los socios fundadores de la Alianza, que hace veinticinco años, con amplia visión del porvenir, se empeñaban en mejorar las condiciones morales y materiales de los hijos del trabajo (1).

---

(1) El Sr. Dn. José M. Astudillo Regalado, uno de los principales fundadores de la Sociedad "Alianza Obrera del Azuay" y Director del semanario "La Alianza Obrera" testifica que todo, íntegramente, el artículo anterior se debe a la pluma del Rvdmo. P. Matovelle. Y sobre aquellos puntos hablaba continuamente para la moralidad e ilustración de la clase trabajadora. El Rvdmo. P. Matovelle fue nombrado Socio Honorario de la Sociedad. (Nota de la 1ª Ed.).

LA ALIANZA OBRERA. XXXIV: 1.500, 5, Mayo, 1929.

ALGO ACERCA DE LA "CONGREGACION DE HIJAS DE MARIA"

Con el título general de *CONGREGACION DE LA VIRGEN STMA.*, se conoce la asociación piadosa fundada por la Compañía de Jesús en sus colegios, para edificación de sus alumnos y acrecentamiento y mutuo estímulo de virtud entre ellos. A imitación de aquella bellísima confraternidad surgió la de HIJAS DE MARIA, para niñas y jóvenes que viven entre los peligros del siglo, y necesitan más que nadie de un auxilio y protección especialísimos de la Reina del Cielo.

Esta última institución hase hecho tan célebre en todo el orbe católico, y hase multiplicado de manera que apenas habrá ciudad ni pueblo donde no se halle establecida. En nuestra República se la conoce desde que, a mediados del siglo anterior, los beneméritos hijos de S. Ignacio se fijaron nuevamente en nuestro suelo. ¿Quién podrá medir ni sondear el torrente inexhausto de bendiciones y gracias que, desde entonces, ha inundado nuestros colegios, asociaciones y escuelas de niñas, hasta los últimos confines de la tierra ecuatoriana, cubriéndola toda de lirios y azucenas, y embalsamándola, como con esencia de rosas, con el buen ejemplo de tantas legiones de vírgenes? Ellas han derramado el buen olor de Jesucristo en el recinto de los templos, el interior del hogar, las ciudades bulliciosas y las más retiradas aldeas; han presentado el tipo de la doncella cristiana, en el asilo infantil, el taller de la obrera y el suntuoso salón de aristocrática morada. ¿Cuántos bienes no debe el Ecuador a la pía y edificante asociación de las *"HIJAS DE MARIA"*.

Ha sido por tanto inspiración felicísima promover la celebración de las *"BODAS DE ORO"* de esta institución hermosa entre nosotros (1).

---

(1) Cincuenta años ha que obra tan excelente se fundara en Guayaquil, y poco más o menos, igual espacio de tiempo ha transcurrido desde que se estableciera en otras ciudades importantes de la República. Por motivo de la injusta guerra que armó contra ésta el General Mosquera, temiendo los Jesuitas que, si llegaba a triunfar en la contienda, aquel famoso caudillo del radicalismo neogra-

He aquí una breve noticia de la *"CONGREGACION DE LA VIRGEN SANTISIMA"* que dio origen a su famosa afiliada, la de *"HIJAS DE MARIA"*.

Poco después de fundado en la capital del orbe católico el célebre *COLEGIO ROMANO*, dirigido por Padres de la Compañía de Jesús, uno de éstos, profesor de gramática en aquel plantel, acostumbraba "reunir a sus alumnos más aprovechados y diligentes, antes o después de clase, en una capilla y después de darles una breve plática acerca de la Santísima Virgen, hacía que se entretuviesen en devotas oraciones. La Congregación piadosa creció de suerte que mereció ser aprobada por el Sumo Pontífice y erigida en *ARCHICOFRADIA PRIMARIA* para que pudiesen agregarse a ella otras piadosas asociaciones que le fuesen similares. Y como éstas se propagasen después en todas partes, no bastándose una sola primaria a atender a todas las peticiones que se le dirigían, se convino, en el Colegio Romano, en dividir la primitiva Archicofradía en tres, a las que por ello, se llamó respectivamente: *PRIMA PRIMARIA, SEGUNDA PRIMARIA*, y *TERCERA PRIMARIA*. El Papa Sixto V extendió la piadosa Congregación a toda clase de personas (de donde resultó la hermosa asociación de Hijas de Ma-

---

nadino, habría de extremar sus iras contra los institutos religiosos en el Ecuador, como lo había hecho en su desgraciada patria, trasladaron el noviciado a Cuenca, que desde esa fecha fue constantemente visitada por misioneros celosos de la Compañía. Los Padres Daniel Gómez y Miguel Garcés fueron de este número; y, después de una tanda fructuosísima de ejercicios espirituales predicados en esta ciudad, fundaron en ella la "Congregación de Hijas de María", que ha perdurado hasta hoy sin decaer jamás de su espíritu y fervor. Esto acontecía por los años 1864 a 1865. Un lustro después, el R.P. Miguel Franco, asociado a otros inteligentes miembros de su Instituto, tomó a su cargo la dirección del Seminario, y, en seguida, la del Colegio Nacional de Cuenca. Uno de los primeros cuidados de tan dignos maestros fue el establecimiento de la Congregación de la Santísima Virgen, entre sus alumnos; primer director de ella fue el R.P. Antonio Garcés. De esta manera fue implantada aquella preciosa obra en el Azuay. Indiscutible es el derecho que tiene Cuenca para unirse a Guayaquil en la celebración de una fiesta jubilar tan simpática y piadosa.

ría), con lo que se acrecentó grandemente el número de devotos de la Santísima Virgen" (1).

Actualmente la Congregación de Hijas de María es una de las confraternidades piadosas, aprobadas por la Iglesia, más célebres en todo el orbe católico, más bendecidas por el Cielo y los Papas, y más fecundadas en todo linaje de buenas obras. La Virgen Santísima, al aparecerse en Lourdes, se dignó mostrarse con la vestimenta que acostumbraban entonces llevar las Hijas de María en Francia, enseñando con esto cuánto se complace la Reina del Empíreo en ésta su asociación predilecta.

En **Flores Ecuatorianas ofrecidas a María Inmaculada, el día 8 de Diciembre de 1915, en recuerdo de las fiestas jubilares con que la Congregación de "Hijas de María" de Guayaquil, celebró, en tal día, el 50º aniversario de su fundación**. Guayaquil: s.i., 1916, págs. 26-28.

(1) Vigo.— L'Anno di Maria.— vol. V.

CONGRESO MARIANO DE CUENCA (1926)

Explicación de la fotografía anterior:

Sentados: **Alberto Muñoz Vernaza.— Honorato Vázquez.— Rafael María Arízaga.— Mons. Domingo Comín.— Julio Matovelle.— Remigio Crespo Toral.**

De pie: **Joaquín Spenelli.— Alfonso Abad J.— Miguel Angel Jaramillo.— Nicanor Aguilar.— Pedro Colombo.— Miguel Cordero Dávila.**

EL DOGMA DE LA PERPETUA VIRGINIDAD DE LA MADRE DE DIOS (1)

I

En el ciclo de las admirables prerrogativas y singulares privilegios de María están ya definidos dogmas de fe su Maternidad Divina, su Virginidad Perpetua y su Concepción Inmaculada; espérase que lo será muy pronto la creencia católica en su Asunción corporal a los cielos, al tercer día de su muerte. Para impetrar del Altísimo esta tan anhelada definición, dirígense actualmente fervorosas y constantes preces al Señor, de todas las regiones del orbe católico, pues se confía fundadamente que la proclamación de ese glorioso dogma traerá abundante lluvia de gracias a la tierra, un nuevo triunfo de la Iglesia tan combatida hoy por el racionalismo, la impiedad y un extraordinario y aterrador desbordamiento de todas las concupiscencias en el mundo.

En la presente elucubración juzgamos muy conveniente, y hasta necesario, recordar a nuestros lectores católicos los fundamentos solidísimos en que estriba el dogma de la *Perpetua Virginidad de la Madre de Dios*, para que así tengan a la mano argumentos poderosos con que rebatir las impugnaciones de los impíos, que han hecho de este hermoso dogma el blanco preferido de sus burlas y blasfemias; advirtiendo que, en todo tiempo, los principales adversarios de esta verdad de nuestra santa fe, han sido los libertinos e incrédulos que, revolcándose de continuo en la inmunda pocilga de los apetitos bestiales, se han colocado voluntariamente en imposibilidad de elevarse, sobre la esfera de los sentidos, a ninguna idea espiritual y noble.

---

(1) Dado que no se ha podido localizar ningún ejemplar impreso de este folleto, nos apoyamos en el testimonio del R.P. Luis B. Medina, Sacerdote Oblato del tiempo de Matovelle, para asegurar que fue publicado en Cuenca: Imp. del Clero, 1915 (Ed.).

II

Tan hermoso y sublime es el dogma que nos ocupa, que aun los mismos gentiles pensaban que sólo una Virgen sería digna de ser Madre de Dios; así es sabido que las druidas habían dedicado a una de sus deidades un templo con esta inscripción: *Virgini pariturae: A la Madre Virgen*. Del mismo prodigio hablan varias teogonías orientales, especialmente de la India. Las azucenas del candor virginal enlazadas con las rosas de abnegación y sacrificio de la maternidad: he aquí el mayor ornamento, la brillante y áurea diadema que las más encumbradas inteligencias han reputado digna de ceñir la frente de reina de la mujer bendita entre todas las generaciones.

En el Antiguo Testamento fue anunciado este prodigio: la Maternidad de una Virgen: como la más alta señal que Dios daría de la predilección omnipotente y soberana con que amparaba a Israel. Sitiada Jerusalén por los reyes de Siria y Samaria, Isaías profetizó que la ciudad santa no sería tomada por sus orgullosos y, al parecer, invictos enemigos; en prueba de ello, dijo a Acaz, rey de Judá: "Pide a elección tuya, al Señor tu Dios, una señal, sea del profundo infierno, sea de arriba, en lo más alto del cielo". Como Acaz respondiera hipócritamente: "No pediré tal prodigio, por no tentar al Señor"; respondióle Isaías por ello y añadió: "He aquí que el mismo Señor os dará la señal: sabed, pues, que una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y su nombre será Enmanuel (o Dios con nosotros)": *Ecce virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Enmanuel* (Isaí., VII, 14). Una Madre Virgen había, pues, de ser el gran portento que anuncie al universo que había principiado ya la Obra Divina de la Redención.

III

El Evangelio testifica haberse cumplido textualmente este prodigio en la concepción y el parto virginales de Jesús.

El Arcángel Gabriel, dice San Lucas, fue enviado por

Dios a Nazareth, ciudad de Galilea, "a una Virgen desposada con cierto varón de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María"; y habiéndose presentado ante ella le anunció que había sido elegida por Dios para Madre del Mesías. María al escuchar esta embajada se conturbó, y respondió al enviado celestial: "¿Cómo puede ser eso, si he prometido a Dios permanecer siempre virgen? *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* (1). Contestóla el Angel: "El Espíritu Santo descenderá sobre Ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra": *obumbrabit tibi* (2). Que fue como decir: Tu voto permanecerá ileso, pues esa concepción se verificará de modo milagroso, no según las leyes ordinarias de la naturaleza, sino por la virtud omnipotente del Altísimo. Así se realizó efectivamente: María concibió en sus castísimas entrañas a Jesús, sin dejar de ser Virgen; no por consorcio de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Por un prodigio estupendo que se verificó entonces y no se repetirá jamás: María reunió en su cabeza de reina las dos aun más preciadas diademas, de Virgen y Madre al mismo tiempo.

La integridad virginal que María conservó intacta en la concepción de su Divino Hijo, la mantuvo ilesa en su parto igualmente extraordinario y maravilloso. Las principales circunstancias de la Natividad del Redentor, referidas por el Evangelio, nos demuestran que este alumbramiento singular fue totalmente milagroso y virginal. Nace Jesús en el rigor del invierno, a media noche, en un pesebre, en el más completo abandono, y su Madre no necesita de los socorros de que las demás mujeres han menester en tales circunstancias; pues según San Lucas, María fue y no otra persona quien prestó a su

(1) Luc. I, 34.— Como exactamente han advertido los más grandes padres y doctores de la Iglesia, la observación o el reparo de María: **quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?** no tiene otro sentido que el expuesto en el texto. Solamente una promesa formal de guardar perpetua castidad, hecha a Dios, pudo impulsar a María, desposada ya con San José, a presentar al Angel aquella dificultad, diciéndole: ¿Cómo puede ser eso? **quomodo fiet istud.**

(2) Ib. 35.

Hijo los cuidados y atenciones indispensables al recién nacido; ella fue quien le tomó en brazos, le envolvió en pañales, arregló la cuna y le reclinó en el pesebre. "Y sucedió que hallándose allí (en Belén), José acompañado de su esposa encinta le llegó a ésta la hora del parto. Y dio a luz a su Hijo Primogénito, y envolviéndole en pañales, y rescostándole en un pesebre; porque no había lugar para ellos en el mesón" *Factum est autem, cum essent ibi, impleti sunt dies ut pareret. Et peperit filium suum primogenitum, et panis eum involvit; et reclinavit eum in praesepio, quia non erat eis locus in diversorio. (Luc. II, 6 y 7).* La integridad maravillosa de María no padeció, pues, detrimento alguno en su parto milagroso; por lo cual fue Virgen antes del parto, Virgen en el parto, permaneció Virgen después del parto; esto es, permaneció siempre Virgen: *post partum virgo inviolata permansiste,* como le proclama la Iglesia.

IV

Este dogma, como los demás de nuestra santa fe, ha sido impugnado por muchos herejes. Desde luego, todos los incrédulos y racionalistas que desconocen el carácter divino de las Sagradas Escrituras y sostienen que el milagro es imposible, desechan a priori los relatos evangélicos y no admiten el prodigio de una madre virgen. Para convencer a éstos de error, tendríamos que principiar demostrando que además de la materia existe Dios y el alma humana, que el milagro no es imposible, etc. Prescindiendo, pues, de impíos y racionalistas, nos ocuparemos aquí de refutar solamente algunas objeciones heréticas que, si bien admiten las principales verdades de fe y reconocen la inspiración divina de las Escrituras, dan a sus textos una interpretación torcida y arbitraria. Ebión, Helvidio y Jacoviniano han sido, en los primeros siglos de la Iglesia, los principales impugnadores del dogma de perpetua Virginidad de María, y han sido victoriosamente refutados por San Epifanio, San Jerónimo y San Agustín. Ebión fue uno de los corifeos del gnosticismo, de aquella secta impúdica que desconocía por completo el valor y mérito de la castidad, y la profanaba horriblemente en sus asambleas nocturnas; era,

pues, lógico que desconociese aquella excelente prerrogativa de la Madre de Dios. Helvidio era hombre indocto, nada versado en las ciencias de las Escrituras (1); por lo cual a varios de sus textos daba sentidos reprobados y torcidos, y fundado en esta ignorancia, acompañada de mucha audacia y temeridad, sostenía que la Virgen Santísima, que ciertamente lo fue hasta según el sentir de este hereje, en la concepción y el parto del Salvador, después tuvo hijos de San José, y que éstos son a quienes el Evangelio llama *hermanos de Jesús*. Jacoviano renovó los errores de Helvidio. A ambos refutó San Jerónimo con la copia de doctrina y vehemencia tan propias de este elocuente doctor. Nos bastará, pues, reproducir sus principales razonamientos contra aquellos dos heresiarcas para rebatir los sofismas de cuantos siguen los errores de ellos, como son Lutero, Calvino y, en general, casi todos los protestantes antiguos y modernos.

El texto evangélico mal interpretado, sobre el que pretendía Helvidio basar sus argumentos contra la virginidad perpetua de María, es el siguiente de San Mateo: "Y (José) no tuvo trato conyugal con María hasta que dio a luz a su hijo primogénito": *Et non cognoscebat eam donec peperit filium suum primogenitum* (I, 25). Si según este pasaje de la Escritura, decía Helvidio, Jesús fue el primogénito de María, luego ésta tuvo otros hijos y no permaneció virgen. Además, continuaba argumentando el hereje, si, según el mismo lugar evangélico, María fue virgen *hasta* el parto de Jesús: *donec:* luego no lo fue después. Adviértase que aun el mismo Helvidio proclamaba que María fue virgen antes del parto y en el parto: ni podía desconocer esta verdad sin rechazar todo el Evangelio, pues San Mateo lo asegura clara y expresamente, manifestando que en María se cumplió a la letra el vaticinio de Isaías: "he aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo"; el error que Helvidio sostenía es que después del parto virginal y milagroso de Je-

(1) San Jerónimo dice que Helvidio era **homo rusticanus, te vix primis imbutus litteris. De Perpetua Virginitate B. Mariae. Adversus Helvidium. Liber unus.**

sús, María tuvo hijos de San José y no permaneció virgen hasta el fin.

Contra estas aserciones impías del heresiarca, San Jerónimo prueba con muchos textos de la Escritura, que, según la índole peculiar del hebreo, la palabra *hasta, donec,* significa muchas veces no el *término* sino la *perpetuidad* de una acción, o un estado o modo de ser permanente de una cosa. Así, en el Génesis se refiere que el cuervo, enviado por Noé, no regresó al arca *hasta* que se secaron las aguas del diluvio; es decir, no regresó jamás: *Non revertebatur, donec siccarentur aquae (Gen. VIII, 7).* De Micol se dice, en el libro segundo de los Reyes, que esta esposa de David no tuvo hijos *hasta* el día de su muerte; esto es, no los tuvo nunca: *Michol filiae Saul non est natus filius usque in diem mortis suae (cap. VI, v. 23).* Y así en otros innumerables pasajes de la Escritura. De modo semejante, pues, narra el Evangelio que José no tuvo trato conyugal con María hasta el alumbramiento de Jesús; significándonos con ello que no lo tuvo jamás, y que María permaneció siempre virgen.

En cuanto al otro argumento de Helvidio: "Y, ¿por qué el Evangelio llama primogénito a Jesús, sino porque era el primero de dos o más hermanos?" (1), contesta San Jerónimo: Todo unigénito es también primogénito: *Omnis unigenitus est et primogenitus;* luego al asegurar el Evangelio que Jesús es primogénito no ha negado que sea unigénito, sino ha demostrado que tenía una de las cualidades distintivas del Mesías, porque, entre los israelitas, el primogénito estaba consagrado especialmente a Dios, era como príncipe en su familia y el heredero de las más altas y codiciadas bendiciones de los patriarcas. Era, pues, necesario hacer constar que Jesús fue primogénito *Peperit (María) filium suum primogenitum (Math. I, 25);* sin que el evangelista cuidase darle el título de unigénito, porque esto último no era necesa-

(1) **Helvidius nititur approbare primogenium non posse dici, nisi eum, qui habevt et fratres.**— San Jerónimo, en el libro contra Helvidio.

rio para hacer resaltar la dignidad de Mesías en el Hijo de la Virgen. Pero según Helvidio, dice San Jerónimo, nadie es primogénito si no tiene hermanos.

Instaba el heresiarca: el Evangelio asegura clara y terminantemente que Jesús tuvo hermanos, y aún nos da el nombre de ellos. Leemos en San Marcos (cap. VI, v. 3), admirados los habitantes de Nazaret de las maravillas que obraba Jesús, y de la sabiduría con que hablaba, decían escandalizados: "¿No es éste el artesano, el Hijo de María, hermano de Santiago, y de José, y de Judas, y de Simón?" *Nonne hic est faber, filius Mariae, frater Jacobi, et Joseph, et Judae, et Simonis?* Luego es evidente que después del parto milagroso en Belén, María tuvo hijos de José; luego no permaneció siempre virgen. A esta objeción del heresiarca responde San Jerónimo: En las Escrituras Divinas dáse el nombre de hermanos no solamente a los hijos de unos mismos padres, sino también a los primos y demás parientes próximos, como en este pasaje del Génesis (cap. XIV, v. 14): "Habiendo oído Abraham que había sido llevado cautivo su hermano Lot, etc.". *Cum audisset Abram, captum videlicet Lot fratrem suum;* califícase también de hermanos a cuantos formaban el pueblo hebreo, por descender todos de Abraham y de Sara, como en este pasaje del Deuteronomio: *Si autem emeris fratrem tuum, qui est hebraeus vel quae est hebrae, serviet tibi sex annis (cap. XV, v 12):* "Si comprares por siervo a tu hermano, hebreo o hebrea, etc."; finalmente llámanse hermanos todos los que están unidos por los lazos del afecto, de la profesión de misma fe, etc., como en este pasaje de los salmos: *Ecce quam bonum et quam jucundum, habitare, fratres in unum (cap XXXVII),* y en este otro de San Pablo: *Si is qui frater nominatur est fornicator, aut aut avarus... cum ejusmodi nec cibum sumere (I. Cor. VII).* Tenemos, pues, que en las Escrituras se da el nombre de hermanos a los que proceden: 1º de un mismo padre o madre; 2º de unos mismos abuelos, o que forman entre sí una sola parentela; 3º de una misma nación; y 4º de

una misma fe religiosa o profesión (1). Los que en el texto mencionado de San Marcos se llaman hermanos de Jesús, es por el segundo motivo, por cuanto eran primos del Salvador, pues eran hijos de María, mujer de Cleofás, hermana de la Santísima Virgen. Esto último se demuestra comparando entre sí tres pasajes paralelos del Evangelio. San Juan dice que estaban junto a la cruz del Redentor, "María su Madre, y María, hermana de ésta, y mujer de Cleofás: *Stabant autem juxta crucem Jesu Mater ejus, et soror matris ejus, Maria Cleophae (XIX, 25);* pues, a esta hermana de la Virgen Santísima es a quien designan San Marcos y San Mateo por madre de Santiago (2) y José, llamados por el mismo San Marcos, hermanos, esto es primos de Jesús. *Erant autem et mulieres de longe aspicientes: inter quas erat... et Maria Jacobis minoris, et Joseph mater (Marc. XV, 40). Erant autem ibi (in Golgota) mulieres multae a longe... inter quas erat Maria Jacobi, et Joseph mater (Math. XXVII, 55, 56).* Allí estaba María de Cleofás, madre de Santiago y de José.

Robustécese aún más invenciblemente esta prueba con el hecho de Jesús, en su última agonía, de recomendar a su Madre desolada a los cuidados y protección del discípulo amado, constituyendo, a éste, hijo adoptivo de ella; lo que, al tener Jesús hermanos, habría sido innecesario y gravemente injurioso a estos últimos; tanto más cuanto que, desde aquella hora, Juan llevó consigo a María, y le dio habitación en su casa, según lo testifica el mismo evangelista: *Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua (Joan. XIX. 27).* De todo lo cual concluye uno de los más célebres y doctos expositores modernos del Nuevo Testamento (3): "Está fuera de toda duda que

---

(1) **Quator modis in Scripturis divinis fratres dici, natura, gente, cognatione, affectu.**— San Jerónimo en el libro antes citado.

(2) **El Menor,** porque Santiago, **el Mayor,** tenía por padre a Zebedeo y por Madre a Salomé.

(3) Monseñor Le Camus, en su muy conocida y afamada obra **La vida de Nuestro Señor Jesucristo.**— Parte 1ª, libro 2º, cap. 3º— Traducción castellana de Codina y Formosa. Barcelona 1909.

los llamados en el Evangelio, *hermanos de Jesús,* eran solamente sus primos. Llamábanse Santiago, José, Simón y Judas. Santiago, a quien San Marcos apellida el *Menor,* y José tenían por madre a María, mujer de Cleofás y hermana o cuñada de la Santísima Virgen (1). Eran, pues, simplemente primos de Jesús. San Pablo, en su Epístola a los Gálatas, da precisamente a Santiago el Menor el título de hermano del Señor. En efecto, entre los Apóstoles, dos solamente llevan el nombre de Santiago: el uno hijo de Zebedeo, y el otro hijo de Clopas o Cleofás o aun Alfeo, según que se deformaba diversamente en griego el original arameo... La demostración (de que los llamados hermanos de Jesús eran solamente sus primos) parece concluyente. No hay que extrañarse, pues, de que Jesús, en su última hora, confíe su madre a un discípulo, a un amigo; es que esta Madre no tiene otro Hijo que El. Sólo es grata la hospitalidad de un hijo adoptivo cuando faltan hijos verdaderos".

V

Con pruebas tan decisivas y perentorias creeríase cerrada ya la puerta para toda ulterior discusión; sin embargo, Helvidio objeta aún: "Si María permaneció siempre virgen, ¿por qué no lo dice así, clara y expresamente, la Escritura? Por ventura, ¿faltaban palabras a Mateo para hacer entender lo que quería?" (2).

A este último reparo del heresiarca dará respuesta satisfactoria la observación que sigue. La mayor parte de las verdades de fe se han revelado a los hombres no

---

(1) Esta misma María de Cleofás fue probablemente la madre de los apóstoles San Simón y San Judas.

(2) **Namquid non potuit Scriptura dicere: Et accepit (Joseph) "uxorem suam, et non fuit amplius ausus contingere eam: sicut de Thamar dixit et Juda (Gen. 38, 26) ¿aut defuerunt Matthaeo verba, quibus id, quod intelligi volebat, posset effari? Non cognovit, inquit, eam, donec peperit filium. Post partum ergo cognovit, cujus cognitionem ad partum usque distulerat.** Así Helvidio citado por San Jerónimo, en el libro escrito por este Padre contra aquel hereje.

de golpe, sino paulatinamente, conforme al curso ordinario de las obras de Dios, así en el orden de la naturaleza como de la gracia. El sol principia a iluminar con los indecisos tintes de la aurora; luego nos baña con la luz suave y tibia de la mañana; sólo en la mitad de su carrera nos inunda con los inflamados y magníficos resplandores de mediodía. De modo semejante, la lumbre divina de la revelación se ha comunicado por grados, progresivamente, a los hombres; verdades de la fe, que contemplamos ahora en la plenitud de su revelación, fueron apenas entrevistas por los grandes patriarcas y profetas. No se eximió de esta ley el dogma de la virginidad perpetua de la Madre de Dios: en el Antiguo Testamento fue ya anunciado por Isaías; en el Testamento Nuevo, San Mateo demuestra su cumplimiento en la concepción y parto virginales de Jesús; pero sólo San Lucas, el tercero de los Evangelistas, levanta todos los velos, y nos enseña con meridiana claridad que María es la doncella por excelencia, que jamás sufrió mengua en su virginidad purísima, pues se había consagrado a Dios con voto de perpetua castidad, y permaneció, por tanto, perpetuamente virgen. San Mateo escribió su evangelio principalmente para los hebreos, entre quienes la esterilidad era tenida en oprobio, y la virginidad no se había elevado al altísimo puesto de honor que hoy ocupa en el seno del Cristianismo; así leemos de la hija de Jephté, que antes de ser inmolada se lamentó de haber permanecido virgen, y no haber sido dada en matrimonio: *flebat virginitatem suam in montibus* (1). Los griegos tenían otras ideas al respecto, pues en el célebre templo de Atenas, el *Partenón,* daban culto a Minerva, la diosa guerrera y virgen; escribiendo para ellos San Lucas su evangelio, no temió presentar el dogma de la perpetua virginidad de María, en la plenitud de su esplendor.

En prueba de lo que acabamos de expresar, compárense aquí los dos siguientes relatos evangélicos. San Mateo dice: "El nacimiento de Cristo fue de esta mane-

(1) Judic. IX, 38.

(2) **In Christo inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter**. Coloss II, 9.

ra: estando desposada su madre María con Joseph, sin que antes hubiesen estado juntos, se halló que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo. Mas Joseph, su esposo, siendo, como era, justo y no queriendo infamarla, deliberó dejarla secretamente. Estando él en este pensamiento, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: Joseph hijo de David no tengas recelo de recibir a María tu esposa; porque lo que se ha engendrado en su vientre, es obra del Espíritu Santo. Así que parirá un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús; pues El es el que ha de salvar a su pueblo o librarle de sus pecados. Todo lo cual se hizo en cumplimiento de lo que pronunció el Señor por el Profeta, que dice: Sabed que una virgen concebirá y dará a luz un Hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa Dios con nosotros. Con eso José, al despertarse, hizo lo que le mandó el ángel, y recibió a su esposa. Y no tuvo trato conyugal con ella hasta que dio a luz su Hijo primogénito, y le puso el nombre de Jesús" (1).

En este pasaje evangélico aparece testificada clarísimamente la virginidad portentosa de María, así en la concepción como en el alumbramiento de su Divino Hijo, conforme al vaticinio de Isaías. *Ecce virgo concipiet et pariet filium* (VII, 14). Para los espíritus rectos y sinceros bastaba este testimonio de la Escritura para creer en la perpetua virginidad de María, que es llamada por el profeta la doncella por excelencia y por antonomasia: *Ecce virgo*. ¿Atreveríase el israelita más vulgar, mucho menos el castísimo José, llamado justo por el Evangelio, a faltar al respeto a ese templo del Dios vivo, a profanar ese tabernáculo del Altísimo, en el que por nueve meses habitó la plenitud de la divinidad? (1). Pero he aquí que

(1) San Mateo, capítulo 1º, versículos 18 y siguientes hasta el 25 inclusive. Traducción castellana del Ilmo. Sr. Torres Amat, a excepción de una sola frase, tomada de otro traductor, para mayor claridad.

después de San Mateo viene San Lucas, y nos demuestra que esta profanación *era imposible* y que, por lo mismo, María permaneció siempre virgen. Oigámosle.

Por aquellos tiempos, refiere el tercer evangelista, "envió Dios al Angel Gabriel a Nazareth, ciudad de Galilea, a una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José, y el nombre de la virgen era María. Y habiendo entrado el Angel a donde ella estaba le dijo: Dios te salve, ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo: bendita Tú eres entre todas las mujeres. Al oír tales palabras la Virgen se turbó, y púsose a considerar qué significaría una tal salutación. Mas el Angel le dijo: ¡oh María! no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Sábete que has de concebir en tu seno, y parirás un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David; y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin. Pero María dijo al Angel: ¿Cómo he de ser eso? pues yo no conozco varón alguno. El Angel en respuesta le dijo: El Espíritu Santo descenderá sobre Ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por cuya causa el Fruto Santo que de Ti nacerá, será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes a tu parienta Isabel, que en su vejez ha concebido también un hijo; y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya sexto mes: porque para Dios nada es imposible. Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y en seguida el Angel se retiró de su presencia" (2).

De este hermoso pasaje evangélico se desprende necesariamente que María se había obligado ante Dios a guardar perpetua virginidad, pues, de otro modo, sería incomprensible la respuesta que dio al Angel, cuando le anunció que había sido elegida por Dios para Madre del Mesías. "¿Cómo puede ser eso?" dijo María: *Quomodo*

---

(1) **In Christo inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter**.— Coloss II, 9.

(2) Traducción parafrástica del Ilmo. Torres Amat, del capítulo I de San Lucas, desde el versículo 26 hasta el 38 inclusive.

fiet istud?... Respuesta verdaderamente inexplicable sin aquel voto; pues toda esposa sabe que, por el hecho de constituírse en matrimonio, aceptó desde luego los arduos cargos y deberes de la maternidad. Por otro lado, las hijas de Israel conocían muy bien, por la Escritura Santa y sus tradiciones religiosas, cuán gloriosa y deseable era la suprema dignidad de madre del Mesías; la Virgen por excelencia no la rechazaba tampoco, pero prudentísima como era, hacía presente al embajador celestial que no podía verificarse su anuncio a no ser que permaneciese intacto su anterior compromiso con Dios He resuelto permanecer siempre virgen, y así no puede ser eso: *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cagnosco?* La respuesta del Angel hace resaltar aún más claramente la dichosa y voluntaria imposibilidad en que la virginidad perpetua, que María consagrara a Dios, colocaba a ésta para ser madre de hombre alguno. Dices, replica Gabriel a la inmaculada doncella, que mi anuncio no puede verificarse por el voto con que estás ligada; pero sabe que eso que es imposible a la naturaleza, a saber, que permaneciendo virgen llegues a ser madre, se realizará por un milagro estupendo, por sólo la virtud del Altísimo; porque ante Dios no es imposible cosa alguna de cuantas ordena y decreta su sabia omnipotencia: *quia non erit imposibile apud Deum omne verbum*. Sin un milagro era, pues, imposible que María llegase a ser Madre, porque había resuelto de modo firmísimo e invariable permanecer siempre Virgen. Luego todas las suposiciones de Helvidio van directamente contra el texto sagrado. Si María no consintió ser Madre de Dios sino cuando le aseguró el Angel que sería sin detrimento de su virginidad, ¿podría después sacrificar esta integridad maravillosa para engendrar a un hombre vulgar cualquiera? Toda suposición en contrario es manifiestamente una impiedad y una inepcia.

El principal anhelo de los patriarcas y demás justos de la antigua ley al formar aquellas numerosas y ejemplares familias de que nos habla la Biblia, era contarse entre los ascendientes del Prometido a las naciones, era preparar los caminos al Mesías; por lo mismo, la Virgen

que tuvo el honor y gloria incomparables de ser Madre de Cristo no podía ya aspirar a otra mayor dicha, pues en ella encontró su plenitud. "La conclusión lógica de esto es que el primogénito había agotado moralmente toda la fecundidad de las entrañas virginales que le habían concebido, como un fruto excepcionalmente bello, o una flor particularmente delicada, absorben toda la fuerza vital del árbol que los produce. Por otra parte, si el hombre tiene naturalmente respeto a los hogares habitados por la Divinidad, ¿cómo admitir que José, el Justo, el piadoso, no se hubiese sentido sobrecogido de profundísima veneración hacia el templo bendito en que había reposado la sombra del Dios vivo?" (1).

El sentir de varios antiguos padres es que San José, al par que su inmaculada esposa, vivió en perpetua castidad así antes, como después de su ingreso en el estado de matrimonio. San Jerónimo rebatiendo a Helvidio se expresa de esta manera: "Tú dices que María no ha permanecido Virgen (después del parto); yo, al contrario, voy más adelante, y afirmo que aun el mismo José permaneció virgen por María, para que de aquel virginal enlace naciese el Hijo virgen (por antonomasia). José no fue tanto marido como custodio de María; la conclusión es que permaneció virgen, como María, el que había de ser llamado padre del Señor" (2).

VI

Tan claro e indiscutible es el testimonio de la Escritura Santa acerca de la virginidad perpetua de María, que él sólo basta para que tengamos por dogma de fe esta prerrogativa admirable de la Madre de Dios, según enseñan muy graves y célebres doctores. A Lápide, entre otros, dice: "Es dogma de fe que la bienaventurada Vir-

(1) Mons. Le Camus, en la obra y el lugar antes citados.

(2) **Tu dicis Mariam virginem non permansisse: ego mihi plus vindico, etiam ipsum Joseph virginem fuisse per Mariam; ut ex virginali conjugio virgo filius nasceretur... Mariae autem custos potius fuit quam maritus: relinquitur, virginem eum mansisse cum María, qui pater Domini meruit appellari.— Advers Helv.**

gen permaneció siempre Virgen; porque esto se deduce de San Lucas, capítulo 1º, versículo 34; de Ezequiel, cap. 44, v. 2; igualmente que del consentimiento de todos los Padres y del común sentir y no interrumpida tradición de la Iglesia. Véase a San Jerónimo contra Helvidio" (1). Pero además de los textos citados de la Escritura, tenemos también declaraciones expresas de la Iglesia concerniente al punto de fe que nos ocupa. El sexto Concilio ecuménico, que es el Constantinopolitano III, prescribe (en la Act. II) que todos los fieles deben profesar como dogma de fe que María, la verdadera Madre de Dios fue siempre virgen; esto es, que lo fue antes del parto, en el parto y después del parto; y renueva y corrobora la definición dada ya antes por el Papa San Martín, en una asamblea de los Obispos de Italia (2), en que fulminó la siguiente excomunión: "Cualquiera que no confesare, según la doctrina de los Santos Padres, y según es verdad, que la Santa Madre de Dios fue siempre virgen al concebir a su Hijo, y continuó siendo virgen después del parto, sea anatema".

VII

Admirables portentos han comprobado también la verdad de este dogma. En la Edad Media un religioso mendicante, gran siervo de Dios, hízose encontradizo con otro, de su misma orden, que abrigaba dudas acerca de este punto de fe. "No dude, hermano, le dijo entonces; al contrario, esté bien cierto y crea que María fue Virgen antes del parto". Al expresarse así hirió la tierra con su báculo, y en ese mismo acto germinó milagrosamente de ella una candidísima azucena. "Crea que María fue Virgen en el parto", continuó diciendo, mientras por segunda vez golpeaba el suelo y hacía florecer en él otro blanquísimo lirio semejante al primero. Por último: "Crea que María fue Virgen después del parto"; concluyó brevemente el taumaturgo, e hizo brotar con

(1) In Matth. I, 25.

(2) Asamblea calificada, por algunos autores, de Concilio provincial de Italia y por otros de concilio general que quisieran fuese el Lateranense I.

igual maravilla la tercera azucena. Pero así relegáramos entre las leyendas piadosas este interesante relato, no nos haría falta, pues tenemos en la historia eclesiástica dos hechos auténticos, atestiguados hasta hoy por la sagrada liturgia española (1).

San Ildefonso, sabio Arzobispo de Toledo, defendió victoriosamente el dogma de la perpetua virginidad de la Madre de Dios, contra los sectarios de Helvidio, que entonces infectaban a España, y tuvo el raro consuelo de ver aprobada por el Cielo su doctrina, con el siguiente prodigio. Era la fiesta de los Desposorios de la Santísima Virgen; con cuyo motivo, entrada la noche, el santo acompañado de su clero se encaminó a la Catedral para el canto de maitines. Llegados al templo lo hallaron espléndidamente iluminado, lo que aterró a los concurrentes de manera que no se atrevieron a penetrar en el sagrado recinto; el piadosísimo Arzobispo únicamente se atrevió a hacerlo, y, entonces, al acercarse al presbiterio, se le apareció la Reina de los Angeles cercada de innumerables legiones de estos espíritus bienaventurados, que le agradeció hubiese defendido contra los herejes el dogma de su virginidad perpetua; en testimonio de lo cual revistió al Prelado con una hermosa casulla traída del empíreo, reliquia preciosísima que se conserva hasta hoy con gran veneración en el tesoro de la iglesia metropolitana de Toledo. Otra ocasión, mientras en la propia Catedral visitaba el mismo santo Arzobispo, asociado al rey visigodo Recesvinto, en presencia de selecta y numerosa comitiva, el sepulcro de Santa Leocadia, esta ilustre virgen y mártir se levantó de su sarcófago, saludó al santo y le agradeció hubiese tomado a pechos defender el honor de la Emperatriz de la Gloria; dicho lo cual tornó a dormir el sueño de la muerte. A este tiempo Ildefonso tomó la daga del rey y cortó una extremidad del velo de la santa, para perpetuo testimonio del

(1) Véase en el breviario español las lecciones del segundo nocturno de maitines de las fiestas de Santa Leocadia y San Ildefonso que se celebran respectivamente el 9 de Diciembre, la de la primera, y el 23 de Enero, la del segundo.

portento.

Así ha ratificado el Cielo las enseñanzas de la Iglesia concernientes al dogma de la *Virginidad Perpetua* de la Madre Santísima de Dios.

UNA REPLICA INFUNDADA. DEFENSA AL ILMO. SR. OBISPO D. D. REMIGIO TORAL, POR EL DR. JULIO MATOVELLE (1)

Bajo el título de "Justicia de una causa" publicamos en esta misma imprenta un escrito, para defender la alta reputación del Ilmo. Señor Toral y su digno Vicario, el señor Hurtado, mancillada injustamente por el señor doctor Moisés Arteaga, con ocasión del juicio entablado en esta Curia eclesiástica, acerca de la validez de una donación hecha por la finada señora María Pía Izquierdo a una fundación piadosa de esta ciudad. A aquel escrito se ha contestado últimamente en Guayaquil con un folleto de diez y seis páginas, que principia por plagiar el título de nuestra publicación anterior, y termina por darle el triunfo más completo y vindicar de la manera más brillante la reputación que defendemos; pues toda imputación abiertamente desatinada, refluye sobre la persona que se la hace, y en favor de aquella contra quien se dirige.

Dijimos ya, que todo el litigio presente se halla reducido a esta cuestión de derecho, a saber: *¿Serán válidas las donaciones hechas a fundaciones piadosas, con todos los requisitos exigidos por los cánones; pero que no se han sujetado a la insinuación e inscripción prevenidos por la ley civil?* Nosotros sostuvimos que debía resolverse la cuestión afirmativamente, aduciendo para ello suficiente copia de razones, y a éstas se nos replica ahora con una andanada de despropósitos, bastantes para hacer zozobrar la paciencia más sostenida. A pesar de esto, no quebrantaremos un punto nuestra primera resolución de exponer sencillamente la verdad, sin descender al fango de las diatribas desde donde se nos provoca.

A cuatro clases pueden reducirse los argumentos de la réplica que impugnamos: 1ª *declamaciones e insultos*; 2ª *imputaciones calumniosas;* 3ª *sofismas y citas inconducentes;* y 4ª *despropósitos,* en el sentido extricto de

(1) Publicado en Cuenca: Imp. del Clero, 1879.

esta palabra. Fuera de esto, lo decimos con pena, pero es necesario, no hemos encontrado en todo el discurso de aquella un solo raciocinio bien fundado, que tenga a su favor la justicia y el derecho, como lo vamos a probar, exponiendo uno por uno los argumentos referidos.

I

DECLAMACIONES E INSULTOS

Triste es principar refutando tales razonamientos; pero, desgraciadamente, hay personas que, en vez de buscar el triunfo de su causa, en el terreno de la inteligencia, quieren lograrlo, haciendo odioso ante el público al sujeto con quien suponen que litigan, y levantando en su contra las más bajas pasiones.

Para ejemplo, ahí tenemos a nuestro contendor, que ya declama airado contra nosotros, ya nos endereza variados y sendos insultos. Dice, que tratamos de presentar a la Iglesia, *no como la humilde y mansa Esposa del Cordero, sino como una testa coronada, llena de soberbia y vanidad*; y en seguida, prorrumpe en esta exclamación: "Extraño es que en la imprenta del Clero de Cuenca, se publiquen semejantes doctrinas contrarias a la enseñanza de la Iglesia", sin tomarse el trabajo de comprobar una aserción tan grave. El argumento irrefragable que fundamos en el art. 19 del Concordato, se contesta, diciendo que somos anárquicos y revolucionarios. He aquí sus propias palabras: "Si no estuviera aquesto escrito, y delante de nuestros ojos, no lo creyéramos. ¿Con qué por haberse pasado en silencio tal artículo, sin decirse nada por la Santa Sede, hemos de traducirlo en el sentido *disociador* y *anárquico* que lo hace el autor de la hoja? En manera alguna, que ello sería *doctrina disolvente*, y se daría margen, para que el moderno liberalismo declamase contra la Iglesia, en cuya mente jamás ha existido el *fatídico pensamiento* de poner en pugna las leyes canónicas con las civiles, ni de ahogar éstas, como si no fueran justas y basadas en la moral, con todos los caracteres de bondad absoluta y relativa". Y con sólo esto cree haber contestado victoriosamente a nuestro ra-

zonamiento.

A las citas terminantes, que en apoyo de nuestra doctrina, hicimos de Bouix, Barboza y otros eminentes canonistas, con expresa indicación de la obra y el lugar donde las habíamos tomado, replica con el incontestable argumento de *nego totum,* y pasa adelante con toda la frescura de quien ha revuelto sendos y empolvados volúmenes. Copiaremos sus palabras: "En el empeño de probarnos la validez de la supuesta donación, acude otra vez a términos generales, que no precisan la cuestión, y acude de mala fe, *pretendiendo poner en boca de los canonistas, lo que sólo existe en el campo de un nada leal adversario,* que tiene por único fin encubrir la verdad, y ofrecernos el error y la mentira con falsos atavíos de acertado raciocinio".

No es menos galante el autor, cuando nombra nuestro anterior escrito y dice, que es *una balumba sin peso, un sartal de sofismas groseros, peligrosos, malsonantes, escandalosos, comunistas y heréticos,* eso sí guardándose siempre mucho de dar la razón de lo que afirma. Añade, que todas nuestras razones "no son más que sofismas con *total trastorno de ideas,* y suposiciones gratuitas que sólo tienen mérito ante la habilidad de las argucias"; en fin, que "no hemos empleado ningún argumento que se ajuste a la rectitud y lealtad *que exige la razón en un discurrir sano* e imparcial". Pero si pueden tener excusa los insultos que se dirigen contra nosotros, no así los que se lanzan contra personas extrañas y constituídas en dignidad. ¿Qué diremos del calificativo que en un escrito serio se permite dar a una persona respetable, llamándola *la cañareja Juana Molina?*

Para concluir esta primera parte, dejamos al criterio público, en muestra de lo que venimos diciendo, el apreciar en lo que valen estas palabras del folleto que refutamos, con las que se insulta a una persona por tantos títulos respetable: "No diremos palabra acerca de... pero sí, antes de entrar en materia, y dejando a un lado el epíteto de ilustre personaje atribuído al Señor Vicario General, *presbítero don Manuel Hurtado,* diremos que la

sentencia de primera instancia, pronunciada por éste, no revela lustre alguno, ni en su fondo, ni en su forma, y es como una muestra de desaciertos jurídicos y de incorrecciones de estilo". Pero no sólo al señor Vicario Hurtado; se insulta también allí al Ilmo. Señor Toral y más todavía, al mismo Señor Delegado Apostólico. Pues, termina nuestro contendor su obra, insertando algunas piezas jurídicas, para que "pueda el ilustrado juicio del *señor delegado* y *enviado* extraordinario, Monseñor Mario Moccenni, conocer el asunto"; y luego copia una pieza, que es el *acta de fundación* del monasterio que nos ocupa, calificándola, en son de burla sarcástica, de "Bula de erección".

A esta primera clase de argumentos, contestamos con el silencio.

II

IMPUTACIONES CALUMNIOSAS

Estas son dos, a saber: 1ª que hemos sostenido proposiciones condenadas por el *Syllabus,* y 2ª que hemos proclamado el comunismo. Veamos en qué fundamentos apoya el autor imputaciones tan graves y ofensivas.

En nuestro escrito anterior sostuvimos la siguiente verdadera y cierta proposición: "La Iglesia es una sociedad perfecta, independiente en todo, con absoluta independencia, así del Estado, como de todo otro humano poder". He aquí ahora, como de esta verdad deduce el citado folleto, que hemos sostenido un error condenado en el *Syllabus*. "Asentar, dice, que la Iglesia es *independiente en todo del Estado,* es asentar un imposible, y proclamar la separación de la Iglesia y el Estado, conculcando precisamente el *Syllabus,* cuya aceptación se comenzó por suponer" (1).

(1) Más abajo veremos evidentemente cuán grave y trascendental error es decir, que es un imposible la absoluta independencia de la Iglesia.

La afirmación de una cosa, no es la negación de otra. Si hemos sentado que la Iglesia no es dependiente, esto es, súbdita en nada del poder político, no hemos negado que entre estas dos sociedades existan otras especies de relación, como lo hace la proposición LV condenada en el *Syllabus*, la cual dice: *"Ecclesia a Statu, Statusque ab Ecclesia sejungendus est"*. Así, expresa una gran verdad el que dice: el padre es absolutamente, en todo, independiente de sus hijos; pero sería un miserable sofisma asegurar, que quien dice esto, afirma esto otro: luego el padre debe separarse de sus hijos. Quien expresa lo primero, sienta que el padre no es inferior en nada a sus hijos; mas no por esto niega que les sea superior, y tenga con ellos otras muchas relaciones que excluyen la separación. Tan cierto es esto, que en el mismo *Syllabus* se condenan, tanto la proposición que desconoce la absoluta independencia de la Iglesia respecto del Estado, como la que predica la separación de estas dos sociedades.

No es más feliz el argumento con que se quiere probar que somos comunistas. En nuestro escrito anterior dijimos, y hoy lo confirmamos, que las cosas materiales son de sí indiferentes para ser eclesiásticas o civiles, y que sólo el uso a que se destinan es lo que las pone entre las primeras o las segundas. Esta doctrina la fundamos en la razón y en un texto expreso del señor Fernández Concha, y esta misma es la que se califica por nuestro contendor, de *peligrosa, malsonante* y *comunista*. Veamos con qué razonamiento.

"Cosa *indiferente*, para ser *eclesiástica* o *civil*, dice, implica la idea de que hay cosas que no están ni sometidas a clérigos, ni tampoco a legos ni a nadie". Y en seguida, para probar que en el estado actual del mundo ya no hay bien alguno que sea *res nullius*, se remonta a la *infancia del género humano*, y desde allí desciende hasta las disposiciones de nuestro Código Civil, y luego deduce esta conclusión: "El asegurar que hay cosas indiferentes, es nada menos que invocar un error, declarar que todo es *res nullius*, y hacer un llamamiento a las doctrinas del comunismo".

He aquí un sofisma de aquellos que no dicen bien, ni en boca de un niño de escuela. Sostener que una cosa es indiferente para tal o cual uso, no es asegurar que lo sea para ser apropiada por cualquiera. Y así, nadie que tenga cuenta con lo que dice, tachará de comunista al artífice, que afirma que un pedazo de mármol es indiferente para que se destine a una obra arquitectónica o a otra de escultura, o al mercader que sostiene, que una pieza de terciopelo es indiferente para que se la destine a usos profanos o de la Iglesia. Según este curioso argumento, la madera y el oro, y las telas, y en fin, todas las cosas materiales deben traer desde su origen un sello que las haga eclesiásticas o civiles, porque sólo de este modo dejarían de ser indiferentes, por su propia naturaleza, para ser destinadas a este o aquel uso.

Imputaciones erradas y calumniosas nos hace, pues, nuestro contendor, al asegurar con tanto magisterio, ya que hemos profesado doctrinas condenadas en el *Syllabus*, ya que hemos proclamado el comunismo.

III

SOFISMAS

Dos son las bases sobre que funda su argumentación nuestro adversario: proposiciones erróneas y expresamente condenadas por la Iglesia, y citar falsas unas e inconducentes, otras, como lo vamos a probar.

PROPOSICIONES ERRONEAS.— Son las siguientes, contenidas textualmente en el folleto que refutamos: 1ª *Asentar que la Iglesia es una sociedad independiente en todo del Estado, es asentar un imposible*. Esta misma aserción vuelve a repetir más abajo con mayor fuerza, diciendo: "Todavía es más escandaloso aquello de absoluta independencia (de la Iglesia) de todo otro poder humano", refiriéndose a la doctrina que expresamos en nuestro escrito anterior. 2ª *Al conocimiento de la Iglesia no corresponden sino las causas espirituales y sus anexas; mas no de las cosas temporales*. También esta aserción se confirma más abajo con estas palabras: "Las cosas propiamente *espirituales*, las *sagradas* y las *reli-*

giosas son materia de las causas eclesiásticas; mas no las temporalidades que, como tales, unas veces son cosas *mixtifori*, y otras de la privativa jurisdicción civil"; y a poco torna a repetir con admirable serenidad: "es falso que todo lo que sea *bienes eclesiásticos* esté sometido a leyes canónicas".

La falsedad de las dos proposiciones citadas se demuestra por la razón, la doctrina uniforme de los canonistas, y las terminantes declaraciones de la Iglesia, que ha lanzado sobre aquella una expresa condenación. Ocupémonos separadamente de cada una

Para probar que la Iglesia es una sociedad absolutamente libre e independiente de todo poder humano, basta abrir el diccionario de la lengua y recordar los principios más elementales de filosofía. La categoría de una sociedad se determina primeramente por su afán, y secundariamente por su origen y esfera de acción. Ahora bien, el fin de la Iglesia es el supremo del hombre, a saber, su santificación en esta vida, y la eterna posesión de Dios en la otra. En cuanto a origen, basta saber que fue inmediatamente fundada por N. S. Jesucristo; y por lo que hace a esfera de acción, ésta es la más amplia que puede tener sociedad alguna sobre la tierra, pues, abraza todos los tiempos y lugares. Y como todos los fines humanos están subordinados al último, es claro que todas las sociedades y poderes humanos están subordinados a la Iglesia, como los fines intermedios al último. Luego la Iglesia es superior a toda otra sociedad humana: luego es absolutamente independiente del Estado, así como de todo humano poder. En efecto, abramos el diccionario, y allí encontraremos, que *independencia* es *falta de dependencia;* y *dependencia* es *subordinación, reconocimiento de otro mayor poder o autoridad;* luego si la Iglesia no depende de otro mayor poder humano, ni reconoce otra autoridad sobre ella, superior a la del Romano Pontífice, es claro que la Iglesia absolutamente no depende de ningún otro poder humano.

Esta misma es también la doctrina de los canonistas. Devoti y Donoso, citados en el folleto que nos ocu-

pa, dicen muy claro que Iglesia no es un colegio ni una sección del Estado, sino una sociedad perfecta, y como tal, independiente en todo del Poder político. Y como esta es una verdad por todos los católicos sinceros reconocida, es inútil que nos afanemos, para probarla, en multiplicar textos; nos contentaremos, pues, con el testimonio de un canonista distinguido y por todos respetado. Bouix, en su tratado *De principiis Juris Canonici,* parte 4ª, cap. 1º, pág. 507, establece esta proposición: *"Ecclesia Christi independens est ab autoritate cujuscumque alterius societatis"*, y en seguida, en la prueba, dice: "Illa societas est *ab omni alias prorsus independens* quae habet finem sibi proprium et media sibi propria. Atqui talis est Ecclesia". Nótese que la palabra *prosus* traduce Valbuena por los adverbios *entera, absoluta, del todo, totalmente*. ¿Si por esto será también de acusar a Bouix, que sostiene la separación de la Iglesia y el Estado, o se contestará otra vez, que este autor *no dice tal cosa,* y que todo no es más *que mentira de un adversario desleal?*

Pero, no es sólo a los canonistas; es a la Iglesia misma a quien contradice el autor del folleto que refutamos. Para la prueba, compárese esta proposición: "Asentar que la Iglesia es una sociedad independiente en todo del Estado, es escandaloso, es asentar un imposible", con los textos que ponemos a continuación. En la Encíclica *Quanta Cura,* de 8 de Diciembre de 1864, dice el Soberano Pontífice, hablando de los enemigos de la Iglesia: "Neque erubescunt palam publiceque profiteri *haereticorum effatum* et principium, ex quo tot perversae oriuntur sententiae, etque errores. Dictitant enim *Eccleiasticam potestatem non esse jure divino distinctam e independentem a potestate civili,* neque ejusmodi distinctionem, et independentiam servari posee, quin ab Ecclesia invadantur et usurpentur essentialia jura potestatis civilis". Esta misma doctrina se corrobora y explica en el *Syllabus;* pues, en la primera parte de la proposición XIX de éste, se halla condenada la siguiente aserción: "Ecclesia non est vera perfectaque societas *plane libera*". Luego, según la Encíclica y el *Syllabus* que va adjunto a ella, la Iglesia es una sociedad *plane libera,*

distincta et independens a potestate civili; y adviértase que el adverbio *plane* se traduce como el *prorsus*, por *del todo, entera, absolutamente*. Queda, pues, probado con claridad de mediodía, que el autor de la réplica que impugnamos, ha proclamado, no sólo una proposición condenada simplemente por la Iglesia, sino lo que es más, el *axioma*, el *principio generador de las modernas herejías: haereticorum affatum et principium, ex quo tot perverae oriuntur sententiae, atque errores*.

Y, ¿qué calificación merecerá el siguiente pasaje, en que se asegura paladinamente, que no sólo la Iglesia, sino, lo que es peor, N.S. Jesucristo mismo han sido *súbditos* y hasta *tributarios* de la potestad civil; sin advertir, que si N. Salvador mandó a S. Pedro pagar el tributo que se les exigía, no fue sin declarar antes, que se hallaban exentos de tal obligación, y que hacían tal pago, sólo para evitar el escándalo de los demás? (En S. Math. cap. 17, v. 24 y siguientes). Sin embargo de esto, véase lo que dice nuestro contendor, con serenidad verdaderamente admirable: "El Divino y manso Jesús, fundador de la Iglesia, no se presentó altanero (1) ante Caifás ni Pilato, a la sazón autoridades de Judea, no les dijo *que El era independiente de todo poder humano, así como no alegó cosa alguna para evadirse de pagar el tributo que a nombre del César se le exigió:* pues sabemos que pagó, y que al ejemplo práctico añadió la doctrina, —"a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César"— y sin hacer distinción de clérigos ni legos. Vigil no ha dicho cosa parecida, y Renan vería con indignación estas líneas.

Habiendo probado, que la Iglesia es independiente de todo humano poder, tócanos ahora demostrar la falsedad de la segunda proposición, que dice: al conocimiento de la Iglesia no corresponde sino las causas espirituales y sus anexas, mas no las cosas temporales. En con-

(1) **Altanería**, para el autor del folleto que nos ocupa, es afirmar que la Iglesia tiene independencia absoluta de todo poder humano.

tra de esta aserción, establecemos, pues, que a la Iglesia corresponde el conocimiento, no sólo de las causas espirituales y sus anexas, sino también el de las cosas temporales, que tienen un fin piadoso, y que entran, por tanto, en la clase de cosas eclesiásticas. Antes de pasar adelante, recordemos aquí las palabras del señor Concha, citadas ya en nuestro escrito anterior: "Los bienes materiales, dice, no son por su naturaleza intrínseca ni cosas civiles, ni cosas eclesiásticas. De suyo son indiferentes, aptos tanto para servir a las necesidades del orden político, como para servir a las del orden religioso. Todo depende del uso a que se les destine. Sin son asignados a objetos puramente civiles, serán bienes civiles y estarán bajo la jurisdicción del Estado. Pero si son asignados a objetos de religión, serán bienes eclesiásticos y estarán bajo la jurisdicción de la Iglesia". Esto supuesto, damos aquí la palabra al Cardenal Tarquini, quien en su obra titulada "Juris ecclesiastici publici institutiones", página 56 y siguientes, obra aplaudida en Roma, sostiene y prueba brillantemente la doctrina enunciada por nosotros. He aquí como:

"Proposición.— En todas las cosas en que, ya *per se*, ya *per accidens*, concurre (con el fin temporal) la razón o necesidad de fin espiritual, esto es, del fin de la Iglesia, en todas estas cosas, *aunque sean temporales*, prevalece por derecho el poder de la Iglesia y la sociedad civil debe ceder a la misma.

"Se prueba, 1º por la razón. En todas aquellas cosas en que el fin de una sociedad debe ser pospuesto al fin de otra, por la misma razón debe aquella ceder a esta. Es así que por la doctrina que entre católicos está fuera de toda duda, en aquellas cosas en que el fin de la sociedad civil, esto es, la felicidad temporal *per se* o *per accidens* choca con el fin de la Iglesia, esto es, con la salud espiritual y vida eterna, la felicidad temporal o el fin de la sociedad civil debe posponerse a la salud espiritual y vida eterna, esto es, al fin de la Iglesia. Luego".

Con este argumento incontestable, quedan probadas

cosas temporales que se destinan a un fin religioso, y de una vez dos cosas: que la Iglesia tiene potestad en las que esta potestad es privativa y aun exclusiva del Estado. Esta doctrina la comprueba en seguida Tarquini con numerosos testimonios de la Sagrada Escritura y los Santos Padres. Podríamos contentarnos con esto; pero para mayor abundancia, queremos añadir la prueba de terminantes disposiciones canónicas acerca de esta materia. Por el Capítulo *Ecclesia S. Mariae,* dice Ferraris, verb. *Donatio,* se establece, que *causae piae non subjacent dispositioni Juris Civilis*. He aquí las palabras textuales del citado capítulo: "Nos attendentes, quod laicis etiam Religiosis super ecclesiis, et personis ecclesiasticis nulla sit attributa facultas, apud quos obsequendi manet necessitas, non auctoritas imperandi; a quibus si quid motu proprio statutum fuerit, quod ecclesiarum etiam respiciat commodum, et favorem, nullius firmitatis existit, nisi ab ecclesia fuerit approbatum: *sed ipsae causae debent judicari secundum sacros canones, textu expreso* in cap. *Relatum* 11 de testamentis, ibi: Relatum est, quod cum ad vestrum examen super relictis ecclesiae deducitur; vos nisi septem, vel quinque idonei testes intervenerint, inde postponitis judicare; et *infra:* Mandamus, quatenus cum aliqua causa talis ad vestrum fuerit examen deducta, eam non secundum leges, sed secundum decrettorum statuta tractetis, tribus, aut duobus legitimis testibus requisitis, quoniam scriptum est: in ore duorum, vel trium testium fiat omne verbum".

Compárese ahora, con las proposicones condenadas en el *Syllabus,* que ponemos a continuación, estas dos del folleto que impugnamos: "1ª Al conocimiento de la Iglesia no corresponden sino las causas espirituales, *mas no las de cosas temporales"; 2ª* "Es falso que todo lo que sea bienes eclesiásticos esté sometido a leyes canónicas". Proposiciones del *Syllabus:* XXIV: *"Ecclesia* vis inferendae potestatem non habet, *nequé potestatem ullam temporalem* directam vel indirectam:—"XXVII: Sacri Ecclesiae ministri Romanusque Pontifex ab omni rerum temporalium cura ac dominio sunt omnino excludenti". El sentido de estas proposiciones está explicado en la Encíclica *Quanta Cura,* que antecede al *Syllabus*. He

aquí cómo: "At vero alii instaurantes prava ac toties damnata novatorun commenta, insigni impudentia audent, Ecclesiae et hujus Apostolicae Sedis supremam auctoritatem a Christo Domino ei tributum civilis auctoritatis arbitrio subjicere *et omnia ejusdem Ecclesia et Sedis jura denegare circa ea quae ad exteriorem ordinem pertinent*. Namque ipsos minime pudet affirmare..... *Ecclesiam nihil debere decernire, quod obstringere possit fidelium conscientias in ordine ad usum rerum temporalium; Ecclesiae jus non competere violatores legum suarum poenis temporalibus* coercendi: conforme esse sacrae theologiae, jurisque publici principiis, bonorum, proprietatem, quae ab Ecclesia, a Familiis religiosis, aliisque locis piis possidentur, civili gubernio asserere, et vindicare".

Después de sentadas estas doctrinas, se desvanecen por sí mismos los argumentos con que trata el folleto de probar las proposiciones, cuya condenación acabamos de manifestar: 1º "Si la Iglesia, dice, fuese independiente en todo del Estado, claro es que para ejecutar sus sentencias tendría que crearse una fuerza pública propia con que hacerse respetar y obedecer, tendría que levantar cárceles y cuando se le ocurriese, también el patíbulo, etc.". A esto contestamos ya, que la Iglesia, como sociedad perfecta, goza del poder coercitivo, sin que esto se oponga de ninguna manera a su lenidad, y que los príncipes temporales tienen el *deber* de emplear la fuerza pública, en castigar a los delincuentes que han faltado a las leyes de la Iglesia, aplicándoles aquellas penas que, como la de muerte, no se cuenta entre las leyes de esta última. Mas, este deber del Estado no hace dependiente de él a la Iglesia, pues ningún acreedor depende de su deudor. 2º Nada prueba en favor de la segunda proposición refutada, el hecho que cita nuestro contendor, de que algunos poderes civiles han legislado en materias eclesiásticas; pues el abuso no constituye derecho; ni es necesario, como este señor cree, que para hacerse eclesiástica una cosa material, haya de *confundirse* con el objeto piadoso a que se destina, y así nadie dirá, que un templo no sea un lugar religioso, porque no se *confunda* con el culto a que está destinado; así

también los fundos de un monasterio no dejan de ser bienes eclesiásticos, porque no se *confundan* con la casa religiosa a que están asignados. 3º "Los bienes civiles, puesto que están sujetos a la soberanía civil, tienen que sujetarse a sus leyes", dice el autor del folleto, y de aquí deduce, que cuando los bienes materiales pasan al dominio de la Iglesia, han de arreglarse en este traspaso a las leyes civiles y no a las canónicas. A esto contestamos, que cuando estas dos especies de leyes entran en pugna, deben prevalecer las segundas sobre las primeras; y en segundo lugar, que para que una cosa pase de una condición inferior a otra superior, debe sujetarse a las leyes que arreglan esta última, con preferencia a las que determinan la inferior; y esto es lo que acontece, cuando una cosa de puramente temporal adquiere la condición o cualidad de eclesiástica.— Quedan, pues, con esto, plenamente destruídos los argumentos de derecho en que apoya el folleto sus conclusiones; veamos ahora la segunda clase de pruebas que aduce para el mismo fin.

CITAS FALSAS E INCONDUCENTES.— Pertenece a las citas de la primera calidad, la que el autor hace de Devoti, pretendiendo probar con el testimonio de este canonista, que no pertenece a la Iglesia el conocimiento de las cosas temporales; mas la verificación de la cita le es contraproducente; pues Devoti divide las cosas eclesiásticas en *espirituales y temporales,* y aún se avanza a enumerar los predios eclesiásticos entre las primeras con estas palabras: "Alguna vez se dicen espirituales los predios eclesiásticos, no porque lo sean en realidad, sino por servir y referirse a cosas espirituales". (Inst. Canon. Lib. II, tit. 1). El título XIII del mismo libro dedica a tratar, nada más que de las *cosas temporales de la Iglesia,* las que define, según lo habíamos hecho en nuestro escrito anterior, diciendo que son aquellas "que están consignadas para los usos eclesiásticos"; y entre éstas enumera, no sólo los bienes raíces, sino hasta los fondos que están destinados a *comprar cera, vasos sagrados y libros*. Y hablando de estas cosas, dice: "Adquirió estos bienes la Iglesia, *no en virtud de ninguna ley humana,* sino por la institución y el ejemplo de Jesucris-

to... Por tanto, si esta sociedad poseyó bienes *por sólo la autoridad de Cristo, y en oposición a lo que prescriben las leyes civiles,* es forzosa consecuencia, que el título de adquisición se funda en el Derecho Divino, etc.".

Cita falsa es también la que hace el autor de algunas palabras nuestras, diciendo que hemos puesto "como en paridad un *vaso sagrado* con una heredad o finca", destinada a un fin piadoso. Nuestras palabras textuales son éstas: "¿Cómo sabremos por ejemplo, si una copa de oro es un *vaso de Iglesia,* o profano? Claro está que por el uso a que se halla destinado, etc...", y no podíamos hablar aquí de un *vaso sagrado,* pues, sabíamos muy bien que éste se halla segregado de las cosas profanas, no sólo por el uso piadoso a que se destina, sino también por la *consagración*.

Citas inconducentes son las que hace el señor Donoso, pretendiendo probar con ellas la aserción errónea, de que la autoridad de la Iglesia no se extiende a cosa alguna temporal. Principia pues, por copiar la nota que dice así: "Acerca de las cuestiones que se suscitan sobre capellanías laicas, aniversarios, legados píos que *por carecer de los requisitos exigidos por derecho* (el canónico, por supuesto, y no el civil), no se consideran como beneficios eclesiásticos, es claro, que puede conocer el juez secular, tanto en el juicio petitorio como en el posesorio". Pero no se advierte: 1º, que esta nota es una explicación del texto, en el que se trata de la ingerencia que, por el *derecho de patronato,* tenían las antiguas autoridades españolas en varios juicios eclesiásticos; mas no, sin haber sentado pocas líneas antes, *que todo patronato emana de concesión de la Iglesia*; 2º que el señor Donoso habla aquí de *legados píos* que *carecen* de los requisitos exigidos por los cánones; mas la donación piadosa que nos ocupa, hecha por la finada señora Izquierdo tiene, como lo hemos manifestado abundantemente, todos los requisitos exigidos por los cánones, para ser válida. Que esta sea la mente del señor Donoso, se deduce de varios pasajes de su obra. Por ejemplo, en el lib. III de sus *instituciones,* Cap. 18, art. 1, define la segunda especie de inmunidad eclesiástica,

que es la *real*, diciendo que es *"aquella que exime los bienes o propiedades de las iglesias* y personas eclesiásticas *de la autoridad laical* y de toda exacción que esta quiera *imponerles"*. Y nótese aquí, cómo en un pasaje parecido del señor Concha, citado en nuestro escrito anterior, que por esta inmunidad las cosas eclesiásticas quedan exentas, no sólo de *toda exacción*, sino de la misma autoridad civil; pues de trabas y exacciones injustas están exentos por derecho natural todos los bienes, mucho más los eclesiásticos.

Esto no excluye, que tales bienes den lugar, en ocasiones, a causas mixtifori y aun puramente civiles, a saber, cuando los frutos y cosas provenientes de dichos bienes y hasta de beneficios eclesiásticos, se convierten en civiles, por destinarse a usos profanos y entrar en el comercio de los hombres. Esto sucede, por ejemplo, con los frutos de los diezmos, y algunas cuestiones procedentes de *causas funerarias*. Estos son los puntos que establecen las otras dos citas de Donoso, hechas por nuestro contendor; pero esto no viene de manera alguna a nuestra cuestión; pues en ella se trata, no de frutos de beneficios o causas funerarias, que hayan de pasar al comercio de los hombres, sino al revés, de dos fundos que, por destinarse a un objeto piadoso, han pasado de la condición de cosas civiles a la de eclesiásticas.

CONCLUSION.— En resumen, queda, pues, probado, que la Iglesia es una sociedad perfecta, independiente y libre absolutamente del Estado. Que como tal ejerce verdadera soberanía, no sólo en las personas y cosas espirituales, sino también en las temporales que le pertenecen. Por último, que siendo la Iglesia una sociedad más excelente que el Estado, se ha de sujetar a las leyes de la primera, con preferencia a las del segundo, el paso de las cosas, de la calidad de civiles a la de eclesiásticas.

¿Y no es una demostración clara de esto, todo el derecho Canónico, en el que existen los capítulos de *Donationibus, Testamentis*, etc.?; porque, una de dos, o se reconoce que ha usado la Iglesia de su derecho, al le-

gislar en estas materias, o se admite el error condenado ya, de que alguna vez ha usurpado la Iglesia las atribuciones de la potestad civil. Y contrayéndonos al punto de la cuestión, es evidente que existen disposiciones y leyes canónicas terminantes sobre donaciones piadosas, en las que se comprende el traspaso gratuito, no sólo de bienes eclesiásticos, sino también, y precisamente, de *bienes y cosas civiles* que se destinan a un fin religioso, como es la fundación de un monasterio.

Para prueba, he aquí el testimonio uniforme de dos eminentes canonistas de reconocida autoridad en el foro. Ferraris, en la palabra *Donativo*, art. 1º, apoyándose en textos expresos del derecho, y en el juicio de varios canonistas de nota, entre ellos Reiffenstuel, establece como doctrina cierta lo siguiente: "*Valet absque insinuatione in utroque foro, conscientiae scilicet, et externo, donatio facta in quacumque cuantitate* ecclesiae, *monasterio vel alteri pio loco*, vel ad quamlibet causam piam". Barboza, en el Lib. 1º del *Derecho Eclesiástico*, Tít. 2º, cap. 13, Nº 22, dice también: "Quanvis donatio excedens valorem quingentorum aureorum sit insinuanda, secundum leges; *si fiat tamen Ecclesiae vel ad pias causas, insinuatione non eget, cujusque sit valoris*".

Después de esto, no queda por resolver sino la cuestión práctica: ¿Es, o no cierto, que la finada señora María Pía Izquierdo hizo donación de sus dos fundos, denominados Chahuarchimbana y Munay, a una fundación piadosa? La existencia del acto de donación está reconocida jurídicamente. Y bien, ¿esta donación se hizo o no conforme a los cánones? Cierto también, y este es un hecho reconocido por nuestro contendor; pues lo que este señor trata de probar, no es que la donación se ha hecho sin sujetarse a los cánones, sino que éstos no son aplicables a la donación cuestionada, porque es de cosas temporales. Mas, como este error queda clarísimamente refutado, lógico y justo es, que hagamos el siguiente retorqueo del argumento expresado en la página 7 del folleto que impugnamos:

Los bienes destinados a usos civiles se sujetan a la soberanía del Estado, y los que se destinan a usos piadosos a la soberanía de la Iglesia; es así que Chahuarchimbana y Munay se donaron por su dueño, la señora María Pía Izquierdo, a una fundación piadosa, luego debieron donarse según las leyes de la Iglesia. Es así que la donación se hizo conforme a estas leyes, luego es válida, y los dos fundos referidos han pasado legítimamente de la condición de civiles a la de eclesiásticos.

Mas, réstanos todavía ocuparnos de la última clase de argumentos, empleados por el folleto en pro de la causa que defiende.

IV

DESPROPOSITOS

Tales, y en el sentido estricto de la palabra, son el *caso de conciencia* propuesto en la página 10, y la aglomeración de hechos falsos unos y mal expresados otros, aducidos en la página 15, como suplemento de razones *en favor* de la nulidad de la donación que nos ocupa. Que tales argumentos no vengan a nuestro *propósito,* lo comprenderá cualquiera con sólo fijarse en ellos, y en el punto expresado ya de nuestra cuestión. Con todo, no esquivaremos resolver el caso aquel de conciencia, y hablaremos de un *hecho calumnioso,* para que también por lo vicioso de estos argumentos, se deduzca si será justa la causa que en ellos se apoya.

El hecho verdadero es éste: La finada señora (el autor del folleto dice simplemente la *cañareja...!)* Juana Molina legó para los pobres la hacienda de *Molovoc chico* que le pertenecía, y que se halla situada en Cañar; mas, los herederos de la señora, se resistieron a dar cumplimiento al legado, y para que esto se verificara, tuvo el Ilustrísimo señor Toral que sostener a su costa, contra aquellos, un dilatado y dispendioso pleito. Una vez que se obtuvo este resultado, el Iltmo. señor Toral, usando de la facultad que le conceden los cánones, conmutó dicho legado pío, a favor de la fundación piadosa

establecida en el local de San Francisco; y aunque algunas personas particulares solicitaron comprar aquel fundo, Su Ilma. se negó a enagenarlo, convencido de que los bienes raíces son las mejores propiedades de los conventos. Mas, como en la sentencia última que declaró la existencia del legado pío, se ordenó que se rematara la citada hacienda, se presentó entre los postores a ella, el señor Víctor Toral, ecónomo del monasterio recién fundado, y en efecto remató dicha raíz; mas *no en su persona,* como dice calumniosamente el autor del folleto, sino en *la jurídica* de la fundación piadosa que nos ocupa. Entonces fue cuando el Concejo Municipal de Cañar, solicitó y obtuvo del Presidente de la República, el decreto por el que Su Excelencia *ha anulado* la conmutación hecha por el Ilmo. Sr. Toral, y ordenado que se destine la hacienda de que hablamos, a la fundación de un hospital en el cantón de Cañar. Ultimamente, el Concejo Municipal de Cuenca se ha dirigido a su Excelencia, pidiendo la revocatoria de tal decreto.

Dejando aparte la imputación calumniosa, que el autor del folleto hace al Ilmo. Sr. Toral, diciendo que ha apartado a beneméritas personas del remate, para que éste se verificara en la *persona del señor Víctor de la Luz Toral, sobrino carnal de Su Ilma.*, preguntaremos, ¿cómo prueba esta cuestión, que sea nula la donación hecha por la señora Izquierdo, que es el punto de la presente causa? ¿No es esto un verdadero despropósito? ¿Qué tiene que ver con nuestro asunto, que el señor D. Tomás Vintimilla haya pretendido o no comprar el fundo de Molovoc, y que por no haberlo obtenido se haya resentido o no con el Ilmo. señor Toral? Esta clase de argumentos no arguyen ni en favor de la causa de la finada señora Izquierdo, ni en bien de la persona que los emplea.

El caso de conciencia que se nos propone, es éste: "Hace José Rafael su testamento, en el cual deja un legado pío, con las siguientes circunstancias: 1ª que su cuantía absorbe la cuarta de mejoras, y además, gran parte de las legítimas rigurosas de los hijos legítimos; y 2ª, que el testamento es nulo, porque sólo han concurrido los testigos instrumentales. Uno de los herederos

se presenta al juez y pide la declaración de nulidad del testamento, que es el supuesto título del legado pío, supongamos para aquel *monasterio venturo* que ha de surgir algún día en el solar de San Francisco. Preguntamos, ¿si habrá que acudir al Vicario General, tanto porque el legatario es persona eclesiástica, como porque el *hecho solo de que los bienes tengan un objeto piadoso,* hace que por encanto dejen de ser civiles, para pasar a ser religiosos?"

Como se ve, aquí la duda del escritor está en determinar la competencia del tribunal eclesiástico o civil que haya de conocer en el caso propuesto. Pero esto es otro *despropósito,* porque en la causa de la señora Izquierdo no se trata de averiguar la competencia del tribunal eclesiástico que la conoce, pues ésta se halla declarada por dos sentencias unánimes. Más excusable fuera la duda, si acerca del caso propuesto se preguntara: *¿si serán válidos, los legados pios que constan en testamentos nulos por falta de las solemnidades civiles?* Estó tuviera ya conexión y analogía con la causa que nos ocupa; mas, como es un punto del que tratan los moralistas, será mejor repetir las sentencias de dos de los más autorizados y conocidos entre ellos, que dar por nosotros mismos la solución del caso.

Bury, en su célebre obra de Teología moral (Tract. De Contract., 2ª edic. franc pág. 515), propone la siguiente cuestión: "¿An testamenta ad pias causas sint valida, si formis legalibus careant? Y contesta: "Affirmativé, et haec sententia *communissima et certa est";* y luego da de ello poderosísimas razones, entre las que merecen tomarse en cuenta la autoridad de S. Alfonso, y la de la S. Penitenciaria que ha declarado, *que debe seguirse esta sentencia.*

Charmes propone la misma cuestión en otros términos, y la resuelve en el mismo sentido (Tom. 5. Dissert. 5ª Pars. 2ª de Contract. pág. 491). Se pregunta: "Quaenam solemnitates, jure communi, ad testamentum requirantur?"; y contesta: "Ut testamentum ad pias causas sit validum in foro externo, non requiruntur solemnita-

tes juris civilis, sed sufficiunt ea, quae sunt juris gentium, nempé ut duos testes adsint: *cap. Relatum,* de *Testam*. Ut autem valeat in foro conscientiae, sufficit id quod jure naturali est sufficiens, scilicét habilitas testandi in disponente, capacitas recipiendi in eo in cujus favorem dispositío sit, et libertas in dispositione: *ratio est,* quia duo testes non ideó requiruntur jure canonico, ut dispositio sit valida in foro conscientiae, sed ut possit probati, ut dicitur, Cap. *Relatum*.

..*"Hinc:* Et si testamentum aliquod ad causas profanas, defectu solemnitatis, sit invalidum, tamen legata pia in eo contenta, sunt valida; debet ergo illa solvere haeres *ab intestato,* hoc licet legibus hodiernis minime praecipiatur".

A riesgo de fatigar la paciencia de los que se resuelven a leer estas líneas, hemos prolongado el presente escrito más de los límites convenientes, por no dejar sin contestación uno solo de los puntos de la réplica que lo ha motivado. Mas, declaramos, para en adelante, que no tomaremos otra vez la pluma en esta cuestión, mientras no se nos opongan argumentos sólidos a las bien fundadas y clarísimas razones que dejamos expuestas. El fallo definitivo sólo corresponde al juez.

Justitia et Veritas.

Cuenca, Noviembre de 1879.

INDICE ANALITICO

Abd - El - Kader: 160
Abad, Lizardo: 822, 824
Abad, Miguel Fernando: 860, 873, 891
Abad, Miguel S.: 878
Abel: 296
Abisinia: 672
Absolutismo: 265
Academia Literaria de San Luis: 159
Academos: 260
Acción Católica: 851, 852
Adán: 242, 243, 244, 267, 293, 294, 295, 296, 297
Adolescencia: 292, 296
Adoración Nocturna al Santísimo Sacramento: 642, 643, 644, 645, 646, 697, 698
Adversidad: 247, 248, 249, 250
Africa: 269, 329, 334, 442, 563, 643, 658, 971, 1027
Aguarico: 1014
Aguayo, Pedro de: 414
Aguilar, Nicanor: 822, 824, 988, 989, 990
Aix: 645, 646
Alamor: 1040
Alápide, Cornelio: 553
Albán, Antonio: 831
Albarracín, Diego de: 418
Albigenses: 372, 640
Albión (Inglaterra): 269, 273, 293
Alburu, Coronel: 257
Alejandría: 672
Alejandro II, de Rusia: 983
Alemán de Leguisamón, Juan: 467
Alemania: 329, 336, 394, 397, 399, 565, 641, 647, 653, 668, 672, 896
Alfonso el Sabio: 370
Alvarado, Tomás A.: 822, 824
Alvarado Guerrero, fray: 830, 831
Alvarez, Manuel Antonio: 822
Amazonas: 844, 1062
Ambato: 910
América: 54, 272, 277, 311, 322, 374, 399, 564, 565, 704, 938
América del Norte, salvajes de la: 234

América del Sur: 443
Amor: 298
Amunat II: 246
Anabaptistas: 396
Anarquía: 270, 1001
Anarquismo Socialista: 894
Andalucía: 420, 426
Andrade, José Julián: 1013, 1014
Anfión: 237
Anglicanos: 896
Anteo: 330
Anticuaria: 311
Apolonio, senador: 161
Año Jubilar: 1067, 1068
Arabia: 929
Ararat, montaña: 389
Arcadia: 285, 352
Arco de la Alianza: 557
Arapicos: 1015
Arequipa: 597
Arístides: 245
Arízaga, Rafael María: 842, 856, 942, 988, 989, 990
Arízaga, Abelardo: 891
Arízaga, Dolores: 961
Archidona: 1014
Argentina: 333, 339, 593, 851, 983, 991
Aristófanes: 968
Arles: 161
Armonía, hijos de la (poetas): 241, 242
Arpi, Andrés: 990
Arquímides: 279
Arriaga, Jesús: 822
Arte: 276, 277
Arteaga, Moisés: 1130
Asia: 328, 331, 658, 1027
Asilo de San José: 903, 961
Asociación de las Señoras de la Caridad: 901, 902, 903, 904
Astudillo, Luis: 860. 866, 871
Astudillo, Florencia: 855, 856, 857, 858, 859, 860, 861, 862, 863, 864, 865, 866, 867, 868, 869, 870, 871, 872, 873, 874, 875, 876, 877, 878, 879, 880, 881, 882, 883, 884, 885, 886, 887, 888, 889, 890, 891, 892, 893

Astudillo Regalado, José María: 919, 1012, 1060
Astudillo, Remigio: 1012
Asunción de María, dogma de la: 1007
Asunción de la Santísima Virgen: 1100
Asunción de María: 1013, 1014
Asunción de Nuestra Señora: 1061
Atahuallpa: 287, 323
Atenas: 267, 352
Athanato: 301
Atlántico: 332
Atomo: 233
Austerlitz: 162, 330
Australia: 1027
Austria, Juan de: 252, 386, 649
Austria: 330, 338, 371, 397, 438, 439, 441
Autoridad Eclesiástica: 860, 861, 862, 863, 864, 865, 866, 867, 868, 869, 870, 871, 872, 878, 879, 880, 882, 883, 884, 885, 887, 888, 889, 890, 891, 892, 967
Avilés, Víctor: 822, 824
Aviñón: 484
Ayacucho: 253, 256, 258, 372
Azogues: 1087
Azores, islas: 429
Aztecas: 328
Azuay: 312, 920, 950, 1013
Azuay, juventud del: 275
Azuay, Provincia del: 916, 1060, 1087
Azucena del Sagrado Corazón, v. Santa Marianita de Jesús.
Azucena de Quito, v. Santa Mariana de Jesús.
Azucena del Pichincha, v. Santa Mariana de Jesús.

Babahoyo: 654
Babilonia: 311, 512
Bachelet, L.: 1005
Baden: 336
Bakotic, Luis: 984, 992
Balbec: 252, 313
Balmes, Jaime: 259, 306, 312
Báltico, mar: 329
Baltimore: 400
Baltimore, Concilios de: 401

Baños, hervideros de: 449, 450, 451, 454, 463
Baquerizo Moreno, Alfredo: 925, 948
Barat, Sofía: 505
Barcelona: 370
Barrere: 246
Basílica de San Pedro: 235, 236
Basílica del Sagrado Corazón: 391, 825
Basílica Nacional: 481, 506, 514, 516
Bayona: 643
Baunard: 583
Baviera: 336
Bélgica: 331, 337, 363, 442, 983, 991
Belleza poética: 235
Bellini: 287
Benedicto XIV: 732
Benedicto XV: 966, 992
Beneficencia: 999
Berea, Cirilo de: 672
Bering, Estrecho de: 594
Biblia: 263, 659
Bismarck: 160, 162
Bizancio: 565, 566
Bobee, Josefina: 903, 904
Bolandistas: 587
Bolandos: 343
Bolívar, Simón: 250, 371, 508, 660, 1053
Bolivia: 333, 339, 443, 983, 991
Bolcheviquismo: 966
Bogotá: 956
Bolsena, milagro de: 675, 676, 677
Bomboiza: 941
Borbones: 397
Borja, Mariano: 822, 824
Borja, Francisco de: 955
Borja: 955
Borrero, Alfonso M.: 919
Bossuett: 346, 912
Bougand, Mons.: 685, 689
Boussingault: 312
Botín, Jerónimo: 485
Boyacá: 253
Bragadeiro, Marco Antonio: 386

Brasil: 334, 339, 983, 984, 991, 1062, 1088
Bretaña: 484
Brown, Coronel: 257
Budismo: 652
Buenos Aires: 647
Buffón: 233, 234, 308
Buga: 1007
Buil, Matías: 972
Bustos, Miguel O.: 989, 1060
Bustos, Miguel D.: 919
Byron: 251

Caballería, tiempos de la: 877, 878
Cabo del Angel: 428
Caldas, Francisco José de: 850
Calderón de la Barca: 345
Cahuaguas, indios: 838
Caín: 296
Caledonia: 286
Calícula, Emperador: 272
California: 332
Calvario: 368, 669
Calvino: 395, 668, 669
Camacaro, General: 254, 257
Cambridge, Universidad de: 653
Campos, Eloy: 1018
Canadá: 837
Cantar de los Cantares, libro del: 293
Cantú, César: 267, 301, 344
Cañar: 313, 920
Cañar, Provincia de: 1087
Cañaris: 312
Capilla del robo: 407, 413
Carabobo: 253
Caracas, batallón: 255, 256
Caracas: 984, 991
Caranquis, aborígenes: 318
Carbo, Pedro: 930
Carchi: 1040
Caridad: 504, 505
Caridad Católica: 852
Carlomagno: 386, 992, 1007

Carlos I: 239
Carlos III: 387, 433, 918, 1005
Carlos V: 334, 371
Carlos X: 435
Caro, Rodrigo: 325
Carrera, Fernando de la: 410, 417, 418
Carroll, Juan: 400
Cartago: 352
Casa del Buen Pastor: 961
Castelamare: 377
Castelar, Emilio: 272
Castilla: 332, 423
Castrioto: 386
Castro, Miguel: 858, 860, 861, 865, 866, 869, 870, 871, 876, 877, 888, 889, 890
Castroviejo, Armando: 940
Catacumbas: 160, 162, 242, 367
Catedral de la Inmaculada Concepción (Cuenca): 448
Catolicismo: 160, 237, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 340, 400, 401, 544, 641, 652, 653, 654, 656, 658, 659, 660, 663, 664, 672, 674, 711, 713, 837, 852, 897, 914, 949, 1007
Catón, de Utica: 260
Cauca, cazadores de: 256
Cáucaso: 329
Cavour: 162
Cedeño; escuadrón:: 255, 256
Celica: 1011, 1040, 1041
Cenáculo: 368
Centenario de la Independencia del Ecuador: 830
Centroamérica: 312, 332, 338
Centros obreros: 817, 818, 819
Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay: 1010
Cerdeña, General: 256
Cerro Negro: 941
Cesarismo: 273
César, Julio: 660
Cicerón: 234, 305
Ciencia: 260, 261, 262, 263, 264, 276, 279
Cid: 386
Cifuentes, Juan de: 474
Cisneros, Francisco: 955
Civilizaciones antiguas: 252

Civilización: 278, 285, 287, 299, 305, 309
Clarisas, Convento de: 469
Clase Obrera: 817
Clase Proletaria: 852
Clauci, Bernardo: 485, 491
Clavijo: 369
Clemenceau: 968
Clemente XIV: 681
Clericalismo: 1092
Clero Azuayo: 879
Clodoveo, Rey: 671
Clovic: 992
Código Civil: 863, 865
Cojitambo: 312, 313
Colombia: 162, 333, 339, 391, 466, 476, 593, 948, 983, 988, 991, 1008, 1088
Colón, Cristóbal: 250, 312, 392, 393, 394, 398, 420, 423, 424, 425, 426, 428, 431, 515, 929
Colonia: 815
Colonización Oriental: 916, 929, 930
Colli, José: 956
Comín, Domingo: 941, 972, 1088, 1089
Compañía de Jesús: 159, 701, 996, 1109
Compañía Minera de Portoviejo: 1060
Comunismo: 273
Concilio Quitense (IV): 514
Concilio de Trento: 691, 692, 874, 1004
Concilio Vaticano: 1061
Concejo Municipal: 932, 933, 934
Conferencias de San Vicente de Paúl: 938
Congo: 442
Congregación de Sacerdotes Oblatos: 825, 855, 856, 857, 858, 859, 860, 861, 862, 863, 864, 865, 866, 867, 868, 869, 870, 871, 872, 873, 874, 875, 876, 877, 878, 879, 880, 881, 882, 883, 884, 885, 886, 887, 888, 889, 890, 891, 892, 893, 988
Congregación Salesiana: 971
Congregación de Hijas de María: 1108, 1109, 1110
Congreso Eucarístico de Quito: 624
Congreso Eucarístico de Turín: 705
Congreso Obrero: 1105
Conservadores: 1034
Conservadorismo: 944
Constancio: 373

Constantino: 367, 368, 373, 386, 398, 1007
Constantinopla: 238, 300, 400, 565, 672
Constructora Azuaya: 1083
Coptos: 672
Corazón Inmaculado de María: 457, 517
Cordero, Luis: 158, 159, 163, 1011, 1024
Cordero Dávila, Miguel: 919, 1012, 1028, 1029, 1047, 1060
Cordero D., Gonzalo: 919, 1012
Cordero, Gregorio: 822, 824, 829
Cordero Palacios, Octavio: 919
Córdova y Salinas, Diego de: 412, 415, 418,
Córdova, Gonzalo S.: 1073
Córdova Toral, Daniel: 1101
Coronas: 241, 242, 243
Coronel, Miguel Antonio: 822, 824
Corpus Christi, fiesta de: 355, 356, 357, 359, 370, 373, 391, 409, 415, 646, 650, 700, 979, 1020, 1021, 1022, 1024, 1025
Corpus Christi, octava de: 522
Corpus Christi, procesión del: 641, 642, 648, 649
Corral, Miguel A.: 988
Correa, Francisco de Paula: 822
Costa Ecuatoriana: 315, 986, 1009, 1066
Costamagna, Santiago: 930, 941, 971, 972
Costa Rica: 983, 991
Cotopaxi, Provincia de: 159, 975
Covadonga: 385
Crespi, Carlos: 1062, 1063
Crespo, Emiliano: 280
Crespo, Antonio: 411, 417, 418
Crespo, Ricardo: 919
Crespo Arévalo, Manuel: 822
Crespo Toral, Remigio: 880, 974, 988, 989, 1012, 1037, 1060
Crespo Toral, Roberto: 918
Crespo Ordóñez, Roberto: 1060
Crimea: 644
Criminalidad: 1058, 1059, 1066
Cristiandad: 556
Cristianismo de las Catacumbas: 158
Cristianismo: 265, 268, 512, 639
Cuba: 286, 315, 332
Cubi, Sr.: 308
Cucalón; Emilio: 1032
Confucio: 328

Cuchipamba: 1048
Cuenca: 159, 162, 252, 253, 258, 275, 287, 288, 313, 314, 322, 359, 360, 390, 391, 449, 452, 453, 456, 459, 465, 704, 715, 716, 817, 819, 827, 829, 846, 847, 849, 852, 855, 859, 871, 873, 880, 894, 895, 896, 915, 922, 955, 961, 988, 989, 1008, 1010, 1029, 1030, 1080, 1092, 1094, 1095, 1105, 1106, 1107
Cuenca, Municipalidad de: 447, 448, 934
Cuenca, Catedral de: 516
Cuenca, Diócesis de: 831
Cuers, Raimundo de: 643
Cuerpo humano: 309
Cuesta, Juan M.: 822, 824
Cuesta, Vicente: 895
Cueva, Mariano: 895
Culto Religioso: 235
Cultura: 285, 305
Culturkampf: 939
Cullca, colina de: 988
Curaray: 844
Curia Eclesiástica: 888, 889
Curitaqui: 312
Curiosidad: 295
Curto, Albino del: 972, 1102
Cutucú: 1015
Cusnipacha: 1015
Cuzco: 313

Chaguarchimbana: 1145, 1146
Chao, Sr.: 300
Chartres, Ivón de: 523
Chateaubriand: 237, 268, 294, 302
Chatele, Marquesa de: 237
Chaullabamba: 1001
Checa, Mons.: 539, 541, 543
Checo-eslavia: 985, 992
Chile: 305, 333, 339, 393, 826, 983, 991, 1053
Chiclayo: 410, 416, 418
Chiclayo, convento de: 417
Chigüinda: 1048
Chimborazo: 279
China: 334, 992

Chinchipe: 1015, 1081
Chipre: 315
Chiqui, Eduardo: 1018
Chiqui, Miguel: 1018
Chiquinquirá: 468, 475
Chordeleg: 312, 313, 318
Chupianza: 917

D'Alembert: 237
Danés, notario: 161
Dantón: 246
Darsimoles, Mons.: 646
Dávalos y Mendoza, Diego: 629
David: 246
De Maistre: 502
Debora: 234
Delfín de Viena: 681
Delfos: 352
Demagogia: 270, 819
Demócrito: 248
Derecho Canónico: 882, 884
Derecho de Sufragio: 907
Desagulliers: 300
Descartes: 248, 306
Descubrimiento de América, Centenario del: 392
Descubrimiento de América: 393, 394, 420
Deschanel, Paúl: 968
Desgarcins, Mdlle.: 306
Despotismo: 268, 270, 906
Díaz, Juan José: 1012
Diderot: 236
Dinamarca: 285, 330, 337
Diócesis de Cuenca: 989
Diocleciano: 160, 246
Dios: 234, 235, 238, 241, 244, 245, 246, 271, 274, 284, 291, 292, 294, 299, 309, 311, 335
Doctrinas de Indios: 978
Dodona: 352
Dolorosa del Colegio: 1098
Domínguez C., Ignacio: 988, 989, 990
Donizzeti: 287, 303
Dositeo de Jerusalén: 673

Dovai: 680
Drama: 158
Drouet, Virgilio: 818
Duns Scott: 1004
Duque de Saboya: 681

Economía Política: 926, 928
Ecuador, República de: 159, 162, 275, 278, 321, 339, 445, 446, 466, 468, 475, 476, 479, 480, 490, 491, 509, 526, 527, 528, 529, 531, 532, 534, 535, 536, 537, 538, 540, 542, 545, 548, 557, 559, 561, 562, 572, 593, 624, 627, 628, 651, 692, 704, 716, 825, 826, 831, 833, 834, 843, 898, 907, 908, 916, 922, 924, 929, 930, 936, 948, 963, 972, 984, 987, 1037, 1040, 1046, 1049, 1052, 1053, 1055, 1056, 1057, 1062, 1066, 1068, 1073, 1083, 1084, 1087, 1088, 1091, 1100, 1105
Edad Media: 372, 373, 385, 386, 402, 432, 516, 542, 645, 671, 672, 963
Edén: 244, 291, 292, 297, 298, 323
Edipo, tragedia de: 245
Egipto, pirámide de: 346
Egoísmo: 504, 505
Ejército Nacional: 898
Ejército restaurador: 390
El Aguacate: 1048
El Cuencano: 275
El Oro: 919, 920
El Pan: 817, 941, 1047
El Pun: 1014
El Rosario: 1015, 1048
El Tablón: 986, 1001
Elena, esposa de Menelao: 285
Empireo: 243
Enrique II: 246
Enrique IV: 285
Enrique VIII: 395
Enríquez, Teresa: 1020
Episcopado Ecuatoriano: 543
Esclavitud: 267
Escuelas Nocturnas: 818, 819
Escuela Apostólica de San Juan Bautista: 884
Esmeraldas: 948, 1040

Esmirna, ciego de: 285
España: 330, 332, 338, 363, 369, 370, 390, 392, 394, 396, 397, 399, 418, 423, 428, 471, 475, 512, 641, 648, 649, 952, 953, 956, 963, 984, 992, 1005, 1007, 1100, 1128
Esparta: 267, 309
Espinosa, José Modesto: 1037
Espiritismo: 359
Espíritu: 305
Esposa: 246
Espronceda: 345
Estado Político: 272, 479, 481
Estadolatría: 531
Estados Pontificios: 538
Estados Unidos de Norteamérica: 338, 400, 403, 837, 842, 992, 1052
Estambul: 328
Esteves de Toral, Remigio: 1130, 1146, 1147, 1133
Estonia: 985, 992
Estrella de los mares, isla: 428
Eten: 409, 411, 412, 417, 418, 419
Eucaristía: 914
Europa Moderna: 237, 269, 273, 274, 285, 311, 328, 507, 546, 547, 556, 641, 658, 704, 705, 817, 839, 999, 938, 940
Euterpe, musa: 285
Eva: 242, 291, 293, 294, 295, 296
Evangelio 266, 269
Extasis: 235
Extremadura: 429
Eymard, P.: 705
Ezequiel, profeta: 324

Fabiola: 158, 159
Fabraquer, Conde de: 159, 160
Familia: 244, 246
Familias: 245
Farand, Camilo: 276, 277
Feijoo, P.: 302
Felipe de Crotona: 300
Felipe II: 371
Felipe III: 1005

Felipe IV: 1005
Felipe V: 1005
Felipe, El Hermoso: 677
Feria, Condesa de: 1020
Fernández de Madrigal, Francisco: 419
Fernando II: 439
Ferrocarril: 844
Ferrocarril Sibambe-Cuenca: 1094, 1095
Ferrocarril del Sur: 919, 920, 921
Fiesta de Cuenca: 1020
Figueroa, Baltazar: 474
Filosofía: 263
Finlandia: 286, 985
Fisco: 926, 927
Flandes: 680
Flavio Clemente: 161
Florencia: 963
Flores, Juan José: 254, 255, 256, 257
Flores Zenel de Paredes, Jerónimo: 599
Flores, Luis: 990
Fontainebleau: 645, 646
Francia: 329, 330, 337, 363, 394, 396, 399, 400, 403, 423, 433, 434, 435, 438, 490, 506, 507, 512, 526, 570, 641, 642, 647, 688, 843, 912, 930, 968, 969, 983, 984, 991, 992, 1100
Franciscanos, PP.: 889
Francmasonería: 353, 359, 545, 646, 652, 692
Franklin, Benjamín: 279
Fray Luis de Granada: 973
Frigia: 161
Fulda: 507

Galápagos, islas de: 932
Galápagos, archipiélago de: 1052
Galicanismo: 398
Galicia: 390
Galilea: 1061, 1074
Galerio: 161
Gamarra, General: 256
García Moreno, Gabriel: 326, 445, 456, 462, 468, 539, 540, 541, 544, 560, 826, 964, 987, 996, 1032, 1044, 1045
García de Irlos, Catalina: 471

Garcilaso: 345
Gaune, Abate: 268
Gengis Khan: 326
Genio: 250
Génova: 392
Geremías, profeta: 325
Gertrudis de San Ildefonso: 626, 629, 630, 631, 632, 633, 634, 635
Gibbón: 507
Gibraltar: 329
Ginebra: 245
Girón: 252, 254, 255, 258
Gloria: 240, 241
Gnido: 353
Gólgota: 160, 161, 162, 252, 253
González, Augusto Nicolás: 641, 643
González Calisto, Mons.: 974
Gran Bretaña: 983, 991
Granada: 370, 371, 423, 581
Grandclaude: 883
Granobles Jaramillo, Mariana: 599
Grecia: 237, 285, 300, 331, 337
Gregoire: 247
Gregorio XIII: 395, 469
Gregorio XIV: 596
Gregorio XVI: 27
Greyfié, madre: 519, 520, 521
Griegos cismáticos: 658
Guadalcanal: 468
Guagualshuma: 312
Gualaceo: 844, 845, 916, 971
Gualaquiza, Vicariato Apostólico de: 834
Gualaquiza: 931, 971, 996, 1010, 1011, 1013, 1014, 1015, 1048, 1087, 1088,
Guatemala: 978
Guayaquil: 540, 654, 817, 818, 833, 910, 915, 919, 964, 1040, 1052, 1105, 1106, 1130
Guevara, Coronel: 257
Gustavo Adolfo: 439, 441
Gutierre de Cárdenas, don: 1020

Hacienda Pública: 950
Haití: 984, 991
Harmel, León: 725
Harris, Guillermo: 822, 824
Helvecia: 269, 331
Henestrosa, Juan de: 429
Heracleo, Emperador: 369, 540
Heráclito: 248
Herculano: 321, 376
Heres, Tomás de: 254, 256
Herbas, Manuel: 418
Hermida, Daniel: 822, 859, 989
Hernando de la Cruz, Hermano: 621
Herodoto: 311, 660
Herrera, Pablo: 415
Herrera, Gaspar de: 597
Hijas de la Caridad, religiosas: 846, 847, 848
Historia Patria: 253
Historia: 252
Historia de Turquía: 314
Hogar: 245
Hogg, Sr.: 308
Holanda: 331, 337, 984, 991
Holzhauser, Bartolomé: 485
Homero: 345
Honduras: 984, 991
Hostias Propiciatorias: 535
Huacachaca: 320
Huayna-Cápac: 287, 325
Huelva: 421
Hugonotes: 396
Huigra: 1087
Huilca: 1015
Humanum Genus, Encíclica: 523
Humboldt: 312, 313
Hungría: 966
Hunniades: 386
Hurtado, Manuel de la Cruz: 822, 824, 1132

Iberia: 250
Iglesia Ecuatoriana: 536
Iglesia Griega: 565

Iglesia Católica: 272, 274, 401, 403, 404, 442, 479, 481, 483, 484, 569, 883, 910, 1000
Iglesias, Agustín: 1012
Igualdad: 265
Igualdad Política: 267
Imaginación: 306
Imperio Británico: 1056
Impiedad: 505
Impuestos: 1002, 1082
Incas: 312, 320, 322
Incrédulos: 656
Indanza: 931, 1013, 1015, 1088
India: 261
Indillana: 1014, 1015
Indio(s): 287, 950, 976, 979, 1001, 1003, 1017, 1018
Indostán: 304
Infalibilidad Pontificia: 504
Infancia: 291
Ingapirca: 313
Inglaterra: 331, 337, 392, 394, 647, 653, 837, 924
Inmaculada Concepción: 442, 447, 922, 1004, 1005, 1006, 1007, 1061, 1100
Inmortale Dei. Encíclica: 517, 523, 524, 527
Inocencia: 242, 295
Inocencio VII: 677
Inocencio XI: 441
Inteligencia: 299
Inventos: 403
Isabel La Católica, Reina: 423
Isabel, india: 471
Ispahan: 301
Israelián, Esteban: 651
Istakhar: 252
Italia: 162, 330, 337, 363, 399, 700, 1053, 1100
Izquierdo, María Pía: 1130, 1145, 1146

Jacobitas: 672
Jadán: 291
Jaigua, Heleodoro: 990
Jafet: 328
Japón: 940
Jaramillo, Luis C.: 919

Jaramillo Alvarado, Pío: 1013, 1014
Jerusalén: 325
Jesús: 243
Jibarías: 971
Jíbaros: 1062, 1088
Jiménez de Quezada, Gonzalo: 475
Job: 250
Josafat, valle de: 324
Josefismo: 441
Juárez, Benito: 238
Jubones, río: 312, 313, 314, 316, 317, 320, 321, 322, 325
Judas, Iscariote: 272
Judíos: 656
Julio II: 1020
Juntas Colonizadoras del Oriente: 909, 910
Junta Promotora del Ferrocarril del Sur: 919, 920, 921, 924, 925
Junta de Mejoras y Obras Públicas: 925
Junta Promotora de Colonización Oriental: 1010
Junta Orientalista: 1047, 1048
Justiniano: 368, 373
Justino: 238
Juventud Cuencana: 159
Juventud: 242, 252, 261, 293, 294

Kowalsky, prof.: 984, 991
Kraunitz: 285
Kremlin, palacio de: 650
Krofte, prof.: 985, 992

La Aurora: 275
La Coca: 1014
La Gaceta Internacional: 274
La Luciérnaga: 158
La Saleta: 433
La Cría, cerro de: 317
Lacay, río: 317, 321
Lamartine: 234
La Mar, Mariscal: 255, 256, 257, 258
Lanbertini, Imelda: 732, 734

Landaverde, Sebastiana de: 414
Landívar, Javier: 822, 824, 855, 856, 858, 865
Latacunga: 910, 986
Lazareto: 903
L' Epee, abate: 304
Legión Tebana: 639
Lentag: 255, 316
León, Miguel: 453, 455
León XIII: 490, 523, 524, 527, 565, 567, 568, 699, 721, 938, 940, 983, 986
León, ciudad de: 956
León, Tarquino: 1106
Leopoldo II: 442
Lepanto: 386
Líbano, cerros del: 233
Liberales: 1034
Liberalismo Católico: 531, 1026
Liberalismo: 572, 944, 979, 1053, 1056, 1064, 1065, 1086, 1091, 1092, 1093, 1100
Libertad: 265, 266, 267
Libia, arenales de la: 233
Libia: 929
Liceo de la Juventud: 157, 158, 159, 163, 275, 276, 282, 288
Licurgo: 237
Lima: 402, 408, 409, 413, 415, 418, 419, 584, 592, 597, 891, 956, 1008
Liñan y Cisneros, Melchor de: 418
Lión: 488
Literatura Patria: 11
Literatura del País: 159
Literatura: 276, 277, 287, 344
Lituania: 985, 992
Locke: 306
Logroño: 955
Loja: 390, 456, 917, 919, 920, 922, 1010
Londres: 311, 343, 663, 664
Longo, Bartolomé: 377, 379
López, Marcos: 410, 416, 417, 418
López, Ernesto: 1060
Los Charcas: 956
Lourdes: 376, 433, 488, 591, 592, 683, 720, 1007, 1110
Louvre: 307
Lucaris, Cirilo: 672

Lugo: 390, 369, 370
Luis VIII: 434
Luis XIII: 434, 505
Luis XIV: 398, 434, 570, 641
Luis XV: 387, 434, 1026
Luis XVI: 239, 434
Luis XVIII: 435
Luparelli, Antonia: 380
Lutero: 394, 395, 668, 669, 956
Llacao: 976, 1001
Lloscos, Luis: 415, 418

Macará: 924, 1041
Macas: 922, 955, 996, 1010, 1040, 1047, 1081, 1088
Madrid: 364, 419
Maduré: 308
Magallanes: 956
Magcone, Luis: 985, 992
Magnesia: 246
Mahoma: 397, 401, 565
Maistre, Conde de: 1028
Maldonado Toral, Virgilio: 858, 860, 861, 865, 869, 871, 872, 873, 874, 876, 877, 878, 888, 889, 890, 891
Malebranche: 306
Malo, Benigno: 895
Manabí: 547
Mar de Nuestra Señora: 428
Marañón, río: 303, 955, 996
Marat: 271
Marco Antonio: 306
Marco Polo: 392
Marenco, Juan: 992
Marchena, Antonio de: 425
Marchetti-Salvaggeani, Mons.: 984, 991
Marengo: 162
María Magdalena des Escures: 520, 521, 522
María Auxiliadora: 1088
Mariana de Jesús: 559, 561
Mario, Cónsul Romano: 306
Maristas, PP.: 643
Márquez, Ezequiel: 988, 989, 990, 1012
Martínez T., Joaquín: 822, 824

Martirologio Romano: 160
Masonería: 704, 708, 709, 1085, 1086, 1100
Matanga: 941
Matovelle, José Julio María: 11, 162, 163, 277, 280, 282, 413, 822, 824, 825, 856, 858, 859, 860, 865, 868, 869, 872, 873, 880, 881, 886, 890, 891, 893, 901, 919, 988, 989, 990, 1012, 1060
Maurin, Abate: 644
Maximiliano, Emperador: 160
Mazzini: 162
Medalla Milagrosa: 1006
Memnón: 287
Memorias de Ultratumba: 294
Memoria: 306
Méndes: 844, 845, 910, 931, 941, 971, 972, 1013, 1014, 1015, 1047, 1080, 1087, 1101
Menéndez y Pelayo, Marcelino: 905
Mera: 1014, 1080
Mercadante: 287
Merchán, Benigno, 919
Merchán, Miguel: 988, 989, 990
Merchán, Cornelio: 988, 989
Merchán, Luis: 990
Merchán, Víctor M.: 990
Metodistas: 896
Methol, Juan: 643
México: 238, 312, 332, 338, 402, 592, 593, 851, 956
Miguel Angel: 260
Minas, río: 320, 321, 322
Minas, llanura de: 323
Minos: 237
Micara, Clemente: 985
Milán: 875, 963
Misiones Católicas: 833, 915, 918, 996, 1016, 1040
Misiones Jesuitas: 917
Misiones de Mainas: 918
Misiones Religiosas: 1088
Misiones Salesianas: 1047, 1087
Misioneros del Sagrado Corazón: 630
Misioneros Salesianos: 917, 930, 931
Mezzofanti: 307
Mirecourt, Eugenio de: 307
Mitología: 306
Mitridates: 307, 308

Mocceni, Mario: 1133
Modernismo: 896
Mnemónica: 306
Moisés: 234, 341
Molina, Juana: 1132, 1146
Molovoc Chico, hacienda de: 1146
Mónaco, principado: 984, 991
Monasterio de Santa Radegundis: 875
Monasterio de Conceptas: 922
Mondo, Magdalena: 577
Monrroy, Joel L.: 831
Monte de Piedad: 817
Montesinos, Jorge: 981
Montesquieu: 269
Montfort, Simón de: 372
Montreal: 837, 838, 839
Mora, Elías: 822
Mora, José Joaquín: 840
Mora, Alfonso M.: 878
Mora, Luis F.: 1090
Morán de Butrón, P.: 600, 606, 611, 616
Moreno, Ceslao: 1089
Morlacos: 849, 850
Morona, río: 955, 971, 1080. 1081
Morona Santiago: 1081
Moroni, P.: 955
Morse: 279
Moscoso, Teresa: 451, 453, 455
Moscoso V., Víctor A.
Mozart: 287
Mujer: 292, 293, 294, 295, 296
Muller: 250
Mullucancha: 320
Munay: 1145, 1146
Municipalidad: 950
Muñoz Vernaza, Alberto: 948
Muñoz, Ramón: 1018
Música: 233, 284, 286, 287
Música Religiosa: 236
Mussolini, Benito: 1056
Musulmanes: 656, 658
Mycenas: 352

Nabucodonosor: 330
Nájera: 369
Namangoza: 941
Nambija: 1015
Napo, río: 996, 997, 1014, 1015, 1080
Napo Pastaza, Provincia de: 1014
Napoleón: 238, 341, 397, 660
Napoleón III: 645
Nápoles: 376, 377, 379, 380, 381, 397
Narancay: 255
Naranjos, río: 314, 316, 317, 322
Narjauskas, Canónigo: 985, 992
Narváez, Alfonso de: 467
Nectario de Jerusalén: 673
Nedier: 238
Nerón, Emperador: 160, 161, 272, 303, 398
Nerva, muro de: 313
Nestorianos: 672
New York:
Niágara, cascada del: 837
Nicaragua: 983, 991
Nilles, P.: 538
Nínive: 311, 322
Noé: 329
Novelistas: 344
Novísima Recopilación: 370
Nuestra Señora de América: 431
Nuestra Señora del Amparo: 957
Nuestra Señora de los Angeles: 425
Nuestra Señora de la Cinta: 429
Nuestra Señora de Copacabana: 443
Nuestra Señora de Chiquinquirá: 466, 476
Nuestra Señora de los Dolores: 973
Nuestra Señora Dolorosa del Colegio: 957
Nuestra Señora de los Ejércitos: 646
Nuestra Señora del Extasis: 445, 446, 457, 458, 459, 460, 461, 462, 463, 464, 465
Nuestra Señora de las Flores: 425
Nuestra Señora de Guadalupe: 448, 451
Nuestra Señora de las Mercedes: 898, 899, 952, 957
Nuestra Señora de los Milagros: 424, 426
Nuestra Señora de la Nube: 464, 957
Nuestra Señora de la Paz: 957
Nuestra Señora de Pompeya: 375, 376, 380, 381, 383

Nuestra Señora de la Rábida: 428
Nuestra Señora de los Milagros (de la Rábida): 430
Nuestra Señora del Rosario: 466, 467
Nuestra Señora del Santísimo Sacramento: 1051
Nuevo Reino de Granada: 466, 471, 475
Nulti: 313

Obispado de Quito: 963
Oceanía: 329, 658
Octavio (Augusto): 252
Odiel, río de: 421
Odriozola, Manuel de: 414
O' Leary: 255, 256
Oliva, María de: 590
Ontaneda, P.: 831
Ontario, cascada: 837
Orden Mercedaria: 831
Ordóñez, Alberto N.: 822, 824
Ordóñez, Alfonso: 919
Ordóñez N., Alfonso: 977
Orfandad: 245
Orfeo: 237, 285
Orgullo: 248
Oriente Azuayo: 972
Oriente Ecuatoriano: 833, 834, 835, 844, 845, 909, 910, 915, 916, 917, 929, 931, 996, 1009, 1013, 1014, 1015, 1036, 1040, 1041, 1047, 1048, 1062, 1063, 1078, 1080, 1081, 1087, 1088, 1089, 1090, 1101
Ortega, Abelardo A.: 822, 824, 988, 990
Ortografía: 279
Orvieto: 675, 676, 677
Osian: 160
Oxford: Universidad de: 653

Paccha: 313
Pacto de Leví: 552
Pacto de Quito: 557, 560, 562
Pacto Social: 245, 249
Pachamama: 320

Pafos: 353
Paganos: 656
Palacios, Benigno: 822, 824
Palanda: 1015
Palenque: 323
Palas Atenea: 286
Palestina: 394
Palestrina, Juan de: 286
Palmira: 252, 313
Palomeque, Ignacio: 822
Palomo, José María: 831
Palos de Moguer, Puerto de: 420, 421, 424, 426
Papallacta: 1014, 1015
Paraíso: 242
Paray-le-Monial, museo eucarístico de: 362, 363, 404, 520, 591, 621, 627
París: 364, 644, 645, 663, 677, 843, 969
Partido Conservador del Azuay: 942, 943, 945, 947, 948, 949
Partido Conservador: 981
Partido Liberal: 981
Pascal, Blas: 310
Pascendi, Encíclica: 896
Pasios de Alejandría: 673
Pasiones humanas: 248, 249
Pastoret, Marqués de: 307, 308.
Patapata: 316
Patate: 160
Patronato: 566
Paucar, Rudecindo: 1018
Paulo IV: 681
Pauperismo: 502
Pauta R., Luis: 1012
Paute: 844, 845, 915, 917, 971
Paute, río de: 955
Peabody: 960
Pedro, El Ermitaño: 493, 569
Pedroso, Juan Bautista: 427
Pekín: 992
Pelías, Rey: 331
Pelletan, Eugenio: 342
Penn, W.: 332
Peña, Ignacio: 988
Peña, Isaac: 988, 989, 990

Peña, Juan Martín de la: 603, 618
Peña, María de la: 616
Peña, Miguel: 855, 856, 857
Peña J., Rafael: 1060
Peralta Barnuevo, Pedro de: 414
Peralta, Agustín J.: 919
Pérez, Juan: 422, 423, 424
Perelti, Félix: 238
Periodismo: 343, 894, 895, 936
Perpetua Virginidad de la Madre de Dios, dogma de la: 1113, 1114, 1115, 1116, 1117, 1118, 1119, 1120, 1121, 1122, 1123, 1124, 1125, 1126, 1127, 1128 1129
Persia: 305
Persia, Sha de: 334
Perú: 255, 312, 333, 339, 391, 409, 475, 582, 833, 979, 984, 991, 996, 1041, 1053, 1088
Perú, campaña del: 372
Pessiere, Pedro: 992
Piamonte: 707
Piedra, José Napoleón: 822, 824
Piedra, León: 822, 824
Piedra del Juramento: 923
Piedrahita, General: 256
Pichincha: 253, 372, 406, 975
Pilches, hacienda: 317
Pilches, río: 322
Pinto, río de: 421
Pío IV: 286
Pío VI: 396, 399
Pío VIII: 476
Pío IX: 162, 341, 399, 490, 493, 541, 566, 939, 983, 1006, 1061
Pío X: 821, 896, 897, 983, 984
Pitágoras: 287
Pitra, Cardenal: 579
Piura: 409
Pizarro, P.: 996
Placer (carnal): 244, 245
Placer (es): 250, 251
Platón: 287, 345, 623
Plaza, General: 255, 256
Plaza, José Manuel: 833
Plaza, Leonidas: 948

Plinio: 301
Plutarco: 268, 345
Pobreza: 993, 995
Poder Legislativo: 928
Poesía: 233, 234, 260, 261, 262, 263, 264
Poeta: 234
Pólit, Manuel María: 829, 843, 889, 961, 974
Polo, Benigno: 919
Polonia: 330, 984, 991
Pompeya: 321, 376, 377, 378, 379, 380, 383
Pontecoulant, Conde de: 308
Pontmain: 433
Portete (de Tarqui): 252, 253, 254, 255, 256, 258, 391
Portovelo, hacienda: 316
Portugal: 392, 396, 423, 424, 984, 991
Porvenir: 238
Pozo, Arcesio: 919
Presencia real, dogma de la: 673
Presidencia de Quito: 830, 918
Preste Juan: 160
Proaño, Federico: 275
Proaño, Manuel J.: 1044
Progreso: 287
Proletarios: 819
Prometeo: 262
Prostitución: 246
Protestantes, sectas: 267, 658, 659
Protestantismo: 273, 570, 692, 912, 913, 914, 1085
Provenza: 646
Providencia Divina: 238, 239, 250, 253
Provincias Azuayas: 902, 924
Prusia: 162, 984, 991
Puerto Bolívar: 1060
Puerto de la Concepción: 428
Putumayo: 971, 1014
Puyo: 1014, 1015

Quito: 313, 391, 406, 408, 409, 413, 414, 415, 446, 447, 456, 527, 536, 537, 541, 542, 544, 559, 620, 621, 626, 627, 699, 700, 715, 817, 826, 831, 835, 842, 849, 889, 910, 917, 919, 922, 930, 955, 956, 957, 1069, 1098,

1099
Quitus, aborígenes: 318
Quebrada de Jerusalén: 407, 414
Quinchi, Manuel
Quingeo: 986
Quod Auctoritate, encíclica: 517, 523, 524, 527

Rábida: 420, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431
Racionalismo: 1113
Radicalismo: 654, 692, 851
Radicalismo Liberal: 930
Ramos, María: 468, 470, 471
Ratti, Mons.: 984, 991
Razas aborígenes: 311
Razón: 299
Reforma Protestante: 395, 396, 397, 398, 565, 653
Reino de Quito: 964
Religión Católica (catolicismo): 235, 236, 248, 330, 1049, 1066, 1074, 1075
Relus, Tomás de: 411, 417, 418
Renan: 498, 657
República, forma de gobierno: 266, 271, 272
República del Sagrado Corazón de Jesús: 406
Reque: 416, 417
Requena, Francisco de: 918
Revolución Francesa: 396, 400, 570
Revolución: 502, 538, 570, 571, 572, 573
Revolución Católica: 572
Rhorbacher: 344
Ricaurte: 976, 977
Rifles, Batallón: 255, 256
Riobamba: 559, 651, 817, 831, 910, 915, 916, 917, 922, 986, 1105
Ríos, Amador de los: 344
Ríos, Belisario: 919
Robespierre: 271
Rodas: 353
Rodolfo de Ausburgo: 371
Rodríguez de Paredes, José: 618
Rojas, Alonso de: 610, 621

Roma: 160, 249, 250, 252, 267, 268, 313, 351, 353, 399, 400, 442, 469, 583, 663, 664, 953, 984, 991
Roma, Catacumbas de: 673
Romachano, Ludovico: 681
Romano Pontífice: 564, 913, 914
Rosario de la Aurora: 382
Rosas, Juan Manuel de: 272
Rossini: 282, 287
Rousseau: 245
Ruan, Congreso Católico de: 526
Rubens: 261, 371
Rusia: 329, 331, 338, 397, 650, 927, 971, 984, 991, 1061

Sabanilla: 1015
Sacro Imperio Romano: 396
Saffray, Dr.: 475
Sagradas Ceremonias: 235
Sagrado Corazón de Jesús, devoción al: 517, 518
Sagrado Corazón de Jesús, reinado del: 519
Sagrado Corazón de Jesús, culto de: 526
Sagrado Corazón de Jesús, triunfo del: 520
Sagrada Eucaristía: 656, 661, 662, 663, 664, 665, 666, 667, 668, 669, 670, 671, 672, 673, 674, 675, 676, 677, 678, 681, 683, 684, 685, 686, 689, 690
Sahara: 234, 324
Saint-Pierre, Bernardino de: 305
Salesianos, religiosos: 1062, 1063, 1101, 1102
Salesianos, Comunidad de: 1087
Saleta, montaña: 487
Salinas, Juan de: 320
Salona, huerto de: 246
Samos: 352
Sánchez Valverde, Beatriz: 629
Sánchez, Ezequiel: 860
Sándes, General: 256
San Agustín: 411, 517, 670, 706, 1004
San Ambrosio: 162, 670
San Andrés, Apóstol: 473
San Antonio de Padua: 473, 474
San Atanasio: 670
San Benito Labré: 469

San Bernardo: 493, 517
San Bonifacio: 507, 929
San Bruno: 606
San Buenaventura: 1004
San Celso: 160
San Cirilo de Jerusalén: 670, 929
San Columbano: 555
San Crisóstomo: 162
San Efrén: 670
San Epifanio: 1004
San Esteban: 966
San Felipe de Neri: 486
San Felipe de Jesús: 580
San Fernando (población): 255
San Fernando: 398
San Francisco de Asís: 406, 432
San Francisco de Borja: 1020
San Francisco Javier: 596
San Francisco de Sales: 459
San Francisco Solano: 581, 596
San Germán de Auxerre: 643
San Germán de Constantinopla: 1004
San Gerónimo: 346, 370, 1004
San Gregorio El Magno: 779
San Hilario de Poitiers: 670
San Ignacio de Antioquía: 670
San Ignacio de Loyola: 1108
San Ildefonso, iglesia de: 648, 1128
San Irineo: 670
San Jorge, iglesia de: 425
San José: 1086, 1097
San Juan Bautista: 603
San Juan Bosco: 971
San Juan Crisóstomo: 575, 968
San Juan: 986
San Juan Damasceno: 1103
San Juan Evangelista: 493, 517
San Juan de Greden, iglesia de: 677, 679
San Leonardo de Puerto Mauricio: 491
San Lorenzo, mártir: 577
San Lucas: 576
San Luis: 398
San Luis Beltrán: 581, 596
San Luis, colegio de: 620

San Marino: 1053
San Martín de Porres: 580
San Metodio: 929
San Miguel de los Santos: 632
San Nicolás de Bari: 831
San Oswaldo: 554, 555
San Pablo, catedral de: 404
San Pablo: 496, 557, 575, 576, 717
San Pablo, Epístolas de: 664
San Pascual Bailón: 1020
San Pedro: 399, 488
San Pedro Claver: 581
San Pedro Nolasco: 953
San Petersburgo (Leningrado): 672
San Remigio: 671
San Roque, parroquia de: 979
San Salvador: 984, 991
San Sebastián, fiesta de: 407, 639
San Silvestre, plaza de: 681
San Simón de Mont-Fort: 640
San Vicente de Paúl: 579, 846, 961, 969
San Víctor: 639
Sangurima, Gaspar: 360
Santa Ana, Antonio de: 466, 467, 468, 475
Santa Ana, Juana de: 471
Santa Ana, Pedro de: 468
Santa Angela de Foligno: 518, 702, 703
Santa Bernardita Soubirous: 1007
Santa Catalina Labouré: 1006
Santa Catalina de Siena: 378, 484, 517, 575, 709
Santa Clara, convento de: 406, 407, 408, 415
Santa Clara, iglesia de: 413, 414
Santa Clara, claustro de: 629
Santa Clara: 615, 626
Santacruz, Francisco: 990
Santa Elena: 368
Santa Gertrudis: 488, 489, 493, 518, 586
Santa Hildegarda: 484
Santa Isabel de Hungría: 967
Santa María de la Concepción, isla de: 428
Santa María de Guadalupe: 428
Santa María Magdalena: 602
Santa María de los Montes: 469
Santa María del Occidente: 428

Santamaría de la Rábida, convento de: 420, 421, 422, 423, 428, 429, 430
Santa Margarita María de Alacoque: 406, 489, 491, 492, 493, 494, 502, 517, 519, 520, 522, 569, 570, 586, 627, 629, 631, 724
Santa Mariana de Jesús: 535, 537, 539, 544, 559, 580, 583, 594, 595, 598, 599, 600, 601, 602, 603, 604, 605, 606, 607, 608, 609, 610, 611, 612, 613, 614, 615, 616, 617, 618, 619, 620, 621, 622, 623, 699, 957
Santa Matilde: 518, 586
Santa Rosa de Lima: 580, 583, 584, 586, 587, 588, 589, 590, 591, 592, 593, 594, 598
Santa Rosa, cantón: 1014
Santa Sede: 523, 565, 566, 876, 983, 984, 985, 991, 992, 1004, 1026, 1068, 1073
Santa Teresa de Jesús: 843, 1042, 1043
Santiago de Chile: 826, 827, 828, 910, 931, 955, 1081
Santiago del Morona: 916, 917
Santiago-Zamora, Provincia de: 1014
Santo Cenáculo, templo de: 697, 704
Santo Domingo de Guzmán: 569
Santo Domingo: 984, 991
Santo Tomás Apóstol: 629
Santo Tomás de Aquino: 688, 713
Santo Tomás de Villanueva: 717
Santo Toribio de Mogrovejo: 535, 580: 582, 584, 596, 598, 600
Saña: 417, 597
Sarachaga, Alejo de: 362, 371
Saumaise, Madre: 490
Scott, Walter: 308
Sedán: 253
Sedán, campos de: 330
Segur, Mons. de: 668, 669, 670
Selva Florida, Conde de: 830
Sem: 328
Semana Santa: 978
Seminario Conciliar de Guayaquil: 826
Séneca: 345
Sensualismo: 502, 1056
Sentimiento: 235
Señoras de la Caridad: 846, 847, 848
Señoras de la Caridad, Asociación de: 851, 852, 853
Señor de Girón: 1008

Señor de los Milagros: 1008
Septenario: 355, 391, 1021
Sergio Paulo, Procónsul: 367
Servio-Croato-Esloveno, Estado: 984, 991, 992
Sevilla de Oro: 159
Sevilla: 956
Shircay: 316, 317, 322
Shircay, río: 317
Shifin, planta: 324
Shyris, aborígenes: 323
Sibambe: 924
Sicard, abate: 305
Sidcay: 976, 1017, 1018
Sierra Ecuatoriana: 905, 906, 907, 986
Siglo XIX: 341, 342
Sigsig: 313, 971
Silva Manrique, Gerónimo de: 411, 416, 417, 418
Simónides: 306
Sincasa, Escolástico: 1018
Sinchi, Miguel: 1018
Siria: 315, 650
Sísifo: 262
Skager-Rank: 330
Soberanía Popular: 504
Soberbia: 241
Sobieski: 386
Socialismo: 273, 274, 502, 959, 999, 1085, 1100
Sociedad Cuencana: 829
Sociedad de la Esperanza: 159, 275
Sociedad Filarmónica: 284, 287
Sociedad de los Fastos: 404
Sociedad de las Señoras de la Caridad: 961, 962
Sociedad de Socorro Mutuo: 817
Sociedad de Socorros Mutuos de la Inmaculada Concepción: 1030
Sojos, Benjamín: 919
Solano, Vicente: 456, 849, 850
Soledad: 246, 249
Solís, Miguel S.: 1018
Sordo, río: 1015
Soroastro: 328
Sor Juana de Jesús: 624, 626, 627, 629
Sorobabel: 508
Spinelli, Joaquín: 972

Suárez, Pablo: 831
Sublevación indígena: 976, 977
Sucre, Antonio José de: 254, 255, 257, 372, 1053
Sucre, ciudad: 444
Suevos: 390
Suecia: 330, 337
Suiza, 338
Sujet, Arturo: 700, 701, 702
Sulupali: 322
Sullana: 1040, 1041
Sumaypamba: 322
Sumo Pontífice: 236
Suta: 466, 467, 468

Tácito: 660
Taigi, Ana María: 485
Tálbot, Francisco: 919
Tamariz, Remigio: 919
Tamayo, Luis: 1046
Tarqui, meseta de: 252, 253, 255, 315, 833
Tarqui, río: 449
Tavani, Mons. 536
Taxil, Leo: 707
Tebas: 352
Tell, Guillermo: 269
Templo del Santo Cenáculo: 878, 879, 884, 885, 888, 889, 891
Tena: 1014
Teodosio: 368, 398
Teófanes: 672
Termópilas: 286
Terpandro: 285
Terrayl, Pedro de: 877
Tertuliano: 670
Thamas-Kouli-Kan: 238
Tiara de San Pedro: 238
Tiberio, Emperador: 272, 398
Tierra del Fuego: 332, 594
Times: 343
Timón, filósofo: 245
Timur: 326
Tirteo: 286

Titicaca, lago: 443
Tobías, P.: 833
Tolbiac: 385
Tolón: 643
Tomebamba, río Matadero: 311, 312, 313, 320, 321, 322, 323, 325, 449
Toral, Herlinda: 961
Toral, Milton: 11, 47
Torres, Adolfo A.: 919
Torre, Anunciata: 377
Torres Arredondo, Tomás: 455
Toscana: 160
Tostado: 343
Tránsito, de Nuestra Señora: 1026, 1027
Transubstanciación: 686, 687, 688, 689
Trasandino, ferrocarril: 919
Tributación: 1064, 1065
Troya: 252
Troya, Juan de la: 621
Trujillo: 419
Tucumán: 597
Tulcán: 1011
Tullerías: 308
Tungurahua: 975
Tunja: 466, 467, 468, 471
Turcos: 877
Turín: 681, 682
Turín, milagro de: 719
Turquía: 331, 401, 650

Ucubamba: 1001
Ugarte y Sarabia, Agustín de: 408, 414
Uhlich, Secta Protestante: 913
Universidad del Azuay: 1038
Universo pintoresco: 305
Urales, montes: 329
Uruguay: 334, 339

Vacaciones: 252
Valence: 397

Valdenses: 896
Valpolisella: 488
Vallarino, Comandante: 257
Vannutelli, Cardenal: 837
Vargas, Teódulo: 159
Vaticano: 1056, 1063
Vaudevillistas: 344
Vázquez, Clodoveo: 822
Vázquez, Honorato: 836, 988, 989, 990, 1037, 1038, 1039
Veintemilla, General: 826
Vela, Juan Benigno: 930
Veladas del Honor: 645
Vejez: 242
Vélez, David: 990
Vélez, José Miguel: 360, 455
Vélez, Juventino E.: 1060
Venecia: 963
Venezuela: 333, 338, 984
Ventura, P.: 273, 307
Vernet, Horacio: 307
Versailles: 645, 646
Vesubio: 376
Veuilliot, Luis: 1026
Viaje a América: 302
Viaje a Oriente: 314
Vianney, Juan Bautista: 375
Victoria: 247
Villa, Pedro: 429
Villa del Villar Don Pardo, v. Riobamba
Villacinda, Marqués de: 984, 992
Villafuerte, Eleodoro: 826, 827
Villedieu, E. de: 546
Vintimilla, Manuel N.: 822
Vintimilla, Tomás: 1147
Virgen de Cullca: 988
Virgen del Hervidero: 456
Virgen del Río: 448
Vitelio: 303
Voltaire: 387

Waterloo: 253, 259
Washington, Jorge: 279, 332, 842

Wiseman: 158
Wolf, Teodoro: 449

Yaguachi, Batallón: 255, 256, 257
Yaguarzongo: 918
Yaraví: 287
Yerovi, Obispo: 535, 536, 537, 547, 974
Yunguilla: 312, 313, 314, 315, 316, 323

Zacarías, Profeta: 489
Zamora: 955, 996, 1009, 1010, 1011, 1081
Zamora, río de: 955
Zamora Chinchipe: 1081
Zapata de Cárdenas, Luis: 471, 475
Zaragoza: 648, 953
Zaruma, camino de: 316, 320, 322, 1060
Zelandia: 971
Zuinglio: 395

INDICE GENERAL

POESIA DE TEMA VARIO

	Página
A Modo de Prólogo	11
La Inspiración	13
La Azucena	15
Un Adiós	17
Meditación	19
Ansiedad	22
El proscrito de los siglos	24
Ilusiones	28
A la juventud	30
La verdadera gloria	32
Las flores y el crepúsculo	35
Contemplación nocturna	37
¿Qué es la vida?	41
Una ganancia es morir	44
A mi patria	46
¡Alerta! Patria mía	49
A Cuba	52
Dedicatoria	55
Himno a León XIII	57
A la memoria del señor Vicente Arriaga	58
Misión del Sacerdote y del Pontífice	60
La Cruz y la América	62
Los monos comunistas	65

POESIA MARIAL

A María	71
A María	72
Una Virgen Oriental	74
La Virgen de Judá	76
El Nombre de María	77
Preces a la Niña María	80
Súplica a Nuestra Señora de los Dolores	82
Ante la prodigiosa imagen de Nuestra Señora la Dolorosa del Colegio	83
A María Santísima en su Soledad	85
Salve a Nuestra Señora de los Dolores	87
Salve a Nuestra Señora de los Dolores	89

¡Ecce Mater Tua! 91
Oficio Parvo en Honor de Nuestra Señora de los Dolores 93
A Nuestra Señora del Tránsito 98
Preces a Nuestra Señora del Tránsito 100
Oficio Parvo en honor de Nuestra Señora del Tránsito 103
Preces a Nuestra Señora de los Desamparados.. 109
Preces a Nuestra Señora de los Desamparados .. 110
Deprecación a Nuestra Señora de las Mercedes 112
Invocaciones 113
A la Sacratísima Reina de las Mercedes 114
Preces a Nuestra Señora del Ave María 115
Coplas en honor del Corazón Compasivo de María, refugio de pecadores 116
Preces al Purísimo Corazón de María 118
A Nuestra Señora de la Nube, en el Segundo Centenario de su aparición 120
Cántico a Nuestra Señora de la Nube 126
Preces a Nuestra Señora de la Nube 129

POESIAS A CRISTO Y A LA SANTISIMA TRINIDAD

Cántico al Niño Jesús 133
En vísperas del Calvario 135
Preces al Santo Cristo de Girón 138
Al Sagrado Corazón de Jesús 140
El Desposorio o una Primera Comunión 142
El primer amor. Epitalamio 145
Para la Comunión 146
¡Vamos al Cielo! 149
Preces al Espíritu Santo 151
Oración pidiendo una buena muerte 153

POESIA DRAMATICA

Un drama en las Catacumbas. Tragedia en cinco actos y en verso 157

PERIODISMO

LA AURORA
La poesía 233
El culto católico 235

El porvenir 238
Las coronas 241
La familia 244
Reflexiones sobre la adversidad 247
Paseo en vacaciones 252
La ciencia y la poesía 260
El catolicismo y la República 265
Sesión solemne del "Liceo de la Juventud" 275
Discurso del Presidente de "El Liceo de la Juventud" en el acto de inauguración de la "Sociedad Filarmónica" 284

LA LUCIERNAGA

El génesis de todo hombre 291
La perfectibilidad física del hombre 298
Las ruinas de Tomebamba 311
El mundo, a vista de pájaro 327
La educación de la juventud 342

EL REINADO EUCARISTICO DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

El pacto eucarístico de Cuenca 351
Revista de los intereses Eucarísticos 362
Los pactos eucarísticos 365
La Eucaristía y el Rosario. Nuestra Señora de Pompeya 375
La ley fundamental de las naciones 384
El reinado de Dios en el nuevo mundo 392
Un gran milagro eucarístico en la América del Sur 404
Nuestra Señora de la Rábida 420
Naciones consagradas especialmente a la Santísima Virgen 432
Manifestaciones portentosas de la Santísima Virgen en América. Aparición de Nuestra Señora del Extasis 445
Manifestaciones prodigiosas de la Santísima Virgen en América. Nuestra Señora de Chiquinquirá 446

LA REPUBLICA DEL
SAGRADO CORAZON DE JESUS

Nuestro propósito 479
La salvación del mundo 483
La devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, considerada en sí misma y en sus relaciones con la República del Ecuador 492
El segundo centenario del culto público del Sagrado Corazón de Jesús y las encíclicas "Inmortale Dei" y "Quod Auctoritate" de N. Bmo. P. León XIII 517
La república del Sagrado Corazón de Jesús 528
El pacto de Quito o sea la consagración nacional del Ecuador al Corazón Santísimo de Jesús ... 549
El pontificado y América 563
Los dos centenarios 569
Las flores del Sagrado Corazón de Jesús 574

EL HERALDO DE LA HOSTIA DIVINA

La Hostia y el soldado 639
El dogma de la Presencia Real 652

VELADAS DEL CENACULO

Nº 1 697
Nº 2 705
Nº 3 717
Nº 4 726
Nº 5 736
Nº 6 — 7 — 8 749
Nº 9 768
Nº 10 777
Nº 11 786
Nº 12 795

LA ALIANZA OBRERA

Congreso Obrero. Proyecto de acuerdo 817
Homenaje de filial adhesión al Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Don Manuel María Pólit, dignísimo Obispo de Cuenca 820

Nueva protesta 823
Carta abierta al Ilmo. y Rvdmo. Señor Arzobispo Dr. Don Federico González Suárez 825
El Sr. Presbítero Don Eleodoro Villafuerte 826
Cumplimos un sagrado deber 829
Las órdenes religiosas durante la independencia 830
Misiones del Oriente 833
Misiones del Oriente..... 835
Diplomáticos ecuatorianos 836
Las más recientes glorias del catolicismo 837
El bien común 840
Que no sea verdad 842
Poesías de Santa Teresa de Jesús 843
Por Paute patriótico 844
Una violeta en el pensil de la Iglesia cuencana .. 846
Los morlacos 849
La acción católica de la mujer en la sociedad azuaya 851
Protesta contra las inculpaciones injustas 855
Contestación a la demanda 860
En defensa del clero azuayo 868
El pleito del Cenáculo ante las legislaciones canónica y civil 881
En defensa del templo del Santo Cenáculo 887
Misión de la prensa 894
Pío X 896
Veinticuatro de Septiembre 898
Discurso del Rvdo. P. Julio Matovelle en la solemne sesión de las Señoras de la Caridad 901
La Sierra 905
El Oriente 909
Protestantes Evangelistas 912
Camino al Oriente. Hagamos nuestro el territorio Oriental de la república 915
Junta promotora del ferrocarril del Sur 919
Tercer centenario del juramento hecho en la antigua Riobamba de sostener el misterio de la Inmaculada Concepción 922
Las dos juntas promotoras del ferrocarril del Sur 924
De economía mixta 926
Los principales obreros de la civilización en la región oriental 929
Por los municipios 932

Vida nacional 935
La acción social 938
El Oriente 941
Política conservadora 942
De política 945
Seamos explícitos 947
Correspondencia local 950
Séptimo centenario de la aparición de Nuestra Señora de las Mercedes 952
Las puertas del Oriente 955
Glorias religiosas de Quito 956
Jesucristo ante la historia 958
La sociedad de las señoras de la Caridad y su última presidenta 961
Año XX 963
La iglesia católica en Hungría después de la caída de bolcheviquismo 966
El nuevo presidente de Francia 968
La iglesia católica y nuestro oriente 971
Nuestra Señora de los Dolores 973
El mérito se impone 974
Los indios 976
Fuera bueno 981
La Santa Sede y el cuerpo diplomático 983
Día de fe y amor patrio 986
En el área de la Virgen de Cullca 988
La Santa Sede y el cuerpo diplomático 991
Cruzada de caridad 993
García Moreno y las misiones 996
Anhelamos un buen congreso 998
La rebelión en los campos 1001
El dogma de la Inmaculada Concepción 1004
Los portentos del Crucifijo 1008
Salvemos nuestro territorio oriental 1009
Exposición que sobre asuntos de la región oriental dirigen al Sr. Presidente de la república el "Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay" y la "Junta promotora de Colonización Oriental" 1010
Nuevas decepciones del patriotismo 1013
Los indios 1017
El pacto eucarístico de Cuenca 1020
La semana de Jesús 1024

El tránsito de Nuestra Señora 1026
Absoluta necesidad de sanción social en las democracias 1028
Vida obrera 1030
¡Falta un hombre! 1032
¡No sabemos aún quiénes nos representan! 1034
Lo que debe leerse 1035
Por el Oriente 1036
Honorato Vázquez 1037
El Perú avanza, el Ecuador duerme 1040
Santa Teresa de Jesús 1042
El Año Jubilar. Cómo se concibió la idea de la consagración del Ecuador 1044
¿Libertad de sufragio? 1046
Junta Orientalista 1047
¡Salvad al Ecuador! 1049
Nuestra Señora del Santísimo Sacramento 1051
Campanadas de alarma 1052
¿Reina el Sagrado Corazón de Jesús en el Ecuador? 1055
Avanza la criminalidad 1058
Protesta 1060
La fiesta de la Asunción 1061
Salvemos nuestro Oriente 1062
Tiránica opresión tributaria 1064
La criminalidad. Cuenca ante el Sagrado Corazón. Origen de la fiesta 1067
El Evangelio 1071
Diplomacia Ecuatoriana 1073
En la viña del Señor 1074
Deprecación 1076
Situación de nuestro Oriente 1078
El Oriente ecuatoriano según el informe del ministerio del ramo 1080
No más impuestos 1082
A propósito de Tipococha-Tambo 1083
La Masonería madre y maestra del socialismo .. 1085
Trabajemos por nuestro Oriente 1087
Por el Ecuador por el Oriente y por la obra salesiana 1088
Labor de un patriota 1090
La muletilla de 30 años 1091
El ferrocarril a Cuenca 1094

San José 1096
La Dolorosa del Colegio 1098
La Asunción de la Santísima Virgen 1100
Opinión autorizada 1101
La Asunción de María 1103
Congreso obrero 1105
Algo acerca de la "Congregación de Hijas de María" 1108
El dogma de la perpetua virginidad de la Madre de Dios 1113
Una réplica infundada. Defensa al Ilmo. Sr. Obispo Doctor Don Remigio Toral, por el Doctor Julio Matovelle 1130

CONGREGATIO SACERDOTUM ss. cc. JESU et MARIAE OBLATORUM
ΘΑΔ